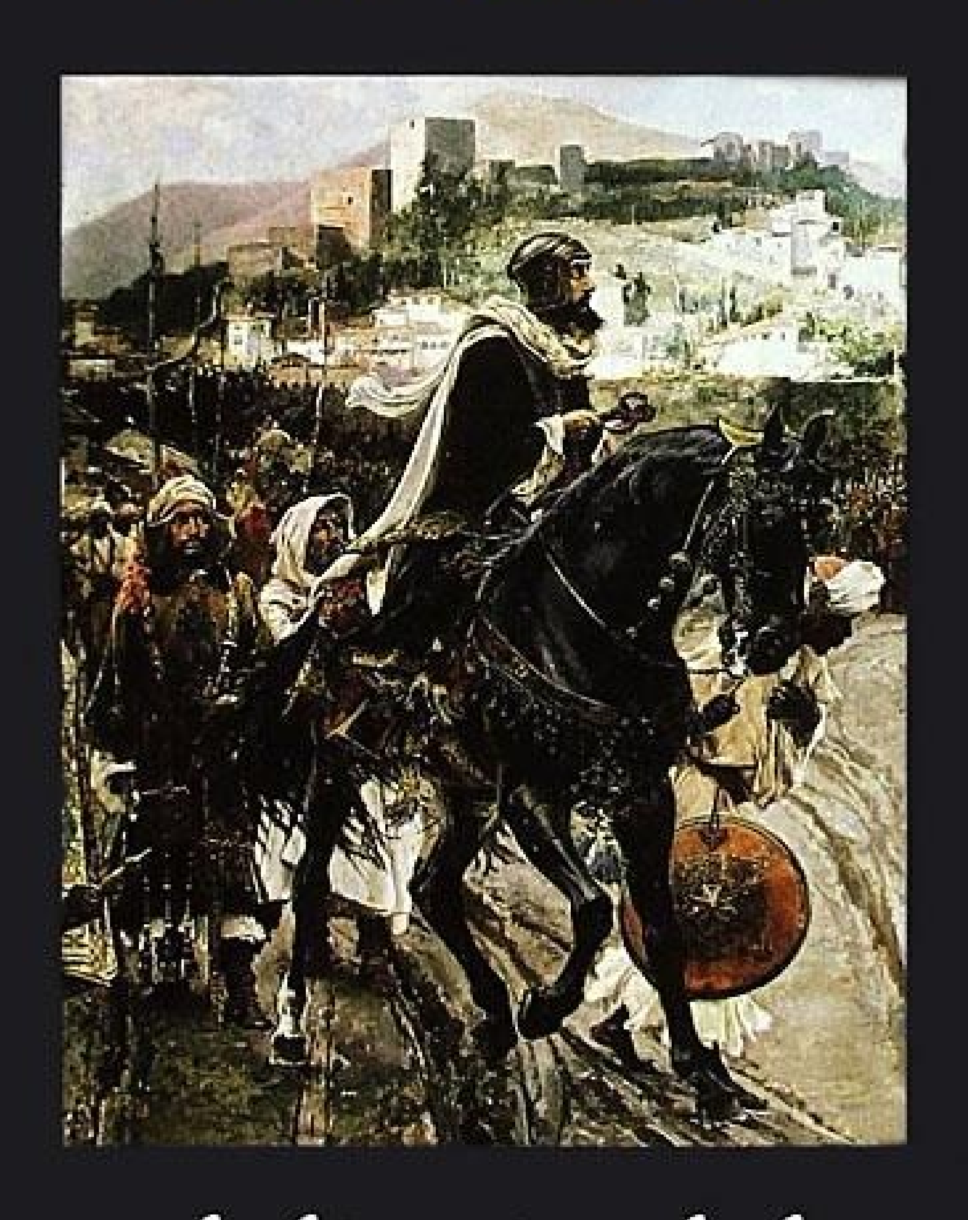


Los Reyes de la Alhambra

Francisco Bueno



Entre la historia y la leyenda

Francisco Bueno García nos acerca de forma amena y rigurosa a la historia del Reino de Granada, utilizando como hilo conductor la cronología de todos sus reyes.

El autor, conocedor de la historia de los judíos de España, ha necesitado estudiar a los musulmanes españoles para mejor conocer a los sefarditas. Su intento es divulgar esa historia tan apasionante y entrar con desenfado en el lugar donde se confunden la historia y la leyenda.

Veintinueve reyes, dos dinastías de personajes inmensos y casi desconocidos. El autor, con un lenguaje sencillo y coloquial, acerca al lector esta apasionante historia de forma tan amena que la hace cotidiana. Las sucesivas reimpresiones y reediciones dan prueba de la buena acogida entre los lectores.

Veintinueve reyes de Granada y también de Málaga, Almería, Ronda, Marbella, Guadix y de tantos lugares del reino que ellos embellecieron hasta hacerlos de los más hermosos de la tierra. Protagonizaron centenares de historias que se han convertido en leyendas cantadas por poetas musulmanes y cristianos. Edificaron palacios como la Alhambra, el Generalife o los Alixares. Castillos como los de Gibralfaro, Mijas, Fuengirola, Vélez de Benaudalla… En su reino se fabricaron sedas más bellas que las de Oriente y cerámicas vidriadas únicas en el mundo. Nos enseñaron a cultivar la tierra. Fueron juristas, médicos, matemáticos, astrónomos, hasta dejarnos un legado cultural inmenso.

Lectulandia

Francisco Bueno García

Los Reyes de la Alhambra

Entre la historia y la leyenda

ePub r1.0
liete 03.11.13

Título original: *Los Reyes de la Alhambra*
Francisco Bueno García, 2004
Planos: Pilar Campos Fdez. Figares

Editor digital: liete
ePub base r1.0

Estos escritos tienen unos destinatarios y un objetivo.

Los destinatarios son María Jesús, nuestros hijos, mis hermanos y algunos amigos a quienes doy de vez en cuando mis folios con el afán de que tengan lo que leo y escribo.

Quisieran ser un pequeño homenaje a Málaga, la ciudad donde he vivido más años, desde luego los más intensos de mi vida. Málaga me ha dado mucho y yo he dado muy poco a esta preciosa y acogedora ciudad. Quién sabe si daré a conocer a mis hijos y amigos estas hazañas y ello será devolver un poco del cariño que aquí siempre he recibido. Por supuesto, también a Granada donde nací y viví.

ÍNDICE

ayuda a Alfonso El Batallador que viene a Granada, ve imposible la conquista y vuelve a Aragón. Expulsión y exterminio de los mozárabes. Destrucción y quema de sus iglesias. Los Almohades. La ciencia en la España almohade. La medicina en la España musulmana. Abul Casis, el primer cirujano español. Aben Tofail, de Guadix, escritor, médico del califa y maestro de Averroes, el gran filósofo y médico del siglo XII en España. Un terremoto en Córdoba, 1171. Derrota de los cristianos en Alarcos. Entrada triunfal del emir en Sevilla. Para celebrar su triunfo construye la Giralda, luego la Kutubya en Marruecos. Victoria de los cristianos en Navas de Tolosa. Fernando III *el Santo*.

CAPÍTULO VII [*]

Aben Hud, un rey en la Alpujarra. Alhamar, primer rey nazarí. Su legitimidad, sus enseñas y su personalidad. Relaciones con Fernando III *el Santo*. Conquista de Córdoba por los cristianos. La Alhambra. Ataque granadino a Martos. Vargas Machuca. Alhamar líder de su pueblo. Fernando conquista Jaén. Toma de Sevilla por Fernando y contribución de Alhamar en la campaña. Los musulmanes de Sevilla se van a Granada y se instalan en las huertas de Aynadamar. Muerte de Fernando. Málaga en el siglo XIII. Sabios malagueños. Revuelta de los mudéjares. Tres walíes rebeldes en Comares, Guadix y Málaga. Doña Violante la muñidora. Muerte de Aben Alhamar en 1275.

CAPÍTULO VIII [*]

Muhammad II, segundo rey nazarí. Un sabio y el organizador del estado. Su investidura. De nuevo aparecen los tres walíes rebeldes. Divisiones entre los cristianos. Otra vez Doña Violante. El rey de Granada viaja a Sevilla. La corte de Alfonso el Sabio. Sus sueños de ser emperador. Vuelve Muhammad a Granada disgustado, con la rebelión de los tres walíes pendiente. Un katib listo y borracho. Muhammad llama a los Benimerines. De nuevo Málaga. Su fisonomía de ciudad. Proyecto de alianza musulmana. Encuentro en Marbella. Los musulmanes atacan a los cristianos y les vencen. Traición de los Benimerines. Engrandece la ciudad. Médicos musulmanes en Granada. La madraza y el maristán. Desgobierno en Castilla. Don Sancho sucede a su padre. Guzmán el Bueno. Se restauran las torres de la Alhambra. El Generalife. Mezquitas en el Albaycín. Tarifa. Se van los Benimerines. Muere Muhammad en 1302.

CAPÍTULO IX [*]

Muhammad III, tercer rey de Granada. Otro rey sabio, culto y trabajador. Rebelión en Guadix. Reyes cristianos de tono menor. Ataque a Bedmar. Un rey enamoradizo. Sus poemas de amor. Ataca Ceuta. La marina en el reino nazarí, los puertos y las atarazanas. Defensas costeras. Encuentra un tesoro en Ceuta y lo trae a Granada para construir mezquitas, baños y el Partal. Los baños y su uso. Ataque cristiano a Almería. Muhammad es derrocado por su hermano y sale desterrado a Almuñécar.

CAPÍTULO X [*]

Abu l-Yuyus Nasar, cuarto rey nazarí. Traición de los granadinos con el rey. La oración de los musulmanes. Todos los enemigos confabulados contra Granada. Atacan al par Algeciras y Almería. Nazar defiende Almería con la ayuda de los habitantes de los pueblos cercanos y vence a los aragoneses. Vuelve a Granada para embellecerla. Edifica las torres. Revuelta en Málaga. Enferma y llaman a su hermano que estaba en Almuñécar. Nazar recupera la salud. Estudioso de las matemáticas y la astronomía. Inventa máquinas extraordinarias. Nueva revuelta de

los malagueños. Es derrocado y se exilia en Guadix.

CAPÍTULO XI [*]

Abu Walid Ismail, quinto rey nazarí. Año 1315. El rey depuesto se instala en Guadix, donde recibe la ayuda de Don Pedro. Batalla en Guadahortuna. Movilización en Granada. Ataque moros y contraataques cristianos. Ismail vence a los cristianos. Su obra en Granada. Comares y el Alcázar del Genil. Ataque a Martos y gran victoria nazarí. Una hermosa cristiana en las ruinas de Martos. El rey pide para sí la esclava cristiana. Los que la liberaron, despechados, matan al rey en la Alhambra.

CAPÍTULO XII [*]

Muhammad IV, sexto rey nazarí. Un rey niño. Los validos del reino. Un joven guapo y despierto. Expediciones del joven monarca. Andarax, lugar de refugio de sus enemigos. Alfonso XI. Las Torres Bermejas. Una lanza de oro y piedras preciosas. Un gran rey de veinte años. Muere en el Campo de Gibraltar.

CAPÍTULO XIII [*]

Yusuf ben Ismail ben Ferag, séptimo rey nazarí. Un rey de quince años. Ibn al-Jatib cronista del reino. El viajero Batuta. Un rey filántropo y amante de la paz. La religión y la mística sufí. Ermitaños del reino. Cofrades malagueños. El derecho en Granada. La ley islámica y la escuela malikí. Málaga en 1350. La agricultura, los higos, el vino de Málaga. El vino en el Corán. La seda. Cerámica malagueña. Pueblos y ciudades malagueños. Mezquitas de Málaga. Yusuf restaurador de Gibralfaro y constructor en la Alhambra. La Madraza. Sus mujeres. Alfonso XI ataca Algeciras. La peste negra. Muere Alfonso XI. Asesinato en la mezquita.

CAPÍTULO XIV [*]

Muhammad V, octavo rey nazarí de Granada. Primer reinado. Intrigas de Myriam, su madrastra. Las correrías amorosas de Muhammad le libran de ser asesinado pero es destronado y marcha a Guadix.

CAPÍTULO XV [*]

Ismail II noveno rey de Granada. Un ser inútil y mangoneado por su madre. El pueblo le rechaza. Maniobras de Muhammad para recuperar el trono. Se instala en Ronda. Ronda en el siglo XIV. Sus poetas. Aben Zarzal, médico judío granadino se va a Castilla al lado del rey Don Pedro. Médicos y enfermedades de entonces. Conjura contra Ismail. Es asesinado.

CAPÍTULO XVI [*]

Abu-Said, el Bermejo, también conocido como Muhammad VI, décimo rey de Granada. Muhammad V, desde Ronda, sigue intentando recuperar el trono. Castellanos en Granada. Málaga se amotina contra el Bermejo que va a Sevilla a pedir ayuda al rey Don Pedro, *el Cruel*. Asesinato en Triana.

CAPITULO XVII [*]

Muhammad V recobra el trono. Grandioso recibimiento en Granada. Su obra. El Mexuar, Sala de la Barca, Comares, Patio de los Leones. El Maristán. Enseñanza de la medicina. Deontología médica. La Alhambra está viva. La poesía arábigo

andaluza. Poemas hechos pintura y escultura en los muros de la Alhambra. Tres grandes poetas: Ibn al-Yayyab, Ibn al-Jatib e Ibn Zamrak. Muhammad reconstruye Guadix. Fomenta las artes, la artesanía, la agricultura, la industria y el comercio. Un gran festejo en Granada. Un banquete en la Alhambra. El agua de Granada. Muere Muhammad.

CAPÍTULO XVIII [*]

Yusuf II, undécimo rey de Granada. Un amante de la paz. Devuelve a Castilla a los cristianos cautivos. Los hijos de Yusuf y sus dispares ambiciones. Dos hijos, dos facciones en Granada. Su hijo Muhammad organiza una revuelta contra su padre, parada por el embajador de Fez. Expedición contra Castilla. Un portugués chiflado ataca en Granada. Vuelve la paz. Yusuf es envenenado por el califa de Fez.

CAPÍTULO XIX [*]

Muhammad VII, duodécimo rey de Granada. Un rey belicoso, desconfiado, integrista y duro. Recluye a su hermano en el castillo de Salobreña. Salobreña y su entorno en el siglo XIV. Yusuf, un rey poeta en Salobreña. El ejército de Granada. Una expedición a la frontera de Jaén. Visita Muhammad a Don Enrique el Doliente. La leyenda del enamorado Macías. Úbeda y sus familias enfrentadas. Muere Don Enrique. Encuentros caballerescos en Baeza, Lorca, Priego y Jaén. Romances de frontera. La artillería. Expedición granadina a Jaén. Romance de Reduán. Muerte de este caudillo. Armisticio. Enfermedad de Muhammad. Enfermedades y epidemias de entonces. El rey, enfermo, manda asesinar a su hermano. Una partida de ajedrez en el castillo de Salobreña. Muerte de el rey.

CAPÍTULO XX [*]

Yusuf III, decimotercer rey de Granada. Por qué tienen estos reyes una aureola en mi mente. Dos facciones en Granada. Ahora mandan los más moderados. Recogen al rey en Salobreña y le llevan en triunfo a Granada. Intenta hacer la paz con Castilla pero enfrente tiene al infante Don Fernando. La conquista de Antequera, una campaña impresionante. Artillería en los dos bandos. Toma de la ciudad. Sus habitantes se van a Granada y fundan el barrio de la Antequeruela. Campaña de los Benimerines. Un duelo trucado en Granada. Historia del Enamorado de Álora o del Abencerraje y la hermosa Jarifa. Muerte de Yusuf.

CAPÍTULO XXI [*]

Familias y linajes. Motes de los reyes. Palacios de los Alixares y Casa de la Novia. Muhammad VIII, *el Pequeño*, decimocuarto rey. Los Abencerrajes con *el Izquierdo* y el pueblo con el Pequeño. Muhammad IX, el Izquierdo, decimoquinto rey de Granada. Un rey escondido en su harem. Hazañas de algunos moros calenturientos. Falta de autoridad en el reino. Problemas económicos. Revuelta a favor del *Pequeño*. *El Izquierdo* huye a Túnez. Muhammad VIII, *el Pequeño*, accede al trono por segunda vez. Nuevo talante en Granada. Más libertad y apertura. Los Abencerrajes pierden el poder. Huyen a Lorca y desde allí a Castilla. Juan II apoya al *Izquierdo* que vuelve de Túnez y entra en Granada. *El Pequeño* sale desterrado para Salobreña.

CAPÍTULO XXII [*]

Segundo reinado del *Izquierdo*. Los Abencerrajes vuelven. Los partidarios del *Pequeño* piden ayuda al rey Don Juan. Expediciones en los dos bandos. *El Izquierdo*

que manda asesinar al *Pequeño*. Abenalmao, Reduán Venegas y Don Álvaro de Luna, tres personajes de leyenda. Primera expedición de Don Álvaro contra Granada. Segunda expedición mandada por Don Juan. Batalla de la Higueruela. Tragedia en Granada. Un enorme terremoto aumenta la consternación. Pacto de Ardales y derrocamiento del *Izquierdo*.

CAPITULO XXIII [*]

Abenalmao decimosexto rey nazarí. El pacto de Ardales. *El Izquierdo* marcha a Málaga acompañado por su sobrino *el Cojo*. Desde allí organiza su vuelta al trono. Enfrentamiento en los Ogíjares. Asesinato de Abenalmao. *El Izquierdo* reina por tercera vez. Instaura una política conciliadora. Expulsión y muerte de Reduán Venegas. El visir Abdilvar. Auge de la industria y del comercio. Los tesoros de Granada en un escondite soñado. Vuelve la guerra. Álora y el adelantado Gómez de Rivera en historias y romances. Don Rodrigo Manrique, hijo de Don Jorge, ataca y conquista Huéscar. Archidona, Ovili y la Cuesta del Peo. El marqués de Santillana conquista Huelma. Se firma la paz con Castilla en 1439. Dos sobrinos del *Izquierdo*. Yusuf hace abdicar a su tío.

CAPÍTULO XXIV [*]

Yusuf V, *el Cojo*, rey número diecisiete. Cesa a los Abencerrajes. Ismail es proclamado rey. Aunque le mantiene Castilla es derrocado. *El Izquierdo* en su cuarto reinado. *El Chiquito* mano derecha del rey. Batalla y Romance de Río Verde. Granada ataca en todas las fronteras. *El Izquierdo* mata a Ismail en la Alcazaba de Málaga. Batalla y romance de los Alporchones. Muere *el Izquierdo*.

CAPÍTULO XXV [*]

El Chiquito, un rey efímero, número diecinueve. Sa'd, rey número veinte. Su ascendencia y sus hijos Muley Hacem y el Zagal. *El Chiquito* en su segundo reinado. Sa'd en Casarabonela. Enrique IV, un hombre desdichado. Segundo reinado de Sa'd. Vuelve *el Chiquito* y es asesinado por Muley Hacem, que se casa con su viuda Aixa. Fuengirola y Málaga descritas por escritores de entonces. Revuelta de los Abencerrajes. Muley Hacem los mata en la Alhambra. Muley Hacem hace cautivo al obispo de Jaén. Don Rodrigo Ponce de León. Toma de Archidona y la romántica historia de la Peña de los Enamorados. Ismail rey número veintidós. Sa' Ciza, tercer reinado. Es destronado por su hijo Muley Hacem.

CAPÍTULO XXVI [*]

Abü l-Hasan Ali, conocido como Muley Hacem, rey número veintidós de Granada. La buena vida de Muley Hacem. En los Alixares con la bella Zórayda. Las casas de la Granada islámica. Hábitos sexuales de nuestros nazaríes. Reinado de Isabel y Fernando. Granada en el siglo XV. Embajada de Juan de Vera. Zahara de la Sierra. Conquista de Alhama. Intrigas de Zorayda y Aixa la Horra. El rey es destronado.

CAPÍTULO XXVII [*]

Boabdil, rey número veintitrés. Ataque cristiano a Loja. Aliatar. Desastre de los cristianos. Muley Hacem ataca el Campo de Gibraltar. Ataque cristiano a la Axarquía. Victoria de los musulmanes malagueños y desastre de los cristianos. El Zagal. Boabdil y Aliatar atacan Lucena. Muerte de Aliatar y prisión de Boabdil. Muley Hacem de nuevo en Granada. El cautiverio de Boabdil. Trato que le dispensaron los reyes. Boabdil vuelve a Granada. Enfrentamientos y luchas internas

Campaña de 1490. Primer ataque a Granada. El poder en la corte nazarí. Ultimátum de los Reyes Católicos a Boabdil. Oposición en Granada al rey Chico. Isabel y Fernando en Moclín. Asalto a la torre y fortaleza de Romilla. Alhendín. Contraataque granadino en Salobreña. Adra. Se rebelan los mudéjares en Guadix. Pulgar y el Ave María.

CAPÍTULO XXXIII [*]

Año 1491. El ataque definitivo a Granada. Reunión en la Alhambra y organización de la defensa. Ataque cristiano al Valle de Lecrín y la Alpujarra. El Pago del Gozco. Un campamento que se va a llamar Santa Fe. Viene Isabel. Granada ciudad añorada. Excursión a la Zubia. El laurel de la reina. 8 de julio de 1491. Santa Fe. Judíos en el campamento. Colón. Incendio en el real y edificación de la ciudad. Otoño de 1491. Reunión en la Alhambra. Las Capitulaciones. Granada se rinde. Fin de el Zagal. Suerte de Boabdil. Los judíos son expulsados de España.


Sierra Morena
Sierra de Segura
Navas de Tolosa
Andújar
Vilches
Baeza
Úbeda
Arjona
Cazorla
Huéscar
Lorca
Río Guadalquivir
Córdoba
Jaén
Bedmar
Martos
Jódar
Huelma
Cantillana
Montilla
Alcaudete
Montejícar
Zújar
Río Genil
Écija
Aguilar
Cabra
Priego
Alcalá
La Real
Baza
Carmona
Puente Genil
Lucena
Iznalloz
Piñar
Caniles
Tíjola
Cuevas de Almanzora
Colomera
Sevilla
Rute
Iznájar
Montefrío
Íllora
Deifontes
Sierra de Baza
Purchena
San Juan
de Aznalfarache
Marchena
Nívar
Alfacar
Guadix
Benamejí
Elvira
Granada
Velefique
Fiñana
Vera
Sierra
de Yeguas
Santa Fe
Güéjar Sierra
Huétor Vega
Archidona
Armilla
Otura
Sierra Nevada
Láujar
Antequera
Alfarnate
Alhama
Padul
Nigüelas
Canjáyar
Pechina
Ovili
Restabal
Mondújar
Ardales
Comares
Canillas
Lanjarón
Berja
Arcos de
la Frontera
Zahara de
la Sierra
Sanlúcar
de Barrameda
Casarabonela
Álora
Cútar
Jete
Vélez Benaudalla
Dalías
Almería
Vélez Málaga
Almuñécar
Moclinejo
Motril
Ronda
Cártama
Málaga
Torre del Mar
Salobreña
Adra
Jerez
de la Frontera
Coín
Churriana
Cortes
de la
Frontera
Serranía de Ronda
Monda
Benalmádena
Cádiz
Fuengirola
Marbella
Río Salado
Mar Mediterráneo
Algeciras
Gibraltar
Tarifa

De nuevo, siguiendo mi vieja costumbre, al comenzar algo me planteo el por qué y para qué de lo que estoy haciendo.

Por fortuna al cabo de los años la vida me ha regalado poder hacer cosas por el puro placer de hacerlas, sin una finalidad económica o para conseguir un objetivo. Escribo simplemente porque me gusta. La lectura y la escritura me están dando a estas alturas de la vida unas satisfacciones que nunca pensé podría conseguir. Pero en soledad. Ni siquiera sé si alguna vez alguien querrá perder un rato en leer lo que escribo. Sí espero que los lean María Jesús y nuestros hijos. Ellos nos han acompañado siempre y seguro que en esta aventura van a estar de nuevo a mi lado, como tantas veces.

Siempre María Jesús y yo hemos tratado de compartir lo mejor que teníamos en cada momento. Durante unos años inolvidables hemos llevado a nuestros hijos por el mundo a ver castillos, museos, paisajes y monumentos. Hemos contemplado noches llenas de estrellas y les hemos contado cuentos de manadas de lobos mientras la oscuridad de algún bosque les acercaba el miedo y les excitaba la imaginación. Han visto murallas viejas, como las de Troya, imaginando guerreros aqueos corriendo con sus lanzas entre las manadas de ovejas que pastaban cansinas en los rastrojos de la Turquía de 1988. Han contemplado extasiados los paisajes noruegos, los tremendos acantilados, los glaciares, las llanuras donde pastaban los renos cuidados por lacones pequeños y con ojos de haberse bebido cuanto encontraban a mano.

¿Para qué seguir? Ya es imposible. Aquellos viajes son un sueño irrepetible. Ni ellos ni nosotros podemos montar de nuevo en el autocaravana y dejarlo todo para emprender una nueva aventura. ¡Qué pena! Quién sabe si un día podremos repetir esos viajes con nuestros nietos. ¿Y mientras?

¡Sí, ya lo sé! Vamos a compartir la aventura de leer libros, de imaginar las cosas que han pasado y vivirlas de nuevo. Y ya que no podemos llevarles otra vez a países lejanos vamos a intentar llevarles a siglos pasados, a recordar lo que sucedió, cómo fue nuestra tierra, cómo nuestros antepasados, cómo la historia de nuestra España.

Este libro es un obsequio para ellos. Como si quisiera y pudiera un día llevarles a este viaje imaginario. A María Jesús nada le va a sorprender de cuanto lea aquí. Página a página, hecho a hecho, lo he compartido con ella. Apenas leía, sentía la emoción de alguna acción, de inmediato se la iba contando. A ella también le gusta leer historias viejas en las noches de paz. A ella también le gusta regalamos con muchas cosas exquisitas. Ella me comprende y siente estos escritos como suyos.

Así ha pasado nuestra vida. Hemos compartido todo. Los hijos, el sol, las lecturas, las alegrías. Cada página la ha leído y la ha escrito conmigo en las tardes y las noches ya más solitarias de nuestra vida. Juntos hemos vivido, juntos hemos reído, juntos hemos llorado, juntos hemos soñado. Juntos ahora los dos escribimos con mi mano, como hacemos unidos otras muchas cosas con las suyas.

Es impresionante recordar las emociones de una vida ya larga. Días de angustia, de inquietudes, días de paz, de sosiego. Ahora vivimos afortunadamente épocas de paz que permiten leer, recordar, soñar. Como tantas tardes y tantas noches de nuestra vida, al terminar cualquier cosa, pequeña o grande, sólo se me ocurre darle un beso. No puedo terminar nada en mi vida, pasar una hoja, volver de un camino sin pedirle antes un beso. También hoy para ella, mi amiga, mi novia, mi compañera. Como tantas veces, ahora suavemente, acabo mis páginas diciéndole: ¡Te quiero!

A mis hijos que ya han cambiado tanto siento que deben heredar de sus padres algo inmaterial. Cuando el tiempo haya pasado y sólo seamos un recuerdo, cuando ellos sean viejos tendrán un momento para leer estas u otras líneas nuestras y sentirán de nuevo el aliento de sus padres, nuestra compañía tantos años después. De nuevo conocerán nuestras emociones como que estuviéramos a su lado contándoles historias mientras nos miran con la boca abierta. Ellos verán pasar los años, estas hojas se volverán amarillentas y nuestro recuerdo reverdecerá cada primavera como cuando eran pequeños y los montábamos en el autocaravana y sus ojos se volvían grandes grandes escuchando historias, mirando castillos, cascadas y noches negrísimas. Entonces nos pedían que les contásemos un cuento antes de dormir y algún día se dormirán con estos folios en sus manos soñando que otra vez son niños y sus padres les acarician, les arropan cuando ya dormidos han dejado de estar pendientes de nuestra narración, acunados en el regazo de su madre, en un rincón de nuestro autocaravana.

A todos. A María Jesús, a nuestros hijos, a María nuestra nieta, a los hermanos, a tantos amigos, solo decirles una cosa. Doy gracias a Dios y a la vida por teneros a mi lado.

Llevo muchos años estudiando a los judíos que vivieron en España. Pues para estudiar el judaísmo ha sido necesario conocer la historia de los musulmanes españoles, especialmente la historia de los reyes de Granada. ¿Cuántos fueron? ¿Cómo fue su historia? ¿Cómo vivieron? ¿Cómo era nuestra tierra, Málaga y Granada, en esos años? Todo esto me ha provocado una curiosidad infinita. Necesitaba conocerlos, meterme en su mundo si fuera posible. Comencé a leer un libro tras otro con verdadero apasionamiento. Y de la lectura he hecho mis resúmenes, que son lo que os voy a dar a continuación.

EL AUTOR

CAPÍTULO I

EL MUNDO MUSULMÁN. LA INVASIÓN. CÓRDOBA.

Arabia era una península desértica que hasta el siglo IV había estado al margen de cualquier tendencia civilizadora. Arab significa árido. Sus habitantes nunca habían sentido necesidad de constituirse como nación. La mayoría eran beduinos nómadas que se mataban por un pozo de agua o por un poco de hierba para sus camellos. Su único vínculo social era el jefe o *kadí*. Y su ocupación favorita era la guerra. La guerra y una multitud de esposas e hijos que eran sistemáticamente seleccionados por epidemias y más guerras. Soñaban y casi siempre lo conseguían, morir con un arma en la mano. Su religión era politeísta con la luna, las estrellas, los espíritus y los camellos, a los que se ataban al morir, o mejor, ataban el camello a su tumba con la esperanza de que el buen animal los transportara a paraísos soñados.

La capital de su religión era La Meca, su templo la Kaaba y el altar mayor la Piedra Negra.

Allí, en medio de cabañas de barro, en el año 569, nace Mahoma. El pobre nació ya huérfano. Su padre apenas tuvo el tiempo justo de concebirlo. Se casó y sin luna de miel, a los tres días se fue de viaje a hacer unos asuntos y hasta hoy. Al morir le dejó como herencia cinco camellos, un rebaño de cabras, una casucha de barro y una esclava que lo amamantó. Seis años después muere también la esclava que se llamaba Amina y es recogido por su abuelo que se ocupó espléndidamente de él en todos los aspectos menos en el de la educación. La ciudad en que vivían era lo que hoy podemos llamar rica, con nobleza y gente adinerada, pero sus habitantes estaban peleados con el alfabeto. Solamente unos pocos lo conocían. Mahoma, que quiere decir en árabe el *altamente alabado*, jamás aprendió a leer ni a escribir. Esa tarea la consideraba propia de los amanuenses. Sin embargo sería el autor de uno de los libros más importantes que se han escrito nunca, uno de los que más han influido en la historia de la humanidad y desde luego el más poético y el más grande que se haya escrito en lengua árabe. Me refiero naturalmente a El Corán.

Su vida es apasionante. A los doce años viajó a Siria acompañando a su tío Abu Talib. Allí estableció su primer contacto con las dos religiones monoteístas, la hebrea y la cristiana, así como con la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento. En La Meca comenzó a conocer a los cristianos y más tarde, en Medina conoció a bastantes judíos.

Cuando había cumplido los cuarenta años recibe la aparición del arcángel Gabriel anunciándole que era el mensajero de Alá. Esta visión la compartió con Kadija, una viuda rica que le apoyó. A partir de entonces se sintió enviado de Dios ya que contaba con la interlocución inapreciable del arcángel.

Consigue su primer discípulo de cierta categoría llamado Abu Bekr y más tarde comienza a rodearse de seguidores, con los que predica en la Kaaba a los peregrinos que acudían a rezar a su ídolo. Consigue así dignificar a unas tribus que hasta entonces vivían en la idolatría y el desorden moral.

Dejó a la humanidad muchas cosas buenas y otras peores. Una de las peores, al menos eso pienso, es el calendario, que es un bodrio mal calculado, con necesidad de añadir meses cada poco tiempo y con el lío de que cada treinta y dos años y medio se encuentran con uno de propina.

La obra de Mahoma fue inmensa. A los cuarenta años no era nadie, lo digo en el sentido coloquial del término, y muere a los sesenta y tres en los brazos de Aicha, una de sus mujeres jóvenes y guapas, dejando un legado en fe, cultura y modo de vivir que es uno de los más grandes de la historia.

Mahoma muere en el año 632 dejando como herencia el Corán, que significa *Discurso* y que fue escrito por sus seguidores recogiendo las enseñanzas de su líder. Consta de 114 capítulos o suras, ordenados según su longitud. Luego todo está mezclado: normas sobre economía, sobre liturgia, doctrina, proclamas y hasta anécdotas. Pero el conjunto es todo poesía, pasión, de manera que consigue deslumbrar.

Mahoma es el primer árabe que supera las concepciones de tribu para crear un Estado, tosco si se quiere, pero Estado. El Corán fue para aquellos hombres un catecismo, una constitución y una proclama para las milicias que al par conquistan y convierten, haciendo de ellos mitad monjes mitad soldados.

A Mahoma siguen sus discípulos que inician una tremenda conquista. Se organiza una de las más formidables revoluciones que ha conocido el mundo. Unos beduinos incivilizados, sin más armas que su fe, van a tomar primero Arabia, luego Palestina, Siria, Mesopotamia, Egipto y llegan hasta Finisterre, el confín del mundo conocido.

Su fuerza es enorme. Y no eran unos incultos. Los primeros seguidores de Mahoma eran iletrados en el sentido de que no sabían leer ni escribir. Pero más adelante aparece Moavia que se rodea del boato que rechazaron Mahoma y sus dos primeros sucesores y adopta las costumbres de Bizancio. Y lo que es más importante comenzó a admirar la cultura y la civilización griega.

En tiempos de Moavia se convierten a la religión musulmana los árabes de Irak, Palestina, Egipto, Siria. Con ellos llegan al Islam una gran cantidad de sabios y científicos con su enorme bagaje cultural griego, cristiano y hebreo. Esta cultura era muy superior a la que había entonces en Europa. Nuestro continente era bárbaro, con lenguas romances recién estrenadas, mientras que Bizancio conservaba todo el esplendor de la cultura griega y romana. Los conquistadores árabes son conquistados por la sabiduría de los griegos.

Los árabes cultos fueron no solamente receptivos al saber griego sino que a su

vez crearon saber. De ellos es la invención del álgebra (*al-jabr*), también ellos inventaron el número cero (*sifr*), la química, el alambique… Un árabe de la época, Gebir, fue el primer biólogo que analizó las heces y la sangre. En Damasco en el año 709 se funda el primer hospital de la historia en el que, entre otras cosas, se comenzó a dar anestesia, la primera anestesia clínica que se conoce. Y un árabe, Rhazes, es autor de un tratado de veinte volúmenes en el que se inspira toda la medicina posterior europea.

Esta sociedad recién creada, llena de poder moral y de ciencia, es la que forma el primer estado musulmán que enseguida va a codearse con los grandes imperios del mundo conocido. En cuanto a sus conquistas, van a llegar en un tiempo corto hasta el corazón mismo del mundo civilizado de entonces. España, en el confín de la tierra conocida, más tarde Asia Menor y por fin hasta Constantinopla. Ciento cuarenta años después de nacer Mahoma sus discípulos invaden España, en el año 711, con la inestimable ayuda de los judíos que representaban una parte muy importante de la población de la península, se insurreccionaron en todas partes y se pusieron a disposición de los invasores.

Los españoles no esperaban lo que se les vino encima. No creían que fuese posible o que los mismos árabes quisiesen conquistar nuestra patria. Tariq, previo pacto con el Califa de Damasco, comienza a conquistar la península.

¡Qué enorme destrucción sufrió Castilla! Destrucción y conmoción. Si España era un bosque y una ardilla podía ir de árbol en árbol desde el Estrecho hasta el Pirineo, se producen grandes quemas y talas. Nos quedamos sin bosques con un cambio profundo en el ecosistema. Cambian las ciudades. Mérida, la gran ciudad hispanorromana de la Lusitania, es destruida y se convierte en un pequeño pueblo. Madrid, un pequeño pueblo, se convierte en gran ciudad. Cambia hasta el sentimiento del castellano. Nace una nueva sicología: la defensa marca al castellano y le convierte en disciplinado, austero, en un guerrero duro, tosco si se quiere, desconfiado, dispuesto a todo por defender su tierra.

Una religión joven, recién nacida en las dunas de los desiertos de Arabia, va a traer una mentalidad diferente, completamente desconocida en el mundo civilizado de entonces.

Poco a poco los recién llegados se van integrando en el conjunto, constituyendo comunidades diferentes pero bien estructuradas en la España conquistada.

En al-Andalus vivían grandes familias de origen árabe, que eran los dominadores del poder, árabes andalusíes, junto con muladíes, eslavos, mozárabes, beréberes y judíos.

Rápidamente comienzan a configurarse dos clases de españoles: los que se convierten a la religión musulmana y los que no se convierten al Islam. Son los muladíes y los mozárabes.

Los muladíes eran los españoles de siempre. Comprendieron que ya no eran los dominadores de su tierra que pertenecía a las grandes familias árabes. Y con gran dolor de su alma hubieron de intentar la adaptación. Muchos a los que el régimen visigodo había despojado de sus bienes y reducido a la miseria no dudaron en convertirse al Islam, al menos aparentemente. Estos españoles convertidos a la religión musulmana y de la que no podían volver sin exponerse a la pena capital iban a ser a partir de entonces la mayor parte de la población musulmana de la península. Tales nuevos musulmanes fueron designados con el nombre de *muladíes*. En el nombre están comprendidos los conversos y sus descendientes. Se integraron tan perfectamente con los invasores que en un par de generaciones iba a ser difícil distinguirlos de los musulmanes de origen.

Se llamaron mozárabes a los españoles que no quisieron abrazar el Islam y siguieron fieles al cristianismo aunque continuaran viviendo *entre las espaldas de los musulmanes*.

Las comunidades mozárabes más prósperas fueron las de Toledo, Córdoba, Sevilla, Mérida y Tarragona. Se les autorizó el uso de sus iglesias pero rara vez se les consintió edificar nuevas. En Córdoba establecieron un acuerdo que hace encontrar una justificación para el uso cristiano de la mezquita. Acordaron que la gran iglesia de San Vicente sería usada por mitades. Una mitad como mezquita y otra mitad como iglesia a disposición de los mozárabes. Las restantes iglesias fueron demolidas. Algo más tarde, al ver las conversiones en masa al islamismo y lo escaso de los cristianos, Abd al-Rahman decidió que era más práctico convertir entera la antigua iglesia en mezquita. Entre estos mozárabes se llegó a desarrollar una liturgia propia, un rito diferente al romano tal y como hoy conocemos.

En la España conquistada había solamente una muy pequeña proporción de árabes de raza que se consideraban defensores y sucesores del Profeta. Este grupo posteriormente creció debido a la emigración que supuso la restauración de la dinastía omeya. Eran la aristocracia dominadora. Suministraron cuadros políticos, hicieron que se aceptara su credo en todas partes y fomentaron la arabización de las poblaciones conquistadas. El imperio estaba en manos omeyas pero no eran lo suficientemente numerosos como para poblar las tierras conquistadas.

La aristocracia árabe se asentó en tierras fértiles del interior, como las de Orihuela, los alrededores de Toledo, Sevilla, Valencia. Luego por Córdoba, Badajoz, Murcia, Elvira y en Montejícar especialmente, como veremos más adelante.

Había otra pequeña proporción de beréberes que entraron con los conquistadores, hermanados con los árabes y que se quedaron en la península. Procedían de lo que hoy llamamos Marruecos, se instalaron en las zonas montañosas y se dedicaron a la ganadería y a la arboricultura. En Andalucía los encontramos en los montes de Carmona, Medina Sidonia y en las serranías de Ronda y Málaga. Durante toda la

invasión musulmana provocaron innumerables rebeliones contra los árabes poderosos.

Los beréberes consideraron a los árabes como dominadores insoportables. Esta enemistad acabaría con el califato.

Pues este conglomerado tan variopinto va a conformar uno de los estados más poderosos y una de las épocas más gloriosas de lo que se conoce como España. Me refiero al Emirato y al Califato de Córdoba.

Cuando se había consolidado la conquista de al-Andalus una gran sacudida estremeció el Islam, que acabó por provocar el progresivo deterioro de la autoridad de los omeyas y la caída brutal de la dinastía imperante para instaurarse el califato de los abbasíes. Fue una tremenda revolución en Damasco con la consiguiente repercusión en España.

Rara vez a través de la historia vamos a encontrar una persecución más enconada y un afán de exterminio de una familia tan legendario y expeditivo. Se persigue a los omeyas por Siria, Palestina, Egipto y poco a poco van huyendo y muriendo todos los miembros de esta desdichada familia. En todas partes fueron ejecutados y dejados sus cuerpos insepultos para escarmiento del pueblo que les apoyaba. Solo dos omeyas iban a quedar vivos: Yahya ben Mu’awiya y su hermano Abd al-Rahman, nieto del califa omeya e hijo de una cautiva berberisca. El primero murió en una de las trampas que le tendieron los enemigos que acababan de triunfar. Abd al-Rahman va a protagonizar una odisea impresionante. Escapa a una muerte segura para instalar en Córdoba un emirato dependiente de Damasco. El 14 de agosto del año 755 el príncipe omeya pisa por primera vez el suelo de España en Almuñécar. El 15 de mayo de 756 derrota definitivamente a los qaysíes y en la mezquita, antigua catedral sevillana, se hizo proclamar emir de al-Andalus fundando de hecho el primer Estado musulmán independiente.

Su labor fue enorme. Impulsa la vida comercial, nace un artesanado, apoya a los mercaderes, hace del zoco el centro de la vida urbana, acuña moneda, pero todas sus acciones están impregnadas de una gran nostalgia de Damasco. La mezquita que manda edificar sobre la antigua catedral cristiana es una copia de la de Damasco. Edifica cerca de Córdoba un bellísimo jardín al que hace llamar al-Rusafa en recuerdo de los jardines y el hogar donde transcurrió su infancia.

Durante más de medio siglo, en los reinados de al-Hakam y Abd al-Rahman II, la monarquía cordobesa va a adquirir una gran solidez. Europa entonces era una gran potencia pero dividida y pobre. Córdoba se hará grande porque está unida.

Con Abd al-Rahman II el emirato ya tiene la organización de un estado. Pero no en todas partes. Digamos algo de Montejícar, Elvira y Granada.

La provincia de Elvira era por los años 825 la Siria de España. Desde muy primera hora se habían establecido en ella muchos árabes. ¡Era tan bonita!

Debían haber encontrado su paraíso. Una raza más quiso aposentarse aquí para siempre. ¿Tenían que obedecer al emir? En el fondo la aristocracia árabe, aprovechándose del general desorden, comenzaba también a levantar cabeza y aspiraba a la independencia.

Para conseguirla prefieren aliarse con los españoles antes que con la monarquía cordobesa y ofrecen a Ibn Hafsun el gobierno de Regio, en la serranía de Ronda. Pero estas prebendas no les hicieron ganarse a los españoles. ¿Por qué? El cristianismo tenía profundas raíces en nuestra provincia porque había sido su cuna.

Por más que en Elvira se intentara construir una gran mezquita, había tan pocos musulmanes en la ciudad que la obra no terminaba nunca. Las iglesias eran muchas y muy ricas. En Granada, aunque sus habitantes eran casi exclusivamente judíos, había por lo menos cuatro iglesias. Una, del siglo VII, edificada en el extrarradio por un godo llamado Gudila, debía de ser preciosa. De manera que coexistía un fuerte cristianismo con un creciente influjo arábigo-musulmán. Pero la lucha soterrada, las aversiones y odios entre razas continuaban y se acrecentaban. Los árabes de la provincia de Elvira no se querían encerrar en las murallas de la ciudad y se habían establecido en la campiña. Estos árabes constituían respecto de los españoles una aristocracia extremadamente orgullosa y exclusiva. Tenían pocas relaciones con los habitantes de la ciudad; la estancia en Elvira, triste lugar situado en medio de rocas estériles, no tenía para ellos ningún atractivo. Y cuando los viernes iban a Elvira para rezar en la mezquita, en realidad iban a chulearse ante los españoles, de riquezas, de caballos y de ser los amos. El odio y la aversión no habían mejorado. Los árabes llamaban a los españoles *vil canalla*, fueran muladíes o mozárabes. Se va a producir una lucha tremenda.

Los árabes habían roto definitivamente con el sultán y eligieron a un jefe llamado Yahya ibn Zocala que se marcó una estrategia. Escoge como residencia a Montejícar. Fortifica el pueblo y decide desde allí establecer su supremacía sobre los españoles e independizarse del sultán.

Montejícar se llamaba Monte Sacro por tratarse de un asentamiento romano antiguo. Los nuevos residentes arabizan el nombre hasta llevarlo a *Montejícar*. Es el principio del año 887. Y se instalan allí todos los árabes que estaban siendo arrojados de sus alquerías y adunares por los españoles.

Los españoles, mozárabes y muladíes unidos, piensan que no es aceptable ese asentamiento y deciden comenzar aquí otra reconquista. Eligen dos capitanes llamados Nábil y Axxomais y proceden a reconquistar Montejícar. Sitian el castillo, les atacan, les vencen, degüellan a los compañeros de Zocala, matan a gran cantidad de árabes echando sus cadáveres a un pozo y comienzan a correr por los campos, a perseguir a los supervivientes como si de una cacería se tratara. Se salva Yahya ibn Zocala.

El entusiasmo de los españoles fue inmenso. Por ausencia de medios de comunicación ese espacio lo llenaban los poetas. El poeta de nuestro bando era Abderraman ibn Ahmed, al que apodaban *el Ablí* porque era de Abla. El Ablí dio a la posteridad parte del evento:

> *¡Ya se han roto las lanzas de nuestros enemigos! ¡Ya hemos abatido su orgullo! ¡Los que ellos llamaban vil canalla han minado los fundamentos de su poder!*

Los árabes estaban desunidos. Pero superan sus diferencias, dan el mando a Sauwar ben Hamdún y comienzan a reorganizarse.

Sauwar era algo mayor y odiaba a los españoles. Ellos habían matado a un hijo suyo en Montejícar. Habían acabado también con su hermano de tribu, Yahya. Lleno de odio reorganizó a los suyos y comenzó la reconquista de Montejícar. Además quería poseer una fortaleza que le sirviera de base para sus operaciones ulteriores. Tomó por asalto el castillo, el pueblo y mató a seis mil españoles que lo defendían.

Los españoles de Montejícar fueron a pedir ayuda al gobernador de Elvira llamado Djad. En una estrategia de ofertas y sumisiones le prometen obediencia si se pone de su parte.

Ante estas promesas Djad decide ayudarles y al frente de sus tropas y de los españoles que quedaban fue a atacar a Sauwar. Pero el árabe estaba fuerte y con moral de victoria. Repele al ejército formado por el gobernador de Elvira, también por los españoles y les persigue hasta las mismas puertas de Elvira matando al gobernador Djad.

Esta batalla, a la que llamaron *Batalla de Djad*, llenó de alegría a los árabes. En las mismas puertas de Elvira acababan de vengar la muerte de su caudillo.

¡Hay que celebrarlo! Así que se buscaron otro poeta llamado Said ibn Djudi que les hiciera la labor de agitación y propaganda y buscan un medio de comunicación afín a la causa. Su poeta-periodista Djudi les compuso unos versos que, traducidos, dicen así:

> *Apóstatas e incrédulos que hasta la última hora declaráis falsa la verdadera religión. Os hemos muerto porque teníamos que vengar a nuestro Yahya. Os hemos muerto. Dios lo ha querido. Hijos de esclavas, habéis imprudentemente irritado a bravos que no han olvidado nunca vengar a los suyos.*

Sauwar estaba pletórico de moral. Atacaba y mataba a los españoles que encontraba en todas partes. Y los españoles estaban desunidos. Los pobres no

encontraban otra solución que echarse en manos del sultán e implorar su ayuda. Pero el sultán no estaba para muchos trotes. Era débil y se veía impotente ante los fuertes y orgullosos árabes. Así que se decidió por la vía diplomática. Mandó decir a Sauwar que le daría autonomía y libertad en el gobierno de la provincia a cambio de que le reconociera como soberano y dejara en paz a los españoles.

Sauwar aceptó la propuesta y se firmó la paz. Pero en la serranía de Ronda mandaba otro gran caudillo-guerrillero español llamado Ibn Hafsun que era un líder. Su leyenda corría de aldea en aldea, de alquería en alquería haciendo levantar la cabeza, el orgullo y los ojos a los españoles heridos y humillados. La serranía era suya, española, sin que los emires hubieran podido someterla. Los españoles de Montejícar y de Elvira le ven como a su salvación. Al menos sienten que han de seguir su ejemplo y plantar cara a los orgullosos árabes y al sanguinario caudillo. Vuelven a empuñar las armas. Cada casa, cada familia, cada alquería es un núcleo de insurrección. Un grito de guerra y venganza lanzado desde Elvira resuena en toda la provincia. En un momento y con un único impulso, todos los españoles se levantan contra sus verdugos árabes que ahora asustados, acobardados y perseguidos se encierran en otro castillo, en la Alhambra.

La Alhambra entonces no era más que una ruina majestuosa que casi no se hallaba en estado de defensa. Y sin embargo era el único refugio que les quedaba a los árabes; si se la dejaban tomar podían estar ciertos de que ninguno escaparía.

Y allí los árabes comienzan a defenderse con el brío que da el saber que es su último asidero. De día los combates eran encarnizados. En las murallas los sitiadores españoles abrían brechas y portillos para lanzar sus tropas al ataque. Por la noche, a la luz fantasmal de las antorchas, los árabes reconstruían ladrillo a ladrillo, adobe a adobe los rojizos torreones y las almenas. Entre ellos cundía un gran pesimismo en este ambiente sombrío y lleno de negros presagios.

Un día los españoles, aprovechando el ambiente de desánimo de los sitiados, recurrieron al Ablí, su poeta, que les compuso unos versos y se los dejó caer por los portillos abiertos en las almenas de la Alhambra. Un árabe cogió el escrito y lo leyó en voz alta. Decía así:

> *Sus moradas están desiertas, sus campos son eriales, los huracanes arremolinan en ellos las arenas. Encerrados en la Alhambra meditan al presente nuevos crímenes; pero allí tendrán también que sufrir derrotas continuas, y, lo mismo que sus padres, serán siempre el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas.*

Los árabes oyeron la lectura de estos versos a la luz de las antorchas y las sombras de las almenas se convirtieron en fantasmas de pesimismo y desolación.

—Estos versos son un aviso del cielo. Del cielo ha venido el escrito y sus versos.

Otros, menos pusilánimes y miedosos, más realistas en suma, supusieron que era una *conspiración* del periodista de la facción opuesta, el poeta el Ablí.

El Asadí se aplicó a la tarea. Responder en árabe con un poema con sus moaxacas, sus jarchas y demás rimas no era fácil. Al Asadí no le salía la rima adecuada y las tropas árabes sitiadas iban de mal en peor. Era de temperamento nervioso, impresionable y en casos de presión externa, no le salía la gotita de esencia imprescindible para volver al personal boca abajo. Además, en los mano a mano poéticos que había mantenido hasta la fecha con el Ablí había perdido. ¡Mal andaban los sitiados! No le salía el verso adecuado que venciera a el Ablí. Todos los árabes le miraban con gestos de ira, desánimo y rencor. ¿Dónde vamos con un poeta así? Pero recibió la inspiración con el verso salvador:

En verdad que bien pronto, cuando nosotros salgamos de la Alhambra, habréis de sufrir una derrota tan terrible que hará blanquear en un momento los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos.

Rápidamente los árabes sitiados se convencieron de que el poema de los españoles era del Ablí y por tanto agitación, propaganda y conspiración y el poema del Asadí, que les beneficiaba, ese sí que era de Dios. Se aplicaron unos cuantos versos del Corán que hacían al caso, recompusieron su moral, enrollaron los versos a una piedra, se la tiraron a los españoles y comenzaron a darle la vuelta a la tortilla.

Siete días después los árabes ven al ejército español compuesto de veinte mil hombres con máquinas de guerra, preparándose para atacarles.

Sauwar, el árabe de Maracena, decide sacar sus tropas a campo abierto y después de las mil estratagemas y correrías, los árabes vencedores mataron a diecisiete mil españoles a las puertas de Elvira. Es la Batalla de la Ciudad. Naturalmente que los poetas vuelven a hacer de periodistas-relatores de las hazañas del de Maracena y los españoles fueron detestados hasta por su lejano y mítico líder ibn Hafsun. Pero Montejícar ya sería olvidada y los españoles caminarían muchos siglos con la cabeza gacha y la tristeza de ser raza dominada.

El odio sigue larvado y los hombres dominados continúan tristes en la esperanza de levantar sus cabezas libres y orgullosas en los atardeceres de nuestra Patria, antes Montejícar, luego Elvira, ahora Granada.

No se sabe en Montejícar que fue un pueblo grande, quizá entonces más importante que Granada, tanto como para que la gente más culta y rica de entonces le escogiera como capital, centro de su soñado país, de sus luchas y de, sus defensas.

Nadie en Maracena conoce a Sauwar, su caudillo árabe, general fuerte. Nadie en Granada recuerda el día en que, cuando la Alhambra no existía, en unos torreones y almenas, se comienza a consolidar su poder.

Deberían saberlo nuestros maestros de historia que nos han contado tantas veces batallas lejanas, grandezas lejanas, proezas lejanas y han dejado en el olvido que un pueblo fue grande, lleno de valor, de historia y ahora no le queda ni siquiera la nostalgia.

Deberíamos decir a los maestros de Montejícar que lo expliquen a los niños. Al alcalde que celebre ese día, esa primavera en que Montejícar quiso ser centro del saber, de la fuerza del mundo, asiento de los árabes sirios, que habían sido cuna de civilización y que quisieron asentarse aquí, hacer de Montejícar su capital.

El gran Abd al-Rahman III ha sido uno de los más grandes soberanos de la historia de España. Fue inteligente, tenaz, astuto, realista y valeroso. Se rodeó de una corte exquisita y de un protocolo que recordaba al de Bizancio. El esplendor del califato llegó a ser enorme. Fue el más grande entre los príncipes omeyas. Rodeado de mujeres, concubinas y esclavos, hizo una corte calcada de Bagdad o Bizancio.

La Córdoba califal debió ser impresionante. Tenía medio millón de habitantes, tres mil mezquitas con su gran Mezquita Aljama, el Alcázar califal y una gran cantidad de residencias, además de la de Medina al-Zahra, trece mil casas, trescientos baños, veintiocho arrabales. ¡Mucho más ciudad que Bagdad!

En el palacio califal estaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente. Era colosal. En su harem vivían seis mil mujeres.

Al-Hakam II, hijo y sucesor de Abd al-Rahman III, era un príncipe sabio. Todos sus predecesores habían sido cultos, pero ninguno como él. Buscaba con ansia los libros nuevos y raros. Llegó a reunir una biblioteca de 400.000 volúmenes. En Damasco, Alejandría o el Cairo, tenía agentes que le comprasen o les copiasen los libros que le pudieran interesar, con instrucciones precisas de hacerlo sabia y minuciosamente. Y en su palacio había un gran taller con copistas, encuadernadores y miniaturistas.

En Andalucía no había analfabetos. En la Europa cristiana solamente el clero y poca gente más sabía leer y escribir. Fundó en Córdoba veinticinco escuelas para el pueblo en las que se enseñaba la gramática y la retórica. Y la universidad de Córdoba era una de las mejores del mundo. Tenía grandes maestros. Los estudiantes venían a Córdoba por millares. Y lo que interesaba más estudiar, lo que tenía más salida y por tanto la *facultad* más concurrida, era el *Fikh*, algo así como Teología y Derecho. Desde luego había Facultad de Medicina.

Hasday ibn Shaprut, uno de los médicos más importantes que ha dado España y probablemente el jiennense más ilustre, vivió, trabajó y engrandeció Córdoba.

Digamos una palabra de algunos médicos españoles de religión musulmana.

Algo anterior a Hasday es el madrileño Abul Casim Moslama, el Madjritz. Probablemente es el primer médico español que merece ser llamado sabio. Escribió sobre alquimia, sobre animales, piedras preciosas, pero sobre todo de medicina. Algunos de sus escritos se conservan en el Escorial.

Sus discípulos llenan toda una época. Merece mención especial Habus Eslami, nacido en Huetor Vega y muerto en Córdoba en el año 987. Escribió mil obras de tema científico, sesenta de las cuales son de medicina.

De esta época es el primer pediatra de que tengo noticias. Se llamaba Arib ben Said el Kateb, de nombre y religión musulmana pero español de pura cepa. Era murciano. Escribió un libro que puede ser el primer tratado de pediatría conocido, titulado *Tratado de la generación del feto y del régimen para puérperas y niños*. Está en el Escorial, catalogado con el número 833. Estudia a las embarazadas, a los recién nacidos, es un libro de partos que da instrucciones a las comadronas, estudia las enfermedades y accidentes del parto, las enfermedades de los niños como la viruela, a la que cura con ventosas en la nuca y aire libre, da instrucciones para hacer la circuncisión, etc. Un libro de pediatría en el siglo X.

En la Universidad de Córdoba nace una figura controvertida, señera, enorme, pero que va a suponer también la última y definitiva etapa del califato. De aquí sale Almanzor. Otro personaje español de una talla impresionante pero que ha sido olvidado en nuestra historia de España. Un tío grande y un rufián, como tantos otros grandes hombres de la historia. ¡Sólo que este es de Cortes de la Frontera! Y al leer su historia, estudiarla, la impresión es tremenda. ¡Qué líos de faldas, de guerras, de intrigas, de fondos reservados, de ansias de poder!

Almanzor dio a la España musulmana un poder que no tuvo nunca, ni en los tiempos de Abd-al-Rahman III. Era el terror de sus enemigos y el ídolo de sus soldados. Jamás olvidaba un servicio y jamás olvidaba un agravio. Era generoso, duro, siempre al lado de los suyos. Fue mecenas de la cultura. En su corte mantuvo a multitud de poetas, algunos de ellos provenientes de Bagdad. Siempre fue un bebedor de buen vino, aunque este menester estuviera prohibido por el Corán. Y sus juergas cordobesas eran sonadas.

Almanzor fue un hombre de una ambición sin límites.

Así era España, Al-Andalus, hace mil años. Pero todo se degenera. Un dictador, Almanzor, había suplantado el poder teocrático de los califas. Sus indudables éxitos guerreros no habían ido parejos a la estructura que necesitaba el califato. Pero sobre todo era muy difícil hacer comprender a los creyentes que este era el enviado de Dios, el Príncipe de los Creyentes. Un califato sin teocracia era impensable. Las fuerzas disgregadoras de las distintas razas que habitaban al-Andalus comienzan a actuar.

La tensión entre árabes y muladíes comienza a amenazar la existencia misma del

Islam español. Eran una multitud de razas. Había gallegos, francos, lombardos, calabreses y otros prisioneros de los piratas andaluces o comprados en pueblos de Italia.

Los eslavos eran la clase ilustrada o al menos una de ellas. Siempre hubo eslavos en Córdoba pero especialmente en época de Abd al-Rahman III. Acerca de su número hay distintos datos. Unos dicen que había 3.750, otros dicen que 6.087 y otros que 13.750.

Eslavos, esclavos a su vez, tenían otros esclavos a su servicio. Muchos poseían grandes extensiones de tierras. Abd al-Rahman III les confirió importantes dignidades y funciones militares y civiles. Y los judíos. Cito a Dozy:

> *porque los judíos, especulando con la miseria de los pueblos, compraban niños de uno u otro sexo y los llevaban a los puertos de mar, donde naves griegas y venecianas iban a buscarlos para llevárselos a los sarracenos. Otros, esto es, los eunucos destinados al servicio del harem, llegaban de Francia, donde había grandes manufacturas de eunucos, dirigidos por judíos. Eran muy famosas la de Verdún y otra había en el Mediodía. Como la mayor parte de los cautivos eran todavía pequeños cuando llegaban a España, adoptaban fácilmente la religión, lengua y costumbres de sus señores… Gustaban de reunir bibliotecas, componer versos…*

El califato se hunde. Abd al-Rahman *Sanchuelo* acaba con él. Un motín destruye Medina al-Zahra y casi toda la ciudad. Se produce una gran matanza, se van las academias, nacen los reinos de taifas con las luchas y rivalidades entre las diversas familias de origen árabe o beréber. Hablaremos de uno de esos reinos.

CAPÍTULO II

ZAWI IBN ZIRÍ, PRIMER REY DE GRANADA

Hace muchos años había una tierra muy bonita, verde, con unos paisajes increíbles, rodeada de montañas, algunas de las cuales estaban nevadas todo el año. Era una inmensa vega llena de vegetación, con ríos de agua que corrían alegres por laderas y llanuras, con árboles llenos de frutos y animales de todas clases. Era como un paraíso por su paisaje, su color, su olor y su luz cegadora.

Vamos a contar lo que ocurría en las tierras cercanas a lo que hoy es Granada sobre el año 1020. La ciudad apenas existía y la vega era verde, sin tantas casas, con muchos animales salvajes, la sierra tenía más nieve, las flores y plantas se desparramaban bellísimas por las laderas.

La capital de la provincia se llamaba Elvira y estaba asentada en las faldas de la Sierra del mismo nombre, sobre terreno pedregoso y seco, con menos flores, menos agua y menos belleza que la Granada que conocemos. Los demás lugares poblados, incluso lo que hoy es la ciudad de Granada, eran pequeños núcleos de viviendas, algunas de ellas rodeadas de torreones y murallas, esparcidos por la inmensa vega y sus colinas.

Elvira había sido una ciudad muy antigua e importante. Fue romana, luego cristiana antes incluso de que el mismo Imperio lo fuera y desde la dominación musulmana la gente en ella vivía bastante regular. ¡Había tantas gentes y tan diversas!

Los pobres españoles se vieron apabullados por la tremenda invasión musulmana. Todo había cambiado para ellos. Las músicas, los vestidos, las formas de vida, la cultura, las modas, todo era musulmán. ¿Qué hacer? Unos se adaptaron a las nuevas circunstancias y se hicieron musulmanes de religión para así capear mejor los temporales. Otros mantuvieron su credo cristiano. Por supuesto que ni los unos ni los otros podían soportar a unos dominadores que al fin y al cabo no eran españoles sino advenedizos.

En Elvira los habitantes eran casi todos cristianos. Si los invasores construían mezquitas nadie acudía a ellas a rezar. Por donde ahora está la Plaza del Triunfo de Granada, que antes era pleno campo, había una iglesia imponente, edificada hacia el año 600 por un godo muy rico llamado Gudila, a la que acudían habitualmente los cristianos de la comarca. Obispos y curas coexistieron con la dominación musulmana prácticamente hasta finales del siglo XI porque la mayor parte de los habitantes de nuestra tierra eran antiguos españoles, muchos de ellos cristianos.

Este maremagnum de civilizaciones funcionó bastante bien durante mucho tiempo. Los árabes tomaron el mando y Córdoba fue durante siglos el centro de una de las culturas más importantes del mundo.

A finales del Califato se hizo con el poder Almanzor. Su ejército era variopinto y mercenario. Tenía soldados cristianos a los que pagaba bastante bien. Luchaban contra sus correligionarios como los mejores musulmanes. Tenía también soldados beréberes, compañías enteras fieles a él aunque odiaran a muerte a los árabes. Los había buscado en África y les había traído para reforzar sus campañas en la España cristiana.

De una familia de estos soldados beréberes trata esta historia porque el jefe de ellos fue el primer rey de Granada. Se llamaba Zawi ibn Zirí.

Sobre el año 1013 se hunde el Califato. El pueblo se quedó sin Califa. Cada caid se hizo con el mando de su ciudad y se fortificó en su castillo.

La ciudad de Elvira estaba poblada por gentes tan diferentes que no podían sufrirse unos a otros, es más, se odiaban.

La convivencia entre ellos era muy difícil. Si caminaban por sus calles no querían cruzarse con los vecinos. Eran solitarios, insociables, enemigos unos de otros. No estaban dispuestos a afrontar juntos el más pequeño proyecto en común. Y encima eran los más cobardes del mundo, incapaces de matar una hormiga, mucho menos de hacer la guerra para defenderse de enemigos exteriores. Al no formar un grupo compacto no sentían la fuerza necesaria para unirse en empresas comunes. Necesitaban ante cualquier emergencia contratar ejércitos profesionales que les sacaran del atolladero.

El ambiente ardía en los alrededores de Elvira con continuas guerras, pillajes, saqueos y matanzas. Córdoba había explotado y cada grupo de poder andaba por las ciudades y campos buscando de qué terreno apropiarse, qué ciudades conquistar.

Los habitantes de Elvira miraban a un lado y a otro con miedo esperando en cualquier momento que algún aventurero los convirtiera en súbditos o esclavos de sus apetencias o quizás que acabara con ellos. Por si esto fuera poco había aparecido por tierras de Játiva un bisnieto de Abd al-Rahman III con pretensiones de hacerse con el califato, que el día 29 de abril de 1018 juró su cargo y tomó el nombre de Murtadá. Había organizado un formidable ejército y estaba por anexionarse Elvira.

Con el ejército de Murtadá, por cierto, viajaba un enorme poeta muladí, autor de un precioso libro de amor. Se llamaba Ibn Hazm. El libro se titula *El collar de la paloma*. Desconocido como los poetas judíos. ¿Por qué? Citemos a Ortega:

> *Nuestra sociedad ha convivido durante siglos con esa sociedad arábigo andaluza, piel contra piel, en roce continuo de beso y lanzada, de toma y daca, de influjo y recepción. Y una de las grandes vergüenzas que desdoran los estudios de historia es que, a estas alturas, ni de lejos se haya logrado esclarecer la relación de las sociedades que poblaban al-Andalus.*

Por una vez en su vida se reunieron los habitantes de Elvira para buscar soluciones y alguien tuvo una idea:

—¿Y si llamamos a Zawi ibn Zirí para hacer con él un trato? Es el efe de los beréberes Sinhaya, fieros guerreros pero nobles. Podríamos convencerles de que vengan a ayudarnos. Nosotros ponemos el dinero y la residencia para que no sigan vagando sin rumbo y ellos nos defienden.

Los beréberes de Zawi eran guerreros trotamundos, sin un lugar fijo de residencia y acostumbrados a pelear continuamente. Su ejército era como un clan familiar pero a lo grande. Zawi tenía varios hijos, cada uno de los cuales valía por cien jinetes. Eran valientes, inteligentes, muy fuertes y ciegos seguidores de su padre. Y sobrinos, primos y demás familia, todos líderes de grupos. Los soldados de a pie eran desheredados, soldados de fortuna deseosos de encontrar algún lugar donde aposentarse para vivir en paz el resto de sus días.

Eran muy desconfiados. Ni siquiera se fiaban de los propios beréberes. Los Sinhaya jamás dormían tranquilos si cerca estaban sus parientes los Zanata. ¿Se podrían fiar de los habitantes de Elvira?

Se lo pensaron bien. Les estaban pidiendo ayuda unos hombres muy desunidos. Les ofrecían el poder unas gentes ricas e indefensas. Los de Elvira no tenían armas, eran cobardes y no tenían amigos. Los de Zawi aceptaron la propuesta. Se reunieron para concretar la operación y se encaminaron a Elvira acampando en una llanura situada junto a las puertas de la ciudad.

Al verles acercarse salió una comitiva de hombres principales con abundante acompañamiento de pueblo. Les ofrecieron dinero, regalos de sedas, armas, joyas, alimentos, que los Sinhaya recibieron encantados. No tenían mucho dinero, escaseaban en alimentos así que se pusieron contentos y se dispusieron a organizar la sociedad que se habían propuesto de compañía por dinero, defensa por alimentos, vida a cambio de ceder honores y mando a quien podía defender la ciudad de los ataques que se preveían inminentes.

Pero las noticias corrían de aldea en aldea, de castillo en castillo. A los pocos días los habitantes de las ciudades cercanas y los soldados que vagaban por los campos vecinos ya sabían que los de Elvira habían hecho un buen trato, que estaban bien defendidos y no eran vulnerables como antes lo fueron.

Correos de los Sinhaya iban y venían por vegas y montañas ofreciendo alianzas y pidiendo ayudas. Al poco tiempo se unen bastantes castillos de la región, como Jaén y su distrito, Iznájar y otros de los alrededores.

Zawi no se fiaba de las palabras de adhesión y fue colocando a sus hombres al mando de estas plazas. A su sobrino Habus ibn Maksán lo pone al frente de Jaén. Así

los demás castillos. Ya todo el mundo sabe que en estas ciudades de la provincia de Elvira se ha creado el Estado Zirí.

Otros correos iban y venían transmitiendo a los rebeldes de al-Andalus la nueva alianza que se había hecho entre los habitantes de Elvira y los Sinhaya de Zawi. Cuando conocieron que se habían hecho dueños de una ciudad tan importante se desazonaron y se pusieron en guardia. Conocían el poder que tenían estos beréberes y temían que hicieran de esta unión el trampolín para apoderarse de todas las tierras de al-Andalus.

Estaban muy disgustados por verles instalados en aquel territorio, una gente a la que odiaban profundamente. Ellos a su vez concertaron reuniones, hicieron deliberaciones y resolvieron pasar al contraataque. Pero necesitaban un líder que les aglutinase en la defensa de sus intereses y forzara la expulsión de los Sinhaya de la ciudad de Elvira.

Reflexionaron mucho sobre este asunto. Ellos al fin eran la aristocracia árabe y nadie mejor para guiarles que al-Murtadá, un árabe *qurasí* que tenía ascendencia omeya y al que ya habían propuesto como Califa del nuevo reino. Con un noble de sangre real al mando del proyecto las gentes sencillas se pondrían de su parte.

Unas semanas más tarde se comenzó a congregar un ejército al mando de al-Murtadá, que vino a acampar en las mismas vegas cercanas a Elvira. La vieja amenaza se concretaba. Ya tenían ahí a sus enemigos afilando las espadas y entrenándose en cabalgadas y estrategias de guerra en las mismas puertas de su ciudad.

Zawi y sus guerreros Sinhaya conocieron enseguida la presencia de aquel ejército enemigo. Por los adarves de las torres de Elvira se asomaban para calibrar la magnitud del ejército al que se debían enfrentar. No hacía falta ser adivino para conocer que sus intenciones eran expulsarles de allí.

No se inquietaron demasiado. Ellos no temían a los árabes. Sin embargo les preocupaba su propia alianza con los de Elvira. Al fin y al cabo eran en su mayoría muladíes o mozárabes y no se fiaban de ellos. Aquella era una alianza de interés sin vínculos de religión o económicos. ¿Y si se ponían a luchar y luego tenían al enemigo en casa? Había que asegurar la fidelidad de los que les habían reclamado. Convocaron una reunión de todos los notables de la ciudad y Zawi les dirigió la palabra diciendo:

> *—Nosotros no hemos venido a perjudicaros ni nos hemos instalados aquí por la fuerza. Si estamos seguros de vuestra lealtad os vamos a defender, pero si no queréis, avisadlo y nos iremos. No tenemos problemas para conseguir alimentos o riquezas en otros lugares. Tenemos espadas, lanzas, caballería y fuerzas suficientes para instalarnos donde queramos.*

Zawi les habló seguro de sus fuerzas. Sabía cómo dirigirse a un auditorio y la forma de provocar las reacciones que buscaba. Los aludidos tuvieron un movimiento de perplejidad tras el cual comisionaron a uno de los vecinos que contestó:

> *—Manteneos en vuestro propósito de combatir al enemigo, defendiéndoos y defendiéndonos porque nosotros somos vuestros súbditos obedientes y nos fiamos de vuestras afiladas espadas.*

Zawi sabía que le iban a contestar de esta manera y tenía preparada su repuesta así que volvió a hablar a la concurrencia en estos términos:

> *—Si tal es vuestra opinión lo mejor que podemos hacer es abandonar esta ciudad y elegir para instalarnos, cerca de ella, un lugar mejor fortificado. Hay que estar preparado para la derrota aunque se tenga seguridad de la victoria.*

Los oyentes quedaron perplejos ante la propuesta de Zawi pero no dudaron en asentir aunque les inquietara la idea de abandonar su ciudad y sus casas. Zawi continuó su discurso con estas palabras:

> *—Estamos dispuestos a no imponeros esos tributos que nos habéis prometido con tal de que gastéis el dinero en algo más importante. Con ese dinero vamos a fortificar la nueva ciudad y a reclutar entre vosotros milicias de soldados que pagaréis y que os van a servir como auxiliares en materia de vigilancia, espionaje y otras por el estilo. Reclutad pues a cuantos sepáis que puedan hacer este servicio y luego construid una muralla. Si no se hace esto vamos a dejar brechas por las que entre nuestra desgracia. Lo demás es cuenta nuestra, pues habéis de saber que no hemos venido a al-Andalus con las manos vacías. No hemos venido como menesterosos ni como mendigos sino movidos por el afán de hacer la guerra santa y para conservar la honra que nos ha hecho famosos entre nuestros enemigos y para consagrar el resto de nuestras vidas al servicio de Dios. Estos que vienen contra nosotros son insolentes ávidos y orgullosos. Pero al que sea víctima de la tiranía Dios lo asistirá y el que muera defendiendo su familia y sus bienes será mártir de la fe.*

Las palabras de Zawi habían sido una auténtica arenga que llenó de moral a los de Elvira. Al fin tenían a un hombre con un buen proyecto para sacarles de aquel atolladero y capaz de trazarles metas ambiciosas de cara al futuro. Y en cuanto a

abandonar su ciudad, bien pensado era lo lógico. Elvira era una ciudad seca, sin agua, edificada en terreno muy accidentado y de difícil defensa. Con sólo cortar la entrada de agua cualquier ejército que la sitiara tenía asegurada su conquista.

Ellos conocían la historia y la geografía de su tierra. Hacía mucho tiempo había venido desde Damasco a al-Andalus Abd al-Rahman, el *Príncipe Emigrante*. Era el año 765 cuando el Omeya, con mando ya en toda la España conquistada, nombró walí de Elvira a Ased El Schebani, un árabe venido de Damasco y ferviente partidario de la dinastía destronada unos años antes allí. Era un hombre valeroso y fiel a Abd al-Rahman que se ocupó de conocer todas las ciudades de la provincia de Elvira. Comprobó el carácter indócil de los montañeses de la Alpujarra y de las Sierras de Baza y de Segura. Eran peligrosos y vio que Elvira estaba demasiado mal situada para mantener la defensa ante unas gentes tan turbulentas. Estaba desparramada en las vertientes de una sierra estéril y de muy difícil defensa. Los muros y fortines que en ella se edificaran no podrían dominar la ancha vega convertida en campo de batalla.

El Schebani se fijó en un lugar en las cercanías poblado en su mayoría por judíos. Allí había alturas aisladas donde un sólo vigía, con extender la vista, podría explorar los alrededores. Había abundante forraje para el ganado, alimento para las personas y agua por todas partes, tanta que ningún ejército que la sitiara podría cortarle el suministro.

Un walí sin castillo era como un rey sin corte, por eso buscó obreros que tallaron piedras, acopiaron chinarros, trajeron arena y cal, construyeron cuarteles, aljibes y comenzó a edificar un Alcázar y una muralla en lo alto de una colina. A este castillo le llamaron *Hisna Román*, que quiere decir *Castillo de la Granada* porque en el centro de él había un gran árbol de esa fruta. Pasados los años a este *Castillo de la Granada* comenzarían a llamarle *Alcazaba Cádima*, que quiere decir Castillo Viejo.

Los habitantes de Elvira conocían esta historia. Al lado de allá de la colina roja que tenían enfrente podían divisar un humilde arrabal de judíos. Desde Elvira se podía ver la fortaleza construida por Ased, el walí de Abd al-Rahman. Ese era su lugar. Se lo indicaron a Zawi que lo inspeccionó detenidamente. Era una altura que dominaba el territorio y una posición estratégica de primer orden. Hacia allá se encaminaron para construir sus casas y trasladarse todos los vecinos. Esa posición sería su capital. Y para que no hubiera vuelta atrás demolerían Elvira.

Una gran actividad invadió a todos. Se cargaron mulas, asnos y caballos con las pertenencias de unos y de otros. Nada más llegar a Granada se iban poniendo manos a la obra por grupos, andaluces o beréberes, para construir sus casas y reforzar los viejos muros y las antiguas defensas. Mientras iban llegando contemplaban una hermosa llanura llena de arroyos y árboles. Todo el terreno que les rodeaba estaba regado por el río Genil que baja desde la Sierra Nevada a la que llamaban *Yabal*

Sulayr. Estaban en el centro de toda la comarca, con la vega delante, montes que cerraban la llanura por todas partes y detrás la impresionante montaña de Sol y de Aire. Pequeñas alquerías jalonaban el camino entre Elvira y Granada. En cada alquería, entre las casuchas y los árboles, destacaba una pequeña iglesia. Más adelante, cerca ya de Granada, rodearon la inmensa, vieja y preciosa iglesia del siglo VII, una de las maravillas que los ojos humanos podían contemplar.

El lugar les encantó ya que reunía todas las ventajas para su propósito. Era el centro de una región muy rica. Si el enemigo venía a atacarles no podría impedir que sus habitantes se aprovisionasen de alimentos o agua.

El grupo entró en una fase de actividad intensa. Construían sus casas, adobaban los muros, preparaban los torreones, instalaban máquinas de guerra en lugares estratégicos a fin de que todo estuviera a punto para una batalla que preveían inminente.

A lo lejos podían divisar a su antigua ciudad, Elvira, semidestruida, deshabitada, muerta. Estaban contentos por haberse instalado en uno de los lugares más bellos de la tierra.

Cuando estaban terminando la construcción de su ciudad vieron acercarse al ejército de los insolentes taifas. Venían mandados por al-Murtadá, en orden de batalla e imaginando que con sólo asomarse iban a tomarla, apoderarse de sus tesoros y sus habitantes.

Acamparon a las puertas de la ciudad y enviaron a Zawi una carta con órdenes expresas de que se retiraran. Si lo hacían serían respetados. De no hacerlo les iban a matar.

Zawi leyó la carta de al-Murtadá y mandó reunir a sus hombres. Hizo que vinieran a Granada los destacamentos y capitanes que había dejado al mando de las plazas que se le habían unido, especialmente a su sobrino Habus que estaba en Jaén, un hombre listo y valiente que pudo entrar en Granada con sus tropas a la vista de los sitiadores. Así consiguió reunir en Granada a mil soldados Sinhaya muy bien adiestrados y armados. Enfrente tenía cuatro mil hombres al mando de al-Murtadá. Zawi dictó personalmente la respuesta a la carta del árabe:

> —*Os preocupa el ansia por acrecentar vuestras riquezas y hasta visitáis los cementerios para contar los muertos. Perfectamente. Ya sabéis. Una vez más: perfectamente, ya sabéis.*

Los sitiadores cuando recibieron la respuesta se sintieron admirados por el ingenio de Zawi y se decían:

> —*Este hombre no rehusaría someterse a nosotros de no ser porque confía*

en su valor y en el de los suyos, o porque está resignado a morir, o porque le ciega un orgullo que de inmediato va a perder.

Dicho esto dieron la señal de ataque. Zawi había diseñado su estrategia que consistía en esperar la iniciativa del enemigo hasta que estuviera en posiciones cercanas. Entonces se lanzaría sobre él desde las alturas y las murallas de Granada. Sin embargo sus hombres le dijeron:

—Nada podemos hacer mejor que ir a su encuentro puesto que sabemos a ciencia cierta que nada nos valdrá con ellos más que vencerles o morir a sus manos. Si permanecemos quietos no nos van a dejar sino que nos sitiarán, tanto a nosotros como a nuestros vasallos viendo que no los rechazamos. Por tanto a luchar y triunfar o luchar y morir.

Y se lanzaron contra su enemigo como fieras desesperadas. Estaban decididos a morir por defender la ciudad que acababan de edificar. Desde luego sabían que si eran derrotados les esperaba la muerte, lo que les daba determinación en la pelea. Y como eran fuertes, estaban muy bien organizados y dispuestos a todo, a la primera embestida pusieron en fuga a sus enemigos que huyeron buscando cada cual salvar su propia vida.

Los Sinhaya les persiguieron con furor y saña. En muy pocas horas se habían apoderado de todos sus tesoros y armas.

Esta victoria consolidó a los Sinhaya en las tierras de Granada. Zawi ibn Zirí ya era el primer rey de una preciosa ciudad. Las gentes de los alrededores se presentaron ante él para aceptar su jefatura, tanto los antiguos pobladores de Elvira como los judíos que vivían en aquellas colinas desde siempre, además de todas las tribus de los alrededores. De esta manera Zawi se hizo dueño de Granada y de los demás territorios de sus derrotados enemigos.

Una vez conseguida la victoria miraban a un lado y a otro contemplando la bellísima tierra que acababan de conquistar. Como que estuvieran protegidos por la inmensa y nevada montaña, miraban a las vegas, a los puertos de salida de ellas, escuchaban las aguas de sus ríos y sabían que estaban en un paraíso.

Estaban en un lugar rico, bellísimo e inexpugnable. ¡Había que construir una ciudad, la más bella del mundo!

Al conocer la victoria de Zawi se pusieron en camino hacia Granada caravanas de judíos cordobeses. Las matanzas de finales del Califato habían arruinado Córdoba. Los ricos comerciantes judíos habían perdido su lugar de comercio y de actividad. Soñaban con Granada buscando una nueva Córdoba. Los sabios judíos, las academias rabínicas, habían perdido su sede y su sustento económico. Unos salen de Córdoba

hacia Lucena y otros hacia Granada.

Poco a poco la ciudad se va poblando. Granada va creciendo hacia el río Darro y este nuevo asentamiento necesita murallas de defensa.

Cuatrocientas casas se iban desparramando desde la Alcazaba Cádima, *Hiznarromán*, hacia el río, asomadas a la colina roja de enfrente. La granada había hecho estallar sus granos al exterior de las primeras murallas. Había que construir una nueva Alcazaba entre la vieja y el río y amurallar el segundo cinturón de la ciudad.

Un viejo africano natural de Vélez de la Gomera llamado Bendicí Aben Habuz dirigió la construcción de *Alcazaba Nueva* a la que llamó *Alcazaba Gidid*. La llamó *Gacela*. La veía tan bella, tan ligera, escondida pero siempre dispuesta para la defensa. Una gacela siempre está en vela, pensaba Aben Habuz, igual que aquella fortaleza nueva. También como la gacela esta nueva Alcazaba iba a ser envidiada, deseada por todo el mundo.

Los granadinos trabajaron sus campos fertilísimos y emprendieron la tarea de plantar en las vegas los árboles que en Oriente alimentaban el gusano de la seda. Querían que aquí, tan lejos, los gusanos pudieran fabricar sedas bellísimas que adornaran palacios, vistieran princesas y engalanaran caudillos para los desfiles guerreros. Querían que otras caravanas de seda cruzaran caminos de Occidente igual que lo hacían en Oriente, guiados por ricos mercaderes.

¿Y las frutas, las verduras? Manos nerviosas plantaban, sembraban, conducían el agua por acequias hasta conseguir un riego efectivo. Una nueva ciudad estaba naciendo. Iba a ser una maravilla como Damasco.

Pero Zawi no estaba tranquilo. Tenía ante sí la tarea impresionante de repoblar Granada, organizar su agricultura plantando semillas que habían traído de Siria, hacer que aquella tierra bellísima lo fuera aún más. Sin embargo él era un beréber del desierto. Miraba a un lado y a otro y veía enemigos por todas partes. Le odiaban los árabes, los mozárabes, los muladíes, los judíos y muchos de los beréberes de otras tribus, como los Zanata, envidiaban su éxito. No le gustaban un pelo los granadinos. No estaba a gusto. Inconscientemente buscaba cualquier pretexto para marcharse a la que consideraba su tierra. Y ese pretexto lo encontró. Había muerto en África el rey Badis ibn Munsur y debía sucederle su hijo al-Muizz, todavía niño. Cuando Zawi conoció esta circunstancia pensó que se le presentaba la oportunidad de marchar a su tierra y apoderarse de aquel reino. Su mente estaba en África en la que pensaba continuamente. Cuando estuvo totalmente decidido a abandonar Granada se lo comunicó a sus hijos que recibieron muy mal la noticia. Lo comentaron entre ellos y todos estaban de acuerdo en que su padre iba a actuar torpemente. Pidieron al mayor, Buluggin ibn Zawi, que tratara de convencerle para que permanecieran en Granada. Buluggin era fuerte y listo pero como buen beréber al final iba a obedecer ciegamente a su padre. Sin embargo fue a verle y le intentó convencer de que se quedaran allí

para siempre. Pero Zawi estaba decidido a marcharse. Tal vez, pensaba, podría dejar en Granada a hombres fieles que se la mantuvieran hasta su vuelta. Porque se iba a marchar con lo mejor de sus ejércitos, incluidos sus hijos.

Su pretexto era asociarse al rey niño y reclutar allí más soldados para volver a Granada. Ambos estados, el granadino y el africano, serían aliados. Reunió a sus jeques, les hizo jurar que mantendrían Granada hasta su vuelta y salió con sus hijos y su ejército camino del incierto y soñado reino africano.

¿Por qué puerto saldría de Granada? ¿Tal vez por el que luego se llamaría del Suspiro del Moro? Este no lloraba al marcharse. Iba contento, seguramente inconsciente, sin valorar las fidelidades y las lealtades de sus beréberes Sinhaya. ¿Volvería a Granada, la ciudad que acababa de conquistar, de crear?

Era el año 1025. Se marchaba el primer rey de Granada. Tal vez nunca soñó con volver. Su mente estaba en tierras de África, donde había nacido.

No duró mucho la fidelidad de los jeques. Apenas llevaba una jornada de camino cuando enviaron sus delegados a Jaén para pedir a Habus ibn Maksán, sobrino de Zawi, que se hiciera dueño y rey de Granada.

En su carta a Habus los jeques calificaban de estúpido a Zawi por abandonar la ciudad tan bonita que apenas estaba construyendo a cambio de una fantasía. Él era el más indicado para gobernarla antes de que cualquier otro tuviera deseos de hacerse con el incipiente reino.

Habus no se hizo de rogar y salió para Granada nada más recibir la carta. En un día y una noche ya estaba ante las puertas de la ciudad. Los Sinhaya le acogieron con muestras de obediencia manifestando que se declaraban sus súbditos.

Zawi aún seguía de camino hacia las costas para tomar su barco que le llevara a África cuando tuvo noticias de la determinación que habían tomado sus jeques y del nombramiento de su sobrino como rey de Granada. Sus hijos se quejaron amargamente y le reprocharon su torpe proceder pero ya no podían volver atrás. Tristes, sin mucha esperanza de encontrar reinos mejores que los que acababan de abandonar, tomaron sus barcos camino de África.

Cuentan las viejas leyendas que apenas llegó Zawi al país de Qayrawan, la patria del rey niño, algunos visires adivinaron sus intenciones de hacerse rey usurpando el trono del pequeño al-Muizz. Los murmullos de reprobación se extendieron entre las jaimas de los africanos. Nadie deseaba tener como rey al viejo Zawi. Era demasiado astuto, demasiado severo e insoportable. Los visires con él no iban a tener un átomo de poder mientras que con al-Muizz podrían hacer y deshacer a su antojo. Compraron a un cortesano, le suministraron un veneno de rápida acción mezclado en el vino que traía de España y así murió en África, probablemente donde él había secretamente deseado. Así terminó la historia de este primer rey de Granada.

CAPÍTULO III

HABUS IBN MAKSÁN, SEGUNDO REY DE GRANADA. AÑO 1025

Habus era un hombre inteligente. Había vivido cerca de Zawi en sus inicios como rey. Sin embargo había estado lo suficientemente lejos de él como para saber qué cosas se podían hacer y cuáles no. Había escuchado demasiadas veces los murmullos de aprobación y los de crítica de visires y jeques. Ahora el destino y las torpezas de su tío le habían hecho rey. Se prometió a sí mismo no cometer las mismas equivocaciones de su antecesor. Contaba con una cierta legitimidad dinástica, al fin era sobrino de Zawi, pero sobre todo había aprendido de los errores de su tío. Pasó a la acción.

Era el año 1025. Su primera tarea fue organizar la gobernación del reino a fin de tener contentos a los nobles y al pueblo. Sabía que a los Sinhaya debía respetarles, delegar funciones y repartir prebendas.

Lo primero que hizo fue delegar en los cadíes la misión de dictar sentencias, separando esa función de la suya propia como rey. Él apenas intervenía directamente.

Se ocupó de aparecer en público como un ferviente musulmán, evitando cometer acciones impropias de un hombre religioso.

La tercera tarea que se propuso fue la de no sacar dinero a sus súbditos imponiéndoles gravámenes económicos innecesarios. Lo sacaría de los bolsillos de sus enemigos.

Con todo esto se ganó a los habitantes del reino. Pasado algún tiempo Granada era una balsa de aceite. Los caminos estaban seguros sin que aparecieran ladrones o salteadores, no había desórdenes ni motines ni injusticias. Aquello era un oasis de paz.

Habus cuidaba a sus parientes los Sinhaya. Durante el reinado de Zawi había sido uno de ellos, distinguido si se quiere pero uno más. Debía cuidarles. Nunca reivindicaba para sí lo que pertenecía a otros, por más que le apeteciera. Nunca les quitaba nada, más bien les repartió el territorio en circunscripciones militares, ordenando a los cadíes que como pago reclutaran un contingente de soldados proporcional a la importancia del territorio. Este era el tributo que les pedía.

Con esto consiguió disponer de uno de los mejores ejércitos de al-Andalus. Tenían sus hombres un formidable espíritu militar, disciplina y virtudes castrenses.

Cada uno de los jefes ziríes era el señor del territorio que Habus le había asignado. Allí ejercía su autoridad y mandaba las tropas con plenos poderes delegados del rey. Habus no tomaba decisiones sin consultarles. Incluso cuando debía tener alguna reunión importante la celebraba fuera de su palacio. No quería hacerles venir a humillarse ante su persona para que no aparecieran entre ellos los

resentimientos. Los trataba con delicadeza, les escuchaba, siempre dispuesto a acercarse a sus posturas.

Cuando pensó que había organizado su reino se aplicó a la tarea de construir la ciudad en la que acababan de asentarse.

Dentro de la *Alcazaba Gidid*, o *Alcazaba Nueva*, construyó como tres barrios. El más alto estaba junto a la *Alcazaba Cádima*, en la cumbre del actual Cerro de San Miguel. Allí puso su palacio el viejo Bendicí Aben Habuz, el constructor de la *Alcazaba Nueva*. Allí están también las casas del Gallo, coronadas de una pequeña torre y sobre ella un caballero vestido a la morisca montando un brioso caballo. El caballero, entero de bronce, tiene su lanza en alto, abraza su adarga, a través de la que se puede ver un letrero que dice:

Dice Bendicí Aben Habuz que de esta manera se ha de hallar el andaluz.

Caballo y caballero son una veleta que se mueve a los golpes aún tenues del viento. Las gentes comenzaron a llamarla casa del *Gallo del Viento*.

El segundo barrio ocupaba el lugar donde actualmente está la parroquia de San José. Allí edificaron una mezquita y en sus alrededores se compraban, vendían, cambiaban toda clase de mercancías.

El tercer barrio de la *Alcazaba Nueva* ocupaba el lugar donde estaba la mezquita que los moros llamaban *el Teibín* en la actual calle de San Juan de los Reyes. El pueblo comenzó a llamar a este barrio el de *la Cueva* porque había una muy profunda. Cuenta una vieja leyenda que una de las antiguas habitantes de Elvira que se trasladó a vivir a estos lugares se llamaba Nata y guardaba allí su pan y sus tesoros.

Andando el tiempo la *Alcazaba Nueva* se fue extendiendo hasta el río Darro, donde edificaron un barrio llamado *Haxariz*, que quiere decir lugar de recreo y deleite, por el placer que experimentaban paseando a las orillas de ese precioso río. Andando el tiempo fue este un barrio cantado por poetas judíos y árabes.

Y siguiendo el cauce del río Darro se fueron edificando casas que se bañaban con sus aguas hasta que allá en el extrarradio edificaron una almunia con dos puertas a la que llamaban *La Rambla*, (*al-Ramla*) donde de vez en cuando Habus celebraba su Consejo de Gobierno y donde se ejercitaban los caballeros en juegos ecuestres que hacían las delicias de los habitantes de Granada.

El reinado de este segundo rey al principio fue tranquilo, ordenado y fecundo. Andando el tiempo nacen, las intrigas, las luchas cortesanas en torno a tres personajes cuyas andanzas vamos un poco a contar. Son el heredero Badis ibn Habus, el sobrino de Habus llamado Yaddayr y el judío Samuel Negrella. Hablemos primero de Yaddayr.

Habus ibn Maksán tenía un sobrino llamado Yaddayr, hijo de un hermano, al que el rey prefería incluso a sus propios hijos. Era muy inteligente, ilustrado, versado en leyes y en lenguas. Yaddayr iba desempeñando misiones cada vez de mayor importancia. Por encargo de Habus recibía a los embajadores que acudían a Granada y se ocupaba de asuntos de estado. Era un hombre muy respetuoso con todos los dignatarios del reino.

Uno de los hombres que más apoyaban a Yaddayr era Abu-l-Abbas, secretario de Habus, de quien más adelante hablaremos. Yaddayr iba adquiriendo cada vez más influencia ante los Sinhaya que le preferían a cualquier otro príncipe.

Badis ibn Habus, el segundo personaje de esta historia, era el hijo mayor de Habus y por tanto el heredero natural de su padre. Era un hombre muy orgulloso, duro de temperamento y con una personalidad tan fuerte que no se dejaba influir por los cortesanos y cadíes de su padre. Tenía mucha seguridad en sí mismo y no cedía ante nadie. Jamás se le escuchó decir un cumplido ni una palabra de halago para ganarse a las gentes. Si estaba convencido de algo nada lo detenía en su empeño. A nadie dejaba indiferente. Unos le amaban profundamente y otros le odiaban con idéntica intensidad.

Varios personajes de la corte estaban alarmados con la conducta de Badis. Si llegase algún día al poder, pensaban, iba a ser muy diferente a su padre. Menos dialogante, más autoritario, soberbio, enérgico y tal vez sanguinario. Los jefes ziríes, los cadíes y demás dignatarios estaban acostumbrados a un trato con Habus que era inmejorable y si el hijo algún día sucediera al padre estaban seguros de que esa relación iba a cambiar a peor.

Este sentimiento se extendía cada vez más por Granada y como era previsible fue seguido de intentos de promover a Yaddayr a la sucesión de Habus y apartar a Badis. El asunto llegó a tal extremo que un día, ante todos los dignatarios de la corte incluidos el propio Badis, Yaddayr, el secretario de Habus, Abu-l-Abbas y otros muchos, se desarrolló la escena que vamos a contar.

Habus estaba sentado en su trono, su hijo Badis le asistía de pie a su lado en presencia de toda la corte cuando pidió la palabra un jeque de los Sinhaya que había sido encargado por el resto para decir al rey:

> —*Una de las cosas más urgentes que debes hacer, ya que la muerte nunca se está parada, es designar para que te suceda a una persona cuya conducta en relación para con los musulmanes y especialmente los Sinhaya pueda estar marcada con la bendición divina.*

Entonces Abu-l-Abbas, el secretario, replicó:

—Nadie más indicado para ello que Yaddayr, que es puro, sobrio y amado por el pueblo.

Entre los jeques asistentes había uno llamado Firqan que era amigo de Badis y muy parecido a él en carácter. Contestó como un rayo:

—No te está bien hablar de ese modo. ¿Cómo podría subir al trono una persona distinta al hijo de nuestro soberano, que además está al corriente de todos los asuntos? Lo que tú has dicho no vale para nada. Por Dios que ya me parece ver lo que ocurrirá a la muerte de Habus y es que le sucederá Badis, que Yaddayr cometerá la necedad de hacerle frente y que Badis lo vencerá y lo matará.

Las palabras de Firqan pararon en seco las pretensiones de los partidarios de Yaddayr. Había sido una maniobra demasiado burda y consiguió un efecto contrario al deseado. Badis recompensó en secreto a Firqan con mil dinares e inició una tarea de aproximarse a los jeques y dignatarios de la corte. Sus gestos le hicieron ganarse a algunos notables Sinhaya. Les prometió favores y prebendas hasta conseguir que la sucesión se resolviera a favor suyo.

Poco después se celebró en los campos de Bibarrambla otra sesión solemne del consejo. Un notable Sinhaya se acercó a Habus para pedirle que designara heredero a su hijo Badis ibn Habus. El padre estaba ya viejo y no lo dudó. Allí mismo ordenó que todos obedecieran a Badis y le tuvieran como príncipe heredero de Granada.

Yaddayr pidió la palabra para iniciar una tímida protesta. Él se consideraba mejor preparado, más querido e iba a ser mejor rey que su primo pero Badis no le dejó hablar y le espetó estas palabras:

—No desees lo que no es para ti, ¡oh hijo de Hubasa!

Al llamarle así Badis le estaba quitando cualquier legitimidad para optar al trono. ¿Cómo iba a reinar en Granada el hijo de Hubasa? La batalla la había ganado Badis pero dejaba a Yaddayr profundamente resentido. Sería ya para siempre su enemigo declarado. Desde aquel día siempre actuaría Yaddayr movido por esa enemistad. Se le oponía, lideraba a los que estaban contra el rey y hasta consiguió agrupar a algunos Sinhaya para que se opusieran a Badis. Se ganó incluso la amistad de Buluggin, hermano menor de Badis, que era un hombre muy valiente, buen soldado pero que ignoraba completamente los asuntos de la política del reino.

Hemos hablado de varios personajes del entorno de Habus y ahora nos referiremos al judío Abu Ibrahim, conocido por los cristianos como Samuel ibn

Negrella.

Nace en Córdoba en el año 993, hijo de una acomodada familia de Mérida. Allí pasa su infancia y juventud hasta que los desórdenes producidos al tomar la ciudad las tropas beréberes en 1013 le obligaron a abandonarla en dirección de Málaga.

Es de estirpe levítica y fue educado en Córdoba en la ciencia de los griegos, en la sabiduría de los árabes, además de conocer perfectamente el hebreo y el arameo. Estudió otros idiomas de manera que llegó a componer un poema en siete lenguas.

Estudió el Corán, el derecho musulmán, la Biblia y el Talmud, la jurisprudencia judía y los secretos de la lengua hebrea. El Talmud lo estudia nada menos que con Rabí Hanoch, jefe espiritual de la comunidad judía cordobesa. Ibn Negrella es un jurista, un lingüista y además un poeta y escritor. Pero en sus primeros tiempos se buscaba la vida como comerciante de especias.

Huye de Córdoba en 1013 con motivo de las matanzas del fin del califato y se va sin nada a Málaga a comenzar de nuevo. Había sido droguero en Córdoba, por lo que en Málaga, debajo del castillo que pertenecía a Abu-Casim ibn-al-Arif, establece su pequeña droguería para ganarse la vida.

Negrella era ambicioso. No se conformaba con su tienda, sus especias y su soledad. Mientras se ganaba la vida mascullaba, en poesía, su ambición:

Daré vueltas hasta subir a lo alto
a una cima que sea por siempre conocida,
que mis enemigos hallen en mí espanto,
y mis amigos ayuda.

Como las gentes del castillo tenían muchas veces que escribir a su señor y eran analfabetos, recurrían a Samuel para que les redactara sus cartas. Era esta una tarea importantísima y no era fácil encontrar quien lo hiciera con tanta pulcritud. Las cartas escritas por Samuel causaron admiración al visir por su estilo, su retórica y su precisión en el contenido. Así comenzó su suerte y su historia:

Estaba su tienda de Málaga próxima a la corte de Ibn al-Arif, katib (secretario) del rey Habus ben Maksán, rey beréber de Granada. Una sierva del katib le pidió escribiera una carta a su señor el Visir Cuando este vio el escrito se admiro de su sabiduría.

Al cabo de un tiempo, cuando el katib volvió a Málaga pregunto a su familia:

—¿Quién os ha escrito la carta que a mí me llegó?

Y le dijeron:

—Un judío de cerca de tu corte, perteneciente a la comunidad de

Córdoba, es el que nos escribe.

Al punto mando el katib que trajeran a su presencia a Samuel y le dijo:

—No es conveniente que pases el tiempo sentado en una tienda. No te apartes de mí en ninguna dirección. Mereces brillar en la corte. Y si quieres serás mi secretario.

(ABRAHAM IBN DAUD)

Samuel acompañó al visir en su vuelta desde Málaga a Granada. El aprecio del visir se acrecentó al ver el conocimiento que tenía de todas las cosas, su capacidad para comprender y decidir los asuntos que se le planteaban. Samuel hablaba poco y pensaba mucho, era humilde, bondadoso, amable con todo el mundo, se vanagloriaba de su condición humilde y sabía tener una respuesta sabia para cada cuestión.

Todos los consejos que daba Samuel, —dice Daud— eran como si alguno interrogase a la palabra de Dios.

Así se convirtió en escribiente y consejero del que era consejero del Rey.

Más adelante enfermó el katib y se encontraba a punto de morir cuando vino a visitarle el Rey Habus y le dijo:

—¿Qué haré? ¿Quién me aconsejará en las guerras que me rodean?

A los que él respondió:

—Yo no te he aconsejado nunca según mi parecer, sino según el de este judío escribiente mío. Fíjate bien en él y tómalo como padre y como sacerdote y haz lo que él te aconseje y el Señor te ayudará.

Después de la muerte del katib, hizo venir el Rey a Samuel a su palacio y le hizo katib y consejero. A partir del año 1020 estuvo en el palacio del Rey, en Granada.

Era un hombre muy culto, muy listo y el mejor recaudador de impuestos para su rey en Granada, ciudad de judíos. Samuel, ya instalado en la corte granadina, sabe que todo se lo debe a su pluma y escribe:

¡Oh cálamo!, voy a cantar tus favores,
pues gracias a ti se llenó mi mano
de riqueza y gloria, y por tu lengua
hizo callar la mía a los valientes.
Toma el cálamo, pues con él se reúne
la riqueza; el cálamo levanta a los humildes

al poder, y el cálamo habla
por escrito en lengua de reyes.

Probablemente sea el primer y único Estado musulmán en el que un judío haya detentado los cargos de canciller y visir. La tolerancia musulmana hacia los judíos era grande pero nunca llegó hasta este punto. Este escritor y poeta llegó a tener un poder en la corte del rey semejante a un primer ministro. Y esto no puede extrañar. En tiempos de los reinos de taifas las divisiones y odios entre los distintos grupos étnicos que luchaban por la supremacía hacen que un señor beréber pueda confiar mucho más en un visir judío que en un noble de origen árabe o eslavo.

Porque la comunidad judía se fue extendiendo en Granada hasta ser el grupo más importante en número y calidad, desde luego los comerciantes, los hombres de dinero. ¿A quién mejor iban a encomendar los reyes ziríes la recaudación de impuestos, la dirección de los asuntos de estado, que a un sabio judío?

Por otra parte era completamente necesario que un primer ministro estuviera bien dotado para la literatura. Debía poder escribir cartas a otros príncipes en la prosa rimada y con el estilo al uso en la época, arabesco sumamente rebuscado.

Todos los habitantes de la ciudad, incluidos los árabes granadinos, estaban encantados con el primer ministro por más que fuera judío. Le reconocían como un ser extraordinario. Y su preparación intelectual era enorme. Era matemático, astrónomo, filósofo y dominaba siete lenguas. Las gentes le adoraban.

El reinado de Habus duró trece años, desde 1025 hasta su muerte en 1038 y fue un reinado de paz, de construcción de Granada como ciudad y como reino. Todo florecía, la agricultura, el comercio, las artes y las letras. Se van implantando los cultivos de Oriente, como la seda, y el comercio de las comunidades judías aporta grandes cantidades de recursos al reciente Estado.

Los tres personajes van a enfrentarse a partir de la muerte de Habus en guerras innumerables. Lo contaremos después.

CAPÍTULO IV

BADIS IBN HABUS, TERCER REY DE GRANADA.

Cuando Habus murió le sucedió en el trono su hijo Badis. El nuevo rey no era tan templado como su padre ni tan conciliador. Era más bien altanero, rudo, duro de carácter y a veces cruel. Heredaba una situación delicada con bastantes Sinhaya enfrentados a él porque apoyaban a Yaddayr. Esto sin contar con la tradicional enemistad de los sultanes de al-Andalus, casi todos árabes y algunos eslavos, que no soportaban que unos rudos beréberes se hubieran hecho con el trono de Granada.

Su padre le dejó muchas cosas buenas pero Badis, siendo príncipe, se había enemistado con demasiada gente importante como para que no estallara algún motín contra él. Muy poco tiempo después de morir su padre debió afrontar la primera conjura.

Una facción de los Sinhaya había decidido matarle para colocar en el trono a Yaddayr, más templado, más culto y desde luego más manejable. No soportaban la idea de que Badis fuera su rey pues sospechaban que un carácter como el suyo les iba a traer muchos quebraderos de cabeza. Así que decidieron eliminarle y para ello trataron de unir todas las fuerzas posibles. Contaban con un pretendiente que era el primo de Badis y con muchos Sinhaya. Pero buscaron más apoyos para su causa.

Uno de los hombres más influyentes del reino, desde luego de los pocos con que contaba Badis, era el judío Samuel. Los conjurados intentaron ponerlo de su lado. Le contaron su proyecto y el judío, que era bastante astuto, prefirió fingirse del partido de los conjurados. Siempre tendría tiempo de elegir el mejor bando. Así las cosas concertaron una reunión en casa del judío para preparar el asesinato de Badis.

Samuel era un hombre listo, atrevido y valiente. Desde que supo de las intenciones de los conjurados no paraba de meditar. Si triunfaba el rey él iba a estar siempre a su derecha. Si triunfaban los sediciosos y Yaddayr conseguía hacerse con el trono el lugar privilegiado al lado del monarca iba a ser para alguno de los Sinhaya. En su interior tenía muy clara su decisión aunque fuera necesario disimularla.

Cuando supo la hora de la reunión corrió a informar a Badis de las intenciones de los sediciosos y lo trajo en secreto a su casa diciéndole:

> *Mejor es ver las cosas que saberlas porque otro te las cuente. Óyelo todo con tus propios oídos y guarda lo que oigas en tu corazón.*

No tuvo Samuel que dar al rey muchas explicaciones. Badis se esperaba algo así, por lo que siguió al judío y se escondió en un lugar encima de la habitación en que se iban a reunir los conjurados. Los vio entrar, hablar, trazar planes para ejecutarle y

colocar en el trono a Yaddayr.

Siendo un hombre pasional, seguro que le fue difícil aguantar callado y escuchar escondido en el entabacado de la casa. Samuel, en el curso de la conversación con los conjurados, elevaba el tono de voz y alzaba sus brazos a lo alto, como que se dirigía a Dios, diciendo:

> —*¡Oh tú que ves y a quien no se ve!*

Los Sinhaya pensaban que invocaba a su Dios cuando en realidad estaba hablando con Badis que les escuchaba desde su escondite. Hicieron sus planes tranquilamente. El rey los escuchó con atención, les dejó salir con frialdad y después tomó sus decisiones. En cuanto a los sublevados ya llegaría su hora. El judío Samuel a partir de entonces estuvo siempre a su lado. Badis se servía de él y desconfiaba de todos los demás porque había visto con sus propios ojos cómo le odiaban algunos Sinhaya y cómo él le defendía.

Los Sinhaya siguieron con su trama y un día en que Badis iba a Bibarrambla para un festejo decidieron actuar. El rey salió de la Alcazaba Cádima, bajó al barrio de Haljériz y por la orilla del río caminó entre las casas que apenas se insinuaban hasta llegar a la almunia que existía en la Rambla del Arenal donde su padre solía celebrar los Consejos.

Los conjurados habían organizado una carrera de caballos y pensaban asesinar a Badis cuando saliera de la almunia. El plan era rudo y sencillo. Bastaba con estar de acuerdo y actuar en el momento preciso. Ellos iban provistos de cotas de malla colocadas debajo de sus vestidos porque sabían que podía haber pelea y convenía ir bien protegidos.

Uno de los conjurados que debían correr en la plaza era el jeque Firqan, amigo antiguo de Badis, al que los Sinhaya habían comprado con quinientos meticales y un documento asegurando que se le entregaría un feudo en el pueblo de Güejar. Firqan se lo pensó en el último momento. Jamás iba a encontrar una ocasión más propicia para ganarse el favor de su rey. Con este pensamiento en su cabeza hizo que su caballo pasase de la meta en la carrera fingiendo que se había desbocado y entró en la almunia justo cuando Badis se disponía a salir de ella. Con voz entrecortada le dijo:

> —*¡Escapa saliendo por la otra puerta porque la multitud te está acechando para matarte!*

Y le mostró los meticales que había recibido para unirse a los sublevados. Badis salió por la otra puerta camino de su alcazaba.

Los conjurados estaban esperando su presencia en la plaza cuando vieron venir a

varios hombres de confianza de Badis que les dijeron:

> *—El sultán ha recibido de una de las provincias cierta noticia inquietante que hace necesaria su partida. Excusadle si no viene a estar con vosotros. Por lo demás ninguna cosa se le oculta de vuestras intenciones.*

No necesitaron más explicaciones. Comprendieron que Badis estaba enterado de lo que tramaban y había huido para evitarles. Sabían que de un momento a otro iban a recibir la respuesta. Por eso salieron huyendo de la plaza de Bibarrambla abandonando todo lo que tenían. Lo primero era salvar la vida. Yaddayr escapó tan rápido como pudo.

Todo quedó muy claro para el rey. Contaba con el judío Samuel Negrella y con pocos más. Menos mal que muchos nobles iniciaron peregrinaciones a la Alcazaba Vieja para ofrecerle su lealtad y a jurarle obediencia.

Yaddayr no se quedó quieto. Al salir de Granada se fue a buscar a los árabes vecinos enemigos de Badis a ver si por ahí le podía hacer daño. No cesaba de maquinar. Derrocar a su primo se había convertido en una obsesión para él. Escribía cartas desde Murcia, Sevilla, Almería a los Sinhaya de Granada alimentando odio hacia su primo.

Pero Badis tenía espías en todas partes. Esas cartas terminaban en sus manos y arrebatado de ira pensaba en matarles a todos de una vez aunque fueran muchos. Menos mal que a su lado estaba el sabio, sagaz, templado judío Samuel.

Badis acabó por aceptar el consejo del judío. Hubiera preferido acabar con ellos pero pensó que era mejor esperar, callar y actuar astutamente. A partir de entonces se fue apoyando alternativamente en unos contra otros para que todos estuvieran intranquilos, todos confiaran y desconfiaran, esperaran y temieran al rey. Yaddayr no descansaba. Le veremos maquinar más adelante contra su primo y rey.

Menos mal que Badis tenía a Samuel, un hombre de una inteligencia y una ductilidad en el trato que le venían muy bien dada la clase de gentes con las que tenía que vérselas cada día. Por otra parte el judío no era musulmán, lo que limitaba sus aspiraciones y posibilidades de intriga con el resto de los andaluces. Y Badis necesitaba dinero, en su mayoría en manos de los judíos de Granada.

Ibn Negrella fue un hombre polivalente. Era un financiero, un poeta y un sabio que acompañaría a su rey en todas las batallas que iba a librar en defensa de su reino. Y tenía el buen gusto de escribir poesías en sus campañas guerreras. Probablemente por eso conocemos muy bien las continuas guerras en las que fue defensor de Granada y soporte, estratega y mano derecha de su rey.

Porque no tenía respiro. Liquidada la conjura de los Sinhaya se le presenta una revuelta exterior que también venía con la intención de acabar con él.

La gente en Granada estaba cada vez más descontenta con Badis. Al principio de su reinado les parecía algo más presentable pero al pasar el tiempo se fue mostrando tal cual era, cruel, sanguinario y borracho. Experto en el manejo de la azagaya no delegaba en terceros los ajusticiamientos. Los hacía él personalmente. Y bebía continuamente. Era un borracho con todas las de la ley, cruel e inculto.

Al principio, ya se sabe, las murmuraciones. Luego volvieron a conspirar contra él. Un aventurero árabe, filósofo, astrónomo, literato, gran jinete y buen guerrero llamado Abu-l-Fotouh, lideró el complot. Se había establecido en Granada donde daba cursos de poesía. Pero como era ambicioso y se las daba de conocer la astrología, contactó con Yaddayr para que le siguiera en la proyectada revuelta. ¡Lo había leído en los astros! Cualquier revolución que se preciara necesitaba un aspirante al trono que sirviera de títere y estandarte. Y para ese puesto contaban con Yaddayr.

No faltaron seguidores a este Abu y más cuando usaba al primo del rey como escudo. Pero Granada era y es pequeña. Imposible mantener secretos largo tiempo. Todo acaba por saberse. Badis los descubrió con ayuda de nuestro Samuel. A la vista de ello los conjurados huyeron a Sevilla donde el rey les dio asilo.

El rey sevillano era un árabe abadí de origen yemení que al recibir con los brazos abiertos a los conjurados se había retratado. Estaba por anexionarse Granada.

Badis, al descubrir la conjura y al rey sevillano en medio, echaba espuma por la boca. Y una cosa así solamente la arreglaba una guerra. Porque el sevillano había pensado en Granada pero antes se había anexionado Écija y Osuna. Era un peligro.

Nuestro judío y su rey acuden en busca de Idris, rey de Málaga, que se encontraba enfermo por lo que no estaba disponible para una guerra, pero convencido de la bondad y necesidad de la expedición punitiva envió sus tropas al mando de su ministro Ibn-Bacanna. Badis acude personalmente. Había que plantar cara al descarado y prepotente sevillano.

Así que el sevillano de una parte, con un magnífico ejército mandado por Ismail su visir, apoyaba a Yaddayr y a Abu contra Granada. De otra Badis, Samuel, Ibn-Bacanna con sus malagueños y los que pudieron unírseles de Carmona, Osuna y Écija. Ambos contendientes se ven las caras en los campos cercanos a Sevilla.

Los coaligados se dan pronto cuenta de que poco tienen que hacer ante los sevillanos. Un poco asustados y temiéndose lo peor, malagueños y granadinos toman las de Villadiego, digo las de Antequera, abandonando a su suerte a sus aliados de Écija, Osuna y Carmona. Unos toman el camino de Málaga y otros el de Granada.

El sevillano, cuando los vio en huida, pensó que era mejor acabar con ellos de una vez y como los granadinos eran más fuertes se dispone a perseguirles en primer lugar. Afortunadamente hacía una hora que malagueños y granadinos se habían separado, por lo que Badis y Samuel envían un mensajero pidiendo ayuda a Ibn-Bacanna y a

sus tropas malagueñas. Sospechaban y con razón los de Badis que no volverían enteros a Granada si no se recibía ayuda decisiva y urgente.

Ibn-Bacanna volvió enseguida. Unen los ejércitos y cerca de Écija esperan a los sevillanos que pensando ya que la victoria era sencilla se sorprenden con este plantarles cara que no esperaban y al primer choque se deshacen sus filas, se inicia una desbandada y muere Ismail. Así por lo tanto victoria completa e inesperada para los granadinos.

Badis estaba disfrutando del triunfo. Sacaba pecho por la campiña ecijana viendo cómo sus ejércitos habían cosechado una formidable y decisiva victoria cuando ve acercársele a Abu-l-Fotuh, el cabecilla de la intentona en su contra causante de este lío. Viene a pedirle perdón y a decirle que él no había sido, que era inocente y demás súplicas propias de estos casos.

Abu-l-Fotuh estaba verdaderamente asustado. Había dejado en Granada a su mujer, una joven y bella andaluza por la que bebía los vientos. Badis, antes de salir para Écija, la había hecho encerrar en Almuñécar, bien guardada por un negro horroroso que se llamaba Codam. Abu-l-Fotuh estaba muy preocupado por lo que le pudiera ocurrir.

> *—¡Señor —le decía—. Ten piedad de mí. Soy inocente!*
>
> *—¡Qué! —le contestaba Badis con ganas de confundirlo con la mirada— ¿Crees que soy tan fácil de engañar?*
>
> *—No me imputes un crimen cometido por tu primo. Yo no he tenido ninguna culpa.*
>
> *—Te trataré como mereces, si Dios quiere, cuando lleguemos a Granada —le dijo Badis que debía de estar algo cansado para discutir y ya había hecho sus planes sobre el liante.*

Abu-l-Fotuh salió para Granada escoltado por dos caballeros. Y cuando estaban llegando, el negro Codam, que se había sumado a la comitiva, lo peló al cero, lo montó en un camello delante de él —el negro iba montado detrás— y estuvo pegándole bofetadas hasta que llegó a la Plaza de Bibarrambla.

El pueblo de Granada vio gráficamente lo que el rey hacía con los traidores. Y el muñidor Abu-l-Fotouh entendió lo que se le venía encima. Como era de esperar Badis le hundió la espada en el pecho, tal como le gustaba hacer y mandó que le enterraran en un lugar bien visible por sus enemigos. Y como en casos parecidos, Samuel compuso y nos dejó dos poesías. Una antes de la batalla cortita donde se muestra bastante asustado, implorante y con lágrimas de súplica.

Ya en Granada, una vez terminada la batalla, después del episodio del camello y tranquilo en su casa, compuso Samuel otro poema de 149 versos, tantos como

salmos, con tono de agradecimiento, de suficiencia y de alegría.

Los primeros meses del reinado de Badis fueron frenéticos y muy peligrosos. De nuevo les atacan. Esta vez el peligro venía de Almería.

En Almería había un rey eslavo llamado Zuhayr que era eunuco y tenía un secretario árabe llamado Ibn-Abbas, también persona muy notable. Zuhayr no valía para nada por su estupidez e ignorancia. Encima se había rodeado de todos los eunucos de al-Andalus que habían tomado como suya la corte de Almería y la habían envuelto en una pompa exagerada, con un ambiente que hoy llamaríamos cabaretero.

Ibn-Abbas era uno de los hombres más altaneros del mundo. Necio, muy avaro, muy rico, de gran vanidad, inclinado a sembrar la cizaña entre los soberanos, era sin embargo un magnífico escritor, sobre todo del género epistolar.

Su riqueza era fabulosa. Su palacio estaba amueblado con un lujo escandaloso y disponía de una servidumbre exagerada. Cuentan las viejas leyendas que disponía de quinientas cantantes y bailarinas, todas ellas de una belleza fuera de lo común. ¡Menudos bailes le organizaban en su palacio! Pero lo que más apreciaba era su inmensa biblioteca, compuesta por cuatrocientos mil volúmenes.

No le faltaba de nada. Era joven, hermoso, de origen noble pues descendía de una antigua tribu de defensores de Mahoma y encima se expresaba con gran corrección y elegancia. Tenía demasiado y más deseaba. Su ambición no tenía límites y vivía en una especie de vértigo de grandeza. En su interior anhelaba deshacerse de su rey, el ridículo eunuco Zuhayr, y ocupar el trono almeriense. Pero antes, ¿por qué no aprovechar una buena ocasión? Habus había muerto hacía poco y el reino de Granada estaba revuelto, con un rey sin afianzar en el trono, varios pretendientes y bastantes intrigas.

El secretario árabe y el rey eslavo debieron pensar que con la muerte de Habus y el lío sucesorio había llegado el momento de apoderarse de Granada.

Ya he dicho que Abbas era prepotente así que en lugar de acercarse a Granada para saludar al nuevo rey, como pidiendo permiso, se presentó en las puertas de la ciudad con sus ejércitos. En realidad quería amedrentar. Hizo calladamente el camino hacia Granada por Guadix a Iznalloz, siguiendo la ruta que evitaba las grandes montañas.

Badis vio que tenía cerca un enemigo. Cuando aparecieron los ejércitos a las puertas de Granada comprendió que había que luchar como en los buenos tiempos. Haciendo de tripas corazón y para continuar con la comedia, les recibieron, les agasajaron, les regalaron colgantes, libros y muchachas, aunque no negociaron absolutamente nada. Zuhayr ante Badis se mostraba altanero, provocador, agresivo. Pensaban, eslavo y árabe, que un rey jovenzuelo, con un reino dividido, era una magnífica ocasión para anexionar a Almería el reino de Granada. Y aunque se presentaron algunos intermediarios para acercar posiciones no hubo manera. Así que

los granadinos, a la vista de lo fea que se ponía la cosa, se prepararon para actuar adecuadamente.

Zuhayr e Ibn-Abbas tenían acampado su ejército por donde debían volver a Almería. El lugar era un poblado que llamaban al-Funt y que es el actual Deifontes.

Badis estaba muy inquieto. Preveía el peligro. Encima había soñado la noche anterior con que todos los álamos de Granada se caían al suelo. Despertó espantado. Seguramente —pensó— ese sueño le anunciaba su derrota a manos de los eunucos de Almería. ¿Sería eso verdad? Lo pensó mejor e hizo venir a un intérprete de sueños al que le contó su preocupación. El intérprete se mesó las canosas barbas, elevó los ojos al cielo, luego miró fijamente a su rey y le dijo:

> *—¡Albricias por esta visión! Los álamos se parecen a los eunucos en que no tienen fruto ni raíces profundas. Lo mismo que a los álamos pasará a los eunucos. Caerán y perecerán en tus manos.*

Badis respiró tranquilo y recobró su confianza. Como había hecho otras veces se sentó a evaluar la situación y trazar su estrategia. Puso al frente del ejército a su hermano Bologgin, el hombre más valiente que conocía y el mejor estratega. Preparó sus tropas y las condujo a la batalla. Mandó cortar el puente de Deifontes y colocó a sus hombres en los desfiladeros.

Ibn-Abbas vio los movimientos de las tropas granadinas y no se arredró. Era un perfecto rufián, desleal, traicionero y bastante necio. Tenía el secreto deseo de que Badis y los suyos mataran a su rey y él así conseguiría el trono de Almería. Eso lo primero. A continuación acabaría con el propio rey de Granada y su visir.

Pero un rey beréber no se deja engañar fácilmente. El 3 de agosto del año 1038 el rey almeriense, su valido y sus ejércitos fueron cercados por las tropas granadinas. Sus soldados quedaron desconcertados. Zohayr no perdió la compostura y organizó su batalla. Puso en primera fila a la infantería compuesta por negros africanos en número de quinientos. A continuación los andaluces. Hecho esto ordenó a su teniente Hodhail que atacara a los granadinos con la caballería eslava.

Hodhail obedeció a su rey y atacó a los beréberes de Badis pero los granadinos eran mejores guerreros, entrenados desde antiguo con el gran Almanzor. Sabían cómo responder a unos ataques alocados y faltos de brío. Hodhail fue desmontado de un lanzazo y sus jinetes huyeron en total desorden. Al poco los negros de la infantería africana abandonaron a Zohayr y se unieron a Badis. No le quedaban más que los andaluces que eran muy malos soldados y al primer envite huyeron por los montes a esconderse en las cuevas de las alimañas.

Zohayr huyó con ellos, se perdió en las sierras y nunca nadie volvió a saber de él. Todos los empleados civiles de la corte, entre los que se encontraba Ibn-Abbas,

fueron hechos prisioneros y llevados a Granada donde el árabe sería acuchillado personalmente por Badis. ¿Cómo iba a delegar en terceros un menester tan importante? El árabe, al principio, haciéndose el disimulado decía que no le hicieran nada a sus libros, como si su magnífica biblioteca fuera la principal preocupación del rey beréber. Más tarde, cuando vio a Badis embalado ya suplicaba por su vida. Luego se dedicó a ofrecerle cuantiosas sumas si le dejaba en libertad. Evidentemente sus súplicas no valieron de nada. Acabó de mala manera. Almería pasó a ser dominada por Granada.

Nuestro judío Samuel ya era el visir de Badis. Esta victoria era su victoria. Como era un gran poeta, con motivo de la batalla de Deifontes compuso un bellísimo poema en hebreo de 150 versos en el que no se dedica a alabar a los guerreros sino a alabar a Dios que les ha dado una victoria tan rotunda. Mirad lo que dice, porque sus versos son una perfecta relación de aquella batalla:

Al advertir el rey que residía junto al mar,
y su visir llamado Ibn Abbas,
la gloria de que yo gozaba ante mi rey,
que de mí pendían los asuntos y dictámenes del reino,
y que nada quedaba dirimido
mientras yo no lo diera por acabado,
envidiaron mi esplendor y quisieron
derribarme presto con sus manos…
Mas Dios, para su caída, tenía preparada desde antiguo
en la ciudad del manantial una fosa excavada…
Valientes varones perdían el gusto
por la vida y elegían la muerte;
pensaban los leones que las heridas abiertas
de sus cabezas eran coronas;
de acuerdo con su fe, lo recto era morir,
seguir viviendo les estaba vedado.
Los abandonamos en la estepa para las hienas,
los chacales, los leopardos, los jabalíes;
los dejamos protegidos por piedras,
recostados en cardos y espinos,
entregamos su carne como presente a los buitres,
como dádiva para leones y lobos.

La batalla de Deifontes es el comienzo de la preponderancia de Granada sobre sus vecinos. Pero no habían acabado las guerras de Badis contra sus enemigos.

Ahora vamos a Málaga. Porque de alguna manera los hammuditas malagueños, árabes, eran señores de Granada. ¡Eran descendientes del yerno del Profeta! Ni que decir tiene que esta ascendencia cuasi divina les daba el halo de veneración y misterio necesario para cualquier califa que se precie. Y esto ponía a Badis de bastante mal humor.

Por otra parte las comunidades malagueña y granadina eran bien diferentes así como la procedencia de sus dirigentes. En Granada predominaban los beréberes y judíos, además de los autóctonos muladíes y mozárabes. Era tan desigual la rivalidad entre beréberes y judíos que el asunto no tenía color. Por supuesto mandaban los judíos. En Málaga la rivalidad interétnica se presentaba de otra manera. La ciudad estaba habitada, además de por beréberes, por árabes más cultos, judíos y por si faltaba algo contaba con una fuerte colonia centroeuropea que quería ser la que dirigiera el cotarro. La lucha estaba servida.

El califa malagueño Idris, nada más vencer a los sevillanos junto a Badis y Samuel, murió. Le heredaron dos ministros, uno moreno, beréber, Ibn-Bacanna, el vencedor de Estepa y otro rubio, eslavo, llamado Nadja. Cada uno quería un sucesor diferente para Idris y cada uno era mentor de un aprendiz de califa al que usar adecuadamente.

Ibn-Bacanna era menos audaz y menos lanzado que Nadja así que empezó y acabó perdiendo. La armada africana fondeó en el puerto de Málaga en apoyo de Nadja y Bacanna, con su pretendiente favorito, se fue a Comares huyendo. Y hasta Comares le enviaron el mensaje de que podía volver, que el asunto estaba zanjado. El hombre se lo creyó, volvió a Málaga y como era previsible le cortaron la cabeza.

Esta muerte debió sentar bastante bien a nuestro Samuel, enemigo acérrimo de Ibn-Bacanna porque había sido íntimo amigo de Ibn-Abbas, el almeriense. Veía el camino expedito para su ambición expansionista. Se apresuró a dedicarle algunos poemas:

Buen mensajero, ¡dame la nueva!
por favor, levanta tu voz…
¿Es verdad lo que oigo?
¿Cómo fue? ¿De qué manera?
Dime, ¿es cierto que el cuerpo de
Ben Abi Musay ha sido destrozado?
¿Fue su cadáver arrojado
a las calles y destrozado?

El eslavo Nadja se hizo dueño de Málaga y decidió que ya no necesitaba ni califa ni pretendiente al trono ni nada por el estilo. Como suele ser normal en estos casos se

hartó de hacer promesas a sus súbditos en caso de que le aceptaran como califa y sin cumplir ninguna se presentó ante ellos como soberano. Les dijo que iba a tomar Algeciras. El muy cuco quería llevar a los soldados beréberes a Algeciras con promesas de botines y batallas pero lo que quería era desterrarlos para posteriormente rodearse de su gente, eslavos rubios y centroeuropeos. Pero el plan la salió mal. Los beréberes eran y son tremendos. Se olieron el percal y aprovechando que el ejército debía pasar por un desfiladero se le echaron encima y le mataron.

Muerto Nadja quedaba su ejército que estaba compuesto por beréberes y por eslavos. Y la sociedad malagueña estaba dominada alternativamente por los dos clanes. Se armó *la de San Quintín*. Los beréberes estaban envalentonados y los eslavos salieron por tierra y mar huyendo de Málaga. Los beréberes se hicieron dueños de la situación. Asesinaron a los eslavos mandamases, sacaron de la prisión a otro Idris, pretendiente apoyado por los actuales dominadores y le proclamaron califa.

Pero este Idris era de otra madera. Débil hasta lo impensable, no mataba a nadie, no amenazaba, decía que sí a casi todo. ¡Un asco! Los negros, ¿cómo podían los negros tolerar un califa que no cortara a nadie la cabeza? Tanta debilidad también irritó grandemente a los beréberes. Y más porque demostraba una despreciable simpatía socializante por el pueblo. Acostumbrados a castigos, sables y pedagogías al estilo, un tío de estas blanduras les sacaba de quicio. ¡Los negros se le insurreccionaron! Y a pesar de que el pueblo le defendía, el asunto acabó mal, le quitaron, pusieron a otro y el lío en Málaga llegó a extremos sumamente favorables a nuestros Badis y Samuel. A río revuelto ganancia de pescadores. Y a revolución en Málaga beneficio para Granada.

Badis se hizo dueño de Málaga. Los hammuditas fueron desterrados y hubieron de pasar a Africa. En Málaga Badis colocó a su hijo Buluggin de rey. ¿Y Sevilla?

En el año 1042 comienza a reinar un sevillano que ha hecho historia. Su nombre es Motadhid. Su personalidad, su trayectoria, sus relaciones con los vecinos, especialmente con granadinos y pacenses, han marcado de manera importante el ser de lo que hoy es Sevilla. El tandem que formaba con Badis era tremendo.

Motadhid era un digno rival de Badis. Sanguinario como Badis, cruel como Badis, tirano y pérfido como Badis, bebedor, borracho como Badis. Le ganaba, sin embargo en artes amatorias. Se dice que pasaron por su cama ochocientas jovencitas.

En cuanto a cultura y amor a las letras desde luego iba por delante el sevillano. Badis era un bárbaro y despreciaba los buenos modales, la cultura y las letras. ¡Para eso tenía a Samuel! Motadhid era más refinado, hasta componía poesías de vez en cuando y premiaba a los poetas que le eran afines.

Badis se emborrachaba como un patán, sin miramientos y sin vergüenza. Motadhid en sus borracheras recitaba poesías o cantaba, parece que bastante bien.

Badis era un malvado bárbaro. Motadhid era un malvado algo culto y más

refinado. Desde luego en las venganzas y en las matanzas que alternativamente organizaban, el uno era refinado en su crueldad y el otro tenía una brutalidad franca y grosera.

Badis acudía en persona a las batallas, luchaba y defendía sus territorios con su espada. Motadhid no se exponía hasta esos extremos. Desde lejos ordenaba, dirigía y si se ponían las cosas feas huía. Sus estratagemas eran el colmo de la astucia tanto en sus batallas como cuando se trataba de deshacerse de sus enemigos, interiores o exteriores.

Motadhid sentía odio hacia los beréberes. Pensaba que tarde o temprano le iban a quitar el trono. Y como era de esperar organizó un plan para deshacerse de todos los que pudieran existir en al-Andalus. Comienza por apoderarse de Badajoz para posteriormente extender su reinado por el poniente. Luego, ya convencido de que iban a por él, organiza un convite en su palacio sevillano para obsequiar a los reyes beréberes de Ronda, Morón, Arcos y Jerez, sesenta en total. Cuando estaban contentos con el vino los hizo emparedar y enterrar vivos en el mismo palacio. Así se las gastaba este bárbaro.

Pues a nuestro Badis, que a eso íbamos, al ver las monstruosidades que hacía el sevillano con los beréberes, le entró la ansiedad. La población árabe de Ronda había aniquilado a los beréberes. Esperaba que de un momento a otro sus súbditos árabes granadinos organizaran otro motín parecido para acabar con él. Estaba obsesionado con esta idea hasta el punto de que daba voces mientras dormía, gritaba, se enfadaba con todo el mundo y hasta dejó de beber, momentáneamente, claro. El asunto iba en serio.

Comenzó a concebir un plan. Decidió que era conveniente limpiar de árabes Granada por si las moscas con la misma crueldad y efectividad con que Motadhid se había deshecho de los reyes beréberes andaluces.

Urdió un plan de exterminio de todos ellos, burdo como correspondía a su personalidad. ¡Los mataría a todos el viernes próximo cuando estuvieran reunidos en la mezquita! Inmediatamente le contó a su visir los proyectos que tenía en su cabeza.

Samuel pensó que estaba maquinando un solemne disparate. Con su calma habitual y su tono reposado le dijo:

> —*Supongamos que todo sale como deseas y los exterminas a todos. ¿Crees que los árabes de toda España olvidarán lo que has hecho a sus compatriotas y se quedarán en su casa tan tranquilos? Caerán sobre nosotros blandiendo sus cimitarras sobre nuestras cabezas.*

A Badis no le hicieron el menor efecto estas reflexiones de su visir y lo preparó todo para el viernes. Samuel, por una vez en su vida, al ver la que se le podía venir

encima, fue infiel a su rey y pasó la información a los árabes granadinos que evidentemente el viernes de marras no pisaron la mezquita. A rezar ese día fueron solamente las gentes de baja ralea. Árabes ni uno.

Badis sospechó que su visir se había ido de la lengua. Hecho un basilisco le mandó llamar para pedirle explicaciones y tomar las decisiones al caso. Samuel, con total desparpajo, le argumentó:

> *—Se explica fácilmente que los árabes no hayan ido a la mezquita. Has armado tanto alboroto de tropas en torno a la mezquita, sin que tuvieras enemigos cerca, que se han mosqueado y se lo han sospechado.*

Badis se sintió satisfecho con esta explicación pero persistente en su deseo de venganza antiárabe la emprendió contra los de Morón, Jerez, Arcos y Ronda. No tenemos la poesía referente a esta guerra, señal probablemente de que no fue buena para Samuel y su rey. Lo que sí es cierto es que el odio de Badis hacia los árabes aumentó.

Por lo demás a los ojos de los sevillanos la guerra contra los granadinos era santa. Este odio dio lugar a un movimiento de propaganda antijudía y antiberéber que había de tener consecuencias nefastas. ¡Los poetas! Mirad qué estrofas le dedicaban:

> *Tu espada ha castigado a un pueblo que no ha creído más que en el judaísmo, aunque se da el nombre de berberisco.*

En Málaga el descontento de los árabes malagueños contra Badis y los beréberes granadinos iba en aumento. Entre un tirano árabe sevillano y un tirano beréber granadino preferían a un árabe. Y Badis a estas alturas estaba continuamente borracho y atendía mal a los asuntos de estado. Montaron el motín conveniente bajo la dirección de Motadhid que delegó el mando de la operación en su hijo Motamid y en el momento oportuno todas las fortalezas malagueñas se insurrecionaron contra los granadinos. Todas menos una, la de Gibralfaro, que entonces era una torre de nada y que estaba bien defendida por un destacamento de negros africanos afines a los beréberes.

Pues los sevillanos ya en Málaga, a pesar de que los negros de Gibralfaro no se habían rendido se dedicaron a la buena vida malagueña. Motamid, su jefe de expedición, estaba en todo menos en recuperar definitivamente Málaga.

Evidentemente los negros enviaron mensajeros a Badis que vino a Málaga en un satiamén, mandó a hacer gárgaras a los sevillanos, a poco no acaba con Motamid y retuvo Málaga dentro de sus dominios.

Para qué contaros la que armó Motadhid, el padre, contra su hijo. Además de

tacharle de inútil, de libertino y de mil otras cosas, lo encerró en Ronda y no acabó con él gracias a que las poesías del hijo eran enternecedoras. Liquidó el asunto con un *¡Que sea la última vez!* y ahí quedó, menos mal, la regañina de padre a hijo. Digo menos mal porque el padre se las gastaba bravas y si acaba con Motamid seguramente se hubiera perdido el rey que más hizo por Sevilla en toda su historia.

Durante ese período el reino de Granada fue el más importante entre todos los de la España musulmana y quedó tan sólidamente cimentado que a pesar de las vicisitudes posteriores siguió siendo durante cinco siglos el más firme bastión del poder islámico en España.

Es el siglo de oro de Granada, su consolidación como capital y como reino al mismo tiempo que el siglo de oro de la cultura judaico-andalusí.

Por primera vez encontramos a los poetas de Granada. Les vemos en sus huertas llenas de parras, Cármenes, gozando de Granada en las tardes de primavera. Gabirol, Moshé ibn Ezra, Yehudah ha-Leví, nada menos. Poetas que exaltan la amistad:

> *Por eso, amigos míos, sed fieles a la amistad, y apresuráos sin oponer resistencia: Venid a mi jardín a coger lirios que huelen a mirra aromática, y rodeados de flores y trinos de golondrinas reunidas para cantar al buen tiempo, bebed un vino que es como mis lágrimas por la partida de los amigos, como el rostro de los amantes sonrojados.*

En cuanto a la ciudad ahora se fortifica la Alcazaba, se construye en las llamadas Vistillas de San Miguel un suntuoso palacio —la llamada Casa del Gallo— uno de los más bellos de la tierra. Se va poblando la ladera del monte hasta la calle de Elvira. Se alzaron varios palacios y mezquitas, aljibes y baños como los de la puerta de Guadix o del Bañuelo. Se hermosearon los barrios. Se construyen algunas de las puertas de la ciudad, como las dos de Guadix, la de Elvira, la de la Monaita. Se va insinuando, casi a la ribera del río, una calle a la que llamaron Zacatín y que iba a ser una de las más bonitas, comerciales y ricas del mundo. Se inician obras de ingeniería tan importantes como el encauzamiento de la acequia de Alfacar.

El centro de la ciudad estaba en las alturas de la colina blanca, rodeando la Alcazaba Vieja y la Nueva, desde las orillas de río hacia arriba hasta volcar a la ladera que mira al norte. Luego se iban insinuando las calles como la de Elvira y el Zacatín. Era el barrio y la ciudad de los musulmanes.

Desde el río Darro partía hacia arriba otra colina rojiza, en cuya cumbre apenas existía una pequeña torre de defensa. Cuando esa colina se volcaba hacia el sur y daba vistas a la inmensa mole de la Sierra de Sol y de Aire se veían casas y palacios suntuosos, habitados en su mayoría por comerciantes, políticos, filósofos y poetas judíos.

Granada ahora sí que era ciudad de judíos. Aquí habían venido los grandes sabios de al-Andalus que huyeron de Córdoba a la caída del califato. Continuamente acudían más y más familias judías que buscaban la belleza, la riqueza, la tolerancia de una ciudad increíble como Granada. La mitad casi de la ciudad era de religión judía. Quizá cinco mil familias hebreas vivían en ella.

Abu Ibrahim, conocido por los judíos como Samuel Negrella ha-Nagid, murió a los sesenta y tres años. Era el año 1056.

Llevaron el ataúd sobre sus hombros hasta el cementerio, dominados por un profundo dolor y lanzando profundos gemidos.

Le va a suceder su hijo José que a la muerte de su padre era todavía un muchacho. Badis lo puso al frente de los agentes fiscales y recaudadores de tributos. A partir de entonces José se esforzó en hacerse imprescindible a un Badis que con los años bebía cada vez más y se ocupaba cada vez menos de los asuntos de su reino.

José era un hombre hábil e instruido pero altanero hasta la estupidez. Su padre le había dejado muchísimo dinero, cultura y formación pero no había heredado la discreción y buenas maneras de Samuel. Ni siquiera intentó ganarse a los granadinos, ni árabes, ni beréberes, ni judíos. Era presuntuoso y creído hasta el extremo. Cuando cabalgaba por las calles de Granada junto a su rey no se notaba diferencia alguna entre el traje del rey y el de su visir. Era más rey que el mismo rey. Dominaba completamente a Badis que estaba continuamente borracho. No intentaba que el rey dejara la bebida, consciente de que así le dominaba mejor.

Los visires de Granada, al ver el poder que detentaba el judío y que el rey no hacía nada sin contar con José, se sentían muy disgustados. Y como no podían insinuar a Badis su enfado se dispusieron a influir en el heredero para que alejara al judío de la corte.

Buluggin era el hijo y heredero de Badis. Los visires se acercaban a él y le decían:

—Las cantidades de dinero de que se apropia el judío te corresponden a ti y deberían ser tuyas. Este infiel se está montando encima de ti y encima de todo el Estado. Deberías matarlo. Tu padre no iba a decirte nada porque ¿cómo se iba a enfadar con su propio hijo?

Los visires hubieran matado a José de muy buena gana pero les era imposible hacerlo ya que era mucho más poderoso que ellos. Por eso instigaban al hijo del rey, al que usaban para deshacerse del judío. La casa de Buluggin era un continuo ir y venir de visires con intrigas, realidades y falsedades que empujaran al heredero a matar a José. Y la casa de José era un continuo ir y venir de visires que acusaban a

Buluggin de conspirar contra él.

Buluggin Sayf al-Daula era un muchacho sin la experiencia ni la maldad necesaria para emprender una acción de esa envergadura. Desde que decidió matar a José no paraba de pregonarlo por Granada. Así era de inocente. Los visires que venían a despachar con él eran puestos al tanto de los planes que tenía. Era tan joven e incauto que hablaba mucho y hacía poco. El judío al principio había notado el distanciamiento que existía entre él y el príncipe heredero y después se fue informando poco a poco hasta conocer cuáles eran las intenciones de Buluggin. Pero era más listo y decidió adelantarse.

Lo primero que hizo fue promocionar a otro príncipe para proponerlo como heredero de Badis. Lo encontró pronto. Badis tenía un hijo más pequeño que se llamaba Maksán. Una vez encontrado el recambio para el hermano mayor se dispuso a hablar con los personajes más notables de la comunidad judía de Granada para preparar el terreno. Les refería sus quejas de Buluggin cuando uno de los notables le dijo:

> *—No esperes que cuando muera Badis vas a prosperar con Buluggin. Lo que has de hacer es ver a quién colocas en el trono a la muerte de Badis. ¿Lo has encontrado? Yo creo que el ideal es Maksán, el hermano pequeño de Buluggin. Arréglatelas para envenenarle. Cuando te lo hayas quitado de enmedio y asegurado al otro en el trono, le habrás hecho un servicio a Maksán que no olvidará jamás.*

Envenenar a Buluggin era muy fácil. Era tan incauto que con frecuencia iba a casa de José a beber hasta que caía borracho como una cuba. Un día de esos, estando en casa del judío, Buluggin bebió más de la cuenta. Cuando salió a la calle vomitó sin parar hasta que acabó en el suelo. Sus sirvientes le levantaron, a duras penas consiguieron montarle en el caballo y hacerle caminar penosamente hasta su casa. Dos días estuvo agonizando hasta que murió.

Badis apenas sospechó que fuera un envenenamiento la causa de la muerte. Su hijo había sido denigrado por el judío con quejas y falsedades. Cuando murió, el padre se sintió aliviado, no así el pueblo y los visires de Granada. El pueblo tenía la esperanza de que un rey nuevo y con mejor talante, como Buluggin, lo iba a librar del judío. Esta muerte fue una calamidad. Todo el mundo supo del envenenamiento y de su autor aunque no lo dijeran en voz alta. La gente estaba descontenta hasta el paroxismo. Ya por plazas y calles se hablaba abiertamente de amotinamientos para matar a José.

Badis tenía muchos años. Ni siquiera pensaba en asegurar la sucesión para su hijo Maksán. Debía descansar, reposar. La edad y la tristeza por la muerte de su hijo le

encerraron en sus aposentos. Sólo descansaba, bebía y pensaba. Abandonó sus conquistas territoriales y dejó en manos de José todos los negocios del Estado.

Granada ahora es próspera y rica. Sus vegas cosechan las mejores frutas y hortalizas que se conocen. En las laderas norte y sur de la Sierra Nevada crecen los árboles de la morera que alimentan a los preciosos gusanos de la seda. Granada, como Damasco, como las grandes ciudades de Oriente, ha aprendido a criar, cosechar, hilar, tintar la seda que vende a los más alejados países del mundo conocido. Los comerciantes exponen en la Alcaicería mercancías con que se adornarán sultanes, guerreros y princesas.

Granada es fuerte. Su Alcazaba Vieja está cerrada con grandes muros cubiertos de torres y adarves a los que asoman vigilantes soldados, de los más fuertes y preparados de la tierra. La ciudad misma se va amurallando cada vez con muros más lejanos que dejan dentro de sí los barrios que se van edificando para ser habitados por los hombres de todas las razas que acuden a ella buscando sus riquezas. Y luego, en cada salina, en cada pueblo, en cada cruce de caminos se ha edificado una rábita o un castillo que protege a los campesinos que viven en alejadas almunias.

Sin embargo no cesan las intrigas sobre todo porque si bien nadie discute la preponderancia de los beréberes sobre los árabes, la colonia judía es cada vez más grande, maneja todo el dinero de la ciudad y lo controla todo. Y José, el visir del viejo Badis, manda en todo, dirige todo, se lucra de todo sin la discreción y la sabiduría de que supo hacer gala su padre.

Un día apareció por Granada un antiguo esclavo de Mutadhid. Se llamaba Naya y venía huyendo de su rey. Naya sabía que Badis y Mutadhid eran enemigos y estaba seguro de que Badis le iba a proteger como el rey sevillano había protegido a tantos enemigos del granadino. Él además le iba a informar de tonos los secretos del sevillano.

Naya entró en Granada y obtuvo la privanza de Badis. Al principio fue humilde, considerado con los granadinos que le habían apoyado. Todos hablaban bien de él a Badis, lo que hizo que le otorgara un puesto en su ejército con sede en Málaga.

Naya se esforzó en favor de su nuevo rey, cuidando de que quedaran bien claros ante Badis todos sus méritos y aún parte de los ajenos. Luchaba bien y se vendía mejor. No tardó mucho en que se le asociara al mando de las tropas con funciones especiales y se convirtiera en Gobernador Militar de Málaga.

Badis era ya viejo, y cuando iba a Málaga era recibido en la casa de Naya que le daba todo cuanto le iba a gustar. El advenedizo sevillano ya estaba muy cerca del rey. Se sentía seguro de su confianza hasta el punto de que cada vez con más descaro hablaba al rey en contra de su visir el judío José Negrella. Cuando le veía contento por el vino, le decía en tono de confidencia:

—Este visir judío se come tu dinero, se ha hecho dueño de la mayor parte de tu fortuna y se ha construido un palacio mejor que el tuyo. ¿A qué esperas para destituirlo? Cuando le hayas matado te vas a ganar a todos los musulmanes de tu reino que desean su caída.

Pero las paredes escuchan, también las de la casa malagueña de Naya. Alguno de los sirvientes que escuchaban estas sugerencias iba a casa del judío a ponerlo al tanto de todo. José Negrella estallaba de iraSin embargo se cuidaba de pagar espléndidamente al informante para garantizarse el perfecto conocimiento de cuanto se hablase en Granada. Sentía hacia Naya un odio profundo y una envidia sólo comparable a la ambición del sevillano.

El judío intentaba hablar con Badis, indisponerle con Naya, prevenirlo de su ambición pero no le hacía el menor caso. José se sintió muy pesimista y temeroso de su futuro. Se sentaba en los patios de su magnífica casa y pensaba, rumiaba sus presentimientos:

—Yo he tratado con desdén a todo el mundo pero ha sido en provecho y gloria del rey. Ahora ya he perdido toda esperanza. No me puedo fiar de Badis porque un malvado me persigue ante él con su odio.

Su temor era tan grande como había sido su esplendor. ¿Quién le quedaba? Se había deshecho del príncipe heredero, Badis se alejaba de él. Tuvo un momento de lucidez y pensó en voz alta. ¿Por qué no intentar acercarse al segundo hijo de Badis y probable heredero, Maksán? Pero Maksán lo trataba con despego, incluso con descaro. Si veía a José acercarse a él le volvía la espalda diciendo:

—¿Es que quieres matarme como hiciste con mi hermano?

Estas palabras impresionaban profundamente al judío.

Maksán era muy distinto a su hermano Buluggin. Era más torpe, menos educado y su trato con las gentes era muy malo. Amenazaba a todo el mundo y se hizo aborrecible en la corte. No tardaron en llegar quejas a su padre sobre su comportamiento.

Sin embargo ahora la madre de Maksán controlaba las cosas de su hijo. Al ver cómo José Negrella había intentado acercársele, intuyó con sentimiento de madre que ese acercamiento le iba a hacer daño, tal vez a perderle. ¿Qué le podía aportar a Maksán la amistad con el judío Negrella? ¿Tal vez le ayudaría a administrar sus bienes o a mejorar sus finanzas? Si así fuera ella lo iba a arreglar. Su hijo estaría alejado del visir pero otro judío le iba a ayudar.

Un tío de José llamado Abu-l-Rabí ibn al-Matuni fue encargado por Maksán y por su madre de cobrar las rentas del patrimonio real. Esta contrariedad disgustó profundamente a José que acusó de muchas falsedades a Maksán y a su madre hasta lograr que Badis se deshiciera de ella. En cuanto al rabino al-Matuni, tío de José, recibió el castigo de su atrevimiento. Un día José le invitó a su casa en lo más alto de la Alcazaba, le sirvió vino de la mejor clase, toda suerte de manjares y le asesinó por la espalda con frialdad por haber intentado el favor del príncipe a espaldas suyas. Y con una maldad calculada fue a comunicar a Badis que había matado a su tío por el daño que estaba haciendo a los beréberes granadinos. Le traía una importante suma de dinero que compensara los daños que al-Matuni hacía a los musulmanes y a su rey. Badis hasta se alegró con la hazaña de su visir. ¡Ojalá —pensó— matase cada día a un judío y le diese por él una buena cantidad de dinero!

Maksán no tenía sitio en Granada. Le odiaba el visir, le odiaban los nobles, le despreciaba profundamente el rey su padre. Alguno de los nobles Sinhaya tuvo la idea de interceder ante Badis por su hijo y el rey imaginó una nueva conjura de algunos nobles para matarle y colocarse en el trono. No le quería ver ni en pintura y no tuvo escrúpulos en desterrarle.

José se encontraba solo y amenazado. Había acabado con todos los posibles herederos de Badis, que ya estaba viejo y cada vez menos interesado en los asuntos de su reino. ¿De quién sería valido el ahora visir? Su ambición le había hecho acabar con todos los posibles candidatos a suceder a su rey. ¿Qué haría ahora? Caminaba arriba y abajo por entre los arrayanes de su jardín pensando, maquinando, temiendo lo peor. Hasta las mujeres del palacio real estaban divididas en bandos, haciendo valer los derechos de sus hijos y sus protegidos. Y el rey estaba todo el día en compañía del traidor Nadja, con el que continuamente bebía y bebía hasta que los dos tenían que ser recogidos por los criados del palacio, completamente ebrios.

¿Debía José huir de Granada? En sus pensamientos no encontraba un lugar en la tierra que le recibiera, ni veía la manera de escapar vivo de allí. Todos los reyes vecinos le odiaban más aún que los beréberes granadinos.

Mandó llamar a los más sabios judíos de Granada que acudieron a su casa intuyendo lo peor. Cuando José les contó sus temores susurraban entre ellos sin atreverse a levantar la voz por no incomodar al visir. Al fin uno de ellos le aconsejó:

> *—Vete de Granada y envía por delante el grueso de tu fortuna al país que prefieras. Quizá lejos de Granada puedas vivir rico y tranquilo.*

José lo escuchó con atención pero no le dejó terminar. Con firmeza le contestó:

> *—Eso sería posible si no supiese de antemano que nuestro rey Badis me*

reclamaría del señor de ese país. ¿Creéis que, en ese caso, el soberano de ese país se pondría de mi parte? Seguro que no, a no ser que yo diese a ese supuesto soberano una parte del territorio de Granada.

Acababa de encontrar la solución a su problema. Mientras se expresaba le iban saliendo las ideas a borbotones. ¡Sí! ¡Esa era la solución! Ibn Sumadid era rey de Almería, vasallo de Badis. Le entregaría todo o parte del territorio de Granada y le encumbraría como sucesor a cambio de protección. Sólo así conseguiría salir vivo del trance en que se encontraba. Era una solución muy arriesgada pero no tenía otra. Se sentía capaz de llevarla a cabo. ¡Tenía la solución! Ibn Sumadid iba a ser, gracias a José, rey de Granada. Pondría manos a la obra.

Como primera providencia pidió a Ibn Sumadih que le enviara un embajador con el que tratar de las actuaciones que iban a emprender juntos. Unos días después llegaba a Granada Ibn Arqam, un noble fiel al rey de Almería que naturalmente fue recibido por Badis cortésmente. Posteriormente José lo tomó aparte, le confió sus planes e intentó entusiasmarlo con la idea de que el rey de Almería lo fuera también de Granada.

Un día salió Badis de Granada para descansar en una de sus fincas en la Vega. Le acompañaban José, el sevillano al-Naya y el embajador de Almería Ibn Arqam. Estaban paseando por los jardines cuando al-Naya vio a un médico judío del séquito de José. Naya se sabía más fuerte que José a los ojos de Badis y para demostrarlo humilló cuanto pudo al médico judío en presencia de todos los concurrentes.

José se sintió profundamente dolido por los insultos que recibió su acompañante. Sabía que iban dirigidos a él en la persona del médico. En un aparte se dirigió al embajador de Almería para decirle:

—Ya ves las afrentas que debo soportar continuamente. Ya me falta la paciencia. Mirad si vosotros me podéis ayudar de alguna manera. Si no tendré que echarme en otros brazos y llamar a otra puerta.

Ibn Arqam no veía muy claro lo que proyectaba el visir. Era una jugada demasiado arriesgada. Se volvió hacia él y le dijo:

—Lo que has de hacer es resistir. No tienes necesidad de acudir a nosotros. Los vasallos de Badis están en tus manos y tú eres el que cobra los impuestos del reino. Badis no ha cambiado nada con respecto a ti. Sigues mandando y dirigiendo igual que antes. ¿Te vas a poner así por las pullas de un difamador? Debes aguantar hasta que muera Badis. Ya está muy viejo. Cuando haya muerto haces que ocupe el trono su nieto al-

Muizz y estarás a su lado ocupando el mismo puesto que has tenido con su abuelo. Es la mejor solución para salir de este atolladero.

José le replicó:

—Si al-Muizz no fuera tan pequeño quizás se podría actuar como tú dices. Pero está sometido a las princesas madres y a las distintas camarillas de mujeres del palacio. Es imposible planear algo y ejecutarlo estando todas ellas por medio. Tienen tantos enfrentamientos, hay tanta contraposición de intereses que iba a terminar peor de lo que estoy ahora. Además, ese niño me guarda rencor porque ha escuchado el rumor de que envenené a su padre. He dado en mi cabeza muchas vueltas a todo esto y no encuentro otra solución que echarme en brazos de tu rey.

Ibn Arqam no estaba en absoluto de acuerdo con un proyecto tan disparatado. Nada le decía que debía ponerse de parte del judío. Era demasiado arriesgado. ¿Cómo se las iba a arreglar el judío para entregar al rey de Almería el gobierno de Granada? Miraba a un lado y a otro. Se asomaba por los adarves de las murallas de la ciudad y veía un hervidero de soldados bien armados. Y sobre todo estaban en Granada los Sinhaya, los mejores guerreros de al-Andalus. ¿Iban a aceptar esta maniobra tan perjudicial para ellos sin rechistar? Ni los Sinhaya ni Badis iban a pasar por la pérdida de Granada sin una guerra en la que serían seguros ganadores.

Cuando José escuchó los razonamientos del embajador de Almería nuevamente se sintió ahogado por el miedo y la angustia. ¡Tenía razón! No podía imaginar que los Sinhaya estuvieran mano sobre mano viendo a su rey perder el trono y ellos los privilegios. Y como guerreros eran los mejores. No había color. ¿Qué podría hacer? Estaba decidido a buscar soluciones a todo, por más que fueran disparatadas. Pensaba y pensaba.

¡Sí! ¡Ya tenía la solución! Haría salir de Granada a las personas de quienes pudiera temer una reacción que le impidiera cumplir con sus propósitos. Escogió con sumo cuidado a todos los personajes de los Sinhaya a quienes debía alejar de Granada y aconsejó a Badis que los enviara a mandar los castillos más importantes. Cuando Badis estuvo de acuerdo con su idea los fue llamando uno a uno y les dijo:

—Vosotros sois mis hermanos y habéis sido humillados igual que yo. Sé que muchas de las decisiones de Badis os disgustan. ¿Cómo os pone por jefes a gentes que no tienen vuestros mismos intereses? He aconsejado al rey muchas veces y no me ha escuchado. Ahora tengo miedo de que nombre para gobernar estas tierras y estos castillos a gentes partidarias

de al-Naya. Si fuese así os harían sufrir, nos impedirían gobernar el reino y estaríamos a su merced al detentar tanto poder. Debemos retener los castillos en nuestras manos. Vosotros los mandáis y vuestros hombres permanecerán en la ciudad. Así al-Naya no conseguirá dispersarnos, perderá su influencia y lo podremos matar si intenta alterar el orden de las cosas. Si por consejo de al-Naya, Badis se encoleriza con alguno de vosotros e intenta desterrarlo, siempre podrá irse a los castillos que mandáis.

Los Sinhaya no tenían la malicia del judío y no sospecharon de su estratagema. Además estaban deseosos de tener mando en los territorios. Recibieron sus nombramientos y salieron para sus castillos, unos para Almuñécar, otros para Jaén, Huelma, Piñar, Iznalloz, Montejícar, Loja, otros a Salobreña, Jete o la Mamola.

Cuando estuvieron en sus destinos José escribió a Ibn Sumadih informándole que todos sus enemigos estaban fuera de Granada. No quedaban en la ciudad más que gentes de poca monta, a las que podría matar en cuanto entrase. Se pondrían de acuerdo en la fecha y le abriría las puertas de Granada para que no tuviese dificultad.

Los castillos de segundo rango quedaron semiabandonados. José dejó de aprovisionarles en hombres, municiones y armamento hasta parecer que estaban siendo desmantelados.

Badis, a todo esto, seguía en sus borracheras y sus paseos con al-Naya y no se enteraba de cuanto se estaba cociendo a sus espaldas. Las gentes de Granada veían el abandono de estos castillos y la salida de los nobles hacia las plazas de importancia. Un rumor corría por Granada. ¿Habría muerto Badis?

El ejército de almerienses con Ibn Sumadih al frente inició un lento y cauteloso camino hacia Granada. El judío despachó un correo urgiéndole que entrase con sus hombres en Granada. Nadie se le iba a oponer ya que el grueso de los posibles defensores había abandonado la ciudad. Sumadih sin embargo caminaba lentamente. Dudaba, temía a los granadinos. Se paraba a tomar fortalezas del camino tentando la suerte y esperando las reacciones del granadino.

El pueblo de Granada ya gritaba contra el visir. Las calles adyacentes a la alcazaba se llenaban de gentes del pueblo que se incitaban unas a otras contra José y contra todos los judíos de Granada.

José lo escuchaba todo. Sus hombres estaban en calles y plazas e iban a contarle que los tumultos y las revueltas podrían ser inminentes. Él caminaba por su palacio, pensaba, daba órdenes para que los correos fueran a encontrar al rey de Almería y urgirle una rápida entrada en Granada. Sorteaba con rabia la incomparable fuente de leones de alabastro que había mandado colocar en uno de los patios ajardinados de su mansión. Daba órdenes, se desdecía, gritaba, suplicaba a los suyos. Tenía mucho

miedo.

Por si faltaba algo se comenzó a escuchar por las plazas la voz de un viejo alfaquí llamado Abu Ishaq de Elvira que gritaba sus proclamas por todos los rincones de Granada. Eran discursos incendiarios.

Esto hizo poco efecto en Badis que aún confiaba en José pero produjo una profunda sensación en los beréberes que se conjuraron para matar al judío.

Una noche desde las alturas de la Alcazaba Vieja miraba José los barrios, las murallas de Granada y se veía completamente rodeado por sus enemigos. Frente a él, hacia donde se pone el sol, caía desparramada la ciudad al lado de acá y al de allá de las murallas. A su izquierda una ladera también poblada de casas se hundía hasta alcanzar el río Darro. Arriba, en lo alto de la otra colina rojiza, divisaba apenas un viejísimo torreón destartalado y sin defensas. Al lado de allá de la colina roja estaba el barrio de los judíos con casas suntuosas, sinagogas, plazas, mercados y callejuelas. Cuatro mil judíos vivían en Granada. Allí habían enseñado sabios como su padre Semuel, poetas inmensos como Moshé Ibn Ezra o el navarro Halevi, filósofos como Gabirol, *el Malagueño*. Y hombres ricos que comerciaban con la seda como lo habían hecho sus antepasados en Damasco o en Bursa. Marinos, hombres de pueblo, rabinos, prestamistas, recaudadores de impuestos. Algo le decía que debía salvarse él y debía salvar a su pueblo.

José estaba una tarde viendo cómo el sol se ponía en un atardecer infinito cuando su instinto de autodefensa le aconsejó una nueva maniobra audaz. Allí, en la Alcazaba Vieja, estaba defendido por murallas pero prisionero del pueblo musulmán que le odiaba. Mal sitio para salir a recibir al rey de Almería o para escapar si era necesario. No le gustaba. ¿Dónde ir?

¡Sí! ¡Lo iba a hacer! Mandaría que mil alarifes prepararan piedras, cal, arena, mortero y edificaran una fortaleza en lo alto de la colina de enfrente, *la roja*, e hicieran una torre, justo donde el barranco se asoma a la ciudad y a la vega. Allí estaría mejor defendido. Allí se encerraría con su familia, más cercano al barrio de los judíos. Estaría mejor hasta que entrara Ibn Sumadih en la ciudad y restableciera el orden. Debía abandonar su palacio y trasladarse a la colina más segura hasta esperar a los ejércitos de Almería.

Las gentes al ver el séquito del judío gritaban con una rabia inmensa, casi en su misma presencia. ¡Reclamaban su muerte y la de todos los judíos de Granada!

Los nobles y el pueblo estaban a punto de estallar en un tumulto de incalculables consecuencias. Estaban hartos de José y de todos los judíos de Granada. Todo lo habían cambiado, acaparaban los resortes del poder, habían impuesto su tradición y no la fe musulmana.

Una noche…, era la noche del sábado día 31 de diciembre de 1066, 10 de safar del año 459 para los musulmanes. José había invitado a beber en su palacio a algunos

nobles cercanos a Badis con quienes estaba de acuerdo en la ejecución de sus planes. Alguno de los asistentes sin embargo odiaba al judío aunque había sabido ocultarlo. En la reunión les informó de la venida de Ibn Sumadih. Estaba al llegar —les decía— y le entregaría algunas aldeas de la Vega de Granada.

Uno de los asistentes, el que le odiaba en secreto, se atrevió a alzar la voz para decirle:

> *—Todo esto ya lo sabemos. En vez de hablarnos de la concesión de estos feudos a los almerienses lo que debes decirnos es si nuestro rey y señor Badis está vivo o ha muerto.*

Alguno de los partidarios de José le reprochó con duras palabras su comportamiento. Entonces éste salió del palacio molesto con toda la concurrencia. Estaba medio borracho y confundía sus palabras. Sin embargo gritaba con todas sus fuerzas por calles y plazas:

> *—¡Oh gentes! ¡Habéis de saber que el judío ha asesinado a nuestro rey Badis al-Muzaffar y que Ibn Sumadih está a punto de entrar en la ciudad para conquistarla!*

Sus voces se escucharon por unos pocos y fueron repetidas por todos los habitantes de Granada, nobles y plebeyos. Por calles, plazas, zocos, casas, almunias, torreones, mezquitas, todos repetían, daban voces diciendo que el judío había matado a su rey. Gritaban, amenazaban, se interrogaban qué iba a ocurrir en Granada. La confusión era enorme, la incertidumbre también. Todos sin embargo tenían una única intención, un único deseo. Los gritos del borracho los había puesto de acuerdo en matar a José Negrella y a todos los judíos de Granada.

Los gritos llegaron al palacio de José que corrió a buscar a Badis y a sacarlo para que los granadinos le vieran vivo. El rey estaba borracho y los que le llevaban le iban agitando y bamboleando a un lado y a otro por callejas estrechas y empedradas. Su cabeza se sacudía en los vaivenes, incapaz por el cansancio y la borrachera de mantenerse o de decir alguna palabra coherente. El rey fue paseado por las callejas de la Alcazaba Cádima y de la Alcazaba Gidid sin que las gentes le hicieran el menor caso.

Una marea humana bajaba desde lo alto de la colina al lado del río, pasaba a la otra orilla y buscaba el barrio donde habitaban los cuatro mil judíos.

Otra multitud asaltaba el palacio de José buscándole por todas partes. Iban armados con gumias, alfanges, estacas, lanzas, hierros afilados o espadas de acero adamascado.

José vio que llegaba su fin e intentó la última maniobra desesperada. Se quitó sus ropas de judío ilustre y se puso los harapos del carbonero de su casa. Así disfrazado corrió hasta esconderse medio enterrado en el carbón de sus cocinas y fogones. No le valió de nada. La marea humana le encontró semienterrado en carbón y allí mismo fue mil veces acuchillado. Sus sirvientes, sus familiares, todos excepto sus hijos pequeños fueron asesinados con una rabia y crueldad infinitas.

La otra turba entretanto había llegado al barrio de los judíos. De nada valió que algunos de ellos intentaran cerrar, atrancar con palos y piedras las puertas de la alcana. Los atacantes saltaron los muros, entraron en las casas, mataron a jóvenes, niños, mujeres, ancianos, hombres, sin miramiento ni consideración. La sangre corría por las calles, los patios y las sinagogas. Un barrio rico, con joyas, sedas, aljófar, oro, plata, monedas de todas clases fue expoliado hasta quedar convertido en escombros sucios y humeantes.

Cuando el sol comenzó a ponerse en un atardecer bellísimo, la ciudad estaba exhausta, ahíta de sangre, de robos, de saña, de ira, de miedos.

Badis se refugió en su palacio y desde allí contempló la escena. No estaba horrorizado por lo que acababa de contemplar. No movió un dedo por evitarlo. Pero el bravo guerrero Sinhaya estaba como achicado por lo que habían hecho a su visir. Su viejo orgullo de vencedor en tantas batallas estaba olvidado. Le tocaba pasar la hoja, contemporizar hasta que pudiera recobrar su antiguo prestigio.

Los Sinhaya habían vencido. Los cuatro mil judíos habían desaparecido, habían derramado su sangre en Granada. Un desastre, una catástrofe para la ciudad.

Badis tardó tiempo en recuperarse de la masacre de los judíos pero sus ánimos de viejo guerrero le decían que había que recomponer su reino y volver a la obediencia a todos sus súbditos. Había demasiado desorden. Era necesario poner las cosas en su sitio.

La actividad de Badis volvió a ser febril. Como que quisiera recobrar el tiempo perdido. Tenía que reconquistar lo que había perdido empezando por Guadix y Almería, organizar su reino y prepararse un sucesor. ¿Cuál sería?

Su hijo Buluggin había muerto envenenado por su visir. Maksán era estúpido, malquerido por los granadinos, altanero y desconsiderado. Mal presagio en un reino inestable, lleno de validos dispuestos a la revuelta por cualquier cosa. Alguien debió susurrárselo al oído.

> *—¿Por qué no nombras príncipe heredero a tu nieto ‘Ahd Alláh, el hijo de Buluggin Say al-dawla?*

Era este un muchacho discreto, templado, no muy valiente, quizá algo tímido pero sería con toda seguridad un buen rey. ¡Sólo que era casi un niño!

Badis escuchó los consejos y repentinamente sintió que brotaban en él sentimientos de abuelo. ‘Abd Alláh le acompañaría en sus campañas, estaría a su lado para aprender cómo tratar a sus súbditos. Así alguien de su sangre reinaría en Granada.

A todo esto al-Naya era el visir de Badis. Había sustituido a José tras la muerte de este.

Al-Naya crecía cada día en honores y autoridad en el reino. Gobernaba en lugar de Badis y no ocultaba sus aspiraciones a convertirse en su sucesor. Tanta era su autoridad que algunos gobernadores de comarcas, como los señores de Priego, Cabra, Guadix y Málaga, se pusieron de acuerdo para asesinarlo en cuanto apareciera por cualquiera de estas regiones. Si lograban deshacerse de él llamarían a Maksán, el segundo hijo de Badis, para darle el poder, con el consentimiento de su padre o sin él.

Un día se reunieron y reflexionaron sobre la forma de matar al visir y las consecuencias que acarrearía su conjura. A pesar de los inconvenientes que la empresa presentaba tomaron la decisión de acabar con él. Wasil, el gobernador de Guadix, sería el encargado de matarle por ser el más cercano a Badis de los gobernadores conjurados. Los demás le garantizaron que arreglarían el asunto con el rey.

Efectivamente, al poco surgió la oportunidad de que al-Naya viajara a Guadix para comprobar unas cuentas y averiguar el origen de algunas fortunas. Se puso en camino. Creía que Wasil era su amigo y no sospechó absolutamente nada.

Alguno de los beréberes se encargó de advertirle que corría peligro en este viaje a lo que él contestó con desdén diciendo que le hacían esa advertencia porque las gentes no querían verle amigo de Wasil.

Al-Naya llegó a Guadix y se hospedó en casa de Wasil que lo recibió con gran consideración y cortesía, tanta que cuando se vio en casa despidió a su guardia personal. Así ambos, Wasil y al-Naya, bebieron y bebieron durante gran parte de la noche. Cuando al-Naya estaba borracho Wasil empuño una lanza, se acercó a él y lo atravesó con tantas fuerzas que la lanza golpeó la pared después de atravesar su cuerpo. Luego le cortaron la cabeza y la pasearon por toda la ciudad.

Cuando Badis conoció el asesinato de su visir entendió que todo había sido una trama urdida contra él. Se veía destronado, tanto más cuanto que los conjurados después de asesinar a al-Naya habían mandado llamar a su hijo Maksán que estaba en Toledo.

Y de nuevo intrigas en Granada. Muchas personas de influencia en la corte se pusieron de acuerdo para pedir que volviera a Granada Maksán y hacerle rey.

El rey era ya viejo, bebía continuamente pero no había perdido su lucidez y su ambición. Cuando sus informadores le hicieron conocer las intenciones de algunos de los suyos en lugar de actuar con dureza y crueldad, esta vez decidió proceder con

astucia.

En primer lugar le habían matado a José, luego a al-Naya. Estaba solo y sin un hombre de confianza que le aconsejara y ayudara en estos momentos tan delicados, que eran anuncio de otros más duros todavía.

Necesitaba un nuevo visir. Y otra vez el dilema. ¿Sinhaya? ¿Dónde encontrar a un Sinhaya astuto, maniobrero, capaz de cobrar impuestos, de manejar el tesoro real, de escribir sus cartas, de aconsejarle con sabiduría y prudencia? Los Sinhaya eran de otra pasta. Eran los mejores soldados pero los peores diplomáticos o administradores del mundo. ¿Árabe? Los Sinhaya beréberes lo odiarían y matarían como hicieron con al-Naya. ¿Judío? Ya no quedaban judíos en Granada. Los habían matado a todos y no volverían en mucho tiempo. ¡Qué terrible problema! Ahora más que nunca necesitaba un consejero, un primer ministro, una persona que conociera la administración del Estado. ¿Dónde encontrarlo? Iba pensando en unos, descartando a otros hasta que recordó.

José Negrella tuvo trabajando a su lado a un cristiano mozárabe llamado Abu-l-Rabí que había sido su mano derecha en los últimos tiempos del visir. Fue su secretario para los pagos a los ejércitos mercenarios. Cuando la matanza de judíos estuvo a punto de morir y salvó la vida porque todo el mundo sabía que era cristiano. Era prudente, sabio, capaz como administrador…, le llamaría. Seguro que habría bastantes Sinhaya que rechazarían el nombramiento dada su antigua vinculación con José pero no veía mejor solución.

Abu-l-Rabí estaba en Denia. Se escribió cartas con el rey que las contestaba de su puño y letra para evitar que se conocieran sus intenciones. Por fin llegó a Granada.

Badis le encomendó todos los negocios del estado y le informó de la intención de muchos de los nobles granadinos de llamar a su hijo Maksán y hacerle rey en contra de la voluntad de su padre.

Abu-l-Rabí evaluó una situación que era bastante delicada. Por una vez no podía, ni debía usar la fuerza sino la astucia. Diseñó un plan de actuación y pasó a la cámara del rey a contárselo. Le dijo:

> *—Estoy seguro de que estas gentes han llamado a tu hijo y que nadie se les opondrá. En estas condiciones tú no puedes luchar al mismo tiempo contra la aristocracia y contra el pueblo. Yo creo que hay que contemporizar Envía tú mismo a buscar a tu hijo. Le escribes una carta de tu puño y letra diciéndole que le perdonas, que le prefieres a cualquier otra persona para el gobierno de Granada y como primera medida lo vas a nombrar para sucederte y heredar el trono de Granada. Si haces esto vas aplacar las iras de esta gente y te los vas a ganar. Luego, cuando tengas a tu hijo contigo, elegirás qué hacer con él y podrás actuar con*

calma en todo esto. En cualquier caso es mejor soportarlo cerca que tenerlo lejos. Esté donde esté va a engañarte.

Badis comprendió que su opinión era acertada. Inmediatamente escribió a su hijo una carta tal y como se lo había dicho el mozárabe y mandó venir a un viejo alfaquí para encargarle que le llevase su carta de perdón y le diese a conocer las intenciones de su padre. Le haría heredero al trono porque no había nadie más indicado para sucederle.

El pueblo y los nobles de Granada se sintieron felices al conocer esta noticia. Las gentes se tranquilizaron esperando que Maksán sería un buen príncipe y un buen rey.

Al fin llegó a Granada. El pueblo le aclamó por las calles y plazas en su camino hacia el palacio real. Badis le acogió con cariño, le dio dinero en abundancia y le mandó que al día siguiente viniera a palacio a fin de que le aconsejara sobre su proceder.

El rey no quería a su hijo. Sabía que su carácter y su forma de ser le iban a crear muchísimos problemas. Maksán pensaba haber venido sencillamente a tomar lo que era suyo y sin embargo su padre le había hecho venir para prevenir males mayores y desengañar a aquellos que le querían como rey. Venía a sufrir una prueba en la que su padre le había tendido trampas por doquier.

Como primer consejo Badis le dijo que tratara a los Sinhaya con dureza. Intentó que los odiara diciéndole cuánto le habían hecho sufrir desde que era rey. Le repetía una y otra vez que debía tratarlos con rigor. Debían temerle.

Maksán era torpe y bastante necio. Enseguida lo demostró sobradamente. No hubiera necesitado su padre darle aquellos consejos. Habría actuado así de todas maneras. Continuamente se burlaba de unos, insultaba otros y si alguien le demostraba cariño era peor tratado que los demás. Al poco tiempo la gente en Granada le odiaba.

Unos días, sólo unos días después de llegar Maksán a Granada, Abu-l-Rabí fue a visitar a Badis para decirle que sus planes habían dado resultado. Maksán era odiado, malquerido en Granada. Todos los que antes le llamaron ahora deseaban su marcha. Querían que desapareciera del reino. No iba a ser necesario seguir adelante con sus planes. El que tanto deseaban era repudiado por el pueblo.

De nuevo Badis, gracias a los consejos del mozárabe, dominaba los resortes del poder. Sin embargo ya era viejo, muy viejo. Hacía casi treinta y nueve años que había muerto su padre, el gran Habus y más de diez desde que mataron las turbas a su visir José y a todos los judíos de Granada. Sólo le quedaba buscar un heredero y morir. Porque la ciudad era una maravilla.

Granada estaba completamente amurallada, tenía dos alcazabas, muchas plazas y calles, muchas torres de defensa y magníficos soldados. Quien intentara tomarla se

iba a equivocar.

Granada era bella, muy bella. Desde lo alto de su palacio en la Alcazaba Cádima contemplaba la nieve perpetua de su sierra. Cuando su mirada se dirigía a la montaña era forzoso ver la colina de tierras rojizas que se contraponía a la que sustentaba su palacio. En aquella colina roja aún podía ver la pequeña torre de defensa y el palacio que se hizo su visir José para defenderse de sus enemigos. ¡Qué buen lugar para edificar un magnífico palacio para él y sus descendientes! Pero ya no tenía fuerzas ni ilusión para acometer esa gran obra.

Granada era rica. En sus campos se habían sembrado árboles de morera con los que se alimentaba el gusano de la seda. Luego los campesinos recogían los capullos y llevaban su mercancía a Granada donde era tratada por artesanos primorosos, tintada de vivos y diferentes colores. ¿Qué le quedaba por hacer al viejo Badis?

¡Sí! ‘Abd Alláh, su nieto, el hijo de su hijo Buluggin Sayf al-Dawla sería su sucesor. Buluggin había muerto con veinticinco años envenenado por José, dejando a su hijo ‘Abd Alláh con ocho años. Era muy joven pero discreto, sencillo, por supuesto que no era tan buen guerrero como Badis pero sabía empuñar una espada y cabalgar por los campos y las vegas de Granada montando en preciosos caballos negros. ‘Abd Alláh sería su heredero al trono de Granada. Estaban todos de acuerdo. Su nuevo consejero el cristiano mozárabe estaba seguro de que sería un buen rey y ya hablaban, intimaban, le aconsejaba. Los Sinhaya le preferían a cualquier otro. El pueblo le veía como a uno de los suyos por la sencillez con que los trataba. El viejo Badis dormiría tranquilo.

Una noche se fue para siempre. Había bebido mucho como era su costumbre y perdió el conocimiento para no recobrarlo jamás. Su rostro de color amarillo denotaba la destrucción que la bebida había producido en su organismo. Granada perdió un gran rey que fue despedido con llantos por el pueblo. Tendrían un rey joven. Sería una nueva aventura.

CAPÍTULO V

‘ABD ALLÁH NASIR Y MUZAFAR, CUARTO Y ÚLTIMO REY ZIRÍ DE GRANADA

La muerte de Badis fue acogida con una mezcla de tristeza y alivio. ¿Había sido un buen rey? Fue un hombre bárbaro, cruel, duro, alejado a veces de su pueblo y sin embargo había hecho cosas grandes. Nadie iba a defender Granada con tanta fuerza como él. Por eso el pueblo lloró su muerte. Había sido un rey turbulento, duro, cruel, dejado en el sentido de despreocupado por todo lo que no fuera luchar con su espada. Se escucharon a su muerte suspiros de alivio, se palparon sentimientos de añoranza y se miraba a todas partes con inquietud. Porque una vez muerto era necesario pensar en el futuro.

‘Abd Alláh había nacido en el año 1056. Era por tanto muy joven cuando murió su abuelo. ¿Deberían los Sinhaya aceptar a ‘Abd Alláh, en realidad a un niño, como rey de Granada? Durante las celebraciones rituales los nobles hablaban entre sí, trataban de ponerse de acuerdo en la mejor forma de hacer las cosas. Había que repensar los pros y los contras de la elección del viejo Badis.

Había tres candidatos al trono. Maksán, el hijo de Badis, estaba en Granada pero era odiado por todos. Nadie le quería y no estaba dotado para ejercer el cargo con un mínimo decoro. Tamín, el hijo mayor de Buluggin Sayf al-dawla, por tanto nieto de Badis, era otra opción. Sin embargo era muy duro, cruel como Badis. La tercera opción era reconocer la designación que hizo Badis y aceptar como rey a ‘Abd Alláh.

Desecharon a Maksán y entre los dos hermanos prefirieron a ‘Abd Alláh, dando a Tamín el reino de Málaga que a partir de entonces en la práctica se independizó de Granada.

‘Abd Alláh era casi un niño criado en el serrallo, tutelado por su madre, por tanto débil y maleducado. Así fue encumbrado al trono. Los nobles pensaron que le podrían manejar mucho mejor que a cualquier otro, sobre todo si se le educaba durante la menor edad en las virtudes necesarias a un rey.

Heredaba un reino de fronteras indecisas, con demasiadas razas odiándose entre sí. Los beréberes Sinhaya odiaban a los Zanata. Los árabes no podían ver a los beréberes, los muladíes o los mozárabes se sentían casta aparte. Y los judíos tímidamente iban volviendo a sus antiguas casas. ¿Podría manejar esta mezcla tan explosiva?

Los Sinhaya fueron previsores. Las riendas del poder las asumiría un noble de su tribu llamado Simaya. Él iba a desempeñar la doble e importantísima tarea de educar al joven monarca y gobernar Granada.

En el interior hemos hablado de la vida en Granada, sus intrigas y sus luchas de

poder. Fuera nada menos que Motamid, el gran rey poeta de Sevilla, Alfonso VI en el norte atacando y conquistando tierras de moros y los Almorávides con Tasufin en África, deseando invadir España para poner orden entre los musulmanes españoles.

Hablemos un poco de Motamid, de Alfonso VI y de Tasufin. No se podría comprender la vida de ‘Abd Alláh sin conocer cómo eran los personajes que le rodeaban.

Motamid nació en Sevilla en el año 1040. Su padre fue el rey Motadhid de quien hemos hecho mención anteriormente. El perfil de gran soldado y magnífico poeta que tuvo su padre iba a ser determinante en la vida de Motamid. Apenas tenía diez o doce años cuando es nombrado Gobernador de Huelva. Muy poco tiempo después manda un ejército en el asedio de la ciudad portuguesa de Silves. Estando en tierras portuguesas conoce a un personaje que iba a marcar profundamente su vida. En una pequeña almunia cercana a Silves había nacido de padres árabes, pobres de solemnidad, Ibn Ammar. Este hombre iba a ser durante bastantes años compañero, amigo, primer ministro, poeta, mano derecha de nuestro rey Motamid. A pesar de la falta de recursos de sus padres, Ibn Ammar estudió Bellas Artes en Silves y en Córdoba. Se ganaba el sustento recorriendo la España musulmana componiendo poesías, panegíricos y loas en honor de los potentados a cambio de unas monedas. Los poetas de fama componían entonces sus versos para príncipes y reyes. Ibn Ammar era demasiado pobre, iba demasiado mal vestido para llegar tan alto. Se debía conformar con ir por los palacios y las casas de los ricos ofreciendo sus poemas. Pero su aspecto era tan malo que no conseguía llegar ni siquiera a estos personajes.

Un día llegó a Silves famélico y aterido de frío. No tenía más posesión que una mula vieja a la que ni siquiera podía alimentar. Y recordé que vivía en la ciudad un comerciante rico, poco culto pero muy vanidoso. Pensó que quizá le ayudaría. No era hombre capaz de valorar al buen poeta pero al ser vanidoso en extremo seguramente sería generoso a cambio de alguna buena poesía que ensalzara su ego. Ibn Ammar le escribió una magnífica poesía haciéndole ver la necesidad en que estaba. El comerciante se sintió halagado y le envió como pago un saco de cebada. Era una recompensa bastante poco generosa pero le puso contento y le abrió algunas puertas en Silves.

Al poco nuestro poeta era conocido en la ciudad, lo que le valió ser presentado a Motamid que enseguida se sintió atraído por él. Los dos tenían espíritu aventurero, los dos eran poetas, los dos amaban los placeres y la buena vida, así que se hicieron inseparables. Cuando las tropas sevillanas mandadas por Motamid conquistaron Silves, Ibn Ammar fue nombrado visir y se le encomendó el gobierno de la ciudad.

Silves era entonces cuna de poetas. Era aquel un paraíso en el que vivieron ambos una juventud inolvidable.

Motamid, que aún no conocía el amor, era ingenuo, impetuoso, generoso, con la

vitalidad propia de una personalidad rica. Ibn Aromar era más cauto. No había sido criado en la riqueza como Motamid y escondía en su ser miedos, reticencias y menos juventud que la del príncipe.

Ibn Ammar se sintió transformado con esta amistad que le había subido desde el hambre y la pobreza hasta la opulencia. ¿Sería verdad? ¿Duraría? ¿Le traicionaría el príncipe? Se frotaba los ojos, miraba hacia atrás, se miraba a sí mismo ricamente vestido y pensaba si todo sería un sueño. Ibn Aromar pasaba los días y las noches con su amigo en palacio. Una tarde Motamid había invitado a cenar a Ibn Aromar junto a otros colegas. Cuando los demás se retiraron pidió a su amigo que se quedara y se acostara con él. Ibn Aromar asintió encantado y cuando se quedó dormido escuchó como una voz que le decía en sueños que Motamid le iba a matar. Se despertó asustado, se restregó los ojos, vio a Motamid roncando a su lado y se volvió a quedar dormido. Sin embargo, como que volvía a escuchar la voz que le decía una y otra vez qué Motamid le iba a matar. Convencido de que el cielo le estaba dando un aviso dio un salto de la cama sin hacer ruido, se envolvió en una estera y se escondió en una esquina del patio del palacio esperando que alguien abriera la puerta y poder escapar de allí para irse lo más lejos posible de su amigo del alma.

Entretanto Motamid se había despertado y al no ver a su amigo a su lado dio la voz de alarma, despertó a todos sus criados y se puso a buscar a Ibn Ammar. Revolvieron todo el palacio de arriba abajo, los salones, los patios, las cocinas, las carboneras y por ninguna parte aparecía el amigo desaparecido. Por fin alguien miró a una esquina y vio moverse una estera. La desliaron y apareció desnudo, asustado, aterido de frío nuestro Ibn Ammar. No se atrevía a levantar los ojos. Se veía desnudo, tiritando de miedo y frío pero sobre todo sorprendido en un estado pésimo de ánimo y de cuerpo. Motamid le preguntaba por qué estaba en ese estado y no se atrevió a contestar. Callaba y callaba. El príncipe tuvo que insistir y por fin escuchó las razones de su amigo, que susurraba sus temores y sus presentimientos. Motamid al saber el por qué de su huida soltó unas estruendosas carcajadas mientras le decía a voz en grito:

> —*Querido amigo, el vino te ha trastornado y lo que tienes son pesadillas. ¿Crees que yo podría matarte si eres mi vida y mi alma? ¡Olvida esos sueños y no me vuelvas a hablar de esto nunca más!*

Ibn Ammar trató de olvidar pero era tan grande el cambio que había experimentado, tanta la pobreza vivida, tan enorme el contraste con su vida actual que no se quitaba el miedo de encima.

Cuando los dos amigos iban a Sevilla se lo pasaban en grande. Paseaban, bebían, se encontraban con amigos, organizaban fiestas por todo lo alto. Otras veces se

disfrazaban para pasar desapercibidos y se mezclaban con el pueblo que caminaba por la *Pradera de Plata* a las orillas del Guadalquivir.

En uno de esos paseos iba Motamid a encontrar la que sería su amor para siempre. Una tarde habían salido disfrazados los dos amigos y paseaban por las orillas del Guadalquivir seguidos a prudente distancia por algunos servidores y eunucos. El agua del río bajaba rizada por el viento que soplaba suave y delicioso. Los dos improvisaban versos que hacían referencia al agua del río, a la brisa, cuando una joven les respondió a sus versos con otros versos con más prontitud y destreza que lo podría hacer el mismo Ibn Ammar. Motamid miró a la joven con atención y quedó encantado de su belleza. Llamó a un eunuco y le pidió que hiciera venir a la joven al palacio. Cuando la tuvo cerca le preguntó quién era y a qué se dedicaba. La joven le contestó:

> *—Mi nombre es Itmad pero todo el mundo me conoce como Romaiquía porque soy esclava de Romaic. Yo trabajo de muletera.*
>
> *—Dime, ¿estás casada? —le preguntó Motamid.*
>
> *—No, señor, —contestó la joven.*
>
> *—Tanto mejor porque voy a comprarte a tu amo y a casarte conmigo.*

Romaiquía ya siempre estaría al lado de Motamid. Fue su gran amor. Era una mujer viva, ingeniosa, inculta, caprichosa, dulce y pareciera haber sido criada como una reina cuando en realidad nació pobre de solemnidad. Tenía a Motamid siempre en vilo pendiente de sus caprichos. Cuando deseaba algo insistía e insistía, lloraba, se quejaba a su esposo, suplicaba unas veces con mimos y otras con rabietas hasta que conseguía satisfacer sus deseos.

Un día de febrero estaba con Motamid en el palacio de Córdoba y al ver caer la nieve se echó a llorar. Su esposo se le acercó para preguntarle:

> *—¿Qué te ocurre, querida mía?*

Ella respondió entre sollozos:

> *—¿Que qué me pasa? ¡Tú eres un bárbaro, un tirano y un monstruo! Mira qué bonita es la nieve. Cómo se van pegando los copos a las ramas de los árboles. Y tú eres un ingrato y no piensas en mí. ¡Todos los inviernos deberías proporcionarme un espectáculo como este!*

Motamid ladeó la cabeza, suspiró profundamente, secó las lágrimas que resbalaban por las preciosas mejillas de su amada y contestó:

—No te enfades, vida mía. Tendrás nieve todos los años aquí mismo. Yo te lo prometo.

Al poco centenares de campesinos se aplicaron a plantar de almendros toda la sierra de Córdoba para que al despuntar cada primavera las laderas de los alrededores de la ciudad y del palacio se poblaran de flores blancas como la nieve, deliciosas y fragantes como solamente pueden serlo las flores del almendro en Andalucía.

Otro día la caprichosa Romaiquía vio cómo las mujeres del pueblo, con los pies desnudos, amasaban barro para hacer ladrillos. Ella se echó a llorar ante su marido. Se sentía desgraciada por no poder amasar barro con sus pies descalzos a las orillas del río. Motamid hizo poner en el corral del palacio gran cantidad de azúcar, jengibre, canela y otros perfumes, hizo mojar todos estos ingredientes con agua de rosas para que pareciese barro y cuando todo estuvo a punto le dijo a su caprichosa amada:

—Baja al corral con tus criadas. El barro te espera.

Los alfaquíes y santones odiaban a Romaiquía y ni siquiera pronunciaban su nombre. Porque a todo esto las mezquitas estaban desiertas los viernes y ella —decían— tenía la culpa de esa perversión en el pueblo.

Motamid por lo demás tenía para todos y para todas. Su adoración por Romaiquía no era obstáculo para amar a su amigo Ibn Ammar, a quien se sentía íntimamente unido.

Motamid era un hombre genial. Amaba la poesía, a los poetas y a la corte de Sevilla venían los mejores del mundo. Si un poeta tenía talento sería bien tratado por él y encontraría acogida y calor. Sólo despreciaba a los necios y a los torpes. Si alguien era listo, aunque fuera un ladrón o un saltimbanqui, sería bien tratado por Motamid. Y si no que se lo pregunten a un ladrón de caminos apodado el *Halcón Gris*.

El Halcón Gris era el ladrón más famoso de al-Andalus. Temido por los viajeros y campesinos durante mucho tiempo por sus robos, saqueos y asesinatos, al fin fue detenido, juzgado y sentenciado a morir crucificado en un cruce de caminos.

El día en que fue clavado en la cruz hacía un calor sofocante y nadie acudió a presenciar el espectáculo. Al pie de la cruz estaban solamente su esposa y sus hijas que lloraban con desconsuelo.

El desdichado era un truhán, un pillo con corazón de oro y mente agilísima. En la misma cruz miraba a un lado y a otro maquinando alguna solución a sus males, por más que se viera en las últimas. En esas vio pasar por el camino a un arriero montado en una mula. El Halcón Gris se dirigió a él con gritos de petición suplicante:

—¡Eh, señor! Me encuentro muy mal pero puedes prestarme un gran servicio del que, si lo haces, vas a obtener un buen provecho.

Al arriero le brillaron los ojos de codicia. Contestó al *Halcón Gris*:

—¿Cómo te puedo ayudar y obtener una recompensa?
—¿Ves ese pozo que hay ahí?
—Sí que lo veo —dijo el arriero.
—Estupendo. Pues cuando cometí la estupidez de dejarme prender por esos malditos eché a ese pozo seco diez ducados. Si me haces el favor de sacarlos te daré la mitad. Mi mujer y mis hijas que están aquí, como ves, te guardarán la mula hasta que termines la tarea.

El arriero tomó una cuerda, ató una parte a la orilla del pozo y se dejó caer al fondo sujetándose en ella. Cuando vio que estaba abajo buscando las monedas, el *Halcón Gris* dijo a su mujer:

—¡Atención! ¡Corta la cuerda, toma la mula y sal corriendo con tus hijas!

Un instante después madre e hijas apaleaban a la mula para que corriera a escape de allí mientras el arriero gritaba pidiendo que alguien le sacara del pozo, que por supuesto no tenía una mísera moneda en su fondo. Tardaron en acudir suficientes personas como para poder sacar de allí al arriero que les contaba cómo aquel hombre, a punto de morir, le había engañado tan miserablemente. Y su narración llegó a oídos de Motamid.

Cuando conoció nuestro príncipe esta historia hizo que fueran en busca del *Halcón Gris*, le desclavaran de la cruz, le curaran y le trajeran a su presencia.

El desdichado no creía lo que estaba ocurriendo. ¿Era verdad o un sueño lo que veía con sus ojos? Cuando estuvo ante el rey le escuchó decir estas palabras:

—Estoy seguro de que eres el mayor bribón del mundo porque ni siquiera la perspectiva de una muerte cierta te ha hecho dejar tus truhanerías.

El *Halcón Gris*, con un hilo de voz y la vista baja contestó:

—¡Ay! señor príncipe. Si supieras, como yo, lo que se disfruta robando mandarías al infierno tu manto real y harías lo mismo que yo hago.

Motamid no sabía si debería gritar o reír. Al fin soltó una carcajada y le dijo:

> *—¡Maldito bribón! ¡Vamos a hablar en serio! Si yo te perdonara la vida, si te dejara libre, si te diera un trabajo con que ganar honradamente el pan con un sueldo con el que vivir bien, ¿te enmendarías y abandonarías el oficio de ladrón y salteador de caminos?*

El ladrón contestó:

> *—Por salvar la vida haría cualquier cosa. Hasta me enmendaría.*

El *Halcón Gri*s cumplió con su promesa de aquel día. Se iba a dedicar ya toda su vida a hacer cumplir las normas que él tantas veces había conculcado.

Motamid fue el más ilustre y poderoso de los taifas andaluces. Poeta, buen soldado, reformador de sus reinos. Sin embargo no era independiente. También debía pagar sus tributo a Alfonso VI.

Seguiremos más adelante hablando de Motamid. Basta lo dicho para que tengamos una primera imagen de su forma de ser y sus circunstancias. Digamos ahora dos palabras acerca de Alfonso VI.

Probablemente sea este rey el que con más inteligencia llevó adelante la reconquista de la España musulmana. Era rey de León, de Castilla, de Galicia y de Navarra pero soñaba con ser Emperador de toda España. Era muy poderoso y podía plantearse este objetivo. Sin embargo creyó oportuno debilitar a sus adversarios antes de asestarles los golpes definitivos.

Se fijó también un objetivo ideológico. Había que hacer homogéneos los sentimientos, las legislaciones e incluso los modos de expresión de su reino. En el terreno religioso, ¿por qué habríamos de ser diferentes del resto de Europa? ¿Qué pintaban todas esas reliquias de expresión litúrgica, como la mozárabe? Alfonso pensaba que para modernizar sus reinos era necesario suprimir la vieja liturgia mozárabe española y traer a España los aires nuevos de los monjes de Cluny. ¿Y los mudéjares? ¿Qué pintaban en sus reinos las aljamas moriscas, restos de una vieja y caduca civilización? Él se encargaría de echarlos a todos. A los musulmanes había que barrerles de esta tierra. Si eran soberanos de sus estados les debilitaría hasta que fuera posible echarles de aquí. Si eran mudéjares sometidos en tierras ya conquistadas, también les echaría de ellas.

¿Podría, sin más, invadir Sevilla, Granada, Toledo y luego convertir, hacer cristianos a sus súbditos? Lo haría de otra manera. Primero debía sacar a los taifas musulmanes mucho dinero, el necesario para debilitarles. Esto le convirtió en un rey muy molesto. Exigía a los taifas tributos anuales y les amenazaba con apropiarse de

sus estados si no le daban más y más. Todos los años hacía correrías por los reinos del sur, les atacaba, destruía sus ciudades y castillos, se apropiaba de sus riquezas y cuando se marchaba les dejaba una inseguridad terrible porque no sabían dónde terminarían sus apetencias.

Una vez se encontraron Motamid y Alfonso VI en Sevilla. Alfonso había alistado un ejército numeroso y fue a atacar territorio sevillano con ánimo de sacar a Motamid hasta la última moneda de su tesoro.

Los musulmanes sevillanos no esperaban una expedición de ese calibre y su ejército era pequeño, mal armado y peor instruido. Su consternación fue enorme. Se sentían demasiado débiles para intentar una defensa solvente. El pesimismo cundió en la corte sevillana. Sólo el amigo de Motamid, Ibn Ammar, intentaba a la desesperada encontrar una buena solución. No contaban con un ejército preparado por lo que intentar oponerse a los cristianos se les antojaba una fantasía. Sin embargo Ibn Ammar conocía a Alfonso por haber estado muchas veces en su corte. Sabía que compartía con los musulmanes muchos aspectos de su cultura. Se diría que estaba medio arabizado. Se proclamaba *Soberano de los hombres de las dos religiones*. Podría tocar en él fibras sensibles a los árabes como el honor, el juego… Si no les era posible organizar una defensa militar al menos intentarían una estratagema.

Ibn Ammar mandó que le fabricaran un magnífico ajedrez más bello y rico que ningún otro. Las piezas eran de ébano y de sándalo incrustadas en oro y el tablero labrado en ricas maderas con incrustaciones de oro y marfil. Con este juego de ajedrez bajo el brazo buscó un pretexto para ir al campamento cristiano. Alfonso, como Motamid, detestaba a los necios y admiraba el talento. Por eso conocía y apreciaba a Ibn Ammar. Cuando Alfonso vio el tablero de ajedrez dijo a Ibn Ammar:

> —*¿Qué tal juegas al ajedrez?*

Ibn Ammar le respondió:

> —*Mis amigos dicen que lo hago bastante bien.*
> —*Ese tablero que tienes y ese juego es precioso,* —dijo Alfonso.
> *¿Podría verlo?*

Ibn Ammar le contestó:

> —*Sin duda, pero a condición de que juguemos una partida. Si pierdo el ajedrez será tuyo pero si gano yo podré pedirte lo que quiera.*

Alfonso era vanidoso, así que aceptó jugar con Ibn Ammar. Estaba seguro de

ganar. Muchos nobles hacían de testigos del juego. Miraban atentos las evoluciones de las piezas, la estrategia de uno y otro hasta que para sorpresa de todos Ibn Ammar ganó al castellano. Cuando terminó la partida Ibn Ammar miró fijamente a Alfonso y le preguntó:

> *—¿Puedo pedir ahora lo que yo quiera? Alfonso torció el gesto y contestó: —Desde luego. Veamos qué es lo que eliges.*

Ibn Ammar miró al monarca, luego a los nobles castellanos, de nuevo fijó sus ojos en los de Alfonso y le dijo:

> *—¡Que te vuelvas a tus estados con tus ejércitos!*

Alfonso se puso lívido. Había dado su palabra y tendría que cumplir lo que prometió. Sin embargo su cara estaba tensa, rígida, como que se comiera sus deseos de fulminar a aquel maldito árabe. Comenzó a gritar a sus nobles fuera de sí:

> *—Me han cogido y vosotros tenéis la culpa. ¿Quién me paga los gastos tan tremendos de esta expedición? ¡Sí, ya lo sé! Ibn Ammar, ve y dile a tu señor que nos marchamos sólo si me pagáis este año el doble del tributo estipulado para resarcirme de los gastos.*

Ibn Ammar vio el cielo abierto. Los tesoros de Sevilla eran abundantes. ¿Qué importaba un poco más de dinero si lo había de sobra? Con rostro feliz dijo a Alfonso:

> *—¡Lo tendrás, señor!*

Y marchó a todo correr en busca de Motamid para hacerle partícipe de su éxito. Su ingenio había hecho retroceder al mejor ejército del emperador Alfonso VI, que marchó de nuevo a Castilla mascullando venganza.

Seguiremos hablando más adelante del viejo emperador.

El tercer personaje determinante en la época del último rey zirí de Granada fue Tasuffin.

Los Almorávides eran una tribu de beréberes africanos que habían sido convertidos a la religión musulmana por un viejo misionero. Los primeros eran una especie de monjes que vivían en rábitas o monasterios de frontera, incultos, que se alimentaban con leche de camella y poco más. Eran crueles, duros y estaban deseosos

de ocupar un importante papel en el mundo mediante conquistas y ajusticiamientos de todos los que no pensaran como ellos. En la época de nuestros taifas ya dominaban desde el Senegal hasta Argel. Sus ejércitos eran fuertes y habían conquistado todo lo conocido del continente africano.

Su emir era un caudillo político-religioso que lideraba a unos guerreros fanáticos y poderosísimos.

Cuando los taifas españoles se vieron débiles ante las acometidas de Alfonso VI, inmediatamente se acordaron de ellos. Motamid sabía que Tasuffin en realidad era su enemigo. Si les pedía auxilio iba a tener en ellos a unos rivales en vez de unos aliados. Alguien le advirtió del peligro que corría llamándoles en su ayuda y él contestó:

> —*Todo eso es verdad, pero no quiero que la posteridad pueda censurarme haber sido causa de que Andalucía sea presa de los infieles. No quiero que mi nombre sea maldecido en todas las mezquitas musulmanas y si tengo que elegir prefiero ser camellero en el Sáhara antes que ser porquero en Castilla.*

Más adelante volveremos a hablar de los Almorávides. Sigamos hablando del rey de Granada.

‘Abd Alláh era un niño malcriado entre las mujeres del serrallo y vigilado muy de cerca por su tutor el visir Simaya. Su madre no se apartaba de su lado, indicándole qué debía hacer en cada momento.

En realidad era rey solamente de Granada porque su hermano Tamín, mayor que él, gobernaba Málaga, en la práctica como si fuera un rey independiente.

Deseaba salir de su palacio en la Alcazaba Cadima donde le tenían como si fuera prisionero. ¿Por qué debía vivir así? Ya era un adolescente y veía cómo se amaban los pájaros en la primavera sin que él pudiera experimentar el amor y sentirse libre como ellos. A lo lejos contemplaba la ciudad, a los nobles paseando por el delicioso barrio de Haljeriz, a los chicos cantando, corriendo por las callejuelas preciosas y él debía estar siempre escuchando los consejos del viejo alfaquí a quien Simaya había encargado le hiciera aprender de memoria las suras y las aleias del sagrado libro.

Deseaba vivir, beber vino como su abuelo el viejo Badis, soñaba con divertirse con jóvenes esclavas en las noches de primavera de Granada. Sin embargo entre el visir y su madre no le dejaban un momento en paz.

¿Y ser realmente rey? Eso sí que no se lo iba a impedir absolutamente nadie. Cuando sus fuerzas le permitieron sostener una espada o montar a caballo, lo iba a intentar para que sus súbditos le vieran bello y arrogante recorriendo las murallas, saliendo por las puertas de la ciudad para visitar guarniciones, pasar revista a

capitanes o soldados del ejército de Granada.

‘Abd Alláh tenía dentro de sí a un poeta. Si hubiera tenido reposo, tranquilidad, habría escrito versos inspirados en la contemplación de las maravillas de su ciudad. Quizá alguna vez pudo componer poemas, pero ni para eso le dejaban en paz sus secretarios. Desde pequeño le costaba ser libre hasta para escribir versos. La poesía nace de una curiosidad infinita, que desde muy niño tenía ‘Abd Alláh. Su espíritu era abierto, curioso, preguntaba siempre, quería saber, conocer, pero el agobio de la corte, la presión de los enemigos que desde el principio de su reinado le cercaban, no le dejaron nunca sosiego, libertad, paz. ¡Cuánta opresión hubo de soportar!

Motamid…, ¡va! Nunca un rey árabe iba a ser buen vecino de un rey beréber. Se sentía superior al granadino. La poesía le endiosaba hasta el punto de no pensar en otra cosa que en sus versos, en amar a bellas mujeres y complacer los caprichos de su esposa Romaiquía y de amigo y parásito Ibn Ammar.

Este Ibn Ammar era un árabe rico al que le veían las alpargatas. ¿Quién aguanta a un rico que antes ha sido pobre de solemnidad? ¡Desgraciado! Había estado media vida vestido de harapos y ahora lucía la seda o las ricas telas traídas de Damasco con las que se pavoneaba en los palacios y las calles de Sevilla.

¡Desgraciado Ibn Ammar! Se sentía igual a Motamid, se había acostado tantas veces con él que también quería ser rey…, ¡vaya tela! ¡de Granada! En las noches de borracheras de Sevilla habían maquinado, soñado echar de Granada al joven ‘Abd Alláh y a sus beréberes Sinhaya para que ocupara el trono Ibn Ammar.

Los vapores del vino se habían mezclado en sus mentes con una malicia infinita. Motamid quería echar al joven rey de Granada, quería, además, complacer a su amigo como antes había complacido los caprichos de Romaiquía.

Ibn Ammar era ambicioso. En secreto envidiaba a su amigo Motamid y se sentía superior a él. En las noches sevillanas ambos amigos gozaban de sus bellas esclavas, bebían hasta quedar completamente borrachos tumbados en preciosos divanes, pero antes maquinaban contra ‘Abd Alláh. ¿Cómo atacarle? ¿Cuál era su flanco más débil? ¡Había tantos espías, tantos tránsfugas! Los odiados en Sevilla iban a Granada y los perseguidos en Granada se iban a Sevilla, seguros de encontrar apoyo y recompensas a cambio de información. Y cuando ambos despertaban de sus borracheras mandaban que capitanes intrépidos salieran por las campiñas hasta alcanzar los puertos de entrada a Granada. Luego atacaban castillos, guarniciones, arrasaban cosechas, talaban árboles, robaban, incendiaban, destruían para volverse a Sevilla triunfantes a recibir de Ibn Ammar nuevos encargos y nuevas recompensas.

¿Cómo soportaría ‘Abd Alláh un acoso tan constante? ¿Donde pediría ayuda para librarse del ambicioso, imbécil Ibn Ammar?

Porque si no tenía suficientes enemigos en tierra musulmana, ojo avizor estaba el rey Alfonso. Él también tenía sus espías en todas las cortes musulmanas y conocía

estas divisiones. ¡Cuanto más divididos estén los reyes musulmanes, mejor para él! pensaba cuando recibía a sus espías que le informaban de las intrigas entre los taifas andaluces.

Alfonso vio que era el momento de enviar un embajador a la corte de ‘Abd Alláh para ver si en Granada podría conseguir más beneficios que en Sevilla.

Un día salió de León un noble de los más importantes del reino. Su caballo blanco trotaba orgulloso hacia el sur. Le acompañaba una corte de lanceros, cortesanos, contables, judíos, seguidos de algunas acémilas cargadas hasta arriba con la impedimenta para un viaje tan largo. El noble se llamaba Pedro Ansúrez e iba a Granada como embajador de Alfonso para exigir a ‘Abd Alláh un tributo de veinte mil dinares a cambio de seguridad.

La llanura castellana se les hizo larga aunque la conocieran por haber caminado por ella muchas otras veces. Se iban hospedando en castillos en los que reponían fuerzas, cambiaban monturas cansadas o enfermas para continuar al día siguiente.

Alfonso había puesto sus ojos en Granada. Era un reino pequeño, su rey era apenas un adolescente y en la ciudad había unos tesoros inmensos, fruto de su comercio, de sus ventas de seda, vino, frutas de todas clases.

Cuando aún les quedaban varios días para llegar a su destino fueron vistos por musulmanes que por medio de señales habían transmitido la nueva de que iban a recibir una embajada del rey Alfonso.

Estas noticias despertaron en el joven monarca una inquietud grande. Pedro Ansúrez no vendría a anunciarles nada agradable. Por las calles de Granada se extendió el rumor de la próxima llegada de una embajada portadora de noticias tristes. Los portales de las casas escondían miradas de gente que intuía guerras y muerte.

El embajador se acercó a Granada, acampó en las afueras de la ciudad y anunció a ‘Abd Alláh que era portador de un mensaje de Alfonso y deseaba ser recibido para hacerle entrega de su misiva.

La Puerta de Elvira se abrió de par en par para recibir aquella embajada. Pedro Ansúrez entró en la ciudad mirando alrededor con displicencia, casi con desprecio aunque ocultara su admiración por lo que estaba viendo. Su séquito le seguía, desfilando con aire fiero y miradas amenazantes. Las gentes de Granada se habían agolpado por las calles del recorrido y contemplaban asustados al embajador que se encaminó hacia el palacio del rey en la *Casa de la Lona*, en el interior de la Alcazaba.

‘Abd Alláh estaba en el salón del trono, rodeado del visir Simaya, de su corte de notables, servidores y eunucos. Vestía ropas de seda color escarlata y lucía en su cintura joven una preciosa cimitarra de acero adamascado con empuñadura de oro y perlas preciosas. Era muy joven pero ya intentaba que su voz se hiciera oír por encima de la del visir para afirmar su voluntad de ejercer el mando en el reino.

Ansúrez se acercó al monarca y mandó que un trajumán leyera la carta que le había entregado Alfonso. La corte granadina escuchaba. Los gestos del rey no transmitían sumisión ni miedo sino más bien desprecio, casi altanería. ¿Por qué habrían de pagar los granadinos un tributo tan exigente al rey cristiano? ¿Qué habrían de temer de él? Al fin y al cabo su reino ni siquiera tenía fronteras con Granada. Entre las tierras de uno y otro estaba el reino de Toledo, cuyo soberano no se iba a aliar con un cristiano para hacer daño a un musulmán.

‘Abd Alláh por primera vez en su vida quiso decir la última palabra. Miró fijamente al castellano y casi gritó:

> *—¡El noble Pedro Ansúrez, embajador del rey Alfonso se marchará a León con las manos vacías! El reino de Granada se niega a pagarle los tributos exigidos.*

Los castellanos escucharon al joven rey con estupor. En cuanto a sus nobles, unos le tildaron de temerario en secreto pero otros le admiraron y alabaron una decisión que consideraban sabia. Es cierto que esto sembraba inquietud y que mucha gente se preguntaba qué pasaría en adelante, pero todo sumado era la mejor decisión. No era previsible que un ejército mandado por Alfonso llegara hasta aquí atravesando reinos musulmanes y cristianos.

Ansúrez torció el gesto y apenas pudo contener su indignación. Pese a todo aceptó como inevitable la postura del granadino y dio por concluida su embajada. Sin perder tiempo salió de Granada por Loja buscando caminos menos montañosos. Marcharían hacia Córdoba y desde allí a León por la antigua vía romana de la Plata. El altivo embajador esta vez volvía desairado, sin haber conseguido su objetivo. Estudiarían su respuesta.

Había salido de la Vega de Granada siguiendo los caminos que discurren a las orillas del río Genil para luego desviarse a la derecha por las campiñas. A la altura de Priego le salió al encuentro otra comitiva lujosa, esta vez musulmana. Tenía enfrente a Ibn Ammar. Pedro Ansúrez ni siquiera se sorprendió con ese encuentro. Demasiado bien conocía que Motamid era enemigo de ‘Abd Alláh y que su visir anhelaba el reino de Granada. Las dos comitivas acamparon cercanas y los enviados de Ibn Ammar comunicaron al conde los deseos de su señor de mantener una entrevista a solas. El castellano se dispuso a recibir al visir sevillano. Cuando estuvieron frente a frente Ibn Ammar se dirigió al conde diciendo:

> *—¿Cómo vuelves al encuentro de tu señor con la manos vacías? ¿Ha sido tan insolente el rey jovenzuelo de despedirte negándose a pagar los veinte mil dinares que le exigías en nombre de tu rey? ¡Déjame a mi hacer en*

este caso! Hagamos una alianza entre nuestros dos reyes contra el de Granada. Yo te daré cincuenta mil dinares a cambio de ese pacto que sellaremos. La ciudad será mía. Su rey será Ibn Ammar en lugar del inútil ‘Abd Alláh. Los tesoros de Granada son infinitos, más grandes y preciosos que los de cualquier otro rey, musulmán o cristiano. Los guarda en su palacio de la Casa del Gallo en lo más alto de su alcazaba. Todos esos tesoros, ¡oh gran conde! serán para tu rey y para ti.

Ansúrez escuchó la propuesta del árabe y comprendió cuál debía ser su postura. Conocía las intenciones de Alfonso sobre la guerra contra los musulmanes españoles. Enviaría un correo a notificar a su rey la propuesta del sevillano pero entretanto daría su provisional aprobación a la alianza que acababan de ofrecerle.

¿Qué paso dar a continuación? Ibn Ammar expuso a Pedro Ansúrez sus propuestas para debilitar las defensas del reino granadino. Edificarían un castillo a las entradas de la Vega, dejarían en él una guarnición fuerte con la misión de hostigar a los ejércitos ziríes y poner en aprietos a su rey. El lugar para edificar ese castillo sería Velillos, justo donde las sierras entre Córdoba y Granada empiezan a declinar para dar paso a la inmensa Vega. Los gastos correrían por cuenta de Ibn Ammar y la obra sería ejecutada por los hombres del conde Ansúrez.

Ibn Ammar preparó grandes sumas de dinero para llevar a buen puerto su proyecto. Los castellanos y leoneses se aplicaron a dirigir la edificación. Y se inició una gran actividad. Los hombres de Ansúrez dirigían, mandaban y ejércitos de operarios musulmanes acarreaban grandes piedras traídas de las cercanas canteras de Sierra Elvira, hacían zanjas, colocaban las rocas en los lugares precisos hasta que un castillo se iba configurando en los altos de Velillos para regocijo de los hombres de Ibn Ammar e inquietud del joven rey ‘Abd Alláh.

A veces faltaba el dinero. Ibn Ammar, cuando era requerido, hacía promesas de entregar las sumas necesarias. A la hora de la verdad, a duras penas conseguía aportarlas meses más tarde. Otras veces acudía el propio rey Motamid para revisar los trabajos y de paso hacer desfiles militares ante los muros de Granada para intimidar a sus habitantes e intentar que se sublevaran contra ‘Abd Alláh.

Y estuvo terminada la construcción del castillo. Vinieron a verlo musulmanes y cristianos, contentos por haber hecho una gran obra entre todos. Ahora se trataba de equiparlo para conseguir el objetivo que se habían propuesto.

Motamid examinó la edificación y se sintió satisfecho con la obra. Escogió la guarnición que debía ocuparse de los hostigamientos a Granada, dejó el avituallamiento que podrían necesitar y partió para Sevilla.

Los granadinos sintieron una preocupación tremenda. Abandonaron querellas internas y se aplicaron a preparar la defensa de lo que se les venía encima. Pero eran

muy pesimistas. ¿Qué podrían hacer con un rey inexperto, un ejército mal preparado, contra dos enemigos de la talla y el poder de leoneses y sevillanos?

Apenas Motamid y los soldados cristianos abandonaron Velillos ‘Abd Alláh reunió un buen ejército, intentó acercarse a la fortaleza recién construida pero no consiguió nada.

Los granadinos estaban muy preocupados con la situación. Habían consentido que ‘Abd Alláh se hiciera con el trono pero no le veían capaz de enfrentar un peligro como el que tenía delante. La alianza que habían hecho Motamid y Alfonso contra ‘Abd Alláh era demasiado para unas fuerzas tan escasas. ¿Por qué no se hizo la paz con Pedro Ansúrez? ¿No hubiera sido mejor pagarle el impuesto exigido que enemistarse con él? El rey era inexperto y ahora tenían ahí, en plena Vega de Granada, las consecuencias de sus decisiones.

‘Abd Alláh hubiera dado todos sus tesoros por conquistar Velillos y pasar a cuchillo a toda la guarnición. Hubiera sido una cosa estupenda para el joven rey pero por más que pensaba lo veía imposible. Se presentaba con su ejército ante las murallas recién construidas y no encontraba por donde asaltarlo.

Tampoco podía sitiarlo porque tenían muchas provisiones y cada poco acudían verdaderos ejércitos sevillanos y leoneses en socorro de la guarnición. La única solución era pagar a Alfonso más que Ibn Ammar.

A todo esto la guarnición de Velillos atacaba la Vega, arrasaba campos, cosechas y hostigaba las defensas de Granada. ¿Qué solución había sino volver a encontrarse con Alfonso y pagarle las sumas que antes le había exigido? ¡Eso haría! Pediría disculpas a Alfonso y le pagaría el impuesto, tal vez con creces, para que le dejara en paz.

Sin embargo poco después se produjo el milagro. El rey de Toledo atacó Córdoba, en poder de los sevillanos y la guarnición abandonó Velillos para defender Córdoba. ‘Abd Alláh lloraba de felicidad y bendecía su suerte. No sabía si dar gracias a Dios o saltar de alegría. Lo primero que sus hombres ocuparan el castillo y evitaran que en adelante sirviera para atacar Granada.

Un respiro para el joven rey. A Ibn Ammar el desenlace de la operación no pudo resultarle más desastroso. Sus ambiciones quedaron en nada, su prestigio estaba por los suelos y su bolsillo vacío. Peor que vacío. Estaba empeñado hasta las cejas con Alfonso, al que debía ingentes cantidades de dinero. Alfonso ni perdía ni perdonaba.

Cuando Ibn Ammar encontró sosiego se puso en camino hacia León con el objetivo de hacer ver a Alfonso lo fácil que sería hacerse con Granada. Erre que erre. Su obsesión era idéntica a su ambición. No dormía pensando en ser rey.

De nuevo un viaje largo. Desde las preciosas y cálidas campiñas de las orillas del Guadalquivir salió una comitiva de nobles emisarios de Motamid al frente de los cuales iba Ibn Ammar. Tras ellos caminaban cincuenta mulas cargadas con regalos

para el cristiano y con provisiones para el camino. A primera vista se podía deducir que era esta una comitiva que pretendía conquistar voluntades en vez de territorios.

El viejo camino romano de la Plata se extendía cansino por llanuras y montañas buscando el frío de la meseta castellana. Días después los embajadores se presentaban ante las murallas de León. Ibn Ammar, mientras montaban sus tiendas ante las mismas murallas de la ciudad, envió un mensajero a Alfonso para pedirle audiencia.

Alfonso ya sabía por sus espías que esta era una visita diplomática, en la que nuevamente la ambición de Ibn Ammar se iba a mostrar tal cual era. El árabe era astuto, ambicioso y charlatán como un vendedor de alfombras. Se presentó ante el rey cristiano como quien va a regalar algo, como que venía a entregarle Granada. Ocultaba su angustia por el dinero que le debía y su ambición de ser rey como su amigo Motamid.

La exposición de Ibn Ammar fue unas veces firme, otras insinuante, otras lastimera y trataba a Alfonso como si le estuviera descubriendo algo. Cuando hubo expuesto sus planes hizo que su tesorero le trajera un magnífico arcón cerrado con flejes de bronce que abrió en su presencia y que contenía sumas considerables de dinero y joyas como adelanto de las promesas que le acababa de hacer. Por fin, como último argumento, el definitivo para convencer al rey cristiano, le dijo:

> —*Cuando hayamos conquistado Granada y yo sea su rey, además de todos los tesoros de la ciudad, te daré cincuenta mil meticales.*

Alfonso se mostró reservado, casi hermético. No exteriorizaba sus sentimientos. Las palabras del árabe habían excitado su codicia hasta extremos insospechados. Sin embargo nadie pudo vislumbrar en su rostro un indicio de interés por la empresa que le estaban proponiendo. Dejó ir al árabe sin darle una respuesta.

Cuando estuvo a solas comenzó a pensar en voz alta. Hablaba, reflexionaba y pedía consejo a la vez. Sus monólogos eran una clase de política o de estrategia.

> —*Este es un negocio en el que de cualquier manera voy a salir ganando, incluso si no se conquista Granada. Porque ¿qué voy a ganar yo con quitársela a uno para entregársela a otro? El que gane va a salir más reforzado y seguramente se me opondrá en cuanto pueda. Cuantos más revoltosos haya y más rivalidad exista entre ellos, mejor para mí.*

Sacaría a ambos reyes musulmanes cuanto más dinero mejor y haría todo lo posible porque se enfrentaran unos contra otros. ¿Para qué conquistar tierras a uno para dárselas a otro? Seguía hablando, pensando en voz alta:

—Yo no soy de su religión y ambos me detestan. ¿Qué razón hay para tomar Granada? Es imposible que una ciudad como esa se someta sin combatir. Y si he de vencerles con las armas, ¿cuántos hombres de mi ejército morirán en esa lucha? ¿Cuánto dinero debería gastar en esa empresa? ¿A cambio de qué? ¿Qué voy a ganar en esa guerra? Por otra parte, si la gano será imposible conservarla sin la fidelidad de los granadinos, que no me la iban a dar. Y no es de recibo que mate a todos los habitantes de la ciudad para poblarla con cristianos. ¿Dónde están los que quieran irse a repoblar Granada?

—Lo que voy a hacer es meter cizaña entre ambos reinos, sacarles cuanto más dinero mejor para que se debiliten. Cuando hayamos conseguido dejarles exhaustos, sin fuerzas y sin dinero, Granada será incapaz de resistir y se me entregará voluntariamente.

‘Abd Alláh estaba enterado de todo. Él también tenía espías que le informaron de la visita de Ibn Ammar, de sus peticiones y sus previsibles consecuencias. Sabía que la amenaza no se había esfumado cuando abandonaron Velillos. El miedo a perder su reino le había hecho estudiar la historia, conocer el pasado de al-Andalus. ¿Cómo era posible que estuvieran unidos contra él un rey árabe y uno cristiano?

El joven rey granadino fue a consultar a un viejo sabio mozárabe granadino llamado Sisnando. Sabía dónde encontrarle. Estaba siempre a las puertas de la viejísima iglesia que permanecía abierta al culto cristiano en las afueras de Granada. Sisnando respondió al requerimiento del rey y se acercó a la puerta de Elvira junto a la cual comienza una empinada cuesta en cuya mediación estaba el palacio del rey. Cuando estuvo en su presencia y escuchó las preguntas de ‘Abd Alláh, dijo mesándose las largas y canosas barbas:

—Al-Andalus era en principio de los cristianos hasta que los árabes los vencieron y los arrinconaron en Galicia, que es la región menos favorecida por la naturaleza de toda la Península. Por eso, ahora que pueden, desean recobrar lo que les fue arrebatado, cosa que lograrán debilitándonos y con el transcurso del tiempo. Cuando no tengáis dinero ni soldados, se van a apoderar del país sin ningún esfuerzo.

Los cortesanos de ‘Abd Alláh y los viejos príncipes Sinhaya tomaron por loco a Sisnando. ¡Es imposible que se dé esa circunstancia tanto más cuanto que los tesoros de Granada son inmensos! Movían la cabeza incrédulos, caminaban por los patios del palacio mientras decían:

> *—De aquí a que se nos termine el dinero y que nuestros súbditos perezcan como pretenden los cristianos, Dios nos hará salir del paso y vendrá en socorro de los musulmanes.*

Semanas después apareció un jinete galopando alocadamente por la Vega. Paró su caballo en la misma puerta de Elvira y pidió a los guardianes que le permitieran entrar. Subió por la empinada cuesta hasta el palacio del rey al que entregó un mensaje importante.

Los rumores de preocupación del pueblo subían con el mensajero hasta el palacio de ‘Abd Alláh. ¿Qué desdichada nueva les traía aquél alocado jinete? Cuando estuvo ante el rey, con voz entrecortada por el cansancio, dijo:

> *—¡Vienen hacia Granada dos ejércitos unidos! Los árabes sevillanos se han unido una vez más a los cristianos contra nosotros.*

Los cortesanos de ‘Abd Alláh estaban consternados con la noticia. El rey no dudó un momento de las intenciones de aquella alianza bastarda entre árabes y cristianos. ¡Venían a por él! Seguramente las propuestas de Ibn Ammar a Alfonso habían sido aceptadas y ahí estaba su enemigo para echarle de Granada.

Cuando los invasores pasaron por los desfiladeros de Loja y se adentraron en la vega, Alfonso llamó a uno de sus cortesanos y le encomendó visitar en su nombre al rey de Granada. Debía decir a ‘Abd Alláh que saliera a su encuentro, que venía a renovar entre ambos reinos el antiguo tratado de amistad y a poner de acuerdo a ambos monarcas en una política común con los reyes vecinos.

Los mensajes que trajo el cortesano de Alfonso apenas le hicieron dibujar en el rostro un gesto de amargura. ¿Por qué le engañaba el cristiano? Demasiado sabía que el proyecto de aquellos ejércitos era apoderarse del reino y seguramente matarle para después cumplir el pacto que Alfonso e Ibn Ammar habían hecho en León.

‘Abd Alláh esta vez tenía miedo. Por nada del mundo deseaba salir al encuentro de alguien que abrigaba hacia él unas intenciones tan nefastas. Pero ¿qué hacer? Ni por ensueño tenía tropas para oponerse a los invasores. Uno de sus consejeros se le acercó y casi con violencia le dijo:

> *—Qué es lo que te propones hacer? Viene a buscarte un enemigo al que no te puedes oponer. Es igual que salgas a su encuentro como que no salgas. Fíjate bien: si no sales caerán sobre ti las mayores calamidades, romperás con ellos definitivamente y los que te persiguen verán abierto el camino para actuar La situación será peor que la otra vez, cuando rechazamos a Pedro Ansúrez. Ibn Ammar logró interesar a Alfonso y*

hacer que edificaran ambos contra nosotros el castillo de Velillos. Salimos de aquel apuro para caer en otro más duro y más amargo. Por lo demás, si tus súbditos advierten la menor disensión no se van a quedar quietos ni aguantarán a pie firme las calamidades que aguantaron la otra vez. Se perderán las esperanzas, perecerán todos y tú mismo serás hecho preso sin la menor estipulación de paz. Por consiguiente, entre una postura y otra, lo mejor es que salgas al encuentro de Alfonso. Si consigues hacer con él la paz, tus súbditos alabarán tu actitud y se consolidará tu reino. Si no es así, al menos saldrás con seguridad y podrás disfrutar de algún sosiego. Vete pues a su encuentro. Háblale con palabras conciliadoras y que Dios te ayude.

‘Abd Alláh no deseaba salir al encuentro de Alfonso. Sin embargo no le quedaba más remedio que hacerlo, así que se preparó lo mejor que pudo, hizo que le acompañaran los dignatarios más apropiados y salió a recibir a Alfonso a la Vega de Granada.

Cuando estuvieron frente a frente se esforzó en tratarle con el mayor respeto. Alfonso, contrariamente a lo esperado, le hablaba con semblante complaciente, casi risueño y benevolente. Como que se hubiera producido entre ambos una corriente de simpatía y afecto. El rey cristiano prometió a ‘Abd Alláh que defendería su territorio con el mismo empeño que lo haría con el suyo. A continuación acordaron intercambiarse embajadores para tratar de los tributos. Alfonso mirando fijamente a su interlocutor dijo:

—Llevo lentamente este asunto. No tengo prisa y quiero cerrarlo correctamente. Si me tratas bien y me complaces me iré de buena manera. Si no es así aquí me quedaré con mis aliados.

Al terminar este encuentro ‘Abd Alláh miraba a sus cortesanos incrédulo y muy satisfecho. ¿Qué había cambiado? Seguramente Dios le había ayudado en este trance tan peligroso.

Los embajadores le expusieron las exigencias económicas del pacto. Alfonso pedía cincuenta mil meticales. Una barbaridad incluso para la rica economía de Granada. ‘Abd Alláh se quejó amargamente de esta desproporcionada exigencia y se puso a negociar en vista de la postura hasta cariñosa del monarca hacia él. Era una cantidad superior a las fuerzas del reino. Caso de pagarla iba a quedar tan extenuado que Ibn Ammar aprovecharía su debilidad para atacarle.

Porque ‘Abd Alláh a estas alturas había entendido que entre él e Ibn Ammar Alfonso le prefería. Había intuido que el cristiano no estaba por la labor de fortalecer

a los árabes sevillanos. Con desparpajo juvenil fue al grano y le expuso el argumento que más efecto pensaba haría en Alfonso:

—Si Ibn Ammar se apodera de Granada aumentarán sus posibilidades, se hará más fuerte y ya no se te querrá someter. Toma lo que puedo darte y déjame algunos recursos para poder subsistir.

Alfonso sabía lo que quería. Le costó trabajo convencerse de los argumentos de ‘Abd Alláh pero bien pensado era lo mejor. ¡De acuerdo! Recibiría veinticinco mil meticales, la mitad de la cifra anteriormente exigida.

‘Abd Alláh estaba loco de contento. ¡Le haría un regalo adicional en señal de buena voluntad! Preparó una gran tienda ricamente adornada y en ella amontonó tapices de seda granadina bordada en oro, vasos, adornos y joyas. Cuando estuvo todo preparado invitó a Alfonso a entrar para recibir tan magnífico obsequio. El rey cristiano miró detenidamente los vasos, las joyas, pero a las telas no les hizo ni caso. ¿Para qué quiere un rey batallador, curtido en mil cercos, correrías y luchas un puñado de telas? Al final cerraron el trato en treinta mil meticales que ‘Abd Alláh pagó sin rechistar para tener contento al cristiano.

Alfonso dejaba un herido en el camino. A su lado caminaba arriba y abajo comiéndose las uñas de rabia Ibn Ammar. El rey cristiano le dijo:

—Me mentiste al hablar de la debilidad de Granada. Decías que el rey era joven y poco juicioso. Todo lo que he visto de la organización y riqueza de su ciudad casa mal con lo que me habías contado.

Luego, con gesto cariñoso, sabiendo que le había librado de una buena, se dirigió a ‘Abd Alláh diciendo:

—Ibn Ammar hubiera querido que te tratara de mala fe pero no quiero que se diga por el mundo que un hombre como yo, grande entre los cristianos, haya venido a ti que eres grande en tu religión, para luego traicionarte. Quédate tranquilo. No te voy a obligar más que apagar el tributo anual, que habrás de mandarme con puntualidad y sin dilación. Si te retrasas te enviaré un embajador para reclamártelo, lo que te ocasionará nuevos gastos. Paga puntualmente y vivirás tranquilo.

El granadino aceptó el acuerdo. Pagaría mucho dinero pero con gusto. Era lo mejor. Lo contrario hubiera sido llevar a los suyos a una muerte segura. No podía contar con ningún príncipe musulmán en caso de peligro. Mejor así. Por ahora perdía

de vista al maldito, ambicioso Ibn Ammar.

¿Le perdía de vista? Ibn Ammar y Motamid eran la pesadilla de ‘Abd Alláh. El año siguiente Alfonso envió a Sevilla a pedir sus impuestos nada más y nada menos que a Don Rodrigo Díaz de Vivar.

Imaginemos la llegada a Sevilla de una embajada presidida por Don Rodrigo Díaz de Vivar, que todavía no era conocido como el *Cid Campeador*. Llegaría entre tambores, fanfarrias y ruido de espadas, sujetando con la izquierda las riendas de su célebre caballo y con la derecha acariciando su espada, también nombrada y famosa. Pues nada más llegar, Motamid e Ibn Ammar le cuentan su terrible problema. Una caterva de caballeros castellanos anda por las tierras fronterizas entre los reinos de Sevilla y Granada. Cabra, Monturque, Lucena, están siendo arrasadas por guerreros de Castilla que se han dedicado a la rapiña, favoreciendo de paso al rey de Granada. Y en Sevilla el señor de Vivar mano sobre mano.

Don Rodrigo no necesitó que se lo dijeran dos veces. Empuñó su *Tizona*, se ajustó las calzas, fijó las correas de sus corazas guerreras y salió para Cabra que se las pelaba. Anduvo busca que te busca, *campea que te campea* por entre viñedos, olivos y matorrales hasta que se encontró con los caballeros de tres al cuarto. Evidentemente apresó a unos, sableó a otros y echó a todos de la campiña cordobesa. Tanto admiró a la concurrencia que a partir de entonces los musulmanes andaluces comenzaron a llamarle *Cid Campeador*, apodo que, no hace falta que diga, hizo furor entre los paisanos. Y como no podría ser de otra manera esta gesta aparece cantada en el gran *Cantar del Mio Ci*d, poesía propagandística donde las haya. Dice así:

Nimbla mesó fijo de moro nin de christiano
como yo a vos, Conde, en el casteilo de Cabra,
cuando pris’ a Cabra e a vos por la barba.

Alfonso mientras conquistó Toledo. Bueno, digamos que se le vino a las manos. El rey toledano Ibn Di-l-Nun murió tras la conquista de Córdoba y ya no se consolidaría ningún sucesor. Alfonso atizó las discordias entre los pretendientes hasta que se apoderó de la ciudad.

Ibn Ammar entretanto ¿iba a quedar quieto, pacífico, mitigando sus ansias de poder? ¡Deseaba ser rey como su amigo Motamid y en Granada era imposible! ¡Conquistaría Murcia! Se valdría de Motamid, le engañaría diciendo que iba a conquistar ese reino para anexionarlo a Sevilla. A estas alturas Motamid sospechaba de la fidelidad de su amigo. Sin embargo le dio licencia para ir contra Murcia en su nombre.

En Murcia los reyes le humillaron. Ya sabían qué clase de personaje era, cuáles sus principios y sus ambiciones. Le mandaron textualmente a vestirse con la vieja

pelliza de su niñez y a cobijarse en la cueva de Silves. Ibn Ammar no pudo soportar esa humillación y a partir de entonces se desahogaba componiendo versos contra todo el mundo, ridiculizando incluso a Motamid y lo que es peor, denigrando a su esposa Romaiquía y a sus hijos. Su soberbia le enemistó con todos en Granada, Murcia, Córdoba y hasta en Sevilla. Los Beni-Sohail lo prendieron, lo metieron en un calabozo y decidieron venderlo al mejor postor, que por supuesto fue Motamid.

Un día apareció por Córdoba cargado de cadenas, escoltado por soldados mandados por Radhi, hijo de Motamid, el viejo amigo del rey, el ambicioso Ibn Ammar. Iba montado en una mula de carga, entre dos sacos de paja. Motamid quiso que le llevaran a su presencia y le llenó de improperios. Le mostró las poesías en las que se insultaba a Romaiquía, a sus hijos y le preguntó si conocía la letra. El prisionero no podía sostenerse por el peso de las cadenas. Miraba fijamente al suelo y cuando Motamid terminó sus reprensiones dijo:

> *—No niego lo que me acabas de reprochar. ¿De qué me iba a servir negar lo evidente? He faltado, te he ofendido gravemente y te pido perdón.*
>
> *—¡No tiene perdón lo que has hecho! —gritó Motamid con rabia.*

A todo esto habían acudido a la estancia las damas de la corte a quienes había menospreciado y se dedicaron a ultrajarle.

En su conciencia de viejo poeta pensaba que sus versos una vez más ablandarían a su rey. Pero era incapaz de escribirlos sin deslizar nuevas acusaciones contra el monarca. Al leerlos Motamid vio renacer en sus entrañas la ira de los viejos tiempos, cogió el primer arma que encontró que era un hacha magnífica que le había regalado Alfonso y se abalanzó a la habitación donde estaba encerrado Ibn Ammar. Las miradas de ambos se cruzaron, una llena de ira y despecho, la otra de terror contenido. Ibn Ammar presentía que había llegado su última hora. Se arrastró hasta los pies de Motamid, que besó entre lágrimas y sollozos. Pero nada podía parar las iras del rey que levantó el hacha y la hundió en el cráneo del infeliz. Sólo dejó de golpearle cuando comprobó que el cuerpo de su amigo estaba inerte.

‘Abd Alláh se alegró infinitamente cuando supo esta historia. Era el final que merecía el ambicioso, inicuo Ibn Ammar.

A partir de entonces las cosas cambiaron entre los reinos de Granada y Sevilla. Motamid era noble y sus sentimientos hacia el rey de Granada eran fraternales. Cuando desapareció Ibn Ammar desaparecieron las discordias entre ambos reyes. Ya no eran enemigos. Bastante tenían con las otras dos amenazas, la de Alfonso en el norte y la de los Almorávides en el sur. Ahora había que consolidar el reino, aumentar las riquezas, adiestrar el ejército, edificar murallas y torreones, preparar castillos.

Había que hacerse fuertes para afrontar los retos que se les presentarían de inmediato. Había que gestionar una paz que les venía como agua de mayo.

Era necesario atender los asuntos del reino de Granada, abandonados a causa de la dedicación preferente del rey a cuidar de sus fronteras.

Y entonces se planteó interrogantes que no se había formulado antes. ¿Cómo estaban los súbditos? ¿Cómo les trataban los gobernadores de los distritos? ¿Eran honrados estos gobernadores?

‘Abd Alláh se puso a mirar hacia dentro y los cortesanos lo advirtieron enseguida. La corte de aduladores se puso a funcionar informando al joven monarca de lo que sabían y de lo que le había pasado desapercibido por causa de las guerras. El rey escuchaba, aceptaba las informaciones pero las contrastaba para intentar saber la verdad. Demasiado bien sabía que este género de cortesanos hablaba movido por la envidia, el interés y muchas veces la venganza.

Hasta ahora lo había manejado todo el visir Simaya, que al conocer la intención del rey se inquietó bastante. No le gustaba en absoluto que ‘Abd Alláh entrara a conocer de lo que había sido hasta ahora su tarea exclusiva. Él también tenía su corte de aduladores que le pusieron al tanto del peligro que suponía para su poder el interés del rey en conocer los asuntos de su reino. Un día se reunió con ellos para reflexionar y adoptar posturas comunes. Cuando todos estaban reunidos les dijo:

> *—Nuestro único deseo ha sido hasta ahora dominar a este príncipe y, mientras ha sido joven tener en nuestras manos el gobierno. Ahora ya no tenemos manera de impedir que gobierne por sí mismo porque no contamos con partidarios que nos guarden la espalda, ni hay manera de que la gente acepte que lo tengamos apartado dada su corta edad o su falta de experiencia, sobre todo ahora que intenta ver cómo anda su reino e investigar la situación de los granadinos.*

Los ayudantes que le escuchaban comprendían que la situación para ellos era delicada y se esforzaban en encontrar soluciones. Uno de ellos dijo:

> *—Lo único que puedes hacer es ganártelo, proporcionarle sus deseos y no llevarle la contraria para que no pierdas tu puesto. Si él ve que tú le das cuanto quiere no tardará en aburrirse de cuidar por sí mismo de los asuntos del gobierno y volverá a confiarte el poder, con lo cual, ocupado él en divertirse, podrás volver a hacer lo que te parezca bien. Procúrale mujeres y cómprale esclavos. Puede ser que te guarde rencor por haberlo tenido hasta ahora apartado de todos los placeres. Es joven, ¿en qué otras cosas va a pensar más que en divertirse si se lo facilitas?*

Simaya aceptó este consejo por considerarlo el más sensato. Facilitó a ‘Abd Alláh esclavas, vino, placeres, salidas a las caserías de la Vega, cosas con las que divertirse y por otra parte trató de ganarse a los jefes de las plazas más importantes del reino.

‘Abd Alláh era listo y sabía que en su visir tenía un enemigo más que un amigo y a estas alturas meditaba sobre la manera que quitárselo de encima. Simaya había estado acostumbrado a hacer cuanto le apetecía sin freno ni impedimento alguno. El rey sabía que esas fiestas y ese súbito interés por que se divirtiera tenía una segunda intención.

¿Qué hacer? Si no afirmaba su autoridad ya siempre iba a estar sometido a la voluntad de su visir. Cesaría a Simaya.

‘Abd Alláh se propuso visitar los castillos, ciudades y plazas fuertes de se reino para comprobar la situación de sus súbditos. Y comenzó por Guadix. Salió hacia allá y cuando se instaló en la Alcazaba hizo saber a los habitantes de la ciudad que podían acercarse a él libremente y denunciar las injusticias de que se sintiesen víctimas.

Al principio las gentes no daban crédito a lo que oían, desconfiaban del anuncio y callaban por miedo. El gobernador de la ciudad era Ibn Abi Yes, personaje a la hechura y semejanza de Simaya. Cuando las gentes comprendieron que podían acudir sin miedo al rey una gran masa se agolpó para denunciar las injusticias del gobernador. Tantas y tan grandes eran las tropelías que cometía este personaje que el rey mandó que se le encarcelara.

Poco a poco las denuncias iban subiendo de tono y ya su objetivo no era el gobernador sino Simaya que le había nombrado y que se beneficiaba de los robos del gobernador. El rey entonces hizo como una magna asamblea en la que estuvo el pueblo, los gobernadores y los visires de los territorios. ‘Abd Alláh abrió la sesión fijando las atribuciones de cada uno, insistiendo claramente en que nadie tenía derechos absolutos y todos debían respetar a los demás sin más autoridad que la del rey.

A la vista de lo escuchado a sus súbditos destituyó a Simaya. Sin espíritu de venganza le dejó vivir ocupándose de sus asuntos particulares pero le privó de cualquier autoridad.

Las gentes se alegraron infinitamente con esta decisión, no así los visires y gobernadores. Todo el mundo tendría acceso al rey para exponerle sus problemas y necesidades. Esto trajo como consecuencia que el pueblo estaba con ‘Abd Alláh aunque los nobles se sintieran postergados.

Una vez arreglado el gobierno de su reino se hubo de ocupar de las intrigas de los nobles. En cada plaza situó hombres de su confianza que le informaran de la situación de sus súbditos. Quería conocer de primera mano los abusos de poder de sus visires y gobernadores, comenzando por su antiguo protector.

Porque Simaya había ido a Almería a contar sus penas a Ibn Sumadih. Hablaron

con desprecio del joven rey y sintieron la codicia en su ser. ¡Había que apoderarse del reino de Granada destronando a ‘Abd Alláh! ¿Qué se había creído ese jovenzuelo malcriado y necio? Los dos, Simaya y Sumadih, unirían sus fuerzas contra Granada.

Ibn Sumadih era más ambicioso que valiente. Sentía la envidia, el desdén hacia el rey pero no era lo suficientemente valiente como para decidir un ataque contra él. Ahora, con Simaya, las cosas podrían cambiar. Si le ponía de su parte tal vez podrían llevar a cabo su ambición.

Se dieron algunas escaramuzas con poco éxito para Almería. Si enviaban a algún destacamento a atacar terrenos fronterizos, los soldados de ‘Abd Alláh los derrotaban y tomaban prisioneros a los atacantes. Con esto se estableció definitivamente un vasallaje entre Almería y Granada. Y con estas premisas se hizo la paz entre ‘Abd Alláh e Ibn Sumadih, se restableció la confianza en las fronteras y a partir de entonces estuvieron unidos, compartiendo proyectos, objetivos y peligros.

Hecha la paz en la región de Almería ‘Abd Alláh hubo de ocuparse de Málaga. Su hermano Tamin ibn Buluggin nunca había aceptado la supremacía del menor sobre el mayor ni la dependencia de Málaga con respecto a Granada. Tamín miraba con desdén la situación de su hermano en Granada. Sus espías le habían contado los peligros que había conseguido salvar. En su interior le despreciaba. ¿Por qué no había sido él coronado como rey de Granada? Se sintió decepcionado al verle salir indemne de aquél ataque de cristianos y musulmanes. Más adelante le siguió en sus decisiones de deshacerse de su visir y preceptor Simaya. Él, al fin y al cabo, era uno más en estrechar el cerco contra su hermano y se había percatado de que con habilidad y valor se había deshecho de bastantes enemigos. No se lo pensó dos veces e inició un nuevo ataque contra su hermano.

No se habían hecho las paces con Almería cuando una armada de galeras salió de Málaga con buen viento. Estaban atestadas de máquinas de guerra, de soldados y se dispusieron a atacar los castillos de Almuñécar y Jete. Destacamentos de caballería malagueña hacían expediciones de castigo contra los granadinos de las fronteras.

Alarmados con este ataque se presentaron en Granada comisiones de notables de la frontera para exponer al rey sus preocupaciones e intentar influirle en su modo de actuar.

El palacio del rey zirí tenía unas vistas impresionantes. Desde sus ventanales se intuían las tierras de Málaga. Allá lejos se divisaban los puertos por los que habría que salir para someter al díscolo Tamín.

‘Abd Alláh tenía por costumbre reflexionar mientras hablaba a sus hombres. Les reunía, les hablaba como que juntos discutieran sobre el futuro del reino. Cuando estuvieron a su alrededor les miró uno a uno, contempló extasiado el horizonte infinito que se divisaba desde su ventanal y les dijo:

—A mi hermano el tiempo no le ha hecho ser más prudente y perspicaz, ni la experiencia le ha hecho más sensato. Si le dejo continuar en sus hostilidades hacia mí y no le castigo, siempre voy ya a ser víctima de su maldad y él va a pensar que le tengo miedo. Se va a crecer más y mis consejos y exhortaciones no le van a servir de nada. No hay más remedio que darle una lección y pararle los pies por la fuerza. Hasta ahora he hecho la vista gorda a causa de los sucesos pasados. Si me estoy quieto y permanezco impasible ante sus ataques, él va a persistir en su error.

La decisión estaba tomada. Daría un escarmiento a su hermano. Era un buen momento. Tamín no iba a encontrar aliados. Motamid estaba pleiteando con Alfonso que había venido a Sevilla a reclamar sus impuestos. Por ese lado no iba a encontrar aliados. La oportunidad de atacar Málaga era única, así que ‘Abd Alláh preparó un ejército y se puso personalmente al frente para ir contra Tamín.

Cuando salía de Granada le llegaron noticias de que algunos castillos habían tomado la decisión de ponerse de su parte. Se dirigió a Alhama. Luego se encaminó a Torre del Mar que se le rindió y pensó ir desde allí hacia Bezmiliana.

Las noticias corrían por las sierras, los valles y las llanuras. Kabbab ibn Tamit era el gobernador de Archidona y Antequera, había sido un mal súbdito de ‘Abda Allá y al escuchar estas correrías sintió una desazón tremenda. Al enterarse de cómo el rey se había apoderado de bastantes castillos temió que la siguiente expedición fuera contra él así que armó a sus hombres y se dispuso a cerrar el camino de ‘Abd Alláh hacia Bezmiliana. Esto supuso un contratiempo para el monarca y más habiendo dejado atrás en manos enemigas el castillo de Bentomiz. En vista de ello volvió sus tropas hacia Bentomiz, que era un castillo grande, en el que se habían reunido todos los habitantes de los alrededores, temerosos del ataque del granadino.

‘Abd Alláh sabía negociar. Lo primero que hizo fue intentar que se le sometieran por las buenas, pero estas gentes eran muy desconfiadas. Temían que si ahora abandonaban al rey de Málaga poco después le iban a tener enfrente. Seguro que al final los dos hermanos iban a hacer las paces y los que hubiesen desairado a cualquiera de los hermanos iba a quedar muy mal. ‘Abd Alláh intentó convencerles de sus intenciones.

Se volvería a Granada. Su expedición de castigo por ahora era suficiente. El éxito de su campaña había sido grande. Suyos eran Periana, Mondrón, dos alcazabas que defendían Málaga. Su hermano se había llevado una buena lección. Había perdido a favor de ‘Abd Alláh más de veinte castillos.

Poco después ‘Abd Alláh volvió con sus hombres a cercar Bentomiz. Esta vez sus habitantes no lo dudaron mucho. Se someterían al rey de Granada que tomó posesión del castillo, demolió las fortalezas que no eran necesarias y puso paz en la comarca.

Tamín ibn Buluggin a estas alturas había perdido su altanería. Los correos llegaban a Málaga desde todas partes anunciándole defecciones, pérdidas de castillos y plazas fuertes. Por un momento miró a la ciudad y desconfió de los malagueños. ¿Podía estar seguro de su lealtad? ¿No le darían la espalda para unirse a su hermano?

‘Abd Alláh se acercó a Málaga y tuvo algunas escaramuzas con soldados de su hermano. También él temía un enfrentamiento total. Málaga era una plaza muy fuerte, con muy buenas murallas y torreones. En ella se escondían muchos soldados de fortuna que iban o venían de África. Por otra parte había pasado demasiado tiempo y ya la presión del rey cristiano sobre Motamid no era tan fuerte. ¿No era posible que su hermano recibiera auxilios desde Sevilla?

De nuevo la duda, la vacilación. De nuevo, como tantas otras veces, ‘Abd Alláh reunió su consejo y caminaba entre sus hombres pensando y hablando:

> *—Retirarme ahora sería dar una prueba de impotencia. Se iba a divulgar por todo el país que nos retirábamos derrotados. Es mejor que nos quedemos unos días ante las murallas de Málaga. Haremos desfiles militares a los ojos de los malagueños y ante sus mismos soldados. Así parecerá que les decimos que salgan a luchar si se sienten fuertes.*

‘Abd Alláh salió con la decisión tomada. Mandó formación de combate. Todo el mundo estaba apiñado, en orden de batalla. Así desfilaron al son de sus atabales y trompetas bajo las murallas de la alcazaba.

Los malagueños sintieron miedo ante un enfrentamiento que consideraban inminente. Al día siguiente mandó ‘Abd Alláh que el campamento regresara a sus dominios en Granada.

Málaga seguía en situación crítica. Las gentes estaban encerradas en la ciudad murmurando contra una lucha entre hermanos inútil y sangrienta que pensaban inminente. Tamín envió a su hermano una embajada para ablandar sus sentimientos. Le pedía perdón y le proponía que las cosas volvieran ser como antes.

‘Abd Alláh de nuevo se puso a reflexionar sobre la postura a tomar. Tamín era un hombre duro, turbulento y muy dado a guerras y pendencias. Si ahora le devolvía todos los castillos que le quitó le iba a dar alas para actuar de nuevo contra él. Y si volvía a su antigua situación ya no podría hacer nada contra su hermano. Sus vasallos no iban a obedecer a ‘Abd Alláh en caso de necesitarles porque sospecharían que otro arreglo entre hermanos los iba a dejar muy desairados.

Tampoco era cosa de aniquilarle ahora. Era una empresa demasiado peligrosa y quién sabe si Málaga o el mismo reino no terminaría en manos ajenas. Aún vivía la madre de ambos que insistía a ‘Abd Alláh en ser misericordioso. Pero aunque no viviera no veía mejor solución que castigarle y al fin perdonarlo.

Eso haría. Le dejaría una comarca de cuya población no hubiera nada que temer. Le daría Periana y Mondrón. Sus habitantes todos eran cristianos mozárabes así que no le iban a apoyar ciegamente. Además estaba entre ambos territorios, en montañas escarpadas. Le daría también algunos castillos de la Garbía como Cártama, Mijas y algunas tierras de las que pudiera obtener provisiones y sustento. Sin embargo le quitó otros territorios cuyos habitantes le pudieran apoyar en sus aspiraciones secesionistas.

Todo quedó al fin arreglado entre ambos. Tamín había sido castigado y después perdonado. El poder de ‘Abd Alláh se había afianzado y la madre, la vieja sultana que tanto había sufrido por verles enfrentados, pudo descansar tranquila. Tamín se restableció pero nunca perdonó a ‘Abd Alláh aquella humillación.

No podía fiarse de su hermano. Sin embargo hubo paz entre los dos y un reconocimiento implícito de la pertenencia de Málaga al reino de Granada.

‘Abd Alláh tenía instinto de poeta, de narrador de hechos pasados y presentes. Caminaba por la vida con los ojos bien abiertos, contemplando lo que le rodeaba y algún día sintió deseos de contar, de narrar él también. La vida le hizo poeta. Sus secretarios, en las sesiones de consejo le leían viejas hazañas usando estrofas, bellas muchas de ellas. Como tenía una memoria prodigiosa, al escuchar los versos contestaba con otros, aprendidos de anteriores sesiones. Su espíritu era abierto y su curiosidad infinita. Preguntaba a todos comenzando por los más sabios hasta llegar al pueblo llano y de ellos aprendió una sabiduría que siempre le acompañó.

En cuanto a la comida, sabía disfrutar de ella, de la espléndida comida de esta tierra, pero aprendió desde muy niño a comer para vivir. Los sabios antiguos le enseñaron que el mejor remedio contra la enfermedad es no comer en exceso, más bien comer sin saciarse. El Profeta decía que el origen de todas las dolencias es la comida y la dieta es la base de todos los remedios.

Y en cuanto al vino su posición era la misma. Había aprendido de un viejo alfaquí que si se toma como conviene, con quien conviene y cuando conviene, no hay mal en beber vino porque alegra el espíritu, disipa las penas y enardece e impulsa las acciones meritorias. Tomarlo en exceso es un gran daño y beber poco un gran beneficio. Mucho vino hincha y perjudica el organismo. Beber moderadamente es una delicia.

¿Y hacer el amor? La mejor hora para hacer el amor es cuando el organismo está reposado. Igual pasa con el vino. Si se bebe cuando se está descansado el organismo recibe mejor sus excelencias y se goza en su placer. Es bueno aprovechar el placer que nos da la vida y hacer el amor es uno de los mayores placeres que existen. ¿Por qué se ha de arrebatar a la vida una hora de placer? Quien la aprovecha eso se encuentra y el que la deja pasar eso se pierde.

Otro de los placeres es sentarse al lado de un regato de agua y tocar su corriente

con las manos a las sombras de un arrayán. Mirar, ver cualquier cosa bella es un placer delicioso que el hombre debe aprovechar. ‘Abd Alláh supo disfrutar del agua de Granada.

El tiempo de paz en su reinado lo disfrutó el buen rey. Tenía sensibilidad para la poesía, la escritura, sabía soñar. Si bien no escribió mientras reinaba, una vez destronado fue un gran escritor que dejó para la posteridad su recuerdo en una autobiografía preciosa.

¿Gozó demasiado? ¿Fue un rey frívolo? Seguramente. Era demasiado joven cuando accedió al trono y se divertía cuanto pudo. Sin embargo siempre con mesura, sin menoscabo para su reino y su autoridad. ¿Por qué no debía disfrutar de las cosas que la vida le regalaba?

‘Abd Alláh nunca fue un libertino sin freno. Jamás se entregó a placeres que le impidieran hacer frente a sus obligaciones. Se divertía con bellas mujeres a las que amaba, pero nunca por ello perdió un castillo o una batalla o se produjo mengua de su autoridad.

Granada era un oasis de paz. Se había afirmado su autoridad, los cadíes y gobernadores del reino le aceptaban y respetaban, había bienestar cuando se produjo la invasión de los Almorávides.

Porque entre las tribus del Magreb y del desierto, casi todos beréberes, emerge un movimiento religioso y político extraordinario con impresionantes consecuencias geográficas, económicas y religiosas. Sus doctrinas eran rigoristas en extremo y fueron calando entre los camelleros, beduinos, cabileños africanos que se retiraron a los monasterios y las fortalezas de las orillas del Niger a las que llamaban rábitas. Y purificados en ese retiro se ocuparon de imponer por la fuerza sus creencias a los habitantes del desierto desde las orillas del Niger hasta el Sudán. Una vez convertidos estos a la esencia de la fe pasaron a la acción en el Magreb, bastante relajado con fiestas, vinos y otras zarandajas por el estilo. Así se va consolidando un imperio de intolerancia temible que se adueña del norte de África y va proyectando su sombra amenazante sobre las comunidades islámicas de la Península, más civilizadas, más disolutas, bebedoras, placenteras, ricas, por tanto muy apetecibles para estos personajes.

‘Abd Alláh vivió una época llena de satisfacción, había colmado sus esperanzas, sólo que por corto espacio de tiempo. ¿Por qué?

Alfonso había tomado Toledo y se abalanzaba sobre el resto de la Península. A los reyes musulmanes de al-Andalus el peligro les venía del norte.

Había caído Toledo. Casi de inmediato se presentaron los embajadores de Alfonso en las cortes musulmanas para exigir tributos y agobiar a aquellas monarquías pequeñas, escasas de recursos para una guerra.

Todos los reyes musulmanes sabían de dónde les venía la amenaza. Motamid lo

comprendió enseguida. Un día se reunió con su hijo Raxid y hablaron largamente. ¿Qué camino deberían tomar? ¿A quién pedir ayuda en estos momentos de dificultad? Motamid conocía muy bien a sus hermanos los musulmanes españoles. Era pesimista, muy pesimista. Con el rostro marcado por la tristeza dice a su hijo:

> *—¡Oh hijo mío! De los emires de Andalucía ya ves que poco se puede esperar. Por otra parte ya ves las conquistas y el poder de Alfonso, enemigo de Dios, que con su fortuna y constancia en hacer la guerra por siete años se ha hecho dueño de Toledo y sus tierras, poblándolas de infieles. Lo mejor para nosotros es pedir ayuda a Aben Taxufin, al nuevo conquistador de África. Esto no carece de peligro y en verdad que Taxufin no me da menos temor y espanto que el maldito Alfonso. Con tanta guerra nuestros tesoros están exhaustos. Las rentas han menguado por la falta de labranza, por las talas y las correrías de los cristianos. Nuestro ejército está disminuido y no acuden a nuestras llamadas como solían y los que vienen lo hacen con miedo y desconfianza. No nos quieren, nos aborrecen tanto los nobles como el pueblo. No veo otra solución.*

Raxid estaba perplejo. Era una de esas veces en que un hijo quiere romper la convicción de su padre, que no ve otra salida que la que acaba de exponer. ¡No podía ser así! Había que buscar una solución diferente. Sin embargo su réplica era de sumisión y respeto. Le miró fija y dulcemente para decirle:

> *—Padre y señor mío. ¿Quieres traer a España al ambicioso Taxufin, que ha salido de los desiertos de Alkibla atropellando a todas las tribus del Magreb y de Mauritania? No dudes que nos va a echar de nuestras casas y sus bárbaras gentes nos desterrarán de nuestra amada patria.*

Motamid sabía que su hijo tenía razón y que iba a llamar en su auxilio a un enemigo. Sin embargo conocía que raramente se elige lo mejor sino más bien lo menos malo. No tenía otra solución. Contestó a los argumentos y temores de su hijo diciendo:

> *—No quiera Dios, hijo mío, que se diga que perdí Andalucía y que la hice morada de infieles y herencia de cristianos, ni que consienta que se me publique con maldiciones en los almimbares de las mezquitas y que mi nombre sea execrable a los musulmanes, como el de otros infelices reyes. No, por Dios, hijo mío. Prefiero servir al rey de Marruecos como pastor y guardar sus camellos que ser amir tributario y vasallo de los perros*

castellanos.

Por otra parte los alfaquíes y demás santones de las mezquitas de al-Andalus veían a Taxufin como al restaurador de la religiosidad islámica y el paladín de la fe.

A los reyes de al-Andalus les quedaba una única esperanza. ¿Y si consiguieran ver enfrentados a Taxufin y a Alfonso? Sólo si vieran realizado ese sueño ellos podrían salir adelante. ¿Tendrían esa suerte?

Taxufin soñaba con dominar la rica, civilizada tierra de al-Andalus. Conocía los enfrentamientos que mantenían los reyes musulmanes españoles y pensaba que tendría la oportunidad de ser el emir del Magreb y de España, unificando en su persona un inmenso imperio. Sin embargo no había llegado su momento.

Los embajadores de Motamid se presentaron ante Taxufin para convencerle de que debía ir a Andalucía a hacer la guerra santa. Le encontraron rudo, sin el acompañamiento de cortesanos propio de los reyes españoles pero con ojos de desprecio. Le acompañaban fieros guerreros, analfabetos, sucios, enfermos de fanatismo y de ansias de poder. En todos se reflejaba un desprecio profundo a lo que significaban los musulmanes españoles, de costumbres relajadas, bebedores y creyentes despreciables.

Los ejércitos del emir africano tendrían el camino expedito. Debían pasar por Ceuta, dejar allí una guarnición para asegurarse la retaguardia, luego pasar el Estrecho e instalarse en Algeciras, plaza que habría sido evacuada por Motamid.

Cuando Taxufin llegó con su ejército a Ceuta envió por delante sus embajadores a la corte de Motamid. Allí les esperaría antes de embarcarse camino de Algeciras.

Motamid recibió a los embajadores en su palacio de Sevilla lleno de vacilaciones y miedos. Allí les tenía fieros, incultos, ambiciosos, atormentados por fantasmas de paraísos ganados con las gumias y los alfanjes. Les veía peligrosísimos. Él les había llamado. Al verlos se decía si no hubiera sido mejor *ser porquero en Castilla*.

‘Abd Alláh estaba de acuerdo con Motamid en la petición hecha a Taxufin. Le temía como Motamid, no deseaba en absoluto su venida y más porque era consciente de que su hermano Tamín le había indispuesto con él. Sin embargo en su interior confiaba en que le trataría bien. Como buen creyente pensaba que la venida del emir era un beneficio divino para los musulmanes españoles. Restauraría la pureza de la fe y daría un impulso a aquella lucha desigual entre cristianos y musulmanes.

En cuanto a temerle ¿por qué le habría de temer? Al fin los dos eran beréberes Sinhaya, parientes unidos por vínculos de tribu y de familia. No entraba en su cabeza recibir un trato vejatorio por su parte. Así que los embajadores de ‘Abd Alláh siempre estuvieron al lado de los de Motamid, quizá en segundo plano pero allí estaban.

Taxufin ya estaba instalado en Sevilla. ‘Abd Alláh había ordenado que en Granada tocasen los atabales como muestra de alegría. Estaba muy contento con el

rumbo que tomaban las cosas. Él también se prepararía para la guerra santa. Sus tesoros estaban repletos así que por dinero no habría problema. En cuanto a soldados algo se haría, al menos para acompañar a los Almorávides testimonialmente.

‘Abd Alláh se puso en marcha para arrimar el hombro en la empresa común que lideraba el emir. Todos estaban de acuerdo en que era estupendo emplear el dinero y los hombres en hacer la guerra santa a los cristianos. Quien sobreviviera sería un héroe ya para siempre valorado por todos. El que muriera luchando sería un mártir de la fe. Era formidable ver aquella expedición que salió de Granada exaltada como nunca, motivada como hacía mucho tiempo no habían estado los soldados y los reyes de Granada. Los corazones de todos estaban unidos y felices con aquella empresa que iniciaban.

Taxufin salió con sus ejércitos hacia Badajoz, donde esperaba encontrarse con Alfonso. ‘Abd Alláh salió desde Granada hacia Córdoba y se encontró con el emir en Jerez de los Caballeros, llamada entonces Yarisa.

El encuentro entre ambos reyes fue muy cordial. Se dieron muestras de aprecio mutuo y de sumisión por parte del granadino, que se sintió desde el primer momento atraído por Taxufin. El emir de los Almorávides le deslumbró por su arrojo, su pureza en la fe y su decisión de enfrentarse a los malditos reyes cristianos. De buena gana hubiera entregado allí mismo todos sus tesoros, sus fuerzas y hasta su vida por la causa que unía a todos los musulmanes del norte y del sur del Mediterráneo.

Cuando se unieron los ejércitos se produjo un sentimiento de exaltación religiosa, de deseo de luchar y morir por ver cumplido su objetivo de extender por España la religión musulmana.

El ejército unido acampó en Badajoz hasta saber si Alfonso venía a plantarles batalla. Y el destino impulsó al rey cristiano a adentrarse en territorio musulmán, lejos de sus dominios y de lugares donde refugiarse.

Los musulmanes le esperaron delante de Badajoz. Así, pensaban, si salían victoriosos todo marcharía perfectamente. Si perdían al menos tendrían a sus espaldas la fortaleza y la ciudad donde refugiarse. La estrategia de Taxufin era perfecta. Era mucho mejor plantear la batalla en tierra amiga que adentrarse en territorio enemigo.

A todo esto los musulmanes había hecho que corriera la voz de que si no avanzaban al encuentro de los cristianos era por encontrarse enfermo el emir, que de no ser por eso estarían ya en territorio cristiano.

Alfonso picó el anzuelo y avanzaba orgulloso, fatuo y engreído. Ni le pasó por la cabeza que en caso de ser vencido iba a estar muy lejos de sus tierras y de posibles auxilios.

El emir mandó que sus ejércitos avanzaran un poco hacia los cristianos, haciéndolo como a la fuerza y presionados por la petición de sus enemigos. Cuando estuvieron frente a frente fijaron el día en que se produciría el gran enfrentamiento

entre ambos ejércitos.

Los musulmanes estaban preparando sus armas, descansando, cuando de improviso se produjo el ataque fulminante de los cristianos.

El primer choque fue terrible. La vanguardia cristiana estaba mandada por Alvar Fáñez que tenía a su cargo a combatientes aragoneses y puso en fuga a los andalusíes a pesar del arrojo y combatividad que demostraron. Las ballestas se dispararon hacia el lado musulmán. Las primeras lanzas se partieron en mil pedazos y los pesados soldados de a pie clavaron sus espadas en la vanguardia mora que ante esa terrible avalancha retrocedió dejando bastantes víctimas.

Pero los Almorávides se repusieron enseguida y los gritos de guerra tuvieron la virtud de levantar su moral y sus ansias de lucha. Hicieron sonar con estruendo sus tambores de piel de hipopótamo y comenzaron a disparar los saeteros turcos que habían venido acompañando a Taxufin en la guerra santa. Luego montaron a caballo, rehicieron sus filas y organizaron un formidable contraataque, justo cuando los pesados soldados cristianos comenzaban a sentir el cansancio de tanto ajetreo.

Los musulmanes atacaron con tanto vigor que muchos cristianos iniciaron una huida vergonzosa perseguidos por las lanzas y los alfanjes de los musulmanes.

El factor decisivo fue el número y la disciplina de los Almorávides que atacaron en doble fila, la primera con lanzas larguísimas y la segunda con venablos. Ello permitió a Taxufin ejecutar su táctica de envolver a los rivales y así, atacándoles por la espalda, anular la evidente superioridad de los cristianos, muchos de los cuales murieron atravesados por las armas musulmanas y otros cayeron incapaces de soportar por más tiempo el cansancio y el peso de las armaduras.

La victoria musulmana fue completa. El ejército cristiano había sido aniquilado. Alfonso salvó la vida milagrosamente y volvió hacia sus cuarteles vencido y humillado.

Taxufin emprendió la vuelta a Sevilla. Su fama de invicto caudillo se había consolidado. Su poder se acrecentó hasta límites insospechados. Era el emir de los creyentes, el rey indiscutible de todo el Magreb y había reafirmado su fuerza venciendo, nada menos que al emperador de los cristianos, al astuto, fortísimo y gran rey que más daño hacía a sus correligionarios los reyes de al-Andalus.

Su entrada en Sevilla fue apoteósica. Sus soldados, rudos, pobres, austeros y formados en el desierto y en las rábitas veían el lujo de Sevilla. Una ciudad opulenta y centro de todos los placeres se rendía a sus pies.

El emir no perdió el tiempo en agasajos y fiestas. Había visto cuáles eran los puntos débiles, los males de los reyes de al-Andalus. Lo primero que hizo fue reunirse con todos en consejo.

Uno a uno los iba mirando con intención de convencerles, de meter en sus cabezas lo que a estas alturas tenía muy claro. Debían ser todos uno. Los cristianos

les habían atacado porque los veían desunidos y en cuanto podían fomentaban los enfrentamientos que les hacían más daño que cualquier derrota. ¿Qué musulmán sensato iba en busca de un rey cristiano a pedirle ayuda contra un rey hermano? ¿No comprendían que eso era poner en manos de los cristianos la destrucción de todos?

Uno a uno los reyes, los príncipes, los cadíes, los visires, asentían convencidos por las palabras del emir. Tenía razón, toda la razón Taxufin. Sus recomendaciones eran sensatas y tenía además el aval de la victoria que acababan de conseguir en Badajoz.

¿Todos unidos? Después de escuchar el sí unánime de los reyes, uno de ellos se adelantó para pedir la palabra. Era Tamín, el príncipe de Málaga. Se hizo un silencio expectante, espeso. ʻAbd Alláh sintió que el corazón le latía fuertemente. Algo le decía que aquella intervención iba contra él. Se dispuso a escuchar a su hermano que se adelantó, hizo una profunda reverencia al emir y con inusitada desenvoltura dijo:

> *—Me encuentro en una situación muy apurada a causa de la hostilidad que muestra mi hermano hacia mí. Cuando se le ocurre prepara sus ejércitos y ataca mi territorio oponiéndose a los deseos y a la herencia de mi abuelo el rey Badis.*

Cuando terminó de hablar, Taxufin le dijo:

> *—¿Has hablado con tu hermano sobre este asunto y has tratado de arreglar las cosas con él antes de venir a hablarme a mí?*

Tamín contestó que no lo había hecho, a lo que Taxufin replicó:

> *—No puedo intervenir en este asunto sin que tu hermano me dé su asentimiento.*

ʻAbd Alláh se sintió muy preocupado por lo que acababa de escuchar. No podía permanecer callado. Debía exponer ante todos los presentes sus razones para que quedara claro que él no era el culpable de la ruptura. Se sobrepuso a la sorpresa de aquel ataque inesperado, se adelantó para pedir al emir autorización para hablar y dijo:

> *—El emir de los musulmanes ha venido a nuestra tierra para hacer la guerra santa y no para modificar lo que nuestros mayores decidieron sobre el reparto de sus territorios entre sus descendientes. El rey Badis,*

nuestro abuelo, dispuso así las cosas, pensando que Málaga no podía separarse de Granada. Me transmitió la soberanía de esa ciudad para que la ejerciera después de él, como él la había ejercido en vida. Tú eres el que ha deshecho su decisión y el que te has separado de mí, queriendo convertirte en independiente sin razón ni fundamento. Si nuestro abuelo hubiera creído que debía hacerse eso que tú haces, te hubiera preparado las cosas para que no necesitaras de mí. Tú, una vez tras otra, me has hostilizado. Lo único que he hecho es intentar restablecer la situación tal y como la arregló nuestro abuelo. Esta es la verdad de todo. Si el emir de los musulmanes quiere ahora empezar de nuevo y derogar lo que dispuso nuestro abuelo, consideraré que ocupa su lugar y obedeceré sus órdenes. Pero si piensa que lo que hizo nuestro abuelo es lo acertado, ¿por qué vienes a molestarle con lo que no es de su incumbencia?

Cuando ‘Abd Alláh terminó de hablar se produjo un silencio tremendo. Los príncipes andaluces se miraban esperando respuestas que no se produjeron. Taxufin bajó la cabeza y dio órdenes de que se marcharan cada uno a su territorio. El asunto de Málaga quedó así, provisionalmente zanjado.

El emir decidió volver a su país. Quería renovar su ejército algo quebrantado en la batalla de Badajoz y prepararle para nuevas empresas. Mientras hacía el camino iba pensando, asimilando lo que había visto y oído. En sus ojos se llevaba la belleza y la riqueza de esta tierra. Estaba deslumbrado. Sus alfaquíes, visires y generales se le acercaban para ponderar la cantidad de tesoros que habían visto, los palacios, los placeres con que vivían los reyes de al-Andalus. Instantes después se le acercaban de nuevo para repetirle algo que él había palpado desde el primer momento. Estaban tan divididos, tan desunidos que era imposible que de esa manera pudieran seguir viviendo en España. Había decidido no intervenir en sus luchas internas, por el momento. Desde luego más adelante habría de tomar medidas enérgicas para arreglar esos disparates. Por ahora su decisión había sido sabia. Escuchar, tratar a todos con amabilidad y si le planteaban pleitos familiares decir que él no había venido a eso, que era asunto interno de los reyes de al-Andalus.

Cuando salió para África dejó en ellos sensación de afecto y ecuanimidad. Sintieron que el emir era un hombre fiable, amable y despegado de las riquezas y el poder. Con ese sentimiento salieron los reyes andaluces para sus respectivos territorios y reinos.

La situación de todas maneras había cambiado sensiblemente. Los cristianos eran ahora los que tenían miedo. Y amargura tras la inesperada derrota de Badajoz. Ellos por primera vez en años sentían optimismo ante un futuro que les comenzaba a sonreír.

Así estaban las cosas cuando se plantea un nuevo proyecto. Los musulmanes sueñan con pasar al contraataque para reconquistar Aledo, una gran fortaleza en manos de los cristianos en el reino de Murcia.

Lo que pasa es que no fue un proyecto de conquista, limpio y sin interés de partido sino que este intento se enmarca en nuevas luchas de poder entre príncipes y reyes andaluces.

Ibn Rasiq, el príncipe de Murcia, se había sublevado contra Motamid, al que debía sumisión y obediencia. Al terminar la campaña de Badajoz con una demostración de fuerza por parte de los Almorávides, Motamid pensó que esa ocasión había de aprovecharse para conseguir al par varios objetivos. Si consiguiera que el emir viniera a ayudarle en la conquista de la fortaleza de Aledo lograría por una parte infligir una nueva derrota a los cristianos, por otra dar una lección a Ibn Rasiq y quitarle el mando de Murcia y por otra entregar a su hijo al-Radi el reino de Murcia, a la vista de que había entregado Algeciras al emir y por consiguiente perdido esa ciudad. Era una jugada a varias bandas. Demasiadas para salir bien.

Motamid embarcó en Algeciras para visitar a Taxufin en África y convencerle sobre la necesidad de emprender esa conquista. Cuando estuvo en presencia del emir le expuso la importancia de conquistar Aledo, una fortaleza en manos de los cristianos pero enclavada en medio de territorio musulmán y desde la que se lanzaban terribles algaradas contra las comarcas cercanas.

Motamid trató con él sobre el modo de realizar su proyecto. Pasaría el Estrecho y enviaría correos a todos los príncipes andaluces para que le acompañaran en esa expedición. Seguro acogerían la idea con sumo interés.

Taxufin soñaba con volver a Andalucía. Había visto sus bellezas, conocía sus tesoros y tenía muy claro que era sumamente fácil apoderarse de todo ello. Ya sentía codicia, ambición por poseer todo aquello que habían visto sus ojos. Sus generales, visires y alfaquíes soñaban con abandonar la vida pobre, austera del África para gozar de lo que habían visto en al-Andalus.

Se volvieron a llamar a filas a los mismos soldados, se prepararon las mismas galeras, las máquinas de guerra, los caballos, las armas para una segunda expedición.

El emir envió sus correos por delante mandando a todos los príncipes andaluces que prepararan sus ejércitos para salir a su encuentro camino de Aledo.

‘Abd Alláh recibió las cartas del emir. La obediencia que debía a Taxufin le hizo que ni por asomo se planteara rechazar ese mandato. Dispuso a sus ejércitos para cumplir lo que se le había indicado. Reclutó a sus hombres, preparó sus monturas y salió hacia la frontera tal y como se le había mandado.

La expedición era admirable. Iban mezclados los ejércitos más variopintos que se pudieran imaginar. Junto a los rudos y fieros africanos caminaban los sevillanos, los granadinos, los soldados de Badajoz, los príncipes de Málaga, de Arcos, de Ronda, de

Carmona en una abigarrada mezcla de personajes diferentes. Los cortesanos y los alfaquíes andaluces confraternizaban con los poderosos hombres de Taxufin. Los fieros generales de los Almorávides contemplaban en el camino a los ricos, casi afeminados hombres de armas de los andaluces que vieron la oportunidad de buscar un apoyo distinto o de conseguir ventajas.

El ejército al fin consiguió llegar a la fortaleza de Aledo y bajo las órdenes del emir se organizó el asedio. No era fácil mandar a un ejército tan diverso. Cada uno de-los reyes participó en la tarea según sus fuerzas y sus medios. El castillo estaba muy bien defendido y atestado de soldados cristianos con la moral por todo lo alto. Los sitiados estaban confiados en la próxima venida de Alfonso que les ayudaría en la defensa. Por otra parte ya conocían las tácticas de guerra de los Almorávides.

Los musulmanes atacaban diariamente a los sitiados sin darles descanso. Todas las armas de guerra de que disponían estaban emplazadas en lugares estratégicos. Las grandes ballestas, los elefantes de madera, pesados e increíbles armatostes, se desplazaban hasta colocarse al lado de las murallas. Sin embargo, por más que atacaban, por más fuerzas que ponían en el asalto, no conseguían dañar la moral de los cristianos y menos sus defensas.

Los días se hacían eternos y el sitio se alargaba más de lo esperado. Poco a poco el campamento musulmán se convirtió en una plaza de pueblo, donde los alfaquíes andaluces confraternizaban con los generales Almorávides, los cadíes contaban sus cuitas a los príncipes y los súbditos de estos hablaban y se quejaban a los hombres del emir de cuanto les venía en gana. No se había cumplido un mes del cerco a Aledo, no se había obtenido ninguna ventaja militar y se comenzaba a descubrir el odio que se profesaban los andaluces. Unos venían a pedir más dinero o más prebendas, otros decidían poner en marcha sus deseos de venganza y todos aprovechaban la cercanía de un príncipe superior para atacar a los suyos o vengarse de ellos o sacar a relucir la inquina acumulada durante años. Y aparecieron los mediadores. Así, si un súbdito tenía quejas de ‘Abd Alláh o de Motamid, se buscaba un alfaquí de Taxufin para conseguir de él influencias, formular acusaciones que antes nunca se atrevió a sacar a la luz y evitar pagos de impuestos a su rey a cambio de una propina para el intermediario.

Esta situación provocó una gran inquietud entre los reyes de al-Andalus. No se sentían seguros en sus reinos a causa de ese supremo poder del emir y de las acusaciones que continuamente le llevaban y traían. Y por supuesto, los súbditos dejaron de pagar a sus reyes los impuestos a la vista de que ahora mandaban otros que escuchaban sus cuitas a cambio de buenos regalos. Esto fue tremendo para los andaluces. Debían mantener ejércitos importantes, además debían dinero en cantidad y regalos a los Almorávides. Ahora, sin su fuente de ingresos, estaban muy mal de fondos.

El campamento que debía conquistar Aledo se había convertido en un guirigay de amenazas, quejas y desprecios para unos reyes que perdían por días la autoridad. Y si algún cobrador de impuestos se acercaba a ejercer su función en el reino de Granada o en el de Sevilla o Badajoz, volvía con las manos vacías y las orejas calientes por los reproches, las quejas y las amenazas.

Día a día el ambiente se deterioraba. Los súbditos se quejaban, los reyes y los príncipes también y los instigadores ahora eran los notables Almorávides que sacaban su buena tajada de unos y de otros. Desde luego los más perjudicados eran los reyes andaluces.

Y como último acto de este lío ahora ya eran los propios reyes los que buscaban mediadores entre los generales de Taxufin, dándoles a su vez más dinero que sus súbditos para conseguir tener al poder de su parte.

El sitio de Aledo terminó como el rosario de la aurora. Los andaluces se habían instalado en la más completa anarquía y sus príncipes y reyes volvieron a sus reinos con la moral por los suelos y el pesimismo más negro instalado en su ser.

‘Abd Alláh se sintió impotente, pesimista, perdido. Hasta ahora había conseguido sortear todos los peligros. Este era el peor de todos. Porque cuando de vuelta de Aledo hizo parada en Guadix hubo de enfrentarse a Garür, el lugarteniente de Taxufin, que le trató con un desprecio infinito, le amenazó lo indecible y le pidió cantidades ingentes de dinero con pretextos de avituallamiento del ejército, aunque a las claras comprendió el granadino que se trataba de un soborno en toda regla.

Ya aquellos fieros, austeros ermitaños, morabitos se habían calentado con el sol andaluz, habían probado los placeres, el vino, el sol de aquí y se habían vuelto sobornables, disolutos como aquellos a los que tanto despreciaban.

Garür salió de Granada con los bolsillos repletos de dinares murabitíes pero profiriendo insultos contra ‘Abd Alláh.

Tamín, al ver a su hermano en dificultad, redobló sus esfuerzos por conseguir la independencia de Málaga con respecto al reino de Granada. A estas alturas ya sabía todo el mundo que los Almorávides eran sobornables por un puñado de meticales así que se buscó al cadí Ibn Sahl para que le hiciera de intermediario ante Taxufín a fin de ponerlo más en contra de ‘Abd Alláh de lo que ya estaba. El rey de Granada tuvo reflejos y compró a otro amigo del emir por algunos meticales más, lo que enrarecía cada día más la situación de ‘Abd Alláh y de todos los príncipes andaluces.

Ya nadie se fiaba de nadie y todo el mundo andaba en busca de valedores e intermediarios para acomodarse más mal que bien a las nuevas circunstancias. ‘Abd Alláh no sabía quién era amigo, quién enemigo, en quién confiar y dónde estaba el peligro. En modo alguno pensó estorbar a los Almorávides en su guerra santa, ni pasaba por su mente aliarse con nadie contra ellos. Pero estaba profundamente inquieto por las cosas que había podido ver con sus ojos. ¿Cuál sería su futuro? ¿Le

respetaría el emir aún siendo un beréber Sinhaya como él? Muchas veces paseaba por las márgenes del Darro o subía a su palacio en la Alcazaba Cadima y hablaba consigo mismo, siguiendo su vieja costumbre de reflexionar en voz alta. Con temor y desconfianza se decía:

> —*Mientras que los musulmanes y los cristianos estén enfrentados voy a estar en peligro de que las aguas de ese torrente se desvíen hacia Granada. Creo que lo mejor que puedo hacer es fortificar la ciudad. Si Taxufín me pide tropas o dinero o cualquier otra cosa que necesite no voy a hacerme el remolón en entregársela para no darle argumentos contra mí. Pero si me pide que vaya a verlo en persona, me excusaré y procuraré resistirme para ver si así me deja en paz y acepta mis excusas. Si no las acepta comprenderé que viene a por mí por causa de tantas calumnias y mentiras como le han contado mis enemigos. En este caso lo único que me queda es velar por mi vida, ponerme a salvo y considerar al emir como a uno más de los sultanes que se han querido apoderar de mi reino. En ese caso Dios me ayudará. ¿Con qué pretexto me va a perseguir sino valiéndose de su poderío? Si es así yo no voy a poder hacer nada. Si me quiere prender y aniquilar no me queda otra opción que defenderme y ponerme en manos de Dios.*

‘Abd Alláh estaba atormentado. Pasaba del miedo a la esperanza y eso que confiaba en la lealtad de todos sus hombres, cosa bastante improbable. Y si dejaba de mirar al emir tenía enfrente a los cristianos, de quienes no sabía si temer o confiar. ¿Le atacarían los cristianos? Seguro que lo iban a hacer a nada que se les presentase la oportunidad. ¿Y si hablaba con ellos y les pagaba sus tributos a cambio de protección? Al fin y al cabo eso habían hecho los príncipes de Levante. Claro que hacer eso era peligrosísimo. ¿Le defenderían los cristianos de los ataques del emir? Si hacía alianzas con los cristianos seguro que todos los musulmanes se lo tomarían muy a mal. ¿Qué hacer? ¿Qué camino debería tomar?

Alvar Fáñez era el representante de Alfonso en los territorios de Granada y Almería. Un día envió un mensajero para anunciar a ‘Abd Alláh que iba a invadir Guadix si no recibía urgentemente una fortísima cantidad de dinero.

De nuevo se instaló en el rey de Granada la zozobra y el temor. De nuevo reflexionaba paseando atormentado por los torreones de su palacio:

> —*¿Con quién puedo contar para oponerme al cristiano? ¿Qué fuerza tengo para defenderme? No dispongo de un ejército para hacer frente al cristiano. ¡Cuántos musulmanes van a ser hechos cautivos en esta*

ocasión! ¡Cuántas riquezas se van a perder por no pagarles el tributo a que me comprometí en su día! Dios no quiera que suceda eso y que yo vea a los musulmanes hechos cautivos de los cristianos. ¿No es mejor pagarles ahora el tributo que pagarles después el rescate de un seguro cautiverio? Es mejor hacerlo así antes de que vengan a asolar el país. Lo haré por el amor de Dios que conoce los entresijos de las almas. Si no lo hago así va a ser mucho peor para mis súbditos y mi reino.

‘Abd Alláh tomó su decisión. Recaudaría ahora mejor que después. Pagaría a Alvar Fáñez lo menos posible y pactaría con él para que dejara en paz sus territorios. Así sufrirían menos sus súbditos y serían libres por un tiempo.

El caudillo cristiano cobró las cantidades estipuladas y le dijo:

—De mí nada tienes que temer ahora. Sin embargo Alfonso va a venir contra ti y contra los demás príncipes andaluces. El que pague sus tributos escapará bien. Si alguien se le resiste lo va a atacar. Yo soy un simple siervo suyo que me limito a cumplir sus órdenes. Si le desobedeces no te va a servir de nada lo que me has dado que me concierne solamente a mí. Con mi señor has de cumplir posteriormente.

Una vez más estaba entre dos fuegos. Era evidente que tras Alvar Fáñez vendría Alfonso. Esperaría. ¿Qué hacer? ¿Iba a salir a su encuentro para entregarle dinero sin pedírselo? Cuando venga lo envolverá en negociaciones, en regateos para tratar de dilatar el pago y en su caso reducirlo al mínimo. Todo menos ser cautivos o ser aniquilados por los cristianos. ¡Mira que si no viene!

De todas maneras ‘Abd Alláh intentó alejar de Granada las apetencias de los cristianos. Antes de despedirse de Alvar Fáñez se reunió con él para dejarle bien claro que las expediciones guerreras con los Almorávides y luego esta embajada suya le habían dejado sin blanca. Si ahora venía Alfonso le iba a encontrar con las arcas vacías.

Alvar Fáñez ni le contestó. Conocía las triquiñuelas de los musulmanes y sacó la consecuencia contraria. El reino de Granada tenía tesoros acumulados durante años y era rico de verdad. Nada más salir de Granada envió mensajeros a Alfonso indicándole que podía mandar embajadores a reclamar el tributo. Si no le pagaban podía invadir el reino de Granada donde encontraría segura recompensa.

Alfonso, al recibir al mensajero de Alvar Fáñez con informaciones tan certeras, hizo los preparativos para ponerse en camino y como primera providencia envió un embajador para notificar a ‘Abd Alláh que debía pagar los tributos o se enfrentaría a los ejércitos cristianos.

El rey de Granada recibió esta embajada y se sintió profundamente turbado. ¿Qué hacer? ¿Qué era mejor? Quizá debería abandonar sus territorios y dejar a Alfonso que robara cuanto quisiera. O quizá podría esperarle, hablar con él, convencerle y apaciguarlo en lo posible. Cualquiera de estas posturas era peligrosa en extremo.

Poco a poco se iba conociendo en Granada que se acercaba un peligro inmenso. Nada menos que Alfonso y ahora. Había sido derrotado en Badajoz, luego le habían hecho mucho daño en Aledo. ¿Se conformaría con cobrar un tributo más o menos grande? ¿Hasta dónde llegaría su odio? ¿O daría rienda suelta a sus deseos de venganza por los agravios recientemente soportados?

‘Abd Alláh recibió al embajador e intentó regatearle, llorarle, decirle que sus arcas estaban vacías a ver si le dejaba en paz con el pago de alguna cantidad pequeña. Sin embargo el cristiano le contestó impasible:

> *—Yo he venido exclusivamente para advertirte que has de pagar a mi rey el tributo que le debes de tres anualidades y que es de treinta mil meticales. No te voy a rebajar absolutamente nada. O me pagas o te has de ver con él. Arréglatelas como puedas.*

Ese camino no le llevaba a ninguna parte. Era astuto y no le iba a engañar. La única salida era pagar hasta el último dinar. Pero ¿cómo? Sus súbditos estaban contra él, le habían visto tomar decisiones muchas veces contradictorias y ahora era débil y fácilmente criticable. ¿Aguantarían un nuevo impuesto para pagarlo al rey cristiano? ¿Se le sublevarían y se pondrían en manos de Taxufin, a quien al menos pagarían con más gusto que a Alfonso? ‘Abd Alláh conocía a sus súbditos. Si les exigía esa cantidad el pueblo se sublevaría y los nobles irían a protestarle a Taxufin. No. Los ahorros servían para estos casos. Daría a Alfonso los treinta mil meticales sacándolos de su tesoro personal. Así los granadinos le quedarían agradecidos por haberles librado de un expolio sin que les costara absolutamente nada. Haría ese sacrificio por el bien de su pueblo.

Así lo hizo. Envió a Alfonso los treinta mil meticales sin sacar nada del bolsillo de sus súbditos. Le costó un mundo. Era un auténtico tesoro, guardado y ahorrado durante decenios, pero mejor así.

Toda la vida pensando y pensando. ¡Había que sacar algún privilegio de esa gran cantidad de dinero! Intentaría hacer con Alfonso algún nuevo pacto. Por el otro lado le empujaban los Almorávides. ¿Podría contar con la ayuda del cristiano? Los cristianos debían comprometerse a no atacar el reino de Granada. Si no hay más remedio que entregar el dinero, añadamos el ardid de una posible alianza por si fuera necesaria.

Alfonso con tal de tomar el dinero firmó la alianza con el mismo interés en

cumplirla que ‘Abd Alláh, es decir con ninguno.

Alfonso no se fiaba absolutamente nada de ‘Abd Alláh y pensaba no si iba a ser engañado, cosa que no dudaba, sino dónde y cuándo lo sería. Él también valoraba si este trato le iba a acarrear las enemistades de los Almorávides.

Apenas Alfonso salió de Granada ‘Abd Alláh volvió a encontrarse solo con sus dudas, sus vacilaciones y sus remordimientos. Tenía tantos enemigos que si se libraba momentáneamente de uno enseguida aparecían los otros. ¿Había hecho bien? Alfonso atacaría Sevilla de inmediato. ¿Debía avisar a Motamid? ¿No sería lo más leal prevenir a los Almorávides y hablarles para justificar su conducta? ¿Cómo recibirían la noticia de su pacto con los cristianos? ¿Le llamarían traidor? ¿Le comprenderían? ¿Entenderían que no había podido hacer otra cosa?

Se puso a escribir a Motamid. A continuación a Taxufin para contarles negro sobre blanco todo lo ocurrido y justificar lo que había hecho. Les decía que si ellos se hubieran visto en su lugar habrían hecho lo mismo. Le hubiera gustado tener tiempo para pedir consejo al emir e informarle de su actitud antes de tomar determinaciones pero no había podido hacerlo. Terminaba la carta diciendo que estaba seguro de la ayuda de Dios para con los musulmanes y entonces vendría el desquite, el buen momento de los creyentes.

‘Abd Alláh en el fondo era un ingenuo. Pensaba que el emir entendería su postura y le felicitaría por su atinada gestión. ¡Había pagado el dinero de su bolsillo sin cargar a sus súbditos! ¿Qué iba a decir el emir? Sin embargo, mucho antes de lo esperado llegó un correo con un mensaje personal de Taxufin lleno de reproches, acusaciones y amenazas. La carta de ‘Abd Alláh no dio la primera noticia del tratado al emir. Ya antes algunos nobles granadinos le habían informado de los manejos que se tenían en Granada Alfonso y el rey. En uno de los párrafos le decía:

> —*Nos hemos enterado de la tregua que has firmado y de tus palabras embusteras. Pronto nos enteraremos también de si tus súbditos están contentos y de lo que piensan hacer ya que me dices que lo que has hecho es velando por ellos. No creas que esto va a tardar. La reacción será inminente y no se dilatará en el tiempo.*

‘Abd Alláh en el fondo se temía una cosa así pero intentó de nuevo convencer al emir de que había actuado de la mejor manera posible, acusando a los informadores del emir de mentirle y ser desleales con él. Sin embargo sus protestas fueron en vano.

Motamid también se enfadó con ‘Abd Alláh. Alfonso había invadido el reino de Sevilla y nadie le iba ya a convencer de que no obraban ambos de común acuerdo.

Estaba una vez más solo. Comenzó a repasar interiormente su proceder a lo largo de todos estos años y no se sentía traidor a su religión. ¿No fue él el primero en

luchar contra los cristianos? En todas partes, antes y ahora, había mostrado sobradamente de qué lado estaba. Dios que conoce los pensamientos de los hombres sabe perfectamente su actitud. Ahora estaba siendo acusado de lo contrario. Un día comparecería ante Dios y se conocería la verdad.

‘Abd Alláh estaba solo. Los Sinhaya estaban en franca decadencia. Los antiguos visires judíos, Samuel y su hijo José, les habían quitado el poder, incluso les habían perseguido. Ahora ya no eran nadie. La otra tribu, los Zanatta, también habían sido perseguidos por José. Ahora estaban un poco en alza. Desde luego eran los mejores soldados de Granada. Pero ¿se podía fiar ‘Abd Alláh de los Zanatta? ¿Podría encomendarles las defensas de la Alcazaba o la Alhambra? ¿Y si los asociaba, unía a los Sinhaya con los Zanatta? Lo intentó como última solución pero esto provocó una revuelta de los Zanatta.

¿Quién le quedaba? ¿Sus amigos? ¿Qué es la amistad? Seguramente no le quedaba nadie. El mejor amigo es el que sabe soportar a tu lado los momentos difíciles y participa de tus sufrimientos. Pero el rey de Granada desgraciadamente no tenía nadie a su lado en los momentos de adversidad. No tenía ni siquiera personas que le aconsejaran, le señalaran los caminos a seguir. Si no hacía caso a los consejeros, estos le volvían la espalda. Estaba rodeado de necios, de traidores.

Cuando más sentía la soledad le llegaron noticias de que Taxufin estaba concentrando sus tropas en Ceuta para pasar una vez más el Estrecho. ¿Cuáles serían sus planes? ¿Quizá venía a atacar Granada?

‘Abd Alláh pensó que lo mejor era enviar embajadores al encuentro del emir para transmitirle su disposición. Debían comunicarle que estaba deseando participar junto a Taxufin en la guerra santa que iba a emprender. De sobra sabía que las intenciones de los Almorávides podrían ser las más nefastas para él, pero decidió mirar a los ojos al enemigo, intentar darle la mano para evitar así que empuñara su cimitarra amenazante.

Los embajadores volvieron pronto. El emir los había tratado muy bien y le habían dicho que ‘Abd Alláh podía hacer lo que mejor quisiera. Sin embargo el mensaje estaba cargado de astucia. A estas alturas sabía que el rey de Granada no deseaba acompañar al emir sino todo lo contrario. Y también sabía que en Granada nadie apoyaba al rey zirí.

Todos esperaban al emir de los musulmanes, querían restaurar la pureza de fe, los proyectos de guerra santa contra los cristianos.

El emir pasó el Estrecho y se dirigió a Córdoba donde se reunió con Motamid. Cuando ambos se encontraron, la primera pregunta que dirigió el emir al rey sevillano fue para asegurarse si era verdad que ‘Abd Alláh había firmado tratados de defensa y amistad con el rey cristiano.

Motamid no lo dudó. Había sufrido en sus carnes esos espurios tratados. La

contestación fue rotunda. ¡Sí! Era verdad. ‘Abd Alláh se había buscado el apoyo del rey cristiano.

El emir se temía esa contestación, es más, estaba cierto de que así era. Había hecho la pregunta para que quedara claro que su actuación posterior era consecuencia de ella. Mandó que escribieran una carta a ‘Abd Alláh con un texto seco y cortante. Debía decir solamente que viniera a su encuentro inmediatamente.

‘Abd Alláh escuchó la lectura de la carta y se sintió profundamente preocupado. ¿Qué hacer? El cuerpo le pedía no acudir a la llamada del emir. El tono de la carta era conminatorio, impertinente, hostil. ¿Le enviaría nuevos embajadores? Iba a ser inútil. Continuamente le llegaban correos con noticias nefastas. El emir había enviado mensajeros a todos los castillos con exigencias de sumisión o guerra. Cuando el mensajero llegaba con este mensaje recibía la obediencia de sus habitantes y en el acto se separaban de la obediencia de ‘Abd Alláh. Todos los castillos se fueron apartando del rey de Granada para obedecer al más fuerte.

Se iban acercando, conquistando castillos y fortalezas. Ya estaban en Velillos, a la vista, a las puertas mismas de Granada.

‘Abd Alláh, más solo que nunca, más triste que nunca, paseaba arriba y abajo por las estancias de su palacio en las laderas de la colina que daba vista a Velillos. Su madre le trataba de dar ánimos al par que pensaba llena de miedo cuál sería la mejor manera de salir de aquel peligro inminente. El rey de Granada pensaba, reflexionaba en voz alta como tantas veces por las estancias de su precioso palacio.

> *—No puedo contar con los habitantes de Granada. Los granadinos son iguales que las gentes de los castillos y también me van a traicionar Y ninguna tienda de campaña se puede sostener sin estacas que la sostenga. Tengo enfrente a un hombre, el emir, que no desea más que destronarme. En nadie me puedo apoyar. A nadie puedo pedir ayuda. No me puedo dirigir al cristiano porque eso sería faltar a mi religión e iba a acelerar mi fin porque si los habitantes de Granada se enteran de que voy a pedir ayuda al rey cristiano se van a unir todos contra mí sin esperar a los Almorávides. Prefiero no enfrentarme a los granadinos.*

Nunca en su vida había sufrido tanto. La inquietud por su futuro no le dejaban dormir. Se sentía abatido, triste, derrotado. Los castillos caían uno tras otro en poder de los Almorávides. Parecían de naipes que se derrumbaran al primer soplo de viento. Desde su palacio pudo ver con sus ojos que un cuerpo del ejército del emir estaba a las puertas de Granada. Se habían situado junto a las murallas, sin duda para evitar que entrasen refuerzos externos. Los generales de esas tropas sitiadoras enviaron mensajeros a ‘Abd Alláh para pedirle víveres y alimentos para los soldados y las

caballerías. Evidentemente les fueron suministradas de inmediato.

¡Haría un último intento! Escogió a los alfaquíes más leales a su persona y los envió a visitar al emir. Les entregó una considerable cantidad de dinero con el encargo de darlo a Taxufin en persona y mandó que le dijeran de su parte que se consideraba hijo suyo, que por nada del mundo quería oponerse a sus deseos y que estaba dispuesto a someterse a él donde quisiera y como quisiera. El emir a través de otro alfaquí contestó a ese mensaje con estas palabras:

> —*¡Nada de sumisión ni de paz mientras tú no te presentes ante mí! Te envío el perdón firmado de mi puño y letra. Te garantizo seguridad para tu persona y tu familia. No así para tus bienes y tesoros que los perderás. Si no quieres salir a presentarte ante mí, escoge un lugar en el que vivir con tal de que no sea Granada. Hazlo urgentemente porque debemos disponer de Granada de inmediato.*

Cuando ‘Abd Alláh escuchó estas palabras entendió que la decisión del emir no tenía vuelta atrás. No podía elegir. Ni se le pasaba por la cabeza huir, ni menos pedir un castillo donde residir. Si al emir no le gustaba su elección tardaría un minuto en expulsarlo con cualquier excusa. Estaba completamente a su merced. No veía otra solución que salir de Granada y ponerse en sus brazos. Si le dispensaba un trato al menos amable eso le tendría que agradecer. Si no, que sea lo que Dios quiera.

Porque con los habitantes de Granada no podía contar. Ya le miraban con desprecio, señal inequívoca del cambio que se preveía inminente. Los soldados beréberes de su ejército no disimulaban su alegría por la llegada de los Almorávides. Hasta habían negociado sus pagas y sabían que el emir se las aumentaría. Los comerciantes y el resto de la población estaban deseando que todo acabara para ponerse de parte del vencedor. Muchos habían salido de Granada aprovechando cualquier pretexto aunque en realidad lo que buscaban era encontrarse lejos cuando se produjeran las luchas y los alborotos. Ellos, como comerciantes y artesanos, deseaban estar alejados de una contienda que no deseaban les afectara. El resto del ejército ya se había pasado a los Almorávides. Los eunucos, los esclavos, las esclavas de ‘Abd Alláh estaban deseando pasarse al bando de Taxufin para poder respirar aires de libertad. No le quedaba otra opción que rendirse.

El ejército del emir ya ocupaba la Vega y acampaba bajo las murallas de la ciudad. Los gomeres, los zenetes y los soldados de las demás tribus africanas acampaban en la rambla del Beiro, ocupaban los altos de San Miguel completando el cerco por las mismas orillas del Darro. Cuando supieron los granadinos que Taxufin se acercaba, salieron de la ciudad en grandes grupos y se fueron al campo, presas del miedo y la excitación.

‘Abd Alláh no podía contener a su pueblo. Apenas si le quedaba tiempo para esconder en cuevas y subterráneos los diamantes, las esmeraldas y otras piedras preciosas para caso de necesidad. Saldría al encuentro del emir para ponerse en sus manos. Necesitaba de toda su frialdad. Debía ponerse en manos de Dios y confiar en su suerte.

Cuando los soldados que le quedaban supieron que iba a entregarse comenzaron a pedirle su dinero, a decirle que se lo guardarían. El rey les negó en redondo sus peticiones. Entregaría sus tesoros a los Almorávides. Tal vez así conseguiría salvar cantidades que le permitirían rían vivir el resto de sus días en cierta paz aunque perdiera el reino. Debía salir. Temía hacerlo, le parecía que iba a acudir a un suplicio, no deseaba hacerlo pero lo haría. Confiaba en Dios y en su providencia.

‘Abd Alláh salió por la puerta de Elvira con un acompañamiento mínimo. Con él iban su madre, dos eunucos, tres siervos y poco más. Montaba un caballo negro ricamente enjaezado. Vestía como de luto y en su rostro se reflejaba la tragedia. Enseguida se encontró con el emir que le estaba esperando. ‘Abd Alláh intentó explicarle su postura, justificar su actitud, protestar de su fidelidad al emir y a todos los musulmanes.

Taxufin apenas le dejó hablar. Se le veía satisfecho por haber conseguido la rendición de ‘Abd Alláh sin tener que someterlo por las armas. Ya no miraba al rey sino a Granada. Se veía dentro de la gran ciudad. La había deseado, soñado. Ya era su rey. En su satisfacción le garantizó bajo juramento que nadie dañaría ni a él ni a su familia. Eso sí, sus tesoros le pertenecían. Eran su botín de una guerra que ni siquiera había comenzado. Los Almorávides estaban ansiosos por conseguir los tesoros de Granada. Al fin los tenían.

‘Abd Alláh fue desposeído de sus tesoros, su reino, su Granada. Taxufin dio órdenes precisas. La primera que no deseaba tener más tratos con él. La segunda que su general Gurur se encargara de que se localizaran todos los tesoros de Granada. Y así, sin nada, ‘Abd Alláh cruzó el Estrecho, pasó a Ceuta, luego a Mekinés donde acabó sus días escribiendo y añorando.

Los Almorávides ocuparon Granada y Taxufin se aposentó en el palacio de Bendici aben Abuz, en lo alto de la Alcazaba Cadima. Las riquezas de Granada eran inmensas y hubo para todos. ‘Abd Alláh pudo llevarse a África dinero y joyas suficientes para vivir holgadamente mientras estuviera con vida. Taxufin y sus Almorávides ya no eran fieros guerreros vestidos con albornoces y sayales. El oro y las joyas aparecieron en sus vestidos y sus banderas. Acabó así la dinastía de reyes ziríes en Granada.

CAPÍTULO VI

LOS ALMORÁVIDES Y LOS ALMOHADES

Taxufin se adueñó de al-Andalus. Sus tropas se instalaron en las preciosas tierras que acababan de conquistar a los taifas andaluces. Ya no vienen en expediciones puntuales sino que se quedan aquí. Son los dueños al sur y al norte del Estrecho.

Los años fueron pasando y los Almorávides ejercían una dominación tiránica sobre los granadinos, fuesen mozárabes, muladíes, árabes o beréberes. Los españoles vivían oprimidos por los advenedizos africanos. Quizá ellos mismos no fuesen unos tiranos pero sus cadíes y hombres de confianza ejercían una opresión enorme sobre el pueblo. Ellos eran fieros pero sencillos y francos. Sin embargo no sabían ni podían llevar a cabo la real administración del estado. Por eso la pasaron a manos de judíos avaros que arrendaban y subarrendaban funciones, obligaciones y prebendas.

Las cosas iban de mal en peor. Los vicios, las corruptelas, las intenciones torcidas se fueron extendiendo. Los soldados humillaban al pueblo, saqueaban las casas, violaban, robaban, mataban. Los morabitos religiosos ya eran vulgares saqueadores, dedicados a la buena vida en vez de a rezar y a hacer la guerra santa en nombre de Alá.

Los españoles se preguntaban por qué habrían de soportar esta tiranía. Ellos habían visto respetada su fe cristiana en tiempos del Califato. Los taifas igualmente habían sido tolerantes con su fe y sus costumbres. ¿Por qué habrían de soportar el furor, la represión, la intolerancia de los Almorávides?

Los cristianos de Granada, desde la invasión musulmana, estaban siendo tratados como extraños en sus tierras. Podían ir a sus iglesias, sobre todo a la magnífica y antigua edificada por el godo Gudila en el camino de Elvira. Sin embargo eran tributarios, ciudadanos de secunda. Vivían con la secreta esperanza de conseguir librarse de aquellos invasores. Y miraban al norte donde los cristianos habían conseguido expulsarles de Toledo gracias a las espadas de Alfonso VI, del Cid Campeador, del conde Ansúrez y de tantos otros caudillos cristianos. ¿No podrían ellos ser igual que sus hermanos castellanos? Sus antepasados ya habían luchado por defender sus derechos. ¿Por qué ellos no lo intentaban como lo acababan de hacer sus vecinos los cristianos de Castilla, como lo estaban haciendo en los Santos Lugares los cruzados? Era la única manera de liberarse de aquellas cadenas. Si vencían serían libres pero era imprescindible empuñar las armas. Buscarían la alianza con los reyes cristianos. Don Alfonso era ahora el emperador de Castilla y de Aragón. Siendo rey de Aragón se había casado con Doña Urraca, la reina de Castilla desde la muerte de su hermano Don Sancho, lo que había unido los dos reinos. El emperador era fuerte y deseaba emular las hazañas de Alfonso VI. Esta era la ocasión que estaban esperando.

Los correos iban y venían desde Granada hasta la corte cristiana. Los mozárabes más que planeaban, soñaban con conquistas que a ellos se les antojaban fáciles. ¿No les sería muy fácil conquistar la Alpujarra, la Costa, habitada como estaba en su mayor parte por mozárabes? Además las montañas eran tan escarpadas que la caballería de sus enemigos no podría impedir la revuelta de los naturales de aquellas tierras.

Don Alfonso estaba tan ocupado con el gobierno de Castilla que no hacía caso ni a las cartas ni a las embajadas de los granadinos que seguían llegando cada vez con promesas más tentadoras. ¡El ejército castellano, cuando viniera a la conquista, iba a contar con la ayuda de doce mil voluntarios granadinos, conocedores del terreno y dispuestos a todo! ¡Y la tierra era tan bonita! Las cartas detallaban al emperador las delicias de un reino cantado por poetas de muchas generaciones. Las fuentes, los ríos, las montañas de Granada, sus palacios, sus riquezas, sus ganados, su caza. La Alcazaba era muy fuerte pero ellos sabrían abrir al ejército invasor pasos secretos por los que penetrar y adueñarse de murallas y torreones.

Alfonso *El Batallador* al fin se convenció de las propuestas de los mozárabes granadinos y preparó a su ejército para esa conquista. Vendrían con él caballeros de Aragón, de Cataluña, también vendría Don Pedro, obispo de Zaragoza, que acababa de ser conquistada. También Don Esteban, obispo de Huesca. Y su fuerza de choque compuesta por mil caballeros campeones curtidos en mil batallas armados hasta los dientes, con su cruz como divisa en el pecho, que antes de comenzar cualquier batalla juraban no volver jamás la espalda al enemigo y luchar hasta vencer o morir.

El camino era muy largo. Partieron de Aragón y bajaron por Valencia, luego Murcia, se dirigieron hacia las comarcas del Almanzora por Vera, Purchena, Tíjola para tomar el camino de Baza.

Las noticias corrieron por los adunares, zocos y mezquitas granadinas. El conocimiento de la llegada de un ejército cristiano provocó un gran revuelo entre los musulmanes que olvidaron sus antiguas rencillas y se unieron contra el enemigo común. Los castillos se rearmaron, los caminos se vigilaron como hacía mucho tiempo no lo habían estado y se prepararon emboscadas en los pasos de montaña.

El ejército cristiano atacó Baza pero los musulmanes organizaron una defensa calle por calle, casa por casa. Desde Baza se dirigió *el Batallador* a Guadix. A estas alturas los granadinos, Almorávides o no, conocían perfectamente que sus antiguos vecinos mozárabes eran cómplices e instigadores de la invasión que estaban soportando. Y se inició la represión contra ellos. El walí de Granada los mandó prender y les advirtió con una severidad inusitada. Si notaba en ellos cualquier movimiento sospechoso serían ejecutados al instante.

Al conocerse el peligro que les venía del norte salió desde África hacia Granada un cuerpo de ejército Almorávide.

Los cristianos ya habían unido sus fuerzas. Al ejército que venía de Aragón se habían unido los mozárabes granadinos y formaban una expedición de cincuenta mil soldados. Estaban a punto de plantarse en la Vega de Granada.

Los Almorávides recobraron su antiguo espíritu guerrero y dispusieron soldados en las almenas, instalaron estratégicamente sus piezas de artillería en las barbacanas a fin de que todo estuviera a punto para defender Granada. Las mujeres y los niños corrieron a las mezquitas detrás de los alfaquíes y los morabitos para pedir la ayuda de Alá.

Los invasores castellanos estaban siendo vigilados en todos sus movimientos por los moros granadinos. Por fin los expedicionarios dieron vista a Granada. Cansados de un viaje tan tremendo se instalaron en las llanuras de Nívar para reponer fuerzas y organizarse antes de atacar por fin la ciudad.

Estando así las cosas se inició un temporal de lluvia y frío que no les dejaba reponerse, aprovisionarse, moverse siquiera. Durante un mes la lluvia y la nieve se hicieron dueñas de Granada. Los caminos estaban impracticables hasta hacer imposible cualquier aprovisionamiento. Los cristianos no podían defenderse o moverse en el frío y el barrizal. Si los mozárabes enviaban recuas de acémilas cargadas de provisiones no podían llegar a su destino porque eran interceptadas y apresadas por los moros granadinos.

Don Alfonso vio imposible en esas circunstancias lanzar el ataque definitivo a Granada. Y debía salir de la ratonera donde había metido a su ejército.

¿No era la Alpujarra el reducto y la patria de los mozárabes? Eso le habían dicho ellos mismos. Iría hacia allá. Probablemente encontraría montañas peligrosísimas, escarpadas, desfiladeros infinitos, pero quizá por ser tierra de cristianos amigos su ejército estaría por fin libre de ataques por todos los flancos, como los que venía sufriendo desde que se adentró en territorio de Granada.

Don Alfonso caminaba por los barrancos alpujarreños verdaderamente inquieto. Miraba arriba, a las montañas, luego caminaba por el lecho del río Guadalfeo, luego miraba el castillo de Lanjarón desde abajo y sentía verdadera preocupación por haber metido a sus hombres en lugares tan peligrosos e inverosímiles. Dicen que al caminar por uno de aquellos barrancos exclamó:

> *—Gentil sepultura si hubiera quien desde lo alto nos echase tierra encima.*

Miró por el barranco abajo (¿el Azud de Vélez?) e intuyó unos desfiladeros, al final de los cuales se veía el mar. Hacia allá fue con sus hombres. En el camino encontró un antiguo castillo al lado mismo del precioso pueblo de Vélez de Benaudalla y allí pasó la noche. Al despuntar el alba del día siguiente el ejército

levantó el campo y muy poco después divisaron las playas de Motril.

El día era espléndido, el mar estaba sereno, limpísimo y la sensación que experimentaron los expedicionarios castellanos fue inmensa. Al fin estaban junto al mar Mediterráneo, justo en el confín de la península. Estaban excitados, emocionados, como que hubieran llegado a un lugar soñado e imposible.

El rey había vivido un sueño. Había deseado luchar y luchar hasta conseguir la meta de servir en su mesa peces pescados en aquellos lugares tan remotos. Apenas llegó a la orilla del mar dejó su armadura, saltó a una barca de pescadores y estuvo pescando hasta conseguir peces con los que comer allí mismo. Era todo un símbolo.

Junto al mar estuvo el ejército cristiano algunas semanas descansando. Luego levantaron sus tiendas y subieron a Granada. Asentó sus reales cerca de Dílar, ocupó Armilla, de nuevo perseguido por los granadinos que les hostigaban sin cesar. Cerca de Granada tuvieron los cristianos que emplearse a fondo en repeler los ataques de soldados Almorávides, más motivados que los cristianos y tan buenos soldados como ellos. Debieron alejarse hacia Alfacar.

Los musulmanes redoblaron sus ataques contra los cristianos que no encontraron otra solución que atrincherarse lo mejor que pudieron en zanjas y empalizadas elementales.

Los hombres de Alfonso *el Batallador* estaban muy cansados. Las marchas habían sido agotadoras, disponían de escasos víveres, llovía continuamente y las enfermedades se extendían entre sus hombres. El rey al fin tuvo que reconocerlo. Era imposible rendir la ciudad y el reino. Regresarían a Aragón.

Pero eso era una tragedia para los mozárabes granadinos. ¿Qué harían ahora? Les era imposible seguir viviendo en Granada. Al apoyar la expedición del Batallador se habían declarado enemigos de los musulmanes que no les iban a perdonar su traición.

El ejército cristiano, al conocer su inminente partida hacia Aragón, sintió alivio. Sus enemigos eran demasiados, demasiado fuertes y conocían palmo a palmo un terreno tremendo. Los castellanos, catalanes y aragoneses estaban muy contentos con esta decisión. Pero los mozárabes granadinos se habían unido a una expedición totalmente ineficaz. Su iniciativa de llamar al Batallador les hacía imposible continuar en el reino.

Las noticias corrían por las alquerías de la Vega de Granada. Ya saben los musulmanes que se marcha de sus tierras aquel ejército invasor.

Un día, un infausto día, desde los altos de Alfacar, los mozárabes ven que una turba se acerca a su iglesia, la vieja y magnífica iglesia emblema e insignia de los mozárabes granadinos que edificara hacía cuatrocientos años el godo Gudila. Con angustia ven nubes de polvo, de humo, de desolación. Las llamas se perciben desde Alfacar e instalan en sus gargantas un nudo de pena, de tristeza. Más polvo, más llamas, más turbas, más destrozo. Una obra inmensa, el orgullo de los mozárabes

granadinos está siendo destruida para siempre. Es su señal de identidad que ya no existe.

Ellos también deben irse con los ejércitos cristianos. Aquella barbarie les ha anunciado que de quedarse van a ser exterminados como su iglesia.

La expedición del *Batallador* había sido para los mozárabes una tragedia. Desde el punto de vista militar, ni siquiera honorífica, desde luego inútil y muy perjudicial para ellos. No habían conquistado un castillo, no habían hecho otra faena que talar árboles, saquear a aldeanos y punto. Los mozárabes no habían calculado el peligro que corrían al quitarse la máscara de la enemistad con los musulmanes.

El ejército cristiano emprendió el camino de Levante por Guadix, Baza, Murcia, Valencia… Con él iban los diez mil mozárabes granadinos que dijeron adiós a sus tierras. Abandonaron lo que había sido suyo desde siempre. Detrás dejaban humeantes las ruinas de la inmensa iglesia del godo Gudila. Dejaban sus casas por miedo a la venganza de los despechados, ofendidos Almorávides.

Ya en Alfaro los obispos de Pamplona, Huesca y Calahorra intercedieron por ellos para que se les repartieran tierras y privilegios a fin de que no desapareciera el linaje de los mozárabes granadinos.

Los pocos que quedaron en Granada fueron exterminados por los Almorávides. Los cadíes deliberaron acerca del destino de aquellos infelices y tomaron decisiones terminantes. Los que se habían comprometido con los cristianos o los que infundieran sospechas de haber colaborado con ellos fueron ejecutados públicamente. Los menos sospechosos, los alpujarreños y de otros lugares que no tuvieron mezcla con los invasores, muchos de ellos familias acomodadas o gentes sencillas, fueron apresados, puestos en fila, les hicieron caminar hacia los puertos de Almuñécar o Málaga donde fueron embarcados en lanchones y hacinados hicieron su viaje de destierro a África para ser entregados a su suerte. Todos murieron en África exterminados por los Almorávides. Era el año 1125.

Los mozárabes granadinos desaparecieron para siempre. Ya nunca más reaparecerán en España, ni musulmana ni cristiana. Ni siquiera después de la conquista. En adelante serán solamente un recuerdo. ¡Qué cruel es la vida! Siglos después los descendientes de los Almorávides, los moriscos, compartirían de manos de los cristianos el mismo destino, las mismas matanzas, el mismo destierro que sufrieron los mozárabes.

Pero resplandece de nuevo Granada. Ya no existe amenaza interior ni exterior. Hay paz y con la paz esplendor y gloria para las artes y las letras. Un walí llamado Mohamed ben Said ben Jaser, natural de Alcalá la Real, construyó, junto a la gran mezquita del Albaycín, al lado de la actual iglesia del Salvador, una casa impresionante. Toda entera era de mármol. De las canteras de serpentina del Barranco de San Juan se fueron bajando a Granada piezas de mármol finísimo, verde y de otros

colores. Luego manos expertas los fueron cortando, pulimentando y ensamblando hasta hacer de los suelos de esta casa una obra de arte bellísima e imponente. Las columnas eran esbeltas, finas y talladas para que parecieran palmeras del desierto y sostenían magníficos artesonados de madera tallada, adornada con oro y con nácar. Las fuentes eran de alabastro. Los patios y jardines eran un prodigio de flores. Las celindas blanquísimas adornaban la primavera y ya serían inseparables de Granada. Los jazmines perfumaban las noches y los arrayanes marcaban los paseos de las bellas mujeres del harem. Hoy quedan solamente vestigios de ella en la Casa de los Moriscos, vecina a la iglesia del Salvador.

El año 1137 el príncipe Taxufin debe volver a África urgentemente. Los Almohades, de quienes ahora hablaremos, se habían rebelado contra su padre y eran necesarias allí todas las fuerzas disponibles porque el enemigo era de cuidado. Nada más marchar el ejército de Taxufin se organiza en Andalucía una nueva rebelión contra los Almorávides. Era demasiada opresión. Los musulmanes españoles, los muladíes y los descendientes de los taifas, beréberes o árabes, no soportaban su tiranía ni su opresión.

Los andaluces se sublevan contra los invasores. La revuelta comenzó en las partes bajas de Andalucía y se fue extendiendo por Ronda, Málaga, Granada, Almería, hasta Murcia. La lideraban varios caudillos, uno de los principales era un cordobés llamado Abu Giafar Hamdaim, que estaba apoyado por Achil ben Edris, un rondeño que sublevó la serranía hasta apoderarse de Jerez, Arcos, Medina Sidonia. En Almería no estaban unidos los sublevados. Unos seguían a Abdalá ben Mardanis y otros a otro cordobés llamado Dola Ben Hud Zafadolla, descendiente de los reyes de Zaragoza. La Garbía, también se levantó contra los Almorávides.

En Granada no esperaban otra cosa. Cuando se supo de la revuelta el pueblo entero salió a calles y plazas armado con gumías, estacas, lanzas o barras de hierro. Por una vez todos estuvieron de acuerdo en gritar muy fuerte contra los opresores Almorávides. Nadie podía contenerlos. Alí Abu Beker era el gobernador de la ciudad y no veía manera de contener a aquellas turbas exaltadas. Se retiró con un puñado de soldados a la torres Bermejas y allí se hizo fuerte.

Durante ocho días el pueblo buscaba por la ciudad a los Almorávides o a los traidores que les habían apoyado y les mataban sin piedad. La Cuesta de Gomeres era un ir y venir de gentes que clamaban venganza y muchas veces las ejecutaban con sus propias manos. Todas las calles cercanas a la Alcazaba Cadima o a las torres de defensa estaban tomadas por los revoltosos.

Por fin entraron en Granada por la puerta de Monaita siendo recibidos como dueños y conquistadores. La situación de los Almorávides era muy precaria en España y en África. Aquí por la tremenda animadversión que despertaban. En África porque una nueva tribu, un nuevo peligro venido del desierto les acechaba.

Bien. Tenemos suficientes elementos de juicio para hacer una afirmación. Eso de que durante la dominación musulmana convivían pacíficamente en nuestra tierra musulmanes, judíos y cristianos es un cuento que no sé quién se ha inventado. En el último siglo hemos visto dos exterminios de la comunidad judía de Granada, el exterminio y la expulsión de los mozárabes y tremendas matanzas de unos musulmanes contra otros.

Al poco tiempo de invadir España, aquellos Almorávides integristas moravitos pierden su original espíritu rigorista musulmán. Y aparece un nuevo peligro. Otro *Restaurador de la primitiva ley de Mahoma* llamado Mamad Ibn Túmart, un beréber de la tribu Masmûda, había tenido la ocurrencia de viajar a oriente en busca de ciencia y volvió con un proyecto tremendo en la cabeza. Trajo la intención de hacer una reforma radical en el Islam del Norte de África y de al-Andalus. Y como para estos visionarios la intención casi siempre va pareja a la determinación, decidió que había que hacer cambiar a todos los musulmanes por las buenas o por las malas. Las costumbres relajadas y blandas de los discípulos de Mahoma había que readaptarlas a su ser primitivo.

El segundo paso era hacer la guerra santa, que emprendieron inmediatamente con una fuerza tan tremenda como su determinación.

Con un ejército numeroso corrieron las tierras del norte de África, desde Tánger hasta la antigua Cartago en el reino de Túnez. Los Zenetes, Alárabes y Almohades se estaban haciendo dueños del mundo musulmán.

Una vez acabada la conquista de África decidieron someter las tierras de Andalucía.

En el año 1171 se produce un enorme terremoto en Córdoba. En realidad fueron una serie de terremotos que duraron más de un año. El epicentro debía estar en Sierra Morena, cerca de Andújar, más o menos. Sus causas y sus consecuencias son analizadas por los sabios de al-Andalus a la luz de los textos griegos. Si comenta Aristóteles el crecimiento de una de las islas Lípari hasta que una explosión de lava acompañada de terremotos la medio quitó del mapa, para los sabios árabes españoles el análisis del terremoto de Córdoba es paralelo. Los terremotos para ellos son debidos a una obstrucción de los poros de la tierra o al incremento de la materia de que se generan. Y sus clases se corresponden con las clases del movimiento del viento. Así que entre los poros de la tierra y el movimiento del viento organizan los temblores de tierra a su gusto.

El califa Almohade extendería la guerra santa en España desde Tudela hasta Santarem en Portugal. Tomaría Tarragona, Toledo, para volver a Sevilla donde hace un puente con barcos encadenados, muelles para facilitar la carga y descarga en el río, almacenes para sus provisiones, equipamientos y muros de defensa de la ciudad. Luego volvió a Marruecos, su centro operaciones.

En el año 1183 dirigió una nueva expedición por tierras españolas. Organizó su ejército y se preparó para pasar el Estrecho. Le acompañaba como médico el gran Averroes que presencia el ataque al Califa y le atiende en su lecho de muerte. En estos momentos de desgracia estuvieron presentes insignes médicos de quienes hay que decir unas palabras.

Vamos a dejar por un momento las expediciones guerreras y entrar en la vida cultural de nuestra tierra entonces. Se disfruta mucho leyendo sobre el tema que os acabamos de enunciar. Desde luego es muy difícil de resumir en dos o tres personajes. Sin perjuicio de que más adelante hablemos más ampliamente de otros, digamos una palabra acerca de tres de los grandes médicos que mencionamos a continuación. Son Abul Casis, del siglo X, Aben Tofail y su contemporáneo y discípulo Averroes.

Abul Casis fue el médico más famoso de su época y uno de los más ilustres que ha dado España en todos los tiempos. Debió nacer en Medina Azahara y estudió en Córdoba. Si se leen sus escritos se puede tener un conocimiento de lo que era la medicina española durante el califato.

Fue ante todo un cirujano, seguramente el primer hombre que practicó en serio la medicina quirúrgica. Desde luego no hubo un cirujano más conocedor de esta ciencia en toda la historia de la medicina arábigo española. Hasta entonces el oficio de la cirugía era ejercido por esclavos, barberos y buscavidas. Él lo elevó a ciencia, en el sentido que hoy se conoce.

Él fue el primer médico que estudió la cirugía como una ciencia diferente, basada en el conocimiento de la anatomía. Él ligó arterias, extrajo pólipos, hizo litotricias en mujeres y tallas perineales en mujeres y hombres, inventó el fórceps, inventó instrumental quirúrgico que nos dejó dibujado y que causa admiración hoy día, creó, en fin, un arte nuevo que nadie había cultivado antes que él.

En sus libros nos describe teorías generales sobre la medicina, la terapéutica práctica, luego estudia los medicamentos compuestos, el régimen alimenticio aconsejable en las distintas edades, los medicamentos simples, nos describe la técnica farmacéutica para preparar fórmulas magistrales, inventa aparatos, moldes para fabricar pastillas y hace una detallada exposición de la manera de prepararlas y conservarlas. Por último nos dejó un tratado completo sobre la cirugía con más de doscientos dibujos. Se divide en tres apartados, el primero para el cauterio, el segundo para operaciones con cuchillo y cirugía de ojos, dientes, hernias, cálculos y partos y el tercero para luxaciones y fracturas.

Siendo el verdadero creador de la ciencia quirúrgica, dice esto:

> *Nunca se debe acudir a la cirugía hasta que se compruebe que son impotentes los remedios usuales. En ninguna circunstancia se harán*

operaciones desesperadas ya que la cirugía no es admisible más que cuando el estado del enfermo permita probabilidades de éxito. Si el médico no ha reconocido de antemano la naturaleza del mal, si no ha determinado su verdadera causa, si guarda alguna duda en su conciencia, es un crimen intentar operaciones que pueden poner en peligro la vida o la salud de un semejante.

No podemos olvidar que entonces no disponían de antibióticos y en esas circunstancias se daban unas infecciones que se los llevaban rápidamente al otro barrio.

En su obra nos advierte de los daños que pueden sobrevenir por no conocer bien el sitio y la trayectoria que siguen venas, nervios y tendones. Cuando habla de las operaciones en que es necesaria la incisión advierte de los riesgos de hemorragia. Por eso vuelve a insistir en la necesidad de que el cirujano conozca perfectamente la anatomía.

Hizo operaciones de cabeza, para lo que llegó a inventar un trépanos especial con un tope para no dañar la masa encefálica. Trata también las luxaciones y fracturas y describe numerosos vendajes de varias clases, unos sólidos y bastante duros que hacía con telas y tierra mojada, la escayola en el siglo X.

La anestesia la daban aplicando unas veces cocciones de cáñamo indio y otras con aplicaciones de cizaña cocida. Y así dormían a los enfermos. ¡Ah! Y antes de operar, el cirujano se lavaba las manos con agua en la que habían destilado azahar, mirto, rosas y claveles. ¡Ahí es nada! Una maravilla.

Aben Tofail era de Guadix. Dos cosas. Una que nadie o casi nadie en Guadix conoce a su ilustre paisano. La segunda es que nadie o casi nadie sabe que su obra titulada *El filósofo autodidacta* fuera descaradamente copiada por Daniel de Foé cuando escribió su *Robinson Crusoë*.

Nuestro autor nació en Guadix en el año 1116 y fue un hombre sabio, autor de un libro como el referenciado que es una preciosa descripción del comportamiento humano, desde el punto de vista médico, sicológico y humano.

Aben Tofail si bien llegó a ser médico del califa, en realidad fue un místico contemplativo. Es un santo antes que un médico.

Digamos una palabra de gran Averroes, seguramente el más grande filósofo que haya dado España y junto al judío Maimónides el pensador más grande de nuestra tierra.

Averroes nace en Córdoba en el año 1126 cuando Ibn Taxufin era el emperador de todo el mundo musulmán al norte y al sur del Estrecho de Gibraltar. La revuelta de los Almohades estaba naciendo entre las tribus de África. Era de familia noble, española de siempre pero convertida al Islam desde hacía muchos años.

De niño estudia el Corán y después a los poetas clásicos musulmanes. Más adelante se especializa en el derecho musulmán y posteriormente se interesa por la medicina, ciencia en la que tiene maestros ilustres, entre ellos Abu Ja’far al-Turjâli, que sería médico personal del califa almohade Abu Ya’qûb Yûsuf. Averroes entra en contacto con la filosofía griega y leyó con bastante asiduidad a Aristóteles y otros sabios griegos.

Hay que recordar que se traduce a Aristóteles y a los sabios griegos ya en tiempos de la dinastía abásida en la Siria del siglo VII. Los sabios árabes, desde entonces, están familiarizados con los filósofos griegos y son precisamente esas traducciones las que se pasan al latín y luego a las lenguas romances para que llegue al occidente cristiano la noticia de los griegos. Los árabes, por tanto, son los primeros comentadores de Aristóteles en la Edad Media española.

Luego va a Sevilla donde se rodea de un grupo de literatos y científicos. A partir de entonces se dedica a escribir sobre medicina y filosofa, ciencias en las que sería maestro, no solamente de musulmanes sino también de cristianos.

Él es el primer *racionalista* que se empeña en demostrar que no existe discordancia entre la fe y la razón. Sus pruebas de la existencia de Dios a través del razonamiento recuerdan a Maimónides, a Santo Tomás de Aquino y los escolásticos cristianos, todos ellos posteriores. En el fondo la corriente de pensamiento es idéntica en las tres religiones monoteístas. Se diría que las tres hacen su escolástica, la musulmana Averroes, la judía Maimónides y la cristiana Tomás de Aquino.

Su esfuerzo de interpretación es tan idéntico en las tres religiones que parecería único. Afirman que aplicando la filosofa de Aristóteles se llega al conocimiento y a la explicación de lo divino por la razón y la lógica.

Como médico es una mente privilegiada. Fue presentado al califa por su maestro Tofail. Luego le sucederá como médico en la corte y acompaña al soberano en su muerte en el sitio de Santarem.

Igual que comenta y sigue a Aristóteles en lo filosófico, como médico sigue a Galeno, cuyas obras conoce y comenta con desenvoltura y suficiencia. Su técnica es sencilla. En sus libros, especialmente en su Obra Médica, repite una y otra vez:

—*Dice Galeno…*

Y continúa:

—*Yo digo:*

Así va comentando y superando con sus estudios y experiencia la ciencia de los clásicos, adaptándola a su tiempo. Llaman la atención los conocimientos que se

tenían de anatomía, fisiología y terapéutica.

El conocimiento que tenían de la anatomía estaba basado en la práctica del estudio de cadáveres, por tanto perfecto en cuanto a ubicación de los distintos órganos. La práctica de lo que hoy llamamos autopsia estaba prohibido en el Corán aunque se practicó, seguramente a espaldas de los alfaquíes. Gracias a ello conocían bastante bien el cuerpo humano, su funcionamiento así como las enfermedades y su tratamiento. Nada de enzimas, moléculas, plaquetas y otros componentes cuyo análisis es hoy tan común y tan estudiado. En cuanto a composición, pues lo húmedo, lo seco, etc. Y en cuanto a tratamientos, una profilaxis bastante natural basada en comer poco, bueno y sano, además de una aplicación de plantas y remedios medicinales basados en el libro de Dioscórides.

Averroes, justo es decirlo, hizo alguna majadería digna de ser contada. Enterró un rayo de sol en el Patio de los Naranjos de la Mezquita de Córdoba y profetizó, de acuerdo con su filosofía de unidad de la materia, que cuando pasaran algunos siglos y se desenterrara el rayo, se habría convertido en una barra de oro. Tonterías dice todo el mundo. Hasta el mismo Averroes. Sigamos con la historia.

Era el año 1184 cuando Jacub hizo solemne juramento de asumir sus funciones de Príncipe de los Creyentes.

Una vez pacificado el reino, organizadas las cosas en su corte y distribuidas las funciones de cadíes, alfaquíes y cortesanos, se dispuso a emprender su sagrada misión de hacer la guerra santa a los cristianos de España. Porque los cristianos españoles no cesaban de atacar las fronteras y territorios musulmanes. Era una continua guerra de desgaste y exterminio. Ahora que el Príncipe de los Creyentes estaba en África los cristianos españoles aprovechaban para matar, herir, arrasar y conquistar. Alfonso VIII había llegado en su atrevimiento a cercar la ciudad de Algeciras y desde allí enviar un correo a Jacub con un escrito que le retaba de manera bastante descarada.

El emir estaba en su corte de Marruecos cuando le fue leída esta carta. Sus ojos se encendieron con una mezcla de celo y de indignación. ¿Cómo se atrevía aquel rey mequetrefe e infiel a escribirle con esa insolencia? Le daría la lección que estaba mereciendo para que nunca más olvidara quién era el rey de los musulmanes y Príncipe de los Creyentes.

Mandó que se convocara una reunión urgente para que la carta fuera leída a los jefes de las tribus de los Almohades, Alárabes, Zenetes y Masamudes. Todos se indignaron y juraron vengar aquella afrenta del rey castellano. Era urgente volver a cruzar el Estrecho para hacer la guerra santa.

Una vez tomada la decisión de combatir, el rey llamó a su hijo y sucesor, le dio la carta de Alfonso y le mandó que diera la contestación que se merecía el rey castellano. El príncipe la volvió a leer y se dispuso a dictar al escribiente una

contestación que decía:

> *—Dijo Alá omnipotente: revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto y que no podrán evitar, ni escapar de ellos. Los sumiré en la profundidad y los desharé.*

Cuando el padre leyó la contestación de su hijo alabó su ingenio, llamó a un mensajero y lo envió a Algeciras con la respuesta. A continuación mandó sacar el pabellón rojo y la espada grande. Luego dispuso que se organizaran los escuadrones de los Almohades y los de todas las tribus. La orden era marchar inmediatamente para hacer la guerra santa en al-Andalus.

Desde la corte salieron correos para todas las provincias del reino. Debían congregarse todos los hombres capaces de hacer la guerra de todas las regiones de su imperio.

A medida que los correos del rey llegaban a su destino gentes de todas las edades, jóvenes y viejos, habitantes de montes y de valles, de aldeas, de almunias o de ciudades, acudieron a la llamada del rey.

Era el año 1195. La primera orden del monarca fue que se dieran dos comidas al día a sus hombres a fin de que estuvieran muy bien alimentados. Y salió un ejército enorme. Nadie volvía la cabeza. Eran tantos los hombres y los caballos que la tierra no tenía suficientes pastos para darles de comer en el camino, ni los ríos disponían de suficiente agua para dar de beber a un ejército tan enorme. Todos marchaban felices, ilusionados con el proyecto de hacer la guerra santa contra los infieles.

Cuando estuvieron a la orilla del mar dispuso el rey que fueran embarcando para pasar el Estrecho todas las taifas, una detrás de otra. Primero pasaron los Alárabes, luego los Zenetes, después los Masamudes, los Gomeres, más adelante los soldados voluntarios de las cábilas del Magreb, los ballesteros, los Almohades, los guardias del rey. Conforme iban pasando fueron acampando en las playas de Algeciras. Por fin pasó el Príncipe de los Creyentes con sus jeques Almohades, sus visires y alfaquíes. Todos hicieron la travesía con buen viento y mejor mar. Una vez reunidos en Algeciras se detuvieron un día para reorganizarse y emprendieron su marcha en busca del ejército cristiano.

El rey Alfonso VIII acampaba con sus hombres en la ciudad de Alarcos. El Príncipe de los Creyentes se encomendó a Dios y sin distraerse a derecha o a izquierda en batallas o gestas menores, se fue contra él. No estaba demasiado lejos.

Cuando se vislumbraba en el horizonte el castillo de Alarcos y se intuían los ejércitos cristianos, Jacub Almanzor reunió a sus jeques, caudillos y sabios. Dios manda y el profeta enseña que todo buen musulmán, antes de entrar en batalla para hacer la guerra santa, debe deliberar con los sabios jeques y caudillos la forma y el

modo de llevar a buen puerto la empresa que va a comenzar. Cuando estuvieron todos reunidos, Jacub Almanzor tomó la palabra para decirles:

> *—Manda Dios y enseña el profeta en su aleia que antes de las batallas de guerra santa haya reuniones para pedir consejo a los sabios sobre las arduas cosas de la guerra.*

Frente a él estaban todos los jeques Almohades según su rango y autoridad. Detrás se situaron los jeques de los Alárabes, luego los Zenetes, los de las cábilas de Masamuda, Gomara y Agza. Por fin estaban los jefes de todos los voluntarios. A cada uno de ellos los fue animando e informando de sus pretensiones, sus estrategias y sus objetivos. Cuando hubo hablado con todos mandó que entraran también los jeques y caudillos de Andalucía. También les habló uno a uno y por fin levantó la voz para decir estas palabras:

> *—¡Oh Andaluces! En verdad que los jeques y caudillos a quienes he consultado antes, si bien son muy prudentes y esforzados caballeros y muy prácticos en las cosas de la guerra y de gran constancia en las batallas para defender el Islam, con todo ello no tienen el necesario conocimiento de las estrategias de los infieles. Vosotros, como que sois sus fronterizos que andáis habitualmente en guerra con ellos, sabéis bien su modo de ordenar las haces, sus estrategias y sus engaños en las batallas.*

Los caudillos de Andalucía se consultaron entre sí en voz baja y uno de ellos, el más anciano y venerable, se adelantó para contestar al rey en nombre de todos con estas palabras:

> *—Señor de los fieles. Todos nosotros hemos puesto los ojos en un esforzado caudillo, de mucho valor, prudencia, destreza y uso en el menester de la guerra y de sus ardides, muy práctico y ejercitado en mirar por la gloria de los musulmanes. Se llama Senadid. Este te dirá, señor, lo que nosotros tal vez no acertaríamos a decir.*

Mandaron entrar a Senadid, al que Jacub Almanzor preguntó su opinión sobre la mejor manera de llevar adelante aquella batalla. Él se puso ante el rey y dijo:

> *—¡Oh amir de los fieles! En verdad que los cristianos, ¡destrúyalos Dios!, son muy arteros y mañosos en cuanto a las estratagemas de la guerra y es*

conveniente que nosotros también hagamos lo que ellos hacen. Mi opinión es esta, salvo la tuya, señor, que para dar la batalla acometan los Almohades, de reconocido valor y lealtad. Luego marchen los andaluces acaudillados por sus jeques y todos estén mandados por un único caudillo, el más valeroso de los tuyos. Con estos, que son la flor y nata de tus tropas y los más escogidos de los españoles, se formará la primera batalla. A continuación pelearán todas las cábilas que vienen con los Alárabes, los Zenetes, Masamudes, de Agza y de otras provincias y todos los voluntarios valentísimos que acompañan a tu ejército y le llevan a la victoria. Con estos dos haces romperás a los enemigos, ¡destrúyalos Alá!, y tú, señor, con tus Almohades y los guardias negros estarás cerca del campo de batalla, en lugar oculto y de espaldas a los musulmanes. Si con ayuda de Dios, para engrandecimiento de tu imperio y soberanía, vencemos al enemigo, saldrás a completar su vencimiento y derrota. Si no acaeciere así, acudirá toda tu gente en socorro de los que le necesitemos y de esta manera se contendrá el ímpetu de su fortaleza y acabará su esfuerzo y valentía, o más bien su arrogante y vana soberbia. Esto me parece, señor. Así Dios te haga venturoso.

Almanzor había escuchado con suma atención al andaluz, sin perder una palabra de lo que decía. La contestación le salió de muy adentro:

—Guala, guala. Que tu consejo me parece dictado por el Señor. Bendito sea y páguese de ti.

A partir de ese momento todo el ejército musulmán entró en una actividad febril. Una vez asumidas por el rey las indicaciones de Senadid los jeques ordenaron a sus hombres de la manera indicada para la inminente batalla y se dispusieron a pasar la noche descansando, inquietos por una parte y deseosos de luchar por su fe hasta derramar su sangre si fuese necesario.

El rey no podía dormir. Se recostó en su alfombra y se dispuso a orar. Rezaba a Dios pidiéndole su ayuda en este momento tan decisivo. Luego pensaba en la mejor manera de organizar la batalla y poco a poco se fue quedando relajado, entre el sueño y el éxtasis. Cuando despuntaba el alba sus ojos se cerraron vencidos por el cansancio. Un momento, sólo un momento después despertó muy contento. Casi gritaba de alegría. Llamó a voces a los jeques y alfaquíes que acudieron sobresaltados. Cuando estuvieron en su presencia les dijo:

—Os he llamado para deciros lo que Dios acaba de manifestarme en un

sueño en esta hora tan venturosa. Mientras yo hacía mis postraciones en la azala los ojos se vencieron por el sueño y me quedé traspuesto. Entonces vi abrirse las puertas del cielo y me pareció que salía por ellas un caballero montado en un caballo blanco. En su mano traía una bandera verde desplegada que ocupaba todo el espacio de la tierra. Me dio azala y le dije: —¿Quién eres? Así Dios te salve. Y me respondió: —Yo soy un ángel del séptimo cielo y te vengo a anunciar la victoria de parte del señor de los mundos. Tú y los que vienen contigo a la guerra santa y militan debajo de tus banderas por la fe, recibirán los premios de Alá.

Jacub Almanzor se vistió todas las prendas de su alta alcurnia y empuñó las armas. Luego entró en su pabellón rojo, desde el que tomaría el mando de las operaciones. Mandó llamar a Abu Yahye Abu Hafas, el jefe de los Almohades. Era este un gran soldado, conocedor de sus hombres y de las artes de la guerra, austero como todos los caudillos de su raza y sumamente religioso. Puso bajo sus órdenes la primera línea de fuego, compuesta por Andaluces, Alárabes, Zenetes y otras tribus africanas. Inmediatamente se enarbolaron las banderas y se hicieron sonar los tambores para que todos supieran que el rey había nombrado un caudillo y que las tropas debían obedecerle.

La tribu Henteta y el resto de tropas de Andalucía las puso bajo el mando de Senadid y así todas las demás. Cuando todos estuvieron organizados se dio orden de marcha y todo el ejército inició su caminar al encuentro del enemigo cristiano.

Iba delante el jeque Abu Yahye montado en un caballo grande, vistoso, como que él también supiera que iba a la guerra contra los cristianos. Le seguía el caudillo andaluz Senadid acompañado por su escolta y seguido por muchos caballeros andaluces que deseaban mostrar su valor al rey de todos los musulmanes. Con ellos caminaba la vanguardia del ejército, la fuerza de choque mejor entrenada que se presentó nunca a la guerra en España. Así hasta que los vigías y campeadores divisaron el lugar donde estaban acampados los cristianos.

Los adalides musulmanes sintieron una profunda emoción al contemplar aquel espectáculo y trataron de memorizar el lugar donde estaban acampados, sus posibles puntos de debilidad o fortaleza, la cantidad de sus tropas y sus lugares de defensa. Luego volvieron para encontrarse con Yahye y contarle cuanto acababan de ver.

El ejército cristiano mandado por Alfonso estaba acampado en una ladera bastante pronunciada al pie de un cerro escarpado. Sus tropas ocupaban no solamente las alturas sino también el llano que existía delante de la fortaleza de Alarcos.

Por la mañana, cuando el alba apenas se había insinuado y las estrellas dejaban paso a una luz sonrosada, los obispos dijeron sus misas, dieron absolución general de

sus pecados a todos los cristianos, invocaron a Dios y a Santiago, empuñaron sus armas y salieron al campo de batalla con una decisión que ahora parecía flaquear. Por encima de las espadas y las lanzas, por encima de los caballos se enarbolaba la cruz como que fuera un arma de defensa y ataque contra los enemigos de la fe.

Al salir el sol el ejército musulmán inició su marcha al encuentro de sus enemigos cristianos. Iban en perfecto orden de batalla. Abu Yahye había mandado la estrategia. Cada tribu sabía cuál era su misión ya que los caudillos llevaban su propia bandera que les servía de guía. La bandera verde la portaban los voluntarios. A la derecha iba el ejército de Andalucía y a la izquierda los Zenetes, Alárabes y demás tribus africanas. Por delante iban los voluntarios Algazares y los ballesteros. Yahye, con la tribu Henteta, quedó en el centro mismo del ejército.

Cuando todos estuvieron apiñados alrededor de sus banderas, encarando ya a los cristianos, se adelantó Germón ben Rebah, el caudillo de los Alárabes y recorrió las filas de los combatientes recitándoles aleyas del Corán para que sus ánimos estuvieran fuertes con la esperanza de premios terrenos y celestiales para los fieros combatientes de la fe.

Los cristianos que estaban en las laderas del cerro al lado de la fortaleza de Alarcos se pusieron en movimiento. Una formidable columna de ocho o nueve mil caballeros protegidos con pesadas armaduras de hierro se dispusieron a atacar al ejército musulmán. Era formidable. Desde el campo musulmán se veían relucir los morriones brillantes y acerados junto a las armas de bronce bruñido. Las lórigas escamadas se oían rechinar. Su estridente ruido se mezclaba con los relinchos de los caballos y las voces de los soldados que se lanzaban a la batalla. Eran caballeros cristianos que deseaban emular a los cruzados y estaban sedientos de sangre. El espectáculo que se ofrecía a los ojos de los musulmanes era impresionante. Entonces Yahye se adelantó a los suyos y les gritó con todas sus fuerzas. Su voz parecía un trueno:

> —*¡Ea, amigos míos! Estad firmes. Que nadie pierda su puesto. ¡Ánimo! Peleamos en servicio de Dios. Tenedle en vuestros corazones que Dios poderoso y glorioso os hará vencedores. Esta es la primera hazaña. Luego seguirán el glorioso martirio y el paraíso o la victoria y la posesión de ricos despojos.*

Yahye caminaba por entre las filas de sus soldados con la espada en alto y los ojos inyectados de un ardor guerrero que deseaba infundir a los suyos. Parecía un fantasma de otro mundo. Luego continuó:

> —*¡Ea, servidores de Alá! ¡Ánimo! Alá pelea. Vosotros sois soldados de*

Alá y los que le siguen son vencedores. ¡Ved que Dios pone en nuestras manos a nuestros enemigos! ¡Ánimo y a por ellos!

No había terminado su arenga cuando la caballería cristiana se estrelló con una fuerza infinita contra las lanzas de los musulmanes que les esperaban firmes en sus puestos. Fue un choque violentísimo. Murieron muchos hombres de ambos bandos. Los caballos caían heridos por lanzas musulmanas y arrollaban por igual a luchadores de los dos bandos. La piña formada por los defensores estaba protegida por sus lanzas que apoyadas firmemente en el suelo clavarían a los atacantes.

Los caballeros cristianos retrocedieron un poco para rehacer sus filas y volver a cargar con nuevos ímpetus. Sin embargo, primero los ballesteros musulmanes y luego los lanceros con sus lanzas apoyadas en tierra les rechazaron nuevamente. Volvieron los cristianos a retroceder y esta vez se tomaron un pequeño respiro mientras recomponían sus filas. El gran Senadid, dándose cuenta de que podrían también ellos tomar algo de aliento, aprovechó el momento para dar ánimos a los suyos. Dando unas voces tremendas les decía:

—¡Ea, compañeros! ¡Firmes! ¡Ea, musulmanes! ¡Que Alá, que es tan alto, afirme vuestros pies para esta acometida!

Los cristianos habían decidido lanzar el asalto definitivo. Estaban enfurecidos por su escaso éxito en las dos embestidas anteriores. También estaban confundidos por las pérdidas sufridas y por el cansancio.

Esta vez atacaron al centro mismo del ejército musulmán, donde suponían que se encontraba el emir. Su empuje fue enorme. Los caballos, heridos por las espuelas de sus jinetes, también embestían contra los musulmanes, arrollándoles e hiriéndoles con sus escamadas defensas. Los cristianos querían reafirmar su incontrastable supremacía en ataques con escuadrones de caballería. Las espadas y las lanzas cristianas estaban haciendo estragos en sus enemigos.

El empuje de los cristianos esta vez fue terrible, tanto que Yahye pereció aplastado por la caballería cristiana. Los combatientes de la tribu Henteta que rodeaban a Yahye fueron pasados a cuchillo igual que otros muchos voluntarios musulmanes. A todos estos les cupo la gloria del martirio en defensa de su fe.

Parecía de noche. El polvo, el sudor, la sangre, los gritos de furia y de dolor se extendían por las laderas contiguas a la fortaleza de Alarcos. Cuando los cristianos presentían una durísima, fatigosa victoria, apareció el segundo cuerpo de ejército musulmán mandado en persona por el emir. Estaban frescos, descansados. Las cábilas de los voluntarios Alárabes, los Algazaces y los ballesteros en número infinito se incorporaron a la pelea con una furia tremenda. Rodearon al ejército cristiano y le

envolvieron por todas partes. Senadid, el caudillo andaluz, había tomado el mando en lugar de Yahya. Le seguían los Andaluces, los Gomeres, Zenetes y Masamudes. Su empuje hizo que retrocediera el ejército cristiano hasta el collado donde estaba Alfonso. Unos fueron destrozados en el cerco a que les sometieron los musulmanes, otros fueron perseguidos por todas partes. Eran muchísimos. Cerca de trescientos mil entre caballería y soldados de a pie. Cuando se vieron perdidos se trataron de acercar a Alfonso para buscar su ayuda y amparo. Pero ya allí estaban los musulmanes matándoles.

Entonces volvieron sus caballos para huir sin dirección, desordenados, cada uno a donde mejor le pareciera. Pero los musulmanes les seguían a todas partes. Los Alárabes, los voluntarios, los de la tribu Henteta, los ballesteros, los Algazaces, los machacaban hasta acabar con ellos.

Uno de los notables caballeros Alárabes salió corriendo para avisar al emir de aquella gloriosa batalla. Cuando escuchó lo que le estaba diciendo el mensajero se le encendieron los ojos de alegría. Inmediatamente tomó a sus tropas Almohades y salió hacia el lugar donde estaban siendo masacrados los cristianos para participar él también en la batalla. El cuerpo de ejército mandado por el emir se dirigió directamente al lugar donde estaba peleando Alfonso intentando ya defender lo indefendible. Primero atacó la caballería mora. Sus banderas desplegadas se acercaron amenazantes al lugar donde Alfonso peleaba sudoroso y desesperado. Luego tocó el turno a la infantería que iba precedida del atronador ruido de los tambores y las atakebiras. Aquellos golpes hacían que temblase la tierra. Alfonso alzó su cabeza y vio muy cerca las banderas Almohades, entre ellas el pendón de Jacub Almanzor, en el que brillaban unas letras bordadas en oro que decían:

Lé Alá ilé Alá, Mohamed Rasul Alá, le galib ilé Alá.

Que quiere decir:

No hay Dios sino Alá. Mohamed enviado de Alá. No es vencedor sino Alá.

Alfonso gritó aterrado:

—¿Qué es esto?

Uno de sus nobles le contestó:

—¿Qué ha de ser? El enemigo de Dios, el emir de los musulmanes, te ha

vencido y llega con su retaguardia. Sola su vanguardia deshizo tu ejército.

Alfonso se sintió perdido. No pensaba más que en huir. Allí muy cerca estaba la fortaleza de Alarcos. Si conseguía refugiarse en ella quizá se salvara. Dio un tirón de las riendas de su caballo e inició una huida desesperada en la que le siguieron los miembros de su guardia personal. Pero los musulmanes les seguían, matando a los que se iban quedando rezagados. Aquello era una orgía de sangre y de muerte. Las espadas y las lanzas quedaban clavadas en los cuerpos. Los atacantes no tenían ya fuerzas para sacarlas de los muertos y buscar más carne cristiana y más muerte. Los malditos cristianos debían apurar hasta el final la amarga copa de la derrota.

Los musulmanes cercaron la fortaleza de Alarcos. Alfonso se había introducido en ella y había que darle muerte. Sin mucho esfuerzo consiguieron entrar pero Alfonso ya no estaba. Había entrado por una puerta y salido por otra, sin detenerse siquiera para dar un respiro a su caballo. Los musulmanes entraron con la altanería de los vencedores, quemaron sus casas, sus iglesias y mataron a todos sus defensores. Las riquezas de la fortaleza y sus tesoros pasaron a manos de los vencedores.

La lucha había sido feroz. Se había deshecho la flor y nata de la caballería cristiana que soñara emular en España las hazañas de los cruzados en Tierra Santa. Diez mil caballeros cristianos habían perecido bajo las armas de Jacub Almanzor.

La victoria de Alarcos fue sin duda la más grande y gloriosa que los musulmanes consiguieron en España. Jacub Almanzor estallaba de gozo. Ningún caudillo musulmán, desde tiempos muy remotos, había conseguido una victoria tan grande sobre los malditos cristianos. Sus cadíes y alfaquíes apenas se daban tiempo para reflexionar. Recordaron a sus muertos, ya mártires de la fe y a partir de ese momento no pensaban más que en celebrar la proeza.

Los festejos fueron impresionantes. Desde el campo de batalla salieron correos para anunciar la gratísima nueva de la victoria. Iban a cada una de las provincias sometidas a la obediencia de Jacub Almanzor, tanto en España como en África.

En el mismo campo de batalla el emir mandó que se repartieran las riquezas apresadas, tesoros sin número de oro, plata y piedras preciosas, ricas piezas de tela, armamento moderno, caballos fortísimos y muy útiles para las guerras y un sinfín de cosas más. Una quinta parte de todo ello pasaría al tesoro del emir y el resto se dividiría proporcionalmente entre las tropas victoriosas.

El ejército musulmán no se dio respiro. Descansó un par de días y se dispuso a aprovechar el buen momento para correr la tierra circundante. Tomaron ciudades y fortalezas, quemaron aldeas, alquerías y almunias, se apoderaron de infinitos tesoros, mataron y cautivaron a muchos cristianos que ahora se sentían indefensos. Y hecho esto volvieron triunfantes a Sevilla.

La entrada del ejército en Sevilla fue memorable. Nunca antes, ni tampoco

después, se recibió a un ejército y a un rey con mayores fastos. La ciudad estaba engalanada con mil farolillos, guirnaldas de flores, arcos de triunfo y alfombradas sus calles con romero y pétalos de rosas. Los soldados de las tribus vencedoras en Alarcos no habían visto jamás un recibimiento tan vistoso y triunfal como el que estaban teniendo. Pasaban por las calles a la orilla del Guadalquivir mostrando sus armas y sus trofeos conquistados a los temibles cristianos en una batalla memorable. El pueblo sevillano gritaba, aplaudía, cantaba alegres estrofas para celebrar aquel día tan grandioso para la fe musulmana.

El rey cerraba el desfile triunfal rodeado de sus soldados Almohades y contemplaba el espectáculo único de aquella ciudad unida a sus hombres, todos rezando, aplaudiendo, llorando, cantando. Mientras miraba a sus soldados y al pueblo de Sevilla celebrando juntos la victoria tuvo una idea, una genial, fenomenal idea. Con las riquezas que había obtenido en Alarcos mandaría construir en Sevilla una magnífica aljama. Y en el centro de ella edificaría un alminar muy alto. Sería cuadrado, de preciosa fábrica, el más esbelto de los alminares que nunca se hubieran construido y que recordara para siempre su gloriosa hazaña. Más aún. El grandioso alminar presidiría ya para siempre la ciudad de Sevilla de tal manera que cuando pasaran muchos siglos y se hubiera casi olvidado la batalla de Alarcos, seguiría existiendo alto, esbelto, presidiéndolo todo como si la ciudad nunca hubiera existido sin ese alminar.

Había que darse prisa en terminar la construcción de su aljama y su alto alminar. Abu Alait el Sikeli, el encargado de la grandiosa obra, en verdad la estaba haciendo como el emir la había soñado. La ciudad de Sevilla sería a partir de entonces grande, hermosa, recordada y única entre las ciudades del mundo.

Jacub Almanzor miraba a un lado y a otro y vio cerca de Sevilla, al otro lado del río Guadalquivir, un monte y en él mando construir un castillo que se llamaría Hasn-Alfarag y sería como un centinela que vigilara desde lo alto a Sevilla, su aljama y su alminar.

Cuando esta inmensa obra estuvo bastante avanzada pensó que debía visitar la otra parte de su reino. Organizó su ejército, lo embarcó y pasó felizmente a África, a su ciudad de Marruecos (Marrakech) donde soñando con Sevilla mandó edificar una torre que también allí recordara su grandiosa batalla de Alarcos y emulara en la lejanía a su Giralda sevillana. Allí también mandó que se construyera un alminar grandioso en la *aljama de los Catabinas* que, como en Sevilla, engrandeciera la ciudad e hiciera recordar para siempre al grandioso Príncipe de los Creyentes.

Y de Marrakech a Rabat, donde gastó una fortuna inmensa en construir la ciudad y edificar una nueva aljama.

Poco después enfermó. Con la misma serenidad con que dirigió las batallas mandó que su hijo jurara y se le declarara como su sucesor y así fuera recibido por

todos los príncipes Almohades y de otras provincias, tanto africanos como andaluces.

Poco después murió en la alcazaba de Marrakech, el mejor, el más virtuoso de los reyes Almohades, el más valiente de entre los Príncipes de los Creyentes.

A Jacub Almanzor le sucedió su hijo Mohamed Anasir, a quien llamaron *El Verde* porque usaba turbantes y albornoces de ese color. Era delgado, bien proporcionado, de tez blanca, de ojos negros y profundos, de barba negra y grande. Miraba como si estuviera abstraído. Era muy prudente pero no se ocupaba con interés de los asuntos del Estado y de la guerra. Dejaba a sus ministros y visires todas las graves decisiones de un rey y eso era una imprudencia porque sus fronteras, especialmente las del norte, estaban continuamente amenazadas.

Los cristianos se estaban rehaciendo de la derrota de Alarcos. Vílchez, Úbeda y Baeza estaban siendo arrasadas.

Anasir estaba en Marruecos cuando le llegó la noticia de la toma de Salvatierra. El maldito Alfonso, humillado por su padre, había vuelto a levantar cabeza. Desde Andalucía le llegaban correos quejándose de las fechorías de los cristianos que ocupaban pueblos, arrasaban y quemaban las fortalezas, cautivando y matando a sus moradores.

El emir mandó que se reuniera un ejército para pasar el Estrecho y llevar la guerra santa a Andalucía, como lo habían hecho su padre y su abuelo.

Alfaquíes y santones salieron de nuevo por ciudades, aldeas y almunias a predicar la guerra santa. Anasir distribuyó entre sus caudillos cantidades ingentes de dinero con que pagar las levas y envió mensajeros a todas las provincias.

La respuesta fue inmediata. Los súbditos del emir, recordando la victoria de Alarcos y sintiéndose buenos musulmanes, acudieron en masa a la llamada.

Un inmenso gentío se iba congregando en Marrakech de todas las tribus y provincias. Venían gentes de a pie y de a caballo, jóvenes y mayores. Cuando estuvo listo el ejército se aproximaron al Estrecho y fueron embarcando poco a poco. Después de los Almohades embarcó Anasir y llegó felizmente a las playas de Tarifa, donde acudieron a darle la bienvenida los caudillos de Andalucía con sus alfaquíes. El ejército se reorganizó tras el desembarco y se puso en marcha en dirección a Sevilla.

Era una muchedumbre inmensa. Estaban divididos en secciones que se extendían por montes y valles, campos y llanuras. Anasir estaba muy satisfecho con el ejército que llevaba. Mientras marchaba hacia Sevilla se ocupaba de que todos fueran perfectamente encuadrados en cinco cuerpos de ejército, dependiendo de su tribu o lugar de procedencia. Los Alárabes, Zenetes, Masamudes, Zanhagas, Gomeres, voluntarios hasta ciento setenta mil hombres entre infantes y caballeros. Además contaba con los Almohades y los Andaluces. Así llegaron a Sevilla. Desde allí marcharon a reconquistar el castillo de Salvatierra, principal bastión de los caballeros

de Calatrava.

Alfonso VIII sintió una vez más en sus carnes el peligro Almohade. Cuando supo qué ejército venía a enfrentársele se preocupó grandemente. Les había sufrido y esta vez, con experiencia, preparó concienzudamente el recibimiento.

Lo primero que hizo fue enviar al obispo de Segovia para informar al Papa Inocencio III de la inquietud de los cristianos por la pérdida del castillo de Salvatierra. Por ello le solicitaba ayuda eficaz e inmediata. La segunda medida que tomó fue convocar cortes del reino para obtener la ayuda incondicional de sus vasallos.

En verdad que esta era una nueva Cruzada. Europa entera estaba conmovida con las Cruzadas de Tierra Santa y tan importante era parar los pies a los Almohades en España como reconquistar Tierra Santa.

El Papa publicó la Bula de la Santa Cruzada. Decretó que se hicieran penitencias, ayunos y oraciones para que todos los cristianos acudieran en ayuda de España. El lugar de reunión era Toledo, donde comenzaron a acudir soldados y caballeros de Castilla, Aragón, Francia, Italia y Alemania. Era tal la cantidad que el recinto de Toledo no podía cobijarles a todos.

No había lugar para las dos civilizaciones en España y esta vez sí que se iba a decidir quién era el dueño de al-Andalus.

Anasir salió de Sevilla hacia Salvatierra que otra vez había caído en manos de los cristianos. El ejército Almohade era inmenso. Su caminar un espectáculo de soldados, animales, máquinas de guerra y mantenimientos. Asolaban las tierras por donde pasaban y daban miedo a cuantos se atrevían a contemplar su desplazamiento.

Salvatierra es una fortaleza situada en lo más alto de un monte. El ejército acampó en las laderas y cercó el castillo. Cuarenta máquinas de guerra se adosaron a los muros para destruir sus defensas sin que consiguieran gran cosa. La plaza estaba muy bien defendida y el cerco se alargó más de la cuenta, se adentró la época de lluvias, lo que hizo que muchos soldados perecieran por dormir a la intemperie. Todo el ejército musulmán estaba disgustado con aquella expedición, costosa en hombres y materiales pero sin un objetivo que justificara ese derroche de energías.

Alfonso tenía sus espías que observaban atentamente al ejército enemigo. Sintió alegría al ver que esta vez los vientos soplaban a favor suyo y envió mensajeros a los reinos, ciudades y aldeas convocando a todos a esta auténtica cruzada contra los musulmanes.

Las cruces se alzaban en las tierras cristianas y bajo ellas se alistaron reyes, nobles, caballeros y gente del pueblo. Cuando tuvo bien organizado el ejército lo puso en marcha al encuentro de su enemigo.

Lo primero que hizo fue cercar la fortaleza de Calatrava, una espina musulmana clavada en donde más dolía a los cristianos desde la derrota de Alarcos. Mandaba la

plaza un caudillo andaluz muy querido por los musulmanes llamado Aben Cadis. A sus órdenes había setenta caballeros musulmanes que tenían la misión de mantener la fortaleza y la frontera. Alfonso mandó a sus hombres que estrecharan el cerco y trataran de escalar los muros, que Aben Cadis defendía con extraordinaria bravura.

El andaluz envió correos pidiendo la ayuda de Anasir pues comprendía que le iba a ser muy difícil mantenerla. Sin embargo sus cartas no llegaban al emir porque su visir se las ocultaba.

Aben Cadis estaba pasándolo muy mal en Calatrava, tanto que no encontró otra solución que pactar con Alfonso una rendición honrosa y una entrega de la fortaleza, tan deseada por los caballeros cristianos.

Los musulmanes salieron de Calatrava derrotados pero sus vidas se respetaron con arreglo a lo firmado en la rendición. Aben Cadis salió también de allí y partió para encontrarse con Anasir.

El emir no había sido informado por su visir de las cartas que desde Calatrava le enviara Aben Cadis. Cuando lo tuvo en su presencia le echó en cara la supuesta cobardía que habría cometido y mandó que allí mismo le mataran.

Los caudillos Andaluces sabían que no había existido tal cobardía ni traición sino que el emir estuvo muy mal informado por su visir. A partir de entonces no confiaron en Anasir y juraron vengar alguna vez la injusticia cometida en la persona de Aben Cadis.

El emir sintió profundamente la pérdida de Calatrava y mandó que el ejército atacara definitivamente Salvatierra que al fin se rindió a los musulmanes.

Solventadas con un empate, uno a uno, las batallas intermedias, era inevitable el enfrentamiento entre aquellos dos poderosísimos ejércitos. Los dos habían perdido y ganado una fortaleza, los dos tenían sus fuerzas intactas. Sin embargo en el bando musulmán había nacido la desunión.

El grueso del ejército castellano dejó la meseta para asomarse al puerto de Almuradiel. Luego exploraron detenidamente los escabrosos terrenos de las serranías y descubrieron el lugar donde estaba acampado el ejército musulmán.

Los cristianos se acercaron al paso de *la Losa* que estaba defendido por un contingente de musulmanes. Los cristianos estaban en un apuro, hundidos en angosturas donde ni siquiera podían montar sus caballos, la mejor fuerza con que contaban. Se dice que en ese crítico momento apareció un pastor que conocía el terreno porque guardaba por allí sus ganados y les enseñó los senderos por los que podrían salir a campo abierto. Don Diego López de Haro y Garci Romeu de Aragón recorrieron las veredas de cabras que les mostraba el pastor y descubrieron unos pasos, recorrieron caminos increíbles y más allá unos llanos ideales para desplegar los ejércitos. Siguiendo sus indicaciones el ejército abandonó Castro Ferral hacia Navas de Tolosa.

A la entrada de Andalucía había dos castillos, llamados Molosa y Tolosa, que daban salida a los pasos de montaña y guardaban las rutas hacia el sur. Los Almohades estaban defendiendo el paso de *la Losa* cuando descubrieron que los cristianos habían plantado sus tiendas en las llanuras cercanas a las Navas de Tolosa.

Los musulmanes acudieron inmediatamente a los lugares cercanos al campamento cristiano. El espectáculo era imponente. Parecían hormigas, o langostas que invadieran aquellas colinas. Los esclavos de Anasir colocaron la tienda del rey en un cerro que lo dominaba todo. Era una preciosa tienda de terciopelo color carmesí bordada con perlas preciosas, adornada con franjas de púrpura y flecos de oro.

El domingo día 15 de julio los dos ejércitos se colocaron frente a frente. Los obispos y frailes recorrían las filas de los soldados tratando de inculcar en ellos las bondades de una guerra santa. En previsión de una posible muerte en el combate daban la absolución a los que se sentían pecadores.

En otros lugares del campamento los nobles armaban caballeros a los que aún no lo eran. Todos sentían miedo, se daban ánimos, se preparaban para vivir o tal vez morir en una batalla que se libraba entre dos civilizaciones, dos mundos irreconciliables.

En el lado musulmán los alfaquíes lanzaban sus sermones a los soldados, dándoles idénticas motivaciones para luchar y morir defendiendo a Dios, paradoja de las ideologías, el mismo por el que luchaban los cristianos. Ellos, los alfaquíes, prometían igual que los obispos y los frailes cristianos, el martirio y el paraíso en el más allá para el que muriera defendiendo su fe y su religión.

Al amanecer del día siguiente Alfonso mandó que se diera un pregón anunciando la inminente batalla. Cada cual debía ensillar su caballo, tener en las manos sus ballestas, sus lanzas, sus adargas. Pero antes deberían todos arrodillarse, oír misa con mucha devoción, confesarse quien lo necesitara y recibir la bendición de los obispos.

A continuación Alfonso se reunió con sus nobles para distribuir los cuerpos de ejército y asignar a cada uno su lugar en la pelea. Todos querían ir en vanguardia para ser los primeros en entrar en batalla contra los Almohades. Alfonso encargó al catalán Dalmau de Crexel que ordenara a los hombres y asignara terrenos de lucha y funciones.

Se formaron cuatro divisiones. Una la mandaría Don Diego López de Haro, otra el rey de Navarra Don Sancho, otra el rey de Aragón y otra el rey de Castilla. Las tres primeras formarían la línea de ataque y la cuarta, mandada por el propio Alfonso, quedaría en retaguardia como reserva. Los grandes campeones, los priores de las órdenes militares, los templarios, los señores de los concejos de las grandes ciudades, los alféreces y demás caballeros con sus tropas se distribuyeron en las divisiones según su procedencia y se les asignaron misiones específicas a cada uno.

Los musulmanes a su vez distribuyeron el ejército en cinco divisiones, formadas

en media luna. La vanguardia la componían los Zenetes, los Masamudes, Zanhegas y los Gomeres. Los voluntarios Almohades iban en los extremos tremolando sus pendones y los Andaluces quedaron en la retaguardia. Detrás de los andaluces se colocaron tres mil hombres montados en camellos perfectamente alineados. Y detrás de todos se hizo un gran círculo con diez mil negros amarrados con cadenas por los pies para evitar que huyesen y en el centro de ellos sobresalía la tienda del Miramamolín que estaba sentado sobre una adarga y tenía los ojos fijos en el Corán. Le rodeaba un coro de santones que rezaban y recitaban aleias.

Los pájaros anunciaron la aurora. Cuando se insinuó por el oriente una leve claridad, un murmullo de excitación se fue extendiendo por los dos campamentos. Los musulmanes por una parte y los cristianos por otra ensillaban rápida y sigilosamente sus caballos. Los soldados se ajustaban los jubones, colocaban sus celadas e iban tomando sus armas. Poco a poco la claridad de la aurora iba venciendo la oscuridad de la noche y poco a poco aumentaban las voces de mando de los caudillos y capitanes de ambos ejércitos. Cuando un tenue rayo de sol iluminó las praderas cercanas al castillo de Tolosa, encontró ya alineados a los dos ejércitos, frente a frente, silenciosos, excitados, listos para pelear hasta la muerte.

Los atabales y las trompetas sonaron en los dos bandos anunciando la inminente batalla. Cuando acabaron sus sones, dos gritos enormes, desgarrados, se escucharon en uno y otro lado. Unos, los cristianos, escucharon el grito de:

—*¡Santiago y España!*

En el lado musulmán un capitán Almohade gritó:

—*¡Alla hu Acbar!*

Y ambos ejércitos se acometieron con una fiereza infinita mientras una espesa nube de polvo, sudor y sangre invadió el campo de batalla.

Don Diego López de Haro iba en vanguardia y fue el primero en chocar con los musulmanes. Le acompañaban los mejores caballeros del ejército pero no pudieron resistir el empuje de los árabes que cabalgaban en caballos pequeños, ágiles y veloces como el viento. Gritaban y clavaban sus lanzas como si fueran diablos salidos de algún antro de muerte. Las primeras filas cristianas quedaron deshechas y Sancho Fernández, que portaba el pendón de Madrid con un oso pintado, huyó por un barranco.

Aquello sonaba a vergonzosa retirada. Alfonso estaba esta vez pendiente de todo. No podía permitirse una nueva derrota. Se le revolvieron las entrañas al ver cómo Sancho Fernández volvía la espalda al enemigo a la primera dificultad. Alfonso no

pensó ni un momento en el peligro que corría. Cuando le tuvo cerca le echó una reprimenda ejemplar. Combatía por su religión y portaba una bandera, la de Madrid, que representaba la gloria de un pueblo grande. ¡Había que volver, luchar hasta el último aliento, vencer! Sancho Fernández volvió sobre sus pasos. Quizá sintiese vergüenza o miedo a su rey, el caso es que volvió a la pelea, a luchar como un verdadero campeón.

Don Diego López de Haro estaba peleando en primera línea. Sus cuarenta caballeros le seguían. Era un hombre experimentado. Su armadura era excelente. Mató a muchos moros pero la segunda vez que atacaron los Almohades ya no podía resistirles. Eran demasiados y muy fuertes. Menos mal que vinieron a ayudarle Garci Romeu con sus caballeros en primer lugar y después Don Pedro, el rey de Aragón. Estas inestimables ayudas aliviaron a Don Diego pero no doblegaron a los musulmanes que les atacaban.

La situación se volvía cada vez más preocupante para los cristianos. Un grupo de jinetes musulmanes acababa de traspasar las líneas cristianas y se acercaban peligrosamente al campamento de Alfonso.

El rey de Castilla, como el musulmán, tenía a su alrededor una legión de clérigos que canturreaban salmos y antífonas. El miedo les hacía andar muy desentonados y sus cantos se antojaban una parodia ridícula. Desde luego, al divisar de cerca los turbantes, sintieron pavor y salieron corriendo en busca de un lugar donde salvar la piel.

Alfonso participaba mucho más activamente en la batalla que su oponente Anasir. Percibió el peligro y no se inmutó en absoluto. Conservaba la serenidad y afrontaba con gesto valiente lo que se le venía encima. Consciente de que vivía un momento crítico, tal vez el último de su vida, gritó al arzobispo Don Rodrigo:

> —*¡Arzobispo! ¡Yo e vos aquí muramos!*

El prelado, que empuñaba el báculo en una mano y la espada en la otra, contestó:

> —*¡Non quiera Dios que aquí murades!*

El rey había asumido su papel. Era el primero en animar a los suyos y en luchar con ellos. Enseguida se puso a dar órdenes al prelado:

> —*¡Vayamos aprisa a socorrer a los de la primera línea que están en un gran aprieto!*

Y mientras gritaba picó espuelas dirigiéndolo a la primera línea. Este arrojo del

rey tuvo un efecto de estímulo entre sus hombres que le siguieron con total determinación. Tras el rey se abalanzaron contra los moros Fernán García y los Girones con todos los caballeros de su guardia. No soportaron que el monarca estuviera expuesto a un peligro tan grande sin que ellos se pusieran a su lado para vencer o morir. Apretaban los dientes y gritaban con todas sus fuerzas:

—*¡Santiago y España!*

Pero ni aún así podían parar los ataques de los Almohades. Alfonso levantó los ojos y contempló un espectáculo tristísimo. Un grupo de musulmanes estaba persiguiendo a un clérigo que ya no podía más en su huida. Tenía puesta la casulla, la estola, el alba, llevaba en sus manos una gran cruz y corría despavorido mientras los musulmanes le apedreaban y se mofaban de él. El fraile, gordinflón y sudoroso, ya no podía correr más.

El rey se puso muy nervioso, apretó los dientes y se lanzó contra ellos atacándoles con su lanza y con todo su ser. Su escolta le siguió contagiada de su valentía. El canónigo de Toledo Don Domingo Pascual llevaba el pendón del arzobispo y lo agitó animando a luchar a los cristianos. Los clérigos, los obispos y los soldados de sus escoltas siguieron al rey dando sablazos y alaridos.

Desconcertados por esta acometida los musulmanes retrocedieron, perdiendo el terreno y la moral que habían conseguido minutos antes.

Abu Said, al ver la repentina desmoralización de los suyos, mandó que los escuadrones Andaluces que estaban en retaguardia avanzaran para socorrer a los Almohades. Pero los Andaluces estaban profundamente resentidos con el visir. No habían olvidado cómo por su culpa Anasir había matado a Aben Cadis. Además estaban despechados porque se les hubiera asignado un puesto de retaguardia, dando así a entender que el visir no se fiaba de ellos. En el fondo se alegraron infinitamente. Y por supuesto abandonaron el campo en el peor de los momentos.

La batalla hasta entonces había tenido alternativas. Al principio la iniciativa fue Almohade. Luego, tras el gesto de arrojo de Alfonso, la tomaron los cristianos. Sin embargo tras la deserción de los andaluces había unos que mataban y otros que morían, unos que atacaban y otros que no tenían fuerzas para huir. Las llanuras cercanas a Navas de Tolosa fueron un campo de muerte para el ejército musulmán.

Alfonso mandó que sus pregoneros hicieran llegar a todos los combatientes cristianos una orden tajante. ¡Ningún musulmán debía quedar vivo o ser hecho prisionero!

El campamento musulmán estaba siendo literalmente acuchillado. Solamente quedaba íntegro un palenque compuesto por unos diez mil negros, en medio de los cuales sobresalía la preciosa tienda de Anasir.

Los cristianos, en oleadas, cargaron contra aquella piña de negros que tenían firmes sus lanzas apoyadas en el suelo. Los ataques cristianos eran feroces pero se estrellaban y muchos morían ensartados en las lanzas de aquellos erizos humanos. Los negros gritaban llenos de pavor cuando veían a los cristianos cargando contra ellos pero permanecían inmóviles en sus lugares de defensa. Nuevas oleadas acudían al ataque. Ahora el turno era de los caballeros. El caballero de Grifo Alado, Ramón de Peralta, luego los de las Tres Fajas, Los Muñoces, detrás el del Águila Negra, Garci Romeu, así uno tras otro. Mataban a muchos negros pero la piña permanecía íntegra, ensangrentada pero fuertemente unida.

Los soldados plebeyos, los escuderos y donceles se dedicaban ya a saquear las tiendas de los musulmanes y a degollar a los fugitivos. Los caballeros distinguidos repetían las cargas contra la aglomeración de negros que protegían al miramamolín.

Entonces alguno de los caballeros descubrió el porqué de su aparente inmovilidad. ¡Tenían los pies amarrados con cadenas y grilletes!

Cuando se percataron de la verdadera situación pudieron contemplar el terrible espectáculo. Los negros estaban bien amarrados por las piernas con cadenas. Su única defensa por tanto era hincar en el suelo firmemente las adargas y las picas y defenderse así de los furibundos ataques que les dirigían los caballeros cristianos.

El grupo de negros parecía un animal herido, ensangrentado. Sus caras denotaban espanto aunque permanecieran inmóviles a causa de las cadenas. Sin embargo sus rostros, negros y ensangrentados, provocaban en los cristianos deseos de matar.

Uno de los caballeros, Don Alvar Núñez de Lara, se distinguió entre todos los que atacaban aquella piña de negros enfurecidos. En sus manos agitaba el estandarte de Castilla y montaba un caballo altísimo. Don Alvar espoleó al precioso caballo, tanto que este dio un salto tremendo y se plantó en medio de aquella maraña humana. Los cristianos que le rodeaban dieron gritos de admiración y se lanzaron a hacer lo mismo. Pero no todos los caballos obedecían a los caballeros al ver apuntándoles amenazantes las picas de los apiñados negros. Entonces los avispados caballeros hacían volver a los caballos para que cocearan a los negros mientras ellos, vueltos de espaldas, clavaban sus espadas en los infelices para así abrirse paso.

Don Sancho de Navarra se adelantó a los demás y con su tremenda espada comenzó a dar golpes desaforados, no en los negros sino en las cadenas que les aprisionaban. Las fuerzas de Don Sancho eran muchas y su espada de fortísimo acero toledano. Apenas dio tres o cuatro golpes en el mismo sitio y las cadenas cedieron hasta romperse y dejar libres a aquellos infelices. Libres pero indefensos como conejos a merced de los cazadores que les atacaban y acuchillaban con más determinación y menos inconvenientes que antes.

A Don Sancho le siguieron los tercios aragoneses que vestían armaduras con cruces rojas en el pecho. Su tarea consistía en matar y exterminar a aquellos infelices

musulmanes. Ellos sabían que iban a morir irremisiblemente pero no cesaban de blasfemar, de insultar con un desprecio infinito a los atacantes cristianos, así hasta que una certera cuchillada les dejaba sin vida.

El miramamolín, mientras se desarrollaban estas tremendas peleas, seguía en su pabellón de seda roja, sentado en una preciosa alfombra de oración, leyendo versículos del Corán. De vez en cuando susurraba oraciones o lanzaba exclamaciones rituales. Levantaba los ojos al cielo y clamaba:

> —*¡Sólo Dios es vencedor! ¡Satán es pérfido!*

Entonces vio cómo los cristianos habían penetrado en el interior de la defensa que formaban sus guardianes. Estaban muriendo uno tras otro y eran muchos. Se sintió profundamente turbado y pidió su caballo para huir. Entonces un árabe que montaba en una preciosa yegua le dijo:

> —*¿A qué esperas, señor? Alá ha emitido su juicio que ya es conocido. Debe cumplirse la voluntad de Alá. ¡Hoy es el fin de los musulmanes! Monta en mi yegua, más ligera que el viento y sálvate. En tu vida está la seguridad de todos nosotros.*

Mohamed Anasir miró asombrado a un lado y a otro. Era increíble el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, tanto que no lo hubiera podido imaginar. No percibía más que derrota, desolación y muerte. ¿Qué podía hacer? Aceptó la indicación del árabe, montó la yegua e inició la huida. Intentaría así la salvación. Su talante altanero había cambiado por otro de miedo y tristeza. De su corte no quedaba nada. Le seguía solamente el buen árabe que le prestó la yegua. Más adelante se le unieron algunos hombres más. Así, con un exiguo acompañamiento, montado en una yegua prestada llegó Anasir a Baeza.

Los cristianos se dieron cuenta de la huida del miramamolín, lo sintieron grandemente pero continuaron impávidos la matanza. Los escuadrones de caballería se encargaron de recoger a los que huían e irlos juntando, como en apriscos cerrados. Luego aparecía la infantería que se encargaba de rematar la faena. Los fugitivos eran rematados con estocadas.

La situación del ejército Almohade no podía ser más desesperada. Ya ni siquiera existía como tal. Los soldados, los caballeros Alárabes o Zenetes o Masamudes trataban de salvarse escondidos en los barrancos o subiéndose a las copas de los árboles donde eran cazados irremisiblemente y allí mismo ajusticiados.

Esta cacería humana duró hasta que se hizo de noche. Cuando los soldados, exhaustos ya, no tenían fuerzas para seguir matando se fue organizando una tétrica

procesión. El arzobispo Don Rodrigo dejó a un lado su espada y su lanza, se revistió con mitra y capa pluvial y rodeado de obispos, clérigos y monjes entonaron un solemne *Te Deum laudamus*, el cántico gregoriano de acción de gracias a Dios por los dones que les había concedido en la batalla.

Poco a poco a los obispos y frailes se les fueron uniendo los caballeros, luego los soldados hasta que se formó un cortejo de personajes exhaustos, alegres y tristes al par, que rezaban y maldecían, que miraban ávidos las riquezas desperdigadas por los suelos y luego elevaban al cielo sus ojos inyectados en sudor y sangre para suplicar a Dios más mercedes que las que les había concedido. Mientras caminaba la procesión por las praderas de Navas de Tolosa iban pisando cadáveres, tropezando con lanzas, adargas y espadas que cubrían el suelo, enredando sus pies en albornoces de moros que antes de morir se habían desembarazado de ellos.

Los Almohades ya nunca levantaron la cabeza en España. Mohamed Anasir, *el Verde*, estaba deseando volver a sus tierras africanas. Apenas llegó a su ciudad, Marrakech, se olvidó de sus funciones reales, se escondió en su alcázar y dedicó el resto de su vida a vivir rodeado de sus mujeres y dado a todos los placeres. Era lo único que deseaba. ¿Tal vez quería olvidar? Desde luego no deseaba otra cosa. Poco después algún ministro o alguna amante despechada le envenenó, dejando en su reino derrota, desastres y germen de desunión que no tardaría en estallar.

Poco después moriría el bravo Alfonso VIII, uno de los reyes que más han sido exaltados en la historia de España. La gran victoria de Navas de Tolosa hizo que se olvidaran sus devaneos juveniles, su amor apasionado a Raquel, *la Fermosa*, la bella judía toledana con la que estuvo encerrado nada menos que siete años. Se olvidó también su derrota en Alarcos. Tan olvidada está en la historia de España que parece como si la Giralda, la Kutubia, la Torre del Oro y la Torre Hasan de Rabat las hubieran edificado sin motivo alguno. Nadie recuerda las derrotas aunque las conmemoren monumentos tan inmortales como los expresados.

En la España cristiana, después de algunos vaivenes, ocupa el trono en 1217 Fernando III *el Santo*, el hijo de Doña Berenguela que decidió continuar sus campañas de conquista por Jaén, Loja, Alcaudete y hasta las mismas puertas de Granada.

Consiguió apoderarse de Baeza, donde Mohamed, su caudillo, se alió a Fernando y le entregó la ciudad.

Los musulmanes de Baeza sin embargo no aceptaron por las buenas una entrega como la que había hecho su caudillo Mohamed. Por calles y plazas se fue extendiendo una indignada revuelta contra Mohamed y los cristianos. Intentó la recuperación de la ciudad. Sin embargo el contingente militar cristiano era muy fuerte, tanto como para impedir una vuelta atrás. Los revoltosos fueron pasados a cuchillo y los que quedaron huyeron por los montes para refugiarse en Granada.

Vivirían en la vieja ciudad para siempre.

Allí, en lo alto de la colina blanca, junto a la vieja Alcazaba Cadima, fueron construyendo sus viviendas en una abigarrada piña como que quisieran resucitar en aquel maravilloso lugar su preciosa ciudad de Baeza. En lo más alto, lo más bonito de la ciudad de Granada nació un barrio moro que recordaría con su nombre la añoranza de sus fundadores baezanos. Nació una maravilla del mundo que se llamaría ya para siempre el Albaycín. Todo indica que Granada va a renacer de entre las cenizas de un imperio que se había derrumbado.

CAPÍTULO VII

ABEN HUD, UN REY EN LA ALPUJARRA.
ALHAMAR, PRIMER REY NAZARÍ.

En el año 1232 aparece una nueva dinastía en Granada que va a dar a la ciudad gloria y esplendor como no lo tuvo antes ni lo tendrá después. Su origen, sus gestas a pesar de la evidente decadencia de los musulmanes españoles, son un punto álgido en la vida de esta raza en España.

Conocidos solo Boabdil, Muley Hacem y pocos más. Sin embargo son veinticinco los reyes de esta dinastía. Veinticinco historias de amor a su ciudad, de esfuerzo por la cultura, el arte, la arquitectura, la economía de este precioso rincón de España.

Hablemos de estos personajes de leyenda, conocidos por sus obras y desconocidos en sus gestas, su personalidad y su forma de vida. Antes es necesario que hagamos mención a las circunstancias que dieron lugar a la llegada al poder de la dinastía nazarí.

En nuestra tierra veremos un asombroso indicio de lo que más adelante sería la dinastía nazarí. Entre los riscos del sur de Granada aparece Aben Hud, un rey en la Alpujarra.

El reino nazarí es como un grito de rebeldía. Un desesperado intento de los musulmanes españoles por continuar viviendo en su España. Tras tantos años de victorias, después de bastantes derrotas estarían preguntándose qué iba a ser de ellos. Hacía muchos años que sentían la amenaza que les venía del norte. Los terribles guerreros vestidos con pesadas armaduras de hierro adornadas con cruces rojas les empujaban hacia el sur para echarles de sus tierras, las que ellos habían embellecido, cultivado, querido. ¿Dónde ir? ¿Dónde vivir en paz?

Allá entre las montañas nevadas y un mar infinito, limpio y azul hay unos riscos con laderas que forman pequeños llanos y recovecos plantados de árboles que alimentan a los gusanos de seda, otros que dan cerezas, higos y manzanas en verano o castañas y nueces cuando asoman los fríos del invierno. Esa tierra, lo diría Calderón:

Es por su altura difícil,
fragosa por su aspereza,
por su sitio inexpugnable
e invencible por sus fuerzas.

¡La Alpujarra! ¡Allí quizá puedan vivir mirando a un cielo y unas montañas que serán lo más amable de cuanto les va a rodear!

Uno de los nobles que huían hacia el sur encontró ese rincón en la Alpujarra.

Venía de Zaragoza, era descendiente de sus antiguos reyes y se llamaba Abu-Abdalá Aben Hud. Uno de sus antepasados había acompañado a Abd al-Rahman I en Granada. Luego se van a Zaragoza y ahora éste vuelve a su tierra para intentar ser el rey indiscutible de los musulmanes españoles. Sus descendientes permanecerán hasta última hora, en los momentos de la conquista de Isabel y Fernando.

En un lugar llamado Escuriantes perteneciente a la tahá de Ugíjar es aclamado como rey de los musulmanes de España. Era el año 1228.

Escuriantes o Escariantes o Iscariente era un castillo ya activo en la época del emirato cordobés. Está situado en un lugar conocido como Cerro del Castillo, en la confluencia de los ríos Ugíjar y Alcolea. Sólo quedan hoy algunos restos de muralla, una cisterna, un barranco y un cortijo con el nombre de Escariantes. Formaba parte de la tahá de Ugíjar junto con otros dieciocho lugares.

El noble aragonés, rey en la Alpujarra, tiene el deseo de vengarse de los odiosos Almohades y recuperar los antiguos derechos de su familia. Tenía la pretensión de instaurar un reino estable con vocación de perdurar.

En realidad era un antialmohade y eso informaba toda su ideología y sus proyectos. Probablemente por eso solicitó el reconocimiento de los califas de Damasco. En cuanto le manifestaron su apoyo se declaró emir, vicario de los abasíes. Ellos le daban legitimidad dinástica y religiosa para reinstaurar el antiguo califato de al-Andalus.

Aquello era como una revolución de unos locos exaltados instalados en lugares inaccesibles. Para dar un giro completo a la filosofía del dominio musulmán comienzan en un lugar único, perdido, humilde, en la Alpujarra.

Aben Hud era elocuente, generoso, atractivo, tanto que reunió en tomo suyo a un buen número de musulmanes que estaban dispuestos a morir por servirle.

Su doctrina era nítida. Los Almohades habían sido unos sacrílegos, impíos, avaros y malos creyentes. Había que volver a la austeridad, a las viejas costumbres, a la piedad sincera y a la lucha por mantener la doctrina. Se trataba de restituir la libertad a los pueblos oprimidos y de recuperar la antigua legitimidad dinástica. Se derogarían los impuestos que tan injustamente les habían gravado y se establecerían impuestos legales.

En el fondo todo esto respondía a la manera de entender la religión de una escuela de misticismo que existía desde hacía bastantes años en nuestra tierra. Es el sufismo.

En el siglo XII se fundó en Almería una escuela de místicos musulmanes que seguía el pensamiento de los sufistas de Oriente. El primer mentor de esa doctrina es Ibn al-Arif. Sus discípulos escribirían tratados para guiar a los novicios de esta tendencia, en realidad la misma que seguirá la Cábala en el judaísmo y los místicos cristianos de la Edad de Oro en España. Austeridad, intimidad con Dios, etapas o moradas en la contemplación de Dios *hasta despojarse de sí mismos como la víbora*

de su piel, frase ésta de un musulmán. Existirán místicos importantes en Berja, Dalías, Canjáyar y en Ohanes el célebre santón llamado Abu Marvan Al Yuánisi, dedicado a la vida espiritual y que recorrió medio mundo difundiéndola.

Los ministros de la nueva revolución gritaban por las mezquitas proclamando las nuevas ideas e insistiendo en que los Almohades habían profanado los santuarios y era necesario purificarlos con ritos de fe sentida por todo el pueblo.

Los seguidores de Aben Hud iban vestidos con albornoces de luto para significar el estado de postración en el que habían dejado los Almohades a la religión musulmana. Había que rehacer el sentir islámico en al-Andalus.

La Alpujarra estaba en armas, revuelta, indignada con el viejo orden almohade, buscando nuevos caminos, un renovado empuje para que los musulmanes continuaran viviendo como hasta ahora. Este rey coronado en la Alpujarra es precursor de un nuevo amanecer de los musulmanes en España.

Almamún, uno a quien los sevillanos habían proclamado rey de al-Andalus, andaba de acá para allá sin encontrar su sitio, luchando con escaso éxito, a veces en África y otras en España. En realidad era un desfasado. No representaba nada ni iba a enarbolar una bandera bajo la que se pudieran cobijar los musulmanes españoles. Pero su instinto le avisó del peligro que representaba Aben Hud y volvió desde África.

Aben Hud se apoyaba en la vieja nobleza y en las antiguas estirpes reales a los que había dado unos nuevos aires revolucionarios. Poco después murió en Marruecos Almamún.

Giomail andaba por Valencia intentándola recuperar sin conseguirlo. Así quedó en esta parte del sur solo, aparentemente dueño de la situación, el noble revolucionario, de oratoria incendiaria, de austeras costumbres, que se proclamó un día en la Alpujarra como rey de los musulmanes españoles.

Aben Hud era dueño de Granada, de la Alpujarra, del reino de Murcia, en fin de la España musulmana pero iba a aparecer en escena un personaje extraordinario, inicio de una dinastía gloriosa. De las tierras de Arjona vendría Muhammad Abu Abdalá Muhamad ben Yusuf ben Nazar al-Ansarí de Arjona y que será primer rey nazarí de Granada.

La dinastía nazarí accede al trono como de puntillas y por casualidad. Se diría que su propia existencia es inexplicable. ¿Cómo pudo nacer este reino si en los treinta años anteriores más de las tres cuartas partes de la España musulmana había pasado a manos cristianas? ¿Cómo pudo consolidarse, existir a lo largo de dos siglos y medio frente al poderío de los reinos cristianos? ¿Cómo fue posible que en esta época tan difícil, además de existir construyeran las maravillas de la civilización más admirables del mundo?

Lo primero que habría que descifrar es cómo se llegó a constituir el propio reino

para después entrar a explicar su propia supervivencia.

Almamún muere en Marruecos inesperadamente. La continuidad de la dinastía se presentaba a todas luces imposible ya que enfrente tenía al revolucionario Aben Hud, cada vez más fuerte, Giomail en Levante, en el norte los cristianos españoles y sobre todo no contaba con apoyo dinástico ni simpatía ideológica entre los pueblos del norte o del sur del Estrecho.

Un noble llamado Yahye Anasir proclamó en Marruecos sus derechos al trono de ambas orillas del Mediterráneo. Pero lo tenía crudo. Los Almohades eran odiados en España y débiles en Marruecos. Los seguidores de Aben Hud eran mucho más fuertes y sus doctrinas revolucionarias eran respaldadas cada vez más por los musulmanes españoles. Sin embargo Yahye Anasir reúne un ejército e intenta hacer frente a los partidarios de Aben Hud en España. Como Yahye era algo mayor para una empresa de ese calibre dio el mando de las tropas a su sobrino Yusuf ben Nazar, conocido como Aben Alhamar.

Alhamar era natural de la villa de Arjona, donde había nacido en el año 591 de la era musulmana, el 1195 de los cristianos.

Los árabes y en general los musulmanes españoles, tenían la manía de llevar a los recién nacidos, no al pediatra a ver si el muchacho estaba con buena salud. Los llevaban al astrólogo porque daban por supuesto que podría predecir con solvencia lo que le esperaba al chaval en el presente y en el futuro.

A nuestro Alhamar le llevaron al astrólogo que encontró en él un horóscopo favorable porque había nacido el día de la victoria de Alarcos. Resulta que los santones estaban a la que salta y apenas veían una señora embarazada la seguían hasta ver al recién nacido y echarle algo así como la *buenaventura* pero en serio. Pues a nuestro Alhamar un santón prestigioso le vio nada más nacer y le anunció una carrera brillante y gloriosa.

El chico fue creciendo en sus tierras de Jaén, que eran entonces lugares de frontera y por tanto escuela de guerra, terreno de luchas, justas y palenques entre musulmanes y cristianos. En su juventud se dedicó a la agricultura y a la defensa militar de la frontera.

Las tierras de Jaén, junto a Tierra Santa en que estaban los cruzados, eran territorio caliente, lugares de enfrentamiento entre los dos mundos. Por tanto allí se ejercitaban los caballeros y se probaban las armas, las tácticas de guerra y se edificaban los más modernos castillos que conocía el mundo.

Cada poco se enfrentaban caballeros cristianos y musulmanes, unas veces en guerras y otras en justas o torneos. Y ésta, por supuesto, era la ocupación más decente entre los jóvenes nobles de uno y otro bando.

Alhamar, apenas pudo empuñar un arma o montar un caballo, se convirtió en un joven la mar de famoso entre musulmanes y cristianos. Las luchas y las justas les

hacían conocerse a la perfección y admirarse mutuamente aunque pelearan en bandos opuestos.

Era un joven de buena crianza y mejores maneras. Agraciado, de amena conversación, muy tratable, bastante discreto, con mucho sentido común, prudente como un anciano. Era sobre todo valiente, fuerte en las guerras y muy gentil en los torneos, que eran una mezcla de corridas de toros y representación teatral al aire libre, en palenques donde los actores exhibían su armamento, luchaban, pero no en serio y caracoleaban con sus caballos hasta arrancar los aplausos de la admirada concurrencia.

Alhamar era la admiración de las gentes. Los viejos y los jóvenes, por supuesto las mujeres y más si eran casaderas, los musulmanes y también los cristianos le admiraban e intuían que iba a convertirse en alguien grande en un futuro no muy lejano.

Yahie Anasir se había declarado independiente de Aben Hud y había preparado un ejército para tomar Jaén, en cuyo castillo se habían hecho fuertes sus partidarios.

El mando de este ejército Yahie Anasir se lo confirió a nuestro Alhamar que cercó la ciudad con su infantería y con bastante maña echó abajo un paño de la muralla.

Anasir era muy valiente. Tanto que era a menudo un temerario. Al ver el portillo en el paño de la muralla no se le ocurrió otra cosa que ponerse al frente de sus hombres para penetrar en la ciudad por el boquete recién abierto. Naturalmente que la primera flecha disparada por los de Aben Hud fue para él y eso entonces era mortal de necesidad. Anasir no tuvo tiempo más que para llamar a todos, proclamar a su sobrino Alhamar como sucesor e irse con Alá bendito de Dios. Lo que tenía que hacer en la vida era proclamar rey a Alhamar y ya lo había hecho. Por tanto expiró en brazos de su sobrino mientras le zumbaban en los oídos los gritos de guerra que provenían del castillo de Jaén.

Alhamar encargó los funerales y entierro de su tío a los santones y se aplicó a lo urgente que era hacer la guerra en Jaén. Como era valiente y más listo que su tío, desarrolló tácticas menos suicidas y acabó tomando la ciudad.

El futuro primer monarca nazarí era un joven muy prudente. Cuando se vio proclamado rey y dueño de Jaén no lanzó las campanas al vuelo. Digamos que no mandó que se pregonara por las mezquitas que por fin había un nuevo e ilusionante rey. Antes se tomó la precaución de hacer un par de cosas: la primera procurarse el apoyo del Santón de Ohanes, el gran místico sufí, soporte importantísimo para que su reinado tuviera un sentido religioso acorde con los sentimientos imperantes en Granada. La segunda cosa que no descuidó fue continuar sus conquistas en nombre de Anasir, ocupar Guadix y Baza, proclamarse rey de estas ciudades, además de Jaén y Arjona y hasta darse una vuelta por la Alpujarra para recabar los apoyos de sus habitantes que hasta entonces estaban por Aben Hud.

Cuando se vio fuerte se proclamó rey de los territorios de Granada, Jaén y Almería, vicario del ‘Abbâsí, con lo que quedaban establecidos los nexos teóricos que legitimaban la soberanía de sus territorios. Por Málaga aún no se había pasado porque aquí los vientos, en principio, no estaban por Alhamar. Tenía treinta y siete años.

Fernando pensaba en apoderarse de todas las tierras de Andalucía. Apenas despuntaban las primaveras armaba su ejército, pasaba los puertos, se adentraba en tierras de Jaén y atacaba ciudades, talaba bosques, destrozaba sementeras y destruía los pueblos que encontraba al paso. Tenía metido entre ceja y ceja que era el momento de arrojarles al otro lado del mar o al menos dejarles tan débiles que no les quedaran ya fuerzas con que oponerse a los cristianos.

El resto de los musulmanes españoles estaban divididos en facciones y enfrentados entre sí en guerras civiles. Los alcaides y walíes no sabían a quién obedecer ni qué bandera seguir, así que sin una jefatura clara terminaban por declararse independientes en sus ciudades sin ocuparse para nada de los demás.

Fernando conocía muy bien esta anarquía y en ella fundaba la segura esperanza de dar un golpe decisivo para reconquistar las tierras de al-Andalus. El estado de las cosas en Andalucía era tan lamentable que el rey cristiano veía llegado el momento de acabar con ellos. Y más si sus expediciones se iban adentrando sin demasiada oposición en las grandes ciudades de Andalucía.

Aben Hud era muy temperamental y sentía hervir su corazón al contemplar una situación como aquella. Un día decidió hacer frente a los malditos cristianos en vez de huir o esconderse en los castillos. Organizó el mejor ejército que pudo conseguir y fue a buscar a los enemigos de Alá que estaban acampados en las orillas del río Guadalete.

Guiomail corría las tierras de Aragón buscando un lugar en que aposentarse o tal vez donde recuperar el viejo esplendor de los musulmanes de aquellas tierras. Llegó hasta Amposta, Tortosa y volvió con muchas riquezas y cautivos. Pero los cristianos atacaban en Castellón, Buñol, Alcalatén hasta las orillas del Júcar.

Alhamar en el sur procedía con astucia, sin aspavientos. Era un hombre muy realista y un habilísimo diplomático. Sabía hasta dónde podía llegar y dónde era mejor pactar o quizás retirarse. Poco a poco se fue apoderando de Loja, de Alhama, de otras ciudades y plazas fuertes que rodeaban Granada.

Pero Fernando no cesaba. Un buen día decidió atacar Úbeda. La cercaron, aplicaron a sus muros máquinas e ingenios de guerra desconocidos hasta entonces y a base de tesón, de constancia, a pesar de ser una ciudad muy populosa y bien defendida, al final consiguieron apoderarse de ella.

Aben Hud era impetuoso, arrogante, valiente. Lo primero que hizo fue tratar de reunir en Écija un ejército para defender Úbeda y pasar desde allí a Granada.

Alhamar era igualmente valiente pero más astuto. ¿Iba a armar un ejército contra el de Fernando? ¿Qué posibilidades tenía de salir victorioso de esa expedición? Mejor esperar y ver qué ocurría.

Entretanto los cristianos liberados, en Úbeda y en otros lugares cercanos, anhelaban hacer méritos, castigar a sus enemigos musulmanes y vengarse de pasadas afrentas recuperando sus tierras, sus ciudades y castillos e imaginaron una hazaña audaz, única. Algún lunático les debió dar la idea, en realidad bastante descabellada. Unidos a los de otras ciudades y castillos cercanos iban a intentar la conquista, nada menos que de Córdoba. Sabían que necesitaban mucho valor y más suerte pero la suerte es de los que la buscan así que se pusieron manos a la obra.

En secreto, sin que nadie pudiera adivinar sus intenciones se juntaron con los hombres curtidos de la frontera de Andújar y una noche escalaron los muros de Córdoba, degollaron a los guardias y se apoderaron de una torre que defendía la parte oriental de la ciudad. Cuando comenzó a despuntar el alba se conoció en Córdoba el golpe de mano y acudieron los más valientes de los musulmanes a defender su torre pero los cristianos se habían hecho fuertes en ella.

Los musulmanes de Córdoba sintieron inmediatamente el peligro. Los tenían dentro. La ciudad estaba en un verdadero apuro. Sabían que muchos cristianos, seguramente mandados por Fernando, estaban acudiendo desde todas partes para aprovecharse de aquel audaz golpe. ¡Pedirían ayuda a Aben Hud, el único con coraje para socorrerles!

Aben Hud no lo dudó. Inmediatamente se puso en marcha hacia Córdoba. Había que socorrerla y evitar que acabara en manos cristianas. Pero la moral de su ejército no era la de antaño. Y las malas noticias llegaban continuamente ejerciendo sobre él una acción devastadora. ¿Qué podía hacer Aben Hud? Sus hombres se le acercaban pidiendo que no acometiera empresas imposibles. El bravo rey alpujarreño decidió reunir su consejo para preguntar qué decisión se debería tomar. Y había distintas posturas. Algunos le animaban a pelear hasta morir. Otros le aconsejaban evitar un enfrentamiento en el que no tenían posibilidades de victoria.

Aben Hud envió a un hombre de su confianza para que viera con sus propios ojos el ejército de Fernando y le ayudara a evaluar si en verdad no tendrían posibilidades de éxito. El enviado se llamaba Suar y era un perfecto cobarde. Volvió al encuentro de su rey multiplicando por cien los hombres y efectivos que había visto en el campo cristiano. Este informe hizo aumentar el número de los que pensaban que era mejor abandonar Córdoba en manos de los cristianos.

Todo estaba en contra de los musulmanes. Ahora ¿qué hacer? No iban a emprender una batalla imposible. Volverían atrás. No atacarían Córdoba. Al fin, pensaba Aben Hud, no se perdería tan fácilmente la ciudad y aunque se perdiese tampoco sería un mal irreversible. Más adelante intentaría recobrarla.

En Córdoba entretanto se daban combates cada vez más encarnizados pero cuando los musulmanes supieron la decisión de Aben Hud sintieron el desánimo y no pudieron hacer otra cosa que entregar la ciudad a los cristianos.

Se había perdido la principal ciudad de Andalucía. Los alminares de las mezquitas fueron coronados con cruces cristianas. La gran aljama de Abd al-Rahman fue convertida en iglesia. Los musulmanes cordobeses salieron de su ciudad y se fueron a vivir a otros lugares de Andalucía. Los cristianos se repartieron sus casas y sus posesiones. La gran ciudad cuna del más grande de los reinos moros de Occidente había caído en manos cristianas. Era un domingo de finales de junio del año 1236.

Detrás de Córdoba cayeron en poder de Fernando muchas ciudades y castillos de los alrededores. Sabían que era imposible resistirse a una fuerza tan grande. Estepa, Écija, Almodóvar, otros pueblos, castillos y muchas almunias pasaron a poder de los cristianos.

En vista de ello, Aben Hud se dirigió a Almería buscando un lugar seguro en su incansable peregrinar de un lado para otro. Dejaba atrás Córdoba conquistada por los cristianos, lo mismo Valencia y en ninguna de las dos ciudades había combatido como lo hubiera hecho un buen rey musulmán. En Almería quién sabe si encontraría refugio o tal vez algo de sosiego en su atormentada existencia.

En la Alcazaba de Almería mandaba su alcaide Abd al-Rahman, un viejo zorro curtido en mil batallas, que había conseguido mantenerse libre de ambiciones de moros y de cristianos, probablemente gracias a su astucia y al aislamiento de la propia ciudad. Cuando supo que iba a entrar en sus dominios Aben Hud, sintió una profunda preocupación. Era seguro que los visitantes le iban a quitar de en medio para apoderarse de su ciudad, defenderse en ella y encima atraerían la atención de los conquistadores cristianos. ¿Qué hacer?

Seguramente el astuto Abd al-Rahman había leído en libros viejos los métodos de que se sirvieron los antiguos reyes musulmanes para deshacerse de los enemigos sin despertar sospechas. ¿Qué hizo Abd al-Rahman II con los muladíes en Toledo sino prepararles un foso donde les enterró cuando iban tan felices a lo que creían un convite? ¿Qué hizo Motadhid con los beréberes de Arcos, de Carmona y de Ronda sino emparedarles cuando estaban borrachos en su palacio? Aben Hud iba a conocer el destino de los traidores.

Salió a recibir a los visitantes a los alrededores de Pechina con todo el boato de la hospitalidad árabe. Luego hospedó a Aben Hud, a sus caudillos y soldados en sus aposentos de la vieja Alcazaba, les hizo una gran fiesta y les preparó un espléndido banquete con buen vino. Los festejos y libaciones duraron todo el día. Cuando llegó la noche estaban los invitados borrachos como una cuba. Entonces Abd al-Rahman hizo una señal a sus criados que fueron ahogando uno a uno a todos, comenzando por Aben Hud, continuando por sus caudillos y terminando por sus soldados. Debía tener

en su alcazaba una fuente de esas que sirven para refrescar al personal cuando en las noches de francachela se va yendo la cabeza a distintos lugares. Pues en esa fuente acabó sus días nuestro rey Aben Hud, el que fuera coronado en la Alpujarra, cerca de Ugíjar. Tragó todo lo que le cupo en el cuerpo antes de terminar su existencia. Así murió un rey coronado, nada más y nada menos que en la Alpujarra.

Abd al-Rahman se arrimó al sol que más calienta, que para el caso era apoyar a Alhamar, el señor de Arjona. Era el mejor partido, el único bastión de los musulmanes españoles. Los de Almería se declararon por él y entre otras cosas por ese apoyo entró en Granada y fue proclamado como rey Muhammad ben Naser Aben Alhamar.

Iba a ser la única columna que sustentara la dominación musulmana en España. Es verdad que quedaban muchas plazas que permanecían árabes, Sevilla entre otras, pero rey, lo que se dice rey, ninguno salvo él. Nadie más ostentaba un liderazgo estable entre los musulmanes españoles. El destino había sido muy adverso con ellos, tanto que la gran mezquita de Córdoba, rival en belleza de la de la Meca, era una iglesia cristiana y en su alrededor no se escuchaba el canto del muecín sino el sonido de campanas cristianas. ¡Triste destino de la gran mezquita de Abd al-Rahman! El mismo destino fatal que había arrinconado a los musulmanes en el sur de España iba a hacer que en Granada se dieran días de gloria como no tuviera nunca antes ni tendría después.

Haría en Granada cosas inmensas. Edificaría palacios nunca antes soñados. Haría dichoso y grande a su pueblo. Incentivaría el ingenio de los granadinos para que renaciera en ellos el deseo de aprender, trabajar, saber, soñar, disfrutar de una ciudad única en un lugar de una belleza inimaginable.

Le rodeaban peligros por todas partes, enemigos cristianos y rencillas de los propios musulmanes pero ya sabría ganarse amistades de unos y de otros, respetarse y hacerse respetar de todos.

Alhamar era un hombre admirable. Era valiente en las guerras y al par amaba tiernamente a su pueblo. Era muy fuerte cuando montaba a caballo, empuñaba su lanza y se ponía al frente de sus escuadrones. Y cuando salía en sus campañas estaba completamente pendiente de sus hombres aún de los más humildes. No soportaba la vida tranquila y desdeñaba la ociosidad. Prefería la rudeza de costumbres, la pobreza que hace al hombre fuerte, luchador incansable. Era sobrio en la comida. Él personalmente remendaba sus sandalias y en el vestir era austero hasta extremos inimaginables en un rey musulmán.

Era guapo, de aspecto agradable y mirada franca, se ganaba enseguida la simpatía de las gentes. En los torneos no había jinete mejor plantado, ni brazo que guiara mejor el caballo. Y su sentido de la estética era impresionante. Los hombres de muchas generaciones iban a admirar sus obras de embellecimiento de Granada.

Había que ponerse manos a la obra, a edificar desde sus cimientos un reino único. Su primera tarea fue organizar el gobierno, la policía, el entramado de intereses políticos y legales que hace funcionar a un estado. Había que ganarse al pueblo, ilusionarlo con proyectos atrayentes, había que mostrarse ante las gentes como un rey capaz, leal, sabio y benevolente. Encargó a sus visires la prudencia y el amor a su pueblo, la lealtad, la austeridad y la eficiencia.

La colina de la Alhambra pronto cobró una actividad inusitada. Las viejas murallas del monte de la Sabika iban rehaciéndose para defender la ciudad que había a sus pies. Las torres de la gran fortaleza fueron tomando cuerpo. El rey se mezclaba con obreros y alarifes dando instrucciones y urgiendo resultados. Pronto habilitó estancias para trasladar allí su residencia desde la vieja Alcazaba Cadima. Y en los salones del incipiente palacio resplandecía un carácter, imponía costumbres que servirían de modelo a todos los reyes de la tierra.

Cuando consideró que las cosas funcionaban en el interior y su reino estaba asegurado hizo un llamamiento a su pueblo para hacer la guerra. Era necesario fortalecer las fronteras y sobre todo hacerse respetar entre los nobles y reyes cristianos que desde hacía bastante tiempo estimaban muy poco el valor de los musulmanes.

Al llamamiento de Alhamar acudieron sus caudillos con una caballería de alrededor de tres mil jinetes perfectamente armados y adiestrados para la guerra. Además se alistaron mil quinientos hombres de a pie. Con la moral muy alta salieron hacia tierras de cristianos en las fronteras de Jaén.

El armamento de los soldados granadinos era especial. Los cristianos, cuando se armaban para una guerra, parecían seres de otro mundo. Su armadura y sus armas eran pesadas, grandes e intimidatorias. Los musulmanes al principio usaban armas ligeras y montaban a la jineta como sus antiguos hermanos los que vinieron a España desde África. Una vez instalados aquí pensaron que era bueno copiar algo de los castellanos. Cuando se trataba de emprender expediciones importantes fueron adaptando los trajes, las armas, las capas de los cristianos. Las lórigas eran flexibles, llevaban colgados los escudos, se colocaban en la cabeza pesadísimos cascos, portaban lanzas anchas y los arzones de sus sillas eran deformes para que los abanderados montaran en la parte de atrás. Poco a poco también los granadinos adoptaban la cota de malla y usaban las ballestas. Sin embargo en circunstancias normales portaban el armamento corriente que eran unas varas largas añadidas a otras pequeñas dotadas de asas en su parte media que lanzaban con sus manos tan lejos y tan fuerte como podían.

El campamento de Alhamar se colocó delante de la fortaleza de Martos y sus hombres se distribuyeron los cometidos para cercarla y atacarla de manera sincronizada.

La moral de los granadinos era muy alta y los sitiados no se esperaban este ataque. Porque los sitiados de Martos…, pero ¿qué sitiados? ¿Cómo era posible el disparate que estaban contemplando los soldados de Alhamar? El rey de Granada conoció que la ciudad y la plaza estaban desguarnecidas porque su alcaide Alvar Pérez andaba camino de Castilla y los caballeros, qué disparate, habían salido a hacer sus guerras en la frontera de Córdoba. Con esta ventaja no contaba Alhamar. Era la oportunidad de hacer salir de Martos a los cristianos y recuperarla para los musulmanes.

¡Mujeres, sobre todo mujeres! Las almenas de la fortaleza se poblaron de mujeres. Por las calles de la ciudad sitiada corrían sólo mujeres que se miraban unas a otras cambiando poco a poco sus semblantes de terror por una gran determinación.

En un principio los sitiadores tomaron a las damas por lanceros y ballesteros castellanos así que se contuvieron estudiando el terreno y midiendo distancias. Cuando se descubrió el pastel cambió el semblante de los granadinos.

Alrededor de Doña Irene, la esposa de Alvar Pérez, se fue organizando una especie de gabinete de crisis. Las dueñas, las damas de compañía y de servicio se repartieron la tarea de defender la fortaleza. Cambiaron las tocas por los almetes, empuñaron las ballestas, las picas, las lanzas, se asomaron a las almenas del castillo y a los adarves de las murallas. Otras, las más valientes, salieron como pudieron de la fortaleza para encontrar a sus caballeros y avisarles del peligro.

El llamamiento desesperado pidiendo ayuda a los de la frontera tuvo un éxito menguado. En realidad no esperaban de ellos gran cosa, más bien estaban deseando concertar una entrega de la fortaleza salvando sus vidas. Sin embargo la ayuda les llegó abundante, si no en cantidad, al menos en calidad. Uno de los que acudieron se llamaba Don Tello y otro era nada más y nada menos que Don Diego Pérez de Vargas, apodado *Machuca* porque daba tales golpes con su maza que machacaba al más pintado. Este Machuca, desde fuera, arengó a los suyos dándoles unas terribles voces que se oían por la campiña de Martos y llegaban hasta los adarves de las murallas, poblados de mujeres vestidas ocasionalmente de soldados. Les decía:

> —*¿Qué dirán el rey y Alvar Pérez si la morisma prende a la condesa, a sus dueñas y doncellas sin que hayamos acudido a la defensa? Nuestra resolución no debe dilatarse. O subamos a la peña o muramos, que mas vale perecer con honra que vivir con menosprecio.*

Se armaron de valor, enristraron sus lanzas, gritaron con todas sus fuerzas, picaron las espuelas de sus caballos y a trompicones rompieron la línea mora y entraron en la fortaleza de Martos.

Alhamar se vio obligado a levantar el cerco y combatir en tierras abiertas contra

ejércitos más hechos que venían de diferentes fortalezas y plazas. La determinación de los granadinos era muy grande y sus fuerzas también. Los cristianos estaban empeñados en acorralarles y echarles de sus tierras pero Alhamar se revolvió con valentía, les atacó con su caballería y pelearon con tal fuerza que en pocas horas deshicieron a los cristianos, les atacaron por todas partes, les mataron a casi todos y únicamente salvaron la vida los que pudieron huir desde el mismo inicio de la batalla.

Los granadinos volvieron orgullosos a su ciudad. Pasaban las sierras soñando con ver de nuevo la nieve, las colinas, las murallas, los palacios de Granada. Los habitantes de las almunias les daban alimentos, agua, les tocaban incrédulos y enviaban mensajeros que llevaran a Granada la buena noticia. ¡Habían vencido a los cristianos!

Los habitantes de las vegas les abrían paso, les acompañaban en su caminar jubiloso hacia su ciudad. ¡Por fin había un rey en Granada!

Alhamar fue aclamado. Los ojos y las gargantas de los granadinos recuperaban la viveza, la ilusión, la fuerza, la alegría que se había perdido hacía muchos años. ¡Alhamar había vencido! Sin embargo no se podían dar tregua ni detenerse en complacencias inútiles. Era necesario ponerse a trabajar dentro de Granada y a preparar ejércitos fuertes y numerosos porque se avecinaba una guerra larga, dura, entre dos civilizaciones irreconciliables. Porque miraban alrededor y no veían más que desolación.

Alhamar no podía darse un respiro ni dedicarse a contemplar sus obras en la ciudad. Acababa de morir Alvar Pérez, uno de los más valientes campeones del rey castellano y Fernando tenía miedo de que con esta muerte se enfriaran los ardores guerreros y la valentía de sus soldados. El rey en persona lideró una vez más a su ejército, pasó los desfiladeros de Almuradiel y rindió la fortaleza de Porcuna. Luego pasó a Martos, recuperó la peña y el castillo y se los entregó a los freires de la orden de Calatrava. Continuó hasta Alcaudete y desde allí se lanzó a la conquista de Baeza para consolidar la frontera con el reino de Granada.

Jaén era una viejísima ciudad romana que al principio recibió a los invasores musulmanes como las demás grandes poblaciones de España. Si en los viejos tiempos había sido la patria de grandes soldados del imperio más adelante sería cuna de sabios, políticos, literatos ilustres judíos y musulmanes. Sobre las ruinas de la vieja ciudad romana los musulmanes habían reedificado las murallas con magníficas torres que la defendieran fortificándola exteriormente. En lo alto del monte reconstruyeron un enorme castillo que la domina entera dándole una defensa irreductible, un increíble porte, belleza y distinción sin par entre las ciudades andaluzas.

Las calles de Jaén eran estrechas, sinuosas exteriormente y en su interior disponían de preciosos jardines, de manantiales que nacían en la misma ciudad y discurrían por regatos que guiaban las calles. Los vecinos de Jaén se dedicaban a la

agricultura y eran una mezcla de viejos muladíes, árabes, beréberes, muchos judíos y bastantes descendientes de las tribus de almorávides que tras la conquista del año 1090 se establecieron aquí e hicieron de ella su patria.

Alhamar pensó en su situación y comprobó que era bastante comprometida. Los cristianos ocupaban las fortalezas cercanas. Desde ellas atacaban la ciudad que a pesar de disponer de una excelente guarnición se sentía seriamente amenazada. Los jiennenses no disponían de alimentos ni recursos de supervivencia.

Los cristianos de los castillos cercanos habían decidido rendirlos por el hambre. Esto no lo ignoraba Alhamar que cada poco preparaba convoyes con víveres y municiones para que suministraran la plaza. Los éxitos de estas expediciones eran bastante escasos dado el acoso que sufrían de parte de los cristianos.

Fernando era un hombre metódico. No era de la clase de persona que emprende alocadamente cualquier expedición. Analizaba los pros y los contras, estudiaba el terreno, las circunstancias de sus tropas, la fuerza o la debilidad de sus adversarios y luego tomaba sus decisiones. Se lo pensó muy bien, consultó con sus hombres y decidió dar el ataque definitivo a Jaén.

Lo primero que hizo fue hostigar a los granadinos. A ser posible debía debilitar sus efectivos. Para ello bajó de Castilla, paró en Andújar y se dedicó a talar los campos de Alcalá la Real. Luego pasó a las cercanías de Íllora donde mató y cautivó a muchos moros. A continuación atacó el viejo castillo de Velillos donde salió a su encuentro Alhamar que se le enfrentó con extraordinario valor. Siguió hasta Iznalloz, donde tuvo que enfrentarse nuevamente a los granadinos. Luego volvió a Martos.

Había hecho venir a uno de sus consejeros más fiables, el maestre de Santiago Don Pelayo Correa, para preparar juntos el asedio y el ataque a Jaén. Don Pelayo había estado peleando en el reino de Murcia al lado del infante Don Alfonso. Sirvió de guía y acompañante ejemplar del infante pero ahora el rey le necesitaba a su lado. Ambos inspeccionaron el terreno, estudiaron las defensas de los adversarios, comprobaron el estado de las murallas y las torres de defensa de la ciudad, sopesaron las ayudas que desde Granada recibirían los sitiados y se trazaron un plan de acción.

El ejército cristiano se dividiría en dos. Los más aptos sitiarían Jaén formando a su alrededor un cerco inflexible. Otro cuerpo de ejército trataría de evitar que les llegaran socorros desde Granada. Espías almogávares vigilarían los puertos y avisarían al ejército que atacaría a los que intentaran acercarse a Jaén.

Los nobles acompañantes del rey, cristiano recibieron instrucciones para que todo el mundo se aplicara a la tarea con todo su ser. Se emitieron las órdenes oportunas y los dos cuerpos de ejército comenzaron a defender puertos, establecer enlaces, convenir las señales que desde los propios castillos y torreones de las comarcas habrían de avisar de la venida de los granadinos, su número y su procedencia.

El otro cuerpo de ejército debía cerrar cualquier comunicación con Jaén desde el

exterior. No les era posible cortarles el suministro de agua por las fuentes y manantiales que la ciudad posee pero desde luego no entraría ni trigo ni verduras ni carnes ni nada con que alimentar a los sitiados.

Otros vigilarían estrechamente las murallas y las torres hasta tratar de encontrar lugares de débil defensa por donde aplicar máquinas de guerra o escalas o lugares por donde disparar con eficacia al interior de la ciudad.

En Jaén mandaba un cordobés llamado Abu Omar Ali ben Muza, el caudillo natural de la caballería granadina, en quien confiaba ciegamente Alhamar.

El rey de Granada estaba en un buen dilema. ¿Por dónde socorrer a los sitiados? No quedaba resquicio alguno para entrar y el enemigo era poderosísimo. Fernando, lo sabía Alhamar, antes de emprender una conquista la habría estudiado hasta el milímetro sin dejar ningún cabo suelto. ¿Con quién contaba en este trance tan apurado?

De nuevo miró el rey de Granada a su alrededor y comprobó que cuando hay peligro a la vista se olvidan las fidelidades y se instala el miedo como consejero de conspiraciones y conjuras. ¿Era posible que los granadinos, muy poco tiempo después de vitorearle, le estuvieran volviendo la espalda?

¡No tenía salidas! Imposible hacer frente a los cristianos con una mínima posibilidad de éxito. ¿Qué hacer? Ni siquiera podría huir. Caería en sus manos a no ser que alguien le inspirara una maniobra audaz e imposible. ¿O lo tenía pensado? Los hombres inteligentes tienen estudiadas todas las salidas. Fernando al establecer el asedio había cerrados todos los pasos de comunicación con Granada. Alhamar había previsto esta hipótesis. Algún viejo proverbio árabe le había enseñado que si no se podía vencer a un enemigo mejor acercarse a él con halagos y ofertas de sumisión. El miedo también funciona a la inversa. El hombre fuerte, aunque vea que tiene a la mano una victoria fácil, también pacta. Es un mal menor, desde luego, pero ¿no es incierto el resultado de cualquier batalla?

Alhamar se vistió de punta en blanco y montó un precioso caballo enjaezado con brocados y bordados en seda y oro. Le rodeaba su corte igualmente vestida de gala y con las armas en la mano. Así, solemnemente, se acercó al campamento de Fernando y solicitó entrevistarse con él.

Los centinelas que vigilaban el campamento cristiano no salían de su asombro. Se frotaban los ojos ante lo que contemplaban. ¿No era el propio rey Alhamar quien se acercaba en son de paz a la tienda del rey Fernando?

Alguien avisó al monarca de la comitiva que se acercaba. Fernando en un primer momento se asomó incrédulo, intentando comprobar por sí mismo lo que le estaban anunciando. Cuando estuvo seguro de que Alhamar le venía al encuentro intuyó el motivo aquella visita. Y actuó con inteligencia. ¿Qué ganaba con negar una mano tendida y un vasallaje seguro? ¡Se haría amigo de Alhamar sin abandonar en absoluto

sus proyectos de conquista! Con este flanco seguro atacaría en otra parte menos defendida y más fácil de conquistar. Jaén, por supuesto, sería en adelante cristiana.

Se vistió con las ropas de las grandes solemnidades, montó un precioso caballo castellano y rodeado de su corte salió al encuentro de Alhamar.

El rey de Granada no empleó el tiempo en rodeos. Con palabras de sincera sumisión se puso bajo el amparo del rey cristiano y le ofreció su ayuda en forma de soldados y tesoros para colaborar en los planes de conquista de los castellanos.

Fernando y Alhamar se fundieron en un abrazo. El cristiano dio un paso adelante asegurándole que sería su mejor amigo. Habría de entregarle Jaén, debería pagarle una cierta cantidad de meticales cada año, debería entregarle un número de caballeros que acompañarían a Fernando en sus conquistas y cuando fuese llamado debería acudir a las cortes convocadas por Fernando como hacían los grandes y ricos hombres castellanos. Y dejaría de pensar en Granada.

La maniobra fue excelente para ambos. Alhamar salía muy bien del trato o al menos sin daños, lo que no era poco. Fernando le respetaría en adelante y cuando planeara sus conquistas miraría hacia otro lado. El cristiano tenía tarea por delante. Granada era mucho más difícil de atacar que Sevilla. Había en Granada un caudillo indiscutible del que carecían los demás reinos musulmanes españoles. Seguirían de la mano, al menos mientras fuera posible.

Los cristianos entraron en Jaén. Era el año 643 de la era musulmana, el 1245 de la cristiana. La ciudad recibió a los victoriosos cristianos con un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por los cánticos de los clérigos que entonaban el *Te Deum laudamus*. Nadie se alegraba de aquella nueva situación. La comitiva de los vencedores iba precedida por el obispo de Córdoba Don Gutierre que se dirigió a la mezquita mayor. Nada más entrar manejó sus hisopos haciendo asperges en cada rincón y la consagró como iglesia cristiana con el título de la Asunción de la Virgen. A continuación Don Gutierre ofició una misa solemne, cantada por la capilla del rey Santo que siempre le acompañaba. Luego trasladó a la ciudad de Jaén la sede episcopal que estaba en Baeza y dotó la nueva Iglesia con villas, castillos y tierras.

Fernando permaneció en Jaén durante ocho meses pacificando la ciudad, fortaleciendo y edificando sus muros, torres y adarves, convirtiendo la ciudad de musulmana en cristiana mediante repoblaciones, ordenanzas, nombramientos de jueces, gobernadores, etc. En adelante sería

> *Bien fortalecida, e bien encastillada, e de fuerte e redonda cerca, e bien assentada, e de muchas torres, e muchas aguas e muy fridas dentro de la villa, e abondada en todos abondamientos que a nombre villa convienen. E fue siempre villa de muy gran guerra.*

Alhamar se marchó a Granada llevando consigo al walí de Jaén Aben Muza, a quien dio el mando de la caballería. Volvía con la sensación de haber sido derrotado y sin embargo estaba lleno de proyectos. En el fondo no había sufrido ninguna humillación, más bien sentía haber hecho algo importante por su ciudad y su reino. Les había librado de sufrir, de luchar, de morir. Había hecho una paz extraña con su enemigo natural. Volvía amigo de su peor enemigo y con la sensación de que habría paz en Granada durante bastante tiempo.

Debía edificar maravillas que soñaran los siglos. Granada sería más bella que nunca. Se pondría a trabajar para que así fuera.

Subió a la colina de la Alhambra, miró a un lado y a otro y encontró dos grandes tareas que debía emprender. Por un lado, en la parte que más se asoma a la ciudad, continuaría la restauración de unas torres, las Torres Bermejas, que eran de pura defensa. Eran muy antiguas y no aguantarían un asedio como el que Fernando había hecho a Jaén. Las reedificaría, fortalecería los sólidos cubos que defendieran la ciudadela y en el mascarón de proa que la montaña asoma a la ciudad construiría una torre solidísima que velara por la ciudad y desde lo alto la defendiera.

Por otra parte, apoyándose en las viejas murallas que se asoman a los barrancos del río Dauro había antiguas mansiones, habitaciones secretas edificadas por el visir judío José Negrella. Contenían bellezas sin límite, como un patio con una fuente de leones que recordaban la del antiguo templo de Jerusalén que destruyera Nabucodonosor. Asomándose al Dauro, José Negrella había construido palacios, miradores, recovecos bellísimos, ventanales que asemejan ojos de sultanas que contemplan un paisaje infinito.

En una parte de la colina roja reedificaría un inmenso castillo de defensa. Más hacia adentro, asomándose sobre las viejas murallas, iniciaría la construcción de un palacio bello como ningún otro musulmán o cristiano.

Caminaba de un lado a otro, de la fortaleza al palacio ordenando se diera solidez a los muros, indicando las cifras correctas, dictando las inscripciones más bellas para que se escribieran en los muros con filigranas preciosas. Se mezclaba con alarifes y albañiles, escuchaba a los sabios en matemáticas para que todo fuera técnicamente perfecto, pedía a los poetas casidas para sus inscripciones y animaba a todo el mundo a trabajar febrilmente, con amor, para que de sus manos saliera un palacio nunca visto, recostado en montañas, asomado a colinas, a ríos, a mundos de ensueño.

Luego bajó a la ciudad hasta pasear por las orillas del río, por el barrio del Haljeriz, recorrió la bellísima Alcaicería donde se mezclaban los hombres que tintaban, que torcían la seda, que la tejían hasta conseguir telas nunca antes vistas.

Y pensó. Arriba en los altos de la Alcazaba Gidid o la Alcazaba Cadima o abajo en las calles que dan a la puerta de Elvira vivían muchos musulmanes. Unos eran granadinos de antiguo y otros habían venido de Valencia, de Baeza, todos en fin de

las ciudades conquistadas por los cristianos. Eran los mejores, los más ricos, los más sabios que llegaron tratando de encontrar en Granada lo que los cristianos les arrebataban en las tierras conquistadas. Para ellos, para todos los musulmanes granadinos, debía Alhamar construir una gran ciudad.

Edificaría maristanes, hospitales para enfermos y peregrinos. También madrazas, escuelas coránicas en las que se enseñara como en las mejores de Damasco o Bagdad. Había que hacer carnicerías para que la ciudad estuviera bien provista de carnes recién matadas. Era necesario que se dispusiera de alhóndigas donde se guardasen los granos, hornos para cocer el pan, baños públicos donde asearse conforme a las leyes y costumbres que debe observar todo buen musulmán. Y zocos, mercados populares donde comprar los más pobres o la bellísima Alcaicería, un mercado para ricos, tanto musulmanes como los que venían de fuera.

Y agua. Haría de Granada una ciudad donde se percibiese en el silencio el discurrir de riachuelos, el manar de las fuentes que se escuchan en el silencio de noches encantadas. Haría que el agua viniese desde las montañas que circundan la ciudad de tal manera que las acequias y canales llegasen a todos los barrios, a las calles aún las más apartadas, a los palacios que estaba edificando con sus propias manos. ¡El agua de las fuentes de Granada! Sería una belleza más a sentir en las tardes de primavera cuando las rosas extendieran su perfume por casas, palacios, calles y plazuelas. Y llegaría hasta la vega para hacer más fértiles unos campos preciosos.

¿Y el dinero para tanta obra inmensa? ¿Tenía Alhamar riquezas para costear tanta construcción?

¡Otro milagro se produjo en Granada! El monarca impuso contribuciones a su pueblo para pagar estas bellezas. Y el pueblo, que es sabio, vio que el rey era austero, casi pobre y que el dinero que le daban era para hacer de su ciudad una de las más bellas del mundo. Por eso, en lugar de murmurar o tratar de evitar esas imposiciones, ellos mismos acudían a entregar sus contribuciones pues pagaban felices un dinero con el que estaba viendo crecer y embellecer su ciudad.

Luego miró hacia la provincia. Recorrió la impresionante Alpujarra donde el agua cae por barrancos dejando estelas de belleza junto a casitas adosadas a las laderas, bancales donde los campesinos miman su tierra, acarician sus siembras como que fueran juguetes en manos de rústicos y sabios artistas, árboles que dan brevas dulces como la miel, nueces de sabor fuerte que penden de árboles robustos que están agarrados a las breñas. Y allí había también árboles llamados de la morera que los antiguos árabes habían traído de Siria para que alimentasen a unos gusanos que fabricaban hilos preciosos de los que las manos de los alpujarreños harían unas telas únicas que adornarían palacios, embellecerían doncellas, harían que los guerreros adornasen sus hombros con piezas de un colorido imposible de superar.

Después recorrió una costa plagada de castillos, desde el de Salobreña hasta un castillo de hierro que defendía las costas cuajadas de frutas de singular sabor y belleza, tierras sembradas de cañas dulces como la miel.

Más adelante pasó a ver los castillos del norte, frontera que debía defenderles de los ataques de los cristianos. Pasó por el castillo de Iznalloz edificado por los antiguos califas en una peña de imposible acceso. Siguió adelante hacia otro castillo situado en lo alto de un cerro que corona la aldea de Píñar. Pasó por torreones como el de Cardela, una aldea situada en un puerto y coronada por un torreón desde donde se enviaban señales con que comunicar peligros, nuevas o dichas de los musulmanes. Desde allí fue al viejísimo castillo de Montejícar. Y desde allí hasta otro y luego a otro pueblo y otro castillo que defienden una geografía única.

Cuando volvía de sus correrías por la provincia se establecía en la Alhambra. En los días solemnes se sentaba en su trono, se rodeaba de sus nobles, guardias y servidumbre y recibía a los pobres, les escuchaba para comprobar si sus quejas eran atendidas. Alhamar que planeaba hacer palacios para sultanes poderosos, era el rey de los pobres.

Era muy querido por su pueblo y admirado por los reyes musulmanes africanos que andaban en luchas internas unos contra otros.

Fernando también le admiraba. Se sentía su amigo. Probablemente por ese respeto nunca se propuso enfrentarse militarmente a los granadinos o conquistar sus plazas Y todo esto sumaba en Granada.

Pero Fernando no estaba satisfecho con la conquista de Jaén. Era ambicioso, insaciable. Había conquistado Jaén, había sometido a su vasallaje al rey de Granada pero quería seguir, conquistar más tierras y ciudades a los musulmanes.

Como era habitual en él pensó con detenimiento cual debería ser su siguiente ciudad a conquistar y consultó con sus nobles expertos en las guerras contra los moros. Luego mandó llamar al maestre de Santiago Don Pelayo Correa a quien sometió sus proyectos.

Don Pelayo Correa a su vez consultó con sus caballeros y todos dijeron que aquella iba a ser una campaña muy peligrosa. Los musulmanes hacía más de un siglo vencieron a Alfonso VIII en Alarcos porque conocían la estrategia de los cristianos. Alfonso VIII venció a los Almohades en Navas de Tolosa porque se consiguió dividir a sus enemigos haciendo que los andaluces se enemistaran con los Almohades. Si se quería vencer era necesario meter dentro de ellos la división. Y ¿cómo podrían hacerlo?

Don Pelayo Correa comunicó al rey sus impresiones y Fernando contestó: ¡A conquistar Sevilla les ayudaría el rey de Granada Aben Alhamar!

Pocos días después un correo de Fernando entró en el reino de Granada portador de un mensaje urgente. Montaba un precioso caballo que traspasó los puertos, se

introdujo entre los castillos, se adentró en la Vega y por fin se presentó a las puertas de la ciudad. Se le franqueó la entrada, pasó al trote por la calle de Elvira, subió la cuesta que da acceso al palacio recién construido de la Alhambra y fue introducido a la presencia del rey de Granada. El correo hizo las reverencias que mandaba el protocolo y entregó el escrito al escribano que se dispuso a leérselo al soberano.

Fernando recordaba a Alhamar el reciente acuerdo de vasallaje que habían suscrito en la conquista de Jaén y su promesa de acudir a ayudar a los cristianos en las conquistas que decidiesen acometer. A continuación le manifestaba su intención de conquistar Sevilla y le pedía su ayuda. No necesitaba muchos hombres pero sí muy expertos. En realidad le necesitaba a su lado pues le serviría de inestimable ayuda desde el punto de vista militar para atacar las defensas de los sevillanos y su consejo para influir en ellos una eventual rendición.

Alhamar escuchó con angustia la lectura de la carta de Fernando. Estaba contento porque la expedición no iba contra él. Incluso al pedirle que le acompañara le estaba dando a entender que nunca le atacaría de frente. Eso era un respiro. Sin embargo esta alianza contra natura le dejaba una sensación de amargura. El rey de Granada iba a aliarse con su enemigo contra los de su misma religión y sangre, nada menos que para conquistar Sevilla. Pero debía hacerlo. ¿Qué remedio le quedaba?

Días después la puerta de Elvira se abrió para franquear la salida al rey de Granada. Le acompañaban, además de sus cortesanos y servidores, quinientos caballeros granadinos. Alhamar los había escogido entre los más fieles a su persona. Todos eran nobles, buenos guerreros, todos conocían perfectamente el arte de la guerra, las tácticas y organización del ejército musulmán y cristiano, pero sobre todo eran fieles al rey.

En las campiñas cercanas a Écija, donde el Guadalquivir baja ya plácido al encuentro de Sevilla, se produjo la reunión entre el ejército capitaneado por Fernando y la expedición de escogidos caballeros granadinos mandados por su rey.

Fernando reiteró a Alhamar sus intenciones de conquistar Sevilla. Contaba con él. Le necesitaba por conocer la forma de hacer la guerra que tenían los musulmanes y además porque estaba seguro de que sería un magnífico interlocutor cuando se tratara de inclinar las voluntades de sus hermanos hacia una rendición.

Alhamar ya sabía cuál iba a ser su cometido en esa campaña. Lo imaginaba desde el momento mismo en que su escribano le leyó la carta de Fernando. Venía mentalizado para desempeñar lo mejor que pudiera el papel que se le había encomendado. Sus palabras tranquilizaron a Fernando y se dispusieron a actuar.

Había que cercar Sevilla. Era necesario cerrarle las vías de aprovisionamiento. El primer objetivo fue atacar Alcalá de Guadaira. Una vez sometida Fernando se la entregó al rey de Granada. Deseaba tenerle contento.

Desde allí se dirigió el ejército hacia Carmona donde mandaba Abul Hasan que

defendió su ciudad con un valor y un arrojo increíbles. Pero acabó cediendo la plaza a Fernando y encerrándose en Sevilla para defenderla.

El rey de Sevilla era Cide Abu Abdalá, tío del walí de Carmona. Al ver entrar a su sobrino Hasan comprendió que había llegado la hora decisiva para los musulmanes de Sevilla y que lo mejor que podía hacer era tratar de que otros caudillos de fortalezas cercanas imitaran a su sobrino y vinieran a socorrer a los que estaban en peligro.

Se instalaron centinelas en la Giralda, en la cumbre del castillo de Izn al-Farach, fortaleció el castillo del otro lado del río llamado de Atrayana y se despacharon mensajeros con la noticia de una inminente invasión pidiendo a todos los musulmanes que acudieran para defender Sevilla. Hecho esto se quedaron esperando acontecimientos.

Los cristianos mientras tanto, con la ayuda de Alhamar y sus quinientos caballeros granadinos, se dedicaron a organizar expediciones de castigo por los campos de la Baja Andalucía. Talaron los campos de Jerez, arrasaron olivares, viñedos y huertas de los más bonitos y fértiles que nunca antes contemplaran los castellanos. Aquellas tierras eran auténticos vergeles y estaban siendo destruidas por los guerreros de la cruz en el pecho ante la mirada de los granadinos.

Los habitantes de las vegas bajas del Guadalquivir contemplaban apenados los terribles estragos que hacían los cristianos en sus campos. Se veían impotentes para detener aquellos destrozos que les llegaban al alma. No los podían impedir porque los escasos hombres de armas de que disponían se habían metido en Sevilla para defenderla. Y no podían soportar que aquella destrucción continuara sin tomar la única determinación que les quedaba. Era mejor entregarse a los cristianos y vivir tributarios de ellos que dejarles que continuaran destrozando sus campos, parte de su misma vida.

Un movimiento de resignación se fue extendiendo por los pueblos que rodeaban Sevilla. Las gentes de Carmona y de Constantina obligaron a sus alcaldes a enviar mensajeros al rey de los cristianos pidiéndole que les recibiera por vasallos.

Los granadinos asumieron entonces la tarea de intentar persuadir a los sevillanos de que era mejor vivir tributarios del rey cristiano que perecer bajo sus espadas y sus lanzas. Al fin ellos eran tributarios de Fernando y continuaban viviendo en Granada, construyendo sus palacios, sembrando sus campos, comprando, vendiendo, viviendo como quizá nunca antes habían vivido. ¿Por qué no seguían su ejemplo?

La moral de los hombres de Fernando iba en aumento y su confianza también. Ya caminaban confiados por las campiñas porque pensaban que había desaparecido cualquier conato de resistencia. Atravesaban el Guadalquivir sin antes informarse hasta que un día se metieron en terrenos pantanosos, en barrizales terribles, ellos que marchaban embutidos en armaduras pesadas y engorrosas. Desde lo alto de una

colina los miraban los habitantes de Cantillana que eran bastante levantiscos y no esperaban otra cosa que verles en dificultad para atacarles.

Los caballos de los cristianos no podían moverse en medio de los pantanos. Sólo intentar salir entre nubes de flechas, lanzadas y gritos de terror. Los de Cantillana desde su altura mezclaban su odio con una sonrisa de desprecio. ¡Al fin les habían pillado!

Algún caballero cristiano no estaba muy metido en los barrizales y pudo correr para pedir auxilio al resto del ejército que se acercó de inmediato, atacó a los de Cantillana, los metieron en el pueblo, librando así del apuro a los cristianos.

El odio y la sonrisa cambió de bando. Ahora las muecas de desprecio eran cristianas y las expresiones de miedo en los musulmanes. Los cristianos estaban deseando vengarse para dar una soberana lección a aquellos odiosos desgraciados. Cercaron el pueblo, combatieron con todas sus fuerzas y como la técnica y la superioridad de los cristianos era indudable, entraron en Cantillana y mataron a la práctica totalidad de sus habitantes. Los lamentos de los heridos eran respondidos con una certera lanzada que acababa con la vida del infeliz que los profería. Sólo se salvó quien pudo huir o quien se escondió en lugares inverosímiles manteniendo silencio mientras se consumaba la tragedia. De Cantillana quedaron vivos muy pocos, testigos que transmitirían su terror a los demás habitantes de los pueblos cercanos. La lección estaba dada.

Alhamar contempló impotente el desastre de Cantillana. Eran sus hermanos y habían muerto como animales masacrados en un establo. Debía tomar alguna determinación. Hablaría del tema con Fernando para ver qué se podía hacer para que hechos como ese no volvieran a repetirse.

Alhamar y Fernando se entendían y se respetaban. La mirada de dos hombres inteligentes suele ser suficiente para encontrar la mejor solución al problema surgido. Alhamar estaba dolorido por lo que había sucedido, se lo comunicó a Fernando y le propuso una solución. En adelante, cuando se tratara de someter un pueblo, en primer lugar los cristianos tratarían de persuadir a los musulmanes a la rendición. Solamente en el caso de que no hubiera manera de convencerlos se usaría la fuerza. Seguramente de esa manera se evitarían matanzas como había ocurrido en Cantillana.

Fernando aprobó la propuesta de Alhamar. A partir de entonces se enviaron mensajeros a las villas y castillos que rodeaban Sevilla con cartas escritas en su mismo idioma y firmadas por Alhamar. En ellas se les contaba lo bien que estaban los musulmanes granadinos sometidos al vasallaje de los cristianos y se les aconsejaba el sometimiento evitando así la destrucción de sus campos o las matanzas como la de Cantillana. Gracias a esta estrategia se evitaron muchos derramamientos de sangre. El primer pueblo que se les entregó por este método fue Guillena. Luego fueron a cercar Alcalá del Río que era una auténtica fortaleza mandada por un caudillo llamado Abul

Jetaf, que cuando vio acercarse los ejércitos para sitiar su fortaleza, salió a campo abierto y cargó con sus hombres contra el destacamento cristiano que lo pasó bastante mal, mataron a bastantes de ellos y el asunto no llegó a mayores porque se presentó a ayudarles Alhamar con su caballería, una de las mejor preparadas, desde luego mejor en destreza, armamento y valor que la cristiana y la sevillana juntas. Gracias al auxilio de Alhamar fueron vencidos los de Abul Jetaf y obligados a volver y encerrarse en su castillo pero los cristianos y los musulmanes les cortaron el camino a su ciudad con lo que corrieron en dirección a Sevilla donde se encerraron. Entonces convenció a los restantes habitantes de Alcalá del Río para que se entregaran. Lo hicieron y entregaron a Fernando su fortaleza.

Ya se había preparado el terreno, se habían conquistado los castillos que rodeaban la ciudad y era el momento de atacar definitivamente Sevilla. Era el año 1246 de la era cristiana, el 644 de la musulmana.

En Sevilla había una caballería formidable. Con ella atacaban esporádicamente a los cristianos que estaban acampados en las dos orillas del río.

Alhamar tenía destacados a sus hombres en dos lugares diferentes. Un destacamento ocupaba los altos del castillo de Aznalfarach y otro las mismas puertas del Alcázar. En los dos casos su posición era de primera línea. En uno y otro lugar se tenía que enfrentar a la caballería del Algarbe, mandada por Muhammad, señor de Niebla. Estos enfrentamientos fueron terribles. Fueron unos hechos de armas memorables que causaban la admiración de los caballeros cristianos que desde lejos les envidiaban. Fernando no perdía detalle y se sentía un admirador más del buen hacer militar de Alhamar y su caballería.

Las luchas se producían también en el río entre galeas y gentes de mar de uno y otro bando.

En la otra orilla del río estaba el castillo de Triana, ocupado por valientes soldados musulmanes y magníficamente dotado de armas de guerra. Cada poco salían en descubierta agrupaciones de soldados sevillanos que atacaban a los sitiadores. Las escaramuzas se sucedían en todas partes y la lucha de unos por defender Sevilla y de otros por atacarla se había generalizado.

Así pasaba el tiempo, meses y más meses en los que los de Triana atacaban a los cristianos, defendían Sevilla, pasaban al otro lado del río por un puente hecho de naves amarradas que estaba magníficamente defendido.

Dieciocho meses de campaña eran demasiados. Los sitiados estaban siendo debilitados y los sitiadores daban muestras de cansancio. Era necesario tomar alguna determinación. Quizá alguna maniobra audaz consiguiera inclinar la balanza del lado cristiano.

Alhamar pidió ser recibido por Fernando. Los dos pasaron el día juntos, hablaron, se marcaron el objetivo y se trazaron un plan de acción que habría de dar ciertamente

buenos resultados. Fernando había escuchado las propuestas de Alhamar y salió de la reunión dispuesto a ponerlas en práctica.

Al despuntar del día siguiente un enjambre de obreros se puso manos a la obra. En la parte más al norte de la ciudad, por donde aparece el río, los constructores de naos de guerra del ejército cristiano se emplearon en preparar dos grandes naves de carga. Debían estar preparadas para ser cargadas a tope. Las dotarían de un gran velamen para que tomaran la mayor velocidad posible río abajo.

En otro lugar se pusieron a trabajar los artificieros. Llenarían grandes ollas de alquitrán revuelto con pólvora, trozos de hierro y acero. Deberían también preparar mistos que sirvieran de detonante a estos artefactos de rudimentaria artillería naval.

Era necesario además contar con viento favorable. Cuando consideraron que se daban las condiciones cargaron las naves con las grandes ollas de pólvora y alquitrán, desplegaron las velas, dejaron las naves deslizarse río abajo, las enfilaron hacia el puente de barcas que comunicaba Sevilla con Triana, encendieron los mistos y esperaron para contemplar el espectáculo de destrucción y muerte que habían preparado.

Las naos iban bajando lentamente. Se escuchaba desde lejos el recio quejido de las cuerdas que amarraban las velas. Si se las miraba atentamente se podían ver sobre la cubierta los puntitos de luz que indicaba que los mistos estaban haciendo lentamente su camino. Por fin se produjo un choque tremendo. Las naos cristianas se fueron a estrellar contra las moras que servían de puente entre ambos lados del río. Las cadenas y cuerdas que ataban las naves musulmanas se habían roto con el enorme golpe. Lentamente se fueron distanciando unas de otras impulsadas por el suave movimiento del río. De improviso todo explotó. Los mistos llegaron hasta los depósitos de pólvora y se produjo un gran fogonazo y un incendio que en un momento se extendió a los barcos hasta que el fuego se fue río abajo convirtiéndolo todo en cenizas que se mecían bajo el empuje suave y plácido del agua.

Ya Sevilla estaba separada de Triana y ambas eran mucho más vulnerables.

Por los campos sevillanos continuaban las luchas y los horrores de la guerra se extendían por todas partes. Los suburbios de Sevilla seguían siendo arrasados por los cristianos que insaciables combatían con una rabia y una ambición infinitas. Pero la defensa de los musulmanes seguía siendo ejemplar. Sus ballestas disparaban tan fuerte que a veces traspasaban a los cristianos aunque estuvieran protegidos por recias armaduras. Sin embargo los sitiadores no se inmutaban. Como que alguna fuerza interior les empujara a luchar hasta conquistar aquella maravilla del mundo conocido.

Poco a poco el desánimo cundía entre los defensores de Sevilla. ¿Qué ayuda exterior podían esperar si el único rey musulmán de al-Andalus estaba de parte de los cristianos?

Tímidamente, calladamente se acercaban mensajeros de los sevillanos con la pretensión de entrevistarse con Alhamar. Buscaban alguna solución a su situación. Y al tener delante al rey granadino se les venían abajo los pocos deseos de luchar que les quedaban. ¡Vivían tan felices los granadinos vasallos del rey Fernando!

Cuando Alhamar consideró que esos enviados de Sevilla realmente representaban el sentir de los sitiados, hizo dos cosas. La primera fue darles esperanza de que si confiaban en él su problema tendría una salida razonable. La segunda cosa que hizo fue visitar a Fernando y proponerle que se hiciera un buen pacto. Le entregarían Sevilla a cambio de que sus habitantes tuvieran un trato digno.

El trasiego de emisarios aumentaba sin cesar. Notables musulmanes salían de Sevilla, buscaban la tienda de Alhamar, se demoraban parlamentando y luego volvían a Sevilla donde las gentes al oír lo que les transmitían los emisarios, cambiaban los semblantes de amargura y asomaba en sus rostros un leve gesto de esperanza.

Un día el clamor se hizo tan grande, la situación tan desesperada, el desánimo invadió a tantos que el walí Abul Hasan decidió que era necesario entregar la ciudad a los sitiadores pactando la rendición en las mejores condiciones posibles.

Los musulmanes podrían quedarse en Sevilla y vivir en la ciudad o en los campos con toda libertad, disfrutando de sus campos y sus casas. Únicamente estaban sujetos a un moderado tributo que habrían de pagar a Fernando. Los que no quisiesen permanecer en Sevilla podrían disponer de sus bienes y dispondrían de tiempo suficiente para salir. Durante el mes siguiente se pondría a disposición de los que quisieran salir por tierra suficientes acémilas como para cargar sus bienes. A los que quisiesen salir por mar se les entregarían naves para pasar a África.

Las puertas de Sevilla se fueron abriendo primero tímidamente, luego más y más hasta que se inició una tristísima comitiva de sevillanos. Unos salían llorando, otros escondían como podían su pesar y su angustia, otros ayudaban a los más débiles, todos tenían el corazón partido por lo que iban a dejar para siempre. Sus acémilas caminaban cansinas incapaces de arrastrar unas cargas enormes. Los musulmanes sevillanos también pero su pesar les hacía caminar más inclinados todavía por la angustia, la tristeza, la pena de abandonar para siempre su preciosa, única ciudad.

¿Habéis visto a alguien que ame, idolatre tanto a su tierra como los sevillanos? ¿Os imagináis que los habitantes de ahora la debieran abandonar para siempre? Cerrad los ojos y pensad qué ocurriría si los actuales habitantes de Sevilla debieran salir de sus casas, caminar mirando hacia atrás, dejar sus murallas, sus barrios, su Alcázar, su torre redonda y chata bañada por el río? ¿Os los imagináis volviendo la cabeza y diciendo adiós por última vez a la enorme y preciosa Giralda?

Fernando intentó que el walí Abul Hasan se quedara en Sevilla o en cualquier lugar de las tierras de que era rey. Pero ¿cómo iba a ser imaginable que aceptara esa oferta? Orgulloso entregó a Fernando las llaves de su ciudad y sin mirar hacia atrás

embarcó en una pequeña nao, navegó río abajo hasta que encontró el mar que le llevó a África.

El rey castellano ocupó el Alcázar y repartió a sus caudillos por las ciudades y fortalezas cercanas en tanto que muchos sevillanos se dirigían a Granada. ¿No les había dicho Alhamar que en Granada había sitio para todos? Seguramente encontrarían un lugar donde vivir de manera más o menos parecida a como había sido su vida en Sevilla. Al menos estarían cerca de ella. ¡Quién sabe si alguna vez podrían al menos viajar para ver de nuevo su río, su ciudad y su Giralda!

Los artesanos, los comerciantes, los labradores, hombres modestos no implicados en hazañas guerreras prefirieron irse a Granada. Alhamar les daría las colinas cercanas a una fuente llamada *de las Lágrimas*, donde podrían llorar la añoranza de Sevilla, soñarla en la lejanía y contemplar en inmensos atardeceres el sol que se iba escondiendo por un lugar donde se podría pensar que estaba aún enhiesta y preciosa la Giralda.

Los musulmanes perdieron para siempre Sevilla. Sus torres y sus mezquitas se llenaron de cruces cristianas. Los sepulcros de los musulmanes estaban siendo profanados con nuevas construcciones. Ya no se oía en la ciudad el canto del muecín llamando a la oración. Su lugar lo ocupaban estruendosas campanas que de noche y de día sonaban y sonaban anunciando que una nueva civilización se había apoderado de una de las ciudades más bellas del mundo.

Alhamar volvió a su tierra. No se sentía para nada victorioso ni alegre. Estaba satisfecho porque sus planes se habían cumplido al milímetro pero volvía muy triste porque estaba viendo con sus ojos el fin de los musulmanes en España, la ruina de los de su religión y su raza. Se consolaba pensando que quizá Fernando le dejaría en paz.

Alhamar entró por la puerta de Elvira acompañado de sus caballeros granadinos. Fue un gran día de fiesta. Todos le aclamaban a su paso por las calles. Sin embargo no deseaba alabanzas ni fiestas. Como que volvía de tapadillo, humilde, sin querer hacerse notar. Tenía delante una inmensa tarea. Debía terminar la construcción de su palacio en lo alto de la colina de tierras rojas. Continuaría la tarea que se había impuesto de construir bellezas únicas en un lugar soñado.

Se puso inmediatamente manos a la obra. Era necesario fomentar la industria, el comercio, la riqueza de Granada. Los mejores labradores recibirían premios, exenciones de impuestos, distinciones. Los guarnicioneros, los armeros, los yegüeros, los tejedores, los hombres dedicados a torcer y tintar la seda a las orillas del río Darro, todos serían estimulados en sus trabajos tanto cuanto fuera posible.

La seda en Granada era una de las principales fuentes de ingresos. ¡Era más bonita que la que llegaba procedente de Siria! Cuando se lucía en las tiendas hacía las delicias de las damas y caballeros de toda Castilla que venían a adquirirla como uno de los mejores presentes que podrían llevar a sus tierras.

Alhamar fomentó también la extracción de metales en las minas de Granada. De las entrañas de las montañas de su reino extraía oro de las sierras de Almería y del río que baña la ciudad, plata en la parte de Almería, plomo de Gádor y Linares, diversos metales preciosos con los que acuñaba moneda para abastecer sus tesoros.

Naturalmente ordenó que se preparara un escudo de armas, emblema de su reinado. Tendría un campo de plata como las nieves de la Sierra Nevada, estaría cruzado con una banda azul y en esa banda habría una inscripción en letras de oro que proclamaría *no hay otro vencedor sino Dios*. Y es que sus gentes de Granada, al verle pasar, le gritaban:

—*¡Vencedor! ¡Vencedor!*

Alhamar les corregía gritando a su vez:

—*¡No hay más vencedor que Dios!*

El color emblemático de la dinastía nazarí fue estudiado cuidadosamente y decidido por Alhamar. El color de la dinastía omeya había sido el blanco en Damasco y en Córdoba. Los abasíes enarbolaban banderas negras y ese fue su color y su emblema. Alhamar adoptó el color rojo para él y sus descendientes. Así empleaba papel rojizo en sus escritos oficiales, sus banderas eran rojas escarlatas y sus vestidos de ceremonia eran rojos, aunque en los días de luto vistieran de negro. A partir de entonces en su escudo de armas y en todas partes, en las esquinas y frontispicios de la Alhambra, estaría escrito en oro, en yeso, en estuco, en maderas de mil filigranas:

—*No hay más vencedor que Dios.*

Su reinado tuvo muchos objetivos. Consolidar Granada, mantener a raya a Fernando, fomentar la riqueza de su reino, pero sobretodo prevalecía el de edificar el más bello palacio que nunca se pudo soñar.

Estaba muy bien rodeado. No tenía cortesanos sino más bien personas dispuestas a trabajar a su lado, obedeciéndole ciegamente.

Tuvo tres hijos. El rey dedicaba cuanto tiempo podía a su educación. Él mismo les enseñaba, les leía historias antiguas y les contaba las hazañas de sus caballeros. Esa tarea fue para él un placer pues nada le agradaba más que estar con ellos, instruyéndoles en todo lo que después necesitarían.

Cuando Alhamar estaba enfrascado en las tareas de engrandecer Granada le llegó la noticia de la muerte de su amigo el rey Fernando. Alhamar era un hombre transparente, que reflejaba en su rostro cualquier sentimiento. Esta noticia le llenó de

tristeza y preocupación. Fernando era su enemigo natural. Pero algún ángel bueno le había dado la discreción necesaria para llevarse bien con él, sortear los peligros que para su reinado suponían las ambiciones del cristiano y conseguir para Granada, no solamente la libertad sino además la prosperidad de que estaba disfrutando. ¿Qué más podía pedir? Ahora esta noticia le había llenado de inquietud. Era difícil que consiguiera con el sucesor una relación tan equilibrada y estable como la que había mantenido con Fernando.

Pero como buen musulmán sabía que era necesario anteponer el dolor a la preocupación por el futuro. Sinceramente estaba apenado y había que mostrarlo ante los cristianos. Además era vasallo del rey castellano y había que acompañar a su señor en tan tristes momentos. Llamó a su secretario Abu Hasan de Archidona y le mandó escribir una sentida carta de pésame dirigida a Don Alfonso. A continuación ordenó que saliera de Granada un lucidísimo cortejo que acompañara a Fernando en su última hora y transmitiera a su sucesor el sentimiento que embargaba a los granadinos y a su rey.

De Granada salió para Castilla una imponente comitiva. La presidían un buen grupo de notables y nobles que montaban preciosos caballos hispanoárabes. Un grupo de acémilas les acompañaban cargadas con la impedimenta necesaria para el camino, además de las ropas y uniformes de ceremonia que habrían de vestir en los funerales del rey. Detrás caminaban los criados y a continuación cien peones que portarían cada uno un cirio imponente en las exequias del monarca castellano.

La embajada granadina causó una honda impresión entre los cortesanos y familiares del rey. Don Alfonso agradecería siempre a Alhamar este acompañamiento tan sentido.

El rey de Granada, pasados estos momentos de protocolo, volvió a sentir la inquietud, el desasosiego, la sensación de verse rodeado de enemigos y sin ninguna puerta a la que llamar. Nuevamente se sentía amenazado por un enjambre de ávidos e insaciables cristianos que iban a aniquilarle apenas notaran en él síntomas de cansancio. ¡Debía mostrarse fuerte! Era necesario preparar con tiempo los malos momentos que sin duda estaban por venir.

Alhamar salió de la ciudad para recorrer su reino. Debía fortificar los castillos y dar una estructura militar a todos los habitantes para que acudieran en defensa de los lugares que fuesen amenazados. Primero fue a Guadix. Mandó que se repararan los muros de su antigua alcazaba y que toda la ciudad tuviera murallas y torres bien fortificadas. Recorrió la comarca y en lo alto de los cerros colocó soldados y vigías que sirvieran de enlace para avisar de posibles peligros o para convocar a los hombres de las comarcas para defender lugares amenazados. Por fin dejó el mando a visires competentes y enérgicos con todas las atribuciones para organizar la defensa y administrar la justicia.

Después pasó a Málaga.

Málaga era una ciudad muy bien defendida y amurallada. Su alcazaba era una ciudad dentro de la ciudad rodeada de muros, de torres que en su osadía incluso se adentraban en el mismo mar de plata que la bañaba. Debajo de la alcazaba se extendía otra ciudad también amurallada que llegaba hasta las orillas de un río que la abrazaba. También avisó a su gobernador de que preveía peligros bastante próximos.

Málaga tiene castillos por doquier. Hacia la Garbía estaba el castillo de *la Fongirola*. Más allá, en Monda, en Torrox a las orillas del río Guadiaro, la antigua posesión de la familia del gran Almanzor. En Álora, en Cártama, en las enormes y frías serranías que parecieran querer contrastar el calor de su capital de provincia con una aspereza más bien castellana. En la sin par Ronda, la Arunda romana, la ciudad y las tierras que sirvieran de refugio al gran caudillo muladí Omar ibn Hafsun que tuvo en jaque a los soldados de los califas cordobeses. Y hacia la Axarquía en Bezmiliana, en Bentomiz, en Comares, otro viejísimo nido de águilas.

No pudo recorrerlos todos. Era imposible. Sin embargo a todas partes llegó su mensaje. Había que estar preparados. Las gentes tendrían sus armas muy cerca. Había que estar alerta por si era necesario acudir en socorro de alguna ciudad o algún castillo que fueran atacados por los castellanos.

Málaga era una ciudad de cultura y había dado hombres importantísimos. Uno de ellos acababa de morir. Cuando Alhamar estaba en el cerco y la toma de Sevilla moría el gran Abd Alláh ben Ahmed Diaeddín conocido por todos como Ibn Baithar.

Es este uno de los malagueños más preclaros en la historia de la ciudad.

Era un sabio, un buscador incansable de la ciencia allí donde estuviera. Fue un investigador de los secretos de la materia, un estudioso del origen de las enfermedades, de las propiedades curativas de plantas, minerales y un hombre dedicado a curar a los enfermos. Esa inquietud por saber le llevó a viajar por el mundo conocido. Recorrió Egipto, Arabia, la India estudiando, aprendiendo, conversando con los sabios de los lugares que recorría y examinando las plantas, los minerales y los animales de cada sitio, aprendiendo sobre el terreno las propiedades curativas de cada planta o animal y estudiando al ser humano. Por fin pasó a Damasco y fijó allí su residencia. El emir Alkamel le nombró su visir. Fue su mano derecha hasta su muerte en 1248.

Sus obras son de una calidad inmensa. Una, que es la fundamental, se titula *Gran colección de medicamentos simples*. En ella ordena las materias por orden alfabético y trata sobre las virtudes curativas de animales, plantas y minerales. Es una explicación y una ampliación del libro de Dioscórides y un tratado en que amplía unas veces y rebate otras la obra de Galeno. A Galeno y Dioscórides, los conoce a la perfección, añadiendo más de dos mil plantas a las obras de los anteriores.

Conoce perfectamente a Aristóteles y con una minuciosidad que admira corrige,

amplía y perfecciona las grandes obras de los autores grecolatinos, fundamentales para el estudio de la farmacología, del ser humano, de sus enfermedades y de los principios básicos para la curación de los enfermos. Su tratado anteriormente citado fue fundamental para el conocimiento científico y muy respetado por los sabios de Persia y de Alejandría.

Escribió también otras obras. Un comentario al libro de Dioscórides; otro libro sobre los pesos y las medidas usadas en medicina; otro sobre Veterinaria; otro sobre las reglas de farmacia y otro sobre las legumbres.

Sigamos con la historia de nuestro Alhamar.

Luego fue a Tarifa, desde allí se acercó a Algeciras, después pasó a Gibraltar donde reparó los muros de la ciudad y del castillo. Y aquí estaban los confines de su reino.

Cuando estaba en Gibraltar recibió una embajada que no esperaba. Un grupo de caballeros musulmanes de Arcos, Jerez, Medina, de Murcia deseaban parlamentar con él. Alhamar los recibió y les preguntó el objeto de su inesperada visita.

Estos no eran súbditos del rey de Granada. En realidad eran mudéjares, habitantes de zonas conquistadas por los cristianos que conservaban su religión. No se sentían súbditos de los reyes cristianos. Ellos mucho más que los granadinos sentían la opresión castellana sobre sus bienes y sus modos de vida. Por ello habían pensado que su lugar natural, su única defensa era acogerse a Alhamar y declararse sus súbditos. Solos no tenían defensa posible. Unidos a los granadinos la tenían muy difícil pero al menos les quedaba un resquicio de esperanza. Por eso habían decidido unirse para emprender juntos el viaje y la aventura de pedir amparo al rey de Granada.

Los mudéjares estaban muy inquietos. Conocían que Alhamar se había aliado con los cristianos para echar a sus hermanos musulmanes de Sevilla. ¿Se podían fiar de él? En el fondo no se fiaban pero ¿qué solución les quedaba?

Alhamar los escuchó atentamente y se guardó de manifestarles sus sentimientos. Le estaban proponiendo una sublevación en toda regla contra los cristianos. Porque él también estaba hecho un buen lío. ¿Qué debería hacer? Don Alfonso no era como su padre. Era menos leal, más dado a las intrigas y menos dispuesto a cumplir pactos a costa de ambiciones. Dentro de su corte tenía enemigos, incluso entre sus hermanos. Alhamar tenía plena conciencia de que le atacaría en cuanto le sintiera débil o cuando entendiera que le tenía en sus manos.

Amparar a los musulmanes de Jerez, Arcos, Medina Sidonia y Murcia era declarar la guerra a Don Alfonso y romper los pactos que había hecho con su padre. No. Les dejaría ir sin respuesta. A estos los tenía en sus manos. Se lo pensaría detenidamente. Lo consultaría con sus hombres de confianza. Volvería a Granada y les daría una respuesta.

El walí Abu Alhac y el visir de Murcia Abu Bacar debían hacer de vuelta el mismo camino que el rey. Sus propuestas no habían obtenido el apoyo franco y decidido que esperaban. Sentían que tal vez no se habían expresado claramente o quizá había alguna razón que desconocían para que el rey les hubiera puesto cara inexpresiva, que desde luego no era de plena aceptación. ¿Y si volvían a sus tierras acompañando a Alhamar? Eran días de marcha que bien podrían aprovechar para charlar con el rey y tratar de vencer su aparente indiferencia.

Mientras caminaban hablaron largo y tendido hasta hacer ver a su interlocutor que su oferta de lealtad y sumisión era sincera. Una vez en Granada Alhamar mandó que les alojaran en sus palacios y convocó a sus consejeros para plantearles la propuesta y someter a su consideración un cambio de estrategia con respecto a Castilla.

Apenas comenzó a exponerles sus dudas sintió en los ojos de sus consejeros que tenían muy clara la decisión. La inmensa mayoría eran partidarios de ayudar a los mudéjares. Alhamar debía romper la paz con el rey Alfonso. Contra más fuerte se sintiera más debían temer por una invasión. En esta guerra todos los musulmanes seguirían a Alhamar si al fin decidía atacar a los cristianos. Era el rey de Granada pero debía sentirse rey de las tierras todas de al-Andalus.

Alhamar los escuchó atentamente, en verdad complacido con lo que le estaban diciendo. Pensaba exactamente igual. Pero ¿y los peligros que acarrearía semejante postura? Una guerra abierta contra Alfonso supondría tener enfrente nada menos que a uno de los más fuertes ejércitos del mundo.

Sí. Los granadinos estarían en el lugar que naturalmente les correspondía, que era del lado musulmán pero era necesario hacerlo con disimulo. Poco a poco. Era necesario ser muy cautos. Con suma astucia organizarían una revuelta que sería algo así como *la revolución de los mudéjares* para sacudirse el yugo de los reyes españoles.

En los salones reales se produjo un murmullo que emocionaba. Los notables se hablaban al principio muy bajito, susurrando, luego fueron aumentando el tono de su voz hasta casi exaltarse. Aportaban ideas, se alegraban, gritaban diciendo que gustosos defenderían su fe a costa de la vida, otros llamaban la atención de los demás advirtiendo de los peligros que esta nueva actitud les iba a acarrear. Decididamente todos estaban encantados de dar ese giro a la estrategia del reino.

Conforme se iba adoptando esa postura común unos y otros se advertían de la necesidad de montar un buen plan de acción en silencio, sin que nada ni nadie advirtiera a sus enemigos de la nueva situación.

La decisión estaba tomada. Era necesario hacer planes secretos para unir a todos los fieles y hacerles luchar bajo las únicas banderas de Alhamar. Dejarían su sangre por restablecer en al-Andalus el viejo dominio de sus padres, de sus abuelos, de los omeyas, los zanatas o los sinhayas.

La corte granadina cobró una actividad inusitada. Se fueron nombrando caudillos de territorios que a su vez organizaban la acción. Enviaban correos a Jerez, a Medina Sidonia, a Málaga, a Murcia, a Arcos, a Lebrija, a Mula, a Lorca, a todas partes anunciando la nueva alianza. Callando, en secreto se fueron limpiando las armas, preparando los caballos, las lanzas, los alfanjes, las gumias. La actividad del palacio pasó a Granada y de allí a los castillos cercanos y luego a otros y a otros. Los torreones que jalonan todos los montes del reino fueron dotados de vigías que estarían siempre alerta para trasladar consignas, prevenir de peligros o simplemente comunicar la actitud nueva y los planes de acción que se pergeñaban en los salones de Granada. Se preparaba un levantamiento general. Tenían moral de victoria.

El plan era intentar dividir las fuerzas del rey castellano. Alfonso no tenía hombres para estar en dos lugares a la vez, en las tierras de Jerez y en las de Murcia. Los musulmanes habrían de organizar una revuelta simultánea en todas partes a fin de que Alfonso se viera atacado por ambos lados. Seguro que pediría ayuda al rey granadino que, con cualquier pretexto, le diría que le era imposible socorrerle. Alfonso rompería la vieja amistad y la alianza que hiciera el granadino con su padre. Esa sería la ocasión para que los de Granada corrieran las tierras en apoyo de sus hermanos.

Se mandaron correos para poner a todos de acuerdo y que el mismo día, a la misma hora, se produjera un levantamiento general. Todos deberían aclamar por su rey a Alhamar y simultáneamente acometer a los cristianos. El objetivo era echarles de sus fortalezas.

No fue menester demasiado esfuerzo para levantar los ánimos de los musulmanes españoles hasta hacerles acometer empresas imposibles. Corrían ciegos al encuentro de los mensajeros e inmediatamente se instalaban en ellos las viejas ansias de venganza contra los cristianos.

Corrían, empuñaban las armas y salían a las calles gritando, aclamando a Alhamar como su rey desde Murcia hasta Jerez, desde Mula hasta Arcos y Medina Sidonia. El día señalado salieron de sus casas dispuestos a matar a los cristianos o al menos echarles de sus castillos y fortalezas. Una revuelta, una auténtica revolución exaltando viejos y patrióticos sentimientos de revancha.

La muerte se extendió por todo el territorio recientemente ocupado por los cristianos a pesar de los denodados esfuerzos de algunos defensores. En Jerez la matanza de cristianos fue tremenda.

El ejemplo de los amotinados se extendió por todas partes. Los musulmanes de Murcia recibieron la ayuda de un contingente de tropas granadinas y consiguieron librarse del reciente dominio cristiano.

Don Alfonso se llevó una tremenda sorpresa. Sentía tener una gran superioridad sobre los musulmanes y no esperaba las noticias que le llegaban en torbellino de

diferentes puntos a la vez, como si todos se hubieran puesto de acuerdo en atacarles el mismo día. Casi de manera atropellada mandó a sus caudillos a todas partes para tratar de parar el motín. Otro correo de Alfonso salió para Granada ordenando a Alhamar que saliera hacia Murcia para sofocar la revuelta de los musulmanes de aquella parte del reino.

El granadino estaba esperando ese mensaje y únicamente ignoraba si le mandaría a Jerez o a Murcia. Y tenía su respuesta preparada. En un escrito perfectamente razonado le hacía ver que ni por motivos de religión ni de raza ni de política iba a estar de su lado. Un musulmán no puede ni debe luchar contra sus hermanos de raza, religión, cultura y más si las tierras por las que ambas partes peleaban habían sido suyas desde hacía casi seiscientos años.

Esa respuesta era lo que le salía del corazón. Así estaba con los suyos y se sacaba la espina que siempre tuvo clavada al apoyar a sus enemigos en Sevilla.

El correo salió a todo galope de vuelta a Castilla. En su morral iba agitándose la carta con los saltos del caballo. El camino era largo, muy largo. Cuando llegó a la corte de Alfonso ya en Granada se habían hecho los preparativos para la guerra. Los alcaides de los castillos y plazas de la frontera recibieron cartas de Alhamar advirtiéndoles de la nueva situación y dándoles órdenes de prepararse para una guerra inminente. El jefe de la caballería granadina recibió órdenes del rey para que la preparase mejor que nunca y estuviese alerta para una acción inmediata. En ese cuerpo de ejército venía un importante contingente de zenetes, tremendos guerreros voluntarios de una tribu africana.

Desde la corte castellana partió una orden para los castillos y ciudades de la frontera. En adelante se trataría a los de Granada como a enemigos. Quien se sintiera con fuerzas debería iniciar las hostilidades contra los musulmanes.

Alhamar salió de Granada con su ejército para atacar las plazas de su frontera que entendía menos defendidas. Y pensó que el flanco más débil de los cristianos estaba en Alcalá de Aben Zaide, que posteriormente se llamaría Alcalá la Real. Por los campos de la comarca lanzó una ofensiva en toda regla talando los campos, quemando cosechas, haciendas y forzando la huida de los recién instalados cristianos.

Alfonso salió con los suyos y se dirigió a su encuentro. Se vieron las caras en las cercanías de Alcalá y a vista de las murallas de su castillo. Sin mucho esperar dio comienzo una terrible batalla. Esta vez había entre los contendientes una especial inquina, sentimientos de venganza, deseos de dar lecciones por ambas partes. La lucha, que duró varios días, fue muy sangrienta hasta que los zenetes que acompañaban a Alhamar dieron una terrible carga y se hicieron dueños del campo.

Alfonso se retiró temiendo peores calamidades. Los hombres de Alhamar habían ganado esta batalla a los castellanos que se retiraban derrotados. El campo era suyo. Cautivaron a bastantes cristianos y volvieron victoriosos a Granada.

Los zenetes entraron en Granada vanos y orgullosos, jactándose de una victoria a la que habían contribuido en verdad pero que de ningún modo era exclusivamente suya.

El ejército y sobre todo los walíes de los más importantes castillos del reino no se sentían cómodos con aquellos advenedizos y menos con que el rey les distinguiera en las celebraciones o les pusiera a su derecha en los festejos de la plaza de Bibarrambla. Volvían victoriosos pero con una espina clavada en los sentimientos de unidad que nunca les había faltado durante el reinado de Alhamar.

El rey no había percibido la discordia que se acababa de meter en sus ejércitos. Celebró la victoria y sin darse mucho a regocijos preparó una nueva expedición para acudir en ayuda de los murcianos que no habían conseguido un éxito parecido al de Jerez y andaban peleando pero sin rematar la faena de expulsar a los cristianos de sus tierras.

Alhamar preparó su ejército para la expedición y dio el mando de una de las compañías a uno de los zenetes, tuerto pero muy valiente.

Una decisión desgraciada porque los gobernadores de la familia de los Beni Escaliona que eran Abu Abdalla de Málaga, Abu Hasan de Guadix y Abu Ishac de Comares se sintieron postergados y encima humillados por el tuerto zenete que hacía continuas ostentaciones de su valentía y de la recién estrenada predilección que le dispensaba el rey granadino. Ellos, gobernadores de plazas de tan enorme importancia, no aceptaban que un advenedizo les desplazara.

A partir de ese momento ya no volvería a existir la unión que antes tuvieron. Los tres gobernadores rebeldes no acompañarían al rey en su expedición a Murcia ni se sentirían integrados o unidos al monarca granadino.

Cuando Alhamar se dio cuenta de la postura de los tres walíes ya era tarde. Al principio quiso disimular y les permitió que se fueran a sus castillos pero el mal estaba hecho.

Antes de salir nuevamente a sus expediciones se permitió reflexionar brevemente sobre la nueva situación. Por un momento intuyó el peligro que suponía para el reino la rebeldía de estos importantes personajes. Y ya estaba viéndose entrado en años, sin las fuerzas de antaño. En estos momentos de incertidumbre pensó que era necesario asegurar el futuro de la dinastía haciendo que se proclamara a su hijo mayor como sucesor al trono.

Convocó a todos los notables y al pueblo de Granada para tal fin. Todo el mundo debía jurar fidelidad al heredero y se debería añadir su nombre a la *chobta* pública en las aljamas y mezquitas del reino. Cuando llegó el día de tal proclamación estaban todos menos los walíes de los Beni Escaliona y lo que es peor, optaron por escribir cartas a Alfonso ofreciendo alianzas si a cambio les ayudaba a derrocar a Alhamar. Le aseguraban en estas cartas que jamás restablecerían la sumisión a Alhamar sin

consentimiento de Alfonso y le pedían ayuda en caso de necesitarla.

El rey cristiano aceptó encantado el ofrecimiento de los gobernadores de Comares, Guadix y Málaga, les prometió toda su ayuda y les propuso que comenzaran a hacer la guerra contra el rey de Granada, cosa que hicieron inmediatamente, estorbando con ello la ayuda que desde Granada pudiera llegar a los lugares de la revuelta.

Alfonso estaba obsesionado en sofocar la rebelión de los mudéjares, así que se aplicó en someter a los revoltosos desde Murcia hasta Arcos, Lebrija, Niebla, Medina Sidonia y Sanlúcar, cosa que consiguió, esta vez con menos oposición dado que la discordia había debilitado a los granadinos. Los musulmanes que se habían rebelado contra el dominio castellano ahora fueron sometidos y obligados a abandonar sus tierras. Salieron pues miserables, pobres, sin nada y se fueron para Granada. Alhamar de un lado perdía tierras pero de otro engrandecía Granada con habitantes de otros lugares.

Ya estaba instalada la desunión en la parte musulmana. Tras muchos años de indiscutible liderazgo de Alhamar habían aparecido las rencillas. Para suerte suya los cristianos también experimentarían en sus carnes la mordida de los celos, la envidia, la desunión.

Murcia era una pieza apetecible para los cristianos, fueran castellanos o aragoneses. Estaba demasiado cerca de Valencia como para que el rey Jaime dejara que fuera Alfonso su conquistador y el que aplastara el levantamiento de los mudéjares de ese reino. Porque los dos monarcas pretendían llevar a cabo la conquista. Alfonso pretendía conquistarla y hacer rey de ella a su hermano Don Manuel. Jaime no estaba de acuerdo con semejante proyecto que engrandecería a uno en detrimento del territorio natural del otro.

Los parlamentos fueron frecuentes y los encuentros entre nobles enviados de uno a otro reino al fin consiguieron que se llegara a un acuerdo. Sería rey de Murcia Don Manuel, el hermano de Alfonso, pero a condición de que se casara con Constanza, la hija que le quedaba soltera al rey Jaime.

Por cierto que la otra hermana se llamaba Doña Violante y estaba casada con Don Alfonso, el rey castellano, así que emparentados por partida doble o mejor, Don Jaime suegro de dos monarcas, uno de Castilla y otro de Murcia, se daba por contento sin poner en su cabeza ya canosa una nueva corona arrebatada a los murcianos.

Doña Violante debía ser una mujer bastante fea y muñidora, que andaba por la vida acompañada y aconsejada por un médico judío llamado Don Todros Abúlafia y que desde pequeña odiaba a su hermana Constanza, que debía ser mucho más guapa que ella. Ese compromiso y posible matrimonio arreglaría las ambiciones de los dos monarcas para anexionarse Murcia pero a cambio, vaya lío, de poner en posición de igualdad a dos hermanas, la fea y la guapa, cosa que Doña Violante, la fea, no

soportaba en absoluto. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de evitar el matrimonio de Constanza con Don Manuel, incluso meter en medio a Alhamar, que era como meter al enemigo en casa.

Dicen las crónicas que entonces las mujeres dejaban las cosas importantes en manos de sus maridos y más si eran reyes. Pues en este caso, ni mucho menos. Doña Violante llegó en su atrevimiento a escribir una carta a Alhamar pidiéndole se arreglaran los problemas con Alfonso, que mejor aliado era para su marido el moro granadino que su mismísimo padre Don Jaime el Conquistador. La propuesta que le hizo fue que cada uno se ocupara de una cosa: el rey de Granada de sus walíes y Alfonso, su marido, del reino de Murcia. Así cada uno en su casa, los moros en Granada, los de Don Alfonso en Murcia y su hermana la guapa, sí, que se casara con Don Manuel pero sin pinchar ni cortar nada y menos ponerse a la real altura de Violante la fea.

El rey de Granada debió sorprenderse de aquella carta de Doña Violante pero el trato le convenía especialmente. Ante todo aseguraría su reino y los mudéjares de Murcia que se las arreglaran como pudieran.

Si Doña Violante escribía cartas a los enemigos de su marido, si se atrevía hasta a eso, obvio es decir que se lo tenía metido en el bote. Habrá que imaginar que cuando estaban a solas le hablaba con la persuasión que este tipo de señoras suele aplicar para convencer a sus maridos.

A Don Alfonso X todo el mundo le llamaba *el Sabio*, por algo sería, así que hizo suyo el trato a que había llegado con su esposa, aprobó lo que había planteado Doña Violante, dijo a Alhamar que era mejor verse y hablar tranquilamente de todo y qué mejor lugar que Alcalá de ben Zaide y…, pelillos a la mar.

La verdad es que Don Alfonso hizo lo que casi todos los maridos: dijo que sí, que sí pero luego, a la hora de arreglar el asunto de los tres walíes rebeldes del reino de Granada, envió mensajeros a Málaga, Guadix y Comares diciéndoles que no les iba a dejar en la estacada, pasara lo que pasara.

En Alcalá se encontraron Alfonso y Alhamar y hablaron largo y tendido. Doña Violante debía andar cerca, al fin se salió con la suya, por supuesto que su hermana no se casó con Don Manuel ni fue reina de Murcia y conseguido su objetivo dejó a ambos reyes libres para cerrar un acuerdo que convenía a las dos partes.

Alhamar renunciaba a cualquier pretensión sobre el reino de Murcia. Don Alfonso no ayudaría ni ampararía a los tres walíes rebeldes de Málaga, Guadix y Comares, verdadera espina clavada en donde más dolía a Alhamar. Don Alfonso trataría de hacerles volver a la obediencia del rey granadino y si al cabo de un año no lo había conseguido por las buenas, podría Alhamar tomar decisiones más drásticas. El reino de Murcia, por supuesto, quedaba bajo la jurisdicción de Castilla, eso sí, gobernado por reyes mudéjares, con arreglo a sus leyes y costumbres. Los walíes

murcianos y cabecillas de la revuelta serían perdonados por Alfonso a condición de que salieran desterrados del reino de Murcia.

Fue un tratado en toda regla que firmaron por parte castellana su rey Don Alfonso y por la musulmana Alhamar y su hijo mayor, el heredero al trono. Era el año 1264.

Alhamar debía solucionar los problemas en Murcia y se aplicó a ello. De acuerdo con Alfonso consiguió que se le sometieran los walíes murcianos, precisamente a él y no al rey de Aragón. No era esa una cosa de poca importancia para Alfonso y para su esposa.

Alhamar entró en Murcia como un triunfador. Iba acompañado de Alfonso y de otros caballeros castellanos y granadinos. Como rey de Murcia, vasallo del castellano, fue proclamado Muhammad Aben Hud, hermano de aquel rey coronado en la Alpujarra de quien os hablé. Era muy querido por su sabiduría y prudencia.

Alhamar ofreció casas y tierras en el reino de Granada a los walíes que querían salir de Murcia o a los que estaban obligados a hacerlo por su enfrentamiento con el castellano.

Todo el mundo estaba muy contento. El pueblo de Murcia saltaba de alegría. Tenía un rey de su religión y su raza. ¿Qué más podía pedir? Alfonso estaba feliz de tener a dos reyes por vasallos, el granadino y el murciano. Doña Violante estallaba de felicidad por haber visto cumplidos sus deseos. Mejor un rey musulmán en Murcia con tal de que su hermana la guapa tragara quina. Y Alhamar lo tenía todo amarrado. ¿Bien amarrado?

Había pasado más de un año, andaba el 1267 y el rey de Granada escribió una carta al castellano comunicándole que según lo acordado en Alcalá había pasado el tiempo pactado sin que los tres walíes rebeldes de Málaga, Guadix y Comares se sometieran a su obediencia así que iba a someterles por la fuerza de las armas.

Alfonso contestó intercediendo por los tres Beni Escalona y pidiendo a Alhamar que no usara la fuerza contra ellos. Sin embargo antes que la carta llegara a Granada la caballería había salido para someter por la fuerza a los walíes. Y apenas conocieron los tres que Alhamar estaba tomando decisiones drásticas volvieron a escribir a Alfonso suplicándole ayudas, ofreciéndole sometimientos y lealtades, de las que tan necesitado estaba el monarca castellano.

Los hombres de Alhamar habían conseguido ya ocupar algunos pueblos y fortalezas de los rebeldes cuando en Granada se recibió un correo de Alfonso. En el escrito ordenaba al granadino que detuviese sus ataques contra los tres walíes o se las tendría que ver con él. Las órdenes eran terminantes. Era necesario dar satisfacción a los de Málaga, Guadix y Comares. Si quería mantener su alianza con Alfonso debía reconocer su independencia del reino de Granada y además entregar a Alfonso las ciudades de Algeciras y Tarifa.

La lectura de esta carta hizo estallar de ira al templado Alhamar. Lo único que se

le ocurría era armar un ejército, atacar a los cristianos y a su malvado, pérfido, desgraciado rey. ¿Esto era lo firmado en Alcalá de ben Zaide? ¿No había él cumplido con Alfonso en Murcia y en todas partes? ¿Este pago recibía?

Poco a poco, mientras se preparaba la respuesta militar, se fue templando. Sería prudente. Escribiría a Alfonso una carta llena de razones y de buenas palabras antes de tomar medidas más tajantes. La carta intentaba ser templada y enérgica. Alfonso debía mantener su palabra y cumplir lo pactado en Alcalá. Ahora no le estaba pidiendo un castillo cualquiera o una plaza más sino aquellas que eran en verdad las llaves del reino mismo. Eso era un sin sentido y una sin razón. Alfonso siempre había sido cumplidor de su palabra y ahora debía volver a serlo. Alhamar lo único que pretendía era hacer volver a la obediencia debida a tres walíes rebeldes. No pretendía hacer daño a Alfonso ni invadir sus tierras si él no se mezclaba en un asunto interno del reino.

Los correos se cruzaban recorriendo los puertos y las mesetas que separan Castilla del reino de Granada. Los acontecimientos desgraciados también se repartían en uno y otro bando. Los rebeldes granadinos estaban haciendo mucho daño en la estabilidad del reino y en la misma personalidad del viejo Alhamar. Pues en el lado castellano no faltaban las intrigas, las deslealtades y las disensiones.

Doña Violante era una mujer de armas tomar. Si tomaba ojeriza a alguien inmediatamente influía en su marido que se dejaba dominar por ella y transmitía en sus acciones de gobierno los amores, los desamores y las intrigas de su esposa. Muchos miembros de la corte estaban hartos de la reina y de sus líos.

Pues los correos de uno y otro reino se cruzaban con los dolientes que huían de Castilla para buscar refugio en Granada, en casa de su enemigo natural. Esta vez llamó a las puertas de Granada el príncipe Felipe, hermano del rey, con un acompañamiento de nobles, caballeros y ricos hombres. Estaban hartos de la reina y de un rey completamente dominado por ella.

¡Nada menos que el hermano del rey buscaba refugio en Granada! Y venía acompañado de un verdadero ejército con sus mandos, sus caballeros y sus peones. ¡Qué suerte, qué respiro para el viejo, acorralado Aben Alhamar!

El recibimiento que se dio en Granada a tan importantes dignatarios fue acorde con su personalidad y con el oxígeno que suministraban a la corte nazarí. Fueron aposentados en las mejores casas para dejar sentado que eran huéspedes queridos del rey. Los walíes y visires granadinos pasaron uno a uno delante de los castellanos ofreciéndoles su hospitalidad y manifestando la alegría que les embargaba por tenerles en Granada. Al terminar la recepción tomó la palabra el príncipe Felipe. Estaba maravillado por las bellezas que contemplaba y muy agradecido por el recibimiento y la hospitalidad que se daba a los suyos. Su presencia en Granada era una manifestación de desacuerdo con el rey Alfonso. Un amago de ruptura con su

hermano. Su estrategia estaba calculada. Ofrecía su ayuda a los granadinos contra los tres walíes rebeldes pero no estaba dispuesto a luchar contra los cristianos.

Aire nuevo para la difícil situación de Granada. Y había que aprovecharla.

El rey era ya viejo para emprender una nueva expedición pero Muhammad, el príncipe heredero, prepararía un ejército en el que estarían encuadrados los castellanos. Darían un escarmiento, someterían al walí de Guadix.

Fueron unas batallas memorables. Acampados ante los muros y las torres de la ciudad de Guadix estaban codo con codo castellanos y nazaríes luchando, compartiendo peligros, proezas y botines de guerra, que Alhamar había dado órdenes de dar con largueza riquezas y tierras a los castellanos con tal de someter al walí de Guadix y así dar una lección a sus hermanos de Comares y Málaga.

Sin embargo era imposible tener tantos frentes abiertos. Alhamar estaba cansado y sentía más que nunca que su reino era inestable. Convenía apuntalarlo. No conseguía someter a los rebeldes musulmanes y la amenaza castellana la sentía continuamente. ¿Qué hacer? Sentía que sus días se acababan y buscaba desesperadamente dejar a su hijo una herencia consolidada. ¿A quién acudir?

Se encontraba amenazado por los cristianos en el norte. Su única salida estaba en el sur, al otro lado del Estrecho. Allí, en África, reinaba Abu Yusuf, de la estirpe de los Beni Merines. Le enviaría un mensaje solicitando gente de las tribus africanas para que le ayudaran en aquellos momentos de dificultad.

La noticia de esa posible venida inquietó bastante a los cristianos porque era un peligro para el cristianismo español.

El tiempo pasaba sin que la tranquilidad se instaurara en Granada. Era un bocado demasiado apetecible para los insaciables cristianos, feroces guerreros de cruces rojas en el pecho que gritaban como posesos a su Dios y luego mataban, robaban, quemaban, destrozaban lo que les estorbaba a sus ambiciones. Y Alhamar no conseguía dominar a sus tres walíes rebeldes que aprovechaban cualquier ocasión para atacar las mismas entrañas del reino. Alhamar entendía que el peligro le acechaba por el norte pero no podía soportar que también lo tuviera dentro. Le sacaba de quicio la estulticia y fatuidad de aquellos insensatos.

Un día le avisaron los alcaides de la frontera que los walíes habían armado un ejército y estaban atacando a sus hermanos. Alhamar estalló de ira. Fuera de sí gritó a sus cortesanos que inmediatamente dispusieran todo para dar un escarmiento a aquellos desgraciados. Él mismo iría en persona. Demostraría a todo el mundo que aunque tuviera casi ochenta años era capaz de traspasar con su espada a aquellos traidores, imbéciles, desgraciados walíes.

Su hijo intentó apaciguarle. El rey debería quedarse en Granada y el heredero asumiría el mando de la expedición de castigo. Los nobles castellanos intentaron que el rey quedara en Granada. Los walíes y visires igualmente lo intentaron en vano.

¡Saldría él personalmente! ¡Daría una lección a los rebeldes y a todos, musulmanes y cristianos! Estallaba de ira. Su paciencia, su prudencia habían llegado al límite. Debía actuar.

Montó a su caballo y acompañado de la flor y nata de la caballería granadina así como de los cristianos del príncipe Felipe inició la salida por la Puerta de Elvira.

El adalid que abría la marcha salía ufano mostrando su arrogancia al populacho que chillaba de alegría malsana. Su lanza debió bajarla antes de pasar el arco de la puerta y al no hacerlo se fue a estrellar contra los arcos superiores provocando que el caballo se asustara y que los astrólogos murmuraran que aquella era una señal de muy mal agüero.

El rey estaba demasiado malhumorado como para hacer caso a las zarandajas de los malditos astrólogos. Nadie interrumpió el camino ni apaciguó la ira del monarca. Salieron todos camino de Málaga.

No había caminado medio día cuando el rey se sintió mal, muy mal. Su cara se volvió roja, sus ojos se traspusieron en las órbitas y de su boca salía saliva mezclada con sangre. Primero los nobles, después los cortesanos y por fin los físicos, cirujanos y médicos de su acompañamiento, decidieron volver a Granada. Una nueva comitiva se organizó inmediatamente camino de vuelta. Volvían todos muy contrariados.

Antes de llegar a Granada el estado del rey se agravó en extremo. Ya casi ni respiraba y cuando lo hacía era agitándose desesperadamente como si se quisiera aferrar a la vida que se escapaba de su cuerpo. En el mismo camino se instaló el pabellón real para que los físicos le procuraran medicinas, si es que alguna pudiera aliviar aquel terrible e inesperado mal. Sin embargo daban vueltas, se hablaban entre sí y ninguno tomaba decisiones ni sabía qué remedio aplicar a aquel mal que se estaba llevando a su rey.

Unas horas después tuvo un terrible vómito de sangre seguido de una convulsión y dejó de existir. Era el año 1275.

Hasta su último momento estuvo acompañado de Felipe, el hermano del rey Alfonso de Castilla y de todos sus caballeros cristianos.

La noticia se extendió rápidamente hasta llegar a Granada y a todas partes del reino. Todos le lloraron como que hubiera muerto su propio padre. El primer rey nazarí de Granada había muerto.

El cuerpo fue embalsamado y metido en una caja de plata que fue cubierta con mármoles preciosos de Sierra Nevada. El entierro fue solemne, con toda la pompa y el luto que imponía la liturgia musulmana y la grandeza del rey. En los mármoles del sepulcro, su hijo y heredero mandó que se escribiera con letras de oro un magnífico epitafio.

CAPÍTULO VIII

MUHAMMAD II, SEGUNDO REY NAZARÍ.

Muhamad II, el segundo rey de los Banu Nasr, el más grande de ellos, el organizador del Estado…

(IBN AL-JATIB)

No es de extrañar que así fuera. Accedió al trono con una enorme madurez política porque había sido durante mucho tiempo ministro de su padre, del que aprendió los secretos del buen gobierno y el comportamiento de sus enemigos.

Se sentía uno más entre los granadinos. Conocía perfectamente las ciencias religiosas y jurídicas, leía habitualmente el Corán por lo que recibió el sobrenombre de *Alfaquí*. Además era un magnífico poeta. Cuando recibía escritos o instancias las contestaba de su puño y letra añadiendo al margen algún verso que encantaba al destinatario.

La proclamación del nuevo rey era un acontecimiento de primer orden. A la ceremonia se la llamaba *el Contrato*, aludiendo al reconocimiento de los súbditos hacia su soberano.

Su padre fue investido emir en la mezquita de Arjona, durante la oración oficial de la tarde del viernes día veintiséis de ramadán del año 1232.

Muhammad II fue proclamado emir en la mezquita principal de Granada entre la alegría de los granadinos. Las gentes de la Alta Corte firmaron el acta reconociendo a Muhammad como segundo emir nazarí. Ese acta se llamaba *la Fatita*. En ella, después de un largo preludio de jaculatorias y referencias religiosas, se hacía mención a las virtudes y méritos del rey, a su legitimidad dinástica y a su vinculación con el Profeta. Luego, vestido con ropa color escarlata y tocado con el turbante blanco, montó en un magnífico caballo y paseó por las principales calles de Granada. Recorrió la Alcaidería entre las aclamaciones de los comerciantes, luego pasó por la plaza de Bibarrambla donde se reunía el pueblo para celebrar sus festejos, después paseó por el Zenete, por la calle de los Gomeres hasta subir las cuestas de las fortalezas que había construido su padre en los altos de la Sabika. Desde la torre más alta, divisando un imponente paisaje con la montaña y la nieve a sus espaldas y la ciudad a sus pies, se prometió a sí mismo continuar la obra de su padre, engrandecer su reino y enriquecer a los granadinos defendiéndoles de los peligros que les acechaban. Luego bajó de nuevo por la calle de los Gomeres para dar término a las celebraciones. Había que poner manos a la obra, que no podía demorarse. A partir de ese día el nombre del soberano se proclamaría durante la *jutba*, en la oración oficial de los viernes, en todas las mezquitas y aljamas.

Lo primero que hizo fue organizar el Estado y dar estabilidad a los cuadros de

mando que le rodearían en adelante. Era necesario fijar las jerarquías de todos ellos. A continuación debía honrar a los héroes. Luego dictó normas para el funcionamiento de la chancillería.

A todos incrementó sus ingresos. Era necesario tenerles contentos. Procuró mantener en sus puestos a los hombres que habían ayudado a su padre, sin introducir novedades en aquellas cosas que habían funcionado bien.

Era un hombre espléndido, agradable, valiente, apuesto, elegante y distinguido.

Un asunto delicado, como se demostró en época de su padre, era la asignación de mandos entre los soldados andaluces y africanos. Tuvo gran cuidado en que no se suscitaran envidias entre los dos grandes cuerpos de ejército granadinos. Por ello pensó que lo mejor era asignar a los soldados africanos mandos de su misma condición. Puso al frente de ellos a un príncipe de los Benimerines. Debajo de él y a sus órdenes los capitanes y nobles masamudes, zenetes o zanhagas. Al frente de los andaluces puso a un príncipe de la casa real o en su defecto a algún importante caudillo conocido y prestigioso en Granada. Hubiera sido deseable que al principio de su reinado nombrara a alguien relacionado con la propia familia real. Como no lo había, continuó Aben Muza que había detentado el cargo en vida de su padre.

Sus comienzos no pudieron ser más prudentes. Conocía demasiado bien la situación interna de las familias de su reino y seguramente por eso tomó esas medidas tan conciliadoras. Sin embargo las fuerzas disgregantes no tardaron en aparecer. En realidad los había visto con sus propios ojos durante el reinado de su padre. Ahora estaban buscando cualquier pretexto para meter la cizaña en el reino. Desde la revuelta de los tres walíes de Málaga, Guadix y Comares existía un enfrentamiento latente en el reino nazarí.

Pues bien, algunos cortesanos esperaban del rey algunas prebendas que no consiguieron y despechados se pasaron al bando de los tres rebeldes. Corrieron por Granada la especie de que era duro e intratable y le abandonaron, corriendo para refugiarse a los territorios de Málaga, Comares y Guadix.

Esta discordia, lo sabía bien Muhammad, podía ser el principio del fin de su reinado y de la propia dinastía. Por eso, una vez ordenadas las cosas dentro de Granada, cuando cada cual conocía su cometido, sus funciones y responsabilidades, pensó que había que salir con su caballería para hacer frente a los rebeldes y someterles definitivamente.

Era esta una discordia que venía estupendamente a sus enemigos cristianos. En vida de su padre había comprobado cómo era alentada por los reyes castellanos. Era absolutamente necesario acabar con ellos o ellos terminarían con el reino nazarí.

Menos mal que entre los cristianos también existían divisiones, envidias y enfrentamientos. Menos mal que en Granada también había nobles castellanos que buscaban amparo en un lugar inapropiado para ellos. Habían venido muchos nobles,

caballeros valerosísimos que enseñaban el manejo de sus armas a los nazaríes y que no dudaban en luchar contra sus propios hermanos para así lucirse ante ambos bandos, buscando que en Castilla se les diera el lugar que ellos pensaban merecer.

Decía que una vez ordenadas las cosas Muhammad organizó a su caballería para atacar a los sediciosos. Le acompañarían un buen puñado de nobles castellanos, al frente de los cuales estaba Don Nuño de Lara.

Algunos revoltosos castellanos habían aprovechado la muerte de Alhamar para correr la Vega de Antequera. Habían atacado la villa y la fortaleza de Archidona, habían quemado sus campos y desde allí habían pasado a Antequera, Loja y Campillos.

La expedición granadina iba compuesta por lo más escogido de la caballería andalusí y por el contingente cristiano mandado por Don Nuño. Cerca de Antequera alcanzaron a los rebeldes y se entabló un combate formidable. De una parte iba un ejército disciplinado, con fuerzas dispares pero bien adiestradas, con la moral alta y sus dos componentes, musulmanes y cristianos, ansiosos de ganarse una buena reputación. De la otra los revoltosos eran un entramado variopinto, compuesto por personajes exaltados, carentes de disciplina y ansiosos de dinero y poder.

El combate duró más bien poco y se decantó por el bando granadino. En un momento desbarataron sus haces, los dispersaron y después de matar a los que les hicieron frente les robaron lo que ellos habían robado a su vez a los antequeranos. Después de perseguirles y matarles volvieron triunfantes a Granada.

En aquella primera escaramuza se habían empleado a fondo Don Nuño y sus hombres, probablemente para congraciarse con los granadinos y pagarles así su hospitalidad. Muhammad apreció mucho su esfuerzo. Era de agradecer su presencia, no solamente por lo que representaba en el campo de batalla, sino también porque de alguna manera alentaba la división en la corte de Alfonso, como el cristiano hacía en Granada.

La división entre los cristianos crecía. La corte de Alfonso se había convertido en una jaula de grillos por su culpa y la de su esposa Doña Violante.

El príncipe Don Enrique había tenido que huir a África pidiendo refugio en la corte del rey de Túnez, que se lo concedió, parece que de bastante mala gana. Tanto que un día había quedado citado en el patio del palacio de Túnez con el propio rey para ir de caza y en su lugar se le presentaron cara a cara dos leones de esos bravos, que se encararon al pobre Don Enrique con unas intenciones que son fáciles de imaginar. El castellano, en lugar de echar a correr, sacó su espada y se puso a mirar a los leones fijamente. Probablemente tenía más miedo que vergüenza pero debió pensar que para qué correr hacia atrás si a sus enemigos no les veía aparentes intenciones de correr adelante. Eso le valió porque los leones se entretuvieron olisqueándose entre sí, rascándose los lomos contra las paredes y dejando en paz al

príncipe aventurero que comprendió enseguida que había salido de Guatemala para meterse en guatepeor. Menos mal que los leones respetaron su sangre azul. Cuando al cabo de un rato apareció el leonero se los llevó sin mucho sobresalto y recibió de su rey un rapapolvo no demasiado convincente. Don Enrique se mosqueó y para no tener que huir de los leones se montó en un bajel que pasaba por allí y puso rumbo a España, que aquí había entonces más bien pocos leones.

Pues el príncipe vino a Granada, lo que enfadó bastante a su hermano Alfonso, que inmediatamente hizo lo mismo que Muhammad con los tres walíes. Sabía muy bien que su hermano era turbulento, astuto y que donde estuviera trataría de organizar conjuras y líos contra él. Encima le habían llegado noticias de que entre él y los de Don Nuño estaban animando a Muhammad para atacar Jaén y sus fronteras.

Decidió que era necesario dar la cara a esa sedición, que si no su reinado acabaría bastante regular. El rey de Castilla, que era culto y esperaba convencer a los revoltosos con razones, mandó escribir una carta a su hermano y a los caballeros que estaban en Granada. Les insistía en la conveniencia de que volvieran a sus tierras, que se olvidaran ultrajes pasados y…, pelillos a la mar. Todo el mundo olvidaría enfrentamientos pasados si además se pasaban por la corte de Granada donde eran respetados y trataban de restablecer la amistad que habían tenido los padres de ambos monarcas.

El encargo del rey Sabio estaba muy bien pensado. Era más que probable que Muhammad también estuviera deseando hacer las paces con los cristianos. Y mejores embajadores de su parte imposible. Tanto el príncipe Don Enrique como Don Nuño eran queridos en Granada, donde disponían hasta de casa. Porque Muhammad apreciaba tanto a Don Nuño que edificó para él un magnífico palacio que le aposentara estable y dignamente. Interesaba mucho tenerle cerca, contento y con un palacio de bellísimos artesonados, con vistas a la Sierra…, que así cualquiera ejercía de embajador y de cuña ante los suyos.

Días después una embajada de ilustres caballeros cristianos se dirigió a la fortaleza de la Alhambra para parlamentar con Muhammad en nombre del rey de los cristianos.

Muhammad no necesitó que sus huéspedes le repitieran dos veces la oferta de Don Alfonso. Veía lealtad por parte de Don Enrique y Don Nuño y estaba convencido, como lo estuvo su padre, de que un enfrentamiento con los castellanos le perjudicaba a él más que a nadie. Por tanto ambas partes convinieron que lo mejor era encontrarse en algún lugar y hablar francamente a ver si podía hacerse algún tratado aceptable para todos. Y se concertó que Muhammad debía viajar a Sevilla, donde le esperaría Don Alfonso. Allí, sin prisas y cara a cara, tendrían tiempo de dialogar ampliamente y establecer acuerdos que a todos beneficiaran.

Pocos días después salió de Granada una lucidísima comitiva. Un contingente de

caballería abría la marcha y era seguida por criados, esclavos, palafreneros, nobles montados a caballo con su acompañamiento de caídas y los alfaquíes más importantes del reino. Muhammad caminaba elegante y ricamente vestido con ropajes color escarlata y la cabeza cubierta sor un turbante blanquísimo. Detrás de él marchaba un cortejo de caballeros cristianos. Iban mandados sor Don Felipe, el hermano del rey Sabio. Con él caminaban el Zaim Don Nuño de Lara y su hermano Don Lope que mandaban un contingente de guerreros cristianos.

La corte de Don Alfonso estaba muy bien informada de la embajada que iba a recibir y se preparó concienzudamente para atenderla. Sabían que a su cabeza venía un rey magnífico que gobernaba un reino maravilloso.

Muhammad era joven, hablaba correctamente la lengua de los cristianos y era un poeta con quien encantaba mantener una conversación. Por otra parte era un maestro en la monta de los preciosos caballos hispanoárabes. Y cuando se revestía con los atributos de su dignidad ofrecía un espectáculo digno de ser contemplado.

Venía a Sevilla, si no a visitar a un igual, sí con la cabeza alta como el de quien se mantiene con fuerza en un bellísimo alcázar, en medio de enemigos muy poderosos. Viene llamado por el rey Sabio, convocado para hacer pactos beneficiosos para ambas partes. Por tanto caminaba al frente de su embajada orgulloso, levantando admiraciones entre los habitantes y caballeros de los castillos y fortalezas del camino.

Alfonso era un hombre también magnífico pero contradictorio. En su interior soñaba con proclamarse emperador de un nuevo Sacro Imperio que abarcara toda la cristiandad. Por su madre tenía ascendencia alemana y se sentía con más derechos a ser emperador de aquel país que cualquier otro monarca cristiano. Sin embargo no dominaba su reino. En cualquier pueblo o ciudad de Castilla había tres comunidades diferentes, tres credos, tres legislaciones, tres fueros distintos y necesitaba a todas las comunidades.

Necesitaba a los judíos que tenían en sus manos las finanzas del reino. Por su valor como investigadores les creó academias en Toledo para que inventaran aparatos astronómicos que ayudaran en las navegaciones oceánicas. Sin embargo los oprimía, se dejaba llevar sor el sentir antijudío de su pueblo que tan bien expresara en sus poesías su contemporáneo Gonzalo de Berceo. En su corte dominaba Don Todros, un judío médico, sabio, pero ante todo un financiero que no se separaba de la reina Doña Violante.

Los mudéjares, musulmanes de religión y de sentimientos, vivían a sus anchas en los pueblos de Castilla. Tenían su religión, sus leyes, edificaban aparentemente iglesias cuando en realidad estaban edificando mezquitas.

Y dueños del poder que no del dinero ni de la industria, estaban los cristianos.

¿Cómo era posible edificar un imperio si dentro de casa tenía tantas diferencias?

Y por encima de todo, como un ave que vuela sobre esta variopinta corte, Doña

Violante la muñidora, la rencorosa, la que maquina constantemente alianzas contra natura u odios africanos a personas cercanas al rey con tal de imponer a todo el mundo, rey incluido, su odio o su amor o sus deseos de venganza.

Alfonso y Muhammad tenían muchas cosas que les enfrentaban o al menos que les distanciaban. Sin embargo ambos tenían una cosa en común. Los dos eran poetas, soñadores, legisladores, estrategas de sus respectivos reinos. Sin embargo algo les diferenciaba. Para Muhammad, Granada era todo. Para Alfonso, Castilla era un trampolín para acceder a sus deseos de llegar a ser emperador de todo el orbe cristiano.

Cuando la comitiva se estaba acercando a su destino hizo un alto en el camino para que se vistieran de gala los acompañantes. El rey se revistió con su túnica escarlata y montó en un precioso caballo blanco.

Don Alfonso salió de Sevilla por la Puerta de Carmona y avanzó un par de leguas hasta encontrar a su huésped. Era un gran aficionado a la música y había hecho que su capilla le acompañara entonando magníficas polifonías de bienvenida acompañadas con trompetas y fanfarrias que manifestaran el júbilo que embargaba al monarca cristiano por recibir al rey de Granada.

Se saludaron solemnemente, se abrazaron como aliados y Alfonso dio la bienvenida a su huésped acompañándole de vuelta a Sevilla. Una vez en la ciudad les aposentó en su Alcázar y les dejó descansar hasta el día siguiente en que comenzarían las fiestas que había organizado en honor de los granadinos.

Los días sucesivos fueron de auténtica fiesta. Algunos miembros de la embajada granadina habían vivido en Sevilla antes de ser conquistada. La ciudad había cambiado desde entonces pero no tanto. Se notaba que ahora mandaban los cristianos, que ellos dirigían todo, controlaban y vigilaban todo. Era chocante ver cómo las viejas mezquitas habían sido convertidas en iglesias y que sobre los bellísimos alminares se habían colocado con grandes esfuerzos y no pocos peligros pesadísimas campanas que sonaban continuamente.

Sin embargo el pueblo seguía siendo el mismo. Les llamaban mudéjares y eran en realidad musulmanes de los que habían vivido allí siempre, que ahora disimulaban sus ropas, hablaban el lenguaje de los cristianos e intentaban adaptarse a la nueva situación.

El barrio de los judíos seguía prácticamente intacto. Fernando no desposeyó de sus casas y sus sinagogas a los judíos que encontró en la ciudad sino que aumentó sus posesiones, les dio nuevos barrios e incluso algunas viejas mezquitas fueron convertidas en sinagogas. Los judíos en la Sevilla cristiana tenían si cabe más poder ahora.

Los antiguos sevillanos componentes de la embajada granadina volvieron con una nostalgia infinita a su ciudad, tocaron con los dedos el agua del río, olieron el azahar,

palparon sus palmeras, pero sobre todo volvieron a encerrarse en sus murallas, a recorrer su Alcázar, a ver su vieja torre albarrana que parece dar escolta al río y por fin se cobijaron a la sombra de la más bonita, de la torre más grande que hicieron nunca los hombres. ¿Quién conmemoraría en adelante la batalla de Alarcos? ¿Quién iba a recordar al fiero sultán almohade que la mandó construir? Y sin embargo ahí estaba enhiesta, grandiosa, bellísima, la Giralda. ¡Qué emoción!

Los festejos inundaban la ciudad. Los saraos, los torneos y los ejercicios ecuestres alegraban a los mudéjares sevillanos que se ponían muy contentos al comprobar que sus viejas banderas estaban bien defendidas en la lejana tierra de Granada.

Muhammad era objeto de admiración entre el pueblo y la nobleza castellana. Hablaba perfectamente la lengua de los cristianos y les dejaba boquiabiertos con su porte, su exótica belleza, sus vestidos color escarlata y su perfecto conocimiento de las ciencias y las letras musulmanas y cristianas. Y los viejos mudéjares se asomaban a verle pasar, añorando a sus reyes y recordando los tiempos en que eran dueños de sus tierras.

Alfonso estaba encantado con sus huéspedes pero en sus momentos de reflexión no perdía de vista que les había hecho venir con un objetivo muy claro y muy concreto. Habría de conseguir que Granada no se convirtiera en refugio y apoyo de los descontentos de su corte.

Para conseguir lo anterior iba a emplear todas las artes que tuviera a su alcance, incluyendo la influencia femenina, que no era poca.

También el nazarí traía objetivos concretos para esta visita de estado. Su obsesión en estos momentos no era la de evitar los ataques de conquista del rey Alfonso. No los deseaba, obviamente, pero a estas alturas no los temía. Su verdadera preocupación era la posible fragmentación de su reino y el peligro que suponían los tres walíes rebeldes de los Beni Escaliona.

Un día ofreció armar caballero a la usanza cristiana al rey Muhammad. Y este aceptó encantado el honor porque así estrechaba los vínculos con Alfonso. La ceremonia fue espléndida. En el Patio de Armas, cercano al Alcázar sevillano, se montaron estrados para los reyes, los nobles y las damas de la corte. En otro lugar destacado presenciaron el acto los miembros de la delegación granadina, entre los que estaban los alfaquíes y cadíes del reino, que no estaban demasiado contentos con esta ostentación pagana y ajena a sus costumbres. Y alejados, en las esquinas el pueblo compuesto por viejos mudéjares.

Muhammad recibió la espada cristiana, la lanza, las espuelas de caballero de manos del rey cristiano. Luego se colocó en el estrado y ambos presenciaron el alarde de las fuerzas cristianas y sus evoluciones por el palenque.

El orgullo de los caballeros cristianos contendientes era ostensible. Los caballeros musulmanes miraban atentos las evoluciones de sus posibles contrincantes aunque

para sus adentros despreciaban a unos hombres que consideraban vanidosos y recargados.

La ceremonia terminó entre parabienes de parte de la reina y las damas de su compañía que estaban deseando charlar tranquilamente con aquel rey tan exótico y atractivo. La propia reina Doña Violante se acercó a Muhammad y le pidió que al día siguiente pasara a visitarla y charlar un rato con sus damas y con ella.

El rey de Granada era un hombre delicado, cortés, por tanto aceptó encantado entretenerse conversando con la reina. Al día siguiente estaba allí, dispuesto a hablar cuanto quisiera y de lo que esta deseara.

Doña Violante y sus damas preguntaron a Muhammad por la forma de vida de la mujer musulmana, especialmente por sus esposas y demás personal femenino de la corte. Habían oído hablar del papel de la mujer en la sociedad musulmana, tan diferente de la forma de vida de estas en Castilla. Luego le preguntaron por la vida en Granada y por las impresionantes bellezas que referían los viajeros que habían tenido la dicha de visitarla. Les habían contado que los atardeceres eran increíbles, que lejana y cercana tenían siempre en sus montañas una nieve blanquísima, preciosa, inaccesible.

Muhammad las tenía embelesadas con su porte, su sabiduría y su conversación.

Entonces Doña Violante miró con una cara especial al rey de Granada. Con un ademán coqueto, como que quisiera pedirle algún recuerdo, le dijo:

—Quiero pediros algo especial, que sé está en vuestras manos.

Muhammad se quedó descolocado. Era normal que las doncellas pidieran a los caballeros alguna cosa que guardar, quizá como cortesía de los visitantes y como recuerdo de su estancia. Pero ¿la reina? ¿Qué iba a pedir la reina de Castilla? Muhammad a pesar de sus dudas contestó:

—Pedidme, señora, cuando deseéis y si está en mi mano, contad con ello.

Doña Violante respiró con gesto de victoria. Luego con mirada descarada y casi desafiante le pidió que concediese un año antes de atacar a los tres walíes de los Beni Escaliona.

Muhammad se quedó de piedra. ¡Qué fuerte! Nunca hubiera imaginado que una mujer se pusiera a tratar con él o a proponerle asuntos relacionados con la gobernación del reino y menos que entrara así en el asunto clave de su viaje a Sevilla. El gesto de Muhammad debió manifestar lo que estaba pensando y probablemente Doña Violante se dio cuenta de lo que sentía su interlocutor. Pero mantuvo su petición.

Muhammad dijo a la reina que su promesa sería mantenida, luego pidió la venia para ausentarse y marchó a sus aposentos del Alcázar verdaderamente disgustado. Mantendría su palabra. No veía otra salida pero acababa de sufrir en sus carnes un gesto inamistoso de los monarcas castellanos. Al día siguiente pidió a Alfonso entrar en lo importante de la negociación que le había traído a Sevilla.

Muhammad fue leal con Alfonso. Le prometió que no daría amparo a los revoltosos o descontentos castellanos. En presencia del rey hizo prometer a todos los príncipes y nobles que habían estado acogidos en Granada que serían fieles a Alfonso. En cuanto al apoyo que tanto había buscado ante los Beni Escaliona, mantuvo la promesa que hiciera a la reina de no atacarles hasta que hubiera pasado un año.

Lo único que consiguió de provecho para Granada fue que en adelante se pagarían a Castilla unas parias anuales relevando a los granadinos de la obligación de dar servicio con la caballería como Alhamar había concertado con Fernando. Luego se despidió de Don Nuño y de los demás príncipes y caballeros que habían estado en Granada tanto tiempo y comunicó a Alfonso que debía partir.

Muhammad se despidió cortésmente de Don Alfonso, de la reina Doña Violante y de todos los infantes. Una vez cumplidas las formalidades de la despedida organizó su comitiva para salir hacia Granada.

Los infantes Don Felipe, Don Manuel y Don Enrique quisieron acompañarle hasta Marchena en señal de afecto y desde allí los granadinos emprendieron el viaje de regreso a su tierra. Era el año 1273.

Don Alfonso estaba satisfecho. Había conseguido el objetivo que se propuso a cambio de nada. Consiguió que los musulmanes no alentaran divisiones en la corte castellana. Respiró tranquilo y pensó que había llegado el momento de luchar por su ambición más querida que era ser coronado emperador de Alemania. En pocos días se dispuso todo para que la corte emprendiera el largo viaje que les llevara nada menos que a Alemania.

Muhammad llegó a Granada muy disgustado. Su principal objetivo de someter a los tres walíes rebeldes había sido pospuesto sin fecha definitiva. Al menos un año debía esperar para hacer una guerra por la que estaba verdaderamente obsesionado.

¿Un año solamente? Ya no se fiaba de los castellanos. Cuando pasara el año le pedirían otro y luego otro y otro. Lo que querían era mantener una guerra civil entre los musulmanes de la que sacarían el máximo provecho posible. Él había sido leal a su aliado y en pago recibía esto. Había arreglado desavenencias entre los cristianos y a cambio, no solamente no habían movido un dedo por las suyas sino que le habían atado las manos para que no pudiera arreglarlas. Llegó a Granada lleno de rabia pero determinado a dar alguna solución.

Los granadinos que salieron a recibirle percibieron que algo no había funcionado.

Cuando sus reyes volvían de largos viajes sabían que estaban cansados como para aceptar recibimientos tumultuosos. Pero si el viaje había sido positivo en el rostro de los reyes se podía percibir ese gesto de triunfo, de alegría que compensaba a los granadinos de una espera siempre llena de inquietud. Esta vez no fue así. Muhammad subió las cuestas que le llevaban a sus palacios y al día siguiente mandó llamar al jefe de sus secretarios, al katib, para dictarle una carta muy importante.

El katib mayor del reino se llamaba Abu l-Qasim al-Ansarí, uno de los jeques más versados en literatura y en el arte de escribir que había en Granada. La carta que se le iba a dictar era muy importante. Tanto que esperaba de ella que remediara de una vez los problemas que el reino tenía dentro y fuera de sus fronteras.

Abu l-Qasim era un hombre culto, muy listo, hábil en el arte de escribir y había desempeñado hasta entonces muy bien el oficio de katib mayor del reino. A sus órdenes trabajaban un número considerable de escribientes, escogidos entre los que mejor sabían dibujar y redactar los conceptos que les transmitía el rey, unas veces en prosa y otras en verso. Sin embargo el katib tenía un vicio abominable. Era un bebedor redomado. Se levantaba bebiendo, vivía bebiendo y se acostaba borracho como una cuba.

El rey, cansado del viaje del día anterior, se había acostado un poco tarde y cuando se levantó era casi medio día. Cuando fue convocado el katib era media tarde y estaba tan borracho que se balanceaba de un lado a otro, incapaz de sostenerse en pie.

El rey se quedó de una pieza cuando vio al katib y le recriminó su situación. Abu l-Qasim apenas podía contener las ganas de vomitar. La presencia del monarca le hacía intentar contenerse pero no era dueño de sí mismo y vomitó impúdicamente ante el rey.

Muhammad se quedó de piedra. Traía un disgusto enorme de Sevilla. Le era imposible contener la ira. Lanzó a su secretario una mirada feroz y en su misma presencia le destituyó del cargo, mandándole ocupar una mesa entre los vulgares escribientes de la corte.

Abu l-Qasim era un hombre culto y buen poeta. Incapaz de callar ante el rey como hubiera sido lo lógico dejó que su lengua de estropajo recitara los versos de una casida que decía:

> —*¿Acaso entra dentro de las leyes de la justicia y la equidad que sea yo maltratado porque dicen que bebí vino puro? ¿No debía mi rey premiarme por eso en vez de castigarme?*

Un nuevo katib relevó al borracho y se colocó cerca del rey para escuchar lo que deseaba se dijera en la carta y tratar de hacerlo de manera que el escrito pareciera una

auténtica obra de arte.

La carta iba dirigida a Abu Yusuf, el rey de los Benimerines. ¿En quién si no podría confiar? Abu Yusuf era fuerte, tenía miles de soldados y naves para transportarlos hasta al-Andalus. ¿Iba a confiar en los cristianos?

La carta fue redactada, leída, corregida y aumentada hasta que fue del completo agrado de Muhammad. En primer lugar lo ponía al tanto de la situación del reino de Granada, fuerte, rico, bien defendido y libre de las garras de los cristianos. Luego pasó a exponerle la situación de rebeldía de los tres walíes, que se habían unido a los cristianos para talar las tierras y debilitar lo más posible al Islam en el único lugar de al-Andalus donde se conservaban la religión, las costumbres y las tradiciones heredadas de sus antepasados. Y le decía que a causa de esa división de los walíes no tenía fuerzas para oponerse a los cristianos. A continuación le decía que si le ayudaba y se unían sus fuerzas podrían muy bien recuperar todas las tierras de al-Andalus. El mismo rey cristiano ni siquiera estaba en Castilla, ocupado en Alemania en la ilusoria tarea de conseguir ser emperador de todos los cristianos del mundo.

Y era relativamente fácil derrotarles si se montaba un buen dispositivo. Le entregaría las ciudades y los puertos de Tarifa y Algeciras Alhadra para colocar en ellas sus armas y municiones lo más cerca posible de su imperio africano.

El correo se llevó en su valija las ilusiones de Muhammad. Corría hacia el sur, hacia el mar como que lo llevara el viento. Había salido todavía de noche de Granada montado en un precioso y fuerte caballo, que cambiaría en los lugares establecidos para descanso a fin de hacer el viaje lo más rápido y seguro posible. Atravesó en un suspiro las tierras llanas del Temple y se plantó ante los muros y los tajos de la preciosa ciudad de Alhama, distante de Granada siete leguas. Allí descansó brevemente, se llevó a la boca algo de agua y unos frutos secos, cambió de montura y salió de nuevo hacia el Boquete de Zafarraya por donde dio vista al mar. Luego bajó cansinamente por veredas pegadas a los tajos y ya de noche cerrada llamó a las puertas de la fortaleza de Vélez Málaga.

Estaba cansado, terriblemente cansado. Apenas consiguió lavarse un poco, beber agua fresca, algo de leche, comer un bocado de pan blanco y cayó dormido como que no lo hubiera hecho nunca.

A la mañana siguiente, bien temprano, volvió a montar otro caballo y saliendo por la orilla del mar, tras cinco leguas de camino llegó a Málaga.

Málaga era una ciudad circular, más bien en forma de triángulo, con alrededor de mil casas. Tenía dos puertos como dos semicírculos con tres imponentes torres en los ángulos. Cerca del puerto más occidental había un gran edificio con siete arcos que servía para fondeadero de naves al que llamaban las Atarazanas. A su lado había una preciosa mezquita con ciento trece columnas, en la que se detuvo nuestro correo para hacer sus abluciones y posteriormente la oración de la tarde. Luego embarcó en una

de las naves que partían para África.

Abu Yusuf estaba esperando al correo, le tomó la carta y la entregó a sus secretarios que se la leyeron de un tirón. Los ojos del sultán se iban iluminando conforme avanzaba la lectura. Él también soñaba con unir en uno sólo los dos reinos musulmanes del norte y del sur del Estrecho. Él también miraba con gran preocupación la situación de los musulmanes en España y sentía un profundo dolor por sus derrotas y afrentas.

No tenía otra contestación que aceptar la propuesta del rey de Granada y acudir en su ayuda. Tenía hombres, armas, barcos de guerra, caballería, así que si decidía hacer como sus antepasados los Almorávides o los Almohades podría conseguir que las tierras de África se estremecieran con sus tambores de guerra y se poblaran de hombres armados que marcharan hacia Tánger y Ceuta para embarcar con destino a España.

Otro correo hizo el camino de vuelta con la contestación de Abu Yusuf. También pasó ciudades, puertos, castillos y llegó a Granada donde Muhammad escuchó entusiasmado la respuesta de su hermano Abu Yusuf.

Días después la nueva se conocía en todo el reino. Se había producido la alianza lógica. Los hermanos lucharían al lado de sus hermanos, codo a codo para retener sus tierras y recuperar las perdidas en anteriores campañas.

Tanto en la España cristiana como en la musulmana se produjo una inmensa conmoción. Los cristianos se inquietaron muchísimo. Bastaba leer los libros de historia o escuchar los relatos de hazañas pasadas para conocer que las invasiones habían causado en España innumerables sufrimientos. Los que vinieron en la primera hora con Tarik habían invadido en apenas unos meses la península y todavía la ocupaban en parte. Los Almorávides y los Almohades habían derrotado muchas veces a los cristianos y habían reafirmado su permanencia en al-Andalus. Los nobles aprestaron sus armas, alistaron ejércitos y los prepararon para enfrentamientos bastante previsibles.

Los musulmanes escucharon la noticia con diferente semblante. Los habitantes de Granada estaban exultantes. Por fin el soberano había hecho una alianza sólida con gentes de su raza y su religión. Al escuchar la noticia saludaron entusiasmados a su rey que había tomado una decisión tan acertada.

Los walíes de los Beni Escaliona se sintieron profundamente turbados. En los viejos castillos de Guadix, Málaga y Comares se produjeron reuniones, se enviaron correos tratando de encarar la nueva situación de la manera más solvente. Se les venía encima una inmensa máquina de guerra que podría borrarles del mapa.

Abu Yusuf no había perdido el tiempo. Sin que Muhammad madurase aún la respuesta un ejército de diez y siete mil hombres había pasado el Estrecho y recorría las tierras del reino de Granada así como las conquistadas últimamente por los

cristianos y en las que vivían aún muchos musulmanes como mudéjares. Ese cuerpo de ejército quería reconocer el terreno y preparar las expediciones del grueso de las tropas de los Benimerines que se preparaban en África.

Los expedicionarios traían la orden de forzar a los Beni Escaliona para que se unieran al rey de Granada. Por eso, apenas reconocieron los alrededores del Estrecho, se dirigieron hacia Málaga, sede del cabecilla de los revoltosos.

Unos días después desembarcó en Algeciras el emir de los Benimerines con su caballería, infantes y material de guerra. Abu Yusuf dio órdenes de dirigirse hacia Málaga.

Los tres walíes ya estaban en Málaga. El de Guadix había venido antes y el de Comares tardó medio día en bajar de su fortaleza y caminar por los montes hasta encontrarse son sus dos hermanos en la Alcazaba. Los tres contemplaron desde aquel lugar único el espectáculo que les ofrecía la vieja ciudad, sus murallas, sus torres metidas dentro del mismo mar y comprendían que ni aún esas defensas les iban a evitar ser destruidos por un ejército como el de los Benimerines unidos a los granadinos.

Más arriba de la Alcazaba quizá debieran haber construido un castillo en *el monte del faro* que ese sí sería inexpugnable. Pero a estas alturas ya eso era hablar por hablar. No les quedaba otra opción que encontrarse con Abu Yusuf, mostrarse humildes, someterse a sus dictados y esperar que viniera el rey de Granada a ver qué decisión tomaban con respecto a sus personas y sus estados.

Los tres walíes se pusieron en camino hacia la Garbía, atravesaron los bellísimos y diminutos pueblos de la ruta, hicieron un alto en la *Fongirola,* continuaron por la aldea de Marbella y se encontraron con Abu Yusuf en las cercanías del castillo de Torrox, donde nació el gran caudillo Almanzor.

Abu Yusuf los recibió con severidad, los trató con desdén haciéndoles entender que si querían mantener su situación y sus estados no les quedaba otra opción que someterse al rey de Granada y hacer con él una piña frente a los cristianos. Lo contrario era suicida. Acabarían todos desterrados y seguramente peor que eso. ¿Cómo eran tan cretinos para pensar que los cristianos buscaban aliarse con ellos? Buscaban destruir a los musulmanes españoles y para conseguirlo nada mejor que tenerles enfrentados. ¿No se habían dado cuenta de eso? Los trató de torpes, de ser unos aldeanos sin miras y sin horizontes. ¿Pensaban que si el rey cristiano conquistaba Granada iba a dejar que los tres conservaran sus viejos castillos? ¡Qué ignorantes! ¡Qué cretinos!

Los tres walíes escuchaban aguantando el chaparrón y esperando por si les dejaba alguna salida digna. Así, al ver que les pedía sometimiento a Muhammad, unirse a él, se les abrió la luz que estaban esperando. Cuando meramente pudieron abrir la boca expresaron rotundamente que estaban arrepentidos de su rebeldía, que aceptaban lo

que les decía el emir africano y que se ponían bajo la jurisdicción de Muhammad.

El chaparrón seguía y seguía pero ya en línea descendiente. Los walíes osaban levantar la vista para encontrar la del emir intentando transmitir asentimiento y complicidad. A Abu Yusuf no le quedaba más que desahogar su rabia y plantear soluciones de futuro, en las que estaba seguro de contar con los rebeldes. Así, una vez terminada la reunión, emprendieron juntos el camino de Málaga.

Marbella era un diminuto asentamiento de casas alineadas en calles estrechas pegadas a un mar sereno. Sus habitantes apiñaban sus casas alrededor de una vieja mezquita que apenas contaba con baños y fuentes de abluciones. La aldea tenía un horno pequeño, una explanada donde instalaban el zoco los comerciantes de las aldeas cercanas y poco más. Los escasos notables vivían apaciblemente, protegidos por su sierra blanca y pegados a un mar infinito. Pues en Marbella se produjo el encuentro. Abu Yusuf avanzaba a la cabeza de su ejército. Con él venían los tres walíes antes rebeldes y ahora dispuestos a manifestar su sometimiento al rey de Granada. Muhammad, acompañado por mil quinientos caballeros granadinos y por cuatro mil peones divisó en la lejanía al ejército de los Benimerines. Los escuadrones de batidores de ambos ejércitos habían advertido a sus señores de la inminencia de la reunión. Abu Yusuf hizo detenerse a los suyos y esperar a los granadinos que se acercaron a sus hermanos. Allí se produjo un cordialísimo encuentro.

Los alfaquíes hicieron oraciones invocando la bendición de Alá sobre todos ellos. Se extendieron centenares de alfombras y los hombres se arrodillaron, luego se inclinaron, después levantaban los ojos y las manos al cielo que les había otorgado vivir un día tan importante para los musulmanes.

Los Benimerines eran conocidos como los Voluntarios de la Fe y habían venido a al-Andalus a hacer la guerra santa al infiel. El ejército lo componían beréberes de diferentes cábilas, los propios Benimerines era mariníes y con ellos llegaron los zayaníes, los tiyaníes, los ayisíes, pero sobre todos predominaban los zanata, una tribu beréber que había pasado el Estrecho miles de veces para hacer la guerra santa desde la época de la primera invasión. Con ellos llegaron también árabes magrebíes tal y como había ocurrido en la época almohade. Estos soldados, a diferencia de los andalusíes, iba tocados con turbantes. A simple vista era posible distinguir el ejército que acababa de llegar de los granadinos. El color púrpura de estos era inconfundible. Eso, las armas que portaban, la caballería y su propia configuración física, les distinguían de los Benimerines, más curtidos por los soles de África.

Los Benimerines estaban divididos según sus tribus y mandados por sus propios arráeces. Todos ellos obedecían a un arráez de arráeces, escogido entre los propios meriníes. Era un destacado e influyente personaje Benimerín. En realidad ejercía de jeque de los expedicionarios magrebíes, inmediatamente después del emir pero con una influencia y un poder tremendo no solamente militar sino también religioso. No

hay que olvidar que se trataba de hacer la guerra santa. Cuando después de hecha la oración estuvieron ambos reyes frente a frente dieron comienzo los saludos rituales.

Muhammad dirigió bellas palabras de bienvenida en su nombre y en del pueblo de Granada a Abu Yusuf y a sus Benimerines. Les dijo que su venida había sido un regalo de Alá para unir a los fieles y ayudarles en su lucha contra los cristianos. ¡Al fin estaban unidos! ¡Al fin eran tan fuertes como para vencer a los infieles! Muhammad dio gracias a Alá por la bendición que suponía su venida. Y maldecía a los cristianos que por fin, después de muchos años volvían a temblar de miedo.

Muhammad estaba exultante. Tenía ante sí un mar tan bello como jamás lo había contemplado. El manto verde de aquella tierra y el mar infinito dibujaban ante el ejército musulmán un espectáculo de sosiego, optimismo, como nunca antes pudieran sentir. Se veían fuertes por primera vez en muchos años. Por fin estaban unidos los que compartían un mismo objetivo y un mismo Dios.

Abu Yusuf agradeció al granadino sus palabras de bienvenida. No se conocían anteriormente pero se sabían hermanos y como tales actuarían en el futuro.

No fue necesario plantearse siquiera el problema de los tres walíes. El primer gesto posterior a los saludos de protocolo fue el de sumisión de los Beni Escaliona al rey de Granada ante la mirada dura y complacida del emir. Todos juntos tomaron la frugal comida que se les había preparado y fueron a descansar, citándose para el día siguiente en que hablarían de los planes conjuntos de actuación.

Al amanecer del siguiente día todo el ejército se puso en movimiento como si estuvieran ansiosos por comenzar su cometido en al-Andalus. La actividad era febril no solamente entre los soldados, sus arráeces y los alfaquíes que les acompañaban sino también en las tiendas de ambos reyes.

Los planes de acción no tardaron en concretarse. Lo habían pensado tantas veces que salían a borbotones de las lenguas y del corazón de ambos sultanes.

Se impuso con leves correcciones el criterio de Muhammad, mejor conocedor del terreno, de las armas y estrategia de los cristianos. Sus ideas las exponía emocionado por poder poner en práctica lo que había soñado tantas veces.

Para atacar a los cristianos con las máximas garantías de éxito dividirían sus tropas en tres cuerpos de ejército, equilibradas y compensadas según el objetivo de cada uno.

Abu Yusuf iría directamente contra la comarca de Sevilla atacando primeramente las tierras de Écija para después seguir adelante.

Muhammad, acompañado por dos compañías de alárabes mandados por dos hermanos, Yahye y Osmán, y con la caballería de Granada, acometería a los cristianos por tierras de Jaén, más abruptas y difíciles para la infantería. El terreno más complicado se encomendó al que mejor lo conocía.

A los tres walíes de los Beni Escaliona se les encomendó atacar las tierras de

Córdoba.

A todo esto la noticia de la llegada del emir africano con sus Benimerines impresionó grandemente a los cristianos que no podían por menos que recordar el desastre de Alarcos y las conquistas de Almorávides y Almohades. Se puede decir que España entera se conmovió y trataron de organizarse, precisamente en ausencia de Alfonso.

La primera batalla entre ambos bandos no tardó en producirse. Mandaba la frontera por tierras de Écija el bravo Zaim Don Nuño, antiguo huésped y amigo del rey de Granada. Pues cuando supo que el emir Abu Yusuf iba contra él reunió a la caballería, también un batallón de infantes y se dispuso a hacer frente a los invasores.

Ambos ejércitos se avistaron en los campos cercanos a Écija. Millares de corazones batían de miedo y emoción debajo de unos sayales polvorientos y sudorosos. Los campeadores de Don Nuño le habían advertido que había una gran diferencia de efectivos a favor del benimerín así que cuando este pudo ver a sus enemigos personalmente sintió que debía sacar de sí mismo todo el valor, la fuerza y la osadía de que fuera capaz. ¿Iba un soldado cristiano a huir, a esconderse, a volver la espalda a los infieles aunque le doblaran en número? ¡No! Lucharía hasta morir si fuera necesario por su religión, su patria y su rey. Ordenó sus batallones, les encomendó las tareas que su instinto militar le dictaba y les dio órdenes de enfrentarse a los malditos infieles.

Abu Yusuf estaba deseando que llegara ese momento. ¡Había venido de África para hacer la guerra santa! Dio órdenes a sus arráeces y luego habló a sus tropas para transmitirles el valor necesario e inculcarles los sentimientos de venganza que anidaban en el corazón de todos los musulmanes después de tantos años de defecciones y derrotas. Y hecho esto mandó en primer lugar a su caballería a embestir a los de Don Nuño.

La tierra temblaba con el estruendo de los viejos tambores de piel de hipopótamo que hacían sonar los voluntarios alárabes. Cuando ambos bandos se encontraron se escuchó un formidable griterío mezclado con el sonido de las enormes trompetas. Así ambos ejércitos se embistieron matándose con una ferocidad sin límites.

Abu Yusuf estaba en retaguardia, en lo alto de un montecillo cercano desde el que divisaba todo el campo de batalla. Desde allí pudo ver que los cristianos se apiñaban para defenderse.

El astuto benimerín comprendió enseguida que debía mandar a sus batallones ensanchar el campo hasta rodear a los cristianos. Cuatro enlaces montados en velocísimos caballos partieron desde el montecillo para transmitir a los batallones benimerines la orden de su emir. Él veía llegar al enlace, transmitir su orden al arráez y acto seguido observaba al batallón en su maniobra envolvente. Así uno, otro, otro hasta que el ejército cristiano estuvo completamente rodeado y a merced de los

musulmanes.

Los que quedaron fuera del cerco iniciaron la huida hacia Écija. Los que quedaron dentro fueron masacrados por los Benimerines que consiguieron su primera victoria sobre sus enemigos cristianos. Victoria, botines, riquezas, armamento del ejército del Zaim Don Nuño y que fue a parar a manos musulmanas. Cuando se apoderaron de todos los objetos de valor pasaron a lo secundario que era examinar la categoría de los muertos cristianos. Y descubrieron que habían muerto miles pero allí, ensartado en una lanza africana y atravesado por centenares de estocadas, estaba el cadáver de Don Nuño, el viejo Zaim amigo y protegido del rey de Granada.

Abu Yusuf estaba exultante. Era su primera victoria en tierras de al-Andalus. Todavía estaba sudoroso, nervioso, contentísimo por la victoria, cuando mandó que su katib se acercara para escribir una carta a Muhammad. Era necesario darle la enorme noticia. Le prepararon una improvisada tienda y se reclinó en una preciosa alfombra para intentar descansar mientras dictaba los términos de la misiva. Le dio a Muhammad pelos y señales de todo. Cómo divisó a los cristianos, qué táctica empleó para rodearlos, cómo sus hombres habían luchado hasta obtener esa gloriosa victoria, que era de todo el Islam en venganza de afrentas y derrotas pasadas. A continuación le decía que le enviaba la cabeza del caudillo de los cristianos, que había mandado cortar para ofrecerla a Muhammad. Le hubiera gustado enviárselo vivo y encadenado pero no fue posible.

Muhammad recibió al mensajero con los ojos muy abiertos. No le dio tiempo a leer el mensaje del emir. Con insistencia, con angustia impaciente le preguntó por el resultado de la lucha y el mensajero, también atropelladamente, le contestó:

> *—Una gran victoria, señor. Los ejércitos cristianos han sido derrotados y nuestros soldados han matado a miles de cristianos.*

Muhammad no cabía en sí de gozo. ¡Qué dicha tan enorme, qué noticia tan grande! ¡Un importante ejército cristiano había sido aniquilado por su hermano el emir Abu Yusuf! ¿Habría deseado en su vida algo más importante? Lo que más deseaba era el engrandecimiento del reino y para conseguirlo era imprescindible tener la hegemonía militar en al-Andalus. ¡Al fin la estaban consiguiendo!

El mensajero ni siquiera había podido entregar la carta para que fuera leída a Muhammad. Lo hizo y a continuación extrajo de su alforja el atado en el que venía desfigurada, envuelta en sangre reseca, podrida casi, la cabeza del Zaim Don Nuño.

El monarca cambió de semblante. Si antes estaba exultante ahora estaba angustiado, profundamente apenado. ¡Era la cabeza de su amigo! ¡Cuántas veces habían caminado juntos por las colinas de Granada! ¡Cuántos atardeceres, cuántas charlas amigables habían compartido! Distanciados por las creencias y por la defensa

de civilizaciones distintas, pero aún se conservaba en Granada la casa donde Don Nuño había vivido en amistad, en camaradería con Muhammad. Y ahora estaba su cabeza ante él como si aquellos despojos fueran un despreciable trofeo de guerra. ¡Qué triste destino! Suspiró profundamente y dijo en voz alta:

> *—¡Oh, mi amigo, mi buen amigo! En modo alguno merecías este triste destino, tú, el más valiente caballero cristiano, noble y distinguido como ningún otro. ¡Qué final tan poco digno de ti!*

Luego, todavía horrorizado, pensó que era necesario honrar a su ilustre amigo y darle al menos una digna sepultura. Mandó que sus físicos prepararan con alcanfor la cabeza del Zaim para que se mantuviera incorrupta. A continuación buscó una preciosa caja de plata, colocó en ella los despojos de su amigo y mandó que la llevasen a Córdoba, tierra de cristianos, para que allí recibiera una digna sepultura según sus creencias.

Y continuó su tarea. No podía darse un respiro. Ambos continuaron con sus planes de ataque al ejército cristiano.

Abu Yusuf siguió talando los campos cercanos a Écija y puso cerco a la ciudad pero los cristianos estaban esperándoles y la defendían perfectamente, tanto que los alárabes no podían acercarse a sus muros a causa de la lluvia de proyectiles disparados por arcos, ballestas, bolas de pólvora y alquitrán que hacían una barrera infranqueable. Debieron los Benimerines levantar el cerco y poner el campamento entre Écija y Palma, al otro lado del río.

Muhammad con las compañías africanas mandadas por Yahye y Osmán se había dirigido a las tierras de Jaén. Estuvieron talando las campiñas, robando ganados y tomando cautivos cristianos hasta que llegaron a Martos. Allí se unieron a los tres walíes y a los arráeces de Andarax y de Baza.

Los cristianos entretanto habían mandado expediciones desde Toledo, Calatrava y otros lugares de Castilla para frenar aquellos ataques. Venían mandados por Don Sancho, hijo del rey Don Jaime de Aragón, que era arzobispo de Toledo. Le acompañaba Don Alonso García, comendador de Toledo, también religioso y probablemente más preparado en teología y ciencias místicas que en tácticas guerreras.

El bueno del arzobispo tenía mucha juventud y poca experiencia. Un hijo de rey, joven, valiente, con el Orden Episcopal y el encargo de la gran Sede Primada de Toledo no tenía necesariamente que ser prudente en sus decisiones bélicas. Puede decirse de él más bien que era un muchacho bastante atolondrado, así que sin esperar refuerzos se dirigió con su caballería hacia la Torre del Campo para hacer frente al peligro sarraceno.

Tenía Don Sancho un consejero tan atolondrado como él llamado fray Alonso García, que le insistió que atacara sin más esperas, no fuera que otro viniera y le quitara la gloria del triunfo. Pues Don Sancho se arremangó la capa pluvial, sujetó como pudo su mitra, picó espuelas y arremetió contra los moros, por supuesto sin orden ni concierto.

La caballería granadina más los africanos de Yahye y Osmán eran una fuerza formidable, bastante experimentada e infinitamente mejor dispuesta para la guerra que aquel atajo de alocados caballeros vestidos con ropajes increíbles. Los de Granada rodearon al arzobispo, atravesaron con sus lanzas a algunos caballeros y conocieron al prelado por sus ropajes. Astutamente lo rodearon y como no era un prodigio con lanza y espada no les costó mucho trabajo capturarlo vivo. Por supuesto que el pendón de Castilla con cruz y todo quedó en manos musulmanas.

La batalla acabó enseguida, muchos de los cristianos fueron ensartados por lanzas musulmanas y a partir de entonces la discusión cambió de bando. Ahora los dos cuerpos del ejército musulmán se adjudicaron la gloria del grandioso triunfo. Los africanos decían que el mérito había sido suyo y que había que enviar al arzobispo a presencia del emir. Los andalusíes, entre los que estaban los granadinos y los arráeces de Baza y Andarax, vociferaban diciendo que nada de eso. El prisionero debía enviarse a Muhammad para que decidiera acerca de él. ¿Mérito de los africanos? ¡Vamos, anda! El tono de la disputa subía y subía. Los africanos decían que la victoria, si no llega a ser por ellos, no la hubieran obtenido. Los andaluces se indignaban de la arrogancia y soberbia de aquellos cretinos. No los soportaban. La discusión adquiría tonos cada vez más agrios hasta que algún granadino sugirió que había que arremeter contra ellos y aplastarlos por imbéciles.

Al ver el cariz que tomaban los hechos y para evitar males mayores un arráez de la casa real de Granada tiró por la calle de enmedio. Se ajustó la chilaba, montó en su caballo, picó espuelas dirigiéndose hacia donde estaba el asustado arzobispo y le ensartó con su lanza mientras decía:

> —*¡No quiera Dios que por este perro se pierdan tan buenos caballeros que hay aquí!*

Naturalmente que cuando hablaba de Dios se estaba refiriendo a Alá, que asintió complacido con la decisión del arráez. El Dios de los cristianos estaría en esos momentos atareado en otros menesteres o quizá volvió la cara para otro lado con disimulo. El caso es que el pobre arzobispo de Toledo, un muchacho hijo del rey Don Jaime I el Conquistador, mal soldado y probablemente peor arzobispo, acabó allí sus días para alegría de los de Alá y disgusto de los de acá.

Don Sancho cayó muerto pero ahí no acabó el pobre. Le cortaron la cabeza, la

mano derecha y dividieron los despojos en dos lotes. Los africanos decidieron llevarse la cabeza, no se sabe muy bien dónde ni para qué. Los granadinos prefirieron la mano derecha del infortunado prelado, que además de pesar menos y ser un incordio menor, traía consigo el anillo de la sede toledana, que algo harían luego con él.

Los refuerzos cristianos andaban ya cerca del lugar del desastre y llegaron acaudillados por Don Diego López de Haro, que ese sí que sabía lo que era una batalla contra los moros. Pues como estos ya andaban algo distraídos, un batallón mandado por Alonso Pérez de Guzmán, a quien luego llamarían *Guzmán el Bueno* y diremos por qué, al menos recobraron el pendón de Castilla, dieron algunos espadazos arriba y abajo sin mucho orden ni concierto y se conformaron con eso.

El emir de los Benimerines campaba no muy lejos de los puertos de Algeciras y Tarifa por si los cristianos arremetían contra él poder encontrar una salida rápida para su tierra africana.

A estas alturas todo el mundo sabía que este no era un fiero luchador del Islam como lo habían sido los sultanes de los Almorávides o de los Almohades. Ni tenía su fuerza, ni su osadía, ni la determinación que tuvieron sus antepasados de recuperar las tierras conquistadas por los malditos cristianos. Como aquellos quedó deslumbrado por las bellezas de al-Andalus pero su espíritu era más pacífico y menos guerrero.

A todo esto Don Alfonso que andaba por Francia a ver si le hacían emperador, decidió dejarse de zarandajas y volver a lo práctico. La gente en Castilla decía que estaba actuando torpemente y en verdad que así era. Pues volvió de su larguísimo viaje y se aplicó un poco a la tarea de remediar entuertos. Pues ¿qué diréis que hizo? ¿Organizar otra cruzada contra los sarracenos como hacían sus parientes en Europa? ¿Reclutar un ejército que derrotara a granadinos y Benimerines? Nada de eso. Tomó dos determinaciones bastante poco habituales para lo que cabría esperar.

Por una parte implicó a la armada en la guerra contra los musulmanes, que no era poca cosa. Si por el Estrecho le había venido la invasión, cerraría el paso del Estrecho e impediría la comunicación del ejército Benimerín con sus bases africanas. En verdad que la medida fue efectiva. Las provisiones, el armamento y la impedimenta venían de África y apenas unas cuantas naves cristianas atacaron a esos navíos de transporte los Benimerines quedaron aislados a este lado del Estrecho.

La otra medida que adoptó el rey Sabio fue instruir a sus diplomáticos y enviarles a ganarse la voluntad de Abu Yusuf, que le parecía relativamente fácil de convencer. Estaba seguro de que entre las naves del Estrecho y las ofertas de sus embajadores conseguiría su objetivo. Y efectivamente así fue. Poco después se concertaba una paz entre cristianos y Benimerines, dejando de lado a los granadinos. ¡Vaya lío! Los tres walíes rebeldes, como era de esperar, se pusieron de parte de los Benimerines y de Alfonso.

Este nuevo posicionamiento tuvo consecuencias nefastas para la integridad territorial del reino de Granada. Para sellar esa alianza entre los walíes y los Benimerines contra los nazaríes se produjo un hecho tremendo. El arráez de los Beni Escaliona cedió a Abu Yusuf nada más y nada menos que Málaga.

Nuestro segundo rey nazarí, cuando se enteró de la jugarreta que le habían organizado entre su enemigo cristiano y su hermano de religión, pues se subía por las paredes. Había perdido Málaga y le venían a la cabeza los recuerdos de lo que hicieron con sus antepasados los Almorávides y los Almohades. ¿Le destronarían como hicieron con Motamid en Sevilla, con ‘Abd Alláh en la Granada de los reyes ziríes?

Estaba preocupadísimo. Parecía una fiera enjaulada. Caminaba nervioso por los salones de su palacio, indignado, dando voces, como que hubiera perdido el sentido. Había llamado para ayudarle en realidad a un enemigo. Había entregado a un traidor las plazas de Algeciras y Tarifa, las llaves y las puertas de al-Andalus. Se sentía inseguro, indefenso en su reino.

Una vez más estaba solo en su Granada. Había intentado buscar aliados y encontró traidores. Le rodeaban enemigos, unos cristianos y otros, desgraciadamente, musulmanes. ¿Por qué le envidiaban? ¿Por qué se le ponían todos enfrente?

Miraba a un lado y a otro y contemplaba paisajes bellísimos. La nieve era como un gigante que guardaba su espalda. Se la veía detrás de Granada como si fuera el fiel guardián de un país de cuentos de hadas. A sus pies una inmensa llanura protegida por puertos infranqueables. Y un poco más allá de donde le alcanzaba la vista, el mar, un mar bellísimo, increíble, infinito. ¿Qué más podía soñar un rey? Por eso le envidiaban todos. Anhelaban, deseaban todos Granada.

Muhammad, arrepentido de su estrategia anterior, se fue a Granada para cuidarla, engrandecerla y seguramente también para refugiarse en ella.

Su primera tarea fue la de fortificar las fronteras del reino. En la orilla del mar construyó torres de vigía, colocó centinelas en las torres que estaban situadas en todo el litoral para defenderle de los peligros que le vinieran desde allí.

En las fronteras del norte, las que lindaban con los reinos cristianos por Jaén y Córdoba, procuró que se arreglaran los viejos castillos o se construyeran nuevos. Cada dos o tres leguas existían desde muy antiguo viejísimos torreones para pasar avisos de peligros, cercanos o lejanos y para que sirvieran de cuartel avanzado de comandos de caballería.

Por el sur, Granada se defendía sola. ¿Quién se iba a atrever a atravesar las altísimas montañas de Sol y de Aire? ¿Quién en su sano juicio iba a pensar en someter las abruptas tierras de la Alpujarra? Por ahí no era necesario fortificar o construir castillos. La tierra entera era una fortificación.

Había que estar dispuestos a todo. Cualquier peligro era posible, cualquier

invasión, musulmana o cristiana. La apuesta de llamar a Abu Yusuf había resultado un verdadero fiasco. El emir africano sólo atendía a su propio provecho. No había tenido en cuenta los lazos de sangre que existían entre ambos. A causa de eso había aprendido y desde hacía un tiempo se lo repetía continuamente que el hombre sólo puede confiar en Alá, su único y verdadero amparo. Pero sobre todo se reprochaba amargamente haber cedido al emir los dos puertos, de Algeciras y Tarifa, que eran las llaves de Andalucía.

Pasaron así dos años sin guerras pero con frecuentes escaramuzas en las fronteras, tiempo que aprovechó Muhammad para dar esplendor a las artes y las ciencias en Granada. Era un hombre ilustrado. Ni siquiera fue necesario que hiciera llamamientos para que los poetas y los sabios, tanto mudéjares como africanos, vinieran a Granada, que fue convirtiéndose poco a poco en un centro del saber.

El primer visir del reino fue Aziz ben Ali ben Abdelmenam de Denia, un poeta de brillante elocuencia y muy parecido hasta físicamente al monarca. Su erudición no tenía parangón en Granada. Ambos mantenían frecuentes reuniones y conferencias con los sabios más distinguidos de al-Andalus. Los poetas, los astrónomos, los filósofos y los médicos tenían siempre abiertas las puertas del palacio.

Se produce un grandísimo interés por el instrumental de astronomía como los astrolabios, que a partir de entonces y hasta los mismos tiempos de la conquista se fabricarán en Granada. También se fabricaban ecuatorios, tablas astronómicas y otros instrumentos de observación. Los artesanos nazaríes serán en adelante maestros en la construcción de esos aparatos.

La enseñanza y la investigación van a brillar con luz propia. Los médicos más eminentes de al-Andalus y de África vienen a establecerse en Granada atraídos por las condiciones que les brinda Muhammad.

Alfonso había intentado atraer a su reino al médico más famoso de entonces que se llamaba Muhammad al-Riquti y vivía en Murcia. Pues se vino a Granada iniciándose una imponente tradición de médicos granadinos que probablemente llega hasta nuestros días.

Cuando ya estaba diseñado ese esbozo de escuela de medicina viene también a Granada, desde Bujía en África, el gran matemático, astrónomo y médico Ibn al-Raqqam, que va a ser la personalidad más sobresaliente en el reino nazarí en el campo de las ciencias exactas.

Con la llegada de estos personajes se va diseñando la creación de las dos instituciones científicas más colosales que se conocen en la historia de al-Andalus. Son la Madraza y el Maristán, es decir, la Universidad y el Hospital.

Se puede afirmar que de entre todas las ciencias, la medicina es la disciplina más cultivada en la Granada nazarí. Los antes mencionados al-Riquti e ibn al-Raqqam serán el punto de partida de una escuela de médicos muy importantes en Granada.

Luego vendrán al-Saqurí y sobre todo Ibn al-Jatib, el gran político, escritor, polígrafo y médico lojeño.

Granada inicia su época dorada. Cuando no existía más que un esbozo de la Alhambra, antes de que los palacios admiraran al mundo, Granada comenzó a ser el centro del saber científico y humanístico. La poesía se escucha en los incipientes salones de la Alhambra y los médicos, astrónomos, matemáticos del mundo conocido investigan en Granada.

Muhammad alternaba sus encuentros con sabios y poetas con reflexiones políticas sobre el presente y el futuro de su reino. En las tardes y las noches de Granada volvía a reflexionar sobre las alianzas con cristianos y musulmanes. ¿Lo había pensado bien cuando hizo venir al emir desde África? Los Benimerines habían atravesado el Estrecho por razones religiosas, sin duda. Vinieron para realizar el yihad en al-Andalus. Esa motivación era verdad pero no toda la verdad. La dinastía soñaba con heredar el viejo imperio almohade, en cuyo centro se había colocado. Anhelaban unificar todos los reinos del occidente islámico, que estaban divididos y enfrentados entre sí. Seguramente este objetivo imperialista les había separado de su alianza natural con los nazaríes. O probablemente por eso se estaba desarrollando un juego de alianzas en tierras de al-Andalus ciertamente extraño. Los Benimerines estaban jugando a dos bandas, con nazaríes y cristianos al par y eso era muy malo para el Islam.

Se consolaba con pensar que no habían acabado con la autoridad andalusí como habían hecho los Almorávides y los Almohades. ¡Menos mal! Sólo con pensarlo le daban escalofríos. ¿Pero no lo iban a intentar en el futuro? Estaba convencido de que era necesario desplegar una intensa actividad política y diplomática. Si quería que su reinado tuviera continuidad era prioritario crear un entramado de alianzas a varias bandas. En la Península debía jugar con los intereses de Castilla y Aragón. En África debía tener en cuenta a Benimerines y a las distintas tribus del Magreb. Y no solamente contaban los estados en sí mismos sino las diferentes facciones que existían en cada reino. El reino de Granada, si quería pervivir, debía jugar una difícil partida de cartas para compensar su inferioridad militar con la inteligencia política y diplomática.

Estaba arrepentido de haber llamado a los Benimerines, que suponían un peligro, seguramente el mayor de cuantos afrontaba. ¿Por qué no pactar con los cristianos de Alfonso para expulsar a los Benimerines del territorio peninsular? ¿Por qué no intentaba aliarse con el rey de Tremecén para que este atacara las fronteras africanas de los Benimerines?

Los pensamientos corrían veloces como el viento y los sentimientos de Muhammad llegaron raudos a la corte castellana. Alfonso también sentía una honda preocupación por la presencia de los Benimerines y se iba a emplear a fondo para

hacerles volver al África, de donde vinieron.

Meses después los ejércitos pasan a la acción y una escuadra castellana bloqueó Algeciras por mar y por tierra. Fue una empresa militar nunca antes vista. Se aplicaron al cerco ingenios y máquinas de guerra que la combatían de día y de noche. La escuadra castellana impedía la comunicación entre la península y el norte de África. Una gran cantidad de galeras hacían imposible que los Benimerines recibieran cualquier clase de ayuda de sus lugares de aprovisionamiento. Los invasores africanos ahora iban perdiendo terreno. Sus secuaces en España también.

Muhammad estaba esperando el primer momento de debilidad de los Beni Escaliona para lanzarse a recuperar lo que era suyo. Málaga debía volver al redil. Su gobernador fue obligado a ceder la plaza a su legítimo soberano. A cambio Muhammad dio al gobernador de Abu Yusuf la plaza de Salobreña, también cincuenta mil dinares, además Almuñécar. ¿Qué más da? Málaga volvía al reino de Granada después de trece años.

A todo esto los cristianos continuaban el cerco de Algeciras pero sin demasiada confianza. No conseguían tomar la ciudad y sus fuerzas se iban relajando así como sus provisiones y mantenimientos. Estaba el cerco durando demasiado tiempo y faltaban provisiones. No solamente se relajaban las fuerzas sitiadoras sino que, además, muchos de los hombres embarcados enfermaban y debían volver a tierra dejando la armada prácticamente indefensa.

Abu Yusuf estaba en Tánger rugiendo como un tigre enjaulado. La escuadra cristiana cerraba el Estrecho y le impedía volver a la península para ayudar a los suyos. No sabía cómo ni cuándo encontraría la ocasión para romper el bloqueo. Cuando sus espías le trajeron la noticia de que el cerco se estaba relajando y que muchos marineros, enfermos, había abandonado las naves, pensó que era el momento de dar un golpe definitivo a los cristianos y a su aliado el rey de Granada.

Sigilosamente fue enviando correos a las plazas donde contaba con infraestructura suficiente y con soldados valientes y afectos a su causa. Las ciudades del norte de África se pusieron manos a la obra. También algunas ciudades costeras de al-Andalus que le apoyaban recibieron el mandato del emir.

En las atarazanas y los puertos de Málaga, Almería y Almuñécar se construyeron barcos en los que se instaló artillería, artilugios lanzadores de grandes bolas de pólvora y alquitrán. Otras naves más grandes se acondicionaron para transporte de soldados, de víveres y municiones. Igual ocurrió en los puertos de África.

Una noche salieron de Tánger catorce galeras enormes llenas de gente escogida para dar un gran golpe de mano. Cuando apenas amanecía atacaron de improviso a la armada cristiana quemando sus galeras y matando a los pocos tripulantes que había en ellas.

Los sitiados de Algeciras saltaban de alegría al contemplar el espectáculo de las

galeras cristianas ardiendo en el Estrecho.

Era el mes de julio de 1279. Los Benimerines, enaltecidos por aquella victoria en el mar saltaron a tierra cerca del puerto de Algeciras y acometieron a los pocos cristianos que se mantenían en el cerco. Aquello fue una matanza. Quemaron sus tiendas, sus chozas, arrasaron el campamento que los cristianos tenían a la orilla del mar y mataron a cuantos pudieron alcanzar. Así Algeciras, que estaba a punto de perderse, se libró del cerco de los cristianos y permaneció fiel al emir. Los pocos cristianos que se libraron llegaron a Sevilla contando el desastre que acababan de contemplar.

Abu Yusuf fue prudente. Dio órdenes a la flota de volver a Tánger para abastecerse de provisiones y armas antes de volver a la península. Luego mandó repoblar la ciudad de Algeciras. Los cristianos habían expulsado durante el cerco a los musulmanes y ahora tocaba hacerlo al revés. Después pensó en la manera y el modo de vengarse de Muhammad, que le había traicionado al aliarse con Alfonso en su contra.

¿Qué hacer ahora? Escribió al rey castellano y le ofreció hacer entre los dos una nueva alianza. Por un lado su hijo Abu Yaqub marchó a entrevistarse con Alfonso para concertar ese tratado de amistad. Por otro, su hijo Abu Zayan atacó Marbella, asedió Ronda, todo lo que pudo con tal de dar una lección al rey nazarí.

De nuevo Muhammad debió replegarse en Granada. Le defendían las montañas tremendas, inaccesibles. También los puertos que rodeaban su vega, sus castillos y torreones. No había otro reino, otra ciudad mejor defendida que Granada. ¿No era el lugar ideal para edificar maravillas, atesorar riquezas, bellezas sin límite?

Defendería en primer lugar sus fronteras del norte erizada de castillos, con montañas imponentes y feraces campiñas. Era mejor acercar sus defensas olvidando territorios lejanos y centrarse en lo más próximo.

Sentía que estaba aislado y eso era muy peligroso. Los horizontes de Granada son bellísimos pero reducidos hasta por la propia geografía. Más allá de las montañas, de los puertos de entrada a la Vega, por donde se pone el sol, no había más que enemigos. Se mostraría fuerte. No hay mejor defensa que un buen ataque. Le debían temer sus enemigos. Escogería un contingente de caballeros de Granada para correr la frontera en dirección a la campiña, la Peña y el castillo de Martos.

La expedición que salió de Granada era formidable. La caballería granadina era famosa por su destreza en el manejo de armas y caballos, por su monta excelente y por la marcialidad que desplegaba.

Pronto se sintió su fiereza en Martos y en las tierras de Écija y Córdoba. Los habitantes de las campiñas sevillana y cordobesa sintieron en sus carnes el castigo a que las sometían los granadinos.

Alfonso quiso dar a Muhammad la respuesta adecuada. Preparó un ejército y

quiso acaudillarlo él mismo. Sin embargo cuando acampaba en Alcalá de Aben Zaide enfermó de los ojos, impidiéndole continuar con su propósito. Decepcionado por no dar personalmente a Muhammad la lección que merecía, entregó el mando a su hijo Sancho y volvió a Castilla para curar sus dolencias.

El príncipe acogió con alocada ilusión el encargo de su padre. Las relaciones entre padre e hijo habían sido bastante turbulentas a causa de Doña Violante y de las influencias que ejercía sobre el rey, así que este encargo, si bien era forzado, le sentó muy bien. Por fin podría asumir alguna responsabilidad. Don Sancho inició correrías por las tierras cercanas quemando siembras, viviendas, árboles y almunias.

Muhammad no estaba desprevenido. Sus espías le informaron de las circunstancias que se daban en el real castellano. Cuando supo de la marcha de Alfonso y que el joven Don Sancho asumía el mando de la expedición pensó que era el momento de dar una lección al inexperto príncipe cristiano.

La caballería granadina estaba adiestrada en tender emboscadas entre las montañas y barrancos que tanto abundan en la geografía granadina. Sabían caminar por los tajos y conocían palmo a palmo los caminos más intrincados.

Muhammad reunió a sus notables y les propuso enviar por delante a un contingente que pareciera ser presa fácil de los cristianos. Cuando los de Don Sancho galoparan hacia el destacamento los granadinos harían como que retrocedían para que los cristianos se fueran metiendo en una emboscada que Muhammad situó en las cercanías del castillo de Moclín. Así se hizo y cuando los castellanos estuvieron metidos en la ratonera se les echó encima el grueso de los granadinos.

Efectivamente la estratagema salió a la perfección. La avanzadilla de los cristianos, mandada por el maestre de Santiago Don Gonzalo Ruiz Girón, por el abad de Valladolid y por Don Ferrán Enríquez se metió en la trampa donde les esperaba Muhammad que los fue matando sin miramiento. Cayeron no solamente los soldados de a pie sino también la caballería y los notables de la expedición cristiana. Más de dos mil ochocientos soldados murieron aquel día en las cercanías de Moclín. Los pocos que consiguieron huir fueron recibiendo lanzadas por la espalda hasta que los granadinos se cansaron de correr tras ellos.

El príncipe Don Sancho se portó como un valiente. Peleó mientras pudo hasta que fue obligado a volver a sus fronteras. Era el año 1280.

Los cristianos estaban deseando vengarse de Muhammad. Les había humillado miserablemente. Apenas la primavera les dejó asomarse a los campos organizaron una expedición formidable y entraron en la Vega de Granada para dar una soberana lección en su propia casa a sus enemigos.

Muhammad no estuvo con los brazos cruzados. Era exactamente lo que esperaba que ocurriera. Y como persona previsora les preparó el recibimiento. En unos días alistó un ejército de cincuenta mil hombres. Tenían la moral muy alta después de los

recientes triunfos y especialmente a partir de la emboscada de Moclín. Escogió lo mejor y más adecuado de ese ejército y se dirigió directamente al campo cristiano. Los cogió a medio preparar así que la batalla fue sangrienta y el príncipe Don Sancho ordenó de nuevo retirada para evitar males mayores. Cedió el campo, perdió muchos de sus hombres y volvió a Castilla, una vez más derrotado.

Don Sancho tuvo que sufrir las recriminaciones de su padre, de Doña Violante y aceptar reprimendas delante de toda la corte.

A estas alturas la situación en Castilla era de desastre. Se podría hablar de desgobierno. Alfonso había sido un sabio, un poeta, quizá un soñador al que faltaba un punto de realismo. Había sido un magnífico legislador pero no consiguió nunca imponer esas leyes a sus súbditos. Soñaba con imperios y no ponía los pies en la tierra. Había querido arreglar los problemas económicos de Castilla recurriendo a lo que hoy llamamos ingeniería financiera y no había conseguido más que devaluaciones, escasez y dificultades. En lugar de hacer producir o de establecer políticas realistas de gasto e ingresos, se dedicó a devaluar y a dar retoques como lo haría un especulador.

Como no las tenía todas consigo sobre el príncipe Sancho se le ocurrió variar la línea de sucesión que estaba establecida a favor de su hijo mayor. A la vista de las complicaciones que veía venir si tomaba ese rumbo, pensó otra cosa. Encontró como una solución desmembrar el reino, entregando partes de él a los diferentes pretendientes.

Don Sancho era un hombre algo alocado. De la clase de personas que toman rápidamente decisiones sin pararse a pensar en todas las consecuencias. Y tomó algunas muy audaces. Por una parte declaró a su padre loco e indigno de gobernar. El rey Sabio, el legislador de España, el creador de los centros del saber más importantes del mundo, es declarado incapaz, loco e indigno de mantener la corona.

La segunda gran decisión que tomó fue la de hacer una alianza con el rey de Granada, pedirle protección frente a su padre. Don Sancho el hijo del que soñó con ser emperador del mundo cristiano, pedía ayuda al rey nazarí.

Un día concertaron ambos una entrevista en Priego donde se vieron, charlaron como si fueran viejos amigos y concertaron una nueva alianza impensable hasta entonces. El príncipe heredero del reino de Castilla unía sus intereses a los del rey de Granada. Don Sancho entregó a Muhammad como prenda de su fidelidad la fortaleza de Arenas, en Jaén. Estudiaron estrategias, concertaron alianzas y se separaron convencidos de que ambos se habían de enfrentar a otra extraña coalición y una nueva guerra.

Alfonso se enteró de los manejos de su hijo. La primera reacción del rey Sabio fue de tristeza. Sintió incluso desesperación. Concibió un plan disparatado que habla de su estado de ánimo. Pintaría una nave de negro, metería en ella sus tesoros,

abandonaría patria y familia y se lanzaría al Océano a merced de la Divina Providencia. Se quitaba de encima al reino, a sus hijos y a su insoportable esposa, que a estas alturas estaba de ella hasta el mismísimo gorro.

Luego se lo pensó mejor. Ni era sensato ni realista la historia de la nave. Bien pensado él también haría alianzas contra natura. ¿No estaba en Algeciras el emir de los Benimerines? ¿No había hecho su hijo una alianza con los granadinos?

Tuvo una idea. Don Alonso Pérez de Guzmán era un noble rebelde, bastante apreciado por los musulmanes de Fez a donde tuvo que huir desterrado por viejas pendencias. Le escribiría. Él también se había encontrado muchas veces solo. Le contaría sus desventuras y le enviaría una corona de oro y brillantes para que se la entregara a Abu Yusuf como garantía de los gastos que debería afrontar si unía sus tropas a las del castellano contra su hijo y el monarca granadino.

El asunto era bastante extraño. En la nueva situación no primaban intereses de religión o de civilización sino personales y políticos. Así, ¡qué extraña paradoja!, el rey de Granada, musulmán, unía sus ejércitos y sus intereses con el príncipe heredero de la corona de Castilla. Y el rey de Castilla tenía como principal aliado al emir de los Benimerines africanos y a los tres walíes rebeldes de Málaga, Guadix y Comares. ¡Qué sin sentido!

Abu Yusuf aceptó la petición del cristiano. Pero un emir musulmán era ante todo un caballero, así que no quiso aceptar la corona de oro que le ofrecía Alfonso. Se la devolvió añadiendo sesenta mil doblas para demostrar que no le interesaba el dinero y concertó una entrevista que se celebraría en las cercanías de Zahara.

Pues dicho y hecho. Igual que Sancho y Muhammad hicieran en Priego, sus oponentes escogieron para parlamentar el lugar incomparable de Zahara. Luego fueron a Sevilla. Alfonso era un auténtico sevillano y allí colmó de honores a Abu Yusuf, que seguramente miraba con añoranza la Giralda, la Torre del Oro, la de la Plata y los demás monumentos musulmanes de la preciosa ciudad.

De allí partieron en dirección a Córdoba, por donde andaba Don Sancho. En la vieja residencia y castillo de Azahara volvieron a reunirse para planear el ataque a sus enemigos. Abu Yusuf atacaría a los granadinos y en su ejército marcharían mil caballeros cristianos.

En las afueras de Córdoba se enfrentaron a los ejércitos del heredero castellano. El príncipe se defendió con bastante solvencia del ataque combinado de su padre y del emir aunque debió retirarse a la ciudad. Cuando acudieron en su ayuda los granadinos tuvieron los atacantes que levantar el cerco. En realidad Abu Yusuf desconfiaba de Alfonso y viceversa. Eran dos gallos demasiado poderosos como para convivir en el mismo corral. Los cristianos que acompañaban al emir no estaban de acuerdo con las tácticas de Abu Yusuf, especialmente cuando se enfrentaba a los granadinos. Se veía claro que no peleaba de corazón contra los de Granada,

empeñado en realidad en la reconquista de Andalucía. La desconfianza de los cristianos hizo mella en Alfonso que escribió al emir diciéndole que se retiraba a Sevilla.

El emir se volvió a Algeciras y Alfonso a su Sevilla soñada. Le gustaba al rey Sabio Sevilla, le era leal y eso era un bálsamo que curaba sus heridas.

En estas murió el gran rey de Castilla, Alfonso X *el Sabio*. Un gran reinado empañado por las malas artes, las inquinas y divisiones que metió en la corte Doña Violante. Fue un sabio, legislador, filósofo, astrónomo, matemático, creador de tablas astronómicas que serían celebres en adelante, pero su reinado no fue estable. El reino de Castilla estaba maltrecho y eso significaba nueva vida para los nazaríes y los mudéjares. Se entendía perfectamente con los sabios judíos, musulmanes o cristianos pero no pudo poner orden en su casa. Murió sin haber conseguido imponer paz entre los suyos.

Le sucedió en el trono su hijo Don Sancho. Abu Yusuf sintió mucho la muerte del rey Sabio y envió un arráez con cartas de pésame dirigidas a su heredero. Al final de su carta le lanzaba un mensaje insinuando que si había sido amigo de su padre bien podría serlo del hijo. El emir en el fondo deseaba la paz con los castellanos. ¿Podía esperar del rey Sancho que así fuera?

El nuevo rey no se anduvo con chiquitas y le contestó con bastante altanería. Abu Yusuf hasta ahora había venido a la Península a hacer la guerra y estaba dispuesto a recibirle conforme a lo que él mismo decidiera. Estaba listo para ofrecerle la mano o la espada. La decisión estaba en manos del emir.

Abu Yusuf se disgustó con la contestación y respondió con ataques indiscriminados. Las comarcas de Jerez sufrieron las iras del benimerín. Luego se lo pensó mejor. ¿Qué hacía en al-Andalus? Don Sancho era un rey joven y belicoso, con muchos humos y pocos miedos. Mejor retirarse a Algeciras y escribir a Muhammad. No había venido para hacer la guerra a los musulmanes. Deseaba marcharse a África pero antes quería reunir a Muhammad con los tres walíes rebeldes para recomponer entre ellos la amistad y rehacer la sumisión de los tres al rey de Granada. Así al menos se iría tranquilo. Si no se arreglaban esas enemistades terminarían todos expulsados de sus tierras y sus reinos por sus enemigos cristianos. Si se preciaban de ser buenos musulmanes deberían todos acudir a una reunión en Algeciras.

El rey nazarí recibió la carta con una enorme satisfacción. Esa era la postura adecuada, la que no debieron abandonar. Mejor ahora que nunca. Era la hora de unir a los divididos. Se puso en camino de Algeciras donde se juntaron ambos reyes y donde acudieron los tres walíes. A la cita acudió también Abu Jacub, el hijo y heredero del emir. Cuando estuvieron todos les dirigió la palabra con solemnidad.

Era absolutamente necesario que existiera concordia entre los príncipes musulmanes. Si estaban unidos podrían mantener sus tierras en contra de sus

enemigos naturales, los cristianos. Por el contrario, si vivían desunidos, si continuaban los enfrentamientos entre ellos, les sería imposible mantenerse en España.

Luego dijo a Muhammad que era su responsabilidad cuidar y dirigir a los musulmanes españoles. Era el príncipe más poderoso de al-Andalus. Era una torpeza confiar en el rey de Castilla. Siempre los puercos comerán bellotas y las cabras tirarán al monte. Los cristianos tenían muy claro su objetivo y no era otro que hacer daño a los musulmanes. Únicamente hacían las paces cuando les era imposible hacer la guerra o cuando la veían perdida de antemano. Sus tendencias al pacto eran hijas de su debilidad. Jamás se dirigían a ellos con fines nobles.

Luego miró a los tres walíes que estaban escuchando atentamente sus palabras para decirles que era necesario someterse a la obediencia del rey de Granada. Ellos solos no podrían mantener las posiciones que ocupaban.

Los walíes, sorprendidos por las reconvenciones del emir, se enojaron profundamente. No habían venido a la entrevista para que se les despojara de sus posesiones. Habían venido en busca de paz y concordia. El emir había hecho propuestas razonables pero su conclusión era falsa. Ellos estaban dispuestos a unirse a cualquier príncipe musulmán que luchase contra los cristianos pero no se iban a dejar atropellar en sus derechos.

Muhammad se revolvía en sus cojines, incómodo con la postura que manifestaban los walíes. Levantó la voz para proclamar que no tenía otro interés que la gloria del Islam. Abu Yusuf, decía el rey de Granada, había hablado muy razonablemente. La experiencia y la historia les daba la razón.

Unos y otros terminaron la reunión sin acuerdo. Muhammad salió para Granada y los tres walíes aparentemente se disgustaron con el emir. Sin embargo, nada más salir de la reunión se pusieron de acuerdo con él para sometérsele a cambio de pagarle ciertas cantidades por su protección.

Abu Yusuf se puso contentísimo. ¡Increíble pero cierto! Era un desgraciado traidor, voluble e inestable. Llamó a todos para ponerles a las órdenes del rey de Granada, para hacer protestas de lealtad al proyecto de los musulmanes en España y salía de allí fomentando la división, contento por ver a sus pies a los enemigos del rey de Granada y a éste más enojado que nunca.

El emir era un perfecto bellaco y se dejó llevar por sus ansias de poder. Desde Algeciras se fue para Málaga y allí fue aclamado señor de la ciudad, poniendo por walí a uno de sus hombres más fieles, Omar ben Molí el Batuy. Al walí de Málaga le envió a África donde le hizo dueño del Alcázar de Ketama.

Muhammad se enteró enseguida de la clase de componedor de conflictos que era Abu Yusuf. Evidentemente se disgustó muchísimo. Le llegaba al alma ver en manos de un hombre tan desleal la mejor joya de su corona. Sin embargo calló, disimuló sus

sentimientos, reprimió la ira que le embargaba y se dedicó a ser a su vez desleal con Abu Yusuf. Su mejor amigo, aunque pareciera contradictorio, era el rey de Castilla y le convenía cultivar esa relación.

Abu Yusuf se volvió desde Málaga hasta Algeciras y allí enfermó hasta que pasó a mejor vida para regocijo y descanso de Muhammad.

¿Descanso de Muhammad? ¡No! No podía darse un minuto de descanso. Tenía que continuar construyendo, embelleciendo su reino.

Su padre situó su residencia en la colina de la Sabika. El debía continuar la construcción de aquella maravilla. La vieja fortaleza cobraba vida. Había restaurado sus murallas y reconstruyó dos imponentes torres. Una, la Torre Mayor, la de la Vela y otra llamada la Torre del Homenaje. Subió a la colina, puso los cimientos de la futura fortaleza y dejó un encargado de dirigir los trabajos así como de traer agua del río en una acequia que transportara su caudal. La construcción de esa acequia fue fundamental para crear la ciudad palatina de lo que sería la Alhambra, del Generalife y de los Alijares.

Muhammad II, como constructor de Granada, tuvo una actividad muy notable. Cuando terminó de amurallar el recinto de la Alhambra con sus torres y sus puertas, miró hacia el monte que había a sus espaldas y soñó con otro palacio de verano para él y sus descendientes. En la pendiente del Cerro del Sol, en bancales escalonados y separados por muros de estuco edificó un precioso jardín que sería el sueño de generaciones futuras. Nuestro segundo rey nazarí mandó edificar el Generalife en un lugar desde el que se divisa toda la ciudad y los valles del Darro y del Genil. Debió encargar a algún renombrado alarife la grandiosa obra y este se apropió tanto de la idea que ya en adelante los generaciones futuras lo conocerán como el Jardín del Alarife. ¡Tantos poetas lo han cantado! Escuchad lo que dicen árabes y cristianos.

La más alta y más noble de todas las huertas.

La huerta que no tiene igual.

Granada es una desposada cuya corona, alhajas y vestiduras son las flores. La túnica es el Generalife. Su espejo la paz de los extranjeros. Sus arracadas son los aljófares de la escarcha.

Entre lirios mal velado
el galán Generalife
da al ambiente enamorado
dulces besos para ti.

Los poetas musulmanes o cristianos ya siempre cantarán al Generalife,

de una peña así colgado
en mitad del aire azul.

En lo alto del Albaycín dejó una preciosa mezquita de nueve naves de las que hoy solamente queda el patio. Tenía unos preciosos arcos de herradura que descansaban en pilares cuadrangulares.

En la actual iglesia de San Juan de los Reyes hay un alminar de planta cuadrada con arcos de herradura asentados en muros de sillares que también fue obra del segundo rey nazarí.

Y en la misma ciudad dejó la primera obra palatina de época nazarí que es el actual Cuarto Real de Santo Domingo. Es parte de una torre y unas murallas de defensa de la ciudad que se prolongaban hasta un precioso jardín. En sus arcos hay paños alicatados en los que se puede leer la aleya 1 de la azora CXII del Corán, repetida por cuatro veces en letras de color verde y que proclaman que Dios es único.

Pero sigamos con la historia de nuestro rey.

Era el año 1286 cuando sucedió en el reino de Abu Yusuf su hijo Abu Jacob. La muerte de su padre y la nominación del hijo sucedió en Algeciras, donde recibió el juramento de adhesión y fidelidad de todas las provincias y tribus de sus dominios. Cuando acabaron los festejos se ocupó de los asuntos de España.

Lo primero que hizo Abu Jacob fue parlamentar ampliamente con Muhammad. No tenía sentido continuar los enfrentamientos entre musulmanes.

Muhammad tenía una espina clavada. Le molestaba grandemente la rebelión de los tres walíes. Precisamente había llamado al emir de los Benimerines para que juntos sofocaran esa revuelta y recuperaran las tierras que les habían conquistado los reyes Fernando y Alfonso. Y no habían conseguido ninguno de los dos objetivos. Es más el emir se había puesto de parte de los tres walíes. ¡No era aceptable esa postura! El nuevo emir debía apoyar al rey de Granada contra los walíes rebeldes. Lo contrario sería mantener la discordia entre los musulmanes.

Abu Jacub en el fondo y en la forma le dio la razón. No podía ser de otra manera. Sin embargo no era posible mantener a largo plazo una sumisión si no hay afecto, diálogo, si no se los ganaba, en una palabra. Le estaba pidiendo que se los ganara con la persuasión. Si empleaba las armas contra ellos se iba a equivocar. La destrucción de los pequeños trae siempre desgracias para los poderosos.

Al fin estaban los dos de acuerdo. Abu Jacub le había hablado con el corazón. Sus palabras eran razonables y actuaría en consecuencia.

Muhammad trató de actuar con el emir de igual manera que le había tratado a él y pasaron a hablar de su relación con Castilla. Era mejor que Abu Jacub hiciera las

paces con Don Sancho.

También aceptó el benimerín ese consejo, envió mensajeros a la corte castellana y recibió de allí una respuesta acorde con sus deseos. Y una vez apaciguadas las cosas en España pasó a Marruecos donde apenas había tenido tiempo para recibir la obediencia de sus súbditos. Debía dedicarse a organizar el reino.

Muhammad no se tomó demasiado empeño en cumplir al pie de la letra los consejos del emir. Apenas este embarcó para África se dirigió a Málaga con el decidido propósito de ganarse con todas las artes y las mañas posibles a Omar el Batuy, el walí nombrado por los Benimerines. Le ofreció dinero, tierras, ciudades y castillos con tal de que le devolviera Málaga. Y acabó convenciéndolo. Muhammad pudo recuperar Málaga. El walí Omar recibió a cambio bastante dinero, más la ciudad y el castillo de Salobreña, otro sueño de belleza, una plaza fuerte asentada en una roca portentosa y rodeada de campos donde hasta las cañas son dulces como la miel.

Muhammad era muy inteligente. De sobra sabía que esa maniobra enojaría a Abu Jacub. Por tanto comprendió que necesitaba la protección del rey de Castilla. Envió a la corte castellana un embajador de lujo. El alcaide de Andarax era un hombre muy hábil, de contrastada fidelidad a Muhammad y un extraordinario negociador. Su mensaje a Don Sancho era otra jugada maestra. No le podía decir la verdad. Si transmitía al rey de Castilla que acababa de hacer una jugarreta al emir, que le había arrebatado con malas artes la ciudad de Málaga y que esperaba una respuesta militar contundente por lo que le pedía protección, seguramente Don Sancho le iba a mandar a hacer gárgaras. ¿Qué mejor para los cristianos que ver destruirse entre sí a los musulmanes españoles? No podía decir eso el alcaide de Andarax. La vieja táctica de desfigurar la verdad se repitió en este caso. Ante Don Sancho y su corte, mintiendo pero solemnemente dijo:

> *—Me envía mi señor el rey Muhammad de Granada para reiterarte su amistad inquebrantable y para hacerte conocedor de una nueva infausta que le han transmitido sus espías e informadores. El emir Abu Jacub de los Benimerines tiene seguras intenciones de pasar a Andalucía con un gran ejército. Va a atacarnos a todos, a los castellanos y a los musulmanes de Granada.*

El mensaje, como era de esperar, consiguió su propósito. Don Sancho hizo preparativos de guerra para defenderse del malvado Abu Jacub y de paso echar una mano a su leal amigo Muhammad. El rey de Granada había cometido una felonía pero ¿no lo era mayor arrebatarle Málaga?

Abu Jacub organizó un ejército y pasó el Estrecho. Instaló su cuartel general en Algeciras para desde allí atacar los castillos y plazas fuertes cercanas. Como primera

providencia puso cerco a Vejer pero obtuvo escaso éxito.

El disgusto de no poder conquistar Vejer aumentó cuando le llegaron noticias de que los cristianos de Don Sancho y los nazaríes se habían organizado mejor de lo que en principio hubiera imaginado. Le habían preparado un recibimiento bastante fastidiado. Organizaron muy bien la defensa de las plazas susceptibles de ser atacadas por los Benimerines pero ahí no acababa todo. La flota estaba lista para bloquear el Estrecho cortando al emir las posibilidades de reabastecerse o de retirarse a sus tierras africanas.

Estas noticias llenaron de preocupación al emir que volvió a Algeciras y desde allí se retiró a Tánger para evitar males mayores.

Sin embargo su rabia estaba lejos de ser aplacada. Le había traicionado el rey granadino, aliándose con su enemigo, Don Sancho. Mascaba deseos de venganza. Volvió a Tánger para organizarse mejor que sus oponentes y vencerles de una vez por todas. Hizo un llamamiento a las provincias para que se alistaran todos los hombres disponibles.

Todas las cábilas obedecieron el llamamiento del emir y se organizó en las playas de Tánger un formidable ejército de doce mil caballeros deseosos de pasar el estrecho y ejecutar su venganza.

Todo estaba listo para emprender la expedición. Los barcos se preparaban, ajustaban sus velas, se reparaban las jarcias a la vista del ejército que esperaba impaciente el momento de embarcar. Sin embargo, un amanecer, apenas insinuado el día, una armada cristiana se acercó audazmente a las naves musulmanas que se preparaban cercanas a tierra, todavía desarmadas y sin tripulantes. Los marinos cristianos se acercaron a las naves musulmanas y una a una las fueron quemando a la vista del ejército musulmán que desde tierra contemplaba atónito e impotente el espectáculo. El ejército benimerín gritaba de rabia muy cerca de las naves que estaban siendo quemadas. Sin embargo nada podían hacer por remediar el desastre. Sólo gritar, jurar venganzas y bajar los brazos, impotentes para remediar lo que contemplaban.

Un desastre para los Benimerines en su propia tierra, ante sus miradas, en sus mismas barbas. La nueva alianza entre los castellanos y los musulmanes granadinos había dado su fruto. Llamaron a un amigo y ahora echaban a un enemigo de sus tierras. Vencía Don Sancho que imponía su ley en España.

En pocos días los cristianos cercaron Tarifa. Pusieron en su cerco mucho empeño, aplicaron ingenios por tierra y por mar hasta que entraron en ella. Tras la matanza y el exterminio de los musulmanes que la defendían, Don Sancho impuso sus leyes. En adelante, por orden del rey, mandaba la plaza Alonso Pérez de Guzmán.

Vencía Don Sancho pero las disensiones pululaban por doquier.

Los hijos de Alfonso X el Sabio fueron algo revoltosos, seguramente a causa de la

difícil relación familiar que existía entre ellos. Hemos hablado de las cosas de la reina Doña Violante y de sus hijos. Don Sancho, el heredero, le amargó la vida al final de sus días. Don Juan, otro hijo, era lo que se dice una joya. Más de una vez Don Alfonso lloró amargamente a cuenta de los disgustos que le proporcionaba este su segundo retoño. Era el más turbulento de todos, un valiente para las pendencias, cuyas fechorías le dieron justa fama de sanguinario. El padre llegó a encerrarle en un calabozo. Le tenía tan hasta el gorro que le condenó a pasar encerrado el resto de sus días. Su hermano Don Sancho, cuando accedió al trono, lo liberó bajo promesa de regenerarse. Por supuesto que una vez libre volvió a las andadas, se fugó a Portugal, de donde más adelante sería expulsado, yéndose a vivir donde más daño podía hacer a su hermano. Se fue a Tánger y ofreció sus servicios al rey de Marruecos.

Abu Jacub estaba preparando su respuesta al ataque castellano. Deseaba dar una lección a Don Sancho y si esa lección la daba reconquistando Tarifa, pues tanto mejor. En estas se le presentó el príncipe Don Juan, que era para el emir como un regalo del cielo. Conocía a la perfección las tácticas de guerra de los cristianos y odiaba al rey de Castilla tanto o más que él. Encima representaba para el emir responder al cristiano con las mismas armas de deslealtad y traición con que él mismo había sido atacado. Por tanto Abu Jacub recibió encantado a Don Juan y puso a sus órdenes cinco mil jinetes con el objetivo de pasar con ellos el Estrecho, cercar Tarifa y recuperarla. Por supuesto que Don Juan se comprometió a cumplir su objetivo en un santiamén ya que conocía a los defensores de la plaza, sus armas y sus artimañas.

Dijimos antes que el alcaide cristiano de Tarifa era Don Alonso Pérez de Guzmán, un hombre valiente, leal a su rey, austero y muy buen soldado. Era un auténtico modelo de virtudes en aquella sociedad corrupta.

Pues ya tenemos frente a frente al bueno y al malo. El malo, Don Juan, luchaba de parte de los musulmanes y no podía cumplir su palabra de entregar al emir la plaza de Tarifa porque el bueno, Don Guzmán, además de todo lo que hemos dicho, se aplicaba a la defensa con el interés, la sabiduría y el valor que le ha dado la historia. Don Juan miraba a un lado y a otro sin saber qué hacer ni qué camino tomar cuando alguno de sus adláteres le sopló al oído que en su mismo ejército hacía la milicia y luchaba con él por conquistar Tarifa, nada más y nada menos que un hijo de Don Guzmán el Bueno.

Don Juan tenía malas entrañas. Resulta que en tiempos de su padre, para entrar en Zamora, había tenido la tremenda mala idea de agarrar por el cuello al hijo del alcaide y decirle al padre que o le dejada tomar Zamora o acababa con su hijo. El alcaide de Zamora hizo lo que cualquier buen padre. Le pidió al malvado Don Juan que dejara en paz a su hijo, le dio las llaves de Zamora y aquí paz y después gloria.

Pues Don Juan se acordó del buen resultado que le dio esa treta en Zamora, no se

lo pensó dos veces y encadenó al pobre muchacho, primer descendiente de los *Medina Sidonia*. De esta guisa se acercaron a la muralla por donde se asomaba de vez en cuando Don Guzmán. El chaval encadenado, amenazado por la espada de Don Juan y bastante asustado y el príncipe gritando al bueno de Don Alonso que o le daba la plaza o allí mismo dejaba seco al chaval.

El alcaide de Tarifa era más echado para adelante que el de Zamora y en lugar de alargar a Don Juan las llaves de la ciudad, como hiciera su colega, le lanzó la espada para que hiciera lo que tuviera a bien hacer.

El príncipe, hijo de Doña Violante y por tanto bastante mala persona, cortó de un tajo la cabeza al chaval y la largó por encima del muro adentro de la plaza para que el padre se fastidiara y sufriera lo suyo, como es natural.

Este Don Alonso Pérez de Guzmán, en adelante llamado por la historia *Guzmán el Bueno*, era un hombre bastante extraño. No le hizo ni caso a la cabeza cortada de su hijo y siguió defendiendo la ciudad como si tal cosa. Tanto que Don Juan, fastidiado y bastante corrido por sus escasas dotes de intimidación, abandonó Tarifa y se retiró para Algeciras.

El rey Don Sancho le escribió cartas laudatorias y le concedió en prueba de su heroísmo, bienes y honores sin número. Le hizo la merced de ser llamado *el Bueno* por los siglos de los siglos. Pero esto es nada comparado con lo que vamos a referir a continuación. Le dio los solares de Sanlúcar de Barrameda y de Bonanza, todas las tierras del Puerto de Santa María desde Sevilla hasta Jerez, le concedió los derechos aduaneros de todas las naves que arribasen a Sanlúcar, le concedió, es decir, le hizo dueño de las almadrabas y de la pesca del atún conocida por los lugareños desde época de los cartagineses y bastantes cosas más.

¿A quién le quitó el rey lo que le dio a Guzmán el Bueno? Pues seguramente que Don Sancho se las quitaría a judíos, a moriscos y demás gentuza, o quizá a otros nobles o plebeyos pecadores, que esos no merecen nada en comparación de Don Alonso, a quien ya en adelante le llamarán, además de *el Bueno*, el primer duque de Medina Sidonia.

Nuestro rey de Granada se frotaba las manos al ver enfrentarse a sus enemigos mientras él esperaba la ocasión para actuar. Cuando vio que había pasado la tormenta, con bastante descaro envió mensajeros a Don Sancho pidiéndole que se le entregara Tarifa, que era suya y que se la habían robado los Benimerines. Don Sancho, que para entonces ya era conocido con el sobrenombre de *el Bravo*, se puso idem y le contestó al rey nazarí que de eso nada. Él la había conquistado y punto.

Pues con esta petición del granadino y la contestación bastante agria de Don Sancho se acabaron las treguas entre ambos, que eran ideológicamente raras. Muhammad se enfadó y como su ejército estaba descansado, envió a sus caballeros a atacar tierras de cristianos por Vera.

Y aquí se acabó la guerra, acabaron los diálogos y los tratados. Don Sancho *el Bravo* murió bastante joven, dejando a un heredero menor de edad y de gobernadora a su esposa Doña María de Molina. Y esto suponía muchas cosas. Castilla estaba sin rey ni roque, abocada a una guerra civil porque la familia real era de todo menos bien avenida. Por otra parte, desde el horizonte de nuestro rey de Granada, suponía un respiro. La guerra, las desavenencias, las luchas internas cambiaban de bando y pasaban a Castilla. Muhammad, que a estas alturas habríamos de llamarle experto en organizar intrigas en campo ajeno, se unió esta vez al infante Don Enrique, tío del rey niño, que por cierto se llamaba Fernando IV y tenía el horroroso mote de *El Emplazado*. Pero lo que en realidad le interesaba era consolidar el reino y alejar lo más posible a sus potenciales enemigos. Si a algún noble castellano se le ocurría atacar las inmediaciones de Granada tenía rápida y contundente respuesta.

Abu Jacub pensó que era el momento de poner fin a sus expediciones en España. Tanto a él como a su padre no le habían dejado más que los pies fríos y la cabeza caliente así que llamó a Muhammad y le pidió dinero a cambio de marcharse de una vez para no volver más.

A Muhammad le pareció fenomenal, entregó dinero al emir y le dejó ir bendito de Dios. Un enemigo menos y campo abierto para recuperar la primacía entre los musulmanes españoles. Los walíes sin la ayuda de los Benimerines rindieron pleitesía y juraron obediencia eterna a Muhammad. Un flanco menos al descubierto. ¿Y Castilla?

Muhammad era un hombre activo, inquieto diría yo. Se carteaba continuamente con el infante Don Enrique, otra joya, expulsado de Castilla, de Aragón y de todas partes a causa de sus travesuras. Este infante llegó a intrigar hasta en Italia, donde se enteró de que había líos entre Güelfos y Gibelinos y decidió meterse en medio. Acabó en la cárcel y cuando volvió a Castilla supo que el rey era un niño y ejercía de Gobernadora su madre Doña María de Molina, encontró una ocasión de oro para continuar su tarea de armarla donde y cuando pudiera. ¿Por qué no se proclamaba él mismo gobernador?

Don Enrique vio una buena ocasión para ganarse a Muhammad y como, además, andaba escaso de fondos, convenció a algunos nobles de que era un buen trato y ofreció al granadino la plaza de Tarifa a cambio de veinte mil doblas de oro. Menos mal que entre Doña María de Molina y Guzmán el Bueno lo impidieron.

A Muhammad le sentó fatal el que se deshiciera ese trato. Pero ¡qué remedio! No le quedaba otra opción que volver con sus ejércitos a Granada y empeñarlos en luchas por otras fronteras.

Y con esto el pobre acabó sus días. Murió en el año 1302. Tenía sesenta y ocho años y había sido rey de Granada nada menos que cuarenta y uno. Su reinado se conservaba, incluso se fortalecía en medio de enemigos. Y engrandeció Granada

dándole poder, riqueza, sabiduría y esplendor.

CAPÍTULO IX

MUHAMMAD III, TERCER REY NAZARÍ DE GRANADA.

Era el año 1302 cuando Muhammad subió al trono de su padre y su abuelo.

Fue un hombre de bella figura y de trato amable. Su carácter fue envidiable. Se ganaba a las personas con su bondad. Y no sólo a los cortesanos. El pueblo entero de Granada estuvo encantado con él. Cultísimo, amigo de sabios, magnífico poeta, de brillante oratoria y elocuente conversación. Pero ante todo era un gran trabajador. Se aplicaba con tanto interés a los asuntos de estado que se puede afirmar literalmente que trabajaba de día y de noche. Si comenzaba alguna tarea no la dejaba, fuera la hora que fuera, estuviera o no cansado, hasta terminarla. Tanto que sus ministros no podían seguirle y debían alternarse para no dejarle solo. Probablemente esta dedicación al trabajo acabó al final con su salud.

Cuentan las viejas crónicas que por las noches, para poder trabajar, encendía unos cirios enormes, grandes como troncos de palmera, en los cuales había instalado unos aparatos que medían el paso de las horas. Eran unos artilugios que facilitaban al rey sus vigilias de trabajo y le ayudaban a medir el tiempo. Y se dice que a causa de estos cirios o por las continuas vigilias, perdió la vista. Por esta enfermedad muchas veces se retiraba a sus aposentos y permanecía largo tiempo como ausente en algún rincón del palacio.

Era un magnífico poeta. El palacio se fue convirtiendo en un lugar donde se protegía y se pagaba a los buenos poetas. Conocía uno a uno a los ulemas y les invitaba a menudo a comer junto a los nobles y los arráeces. En su conversación era un hombre ocurrente, simpático, que se ganaba con su chispa a contertulios y comensales.

El escritor al-Jatib nos ha transmitido bastantes de sus poesías y nos ha relatado algunas de sus ocurrencias. Refiramos una.

Al día siguiente de morir su padre fue proclamado rey. En las ceremonias preceptivas fueron pasando ante él los nobles uno tras otro, luego los soldados y por fin los poetas, para darle el pésame y felicitarle por su nombramiento.

Se cuenta que se le acercó un poeta que le recitó una casida que decía:

> —*¿Ante quién se despliegan hoy los estandartes y bajo la bandera de quién marchan los soldados?*

Muhammad sabía que un buen poeta debe contestar las casidas con gracejo, sabiduría y acierto. Cambió su semblante solemne por el de un pillo y contestó:

—*¡Ante este cebollino que ves ante ti!*

Evidentemente los asistentes rieron a carcajadas la ocurrencia del rey. Ponderaron la buena respuesta y la capacidad de reírse de su sombra.

Cuando fue elevado al trono tenía cuarenta y cuatro años, una edad bastante madura, lo que tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Indudable ventaja fue que conocía muy bien los entresijos del reino y los equilibrios diplomáticos que tuvo que hacer su padre en un entorno tan inestable como el que le tocó vivir.

Nada más sentarse en el trono comenzó a experimentar los sinsabores y las traiciones que tanto padeció su antecesor. El walí de Guadix, un pariente suyo llamado Abul Hegiag ben Nazar, se negó a venir a la jura como era su obligación.

Muhammad era un hombre listísimo, nada impetuoso, así que pensó que ya llegaría el tiempo de arreglar las cuentas con el walí. Antes de castigarle como su insolencia merecía, se puso a ordenar los asuntos de su corte.

Confirmó como visires a Abu Abdala Alamerí y a Ben Alí de Denia, este último un hombre extraordinario que había desempeñado idéntico menester en la corte de su padre.

Escoger buenos secretarios era fácil para Muhammad. Todos eran, como él, literatos y poetas. En cuanto a los cadíes o jueces, también los escogió entre los más prestigiosos.

Una vez nombrados los hombres que le acompañarían en su corte los reunió y parlamentó largamente con ellos. Se trataba de diseñar su política.

En lo que se refiere al interior del reino la tarea era complicada de ejecutar pero sencilla de definir. Se trataba, nada más y nada menos que de evitar nefastas divisiones como las padecidas por su padre y abuelo con los tres walíes rebeldes de los Beni Escaliona. Unir a todos, hacerles una piña en torno a su rey y hacer de Granada la ciudad más admirable del mundo, el reino más bonito y más rico de cuantos han existido jamás. ¡Nada más y nada menos que ese era su objetivo!

Diseñar su estrategia exterior era más complicado. Las alianzas o enfrentamientos que debieran hacerse con y contra sus vecinos, eso era cosa difícil y delicada. No era normal el entramado de amigos y enemigos en los que vivió su padre. No tenía por vecinos a monarcas de la talla de Fernando III, Alfonso X o Jaime I, es verdad. Eso era una suerte para él. Con todo no estaba tan claro qué postura debía tomar, a quiénes aliarse o contra quiénes luchar.

Una cosa tenía muy clara. Debía fortalecer el reino, no ceder ante nada ni ante nadie, mostrarse fuerte con sus enemigos y sobre todo engrandecer Granada. Ese era su primer objetivo y a fe que lo iba a cumplir.

Su principal enemigo era Castilla y ahí estaba su problema más peliagudo. ¿Qué postura debía tomar? ¿Tal vez aliarse con ellos como lo habían hecho su padre y su

abuelo? ¿Luchar, pelear sin alianzas falsas ni medias posturas? ¿Y con los demás vecinos, tanto aragoneses como con sus hermanos africanos? ¿Debía ser comparsa o protagonista? ¿Debía afrontar las relaciones con ellos tal y como las sentía o quizá fingir, maniobrar entre el amigo y el enemigo, entre el bueno y el malo?

Ese era su principal problema. Cada vez veía más claro que debía diseñar una estrategia más rectilínea que la de sus antepasados. Si sus adversarios ahora eran más débiles él debía afianzar posturas, sacar la cabeza con orgullo.

De sus deliberaciones con los miembros de su corte salió una postura unánime. Su primer enemigo era Castilla y había que enfrentarse a ellos ahora que no disponían de reyes de la fuerza y el prestigio de antaño. La ocasión podía ser favorable. Después arreglaría las cuentas con el walí de Guadix.

Cuando se tienen los objetivos muy claros no vale la pena dilatar las acciones que sea necesario emprender. Sólo unos meses después de ocupar el trono buscó el lugar para atacar a los castellanos, al mejor arráez y a la fuerza más preparada para llevar a cabo su empresa. Esos eran entonces los *Combatientes de la Fe* venidos del norte de África, una fuerza expedicionaria de Benimerines que permanecieron en Granada para hacer la guerra santa. Muhammad llamó a su sayj al-guza, su jefe, para encomendarle el primer ataque que dirigiría al reino de Castilla.

Atacarían la ciudad de Almandhar, (Bedmar). Esta era una fortaleza fronteriza de Castilla con el reino de Granada. Ahí daría su primera lección, su primer puñetazo encima de la mesa en la que se estaba jugando la partida de ajedrez diplomático y militar de la que saldría la supremacía de una de las dos razas. Después de muchos años de retrocesos y derrotas tocaba a esta parte la iniciativa.

Los ejércitos Benimerines salieron de Granada hacia los puertos del norte. Les acompañaban destacamentos de caballería granadina, expertos conocedores del terreno y de las defensas de las fortalezas cristianas. Atravesaron las llanuras cercanas a Granada. A su izquierda quedó la fortaleza de Colomera, a su derecha el castillo de Píñar, recibieron información de sus destacamentos en el torreón de Cardela, continuaron dejando a la izquierda los castillos de Montejícar, de Huelma y un amanecer se presentaron ante la fortaleza de Bedmar.

Los Benimerines eran expertos en el asalto de las fortalezas. Y en Bedmar ni se les esperaba. Era una plaza mal defendida. En realidad sus habitantes vivían ajenos al peligro, disfrutando la plácida existencia de los pueblos del sur de España. De buenas a primeras se encontraron cercados por un poderosísimo ejército.

El ataque fue feroz. Los granadinos venían provistos de ingenios y máquinas de guerra que aplicaban a los muros hasta asaltarlos rápida y eficazmente. Como la defensa era escasa abrieron brechas y portillas y entraron a sangre y fuego matando a quien podía empuñar una espada o una lanza.

Un asalto suponía matar a los defensores y apoderarse de todas las riquezas que

existieran en la fortaleza. En Bedmar había tesoros de oro, de plata, joyas, telas lindas y tapices bordados en oriente. Todo pasó a manos de los granadinos.

¿Y los habitantes de Bedmar, sus soldados, sus jóvenes, sus doncellas? Seguramente estaban escondidos en las cuevas más recónditas o en rincones inverosímiles. ¡Les buscarían! ¡Les llevarían esclavos a Granada!

En un rincón del castillo algún caballero granadino encontró un tesoro de valor incalculable. Acurrucados debajo de piedras, de sacos viejos y cacharros antiguos, muertos de miedo, aparecieron Don Sancho Sánchez de Bedmar, señor del castillo, Juan Sánchez, su hijo y Gimen Pérez, su fiel servidor. Y sollozando, debajo de todos ellos, encontraron a una mujer de belleza increíble llamada Doña María Jiménez. Era la esposa de Don Sancho y madre de su hijo Juan. Pero nadie lo diría. Su juventud y belleza la hacían parecer una doncella. Con todo, por los grupos de los asaltantes se fue extendiendo el rumor de que habían capturado a una mujer de gran belleza y que sería llevada a Granada como presente para el rey Muhammad.

En las descripciones del tercer rey nazarí se pueden leer sus poesías de amor, de deseo, relatando amores imposibles, no correspondidos y describiendo escenas de amor en las noches preciosas de Granada. Era, por tanto, un hombre enamoradizo. Seguramente un mujeriego empedernido que nos describe en bellas casidas unas escenas de amor muy bonitas. Ahí van algunas:

> *¡Oh, cuántas noches pasé bebiendo el vino de sus labios rojos!*

Muchas veces ocurre a los hombres muy enamoradizos que no se ven correspondidos. Aunque os parezca increíble ese fue el caso de nuestro rey. Se sentía desdichado al ver a su amada en brazos de otro.

> *Me hizo una promesa y faltó a ella. ¡Qué mezquina es la lealtad de las mujeres!*
>
> *Se desligó de mi pacto y no lo guardó. ¡No lo hubiera roto si hubiera sido justa!*
>
> *¿Qué le pasa que no muestra simpatía por quien la ama ardientemente y no cesa de implorar su afecto?*
>
> *Oculté mi dolencia a la vista de los hombres pero se hizo evidente mi amor, después de haber estado oculto.*
>
> *Ahora he perdido su unión, sin haber faltado a un pacto, al que temo que ella sí haya faltado.*

Muhammad era un hombre sediento de amor y bastante convencional. Tenemos delante a un rey nazarí implorando ser correspondido en el amor. El tópico los retrata

en harenes inmensos y a las huríes eternamente complacientes con sus dueños. Pues no es así en este caso.

De esa expedición vuelven victoriosos, cargados de inmenso y rico botín en oro, joyas, telas riquísimas. En el centro de la expedición viene un carro que han capturado en Bedmar. Montada en el carro entra en Granada la noble y bella señora, rodeada de otras doncellas tomadas también como esclavas.

La conmoción en Granada fue inmensa. El pueblo sentía una satisfacción enorme. Los soldados volvían victoriosos de la primera acción de guerra emprendida por su rey, nada menos que contra Castilla. Y encima, además de todo eso, cargados de riquezas, botín inimaginable en otras expediciones. Y por si esto fuera poco traían una bellísima y noble esclava cristiana. Imposible imaginar en tan poco tiempo de reinado.

Para un noble musulmán era un lujo disponer de una esclava cristiana. Sólo muy pocos y en muy contadas ocasiones pudieron darse ese gustazo. Y en todos los casos, lejos de ultrajarla, intentaban su conquista con una galantería propia de otros tiempos.

Este hecho colmó de gloria a Muhammad por dos razones. Por haber vencido a los castellanos y por disponer de una noble esclava cristiana, que como es natural se dispuso a conquistar. El caso es que le gustaba.

Los Benimerines se apresuraron a notificar a su emir, que estaba en Fez, la nueva de su expedición victoriosa y de la esclava que habían conducido a Granada. El africano no se lo pensó dos veces y envió mensajeros para pedir a Muhammad la esclava para sí.

La petición no era una exigencia sino más bien un ruego encarecido. Deseaba lucirla por los palacios de Fez para que sus nobles conocieran su poder.

Muhammad se lo pensó detenidamente. Era un perdido enamoradizo y estaba loco por ella. La deseaba ardientemente. Sin embargo no era un ser tan alocado como para anteponerla a cualquier cosa. Le repugnaba enviársela al sucio, despreciable emir de los Benimerines. Sin embargo le convenía estar a bien con él. ¿Iba a enfrentarse a su aliado de conveniencia por el amor de una esclava cristiana? Verdaderamente eso era lo que le pedía el cuerpo pero no lo haría. El interés de su reino le decía otra cosa.

Días después, con todo el dolor de su alma, envió la esclava a la corte del emir africano. E inmediatamente se olvidó de amores imposibles y se dedicó a lo práctico que para el caso era hacer la guerra. Salió personalmente hacia Guadix mandando una agrupación de caballería granadina. Era urgente dar un escarmiento a su primo, el rebelde Abul Hegiag ben Nasr. Muhammad deseaba dejar muy claro que el que se la hacía se la pagaba. La batalla contra los de su primo fue muy sangrienta. El walí de Guadix fue fulminantemente vencido.

No tenía respiro. Había que seguir, luchar por su reino, sobrevivir entre enemigos

irreconciliables. Apenas había dicho adiós a la bella cristiana recibió en la Alhambra a un embajador no habitual. Todavía no había pasado un año desde su entronización cuando le vino a visitar un enviado de Jaime II, el rey de Aragón. Temía este rey un acercamiento entre castellanos y granadinos en su contra, por lo que le proponía una tregua de un año, en el que tomarse una reflexión de cara al futuro.

Muhammad aceptó la propuesta y abrió ese diálogo en espera de acontecimientos. No estaba convencido de que el aragonés fuera un leal aliado, más bien lo contrario, pero ¿no era mejor escuchar y esperar?

Su obsesión era la de consolidar las relaciones con los Benimerines. Abu Jacub estaba dedicado a asediar Tremecén y el rey de Granada quiso enviarle un buen contingente de arqueros y soldados expertos que colaboraran con el emir en ese asedio, mostrando así su aprecio y su hermandad con los Benimerines.

Cuando vio marchar hacia Tremecén a su contingente de arqueros volvió a inquietarse. Muhammad era de la clase de personas que siempre tomaba la iniciativa. No podía permanecer quieto esperando acontecimientos. Pensaba una cosa, luego la contraria, después reflexionaba sobre lo que había dejado atrás, el caso es que quería llevarlo todo adelante, lo que le provocaba la natural esquizofrenia de querer una cosa e inmediatamente echar de menos la contraria.

Había sellado una alianza con los Benimerines, luego con el rey de Aragón, después, ¿qué le faltaba sino aliarse con Castilla? Hubiera podido sacar el máximo partido de su situación militar y sin embargo decidió pactar con Castilla.

Don Fernando, *El Emplazado*, estaba en Córdoba. Hasta allí envió Muhammad a un alfaquí muy famoso conocido como Don Muhammad, que gracias a sus buenos oficios consiguió para su rey una paz de tres años que les favorecía pero sólo en parte. Se aseguraba las fronteras a cambio de someterse al vasallaje del *Emplazado*.

Las noticias corrían por al-Andalus a velocidad increíble. Pocos días después de concertar la paz con Castilla, Abu Jacub se enteró de la jugarreta de su correligionario y estalló de ira hacia Muhammad. ¿Qué se había creído? ¿Le había enviado sus arqueros para ayudarle en la guerra o para engañarle como a un chino? Doce meses llevaban estos soldados nazaríes al servicio del emir y no los aguantó ni un minuto más. Ya los había visto luchar en Tremecén y en verdad eran buenos soldados pero…, tan traidores y desleales como su rey. ¡No los quería a su lado! Con un gesto de infinito desprecio los hizo volver a Granada sin una palabra de agradecimiento.

Muhammad era un hombre ambicioso. Sus miradas hacia todas las fronteras del reino reflejaban siempre inquietud, miedo muchas veces y al par una ambición poco corriente. Ahora miraba a África. Nunca hasta ahora un rey musulmán español había sentido la necesidad de conquista en las mismas tierras de África. La habitual situación había sido la de intervención de los emires africanos en al-Andalus. Nunca al revés. Jamás un califa cordobés o un taifa árabe o beréber, excepto una vez

Almanzor, habían hecho siquiera una intentona de conquistar plazas africanas. Ahora Muhammad iba a invertir la situación. Los nazaríes iban a cruzar el Estrecho para anexionarse plazas en la orilla de allá del Mediterráneo, en tierras de dominio meriní.

La elección de Ceuta como objetivo de la conquista no estaba hecha a la ligera. La bella ciudad había sido parte del imperio de los Benimerines hasta el año 1304 en que se declaró independiente con el beneplácito de los reyes de Granada. Mandaban la plaza los Banu l-'Azafí.

El primer movimiento que se hizo desde la corte de Granada para la conquista fue enviar a un arráez de Málaga llamado Faray ben Isamil con el objetivo de captar apoyos dentro de la población ceutí e instigar a las gentes para que se sublevasen contra los Azafíes.

No tuvo el arráez de Málaga la tarea fácil. Sin embargo su capacidad de arrastrar masas hicieron que en poco tiempo alcanzara su objetivo.

Para conquistar Ceuta era necesaria la marina. ¿Cómo si no conseguir trasladar un ejército y alcanzar allí sus objetivos? Paralelamente a la misión del arráez malagueño preparó una flota de ciento veinte navíos, unos de transporte de tropas, otros habrían de servir de plataformas donde instalar artillería y otras armas con que asaltar la ciudad de Ceuta.

Pero ¿cómo era la marina militar en la Granada nazarí? ¿Dónde estaban sus atarazanas? ¿Dónde estaba asentada?

Hay que tener en cuenta que los granadinos estaban unidos con el resto del mundo islámico solamente por el mar. La franja costera era enorme. Se necesitaban al menos cuatro jornadas de marcha por tierra para recorrerla entera. La importancia estratégica de esa costa era muy grande, vital para la supervivencia del propio reino de Granada, no solamente desde el punto de vista militar sino también desde el económico.

El litoral de Granada era lugar de abastecimiento, fuente de ingresos y el paso natural de las únicas ayudas militares que podrían obtener los musulmanes españoles, que por razón natural vendrían del Magreb.

Es imposible decir desde cuándo estaba organizada en el reino la defensa del litoral, la red de puertos y las construcciones de naves en ellos. Desde luego podemos afirmar que desde mucho antes de la dinastía nazarí.

Hagamos un recorrido por los escritos de al-Jatib, que nos dan una panorámica de lo que suponía el mar para el reino de Granada.

> *Gibraltar vive en realidad gracias a los barcos que arriban a sus puertos.*
>
> *Marbella tiene una gran riqueza pesquera, sobre todo de sardinas y pescado de cierto tamaño.*

Fuengirola tiene sus costas descubiertas, lo que facilita al enemigo el desembarco y la razzia. Málaga vive y se avitualla a expensas de los barcos que arriban a sus puertos.

Almuñécar es un gran puerto que puede cobijar navíos de mucho calado. Tiene un arsenal donde se construyen numerosos y sólidos navíos.

Salobreña tiene una gran cantidad de pescado. Los peces que nadan por sus costas son más numerosos que las arenas y para pescarlos acude una verdadera turba de gente que los lleva a otras ciudades.

Dalías se halla expuesta a las agresiones de la flota enemiga de manera constante.

Almería es una ciudad grandísima por sus excelentes condiciones terrestres y marítimas. Tiene un puerto seguro para la flota, la cual unas veces logra vencer al enemigo y otras no. Es una obligada estación deparada para los comerciantes. Vive a expensas de la importación que llega por vía marítima, cuando no hay guerra.

Las expediciones marítimas de castigo o de conquista eran continuas. Los mismos barcos mercantes tenían patente de corso, es decir, estaban preparados para el asalto a otros barcos o a tierra, con licencia de sus gobernantes y muchas veces inspirados por ellos.

Por supuesto que también existían barcos expresamente preparados para la guerra. El emirato nazarí contaba con lo que hoy podría llamarse *Infantería de Marina*, es decir, disponía de dotaciones de guerreros excelentes, arqueros y militares expertos que se embarcaban para atacar las costas cristianas.

Alhamar llegó a capturar barcos aragoneses que transportó a Almería, con gran enfado de Jaime I. Los cristianos que pretendían recorrer nuestras costas se las tenían que ver con la flota nazarí. Salían expediciones desde Málaga o Almería y capturaban en el norte de África a los aragoneses que se aventuraban por allí. En Almería capturaron a valencianos, ibicencos y gentes de otras latitudes.

Los ataques corsarios eran continuos. Los marinos malagueños y almerienses atacaban habitualmente las costas de Cartagena y Alicante.

La costa estaba perfectamente protegida. La estrategia de las defensas costeras en el reino nazarí es admirable. Basta recorrerlas para comprobar estas construcciones. Desde cualquier punto que nos situemos podremos contemplar uno o dos sistemas de defensa, ya sean ciudades, alquerías fortificadas, castillos, puestos de vigía o simplemente torres costeras.

Hay tantas atalayas y puestos de vigía que si se encienden fuegos en sus partes altas, la señal se transmite en una sola noche, o incluso en parte de

una noche.

Los puertos más destacados eran los de Almería, Almuñécar, Málaga, Marbella, Estepona, Gibraltar, Algeciras y Tarifa. Luego había otros de menor entidad como los de Mojácar, Motril, Adra, Salobreña, Nerja y Fuengirola.

Los barcos se fabricaban en las atarazanas, palabra que en árabe significa dársena o casa de fabricación. En las de Almería, Almuñécar y Algeciras se construían naves medianas como fustas o galeotas para el corso o la navegación de cabotaje. En otras, como la de Málaga, llegaron a trabajar cristianos cautivos, expertos en el arte de la fabricación de barcos. Eran marineros, calafates, toneleros y carpinteros procedentes de Mallorca. Estamos hablando de un auténtico trasvase de ingeniería naval entre los reinos musulmanes y cristianos.

Así era la marina en el reino de Granada cuando Muhammad decidió mandar una expedición a la conquista de Ceuta. Decíamos que era la primavera del año 1306. El arráez malagueño enviado a Ceuta había conseguido poner al pueblo de parte del rey nazarí. También consiguió la complicidad del comandante de la guarnición de Ceuta. Era el momento de enviar la flota a atacar la plaza y el castillo.

El día once de mayo de 1306 los ceutíes se asomaron a sus ventanas a contemplar el sol del amanecer y vieron cercando su ciudad una inmensa flota de ciento veinte navíos. Venían a conquistarla en nombre de Muhammad y lo consiguieron en bien poco tiempo con la anuencia del pueblo y la guarnición de la ciudad.

La primera decisión que tomaron los granadinos fue la de enviar a Granada como prisioneros a los mandamases de allí. A continuación enviaron a Ceuta a un disidente meriní que estaba de parte de los granadinos para proclamarle sultán del Magreb. Y se dispuso a conquistar las zonas montañosas del norte de África.

Con este ataque se consiguieron paralizar las acciones de los Benimerines en al-Andalus. Muhammad se proclamó señor de Ceuta. Se había alzado con una posición de absoluta preponderancia en el Estrecho. Un sueño que tuvieron su abuelo y su padre sin que jamás llegaran a verlo hecho realidad.

La reacción de los Benimerines fue tremenda. No se esperaban un ataque de esas proporciones en su territorio y en modo alguno lo iban a aceptar porque ello equivaldría a consentir una base granadina en su propia casa. El sultán nazarí era una amenaza. Por eso desde el primer momento de la invasión comenzaron los ataques meriníes contra la plaza que se sucedían una y otra vez y que a la postre iban minando la resistencia de la ciudad. Entonces Muhammad, en una nueva pirueta diplomática, propuso la paz al sultán de los Benimerines. Él destituiría al sultán recién nombrado y obtenía de los Benimerines su reconocimiento para que Ceuta continuara en la corona nazarí.

Mientras, se continuaba la construcción de una bellísima ciudad, admiración del

mundo durante muchos siglos.

Resulta que el rey depuesto de Ceuta había guardado un inmenso tesoro que pasó a manos de Muhammad. Y pensó que el hallazgo le venía que ni pintado para hacer Granada aún más bella. Era un hombre de fantasía, de poesía diría yo y mandó edificar algunos edificios bellísimos. Entre otros, nada menos que una mezquita suntuosa que sería durante mucho tiempo la mayor de Granada. Estaba en el lugar que hoy ocupa la iglesia de Santa María de la Alhambra. Tenía tres naves edificadas sobre columnas de mármol blanco con capiteles de plata que sostenían preciosas techumbres. Hacia el oriente sobresalía el lujoso *mihrab*. Toda entera estaba adornada con jaspes verdes. Se labró con filigranas y taraceas de maderas con incrustaciones de marfil y nácar.

A otro lado de la ciudad, en la vieja Alcazaba Gidid, edificó un precioso *hammam*, un gran baño público dotado de todas las comodidades. Sus vestigios permanecen aún hoy en la calle del Agua del Albaycín. Lo costearon los impuestos recaudados a judíos y cristianos además de con el dinero obtenido por el baño.

Otro alto en la historia. ¿Cómo eran los baños árabes? ¿Cómo se bañaban nuestros antepasados nazaríes?

El baño era un elemento esencial para la vida de nuestros musulmanes. Un proverbio árabe dice que las abluciones, los perfumes y la oración constituyen la esencia de la vida. En todas las viviendas lo había y era parte integrante de la casa.

Su disposición era siempre la misma. En un pequeño cuarto escondido había una o varias pilas o pequeños estanques a los que llegaban tuberías de agua fría y caliente. Otra pila más pequeña contenía esencias y perfumes. Al lado estaba la gran caldera de cobre de la que salían una serie de tubos de los que se surtían las pilas y los estanques. Al lado había una sala para los baños de vapor y el masaje. Una serie de corredores llevaba de los baños al jardín para evitar que se pasara bruscamente del aire caliente al frío. Cerca de la entrada estaba el inodoro y el bidet.

El bañista se desnudaba, se ceñía una sábana de lienzo, se ponía sus babuchas de madera y en la cabeza una especie de servilleta de esponja. Enseguida pasaba a la sala de los baños de vapor de agua muy caliente. El suelo, ligeramente inclinado, estaba cubierto de esteras para tumbarse.

Un ratito tumbado para acostumbrarse a la temperatura y enseguida aparecían los esclavos encargados del masaje que daban y daban al bañista todas las frotas del mundo hasta hacerle crujir las articulaciones, las piernas, los brazos, la columna. Luego, con un guante de pelo de camello, le daban nuevos masajes de los pies a la cabeza. A continuación enjabonaban al paisano de arriba abajo, lo agarraban en peso como sí fuera un guiñapo y lo metían en un estanque de agua tibia donde le seguían dando masajes mientras iniciaba un leve ejercicio de natación.

Luego salía del agua a una habitación templada donde se secaba con sábanas

calientes, se ponía su albornoz y se iba a una sala de reposo donde dormía su buena siesta. Y por fin, por unos pasillos cada vez más fríos, se marchaba más a gusto que el mundo.

Junto a la mezquita mandó edificar un maravilloso pórtico árabe al que las generaciones futuras llamarían *El Partal*. Constaba de una galería de cinco arcos edificados sobre pilares que tenían el zócalo alicatado y estaban revestidos de yesería. Tenía unos paños de finísima yesería que se apoyan en pilares. Una nueva maravilla.

Los éxitos en África del rey de Granada no pasaban desapercibidos en Castilla o en Aragón. La importancia estratégica de Ceuta era demasiado grande como para no preocupar a sus adversarios. Esta nueva situación incomodaba a los Benimerines. También a los castellanos y aragoneses.

Las preocupaciones dieron paso a embajadas entre Benimerines, castellanos y aragoneses. Poco a poco se va fraguando una triple alianza contra Granada. Eran reinos dispares, diferentes, pero sentían tener un enemigo común y como la necesidad hace extraños compañeros de cama, Castilla, Aragón y Fez se unen contra los nazaríes.

El rey de Aragón tomó la iniciativa. Se dirigió a Fernando IV proponiéndole un pacto contra Granada que se firma en Alcalá de Henares en diciembre del año 1308. Ese acuerdo era en realidad un proyecto de conquista. Los dos reinos se proponían repartirse Granada. Según lo firmado el día de San Juan de 1309 Aragón atacaría Almería. Castilla atacaría Algeciras y Gibraltar.

En noviembre de 1308 el rey de Aragón ofrece un pacto al meriní mediante el cual Aragón aportaba su fuerza naval para atacar Ceuta. A cambio todas las riquezas de la ciudad y sus privilegios comerciales serían en adelante para los aragoneses.

Era una alianza muy peligrosa para Granada. Y además, para complicar más las cosas al emir granadino, aparecieron las disensiones. La ciudad de Almería estaba gobernada por Zuleiman Aben Rabie, un desgraciado que quiso alzarse con el título de rey y trató de independizarse. Y lo malo es que contaba con el apoyo del rey Jaime II de Aragón. Menos mal que Muhammad andaba rápido y antes de que prosperara la sedición se presentó en Almería y consiguió expulsar del reino al traidor.

Pero enseguida vio llegar a los ejércitos de Castilla y de Aragón.

Ambos reyes, Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragón, habían enviado embajadores al papa para que les concediera bula de cruzada. La concesión de esa bula era muy eficaz para el fin que se proponían. El rey Jaime cercó por tierra y por mar la ciudad de Almería. Los castellanos fueron a poner cerco a la ciudad de Algeciras. Le atacaban desde cada extremo de sus territorios.

Muhammad tomó su caballería y se marchó hacia Algeciras pero se dieron unos temporales de lluvia tremendos que le impedían moverse.

En África andaba el desgraciado Zuleimán Aben Rabie, el que quiso reinar en

Almería. Buscaba vengar afrentas pasadas del rey de Granada, lo que le llevó a organizar una expedición para cercar y conquistar Ceuta que pertenecía a Muhammad.

Por otro lado el rey de Castilla vio que Gibraltar estaba mal defendido y pensó que era una magnífica ocasión para atacar al reino nazarí por ese lado.

Todo se liaba. Todo se complicaba para Muhammad. La situación era muy difícil. Se había enfrentado a todos a la vez y ahora todos le amenazaban. Muhammad sabía que los aragoneses estaban preparando su armada para atacarle y que los castellanos estaban ya hostigando sus fronteras. Todo se torcía. Había calculado mal sus fuerzas o quizá se había enemistado con demasiados poderosos a la vez. En realidad estaba rodeado de enemigos por todas partes. Y lo que es peor, los granadinos eran unos malditos traidores. Mientras que les llevó de victoria en victoria ninguno levantaba la voz. Ahora que se presentaban tiempos difíciles le achacaban incluso sus dificultades en la vista para intentar apartarle del reino. ¡Desgraciados traidores! Le acusaban de tener que pedir ayuda para ver. Eran intrigas de sus malditos detractores. ¿Eran ellos capaces de ver aunque tuvieran sanos sus ojos?

Muhammad no descansaba un momento, ocupándose de controlar la situación. Y mientras en Granada se estaba desarrollando un auténtico motín. Un hermano de Muhammad llamado Nazar, al que apodaban *Albugius*, estaba al lado de los conjurados. El pretexto que aducían los revoltosos era que el rey estaba enfermo de los ojos y necesitaba tanto de terceras personas porque era incapaz de controlar las cosas del reino. En realidad ni siquiera les preocupaba dar una salida a la situación exterior. Era pura envidia y punto.

¿Otro pretexto? Los jeques de la corte envidiaban al primer visir Abu Abdalá, a quien querían quitar de en medio. Quizá si el visir no hubiera sido un hombre tan culto, tan influyente ante el rey, ni siquiera se hubieran planteado actuar contra el monarca. Querían reemplazar al visir y para ello era necesario derrocar al emir.

Abu Abdalá había nacido en Ronda en 1263. Tenía por tanto cuarenta y siete años. Era un hombre portentoso. Su memoria era increíble. Si caía en sus manos un libro lo leía y a continuación lo recitaba de memoria. Era un experto en gramática, en retórica, conocía a la perfección la historia, las matemáticas y la poesía. En las Academias de Granada pronunciaba discursos, dictaba conferencias cultísimas admirando a los asistentes con su sabiduría. Era un magnífico escritor de historia de al-Andalus. Fue autor de cuatro volúmenes en que contaba la historia de España, relataba las gestas de los grandes soldados y la vida de los árabes en esta tierra y sus linajes. Muhammad le mantuvo siempre a su lado. Era un hombre utilísimo para él. Su auténtica mano derecha.

Pues una mañana, cuando amanecía la fiesta de salida del Ramadán, las turbas se pusieron en movimiento. Una multitud salió de la Alcazaba Cadima y se dirigió a la

colina de la Alhambra. Tenían consignas bien estudiadas. Los cabecillas de la sedición les inculcaron un grito que debían proferir una y otra vez hasta quedar roncos. Era como un soniquete repetido mientras bajaban por las cuestas hacia el barrio del Haljeriz.

—*¡Viva Nazar! ¡Viva nuestro rey!*

En realidad los revoltosos no se dirigían hacia el palacio de Muhammad sino a la residencia del visir Abu Abdalá. O quizá iban a los dos sitios. Eran tan astutos, lo habían pensado tan bien que planearon dirigir a las chusmas primero hacia el palacio del visir y luego al del rey Muhammad.

La turba estaba compuesta por gentuza de baja ralea y peor condición. Rompieron las puertas de entrada a la casa del visir y se ensañaron. Iban ciegos de ambición y de ira. Robaron todo. Saquearon todo. Vasijas de oro, joyas antiguas atesoradas por el visir, preciosas piezas de plata repujada y labrada por artesanos antiquísimos, vestidos de seda primorosamente bordados en oro y con adornos de piedras preciosas, infinidad de armas de guerra, caballos, alimentos, enseres hasta que la casa del visir quedó como un solar. Los muebles antiguos o los libros del visir los quemaron en el mismo patio de la casa. ¿Para qué les servían a aquella chusma ambiciosa e inculta?

Cuando se hubo consumado la destrucción las turbas se dirigieron al palacio de Muhammad con el pretexto de buscar al visir que había huido para esconderse no se sabe dónde. Subieron las cuestas y se plantaron ante el palacio del rey. La multitud atropelló a los pocos guardias de palacio que intentaron oponérseles y entraron a las dependencias del palacio.

Muhammad sabía ya de sobra que venían a por él y decidió salirles al encuentro. No era de la clase de hombres que se queda quieto esperando acontecimientos. Se vistió de sus ropas color escarlata, empujó a los cortesanos que intentaron disuadirle y guardándose el miedo que sentía se presentó ante las turbas con el gesto arrogante.

Las multitudes no se intimidaron por estar en presencia del rey. A su lado estaba el visir al que zarandearon de mala manera. Como venían en realidad a robar, repitieron en el palacio la misma tarea que ejecutaran en la casa del visir. Saquearon todo sin que la presencia del rey les infundiera el más mínimo reparo.

Los caudillos de la sedición no perdieron el tiempo. El realidad habían echado por delante a las turbas para que les hicieran el trabajo sucio de desmoronar la resistencia de los partidarios del rey. La multitud estaba saqueando el palacio y al par sirviendo de pantalla a aquella pandilla de traidores. Mientras los conjurados rodearon al rey y le conminaron a la abdicación en nombre del pueblo. No tenía más opción que abdicar allí mismo a favor de su hermano o morir degollado al instante.

Muhammad bajó los ojos con un tremendo sentimiento de decepción. Su hermano

era un muchacho de apenas veintiún años y se había prestado a aquella traición. Seguramente en la vida lo pagaría muy caro. Pero él ¿qué podía hacer? No le quedaba más opción que abdicar dignamente.

Sus ojos eran débiles pero veía mucho más de cuanto imaginaban aquellos malditos traidores. Veía en ellos la avaricia, el ansia de poder, veía la traición. Seguramente había cometido errores en el gobierno de Granada. Quizá fue demasiado ambicioso o probablemente se sintió fuerte y abrió demasiados frentes a la vez. Menospreció a sus enemigos. Uno a uno no eran nada pero cometió el error de provocar que se unieran contra él. Ya aquello no tenía remedio.

Levantó orgulloso la cabeza y mandó llamar a los alfaquíes para que dieran testimonio de su abdicación a favor de su hermano. Se sentía sólo y rodeado de enemigos. No podía hacer otra cosa. Era casi de noche. Se revistió de toda la solemnidad que hubiera requerido una abdicación voluntaria y renunció al reino a favor de su hermano. Era el 14 de marzo de 1309.

Su hermano no quiso verle. Era un traidor y sentía que había actuado mal, muy mal con el rey legítimo de Granada. Prefirió esconderse en el Generalife. La primera orden del nuevo rey fue la de enviar a su hermano al castillo de Almuñécar. La bellísima *Sexi* romana se iba a convertir para Muhammad en un retiro o quizá en un destierro.

Sus ojos cansados despidieron Granada, la Sierra cargada con nieves de primavera, despidieron los palacios recientes, los ríos, la Vega verde que estallaba de flores de infinitos colores. ¿Volvería? El rey mascullaba rencor mientras se acercaba al mar. Pero recuperaría la serenidad contemplando las olas y sintiendo las caricias de una tierra tan bella.

CAPÍTULO X

NAZAR, CUARTO REY NAZARÍ.

Corría el año 1309 cuando salió desterrado el rey camino de Almuñécar. El mismo día se organizó la jura del nuevo monarca y su paseo triunfal por las calles de Granada. Los nobles, los mismos que habían arrojado del trono a Muhammad, los mismos que un día le juraran fidelidad y obediencia para después traicionarle, ahora pasaron delante del joven Nazar para prometerle por lo más alto que le serían siempre sus sumisos servidores.

Fue la primera traición de los granadinos para con un rey y no sería la última. Pero ahora había que pasear al monarca por la calle de Elvira, por el barrio del Haljeriz, por la Sabika, gritando vivas y profiriendo gritos de alabanza y sumisión. Fue un día de fiesta.

Aquél día fue especial. Los hombres entraron en las mezquitas para rezar. La lectura del Corán les confortaba y les infundía fuerzas para afrontar sus obligaciones. Luego dieron limosnas a los necesitados como manda el libro sagrado y ayunaron desde una hora antes de la salida del lucero de la mañana hasta la caída de la tarde. En las manos de los fieles había una especie de rosarios de huesos de dátiles con los que recitaban suras y aleyas.

Porque todo buen musulmán debe rezar cada mañana dos horas antes de la salida del sol, cuando todavía está en el oscuro cielo el lucero de la mañana. En total cinco veces: al alba o *acobhi*, al mediodía o *addohar*, a la tarde o *alaçar*, a la puesta de sol o *almagrib* y por la noche, llamada también esta plegaria el *alatema*. Para anunciar cada una de estas oraciones los almuédanos o sacristanes suben a lo alto de los alminares y dan vueltas gritando que *Dios es grande y omnipotente y Mahoma su mensajero y precursor*. Su voz es una mezcla de gemido y canto que sale de sus gargantas devoto, insinuante y lastimero.

Antes de entrar a las mezquitas los buenos musulmanes se han de lavar los pies, las manos, los ojos, el ano y los testículos. Luego entran y permanecen de pie, todos descalzos y en perfecto orden. A una indicación del sacerdote o alfaquí inclinan la cabeza, se dan golpes de pecho y se postran en tierra orando con sus bocas y con la liturgia de sus cuerpos inclinados y sumisos ante el Creador.

Ese día, después de las oraciones preceptivas, salieron gritando por las bellísimas calles de la ciudad para proclamar sumisión al nuevo rey y manifestar la alegría que les embargaba. Pero la fiesta habría de ser breve porque los enemigos acechaban. Durante las celebraciones se respiraba un ambiente de inquietud y desasosiego. Corrían tiempos malos para Granada. La ambición de Muhammad había confabulado a todos contra el reino. Nunca antes había estado tan amenazado como ahora. La

situación a la que debía enfrentarse el nuevo rey era en verdad muy difícil. Jamás el emirato granadino se encontró con todos en contra suya, musulmanes y cristianos. Le amenazaban por todas partes. Sus enemigos eran los cristianos de la península y sus hermanos los musulmanes africanos.

El día 6 de julio de 1309 firmaron los cristianos un acuerdo para repartirse Ceuta.

Al emir no le pasó por alto que una coalición de ese calibre era muy peligrosa. Al darse cuenta de lo que se cocía a su alrededor quiso pasar a la acción. Durante las primeras semanas de su reinado envió embajadores a Fez para intentar una reconciliación con los Benimerines. Era fundamental conseguir cerrar al menos ese flanco. Pero se encontró con las puertas cerradas. Les había hecho demasiado daño la invasión de Ceuta.

La alianza de cristianos y africanos contra granadinos daba su fruto y los soldados de las grandes cruces en el pecho lucharon al pie de las murallas de Ceuta junto a los de la media luna. Ceuta fue de nuevo conquistada por los africanos en el mismo año de 1309. Las galeras aragonesas atacaron por mar mientras que desde dentro los rebeldes entregaron la plaza al sultán Abu Rabi. Había sido parte del reino de Granada durante casi tres años y ya no lo sería nunca más.

Los cristianos estaban embalados y no los paraba nadie. Castilla comenzó el sitio de Algeciras el 31 de julio de 1309. Pocas semanas después, en el mes de septiembre de ese año, el rey de Castilla, con la ayuda de la flota de Jaime II, se apoderó de Gibraltar. Sin embargo no todo era victoria para ellos. Pocos días después los granadinos atacaron al ejército castellano en Estepona venciéndoles y matando a tres mil cristianos, entre ellos Guzmán el Bueno.

El peligro para el reino era cada vez más apremiante. Había perdido Ceuta, Gibraltar y la amenaza se cernía implacable sobre Algeciras y Almería. Estaba en una encrucijada de muy complicada solución. La innata capacidad de maniobra de los reyes nazaríes vino en su ayuda. Nazar iba a ejecutar una jugada maestra, propia de un habilísimo estratega. Era preferible renunciar a una parte pequeña de sus dominios, entregándola a sus correligionarios de África. Mejor eso que perder ante los cristianos enclaves y plazas tan fundamentales como Algeciras o Almería. De los Benimerines podría recuperar esas plazas con dinero o con negociación. Si las tomaban los cristianos nunca más volverían a sus dominios.

Nazar no tenía más remedio que negociar con los Benimerines a ver si le dejaban libertad en la Garbía para atender la guerra en la zona de la Axarquía e intentar defender Almería.

Pero los cristianos eran muy altaneros. Lo que se dice unos desgraciados. Si ellos te pedían negociar la paz porque les interesaba, eran mansos, humildes y parecían corderos. Sin embargo, si tú eras el que les pedías negociar se volvían intratables, te hablaban con una soberbia tremenda y te hacían pensar que eras un humilde esclavo

que viene mendigando un trozo de pan. ¡Ya ves! Como si fuera fácil conquistar el reino de Granada. ¡No se lo creían ni ellos! ¿Quién se iba a atrever a adentrarse en un terreno tan montañoso, donde tras cada barranco encontrarían feroces defensores de sus tierras? Un pacto les interesaba a ellos por más que hubieran pensado que atacando desde ambos lados acabarían con el reino.

Un venturoso día del mes de noviembre de 1309 Nazar consiguió cerrar un acuerdo con el sultán de Fez. Le cedía dos plazas importantísimas, Algeciras y Ronda y además le entregaba a su hermana como esposa. Ambas cosas colmaban los deseos del africano al menos por el momento y le dejaban ese flanco cerrado.

Castilla entretanto estaba pasando un mal momento. Había muerto Guzmán *el Bueno* y a Fernando IV se le complicaban las cosas. Entre sus nobles y sus infantes, Don Juan Manuel, Don Juan, etc., estalló el descontento por el trato que recibían del monarca y le abandonaron. Y el invierno se presentaba duro. Por todo ello concertó un tratado de vasallaje con Nazar del que recibía las plazas de Quesada y Bedmar, además de dinero y…, se fue bendito de Dios para Castilla.

Pero no acababan ahí sus amenazas. Tenía a los aragoneses en Almería. Habían organizado un ataque como nunca antes se pudo ver en España. Por eso reunió a sus tropas y se fue a defender Almería, que estaba cercada por Jaime, el tirano de Barcelona.

La situación de Almería era especialmente complicada. El rey de Aragón había salido por tierra con un ejército enorme para conquistar la ciudad. Se había traído hasta a la reina Doña Blanca con todas sus damas, como era costumbre entonces. Así daba a entender a su enemigo que no se iba a volver atrás. Venían también los arzobispos de Zaragoza, de Valencia y otros muchos prelados y monseñores. Esta expedición dio vista a Almería el 15 de agosto de 1309.

Detrás venían el gobernador del reino de Aragón, Don Artal de Luna, seguido de infanzones, ricos hombres, vasallos, soldados de a pie, otros muchos de a caballo que se unieron al rey en las afueras de la ciudad.

Todo estaba perfectamente planificado para que la conquista se llevara a efecto. Contaban también con la escuadra aragonesa mandada por Aymerico de Belhuci, Ramón de Maimón y Bernardo Marquet.

Nazar era un hombre joven, listo, sin una ambición desmedida pero con la suficiente inteligencia como para comprender que la situación del reino era de extrema dificultad. La batalla que le planteaban en Almería era en realidad una batalla por la supervivencia del reino. Los cristianos venían a por todas y con todos los medios de que disponían. Nunca antes se había planteado en la Península una expedición de conquista con tantos medios humanos y materiales. No tenía más opción que hacer frente a sus enemigos con todas sus fuerzas. Había que reclutar la mayor cantidad de soldados posibles e ir a Almería para intentar frenar aquella

avalancha.

La distancia entre Granada y Almería era relativamente corta por lo que pronto llegaron los refuerzos granadinos. Se evitaban los grandes pasos de Sierra Nevada dando un pequeño rodeo por Deifontes, el castillo y la fortaleza de Iznalloz, luego bajando hacia Guadix para seguir por Fiñana hacia Almería. La expedición mandada por Nazar permaneció oculta en las montañas de Almería a la espera de acontecimientos.

Los sitiadores mientras tanto fueron rodeando la plaza con trincheras y fosos para evitar las acometidas de la guarnición. Era lo más prudente si se tenía en cuenta que Almería estaba muy bien defendida por cantidad de soldados valientes que se encerraron dentro cuando conocieron el peligro de una invasión que estaban viendo caminar lentamente hacia la vieja ciudad. Soldados de Guadix, de Fiñana, de los cercanos pueblos de la Alpujarra, espoleados por el afán de defender sus tierras, se metieron en Almería armados hasta los dientes y bien pertrechados para resistir y aún atacar.

En el bando cristiano había más de un insensato. Se las prometían muy felices. Demasiado felices. Los mallorquines, que estaban mandados por el infante Don Fernando, un joven bastante imprudente, instalaron sus tiendas en la playa de oriente sin defenderlas con empalizadas. Se sentían tan fuertes que despreciaban defender con estacas lo que estaban seguros defenderían con su sola presencia.

Pero los moros ni eran tontos ni mancos. Un buen día salieron por un espolón de la muralla unos cuatrocientos jinetes que dieron un rodeo para atacar a los mallorquines en la misma orilla del mar. Por otra parte de la muralla salió un pelotón de ballesteros mandados por un hijo del walí de Guadix. Y casi al mismo tiempo se dejaron caer desde las montañas los granadinos expedicionarios mandados por el propio Nazar.

Los mallorquines se vieron pillados por todas partes. La conmoción en el real de los cristianos fue enorme. Pensaron que estaban perdidos, ellos que vinieron a Almería como a recoger una fruta que se les venía a las manos. Tuvieron que reunir a los nobles, estudiar la situación y tomar alguna determinación.

Se quedaría en los reales el infante Don Fernando mientras que Don Jaime tomaría el mando para atacar a los insolentes moros.

Pero una vez más les tomaron la delantera. Cuando rayaba el alba del día 24 de agosto ya estaban formados en la rambla de Almería los soldados granadinos al mando de Nazar. Estuvieron escondidos en las montañas cercanas de la ciudad y esperaban este momento para atacar a los sitiadores, ellos desde fuera de la ciudad y los almerienses desde dentro. Sus voces, el sonido de sus tambores y el estruendo que hacían con caballos y armas impresionó a los aragoneses. Además les habían tomado la delantera, incluso sicológicamente. Ahora sí que estaba el sitiador sitiado.

Jaime se puso al frente de sus hombres, decidido a arrostrar personalmente el riesgo de aquel enfrentamiento. Sin embargo dos nobles, Alberto de Medina y Guillén de Aglensola, agarraron las bridas del caballo del rey y le pidieron que no se expusiera a un peligro tan evidente. Le aseguraron que los caballeros y nobles harían bien su deber y acaudillarían sus ejércitos con suficiencia y eficacia.

El rey no se hizo de rogar y se volvió a su tienda, dejando el trabajo duro a sus hombres. En la Rambla de Almería se entabló una batalla formidable. En un primer momento los aragoneses pelearon muy bien haciendo retroceder a los moros. La guarnición de Almería encontró un hueco en las defensas aragonesas y consiguieron entrar en la tienda de Juan de Urrea, apropiándose de una rica vajilla de plata.

Don Fernando, viendo el portillo que se abría en sus defensas, acudió a socorrer a los que estaban en apuros, justo cuando el hijo del walí de Guadix, que debía ser de armas tomar, se había vestido de gala y mientras agitaba una enorme lanza, gritaba cuanto podía para atemorizar a los aragoneses.

El hijo del walí de Guadix, como veis iba de chulo por el mundo. Y si el infante Don Fernando se hubiera dado así como una media vuelta, pues hubiera quedado de todo menos de guapo. Corría, no lo olvidemos, el año 1309 y las cruzadas ardían en la otra orilla del Mediterráneo. Los cristianos habían perdido muchas batallas, recientemente los turcos les habían arrebatado Tolemaida y muy poco tiempo después los caballeros de San Juan de Jerusalén van a conquistar Rodas. Y los mallorquines que estaban intentando la conquista de Almería eran aliados de medio pelo de los cruzados del otro lado. Seguramente las galeras que asediaban Almería conocían muy bien de batallas en las costas de la Magna Grecia, ahora reconquistadas por los seguidores de Mahoma. ¿Qué opción le dejaba el hijo del walí de Guadix al infante Don Fernando? Solamente una: matar o morir. Y eso hizo, con suerte para él y desgracia del vanidoso musulmán, al que se le fueron las fuerzas por la boca. El cristiano, como era preceptivo, diría aquello de *Santiago y cierra España*, apartó a sus soldados que le querían como ayudar, mató a seis moros que se le pusieron en el camino, apoyó la lanza en el ristre y ensartó de mala manera al hijo del walí de Guadix, que por supuesto se fue al paraíso con las huríes. Aquí dejó Almería, por cierto, otro paraíso.

Este contratiempo hizo que se metieran dentro de las murallas los que habían salido a atacar a los que les cercaban.

Nazar estaba entretanto contemplando desde las alturas estas batallas desiguales entre sitiadores y sitiados. Examinó la situación y pensó que la victoria podía estar a su alcance si conseguía disponer de los medios necesarios. Y el campo era suyo. Vencería a los aragoneses con la ayuda de sus gentes y del territorio.

Desde el campamento de Nazar partieron correos con órdenes del rey. Era urgente alistar a la mayor cantidad de hombres posibles. Debían acudir con urgencia a

Almería armados hasta los dientes y equipados para una lucha que probablemente sería cruenta y larga.

Los habitantes de las tahás cercanas respondieron inmediatamente a la llamada de Nazar. Los lugareños de Ohanes, Laujar, Canjáyar, Darrícal, Dalías, muchos de ellos eran fanáticos musulmanes, seguidores del espiritualismo sufí que les inculcó el famoso Santón de Ohanes. Todos acudieron como un solo hombre. También vinieron de Guadix, de Baza, de Fiñana, de Ugíjar y de otros recónditos pueblos de la agreste Alpujarra. El campamento de Nazar iba aumentando en número y la moral de los granadinos se elevaba por momentos. Cuando el rey consideró que tenía fuerzas suficientes pasó a la acción.

Al amanecer del 15 de octubre de 1309, apenas al rayar el alba, salió Nazar de su campamento. Pasó por la vega, luego llegó a la rambla al frente de tres mil jinetes. Cuando llegaron al punto prefijado dio una señal y desde las sierras que circundan la ciudad se dejaron caer hacia la rambla numerosas compañías de infantes. Eran no menos de cuarenta mil soldados de a pie más los tres mil de a caballo.

El rey de Aragón fue sorprendido por su enemigo. Planeaba sus respuestas, es verdad, pero la iniciativa siempre fue del granadino. Él en persona salió a enfrentarse a la caballería granadina. Por otro lado salió una división de infantería cristiana para enfrentarse a la infantería mora. En un principio los moros de a pie retrocedieron a las montañas mientras que la caballería granadina adquiría ventaja sobre los aragoneses.

Estaba luchando la caballería de ambos bandos cuando apareció por la rambla una expedición de aragoneses. Traían pertrechos y víveres para el ejército. Venían mandados por Pedro Martínez de Luna y Gimen Pérez de Arenas.

Los escuadrones granadinos estaban escondidos en los barrancos cuando vieron pasar ante ellos una expedición que venía bien custodiada pero en modo alguno preparada para una batalla formal. Los granadinos hicieron una verdadera carnicería. Los rodearon y los destrozaron. Murieron muchos nobles aragoneses, hombres importantes de Valencia y los representantes del concejo de Zaragoza. Un desastre ante los ojos del rey de Aragón sin que pudiera hacer absolutamente nada por defenderlos.

Nazar no hubiera nunca imaginado que las cosas le iban a ir de esa manera. Estaba exultante. Sentía que podía vencer a los temibles cristianos y eso con un ejército de alpujarreños además de su caballería que esa sí que era de primera fila. ¡Alá le había ayudado! Pero lo prudente era seguir, continuar, luchar hasta la extenuación para expulsar de sus tierras a los asquerosos y presumidos cristianos.

Se repusieron las fuerzas, se reorganizaron los hombres, se distribuyeron las funciones y el día 18, al amanecer, volvieron a la carga.

Los aragoneses se batían en retirada. Por una vez se organizaron pero esta vez para no sufrir una durísima y humillante derrota. Y aún así les costó un esfuerzo

tremendo. Las pérdidas fueron cuantiosas y tenían la moral por los suelos. Luchaban en tierra ajena sin la más leve probabilidad de conseguir algo positivo. Don Jaime II, ayudado por hombres que habían luchado en las cruzadas al otro lado del Mediterráneo, se había enfrentado a un rey de Granada joven inexperto, casi desconocido y estaba en retirada.

Los esfuerzos del aragonés tenían como único objetivo salir de allí con alguna dignidad. Se reunió con un moro principal, negoció con él la liberación de los cautivos cristianos y salió para Murcia y Alicante con más pena que gloria. Cayó derrotado, humillado por un rey moro joven, inexperto, desconocido pero con más ganas que él de conseguir su objetivo de mantener el reino de Granada.

Comenzaba por fin el reino a disfrutar de la brisa de la tranquilidad exterior. Hubiera sido impensable imaginar siquiera que Nazar se desembarazara de unos enemigos tan fuertes, tan diversos y tan unidos. Y volvió a Granada muy feliz.

¿Qué podría hacer el joven Nazar para embellecer su palacio de la Alhambra? Algún astrólogo o adivino le dio una idea. Otros sultanes harían un espléndido patio en el que situarían una vieja fuente con leones que echaban agua por sus bocas mientras miraban la cara absorta de los visitantes que contemplaran el patio, las columnas, los techos, las maravillas únicas en el mundo. En una esquina de ese patio edificarían un precioso mirador al que más adelante llamarían *de Lindaraja*, que quiere decir *Mirador de los ojos de la Sultana*. Pues cuando alguna bella sultana se asomara al grandioso mirador, enfrente tendría una preciosa torre edificada por nuestro Nazar y que todos llamarían en adelante la *Torre de Abû-l-Yuyûs Nasr*. Pequeña pero preciosa contribución a la belleza de su Alhambra.

Sin embargo apenas habían empezado a respirar la brisa de la tranquilidad apareció la estrella de la guerra civil, se desencadenó el viento de la discordia y el visir del gobierno sembró el desorden en las conciencias de la gente y expuso a los súbditos a preferir a los cristianos y recurrir al enemigo.

Mala cosa. Nazar tuvo un visir verdaderamente desestabilizador llamado Muhammad al-Hâyy. Sus intrigas eran continuas. Eso en tiempos de guerra era pasable pero en la paz se hizo insufrible para los granadinos.

Por otra parte existía en Málaga un gobernador llamado Abu Faray, que era cuñado de Nazar. Veamos la línea sucesoria de los reyes nazaríes para entender lo que sigue:

El padre del primer rey nazarí, de Muhammad Aben Alhamar, se llamaba Yusuf y tuvo dos hijos, uno el propio Alhamar, que cedió el trono a su hijo, este a su nieto y Muhammad III lo entrega muy a su pesar a su hermano Nazar. Pues el otro hijo de Yusuf, llamado Ismail, tuvo un hijo que es este Abu Faray, gobernador de Málaga.

Entre las intrigas palaciegas del visir y la ambición de la otra línea de sucesión al trono representada por Abu Faray y su hijo se va a organizar la marimorena.

Decíamos que apenas hubo tranquilidad exterior aparecieron las disensiones. Abu Walid Ismail se encargó de mover los ánimos contra Nazar. El rey conoció enseguida las maquinaciones de su primo y le mandó prender pero el joven huyó antes de que le pusieran las manos encima. Nazar escribió al padre pidiéndole que reprendiera a su hijo pero no consiguió más que avivar las ambiciones del gobernador de Málaga que ya se veía padre de un rey.

El disgusto que se llevó Nazar fue tremendo. Nunca hubiera pensado que después de haber alejado del reino unos peligros exteriores tan grandes sus parientes le iban a pagar de esa manera. Estallaba de ira. Su palacio en la Alhambra se le quedaba pequeño. Caminaba arriba y abajo, gritaba, agitaba las manos, lloraba, vociferaba maldiciendo a los desagradecidos granadinos. Debió darle algo así como un ataque y quedó como muerto.

Sus médicos se le acercaron, le miraron la lengua, le tomaron el pulso y pensaron que allí habían acabado los días del pobre Nazar.

Un rumor se extendió por la Alhambra y corrió por las cuestas hasta llegar a las intricadas callejuelas de la Alcaicería:

—¡*El rey Nazar ha muerto!*

El rumor se extendía como un reguero de pólvora y llegaba hasta las alquerías y las tahás del reino:

—¡*El rey Nazar ha muerto!*

Granada era un hervidero de rumores. Unos eran partidarios de Nazar, otros soñaban con Abu Walid Ismail y otros recordaban a su hermano mayor desterrado en Almuñécar.

Los partidarios del anterior rey Muhammad no perdieron el tiempo, corrieron hasta Almuñécar, se prepararon una litera y trajeron al rey para que tomara posesión de la corona perdida.

A Muhammad estos ambiciosos emisarios le debieron dar un buen sobresalto. Ya estaba resignado a acabar sus días plácidamente en la bella ciudad de Almuñécar. Disfrutaba allí de un clima único. Los campos que rodeaban el viejo castillo estallaban de frutas tropicales y de flores exóticas. Sus aguas eran templadas y limpísimas y le suministraban peces de carne exquisita. Y disfrutaba de paz, de la tranquilidad de un merecido y jubiloso descanso. ¿Qué más podía querer un antiguo rey desengañado de casi todo y bastante feliz con lo que ahora poseía?

¡Qué dulce y grandioso espectáculo era ver la cosecha de cañas de azúcar! Cuando estaban aún en el campo las agarraba con sus manos y masticaba su

dulcísimo jugo. Luego las veía recoger, acarrear, cocer hasta destilar una masa gelatinosa que se echaba en moldes hasta formar con ella auténticas pirámides. De esas masas que producían un verdadero placer con sólo olerlas, tomaban lo más delicado hasta elaborar el azúcar blanquísimo. ¡Qué feliz estaba en el paraíso de Almuñécar!

Pero el ansia de poder, los deseos de revancha acompañan al hombre hasta sus últimos momentos. En sus ratos de soledad añoraba recuperar lo que le arrebató su hermano. Cuando se presentaron sus partidarios con la litera dispuesta para llevarle de vuelta a Granada y le anunciaron que su hermano había muerto no lo dudó un momento. Sus ojos dejaron de mirar al paisaje único de la vieja Sexi romana, dio las espaldas al antiguo castillo, montó en la litera y sin reparar en lo adecuado de su decisión emprendió el tortuoso camino que le conduciría de vuelta a Granada.

Pensaba y pensaba pero nada detuvo sus pasos. Al pasar por el viejo castillo de Jete repasaba sus deseos de revancha, ajustaba como un programa de acción. Durante los primeros meses seria magnánimo pero dejando a cada cual en su lugar. Daría puestos de responsabilidad a los que le fueron leales y alejaría a los que se le opusieron.

Subía las empinadas cuestas y anhelaba ver de nuevo las montañas de Solayr siempre cubiertas de nieve. Ansiaba recuperar sus viejos palacios de la Alhambra. Se sentía como un niño al que arrebataron su bien más preciado y estaba a punto de recuperarlo.

Por fin se acercaba a las murallas de Granada. Seguramente que los granadinos le estarían esperando para darle un recibimiento triunfal por las viejas calles y le llevarían entre aclamaciones por la empinada cuesta que conduce a los palacios que tanto contribuyó a engrandecer.

Sus partidarios no llamaron siquiera a las puertas, que se abrieron sigilosas, desde luego sin ninguna señal de alegría ni gritos de bienvenida. Un noble transmitió a los acompañantes de Muhammad una noticia que les heló la sangre:

—*¡Nazar vive!*

Nunca estuvo muerto. Algún extraño síncope le había hecho parecer muerto cuando en realidad solamente había perdido el conocimiento.

Los acompañantes transmitieron la noticia a Muhammad que despertó de su sueño de grandeza y de venganza. Una mueca de contrariedad se dibujó apenas en su rostro. Inmediatamente recondujo la situación y anunció a su hermano que había venido desde Almuñécar para interesarse por su salud.

Nazar ni era un memo ni carecía de informadores. El mismo mensajero que le trajo la noticia de que su hermano estaba en Granada y que deseaba visitarle para

interesarse por su salud, el mismo digo, le puso al cabo de la calle de las verdaderas intenciones de Muhammad, de su certeza de que había muerto y de sus deseos de recuperar el trono que antes fuera suyo.

Nazar prefirió actuar con disimulo. Le mandó decir que le agradecía el interés por su salud pero que era mejor que se fuera de vuelta a Almuñécar. Hubo más de un cortesano que le insinuó claramente la conveniencia de encerrar en alguna mazmorra al antiguo rey. Sin embargo Nazar había aprendido y sufrido los inconvenientes de tener muchos frentes abiertos a la vez. ¡No! Nada de venganzas en caliente. Mejor que su hermano se volviera a contemplar el mar, las frutas tropicales, las cosechas de cañas de azúcar desde el viejo castillo de Almuñécar. Ya le llegaría su hora.

Porque entretanto los castellanos habían vuelto a las andadas. El infante Don Pedro había cercado Alcaudete, ciudad recuperada para los musulmanes por Muhammad.

Don Fernando no estaba por perderse esa expedición en la que su hermano aparecería como único beneficiario. Organizó un buen ejército, pasó por Jaén, luego Martos donde mandó despeñar por el tajo a unos cuantos castellanos con los que tenía cuentas pendientes. Cumplida así su justicia continuó camino de Alcaudete pero se puso enfermo, tanto que le trajeron para Jaén y acabó sus días *el Emplazado*.

A todo esto el pobre Muhammad, el inquieto, el soñador, murió en Almuñécar. Unos, los más benévolos, decían que fue de muerte natural. Otros, los peor pensados y mejor informados, aseguraban que algún servidor de su retiro le había ahogado en una pileta por orden de su hermano. Estos no se andaban con chiquitas. Si alguien era desleal o traidor, fuera hermano o primo o lo que fuera, terminaba su existencia en alguna pileta, acoquinado por el pinchauvas de turno que pagado por el enemigo cumplía una ejecución sumaria en el nombre de lo más alto.

Cae asesinado un rey de Granada. Le matan los suyos. Son luchas fratricidas que se volverán a repetir durante la dinastía y que harán un daño enorme al propio reino.

Nazar ahora, tras la muerte de su hermano, como que recuperó la legitimidad. En su interior se había sentido siempre usurpador del trono. Ahora respiraba tranquilo y levantaba cabeza, fuera cual fuera la opinión de sus súbditos acerca del fin que tuvo Muhammad. Por fin se pudo poner a estudiar como era su deseo. Por vez primera en su reinado sentía cierta paz y volvía sus ojos a los estudios que tanto añoraba.

Nazar era un hombre aficionado a estudiar, especialmente sobre matemáticas y astronomía. A su lado tenía a un maestro sabio llamado Abdala Abu-Arracan, especialista en inventar maquinarias y artilugios increíbles. Juntos inventaron algunos instrumentos matemáticos y un maravilloso reloj muy práctico para medir el tiempo en las noches interminables de estudio en la Alhambra.

Algunos piensan que nuestros musulmanes eran bastante incultos. Pues no es así. Llevaría muchas páginas contar cómo era la ciencia en al-Andalus, qué

conocimientos tenían de astronomía, de geometría, de física, de química, de letras, de medicina.

Ellos hicieron los primeros observatorios astronómicos del mundo. El de Sevilla fue el mejor. Ellos fabricaron astrolabios e instrumentos nomométricos. Midieron la excentricidad de la órbita solar y el movimiento del apogeo del sol. Fueron expertos en trigonometría introduciendo las tangentes en sus cálculos; en geometría, como se demuestra por los cálculos de construcción de la Alhambra. Suyos son los signos que usamos para escribir los números.

En la Madraza de Granada había un observatorio para estudiar el cielo, conocieron las manchas del sol, la luna y sus irregularidades, fijaron en tablas el movimiento de los astros y cuando en Europa pensaban que la tierra era plana decían que la tierra tenía forma de pecho de mujer.

Manejaron la química, los ácidos nítrico y sulfúrico, el mercurio, el hierro. La óptica con las leyes de los espejos, las soluciones geométricas para hallar la reflexión de una lente. Conocían la brújula cuando no las usaban los europeos. Por tanto, de incultos y bárbaros, nada. Eran mucho más cultos que sus vecinos los cristianos.

Sigamos hablando de este rey. En cuanto al manejo de las fronteras exteriores era un maestro consumado. Se cuidaba de mantener las distancias con el infante de Castilla y de tener a raya a sus visires, cosa que no conseguía del todo vista la maldad de uno de ellos, tan ambicioso que le causaría males sin cuento.

Porque tuvo un visir que fue un hombre nefasto. Se llamaba Muhammad ben Ali el Hagi y era lo que se dice una joya. Astuto, ambicioso, no dejaba nada al albur y se metía en todo, especialmente en controlar a todo lo que se moviera alrededor del rey.

Su extrema ambición y su manejo de lo que rodeaba al monarca enojaba bastante a los nobles de Granada. A todos los apartaba del palacio. Si alguien se acercaba al rey le separaba inmediatamente. En realidad se convirtió en la única persona con la que se comunicaba.

En Granada poco a poco se fue constituyendo el bando de los perjudicados por el Hagi. Y estos bandos se organizaban con el objetivo de acabar de una vez con el liante, méteme en todo, muñidor visir. Lo tenían claro. Deseaban acabar con el visir y si el rey se metía por medio acabarían también con él.

Y encima tenían a mano a un pretendiente ambicioso que era el walí de Málaga, primo de Nazar, y su hijo Abu Walid que aspiraba, ni más ni menos que a conseguir el trono de Granada derrocando a Nazar. En realidad se había apoderado de todos los resortes del poder en las tierras bajo su jurisdicción.

Los descontentos con el visir se pusieron manos a la obra y escribieron a Málaga, que era lo que estaba esperando el walí. Si encontraba apoyos en Granada uniría sus aspiraciones a esos descontentos para organizar el motín. Las fuerzas de Málaga se combinarían con la acción preparada de los descontentos de allá. Ahora sí que esto

tenía pinta de poder salir adelante, sobre todo si se cuidaban la estrategia y las formas.

Tiempo después salió de Málaga una expedición de hombres de toda la confianza del walí con dinero en abundancia y con instrucciones para que la acción que se iba a montar estuviera perfectamente coordinada. Entraron en Granada, contactaron con los descontentos, buscaron esos alborotadores profesionales que abundan en todas partes y montaron un motín de medio pelo pidiendo al rey la cabeza del visir el Hagi. Digo de medio pelo porque a estas alturas no querían que Nazar arreglara las cosas en palacio sino que se arreglaran de raíz, sustituyéndole.

El pueblo secundó la protesta y se organizó un regular alboroto. Por las calles de Granada gritaban pidiendo al rey que acabara con el Hagi.

Nazar estaba con sus estudios de matemáticas y con maquinarias laberínticas cuando le anunciaron que había follón por las calles. Dejó de mala gana sus estudios, salió de sus aposentos y mandó decir al populacho que no se preocuparan que del visir se encargaría él para que no volviera a molestar a los granadinos. Se volvió luego a sus nobles e impartió órdenes de apartar al visir. Dicho esto y apaciguado momentáneamente el populacho volvió a sus estudios al lado de su maestro Arracán.

Pero, claro, como no había cortado el motín de raíz, quiero decir que como no había cortado la cabeza de el Hagi, ni este dejó de liar ni la facción de los descontentos se apaciguó. Al revés. Se fueron a Málaga unos y otros para animar al walí y a su hijo a que vinieran a tomar medidas más expeditivas contra el Hagi y contra su protector, que era el rey. Las cosas estaban bastante bien dispuestas para que el motín tuviera éxito. El rey estaba en lo suyo y la gente de Granada descontenta.

Efectivamente. El walí reunió toda la gente de armas que pudo y salió para Granada con la esperanza puesta en el buen fin de su intento.

Conforme iba pasando por los castillos y fortalezas del camino animaba a los que encontraba, les ofrecía títulos, recompensas y los unía a su ejército para atacar Granada y derrocar a Nazar. Y si algún pueblo o fortaleza se les oponía, como Loja, la conquistaban y punto. Así se presentó ante las murallas de la ciudad con un ejército muy importante. Sus banderas decían bien a las claras que pretendía derrocar al rey y entronizar a su primo Ismail.

Las gentes de Granada estaban hasta el gorro de Nazar y de su visir así que el mismo día que Abu Walid estableció el campamento en las afueras de la ciudad comenzó a salir una hilera cada vez menos disimulada de gentes, unos armados y otros no, para unirse a los sediciosos. Y en la ciudad crecía y crecía el alboroto porque el dinero de los cabecillas había entrado en Granada y se derramaba por lugares estratégicos animando a los indecisos para armar una lo más gorda posible.

Las gumias y los alfanjes comenzaron a aparecer y los bandos se fueron

estratégicamente situando para dirimir las batallas donde era razonable hacerlo que para el caso era en las calles, convertidas en campo de batalla. Pocas horas después, ya todo el mundo convenientemente armado, se dio el siguiente paso que era comenzar a robar y matar a discreción. Así pasó el primer día y parte de la noche. Al amanecer siguiente alguien abrió una de las puertas que dan al Albaycín, por donde entraron en tropel los partidarios del malagueño sin ninguna oposición interior. Y en unas horas todo el Albaycín, los antiguos palacios ziríes, las fortalezas de la Alcazaba Gidid y sus alrededores estaban por derrocar a Nazar.

El rey, acompañado de su familia y con los fardeles cargados de tesoros, se retiró a la Alhambra pero los partidarios de Abu Walid le siguieron hasta cercarle. Se vio en el interior de su palacio, con muy poco apoyo del pueblo y con ninguna posibilidad de recurrir a ayuda exterior. Por momentos le pasaba por la cabeza pedir ayuda a su amigo el príncipe Pedro que estaba en Córdoba pero bien visto, aunque el castellano quisiera enviarla, poco iba a conseguir.

El walí de Málaga estrechó el cerco a los de la Alhambra hasta ahogarlos casi por completo. Ismail, ya pretendiente descarado a suceder a Nazar, se dedicó desde la Alcazaba Gidid a expedir documentos, proclamar el perdón a los amenazados por su primo, atrayéndose a los descontentos de Granada. Nazar por su parte se veía en la Alhambra sin salida posible, sin fuerzas que les apoyaran y sin otra opción que negociar una entrega de la corona lo más honrosa posible.

Los sitiadores estaban dispuestos a conceder a Nazar buenas condiciones con tal de que abandonara Granada. ¡Eran parientes cercanos al fin y al cabo! Nazar no veía otro camino si quería salir con vida de esta. Tío y sobrino se reunieron y trataron del asunto. Nazar abandonaría Granada y marcharía a Guadix. Sería el dueño de la ciudad y su comarca. Por supuesto que el sobrino otorgaba el perdón a Nazar y a todos los seguidores que estuvieron de su parte.

Nazar emprendió el camino del exilio. Iba a Guadix con dinero, con seguridad pero Guadix no era Granada. Marchaba lleno de amargura. ¿Dónde estaban todas las promesas de fidelidad? ¿Dónde las pompas y vanidades que otorga el reino? Mientras caminaba hacia Deifontes, Iznalloz, Diezma recordaba su propia ingratitud, su traición. Él había destronado a su hermano. Le había hecho marchar a un exilio dorado en Almuñécar y ahora probaba de la misma medicina. Salía desterrado.

Nazar se instaló en Guadix. En el fondo nunca fue un hombre ambicioso pero esto no lo iba a consentir así como así. Ahora tendría tiempo para leer, estudiar, inventar maquinarias y artilugios increíbles mientras comía los riquísimos melocotones que daban sus tierras, pero como todos los exiliados del mundo soñaba con revanchas. Desde luego, en el camino hacia Guadix, no paraba de dar vueltas a la cabeza acerca de cómo y cuándo conseguir de Castilla los apoyos necesarios para recuperar el trono.

Así terminó el reinado del cuarto rey nazarí de Granada. Viviría siete años más en Guadix, por supuesto intrigando, tratando de recuperar lo que consideraba suyo, odiando y despreciando a su primo, el quinto rey de Granada. La vida de ambos se entremezcla y eso haremos en la narración que sigue a continuación.

CAPÍTULO XI

ABU WALID ISMAIL, QUINTO REY NAZARÍ.

Corría el año 1315 cuando Ismail fue proclamado rey. El pueblo celebró por todo lo alto el acontecimiento. Coronar a un rey era algo importante, festivo, fuera bueno el relevo o no lo fuera, mejorara o no el nuevo rey al derrocado, el caso es que las muchedumbres para estas cosas se las pintan solas y la fiesta fue, como correspondía, de tronío.

Nazar se instaló en Guadix pero no se había resignado a su nueva condición. Lo que le pasó por la cabeza cuando estaba sitiado en la Alhambra era pedir la ayuda del príncipe Pedro de Castilla, su amigo. No lo hizo entonces pero ahora, con la tranquilidad del destierro, con el odio que se acumula por haber sido arrojado del trono, programaría las medidas a tomar para que su primo sufriera del mismo mal.

Dicho y hecho. Apenas se había instalado Ismail en la Alhambra los ejércitos de Pedro iniciaron su merodear por las vegas y los castillos fronterizos del reino nazarí. Los castellanos no es que tuviesen demasiadas intenciones de ayudar al rey depuesto. Tenían los deseos de todos sus antecesores y que eran conquistar Granada.

Los escritores de su época dicen de él que fue un hombre guapo, fuerte, de aspecto noble, activo, generoso, serio, de buen corazón, de fe sincera, poco dado a los devaneos amorosos como tantos otros reyes, alejado de frivolidades y encima abstemio. Fue un observante estricto de la moral musulmana. Vigiló con celo el cumplimiento de las leyes coránicas.

Lo crió su abuelo el sultán Muhammad y soñaba con que fuera su heredero.

Era muy aficionado a la cacería. Disponía de armas excelentes, de muy buenos caballos, de halcones y milanos adiestrados para la cetrería.

Este rey fue un hombre ilustre, sabio, discreto, un verdadero líder de Granada.

> *Administró la justicia a los súbditos; observó un justo medio en el cobro de tributos; se esforzó en rechazar a los enemigos de Alá y a los suyos propios y reparó las brechas de las fronteras. Fue un lucero en medio de su pueblo, una perla en su casa y un hombre excelente en su tiempo.*
>
> (IBN AL-JATIB)

Pero sus enemigos acechaban. Y en Guadix tenía uno dentro de casa. Lo sabía porque él mismo fue instigador y bandera de uno de los dos bandos que se formaron. Al dejar marchar a su primo a Guadix sabía a lo que se exponía.

El rey de Castilla respondió encantado a las demandas de Nazar y preparó una

expedición para ayudarle. Era especial porque en ella depositaba buena parte de las ilusiones de conquista que tenía desde muy niño. Su envío aparentemente era de víveres aunque en realidad era militar. Le mandaba provisiones de toda clase, desde alimentos hasta armas y municiones. El cristiano tenía fija la idea de conquistar el reino de Granada. Esa era una obsesión de todos sus antecesores. Ahora lo estaba disimulando. Su objetivo lo tenía muy claro aunque tuviera que hacer planes intermedios, disimulados. Habían soñado los dos, el castellano y Nazar, con independizar Guadix y su comarca del reino de Granada. Los dos obtendrían sus buenos dividendos. El nazarí castigaba a su primo e intentaba recuperar el trono perdido. El cristiano metía una cuña en Granada y quizá a través de ella consiguiera el sueño de expulsar a los musulmanes de España.

La expedición cristiana que marchaba hacia Guadix era tan grande, tan aparatosa que no podía pasar desapercibida. En todas las atalayas del reino había destacamentos militares con misiones de otear el horizonte, vigilar posibles invasiones e informar de ellas.

Corría el año 1315, unos meses apenas desde la proclamación de Ismail. No habían tenido tiempo para organizarse siquiera y desde *la Chimeneilla*, una torre en la cumbre del Mencal, desde el Torreón de Cardela salieron avisos de peligro para Granada. Venía una enorme caravana desde Úbeda mandada por el infante Don Pedro, al que seguían muchos nobles y caballeros castellanos. Llevaban un contingente de caballería, peones, algunas piezas de artillería y muchos soldados que servían de escolta a más de mil acémilas cargadas hasta arriba de provisiones y armas para los de Guadix.

Ismail comprendió el peligro que le amenazaba y encomendó la expedición de castigo a su mejor caudillo, Osmín, uno de los que le apoyaron para hacerse con el trono. La juventud acudió en masa a defender su reino. Los jóvenes prepararon sus monturas, limpiaron sus armas, salieron por el río Cubillas, subieron fatigosamente la cuesta de las *Encebras* y dieron vista al valle donde se asienta el pueblo de Guadahortuna.

El ejército cristiano estaba acampado en las orillas del río, a la sombra de frutales y álamos. Descansaba gozando del fresco de un lugar privilegiado cuando dieron vista a los musulmanes que venían a su encuentro.

La mañana era calurosa, tanto que infundía en los ejércitos deseos de resguardarse entre las alamedas del enorme calor que se avecinaba. Pero fueron despertados del letargo por órdenes tajantes de empuñar las armas y luchar por sus banderas, sus cruces y sus objetivos de conquista.

Las orillas del río, las vegas y la hondonada se tiñeron pronto de sangre, de sudor y de muerte. Los gritos de ánimo se mezclaban con órdenes, con voces de terror, con miedo. Los ojos de los caballeros de ambos bandos se inyectaron de sangre,

contagiados con el color que tomaban las espadas y las lanzas. Unos caían, otros gritaban, otros hacían levantar orgullosos las patas delanteras de sus caballos, otros morían mientras alababan a su Dios con plegarias sacrílegas y carentes de sentido.

Las horas pasaban trágicas, llenas de muerte, cansinas como todas las horas de los días de verano en Guadahortuna. Las chicharras callaban cuando el estruendo y la muerte se acercaban a ellas pero reanudaban su asqueroso ruido apenas se alejaban los contendientes o para buscar a otro a quien matar o para tomar un poco de aire en aquél día caluroso en que la sangre se mezclaba con el sudor y con las lágrimas.

Cuando se hizo de noche cesaron los combates y se formaron en lugares próximos como campamentos según los bandos, las cruces o el color de los vestidos. Todo el mundo intentó descansar. Se oía el respirar jadeante de los caballos y de los hombres.

Los caudillos miraban a un lado y a otro. Sus ojos estaban extraviados por el cansancio pero les quedaban arrestos para preguntar a sus subordinados por la suerte de tal o cual compañía, de tal o cual destacamento. Y las respuestas en los dos bandos fueron desalentadoras. Habían muerto a las orillas del río Fortuna muchísimos campeones cristianos. Un verdadero destrozo. Bastaba con mirarles para ver que se consideraban los perdedores de la primera batalla del reinado de Ismail.

Los del bando granadino estaban descansando muy cerca y sus pérdidas fueron igualmente tremendas. Habían derramado su sangre al menos mil quinientos caballeros. ¡Una tragedia! También ellos eran los perdedores de una batalla sin sentido.

Los contendientes abandonaron el campo al amanecer. Los cristianos se replegaron en dirección a Cambil. Repondrían fuerzas, reharían sus ejércitos si ello era posible, pero al resguardo de sus castillos de frontera. Los granadinos tomaron la dirección de Píñar, Iznalloz, donde tenían castillos y cuarteles de defensa en la ruta hacia Granada.

Una expedición de tremendo desgaste para ambos bandos. Exhaustos, contrariados por unas pérdidas tan grandes volverían a sus cuarteles mascullando rabia y frustración.

Los cristianos a pesar de todo no se desanimaron y volvieron a la carga con ánimos renovados apenas pasaron los crudos días de invierno y comenzó a insinuarse la primavera del año 1316. El ataque de Guadahortuna les había abierto los ojos. Por allí había un flanco mal defendido. Por tanto era un lugar idóneo para atacar.

El primer ataque se dirigió a Cambil cuando aún no se habían preparado los granadinos para la defensa después del duro invierno. Es este un castillo situado entre Huelma y Jaén. Y fue tan duro que consiguieron conquistar el castillo y talar las tierras cercanas al pueblo. Pasaron luego a Begíjar, Tíscar y Bedmar haciendo todo el daño que podían en las defensas de frontera del reino. De paso atemorizaban al pueblo con quemas de campos y toma de cautivos que llevaban de vuelta a Castilla

como botín y trofeo de sus conquistas.

Ismail dio orden de preparase para repeler el ataque. Granada se sintió agitada una vez más y la orden de movilización se extendió por las callejuelas de los pobres y las almunias de los pudientes. Todos los que podían empuñar las armas se alistaban con la ilusión y el miedo metido en el cuerpo. Debían defender Granada. Ese era su orgullo y al par su temor porque sabían que enfrente tenían un ejército muy poderoso. Granada temblaba de orgullo y de excitación. Los granadinos estaban acostumbrados a esos llamamientos y cada uno sabía qué hacer, qué armas tomar, dónde alistarse y bajo qué capitanes habría de luchar. En unos días estaba preparado un ejército formidable. Probablemente no era muy numeroso pero sus soldados eran valientes, estaban muy bien adiestrados, conocían a la perfección el terreno, dónde esconderse, desde dónde atacar, en qué lugares tender trampas y dónde estaban los castillos y los torreones.

Pocos días después salían por la Puerta de Elvira. Iban orgullosos, marciales, unos a pie y otros montando caballos que mascaban las bridas con rabia dejando caer sus espumas hasta el suelo de piedra. Luego se perdieron en la lejanía camino del río Cubillas, buscando a sus enemigos.

Pero los espías, mercaderes de la información, corrieron más veloces que el ejército musulmán y comunicaron a los cristianos que venían a su encuentro los granadinos en número importante.

Los cristianos se retiraron a sus fronteras evitando así un enfrentamiento que en modo alguno veían claro dada la cantidad y calidad de los soldados granadinos.

El ejército de Ismail se sintió enormemente frustrado. Habría podido derrotar a los cristianos y estos habían huido hacia sus tierras. Volvieron a Granada con orgullo. Su sola presencia había hecho que los cristianos corrieran como perros sarnosos.

Una vez en Granada decidieron aprovechar que el ejército estaba bastante bien equilibrado y entrenado. Ya que no podían librar sus batallas en el frente del norte irían para apoderarse de Gibraltar, la llave del Mediterráneo.

Aún estaban consolidando la conquista de Gibraltar cuando recibieron un correo que les traía malas noticias. El príncipe Don Pedro había entrado por Jaén y amenazaba las mismas vegas de Granada. Había conseguido reunir un magnífico ejército para dar respuesta al de Ismail y había entrado por Jaén, había pasado los puertos hasta acercarse al castillo y fortaleza de Iznalloz.

Don Pedro se dedicó a combatir aquella vieja fortaleza y quemar el arrabal. Luego continuó hasta Píñar donde atacó el viejísimo castillo asentado en un monte. Desde Píñar pasó a Montejícar. Por aquí iba atacando Don Pedro cuando los ejércitos de Ismail pudieron tenerle enfrente. En los arrabales de Montejícar, por una cuesta llamada de *Las Quebradas*, los hombres de Ismail dieron una formidable batalla a los cristianos que les hizo retirarse hacia tierras de Cambil, Jaén y Úbeda, dejando en

manos de los granadinos los botines conquistados en los ataques anteriores.

La campaña de ese año no había terminado. Don Pedro era un hombre valiente y testarudo. No soportaba una retirada definitiva. Por eso volvió a las andadas, invadió nuevamente tierras musulmanas y puso cerco al pueblo y la fortaleza de Bélmez.

Era este un pueblo muy bien fortificado. Sin embargo, tras un asedio corto y eficaz consiguió entrar. Los habitantes del lugar se encerraron en el castillo y allí los atacó con muchas máquinas de guerra y artilugios útiles para pasar los muros más fuertes y las fortalezas mejor defendidas. Los habitantes de Bélmez comprendieron que no tenían posibilidad alguna de salir con vida. Decidieron entregarse al cristiano que salió triunfante dispuesto a continuar sus andanzas por la frontera.

Desde Bélmez se fueron a cercar la fortaleza de Tíscar que es un pueblo situado alrededor de una peña en la que se asienta un antiguo castillo. Por tanto era también una plaza de frontera muy bien defendida por su propia geografía. En esos lugares los reyes de Granada solían colocar a magníficos caudillos que las defendían con verdadera solvencia. En Tíscar había un alcaide llamado Muhammad Handum que organizó convenientemente la defensa. Sin embargo, una noche de esas oscurísimas de Andalucía escalaron los cristianos la Peña Negra que es una altura muy escarpada que domina el castillo y desde allí atacaron a los que la guardaban degollándolos sin misericordia. Al día siguiente los cristianos ocuparon el pueblo y los habitantes se fueron poco a poco refugiando en el castillo. Unos días después comenzaron a notar la carencia de provisiones, lo que les obligó a pedir la rendición a Don Pedro. Los habitantes de Tíscar en número de mil quinientos salieron para un destierro cercano y se fueron a cobijar a Baza.

Esta pérdida causó un hondo pesar al rey de Granada. Ismail era un hombre religioso, inteligente y frío, con lo que pudo consolarse pensando cómo cambian las circunstancias, cómo se pierde y se gana, cómo tras la alegría viene muchas veces la tristeza.

El príncipe Don Pedro no estaba dispuesto a ceder y menos después de su éxito en Tíscar. Mandó llamar a su tío el infante Don Juan, señor de Vizcaya y los dos se dispusieron a dar un asalto importante en el mismo corazón de Granada, pasaron a Alcaudete y desde allí a Alcalá ben Zaide. A continuación se dirigieron a las entradas naturales de Granada, puertos de montañas que dan a la ciudad el aspecto de ser un inmenso jardín rodeado de setos, de tapias y árboles inmensos que evitaran la entrada a los indeseados intrusos. Los cristianos cercaron una de esas fortalezas, la de Íllora ya en la misma Vega de Granada. Quemaron su arrabal y continuaron hacia el Puente de Pinos y en la misma mañana de San Juan dieron vista a Granada.

Los reales de los cristianos estaban situados en las mismas faldas de la Siena de Elvira, entre los lugares de Albolote y Atarfe y ambos bandos se estaban ya viendo las caras.

La expedición de los castellanos era muy numerosa y estaba compuesta por aventureros en cuyos ojos se podía ver la codicia. Se habían alistado con la única pretensión de apropiarse de los fabulosos tesoros que según las leyendas se guardaban en Granada.

Una vez asentado el real a la vista de la ciudad se dedicaron a saquear los pueblos cercanos, a tomar prisioneros de las alquerías y a incendiar las cosechas para infundir más temor si cabe en los granadinos que contemplaban desde las murallas las hazañas de aquellos bárbaros. Algunos de los hombres del infante tuvieron la osadía de llegar saqueando hasta las mismas puertas de de la ciudad, por los cármenes de Aynadamar.

La conmoción en Granada fue enorme. Allí los tenían a la vista de las murallas, con sus armaduras relucientes, con sus grandes cruces rojas en el pecho, montando caballos enormes y amenazando la existencia del reino. Por las callejuelas de la vieja Alcazaba Gidid, por las tiendas del precioso mercado de la Alcaicería se extendió el miedo y la determinación. Allí estaban sus más encarnizados enemigos.

Ismail sintió vibrar en su interior todas las fibras de su ser granadino y musulmán. Tenía a la vista a los que querían destruir Granada. Lo primero que hizo fue observar atentamente los movimientos de sus enemigos, analizar sus efectivos y a continuación llamó a sus caudillos para establecer estrategias.

Los cristianos pensaron que Ismail se escondía o no quería enfrentárseles, lo que les envalentonó más de lo que estaban. Lo que en realidad ocurría era que Ismail había hecho llamar a sus efectivos desde todas partes del reino y no quería salir en descubierta hasta no disponer de todos sus hombres, de haberles armado y de haber repartido tareas y estrategias. Y había preparado en muy poco tiempo un gran ejército. Al frente de él colocó al caudillo Osmín, un hombre experimentado, conocedor de la estrategia y el armamento de los castellanos. Iban cuerpos de ejército de granadinos que se habían preparado y armado para esta batalla con todo el coraje y la determinación de que fueron capaces. Entre ellos pudieron reclutar un formidable contingente de caballería. Además tuvieron suerte. En los confines del reino, cerca de Gibraltar, se encontraba un ejército de soldados excepcionales. Eran descendientes de los viejos beréberes de la tribu zanata. Ismail pudo contar con ellos para esta empresa.

Una mañana, antes de que la aurora anunciase la inminente salida del sol, salió por la puerta de Elvira un ejército grande. Sigilosamente caminaron el corto trecho que les separaba de los cristianos y se presentaron de improviso ante los aguerridos pero desmotivados hombres del príncipe Don Pedro. Cuando estuvieron ambos ejércitos frente a frente Osmín les dirigió una enfervorizada arenga y mandó que los escuadrones zanatas cargaran contra los cristianos.

Si el armamento de los cristianos no era inferior al de los musulmanes, la ilusión por la lucha estaba claramente del lado granadino. Sabían qué hacer, por dónde

atacar, qué contingentes debían envolver a los cristianos, dónde dar los golpes más fuertes a unos enemigos que habían venido con las armas de la codicia y poco más.

Al medio día la batalla estaba decidida. Había muertos en los dos bandos, sangre y cansancio en los dos bandos pero vencían los de Granada. Un rato más de lucha y los hombres mandados por el infante Don Pedro fueron destrozados en las mismas faldas de la Sierra de Elvira. El infante no podía contemplar impasible la matanza de su gente y empuño su espada intentando inclinar la balanza de su lado o al menos conseguir que se reunieran sus efectivos a ver si era posible ordenarles y así dar una carga con posibilidades de éxito. Pero era demasiado tarde. Ni siquiera su caballería le obedecía, menos aún los infantes que huían tratando de esconderse en cuevas o entre la maleza. Don Pedro intentaba atacar, ensartar con su lanza a los moros de Granada pero era imposible. Los fieros zanata estaban acabando con sus hombres, aplastándoles como que fueran cucarachas.

Dicen las crónicas cristianas que Don Pedro cayó fulminado de su caballo, ahogado por el calor de un día de junio de 1319, fatigado por la pelea. Dicen los cronistas cristianos que su tío Don Juan, señor de Vizcaya, cuando conoció que había muerto su sobrino, quedó como entontecido, muriendo horas después de un ataque de apoplejía. ¡Cuentos chinos! Uno y otro, tío y sobrino, dos de los más grandes personajes de España, cayeron ensartados por lanzas y alfanjes granadinos un larguísimo día de junio de 1319 entre Albolote y Atarfe, a las puertas mismas de la Granada que soñaron conquistar.

Los cristianos pudieron rescatar el cadáver de Don Juan y llevarlo para darle cristiana sepultura en Castilla. Pero el cadáver de Don Pedro cayó en manos de los granadinos que lo destriparon, lo rellenaron de estopa y lo colgaron de una de las puertas de la Alhambra. Los ejércitos mercenarios de Don Pedro y de Don Juan siguieron el trágico destino de los vencidos y acabaron, unos colgados como Don Pedro y otros cautivos en las mazmorras de Granada. La victoria de la Sierra de Elvira sería difundida como un hecho memorable por todo el mundo musulmán.

Ismail y los suyos volvieron a Granada reconfortados, orgullosos, más fuertes que nunca. Les habían vencido. A otros les habían hecho huir como conejos y eso les daba moral, fuerza suficiente como para volver a Granada y de nuevo soñar con una ciudad bella como ninguna otra.

Ismail apenas se paró a disfrutar de la gran victoria. Entraba por la Puerta de Elvira entre aclamaciones y ya estaba pensando en Granada. Había que hacerla aún más bella. El mismo día se apoderó del rey la fiebre de sus antecesores y la que tendrían sus sucesores. En cada rincón de Granada harían una belleza única, un vergel, algo que admiraría a las generaciones sucesivas. Durante el reinado de los nazaritas cada una de las victorias era como un impulso tremendo para embellecer la ciudad.

Ismail subió a la Alhambra, echó una ojeada a su alrededor y al oeste del Partal encontró un lugar ideal para construir su palacio. Sería donde más adelante sus sucesores construyeran el actual Palacio de Comares. Edificó una torre y una qubba o pabellón con una sala o linterna central a la que se accedía por cuatro arcos de herradura. Estaba cubierta por una bóveda de gallones estucados de ladrillos rojos y tendeles blancos. Esta qubba estaba rodeada de otras estancias, algunas de las cuales aprovecharía tiempo después Muhammad V. Edificaría también un aljibe para asegurar el suministro de agua del palacio que aún hoy se conserva. Y al lado de esta qubba edificaría un precioso *Hamman*. Una parte ha sido reutilizada y aún se puede ver en el Palacio de Comares, cuya belleza intuyó nuestro gran Ismail.

Más abajo, a las afueras de la ciudad edificó una *Casa Real de Huéspedes*, *Diyár al-Diyàfa*, conocido aún hoy como Alcázar Genil. Probablemente había allí una especie de casas de campo o de veraneo y esta Casa de Huéspedes sería un pabellón aislado del resto por huertos y jardines. Tenía una sala cuadrada central con dos estancias rectangulares laterales a las que se accedía por arcos dobles que se apoyaban en pilares. Ismail aprovechó viejas construcciones almohades y sobre ellas edificó esta casa.

Cuando estaba Ismail enfrascado en las construcciones de Granada le llegó la noticia de la muerte de Nazar, el anterior rey, a quien él había desterrado a Guadix. Murió muy joven. Con sólo treinta y cinco años. Ismail lo sintió grandemente y mandó que sus deudos transportaran el cuerpo a Granada para honrarle como a un rey. En un principio fue enterrado en la Alcazaba de Guadix pero un mes después su cuerpo fue trasladado a Granada para ser enterrado en la tumba de su abuelo en el cementerio familiar de la Sabika en la Alhambra. Ismail salió a recibir el cuerpo de su antecesor con un nutrido grupo de gentes de su corte y oró ante su féretro. Sobre su tumba se escribió un bello epitafio alabando su condición de rey sabio y santo, ensalzando sus hazañas y pidiendo a Dios que le tuviera en el paraíso.

Mientras el rey estaba centrado en construir bellezas en Granada sus hombres de armas no desaprovechaban la ocasión. Los cristianos habían sufrido una humillante derrota, estaban con la moral por los suelos y había que aprovechar los buenos momentos.

Las fronteras con el antiguo reino de Murcia eran un buen objetivo. Por allí habían atacado demasiadas veces los cristianos y ahora, probablemente por su lejanía, no contarían con refuerzos en caso de necesitarlos. Los zanatas estaban deseando continuar sus luchas e Ismail los envió para recobrar las fortalezas de Huéscar, Orce y Galera que habían sido conquistadas por los caballeros de la orden de Santiago. Los castellanos estaban enfrentados unos a otros así que no fue difícil recuperarlas.

Luego les mandó continuar para recobrar Baza que también la habían perdido. La fuerza del ejército de Ismail se acrecentaba por días. Contaba con una infantería muy

fuerte. La caballería era excelente. Sus caballos de pura raza árabe, pequeños, dóciles, veloces, estaban montados por soldados expertos y muy motivados. Además estaba la caballería de los zanata, curtidos en luchas contra los cristianos. Y por si fuera poco algún noble les introdujo en el manejo de una artillería que tenía efectos demoledores. Eran artilugios increíbles que lanzaban como globos de fuego que salían de unas máquinas tremendas provocando truenos, rayos y tempestades de pólvora y miedo. Aquellos disparos hundían la moral de los sitiados, lo que les hacía más daño que la destrucción de sus fortificaciones.

Al despuntar la primavera del año siguiente volvieron a salir de Granada los ejércitos de Ismail, mandados por el propio rey y por Osmín. Su destino era reconquistar castillos y fortalezas de la frontera del norte. Y uno de los castillos mejor defendidos era el de Martos. Ahora o nunca. Los ejércitos de Granada eran fuertes, tenían la moral muy alta y sus adversarios estaban débiles y mal avenidos. Dice un viejo cronista que

> *La villa de Martos fue antiguamente noble fundación de romanos y según los edificios grandes y mármoles muy ricos que cada día se descubren, tengo por cierto que fue una de las mejores poblaciones que en esta provincia ellos poseyeron.*

Y encima de la villa de Martos hay una Peña que también describe el cronista:

> *La Peña de Martos es una de las cosas más notables de España por ser muy alta y peña tajada cuasi a todas partes. Y arriba en lo alto hay una muy antigua fortaleza y al pie está la villa. Es toda cosa antigua y noble y hoy día es cabeza de la provincia de Calatrava en Andalucía.*

El ejército granadino iba muy preparado. Venían los soldados africanos, venía la caballería granadina, los infantes, pero esta vez, sabiendo que se proponían atacar una fortaleza tremenda, traían máquinas de guerra, artilugios para adosar a los muros, artillería para arrojar globos de fuego dentro de la villa, mazas enormes para romper los muros y atacar la fortaleza.

El ataque fue tremendo, fulminante. Las máquinas de guerra se adosaron a los muros y uno a uno los fueron destruyendo y luego las casas que iban siendo reducidas a humeantes escombros. Los defensores del pueblo fueron pasados a cuchillo sin que nada ni nadie evitara aquella orgía de sangre. Los habitantes de Martos, unos cristianos, otros elches, otros mudéjares servidores de los actuales dueños castellanos, pagaron allí todos los males que desde su frontera habían causado a los granadinos. Hombres, mujeres y niños caían bajo los terribles golpes de las

cimitarras. Los cadáveres se amontonaban por los suelos. Aquello era una auténtica matanza. Se habían olvidado las viejas leyes de guerra que los buenos musulmanes juraron en su juventud. Se había olvidado la sensatez, la piedad, el respeto a las mujeres, los niños y los ancianos. Solo se salvaron los pocos que pudieron alcanzar el recinto de la Peña.

Sólo algunos soldados intentaban contener aquel desenfreno. Eran los más sensibles, mejor educados en las buenas artes de la guerra que intentaban detener aquellas escenas de robo, matanza y exterminio de todo lo que se movía por el pueblo de Martos.

En esta tarea de intentar contener a la soldadesca sedienta de sangre se distinguieron algunos nobles granadinos. Muhammad ben Ismail, hijo del walí de Algeciras y primo del rey granadino, fue uno de ellos. Muhammad era un caballero musulmán. Si en la lucha contra los cristianos en campo abierto era capaz de matar a cuantos se pusieran delante, ahora ya desarmados e indefensos era incapaz de ver cómo los mataba la soldadesca. Así, los que eran sus subordinados o sus amigos ahora se las tuvieron que ver con él porque era su deber de caballero defender a sus enemigos. Y en esta tarea hubo de empeñar sus fuerzas, su valor y hasta se vio en peligro de morir a manos de sus compañeros que no aceptaban aquella impensada mediación.

Estaba muy impresionado porque en los primeros momentos del asalto a la villa había visto morir en sus propios brazos a uno de los más valientes de entre los jóvenes de la nobleza granadina. Nada menos que su amigo de siempre, el hijo del gran caudillo Osmín, había caído en los portillos de los muros del pueblo, herido por una saeta.

Muhammad estaba enloquecido. Le repugnaba lo que estaba viendo. Una victoria no era una matanza de seres indefensos. Daba vueltas y vueltas montado en su caballo, unas veces dando voces a los suyos para que no cometieran tropelías impropias de caballeros, otras veces les amenazaba y otras les acometía con su espada.

Al pasar enfrente de una casa que aparentemente era de nobles, notó un especial revuelo. Desde la calle pudo escuchar las voces de los vencedores y los gritos desgarradores de una mujer. Él se había formado con un gran respeto a las leyes de la caballería que juró cumplir cuando fue armado caballero. Enseguida comprendió que sus camaradas habían enloquecido en una orgía de sangre y tenían delante a una indefensa mujer a la que iban a ultrajar y seguramente matar.

Sin pensarlo desmontó, agarró su alfanje y entró con arrogancia para ayudar a quien lo necesitara. Se quedó como embobado, paralizado, al contemplar un espectáculo tremendo para su sensibilidad de caballero musulmán. Allí, tirada en el suelo había una muchacha muy joven, bellísima, que estaba siendo brutalmente

agredida por sus camaradas sedientos de sexo y de sangre. Le estaban arrancando las ropas que cubrían un cuerpo escultural mientras ella imploraba una ayuda que consideraba imposible.

Muhammad irrumpió en la casa como un torbellino. Un grupo de demonios enardecidos iban a deshonrar, a violar, a robar a un ángel. No podía soportarlo. Se puso al lado de la chica, la agarró fuertemente con la mano izquierda, la puso junto a sí mientras con su mano derecha blandía la cimitarra amenazando a sus correligionarios con estas palabras:

> —*¡Fuera de aquí malditos! ¡O salís de la casa o hago rodar por el suelo vuestras cabezas!*

Los soldados se pusieron hechos una furia contra quien les quería aguar la fiesta. No estaban para bromas ni para ceder ante pusilánimes. Sacaron sus espadas para arrancar la presa de las manos del intruso.

Nuestro caballero se batió como un león luchando contra cuatro energúmenos, incluso en algunos momentos pasó verdadero peligro porque los desgraciados estuvieron a punto de atravesarle pero era fuerte, estaba bien entrenado para este tipo de luchas y consiguió salir de allí con su joven y bellísima dama.

Cuando salieron a la puerta ambos jóvenes se miraron por un momento. La chica dirigió a Muhammad una palabra llena de agradecimiento y ternura. El joven respiró satisfecho. Había hecho una buena obra y tenía en sus manos una joven tierna, bellísima, que le miraba agradecida, entregada. Le ofreció su mano con cariño y le habló con ternura:

> —*Eres libre. Estás a salvo de esos malditos. No te sentirás sola. Mis palacios de Granada y de Algeciras serán tuyos si lo deseas.*

La chica bajó los ojos y apretó suavemente las manos de su salvador. No quería separarse de él nunca más. Le acompañaría ya para siempre. Sería seguramente su esposa. Había tenido una suerte inmensa. El musulmán le había salvado y le llevaría desde el sucio suelo de una casa desvalijada hasta un palacio. Podría respirar tranquila.

Al fin terminó la batalla de Martos. Aquella tarde hicieron su *azala de almagreb* u oración de puesta del sol sobre los destrozos y la sangre seca de las calles de Martos. A la mañana siguiente hicieron la oración del *azobbi* o del alba sobre idéntica alfombra de sangre y de muerte. Luego recogieron sus enseres, rescataron sus caballos que pacían por los campos e iniciaron el viaje de vuelta.

Los musulmanes volvían victoriosos, cada uno contando sus hechos de guerra,

sus rapiñas y sus batallas hasta que poco a poco fue corriendo como un reguero de pólvora la noticia de lo que había hecho Muhammad, el hijo del walí de Algeciras y la hermosísima joven que caminaba con él alegre de acompañarle hasta sus palacios de Granada. Todos le envidiaban. Se acercaban y miraban a hurtadillas a su hermosa acompañante. Conforme se acercaban a Granada iba creciendo la leyenda del príncipe árabe que conquista una beldad cristiana, librándola de una muerte segura para llevarla a su casa. Cuando iban por Colomera llegó al rey la noticia.

Ismail era un hombre sencillo, no era bebedor, no se daba a la lujuria, era fiel observante de las leyes y tradiciones del libro sagrado, sin embargo venía ebrio de victoria, de orgullo, de vanidad, de grandeza. Se sentía el más grande, el único rey que supo vencer a los grandes reyes cristianos. Sentía que todo le pertenecía. Sin embargo todos volvían alabando a su primo Muhammad ben Ismail.

El rey mandó que trajeran a su presencia a la bella cautiva. Cuando la tuvo ante sí la miró de arriba abajo con un sentimiento de lujuria como nunca antes sintiera mientras la chica bajaba los ojos ruborizada y confusa. Por primera vez en su vida sintió que la lujuria y la envidia le comían por dentro. Era una belleza exótica, limpia, única. Ya tenía tres hijos pequeños de otras mujeres pero ninguna de ellas le había cautivado a primera vista como la joven esclava cristiana. La miró una vez más de arriba abajo y con un gesto enérgico mandó que la separaran de su primo Muhammad y la condujeran a su tienda.

La joven amaba tiernamente a su libertador y aunque algo le decía que debía acceder a los deseos del rey, por nada del mundo deseaba separarse de su joven amado. Sin embargo todo ocurrió en un segundo. Un eunuco la agarró de un brazo y la condujo a la tienda del monarca.

Muhammad hasta ese momento había estado expectante. Pensaba que el rey respetaría su posesión ganada en buena lid en el campo de batalla. Cuando recibió la llamada real no imaginó que le iban a robar su más preciado tesoro. Levantó la voz, intentó decir unas palabras que al principio eran sumisas y poco a poco se convertían en voces, en gritos. ¡Había elegido su joven amada como esposa! ¡No era justo privar así a un noble y fiel servidor del rey de su felicidad!

Ismail a estas alturas era un hombre engreído, vanidoso. Se sentía dueño de todo y de todos. Se merecía poseer lo que se le antojara. Se sintió muy enfadado de las voces de Muhammad. Le mandó callar una primera vez sin que el joven le hiciera ningún caso. Por segunda vez, ahora a gritos, ordenó que la joven esclava permaneciera en su harem. Luego dirigió una mirada feroz a su primo. Los ojos se le salían de las órbitas cuando le gritó para que le oyera todo el ejército:

> *—¡No me importa nada tu enfado! ¡Calla y obedece, desgraciado! Y si no quieres permanecer en Granada, pues vete. Únete si quieres a los*

rebeldes o a mis enemigos. Si no obedeces de buen grado mis deseos no tienes sitio en Granada.

En la tienda del rey no se oía una mosca. El silencio espeso se podía cortar con un cuchillo. Ni siquiera el caudillo Osmín intentó remediar aquel disparate. Él quería como a un hijo a Muhammad, el amigo de siempre del hijo que perdió en el asedio de Martos. Ahora no podía disimular que estaba de parte del joven, pero el rey estaba como loco. Prefirió callarse.

Muhammad hizo ante el rey una reverencia ceremoniosa de muy mala gana y se retiró enfadado, tristísimo, despechado. Era la hora de hacer la oración de la tarde. Al día siguiente entrarían victoriosos en Granada. Las lágrimas de Muhammad rodaban por sus mejillas. El recuerdo de su amada, la rabia, la tristeza se mezclaban revolviendo su interior. Sentía ganas de vomitar. Mientras hacía la oración de la tarde unía sus sentimientos a los de la joven cristiana que esperaría temblorosa y triste las sucias manos, las babas del Ismail, el desgraciado sultán de Granada. Desde ese momento viviría planeando una venganza.

Al día siguiente entró triunfante Ismail en Granada. Toda la ciudad le estaba esperando para aclamarle como a un triunfador. El arco de Elvira estaba cubierto de gladiolos, celindas, rosas, claveles, geranios de colores vivísimos que caían reventones engarzados en los muros de tantos siglos. La calle de Elvira estaba cubierta con ricos paños de seda y de oro. En todas las puertas del trayecto que habían de recorrer los soldados se quemaban aromas que daban al ambiente un perfume único.

El rey entró por la puerta de Elvira en un carro triunfal que iba cargado con los ricos despojos conquistados en Martos. Detrás marchaban los niños y las mujeres que habían sido tomados como cautivos. El pueblo gritaba, aclamaba a su rey que le había dado una victoria de tanta importancia. Las flores sembraban las calles y la alegría se podía ver en las caras de las muchedumbres que aclamaban a su rey. Luego marchaba orgulloso el resto del ejército. Al final de todos, solo, triste, despechado, desesperado caminaba Muhammad. Su amargo sentimiento le devoraba en su interior. Su único consuelo era desahogarse contando a sus amigos la felonía que había cometido un rey que era su primo y que debía haber actuado de manera diferente con un soldado tan fiel como el hijo del walí de Algeciras.

Muhammad tenía en Granada muchos amigos y muy importantes. Estaba desesperado. En las noches increíbles de Granada soñaba con su amada, luego miraba al palacio de la Alhambra y sentía una profunda amargura al pensar que estaba en manos de un sucio, cruel, asqueroso pariente.

Se descubría contando sus penas a los amigos y diciéndoles que iba a vengarse del rey. Los celos siempre despiertan deseos de venganza. Ismail era para él un rival

al que aborrecía. No era un rey decente. Había actuado como un bellaco, no como un caballero. Su arbitrariedad debía pagarla con la muerte.

Algunos jóvenes de Granada se pusieron a su lado, dispuestos a acompañarle en la realización del complot. Y mucha gente más. El gran caudillo Osmín había sido la mano derecha del rey y a su preparación y su astucia se debían gran parte de las victorias sobre los cristianos. Pues ahora estaba de parte de Muhammad.

Las decisiones hay que tomarlas rápido, en caliente. Además Muhammad no soportaba pensar que el rey gozara de su amada por más tiempo. Tres días después de la entrada del rey triunfante en Granada, estando en su palacio en la Alhambra, se presentaron a las puertas del pabellón real Muhammad, su hermano y algunos amigos. Tenían la apariencia de ser unos nobles que deseaban hablar con su rey. Su porte era impecable. Sin embargo, bajo las mangas de las aljubas escondían tremendos puñales. Y bajo los alquiceles llevaban estoques y jacos.

Los eunucos que guardaban la entrada al palacio en la Puerta del Estanque les preguntaron qué buscaban a lo que contestaron que esperaban la salida del rey para comentarle asuntos de importancia de las fronteras del reino. Como eran personajes muy conocidos les indicaron que esperaran la salida de Ismail en la galería, al lado del Salón de Comares.

Un momento después salió el rey acompañado de su visir. Muhammad y su hermano se adelantaron con intención de saludarle. Cuando lo tuvieron a su alcance Muhammad, con un movimiento rapidísimo, sacó el puñal de la manga de la aljuba y lo clavó por tres veces en la cabeza y en el pecho del rey. El monarca solo pudo decir con un hilo de voz:

—*¡Traidores! ¡Traidores!*

Instantes después perdió el sentido. El visir sacó su espada para defender al rey pero nada pudo hacer excepto recibir dos puñaladas de los acompañantes de Muhammad. Todo fue rapidísimo. Tanto que cuando llegó el tropel de eunucos y guardias ya los conjurados habían escapado del recinto de la Alhambra.

Los esclavos tomaron en sus brazos al rey. Por su pecho salían borbotones de sangre. Trataron de taponar con sus manos aquella sangría mientras le conducían a la cámara de la sultana en la Sala de Dos Hermanas. Instantes después aparecieron los médicos. La sangre salía del cuerpo del monarca cada vez con menos fuerzas. Trataron de curar las heridas pero eran mortales de necesidad. También las del visir.

Entonces apareció en escena el segundo visir y se hizo cargo de la situación. No necesitaba preguntar quiénes eran los asesinos porque todo el mundo conocía los hechos que ocurrieron en Colomera y los deseos irrefrenables de venganza del joven Muhammad. Tomó una patrulla de guardias y bajó a la ciudad para arrestar a los

asesinos del rey pero ya corrían en veloces caballos por la vega.

El segundo visir se hartó de dar vueltas por la ciudad con su patrulla intentando inútilmente prender a los que habían matado a Ismail. Cuando vio que era inútil su búsqueda decidió volver a la Alhambra para hacerse cargo de la situación.

A las puertas del palacio se había congregado la nobleza de Granada. El caudillo Osmín estaba al frente de los reunidos preguntando con disimulado interés por la salud del monarca. Poco a poco subía y subía a la Alhambra más y más populacho que se impacientaba por momentos. El segundo visir salió a hablar a los reunidos y les dijo que el rey estaba bien porque los conjurados solamente le habían herido levemente.

Inmediatamente entró en la cámara de la sultana y comprobó que el rey acababa de morir. Sin embargo volvió a salir y dijo a los que esperaban, incluido Osmín, que el rey estaba mucho mejor. Luego bajó a la ciudad para hablar con sus más cercanos colaboradores y preguntarles qué era conveniente hacer. ¡Estaba metido en un buen lío! En cualquier caso necesitaba tener en la puerta del palacio a un grupo de leales para que le defendieran de la otra facción, congregada allí desde hacía un rato. Cuando estuvieron todos a las puertas de la Alhambra, partidarios y contrarios del rey, entró de nuevo al salón de la sultana y mandó decir a los que quedaron en la puerta que entraran porque el rey les quería hablar.

Osmín se quedó de piedra. ¿Qué maniobra estaba tramando el segundo visir? El rey estaba bien muerto. ¿O no lo estaba? ¿Sabría el rey que él estaba de parte de los que le quisieron matar? Miró a un lado y a otro y comprobó que estaba más solo que la una. ¡Si lo hubiera sabido se habría hecho acompañar de una legión de partidarios! Sin embargo no tenía más remedio que hacer caso al segundo visir y pasar con los demás caballeros al salón donde supuestamente les esperaba el rey.

Cuando estuvieron dentro entró el segundo visir. Luego pasó el hijo mayor del rey, un joven de doce años solamente. Se llamaba Muhammad y apenas era conocido en Granada. Entonces el segundo visir levantó la voz y dijo a los asistentes que el rey Ismail estaba enfermo a causa de sus heridas y que por eso no les recibía pero quería que reconociesen al príncipe Muhammad como su sucesor en el trono y jurasen que respetarían el deseo del rey.

Todos, uno tras otro, reconocieron a Muhammad como sucesor de Ismail y le juraron allí mismo obediencia. Inmediatamente después de este reconocimiento el segundo visir volvió a entrar en la cámara de la sultana y enseguida volvió para decir a los reunidos que el rey Ismail acababa de morir.

Osmín respiró. ¡No era ninguna encerrona! ¡Nadie recelaba de él como encubridor del asesinato! ¡Menos mal! Juraría obediencia al sucesor y aquí paz y después gloria. Fue el primero que lanzó un grito ritual, que fue al par de alivio:

—*¡Ensalce Dios a nuestro rey Muley Muhammad ben Ismail!*

El murmullo se extendió entre los asistentes a la convocatoria del segundo visir. Los sentimientos se sobreponían uno tras otro. Traición, ¿de quiénes? Un buen rey había muerto. Ismail había edificado muchas mezquitas, había hecho fuentes, jardines que hicieron Granada más bella, había organizado la vida cultural y comercial en el reino, había vencido repetidas veces a sus enemigos los cristianos. ¿Qué más se le podía pedir a un rey? Al final fue un déspota, pero como tantos otros. Todos los nobles presentes repitieron el grito de Osmín:

—*¡Ensalce Dios a nuestro rey Muley Muhammad ben Ismail!*

Luego bajaron a la ciudad y gritaron vivas al nuevo rey. Así terminó este reinado. Al día siguiente martes, al amanecer, fue enterrado con una ceremonia extraordinaria.

A la vista de lo contado volvamos describir la situación en que se encontraba España.

En los primeros años del siglo XIV, Sevilla, Córdoba, Écija, Tarifa y Algeciras estaban en poder de los cristianos que iban estrechando cada vez más su círculo de hierro y empujando a los musulmanes hacia el Mediterráneo. Las fronteras estaban en los confines mismo del reino de Granada por Jaén, Málaga y Almería. Y Granada crecía porque los musulmanes huían de los lugares donde vivieron para venir al reino nazarí. Era mucho mejor para ellos esto que vivir como mudéjares en la España conquistada.

Durante dos siglos nuestros pueblos aprendieron a convivir con la guerra. Todos, nobles y plebeyos de ambos bandos, tenían la espada en la mano, unos por extender sus dominios y otros por mantenerse en sus casas y sus ciudades, las de sus padres y sus abuelos y las que querían transmitir a sus hijos. Los dos bandos luchan con el mismo odio, matan con la misma crueldad, invocando cada uno a su Dios.

En la parte cristiana cada generación se formaba para la guerra. Mamaban la guerra desde niños. Cada municipio tenía sus milicias, sus banderas, sus capitanes y sus soldados ansiosos de gloria y botín. Un noble no podía ser, ni añoraba ser otra cosa que un héroe, un campeón en el campo de batalla. Tenían el corazón más duro que sus corazas y no tenían miedo a nadie ni a nada.

Los jóvenes cristianos mamaban desde niños el odio a los musulmanes. Se criaban entre caballos, corazas, espadas y viendo el ir y venir de sus padres y hermanos para la guerra. Y por las noches escuchaban los relatos de los guerreros sus paisanos o las leyendas poéticas que cantaban los juglares sobre héroes reales o imaginarios. Cuando se iban haciendo mayores y apenas podían soportar el peso de la espada y de la armadura iniciaban sus ejercicios con ensayos de guerras o se

preparaban para sufrir las privaciones que la vida indefectiblemente les iba a deparar.

Veían a sus hermanos ir y venir para la guerra, miraban con envidia cómo partían para la incertidumbre del combate y cuando venían radiantes de alegría, cargados de gloria, con la armadura abollada y con la bandera empapada de sangre, sentían en su ser la excitación y la dicha que daba completo sentido a sus vidas.

Y si alguno caía en la lucha, los jóvenes de la ciudad o la aldea contemplaban su cuerpo acribillado por heridas gloriosas, le vestían con los ropajes más ricos, le rodeaban pajes y escuderos que mostraban enorme respeto y dolor y era llevado a solemnísimos funerales con el féretro cubierto de ricos crespones negros para ser sepultado en una fosa abierta en el altar de su ciudad o su pueblo. Así se crió la juventud cristiana en la España de entonces.

Los musulmanes de los reinos de España vivían de manera muy parecida. También eran muy valientes. Defendían su independencia y su libertad en una tierra que había sido de sus antepasados durante siglos. Cuando salían a luchar contra los cristianos tenían muy claro que de su valor y de su fuerza dependía el que siguieran siendo dueños de las fabulosas mansiones que ellos edificaron desde muy antiguo así como la libertad de sus padres, de sus esposas, de sus hijos, de sus amigos.

Las luchas muchas veces eran lo que los cristianos llamaban algaradas y los musulmanes *gazúas*. Entraban en un lugar por lo general rico y mal defendido, robaban el ganado, los cereales, talaban los árboles frutales que habían necesitado años y años de trabajo para crecer, destruían las acequias para hacer el mayor daño posible a las fuentes de producción y lo que encartara para convertir los jardines en desiertos. Se quemaban las alquerías, se degollaban a sus moradores, se tomaba a los jóvenes como esclavos y a las jóvenes las vendían a los ricos que las destinaban a sus harenes.

Si un bando hacía una *algarada* o una *gazúa* inmediatamente se podía esperar la respuesta del otro bando en el lugar más insospechado. A todo esto multitud de espías, de correos y de adalides corrían de un lado a otro para anunciar idas y venidas, ataques pasados y proyectos de ataque en cualquier parte del reino.

Cuando en cualquier ciudad musulmana se recibía la noticia de un ataque cristiano el pueblo se arremolinaba en las calles. En los alminares de las mezquitas se lanzaban gritos de rabia y se rezaba la oración del miedo. Entonces los nobles se vestían la cota de malla, se ponían el casco, montaban sus ágiles y veloces caballos, empuñaban la adarga, la lanza y se ponían a la cabeza de sus soldados para caer como una plaga sobre sus enemigos.

Esta situación de guerra total provocó verdaderos desastres humanos y auténticas leyendas. Muchas veces los hemos visto actuar como caballeros, con humanidad e hidalguía en uno y otro bando. Otras actuarán como rufianes. Bastantes veces los veremos pedir amparo en el bando contrario y recibirlo con gusto, seguramente

además de por debilitar al enemigo natural, por mantener esos principios de caballería, de ética en unas guerras tremendas, encarnizadas.

Poco a poco, entremezcladas con la historia de sus reyes, iremos dando pinceladas sobre la vida en la España de entonces, musulmana o cristiana. Sigamos.

CAPÍTULO XII

MUHAMMAD IV, SEXTO REY NAZARÍ.

Era el día 8 de julio de 1325. Un muchacho de doce años, hijo del rey recién asesinado es aclamado como sultán de Granada.

El reino quedó en manos del visir que estuvo al lado del monarca mientras agonizaba en la Alhambra. Se llamaba Muhammad ben al-Mahrûk y era de armas tomar. Tenía todas las ambiciones del mundo y con un rey niño nadie le iba a poner coto.

Contemplábamos en la puerta del palacio a este visir organizando la sucesión y muy cerca de él a un potencial enemigo. Un caudillo curtido en mil batallas, enfrentado al rey anterior, llamado Osmín. Dos facciones y un muchacho de rey. El lío estaba servido.

Ismail dejó cuatro hijos pequeños. Muhammad, el sucesor, Farag, el segundo que acabaría encarcelado y muerto en una mazmorra de Almería, Abu Yusuf Hegiag que sucedería en el trono a su hermano y por fin el más pequeño llamado Ismail como su padre al que los visires, para quitarse problemas de encima, lo desterrarían a África.

Como el rey era un chaval, en un primer momento se erigieron dos nobles en el mando. El reino en manos de al-Mahrûk y el ejército lo mandaría el caudillo de más prestigio que era Osmín.

La ocasión era pintiparada para dar cauce a ambiciones, pasiones y luchas palaciegas. Durante el tiempo en que Muhammad no podía decidir por sí mismo Mahrûk machacó a los nobles que rodeaban la corte y si alguien trataba de sobresalir era inmediatamente defenestrado. Mahrûk hizo que la corte fuera un cortejo de amargados y descontentos.

Enfrente tenía a otro peso pesado, personaje importantísimo en Granada y en su ejército, el caudillo Osmín. El enfrentamiento entre ambos estaba cantado. Fue un choque de trenes del que los dos salieron peor que regular.

Al joven rey se le veía crecer por días. Era un chaval la mar de guapo, condición que le venía como anillo al dedo a cualquier príncipe árabe. Era bastante inteligente, su trato era muy amable, era un hombre serio aunque tuviera tan pocos años. Hablaba muy bien lo que causaba admiración al pueblo de Granada.

Era muy aficionado a los juegos de guerra, a la esgrima, a montar a caballo, se manejaba en los juegos y torneos como un consumado maestro.

Se hizo un experto en caballos. Los montaba a la perfección, conocía las razas, seguía sus genealogías, se ocupaba de las cuadras y nada le gustaba más que regalar un caballo o recibir él mismo uno como presente. La otra afición que tenía era la cetrería y la caza en general, en la que llegó a ser un maestro. Pasaba semanas

cazando en las dehesas de Alfacar, en Sierra Nevada o en el Soto de Roma.

Con el paso de los años se hizo un buen literato, conocedor de la poesía, de los discursos y de las historias de los caballeros en las guerras contra los cristianos. Sabía apreciar a las personas inteligentes.

Pronto se hizo cargo de la situación. La vida le hizo crecer antes de lo normal. De los asuntos de la guerra se ocupaba Osmín que hizo algunas salidas acompañado del rey. Se llegó a apoderar de Rute siendo adelantado de las fronteras de Castilla el príncipe Don Juan Manuel, hijo de Don Manuel hermano del rey Sabio. Los de Osmín llegaron a clavar sus lanzas en las puertas de la Córdoba cristiana. Una de estas hazañas fue memorable y la vamos a contar.

Estando el rey acompañando a Osmín en tierras de Antequera se les puso enfrente el infante Don Juan Manuel que reunió los concejos de Jaén para presentarle batalla. Acompañaban al príncipe el maestre de Calatrava Don Garci de Padilla, el de Alcántara Don Suer Pérez y los freires de Santiago.

Los dos ejércitos se vieron frente a frente en las vegas de Archidona a las orillas del río Guadalhorce y la batalla fue tan tremenda que en ella pereció una buena parte de la caballería de los cristianos.

Se cuenta que un señor llamado Don Pedro Martínez, que era alférez mayor de Baena, se metió con su bandera en medio de la refriega y fue herido en una mano dejándole manco. Agarró el hombre su pendón con la otra con tan mala fortuna que también se la cortaron de un sablazo. Entonces la abrazó con los dos muñones, continuó la lucha, se desangraría, digo yo, y así cuentan las viejas leyendas que le encontraron muerto en las aguas de nuestro Guadalhorce.

Pero dejemos que cuente esta historia un anónimo poeta. Repetiremos en lo posible eso de amenizar la historia con los romances que nos ha dejado nuestra rica literatura.

Don Juan, con gran placer,
quando fue adelantado
ayuntó muy gran poder
en Córdoba fue entrado.
Con grand poder de mesnada
commo caudillo hostil
entró en tierras de Granada
pasó aguas del Xynnyl.
Su camino luego andó
e fue correr Antequera
e con Don Osmín lidió
e con grandt gente rrefartera.

Todo el poder de Granada
con Osmín fueron venidos
en gran lid aplasada
los moros fueron vencidos.
Mal fueron desbaratados
Dios quesi por su bondat
en Guadalforçe arrancados
e muerta gran potestad.
El Osmín escapó vil
en que mató los infantes
e dexó bien trece mil
muertos e mal andantes.
E entrado fue por Granada
con muy gran pessar sin tiento
Don Juan fisso tornada
con la onrra del vencimiento.

Los asuntos políticos iban bastante regular en manos de Mahrûk. Como el rey era muy despierto se dio cuenta del cáncer que había en su reino manteniendo a un visir odiado por todos.

Como los deseos de un rey, aunque fuera un chaval, eran respetados por todos, un buen día dio una orden inesperada: le destituyó de su empleo y le mandó encarcelar.

Esta decisión del monarca causó un auténtico revuelo mezclado con miedo ante la situación que podía darse en Granada. Nadie se atrevía a hablar al rey en contra del visir por temor a represalias y se esperaban cualquier cosa de la maldad del visir y la inexperiencia del rey. Sin embargo poco a poco se fue afianzando la idea de que el rey tomaba las riendas. Cuando nombró visir a Muhammad Alkigiati, muy querido por todos, los granadinos comenzaron a respirar.

Poco tiempo después el rey se llevó un nuevo sobresalto. El caudillo Osmín estaba incómodo en Granada. Y cuando fue destituido el visir hubiera pensado que el rey le iba a encomendar el puesto. No fue así y decidió poner tierra por medio. Tomó a sus hijos, ya valientes soldados como su padre y se fue a las tierras de la Alpujarra por la parte del valle del Andarax huyendo del aire bastante contaminado, políticamente hablando, de Granada. Pero no lo hizo para gozar de una vida descansada. No. Este era un caudillo incapaz de permanecer quieto plantando huertos en las laderas del monte. Se dedicó a alborotar los pueblos del valle del Andarax. Decía por acá y por allá que Muhammad no merecía ser rey de Granada y que el reino debía ostentarlo su tío Ben Farax que era más persona, tenía más derechos dinásticos que el monarca reinante y era más capaz de desempeñar el cargo con

solvencia militar y política.

Y cuando tuvo a unos cuantos convencidos pasó a la acción. Como Ben Farax estaba en África mandó a un propio embarcar en Adra, pasar el charco e invitar al pretendiente a que viniera a hacerse cargo de la corona. Rebelión a bordo que enseguida llegó a oídos del rey.

Muhammad se sintió mal. Sin su caudillo Osmín estaba perdido en asuntos de la guerra. Y le tenía enfrente luchando contra él en un lugar bellísimo pero agreste e inaccesible. En Laujar de Andarax. Lo primero que habría de hacer era nombrar a otro caudillo al que encargar las tareas que Osmín había desempeñado. Y lo encontró. Había en Granada un posible sustituto de Osmín. Se había criado precisamente al lado de su padre un chico cristiano que había renegado de su fe para abrazar la musulmana, natural de Calzada de Calatrava, llamado Abul Naim Reduam. Era un hombre leal, valiente, conocía la manera de pensar y de actuar de los cristianos y era perfecto conocedor del reino de Granada. En cuando a sus dotes de mando eran excepcionales. Por eso el joven Muhammad no dudó en nombrarle caudillo de sus ejércitos.

Osmín tomó dos decisiones. La primera fue atrincherarse con sus hijos y seguidores en la áspera y difícil tierra de la Alpujarra. La segunda fue llamar en su ayuda a Alfonso XI, que después de muchas desgracias y líos dinásticos, ya reinaba en España.

Osmín debía ser un patriarca impenitente. A sus hijos los llevaba a la guerra como si fueran corderitos. Y si era necesario los usaba como embajadores volantes. Eso hizo en este caso. Envió a Sevilla a su hijo Ibrahim para convencer a Alfonso XI de la conveniencia de atacar Granada. Los cronistas musulmanes dicen barbaridades contra Osmín por haber tomado esa determinación. ¡Como si los cristianos necesitaran ánimos externos para atacar las fronteras de los nazaríes!

Pues Muhammad con su nuevo caudillo Reduán salió hacia la Alpujarra para atacar al traidor de Osmín y acabar así de raíz con esa sedición en su reino. Pero amigo mío, la Alpujarra era y es difícil de someter, no solamente por lo escarpado de su terreno sino por lo levantiscos y aguerridos que son sus moradores.

Y en cuanto a llamar al gran Alfonso XI, eso era lo que el monarca cristiano estaba esperando. Como todos los reyes castellanos soñaba con echar de España a los musulmanes. Si les daban una mano para hacerlo, pues mejor.

Muhammad, a la vista de que la situación en Granada no era precisamente de fortaleza, sacó sus ejércitos para tomar la iniciativa. Muchos en Granada daban la enhorabuena al rey por esta decisión bastante audaz y hasta imprudente. Otros caudillos pensaban, y lo decían a las claras por la Alcaicería, que era un solemne disparate salir a pelear teniendo al mando a un rey inexperto y bastante alocado. Sin embargo el rey hizo lo que le pedía el cuerpo, salió con sus ejércitos, los animó, los

motivó lo mejor que pudo y el caso es que se fue apoderando de castillos y fortalezas.

Al volver de esta expedición bastantes personas en Granada le informaron de que la culpa de todo aquel lío, de aquella desunión entre todos, la tenía su antiguo visir Manruk, que encarcelado y todo, como disponía de dinero y de muchos amigos, incitaba a unos contra otros, compraba voluntades y armaba desde la sombra de su cárcel en las Torres Bermejas todo lo que podía y más. Evidentemente que el rey mandó que le cortaran la cabeza en la misma cárcel, sin más juicios ni comprobaciones.

Los de Osmín hacían cuanto podían por echar del reino a Muhammad. Ahora pedían a los Benimerines africanos que les ayudaran en su empeño.

El rey de Granada no daba abasto. Era necesario defender el Estrecho y evitar la entrada de los Benimerines. Eso por una lado. No tenía más posibilidad de ayuda que la del visir de Algeciras y eso hizo. Le pidió que fuera él la defensa del Estrecho. Ocurre que a los pocos días se encontró con que les atacaba un ejército de siete mil caballeros y multitud de infantes africanos a los que no pudo oponerse con solvencia. En unos pocos días los Benimerines eran dueños de Algeciras, de Marbella y de Ronda, mataron al visir de Algeciras y cercaron Gibraltar.

Los granadinos se sintieron intimidados con aquella invectiva tan inesperada. Reduán era un grandísimo caudillo pero los frentes eran muchos para tan poco ejército. ¿A dónde acudir? Imaginemos las idas y venidas del rey, sus continuos requerimientos a Reduán, suplicándole unas veces, exigiéndole otras la defensa de las fronteras, la recuperación de plazas perdidas. Veámosle dialogando con su caudillo, él un rey inexperto, valiente pero poco curtido en los hechos de guerra.

Salió Muhammad de Granada con una comitiva grande de infantes y de caballeros. El objetivo de este ejército fue la campiña cordobesa. La primera ciudad que recibió los ataques de los granadinos fue Cabra. A continuación Priego y Baena, cercando esta última ciudad donde los cristianos se defendieron bastante bien. Les hicieron frente en la misma campiña, a las afueras de la ciudad pero tanto los gomeres como los abencerrajes que venían en el ejército de Granada los siguieron hasta las mismas puertas de Baena, donde acabaron encerrados. Por supuesto que los campos fueron destrozados, quemadas las cosechas, talados los árboles frutales trabajados durante años, destruidas las acequias de riego y en fin aniquilados todos los medios con que contaban para conseguir buenas cosechas y buenos frutos. Estos destrozos producían entre los atacados un daño inmenso.

Cuando los granadinos estaban atacando a los cristianos en el cerco de Baena ocurrió un hecho digno de contarse porque manifiesta cómo eran las guerras y cómo se moría.

Hemos contado que el rey montaba a caballo muy bien. En las campañas cabalgaba el primero. Sus armas eran auténticas joyas.

El rey cabalgaba en la delantera del ejército, persiguiendo a los cristianos que huían ante los granadinos en el asedio de Baena. En su brazo derecho enarbolaba una lanza que era una auténtica preciosidad. Estaba chapada en oro y en su punta y en la empuñadura lucían enormes brillantes. Debía valer un dineral y seguramente los reyes de Granada la llevaban en sus campañas aunque no existiera la más mínima probabilidad de que el monarca la usara para atacar a un enemigo.

Muhammad era distinto. Un chaval siempre va el primero en una cabalgada, sobre todo si monta a las mil maravillas y su caballo es el mejor del ejército. Se le puso a tiro un cristiano y ni corto ni perezoso alargó su brazo y su lanza lo atravesó de parte a parte.

Como el caballo del herido corría y corría y el interfecto se mantenía más mal que bien en su montura, centenares de granadinos corrieron hacia el herido con la intención de recuperar la lanza. Los caballos corrían como diablos sin que le pudieran dar alcance porque el jaco del cristiano les llevaba bastante delantera.

Muhammad, orgulloso de su hazaña y marchoso él, mandó parar a los suyos voceándoles desde los caballos al galope:

> *—Dejad al pobre que se lleve la lanza. Si acaso no muere ya tendrá dinero para curarse las heridas.*

El herido entró en Baena y la lanza del rey con él. Acabaría en manos de algún chamán avispado que practicaría con ella una venta de conveniencia y aquí paz y después gloria.

Se rindió Baena y el ejército continuó su campaña en dirección a Ronda, Marbella y Algeciras donde estaban reunidos por fin Osmín con el pretendiente Ben Farax y los Benimerines que se habían hecho fuertes constituyendo una especie de reino independiente. El rey de Granada olvidó pronto las afrentas de Osmín y se dispuso a acometer una tarea que consideraba urgente. Estaba a un paso de África y consideraba que el reino de Granada, si quería subsistir, debía estrechar los lazos de amistad y cooperación con sus hermanos los reyes de Fez.

No se lo pensó dos veces. Al fin y al cabo se habían resuelto los principales problemas bélicos con bastante buena fortuna para el granadino. Su ejército merecía un descanso. Los mandaría de vuelta a Granada y él quedaría con algunos caballeros para hacer el viaje que tenía pensado al reino de Fez.

La caballería de Muhammad salió para Granada buscando la gloria de los vencedores y el descanso de los guerreros. El rey quedó con unos pocos, acampado en los montes cercanos a Gibraltar, descansando y esperando el momento de atravesar el Estrecho.

Sus enemigos, aquellos a quienes él había humillado, le observaron

detenidamente. Estaba prácticamente solo. Desde luego desprotegido. Era un insensato, imprudente, vanidoso, creído de su fuerza y de su suerte. Ahora las pagaría todas juntas.

A la mañana siguiente, apenas la aurora dejaba hilos de luz sonrosada sobre el limpio cielo del Campo de Gibraltar, un nutrido grupo de soldados se acercaba sigilosamente al campamento del rey de Granada. Parecían facinerosos que desearan robar en un rico conglomerado de tiendas color escarlata. Los acampados dormían perezosos, como que tuvieran poco que hacer. Los rayos del sol caían ya sobre las tiendas mientras los caballos pacían tranquilos los riquísimos pastos de las laderas. Los facinerosos se acercaban como que fueran amigos de los acampados. Cuando estuvieron cerca sacaron los puñales, tomaron sus lanzas, gritaron mil maldiciones y se abalanzaron sobre los acampados que dormían indolentes en una tibia mañana del sur de España.

Todos los acompañantes del rey murieron. Y él también fue ensartado una y otra vez con una saña inaudita. Muhammad, el séptimo rey de Granada había muerto asesinado con saña, con odio por los sediciosos de Granada que soñaron con otro rey que les permitiera mangonear a su antojo.

El cuerpo del monarca estuvo varios días en las laderas cercanas a Gibraltar sirviendo de burla y escarnio a sus enemigos hasta que algún alma caritativa dio aviso a sus hombres que estaban en Málaga.

Cuando se supo en Granada la muerte del rey lo sintieron como si cada uno hubiera perdido a su padre. Se sintieron horrorizados. Un hombre muy joven había muerto asesinado por sus enemigos. Un hombre muy válido, con toda una vida por delante yacía exánime en un ataúd camino de Málaga.

Cuando llegó, el pueblo hizo un gran duelo por él. Sus hombres proclamaron a su hermano Yusuf como rey y posteriormente, entre gritos, lágrimas y lamentos fue enterrado en un monte muy alto llamado *el Monte del Faro*, en una capilla hecha expresamente para que fuera su tumba.

CAPÍTULO XIII

YUSUF BEN ISMAIL BEN FERAG, SÉPTIMO REY NAZARÍ.

La muerte de Muhammad fue un mazazo para el pueblo y el ejército de Granada. Y no era para menos. Había sido un rey victorioso en sus batallas contra los cristianos y una firme promesa en el resurgir del reino nazarí. Ahora de poco valían los lamentos. La pérdida había sido irreparable pero había que mirar adelante. A las orillas del río Guadiaro Yusuf fue proclamado como sucesor de su hermano. Todos los caudillos le aclamaron, le juraron obediencia y le reconocieron como su rey. El nuevo monarca se adelantó y fue a Granada donde el pueblo repetiría los juramentos de fidelidad.

¿Quién era este rey? ¿Cómo era? Escuchad una descripción que hace de él un hombre que estuvo a su servicio.

> *Era miércoles, 26 de agosto de 1333 y tenía solamente quince años cuando fue proclamado rey. Personalmente se hizo cargo del gobierno, lo llevó con mano firme y gozó plenamente de la paz en la medida en que lo había deseado.*
>
> *Fue la luna llena de los reyes y el ornato de los príncipes. Tenía la tez blanca y luminosa; era fuerte, de buen talle, hermosa figura, brillantes dientes, ojos grandes, cabellos lacios y negros y espesa barba; de cara bella, agradable conversación y gran dulzura. Excedía a la gente por la belleza de su aspecto y la hermosura de su complexión, así como la sobrepujaba en dignidad y rango. Era muy inteligente, se mostraba con mucha majestad y tenía un profundo discernimiento. Era hábil y profundo en el examen y reflexión de los textos oscuros y en el conocimiento de muchas artes prácticas; inclinado a la paz, daba largo curso a las cuestiones; era aficionado a las construcciones, a los trajes y a coleccionar alhajas y tesoros y aventajó en riqueza a los reyes contemporáneos suyos.*

Quien describe así al rey es Ibn al-Jatib, un personaje fundamental para conocer a los reyes nazaríes. Su descripción del monarca y de los hechos acontecidos durante el reinado son de primera mano ya que fue nombrado visir a la muerte del anterior que desempeñó ese cargo. Mirad lo que dice:

> *Nombró para que desempeñara la dignidad del visirato a su secretario, nuestro maestro Abû l-Hasan b. Al-Yayyâb, el incomparable. Cuando*

murió, en el año 749 (1349), Dios haya tenido misericordia de él, me confió a mí la dignidad y me ciñó con este cargo, con doble empleo, adjuntándome también el desempeño de la jefatura general del ejército.

Afortunadamente contamos también con los escritos del gran viajero tangerino Ibn Battuta. Este hombre pasó su vida viajando por el mundo y al final de su periplo se dio un paseo por Ronda, Málaga, Vélez Málaga, Granada, Alhama de Granada etc., alrededor del año 1350. Coincide su viaje con el reinado de Yusuf, al que no visitó porque debía estar enfermo pero sí se entrevistó con la reina madre.

Yusuf tenía un carácter excepcionalmente bueno. Era de la clase de personas que están destinadas a hacer que todo el mundo sea feliz. Era un hombre dado a la clemencia en un mundo donde abundaban los déspotas. Le podríamos llamar un filántropo. Era muy culto, buen poeta, gran lector al que gustaba aprender, leer y estudiar distintas ciencias, especialmente las jurídicas. La mayoría de los reyes de entonces vivían por y para la guerra. Yusuf no. Su obsesión era la paz, vivir en paz y construir unas ciudades y una civilización lo más culta, bella y confortable posible.

Probablemente por esta concepción suya del reinado nos ha dejado una herencia impresionante en varios aspectos.

Yusuf lo primero que intenta es poner paz con sus vecinos del norte y del sur, imprescindible para llevar a cabo la inmensa tarea que tenía en su mente. Acto seguido acomete lo que podríamos llamar actualización del marco jurídico en que se desarrolla la vida del reino. Y esto poniendo al día las líneas de pensamiento imperantes. Me refiero a dos tendencias que influyen y enmarcan la vida granadina desde el punto de vista intelectual y de costumbres. Estoy hablando del sufismo como concepción mística de la vida y el malikismo como manera de interpretar la ley coránica.

Y por fin la herencia de Yusuf es inmensa desde el punto de vista de las construcciones que acometió en Málaga y en Granada. Él y su hijo Muhammad V son las dos personas que más han hecho por Málaga y por Granada a través de la secular historia de ambas ciudades.

Seguro que al leer esto alguien está moviendo la cabeza un poco escéptico. Pues bien ¿qué persona ha hecho en Málaga algo que se le parezca a Gibralfaro? ¿Qué persona en Granada ha hecho algo se le parezca al Palacio de Comares, al Patio de la Alberca, al Mirador de Lindaraja?

Yusuf es uno de los grandes sultanes de Granada. Su reinado es el inicio de una época dorada. Para explicar con sencillez todo esto creo que es necesario por un momento dejar de lado el relato de los hechos históricos y hacer tres apartados genéricos. Uno sobre el sufismo y las corrientes místicas. El segundo para intentar conocer un poco el derecho en Granada, sus normas, su interpretación y su

aplicación. El tercer apartado ha de ser para explicar cómo era Málaga, la ciudad y sus pueblos principales en el reinado de Yusuf para a continuación describir sus grandes obras en Málaga y en Granada.

El reino de Granada, como sus predecesores el califato y los taifas, fue un estado de religión islámica y cultura árabe. Ambas cosas están sumamente consolidadas. Todos los habitantes, con muy pocas excepciones, eran de religión musulmana y la practicaban con fervor con una marcada tendencia a la ascética y la mística sufí.

El Islam es el eje y el marco que estructura el emirato nazarí. La religión deja su marca en el paisaje de sus ciudades con la construcción de numerosas mezquitas de barrio. También sus madrazas o escuelas coránicas, destinadas a la enseñanza religiosa con cursos de derecho, de ciencias religiosas, filología, literatura y medicina.

Por cierto que la primera madraza andalusí de época nazarí la encontramos en Málaga en el año 1334, en el reinado de nuestro Yusuf. A él se debe también la preciosa Madraza de Granada. Luego hablaremos de ella.

La mística en la España musulmana no es exclusiva de época nazarí sino muy anterior ya que imperaba en el Islam desde el siglo XI. Se desarrolló con gran fuerza en las zonas más próximas del Magreb, que estaba estrechamente vinculado al mundo andalusí. Los maestros a ambos lados del Mediterráneo fueron los mismos y también las doctrinas. De esto nos da referencia Ibn Battuta:

> *Encontré en Granada al jeque de jeques y sufí relevante, el alfaquí Abu Ali Umar, hijo del pío y devoto jeque Abu Abadía, en cuya zagüía, extramuros de la ciudad, permanecí varios días recibiendo sus exquisitos agasajos. Con él visité al morabito, famoso por su baraka, que se conoce por Rábida del Águila. Este es el nombre de un monte que se alza sobre la población a una distancia de ocho millas, próximo a la ciudad de Elvira, hoy día en ruinas. Igualmente conocí al sobrino de Ibn al-Mahrûk en su zagüía denominada Las Bridas, en lo alto del arrabal del Nayd, fuera de Granada y cercano al monte de la Sabika.*
>
> *Hay en Granada un grupo de faquires persas que radican en ella por su similitud con sus tierras de origen, por ejemplo de Samarcanda, de Tabriz, de Konia, de Jurasán y de la India aparte de otros.*

Los andalusíes exportamos sufismo. El santón de Ohanes recorrió medio mundo predicando sus doctrinas en la época de Alhamar. Un par de santones murcianos fueron nada menos que a la Meca y a Damasco a exportar sus ideas. En Málaga igualmente hay muchos santones y personajes importantes. Los sultanes Muhammad II e Ismail tuvieron un secretario llamado Safwan que era un destacado poeta y un

sufista de primer orden. En una rábita de Málaga había reuniones de sufismo. Eran una especie de cofradía liderada por un célebre místico malagueño llamado al Sahili. Se reunían todos los viernes, comían sus pescaitos, rezaban lo que estaba mandado y luego recitaban incansablemente las jaculatorias de la cofradía hasta que se les hacía de día.

En Granada había también cofradías de místicos sufíes. Una especialmente ultra se reunía en el Albaycín. Tenía sus coros y sus expresiones bastante exaltadas. Algunas veces llegaban a molestar al poder constituido y se organizaban los líos consiguientes hasta que algún santón se aparecía en sueños al rey y todo quedaba en nada.

Otro sufí importante fue Abu Barakat de Velefique. Velefique es un pueblo muy pequeño de la Alpujarra almeriense. Este santón se crió en Almería y fue un hombre casto, sencillo, modesto, un asceta que vivía con lo imprescindible. Estaba a lo que necesitaran de él o en compañía de sus maestros o en las mezquitas de las afueras de Almería haciendo sus retiros o sus reuniones. Otras veces se iba de viaje para adoctrinar a las gentes que le quisieran escuchar.

La mística nazarí existía en las tres grandes ciudades del reino nazarí, Granada, Málaga y Almería y arrastraba a muchas gentes. Esas reuniones místicas se daban también en los pueblos y hay constancia de ellas. En Caniles se reunían sufíes de los contornos para comer, entretenerse, rezar, recitar versos y ponerse en trance, místico por supuesto.

El modo de vida de estos santones es el de los anacoretas y eremitas cristianos. Vivían con recogimiento, renunciaban a todo y estaban en contacto con Dios por la oración.

En las civilizaciones musulmanas todo estaba regulado por la Saria, llamada también Ley Islámica. Las fiestas religiosas, los actos sociales, la higiene, la alimentación, todo estaba informado por la ley que emana del Corán.

El reino de Granada dedicó mucho esfuerzo a ordenar y recopilar la jurisprudencia. Existen muchos libros de derecho y de su aplicación a la vida ordinaria. Naturalmente había diversas escuelas. La predominante en Granada fue la malikí.

La escuela malikí de Occidente cuenta con más de cien fuentes que son los fundamentos de ese derecho con dictámenes jurídicos, planteamiento de cuestiones o casos prácticos resueltos, colecciones de formularios notariales que eran complicadísimos.

La religión y la ley determinaban las costumbres en el reino. Así por ejemplo, el baño era un acto de limpieza corporal y de aseo pero no solo eso. Se hacía para cumplir el deber religioso de las abluciones. La vida entera del buen musulmán estaba enmarcada en ritos mitad religiosos mitad profanos.

Los expertos en esa ley eran los alfaquíes, que eran los que estructuraban esa mentalidad y dirigían la fe, las costumbres, los derechos y los deberes de los habitantes del reino. Eran un poder hasta político dada su autoridad y sus dictámenes acerca de cualquier problema que se planteara.

La ortodoxia de la escuela malikí supo adaptarse luego a las circunstancias de cada momento. Menos mal.

Hay en Granada infinidad de juristas y de obras sobre fundamentos del derecho, libros de formularios notariales complicadísimos, hasta el punto de que al-Jatib escribió una carta contra los notarios donde les daba un repaso a modo con bromas y otras lindezas.

Como idea nos queda que había una normativa bastante complicada donde se mezclaba la religión y la ley, porque el derecho musulmán estaba asentado en el Corán.

Por lo general los cristianos hemos tratado con cierto desdén a los reyes musulmanes y les hemos privado de uno de los títulos que más merecen y es el de legisladores.

Yusuf fue un legislador. Sus ordenanzas son un compendio formidable de leyes sabias que por sí solas son suficientes para colmar de gloria a nuestro rey. Es autor de lo que hoy podríamos llamar un Código Civil y Penal que es una maravilla en muchos aspectos como la previsión social, la sensatez y el conocimiento de las flaquezas humanas.

El código de Yusuf tuvo por objeto uniformar el culto, conservar las buenas costumbres, difundir la enseñanza, mantener al pueblo en su fe y salvaguardar al hombre pacífico imponiendo penas a los transgresores de la ley. Volvamos a la vida de Yusuf.

En los primeros días de su reinado falleció el visir que tuviera su padre, el famoso Reduán. El joven rey ofreció el cargo a un personaje que lo aceptó encantado y que se llamaba Ibrahim Abd al-Barr. Este era un terrateniente, propietario de un capital enorme en tierras, en rentas y en fincas diseminadas por todo el reino. El nombramiento sentó fatal a los menos adinerados. Unos, dignatarios del gobierno con menos posibles que el nombrado, se opusieron rotundamente porque le consideraban un hombre avaro y con pocas cualidades para desempeñar un cargo tan importante. Otros, parte del pueblo llano, habían sido víctimas de la usura y las malas artes de Barr. El pueblo rechazó el nombramiento. Representantes cualificados se presentaron ante el rey para argumentar su oposición al nominado. Le acusaron de altanero, de ser un hombre vano, vengativo, de constituir un peligro para el reino porque sin duda aparecerían los bandos y las discordias que tanto daño hicieron otras veces en Granada. Los representantes de los descontentos rogaron al rey encarecidamente que si deseaba que hubiese tranquilidad y paz en el futuro, destituyese al visir.

El rey era un hombre joven pero lleno de sensatez y de autoridad. Contestó a sus interlocutores sencillamente que les agradecía la información que le pasaban pero que haría lo que considerara mejor para el reino.

Lo primero que intentó fue hacer la paz en el interior de Granada. Tomó buena nota de que los instigadores del asesinato de su hermano habían sido los Banu Abi l-Ulà. Pues mandó expulsar del reino a todos los descendientes de esa familia, especialmente a Abu Tabit, que tras la muerte de su padre había tomado el mando de los guerrilleros procedentes del Magreb.

Enseguida acometió una tarea que consideraba inaplazable. Había tres reinos enfrentados, el de Castilla, el de Granada y el de Fez y si conseguía que hubiera paz entre ellos sería estupendo. A ello dedicó todo su empeño. Envió embajadores a Castilla y a Fez y con paciencia, sabiduría y con la buena voluntad de todos consiguió que se firmara un tratado en que se conciliaban los intereses de los tres reinos. Corría el año 1334 cuando consiguió esa firma que tantos beneficios le iba a reportar.

Inmediatamente Yusuf se puso a mirar hacia Aragón. Allá envió a sus embajadores y en el año siguiente, 1335, Alfonso IV firmó un tratado de paz con Granada en el que se adhería al firmado con Castilla y Fez.

Estos tratados dieron un enorme respiro a Granada, lo que permitió al monarca hacer obras imponentes.

Enseguida se fijó en el aparato del Estado, sus funcionarios y servidores, muchas veces personajes anquilosados en el puesto, enredadores de burocracias que no estimulaban el trabajo ni el buen hacer en el servicio del pueblo. Creó distinciones para premiar la eficacia de sus funcionarios públicos.

Luego se fijó en sus soldados, algunos de ellos desmotivados y acomodados a las circunstancias. Para revitalizar el espíritu de sus hombres creó premios y castigos a la eficacia de los caudillos de sus fronteras.

A continuación se ocupó del buen funcionamiento de la artesanía, la industria y el comercio mandando se escribieran libros para mejorar a estos trabajadores.

Cuando miró a un lado y a otro y vio que las cosas funcionaban más o menos como a él le gustaba se puso a construir cosas bellísimas. Una parte muy importante de la Alhambra es obra suya. También el castillo de Gibralfaro. Vamos a contar brevemente lo que hizo en ambas ciudades.

Vamos a dedicar unas páginas a la Málaga de los años 1350.

Los habitantes de la provincia vivían de la agricultura. El clima de Málaga había contribuido a que se desarrollara de manera espléndida, el clima y el hecho de que entre los árabes se considerara esta actividad como una profesión noble. Heredaron los conocimientos para la labranza de la tierra del gran poeta Columela, incrementando los conocimientos con políticas de decisivo apoyo de parte de los gobernantes. Existen libros muy interesantes y reveladores escritos por musulmanes,

especialmente uno del siglo XI escrito por Ibn Bassâl y que es un verdadero tratado de agricultura además de un referente histórico de cómo se hacía en esa época por nuestros andalusíes.

Existen abundantes relatos de viajeros que se admiraban al contemplar unos campos únicos por sus frutos y por su belleza. Almoccari recorrió la provincia por la costa, desde Sohail, Fuengirola, hasta Vélez Málaga y quedó admirado por las plantaciones y por los frutos que podía saborear. Los higuerales le parecieron únicos en el mundo. También hace notar el escritor lo maravilloso que resultaba contemplar las colinas cubiertas de viñedos y de otros muchos árboles frutales.

Los higos secos les llamaban la atención por encima de cualquier cosa. Les llamaban *tin al malaquí*, que seguramente quiere decir *higos de Málaga*. Almoccari dice que se habían hecho muy famosos en el mundo por lo buenos que son. Los higos de Málaga se exportaban a África, a Arabia, a la India. En los mercados de Bagdad y en las demás ciudades de Oriente eran una fruta exótica y apreciadísima. Ibn Batuta dice:

> *En los zocos de Málaga se vendía la uva a razón de ocho arreldes por un dirham pequeño. Las granadas llamadas murcianas y de color jacinto no tienen igual en el mundo. Los higos y almendras se transportan desde la ciudad y su alfoz hasta los países del Magreb y el Oriente árabe.*

Otra de las gollerías de Málaga era su vino. Los musulmanes lo apreciaban mucho. Su fama se extendió por el mundo islámico mucho más que los higos.

Constatado este hecho en mis lecturas, me he cuestionado si lo tenían o no prohibido por la ley musulmana. Me parecía extraño que hombres religiosos como eran se pusieran cada poco como cubas sin hacerse más reproches que los normales del caso. Así pues hagamos la pregunta clave: ¿Estaba o no estaba el vino prohibido en el Corán?

Me he tomado la molestia de repasar lo mejor que he podido las suras y las aleyas del libro sagrado de los musulmanes por arriba y por abajo y el asunto no está tan claro. Hagamos una lectura y una exégesis aunque sea menguada. En la sura 16 habla de las cosas buenas que nos da Dios y en la aleya 67 dice:

> *De los frutos de las palmeras y de las vides obtendréis una bebida embriagadora y un bello sustento. Ciertamente hay en ello un signo para gente que razona.*

Bien. Se puede decir que Mahoma copió de San Pablo que afirmaba que, lo diré en latín que suena mejor:

Vinum laetificat cor hominis.

Se ve que pasado un tiempo el asunto se le iría de las manos a nuestro Profeta porque ya lo tiene menos claro. Reflexiona acerca de empinar el codo de esta manera en 2-219:

> *Te preguntan acerca del vino y del maysir* (El maysir era una especie de juego, algo así como las máquinas tragaperras actuales pero hecho con piel y hueso de camello. Se debían pasar el día con ello dale que te pego, lo que sentaba fatal al Profeta.) *Di: ambos encierran pecado grave y ventajas para los hombres pero su pecado es mayor que su utilidad.*

Ya va poco a poco el Profeta teniendo muy claro que debe ser prohibido. Mirad lo que dice: 5-90 y 91

> *¡Creyentes!: El vino y el maysir* (otra vez con las maquinitas esas que les debían traer locos) *no son sino abominación y obra del demonio. ¡Evitadlos pues! Quizás así prosperéis. El demonio quiere crear hostilidad y odio entre vosotros valiéndose del vino y del maysir e impediros que recordéis a Dios y hagáis la azalá. ¿Os abstendréis?*

¡Claro! Si se ponían como cubas ¿cómo iban a hacer las oraciones, las postraciones rituales y las abluciones preceptivas? El asunto está claro. El Corán prohíbe empinar el codo.

Sigo adelante sin muchas esperanzas ya de que a la vista de lo leído suavice el Profeta su postura y me llevo una sorpresa morrocotuda. Cuando describe el paraíso, fijaos si tiene conciencia de haber dejado a sus seguidores con ganas de tomar un trago que dice: 47-15

> *Imagen del Jardín prometido a quienes temen a Dios: habrá en él arroyos de agua incorruptible, arroyos de leche de gusto inalterable, arroyos de vino delicia de los bebedores, arroyos de depurada miel.*

Decididamente y a la vista de mi somero repaso al libro sagrado de los musulmanes el asunto no está claro. Si hay un arroyo de vino en el Paraíso delicia de los bebedores, es porque el vino es cosa buena, cosa que yo comparto.

¿Qué uso hacían del vino nuestros malagueños en el siglo XIV? Pues que hicieron sus exégesis adaptadas al caso y al momento. Ellos eran buenos creyentes, muchos

andaban por las rábitas de ejercicios espirituales cada poco pero, amigo mío, ¿se podían o no beber una copita de vez en cuando?

Y ahí intervienen los teólogos y los intérpretes del Corán, unos sufíes y otros simples alfaquíes de pueblo. En primer lugar se decidieron por lo más benévolo que para el caso era derogar la prohibición del Corán en 5-90-91 Y probablemente por haberse quedado un tanto así como inseguros por la decisión establecieron que había dos clases de vinos, uno lícito y otro prohibido. Ignoro si los alfaquíes prohibieron el *Pajarete* y dieron por bueno el *Palo Cortado* o al revés. El caso es que así quedó el asunto, en principio. Digo en principio porque habida cuenta de la dificultad de distinguir en la práctica el lícito y el prohibido, decidieron tirar por la calle de en medio y beber lo que les ponían por delante, sabedores de que se lo iban a encontrar en cantidad tras su muerte en el Paraíso.

Por supuesto que le cantaron en poesías y tenía hasta su denominación de origen. Le llamaban *charab almalaquí*, que me figuro que quiere decir, simple y llanamente, vino de Málaga.

Y no penséis que lo de *Cuando yo me muera, tengo ya dispuesto en mi testamento que me han de enterrar…*, la coplilla esa de borrachos con chapela es invento de ahora. La he leído calcada en escritos de un malagueño poco religioso del siglo XIV. El pobre rezaba insistentemente en su lecho de muerte y le pedía al buen Dios que le dejara llevarse al Paraíso un poquito de *charab almalaquí*, es decir, un traguito de vino de Málaga. Seguramente que Alá se apiadaría de aquel pobre diablo y se lo llevaría metido en algún pliegue de su chilaba hacia el Paraíso. El difunto, agradecido por el detalle, compuso su poesía que no os copio para no cansar al personal.

¿Qué otros productos daba nuestra tierra?

Era fundamental la seda, como en el resto del reino de Granada. Todo el proceso se desarrollaba en nuestra provincia, desde la siembra del árbol de la morera ya que todos los pueblos tenían sus *moraledas*, hasta la propia cría del gusano, la cría de la cochinilla para el tinte posterior, el hilado, los telares en los que se fabricaban damascos y tisúes que luego se enviaban a Oriente donde se vendían a precio de oro.

Había en Málaga una fábrica de porcelanas de primera calidad que tenía fama en el mundo conocido. Se vendían por Oriente y Occidente.

En Málaga se fabrica la cerámica dorada que se lleva a los países más alejados.

Existían también talleres de orfebrería tanto en Málaga como en la provincia. Los árabes eran muy aficionados a regalar y coleccionar ese tipo de joyas, fabricadas en oro, plata y piedras preciosas de diverso tipo y calidad.

Hablemos un poco de los pueblos y ciudades más principales de la provincia.

Marbella era un pueblo precioso que durante algún tiempo estuvo bajo el dominio de los Benimerines. Tenía sus fortalezas pero de poca monta.

El campo de Marbella era muy rico en higueras y viñedos y sus cosechas de higos

y de uvas eran deliciosas. Tenían las uvas de Marbella denominación de origen, las llamaban *marbellíes* y con ese nombre se exportaban al Oriente musulmán.

Sus habitantes eran gentes bastante poco religiosas. Tenían un clima excelente, un cielo en verdad hermoso y cuando se levantaba la vista era un regalo contemplar los paisajes que se ofrecían por doquier. Un clima así, donde el sol parece que calienta más y da más luz que en ningún otro lugar, donde la naturaleza estalla en flores, no invitaba a los hombres de entonces a la austeridad y a la oración. Los marbellíes se dedicaban a la buena vida, a disfrutar de cuanto les brindaba la naturaleza y olvidaban la vida retirada y ascética que les recomendaba el Corán. Las gentes de Marbella en el siglo XIV eran muy aficionados a las fiestas, a las buenas comidas y a escuchar las músicas de los adufes. Atendían mucho más estas músicas que el canto del muecín e iban mucho mejor a los banquetes que a la oración en la mezquita. Pues lo mismo que ahora.

Simonet, el gran arabista malagueño, dice que las gentes de la Marbella musulmana eran egoístas, dados a la buena vida y bastante volateros en sus costumbres.

Fuengirola era también muy antigua. En época romana se la llamó Suel. Los musulmanes la llamaron Sohail porque solamente desde su castillo se podía contemplar la estrella a la que llamaban Sohail y que es la *Canopus* latina. Su término era muy extenso. Todo estaba muy bien cultivado y dominado por su espléndido castillo desde cuyas almenas se ven las campiñas y las aldeas con casas pequeñas rodeadas de chumberas y de higueras. El río corría caudaloso para desembocar muy cerca del castillo y en sus orillas siempre había hombres y mujeres pescando exquisitos peces.

La fama del castillo de Fuengirola llegaba hasta los lugares más recónditos del mundo conocido. Sufrió durante mucho tiempo los ataques de las naves cristianas que recorrían las costas del Mediterráneo armadas para el corso.

Ibn Batuta, en su viaje entre Marbella y Fuengirola, sufrió uno de esos ataques, del que salió bien librado por pura suerte. El incidente lo describe con toda minuciosidad, el engaño que les tendieron en el camino, cómo cayeron en él unos soldados musulmanes y cómo se libró por chiripa pernoctando en el castillo al amparo del alcaide que al día siguiente lo acompañó hasta Málaga.

Entre Fuengirola y Málaga había dos castillos menores, uno el de Mijas y otro el de Osuna, situado donde actualmente está el barrio de las Osunillas.

Málaga fue una ciudad de gran fama entre los musulmanes españoles. Cuando alguno venía a visitarla y la describía en sus poemas derramaba cantidad de elogios ensalzando las maravillas de esta tierra. La llamaron *tierra del paraíso, atalaya de altivas águilas, frente de mujer seductora no cubierta con velo, hermosura del Islam*, entre otras cosas.

Las descripciones que hacen los autores musulmanes de Málaga son sobrecogedoras. A veces dan ganas de soñar cuanto refieren en sus escritos. Nos hablan de unos jardines inigualables, de sus castillos y alcázares, del colorido de sus palacios, de sus campos, flores, frutos, de sus callejuelas estrechas y únicas en el mundo.

Málaga tuvo en el siglo XIV dos castillos, la Alcazaba y el de Gibralfaro.

Los escritores musulmanes se sintieron cautivados con las construcciones que se elevaban en lo alto de un peñasco que dominaba la ciudad. Decían que se podía ver cómo la lluvia caía bajo los muros de aquella fortaleza. Gibralfaro dominaba por completo la ciudad y el puerto. Su existencia original data de época romana y fue reconstruido en la invasión musulmana partiendo de los viejos muros heredados de siglos atrás. Fue el rey Yusuf quien aumentó su recinto, reconstruyó sus murallas y levantó en lo más alto un alcázar impresionante en el que gastó ingentes sumas de dinero.

El sultán de Granada soñó el castillo, él mismo lo diseñó al milímetro, estuvo a pie de obra siguiendo su construcción día a día hasta que lo vio terminado allá muy alto, enorme, bellísimo, como un gran pájaro que vigilara desde las alturas a la preciosa ciudad de Málaga.

Una construcción de esa clase necesitó mucho dinero. La verdad es que no se sabe de dónde lo sacó nuestro Yusuf. Las gentes murmuraban imaginando que en breve se les impondrían cargas o impuestos para pagar aquella locura. El rey no hacía caso y seguía pagando a sus alarifes, comprando adornos, llevando a los artesanos materiales para que labraran maravillas que quedaran para siempre en Málaga.

Los habitantes del reino comenzaron primero a murmurar, luego a imaginar fantasías. ¿Sería el rey un mago alquimista y haría que las piedras se convirtieran en oro?

¡Sí! Seguramente era así. El murmullo de que tenían un rey que era mago se extendió por las aldeas y las alquerías agigantando la figura de un monarca excepcional.

Para edificar el castillo del Monte del Faro partió del convencimiento de que era necesario unir las dos fortalezas para que tuvieran una excelente comunicación en caso de defensa. Para ello, desde la Alcazaba hacia arriba, edificó dos grandes murallas que separadas unos diez pasos harían el camino hacia el nuevo castillo evitando así que ningún enemigo les cortara la comunicación entre una y otra fortaleza.

Caminando hacia arriba por esa *coracha* se llegaba a la puerta principal del nuevo castillo, que estaba sostenida por imponentes arcos árabes labrados con mil filigranas. Por esa puerta se daba acceso a un campo que posteriormente se llamaría *El Corral de los Cautivos* porque bajo esa explanada se construyeron unas mazmorras en las

que se encerrarían los prisioneros cristianos.

El recinto entero de Gibralfaro estaba cercado con una doble muralla, una más baja y otra más alta. Sus muros estaban salpicados de almenas y torres de defensa. En la misma cumbre de la montaña se elevaba la parte más importante de la fortaleza. Allí construyó baluartes y torres. Una dominaba el actual barrio de la Victoria. Otra, la torre del Homenaje, estaba sostenida por grandes arcos y defendía la fortaleza hacia el Levante aunque en realidad, por ser más alta que las demás, dominaba todas las entradas. La puerta de esta torre estaba adornada con filigranas de estilo granadino. Otra puerta de la fortaleza daba a la actual Caleta.

Dentro de esta torre del Homenaje había pozos y aljibes, uno de los cuales se llamaba *pozo Airón* que era muy profundo y distribuía el agua por aljibes de los que se abastecía el castillo y a veces la ciudad.

En el interior de la fortaleza construyó el rey mansiones para sí mismo, para sus nobles y los jefes del ejército.

Al Sureste había una torre que servía de mezquita a los soldados y a los habitantes del castillo. La puerta de esta mezquita estaba adornada con preciosos mosaicos malagueños. El interior se dividía en tres naves separadas por arcos maravillosos. En la nave principal lucía espléndida una cornisa de madera en la que mandó hacer inscripciones del Corán y otras alusivas al mismo Yusuf y a sus hazañas. En el fondo de la nave estaba el mihrab hecho en maderas bellamente labradas. El techo era de madera labrada y la pila de las abluciones de mármol verde de Sierra Nevada.

El conjunto era pues una fortaleza inexpugnable y un alcázar de una belleza singular por sus edificaciones y por el panorama que desde allí se divisa. Era un gigante de piedra que asentaba sus cimientos en una roca inmensa. Si alguien deseara atacarla o escalarla debía ser un atleta excepcional y un soldado fuera de serie.

Es verdad que Gibralfaro, el castillo del Monte del Faro, fue un viejo castillo romano. Allí se refugiaron los mozárabes en los primeros tiempos de la invasión. Allí, según la vieja leyenda árabe contada por nuestro paisano Simonet, allí, decía, Umar ibn Hafsun fue a buscar a su amada que estaba en poder del joven cadí del castillo. Es verdad que algunos reyes de Málaga, los hammuditas descendientes del Profeta, intentaron hacer en ese castillo su mansión. Es verdad que los Almorávides o los Almohades intentaron, soñaron con el Monte del Faro. Todo eso es verdad pero el gran rey que edificó el castillo de Gibralfaro fue nuestro Yusuf. Sigamos viendo la Málaga del siglo XIV.

Bajo la fortaleza de Gibralfaro y comunicada con ella por los dos muros de *la Coracha* se levanta otra singular edificación a la que los musulmanes llamaron la Alcazaba.

También fue originariamente un monumento romano. Aún se conservan columnas y capiteles de aquella época. Luego sería reconstruido y ampliado por los califas

cordobeses. Su definitiva construcción se la debemos a los reyes de Granada, especialmente a Badis, que destronó a los reyes hammuditas de Málaga para hacerse dueño y señor de la ciudad. La Alcazaba es la fortaleza mas antigua y más cercana a la propia ciudad. Tenía tres murallas con sus torres y almenas.

Las mansiones de los reyes, walíes y alcaides que gobernaron Málaga debieron estar en la parte más baja, por donde la Alcazaba se acerca al actual edificio de la Aduana. También está la Alcazaba rodeada por murallas increíbles, por fosos de defensa y por torreones desde los que se divisan las aguas del mar inmenso y el azul infinito de un cielo que refleja el mar como que se hubiera hermanado con él. Este fabuloso castillo tenía ciento diez torres, de las que treinta y dos eran auténticos baluartes, puertas de una belleza enorme, aljibes, baños, norias, mezquitas, palacios, jardines.

La Málaga musulmana era una ciudad toda ella cercada como el resto de las españolas en la Edad Media. Las Atarazanas tenían una extensión bastante considerable, con muchos almacenes abovedados, con murallas hechas de tierra, cal y ladrillos. En el interior había una mezquita cuya existencia nos consta aún después de la conquista porque nos la describe al detalle el viajero alemán Jerónimo Munzer. En la puerta de la mezquita se pudo ver la inscripción nazarí que se repite en la Alhambra *le galib ille Alla*.

En la parte occidental de las Atarazanas, metida en el mar, lucía esbelta, temible y bellísima la *Torre Gorda*. Era una fortaleza, como un espolón metido en el mar. También tenía su mezquita y desde lo alto de ella el muecín llamaba a la oración con más posibilidad de ser escuchado que desde ningún otro minarete de Málaga. Por eso ellos la llamaron *Borch Hayta*, que significa *Torre del Clamor*.

Los muros de Málaga se retorcían por el actual Pasillo de Santa Isabel, en cuya esquina había una torre con una puerta por la que se salía a un precioso puente de piedra con cinco ojos sobre el Guadalmedina. Al otro lado del río y del puente había otro torreón con otra puerta que daba a los arrabales.

Desde el torreón sobre el Guadalmedina que acabamos de mencionar seguían los muros hacia arriba por el actual Muro de Puerta Nueva, donde existía un baluarte y continuaba la muralla por la actual calle Carretería, donde había una torre redonda. Luego seguía hasta otra puerta llamada de Antequera. Seguía la muralla por la actual acera derecha de Carretería hacia el Muro de San Julián y la puerta de Buenaventura. Desde allí continuaba por la actual calle Álamos hasta la Plaza de la Merced y la Puerta de Granada.

Esta puerta era una de las más importantes de la ciudad. Tenía tres arcos y a su alrededor había fortificaciones que unían las murallas a la Alcazaba. Desde la Puerta de Granada salía un muro hacia el Molinillo y la Goleta.

Málaga tenía doscientas torres de defensa. Aparte, claro está, el arrabal, rodeado

también de muros con torres y baluartes. Ese arrabal comprendía la actual calle Mármoles. Existía un torreón al principio de esa calle y otro por la mitad de ella, a la altura de la actual ermita de la Zamarrilla. También había arrabal en la actual Estación de la Renfe. Otro en el Atabal.

Todas las colinas que rodeaban Málaga estaban plantadas de viñas, higuerales y encinas. Otras estaban cubiertas de monte. Los campos eran auténticos huertos con naranjos, olivares, granados, limoneros, palmerales y distintas clases de plantas que conformaban jardines preciosos.

Dentro de los muros de la ciudad había verdaderas mansiones, universidad, baños, hornos, casa de moneda, posadas para viajeros y sus carruajes o caballerías, de todo en fin cuanto contaban las ciudades musulmanas españolas. El único edifico público era la mezquita, lugar de oración y también de reunión entre los habitantes de la ciudad.

La vida del malagueño se hacía en familia y en la casa acumulaban cuanto pudieran necesitar, no solo necesidades sino también lujo y placeres. Dentro de las casas tenían jardines preciosos, sus adornos de paredes y techumbre eran típicos musulmanes y el perfume se extendía por toda la casa dándole un aire íntimo y sensual.

En Málaga había muchas mezquitas. Hemos hablado de algunas de ellas, como la de Gibralfaro o como la que existía en las Atarazanas. La gran mezquita estaba donde actualmente se alza la iglesia del Sagrario y en el callejón que une esta iglesia con la Catedral. Sabemos de ella por lo que describe un viajero musulmán y debió ser muy grande, rica en arte y lugar de encuentro de los musulmanes de Málaga ya que fue su mezquita mayor. Esta mezquita tenía sus fuentes de abluciones, Patio de los Naranjos y demás adornos que han sobrevivido a los años en Córdoba, por ejemplo, pero que en Málaga cayeron bajo la piqueta o el tiempo.

Málaga tuvo un puerto que fue admiración de propios y extraños. A la misma orilla del mar hicieron una especie de calzada formada por grandes piedras asentadas en perfecto orden y que hacían de excelente rompeolas. Era el muelle comercial donde los barcos cargaban y descargaban sus mercancías. El trasiego de buques era continuo. Iban y venían cargados de higos, pasas, almendras, vino dulce, sedas, azulejos y otras manufacturas del reino para Castilla, Aragón, para el Norte de África, Sicilia, Arabia y hasta las regiones más remotas de China o de la India.

Los mercados de Málaga estaban muy bien abastecidos de toda clase de frutos y otros productos que eran admiración de propios y extraños.

Las gentes de Málaga eran buenas personas, caritativos y religiosos. Cuando se hacían llamamientos a su generosidad respondían de muy buena gana. Cuando alguna calamidad pública sacudía la ciudad o sus alrededores o había algo que tocara el corazón de los malagueños, se solían colocar en las puertas de las mezquitas

personajes importantes de la ciencia o la cultura, hacían su exposición al pueblo, formulaban sus peticiones y las gentes daban limosnas con gran generosidad. También sucedía así si se trataba de pedir dinero para redimir cautivos.

Decía que a Yusuf debe la ciudad de Málaga el impresionante castillo de Gibralfaro. Y continuó su labor de constructor, nada menos que en Granada.

La obra de Yusuf en La Alhambra es inmensa. Se puede decir que él consolida el monumento tal y como hoy le conocemos. Hay que distinguir en Granada su arquitectura militar, al estilo de Gibralfaro, de sus construcciones civiles en el propio palacio, para residencia de los reyes, menos de defensa y más de ornamentación.

Nuestro rey se planteó en primer lugar la necesidad de que Granada estuviera perfectamente defendida. Después de ver todas y cada una de las edificaciones militares de Yusuf se comprueba que siguió un plan muy bien definido y ejecutado pensando en primer lugar en la defensa de la ciudad.

Suyo es el diseño de las puertas de la Alhambra empezando por la *Puerta de la Explanada* o *de la Justicia*.

El nombre de Puerta de la Explanada viene del siglo XVI y se le dio injustificadamente. Su nombre original fue Bib Xari'a. La construyó nuestro Yusuf, terminándola en 1348. Es imponente, a la vez puerta y torre con planta en U, tuvo un uso diario cívico y militar. Está hecha de grandes bloques de mármol y forma un arco de herradura con un recuadro de ladrillo y en la clave hay grabada una mano que es probablemente un amuleto coránico porque los cinco dedos representan los cinco preceptos fundamentales que unen a la divinidad: unidad de Dios, oración, ayuno, limosnas y peregrinación a La Meca. Este arco da paso a un espacio abierto para la defensa y en el que se encuentra la puerta interior que está metida en otro arco en forma de herradura, sostenido por columnas.

En la dovela central de ese dintel hay una llave con un cordón que no se ve en ninguna otra parte del monumento y que parece ser un símbolo del poder de abrir y cerrar las puertas del Paraíso que Dios concedió a Mahoma. Sobre ese arco de mármol hay una inscripción en árabe que dice:

> *Mandó construir esta puerta llamada Bib Axarea —Alláh haga prosperar por ella la ley del Islam y sea un signo de gloria duradero— nuestro Señor el Emir de los musulmanes, el sultán, el guerrero de la fe, el justo Abu l-Hayyay Yusuf hijo de nuestro señor el sultán, el guerrero de la fe, el santificado Abu l-Walid ben Nasr. Se terminó esta obra en el mes de la Natividad magnificada del año 749 (junio de 1348). Haga Dios gloriosa y protectora esta fundación e inscríbala entre las obras piadosas e inmortales.*

Este arco y esta puerta provocaban la primera admiración de los que nos acercábamos a la Alhambra, entrábamos por ella y soñábamos con magias y sortilegios de manos y llaves que tantas leyendas nos han hecho imaginar. Subíamos desde Plaza Nueva por la Cuesta de Gomeres y lo primero que encontrábamos de la Alhambra era esta puerta, la mano, la llave y así, poco a poco nos íbamos adentrando en un mundo de ensueño.

Otra torre de la Alhambra que hizo nuestro rey fue la *del Cadí*. Está situada enfrente del Generalife. Es parte del camino de ronda de la muralla. En el siglo XVI se la llamó *Torre del Preso*. Y en los siglos XVII y *XVIII* se la llamó *Paso de la Zorra*. El zaguán de esta torre está atravesado por un pasadizo que comunica el camino de ronda por la muralla.

Otra torre obra de Yusuf, es la *Qalahurra Nueva de Yusuf* o *Torre de la Cautiva*. Es una continuación del camino de la muralla, la siguiente torre en dirección sur a la anteriormente descrita o *del Cadí*. Como casi todas la torres de la Alhambra tienen un nombre original y otro posterior, por el que se la conoce. Esta torre se la conoce como *de la Cautiva* porque en ella vivió la favorita del rey Muley Hacem, Doña Isabel de Solís, conocida como Zorayda. En época posterior a la conquista fue habitada por los alcaides cristianos y posteriormente restaurada. Y es otra maravilla. Pasadizos, bóvedas, patios pequeños ceñidos en tres de sus lados por galerías con arcos, festones sobre impostas de mocábares, yeserías preciosas con admirables ornamentaciones e inscripciones alusivas a la religión, todo eso hace un conjunto maravilloso en un lugar único.

La habitación principal tiene galerías laterales en las que hay alacenas con vasares y arcos en los que se leen inscripciones con bellísimos poemas. Es de planta cuadrada con camarines abiertos. En los arcos hay una inscripción de elogio a Yusuf. Al fondo de los camarines hay dos balcones gemelos. Los muros de la sala están cubiertos de escayolas preciosamente labradas, parecidas a las del Salón de Comares, también obra de Yusuf. Los zócalos de azulejos están rodeados de inscripciones alusivas a la misericordia de Dios.

Entre las obras de arquitectura militar atribuidas a Yusuf hay que destacar también la construcción de cuarenta atalayas o torres de vigía en toda la costa del reino.

Pero la obra fundamental de nuestro rey es el Salón de Comares. Fue su última obra. No le dio tiempo a más y veremos por qué. Desde luego la más maravillosa y admirable de cuantas construcciones hay en la Alhambra y seguramente uno de los conjuntos arquitectónicos más bonitos del mundo.

Debió soñar con su obra porque él la diseñó, derribó por completo el palacio que en el mismo lugar había construido Ismail, dirigió las construcciones principales y lo dejó todo encarrilado para que fuera su hijo Muhammad V quien terminara lo que él

mismo había soñado, diseñado e iniciado. Suyo es el Salón de Comares y el resto es obra de su hijo.

El Salón de Comares es una de las maravillas de la Alhambra. Si entramos en él vemos una alhacena en cada lado del arco de entrada y enfrente tres cubas, la central mayor que las laterales, cerrándose con celosías adosadas a los muros. Hay una inscripción, seguramente de Ibn al-Jatib, donde se dice que allí estaba el trono del soberano, donde daba audiencia a sus súbditos.

La dimensión y la profundidad de todo el conjunto se la dan las combinaciones de colores. Los zócalos son una maravilla de la escuela musulmana. Los paneles verticales, los yesos parecen tapices colgados de las paredes.

Decir por fin que nuestro Yusuf, hacia el año 1349, construyó un edificio singular que todo el mundo conoce en Granada. Construyó la Madraza al lado mismo de la mezquita mayor, con planta cuadrada y ventanas de doble arco.

La Madraza era la Universidad de Granada. Nuestros musulmanes construyeron Madrazas en Toledo, Córdoba, Málaga, Sevilla, Almería y Granada. Estaban dotadas de laboratorios, de bibliotecas, de observatorios astronómicos y de todo el material científico conocido entonces. Mucho antes que las grandes universidades cristianas de París, Salamanca, Alcalá, Palencia o Bolonia existían aquí universidades que eran cuna del saber humano y científico, cátedra donde enseñaban sabios que aún hoy nos admiran a pesar de que nuestra civilización haya querido borrarlos del mapa.

Yusuf era un intelectual, un hombre con la cabeza muy bien amueblada, sabía cómo organizar la sociedad en su reino, fue un inmenso constructor y además, insisto…, además era un mujeriego empedernido.

Algunos reyes nazaríes dice la historia que eran castos, otros no bebían vino o eran más o menos austeros. Pues este veía una señora y los ojos se le hacían garabitos. Le veremos con hijos de varias mujeres y debía tener amoríos por acá y por allá, sus cómplices y compañeros de aventuras. Pero, claro, como todas esas cosas resultan más tarde o más temprano, más adelante os contaremos cómo acabó un arráez de su caballería que al par era su confidente y debió sobrepasarse un tanto así.

¡Bah! Contémoslo ya.

Resulta que el caudillo de la frontera de Murcia se llamaba Reduán y el arráez de la caballería granadina era Omar, un noble caballero de sangre real de los benimerines africanos. Pues los dos salieron de expedición, corrieron la tierra, quemaron y talaron los campos, arrasaron la fortaleza de Guadalimar y volvieron a Granada triunfantes con más de mil quinientos esclavos.

La fiesta en Granada fue a lo grande. Hubo zambras, arcos de triunfo, bailes, juegos de caballería, tanto más cuanto que Omar era amigo de la infancia de Yusuf.

La fiesta fue larga y abundante en toda clase de cosas buenas. Omar y el rey iban de acá para allá, bebiendo, mirando y más cosas que os imagináis, excusando que me

adentre en descripciones que no alcanza mi imaginación. El caso es que ambos amanecieron no se sabe dónde y encima el arráez había quedado mucho mejor que el rey en asuntos amatorios.

¡Cosa grave! Aceptad un consejo. Si os ponéis a jugar o a competir con el que manda no le ganéis nunca. Es peligroso. Uno siempre debe quedar por debajo y si el que manda se pone gallito, dejadle la salida abierta.

¿Qué le pasó a Omar? Pues que apenas el rey se despertó, se sacudió como pudo la resaca y vio que había hecho el más espantoso ridículo, encerró en las mazmorras a Omar y a sus hermanos que habían reído la gracia. El puesto de arráez se lo dio a un tal Jahie, primo suyo y todo el mundo a callar. La verdad es que la corte andaba en hablillas sobre el asunto y en Granada, que todo acaba sabiéndose, se corrió la voz de la desventura amorosa del rey, de la aventura y desventura de Omar y cómo el pobre gemía atado con hierros en el calabozo. Por supuesto que todo el mundo cerró la boca aunque las gentes, cuando pasaban por allí, miraran de reojo a las Torres Bermejas y señalaban con el pulgar hacia arriba diciendo para sus adentros:

—*¡Anda! Para que te cachondees del rey otra vez.*

Y a estas alturas nuestro Yusuf tenía hijos de varias mujeres. De la que podríamos llamar la reina madre tuvo a Muhammad, el príncipe heredero, que nació allá por el año 1339. El nombre de esta primera esposa de Yusuf no está escrito en ningún libro. Normal en la historia de los reyes y príncipes musulmanes. Tuvo también una segunda esposa o tercera o cuarta, quién sabe, de la que sí sabemos su nombre. Se llamaba Maryam y esta era una lianta, ambiciosa, intrigante y muchas cosas más. Si conocemos su nombre es porque no se estuvo quietecita en el harem cosiendo, perfumándose para cuando viniera Yusuf, a lo sumo chismorreando un poco con las esclavas y los eunucos. Hablaremos más adelante de esta Maryam. Sigamos contando la historia de Yusuf.

Corría el año 1340, era otoño cuando las puestas de sol en Granada son infinitas y el día no quiere irse nunca. Pues un día de esos de otoño llegó a Granada un correo de parte de Alí Abul Hasan, rey de Fez. La noticia que traía era impresionante. El rey había salido de África con su armada compuesta por 140 galeras, había rodeado a la armada cristiana mandada por el célebre almirante Don Jofre Tenorio y la había destrozado. A unas las había hundido, a otras las había apresado y la armada cristiana no existía.

¡Qué alegría se sintió en Granada! Al fin les habían librado de los malditos cristianos que atacaban las costas del reino destrozando cuanto encontraban a mano. La alegría fue inmensa y la fiesta que se organizó fue por todo lo alto. Hubo fuegos artificiales, zambras, juegos ecuestres, así durante varios días con sus

correspondientes noches de música, bailes, vino, eso sí, del permitido en la saria.

Una vez concluidos los festejos, en los que por supuesto participó el rey, mandó Yusuf organizar una comitiva para ir al encuentro de Alí, visitarle en sus reales cercanos a Algeciras y darle personalmente la enhorabuena por el éxito tan rotundo conseguido por sus galeras. Fueron con Yusuf muchos alcaides de sus fronteras, bastantes caudillos y abundante comitiva de lo más lucido del reino.

El encuentro fue solemne. Se sirvieron espléndidos banquetes, se pronunciaron discursos y se prometieron fidelidad, alianza y todas esas cosas que se dicen en estos casos, sobre todo teniendo en cuenta que el enemigo que tenían enfrente era importante y ambos reyes se necesitaban más que nunca.

Ocurre que el ejército de Fez llevaba ya tiempo en Algeciras, tenía mucha caballería, bastante infantería, ya llevaban unos días por estas tierras y no podían estarse quietos ni para atrás. Mientras se celebraban las fiestas los dos caudillos de Alí, Aliatar y Abdulmelic, decidieron hacer sus pinitos guerreros. Cercaron Tarifa, luego siguieron por Jerez, Lebrija, Arcos y demás pueblos cercanos. Salieron a campar por sus respetos y se les llenaron los ojos y las manos con la presa que tan a la mano se les venía.

Y claro, los cristianos ni estaban quietos ni eran tontos. Conocían palmo a palmo el terreno y mientras los moros contaban el oro y las joyas que acababan de requisar a los paisanos les esperaron, les cercaron y uno tras otro los caballeros y los infantes de Fez que se las prometían felices en nuestra tierra fueron acuchillados. Aliatar y Abdulmelic lucharon cuanto pudieron pero sus cuerpos acabaron como los de los zenetes, los masamudes, los gomeres y demás tribus africanas. Cayeron cuando aún no habían tenido tiempo ni de cansarse.

Los reyes de Granada y de Fez estaban celebrando el encuentro, parlamentando y tal cuando les llegó la noticia del desastre de sus caballeros. ¿Qué podrían hacer? Habían caído en una buena encerrona por la insensatez y la imprudencia de los caudillos africanos. No les quedaba otra opción que enviar correos urgentes, uno a Fez y otro a Granada para que se reunieran los mejores ejércitos posibles. En buen lío estaban metidos a cuenta de una mala aproximación.

Don Alfonso XI era el rey de Castilla y estaba en Sevilla. Vio la ocasión inmediatamente. Llamó al rey de Portugal y ambos salieron hacia Tarifa con la intención de librar una batalla, seguramente decisiva, que se conocerá por la historia como la batalla del Salado.

Don Alfonso y el rey portugués salieron de Sevilla con sus ejércitos, acamparon en las orillas del río Salado y allí dieron vista al campamento de los musulmanes. El momento era tremendamente delicado. Uno y otro bando comprendieron que la batalla iba a ser decisiva. Por tanto nada de librar escaramuzas con campeadores de ambos bandos como solía hacerse bastante a menudo en casos parecidos. Les pareció

una temeridad y un dispendio gastar las fuerzas en juegos malabares. Además era ya casi la hora de la puesta del sol. Les parecía que si comenzaban la lucha la oscuridad les haría dejar las armas sin que la batalla se decantara por alguno de los dos bandos.

Los ejércitos estaban frente a frente. Era la hora de las arengas y las invocaciones al Dios de cada uno. Los reyes de Granada y de Fez repartieron instrucciones a sus capitanes. Cada adalid o cada jeque debía tener muy clara su misión y la coordinación con el resto del ejército, que debía funcionar como una máquina. Luego uno y otro arengaron a sus ejércitos. Les aseguraron que la victoria estaría de su parte si se mantenían fuertes en una batalla que sabían sería decisiva.

Así pasaron la noche apenas sin dormir, nerviosos, deseando que se hiciera de día. Y amaneció en los campos verdes cercanos a Tarifa, en las orillas del río Salado. Los tenues rayos de luz hicieron desaparecer al lucero de la mañana y eso fue la señal que estaban esperando. Estaban tan cerca que se confundían los ruidos de las trompetas, los tambores, los lelilíes y las bocinas. Los caballos piafaban aguijoneados por las espuelas de los impacientes caballeros. Los capitanes gritaban sus últimas consignas o daban voces a sus soldados tratando de inculcarles el valor para el combate.

Entre ambos ejércitos ya no había más que las aguas del río Salado. El primer paso adelante lo dieron los batallones cristianos. Inmediatamente salieron a su encuentro los soldados de las tribus africanas, los zenetes, los gomeres y la caballería granadina. Y se inició una feroz lucha de espadas contra alfanjes, lanzas, puñales, gumías y grandes mazas que se agitaban por encima de los contendientes de uno y otro bando hasta caer pesadas y mortíferas sobre las cabezas de los adversarios.

En el bando cristiano destacaban por su fiereza los caballeros de la Banda, una orden que presumía de contar entre sus hermanos a los caballeros más fuertes, más valiente y mejor adiestrados del reino. Estos atacaron con enorme fiereza a los africanos que no pudieron resistir su empuje y se unieron en una especie de remolino defensivo que los hacía aún más vulnerables.

Detrás de las filas de los combatientes, alejada del resto, estaba la tienda de Alí, el rey de Fez con sus mujeres y sus eunucos. Y hacia allí se encaminaron los cristianos cercados de Tarifa. Lo tenían fácil. Era lo más próximo a ellos, lo más desguarnecido y uno de los puntos sensibles del emir africano. En un abrir y cerrar de ojos se apoderaron de la tienda, de las mujeres y de las riquezas de Alí.

Los benimerines, al ver la tienda de su rey en poder del enemigo salieron huyendo como alma que lleva el diablo. Dejaron tirados a los granadinos y a su rey.

El rey de Granada sintió que le subía a la cabeza toda la sangre de su cuerpo. El ejército cristiano embestía a los granadinos mientras los africanos se acercaban corriendo al Estrecho, buscando las naves que les trajeron a este lado, a ver si conseguían abordarlas y ponerlas en marcha camino de África.

Yusuf dio una orden a sus alféreces. Era urgente encerrarse en Algeciras antes de

que estuvieran rodeados por los cristianos. Si eso sucedía los iban a masacrar. Por fin consiguieron cumplir con la orden del rey, no sin dejar miles de muertos, de despojos, de caballos, de heridos, de armas por las orillas del río Salado.

El rey de Fez se encerró en Gibraltar y ese mismo día consiguió acercarse a sus naves, embarcar en ellas y poner rumbo Ceuta, para desde allí dirigirse a sus reinos, de los que nunca debió salir. El rey de Granada soñaba con sus tierras y sentía que iba a ser imposible acercarse a ellas. Los cristianos le pisaban los talones. Ni siquiera les daba tiempo a mirar hacia atrás y ver dónde habían quedado sus heridos y sus muertos. Solo les daba tiempo a correr y correr en dirección a Marbella, donde habían dejado sus naves. Si pudieran conseguir llegar antes de ser alcanzados, embarcarían rumbo a sus costas.

Al fin, tras día y medio de correr por la costa, llegaron a Marbella. Sin descansar un minuto, sin darse tiempo a embarcar agua o víveres para la travesía, montaron en sus naves. Menos mal que tuvieron buen viento que les llevó sin incidentes a Almuñécar, ya a salvo de los posibles ataques de los malditos cristianos.

¡Qué desastrosa campaña! Hubo muchos días de duelo. Habían muerto muchos soldados, muchos nobles, entre ellos el principal cadí de Andalucía Muhammad Alascari. Pero no había tiempo ni para llorar a los muertos. El maldito rey de los cristianos, más fuerte y envalentonado que nunca, se acercaba a Granada. Ahora la atacaba por el flanco norte. Había puesto cerco a Alcalá la Real y en poco tiempo consiguió rendirla. Luego siguió adelante por Priego, atacó Benamejí por donde la campiña cordobesa se asoma a los llanos de Antequera. Y por si fuera poco los restos de la escuadra mora fue derrotada en aguas cercanas al Estrecho.

Alfonso se sentía un triunfador y era consciente de que había que aprovechar la inercia de sus victorias y rematar la tarea que tantos antecesores suyos habían soñado. Era su hora. Había que echar a los musulmanes de España. A todos. Y era necesario hacerlo con método, con orden. ¿Por dónde empezar? ¿Dónde eran más débiles? ¿En qué lugar les haría más daño? Reflexionó con detenimiento, consultó con sus nobles y con los caballeros de las órdenes militares que luchaban a su lado y decidió atacar Algeciras.

Algeciras era una ciudad preciosa, estaba muy bien defendida, sus campos eran excelentes, una plaza de las que apetece conquistar por su situación estratégica y por su grandeza. Alfonso la cercó con toda clase de máquinas de guerra, con fosos, con trincheras y con magníficas compañías de soldados.

Los cercados comprendieron el apuro en que se encontraban y comenzaron una estrategia de estorbar cuanto pudiesen un cerco que les sería sin duda fatal. Sus salidas a veces eran bastante eficaces y mataban a los caballeros de cruces en el pecho que les intentaban cercar. Pero los cristianos levantaron grandes máquinas de guerra, torres de madera y otros muchos artilugios para combatir la ciudad. Los

musulmanes a su vez destruían esas terribles máquinas de madera arrojándoles grandes piedras desde sus muros. Otras veces les lanzaban grandes bolas de hierro impregnadas en nafta.

Yusuf se sintió obligado a defender una plaza que era la llave del Estrecho. No había tenido tiempo de reponerse de la derrota anterior y se veía obligado a reunir un nuevo ejército, desandar lo andado y marchar hacia Algeciras para intentar una defensa que se le antojaba imposible. Pero debía hacerlo. No tenía otra solución si no quería dar la apariencia de que abandonaba su reino en manos de su enemigo. Salió de Granada con su caballería y acampó en las orillas del río Guadiaro.

Yusuf era un hombre a veces hasta temerario. Reunía a sus nobles y les decía que debían acometer a sus enemigos. Sin embargo sus caudillos no se atrevían a presentar una batalla en la que estaban seguros iban a tener el papel de perdedores. ¿Cómo se podría atacar un campamento tan bien fortificado como el de Alfonso? Repetían a su rey que lo único que podían hacer era esperar a que salieran en descubierta y atacarles con escaramuzas fuera de su real. La infantería granadina estaba muy impresionada con la derrota que acababan de sufrir en el río Salado.

Tuvieron fuerzas para una única escaramuza que les valió de poco porque si atacaban lo único que conseguían era caer en los mismos fosos de defensa y de cerco que se habían hecho para atacar Algeciras. Y así era imposible conseguir nada de provecho.

Los musulmanes cercados en Algeciras lo estaban pasando muy mal. Tenían el miedo metido en el cuerpo, no esperaban sino una derrota y tal vez que los cristianos hicieran una matanza entre ellos. Su única comunicación con el rey de Granada era un pequeño bajel que salía cuando podía de Algeciras y se acercaba al real granadino al lado del río Guadiaro. A veces les podían enviar algo de provisiones en su viaje de vuelta pero tan poca cosa que en vez de ayudar desanimaba a los cercados.

Un día llegó al real de Yusuf un mensaje de los cercados de Algeciras. Se lo trajeron en aquel pequeño barquito. Y era en verdad derrotista. Traía propuestas de rendición. ¿Qué podían hacer si no? No tenían alimentos ni armas, no podían contar con la ayuda del ejército granadino incapaz de hacer daño a los castellanos. No veían otra solución que negociar con Alfonso alguna manera de terminar aquello de una vez.

Yusuf sintió que era la única decisión que podía tomar. No le quedaba más opción que entregar Algeciras antes de perder el reino. Sus nobles estaban convencidos de que era la mejor solución. Así se perdió Algeciras para el reino de Granada. Después de veinte meses de cerco entraron los cristianos en Algeciras. Alfonso no hizo matanzas ni guerras de exterminio. Le quedaba mucha tarea. Trató muy bien a los caudillos musulmanes y todos quedaron encantados con su generosidad.

Yusuf volvió a Granada. Era un hombre de paz. Había sido una derrota pero

mejor así que destruidos o aniquilados. Tenía por delante la inmensa tarea de continuar organizando muchas cosas en el reino, como las escuelas y la enseñanza. Los jóvenes granadinos debían poder estudiar. Y la enseñanza debía ser uniforme, reglada, sencilla, bien dotada de profesores y de medios. Tenía un gran edificio, su Madraza, que llevaría siempre su nombre. La enseñanza en Granada sería un modelo en el mundo musulmán.

Las mezquitas eran un buen lío, a veces una mezcla de ritos, de oraciones embarulladas y mal dirigidas. Era fundamental que todo aquello tuviera orden. Y a ello se aplicó. Hay que ser serios en la oración. Cuando se está orando en las mezquitas no se puede estar en la calle vendiendo, comprando ni haciendo cosa alguna que distraiga a los fieles de su ocupación fundamental en esos momentos.

Cuando hay dos mezquitas muy cercanas, tanto que se oiga en una el canto de la otra, que se haga la oración en una sola para no interrumpir el buen funcionamiento de las plegarias. Y que todo el mundo se coloque con orden. Delante los adultos. Detrás los jóvenes. Detrás de los jóvenes que se coloquen las mujeres pero apartadas de los hombres. A la salida que se esperen los hombres y los muchachos para que salgan primero las mujeres. Las muchachas jóvenes que no vayan a las mezquitas si no hay un lugar especial para ellas. Y si lo hay que vayan con mucha compostura.

Hay que poner especial cuidado en las celebraciones de las fiestas anuales. Hay dos pascuas fundamentales. Una es la *alfitra* o *salida del ramadán* y la otra es la de las víctimas o *fiesta de los corderos*. Las dos eran jolgorios en lugar de celebraciones religiosas y eso había que corregirlo. Se habían introducido en ellas festejos mundanos y disparates tales como que las gentes andaban como locas por las ciudades. Se tiraban unos a otros agua de rosas, naranjas, frutas diversas y andaban los mozos y las bailarinas en tropel por las calles organizando unas *movidas* de escándalo en lugar de celebrar los hechos principales de la religión musulmana. Yusuf puso orden en todo aquello. Las celebraciones y las alegrías debían de ser virtuosas, debían ir todos vestidos con ropas decentes y limpias en lugar de con colgantes y medio desnudos. La pascua se honra con flores y perfumes aromáticos pero había que acudir a rezar a las mezquitas en lugar de andar por las calles de acá para allá. Había que ocuparse de visitar a los pobres, a los enfermos y dar limosnas según las posibilidades de cada uno.

Las limosnas debían hacerse mejor en dinero o en pan, grano o frutas que debían ser repartidas por personas de total confianza y darse a los pobres o huérfanos o para rescatar cautivos, reparar mezquitas o fuentes o caminos, puentes u otros pasos difíciles o trabajosos. Nada de dar porquerías o cosas sin valor. La limosna debe costar al que la da para que sea conforme a las enseñanzas del Profeta.

Otro jolgorio que se organizaba en Granada era cuando se hacían rogativas y oraciones para implorar a Dios que lloviera, en épocas de sequía. Seguramente por

influencia de los antiguos cristianos mozárabes se organizaban unas procesiones por las calles que eran un festejo profano en lugar de una manifestación religiosa. Ni las calles ni las plazas son lugares para rezar ni son lugares de clemencia ni de adoración a Dios. En ocasiones de sequía se podría salir al campo con mucha humildad y devoción, pidiendo a Dios perdón por los pecados cometidos y rogando a Dios que concediera la lluvia. Pero sin festejos.

Tampoco le parecía decente que se organizaran reuniones de distintas familias en las mezquitas por las noches. Eso era otro festejo impropio de un lugar de oración. Y menos que las mujeres acudieran a las novenas sin sus maridos o con otras mujeres o con hombres con quienes no puedan casarse. Desde luego las doncellas no deben ni pueden ir a las novenas ni acompañar los entierros.

Y hablando de muertos y entierros, también esto había que ordenarlo decentemente, que eran otro jolgorio en Granada. No se debe amortajar a nadie con ropas de seda ni con oro ni plata encima sino que el muerto debe ir envuelto en un lienzo sobre su camisa, después de haber sido lavado y perfumado el cadáver como está mandado en la ley.

Nada de gritos ni de plañideras alquiladas y pagadas por los familiares del difunto. Los sentimientos hay que expresarlos con mesura y los elogios al difunto también. El único que puede hacer esos elogios es el alfaquí del lugar o la persona más representativa. Este alzará sus manos a lo alto y dirá las oraciones y los elogios que están permitidos.

En los festejos de alegría, para poner nombres a los recién nacidos o en las reuniones de parientes, en las bodas y en otras fiestas familiares puede haber zambras pero que sean alegres y decorosas. Los convites pueden ser opulentos pero con discreción y sin abusos ni borracheras ni otras costumbres viciosas. La verdad es que los granadinos en estos festejos se pasaban varios pueblos y era necesario meterlos en cintura.

En cuanto a la buena marcha de las cosas en las ciudades lo primero que hizo fue poner visires en cada uno de los barrios para que cuidaran del orden. También puso visires en los zocos para que cuidaran de que en los mercados las cosas marcharan bien.

Mandó que los barrios se cerraran por las noches a una determinada hora y que hubiera una ronda nocturna en cada uno de ellos, con horas determinadas para abrir y cerrar las puertas. Las puertas de las ciudades igualmente debían estar guardadas, cerradas y abiertas a determinadas horas del día y de la noche.

En cuanto a las cosas de la guerra también había que ordenarlas porque con el paso del tiempo todo se desmadra y es necesario hacer que las cosas vuelvan a su lugar. Era necesario que funcionara una especie de Código de Justicia Militar. Así, cuando algún caballero vuelva su espalda y huya ante los enemigos se le ha de

imponer la pena de muerte a no ser que los enemigos doblen en número a los musulmanes o los caudillos hayan mandado retirada, que ellos conocen los secretos y estratagemas de la guerra y a veces una retirada a tiempo vale por cien victorias.

Era necesario que existiera ética militar. Y a ello se puso nuestro rey. Quedó establecido que ni los campeadores ni los almogávares ni otros cuerpos de gente armada puedan matar a los niños ni a las mujeres ni a los viejos ni a los enfermos ni a los frailes y ermitaños salvo que estos vayan armados o ayuden a los enemigos.

Siguiendo con las cosas de la guerra mandó el rey que si un ejército requisaba bienes o tesoros había de repartirse con justicia. Al rey le correspondía la quinta parte de lo apresado. Para comer que cada uno tome cuanto necesite. El resto ha de dividirse con orden. Al caballero le corresponden dos partes. A soldado de a pie una parte. A los que hagan trabajos menores, el rey a su discreción debe decir qué se les da a cada uno.

Si se conquista una villa o una fortaleza y alguno de los cristianos que allí residan se convierte a la religión musulmana se le ha de devolver todo lo que se le requisó. Si fuera imposible volver a recuperar lo que se repartió de los bienes de ese converso se le pagará en dinero lo que ya no pueda devolvérsele.

Los hijos de familia no se pueden alistar en los ejércitos ni salir a las campañas sin licencia de sus padres, excepto en casos de extrema necesidad. Igualmente les está prohibido hacer su peregrinación a La Meca sin permiso.

En cuanto al castigo de los delitos había que atenerse a lo preceptuado por el Corán. Los adulterios y los homicidios han de ser castigados con la pena de muerte. Si los reos no confiesan, para poder aplicarles la pena de muerte es necesario que haya cuatro testigos que estuvieran presentes y que acusen a los reos.

Los adúlteros deben morir apedreados. Los solteros que sean sorprendidos fornicando deben ser castigados a sufrir cien azotes. El varón debe recibirlos desnudo. La mujer los debe recibir sobre su alcandora. Y si el delito ha sido cometido entre solteros e iguales, que se casen.

En lo referente a los robos, hurtos y demás delitos contra la propiedad, si alguien roba lo que es de otro, si lo robado es algo de importancia al ladrón se le ha de cortar la mano derecha. Al primer robo se le corta la mano derecha. Al segundo se le cortará el pie izquierdo. Al tercero la mano izquierda y si al desgraciado le quedan ganas para seguir robando después de esta serie de operaciones quirúrgico-religiosas, entonces, además de mandarlo al siquiatra por ser tonto de remate, le deben cortar el pie derecho. Y si sigue robando, que ya son ganas de robar y encima no comprendo con qué, le ponen en cárcel perpetua. El ladrón no llegaría muy lejos en su carrera. Nuestro Yusuf dulcificó algo las cosas y mandó que al primer robo les azotaran. Del segundo en adelante se atuvo a lo mandado por el Profeta.

En cuanto a su labor como constructor y embellecedor de la ciudad la verdad es

que no paró nunca de hacer obras. Acababa una y comenzaba otra. Pintó todas las mezquitas, les hizo obras de acondicionamiento y embellecimiento con repujados, taraceas y otras labores que aún hoy se pueden contemplar y continuó haciendo cada vez más bello su palacio de la Alhambra.

Y como estas cosas se contagian, pues los nobles y los poderosos siguieron el ejemplo de su rey e hicieron obras en sus mansiones para asemejarlas en lo posible al palacio de su rey. El reino se pobló de casas bellísimas, con torres de madera labrada, con columnas y capiteles repujados por los excelentes artesanos del reino. Por dentro estas casas de nobles también fueron decoradas con lujo y esmero. Las salas interiores se labraron con yesos, estucos y maderas a semejanza de la Alhambra, los techos igualmente y los suelos se hicieron con piezas pequeñas de azulejos al estilo mosaico, como los que adornaban las casas de los judíos ricos.

Y fuentes. En los patios de esas mansiones habría fuentes que saltaban cantarinas para deleite de sus moradores.

La buena arquitectura estuvo de moda. Las ciudades del reino parecían todas tacitas de plata cubiertas de flores y eso por influencia de un rey único.

Durante el reinado de Yusuf hubo largas temporadas de paz. Gracias a esa paz se pudieron hacer tantas cosas bellas en Granada. Esas temporadas dieron para muchas cosas. De parte mora y de parte cristiana. Aquí se hacía la Alhambra y allí se lucían los caballeros en justas y torneos, juegos de guerra en los que se desafiaban los más valientes y forzudos de más allá y más acá de las fronteras.

Contemos una batalla, esta vez vista desde el lado cristiano. Porque a estas alturas de la narración estamos siempre contando los hechos desde la perspectiva mora. Por una vez vamos a narrar un hecho puntual, desde el lado cristiano.

En la corte de Toledo se celebraban cada dos por tres fiestas, saraos, palenques y zambras a las que acudía lo más lucido de la nobleza y la caballería cristiana y muy de vez en cuando acudía algún moro de esos nobles, atrevidos, valientes, forzudos y bastante avezados en las artes de salir airoso en estos líos, que eran muchas cosas al par. Se hacían juegos de lanzas, desfiles de caballos, etc. El moro que acudiera a Toledo para un festejo tenía que estar mejor entrenado que un legionario.

Pues en uno de estos festejos se presentó en la corte de Toledo un noble moro de esos forzudos, entrenado en las artes de los juegos de guerra y descarado en artes amatorias, como era natural. El moro iba a Toledo a ver lo que podía conseguir en todos los órdenes de la vida. Nuestro amigo era arrogante, bastante descarado y forzudo como era lógico, además era un presumido de guapo y de cachas. Os lo estáis imaginando.

Pues lo admitieron a las justas de los nobles cristianos, creo yo que con el mismo retintín con que los mozos de mi pueblo, Pedro Martínez, admitían al baile de las fiestas a los de Torre Cardela. Le admitieron pero no le perdían ojo, que era probable

que se sobrepasara un tanto así y si lo hacía, los de Pedro Martínez tenían toda la artillería preparada para dar al descarado una adecuada respuesta. Y eso pasó. Nuestro moro cachas se propasó requiriendo de amores a una señora, pero haciéndose el pesado. Nada de finuras ni de sutilezas sino a lo bestia. Y resulta que esa dama estaba *pillada* por Don Lope García de Salazar, un caballero también forzudo y tal pero de los nuestros. Los murmullos corrían por el palenque, los dos afectados no tuvieron más remedio que mirarse fijamente, luego miraron de reojo a los asistentes y comprendieron que no les quedaba más salida que batirse en duelo y que sea lo que Dios quiera.

Se hizo un silencio espeso, preludio de acontecimientos que todos estaban esperando, se callaron hasta los caballos y en ese momento de solemnidad Don Lope retó al pagano insolente, salió al redondel y allí se enfrentaron con arreglo a las leyes de la caballería.

Si estoy contando el sucedido desde la perspectiva de la caballería cristiana ya os imagináis que Don Lope se perfiló, arremetió con inusitada fiereza, el moro fue ensartado como si fuera un pinchito y murió allí mismo entre los vítores de los asistentes, el rubor de la dama que cayó rendida a los pies de Don Lope si es que no había caído anteriormente y los aplausos fueron generales y prolongados.

El rey Don Alfonso XI que presidía la corrida entregó a Don Lope por blasón un escudo de trece estrellas de oro en campo rojo. Porque el moro, que ya he dicho que era en vida un presumido, llevaba puesta una rica marlota de Damasco bordada con trece estrellas y esa fue la bandera y el blasón de Don Lope y de sus descendientes por los siglos de los siglos. Hasta le hicieron un romance y todo que no me resisto a copiar. Decía así:

En un campo colorado
de oro vi trece estrellas
y un gigante denodado
que a morir determinado
pasó de África con ellas.
A combatir por su ley
y en Toledo ante el rey
le mató Lope García
de Salazar, aquel día
gran corona dio a su rey.

Pasaron los años, afortunadamente con bastantes momentos de paz. Unos años que los moros de Granada quisieron prolongar lo más posible. Enviaron a Don Alfonso XI un embajador con la propuesta de Yusuf, pidiendo que se extendiera la

tregua otros quince años. Alfonso no estaba por la labor porque estaba seguro de que iba a sacar ventajas de la guerra. Se le pudo entre ceja y ceja conquistar esta vez Gibraltar, en poder del rey de Granada. Y se puso en marcha para conseguir su objetivo. Preparó sus ejércitos, estableció su cuartel general en Sevilla y dirigió a sus soldados a las playas que hay entre Algeciras y Gibraltar.

Yusuf se enteró enseguida del movimiento de su enemigo y preparó su respuesta, si bien de bastante mala gana. Estaba más que contento construyendo Granada, fortificando su reino y gozando de cuanto se le podía ofrecer, que era mucho y bueno. Pero, en fin, ¿qué remedio le quedaba? Llamó a sus caudillos, reclutó su caballería, armó a sus infantes y salió para la Garbía con más desgana que otra cosa porque sabía que lo más probable es que le tocara perder otra batalla, si no se le aparecía algún ángel bueno.

Y cuando menos lo esperaba se le apareció ese ángel, pero el malo, no el bueno. En el real de los cristianos se declaró una peste, pero no de las africanas sino peste negra de las que acaban hasta con el apuntador. Y el ejército de Don Alfonso XI se convirtió en un campamento sitiado por las circunstancias, el dolor y la muerte.

Don Alfonso XI tenía sus médicos, que como es natural se pusieron nerviosísimos al ver el peligro que corría el monarca y de paso ellos mismos. ¿Qué podían hacer los médicos por que la peste no contagiara al monarca? ¿Profilaxis? ¿Tratamientos contra la peste negra? Ninguno eficaz.

Nuestro Alfonso XI acabó sus días en el Campo de Gibraltar. El desastre y la muerte se extendió en el campamento del rey, antes victorioso y ahora derrotado por el terrible enemigo de la peste negra. Un gran rey había muerto, un ejército había sido derrotado y toda una estrategia se había ido al traste por culpa de aquel fantasma que se tragaba a los pueblos y acababa aniquilando lo más grande.

Don Alfonso XI había muerto. La noticia salió del real castellano y llegó al ejército de Yusuf que merodeaba por los campos de Estepona sin atreverse a plantar cara a los castellanos. Cuando el rey granadino supo de la muerte de su más encarnizado enemigo se le vio una cara imposible de descifrar. Porque no se puede decir si se puso contento o triste, si se alegró con toda su alma por la muerte de su peor enemigo o si cambió una preocupación tremenda de perder Gibraltar por otra preocupación más grande sin duda de perder él también la vida, contagiado por el fantasma que había aniquilado al rey castellano y desbaratado sus planes.

Desde luego que paró en seco sus expediciones guerreras. Dicen las crónicas que los caballeros granadinos estaban dando vista a Gibraltar y hostigando desde allí a los cristianos y detuvieron inmediatamente sus acometidas.

Desde el Campo de Gibraltar salió una expedición, esta vez luctuosa, portando el cadáver de Alfonso camino de Sevilla. Yusuf mandó que les dejaran paso sin hostigarles lo más mínimo. Prefirió volver a Granada. Lo estaba deseando. Granada

era cada vez más bonita y se estaba a gusto en ella.

Así continuó nuestro rey su labor como jurista, político, constructor, ulema, alfaquí de Granada. Un tarea inmensa hasta dejarla más bella que nunca estuvo, mejor organizada, más limpia, más culta.

El rey tenía treinta y seis años. Estaba en plena juventud, en muy buen equilibrio de fuerzas, era un hombre guapo, grande y lleno de gloria. En esos momentos sobrevino un inmenso desastre.

Una tarde, era la tarde del día Id-Alfitra uno de jawal del año setecientos cincuenta y cinco de la era musulmana, diecinueve de octubre de mil trescientos cincuenta y cuatro de la era cristiana. Se celebraba el día de la Ruptura del Ayuno y el rey había acudido a la mezquita de la Alhambra para hacer la última oración. El rey se inclinaba, elevaba las manos al cielo absorto en sus oraciones cuando se levantó entre los fieles un esclavo negro de las caballerizas del rey empuñando un enorme cuchillo. Sin que nadie tuviera tiempo de detenerlo clavó el cuchillo en el pecho del rey.

La conmoción fue enorme. El rey dio un grito de desesperada angustia mientras de su pecho salía un chorro de sangre que anunciaba su muerte inminente. Los nobles desenvainaron sus espadas y las clavaron una y otra vez en el maldito esclavo negro hasta despedazarlo. La oración se interrumpió y todos pedían a voces la venida de un médico. Los asistentes tomaron en sus brazos el cuerpo maltrecho del rey y lo llevaron en volandas hasta sus aposentos en la Alhambra, donde espiró. El loco había sido entregado a las gentes que lo despedazaron y lo echaron al fuego. El dolor en Granada fue inmenso. También el duelo. Se había perdido para siempre un gran rey de Granada.

Yusuf fue enterrado en el cementerio de su palacio, junto a su padre. Así lo dispuso, Muhammad, su hijo mayor y heredero. Las honras fúnebres fueron solemnes y sentidas como nunca antes lo fueron en Granada. Los poetas compusieron elegías a su muerte, una de las cuales está cincelada en su tumba.

CAPÍTULO XIV

MUHAMMAD V, OCTAVO REY NAZARÍ DE GRANADA.

Fue proclamado rey el diecinueve de octubre de 1354, el mismo día de la muerte de su padre. Tenía algo más de quince años.

Le esperaba un reinado muy largo, lleno de vicisitudes, pero que iba a ser el más lucido, esplendoroso y floreciente de la dinastía nazarí. Tuvo la fortuna de que los reinos cristianos estuvieran enzarzados en disputas pero también es verdad que fue un hombre de una grandísima capacidad política y humana.

Si hacemos caso a Ibn al-Jatib, que le conoció muy bien, podemos afirmar que fue un gran hombre, de bella figura, bien proporcionado, de gran corazón y de fe sincera.

Se le escogió para suceder a su padre, no solamente por ser el primogénito sino también por su sólido juicio y porque hacía gala de las cualidades que debía tener un buen rey. Era serio, paciente, generoso y de buenas costumbres. Era guapo e iba siempre cubierto con una modesta túnica. Era muy compasivo, tanto que a veces lloraba si sentía de cerca las penalidades ajenas. Daba abundantes regalos a los que le rodeaban porque era una persona de corazón blando. Las personas que le trataban se sentían cautivadas por su forma de ser.

Sin embargo cerró las puertas a los aduladores. No soportaba ese tipo de personas y menos que coparan los intentos de las gentes sencillas por acercarse al monarca. En el palacio hizo una limpieza de destinos superfluos y de criados inútiles. Se quedó con los sirvientes estrictamente necesarios para su servicio y el decoro del palacio. Esto molestó a los perjudicados que esperaban prebendas y se quedaron al verlas venir.

Como era un joven, cuando terminaba las tareas y los asuntos del estado se divertía leyendo libros de historia y saliendo a practicar los ejercicios de la caballería.

Hay que decir desde ya que reinó dos veces. La primera duró cinco años que fueron de paz y de tranquilidad. En ese período llevó las riendas del gobierno el hayib Ridwán dada la juventud del monarca. Colaboró con el hayib y fue su mano derecha Ibn al-Jatib.

Cualquier rey de Granada debía tener bien cubiertos dos frentes exteriores, el de los cristianos en el norte y el de los sultanes de Fez por el sur. Y tuvo suerte en esto nuestro gran rey. No le fue muy difícil concertar avenencias con el sultán de Fez. Envió como embajador a Ibn al-Jatib que impresionó grandemente al sultán con unos versos que le dedicó. Al final concertó tratados de paz con ellos.

Con los reyes castellanos también lo tuvo fácil. Pedro *el Cruel* andaba en guerras intestinas de dimensión considerable y la oferta de Muhammad fue para él como agua

de mayo. Firmó un acuerdo con obligación del granadino de pagar tributos anuales y así ambos reinos consiguieron una paz que uno y otro necesitaban.

Con Aragón el asunto fue un poco más complicado. No consiguieron la paz con la misma facilidad que con Castilla. Tuvieron incluso enfrentamientos fronterizos y ataques de la marina aragonesa a las costas granadinas pero al final se impuso el sentido común.

El joven monarca jugó muy bien sus cartas de manera que en poco tiempo había situado a Granada en un equilibrio perfecto.

Por entonces se produce una auténtica tragedia en Europa y en España que es probable que influyera más de lo que parece en que dejaran de hacer guerras, al menos por un tiempo. Hacia el año 1348 se desencadena en Europa y en España la gran peste negra que acabó con medio mundo. El occidente cristiano se vio terriblemente afectado por esta enfermedad ya que murió una parte muy importante de la población europea. Si sumamos a esas muertes los miedos, el terror y sus consecuencias económicas, fácilmente comprendemos que los supervivientes estuvieran por hacer el amor y no la guerra. Porque, claro, para hacer la guerra hacen falta chicos jóvenes y fuertes, amén de cuadros de dirigentes, militares, políticos, administrativos y todos o casi todos se habían ido al otro barrio. Es obvio decir que esa peste afectó al reino nazarí y tenemos datos fehacientes de que, por ejemplo, la mayor parte de los ulemas de Almería, Málaga y Granada se fueron con Alá. Sin ulemas no había predicación de guerra santa y sin soldados mucho menos, claro. Así que hay que atemperar un poco los elogios al buen hacer diplomático de nuestro Muhammad para conseguir la paz con sus vecinos porque si la peste hubiera continuado aquello hubiera sido la paz de los cementerios.

Con esto aseguró la calma exterior, algo que le vino muy bien para realizar la política interior que tenía en su mente.

Dentro de Granada el asunto tenía sus problemas. Recordad que cuando hablábamos de Yusuf, el rey anterior, dijimos que era un mujeriego de mucho cuidado y que tenía hijos de varias camadas. Referíamos que la reina *titular* era a cuanto nos parece pacífica y callada. La segunda, llamada Maryam, era de armas tomar. Pues esta armó una guerra de las buenas.

Muhammad, ya rey, sabía que por ahí tenía un flanco abierto e intentó ganarse a la madrastra por las buenas. ¡Tan listo como era y daos cuenta qué ignorante! Tomó decisiones bastante amables con la facción de enfrente. Bueno, amables y cuidadas al par. Cedió a su hermano Ismail, al resto de los hijos de su padre y de Maryam y a ella misma, el alcázar vecino a su propia residencia en la Alhambra. Les quería tener cerca y algo controlados. El palacio que les cedió era espléndido, estaba dotado con todas las comodidades para que viviesen más que a gusto y encima les dio dinero en cantidad. Cosa que por otra parte no hubiera hecho falta porque el rey Yusuf era

bastante desconfiado y guardaba los tesoros en su dormitorio para tenerlos vigilados de cerca y que nadie se los birlara. Pues la susodicha sultana suplente, el mismo día de la muerte de su marido, en lugar de hacerle los duelos y llantos propios del caso, aprovechó el revuelo y el dolor de los allegados para despistarse, acercarse por el lugar donde ella sabía que estaba guardado el tesoro y apropiarse de todo lo que pudo.

Ya tenemos a la buena señora aposentada en su palacio, con honores y dinero en cantidad suficiente como para acometer empresas de mayor calado. Miraba hacia arriba y soñaba con que su hijo fuera rey. Y como tenía dinero para comprar a tirios y troyanos pues se puso a la tarea y hay que decir algo ya a estas alturas obvio y es la extraordinaria habilidad que tenían los musulmanes granadinos para la intriga y el derrocamiento de reyes, príncipes y demás clientela.

Maryam trazó su plan de acción. Lo primero que hizo lo tenía a la mano. Una hija suya estaba casada con el príncipe Abu Abdallá, el arráez más notable y un capitoste en la corte. Pues bastaron unas indicaciones adecuadas de Maryam a su hija para que este príncipe se pusiera de su parte con sus guardias, sus partidarios y se uniera a los planes de acabar con el rey Muhammad. Esto por un lado. Además y para cambiar las voluntades de los partidarios del joven monarca se dedicó a derramar dinero por acá y por allá, que ya se sabe cuántas adhesiones consigue el poderoso caballero que es Don dinero. Así, a los cinco años escasos de ser proclamado rey tenía el buen Muhammad ante sí una conjura en toda regla y a ver cómo se las ventilaba para salir bien parado del trance.

Ya tenemos organizado el lío. El rey sería Ismail, un hombre algo apocado, desde luego con poca personalidad, que para eso estaban su madre Maryam y su cuñado Abu Abdallá. Ya solo hacía falta reclutar a cien *boinas verdes* y preparar el día y la hora para asaltar la Alhambra y acabar con Muhammad de la manera más rápida y expeditiva posible. Como estos no se andaban con chiquitas ya os imagináis que apenas le vieran le iban a cortar el cuello de un tajo. El plan era ese, ni más ni menos.

Pues un atardecer de esos preciosos de Granada se reunieron los cien componentes de la fuerza de choque y entre la sultana y su yerno les pasaron las instrucciones pertinentes para ejecutar su golpe de estado. Al anochecer escalarían los muros de los Alhambra y se ocultarían entre los setos de arrayán o en las orillas de los regatos. Cuando fuera noche cerrada alguien haría sonar una vieja cuerna de las que se usan en las cacerías de la Vega y esa sería la señal para atacar todos a la par a los guardias, a los eunucos y servidores del rey, al visir y a su familia, matarles a todos, apropiarse de sus riquezas, matar al rey Muhammad y proclamar como rey a Ismail.

El plan estaba trazado y los brazos ejecutores dispuestos. Cuando la noche tapaba con su manto los torreones escalaron diligentes los muros de la Alhambra. La

mayoría de ellos no pensaban en una nueva monarquía o en un nuevo rey mejor o peor que el que había sino en robar, apropiarse de los tesoros que habían visto tantas veces relucir esplendorosos en las fiestas solemnes de los reyes granadinos. Les movía sola y exclusivamente la codicia. Acometían una empresa arriesgada pero bien pensado no lo era tanto y la expectativa de hacerse ricos era grande.

Ya noche cerrada escucharon en sonido ronco de la cuerna de caza y blandieron sus armas, encendieron sus teas para alumbrar las fechorías que se proponían acometer e iniciaron una matanza atroz. Los guardias y los eunucos del rey estaban acostados y no esperaban tamaña acción que les cogió desprevenidos. Allí murieron uno tras otro. Otro grupo de sediciosos se fue para la casa del visir. El pobre estaba acostado y acabaron con él sin darle tiempo a levantarse siquiera. Las hijas y las mujeres que les salieron al camino chillando fueron malamente atropelladas o violadas según les apeteciera a los feroces atacantes. Por supuesto que el tropel fue tremendo y la violencia solo fue pareja al deseo de robar que tenían los sediciosos.

Abdallá, seguido del pretendiente Ismail y de algunos revoltosos, acudió al palacio para aclamar como rey a su cuñado. Estaba seguro que en medio del revuelo alguno de los cien asaltantes había acabado con la vida del joven Muhammad.

Y a todo esto, ¿dónde estaba el rey? ¿Qué había sido de él?

Muhammad era un chico de más o menos veinte años pero a estas alturas de su vida sabía de faldas más de lo que le habían enseñado y ya, que sepamos, andaba en amores con esclavas lindas y jovencitas como él. La noche de autos el jovencísimo rey, ignorante por completo del peligro que iba a correr, mientras sus cien enemigos escalaban los muros de la Alhambra por un andamio colocado para una obra, había salido por alguna puerta trasera con una preciosa chavala camino de una especie de apartamento que tenía en el Generalife para estos menesteres, adornado con otomanas azules tendidas por el suelo y perfumado convenientemente. Así el hombre se entretenía un día sí y otro también como estaba mandado y mira por donde la conjura le *pilló* en estos menesteres.

Pues entraron el rey y la esclava en el apartamento, se tomaron sus copitas, se fueron poco a poco quitando velos y chilabas y cuando estaban en pleno chicoleo escucharon la cuerna dichosa, luego las voces de los conjurados, a continuación los gritos desesperados de los esclavos y a los eunucos pidiendo auxilio. Evidentemente que Muhammad quiso continuar su tarea hasta rematarla pero la chavala se desconcentró y le hizo entrar en razón. Porque al principio el rey no quiso hacer caso a los gritos de sedición y de guerra, afanado como estaba en mejores empeños pero cuando se dio cuenta de lo que ocurría intentó tomar su alfanje y hacer frente a la situación. De nuevo la linda esclava de su harem le dijo lo que debía hacer. Nada de hacerse el valiente. Mientras el rey miraba a todas partes agarró la chavala el albornoz real que andaba por los suelos y se lo colocó como sí ella misma fuera un

moro cualquiera, luego alargó sus manos a las tocas, los velos y las gasas que la habían vestido y se los puso al monarca quedando así con apariencia de mujer. Disfrazados de esta manera, él de mujer y ella de hombre, tiraron para adelante buscando mejores vientos. Bajaron al patio de Lindaraja y salieron a campo abierto, tomaron del ronzal un par de caballos que pastaban en los bosques de la Alhambra y salieron a todo correr hacia Guadix, donde el rey confiaba encontrar la ayuda de sus partidarios.

No había comenzado a reinar y le habían destronado. ¡Pobre chico! Y menos mal que estaba entero, gracias a la inteligencia de una chavala de su harem de la que nunca más se hace mención en la historia. Esta chica merece un monumento. Debían hacérselo en el patio de Lindaraja porque si no hubiera sido por ella Granada se habría perdido al mejor rey que nunca tuvo.

Y ¿qué pasó a continuación? Pues que se organizó un lío que vamos a contar de la mejor manera posible porque el asunto se complicó bastante.

De una parte Muhammad comienza a maniobrar en Guadix. Experimentó la rabia que nos podemos figurar y trató de analizar las posibilidades que tenía de darle la vuelta a la tortilla. Y a fe que lo vio posible si actuaba con habilidad. Contaba con buena parte de los habitantes del reino, con las gentes de Guadix, de Ronda y de sus comarcas así como con una parte del pueblo de Granada. También contaba con el sultán meriní de Fez que estaba seguro le iba a apoyar contra el usurpador. Y contaba con que el rey castellano Pedro I *el Cruel*, estaría de su parte. Es verdad que el castellano tenía problemas para entretenerse. Recordad su guerra civil contra sus parientes los Trastámara pero a pesar de todo Muhammad le contaba entre sus potenciales amigos.

Dejamos en Guadix a Muhammad reflexionando hasta definir su estrategia para recuperar el reino. Volvamos a Granada. Allí nos vamos a encontrar con otro rey.

CAPÍTULO XV

ISMAIL II, NOVENO REY DE GRANADA.

Era el veintitrés de agosto del año 1359 cuando Ismail fue proclamado rey de Granada. Su cuñado Abu Abdallá le paseó por las calles montado en un caballo blanco. Les servían de cortejo los cien *boinas verdes* que le ayudaron a derrocar a Muhammad.

El pueblo intuía que aquello era un disparate. En Granada se conoce todo el mundo y sabían que el nuevo sultán era un títere en manos de un par de ambiciosos espabilados. No hubo mucha gente por las calles ni las mozas echaban flores al paso del cortejo como otras veces. Nada más pasar el rey miraban de reojo al arráez, su cuñado. Por allí venía el peligro para el futuro del reino.

Ismail era un muchacho de apenas veinte años, guapo, de buena planta pero algo afeminado de apariencia y eso en un rey era grave. Resulta que entre su madre, su cuñado y su hermanastro el rey, que lo veía venir, entre todos le tuvieron bastante tiempo dedicado a la buena vida, a beber, a disfrutar todo lo que le pedía el cuerpo y no le habían llevado jamás a un torneo o a ejercitarse en palenques y cacerías, que esa era la instrucción adecuada a los príncipes de sangre real. Por tanto tenemos a un rey inadecuado mangoneado por su madre, por su cuñado y por otro pariente ambicioso al que llaman los cronistas Abu Said *el Bermejo*. ¡Mala cosa! Aquello en vez de una corte era una camarilla de amiguetes.

Lo único que hicieron decente fue tratar de ganarse al monarca castellano para su causa. Enviaron cartas al rey Don Pedro que les contestó de mala gana porque no estaba en Castilla el horno para bollos. Pero al fin algo hicieron.

Muhammad mientras tanto movía sus fichas. Contaba con las gentes de Guadix pero sabía que con ese único apoyo no iba a conseguir recuperar la corona. Era necesario que estuviera también de su parte el sultán de Fez.

Empezaría por allí. Iría él personalmente porque la misión era de suma importancia. Contaba con Ibn al-Jatib pero no se fiaba de él un pelo así que se decidió a hacer el viaje. Ibn al-Jatib era un excelente escritor, un magnífico poeta pero le perdía la ambición. Eso lo sabía Muhammad. Estaba seguro de que apenas viera una ganancia le iba a traicionar. Prefirió ir en persona.

Salió de Guadix, atravesó la cordillera por el Puerto de la Ragua, luego siguió su caminar peligroso y cansino por la Alpujarra. Era el mejor camino y el peor al par. Si es verdad que caminar por la Alpujarra es difícil a causa de los barrancos y las sinuosidades del terreno, también es cierto que era el mejor porque no le iban a encontrar los esbirros de su hermanastro. Ninguno de ellos valía un duro y no se molestaban en recorrer unos senderos como aquellos. Luego continuó por la costa,

pasó sin detenerse por los arrabales de Salobreña, de Almuñécar, hizo descansos en los lugares menos populosos y más seguros como Naricha, Hor al Bhar, hoy Torre del Mar, para atravesar la ciudad de Málaga sin entrar en ella y continuar camino por Fuengirola, la vieja Sohail. Desde allí fue a Marbella donde embarcó en una vieja fusta camino de África.

Abu Salem, el sultán de Fez, salió a recibirle con los mismos honores que si conservara el trono. Venía montado en un precioso caballo overo y acompañado por toda su corte. El rey destronado de Granada fue hospedado en el palacio del sultán y obsequiado con fiestas y recepciones. Muhammad se sintió halagado y comprendió que podía contar con la ayuda del meriní.

Apenas pasaron los días de los festejos Abu Salem se mostró también espléndido en la concesión de ayudas a su hermano granadino. Dispuso las cosas para que pasaran a España dos expediciones con el claro objetivo de hacerle recuperar el trono.

Semanas después desembarcaban en Algeciras dos cuerpos de ejército al mando de Muhammad V, que volvía a su patria alegre como nunca antes lo había estado.

Pero era necesario ser prudente. Estos ejércitos en España debían amedrentar al usurpador del trono, a su madre y sus adláteres pero en modo alguno debían incomodar a otro aliado en quien confiaba y que era el rey de Castilla. Desde luego no quería tenerle en contra. Por tanto envió una carta a su amigo Don Pedro para contarle detalladamente el motivo por el que había pedido soldados al sultán meriní. Podía estar tranquilo porque no iban contra los castellanos.

Estas cartas y la propia presencia de los soldados africanos en la Península intimidaron bastante a Ismail. Los ejércitos que acababan de entrar en el reino nazarí eran una amenaza muy importante para el usurpador. Su hermano había vuelto con las espadas en alto. ¡Qué torpeza no haberle matado la noche del motín en la Alhambra! Ahora los conjurados no tenían otra opción que unirse para sostener en el trono al débil monarca. Era la única manera de salvar ellos mismos la piel.

Pero el miedo de los granadinos pronto se evaporó. Un infausto día llegó a los expedicionarios una noticia tristísima. Estaba el rey Abu Salem en Fez la Antigua y un puñado de traidores conjurados le tomaron prisionero, le encerraron en mazmorras y proclamaron rey a su hermano Abu Omar Tasfin, apodado *el Loco* porque estaba como una auténtica chota. Seguramente por eso le habían elegido rey. Todos los partidarios de Abu Salem le abandonaron y sus enemigos le mataron delante de Fez la Nueva.

Al llegar estas noticias al ejército expedicionario que estaba en España se produjo un efecto demoledor para los intereses de Muhammad. Todos decidieron volver a Fez para tomar posiciones. En unas horas se desmoronó la moral de victoria de los meriníes y cundió el desánimo entre los partidarios de rey destronado. Les faltó tiempo para pasar el Estrecho dejando al monarca sin los apoyos que soñó.

De nuevo tenemos a Muhammad solo, sin ayuda, buscando quien creyera en él, soñando con proyectos que no podría realizar si su hermanastro continuaba mandando en Granada. ¿Qué camino tomar? ¿Dónde buscar quien le acompañara en sus proyectos?

¡Se fue con los pocos que le acompañaban a la Serranía de Ronda! Estos eran montañeses levantiscos, duros en el trato y en el combate pero menos traidores que los desgraciados cortesanos. Desde allí volvería a maniobrar y buscar alianzas para recuperar el trono perdido.

Ronda era una de las plazas mejor defendidas del reino de Granada. Sus orígenes como ciudad se pierden en la leyenda. Fue una hermosa ciudad romana llamada Arunda, luego su fortaleza sirvió de refugio a los mozárabes, tiempo después la ciudad había celebrado los versos del gran rey Motamid de Sevilla, más adelante se refugiaron en ella los beréberes y los benimerines.

Fue edificada en lo más alto de una elevada roca. Hacia el Levante y el Poniente estaba defendida de posibles asaltantes por anchos muros plagados de torres inmensas y fuertes. Hacia el Mediodía tenía una muralla en la que se abría una puerta guardada por dos imponentes torreones. Y hacia el Cierzo, el Tajo. Nada menos que el Tajo, un cortado inmenso que con su sola contemplación sentirían terror los mejores escaladores de cualquier ejército. Era una de las plazas mejor defendidas del Islam.

En lo alto de la peña, en su parte más llana, se levantaba el Alcázar que estaba rodeado por un triple muro cuajado de almenas. Alrededor de la Torre del Homenaje de ese Alcázar se distribuían las casas que se agrupaban a su sombra por el norte y por el este y que constituían lo que llamaríamos hoy la villa. Dentro de las murallas había dos arrabales y entre ellos estaba la Torre de las Ochavas. En el interior del castillo había minas y pasadizos secretos que comunicaban la fortaleza con la ciudad.

Ronda era tan bonita e inexpugnable como las fortalezas que la defendían. Tenía un puente que unía las partes alta y baja de la ciudad. También un acueducto, contaba con innumerables mezquitas, cementerio, mansiones suntuosas adornadas y edificadas por alarifes que emularon en ellas las bellezas de la Alhambra con tarbeas, raudas bellísimas y fuentes cantarinas.

En Ronda vivían muchas familias nobles que daban a la ciudad un aire señorial y que eran la admiración de los aldeanos de la serranía. Las mujeres eran bellísimas. En contra de la costumbre imperante en las ciudades y aldeas del reino de Granada, las rondeñas salían a la calle sin velo, con la cara descubierta y sus piernas las cubrían con calzas de vistosos colores que las daban una elegancia al andar imposible de ver en otros lugares. Eran bellísimas de cuerpo y su rostro lo dejaban ver cuando paseaban por los arrabales enloqueciendo al personal que no estaba acostumbrado a ver a las mujeres tan bellas y tan descubiertas caminando por las calles.

Los hombres de Ronda eran de otra pasta. Entre el trabajo en los campos y las

guerras por aquellas montañas su vida era menos placentera que la de las mujeres. Eran valientes y fieros para la guerra, disparaban formidablemente las ballestas en lo que se ejercitaban desde que eran niños y vivían una vida de trabajo y de guerra.

Ronda era una maravilla de ciudad que dio muchos personajes ilustres al Islam español. Gramáticos e historiadores como Omar Arrondí, *el Rondeño*, poetas como Aben Xoraif, políticos, soldados como Abu Abdallá, pero digamos una palabra sobre Abu Beka, un poeta insigne al que no se ha hecho justicia en su tierra a pesar de que copiaron de él españoles ilustres. O al menos eso parece porque al leer a este poeta se puede decir que Jorge Manrique, cuando escribió las célebres poesías a la muerte de su padre, imitó descaradamente a Abu Beka. No vamos ahora a hacer un estudio crítico de ambas poesías porque no es el caso pero teniendo a la mano ambas, la de Abu Beka y la de Jorge Manrique, esta que es del siglo XV, por lo menos recuerda a la del rondeño que es del siglo XIII. Este llora por la desaparición del Islam en España con las mismas palabras con que el castellano lloraba la muerte de su padre. Leed en la primera poesía al rondeño en traducción de Valera y en la segunda a Jorge Manrique.

Cuanto sube hasta la cima,
desciende pronto abatido
al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!

En todo terreno ser
solo permanece y dura
el mudar
Lo que hoy es dicha y placer,
mañana será amargura
y pesar.

Mucho infortunio y afán
hay en que cabe consuelo
y esperanza.
Mas no el golpe que el Islam
hoy recibe en este suelo
los alcanza.

España tan conmovida
al golpe rudo se siente
y al fragor

que estremece su caída
al Arabia y al Oriente
con temblor.

¿Cómo podrá España ahora
firme estar?
Con amante desconsuelo
el Islam por ellas llora
sin cesar.

Y llora al ver sus vergeles
y al ver sus vegas lozanas
ya marchitas,
y que afean los infieles
con cruces y con campanas
las mezquitas.

Abu Beka

Nuestras vidas
son dos ríos
que van a dar a la mar
que es el morir.
Allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir.

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada,
sin pesar.
Más cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud
todo se torna graveza
cuando llega el arrabal
de senectud.

Estos reyes poderosos
que vemos por escrituras

ya pasadas
con casos tristes, llorosos
fueron sus buenas venturas
trastornadas

¿Qué se fizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragón
¿Qué se ficieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
como trujieron?

JORGE MANRIQUE

Aún cuando la similitud en la forma de ambos poemas se debiera al traductor, cosa que es probable, la verdad es que el fondo es el mismo. Por eso quiero que sirvan estas líneas como pequeño homenaje a un poeta rondeño bastante olvidado mientras en las escuelas de nuestra Andalucía se sigue leyendo al insigne poeta castellano Don Jorge Manrique, del que por cierto hablaremos más adelante.

Habíamos quedado en que el mejor rey que nunca tuvo Granada se fue exilado a Ronda. Desde allí movería los hilos para intentar recuperar la corona. ¡Le quedaba tanto por hacer! Desde luego contaba con las gentes de la Serranía, cuya población era muy numerosa. El distrito llamado de Alharabal estaba compuesto por muchísimos pueblos que no voy a enumerar pero que son los mismos de ahora con algunas excepciones por estar actualmente despoblados. Los pueblos de esa comarca aclamaron a Muhammad y en la práctica le hicieron rey independiente.

Y de nuevo comenzó a trazar planes de acción que indudablemente pasaban por conseguir todo el apoyo de Don Pedro el Cruel. Tenía en la corte cristiana un buen valedor. Hacía bien poco había llegado a Castilla el gran médico judío granadino llamado Abrahan Aben-Zerzer o Aben-Zarzal y estaba a las órdenes del rey Don Pedro.

Aben-Zarzal tenía una enorme fama como médico y también como astrólogo. Nada más llegar a Castilla se decide a visitar al rey Don Pedro para quien traía cartas de recomendación de su amigo el rey Muhammad de Granada.

Don Pedro le recibe con mucha alegría. Debía ser algo hipocondriaco y dado a la astrología, así que rápidamente el granadino obtiene un lugar preeminente entre sus médicos porque, claro, como hace más ruido un vivo que cien difuntos y más si el vivo es persona señalada, pues nuestro Zarzal tuvo la suerte de curar a Don Pedro unas cámaras que se lo llevaban de vareta. (Cámaras les llamaban a las diarreas). Don Pedro, a quien le pareció mentira verse con el vientre metido en caja y en disposición

de comer a dos carrillos, era bastante glotón, no solo gratificó largamente la asistencia de Zarzal sino que le otorgó el nombramiento de físico de cámara. Encima, la reina se vio afligida por unas fieras almorranas que le obligaban a sentarse de medía anqueta sobre los almadraques reales. Pues nuestro Zarzal curó a la reina. Sea como fuera el caso es que esta mano de santo le encumbró como uno de los personajes más importantes de la corte. Y por si esto fuera poco la reina le pidió ayuda para una criada suya que estaba fuera de cuentas y a punto de liarlas porque la criatura llevaba no sé cuántos días muerta dentro de la madre. Zarzal la dejó horra de aquel empacho simplemente con el cocimiento en agua de miel de una hierba que las gentes del pueblo llamaban farfana. Y punto. Ni legrado ni otras gaitas que los ginecólogos actuales usan con profusión, seguramente porque ignoran el valor medicinal de la farfana. Estos tres sanados por Zarzal elevaron su fama hasta los cielos de Castilla.

El rey era un hombre temeroso, lleno de inquietudes y supersticiones. Aben-Zarzal sigue al rey a todas partes, le ayuda, le enseña e influye en sus decisiones bien pronto. A Don Pedro, nuestro Aben Zarzal le ayudaba con curas, con medicinas y con predicciones. Era, además, algo así como su psiquiatra de cabecera y su astrólogo. Por tanto Muhammad tenía bastante influencia en el rey castellano, gracias al médico judío.

Así estaba la situación en la corte castellana cuando llegó la carta de Muhammad a su amigo Don Pedro pidiéndole ayuda para recuperar el trono. ¿Qué otra cosa podría hacer el rey Cruel sino ayudar a su amigo? Era solo cuestión de tiempo que se dispusiera de los medíos para dejar las cosas en su sitio. Volvamos a Granada.

¿Cómo andaban las cosas en la capital del reino? ¿Cómo le iba al débil y afeminado Ismail? Pues bastante mal. Quien mal anda mal acaba, que dice el refrán castellano. Ismail debía la corona a los manejos de unos cuantos ambiciosos y no tenía absolutamente ninguna capacidad de aplacar las ansias de poder que él y su madre habían suscitado. Se pasaba el día en el harem de chicoleo y estaba lo que se dice consumido. No tenía capacidad para ejercer el poder y no concedía importancia a las intrigas que veía a su lado.

La corte era un hervidero de maldades. Su cuñado Abu Abdallá y su madre ya estaban siendo marginados por los tejemanejes de otro ambicioso que se llamaba Abu Said, el Bermejo. Este se había hecho el amo del cotarro hasta el punto de que trataba al rey con desprecio ante toda la corte y por supuesto hacía y deshacía a su antojo, sin tener para nada en cuenta ni los deseos ni los mandatos del soberano.

Estos sátrapas no se ven nunca hartos de mangonear y se fijan metas cada vez más altas. Mandaba en Granada con un poder despótico, ponía y quitaba visires a su antojo matándolos si era necesario y ya no le quedaba por dar más que un saltito para tener lo único que le faltaba, que era el título de rey. Y para eso, pues un motín, en lo

que él y los suyos tenían experiencia desde el derrocamiento de Muhammad. ¿Qué hacer? Pues manos a la obra. Trazaron un plan de acción al detalle, cubriendo todos los flancos y se cuidaron muy mucho de que Ismail no se les escapara con alguna moza como ocurrió con Muhammad

Lo primero era calentar el ambiente. Tenía dinero en abundancia y era primordial conseguirse gentes dispuestas a secundar el plan. Cuando ya estaban de su parte, a los más lanzados les contó su intención de derrocar a Ismail y proclamarse rey de Granada. Naturalmente que los convocados aplaudieron como un solo hombre la decisión de Abu Said, ofreciéndole incluso razones y más razones para actuar así, muchas de las cuales ni siquiera las había pensado el protagonista de la acción. Los aduladores suelen dar razones inverosímiles pero que acaban siendo creídas por todos, especialmente por el interesado que agradece la ocurrencia con nuevas dádivas y prebendas. Uno de sus más destacados partidarios fue el visir Mauro que a partir de entonces se convirtió en su lugarteniente. Ya lo que quedaba por hacer era organizar el motín y en medio de la revuelta los adláteres pedirían la destitución de Ismail y la proclamación de Abu Said como rey de Granada.

Ya los tenemos otra vez lanzados. De tanto hacerlo se lo sabían de carrerilla. Escogieron para apoyar su intentona una tropa de gentes de a pie y de a caballo que un buen día cercaron la Alhambra y comenzaron el alboroto consiguiente pidiendo la destitución de Ismail y que de paso le cortaran la cabeza.

A este le pasó como a su hermanastro. Estaba en empeños amorosos con la diferencia de que Muhammad se escondió por ahí con su chavala. Este estaba en el lugar más obvio que era el harem. Pues se marchó a su palacio de los Alixares con los pocos ayudantes que le permanecían fieles y desde allí comenzó a lanzar proclamas pidiendo al pueblo de Granada que le ayudara. Naturalmente no le hizo caso absolutamente nadie. Por una vez en su vida se hizo el valiente y salió a campo abierto con algunos soldados.

Sus enemigos sabían de esto bastante más que él y la batalla duró un telediario. Los suyos sufrieron una derrota bastante severa y él mismo cayó en manos de sus enemigos.

Mientras que Ismail fue rey Abu Said le trataba con bastante desprecio. ¿Ahora? Pasó el pobre un calvario, corto pero calvario en fin. Le llegaron a escupir en la cara, le acusaron de delitos que ni siquiera se había propuesto cometer, le mandaron a la cárcel, pero la de los pobres. Ocurre que mientras le conducían a la trena, Abu Said debió pensárselo mejor y mandó a los soldados que le cortaran la cabeza, cosa que estos hicieron encantados. Lo despedazaron en las mismas calles de Granada. La cabeza se la presentaron a los conjurados como un trofeo mientras el pueblo, atónito, contemplaba el espectáculo. A continuación fueron a por Cays, el hermano de Ismail e hicieron con él lo mismo que con su hermano. Sus cuerpos, sus cabezas y sus

despojos fueron paseados por Granada en un horrendo espectáculo. Era el 13 de julio de 1360. El desgraciado Ismail había sido rey de Granada nueve meses y veinte días. Su reinado terminó como había empezado.

CAPÍTULO XVI

ABU-SAID, EL BERMEJO, DÉCIMO REY DE GRANADA.

Era el año 1360 cuando el Bermejo inició su tarea. Como no se sentía seguro comenzó repartiendo dinero y empleos entre los bestias que le habían encumbrado hasta allí. Y hecho esto a disfrutar de lo que se presentara.

Muhammad, como es natural, estaba enterado de todo lo que sucedía. Fechorías como las que hemos contado las supo al momento. Las palomas mensajeras iban y venían desde Ronda a Granada portando noticias cada vez más tristes. Cuando alguno de sus criados se acercaba al palomar porque había percibido la llegada de alguna mensajera, inmediatamente se iba en busca del rey y le leía el contenido de los mensajes. Muhammad pensaba que no era cierto lo que escuchaba. Cuando pasaban unas horas y recibía la confirmación, terminaba por convencerse de que habían sucedido los disparates que le anunciaba el primer mensaje.

Había que ponerse manos a la obra para acabar con todo aquello. No podía permanecer inactivo. Necesitaba ahora más que nunca la ayuda del rey Don Pedro. No podía permitir que los granadinos se acostumbraran al despotismo del maldito Bermejo.

Don Pedro era un ser hiperactivo, rápido en la toma de decisiones y propenso a sufrir las resacas posteriores a la acción poco meditada. Muhammad recibió una respuesta rápida. En muy poco tiempo el castellano preparó un ejército abundante en infantería y en caballería. En pocas semanas se puso en marcha hacia su objetivo. Tras él caminaban hacia la frontera una fila de mil quinientos carros cargados de máquinas de guerra entre las que sobresalían las piezas de artillería, lanzadoras de enormes piedras recubiertas de pólvora y alquitrán. Los partidarios de Muhammad salieron al encuentro de los cristianos y ambos ejércitos se reunieron en las cercanías de Casares.

Las noticias corrían como que existiera entonces el teléfono móvil o internet. Tenían sus medios de comunicación rápidos como el humo, los espejos para emitir señales luminosas y las infalibles palomas mensajeras. Abu Said, el Bermejo, desde su atalaya de Granada estaba al tanto de los movimientos de sus dos enemigos. Desesperado por conocer que se habían unido en contra suya Don Pedro y Muhammad, organizó una expedición para, al menos, estorbar a aquel ejército que ponía en peligro su continuidad en el trono.

Don Pedro y Muhammad no hicieron caso a los estorbos que intentaba poner Abu Said y cercaron la ciudad de Antequera. Como les era bastante difícil conquistarla salieron hacia Archidona y Loja talando los campos que encontraban en el camino. Desde allí se asomaron a la Vega de Granada donde salió a su encuentro *el Bermejo*.

Los cristianos estaban embalados, soñando con conquistar Granada por más que les pareciera imposible. Los maestres de Santiago, de Calatrava y de Alcántara con unas tropas de más de seis mil hombres, atacaron a los granadinos en los campos cercanos a Pinos y Atarfe. Luego libraron una fortísima batalla en el puente del río Cubillas hasta hacer que los granadinos salieran huyendo en busca del amparo de las murallas.

El ejército unido de castellanos y rondeños se veía incapaz de dar un zarpazo en la ciudad de Granada. Se dirigieron a Alcalá la Real repitiendo por el camino las matanzas a que estaban acostumbrados.

Muhammad estaba entre dos sentimientos encontrados. Sentía deseos irrefrenables de aniquilar a Abu Said, necesitaba de aquellos caballeros para acabar con él. Sin embargo, cuando los veía matar a sus hermanos, aniquilar los campos que tanto trabajo había costado poner en producción, cuando sacaban el pecho y alzaban las cruces victoriosos sobre sus hermanos musulmanes sentía una tristeza infinita. Algo le atenazaba la garganta. No lo podía soportar. Sabía que hacer grandes a los cristianos era hundir a sus hermanos. Arrastró su esquizofrenia durante algunos días hasta que no pudo soportarlo más. Pediría al rey de Castilla que se marchara a sus estados. Él se ocuparía de solucionar el problema del usurpador. Le costaría más trabajo pero estaría en paz consigo mismo.

El rey castellano no terminaba de entender a Muhammad. ¿No había sido él quien le había pedido ayuda? ¿Por qué ahora le pedía que se marchara? De todas maneras se fue con buena parte de su ejército. Antes reiteró al granadino su disposición a volver siempre que se lo pidiera.

Muhammad despidió al rey Don Pedro y se volvió a Ronda olvidando momentáneamente sus deseos de acabar con Abu Said. Viviría feliz en la serranía. Haría felices a sus habitantes o al menos los haría todo lo felices que pudiera. Restauraría sus castillos, sus fortalezas, sobre todo velaría por sus súbditos como solo sabe hacerlo un buen padre.

Don Pedro marchó a Castilla con el grueso de su ejército. Digo con el grueso de su ejército y no sé si estoy refiriendo lo justo. Ya sabéis que cuando alguien está embalado es bastante difícil hacerle volver atrás. Pues Don Pedro se volvió a Castilla pero había venido demasiada gente importante como para hacerles volver así como así.

La civilización cristiana olía a cruzada por toda Europa y en España habían hecho que Santiago se montara en un caballo y arremetiera contra los moros espada en mano. Este santo, discípulo de Jesús y muerto bastante pronto, es uno de los personajes más zarandeados por la historia. La fantasía de los españoles o los milagros, quién sabe, le hicieron venir a España después de muerto, le enviaron al fin de la tierra previo paso por Zaragoza y después de enterrarlo por segunda vez en

Santiago de Compostela decidieron que no descansara tranquilo y le hicieron montar en caballos imaginarios, le colocaron una espada grandísima en sus manos y le emplearon en matar moros por esos mundos de Dios. Así las cosas, ¿cómo se iban a ir para Castilla sin más ni más los maestres de Calatrava, de Alcántara, los adelantados de la frontera y sus fieles servidores? ¡Imposible! Siguieron en territorio de Granada intentando matar moros.

Abu Said más mal que bien se mantenía como podía. Las expediciones combinadas que le atacaron primero con la ayuda del rey de Marruecos y luego desde Castilla y Ronda se habían marchado sin hacerle demasiado daño. Cuando desaparecieron los cristianos se sintió aliviado. Podía respirar tranquilo.

En Málaga las cosas estaban que ardían. Los malagueños conocían el talante de Muhammad, también el de Abu Said y comparaban. Granada estaba cerca, desde allí venían las órdenes, las exigencias de impuestos y se palpaba el modo de ejercer el mando de Abu Said. Desde allí llegaban noticias de las crueldades del Bermejo. Y a un lado, muy cerca, tenían Ronda. Muhammad ejercía allí su mando pensando en sus súbditos, amándolos y haciendo cuanto podía por ellos y por su ciudad. Málaga estaba en medio. Se conocía el proceder de uno y de otro. Un día se hartaron de aguantar las veleidades del Bermejo.

La gente de Málaga es templada, indolente a veces, dejada si se permite la expresión. Pero cuando estalla esto es tremendo. Han sucedido estos estallidos algunas veces y es posible trasladarse mentalmente al año 1361 cuando hartos de Abu Said se levantaron pidiendo otro rey, otro trato, reclamando a Muhammad y decidiendo que sería el rey de Málaga en adelante.

El pueblo algunas veces decide tomar el camino más corto. Nadie instigó, nadie se puso al frente de los sublevados. Fue el pueblo, solo el pueblo el que hizo su revolución. Bastó cualquier pretexto y las callejas estrechas y antiguas se llenaron de gentes que lanzaban improperios y amenazas contra el asesino que tenían por rey. Las piedras, los hachones encendidos volaban por encima de las cabezas de los amotinados.

Apenas apareció una tímida respuesta de los guardianes del orden establecido. Eran demasiado pocos, tenían demasiado miedo como para hacer frente a la multitud de los amotinados. Los pocos que lo intentaron fueron degollados por una multitud que pensaba estar destrozando al Bermejo. No se había hecho la noche de aquel día cuando algunos líderes comenzaron a gritar desde lo más alto de la torre del Homenaje del castillo de Gibralfaro vivas a Muhammad V Pocos días después le hicieron venir y tomar posesión del trono. El lugar fue la Alcazaba malagueña pero todo el mundo sabía que aquella era provisional en tanto se expulsaba al Bermejo de la Alhambra.

Abu Said se enteró del motín de Málaga y de que había perdido esa parte del

reino. Sintió miedo. Sus crímenes le habían colocado en un círculo de hierro del que le era imposible salir. Ahora, al llegar los tiempos malos, no tenía ni amigos ni partidarios. Los que se mostraron obsequiosos en los momentos de prosperidad ahora huían de la Alhambra como que fuera un alcázar apestado. Los que le adularon entonces, sabían que soplaban vientos contrarios. Había colocado a gentes indignas en puestos de gran responsabilidad y ahora no funcionaba la máquina del estado porque los que la dirigían habían vuelto las espaldas a un deber que nunca ejercieron.

El Bermejo se encontraba como una fiera enjaulada, solo, amenazado, despreciado, sentía remordimientos, odio y estaba dispuesto a jugar su última carta por más arriesgada que fuera. Caminaba arriba y abajo por los salones de aquel alcázar único y no encontraba solución a sus problemas. ¿Qué hacer? ¿Qué camino tomar? ¿Dónde encontraría ayuda para vencer a su mortal enemigo Muhammad? ¿Por qué no lo mataría en aquella noche de revuelta en Granada?

Lo único que se le ocurría era un disparate. Algunas veces lo había pensado. O quizá alguno de sus cortesanos se lo había sugerido. ¿Qué pasaría si iba a Castilla a fiarse de la generosidad de Don Pedro? Cerraba los ojos e imaginaba la escena. Marcharía a Sevilla donde estaba la corte. Iría rodeado del boato y la pompa de la corte granadina. Anunciaría su visita a Don Pedro, entraría en su alcázar y en presencia de todos imploraría el favor del rey castellano. Era una maniobra arriesgada pero indudablemente le saldría bien. Don Pedro era ante todo un caballero. No podía salirle mal la jugada. Llevaría consigo a lo más lucido de la nobleza y emprendería el camino de Sevilla.

Cuando Abu Said comunicó a sus nobles la determinación que había tomado y su voluntad de que le acompañasen en la embajada comenzó a escuchar excusas de todo tipo. Unos tenía ocupaciones ineludibles, otros enfermedades terribles y otros salieron para visitar los castillos de las fronteras sin dar cuenta al rey de su partida. En realidad veían disparatada la embajada y sabían que si iban correrían un peligro tremendo. A estas alturas ninguno apostaba por el futuro del Bermejo en el trono y lo único que se cuestionaba era cuándo terminaría su reinado y si con él morirían también los que le habían acompañado en sus fechorías. Buscó nobles en todos los rincones y consiguió que le acompañaran treinta y siete caballeros, todos aventureros de medio pelo.

Días después salió de Granada una comitiva presidida por el rey. Llevaban cantidad de riquezas con las que esperaban ablandar a Don Pedro, joyas innumerables y de extraordinario valor, esmeraldas, diamantes, aljófar, preciosos tejidos de seda bordados en oro, paños bordados en países lejanos así como una gran cantidad de doblas de oro. Y caballos magníficos de los que el rey de Granada criaba en las riberas del Genil cubiertos con ricos jaeces. También espadas de Toledo y de Damasco con empuñaduras que eran verdaderas joyas. Haría que el odio cambiara de

destinatario.

Decíamos que la comitiva llegó a Sevilla y se presentó ante la corte de Don Pedro que le recibió con mucha cortesía, aparentemente. Un hombre de estas características no andaba muy obligado por las leyes de la caballería. Tenía en su cabeza la traición que estaba sufriendo de parte de los bastardos Trastámara. Él mismo tenía como primer objetivo sobrevivir. Abu Said le parecía un usurpador del trono, maldito, despreciable como sus hermanastros. ¿Y qué haría si se encontrara enfrente a los Trastámara? Solo con pensarlo se le revolvió el estómago. Les mataría sin consideración ni miramientos. De cualquier manera reunió en consejo a los principales de su casa y acordaron que lo procedente era matar al usurpador del trono de Granada.

Lo urdió todo con refinada maldad, premeditación y alevosía. Mandó que el maestre de Santiago Don Garci Álvarez de Toledo invitase a cenar de su parte a la embajada de los granadinos con su rey al frente. Hubo de todo en la cena. Vino de Málaga, higos secos, carnes de cordero asado, mil viandas riquísimas para el paladar cristiano o musulmán. Cuando los pajes servían los postres, dulces de hojaldre, alajú de Loja y frutas confitadas, entró en el comedor el repostero mayor del rey Don Martín Gómez de Córdoba. Los granadinos se dieron cuenta enseguida de que no venía con más pitanza sino con gente armada. Allí mismo prendió y maniató al rey de Granada y a sus cortesanos.

Abu Said miraba a sus captores con rabia, furioso consigo mismo y con los que le prendían. Instantes después pasó de la rabia a la depresión. Era consciente de que sus horas estaban contadas. Los nobles que le acompañaban extendieron resignados sus manos a los captores. No les extrañó lo más mínimo lo que estaba ocurriendo. Les quedaba la leve esperanza de que Don Pedro *el Cruel* se conformara con matar a Abu Said y les dejara libres, quizá por compasión. En muy poco tiempo toda la embajada de Granada estaba desarmada y presa en las atarazanas.

Tres días estuvieron encerrados debatiéndose entre la ansiedad y el miedo, intentando ofrecer a Don Pedro más riquezas a cambio de sus vidas pero todo fue inútil. Al tercer día mandó Don Pedro sacar a Abu Said de su prisión. Veía en él a su enemigo el Trastámara. Le mandó vestir con una saya color escarlata y le montó en un asno. Le acompañaban los treinta y siete caballeros granadinos que vinieron con él. Así los paseó por las calles sirviendo de burla y escarnio al pueblo de Sevilla. Don Pedro les seguía a corta distancia. Cuando la comitiva llegó al campo de Tablada ordenó que se detuvieran. Con una crueldad infinita él mismo empuñó su lanza y atravesó a Abu Said que con los ojos muy abiertos y mientras se le escapaba la vida tuvo tiempo para gritar en la cara del rey:

—¡Oh Pedro, qué torpe triunfo alcanzas hoy en mí! ¡Qué ruin cabalgada

hiciste contra quien se fiaba de ti!

Instantes después expiró. Y se desató la cacería de granadinos. Fueron alanceados, destrozados por los acompañantes del rey que compartían con él el odio a los usurpadores. Fue como un arrebato de odio, de cólera contenida, de crueldad. Don Pedro quería que todos viesen que hacía justicia con los traidores. Quería que todo el mundo supiera que se consideraba el brazo ejecutor de la justicia divina para con los usurpadores, traidores, villanos que quitan el reino a los que legítimamente lo detentan. Las cabezas de los granadinos fueron amontonadas en una plaza de Sevilla para que el pueblo las viera.

La noticia de la muerte de *el Bermejo* corrió como la pólvora. Don Pedro estaba muy interesado en que se conociera en Castilla. Evidentemente también se conoció en Granada y en Málaga. Cuando un mensajero dio la noticia a Muhammad se le abrieron los ojos por la sorpresa y se suscitaron en él sentimientos encontrados. Naturalmente que se alegró de la muerte de *el Bermejo*. Quien mal anda, mal acaba. Había sido un hombre pérfido, traidor, ambicioso, mala persona. Su desaparición le tranquilizaba y le allanaba el camino para realizar todo cuanto había soñado. Por otra parte no dejaba de pensar en la perfidia del rey cristiano, en su nulo sentido de la caballerosidad. Pero no podía seguir en sus meditaciones. Había que pasar a la acción.

Lo primero que se le ocurrió fue enviar una proclama a todos los habitantes del reino pidiéndoles que en adelante hicieran la oración en las mezquitas en su nombre. Era necesario tranquilizarlos y darles ánimos, llenarles de ilusión en el futuro del reino.

Apenas llegó a los oídos de los granadinos aquella noticia comenzaron a gritar de alegría. Daban voces por las callejuelas, en los zocos, en la Alcaicería y todo el pueblo se convirtió en mensajero de buenos tiempos para ellos y para el reino. Granada entera fue un grito de júbilo. Se besaban, batían las palmas, se hablaban unos a otros a grandes voces sin saber qué decían pero transmitiéndose una alegría inmensa y una esperanza en el futuro que les esperaba.

La calle del Zacatín, Bibarrambla, los barrios de Aljeriz y el Zenete, las callejuelas del viejo Albaycín estaban atestadas de soldados, de artesanos, de comerciantes, de personas de toda clase que se abrazaban, se daban la enhorabuena, reían y lloraban a un tiempo por el regreso de su rey legítimo. Hasta los partidarios del usurpador se afanaban por decir muy fuerte que besarían las manos de Muhammad.

Muy pocos días después entró Muhammad V en Granada como un triunfador. La fiesta fue inmensa. La ilusión que despertaba en su pueblo también.

CAPÍTULO XVII

MUHAMMAD V RECOBRA EL TRONO

>

Subió feliz a la colina de la Alhambra. Soñaba con un futuro espléndido. Iniciaba su segundo reinado que iba a durar casi treinta años y que sería el período de paz más largo de que disfrutó la dinastía. El más largo, el de más paz, el cénit del esplendor del reino nazarí y de la propia ciudad que llegaría con Muhammad a la cumbre de su belleza, de su grandeza, una cumbre que aún no ha superado en el siglo XXI.

Muhammad tomó posesión por segunda vez del reino, ahora con más cariño que la primera. Y con más sosiego. Debía hacer las cosas despacio y sobre todo calmar las pasiones que estuvieron tan agitadas durante el reinado de los dos usurpadores.

Un par de días después se recibió una embajada del rey Don Pedro. Gracias a él había recuperado lo que ahora estaba disfrutando así que les recibió en la extraordinaria Sala de Comares. El sultán se sentó en su trono y mandó entrar al enviado del rey castellano que no pudo por menos que mirar admirado la belleza de un lugar único en el mundo. Hizo las reverencias pertinentes y fue autorizado a hablar.

El embajador pidió a un paje que le alargara una caja de plata. Cuando la tuvo en sus manos la abrió con desenvoltura y arrojó al pavimento su contenido que era la cabeza de Abu Said, que había sido embalsamada pero no por eso dejaba de ser un repugnante trofeo que rodó por los suelos ensangrentado y repitiendo las muecas de quien fuera su dueño. Los rostros de los asistentes, incluido el de Muhammad, dibujaron gestos de repugnancia. Cuando el murmullo cesó pronunció el embajador en nombre del rey Don Pedro las siguientes palabras:

—Así veas, ínclito rey de Granada, todas las cabezas de tus enemigos.

Muhammad estaba profundamente disgustado por lo que acababa de contemplar pero disimuló sus sentimientos. Mandó que regalaran al rey de Castilla veinticinco caballos escogidos de las cuadras reales de Granada. Luego le regaló alfanjes repujados en su empuñadura con oro y perlas, también ricas telas de seda y hecho esto mandó que los embajadores volvieran a Sevilla en la paz de Dios. Seguramente pensó que le habían ayudado a recuperar el trono pero que eran malos enemigos y que mejor tenerlos lejos.

E inició una de las etapas más ricas de la historia del reino nazarí. Calmó las pasiones, devolvió los bienes a los proscritos y se dispuso a ser el padre de sus súbditos.

Era un hombre joven, experimentado y muy inteligente. Sus sueños de engrandecer Granada eran imposibles de alcanzar si no conseguía la paz en sus fronteras exteriores. Si no lograba esa paz era imposible consolidar su autoridad interior y desde luego la prosperidad en su reino, necesaria para acometer las obras que tenía en su mente. Por tanto, objetivo número uno de su reinado fue evitar la guerra con sus vecinos, especialmente con Castilla. ¿Y cómo conseguir una paz estable con los que pretendían echarle de sus estados? La tarea era difícil y complicada. Las ideas las tenía claras. Ahora había que ponerlas en práctica.

Castilla le había apoyado para recuperar el trono. Aragón, sin embargo, se puso de parte del usurpador. Es evidente que cuando se planteó la guerra entre Don Pedro *el Cruel* y su hermano bastardo Don Enrique de Trastámara, al que ayudaba Pedro IV de Aragón, Muhammad V se puso decididamente de parte de Don Pedro. No podía ser de otra manera a pesar de que el rey aragonés intentó ganárselo para su causa. El rey nazarí puso a disposición del castellano seiscientos caballeros.

Pero la guerra cambió de signo porque Enrique de Trastámara consiguió el apoyo de compañías de mercenarios franceses que cruzaron los Pirineos y consiguieron proclamarlo en marzo de 1366 rey de Castilla. Muhammad se dio cuenta de que tenía ante sí una amenaza tremenda. Entre unos y otros, franceses, castellanos de Don Pedro y castellanos de Don Enrique, más los aragoneses, resulta que había una masiva concentración de tropas cristianas. Temía que le invadieran los aragoneses por Almería. Temía un ataque generalizado por las costas del reino. Temía, pero menos, el ataque frontal de Castilla. De todas maneras había que reconsiderar su actitud a la vista del cariz que tomaban las luchas fratricidas entre el rey Don Pedro y su hermano.

A la vista de que los cristianos seguían ganando terreno y por mar atacaban continuamente las costas de Granada, decidió reconocer al nuevo rey castellano Don Enrique II, rendirle vasallaje y firmar con él una tregua, cosa que también hizo con Pedro IV *el Ceremonioso* en marzo del año 1367.

De todas maneras Don Pedro *el Cruel* volvió a tomar la iniciativa y Muhammad se puso de nuevo de su parte. Bueno. Pues la verdad es que estas guerras tan tremendas entre los cristianos venían estupendamente al rey de Granada. Esta circunstancia fue providencial y el rey aprovechó la oportunidad para fortalecer sus fronteras, consolidar sus plazas fuertes, sus castillos y conquistar cuanto pudo a los cristianos, que no fue poco.

Muhammad había renunciado a una causa que consideraba perdida. Firmó con Don Enrique una tregua de ocho años y así se abrió un largo período de paz entre Granada y Castilla. Hubo algunas escaramuzas en las fronteras pero de poca monta. En realidad las relaciones entre ambos reinos fueron tan buenas que hasta el granadino dejó de pagar tributos a los cristianos durante bastante tiempo.

Vamos a referir ahora su obra en Granada. Hay que hablar forzosamente de su obra en la Alhambra. Y desde ya hay que decir que fue ingente, fundamental. Sus predecesores hicieron bastantes cosas en el monumento, es cierto, pero la mayor parte o una gran parte de los palacios se deben a Muhammad. Él consolidó y reformó lo construido y cuando muere en 1391 lo deja en el estado actual salvo algunas cosas.

A Muhammad V se le debe la construcción del Nuevo Mexuar, cuya obra concluyó para los festejos de la natividad de Mahoma en la noche del 30-31 de diciembre de 1362. Es lo primero que nos admira cuando entramos en la Alhambra. El conjunto arquitectónico contenía según Ibn al-Jatib:

> *Galerías, lavabos para abluciones, asientos de secretarios y la estancia para la apertura de la correspondencia, lugar de contacto directo del rey con los que apelan a su justicia y para recibir el saludo de la gente común.*

En el segundo patio del Nuevo Mexuar

> *Hay un zafariche o fuente de formas peregrinas, con lados iguales y proporcionados que son arcos de círculos. En esa fuente hay unos surtidores de mucha altura por los que caen caños de agua. Tiene también surtidores de agua conformas de león.*

Este lugar estaba amueblado con esteras, almohadones y telas que cubrían por completo todas las estancias.

> *Todo el suelo de la alta cúpula estaba cubierto con tapices preciosos sobre los que se elevaba el trono real. Tenía revestimientos de gala en los que estaban bordados los signos de la majestad y la singularidad del lugar y de su dueño. Todo el suelo del Mexuar estaba cubierto con esteras limpias y con almohadones de cuero. De sus paredes pendían velos finos y bellísimos.*

La Alhambra, en tiempos de Muhammad V, estaba iluminada. Ibn al-Jatib, que participó en esa iluminación y la disfrutó, la describe:

> *Alrededor de la alberca de piedra había tantos candelabros de cristal y de cobre como no lo poseen otras casas reales ni las recámaras de los Califas. Sembrados por el despejado espacio había también candelabros*

de ancha bandeja, de columna alta, pies de elefante y multitud de arandelas colgantes muy bien ajustadas en todas sus piezas. Los cuerpos de los candelabros eran entre achaflanados y torneados y eran asiento de las bujías y almimbares de tarugos de cera. Había diferentes especies de luces, lámparas de nicho, velones, candelas grandes, lamparillas adecuadas a los lugares, esquinas o recovecos donde estuvieran colocadas.

Obra suya es la Sala de la Barca. También las galerías norte y sur del Patio de Comares, el patio del Cuarto Dorado y la fachada de Comares. El Palacio de Riyad, el Patio y la Fuente de los Leones con sus galerías este y oeste. La entrada y la Sala de los Mocábares. La Sala de los Reyes. El espléndido Mirador de Lindaraja. El ala sur del Palacio y la Qubba de los Abencerrajes. Nada más y nada menos. Y fuera de la Alhambra, en la ciudad, la Alhóndiga Nueva, muchos de los aljibes de Granada, el *hamman* y en fin muchas otras obras que dan una idea de la talla y el enorme esfuerzo constructor del hombre que más ha hecho por Granada.

El Maristán u Hospital Real de Granada se fundó en el año 1375 en pleno barrio del Aljeriz. Quedan de él restos e inscripciones que nos permiten imaginarlo.

Tenía una especie de patio central en el que había un estanque para que las ondas de sus aguas distrajesen a los que por su desgracia se recluían en este edificio. El estanque recibía el agua de dos fuentes que eran dos leones de piedra. Había grandes patios con verjas donde estaban los locos, sujetos con cadenas o recluidos en celdas. Los enfermos tenían diversas habitaciones según sus enfermedades y su sexo. A los locos los trataban con una mezcla de dulzura y dureza. Les ponían músicos y narradores de cuentos para que los distrajeran o los encerraban en mazmorras terribles.

La Madraza y el Maristán, la Universidad y el Hospital fueron dos instituciones fundamentales en la Granada islámica. Hablemos algo de medicina.

La fama de los médicos se podía comprobar por la altura de su turbante y por la longitud y riqueza de sus mangas. Iban de una casa a otra montados a caballo y con gran acompañamiento de esclavos y servidores.

Existían examinadores de suficiencia que eran los que daban fe de la idoneidad de los candidatos y les daban el título. En cada ciudad había un jefe médico.

En cuanto a los métodos de enseñanza, unas veces el maestro leía párrafos de un libro y lo comentaba a sus discípulos, quienes le hacían preguntas. Otras veces daban lecciones prácticas bien sobre enfermos o sobre tratamientos.

Cada sabio tenía la obligación de enseñar gratuitamente a los hijos de sus maestros. Mirad las condiciones que ponía un maestro para poder acceder al título de médico.

El médico debe honrar a sus maestros y servirlos como a sus propios padres. De estos ha recibido el ser y de aquellos la perfección. El que tome a su cargo un discípulo debe hacerlo digno de él para que pueda enseñar a otros sin interés ni esperanza de recompensa. Trabaje por restablecer la salud de los enfermos sin esperar el pago ni mirando con más interés a ricos que a pobres, nobles o plebeyos. No enseñe jamás la ciencia de los venenos ni el modo de hacer abortar. Hay que ser reservado con las enfermedades que le consulte el enfermo. Huya de la lujuria y de la vanidad, ame la sabiduría, el trabajo para velar por la salud de la humanidad. Sea humilde y puro, tenga mansedumbre, sea amable y tenga siempre puestas sus esperanzas en la ayuda de Dios.

Sigamos con la obra de Muhammad en los palacios nazaríes. Porque este es uno de los monumentos más famosos del mundo y el único palacio real musulmán que ha llegado a nosotros. No hay otro ni en países musulmanes ni en cristianos. Y eso que en apariencia es frágil, construido con materiales pobrísimos. Sus arcos preciosos y elegantes en realidad no sostienen nada. Están colgados como las cúpulas de los mocábares que tanto nos admiran cuando vamos a visitar el monumento. Todo es adobe y mampostería recubierto con una especie de piel de estuco, de oro y de pinturas. El palacio es pura fantasía, frágil y sin embargo ahí está admirándonos durante siglos.

Durante muchos años hemos visitado en familia prácticamente todos los monumentos de Europa. Incluso los grandes vestigios griegos, romanos y bizantinos de Turquía desde la Capadocia hasta las costas de la Magna Grecia con Éfeso, Dídimo, Mileto, Pérgamo, Troya y tantas otras, amén de Italia. Y hemos visto monumentos antiquísimos. Pues todos están ya muertos. Son ruinas arqueológicas y apenas puedes imaginar, por ejemplo en Éfeso o en Pompeya, a las gentes viviendo en sus casas ya hundidas por el paso de los siglos. Las huellas de los carros por las calles de Pompeya no te llevan a soñar con los habitantes de aquellas ciudades porque están ya muertas.

La Alhambra está viva. No es una ruina arqueológica. ¿Por qué? ¿Quizá porque en la Alhambra siempre vivió gente? ¿Será porque siempre ha sido querida, admirada desde el primer momento en que dejó de ser habitada por los reyes nazaríes? Otros monumentos, como Santa Sofía de Constantinopla, desde el mismo instante en que fue conquistada la ciudad fueron vistos con aversión por sus nuevos dueños y ahí están disfrazados, convertidos en algo diferente. Los Reyes Católicos fueron los primeros conservadores de la Alhambra al convertirla en *Casa Real*. Los granadinos hemos subido a la Alhambra continuamente. Era parte de nuestro paisaje, de nuestra vida. Era como una prolongación de nuestra casa. Y todos nos hemos convertido en

guías, hemos enseñado el monumento a amigos que vivían lejos, hemos contado historias, hemos imaginado en ella sultanes y matanzas y escenas de amor. Esa es la razón de que esté aún viva. Es por eso un caso único.

Pues la Alhambra es, entre otras cosas, un precioso álbum de poesías. En ningún lugar del mundo hay nada igual. En sus muros y en sus mármoles, labrados en estuco o en madera, tallados quizás, hay un conjunto de poemas, casi todos profanos, de autores ilustres. Ese es otro misterio.

La poesía arábigo andaluza es otra maravilla desconocida por la mayoría de los españoles. Hubo magníficos poetas entre los musulmanes españoles. No he leído nunca un libro de poemas de amor tan bonito como *El Collar de la Paloma*. Lo referíamos al hablar del primer rey zirí de Granada. Y este género debe morir a causa de la conquista de la España musulmana. Ya no podrá impresionar los oídos ni llenar las almas de los poetas ni las de los lectores. Pues cuando parece que va a morir estalla en las paredes de la Alhambra y allí se queda grabada, hecha escultura y poesía, hecha filigrana de estuco y de mármol. Vive entre nosotros como el propio monumento. Millones de personas pasarán entre las tacas situadas en los arcos que dan acceso a la Sala de la Barca o al Patio de Arrayanes y se preguntarán qué significan esas inscripciones, quién compuso esas poesías. Lo vamos a decir.

Pero antes, una vez más, es inevitable que introduzcamos un poco el sentido de la escritura como obra de arte en el Islam y también quiénes fueron los poetas que compusieron esas maravillas.

Es sabido que el Corán y la Zuna prohíben la representación plástica de los seres vivos. Ni en la Alhambra ni en cualquier otro monumento musulmán encontramos pinturas o esculturas representativas de seres vivos. Se representa únicamente lo inanimado. La consecuencia obvia de este proceder es que las dos artes que más se beneficiaron de este precepto fueron la poesía y la caligrafía.

El Corán es para los musulmanes la misma palabra de Dios revelada en lengua árabe. De ahí que, aunque la escritura en esta lengua se extienda también a usos profanos, el mismo alfabeto tiene un sentido religioso y la escritura se hace con unos trazos de belleza increíbles. Ese arte de escribir bellamente en árabe sustituye a las demás artes plásticas, como la pintura o la escultura, que son inexistentes en el mundo musulmán.

Tengo en casa un bellísimo Corán muy antiguo y precioso. Es cuadrado, como la Piedra Santa de la Meca, está escrito a mano con un primor increíble en el año 1108 de la Era musulmana, el 1740 de la cristiana. Lo compré en la Medina de Fez y el vendedor se aseguró de que lo guardaría como algo sagrado y ciertamente así es. Dos veces lo he enseñado a extraños. Una a un profesor de árabe de la Universidad de Málaga y otra a una musulmana practicante y devota, que lee perfectamente árabe y recita habitualmente las suras y las aleyas del libro sagrado. Los dos se quedaron

admirados. El profesor me aseguró que es de estilo almohade y que es cuadrado por ser esa la figura de la Piedra Santa. Él me lo dató y me dijo varias veces que nunca había tenido en sus manos un Corán tan bello como el mío. La señora musulmana rezó devotamente con él y me pidió que lo conserve y lo honre. Lo conservo y lo honro como un tesoro por su belleza artística, caligráfica y por su profundo sentido espiritual. Mientras escribo lo tengo a mi lado y os puedo asegurar que cada página es una maravilla.

Y dicho esto, ¿quiénes fueron los poetas que compusieron los versos que quedaron impresos en bellísimas letras en árabe en la Alhambra?

Esencialmente fueron tres. Por rara coincidencia los tres se sucedieron en el tiempo, fueron primeros ministros antes que poetas y secretarios de la Chancillería real. Cuando los reyes, especialmente Yusuf y Muhammad V, decidían que era necesario decorar los edificios, ellos mismos componían sus poemas y los ajustaban hasta reducirlos al tamaño del espacio donde debían ser grabados.

El primero en el tiempo fue Ibn al-Yayyab. Nació en Granada en el año 1274 y apenas salió de ella salvo para estudiar en Málaga. Con veinte años ingresa en la secretaría real iniciando así su carrera literaria y política. Conoció a seis reyes, Muhammad II, Muhammad III, Nasar, Ismail, Muhammad IV y Yusuf. Con el último tuvo un verdadero pluriempleo ya que fue, además de poeta, Secretario y Primer Ministro. Vivió hasta los setenta y cinco años y murió en 1349 durante la *Peste Negra*.

Como poeta fue bastante prolífico y no demasiado bueno. De él se conservan bastantes poemas. Hay tres suyos en el Generalife, compuestos bajo Ismail I.

Cuatro en la Torre de la Cautiva y dos en las tacas o alacenas situadas en la entrada que va desde el Patio de los Arrayanes hasta la Sala de la Barca, estos compuestos bajo el reinado de Yusuf.

El segundo poeta de la Alhambra es Ibn al-Jatib. Es el último gigante de la cultura hispanomusulmana y granadina. Nació en Loja en el año 1313. Estudió en Granada con los mejores maestros de la época, uno de los cuales fue Ibn al-Yayyab, al que sustituyó a su muerte como jefe de la Cancillería. Enseguida se convirtió en hombre de confianza de Yusuf que le dio el título de visir. Va dos veces a Marruecos como embajador de su rey.

Cuando asciende al trono Muhammad V en 1354 conservó sus títulos y su poder. Al ser destronado este monarca marcha a Marruecos en 1359 y al-Jatib queda en Granada hasta que es a su vez encarcelado. Pudo escapar de la cárcel y marchó a Marruecos, pero sin contar con Muhammad para nada. Hizo rancho aparte. Se dedicó a viajar por el país y se estableció en Salé. Tampoco acompañó a Muhammad cuando volvió a Granada. Sin embargo el rey lo llamó reiteradamente pero se empleó en darle excusas, como que deseaba descansar, que quería ir de viaje a la Meca, cosa que

nunca hizo.

Al final volvió a Granada pero a regañadientes. Y no la hizo limpia. Como era lo que se dice un liante tuvo que huir de nuevo a Marruecos y allí es encarcelado, encausado, torturado por una delegación granadina y antes de que nadie se molestara en dictar sentencia unos esbirros lo estrangularon en la cárcel y quemaron su cadáver.

Al-Jatib fue un hombre ambicioso, arrogante, con complejo de superioridad. Con sus reyes se llevó regular. Ellos le encumbraron y no les respondió con lealtad. Con Yusuf no se llevó bien y a Muhammad V lo despreciaba. En lo económico era avaro, evasor de capitales, amasaba fortunas transportables, nada de fincas que no podría llevar consigo. Fue ingrato y desleal con sus reyes. Quiso jugar a varias bandas y acabó mal.

Era un escritor compulsivo. Escribió cerca de sesenta obras sobre todo lo divino y lo humano. Desde la medicina, la higiene, los libros de viaje y sobre todo la historia, su tema preferido. Se puede decir que fue el gran historiador de al-Andalus. Escribía continuamente y luego repasaba, corregía, ampliaba, refundía textos.

El tercer poeta de la Alhambra es Ibn Zamrak. Albaicinero, hijo de una familia muy modesta de origen valenciano. Desde muy joven se dedicó a los estudios en la Madraza de Yusuf. Ibn al-Jatib, al ver su valía lo colocó de auxiliar en la Chancillería Real para corregir los poemas que iba componiendo.

Cuando es destronado Muhammad V, se va con el monarca a su exilio en Guadix y luego a Marruecos. No era como su maestro al-Jatib que hizo la guerra por su cuenta. En Marruecos siguió estudiando poesía con los maestros de allá.

Cuando el soberano recuperó el trono en 1362 se le da el cargo de Secretario personal del rey mientras que al-Jatib desempeña el cargo de Primer Ministro.

En el año 1372 se produce la huida a Marruecos de al-Jatib. Fue un escándalo en Granada. Entonces Ibn Zamrak es nombrado Primer Ministro y su primera tarea fue intentar que se concediera la extradición de al-Jatib. Allí marchó para gestionarla, interrogó personalmente en la cárcel a su maestro y volvió a Granada tras su muerte. A partir de entonces y hasta la muerte de Muhammad V fue Primer Ministro. Evidentemente los hijos de al-Jatib le tacharon un traidor y otras lindezas por el estilo. Murió, como casi todos, de mala manera, en el reinado siguiente.

De su obra conocemos bastante. Es el mejor de los tres poetas de la Alhambra. Sabía hablar de los jardines y de los surtidores con temple, con estilo, sin ripios como Yayyab y sin las rimas rebuscadas e ininteligibles de al-Jatib. Fue el último gran poeta andalusí.

Hay muchos poemas en las tacas o alacenas que están colocadas en el espesor de los muros. En esos nichos colocaban vasijas con agua que podrían servir para beber, pero lo más seguro es que se usaran para lavarse los dedos después de comer.

¿Quiénes fueron los traductores, los que nos han hecho llegar este impresionante

legado poético? Hay varios muy buenos. Emilio Lafuente Alcántara, Emilio García Gómez y un personaje de leyenda. Porque en Granada puede contarse una historia en cada rincón. La fantasía y la imaginación quedan pequeñas cuando se escarba en cualquier parcela de su historia. Dos palabras sobre este personaje.

Recién terminada la conquista de Granada por los cristianos, cuando los curiosos pasaban cerca de estos poemas, se preguntaban indefectiblemente qué significado tenían aquellas escrituras tan bellas como raras.

El Cabildo de Granada, con un celo admirable, encarga que se hagan transcripciones y traducciones para que se conozca exactamente el significado de aquellos jeroglíficos. ¿Quién en la Granada de 1550 conocía el árabe rimado como para traducir aquellas inscripciones? Miraron a un lado y a otro y no encontraron más que a un tío listísimo, un vivales llamado Alonso Castillo, hijo de Castillo *el Viejo*, un morisco granadino convertido a la religión cristiana por pura conveniencia.

Este fue un personaje tremendo. En vez de converso era un marrano, que iba a la iglesia los domingos pero que en secreto seguía profesando la religión musulmana. A este fue al que se le ocurrió organizar lo de los plomos del Sacromonte.

Y ahora vayamos a los versos.

En la puerta del Mexuar hay un poema anónimo de tiempos de Muhammad V. Son seis versos:

Oh, la mansión del trono real
que alberga en sí una labor preciosa!
Quien lo labró bien lo abrió al arte
y a la gran victoria.
Es obra del imán Muhammad.
¡Dios dé a todos su sombra!

En la fachada de Comares hay unos versos de Ibn Zamrak, de tiempos de Muhammad V:

Soy corona en la frente de mi puerta.
En mí envidia el Oriente al Occidente.
Siempre estoy esperando ver el rostro
del rey, alba que muestra el horizonte.
¡Dios haga sus obras tan hermosas
como lo son su temple y su figura!

Leamos ahora versos compuestos por Ibn Yayyab, en tiempos de Yusuf. Están esculpidos en las tacas o alacenas que existen en el arco que da paso desde el Patio de

los Arrayanes a la Sala de la Barca, en la alacena derecha:

Soy como la tarima de una novia
por mi perfección y belleza.
Sabes que digo verdades
cuando miras mi aguamanil.
Me corona por encima
un arco como la media luna.
El rey es como un sol hermoso
que brilla en el reino.
¡Que siga en puesto tan alto
sin que conozca el ocaso!

Y en la alacena o taca izquierda de ese mismo arco hay un poema también de Ibn Yayyab, que dice así:

Yo soy un mihrab de oración
que marca el rumbo a la felicidad.
Piensas que el jarro musita sus plegarias
de pie, dentro de él.
Cada vez que las termina
debe volver a empezarlas.

En las alacenas que hay en la entrada del Salón de Embajadores, en la derecha, hay un poema de al-Jatib que dice así:

Mis galas y mi corona son hermosas
los astros del Zodíaco bajan a mí.
El jarrón de agua dentro de mí, de pie, es como un devoto
que musita su oración ante la alquibla del mihrab.
Mi piedad sacia la sed en todo tiempo
y cuando es necesario se otorga al pobre.
¡Luna llena, en mi cielo brille siempre el rey
mientras luzca el plenilunio en la oscuridad!

Y en la alacena izquierda hay otros versos de al-Jatib que dicen así:

Mi tejido lo bordaron dedos hábiles

después de engarzar perlas en mi corona.
Soy como el sillón de una novia, incluso mejor
porque aseguro la felicidad a los esposos.
Si alguien me trae sed, mi fuente le da
un agua limpia, clara y dulce
cuando brillo soy como un arco iris.
El sol es mi rey Yusuf

En la Sala de Dos Hermanas hay un poema de Ibn al-Jatib que es curioso reseñar. Sobre esta Sala dice Gallego y Burín en las páginas 95 y 96 de su *Guía de Granada* que el nombre de *Dos Hermanas* con el que se la conoce es moderno y tiene su origen en las dos grandes losas de su pavimento de mármol.

La verdad es que creo que se equivoca el ilustre autor. El poema que hay en ella está compuesto por al-Jatib en tiempos de Muhammad V y hace una clara referencia a las *Dos Hermanas*, dos losas imponentes de mármol que mandó colocar allí el gran monarca y que debieron costar bastante trabajo llevarlas y seguramente entonces les pusieron el nombre con que hoy se conocen. Y si no leed el poema:

Mis ojos vean en ti «frescor del ojo»
y admira el arte y la gala del tesoro.
Sola, en tiempos de un credo que prescribe
no ver a quien tenga juntas dos hermanas.
Soy de la pura ley débito, aún cuando
no repara en mi deuda la fortuna.

Dejemos los poemas de la Alhambra para volver a contaros la historia política del reinado.

En Castilla tenemos ya de rey a Don Enrique de Trastámara. Muerto Don Pedro el reino aclamó al bastardo. Muhammad hizo lo que todo el mundo. Sus ejércitos dejaron de hostigar a uno de los contendientes pero no por eso volvieron a casa. Ahora que eran fuertes aprovechó la ocasión para entrar en la frontera sin oposición del ejército cristiano.

Al año siguiente, viendo lo mal defendida que estaba Algeciras y que seguía siendo la llave del reino, decidió atacarla. Su ejército era muy poderoso y a los cristianos no se les veía por parte alguna así que conquistaron la ciudad. Y viendo que iba a ser imposible mantenerla en caso de contraataque de los cristianos la quemaron entera, arrasaron sus muros, sus defensas y volvieron victoriosos a Granada.

A la vuelta de Algeciras, en el año 1370, Muhammad encontró en Granada a un ilustre mensajero. Era el maestre de Calatrava y venía de parte de Don Enrique.

Sustancialmente le ofrecía su amistad porque deseaba mantener paz en las fronteras para poder atender con libertad las guerras intestinas que eran su primera preocupación.

Muhammad se alegró mucho de este deseo de Don Enrique. Él también estaba deseando la paz para poder hacer el reino que había soñado. Por tanto, como era su momento, se puso manos a la obra. Había que añadir nuevos encantos a Granada y era necesario hacer felices a sus súbditos.

También se ocupó de la ciudad de Guadix. El rey no olvidó que le había apoyado en sus momentos difíciles. Desde que recuperó el trono pasaba en ella muchas temporadas. Se consideraba de Guadix.

Aprovechó esta época de paz exterior para realizar en Granada todo cuanto hemos contado antes y se ocupó del reino en el aspecto económico de manera que llegó a ser la admiración del mundo. Fomentó las artes, la artesanía, las manufacturas, el comercio y la agricultura. En esa época venían a Granada comerciantes de todas partes. De Siria en el Oriente, de Egipto, de África. No faltaban los italianos, gentes de suyo bastantes andorreras y trashumantes, más finos que el coral y capaces de ensartarse, sin ayuda ajena, por el ojo de una aguja. Venían a Granada también infinidad de españoles.

El rey era relativamente joven, tenía cincuenta y dos años, pero su reinado había sido muy dilatado en el tiempo. Sus hijos eran mayores y creyó llegado el momento de que Yusuf jurara como heredero y fuera como tal reconocido por los nobles y el pueblo. Era de rigor que se preparara una celebración por todo lo alto. Y más porque se había concertado un casamiento entre Yusuf y la hija del rey de Fez. Y por si esto era poco el príncipe heredero de Fez, que había venido a Granada en embajada para traer a su hermana, encontró a una chavala de aquí, hija de Abu Ayan, caballero muy noble y muy rico de Granada y decidió casarse con ella. Así que el festejo fue de los que hacen época. Granada en paz, rica, con estos fastos por delante, pues acudieron caballeros de África, de Egipto, de Francia al calor de los saraos, justas, torneos.

Todos en Granada estaban esperando la embajada de Fez. En los alrededores de la Plaza de Bibarrambla se congregó una muchedumbre inmensa de toda edad y condición. Habían venido de tierras de cristianos y de las ciudades, alquerías y aldeas del reino. La atracción era el anuncio de las fiestas y la llegada de una comitiva de relumbrón. Desde la hora del alba discurrían por las calles y las plazas vestidos de gala, moros, judíos y cristianos. Había damas castellanas que resplandecían por su hermosura y que ocupaban los antepechos de los balcones y los aljimeces de las casas. Había mudéjares venidos de las tierras de Castilla. Vestían mantos a la morisca de color amarillo verdoso a los que llamaban *capellares* y la llamada *luneta azul* sobre el hombro que era un adorno de media luna. Los judíos vestían tabardos de mangas bobas abiertas y en ellas la señal bermeja.

Las moras y las judías de los arrabales de Granada iban espléndidamente ataviadas con sus corpiños recamados de pedrería, sus camisas, a las que llamaban *alcandoras*, *marlotas* de diversos colores que eran los sallos moriscos que iban ceñidos al cuerpo. Llevaban también sus *almegías* o túnicas, *amalafas* que eran un vestido moruno que cubría el cuerpo de los hombros a los pies y que estaban bordadas con aljófares. Las mujeres iban tocadas con sus *albanegas*, que eran cofias o redes para recoger el pelo y sus *almaizales* o tocas de gasa bordadas con franjas en hilos de plata y oro. En las orillas del Darro las mujeres parecían campos de alelíes, de azucenas, margaritas y amapolas.

De pronto, por una esquina de la plaza aparecieron los músicos que iban a amenizar los festejos. Las bandas de músicos y ministriles eran diversas, unas de moros granadinos, otras de judíos, otras de mudéjares o de castellanos. Todos hacían sonar sus *albogues* que eran una especie de flauta de madera o de caña, según los casos, *aljabebas*, *añafiles*, que eran unas trompetas rectas y largas de casi un metro, laúdes y guitarras, unas de la tierra y otras castellanas, trompetas de vuelta, *adufes* o panderos, *atabales*, que eran los tamborcillos para las fiestas y otros muchos instrumentos de cuerda, de viento y de percusión. Todos marchaban en perfecta formación haciendo sonar sus melodías.

El un lugar preeminente de la Plaza de Bibarrambla estaba el rey Muhammad. Se esperaba la llegada de la embajada de Fez. Al frente de ella venía el príncipe y traía a la princesa que se casaría con el heredero del reino de Granada. Todos estaban esperando impacientes este acontecimiento. Entretanto se distraían escuchando las músicas y contemplando el espectáculo.

A eso del medio día, cuando la impaciencia se comenzaba a notar entre los asistentes, se vio venir a todo correr a un doncel de la casa real. Venía montando un brioso caballo de los criados en las orillas del río Genil. Se apreciaba cómo agitaba con su mano derecha un pañuelo blanco. Así daba a entender que se acercaba la comitiva.

En efecto. No había llegado el doncel a la plaza cuando apareció la cabecera de la comitiva compuesta por catorce pajes. A continuación les seguían cincuenta hombres de armas montados en caballos *overos*, que eran los que tenían la piel del color del melocotón. Los caballeros iban maravillosamente vestidos, las cabezas cubiertas con almetes, con penachos muy vistosos y en sus manos llevaban largas lanzas de madera de fresno. A continuación marchaban a pie cien ballesteros de la guardia del rey con sus clavas de plata al hombro. Después, en dos filas, iban doce atabaleros y trompeteros que hacían sonar sus instrumentos. Por último iban en correcta formación los farautes del príncipe montados sobre rocines. Sus birretes eran de terciopelo carmesí guarnecido de plumas y sus dalmáticas de ricomás brillaban bajo el sol de Granada. Las calzas y los zapatos que llevaban eran color grana.

Luego venían cuatro enormes elefantes guiados por esclavos negros que marchaban montados en el arranque del pescuezo. A lomos de ellos venía una especie de torrecilla cubierta con un toldo y dentro de ella el regalo que el rey de Fez hacía al rey de Granada. A continuación caminaban dos carretas arrastradas por bueyes que llevaban en jaulas con barrotes de hierro a un león, una leona, dos rinocerontes, dos jirafas y dos cebras.

Después caminaban seis trompetas de las que colgaba el pendón del reino de Fez seguidas del príncipe, jinete en un caballo muy hermoso bellamente enjaezado. En su mano derecha portaba una cimitarra con la punta hacia arriba, dando así muestras de que estaban en un reino que no era vasallo de Fez.

A continuación iba la comitiva de la princesa de Fez. Delante de ella caminaban dos criados vestidos con túnicas de setuní color escarlata con bordados de oro en los pechos, las mangas y la espalda. Inmediatamente después iba la princesa de Fez montada en un suntuoso palanquín taraceado en marfil, ébano y sándalo. Su cabeza estaba ceñida con una especie de tocado de encaje finísimo bordado con perlas como si fuera un antifaz de novia que dejaba entrever su belleza serena y limpia. Las varas del palanquín las llevaban a hombros cuatro esclavos negros altos y fuertes, marchando tras ellos otros cuatro de repuesto.

A uno y otro lado del palanquín cabalgaban el príncipe heredero de Granada y su hermano. E inmediatamente detrás, montadas en sendas mulas iban las tres damas que la servían. El cortejo lo cerraba un escuadrón de hasta cien lanceros granadinos que habían ido al encuentro de la princesa para darle escolta.

Las gentes de Granada estaban con la boca abierta contemplando aquel espectáculo en que se mezclaban las pompas y riquezas cortesanas con el exotismo de los regalos venidos de África. Las zambras sonaban con estrépito, retumbaban los tiros de pólvora disparados desde las torres de la Alhambra al par que se escuchaban en todos los rincones de Granada y en las alcudias cercanas los gritos de júbilo.

El príncipe heredero clavaba en la princesa su codiciosa mirada, tratando de vislumbrar a través del velo la simpar belleza que estaba imaginando.

Al llegar la comitiva a la plaza se acercaron los caballeros al palanquín de la dama, hicieron los acatamientos propios del caso y pidieron que bajara.

En ese momento se colocó delante del palanquín una cuadrilla de muchachas moras vestidas de juglares que rociaron con agua de azahar y de rosa a la princesa y a cuantos la rodeaban. Aireaban las diminutas almarrajas que traían colgadas de sus cinturas haciendo con ellas una especie de asperges sobre la concurrencia. Luego comenzaron a cantar y a bailar a coro acompañadas de las zambras. Sus danzas eran movimientos lánguidos y lascivos meneando al par los brazos y la cintura.

Y después aparecieron los poetas de la corte. Uno de ellos se adelantó y comenzó a recitar en voz alta un poema que decía así:

¿Quién es esta que desde tan lejanas tierras ha aparecido entre nosotros, envuelto su rostro en un velo trasparente, como si fuera una luna que estuviera rebozada en una nubecilla blanca? Sus ojos despiden una luz dulce como la del alba. Pero se descorre el velo que la amortigua y es un sol refulgente de rayos abrasadores. Como un lirio entre zarzas, ¡oh hija de reyes! Eres tú. Como una rosa fragante entre flores inodoras. Eres rubia como las espigas del verano y tu mejilla es rosada como una mezcla de leche y granada. Tus labios son cintas de jazmín y tus dientes son finísimos aljófares. Tu cuello es como torre de marfil, tu pecho como alcudia cerrada de pomas sabrosísimos y tu talle como el de gentil palmera. Tu boca es panal de miel y al pasar por ella los tonos de tu voz van saturados de suavidad y fragancia.

Cierra, por piedad, los ojos cuando venga la noche no sea que, engañados por sus lumbres, parezca que no ha fenecido el día y huya el sueño de nosotros. Tu padre el rey de Fez ha avasallado a sangre y fuego a numerosos pueblos y naciones pero mayor es aún la fuerza irresistible de tus encantos pues con solo una mirada posees el don de esclavizar a las gentes. ¡Oh hermosa entre las hermosas! ¡Oh manojito de mirra! Bienvenida seas a esta bendita tierra. Y vosotros, ¡oh granadinos! Festejad alegres a vuestra ilustre dama. Celebrad en este dechado de belleza el gran poder de Dios y admirad las maravillosas obras de sus manos.

A continuación el príncipe de Fez se dirigió al rey de Granada y leyó una misiva de su padre en la que entregaba a su hija a Muhammad para que la casara con su hijo. Y hecho esto entregó a Muhammad los presentes que le había dado el rey su padre. Eran muchas piezas de camocán, de zarzahan, de setuní, de tabí y de otros paños de diversas clases. Camocán era un brocado especial de oriente. El zarzahan era una tela de seda muy delgada y con listas de colores. El setuní y el tabí eran telas antiguas de seda con labores ondeadas que hacían forma de aguas. Le regalaba también distintos paramentos de seda muy fina de color rosado guarnecidas con chapas de plata, otros engastados de esmeraldas, de aljófares y otras piedras preciosas engastadas con hilos de oro. Iban también ataifores, es decir, una mesas pequeñas de madera de sándalo con hileras de rubíes y turquesas en las orillas. Tazas de oro macizo adornados en su interior con jacintos, crisólitos y zafiros gruesos y redondos. Plateles también de oro cincelados o repujados así como una docena de bacines de plata tirada a martillo. Las arracadas, que eran zarcillos con colgantes y las ajorcas o pulseras eran dignas de ver igual que las vajillas de porcelana de la China.

Cuando hubieron terminado la entrega de los regalos dispuso el rey que se

sirviera el banquete de bienvenida. Se preparó un lugar adecuado que voy a intentar describiros.

En uno de los jardines del alcázar había mandado hacer un rico pabellón de zarzahan con dos colores, amarillo y escarlata, tendido sobre maromas de seda en aros de plata. En el centro de ese pabellón, frente a su entrada, estaba el estrado real vestido con una preciosa almozala morisca, una especie de tapiz con un grandioso asentamiento cobijado por un dosel de camocán destinado al rey. Detrás del estrado real se alzaba una torrecilla de filigrana de plata, una especie de calahorra o baluarte defensivo de unos cuatro palmos de altura con sus puertas, aljimeces y almenas esmaltadas de los colores amarillo y escarlata en cuyo centro ondeaban graciosamente engarzados los pendones de tisú con las armas bordadas de Granada y de Fez. Dentro de esa torrecilla, estaba hueca por dentro, saltaban y cantaban preciosos pajarillos que alegraban con sus trinos a los invitados al banquete.

Otros doseles cercanos cobijarían a los príncipes herederos de Granada y de Fez. Se ascendía a ellos por unas gradas cubiertas de *alcatifas* o alfombras de finísimo y precioso tejido de seda y lana. A uno y otro lado de la escalinata se habían dispuesto para el resto de los convidados otros asentamientos decorados con tapicerías de guardamecí estampado y dorado. Delante de ellos había una retahíla de mesas de maderas preciosas, taraceadas con diferentes incrustaciones.

Repartidos en toda la sala, en espacios iguales, había braserillos de plata en los que ardían diferentes plantas aromáticas como el albohol y otras. Los tapices y alfombras que cubrían el pavimento habían sido rociados por los reposteros del estrado y la mesa con algalía, agua de azahar, agua de rosas y con otras esencias aromáticas.

En cada esquina del pabellón había aparadores labrados con detalles finísimos. En el aparador de la derecha se veían muy bien colocados multitud de platos, plateles, escudillas, azafates y bateas de oro y de plata de diferentes formas, unos lisos, otros amartillados con esmaltes y figuras. Había tazas, almofias o jofainas, altamias, bacines, brocas, tajadores, punjantes, ganivetes y otros utensilios de mesa.

A los lados del aparador estaban los reposteros de la plata en fila y de pie, vestidos con preciosas aljubillas. Sostenían en el brazo izquierdo la toalla del manjar. En la mano izquierda sostenían el platel que deberían alargar a los pajecillos, cuyo oficio era ponerlos delante de los comensales cuando fuese reclamado su servicio.

El aparador de la izquierda estaba repleto de jarros, cuernos de nácar montados sobre pies de oro con engastes de piedras finas, altamias, jarras, redomas mallorquinas, unas de oro labradas con flores, cintas y figuras de animales y otras de plata, lisa o cincelada, limetas, vasos y frascos iraquíes.

Al lado de este aparador estaba el copero mayor, los dos botijeros principales y los mozos encargados de servir la copa al rey y a los demás comensales.

Las mesas estaban cubiertas con manteles y servilletas de lino finísimo y en cada una de ellas el maestresala y sus ayudantes habían colocado candelabros de plata maciza con cirios de cera y los cuchillos, cucharas, platos, plateles y bateas para arrojar los huesos.

Cuando estuvo todo dispuesto se dio aviso al rey y penetró en la sala seguido de los dos príncipes herederos, de lo más granado de la nobleza granadina y de los invitados que habían venido de lejanos países, Fez, Castilla, Francia, Italia, Tremecén o Egipto.

A continuación se dio agua perfumada al rey, luego a los demás comensales en aljofainas y jarros de oro. Hechas las reverencias se dio comienzo al banquete.

Mientras sonaba la música en el salón se servían en primer lugar albaricoques azucaríes, albérchigos, albacoras que eran los primeros higos que daba la higuera, alfóstigos o pistachos, albudecas o sandías, peras bergamotas, manzanas xabíes, higos xaharíes, cotíes, doñigales y brevales, uvas de todas clases, granadas zafaríes y otras frutas al gusto de cada comensal.

Después de la fruta se fueron sirviendo sucesivamente diversos guisos de carne, tanto salvaje como doméstica, aves del cielo y de la tierra, pescados de mar y de río. Unos iban cocidos, otros fritos o a la parrilla o adobados con toda clase de salsas como cubeba, galanga, grano del paraíso o bayas de cedro rojo, plantas traídas del lejano Oriente.

Dulces y confites hubo en cantidad. Catites y alfeñiques de Écija, alajú de Loja que era un dulce hecho con una pasta de almendras, nueces y piñones, especias finas y miel bien cocida. Se sirvió también almíbar de azahar y de zumo de membrillos de Córdoba, hostias de alfajor de las Alpujarras, anís y matafalua llamada también matalahúva de Alejandría, alfeloas y acipipes portugueses, adraque de Montpellier, alcorzas y regaifas de Valencia y muchísimas figurillas de pasta de azúcar blanca representando gacelas, pavones, faisanes y otros muchos animales.

El despensero mayor se esmeró con los vinos, muchos de ellos de Málaga y de otros lugares del reino. Se sirvieron a los convidados en copas iraquíes sobre bandejas de oro ricamente labradas.

El banquete terminó cuando los poetas volvieron a recitar sus casidas entre el murmullo cada vez más desenfadado de los comensales que estaban felices por el agasajo y por las bebidas que habían degustado. El rey estaba feliz con sus invitados, a muchos de los cuales hospedó en una fonda que los comerciantes genoveses tenían cerca del Zacatín y a otros en casas particulares de nobles granadinos.

Durante los días siguientes hubo justas y torneos en Bibarrambla así como mil gentilezas de los galanes granadinos y forasteros. Sigamos con la historia.

Muhammad y Enrique reinaron en paz durante años. No hicieron guerras ni hubo entre ellos discordias. Se llevaron como hermanos. Gracias a eso consiguieron que

sus respectivos pueblos les amasen. Granada era una ciudad espléndida.

Los musulmanes habían hecho de la agricultura un oficio muy digno y peculiar. Trajeron desde los desiertos de África y de Oriente frutos nuevos que aclimataron en nuestras fértiles vegas. Aprendieron a trasplantar, injertar en los momentos y estaciones oportunas. Fueron estudiosos de la agricultura. Existen tratados muy amplios y documentados.

Tenían agua en abundancia. Ya en el siglo X las aguas del Genil discurrían por acequias regando la vega. Más adelante, Yusuf, el emir de los Almorávides, mandó plantar alamedas en los alrededores de Granada y en los cerros de Aynadamar e hizo que las aguas de Alfacar llegaran hasta Granada. Alhamar y sus sucesores hicieron nuevos canales de riego para la vega, lo que multiplicó la riqueza de los agricultores. Esa política de riegos la llevaron hasta la misma Alpujarra.

Hablemos una vez más de la seda. Los árabes revendían la seda de Oriente hasta que Justiniano, harto de verlos especular, mandó que se importaran las crisálidas y los árboles de la morera. Así llegaron a Granada que se convirtió en la tierra de la seda en competencia con Oriente. Aquí se criaban los gusanos, se hilaba, luego se torcía la seda, se tejía, se tintaba de manera que en las tiendas de el Zacatín y en la Alcaicería se lucían con más esplendor que en sus tierras de origen. Y desde aquí se exportaban a Italia, a Cataluña, a Túnez, a Alejandría y a otras partes del mundo. En Granada había una fonda que la llamaban de *los Genoveses* porque era la residencia de los mercaderes italianos que compraban la seda para revenderla por el mundo.

Había otros muchos cultivos en nuestra tierra. Los viñedos abundaban en la vertiente sur de nuestras serranías, dando vista al mar, de manera que los propios marinos que se acercaban a la costa los divisaban y sentían la necesidad de beberse un buen trago.

Se cultivaba también la planta del olivo y sobre todo frutas. Muchas frutas. La granada, especialmente la variedad llamada zafarí, también la caña de azúcar. Había en el reino miles de ingenios que daban miel y azúcar para el consumo interior y para exportar a otros países. También se cultivaban los higos, higos chumbos, nísperos, membrillos, naranjas, madroños, palmas, algodón y otros muchos árboles frutales.

Granada, llamada entonces la Damasco española, era la capital de un reino extraordinario. En ella vivían comerciantes, marineros, venían los viajeros desde todas partes en busca de este auténtico vergel de flores y frutos. Tenía de todo. Campos maravillosos, impresionantes fortalezas enclavadas en medio de las sementeras de trigo y cereales. A su lado sobresalen unas cumbres altísimas, casi inexploradas, blancas por las nieves de sus cumbres y claras como el agua que regalan a la ciudad y a sus campos que siempre estaban verdes, en invierno y en verano.

En sus comarcas se pueden encontrar minas de oro y de plata, de plomo, de hierro

y de otros muchos metales y piedras preciosas. Volvamos a la historia de nuestro rey.

Muhammad enviaba esporádicamente a Enrique regalos que asentaran la amistad entre los dos monarcas. Eran joyas, ricos presentes de seda bordada y muchas otras cosas que agradaban al castellano. Poco después de uno de esos envíos murió Don Enrique.

Hubo más de un mal intencionado que atribuyó su muerte a la maldad del rey de Granada. Decían que le había enviado unos borceguíes impregnados en veneno mortal y que eso había acabado con él. Sin embargo eso es completamente falso. Muhammad fue un rey noble. Ni por asomo se le puede acusar de traidor o de asesino.

Poco tiempo después murió también el gran rey Muhammad. Era el año 1391. Tenía cincuenta y tres años nada más, de los cuales treinta y siete fue rey de Granada, excepto los años en que fue destronado por su hermanastro y hasta que recuperó el trono tras el asesinato de *el Bermejo*. Su muerte se produjo cuando estaba en la cumbre del poder y después de haber proporcionado a Granada una seguridad y una estabilidad que le permitieron alcanzar su máximo esplendor.

Granada entera le lloró. Dejó los mejores palacios que había en el mundo, los había hecho él, para ir a morar a los alcázares del paraíso.

Su cuerpo fue lavado y enterrado al amanecer en el panteón de los reyes del Generalife. Se hizo oración y acompañaron su cuerpo al sepulcro todos los granadinos, ricos y pobres, nobles y pueblo. Había desaparecido el mejor rey que nunca tuvo Granada.

CAPÍTULO XVIII

YUSUF II, UNDÉCIMO REY DE GRANADA.

El quince de enero de 1391 murió Muhammad V y acto seguido fue proclamado rey su hijo primogénito. Adoptó el nombre de *El que se da por satisfecho con Dios*.

La proclamación de un rey se realizaba con gran solemnidad. La alta nobleza acudía a la Alhambra y esperaba en los salones regios al príncipe heredero que se presentaba ricamente vestido y cubierto con un manto color púrpura. Se inclinaba sucesivamente sobre cuatro banderas que estaban tendidas en el suelo en la dirección de los cuatro puntos cardinales, se detenía en la que señalaba el Oriente y recitaba una plegaria del Corán. Después juraba en voz alta ante toda la asamblea defender a su ley, a su reino y a sus vasallos. Cuando terminaba el juramento uno de los magnates se postraba de rodillas, besaba la tierra en nombre de todos en señal de obediencia, dando a entender que se postraba donde asentaba sus plantas el rey. A continuación los jefes de armas daban grandes gritos diciendo:

—*¡Dios ensalce al rey, nuestro señor!*

Por último montaba en un magnífico caballo y precedido de los escuadrones de su guardia, rodeado de servidores y cortesanos, paseaba por las calles de Granada que habían sido engalanadas con arcos de triunfo, colgaduras y guirnaldas.

Después de los actos que hemos descrito se reunieron en uno de los salones principales del palacio los nobles, los alcaides, los walíes y el resto de las personas importantes compungidos aún por la muerte del rey pero conscientes de que era el momento de tremolar las banderas del futuro y de besar las manos del nuevo monarca. Conocían bien a Yusuf y sabían que no tenía la talla de su padre pero eran conscientes de que tenían delante a un hombre bueno y eso era suficiente.

Yusuf se vanagloriaba de imitar a su padre. Fue ante todo un amante de la paz. Hablamos de una época en que muchos reyes o nobles deseaban más que cualquier otra cosa hacer la guerra. Este rey amaba la paz y nada deseaba tanto como fomentarla.

El primer año las cosas se precipitaron vertiginosamente de una manera bastante sangrienta. Mandaba demasiado un liberto de su padre llamado Jalid, al que no se le ocurrió otra cosa que recluir en una prisión a los tres hermanos del rey, donde acabaron muriendo. Trataba de quitarse estorbos para que no hubiera impedimentos a su mangoneo en la corte. Igual hizo con el poeta Ibn Zamrak que fue encarcelado en Almería aunque este no acabara como los hermanos del rey porque pasado un tiempo de purgatorio fue restituido en sus cargos. Encima intentó envenenar al rey con la

ayuda de un médico judío de la corte. Yusuf era manso pero con estos no le tembló el pulso. A Jalid lo detuvo y allí mismo lo mandó al otro barrio de un golpe de cimitarra. Al médico judío lo envió a prisión donde fue degollado.

Decía que en muy poco tiempo se puso el asunto al rojo vivo. Y eso que el rey era templado. Mientras se desarrollaba el episodio del liberto y cuando se acabaron las fiestas de la proclamación escribió a los reyes cristianos ofreciéndoles mantener las treguas que había heredado de su padre. Y para que vieran su sincera voluntad les hizo un regalo inusual. En las mazmorras de Granada gemían su cautiverio una serie de hidalgos de la frontera de Jaén que ya pensaban que no iban a ver más a sus seres queridos. Pues Yusuf se los envió al rey de Castilla como un regalo. Además escogió seis de los mejores caballos de su yeguada, por los que suspiraban los reyes cristianos, les colocó las monturas más ricas que encontró en la Alcaicería, escogió armas que eran verdaderas joyas, las cubrió con ricos paños y se lo envió todo al castellano.

Don Enrique quedó encantado y concertó las treguas.

Todo marchaba bastante bien, con sus altos y sus bajos como era comprensible pero parecía que se iba perfilando un reinado de paz, si no igual al menos parecido al del rey anterior. Pero ¡la ambición! La maldita ambición consigue destruir lo que la buena voluntad emplea años en edificar.

El rey Yusuf tenía cuatro hijos. El mayor se llamaba Yusuf como su padre y era un bendito de Dios. Era un muchacho bondadoso, discreto, se había ganado a grandes y pequeños hasta el extremo de que su padre le respetaba y le honraba como a un magnífico heredero de la corona. El segundo se llamaba Muhammad y era lo que se dice una joya. Envidioso, ambicioso hasta el extremo de que cuando escuchaba las alabanzas que todos dirigían a su hermano algo le roía las entrañas.

Un personaje así era un peligro tremendo porque los nazaríes no se conformaban con su suerte. Este era de esa clase de hombres que despreciaban el peligro que suponían sus rebeldías y maquinaban lo más grande hasta que o acababan consiguiendo sus pretensiones o colgados en las puertas de la ciudad si perdían el envite.

Pues buscó una excusa para emprenderla contra su padre y su hermano y como tantas otras veces hemos visto en la historia de los reyes musulmanes la encontró en el celo por las esencias del Islam. Se dedicó a contar por los barrios de Granada que el rey estaba traicionando su religión, que los reyes cristianos eran sus amigos y que en la misma corte había demasiados cristianos a los que el rey trataba mejor que a los musulmanes. El rumor acababa concluyendo que Yusuf era cristiano en su corazón y que su objetivo era favorecer a los castellanos en todo lo que pudiese.

El rumor comenzó a circular por Granada hasta que fue tomando cuerpo, primero aglutinando a los alfaquíes y demás fanáticos intolerantes, luego a los descontentos,

que siempre los hay, hasta acabar organizando una manifestación contra Yusuf, pero de esas chungas. Se trataba, ni más ni menos que de pedir a voz en grito la dimisión del rey para que la corona recayese en su segundo hijo Muhammad.

Yusuf no tenía los redaños necesarios para cortar de raíz esta intentona. No olvidemos que cortar de raíz una cosa así solamente se conseguía cortando la cabeza al instigador, que esta vez era su hijo. La vio venir y no tuvo fuerzas ni carácter para enfrentarse a su hijo, conocedor de que ese enfrentamiento le suponía acabar expeditivamente con su vástago. Y ya se sabe, estas propagandas alentaron un tumulto y un buen día se preparó adecuadamente una turba de gentuza de baja estofa para pasar a la acción. Iban capitaneados por Muhammad y se acercaron a las puertas de la Alhambra lanzando gritos y pidiendo la destitución de Yusuf.

El monarca, aunque sabía que se estaban cociendo tempestades, no daba crédito a lo que estaba viendo. Se asomó a los aljimeces de su palacio para ver con sus propios ojos el talante de los manifestantes y se quedó de piedra. La verdad es que no sabía qué podría hacer. Allí los tenía, con su hijo al frente, esgrimiendo sus picas y sus espadas.

¿Qué hacer? Puede que nuestro rey se sintiera hastiado o quizá no tuvo fuerzas para plantar cara a los insurrectos, el caso es que decidió hacer lo más fácil que era abdicar a favor de Muhammad, el que había organizado aquel lío.

La corte entera contempló el triste espectáculo del rey acobardado cediendo a las nefastas exigencias de un hijo ambicioso, alocado y cruel. Todos sentían que algo malo iba a ocurrir si las cosas se desarrollaban como se preveía. Y por las estancias de la Alhambra corrió un murmullo de desaprobación que poco a poco se fue convirtiendo en tremenda inquietud por el futuro y luego en tímidos intentos de evitar lo que parecía ya no tener vuelta atrás, que era la abdicación de Yusuf a favor de su hijo Muhammad.

Los notables de la corte hablaban cada vez con más convicción diciéndose unos a otros que aquello era una insensatez y un tremendo disparate. Pero ¿quién paraba todo aquello? ¿Quién ponía los cascabeles al gato?

Entonces se adelantó el embajador de Fez que era un personaje muy serio, respetado por los granadinos, completamente ajeno a las intrigas que se muñían entre padre e hijo y nada sospechoso de apoyar a los cristianos.

En primer lugar se dirigió a los cortesanos y les dijo que estaba indignado por la debilidad que acababa de mostrar el rey. No se podía abandonar el reino ante la primera dificultar que aparece en el horizonte y más para dejarlo en manos de un hijo indigno de ocupar el trono. A continuación pidió un caballo, lo montó y salió a la plaza con gesto grave y solemne. Cuando se dio cuenta de que todas las miradas estaban fijas en él, tanto las de los conjurados como las de los curiosos, se dirigió a la muchedumbre para reprenderles, halagarles, convencerles de la torpeza que iban a

cometer si traicionaban a su rey. Decía:

> *—¿Qué fue de la gloria de los omeyas, de los almoravides y abenhudes? ¿Dónde están? Les cobijó este mismo cielo y pisaron y amaron estas tierras. Desaparecieron como el humo desde el día en que la discordia armó a unos musulmanes contra otros. ¿Por qué no amenazáis con vuestras espadas a los castellanos que os están acechando desde la frontera y que se frotarán las manos de júbilo con esta rebelión?*
>
> *El creyente que ame a su patria y que sienta el celo de la causa santa que apareje su caballo y empuñe su lanza. El rey Yusuf está desplegando sus pendones y reuniendo a sus caballeros leales para llevar el terror y la muerte a los campos enemigos. Cuando la fama pregone sus proezas verán los ingratos a qué príncipe tan noble y a qué caudillo tan fuerte están ofendiendo.*

Las gentes al ver que este les prometía una guerra cambiaron de opinión, dejaron de pensar en destituir a Yusuf y se pusieron a afilar espadas y picas a la espera de que el monarca saliera camino de la frontera castellana. Le acompañarían con la misma lealtad, decisión y mala leche con que habían apoyado al rebelde Muhammad.

El embajador de Fez había parado el primer golpe pero quedaba por rematar la faena. Estaba convencido de que la muchedumbre debía desahogar sus instintos de una u otra manera. O apuntaban sus picas contra Yusuf o daban un giro de ciento ochenta grados y se lanzaban al galope tendido hacia la frontera del reino. El de Fez agarró por la pechera a Yusuf, le montó en su caballo y le puso al frente de setecientos jinetes y tres mil peones para invadir lo que fuera. No le dio siquiera la oportunidad de discutir si debían o no ser leales a los tratados firmados con los castellanos. Salieron hacia Murcia con la alegría metida en el cuerpo y el convencimiento de que estaban haciendo algo importante por el Islam.

Yusuf salió con su ejército camino de Murcia, probablemente porque era donde menos resistencia podrían encontrar. Iban provistos sobre todo de teas, que era el arma incendiaria de nuestros nazaríes. Pues las mieses y las arboledas de la ruta entre Granada y Murcia fueron cayendo al paso del ejército. También los rebaños y los pastores, sin más armas que sus garrotas, por tanto enemigo pequeño, fueron apresados y llevados a buen recaudo.

Los soldados cristianos de la frontera estaban mirando hacia otro lado, les cogieron desprevenidos y les llevaron corriendo hasta el castillo de Caravaca. Y allí se metieron con más miedo que vergüenza pero con el convencimiento de que tenían pocas salidas. O luchaban hasta el último aliento y vencían a los granadinos o su último aliento lo iban a echar allí mismo por efecto de las picas y los alfanjes de sus

enemigos. ¿Qué hacer?

Pues que los de Caravaca eligieron a un líder que resultó ser el caballero Don Alonso Yánez Fajardo, que no era gran cosa para la guerra pero era listo y sobre todo no encontraron otro mejor. Don Alonso lo primero que hizo fue poner a rezar a toda la parroquia. Continuó mandando que se hicieran procesiones de rogativas a la Virgen de la Huerta, patrona de Lorca desde tiempo inmemorial. Y gracias al ruido de campanas y al de las trompetas consiguió reunir un grupo de caballeros y peones, pero gente voluntaria y de pocos arrestos para salir de aquel trance. Porque a todo esto los de Yusuf estaban asediando el castillo de Caravaca pero de manera algo desordenada. Iban, volvían, atacaban, corrían y se enseñoreaban de esa preciosa tierra que desde las montañas de Granada nos lleva hasta la huerta de Murcia.

Don Alonso, con más buena voluntad que solvencia militar, acabó venciendo a los granadinos. Recuperó botines, rescató cautivos, desbarató a los nazaríes, que no vinieron a esta campaña lo que se dice preparados y así les fue. En Caravaca, en Lorca y sus comarcas se hicieron fiestas de acción de gracias a la Virgen, saliendo del aprieto mejor de cuanto pudieron imaginar.

Naturalmente que en Castilla y en Aragón se organizó la marimorena. Hacía demasiado tiempo que los tratados de paz entre granadinos y cristianos, aragoneses o castellanos, no habían sido rotos de aquella manera tan absurda. ¡Si al menos los nazaríes hubieran conquistado algo! El caso es que esa expedición hizo bastante daño en la confianza de los cristianos y se aprestaron a responder adecuadamente.

Por supuesto que mientras se afilaban las espadas y se bruñían los escudos y las armaduras se enviaron cartas durísimas a Yusuf, quejándose de su desafortunada actuación en tierras de Murcia.

Y ahora ¿qué explicación iba a dar el pobre rey de Granada? ¿Les contaba que tenía un hijo tonto y que por su culpa había tenido que salir a hacer esa algazara?

En estos casos tan comprometidos, cuando es impensable que el agraviado se crea lo que de verdad ha ocurrido, aconseja la prudencia decir lisa y llanamente la verdad. Y eso hizo nuestro Yusuf. Se armó de toda su capacidad de persuasión y dijo a los cristianos que hizo esa salida para salvar su trono amenazado por su hijo y por unos cuantos ambiciosos. Tardaría el hombre en convencerlos pero al final se aclaró todo y se renovaron las viejas alianzas en las tierras de España.

Ya veis. Una expedición absurda en su origen y desgraciada en su desenlace. Menos mal que por el momento Yusuf conservaba el trono en Granada.

Pero como la tele va por barrios y estos estaban chiflados por abrazar la rodela, empuñar la adarga y lanzarse a ensartar paisanos por esos caminos de Dios, ahora fue un noble cristiano el que cometió un desatino bastante más burdo y de más alcance que el referido antes, pero en el bando contrario.

Había en Portugal un caballero de esos aventureros trotamundos llamado Don

Martín Yánez de la Barbuda. Era noble, había sido clavero de la orden del Avis, que es en Portugal algo así como la *Jarretera* en la Gran Bretaña. Allí anduvo bastante revoltoso porque no le echaban demasiada cuenta, desertó de Portugal, peleó contra sus paisanos en la batalla de Aljubarrota, en España le hicieron por eso maestre de Alcántara y se pasó el resto de sus días haciendo fechorías en Castilla.

Don Juan I andaba en guerras contra el rey por los derechos de sucesión y pensó que éste le iba a servir para algo. ¡Qué equivocado estaba!

Hemos descrito un poco el perfil del personaje. Sigamos. Se sentía un valiente pero carecía del sentido de la prudencia. Era presumido, pedante, iracundo, dedicado en alma y vida a la astrología. Lo que se dice un chiflado.

Como Dios los cría y ellos se juntan, éste Yánez de la Barbuda tenía siempre a su lado a una especie de consultor y padre espiritual a un tiempo, un ermitaño llamado Juan Sago, más averiado que él y con la mente más calenturienta que la de su aconsejado.

Este fraile tuvo un sueño. ¡Ea! Y ¿qué creéis que soñó? Pues que Don Martín Yánez estaba predestinado por el Altísimo para restaurar la gloria del cristianismo en el mundo y acabar con moros y judíos de un plumazo, digo de un buen mandoble. ¡Vaya tela!

Y como a los moros los tenía bastante a mano, pues ¡a por ellos! Pero antes, las formas son las formas, envió a un par de escuderos a Granada con una misión bastante delicada. Era algo así como un ultimátum pero dando al contrario una oportunidad. Debían sus escuderos desafiar al rey Yusuf de su parte y de camino dejarle un recado. Don Martín Yánez de la Barbuda notificaba al rey de Granada que Mahoma fue un impostor y que no había más religión que la de Jesucristo. Si Yusuf, sus alfaquíes y santones le decían que sí, pues nada, asunto zanjado previo bautizo en masa de los granadinos, claro. Si le decía a sus escuderos que nones, pues debían salir a la vega doscientos lanceros moros contra cien de Alcántara, o dos mil contra mil, qué más da.

Como habéis visto el Barbuda este estaba como una chota. De esta manera se dilucidaría que la teología del Corán era lo suficientemente perversa como para enterrarla por los siglos de los siglos. Esa batalla sería una especie de juicio de Dios y al par un buen tratado de teología, pero de esa apologética y conversora.

Los escuderos tuvieron la jeta de presentarse en Granada con esa embajada y claro, como era previsible, cuando los granadinos se enteraron del recado que traían los apedrearon mientras iban por la calle de Elvira y si los soldados no los encierran, allí hubieran acabado sus misiones. Acabaron el día bastante aporreados.

Don Martín estaba mirando con ojos saltones el camino que conducía a Granada por ver si aparecía un mensajero diciéndole que los granadinos se convertían en masa cuando vio venir a uno de sus caballeros de Alcántara con el coco ensangrentado, la

armadura bastante abollada y refiriendo que habían sido objeto de rechifla general.

La reacción de Don Martín y del fraile fue la esperada: dar voces por aquí y por allá alarmando al pueblo, exhortarlo a la guerra santa y lanzar proclamas apocalípticas con el objeto de preparar una cruzada para borrar de España y del mundo a los discípulos de Mahoma. Y conseguía muchos adeptos, no creáis, que en esa época y en todas los iluminados consiguen más seguidores de lo que sería deseable. Como decimos en la tierra: *hay gente pa' tó*.

Las gentes sensatas de Alcántara y alrededores se esforzaron por hacer entrar en razón a los predicadores pero ¿qué argumentos van a convencer a uno que se siente guiado por el Espíritu Santo y predestinado a hazañas sobrenaturales? El caballero portugués y su ermitaño reclutaron un puñado de caballeros de Alcántara y un tropel de gente menuda, preparada para todo menos para la guerra. Y así las cosas emprendieron el camino de Granada.

Conforme iban marchando pasaban dos cosas. Aumentaban los seguidores del portugués, la mayoría vagabundos o buscadores de fortunas fáciles y por otra parte se hacían más insistentes los llamamientos a la cordura que, por supuesto, eran sistemáticamente rechazados por los instigadores de esa cruzada barata.

Especialmente razonados fueron los ruegos de Don Alfonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar y de su hermano Don Diego, que era mariscal de Castilla. Les decían que era una deslealtad para el reino volver a las guerras. También les insistían que iban a durar más bien poco a los escuadrones granadinos, muy bien preparados y disciplinados, cosa de que carecía en absoluto aquel ejército de pacotilla. Cuando se vieron acorralados por la dialéctica de los ilustres cordobeses el noble portugués les contestó con un desparpajo enorme:

> *Agradezco, señores, vuestros consejos pero cuando he tomado una decisión nunca me vuelvo atrás. No voy a parar hasta divisar la Puerta de Elvira y clavar en ella mi lanza. Con la ayuda de Dios y de su pasión voy a hacer un escarmiento en estos malditos moros, renegados de la fe.*

Y siguió adelante el maldito de cocer. Pasó por Alcalá la Real y se plantó ante las murallas de Granada.

Los granadinos, como es obvio, los estaban esperando y un par de días después, cuando los iluminados del portugués estaban distraídos haciendo su frugal colación, divisaron una nube de polvo, luego escucharon un estruendo de trompetas y atabales que marcaban el paso a la caballería granadina, al frente de la cual venía el rey.

El Barbuda dejó a un lado la pitanza, montó su caballo, alineó a sus peones y colocó en los extremos a los caballeros que le acompañaban.

Los moros avanzaban despacio, muy despacio, pero cuando estaban a la distancia

de un tiro de ballesta se lanzaron como una exhalación contra los del portugués, arrollaron y acuchillaron los hombres de a pie, luego rodearon a los trescientos de Alcántara y no dejaron uno vivo. Un desastre bastante previsible.

Al maestre y al fraile los enviaron en ataúdes para que fueran enterrados en su tierra, que para esto los nazaríes eran considerados. Y así acabó esta segunda historia de insensatos en el lado cristiano de la frontera.

Yusuf se quejó al rey de Castilla por esta incursión y Don Enrique le contestó que fue imposible parar a una cuadrilla de lunáticos guiados por un maldito portugués. Hecho esto volvió la paz porque ninguno de los dos estaba por continuar guerras sin sentido.

Bueno. Pues estamos en septiembre de 1392. Hacía algo más de año y medio que Yusuf fue entronizado como rey en la Alhambra y ya veis que entre unas cosas y otras no tuvo respiro. Ni pudo hacer algo que luciera en Granada ni consiguió establecer políticas de tipo alguno ni siquiera había tenido tiempo de hacer guerras, que los hechos de armas que le toco vivir fueron en realidad sobresaltos sin sentido. Eso sí, aparentemente sus relaciones con los reyes vecinos eran buenas.

O eso parecía. Con el rey castellano, salvo estos dos incidentes las cosas estaban bastante bien encauzadas. Con el califa de Fez, pues ya habéis visto cómo su embajador hacía y deshacía en Granada. Encima, cada poco se enviaban regalos que eran dignos de ver.

Decíamos que era el quince de septiembre de 1392 cuando llegó a Granada una embajada del califa meriní con algunos regalos bastante lucidos. Venían paños de púrpura, armas muy bien templadas, turbantes, caballos, pero sobre todo traían un regalo especial. Un granadino que se había hecho cristiano estaba presente, lo vio y lo contó cómo se relata en la *Crónica del rey Don Juan segundo*:

> *Porque estando el granadino converso en Granada vido que el Rey de Fez embió a Yusuf el Rey de Granada, padre deste que agora reinó, una aljuba muy rica de oro y en el punto que la vistió se sintió tomado de yerbas, e dende a treinta días murió, cayéndosele a pedazos sus carnes.*

Aclaremos, en primer lugar que cosa era una aljuba. Pues una especie de tabardo o *trescuartas* morisco, ceñido a la cintura. Ya lo estáis viendo, ¿no?

En segundo lugar que después de leer en un libro y en otro y todos relatan lo mismo. Es decir que vistió nuestro rey esa dichosa aljuba de seda y oro, montó en su caballo para lucirla bien, se paseó por los jardines de la Alhambra, por la vega y cuando desmontó había pillado una *gabiarra* de mucho cuidado. Sintió dolores, vértigos, deseos de vomitar, todos los síntomas, en fin, de estar envenenado.

Los cronistas cuentan que acudieron los físicos y no hicieron otra cosa que poner

cara de compungidos. La dolencia se agravaba de día en día, se convirtió en lepra, se le ulceró el cuerpo, se consumió hasta ponerse como una momia y acabó de padecer a los treinta días justos de haberse puesto el regalito del rey de Fez. Yusuf murió el día dieciséis de octubre de 1392, un año y nueve meses después de su acceso al trono.

CAPÍTULO XIX

MUHAMMAD VII, DUODÉCIMO REY DE GRANADA.

Si habéis seguido la historia del reinado de su padre os acordáis que Muhammad era el segundo de los hermanos. Dije entonces que su hermano mayor Yusuf era un bendito de Dios y mientras estaba dando muestras de dolor por la muerte su progenitor, su hermano Muhammad movía los hilos y mientras su hermano lloraba este se sentaba en el trono.

Era de ese tipo de personajes que no tienen escrúpulos para conseguir lo que se proponen. Y una vez conseguido jamás se sacian sino que viven en continua desconfianza viendo enemigos por todas partes.

Era alto, bien parecido, de gran rapidez en sus reacciones ingeniosas, valiente y muy agradable en el trato, tanto que se ganaba las voluntades de los que le trataban.

En la sicología de Yusuf, el hermano mayor, no entraba ser enemigo de nadie y menos de su hermano. Era un soñador, un poeta, un hombre de esos a los que el poder les importa un bledo y prefieren contemplar un atardecer o simplemente charlar con los amigos.

Sin nadie que se opusiera a sus ambiciones, Muhammad, ayudado por su grupo de poder, se hizo con un trono que en realidad correspondía a su hermano. Era el año 1392. Pero como no estaba tranquilo con un enemigo al lado pensó que la mejor manera de tenerlo controlado era enviarlo al castillo de Salobreña. Allí que disfrutara de los atardeceres de un lugar único. Que paseara con sus amigos los poetas por las orillas del mar percibiendo olores y sabores contrapuestos. Porque a las orillas del mar, en Salobreña, se puede oler, saborear la sal de un mar impresionante y el dulce espeso de las cañas del azúcar que rodean el castillo y el pueblo.

Salobreña fue una viejísima ciudad fenicia y uno de los puertos comerciales más importantes de la costa granadina. Junto al pueblo hay un castillo asentado en una roca que se asoma a las orillas del mar. Allí tenían los reyes de Granada palacios con jardines maravillosos. Era como un retiro para ellos. Guardaban en él muchos de sus tesoros y les servía de prisión para altos personajes de la corte.

Salobreña era la hermana menor de Almuñécar y compañera en antigüedad. Su fortaleza está enclavada en un lugar muy elevado y de difícil acceso. Las aguas riegan pródigamente su tierra. Durante los meses de verano su belleza enajena la razón de los que residen en ella. Posee una monumental mezquita. Es una tierra muy fértil porque se dan varias cosechas al año y hay abundante pesca.

Pues Muhammad, viendo a su hermano en sus habitaciones todavía llorando la muerte de su padre, le mandó prender y le envió fuertemente escoltado a la fortaleza de Salobreña.

Yusuf fue rey poeta en las mazmorras de Salobreña, un rey sin trono, triste y humillado. El pobre estuvo desde 1392 hasta 1408 encerrado en el viejo castillo, oliendo el perfume único de la cañadú y contemplando el magnífico panorama de la sierra, las vegas, los peñones y el mar de Salobreña. En la prisión del castillo, en lugar de dedicarse a cosas improductivas, comenzó a componer poesía y cuando le liberaron, con 32 años, salió con un montón de poemas impregnados de tristeza. Muchos de ellos en honor a su padre, otros lamentaciones acerca de su suerte o sobre las malas intenciones de su hermano, todos son elegías bellísimas. Se siente humillado pero clama venganza. Es muy bonita también una poesía en la que añora Granada, la Alhambra, las colinas y los palacios, el Generalife, los campos donde pasó su niñez y juventud. Cuando sentía las primaveras de Salobreña en su ser joven, soñaba con amores imposibles fruto de su imaginación y lanzaba al viento poesías amorosas llenas de ternura.

Cuando es liberado de su cautiverio recibe el homenaje de los granadinos en un certamen de poesías que son recogidas en un libro titulado *El libro que arroja la luz sobre lo que se dijo en alabanza de nuestro señor Abu al-Haggag, apodado al-Nasir*.

Repuesto en el trono ya siempre apoyará y respetará a los poetas.

Visto lo visto y después de leer muchos libros acerca del comportamiento que observaban en casos semejantes, la verdad es que Muhammad se portó bastante bien con Yusuf para lo que solía ser normal en estos casos. Para decirlo sin eufemismos lo normal hubiera sido que le cortara la cabeza y punto. O como mucho que le encerrara en una oscura mazmorra sin poder ver la luz del día en lo que le quedara de vida. Eso ya sería una merced. Para Yusuf no fue tan duro como hubiera sido de esperar. No sería rey pero podría escribir bellas casidas, convivir con los poetas en uno de los parajes más bellos del mundo.

Era un lugar maravilloso. Muhammad tuvo compasión de su hermano Yusuf y le facilitó cuanto podía desear. Pudo llevarse a sus mujeres, a sus hijos, disponía de sirvientes, de poetas que siempre estaban junto a él, de odaliscas que bailaran durante los banquetes y le alegraran las fiestas en las tardes y las noches de primavera. ¿Qué más podía desear el bueno de Yusuf? Se sentía rey en el castillo de Salobreña y poeta de Granada en los días maravillosos en que podía oler la sal de aquel mar y sentir el sabor dulce empalagoso de las cañas de azúcar que le rodeaban. Los poetas árabes decían en sus casidas que así debía ser el Edén.

Muhammad quiso que su hermano gozara aquí de todo lo bueno que puede ofrecer la vida menos la libertad. Pero Yusuf era aquí inmensamente libre. Si deseaba cualquier cosa las órdenes del rey eran satisfacerle en todo. Disponía de banquetes a discreción, de juglares recitando versos, músicos que alegraran sus momentos de melancolía, coros de odaliscas vestidas con velos de gasa que danzaran a su alrededor o que se recostaran melancólicas y amorosas en su otomana azul.

Yusuf fue dócil a los deseos de su hermano y no le planteó ningún problema. El alcaide del castillo tenía órdenes del rey de matarle si descubría cualquier atisbo de resistencia pero ni por asomo se le planteaban esas ansias de poder que le hubieran costado la vida. Ni deseaba el poder ni lo añoraba. Vivía muy bien en Salobreña.

Muhammad era un lobo con piel de cordero. Era un traidor, una mala persona, pérfido y ambicioso hasta límites impensados. Sin embargo sus ademanes eran tan estudiados que encantaba a los que le trataban.

Granada es pequeña y no se pueden disimular los buenos o malos sentimientos, la bondad o la perfidia, la inteligencia o la torpeza. Un poco tiempo después de acceder al trono ya todos conocían la clase de personaje que tenían por rey. Y él se sintió malquerido, espiado, objeto de murmuraciones. De ahí a la desconfianza va solo un paso. Desconfiaba de todos, de sus más cercanos colaboradores, desde los visires hasta los esclavos pasando por el pueblo al que siempre intuía murmurando mientras paseaba por el delicioso barrio del Aljeriz.

Y sobre todo recelaba de su enemigo y aliado el rey de Castilla. Siempre le tenía o a su lado o enfrente. Le buscaba para apoyarse en él como que fuera su mejor aliado y sabía que era su peor enemigo. Don Enrique era un hombre justo. Muhammad lo sabía porque los embajadores, los poetas, los comerciantes iban y venían continuamente y se lo repetían hasta la saciedad. Seguro que siendo tan justo desaprobaría su violenta ascensión al trono y la manera como había apartado de él a su hermano. Ante todo debía asegurarse que el castellano no se uniría a los partidarios de Yusuf.

Debía estar seguro del apoyo de Don Enrique y al par lo temía. ¡Qué esquizofrenia! La base ideológica en que se apoyaban sus partidarios había sido la radical oposición a una alianza con los cristianos, que estaba cantada si su hermano accediera al trono. Y ahora él necesitaba la alianza con los cristianos. ¿Qué dirían en Granada si actuaba así? ¿Qué reacción tendría el sultán meriní si le viera en brazos de Don Enrique?

Una mente calenturienta como la suya era apropiada para idear una estratagema, de manera que hiciera su viaje para a ver a Don Enrique sin que pareciera que lo hacía en realidad. Por lo cual convocó a los altos oficiales del reino y les dijo que se prepararan para salir en campaña contra los cristianos.

Los reyes de Granada podían tener a su disposición un ejército de cien mil hombres de a caballo y doscientos mil de a pie. No podemos olvidar que los musulmanes de las tierras conquistadas pasaron en su mayor parte a Granada con sus riquezas, sus caballerías y sus enseres de guerra y de paz. Y verles desfilar era un gusto. Gastaban sumas importantes de dinero en trajes, armas y arreos para sus caballos. Les gustaba mucho ir bien vestidos y lucirse antes y después de los hechos de armas. Combinaban los colores de sus turbantes, de sus fajas y aljubas con

auténtico buen gusto. Sus trajes iban bordados primorosamente y adornados con lentejuelas y alamares de oro. Todas las tribus que luchaban bajo las banderas del rey pugnaban por ser galantes y por lucirse en los desfiles ante los ojos de sus enamoradas.

Las armas eran parte inseparable de los caballeros. De sus cinturas colgaban alfanjes magníficos, labrados al estilo de Damasco, con inscripciones del Corán o alusiones a las guerras o al amor. Los puñales eran auténticas filigranas con los forros bordados con hilos de oro y hojas muy bien templadas para que fueran duras y flexibles al par. A eso tenemos que añadir los adornos de los caballos. Había jinete que se gastaba cantidades enormes en adornar su montura.

Los reyes de Granada estimulaban este lujo en el vestir y ordenaron que el oro y la plata que se empleara en guarniciones para los caballos o en espadas o lanzas o estribos o jaeces no pagasen impuestos a la hacienda real.

Muhammad trató de disimular su necesidad de pactar con el rey de Castilla y para eso hizo grandes preparativos de guerra, como que fuera a reconquistar Sevilla o Toledo. Cuando estuvieron dispuestos salieron por la puerta de Elvira camino de la frontera.

En la primera jornada dividió su ejército y se quedó acompañado únicamente por veinticinco caballeros escogidos de entre los que le eran más fieles. Cuando hubo despistado al resto de su ejército se disfrazó de embajador y escoltado por los suyos se dirigió a Toledo haciendo ver a todo el mundo que era el embajador del rey de Granada. Así se presentó a las puertas del alcázar de los reyes cristianos.

Don Enrique era un buenazo y le recibió con cortesía y afecto. Le alojó en su propio palacio y entre convites, saraos y demás festejos accedió a ratificar los tratados de paz que proponía el granadino. Hecho esto volvió a Granada.

Y ahora venía el segundo problema. ¿Qué le decía al rey de Fez? Porque a todo esto y cumpliendo con su papel, el embajador del meriní había detectado la maniobra de Muhammad y puso a su soberano al cabo de la calle de todo. Ahora de vuelta de su embajada se trataba de pasar a su aliado una información coherente. Y evidentemente se vio mal porque es imposible explicar conductas inexplicables por más literatura que se ponga en las respuestas.

Muhammad se vio envuelto en un buen lío. Había conseguido tratados de paz engañando a granadinos y a castellanos. Había dado razones de celo religioso a los más extremistas para ponerlos de su lado y ahora traicionaba las ideas de que había hecho bandera. El final fue que todos le reconocieron como un liante de mucho cuidado y acabaron no fiándose de él para nada.

El interesado percibió estos sentimientos y tiró por donde tiran los personajes de esta calaña en casos semejantes. Si armaba un buen barullo pues todos olvidarían su actitud como que fuera un tema menor. Se le ocurrió lo obvio que en este caso era

hacer la guerra pero en plan serio. Nada de algaradas de poca monta sino una serie de expediciones de calado contra la frontera castellana. Ahí les daba en todo el gusto a los santones que le apoyaron y contentaba a los granadinos que soñaban con batallas.

No había expirado la tregua que concertó con el rey castellano y sin avisar previamente a la corte rival mandó que los alfaquíes y demás santones hicieran llamamientos a la guerra santa. Lo que en la parte cristiana llamaríamos predicar una cruzada pero con nombres, santos y señas de otra civilización, otra religión y otra cultura. Eso sí, los sentimientos de odio eran idénticos así como los apoyos sobrenaturales, solo que cambiados de nombre y de sitio,

Los labradores de la Vega escucharon el sonido de los atabales e inmediatamente pudieron divisar a lo lejos cómo las banderas de guerra ondeaban en la puerta de Monaita y en la Torre de la Vela. Muy pocos días después salía ese ejército de Granada para hacer la guerra santa en las fronteras de Jaén. Por la calle de Elvira salió desfilando un ejército imponente. Eran cuatro mil caballeros y veinte mil peones los que hacían sonar sus fuertes pisadas por el viejo pavimento. Los granadinos les despedían gritando enardecidos por el fervor patriótico y el miedo. Ellos salían pensando que iban a hacer algo importante por su Dios y por su patria. Así se fueron perdiendo en el horizonte hacia el río Cubillas, dejando tras de sí una espesa polvareda.

La iniciativa guerrera de Muhammad había tomado cuerpo en el reino y sin pararse mucho a coordinar las operaciones, hasta los alcaides reclutaban sus propios ejércitos para luchar contra los cristianos.

Cuando se estabilizó la situación exterior e interior de Castilla volvió a resurgir el viejo deseo de acabar de una vez con el dominio de los musulmanes en España. Las condiciones económicas y demográficas de Castilla permitían un ataque a gran escala contra el reino nazarí. La guerra volvió a ser un objetivo de Estado.

A la vista de la situación interior y de la rotura de treguas por parte de Muhammad, Don Enrique inicia la preparación de una guerra total contra Granada.

Se ha iniciado una guerra generalizada entre ambos contendientes. Van a aparecer los bandos en Granada. Los Venegas, los Zegríes, los Abencerrajes, explotan como nunca antes las luchas dinásticas con sus correspondientes partidarios. Aparece en la España cristiana Don Jorge Manrique, los romances moriscos, las batallas y leyendas de frontera.

Con el reinado de Muhammad se inicia la decadencia de la dinastía nazarí y el fin del dominio de los musulmanes en España. En apenas un siglo habrán perdido lo que tanto quisieron. Ya no harán más grandes los palacios ni la ciudad pero nos dejarán historias para soñar, cuentos, leyendas, romances de poetas que cantarán unas gestas que todavía hoy nos parecen cercanas porque las hemos escuchado cuando éramos niños.

Hablemos de una de estas leyendas que fueron contadas durante siglos por poetas y juglares de los reinos castellanos. Es la historia de amor y de muerte de un joven escudero llamado Macías.

Los hechos se producen en el centro de la frontera de entonces. En Jaén. Don Enrique de Aragón, maestre de Calatrava, conocido como Don Enrique Villena, fue un hombre extraordinario. Además de dedicarse a múltiples batallas y hazañas de armas, era cultísimo. Su biblioteca fue una de las más importantes y ricas de España. Se ve que de tanto leer las gentes del pueblo lo tenían por hechicero, algo brujo y corresponsal de los espíritus del infierno.

Pues Don Enrique, como todo noble decente de entonces, andaba en guerras por la frontera de Jaén y tenía como escudero a un joven hidalgo gallego llamado Macías.

Macías es descrito por los cronistas como una auténtica joya. Era un fenomenal poeta, bastante gentil, sensible, por supuesto que además de buen escudero. Pues nada más entrar a servir a Don Enrique se enamoró perdidamente de una preciosa doncella que también servía en la casa del maestre.

La chica era discreta, muy bonita y con unos ojos de esos negros, lánguidos y huidizos que tanto enamoraban entonces. A la tercera mirada, dicen las crónicas que los amores del joven Macías encontraron *fina correspondencia*.

El noviazgo, discreto y silencioso, siguió su curso durante meses, sencillamente porque así funcionaban las cosas. Macías, el joven enamorado, salió durante unas semanas para sus expediciones guerreras y cuando volvió a la casa del maestre se llevó el gran chasco. Don Enrique, el dueño de vida y hacienda de los dos enamorados, había decidido que la chica se casara con un hidalgo de Porcuna. Y su palabra, ya se sabe, era palabra de rey.

La chica trató de hacer una tímida oposición. Se quejó al maestre, le dio las excusas que pudo, lloró todo lo del mundo porque la verdad es que el hidalgo de Porcuna era de todo menos bonito. Un viejales gordo, grasiento y bastante feo, no le llegaba al tobillo a Macías que era joven, guapo y además poeta.

Don Enrique había decidido que la joven se casara con quien él decidió y punto. Se enteró de la oposición de la doncella y le echó un rapapolvos por atreverse a contradecir su santa voluntad, la agarró de un brazo, la llevó al altar y no la dejó de mirar con cara de pocos amigos hasta que la chica pronunció en el altar el sí quiero, al hidalgo de Porcuna por supuesto. Dicen las crónicas que a partir de entonces la chica *entró en una no disimulada melancolía*.

Macías estaba bastante liado con campañas guerreras y lloraba por los montes de Jaén imaginando a su amada en brazos de otro. Cuando volvió no podía dormir de disgusto, de celos, soñaba con recobrar a su amada y vengarse de quien la había hecho tanto daño. La chica le seguía escribiendo cartas, previamente regadas con lágrimas, que dejaban al pobre Macías más hecho polvo de lo que ya estaba.

En esas cartas Macías y la joven se juraban amor eterno y se ciscaban en el de Porcuna, como era natural. El joven unas veces se juraba raptarla de los brazos del gordo, otras veces se prometía matarle y marchar con la chica al reino de Granada que era donde se escapaban los que tenían algo que temer y así hasta que definitivamente volvió de sus campañas, desfiló ante los suyos con los laureles de una victoria y se puso de nuevo a servir en la casa del maestre, en la que al menos podía seguir viendo a su amada.

Y ya se sabe. Una mirada, un suspiro, quizá un pellizco o un beso y el hidalgo de Porcuna se enteró del chicoleo que se traían su joven esposa y el escudero. Inmediatamente puso al cabo de la calle a Don Enrique Villena que llamó a Macías hecho un basilisco y para que no hubiera peligro de ultrajes como el ya inferido, decidió encerrar al enamorado jovenzuelo en el castillo de Arjonilla, que distaba de Jaén unas cinco leguas. Así cortaba por lo sano el atrevimiento de sus dos díscolos servidores.

Naturalmente no hubo manera de hacer callar a los dos enamorados. Ella continuaba melancólica sirviendo a Don Enrique y haciendo lo que podía con el hidalgo de Porcuna. Y Macías, ¿qué le quedaba por hacer a Macías? Pues que en las mazmorras del castillo de Arjonilla componía trovas, enjaretaba cartas de amor, lamentaba su desventura recitando sus versos a voz en grito para que los viandantes le escucharan, se conociera el desatino que había cometido Don Enrique y de paso intentar que sus lamentos llegaran al oído de su amada.

El de Porcuna, que estaba con la mosca detrás de la oreja, se enteró de que Macías no callaba ni debajo del agua. Y como estaba bastante mosqueado ya con tanto ajetreo, pensó en meter al prisionero enamorado debajo de tierra a ver si así callaba de una vez.

Pues dicho y hecho. Dicen las crónicas que el hidalgo de Porcuna, *sañudo y despechado*, montó su caballo no sin antes proveerse de toda la munición pertinente, que para el caso era una adarga, una lanza y se encaminó hacia Arjonilla adonde llegó al anochecer, justo cuando Macías comenzaba a cantar sus endechas amorosas. El hidalgo se acercó al ventanuco por donde le llegaban los cantos del enamorado y cuando lo pudo entrever en las sombras del calabozo le disparó un venablo que atravesó de parte a parte al pobre Macías. Su último suspiro, como era de prever, fue para su amada.

El hidalgo de Porcuna, en previsión de que los amigos y compañeros de Macías le recetaran de la misma medicina que él había suministrado al joven gallego, decidió pedir *asilo político* en el reino de Granada. Se puso al servicio de Muhammad y no volvió a asomar por tierras de Jaén por si las moscas.

Al cadáver de Macías le dieron sus amigos la sepultura digna de un caballero, nada menos que en la iglesia de Santa Catalina, en el mismo castillo de Arjonilla.

Colocaron sobre su tumba la lanza que le había matado, celebraron las exequias y algún trovador compuso un epitafio precioso que dice así:

Aquesta lanza sin falla
¡Ay coitado!
Non me la diste del muro
nin la prise yo en batalla,
mal pecado.
Mas viniendo a ti seguro
amor falso e perjuro
me ferió, e sin tardanza
fue tal la mi andanza
sin venturo.

La leyenda del enamorado Macías fue recitada en los asedios, en las noches de campaña y los poetas se ocupan de ella ampliamente. Nosotros la dejamos aquí pero sus compañeros continuaron las correrías y pusieron los ojos en Úbeda. Otra ciudad efervescente, de frontera, repleta de familias nobles y de gentes diversas que formarían con el tiempo la formidable ciudad que conocemos.

En Úbeda había un lío de mucho cuidado entre algunas familias de la ciudad. La historia nos ha mostrado enemistades tremendas entre familias rivales en todas partes. Capuletos y montescos, tirios y troyanos y todos los etcéteras juntos. En la bella ciudad había dos familias que se profesaban un odio de esos africanos, que llevaban hasta sus últimas consecuencias. Me refiero a la familia de los Traperas y la apellidada Aranda.

Los Trapera iban bravos. Las enemistades eran tremendas así como los agravios porque ante el ímpetu de los Traperas, los Aranda salieron bastante malparados, fueron echados de sus casas y del pueblo a pesar de que contaban con apoyos importantes. Fue necesario que vinieran refuerzos desde fuera de la ciudad, los amigos de Macías de Jaén y así y todo no había manera de poner orden en aquella guerra fratricida.

Vino el adelantado de Andalucía llamado Per Afán de Rivera con refuerzos cuantiosos y a duras penas puso sofocar las turbulencias e imponer orden en el pueblo. Los Traperas fueron tan díscolos que fue necesario que el adelantado ajusticiara a unos cuantos. Hasta el apellido lo tuvo que borrar del mapa. El apellido Trapera fue cambiado en Úbeda por el de Alcázar.

Castilla hervía en preparativos para una guerra total contra los moros granadinos cuando ocurrió algo terrible. El rey murió el veinticinco de diciembre de 1406. Decían las gentes que le había envenenado su médico, un judío llamado Don Mayr.

Hacía unos pocos años, en 1391, que se había producido la terrible matanza de judíos en Sevilla y en España. A continuación San Vicente Ferrer había hecho sus dos recorridos bautizando judíos e imponiéndoles el dilema de bautizo o muerte. El rey no había hecho absolutamente nada por evitar aquel desatino. ¿Acabó con él su médico Don Mayr? Pues seguramente, pero claro, reacción al canto. Nada más enterrar al rey se produce el linchamiento del presunto asesino y siguieron su matanza con los judíos y los falsos cristianos, bautizados a la fuerza o por conveniencia pero que seguían siendo judíos hasta los tuétanos. Se conocen estos hechos como el motín de Toledo.

El caso es que todos los personajes importantes del reino estaban apagando fuegos, primero en Úbeda y luego en Toledo. Y el trono prácticamente vacante.

Menos mal que Fernando, el hermano de Don Enrique, que sería conocido como el infante Don Fernando de Antequera y su esposa Doña Catalina de Lancaster prosiguieron con todo entusiasmo la empresa. El rey tenía sólo veintidós meses. Era Don Juan II.

Castilla tuvo un regente, recobraba nuevos bríos y emprendía un nuevo rumbo. Ya veréis cómo el infante Don Fernando tenía las cosas claras. Desde Fernando III no ha existido ningún rey o regente que tenga tan claros sus objetivos y que aplique a conseguirlos una determinación como la de este infante. Más adelante lo comprobaremos. Sigamos mientras contando cómo andaban las cosas por aquí.

La frontera hervía por todas partes. En cada momento se recibían noticias de batallas y escaramuzas que daban muchos quebraderos de cabeza en uno y otro bando. Mencionemos alguno.

Los granadinos salieron en tromba para atacar el reino de Jaén. Iban nada menos que tres mil caballos y treinta mil peones que atacaron la campiña de Lucena y luego se dirigieron hacia Baeza. Hay un viejo romance que relata la arenga del rey Muhammad a sus tropas. Deseaba conquistar Baeza y así les dice a sus soldados:

Moriscos los mis moriscos
los que ganáis mi soldada,
derribádemes Baeza,
esa villa torreada.
Y a los viejos y a los niños
los traed en cabalgada.
Y a los mozos y varones
los meted todos a espada.
Y a ese viejo Pero Díaz
prendédmelo por la barba,
y aquesa linda Leonor

será mi enamorada.
Id vos, capitán Venegas
porque venga más honrada
que si vos sois mandadero
será cierta la jornada.

Baeza estaba defendida por el tal Pero Díaz y por otros cuantos más pero fueron masacrados por los granadinos. Únicamente se salvaron de morir degolladas sesenta mujeres, entre ellas dos niñas, hijas del comendador de Santiago Don Sancho Jiménez. Estas fueron conducidas a Granada y llevadas al harem del rey y de los magnates. El pueblo entero fue reducido a cenizas. Algunos autores dicen que una de esas niñas es la futura Zorayda, esposa de Muley Hacem. Esta afirmación nos parece extemporánea.

Casi todos los hidalgos y aventureros emprenden sus guerras. Como que se hubieran contagiado de un ardor de conquista que vagaba por todas partes. En el fondo todas estas correrías eran el anuncio de una operación de envergadura que iba a preparar el infante Don Fernando. El tutor del rey bajó a Andalucía, se reunió en Córdoba y Sevilla con diversos caballeros de los más notables del reino y estableció con ellos un plan de acción. Poco tiempo después reunía en torno a sí a un ejército muy importante en cantidad y calidad. Ahora dispondría de una artillería muy moderna, difícil de transportar por los caminos tremendos del reino de Granada pero eficacísima para derribar torres y muros de defensa y más eficaz todavía para derrumbar la moral del adversario que se sentía seguro en sus castillos. Los disparos de las lombardas podían echar abajo cualquier torre de defensa por más fuerte que pareciera hasta ese momento.

Y cuando tuvo todo dispuesto se fijó en una plaza muy difícil de conquistar por lo escarpada, por lo bien defendida y porque hubiera parecido imposible imaginar siquiera conquistarla. Seguramente por eso ese formidable ejército cristiano mandado por el infante Don Fernando se fijó como objetivo de su campaña militar, nada menos que conquistar Zahara de la Sierra.

Zahara dista de Ronda unos veinte kilómetros, cuatro leguas de entonces. Su emplazamiento es asombroso. El pueblo y el castillo están clavados en una peña enorme donde la naturaleza hizo la mayor parte de la fortificación y los hombres el resto. Pues allí se plantó el ejército cristiano con todos sus pertrechos, sus hombres de a pie, de a caballo y su formidable artillería.

Los moros se vieron sorprendidos por aquella exhibición de hombres y de máquinas de guerra. Inmediatamente se pusieron a reparar las almenas, los adarves e hicieron todos los preparativos para defender su pueblo y su castillo al que consideraban inexpugnable. Por si las moscas colocaron sus morteros apuntando a las

puertas de la fortaleza para que fueran su defensa en caso de emprender la huida.

El infante vio desde un alto ese movimiento de los soldados de Zahara y mandó que uno de sus mejores destacamentos colocase sus tiendas enfrente de las puertas del pueblo para que los cercados tuvieran claro que les iba a ser imposible huir. Y hecho esto ordenó que sus lombardas disparasen a discreción.

Una lombarda era un artilugio tremendo. Venían importadas de Italia y eran unos cañones de varios metros de largo, colocados sobre unos carromatos imposibles y que solo para transportarlos necesitaban hombres, animales de carga y lo que es más importante, necesitaban que unas cuadrillas de peones fueran delante haciendo los caminos transitables por estas pesadísimas máquinas de guerra. Cuando llegaban a posición de tiro eran de una eficacia demoledora. Disparaban bolas de fuego hechas con pólvora mezclada con alquitrán, cáñamo, piedras y otros *achiperres*. Su disparo aterrorizaba a los amenazados por el propio ruido de la máquina y porque esas bolas de fuego impactaban en los muros agujereándolos y produciendo algo parecido a los fuegos artificiales, incendios difíciles de apagar y terror, mucho terror porque eran un invento tremendo para la época.

El infante escogió como objetivo Zahara para demostrar a sus enemigos los granadinos que sus torres, sus castillos y sus defensas las podía triturar con sus nuevas máquinas de guerra. Quiso hacer aquí una exhibición de su poderío militar.

Evidentemente que los de Zahara entregaron la plaza al infante. Los habitantes con sus familias y sus pertenencias pasaron a poder de Don Fernando que una vez hecha la exhibición marchó a Ronda, donde se desarrollaron una serie de escaramuzas de menos importancia pero también terribles.

Muhammad era un hombre inquieto, ambicioso, para nada conformista y muy activo. Era imposible que un hombre con este perfil se quedara en Granada brazo sobre brazo esperando acontecimientos. Se reunió con sus hombres, consultó con Reduán y se marcó un objetivo aún más ambicioso que el de Don Fernando. Si los cristianos le lanzaron un desafío ahora desde Granada iban a recibir una respuesta adecuada.

Los alrededores de Granada hervían de fervor guerrero. Todos estaban dispuestos a pelear por su reino y por su fe. Semanas después ya estaba listo un ejército de seis mil caballeros y nada menos que ochenta mil peones. Se proponían una empresa también imposible. Si los cristianos alardearon en Zahara ahora los granadinos conquistarían Jaén. Mandaría el ejército Reduán. Nada menos. El rey se lo comunica una noche en la Alhambra y él acepta el encargo orgulloso por llevar a cabo esa misión. Continuamente hablan Muhammad y Reduán acerca de los efectivos que necesitan. Luego les da los últimos avisos, las últimas recomendaciones. Porque aunque el rey le va a acompañar, Reduán será el jefe de aquel formidable ejército. Pero dejemos que sea el viejo romance el que os cuente esos últimos días en Granada

y la salida del ejército por la puerta de Elvira camino de Jaén.

Reduán, bien se te acuerda
que me diste la palabra
que me darías Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples
daréte paga doblada
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada.
Echarte he en una frontera
do no goces de tu dama.
Reduán le respondía
sin demudarse la cara:
—Si lo dije no me acuerdo;
mas cumpliré mi palabra.
Reduán pide mil hombres,
El rey cinco mil le daba.
Por esa Puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro,
cuánta de la yegua baya,
cuánta de la lanza en puño,
cuánta de la adarga blanca,
cuánta de marlota verde,
cuánta aljuba de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto bayo borceguí,
cuánto lazo que le esmalta,
cuánta de la espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y experta para batalla.
En medio de todos ellos
va el califa de Granada.
Míranlo las damas moras
de las torres de la Alhambra.
La reina mora, su madre

de esta manera le habla.
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda
y te vuelvas de Jaén
libre, sano y con ventaja.

El momento era muy delicado también para los castellanos. Los cristianos estaban acostumbrados desde niños al ruido de las armas y no desmayaban ante un ejército como el granadino. Acudieron para socorrer la ciudad. Los alrededores de Jaén se vieron invadidos por dos ejércitos potentísimos. Los moros deseaban conquistarla y los cristianos querían penetrar en Jaén para reforzar sus defensas.

Ambos ejércitos se embistieron con una ferocidad tremenda. Del lado cristiano iban muchos caballeros castellanos, aragoneses y de otros lugares. Se hacían notar el prior de la orden de San Juan, Diego Hurtado de Mendoza, Don Diego Pérez Sarmiento y otros caballeros de Baeza y Úbeda que estaban a las órdenes del obispo de Jaén. Todos embistieron con una valentía enorme a la vanguardia de los granadinos, desbaratando bastantes compañías. Reduán quiso reunirlas y fue atravesado por una lanza cristiana. Allí, cerca de las murallas de la ciudad tan deseada por él, murió este genial caudillo cantado en romances hasta por sus enemigos. Eso únicamente les ocurre a los héroes.

Los refuerzos cristianos habían penetrado en la ciudad. Muhammad comprendió que era imposible el asalto en esas condiciones, alzó el cerco y se dedicó a asaltar los campos de los alrededores.

Porque echaba espumas por la boca. Un hombre de su talante, ambicioso y ciego de orgullo, había tenido que volverse de Jaén con pérdidas tan importantes como la de Reduán y con la sensación de haber salido derrotado de un envite que él mismo lanzó. ¿Podía volver a Granada con las manos vacías? Salió con sus hombres por la calle de Elvira cantando una victoria segura y ahora no podía permitirse volver derrotado.

Consultó con sus hombres la postura a tomar pero ocurre que esta clase de personajes busca consejeros que les escuchen y no que les indiquen el camino de la sensatez. Como era inimaginable volver así a Granada decidió atacar la ciudad de Alcaudete. Contaba con lombardas, el arma más letal que tenía su enemigo Don Fernando. Soldados tenía menos que en Jaén pero lo haría. Unos días después cercó Alcaudete con setecientos caballeros y mil doscientos peones. Muhammad mandó colocar en sitios estratégicos sus baterías y se inició un fuego a discreción.

Dentro de la ciudad había también una formidable guarnición y unos mandos muy valientes. El señor de la villa se llamaba Martín Alonso de Montemayor que despreció olímpicamente el aviso de que se rindiera la ciudad a los granadinos.

Los musulmanes estaban agrupados en tres divisiones y dieron asaltos desde el amanecer hasta que se hizo de noche.

Martín Alonso de Montemayor estaba al frente de un ejército también formidable. Le acompañaban en el interior de Alcaudete el comendador de Martos llamado Don Payo de Argote y otros caballeros de Jaén, de Córdoba y lugares cercanos. Pues no se dieron un respiro en defender la villa. Si las lombardas abrían una brecha en el muro allí acudían con fuerzas de refresco e impedían la entrada de los granadinos.

Cuando se hacía de noche, desde las almenas se podían escuchar los lamentos de los heridos que habían sido abandonados en la propia muralla.

Al amanecer del día siguiente los granadinos aplicaron nuevas escalas a los muros pero una y otra vez fueron rechazadas por los sitiados. Dos días continuaron así, unos atacando con fiereza y otros defendiendo su pueblo con más fuerza todavía. Los muertos eran muchísimos de uno y otro bando. La campiña ardía por todas partes. Parecía una inmensa hoguera. La ira del ejército moro ahora se aplicaba a quemar olivos, viñas, encinas y todo lo que existiera por los alrededores.

Y Muhammad, impotente una vez más, volvió triste y despechado a Granada. A partir de esos momentos decidió que la única manera de sobrevivir era hacer las paces con los castellanos como la habían hecho sus antepasados. No podían por la fuerza. Su única salida era negociar. Estaba cansado y los ejércitos que salieran orgullosos de Granada ahora estaban poco menos que destrozados.

Era el mes de marzo de 1408 cuando consiguió por fin firmar un armisticio temporal con sus enemigos. Al menos se daba un descanso y se lo daba a su ejército. Intentaría disfrutar de una paz que ya estaban necesitando en Granada.

Días después se sintió muy enfermo. Era un hombre joven, apenas tenía treinta y dos años y se sentía morir. El revuelo que se formó fue considerable. El rey se estaba muriendo. Los médicos más famosos acudieron para recetar medicinas y drogas sin conseguir mejoría apreciable. Le veían morir.

¿De qué murió nuestro Muhammad? Porque murió el 13 de mayo del mismo año no sin antes volver a organizar unos cuantos líos que contaremos enseguida. Pero volvamos a la pregunta. ¿Qué enfermedad pudo llevarse por delante a este rey?

La *Crónica del rey Don Juan segundo* da algunas pistas, probablemente sin sentido. Por lo visto, en la corte cristiana hubo un musulmán convertido al cristianismo y buen conocedor del reino que hacía advertencias al infante Don Enrique de los regalos que le pudieran llegar desde la corte granadina porque cuando él estaba en Granada

> *Sabía que el rey Muhamad, que agora era muerto, muriera con una camisa herbolada.*

¡Otra vez con el bodrio del sayo envenenado! ¿Pudo ser esta la causa de la enfermedad y muerte de Muhammad? Es preferible inclinarse por razones más obvias. ¿Una epidemia tal vez? Algo, muy someramente, hablamos de la gran peste negra y pareciera como que existió una vez y ya está. Os vais a asombrar con lo que digamos a continuación. Esta es la relación de las epidemias de todo tipo que hubo en España desde el inicio de la dominación musulmana:

Año 714 hubo una epidemia de viruelas. En el año 923 de lepra. El 999 otra epidemia de la que no se conoce el apellido pero que fue de órdago. Cuentan que murió hasta el apuntador. En el año 1005 peste.

1067 lepra. 1098 peste. 1162 hubo una epidemia en Córdoba que Aben Zohr la atribuyó a la corrupción de aire. 1180 hubo otra epidemia a la que llamaban fuego de san Antón. ¿Sarampión? En los años 1185, 1196, 1198, 1212, 1213, 1214, 1217, 1230, peste. ¡Vaya tela! Acabarían esta temporada hechos polvo. En 1283 hubo una plaga de moscas venenosas. Su picadura mataba a hombres y a animales. 1284 lepra. 1296, 1333 y 1345 peste. En el año 1347 hubo una peste en Almería que duró once meses. En el año 1348 hubo una peste en Granada que fue descrita por al-Jatib. Dice que morían ochenta de cada cien infectados. En total se produjeron en Granada nada menos que treinta mil muertes. En el año 1350 se desató la gran *peste negra* de que os he hablado en su momento. Entre otros personajes se la mangó el rey Alfonso XI durante el asedio de Gibraltar. Por lo visto, a los enfermos les salían unos tumores como bellotas en las axilas, las ingles y la garganta. A estos tumores los llamaban *landres*. Los enfermos morían ahogados. Se conoció a esta epidemia como la *primera mortandad*. En el año 1363 hubo otra peste a la que llamaron la *segunda mortandad*. Supongo que acabaría con los pocos que dejó vivos la primera. 1371 otra vez landre. 1375 y 1380 peste. 1383 *tercera mortandad*. Por lo visto esta era una enfermedad venérea. 1384, 1386, 1387, 1396 y 1399 peste. Desde 1400 a 1402 peste llamada *bubonaria*. En 1408 hubo otra peste. Estamos en el año de la muerte de Muhammad.

Las epidemias siguen con la misma virulencia e idéntica intermitencia hasta el año 1500.

O sea que para acabar con un rey no era necesario meterse en el trabajo de envenenar una camisa con algo y luego hacer que el rey se la colocara oportunamente y no que se la enjaretara cualquier cortesano. Bastaba con tener paciencia y esperar la oportuna peste que periódicamente visitaba el reino. Punto. ¿Para qué meterse en esa briega de sayos envenenados con lo latoso que es eso y lo fácil lo otro?

Decíamos que Muhammad se estaba muriendo a chorros en sus palacios de la Alhambra. Sus médicos le habían dicho que tenía los días contados. Estaba medio en coma. Dormía, despertaba, soñaba, abría los ojos, lloraba, rabiaba. En uno de esos despertares abrió un ojo con una mala leche infinita. Tenía cara de muerto y la puso de más muerto todavía para llamar al arráez Ahmed ben-Farag y darle una orden por

escrito y de inmediato cumplimiento. Debía partir urgentemente para Salobreña y matar al príncipe Yusuf. Nada menos. Deseaba impedir a toda costa que su hermano arrebatara a su hijo el trono de Granada. Era urgente. La carta de Muhammad iba dirigida al alcaide de Salobreña y decía así:

> *—Alcaide de Jalubania, mi servidor. Luego que de manos de mi arráez Ahmed ben-Farag recibirás esta carta, quitarás la vida a Sidi Yusuf mi hermano y me enviarás su cabeza con el portador de la carta. Espero que no hagas falta en mi servicio.*

Pues nada. El arráez montó su caballo y en un *pis pas* se plantó en Salobreña. Bajó de su caballo, llamó a la puerta del castillo y los guardianes le franquearon la entrada sabedores de que era una autoridad. En unos momentos estaba ante Yusuf.

El hermano del rey estaba haciendo lo que le habían dejado hacer. Estaba en una preciosa sala que daba vista al sur, en lo alto del castillo. El lugar había sido amueblado con preciosos tapices bordados en oro y con almohadones de seda. Era una estancia propia de un príncipe.

Yusuf jugaba al ajedrez en amigable compañía con al alcaide de la fortaleza. Ambos se levantaron y ofrecieron sus almohadones al arráez granadino para que descansara del fatigoso viaje. Sin embargo este rehusó el ofrecimiento y con un gesto de dureza dio a leer al alcaide el mandato que tenía del rey. Se le ordenaba que fuera él quien matara allí mismo a Yusuf.

El alcaide leyó el mandato real y no pudo ocultar una sensación de asco. Le pedían que se convirtiera en verdugo de un príncipe que no había hecho daño a nadie, a quien él había tratado como si fuera un hermano, que era un ser de buen corazón y desde luego más digno de heredar el trono de su padre que el malvado Muhammad.

El arráez no dejaba pensar al alcaide y le urgía que inmediatamente cumpliera la orden del rey y acabara con la vida de Yusuf.

La discusión entre el arráez y el alcaide fue breve y se había desarrollado estando los dos un poco apartados del príncipe. Yusuf se dio cuenta de que trataban algo muy grave. Instantes después sospechó que estaban hablando de matarle. Entonces se armó de valor, se dirigió a ambos dignatarios y les preguntó.

> *¿De qué habláis? ¿Estáis tratando de matarme? ¿Ha pedido el rey mi cabeza?*

El alcaide se acercó temblando a Yusuf y le entregó el escrito que acababa de recibir de manos del arráez.

El príncipe reaccionó como suelen hacerlo los hombres grandes. Leyó el

documento con una templanza increíble. Estaba acostumbrado a sufrir o seguramente tuvo la reacción de sosiego que los hombres experimentan en los momentos delicados, el caso es que no se le notó ni la conmoción ni el miedo. Al revés. Con una serenidad tremenda pidió a ambos que le permitieran despedirse de su esposa y de sus siervos más fieles.

El arráez se negó en redondo. Le habían dado una orden tajante. El alcaide debía hundir el puñal en el pecho de Yusuf apenas le tuviera delante. De no hacerlo su vida corría peligro.

Yusuf volvió a dirigirse al nervioso arráez con una calma infinita. En lugar de gritar o tal vez de suplicar habló pausadamente al arráez diciendo:

> *—Permíteme al menos avanzar las piezas y terminar mi partida de ajedrez con el alcaide.*

El emisario del rey asintió con la cabeza. Se sentaron el arráez, el príncipe y el alcaide, el príncipe sereno como nunca lo había estado y el alcaide temblando como si la sentencia a muerte fuera para él. Tanto que equivocaba los movimientos, perdía peones, torres y caballos dejando indefenso al rey.

El príncipe le advertía continuamente de sus malos movimientos sin obtener una buena respuesta del alcaide que no podía soportar su nerviosismo. Yusuf dio la voz de *jaque al rey*, bromeando sobre los peligros que corría un rey que no tuviera una buena caballería. Entonces hizo sus movimientos para matar al rey. Con ello terminaría el tiempo que le había dado el arráez y vería desenvainar una azagaya para clavársela en el pecho.

En un movimiento instintivo miró al patio del castillo y vio entrar a dos sudorosos cortesanos que tenían la pinta de no haber parado de hacer correr a sus caballos desde que salieran de Granada. Subieron las escaleras, se postraron a los pies de Yusuf y le dijeron con voz entrecortada por la emoción:

> *Muhammad, vuestro hermano, acaba de morir entre las maldiciones del pueblo que os está aclamando como rey, de Granada.*

Yusuf tampoco se terminaba de creer lo que le decían los dos cortesanos. Se había resignado a morir en Salobreña olvidado por todos. ¿En unos minutos había cambiado la tumba por el trono? ¿Se acordaba alguien de él en Granada? No era posible todo aquello.

Unos minutos después aparecieron más caballeros y después más y más que le confirmaban la primera noticia y le aclamaban como rey. Era el once de mayo del año 1408. Había muerto un tirano y era aclamado un nuevo rey en Granada.

CAPÍTULO XX

YUSUF III, DECIMOTERCER REY DE GRANADA.

Estoy disfrutando mucho con mis lecturas y con estos escritos, que son simplemente resúmenes de ellas. Me apasionan. Me entero de una parte bastante desconocida de nuestra historia y me parece que estuviera reviviendo el pasado. Porque sucede que soy de esta tierra y me veo continuamente rodeado de recuerdos de aquella civilización y de aquellos musulmanes españoles. He entrado muchas veces en alcazabas, castillos, palacios, he rodeado murallas soñando lo que estoy leyendo en la historia.

He soñado que les veía unas veces cautivos, otras disfrutando en unos palacios de ensueño, otras veces recitando poemas, otras los he visto resistiendo feroces ataques de sus enemigos y otras veces muriendo por defender su patria. Y os lo aseguro, siento por ellos simpatía, admiración y compasión. Edificaron palacios increíbles para dejarlos en manos de sus más acérrimos enemigos. Engrandecieron una tierra para morir en ella o quizá añorarla para siempre. Fueron vencidos pero demostraron su valentía en cada rincón del reino. Quizá por eso en mi mente tienen una aureola de gloria.

Sigamos con la apasionante historia de Yusuf. No perdamos de vista que las diferencias entre él y su hermano eran fruto del tejemaneje de dos facciones enfrentadas. Una compuesta por hombres ambiciosos animados por los alfaquíes más rigoristas que estaban convencidos de que era necesario hacer la guerra a los cristianos. Soñaban con que había llegado el momento de hacer trizas la frontera y llevar sus banderas hasta el resto de la España que fue suya. La otra facción que estaba representada por Yusuf era más prudente. Su objetivo era conseguir la paz porque pensaban que era la única manera de mantenerse en medio de tantas tempestades. Si conseguían aumentar la riqueza del reino esa riqueza les iba a servir de defensa ante los cristianos.

Ahora mandaban los moderados. Los fracasos de Jaén y Alcaudete habían hecho que los rigoristas perdieran adeptos para pensar que el mejor camino era la paz.

Con cerca de treinta y dos años, más de la mitad de los cuales había pasado en su prisión dorada de Salobreña, accedió Yusuf al trono que por derecho le correspondía. El pueblo fue sabio y supo hacer justicia ensalzando a los humildes.

Uno tras otro bajaban a Salobreña los nobles invitándole a volver a Granada para tomar posesión del trono. Se estaban preparando las ceremonias de su investidura que serían más alegres que nunca porque los granadinos habían contenido durante muchos años su amor por este poeta, rey bueno, exilado en un bellísimo castillo.

Yusuf se lo tomó con calma. ¿Ahora? ¿Ahora recibía alabanzas, besaban sus

manos, le adulaban descaradamente los que en tiempos de desgracia no le dirigieran la palabra? Pero ¡qué se le va a hacer! Volvería a Granada.

Buscaron monturas que ni existían, las aparejaron para una cabalgada real, rodeado de nobles que no le acompañaron nunca y con una pompa que le era extraña cabalgó por el camino que conducía a Granada

El pueblo se contagió con una especie de delirio hacia su rey. A los lados del camino se apostaban gentes de todas clases. Trabajadores del campo, artesanos, hombres de armas, nobles, jeques, santones, alfaquíes y ulemas acompañaban el camino del rey. Cuando dejaron el valle de Lecrín y asomaron a los altos que dan vista a Granada ya los acompañantes eran una verdadera muchedumbre. Estaban impacientes y vitoreaban hasta enronquecer al príncipe bueno a quien su hermano había hecho sufrir más de cuanto se pudiera imaginar.

Desde los altos del puerto que luego se llamará del *Suspiro del Moro* Yusuf vio por fin Granada y la Alhambra recortándose en el horizonte soberbia y bellísima. Hacía dieciséis años que ni los veía ni los disfrutaba y sin embargo los recordaba perfectamente como que hubiera sido ayer cuando le hicieron salir para el castillo de Salobreña.

El nuevo rey frotaba sus ojos incrédulo por lo que contemplaba. No se lo podía creer. Por una parte experimentaba una profunda emoción de volver a ver Granada. Por otra podía escuchar las voces de un gentío inmenso que venía a su encuentro para darle la bienvenida. Les podía ver a lo lejos. Llevaban en sus manos palmas y pendones. También venían muchos jinetes engalanados que picaban espuelas para ser los primeros en saludarle. Ya divisaba las murallas de la ciudad y apenas alcanzaba a ver sus puertas a causa de la multitud de granadinos que se apiñaban para darle la bienvenida.

Las fiestas para recibir al nuevo rey fueron únicas. Probablemente ningún otro rey en la historia de la dinastía fue recibido con tanta alegría popular y con tantos festejos. Los cortesanos extremaron sus gestos de veneración y el pueblo, sobre todo el pueblo, dio a Yusuf la bienvenida más cariñosa que nunca pudo soñar.

Desde que entró en Granada fue acompañado por la caballería de la guardia real vestida de gala con aljubas de seda bordadas con hilos de oro. Sus turbantes eran multicolores e iban adornados con vistosos lazos y plumas de aves exóticas. Le esperaron en la rambla del Genil y ya no le dejaron. Sus añafiles y timbales entonaban marchas guerreras durante todo el trayecto hasta que terminó el recorrido triunfal.

Al llegar a la puerta de Bibarrambla encontraron una turba de gentes enfervorizadas que impedían el paso de la comitiva. Cuando por fin pudieron entrar vieron instalados arcos triunfales. El suelo de la plaza estaba cubierto de pétalos de rosas y de nardos. En los balcones y azoteas lucían ricos tejidos de seda color

púrpura. Todos daban vítores a Yusuf, lloraban, reían, cantaban de alegría porque al fin contaban con un rey bueno que les haría recuperar el esplendor al que llegaron en tiempos de Muhammad V.

El paseo triunfal continuó por el Zacatín, por la calle de Elvira, el Zenete, por la Alcazaba, el Albaycín, siguió por el precioso barrio del Aljeriz y por fin pudo subir hasta la Alhambra para descansar de un día tan emocionante y ajetreado.

Era imposible parar las muestras de afecto. En vista de que las gentes insistían en aclamar a su rey hubo de volver a salir al día siguiente para recorrer otras calles y recibir las muestras de alegría de otras gentes que le estaban esperando.

Al día siguiente Yusuf dio órdenes de ponerse a trabajar por la paz, por diseñar una estrategia de acercamiento a los castellanos. Suerte que tenían en Granada a un noble castellano dispuesto a ayudarles. Os cuento.

Resulta que Don Alonso Fernández de Córdoba, que fue alcaide de Alcalá, tuvo que pedir asilo en la corte de Granada por alguna razón que no es el caso contar. Era habitual que eso ocurriera cuando el interfecto tenía algo que temer y quería quitarse de en medio mientras se dilucidaban las cosas o sencillamente mientras cambiaban los vientos en Castilla. Este se fue a Granada, hizo amigos en la corte nazarí y aunque sus asuntos estaban más que zanjados en el lado cristiano, el hombre iba a Granada continuamente y era tratado allí muy bien.

Pues era el personaje ideal. Yusuf le explicó que quería tener con los cristianos una relación de amistad y le encomendó que fuera a hablar con el infante para comunicarle que era el nuevo rey de Granada y que el pueblo lo había elegido precisamente para que se buscara la paz.

A partir de este momento se producen varios intentos granadinos por conseguir cerrar tratados de paz con Castilla sin que por la otra parte encontraran respuesta.

¿Qué estaba pasando en Castilla? Pues que mandaba el infante Don Fernando, que estaba empeñado en establecer sus políticas y sus estrategias. Y ¿quién era este personaje? Volvamos un poco en el tiempo.

En el año 1406 muere el rey Enrique III, *el Doliente* y durante la menor edad del sucesor Juan II quedó el reino en manos de la reina regente Doña Catalina de Lancaster y del hermano del rey muerto el infante Don Fernando.

Este infante era un hombre importante. Serio, muy valiente, gran caballero, leal al rey su sobrino, buena persona, de un carácter envidiable que se ganaba a todo el mundo. Sobre todo hay que decir de él que era un hombre capaz de proponerse grandes cosas y llevarlas a la práctica.

No le fue fácil torear a su cuñada que era una persona desconfiada, bastante avara y con una camarilla a su alrededor de esas morrocotudas. Él era un hombre ambicioso y tenía grandes deseos de conseguir pasar a la historia por sus hechos. Sin embargo tenía claro que su ambición debía enmarcarla en la lealtad al rey niño, a su hermano

difunto cuyas veces hacía y al proyecto de España. Llegaron a proponerle reinar en lugar de su sobrino pero rechazó la idea y puso todas sus energías en ser el caudillo de que España había carecido desde los tiempos de Fernando III y Alfonso X.

Puso sus ojos en Andalucía y preparó muy bien sus campañas. Su primer objetivo fue que la reina se ilusionara con sus proyectos. Luego consiguió que los eclesiásticos y los nobles se pusieran de su lado. Reunió a las cortes en Segovia en 1407 para que todo el mundo uniera sus esfuerzos en la tarea común. Y por fin la nación entera se levantó como un solo hombre. Había que expulsar a los musulmanes de España.

Las gentes de la frontera despertaron como sacudidas por viejos ideales. Los nobles daban armas a sus vasallos, los concejos preparaban para la guerra a sus mesnadas, las órdenes militares llamaban a capítulo general a sus freires y el clero predicaba una nueva cruzada contra los infieles, por Santiago y por España.

Los hombres experimentados en anteriores empresas guerreras comenzaron a estudiar la situación. Los adalides exploraron nuevamente los puntos más vulnerables. Los más veteranos soñaban despiertos. Mientras velaban sus armas los jóvenes anhelaban demostrar su valor y los viejos renovar sus antiguas hazañas.

La nación entera recobró una actividad muchas veces soñada y casi olvidada. En todas partes se preparaban las armas, se domaban los preciosos caballos, se fabricaban ingenios y máquinas para asaltar fortalezas, se almacenaban provisiones. En todas las partes del reino se desempolvaron los viejos pendones de guerra contra el infiel que tantas veces habían guiado a la victoria a las armas castellanas. Se levantó el pueblo en una especie de nueva cruzada contra los moros. Intentaron alistarse soldados extranjeros. Los ciudadanos y los nobles de las fronteras volvieron a vestir las abolladas armaduras y a prepararse para nuevas aventuras en defensa de su religión y de su patria.

El infante Don Fernando soñaba con la gloria. Su ambición era continuar la línea trazada por Fernando III *el Santo*. Las banderas musulmanas aún ondeaban allí donde las había dejado San Fernando. Las campañas que emprendieran los reyes que le sucedieron fueron poco menos que nada porque no habían ensanchado los límites del reino. Y esto no le llenaba. No deseaba victorias de un día sino algo grande, sólido, que trascendiera. Y él mismo se planteaba qué plaza era la más adecuada para iniciar sus campañas.

El reino de Granada tenía unas fronteras naturales que eran sus mares, sus altísimas montañas y una serie de plazas que formaban un cinturón en su alrededor. Estas plazas eran Baza, Antequera, Ronda y Gibraltar. Estaban defendidas por formidables alcaides y eran como torreones que jalonaban las defensas del reino nazarí. Si conseguía conquistar alguna de estas plazas alcanzaría dos objetivos. El primero era romper ese círculo de defensa en la imaginaria muralla del reino de Granada. El segundo objetivo era alcanzar una gloria que desde el rey Santo no había

alcanzado nadie en Castilla.

El infante vino a Córdoba, se reunió con los caballeros más notables de Andalucía, habló con los adalides más viejos, escuchó a sus consejeros y tomó una decisión. El objetivo de su campaña era la conquista de Antequera.

Antequera había sido una de las ciudades más pobladas, antiguas y ricas del reino de Granada. ¿Habéis visto en España una vega tan grande, tan fértil y bonita como las de Granada y la de Antequera? Pareciera que alguna mano mágica las diseñó iguales.

La vega de Granada está regada por un río llamado Genil. La de Antequera la riega el Guadalhorce. Granada está guardada en el sur por una montaña a la que llamaron de Sol y de Aire pero que debía también ser conocida por la nieve que pareciera escoltarla, guardarla de enemigos, de vientos y tempestades. Antequera por el sur está guardada por el Torcal, una montaña también mágica cuyas piedras están retorcidas por el viento y que parecieran ser gigantes que hacen de centinelas en una ciudad encantada. En medio de la vega de Granada aparece una montaña antiquísima llamada la Sierra de Elvira, como que fuera un hito de historia, de fantasía y de piedras antiguas. En medio de la vega de Antequera hay una montaña cuyo solo nombre hace evocaciones de leyendas de amor y de muerte. Me refiero a la Peña de los Enamorados. Antequera está escoltada por una laguna poblada de ánades y de otros pájaros que vienen desde muy lejos para anidar en ella. Granada está escoltada por el agua de sus fuentes que cantan en el anochecer y por pájaros que en las mañanas de primavera parecieran comprender su embrujo y su encanto.

Sin embargo Antequera, en los últimos tiempos se había encogido en su ser campesino y de cabecera comarcal. Desde las conquistas de Fernando III y de su hijo Alfonso el Sabio era ciudad de frontera y sus habitantes habían concentrado su población a los alrededores de su antigua fortaleza. Su riqueza había disminuido y las gentes más acomodadas habían emigrado a Granada a causa de la proximidad de los enemigos cristianos. Y es que cada dos por tres sonaban los clarines en Lucena o en Cabra o en Osuna o en alguna otra plaza fuerte de la frontera y salían de ellas cuadrillas de aventureros que asolaban sus campos, apresaban sus rebaños y mataban a los labradores de los alrededores de la ciudad. Por eso, la que fuera gran ciudad agrícola había acabado convirtiéndose en un fortín, cambiando los almacenes de cereales por cuarteles para defender la fortaleza. La agricultura era para Antequera un recuerdo porque el empeño de todos era la milicia bajo la dirección de un caudillo formidable. Al frente de ella estaba uno de los soldados mejores del reino. Se llamaba Alkarmen.

Estamos en la primavera de 1410. Había terminado la tregua y a los granadinos no se les ocurrió otra cosa que saquear Zahara para dar en la cara al infante que la había conquistado en 1407. Don Fernando estableció su cuartel general en Córdoba y desde allí puso en marcha su ejército en dirección a Antequera.

Por el camino desde Córdoba a Antequera se le iban agregando más y más nobles con sus soldados y los concejos de los lugares castellanos con sus mesnadas. Cuando estuvieron cerca de la frontera, en las orillas del río Yeguas, se les unió el adelantado de Castilla Per Afán de Rivera que traía en sus manos la espada del conde Fernán González y posteriormente de Fernando III *el Santo*. Era una reliquia preciosa que simbolizaba mucho en estos momentos. Se detuvieron para pasar revista a las tropas y en un acto solemne el adelantado entregó la espada al infante Don Fernando. Él debía honrar con sus conquistas el arma histórica que tantos días de gloria había dado a España. El infante, orgulloso y emocionado, ciñó esa espada a su cintura cargando así con la histórica responsabilidad de llevarla en momentos tan solemnes.

Era el veinticinco de abril de 1410. En las márgenes del río Yeguas el infante pasó revista a sus tropas y quedó muy satisfecho del ejército que tenía a sus órdenes. Con él iban los más nobles señores de España, las dignidades más altas de las cortes castellana y aragonesa, toda la aristocracia, los más poderosos y respetados prelados, los representantes de los concejos de villas, ciudades y aldeas.

Aquellos nobles y soldados estaban deseando demostrar el valor que atesoraban. El sol se reflejaba en sus bruñidas armaduras, en las corazas de los jinetes y los cascos de los soldados de a pie. Sus lanzas apuntaban hacia Antequera. Los estandartes, banderas y pendones tremolaban al viento de aquel día de primavera. Se escuchaba el sonido ronco de los atabales y el más agudo de los clarines y trompetas mientras las tropas se daban ánimos para acometer la empresa que les había congregado.

Antes de vadear el río formó las tropas en el orden que llevarían en el asalto y la batalla. Abría la marcha en vanguardia Don Pedro Ponce de León, señor de Marchena, acompañado por el alcaide de los Donceles con su ejército compuesto por tres mil hombres de a pie y mil jinetes. Seguía el grueso del ejército dividido en tres divisiones. El centro lo mandaba el condestable de Castilla Don Rui Dávalos. El ala derecha estaba al mando del almirante de Castilla Don Alonso Enríquez y la izquierda a las órdenes de Don Gómez Manrique. A continuación la reserva formada también en orden de batalla. El centro estaba mandado por Don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, armado exactamente igual que los demás nobles y caballeros. Llevaba mil lanceros. El adelantado de Cazorla Don Alonso Tenorio con una tropa de dos mil peones defendía el ala derecha. La izquierda la lideraban Per Afán de Rivera y otros muchos caballeros y soldados. Por último seguía una hilera de carretas tiradas por bueyes, de bestias cargadas con armas, máquinas de guerra para hacer el asedio, tiendas de campaña para nobles y soldados, útiles y víveres para alimentar a toda aquella muchedumbre.

Al día siguiente mandó el infante que se acercara el ejército a Antequera, cosa que hicieron con más rapidez de lo esperado. Estaban impacientes por dar vista a la

ciudad.

Cuando pudieron ver en la lejanía el castillo y la ciudad todos daban grandes voces, unos de emoción, otros de rabia, de admiración los más y unos pocos de miedo por los peligros que se les avecinaban a la vista del aspecto de enorme fortificación que ofrecía.

Poco a poco se fueron acercando y distinguían los pendones nazaritas ondeando en las almenas. Percibían el brillo de las armas y a los grupos de moros observando el movimiento acompasado de los castellanos.

El infante mandó que se detuvieran. Los soldados cristianos miraban embobados la ciudad. Era extensísima. Tenía muchísimos edificios. Sus fortificaciones eran formidables y toda ella estaba rodeada por una vega maravillosa regada por el río Guadalhorce.

Los musulmanes de Antequera estaban muy alarmados. Hacía días que los espías les habían anunciado la llegada de los hombres del infante. Y les habían informado del enorme ejército que traía, de sus armas y su aparente determinación. Esos anuncios produjeron en ellos un tremendo amasijo de sentimientos. Los más sentían miedo porque no dudaban de las intenciones de aquellos fieros guerreros de las cruces rojas en el pecho. Otros reprimían sus sentimientos y se asomaban a los adarves pensando qué actitud tomar, por qué lado atacar a aquellos canallas que les turbaban su paz.

Era la historia de una invasión anunciada. Ahí les tenían, a las puertas de su ciudad, orgullo de los musulmanes por ser una de las más ricas y mejor defendidas del reino.

Poco a poco las murallas de Antequera se fueron poblando de más y más gentes. Ancianos, jóvenes, niños, mujeres, nobles, todos se acercaban a los adarves, contemplaban a los que venían a privarles de su libertad y de sus casas. Los campesinos escudriñaban el horizonte por ver si los invasores quemaban sus mieses o sus cortijos. Los hombres que podían empuñar las armas se sentían despechados y se armaban de coraje. Las mujeres volvían a sus casas para esconderse con sus hijos pequeños.

Alkarmen, el alcaide de Antequera, tomó el mando de las operaciones. Era un hombre sereno y muy valiente. Analizó la situación y se dispuso a organizar la defensa. Hizo un balance de los hombres útiles y los repartió en las almenas, en los voladizos fortificados de lo alto de los muros desde donde podrían observar al enemigo y atacarlo si se acercaba a las murallas, a otros los envió a cerrar las puertas con maderos, a otros a los rastrillos que instantes después caían con un gran estruendo o los mandaba a las saeteras para vigilar los movimientos de los castellanos y dispararles si se ponían a tiro.

¿Iban todos aquellos bárbaros a cercar la plaza? ¿Aquella auténtica nube que se

les venía encima se contentaría con asolar y quemar los campos?

Los primeros movimientos que pudieron percibir desde las almenas les hicieron temer lo peor. Los castellanos habían hecha un alto. Los caballeros bajaban de sus monturas. Los nobles, a quienes distinguían por el brillo de sus armaduras y por sus ricas divisas, se reunían con sus hombres dando órdenes. Los acemileros descargaban sus bestias, los carreteros detenían sus bueyes, los desuncían, descargaban los carros, los peones armaban las tiendas clavando estacas en el Coso de San Francisco.

Se estaba montando un auténtico real. En el centro se colocaban los mandos y en medio de ellos veían instalar las tiendas del infante Don Fernando.

Lo primero que hizo nuestro infante a la vista de los asustados antequeranos fue reconocer personalmente el terreno para prevenir a su ejército de los posibles ataques de los sitiados. Y vio un lugar, al que llamaban la Rábida, difícil de mantener pero ideal para prevenir estos ataques. Entendió que era necesario reunir a unos cuantos adalides con fuerzas suficientes para conquistar aquel hito.

Los consejeros del infante, cuando vieron el lugar a donde quería llevar una avanzada, opinaron que aquello era un auténtico disparate. A pesar de ese consejo Don Fernando volvió a insistir en la idea y envió a dos caballeros a reconocer la posición. Cuando volvieron, pese a confirmar que era un lugar muy peligroso, dieron la razón al infante sobre la necesidad de aposentar una avanzadilla en aquel montículo.

A pesar de haber acordado la conquista del cerro de la Rábida no había nadie que quisiera aceptar el encargo. Aún en el caso de que pudiera ser relativamente fácil conquistar la posición iba a ser muy difícil mantenerla. El que la conquistara estaría aislado del resto del ejército y separado de él por unos tajos enormes. Y mucho más difícil cuando se hiciera de noche y desde la oscuridad les atacaran los moros, mejor conocedores del terreno que los cristianos.

Don Fernando esperó pacientemente para ver si salía algún voluntario que quisiera conducir sus tropas hasta ese lugar pero viendo en los rostros de los suyos que nadie lo quería hacer se levantó y con desprecio dijo:

—*¡Falta aquí mi bisabuelo el Infante Don Juan Manuel!*

Entonces dio un paso al frente un hombre singular. El obispo de Palencia era un hombre de armas tomar. Era de esa clase de religiosos dispuestos a manejar la espada con la misma desenvoltura con que se pondrían la mitra y empuñarían el báculo para oficiar un solemne Pontifical. Él, sólo él estaba dispuesto a dirigir aquella peligrosísima misión. Escogió a sus hombres, se armó hasta los dientes, montaron los caballos y ya entrada la noche se encaminaron a la cumbre del cerro. Caminaban sigilosamente y por fin llegaron al lugar donde posteriormente se levantaría una

ermita.

Cuando amaneció y el obispo vio dónde se había metido sintió temblores de muerte. Su situación era verdaderamente comprometida si no le enviaba el infante refuerzos para defender las alturas cercanas desde las que podían ser fácilmente atacados. Envió un correo y Don Fernando hizo en enseguida que salieran cuatrocientos jinetes y mil peones para ocupar el Cerro llamado hoy de San Cristóbal.

El cerco estaba definitivamente asentado. Ahora quedaba asaltar la fortaleza.

Pero ¿tenían los castellanos máquinas de guerra además de buena artillería para romper aquellos enormes muros que defendían la ciudad? ¿Contaba el infante con fuerzas suficientes como para aniquilar a las defensas de Antequera?

Los planes se hacían así, sobre la marcha. Con los castellanos, menos mal, iba un joven artillero llamado Juan Gutiérrez de Carmona, hombre capaz de construir las máquinas de guerra necesarias para la conquista de la ciudad. Don Fernando lo envió a Sevilla con mil doscientos infantes para construir la artillería y transportarla al asedio.

Estas cosas sucedían en el lado de los castellanos. Mientras, los antequeranos no dejaban de pensar en la mejor manera de defender su ciudad. Y para eso era muy urgente comunicarse con el rey en Granada, el único modo de obtener ayuda en estos momentos verdaderamente críticos que estaban viviendo. Y seguramente les esperaban días más críticos todavía si no conseguían que sus hermanos les prestaran apoyos suficientes en cantidad y en calidad.

Para casos como este tenían personal especializado. Eran los correos. Estos personajes eran mitad mensajeros dotados de agilísimos y veloces caballos, mitad soldados acostumbrados a sortear trincheras, escalar murallas y a colarse por los lugares más inverosímiles con tal de hacer llegar sus cartas a los destinatarios. Se pusieron a disposición del alcaide, recibieron las cartas que habrían de entregar a Yusuf y salieron por donde pudieron hacia Granada. Unos se aprovecharon de los descuidos en la vigilancia de algunas atalayas, otros se deslizaron por quebradas inverosímiles y otros se introdujeron en túneles y galerías que salían del interior de Antequera y les llevaban a campo abierto. Todos volaban en dirección a Granada.

Las cartas era angustiosas. Hacían una descripción detallada de las tropas del infante y de sus posiciones en el cerco de Antequera. Mirando las cosas con frialdad no tenían posibilidades de salir bien de este trance. Lo demás eran deducciones. Las gentes se temían lo peor. Y desde luego, si se perdía Antequera el resto de la provincia de Málaga corría un grave peligro de caer en manos de los hombres del infante.

Uno tras otro y por diferentes caminos fueron llegando a Granada los correos. Y sus cartas llenaron a los granadinos de angustia primero, luego de indignación y por último tuvieron la virtud de enardecer los ánimos en el reino. Los alfaquíes

comenzaron a lanzar proclamas de guerra santa en las mezquitas y en las plazas. Los capitanes recibieron órdenes de reunir a sus mejores soldados y armarse hasta los dientes. Los pregones llegaban a los más recónditos lugares para que todos los hombres empuñaran sus armas y se alistaran en el ejército.

En unos días Granada estallaba en deseos de hacer la guerra. No les quedaba otra salida. O luchar o verse expulsados de sus tierras. O matar o morir. Se sentían conmovidos por la negra suerte que esperaba a los antequeranos y por ende a ellos mismos si no hacían frente a aquella terrible amenaza.

El estandarte de guerra de los nazaríes ondeaba sobre la puerta de la Monaita. Los musulmanes respondieron al grito de guerra lanzado desde la Alhambra. Cada ciudad, cada aldea, cada adunar dio los soldados que pudo, las armas de que disponía, los caballos mejores de sus cuadras y el dinero necesario para mantenerlos.

En unos días se había formado un ejército enorme. Cinco mil hombres de a caballo y ochenta mil de a pie eran algo formidable y que impresionaba con solo contemplar. Al mando de ellos puso Yusuf a sus dos hermanos Sidi Alí y Sidi Ahmed y salieron de Granada en dirección a Loja, desde allí pasaron a Archidona y a continuación se internaron en las sierras asentando sus reales en la Boca del Asna.

La avanzadilla cristiana al mando del obispo de Palencia descubrió al ejército granadino que a su vez había enviado a algunos de sus adalides para reconocer al enemigo. Unos y otros se vigilaban y a veces entablaban duras escaramuzas con pérdidas por ambas partes.

El ejército cristiano se encontraba en una situación comprometida, sobre todo las avanzadillas del obispo de Palencia. Don Fernando mandó tocar sus trompetas para que el ejército estuviera en estado de máxima alerta.

La situación de los cristianos en lo alto del cerro era muy delicada. Eran pocos y no tenían más defensas que unas trincheras de tierra hechas con sus propias manos. Desde allí veían venir hacia ellos por las sierras a un auténtico enjambre de enemigos que desplegaban al viento sus *alquiceles*, unas capas de lana roja que les daba un aspecto terrible. Mientras se dejaban caer hacia ellos gritaban como posesos.

Los cristianos estaban convencidos de que iban a ser derrotados por aquellos energúmenos pero se dispusieron a resistir. Prepararon sus saetas y así intentaron repeler el ataque nazarí.

Entre los nazaríes destacaba un alfaquí que daba grandes voces animando a los suyos y se acercaba a las trincheras tratando de intimidar a los cristianos. Había aprendido algo de castellano y voceaba a los del obispo diciendo:

¡Dadvos, mezquinos e non morredes!

Como era de esperar algunos castellanos le apuntaron sus flechas y se fue el

alfaquí con Alá bendito de Dios, dando así comienzo a una pelea tremenda.

En el real castellano cada uno empuñaba sus armas, unos las flechas y las ballestas, otros saltaban sobre sus caballos, se formaban los escuadrones y los capitanes iban y venían mandando que se dispusieran para la batalla.

El infante se había vestido de punta en blanco, había montado en su caballo y empuñaba la espada de San Fernando. Había soñado muchas veces con este día y estaba orgulloso de ser en la práctica el rey de aquellos hombres.

Un fraile cisterciense iba y venía, corría por entre las filas del ejército con un crucifijo en la mano animando a los soldados a matar moros por Dios y por Santiago.

Se desencadenó una batalla tremenda. En los altos de la rábita se luchaba desesperadamente. Una oleada de moros caía sobre los hombres del obispo de Palencia que estaban en un verdadero aprieto a pesar de haber recibido algunos auxilios. Los moros eran una muchedumbre enardecida, deseosa de matar a sus enemigos. Se lanzaban sobre las trincheras cristianas en tromba. Por parte cristiana era necesario un valor y unas fuerzas extraordinarias para contener lo que les venía encima, atrincherados como estaban en sitios impropios, en zanjas que con sus manos acababan de excavar. Las lanzas saltaban hechas añicos. Los cascos, los petos, las corazas y los arneses eran hechos trizas por las acometidas de los alfanjes y las lanzas moras. Se peleaba con cualquier cosa que se tenía a mano. Lanzas, espadas, flechas, piedras, de todo. La sangre corría por laderas y regatos.

Los capitanes más valientes se lanzaban en tromba sobre las falanges enemigas y abrían en ellas como pasillos de horror y de muerte. Los cristianos de a pie se resguardaban en las trincheras y desde allí lanzaban sus flechas sobre los enemigos que estaban siendo castigados por la caballería. Otras veces salían a pelear a pecho descubierto, especialmente cuando el empuje de los moros era más fuerte.

La batalla no hubiera tenido más vencedores que los granadinos si hubieran sido tropas más disciplinadas y su pelea hubiera tenido una buena dirección. Fueron vitales para los cristianos las trincheras que se excavaran antes de que se desencadenara la lucha.

Porque los ataques de los moros eran por momentos más débiles y la caballería cristiana cargaba con más ímpetu. Las caras de los combatientes iban reflejando un estado de ánimo, de victoria en las filas cristianas y de derrota en las musulmanas. Tímidamente algunos grupos de musulmanes iniciaban lo que parecía una huida, justo cuando los hombres del obispo pudieron escuchar las trompetas del ejército del infante que subían por la cuesta en su ayuda.

A partir de ese momento hubo unos claros vencedores. El empuje de los cristianos era irresistible. Iniciaron una feroz pelea que podría ser la última porque atropellaban en bloque a los moros y les mataban sin piedad. Los granadinos que podían volvieron las espaldas e iniciaron la huida hasta un lugar llamado *el Portichuelo*, donde

pensaban que podrían rehacer lo que estaba casi deshecho.

Pasaron algunos minutos en los que se rehicieron las falanges granadinas y las tropas del infante pudieron desplegarse para dar el golpe decisivo. Por fin los dos ejércitos se miraban frente a frente. Unos y otros estaban paralizados por el ardor guerrero, por la emoción y en muchos casos el miedo. Los cristianos sentían que por fin tenían la ocasión de entablar la batalla definitiva. Los moros no experimentaban el mismo sentimiento porque luchaban a la defensiva. Se sentían menos fuertes. Experimentaban ese complejo de inferioridad que tanto daño hace en la moral cuando se acomete cualquier desafío. Además no estaban bien desplegados frente a las perfectas formaciones de los cristianos.

Los granadinos que peleaban en *el Portichuelo* fueron los primeros en iniciar una retirada, al principio tímida y enseguida descarada, como si un repentino ataque de terror se hubiera apoderado de ellos. Los castellanos se abalanzaron sobre sus enemigos haciéndoles huir. Los musulmanes ya corrían frenéticamente, se empujaban unos a otros y saltaban por tajos, por rocas, se metían por cañadas y barrancos tratando de salvar sus vidas. Iban buscando refugio en la Boca del Asna.

Los cristianos abandonaron la formación e iniciaron la cacería de los moros que huían. La fuga de sus enemigos les había envalentonado. Estaban cada vez más enardecidos. Perseguían a los moros como un cazador a una fiera. Unos se apostaron en los peñascos más altos y desde allí disparaban sus flechas a los que huían, otros metían sus caballos en los lugares más inverosímiles buscando a los que se habían escondido para alancearlos, otros los seguían hasta los matorrales o los barrancos para acabar con ellos.

Así, unos huyendo y otros destrozando a sus enemigos, continuaron hasta que los moros se pudieron meter en unos desfiladeros donde por el cansancio no les siguió aquella jauría de asesinos.

En ese momento los cristianos dejaron de pensar en matar moros e iniciaron una cacería de tesoros. Sus ojos, que hasta ese momento habían estado inyectados en sangre, comenzaban a sentir la codicia de los tesoros abandonados por sus enemigos. Les invadía un nuevo afán, esta vez de conseguir más y más botín entre los despojos de aquella batalla. Eso salvó la vida a muchos granadinos.

La mayoría de los soldados cristianos se dedicó por bastantes horas al saqueo. Penetraban en las tiendas de los granadinos, se apoderaban de lo que encontraban y a continuación las quemaban. Si las tiendas eran de capitanes o de nobles el botín era cuantioso. Recogían alhajas, armas, banderas ricamente bordadas, almohadones, alfanjes magníficos, albornoces bordados, monturas de cuero repujado y en los almacenes se apoderaban de cantidad de vituallas para hombres y animales de aquel ejército. Los cristianos iban y venían por el campamento moro. La algarabía era tremenda. De vez en cuando se escuchaban gritos más altos que indicaban que se

habían encontrado algo más rico o mejor.

El ejército cristiano estaba dividido en varias partes. Unos, los más, estaban dedicados al saqueo del campamento musulmán. Otros, los menos, habían seguido persiguiendo a los moros que huían por la Boca del Asna. Luego continuaron acuchillando a los que huían, unos en dirección a Cauche y otros a Málaga. Así continuaron matando hasta que ellos o sus caballos caían extenuados de tanta sangre.

Don Fernando por fin se decidió a poner orden en aquella orgía de sangre y rapiña. Después de dejar su campamento perfectamente ordenado se dirigió al musulmán para parar el desmadre que se estaba produciendo ante sus ojos. Lo primero que hizo fue reunir el botín y distribuirlo conforme a las leyes de la guerra. Adjudicó las banderas a los nobles que se habían distinguido en la lucha y no se reservó para sí más que un precioso caballo bayo que había pertenecido a Sidi Alí, hermano de Yusuf. También pasó a poder del infante el estandarte real de Granada que era de terciopelo y en el que estaba bordada en oro una preciosa granada.

Los granadinos hicieron recuento de sus pérdidas y les faltaban quince mil hombres. Unos habían muerto, otros estaban heridos y otros se habían extraviado por barrancos y cortaduras de aquellas sierras.

La noticia de aquella victoria corrió desde la vega de Antequera y llegó prontamente a la corte castellana. Los correos del infante fueron a dar la buena noticia a la reina, otros a los nobles que habían quedado en Castilla, otros a informar al clero y enseguida se hicieron fiestas y procesiones porque las armas cristianas había destruido a los infieles.

A todo esto los habitantes de Antequera habían sido testigos mudos de los acontecimientos que os he contado. Primero sintieron alivio al ver al ejército de Granada que venía a socorrerles, luego terror al ver a sus hermanos huir ante los cristianos invasores y morir a manos de sus enemigos.

Solo les quedaba resistir y probablemente morir pero lo harían defendiendo a su rey y a su ciudad. Solo con esa determinación pudieron afrontar lo que les esperaba.

El artillero que fue enviado a Sevilla había cumplido su cometido. Recogió maderos de los mejores para lo que quería fabricar, luego contrató a maestros armeros, a carpinteros y por fin recabó la ayuda de los regidores de Sevilla para conseguir el resto de los materiales que necesitara. En un tiempo récord consiguió ver construidas máquinas de guerra y los carromatos necesarios para transportarlas hasta Antequera. Las cargaron en grandes carretas y pusieron a tirar de ellas a numerosas yuntas de bueyes. Los repuestos y la munición también fueron cargados. La pólvora, las grandes balas de piedra, las balas más pequeñas que se usaban como metralla cuando se confeccionaban las grandes bolas de alquitrán y pólvora, las cureñas, todo esto se transportaba en centenares de acémilas que caminaban en fila dóciles y cansinas. Por último marchaban los artilleros, luego los carpinteros, los picapedreros

y por fin los servidores de las armas.

Se construyó también en Sevilla y se transportó a Antequera una torre de madera de la altura que se suponía tendrían los muros que se deberían asaltar. Estaba forrada con pieles frescas y tenía varios pisos comunicados entre sí por escalas interiores. Los primeros pisos estaban destinados a los soldados que debían defender la propia torre de madera. El último piso, llamado *el arca*, tenía uno de sus lados de tal manera que ejerciera la función de puente portátil que se tendiera sobre los adarves para que los que estaban en el interior del artilugio pudieran penetrar en la plaza sitiada.

Disponían además de unos parapetos llamados mantas que eran como unos grandes tableros cubiertos de pieles y que servían de escudo en el que los sitiadores se resguardarían de los disparos de los sitiados. Y más armas de guerra, como una catapulta gigante. La fabricaron en Sevilla y era tan grande que no pudieron sacarla por las puertas de la ciudad. Fue necesario hacer un portillo en la muralla.

Fue una odisea hacer llegar a Antequera el convoy con todos estos pertrechos. Los caminos eran de herradura y había que prepararlos para las carretas. Pero la fuerza de voluntad de los artilleros hizo milagros y por fin, después de doce días de camino, dieron vista a Antequera. Lenta pero inexorablemente fueron descargándolo todo en el lugar conocido como *Peso de la Harina*.

Era complicado montar un tinglado de aquellas características. Primero colocaron las cureñas, que era el armazón de madera que debería sostener el cañón de las lombardas. Colocar a mano aquellos imponentes cañones sobre las cureñas, amarrarlos y ponerlos en posición de disparo era algo complicado y muy laborioso. Las grandes lombardas si disparaban adecuadamente su munición, eran capaces de destrozar los muros y las almenas de la ciudad. A continuación pusieron en sitios adecuados las mantas para que sirvieran de parapeto a las avanzadillas de atacantes. La torre de madera era otro problema. Poco a poco todo se fue colocando frente a los ojos atónitos de los antequeranos.

Dentro de la ciudad la determinación de los moros era la de defender la plaza hasta la muerte. Al ver desde los muros todos aquellos preparativos tomaron sus espingardas e hicieron fuego a discreción matando a bastantes peones hasta que una compañía de ballesteros contestó a los moros barriendo a los atacantes. Por fin trasladaron todo el material donde hoy está situada la Placeta del Carmen.

Los sitiadores organizaban sus defensas y colocaban las piezas en posición de disparo. Los sitiados hacían otro tanto. ¿Cómo se iban a quedar mano sobre mano? Su armamento era inferior en calidad y en cantidad pero también disponían de una lombarda que colocaron sobre el muro y hicieron todos los disparos que permitía el armatoste, haciendo daños considerables, matando a los hombres del infante.

Entonces dio un paso al frente un joven artillero alemán llamado Jacomín y se ofreció para anular aquella lombarda y evitar así los daños que estaba haciendo en los

sitiadores.

El tal Jacomín recibió la pertinente autorización y se puso manos a la obra. A las piezas de artillería, como a las campanas de las iglesias, les habían puesto nombres. Pues éste escogió la mejor lombarda llamada *Santa Cruz*, seleccionó a seis compañeros y se puso a disparar hacia los muros de Antequera. Dispararon bastantes veces, tantas cuantas les permitía el cañón y en una de ellas acertaron. Dieron tan de lleno a la lombarda mora que la hicieron añicos. Y con ella se llevaron por delante un trozo de muralla de la ciudad y de paso la moral de los antequeranos quedó hecha trizas.

Don Fernando contempló los destrozos que había hecho su artillero alemán y sin pestañear dio un nuevo paso adelante. Era el momento de acercar al muro los artilugios del asalto. Pero se presentó un nuevo y delicado problema. Para poder acercar la torre de ataque al muro era necesario cegar el foso que defendía la muralla. Era bastante ancho. Pues manos a la obra. Reunieron una cantidad importante de peones y les mandaron que echaran en el foso tierra, rocas y todo lo que fuera útil para cegarlo. Pero, claro, los moros no iban a contemplar impávidos semejante maniobra y cuando los peones cristianos se acercaban con sus espuertas cargadas de piedras y tierra, eran recibidos a modo. Escondidos en las almenas, en los matacanes y las saeteras, les recibían con fuego a discreción de toda clase y manera. Unas veces les caían flechas, otras veces disparos de arcabuz, otras veces les echaban aceite hirviendo.

Los peones, naturalmente, al contemplar y sufrir en sus carnes estos regalitos envenenados, dieron varios pasos atrás.

El infante entonces elevó el rango de los que debían cegar el foso. Ahora envió a que los caballeros animaran a los peones yendo ellos mismos por delante, pero nuestros antequeranos habían afinado la puntería y aquello era una cacería de conejos. El infante elevó por segunda vez el rango de los que debían realizar la ingrata tarea y envió a *hijosdalgos*. Pues les dieron el mismo recibimiento que a sus predecesores. Estos, como los anteriores, se arremolinaron pero lejos. Y de cegar el foso, pues nada de nada.

El infante estaba decidido a todo con tal de conquistar Antequera. Y sus hombres retrocedían uno tras otro, desde el más alto al más bajo. No le quedaba más opción que dar él mismo un paso al frente. Montó su caballo y se dirigió al foso de marras. Tanto los caballeros como los soldados trataron de pararlo pero fue inútil. Pensaron que se le había ido la cabeza, le insistieron en el peligro que corría pero él continuó impávido. Descabalgó ya en medio de los disparos de los antequeranos, agarró una espuerta, se cubrió como pudo con un pavés y arrojó su contenido al foso mientras decía a voz en grito a sus hombres:

—¡Tened vergüenza y haced lo que yo hago!

Soltó unos cuantos exabruptos, miró fijamente a los suyos y se volvió al lugar de partida. Con la mirada se los quería comer.

Esta acción del infante fue un revulsivo para los miedosos soldados que se pusieron a la tarea como si nadie les disparara desde las almenas y las saeteras. Corrían, se tapaban, echaban espuertas de piedras al foso todos en tropel, algunos caían malheridos hasta que poco después el foso quedó como deseaba tenerlo el infante.

El siguiente paso era colocar las lombardas en lugares estratégicos para que hicieran el mayor daño posible.

Todo estaba dispuesto para el asalto final. Porque los antequeranos, al verse cercados y apuntados por lombardas intentaron salidas a la descubierta pero con escaso éxito.

Dilatar la fecha del asalto final era contraproducente. Ni cedían los sitiados ni flaqueaban los sitiadores. Decía que había llegado el momento del asalto final. El infante lo tenía todo de cara. La aproximación a Antequera estaba bien hecha y el cerco cerrado. Había llegado la hora. El infante lo preparó todo para el día de San Juan. En primer lugar se haría un trabajo de artillería. Luego actuarían los escaladores, que ya estaban designados, así como su orden y el lugar donde procederían a lanzar sus escalas. Los caballeros y los capitanes irían después para rematar la faena.

Los lugares más peligrosos tuvieron un planteamiento específico. El condestable de Castilla tenía encomendada la torre que se llamaría en adelante de la Escala. El almirante de Castilla se encargaría de la puerta de la Villa. Juan de Velasco se encargaría de la puerta de Málaga. Se repartieron escalas y se nombraron a los adalides que deberían abrir el camino.

Pues cuando estaban todos deseando entrar de una vez en Antequera ocurrieron dos cosas. La primera fue que se desencadenó un terrible vendaval que empujó a las máquinas de guerra, a algunas de ellas las descolocó y se desordenó lo que estaba preparado. El segundo inconveniente fue que la torre de madera para dar el asalto a los muros no tenía la altura necesaria y había que añadirle un buen trecho en su altura.

Mientras se arreglaba la torre y se reorganizaban las cosas iban a transcurrir semanas, en las cuales el ejército perdía el nervio necesario para la acción. Por otra parte convenía obtener provisiones y alimentos para los expedicionarios. El infante, a la vista de esto, ordenó a los más inquietos que recorrieran las tierras cercanas, Loja y Archidona sobre todo y trajeran lo que pudieran para mantener a sus hombres, carne fresca sobre todo.

Dicho y hecho. En unos días volvieron de su correría trayendo seiscientas cabezas que ganado entre vacas y caballos que vinieron muy bien al ejército.

En estas expediciones de castigo obtenían fama y riquezas, por lo que casi todos estaban dispuestos a ir, fuesen villanos o nobles. El infante era un hombre prudente y no consintió que el asunto se desmadrara, en primer lugar porque el asedio de Antequera había que mantenerlo a toda costa. En segundo lugar porque estas batallas trastornaban bastante la moral de los combatientes, inclinándolos más a obtener riquezas que a pelear al lado del infante por objetivos comunes.

Una de las que autorizó la mandaban el arzobispo de Santiago, el condestable de Castilla y otros caballeros, nada menos que con ochocientos lanceros y tres mil peones para internarse en el corazón de Málaga. Pues el arzobispo de Santiago y sus adláteres formaron una hueste expedicionaria decididos a hacer estragos en Málaga. Salieron de Antequera, pasaron la noche entre Álora y Cártama, quemaron bastantes casas en la vega del Guadalhorce y continuaron por los alrededores de Málaga. Incendiaron los arrabales, saquearon bastantes casas de veraneo de nobles malagueños y volvieron a sus bases a requerimiento del infante que no los quería tener por ahí desperdigados y distraídos de lo que más importaba que era la conquista de la bella ciudad.

En estas andaban cuando ocurrió algo que pudo tener su trascendencia. Resulta que Yusuf envió un emisario a parlamentar con el infante a ver si el castellano se conformaba con reconocimientos y pagos sin que el asedio llegara a mayores.

Evidentemente Don Fernando no admitió componendas de ningún tipo. Por tanto, por ese lado, la embajada debía volver a Granada como llegó, es decir, con las manos vacías.

Zaide Alamín, que así se llamaba el embajador, buscó a algunos *elches*, musulmanes convertidos al cristianismo que había cantidad, tocó en ellos la fibra sensible, calentó sus bolsillos convenientemente y preparó algo sonado. Los conjurados de dentro, cuando fuera noche cerrada, procederían nada menos que a la quema del campamento. Fuera, desde Granada, saldría un ejército que cuando viera el fuego en el real atacaría en medio del barullo para deshacer lo que tanto trabajo costara al infante.

Uno de los elches amotinados se llamaba Juan de Velasco, era hijo y nieto de moros, como su socio llamado Rodrigo de Vélez.

Ocurrió que Rodrigo se lo pensó dos veces, concluyó que si delataba a los conspiradores, entre recompensa y recompensa seguramente sería más jugosa la de Don Fernando y eso hizo. Se entrevistó con el infante que tomó dos determinaciones. La primera y más urgente fue descuartizar a Juan Velasco, a sus instigadores y secuaces. Una vez descuartizados colgó sus restos en escarpias, pero en lugar bien visible, tanto desde el lado cristiano como desde las murallas de Antequera. Así daba

un escarmiento en ambos bandos y los antequeranos perderían la poca esperanza que les quedara de salir con bien del aprieto en que estaban. La segunda determinación que tomó el infante fue recompensar espléndidamente al chivato Rodrigo de Vélez. He dicho que este era moro e hijo de moros, que cambió de religión y de nombre por conveniencia. Pues le fue bien en adelante. El infante le regaló vestidos, caballos, la reina le entregó en mano diez mil maravedís, y para lavar su apellido se lo cambiaron por el de *Antequera*. Este pasó a llamarse Don Rodrigo de Antequera y a levantar la cabeza como todos los que han dado un golpe de mano a su suerte, aunque sea a costa de ver colgados de escarpias a sus antiguos amigos.

Antequera resistía a los que la querían conquistar. Los moros de la ciudad prestaban servicio ininterrumpido en las murallas. Cada momento oteaban el horizonte con la ilusión de que Yusuf aparecería para librarles del asedio que soportaban.

Los cristianos no tenían ni dudas ni vacilaciones. Se habían propuesto culminar la conquista y no miraban atrás.

Yusuf estaba resignado a perder la ciudad. Alkarmen continuaba su resistencia hasta el punto de que la moral de los soldados castellanos algunas veces comenzaba a resquebrajarse. Incluso el bolsillo del infante se resintió por causa de la resistencia de los antequeranos. No había previsto un asedio tan prolongado y se vio escaso de fondos. Cuando llegó la hora de pagar a sus soldados tuvo que recurrir a préstamos del clero, de judíos e incluso de moros, a pesar de lo cual no tenía dinero suficiente. Fue necesario que la reina madre mandara sacar de los tesoros reales cantidades suficientes como para pagar a aquellos hombres que se estaban jugando la vida por el rey niño y también por el dinero que les ofreció el infante.

Un día llegó a oídos de Don Fernando, menos mal, una buena noticia. En la Antequera sitiada había una buena colonia judía, como en todas las ciudades nazaritas.

Se dice habitualmente que la convivencia entre musulmanes y judíos era excelente entonces. La verdad es que no estoy muy de acuerdo con esa apreciación. Se han llevado siempre igual. Antes como ahora se toleraban, convivían si era necesario, se mataban muchas veces, se aprovechaba una raza de lo bueno de la otra, pero convivir, así, en magnífica armonía y con idénticos proyectos, pues nada de nada. Convivían en Antequera, se toleraban pero cuando los judíos vieron la plaza cercada ni se les pasó por la cabeza empuñar cimitarras o ballestas y ponerse a hacer guardia en las saeteras. Pensaban en salir del atolladero, abandonar la nave y tratar de buscarse la vida con los nuevos dueños a costa de lo que fuera.

Un judío de los que pensaban como acabo de describir se descolgó por la muralla de Antequera y se presentó ante los castellanos pidiendo el bautismo y ofreciendo buena información al infante a cambio de un lugar al sol de Castilla. Enseguida

encontró a algún obispo que dejó a un lado la espada para bautizarle, sin más catequesis, claro, y el judío pasó a Don Fernando una información valiosísima. ¡Los sitiados no tenían agua! Se tenían que surtir del río que pasaba justo al lado de la muralla. Debían bajar por un postigo a escondidas y cuando era de noche. Así, en cántaros y a hombros, conseguían una pequeña cantidad que no bastaba para satisfacer a los sitiados.

Don Fernando aplicó la medicina adecuada. Dos nobles se ocuparon con sus ballesteros de acechar a los aguadores. Cuando les vieron venir pegaditos a las murallas les lanzaron flechas y demás artillería, lo que impidió el abastecimiento de agua a las gentes de Antequera. Un nuevo golpe a su ya decaída moral.

Los carpinteros acababan de recrecer unos metros la bastida. Tanto que era hasta un poco más alta que el muro. Era el momento de dar el asalto definitivo. Se la intentó colocar pegada a la muralla y esa fue la señal para que los dos bandos iniciaran un ataque generalizado. Del lado cristiano comenzaron a dispararse las lombardas. Su fuego atroz derribaba cuanto se les ponía a tiro. Bastantes almenas de torres y murallas fueron reducidas a escombros que caían en los fosos. Las lombardas moras barrían las escuadras de los cristianos que deberían acometer el ataque final.

Entretanto todos se preparaban. Las compañías cristianas iban ocupando sus puestos. Los ballesteros preparaban sus arcos, los artilleros soplaban insistentemente sus mechas para avivarlas y tenerlas dispuestas para disparar apenas recibieran las órdenes de sus capitanes.

Los escaladores corrían hacia las escalas y la bastida se iba rodeando de los soldados cristianos que debían iniciar el asalto.

Los moros esperaban desde hacía tiempo el asalto y contemplaban con frialdad los preparativos del bando cristiano. Enseguida se precipitaron a las murallas para hacer su defensa, momento que aprovechaban los cristianos para dispararles, matar a los más osados y minar la moral de resistencia de los que contemplaban lo acontecido.

Entonces el infante dio órdenes de que todo el mundo se replegara a sus tiendas. Así una vez, otra y otra. Batía a los que se asomaban a defender la muralla y luego daba unas horas de respiro a sus tropas. Hasta que llegara el gran día.

Aquella noche apenas durmió Don Fernando. Había soñado mil veces con que llegara ese momento. Por fin amaneció el martes dieciséis de septiembre de 1410. El arzobispo de Santiago y el obispo de Palencia se acercaron a la tienda del infante y dijeron misa en un altar de campaña. Cuando terminó el rito religioso se apoderó de todos un nerviosismo que anunciaba hechos decisivos. Inmediatamente pasaron a la acción.

El inicio de las hostilidades fue el momento en que se acercó la bastida al muro de la Torre de Homenaje. Cuando los moros se dieron cuenta de lo que estaba

ocurriendo iniciaron una feroz resistencia y fue necesario que el mismo infante dirigiera la maniobra colocado detrás del armazón de madera.

Del lado cristiano las trompetas dieron la orden de asalto. La artillería rompió el fuego con un ruido tremendo. En ese mismo momento la cara movible de la bastida caía sobre los muros de la Torre del Homenaje, aferrándose a ellos con un ancla que llevaba para ese menester. Su caída mató a dos moros que defendían la posición. Una muchedumbre de peones atravesó el puente que había formado la bastida y aprovechando el pánico de los moros saltaron sobre la propia torre.

Los que habían conseguido aposentarse en la torre, con picos y palas, trataron de abrir un agujero de arriba abajo para descender por él pero los moros hicieron una hoguera en la parte de abajo, rociaron la leña con alquitrán y allí se formó una especie de chimenea por donde salían las llamas con una fuerza tremenda. Los cristianos trataron de apagar aquel fuego echando en el interior cubos con agua mezclada con vinagre. Cuando el fuego se extinguió bajaron por el agujero y acuchillaron a los moros que encontraron.

El combate se generalizó. La artillería barría a los ballesteros moros que desde lo alto de las murallas intentaban evitar que el ejército cristiano se acercara a las murallas. Las nubes de flechas iban y venían en todas direcciones. Las escalas adosadas a los muros crujían por el peso de los escaladores que pugnaban por ser los primeros en entrar en la ciudad. Los postigos estaban siendo despedazados por las hachas de los peones que entraban violentamente por ellos.

Los moros se defendían como fieras enjauladas. Los escaladores eran recibidos con andanadas de flechas, piedras, aceite hirviendo o descargando sobre ellos el fuego de sus espingardas. Cuando los tenían cerca se iniciaba una feroz lucha cuerpo a cuerpo, con puñales, gumías o con lo que tenían a mano.

Poco a poco aparecían más y más muertos tendidos en todas partes. El fragor de la batalla era terrible. Explotaban las lombardas con un estruendo enorme, los arcabuces se disparaban por doquier, se escuchaba el silbido de las flechas o los toques de los clarines. Todos gritaban, se lanzaban imprecaciones, maldecían los capitanes, rugían de rabia los soldados de uno y otro bando. Pero en medio de todo se escuchaban los gritos de dolor de los heridos y la agonía de los que estaban muriendo.

Uno tras otro los capitanes cristianos fueron entrando en Antequera. El primero fue un vizcaíno llamado Juan de Choque que murió en las mismas almenas de una de las torres. El primer castellano que consiguió penetrar en la plaza y pudo contarlo fue Juan de San Vicente que aunque cayó bastante mal herido, consiguió salir del trance y recibió su romance de alabanza, del que os copio algunos versos:

Mas Juan de San Vicente fue el primero

que tomó posesión del alto muro
recogiendo de un bravo rodelero
en su fuerte pavés un golpe duro.
Mas pagole con otro el caballero
y el alma le arrojó al infierno oscuro
partiéndole rodela, brazo y frente
hasta la trabazón del labio y diente.

Tras Juan de San Vicente entraron más nobles y caballeros hasta que sus pendones junto a los de los concejos, los de Santiago y San Isidro ondearon en todo el recinto de la muralla de Antequera, señal de que había sido conquistada.

Los soldados se precipitaron dentro, asaltaron, robaron y asesinaron a todos los que no habían podido refugiarse en el alcázar. Únicamente se salvaron de morir las mujeres que podían servir a los soldados para las orgías posteriores.

Uno de los moros que defendían la ciudad pudo escapar de la matanza y a todo el correr de su caballo marchó a Granada. Pero dejemos que sea el viejo romance el que os cuente la historia mejor que yo.

La mañana de San Juan
al tiempo que alboreaba
gran fiesta hacen los moros
por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
y jugando de las lanzas
ricos pendones en ellas
broslados por sus amadas,
ricas marlotas vestidas,
tejidas de oro y grana,
el moro que amores tiene
señales de ello mostraba
y el que no tenía amores
allí no escaramuzaba.
Las damas moras los miran
de las torres del Alhambra.
también se los mira el rey
de dentro de la Alcazaba.
Dando voces vino un moro,
sangrienta toda la cara:
—¡Con tu licencia, buen rey,

diréte una nueva mala:
el infante Don Fernando
tiene a Antequera ganada!
Muchos moros deja muertos,
yo soy quien mejor librara
y siete lanzadas traigo,
la mejor me llega al alma.
Los que conmigo escaparon
en Archidona quedaban.
Cuando el rey oyó tal nueva
la color se le mudaba.
Mandó tocar sus trompetas
y sonar todas al arma.
Mandó juntar a los suyos
para hacer gran cabalgada.

Antequera era ya cristiana pero el caudillo Alkarmen, los soldados y nobles se había refugiado en el Alcázar. Estaban dispuestos a morir matando si Don Fernando no les concedía libertad para irse donde quisieran. El caudillo cristiano era duro hasta la crueldad como después sería el rey Don Fernando *el Católico*. Le costó mucho trabajo acceder a las peticiones de los antequeranos. Su instinto le pedía acabar con todos para dar un escarmiento. Sin embargo el arzobispo de Santiago y el obispo de Palencia cumplieron por esta vez con su misión humanitaria y convencieron al infante de que era mejor dejarles marchar que matarles y al par exponer al peligro de morir a muchos soldados cristianos.

Al fin el infante cedió a las peticiones de los eclesiásticos. Entonces las puertas del alcázar se abrieron y comenzaron a salir personajes famélicos, extenuados, heridos, maltratados por la vida. Tras cinco meses de asedio debían abandonar la ciudad que habían defendido como héroes.

Eran dos mil seiscientas treinta y ocho personas, solo una pequeña parte de la gran ciudad que fue Antequera. Salían tristísimos, mirando al cielo de su infancia, a las casas de sus padres, a las suyas que no volverían a ver ni a disfrutar jamás. Las mujeres lanzaban su última mirada a los hijos heridos o muertos. Fueron cargando sus cosas en las acémilas que Don Fernando puso a su disposición y tristes, muy tristes, derrotados, cabizbajos comenzaron su amarga procesión. Salieron de Antequera, hicieron una breve parada en Archidona y acabaron en Granada. Iban mujeres, ancianos, niños, bastantes heridos, muchos enfermos. En el camino perecieron cincuenta personas.

Granada al menos se parecía a Antequera. Estaba situada en medio de una vega

como la suya, tenía montañas como dosel de la ciudad, un alcázar precioso, más que el antequerano. Añorarían ya por siempre su tierra pero la tendrían cerca hasta en el recuerdo. Antequera estaría siempre en su corazón porque hasta el barrio donde se asentaron tendría su nombre. Vivirían siempre en el barrio de la *Antequeruela*.

En Antequera hubo misas de acción de gracias, procesiones donde los capitanes enarbolaban cirios en lugar de espadas, hubo cánticos del *Te Deum*, se tremolaron los pendones de la Cruzada, ondeó el estandarte de Santiago, hubo purificación de las mezquitas para que se convirtieran en iglesias.

Una vez terminadas las ceremonias el infante nombró alcaide a Rodrigo de Narváez, su antiguo doncel y uno de los soldados más bravos de su ejército, nombró alférez, regidores, escribano, etc., dotando la ciudad de una guarnición que la defendería en adelante. Y hecho esto marchó a Sevilla para continuar sus tareas de regencia. Poco después moriría el rey de Aragón Don Martín y como el infante andaba en alza y era el pariente más adecuado, le traspasó la corona y marchó para allá. Le perdemos de vista por ahora.

Alkarmen, sus compañeros de armas y los habitantes de Antequera fueron a Granada. Yusuf accedió a que vivieran en la ciudad. Habían dado un ejemplo de valor defendiendo al Islam. Por eso ahora les entregaba dinero y medios de subsistencia para que pudieran vivir prácticamente a las puertas de su alcázar, en el barrio de la *Antequeruela*.

Este rey, que era una excelente persona, tuvo una vida la mar de ajetreada. Primero le tocó la china de su hermano menor, que ese sí que era una joya. Luego se las tuvo que ver con el infante Don Fernando. Ahora va a vivir otra peripecia tremenda, esta vez con los benimerines africanos.

Los califas de Fez eran benimerines y se sentían con derechos sobre plazas y castillos españoles. En tiempos habían sido de ellos y ahora, al verlos en manos de los reyes de Granada, sentían unos celos tremendos. Soñaban con unificar en su corona a todos los musulmanes del norte y del sur del Mediterráneo. Sobre todo sentían que eran suyas las plazas de Gibraltar y Ronda.

Ocurrieron dos cosas. Una que el alcaide de Gibraltar, opuesto a su rey y ambicioso hasta el extremo, echó de la plaza a los vecinos que no eran de su cuerda y enarboló la bandera del rey de Fez en la torre del alcázar. Manifestó así a todo el mundo que la plaza dejaba de ser del granadino y pasaba a poder del benimerín.

El califa de Fez vio el cielo abierto. Estaba deseando recuperar la plaza que fue arrebatada a sus antepasados en tiempos de Alfonso XI. Esta era una magnífica oportunidad. Y si enviaba a su hermano Abu Said para tomar posesión y guardar la plaza, se lo quitaba de encima. No le podía ver. Era demasiado popular y querido en la corte. Cuanto más lejos estuviera, mejor.

La expedición de Fez, al mando del príncipe Abu Said, estaba compuesta por mil

caballeros y dos mil peones. Tras una travesía sin demasiadas complicaciones los de Fez desembarcaron en Punta Europa. Desde allí hicieron sus correrías y no les costó demasiado trabajo anexionarse los pueblos circundantes, Estepona, Marbella, Casares y otros de la serranía.

Yusuf se sintió traicionado y pensó en hacer las paces con los castellanos a costa de lo que fuera para dedicarse a echar del reino de Granada a los malditos benimerines.

Dicho y hecho. Envió a Castilla a su mejor diplomático, que era Zaide Alamín. Llevaba para la reina madre y el resto de la corte regalos de los que sabía que gustaban en Castilla. Con eso y con su habilidad dialéctica consiguió que ese flanco estuviera más o menos tranquilo. Hecho esto mandó que Sidi Ahmed marchara para Gibraltar para echar de allí a los benimerines.

Los benimerines no las tenían todas consigo, sabían que venía contra ellos un ejército formidable y por si las moscas se metieron en Gibraltar. Sidi Ahmed mandó a los suyos que los cercaran sin dejarles un lugar por el que recibir ayuda.

Los benimerines no habían tenido tiempo de meter en la fortaleza alimentos, agua o municiones. En unos días comenzaron a experimentar lo que era el hambre y la desesperación. Su única salida era que el califa de Fez se enterara de las condiciones en que estaban y les enviara ayuda para sacarles del atolladero.

El califa se enteró de que los suyos estaban pasándolo peor que regular en Gibraltar. Ya hemos contado antes que disponían de palomas mensajeras, de telégrafos con señales luminosas y otros medios de enterarse rápido de lo que ocurría. Pues ¿qué hizo?

Ya hemos contado que este era una joya, un tío hipócrita y envidioso. Le sentaba fatal que su hermano tuviera éxitos, políticos o militares. Y si el pueblo mostraba simpatías hacia él no dormía. Por eso le pedía el cuerpo dejarlo tirado en Gibraltar a expensas de los granadinos para que lo destrozaran. Pero, claro, por otra parte, ¿qué iban a decir en la corte si abandonaba de esa manera a su hermano? Tuvo una ocurrencia diabólica. Mandó que los alfaquíes dijeran en las mezquitas que iba a salir una formidable escuadra para Gibraltar. Llevaría municiones y alimentos en abundancia para defender la plaza y ayudar a los suyos. ¡Eso dijo!

Pero ¿qué hizo? Pues que a la hora de la verdad despachó para Gibraltar unas cuantas naves de las viejas, equipadas para dar un paseo por la bahía y poco más. Si los granadinos mataban a su hermano le hacían un favor. La escuadra zarpó de Marruecos enterándose inmediatamente los granadinos de la maniobra del califa. Pues se hicieron a la mar algunos barcos de Málaga y de Algeciras, cruzaron el Estrecho y apresaron al convoy sin mucho problema. Abu Said, el hermano del califa de Fez, se rindió sin más parlamentos pensando que allí acababan sus días.

El hombre agachaba la cabeza esperando que Sidi Ahmed le lanzara un tajo de un

momento a otro y para su asombro este lo trató como a un amigo, lo alojó en su tienda y lo llevó a Granada a entrevistarse con Yusuf. El benimerín estaba asombrado. Esperaba la muerte y le conducían los soldados victoriosos de Granada.

Yusuf lo recibió como a un príncipe. Lo alojó en su alcázar, puso personas a su servicio y así estaban las cosas cuando recibió de Fez un correo con una carta del califa para él. Debía pensar el buen rey de Granada que el de Fez le daba las más encendidas gracias por el trato que había dispensado a su hermano. ¿Qué menos? Pues ni mucho menos. El tío le ofrecía lo más grande, alianza perpetua y dinero en cantidad si envenenaba a su hermano. Así se las gastaban estos.

Yusuf era una buena persona. Había sufrido mucho por un tema parecido. Esta carta le trajo a la memoria lo que él debió sufrir en Salobreña y los momentos de zozobra que pasó cuando tenía ante sí al verdugo que debía cortarle la cabeza por orden de su hermano. No. Por nada del mundo lo iba a matar. Es más, aprovecharía las buenas relaciones que había establecido con Abu Said para hacer una alianza con Fez pero mucho más sólida y desde luego más ética que la que le proponía el califa.

Llamó a Abu Said y le enseñó la carta de su hermano. El pobre se quedó helado al escuchar aquella petición. No reaccionaba. Instantes después se dirigió a Yusuf formulándole una petición, casi una súplica. Le pidió soldados para lanzar del trono de Fez al monstruo en que se había convertido su hermano.

Yusuf facilitó la expedición que proponía Abu Said. Le dio para ello a los esclavos que había tomado en el asedio de Gibraltar, también bastantes nobles granadinos se unieron a él de manera que un buen día embarcaron en Almería, con Abu Said al mando, una coalición de rebeldes de Fez y de aventureros granadinos. Pocos días después arribaron a Ceuta y los expedicionarios se apoderaron de la ciudad.

El califa pensaba que su hermano estaba ya debajo de tierra y se llevó un chasco tremendo. Pasó del alivio por estimar que había acabado con su hermano al miedo. Porque además, conforme pasaba la expedición por pueblos y ciudades africanas camino de Fez, el ejército se iba agrandando con rifeños que estaban de su rey hasta el moño y estimaban que Abu Said era la solución de sus males.

Los expedicionarios marchaban hacia Fez victoriosos y recibían a su paso las aclamaciones de las gentes del reino. Todos le llamaban su rey. Así continuó hasta Fez. Una vez allí se le abrieron las puertas de la ciudad y gentes del pueblo tomaron prisionero al califa llevándolo ante su hermano. Lo normal hubiera sido que acabara con él pero no tenía sangre para eso. Se conformó con enviarlo a la cárcel de por vida.

Una vez instalado en el trono Abu Said envió mensajeros a Yusuf agradeciéndole cuanto había hecho por él y ofreciéndole su amistad para siempre.

Manejarse bien en este entramado de intereses no era nada fácil. Todos los reyes

de Granada cuidaban mucho estos frentes: los cristianos por el norte, los benimerines en África y la corte granadina con sus intrigas. El que manejara bien las tres bandas tenía el éxito asegurado. Todos lo intentaban, unos con la fuerza de las armas, otros con la astucia y otros, como Yusuf, repartiendo favores y gestos de bondad por acá y por allá.

Ahora Yusuf, con el flanco sur asegurado, pues se preocupaba de dar un trato excelente a los caballeros cristianos a los que él había vencido y estaban retenidos en Granada. Retenidos pero tratados a cuerpo de rey. Tanto que cuando expiraban las fechas de las treguas, cuando los pastores retiraban sus ganados porque se olían batallas, cuando en la frontera se hacían notar los síntomas de que era inminente el inicio de nuevas hostilidades, Yusuf enviaba a sus caballeros cristianos para convencer en Castilla de que lo más productivo era seguir en paz. Así consiguió mantener en paz sus reinos más tiempo del que hubiera sido lógico. Sus armas fueron el buen hacer, la apertura del reino y la libertad. Todo un demócrata.

Y fiestas. Porque en Granada se celebraban torneos, justas y demás fanfarrias en las que salían al palenque caballeros moros y cristianos. Allí hacían sus festejos, algunos de los cuales se parecían a nuestras corridas de toros. En otros casos se trataba de satisfacer deudas de honor, retos y demás problemas caballerescos.

Hasta tal punto cultivaba esta diplomacia de puertas abiertas y de unir en vez de separar que más de una vez arregló pleitos entre caballeros cristianos.

¿Vemos un caso de esos? Ahí va.

Un escudero de Don Íñigo de Stúñiga mató a traición a Antonio Bonel, bastante amigo de Don Juan Rodríguez de Castañeda, señor de Fontidueña.

La pendencia subsiguiente fue de las gordas entre Stúñiga y Castañeda, se desafiaron a muerte pero no pudieron mantener el duelo en Castilla, entre otras cosas porque lo había prohibido la reina gobernadora que se había enterado del problema y pensaría, no sin razón, que bastante había con un muerto.

¿Qué hacer? Granada estaba a mano y allí no tenía jurisdicción la reina, así que hacia allí se encaminaron para acabar el uno con el otro, única manera que tenían nuestros antepasados de que uno de los dos estuviera contento.

Alguien debió pasar el aviso a nuestro Yusuf, con el ruego encarecido de que tratara de evitar un desastre mayor que el que ya había ocurrido. Muchas veces, no en duelos, claro, uno ha escuchado eso de:

> *—Ahí los llevas, hijo. A ver si puedes tú hacer algo por meter en cintura a este par de insensatos.*

Un hombre bueno como Yusuf caviló cuanto pudo, puso a trabajar sus neuronas, dio vía libre a lo que le pudiera dictar su probada experiencia y les dijo que se los

dejaran a él, que sabría arreglar el lío sin derramamiento de sangre.

Decía que Yusuf puso a trabajar sus neuronas que para eso estaban y concedió el permiso para que los litigantes vinieran a Granada. El desafío sería en la plaza de Bibarrambla, ante damas y caballeros, la nobleza y el pueblo.

Los imagino a los dos, cada uno por su lado haciendo el camino por los puertos de montaña, caminando entre castillos y torreones hacia su destino. Los dos pensaban que volverían triunfantes después de haber descabezado a su oponente. Como es natural vendrían fanfarroneando, diciendo a sus criados que ese a mí no me dura un empellón y mil sandeces por el estilo.

Por fin los dos caballeros entraron en Granada por la puerta de Elvira. Cada uno se había traído hasta su banda de música para amenizar la faena, así que entraron las dos comitivas con sus respectivos escuderos y vasallos mientras sonaban las trompetas y los añafiles como si esto fuera la procesión del *Corpus*.

El rey les había preparado a cada uno su hospedaje para que descansaran porque les esperaba un buen rato de esfuerzos inútiles.

Pues bien, ya descansados, cuando amaneció el día del duelo, ambos se levantaron, no creo que se ducharan por ser eso impropio del trance y de tales caballeros, se vistieron de punta en blanco, cerrad los ojos y os los imagináis, y se dirigieron al palenque que era, como he dicho, la plaza de Bibarrambla, donde encontraron sentados bajo un dosel a los jueces, que desde ya voy a decirlo, eran moros y estaban comprados. Yusuf lo preparó todo, hasta las reacciones que debía tener el público asistente y se quedó en la Alhambra esperando acontecimientos.

Los dos caballeros se colocaron en el palenque, hicieron sus estiramientos musculares, rascaron sus carnes debajo de las corazas en señal de nerviosismo, miraron de reojo a tirios y troyanos hasta que por fin sonaron las trompetas para que se acometieran tan ferozmente como fueran capaces.

Los caballos salieron disparados el uno contra el otro. Los caballeros, con las viseras caladas, aguantaban firmemente contra el peto sus lanzas hasta que por fin chocaron violentamente haciendo añicos las lanzas y poco más. Ya se sabe que estos primeros encuentros suelen ser de tanteo y los contendientes, bastante atolondrados aún, no suelen hacerse más que algún rasguño y punto.

Ellos mismos y los asistentes que no estaban avisados pensaron que ahora venía lo bueno porque les tocaba batirse cuerpo a cuerpo y con espadas de esas tremendas. En estas estaban, tragando saliva entre otras cosas, cuando comenzaron a sonar los atabales y lelilíes suspendiendo el duelo.

—*¿Qué ocurre?* —se preguntaron los contendientes.
—*¿Qué ocurre?* —se preguntaba el público asistente.

Entonces una parte del público comenzó a vitorear a los dos caballeros, como que ambos hubieran vencido en el combate. Un momento después, con el público más aplacado, los jueces dictaminaron que los dos habían demostrado que eran excelentes caballeros, que habían dado pruebas inequívocas de ser auténticos campeones y que fueran todos a la Alhambra que allí les esperaba Yusuf para reafirmar el veredicto y celebrar el evento.

Yo creo que tanto Stúñiga como Castañeda por un momento dudarían en su interior de la veracidad del veredicto, pero por un momento solo. Porque ¿quién se resiste a los halagos de todo el público del palenque y a los dictámenes de unos jueces y de un rey? Camino de Granada fanfarroneaban diciendo que ganarían el combate y eso había ocurrido. ¿Qué podrían hacer si no dejarse llevar por la corriente?

Pues subieron a la Alhambra, recibieron abrazos y parabienes de Yusuf, asistieron a zambras, a saraos, pero sobre todo bebieron y bebieron. Bueno. Ya hemos contado antes que los musulmanes españoles de vez en cuando empinaban el codo más de la cuenta, eso sí, disimuladamente. Así que en estos convites nazaríes al principio bebían naranjadas, limonadas y otras zarandajas por el estilo, enfriadas con nieve de los neveros de Sierra Nevada. Luego, cuando la euforia iba subiendo de tono, pues alguien alargaba un *chupito* de buen vino de Málaga, después otro y otro, después lo escanciaban en jarrones nazaríes, consiguiendo, entre el vino y los buenos oficios de Yusuf, que los litigantes se besaran, se abrazaran, se quedaran unos días en Granada y salieran para Castilla más amigos que el mundo.

Evidentemente esto dejó pasmados a los castellanos, con menos fantasía que los de acá del sur y también a los europeos. Porque Doña Catalina de Lancaster, la reina gobernadora, cuando sentía la morriña propia de su tierra, escribía sus cartas y en una de ellas refería este asunto. Las gentes del norte, acostumbradas desde antiguo a que nadie les parara en un duelo hasta ver a alguno descabezado, concluyeron que Yusuf era un mago de la conciliación de enemigos. Mejor así. Se había creado el ambiente, menos mal, de dejar a un lado las armas y dedicarse a menesteres más gratificantes. Los campos se podían labrar sin miedo a expediciones de esas tremendas, las familias podían tener sus casitas en el campo con jardines que les dieran la paz que tanto anhelaban. Un oasis temporal de paz gracias al buen hacer de Yusuf. Y si alguna pendencia surgía, pues se arreglaba.

Sigamos. De esta época es una historia preciosa, escrita en primer lugar por Jorge Montemayor en su obra titulada *Diana*. Luego es referida por Cervantes en el capítulo v del *Quijote*. Tiene también su novela, cuyo título es *El abencerraje y la hermosa Jarifa*. Pues después de un buen repaso a estas lecturas he decidido resumirla, contárosla a mi manera y titularla de otro modo. La voy a llamar *El enamorado de Álora*.

Dejamos hace un tiempo Antequera conquistada por el infante Don Fernando. Al mando de ella y su comarca, como alcaide, dejó a un gran hombre llamado Don Rodrigo de Narváez, una persona muy querida por el infante, de su confianza, trabajador y valiente. De él dice el gran cronista Pulgar lo siguiente:

> *¿Quién fue visto ser más industrioso ni más acepto en los actos de guerra que Rodrigo de Narváez, caballero fijodalgo, a quien por notables hazañas que en la guerra fizo le fue cometida la ciudad de Antequera, en la guarda de la cual y en los vencimientos que fizo a los moros ganó tanta honra y estimación de buen caballero, que ninguno en sus tiempos la ovo mayor en aquellas fronteras?*

Mandar una plaza con frontera tenía entonces sus pelendengues. Pero Don Rodrigo era un hombre que hacía las cosas bien. Estaba atento a todo. Conocía que Yusuf no deseaba la guerra pero por si las moscas organizaba sus patrullas para que nada se moviera en sus dominios. Durante su mandato tuvo Antequera a salvo de las patrullas moras. Cada poco salía personalmente con soldados escogidos para explorar los lugares más peligrosos y evitar posibles ataques de los granadinos.

Una noche andaba Don Rodrigo de ronda con nueve caballeros y pensó dar un descanso a caballos y jinetes. En un claro del bosque camino de la frontera de Álora hicieron un alto en el camino, dejaron pastar a los caballos mientras ellos contemplaban una noche espléndida de primavera en el incomparable Valle del Guadalhorce.

La luna jugaba con las sombras y se reflejaba en un río de plata. Olía a madreselva y a flores frescas. El silencio era absoluto, casi misterioso. Los hombres de Narváez estaban recostados en la hierba, sobrecogidos por aquel espectáculo, cuando escucharon que un jinete se acercaba en dirección a ellos.

Sus sentidos despertaron rápidos como el rayo. Alguna aventura se les presentaba en la que habría que demostrar su valor. En un santiamén ensillaron sus caballos, saltaron sobre ellos y se dividieron en dos grupos. Luego se colocaron en lugares adecuados para esperar al jinete. La adarga la tenían en el pecho y su lanza en ristre.

El silencio se hacía cada vez más espeso mientras se percibía el trote del caballo que se acercaba. Escucharon más atentamente y comprobaron que el jinete venía cantando un romance árabe de amores. Todo el resto del valle era silencio. Solamente se percibía la luz tenue de una luna preciosa, se olía el perfume de las flores y la brisa que acariciaba las hojas de los árboles movía también las pesadas crines de sus caballos. Cada vez se escuchaba mejor al jinete. Unos instantes más y entendieron su romance. Decía así:

Allí vivo donde muero.
Estoy do está mi cuidado.
De Álora soy frontero
y en Coín enamorado.

Dejémosle cantando su romance y paremos unos minutos la historia. ¿Quién era el jinete que así cantaba a su amada?

Cuentan los viejos cronistas cristianos que el jinete era un gentil y apuesto mancebo de veintidós o veintitrés años, del linaje distinguido de los Abencerrajes de Granada y se llamaba Abindarráez.

Por las luchas entre familias nobles había tenido que salir desterrado de su ciudad y se había criado con el alcaide de Cártama en compañía de la hija de este, una bellísima doncella llamada Jarifa.

Los dos jóvenes se enamoraron locamente y vivieron una corta y preciosa etapa de sus vidas hasta que el rey de Granada envió al padre de Jarifa de alcaide a Coín, llevándose consigo a su hija mientras que Abindarráez se debió quedar en la primera fortaleza, sirviendo como soldado de frontera en las tierras de Álora.

Los jóvenes enamorados no soportaban vivir el uno sin el otro. Sus vidas así no tenían sentido y los dos se pusieron de acuerdo para fugarse, celebrar en secreto sus bodas y posteriormente pedir al padre de Jarifa su perdón y benevolencia.

Y en eso quedaron. Mensajeros, vendedores y truchimanes iban y venían de Álora a Coín y de allí a Cártama con mensajes de Abindarráez para Jarifa y de la enamorada para su doncel. Él preparaba su fuga y ella esperaba suspirando y cantando romances de amor.

Una vieja muñidora, que estaba al tanto de los planes de Jarifa, soñaba que era también joven y añorando sus recuerdos se convertía en cómplice de ambos. Ella nos contó lo que sentía la niña enamorada. Mirad lo que nos dejó escrito:

Con estas y otras congojas
de llorar no descansaba
y otras veces de tristeza
en su estrado se arrojaba.
Y otras veces se ponía
de pechos en la ventana.
Y de esta en aquella almena
el campo en torno miraba.
No le da miedo estar sola
ni las sombras le espantaban,
ni los nocturnos bramidos

que suenan en las montañas.

Una noche en que sabía Abindarráez que el alcaide estaría ausente de Coín para visitar a Yusuf, ambos prepararon la huida.

Sigamos con la historia, que he dejado al jinete cantando su romance mientras era acechado por Narváez y sus soldados.

Cinco de los cristianos que estaban en el grupo más cercano se quedaron inmóviles hasta que tuvieron cerca el caballo. Entonces dieron un grito:

—*¡Santiago!*

Y se abalanzaron sobre él. Pero no pudieron apresar a Abindarráez. La lanza del joven hizo que el primer caballero cristiano cayera a tierra, lo que aprovechó para picar espuelas y huir sacando a los asaltantes una buena delantera.

Los cinco burlados hicieron sonar la trompeta para advertir a sus compañeros de que el jinete había escapado. Entonces Narváez salió con los restantes caballeros al encuentro de Abindarráez, consiguió detenerle gracias a que había herido a su caballo y le forzó a rendirse a sus captores.

El moro, al verse prisionero, arrojó su lanza con gesto de tristeza y se echó a llorar desconsoladamente.

Narváez y sus caballeros miraron atentamente al moro. Era un joven muy bien vestido. Se le notaba distinción. Llevaba una marlota de seda preciosamente bordada, toca tunecina y bonete de grana. Luego examinaron sus armas. Eran una lanza y una adarga labrada, como las que llevaban los nobles en Granada. Narváez le preguntó:

—*¿Quién eres?*

El chico parecía ser un elegante aventurero perfectamente vestido. Con la cabeza baja contestó al alcaide de Antequera:

—*Soy hijo del alcaide de Ronda.*
—*¿De qué tribu eres?* —volvió a preguntar Don Rodrigo.
—*¡Abencerraje!* —contestó Abindarráez con gesto de rabia contenida.
—*¿A dónde ibas a estas horas por el bosque?*

El joven quedó mudo por unos momentos y luego volvió a llorar desconsoladamente. Narváez sintió rabia de verle llorar y le espetó de nuevo:

—Esas lágrimas desmienten lo que estás diciendo. Ningún Abencerraje es tan cobarde ni tan pusilánime como para sentirse abatido por este infortunio. Tú estás llorando como si fueras una mujer aunque tengas apariencia de soldado.

Abindarráez tragó sus lágrimas, volvió la cabeza a Narváez y le contestó:

—No me da miedo el cautiverio ni la muerte. Mi mala suerte me ha herido más profundamente aún.

Narváez, extrañado, le preguntó:

—¿Pues qué temes que sea para ti peor que el cautiverio o la muerte? Cuéntame lo que te ocurre y cuáles son tus pesares. Yo soy el alcaide Rodrigo de Narváez y si está a mi alcance te ayudaré.

Abindarráez dio un suspiro de alivio al conocer que estaba en manos de uno de los caballeros más valientes de Castilla. Guardó silencio unos momentos en los que trató de serenarse y por fin continuó diciendo:

—Hace años que es señora de mi libertad Jarifa, hija de un enemigo de mi linaje y alcaide del castillo de Coín, aquí cercano.

Por ella he teñido mi lanza en la sangre de tus cristianos y ojalá hubiera podido conquistar un imperio para llamarla mi reina y señora.

Mi fiel amiga me esperaba esta noche en los jardines del castillo para huir conmigo y celebrar secretamente nuestras bodas. Jarifa me esperará toda la noche en vano sin que resuenen en su jardín los cascos de mi caballo. ¡Dime ahora si tal desventura no merece mis lágrimas!

Narváez se sintió profundamente conmovido por las palabras del Abencerraje. Recordaba su juventud todavía cercana y se estaba poniendo en el lugar del joven. Entonces, sin pensar dos veces lo que iba a decidir, dijo a Abindarráez:

—¿Juras como caballero volver a poder mío si te doy libertad para que desengañes a tu mora contándole tu desgracia?

—¡Lo juro! —contestó sin titubear el joven jinete.

—Pues toma tu caballo y tu lanza y ve a Coín a contar a tu amada lo ocurrido para que no te espere en vano. Mañana has de estar conmigo de

vuelta en Antequera.

Abindarráez no podía imaginar siquiera que iba a tener esa suerte. Tomó su caballo y en un soplo se encontraba en los jardines del castillo de Coín ante su amada que impaciente le esperaba. Entre caricias y suspiros pudo el Abencerraje contar a su amada cuanto le había ocurrido y que estaba obligado por un juramento a volver a Antequera.

Jarifa no esperó que terminara. Entró de nuevo en su casa, sacó sus joyas y sus mejores vestidos, se colocó en la delantera del caballo y abrazada por su amante huyó del hogar de su padre camino de Antequera.

Tras un día largo de camino ambos entraron en Antequera e inmediatamente acudieron a la presencia de Don Rodrigo de Narváez, a cuyos pies se arrojaron llorando. Jarifa le entregó sus alhajas por si le valían como precio de su rescate.

Narváez estaba muy emocionado. En su interior esperaba que volviera Abindarráez porque le pareció ser un noble de los que cumplen su palabra pero lo que estaba viendo era demasiado. Agarró la mano de ambos, los levantó del suelo y les dijo con una alegría que sentía él también:

—Sois libres. Que esos presentes adornen las sienes de la desposada y que añada a ellas las que yo les regalo ahora mismo.

Dicho esto alargó la mano a sus joyeros y entregó a ambos joyas y dinero para que pudieran rehacer sus vidas. Mandó a continuación que acudieran todos los caballeros y damas de Antequera para rendir homenaje a los dos amantes cumplidores de su palabra y fieles en el amor. Luego Narváez escribió al padre de la novia pidiendo que la perdonase y mandó que una escolta los acompañara hasta las puertas de Ronda.

Una bella historia de la que escribieron los poetas moros y cristianos en Granada y en Castilla para celebrar unos hechos tan románticos protagonizados por moros enamorados y por cristianos comprensivos con ese amor.

Corría el año 1417. Si las treguas expiraban no había demasiado problema para ratificarlas. Yusuf había imitado a sus antepasados más gloriosos, a Alhamar, a Muhammad V, a tantos. Había sido un excelente político, un gran caballero y un padre para su pueblo. Un día, estando tranquilamente en sus palacios, sufrió un ataque de apoplejía y cayó fulminante al suelo, muerto sin remedio.

Nada pudieron hacer por él los médicos. Solo llorarle y reconocer allí mismo a su hijo Muley Muhammad como su sucesor.

CAPÍTULO XXI

MUHAMMAD VIII, EL PEQUEÑO, DECIMOCUARTO REY.

A partir de la muerte de Yusuf III o más bien a partir de la conquista de Antequera por el infante Don Fernando, el reino de Granada entra en un proceso de descomposición que no acabaría hasta la conquista de 1492. Desde el año 1415 se producirán conflictos uno tras otro, rivalidades entre nobles, entre familias que van a extenuar el reino. Los Venegas y los Abencerrajes protagonizarán enfrentamientos de leyenda. Veremos guerras intestinas, matanzas, hechos heroicos y actos miserables hasta el momento mismo de la conquista. La división interna será tan profunda que todo augura un trágico final para nuestros nazaríes.

Muchas veces cambió Granada de rey a partir de la muerte de Yusuf III. Casi todos repiten una, dos, tres veces y hasta cuatro. Ninguno se iba del todo. Volvían, recuperaban el trono, les volvían a echar, así hasta la extenuación. Eso sí, todos con su motecito.

Ya veis que entonces también ponían motes. Nada se ha inventado. Quién sabe por qué les llamarían con esos apodos castellanos. Les llamaban el *Chiquito*, el *Izquierdo*, el *Pequeño*, el *Cojo*. ¡Ah! ¡Ya me lo imagino! Os cuento. Mi amiga Elisa López, natural de Alcañices, Zamora, puso en verso los motes de las gentes de su pueblo. Un verso largo, no creáis. A uno de los apodados le llamaban *Orray*. Cuando le pregunté el origen del mote me contó que el aludido había emigrado a los Estados Unidos y volvió soltando a diestro y siniestro la muletilla *All right*. Se quedó con *Orray* para él, sus hijos, nietos y biznietos. Así que es probable que los reyes de Granada hicieran sus viajes a Castilla y volvieran con muletillas por el estilo, que sus paisanos castigaron con la misma decisión con que los de Alcañices flagelaron a su convecino con el mote de *Orray*.

Sus nombres son complicadísimos y bastante largos. Encima ellos mismos se ponían su *laqab*, que era algo así como un nombre honorífico y que si no les gustaba lo cambiaban por otro. ¿Qué puede hacer ante esto un aficionado como yo? Pues darles el nombre por el que son conocidos por los castellanos.

Digamos una palabra sobre las familias de Granada, unas nobles y otras no tanto. Es necesario hacerlo para situar los hechos que se van a producir a continuación.

Las tribus que se establecieron en al-Andalus desde el tiempo de la conquista tenían muy acentuado el orgullo de su ascendencia. Las genealogías se conservaron siempre vivas en Granada. Igual ocurrió con los que vinieron desde África. Fue como un legado que se transmitió de padres a hijos hasta la conquista por los Reyes Católicos y aún después.

Hagamos una división sencilla entre familias nobles y tribus de ascendencia

africana, menos nobles y con un perfil más de guerreros.

Los Nazaritas. Eran una tribu de ascendencia real, de los Aben Chareg, cuyos hijos fueron amigos y auxiliares del Profeta. De ellos es el linaje de los reyes de Granada.

Los Abencerrajes se decían también descendientes de la misma estirpe. Por tanto eran parientes de los Nazaritas. Tuvieron un importante papel en Córdoba, mientras duró el califato y luego en Granada.

Los Aben-Hudes o *Alnayares* son otra extirpe noble en la España musulmana y de Granada. Descendían de Aben Hud, rey de Aragón. De su estirpe fue ese rey coronado en la Alpujarra inmediatamente antes de Aben Alhamar. A final de la dinastía nazarí va a aparecer otro miembro de esa familia llamado Cid Hiaya que entrega a los cristianos Guadix y Baza, se bautiza y ha llegado a nosotros con el apellido Granada. Eran rivales de los Nazaritas.

Los Meruanes y *los Aben Humeyas* eran otras tribus nobles asentadas en España desde siempre y que perviven en Granada hasta el final.

Entre los menos nobles o nobles de segundo rango aunque igual de influyentes que los anteriores, hablemos de *los Zegríes*, aragoneses refugiados en Granada, probablemente descendientes de los Ziríes. Estos eran más guerreros que cortesanos. *Los Gomeres*, procedentes de las montañas de Vélez de la Gomera. *Los Zenetes*, procedentes de las tierras de la actual Argelia. *Los Gazules*, de la antigua Getulia. *Los Zahanegas*, del sur de Marruecos, *los Almoradíes* y otros.

Es un error de bulto considerar que *los Zegríes* eran enemigos acérrimos de *los Abencerrajes*. *Los Zegríes* nunca fueron un partido ni una facción en el reino de Granada ni se enfrentaron, que yo sepa, a *los Abencerrajes*. Como los demás señalados en este segundo apartado fueron soldados africanos de frontera al servicio de los sultanes nazaríes. Nunca una partida de nobles arribistas y alborotadores.

Los Abencerrajes fueron enemigos acérrimos de *los Venegas*. Pero estos últimos no eran una tribu o una nobleza árabe sino los descendientes de un castellano que fue tomado cautivo de niño, se convirtió a la religión musulmana y fue un hombre principal en Granada. Sus descendientes se organizaron como grupo de poder y ya os contaré más adelante sus andanzas.

Antes de seguir adelante en la historia hablemos brevemente de dos palacios de Granada, casi tan impresionantes como la Alhambra y hoy desaparecidos. Me refiero al Palacio de *Dar al-‘Arusa* o *Casa de la Novia* y el *Palacio de los Alixares*.

No he podido fijar con seguridad la fecha de su construcción ni a qué rey se deben pero antes de seguir adelante voy a hablar brevemente de ellos para tratar de completar la fisonomía de Granada.

Del Palacio conocido como *La Casa de la Novia* dice Luis de Mármol Carvajal, un granadino nacido en los primeros años del siglo XVI.

Tenían asímesmo otro palacio de recreación encima del Generalife, yendo siempre por el cerro arriba, que llaman Darlaroca, que quiere decir Palacio de la Novia. El cual nos dijeron que era uno de los deleitosos lugares que había en aquel tiempo en Granada, porque se extiende largamente la vista a todas partes y agora está derribado, que solamente se ven los cimientos.

Disponía este palacio de patio principal, dormitorios y otras dependencias, su fuentecilla central y unos adornos maravillosos con preciosos alicatados. Debía tener un perímetro muy extenso, con jardines y huertos. Para llevar agua a ese palacio, mantener sus fuentes, surtidores y llenar sus albercas, se hicieron complicadas obras de ingeniería hidráulica, con una noria que hacía subir el agua desde una profundidad de sesenta metros. Esta noria es la obra hidráulica más importante que hicieron los moros en Granada. Este palacio debía ser un segundo Generalife.

Mármol describe el segundo palacio, el conocido como de los *Alixares*.

A las espaldas de este cerro, que comúnmente llaman cerro del Sol o de Santa Elena, se ven las reliquias de otro rico palacio, que llaman los Alijares, cuya labor es de la propia suerte que la de la sala de la torre de Comares y alrededor del había grandes estanques de agua y muy hermosos jardines, verjeles y huertas. Lo cual todo al presente está destruido.

Este palacio estaba situado aproximadamente en el lugar que hoy ocupa el hotel del mismo nombre. En las excavaciones que se hicieron en el año 1891 encontraron una alberca y gran parte de las ruinas del edificio. Muros de mampostería, escaleras, fragmentos de columnas, azulejos policromados, restos de decoración de estuco, arcos, paredes y cúpulas que, como dice Mármol, recuerdan la torre de Comares. Este palacio lo mandó construir Muhammad V ¡Qué pena que no exista! Sigamos con la historia.

Muhammad VIII, *el Pequeño*, decimocuarto rey.

Era un martes día 9 de noviembre de 1417 cuando murió Yusuf III. Su hijo primogénito, un niño aún, se convirtió en rey de Granada. Tenía ocho años, edad de jugar en las explanadas de la Alhambra. Del gobierno de la ciudad y del reino se iba a encargar el visir de su padre, un hombre ambicioso, muy poderoso, al que los cristianos llamaron el alcaide Alamín.

El primer reinado de *el Pequeño* fue muy breve. Duró catorce meses en los que como es natural estuvo tutelado. Enseguida se produjo un levantamiento que lo derrocó a favor Muhammad IX, apodado *el Izquierdo*.

El asunto era delicado. Tratemos de simplificar lo ocurrido a ver si hacemos comprender estos tiempos terribles.

Muhammad VIII era hijo de Yusuf III, nieto de Yusuf II y biznieto de Muhammad V. El padre debía tener ya unos añitos cuando nació su hijo y le habían salido algunas escamas. Resulta que como comprendía que la sucesión de su hijo no era fácil, maquinó lo suyo para que pudiera el chaval acceder al trono y si era posible mantenerse. Por una parte encargó al alcaide Alamín que velara por su hijo hasta alcanzar la mayoría de edad. Alamín era bastante ambicioso y debió quedar encantado con el encargo. Así mandaba él y no los Abencerrajes, una familia rival que mangoneaba todo y más en Granada. El rey había mirado a su alrededor para ver quién podría oponerse a su hijo y digo si lo encontró. Su primo hermano Muhammad, hijo de Nazar y nieto de Muhammad V, al que todos conocían como *el Izquierdo*, seguro que iba a intentar destronar a su hijo y hacerse con el trono. ¿Qué hacer? Pensó y enseguida encontró la solución. ¡Su primo, prisionero al castillo de Salobreña! A Yusuf, con los años le habían salido espolones. Siempre fue un moderado, un hombre pacífico, poco dado a venganzas y otras crueldades por el estilo pero, amigo mío, un hijo es un hijo, así que al morir lo dejó todo atado y bien atado. Su hijo *el Pequeño*, sería rey de Granada. Le guardaría el alcaide Alamín. Su primo y rival, a disfrutar del mar en Salobreña, a masticar cañadú y si era capaz a componer poemas como hizo él en aquel precioso lugar.

Los Abencerrajes hubieran estado encantados con *el Pequeño* siempre que los dejara mandar, que era lo suyo. Al que no podían soportar era al alcaide Alamín. Con lo revoltosos que eran tardaron cuatro telediarios en ponerse de parte de el Izquierdo y organizar una conjura, que para eso se las pintaban solos. Dos de los principales Abencerrajes eran militares de postín, marcharon para Salobreña, liberaron al *Izquierdo* y le proclamaron sultán de Granada.

Pero se llevaron un gran chasco. El pueblo de Granada no aceptó así, sin más ni más el nombramiento y les cerraron las puertas de la ciudad. ¡Vaya lío!

Pero los Abencerrajes tenían recursos para todo. La solución estaba en los muftíes, que eran algo así como los sumos sacerdotes del Islam en Granada. Les visitaron y les convencieron de que el rey decente y bendecido por Alá debía ser su candidato. ¿Qué razones les dieron? ¿Razones teológicas? ¿Pasta? ¿Afilaron sus alfanjes ante ellos para inclinar sus dictámenes a favor de su candidato? El caso es que como consecuencia de la visita de los Abencerrajes y tras una sesuda reflexión, emitieron su dictamen. En su escrito dejaban claro el estado de la cuestión describiendo perfectamente la situación de ambos pretendientes. Luego aplicaron al caso la *sunna* y la tradición. A continuación se referían a los fundamentos de derecho sustentados por la doctrina malikí. Luego recordaron lo que decían para casos parecidos los místicos sufíes, el santón de Ohanes, el de Velefique y otros por el

estilo. Y por fin dictaminaron. Emitieron su *fatwá* reconociendo que Muhammad VIII, *el Pequeño*, no merecía ser rey. Su lugar lo debía ocupar evidentemente *el Izquierdo*.

Pues ya lo tenemos. Muhammad IX, al-Aysar, *el Izquierdo*, decimoquinto rey de Granada.

A partir de este momento comienza una etapa de derrocamientos, sublevaciones, asesinatos, de inestabilidad política. Una continua crisis política en Granada. Era marzo del año 1419 y este reinado iba a durar ocho años.

El primer nombramiento que produjo *el Izquierdo* fue el de visir. Y recayó en uno de los jefes Abencerrajes que habían organizado el asunto. Antes el alcaide Alamín fue ejecutado. Solo que no fue por orden de los terribles Abencerrajes como os estáis figurando sino por imposición de una señora llamada Zahr al-Riyad, esposa del *Izquierdo*.

Este rey no entró con buen pie en Granada. Un zurdo en la tradición musulmana era como un tuerto para nuestros ancestros supersticiosos. Estaban seguros de que *el Izquierdo traía mal ramo* para el reino. Y como casi siempre ocurre, los supersticiosos se acabaron saliendo con la suya.

Decía que las cosas cambiaron radicalmente en Granada. Se notaba en el ambiente. La alegría con que se vivía en tiempos de Yusuf III se cambió por mezquindad y tristeza. El rey no salía de su harem. No se ocupaba de otra cosa que de estar con sus múltiples esposas. De atender a los asuntos del reino, nada de nada. Se acabaron las justas, los torneos y las corridas de caballos que tanto alegraban a las gentes. Siempre vivía asustado, escondido en sus aposentos, a la defensiva, gastando sus tesoros en tener contentos a sus enemigos cristianos o musulmanes. Los únicos que salieron ganando fueron los Abencerrajes. Aparte de ellos medraban los insensatos. Os cuento algunas andanzas de estos personajes.

Había en Granada un personaje, especie de monje, desde luego un místico sufí, llamado Yusuf al-Mudayyan, que andaba haciendo propaganda de su secta por las mezquitas de la ciudad, de las que no tuvo más remedio que expulsarlo el visir. Pero fue ganando adeptos y se coló hasta en el mismo harem. Y como era un calenturiento decidió que lo adecuado era reunir a los musulmanes del norte y del sur del Mediterráneo y emprender una cruzada contra los malditos cristianos. A Muhammad le pareció una idea fenomenal así que le dio dinero para construir barcos y traérselos desde la otra orilla del mar.

El sufí, cuando se vio con dinero, olvidó lo de los barcos, se apoderó de algunos arrabales del Albaycín y sus partidarios lo proclamaron rey. Entre Muhammad y sus Abencerrajes acabaron expeditivamente con el sufí y con sus partidarios.

Todos estos líos y este desgobierno influyeron bastante en el discurrir de las cosas en Granada. Las sublevaciones internas se correspondían con la falta de autoridad en

las fronteras del reino. Y encima, por pagar cantidades enormes de dinero a Castilla, las arcas andaban peor que regular. En el año 1425 fue necesario devaluar la moneda. Ya se sabe que *cuando no hay harina todo es mohina*.

Todo esto unido provocaba descontento y alentaba a los partidarios del *Pequeño*.

Después de estar ocho años como dueño de Granada y su reino, se produce una conjura. Las turbas de los sediciosos entraron en los recintos de la Alhambra gritando vivas al rey Muhammad VIII. Buscaban al *Izquierdo* por todas las habitaciones, especialmente por el harem y no consiguieron encontrarle. Tuvo una gran suerte. Algunos negros que le eran leales defendieron una estancia y eso dio tiempo al *Izquierdo* para escalar la tapia de un jardín y escapar. Una vez fuera del palacio se disfrazó de aldeano y se fue a la costa. Luego se fingió pescador y marchó a Túnez cerca de su amigo el sultán.

Muhammad VIII, *el Pequeño*, accede por segunda vez al trono de Granada.

Es el mes de enero de 1427 cuando *el Pequeño* recobra el trono que, al menos en apariencia, le pertenecía. Cambió su nombre honorífico y renovó su gabinete de hombres de confianza. A partir de ahora le rodearían sus partidarios, entre los que estaban sus primos hermanos Yusuf y Sa'd, ambos nietos de Yusuf II.

Este rey era de otra pasta. *El Izquierdo* era siniestro, introvertido, encerrado en su harem y dedicado al *chicoleo* más que al contacto con el pueblo.

El Pequeño, que sabía dónde tenía su punto fuerte y que los granadinos estaban bastante hartos de la manera de ser del *Izquierdo*, nada más ser proclamado rey organizó los *saraos* populares que tan bien se le daban y tanto gustaban en Granada. Inmediatamente se celebraron zambras con bailes, bulla y regocijo popular para que todo el mundo se divirtiera. También torneos en la plaza de Bibarrambla, justas ecuestres y demás festejos. El mismo rey, que montaba a caballo muy bien, se puso al frente de una de las cuadrillas y se lució jugando con su caballo entre los aplausos del pueblo.

Como ya tenía su experiencia, pues se dedicó a ganarse a sus nobles y cortesanos, a los que invitó a fiestas y banquetes en la Alhambra, les hizo regalos, les repartió adecuadamente cargos a fin de que se pusieran de su parte.

Hecho esto se empleó en renovar las treguas con Castilla que estaban a punto de expirar. Estas renovaciones solían depender de lo que interesara a los reyes castellanos. Si tenían problemas interiores solían renovarlas para no tener varios frentes abiertos. Si había paz interior y se sentían fuertes se lanzaban como posesos hacia el sur para reanudar sus planes de conquista. En esta ocasión Juan II aceptó encantado las propuestas de renovación que le hacía *el Pequeño*, pero a corto plazo.

Los Abencerrajes perdieron su poder, quedando marginados de cualquier atisbo de influencia. ¿Y se iban a quedar quietos?

Evidentemente que no fueron invitados a las fiestas que dio en sus palacios *el*

Pequeño. ¡Faltaba más! Se sentían marginados y si veían al rey montando sus caballos en Bibarrambla, pues se encendían de *cabreo*. Y si encima el pueblo le aplaudía a rabiar, pues se morían de envidia. Sus enemigos, que los tenían, se encargaban de hacerles más dura la vida, *chinchando* ahora que les salía barato hacerlo.

Yusuf, el caudillo de la nobilísima tribu de los Abencerrajes, sintió que Granada era para él un lugar donde se sentía atormentado. Sufrían agravios que terminaron por empujarles a tomar determinaciones tajantes.

El Pequeño acabó oliéndose algo y mandó que les detuvieran. Ocurre que cuando los soldados fueron a por ellos ya los pájaros habían volado. Porque los Abencerrajes no estaban dispuestos a sufrir por más tiempo los desprecios y un buen día desaparecieron de Granada. Eran más o menos treinta nobles principales de la tribu. Al frente de ellos iba Yusuf Al-Sarray. Se dirigieron hacia tierras de Lorca. La preciosa ciudad murciana era para ellos un buen lugar. El regidor se llamaba Lope Alonso y era intérprete de lengua árabe porque había vivido en Granada mucho tiempo. Era amigo de los Abencerrajes. Los treinta principales se presentaron ante las murallas de Lorca pidiendo la hospitalidad del regidor. Era el mes de noviembre de 1428.

El castellano les abrió las puertas, les preparó adecuados alojamientos y los animó a visitar al rey Juan II que estaba en Illescas. Seguro que les ayudaría a reponer en el trono al *Izquierdo* y a ellos en el mando en Granada. Y se presentaron en Illescas.

Estas embajadas granadinas a Castilla eran de lo más pintoresco. Tengo escritos basados en cronistas musulmanes y cristianos en los que describen estos acontecimientos y en verdad que eran algo extraordinario. Imaginad a los orgullosos caballeros granadinos vestidos con sus mejores galas, entrando en la corte castellana. Y el orgullo con que sus rivales cristianos los recibían. Los sentimientos entre los caballeros de uno y otro bando serían, seguro, de admiración y respeto. Enseguida fueron presentados ante el rey, a quien refirieron el objeto de su embajada y sus peticiones.

Juan II se mostró encantado de apoyar a alguna facción en Granada, lo que haría que se enfrentaran entre sí y provocaría su consiguiente debilidad interna. Les prometió ayuda y además interceder ante el rey de Túnez para que ayudase al *Izquierdo*.

Por orden del rey pasaron a Túnez dos caballeros, uno cristiano, Don Lope Alonso, de Lorca y Yusuf, el caudillo Abencerraje. Y en Túnez encontraron a los dos, al sultán y al rey destronado, encantados de hacer lo que le proponían los Abencerrajes, que además estaban alentados por el rey Don Juan.

El sultán Aben Farix proporcionó al *Izquierdo* y a los Abencerrajes dinero, armas y soldados para llevar a buen fin su propósito de reconquistar el trono de Granada. Y

como el apoyo de Don Juan le pareció estupendo, mandó embajadores a Castilla con espléndidos regalos de espadas, telas, joyas de diversa índole y algunos con leones domesticados, que en Castilla eso era una buena gollería.

Cuando tuvo sus soldados y sus armas, *el Izquierdo* embarcó en Orán, desembarcó en Vera y se puso en camino hacia Almería. La sorpresa del *Izquierdo* fue mayúscula. Las gentes de Vera le aclamaban como rey. Sentía una alegría inmensa e inesperada. Siguió camino de Almería entre aclamaciones de los pueblos del trayecto. Aquello era un paseo triunfal. Una vez en Almería fue reconocido como rey de las dos ciudades.

El Pequeño conoció enseguida los movimientos del *Izquierdo* y se sintió sumamente inquieto por el peligro que suponía aquel desembarco. Lo veía todo negro porque le habían hablado de que las gentes aclamaban a su rival como nuevo rey. Sin embargo intentó un movimiento desesperado. Llamó a su hermano Abu l-Hassan Ali y le envió con setecientos caballeros a detener el avance del *Izquierdo*.

La expedición no pudo tener peor inicio. En la primera jornada casi todos los caballeros desertaron y se pasaron al bando del *Izquierdo*.

Este se adelantó y se acercó a Guadix, ciudad que ocupó sin resistencia porque todos le aclamaban como rey. Es más, cada poco llegaban caballeros de Granada que venían huyendo del *Pequeño*. Le aseguraban que apenas apareciera la primera bandera el pueblo le iba a aclamar como rey.

El Pequeño se encerró en la Alhambra y poco después divisó los pendones de su enemigo en lo alto del Albaycín. Luego la marea se iba extendiendo y llegaron a tremolar las banderas del *Izquierdo* en algunas torres de su propia fortaleza. Las gentes de Granada aclamaban a su enemigo. Lo podía escuchar desde sus aposentos. Los mensajes le llegaban desde todas partes. Málaga, Ronda y Gibraltar también se habían declarado por el Izquierdo, que ya asediaba la ciudad palatina y le conminaba a rendirse.

El Pequeño se entregó a su peor enemigo. Contra lo que hubiera sido de esperar este no le mató. Le envió con su familia a un cautiverio familiar, dorado y cruel al par. El castillo de Salobreña era un lugar apartado, triste y precioso, anhelo y amargura de un nuevo rey destronado. Era la primavera de 1430.

CAPÍTULO XXII

SEGUNDO REINADO DEL IZQUIERDO.

Muhammad IX, *el Izquierdo*, iniciaba su segundo reinado que iba a ser corto, de apenas dos años, pero muy difícil.

El primer nombramiento fue para que los Abencerrajes recuperaran su posición, por más que esto supusiera enfrentarse a mucha gente en el reino.

Unos días después ya había llegado a Astudillo, donde se encontraba Don Juan, un grupo de seis granadinos partidarios del *Pequeño*. Habían huido del nuevo dueño de la Alhambra. Llevaban cartas del rey destronado explicándole cuanto acababa de suceder en Granada y cómo *el Pequeño* estaba prisionero en el castillo de Salobreña. Le pedían su ayuda para recuperar el poder.

Don Juan II estaba deseando avivar el fuego de la guerra civil en Granada y necesitaba para ello los dos bandos. No tenía predilección por uno de los dos monarcas. Deseaba que existiera una guerra entre los musulmanes. Por eso recibió muy bien a los enviados, les manifestó su pesar por la suerte del *Pequeño* y les prometió su ayuda.

En mayo del mismo año estaba Don Juan en Burgo de Osma y recibió una embajada de la facción contraria. La presidían los Abencerrajes y al frente de ellos el visir del Izquierdo conocido por los cristianos como Abdilvar. Le agradecía sus buenos oficios para con el rey de Túnez, le contaba cómo había recuperado el trono y le proponía una tregua.

Don Juan intentaba más que nada conseguir información fiable sobre la situación militar del reino nazarí. Tenía en su mente lanzar una campaña contra Granada, que esperaba fuera la definitiva.

El rey castellano, que estaba en esos días negociando con los otros dos reinos cristianos, le mandó esperar hasta tener ese lado asegurado y solo entonces convocó al visir para comunicarle su negativa a pactar nuevas treguas.

El Izquierdo se indignó con la actitud del monarca castellano y se negó a pagar lo que era una barbaridad.

Así las cosas, esto no lo arreglaba más que una guerra. Era el mes de agosto de 1430 cuando Juan II dio prioridad a los preparativos para una guerra total contra Granada. Y eso lo olían todos en España, moros y cristianos, ricos y pobres, soldados, campesinos, comerciantes pero sobre todo los pastores y los agricultores de las tierras de frontera. Las trompetas despertaron los viejos odios y los campeones iniciaron por su cuenta correrías en uno y otro bando. Volvía la guerra.

El Izquierdo estaba esperando ataques por ese frente y preparó un buen contingente de Abencerrajes a las órdenes de dos valientes caballeros. Su objetivo era

defenderse de ataques y si era posible recuperar Antequera. Pedro Narváez venía de vuelta a Antequera por las tierras de Riogordo y allí le esperaron emboscados los Abencerrajes.

Narváez se vio en un buen apuro pero se había prometido no volver nunca la espalda a los moros como hizo su padre. Sus peones huyeron y se encontró prácticamente solo pero se enfrentó a ellos con una furia tremenda. Los pocos hombres que le quedaban huyeron a pesar de lo cual Don Pedro seguía y seguía en la pelea hasta que algún alfanje lo partió en dos. Los moros se ensañaron en su cadáver y sus despojos se los llevaron colgados en los arzones de sus caballos. Fue una baja notabilísima en Castilla.

El mariscal Don Pedro García Herrera, señor de Jaén y otros tres o cuatro adalides tenían algo entre ceja y ceja. Cada vez que salían de correría y veían las banderas nazaríes ondeando en los muros del castillo de Jimena, se sublevaban en su interior, indignados por ver las enseñas de sus enemigos en el corazón de sus tierras. Estaban dispuestos a todo con tal de sacar a los moros de allí y quitar de sus comarcas lo que consideraban una ignominia.

Dicho y hecho. Reunieron a unos quinientos jinetes y salieron de Jaén en una noche de esas de perros. Ya cerca de Jimena dejaron los caballos al cuidado de sus escuderos y se acercaron sigilosamente al castillo. Desde abajo lanzaron una escala a la Torre del Homenaje y comenzaron trepar por la cuerda arriba.

Pero, claro, estos iban con armaduras y arreos que formaban todo el estrépito del mundo, con lo que despertaron a un vigía que puso alerta a la guarnición.

El alcaide moro debía ser un desatentado y despertó a cuenta de los gritos del vigía. Pero no olvidéis que estaba más oscuro que la boca de un lobo y encima la tormenta con sus truenos lo tenía confundido. ¿Dónde estaban los enemigos? ¿Qué sitio defender? Estaba hecho un verdadero lío. Sus ojos abiertos no acertaban a informarle de la verdadera situación del castillo ni si lo que oía eran disparos de espingarda o truenos retumbando en el valle.

Los cristianos aprovecharon la confusión para derribar las puertas del castillo y entrar a saco matando a cuantos moros se ponían delante. Tocaban sus trompetas para dar la impresión de que eran un ejército y así atemorizar a los moros más de lo que estaban.

Los soldados de la guarnición y los vecinos de Jimena estaban aterrados, sin valorar lo que se les había venido encima, por tanto con la certeza de que se habían desatado todos los demonios del infierno contra ellos. Los que tuvieron alguna lucidez se hicieron atrás, entregaron sus viviendas y el castillo a los cristianos y aquí paz y después gloria. El señor de Jaén y sus acompañantes tuvieron el detalle de dejar a los moros irse con las manos vacías para Granada mientras ellos se hacían ricos con las joyas, dinero y utensilios que pudieron recoger en Jimena. Y vuelta otra vez.

Os he contado hechos singulares ejecutados en un día. Los hacían unos caballeros más aventureros que otra cosa. No eran proyectos del reino ni oficial ni extraoficialmente. Pero los habrá. Ya lo veréis enseguida.

La situación del *Izquierdo* se complicaba cada día más. Sus opositores iban a aprovechar cualquier oportunidad para que volviera a Granada el Pequeño, que seguía en Salobreña. Castilla estaba preparando la guerra total contra él, lo que aumentaba el clima de descontento en Granada y las probabilidades de que los partidarios del *Pequeño* consiguieran su propósito. Para cortar de raíz esa amenaza tomó una decisión tajante. A estos no les temblaba el pulso así que allá por abril de 1431 mandó ejecutar en la misma prisión de Salobreña al *Pequeño* y a su hermano Abu l-Hasan ‘Alí. Y ocurrió como casi siempre. Estas decisiones tajantes se adoptan para arreglar de una vez el problema y acaban empeorándolo para siempre. De ahora en adelante, los Abencerrajes serán enemigos a muerte de los legitimistas que defendieron al *Pequeño*. La cosa no acabará así. Ya lo veréis.

¿Qué se les ocurrió hacer a los legitimistas? Pues buscar un sustituto, que será el Abenalmao de los cronistas castellanos, llamado en realidad Yusuf ben Muhammad ben al-Mawl. Este hombre ni siquiera pertenecía a la dinastía nazarí. Más adelante os voy a decir por qué lo eligieron a pesar de que tenían a mano a dos nietos de Yusuf II, uno llamado Yusuf y el otro Sa’d. Los dos serán reyes más adelante.

Hablemos de tres personajes claves en los acontecimientos que vamos a vivir. Uno es Abenalmao, pretendiente al trono y futuro rey de Granada. El segundo personaje es el famoso Reduán Venegas, conocido también por los cristianos como Gilayre. Este era un chico cristiano, fue tomado cautivo por los granadinos, educado como musulmán y llegó a ser un personaje importantísimo en Granada. Formó una especie de tribu llamada Los Venegas, que estos sí que se pegaron con los Abencerrajes. El tercer personaje es de Don Álvaro de Luna, mano derecha e izquierda de Don Juan II de Castilla.

Don Juan II tuvo cuando era niño un tutor a quien ya conocemos. El infante Don Fernando, ni más ni menos. Ahora, ya mayorcito, la vida le deparó un segundo tutor, al que la historia le llamará *valido*, más muñidor que Don Fernando, más inteligente, más político, menos militar y más tremendo que su predecesor en el puesto. Hablo del Condestable, del gran maestre de Santiago Don Álvaro de Luna.

Don Álvaro lo había conseguido casi todo en Castilla. Mandaba más que el rey porque Don Juan no era un hombre de esos que se impone, duro y con criterios fijos. Además le encantaba que lo dejaran en paz. Todo lo mangoneaba Don Álvaro.

En Castilla había facciones para todo. Una era la que formaban los cristianos viejos y otra los conversos, que dividía radicalmente la convivencia de la nación.

Los conversos iban los domingos a la iglesia y los sábados a la sinagoga. Pero aprovecharon para meterse en todas partes, ya sin el inconveniente de su distinta

religión. Había obispos judíos, canónigos, catedráticos de teología en Salamanca que eran en su interior judíos y no os cuento la cantidad de nobles, médicos, militares judíos. Los conversos lo llenaban todo. Los cristianos viejos estaban que trinaban por esta situación. A su bando se habían unido bastantes conversos, más duros con los suyos que los mismos cristianos viejos, que hacían todos los méritos que podían persiguiendo conversos para demostrar que ellos sí que eran *pata negra*.

Don Álvaro de Luna estaba de parte de los conversos, seguramente porque ahí estaba el dinero y el poder. Le costará muy caro. Le matarán los cristianos viejos animados por un obispo converso.

Don Álvaro lo tenía todo pero le faltaba una cosa. Su predecesor en el cargo, el infante Don Fernando, había ganado una batalla extraordinaria y conquistado una plaza de las principales del reino de Granada. Conquistó Antequera. Don Álvaro no había conquistado nada. Había demostrado su valía en asuntos de política pero era consciente que para conseguir la gloria era necesario que afrontara algo importante desde el punto de vista militar. Debía hacer algo sonado en la frontera.

¿Quién era Redúan Venegas, conocido por los cristianos como Gilayre, también como Pedro Venegas *el Tornadizo* y por los moros como Ridwán Bannigâs? Es otra historia digna de un cuento de época.

Pedro Venegas era un niño, hijo de Don Egas Venegas, señor de Luque. Cuando apenas tenía ocho años se produjo una incursión de moros en su pueblo y un caballero nazarí lo tomó cautivo y se lo llevó a Granada. El moro lo educó como si fuera su padre y le hizo olvidar el cristianismo. Lo formó en la religión musulmana y en las costumbres del reino nazarí. Estas enseñanzas impregnaron su ser.

Poco después, siendo apenas un adolescente, se enamoró locamente de una joven preciosa, misteriosa y única. Ambos vivían en un lugar encantado. En uno de los mejores barrios de Granada había un palacio que decían las gentes que estaba hechizado. Tenía larguísimos corredores que formaban como laberintos, jardines, maceteros, estanques, templetes, salones de estuco y de oro. En ese alcázar misterioso, rodeada de una muchedumbre de esclavas y dueñas, vivía una princesa más bella y encantada que el alcázar que le servía de mansión.

Las dueñas y las esclavas que la asistían le daban todos los gustos que la joven pudiera soñar pero tenían un encargo del que responderían con sus vidas. La joven era un tesoro al que debían guardar más que a sus vidas porque un astrólogo había anunciado a su padre que sería víctima de un caballero malvado, cruel y desesperado.

Esta princesa era descendiente de Aben Hud, aquel efímero rey de la Alpujarra. El abuelo materno de la chica era *el Bermejo,* aquel rey que fue asesinado en Sevilla por Don Pedro el Cruel. La joven se llamaba Cetimerien y vivía tan escondida que ningún hombre había conseguido contemplar su extremada belleza. Muchos nobles musulmanes, tanto granadinos como de los reinos de Túnez o Fez, habían venido a

Granada atraídos por su belleza, habían roto sus lanzas en la plaza de Bibarrambla sin conseguir de ella ni siquiera una mirada. Su hermosura la había guardado el destino para un joven venido de tierras extrañas. El joven Venegas, cautivo del padre de Cetimerien, adoptado por él como un hijo, tuvo la dicha de recibirla como esposa, ganando así por dos veces el título de hijo del noble caballero musulmán, dueño de aquel alcázar.

Pedro Venegas consiguió la felicidad en el cautiverio olvidando a sus padres, a su religión, a la tierra donde nació y a su linaje. Su familia adoptiva, descendientes de Aben Hud, eran los principales aliados del *Pequeño* y los enemigos declarados del *Izquierdo* y los Abencerrajes. *El Tornadizo* Venegas se puso del lado de la familia de su esposa.

Abenalmao era cuñado de Redúan Venegas. Estaba apoyado por esta familia.

Volvamos ahora a los hechos protagonizados por estos personajes.

Don Álvaro de Luna se sentía vacío de gloria si no conseguía una victoria militar contra los moros. Un hombre ambicioso como él tenía que cumplir ese sueño. Planteó al rey sus proyectos, pidió su licencia y se puso manos a la obra. El punto de encuentro sería Córdoba. Estaban llamados sus deudos, sus criados y todos los nobles castellanos. Entre estos y los fronteros reunió a cincuenta mil soldados de a pie y treinta mil caballeros. Salió hacia Alcalá la Real y puso a su ejército en orden de combate en la misma Vega.

La vanguardia la mandaba Don Juan Ramírez, comendador mayor de Calatrava y Don Alfonso de Córdoba, alcaide de los Donceles. Portaban unos estandartes nuevos, los petos de sus corazas relucían como recién bruñidos y mandaban a jóvenes cruzados de Calatrava a los que se habían añadido un puñado de hidalgos aventureros.

Las líneas del centro las mandaba el propio condestable. Le acompañaban caballeros ataviados con armaduras nuevas de hierro y adargas labradas por expertos artesanos.

La retaguardia estaba al mando del mariscal Don Diego Fernández de Córdoba. Llevaba compañías de veteranos cubiertos de cicatrices y que se habían curtido en bastantes batallas. Sus armaduras eran sencillas, estaban abolladas y sus lanzas oxidadas por años de lluvia y de ajetreo en los campos de batalla. Se burlaban de lo emperifollados que iban sus socios, vestidos con sedas, bordados y galas tan bellas para lucirlas en palenques como inútiles para las batallas. Así entraron en los campos cercanos a Íllora.

Los moros de Íllora se asomaron a las torres y aljimeces de sus murallas mientras los cristianos arrasaban los cortijos, chozas, mieses y olivares que rodeaban el pueblo. Los batidores del ejército cristiano se asomaron a las cumbres de la sierra de Parapanda y quedaron boquiabiertos al contemplar el espectáculo que se ofrecía a su

vista. A lo lejos, como fondo, el dosel impresionante de una sierra nevada, blanca, inaccesible, cercana y lejana al par, única. Debajo de ellos la Vega, un vergel, un paraíso de árboles, mieses, cortijos, caserías, riquezas en fin al alcance de sus manos codiciosas. Entre la Vega y las montañas nevadas, metida entre dos ríos, a caballo entre colinas, adornada con palacios bellísimos que se intuían en el horizonte estaba Granada. El sueño de todos, por lo que suspiraban los cristianos de España y del mundo, estaba allí, al alcance de sus manos y de sus sueños de riquezas y de gloria.

Era una tentación bajar al llano y seguir hacia Granada pero Don Álvaro sabía que si extendía sus líneas se exponía a los ataques de la caballería granadina. Continuó adelante cautelosamente y se detuvo en los alrededores del Chaparral.

Los campos estaban desiertos. Los pastores y los aldeanos se habían metido en Granada huyendo de unos soldados que les traerían el cautiverio y la muerte. Los soldados entraban a saco en las casas vacías de los habitantes de esos lugares sin encontrar oposición ni respuesta.

Los cristianos estaban bastante extrañados por la inactividad de los granadinos. Nunca habían dado la espalda a una pelea, eran valientes, sabían lo que hacían y sin embargo permanecían encerrados en la ciudad mirando a sus agresores.

Unos mil caballeros llegaron a las huertas cercanas a Granada y arrasaron algunos cortijos y cármenes de Aynadamar sin que recibieran respuesta. Volvieron a ponerse en movimiento hacia las orillas del Genil llevando allí la destrucción. Luego pasaron al Soto de Roma actuando de la misma manera. No recibían respuesta.

Don Álvaro quería provocar al *Izquierdo* y le envió un cartel de desafío diciendo que le esperaba en el campo con algunos caballeros de Castilla para batirse con él y sus nobles musulmanes. Ninguna respuesta de Granada.

En vista de ello el ejército cristiano marchó para Escúzar y desde allí a Tayara, hoy llamado Torres, un caserío de Huétor Tájar, donde había un formidable castillo mandado por un alcaide valiente.

Tayara era una de las plazas fuertes del cinturón defensivo del reino. Sus defensas eran formidables y su alcaide uno de los más valientes y astutos de entre los nazaríes.

El condestable conminó al alcaide a rendir la plaza y entregársela sin dilación ni excusas. Los defensores se asomaron a las murallas e hicieron a Don Álvaro un corte de mangas de esos radicales. Desde las posiciones del condestable se podían escuchar las risas guasonas y desafiantes de los moros de Tayara.

A esa actitud respondió Don Álvaro acuchillando a los vecinos que había encontrado fuera de las murallas. Acto seguido mandó avanzar a sus hombres para escalar los muros y conquistar el pueblo. Y allí se armó la mundial. Una tremenda lluvia de flechas salió desde las barbacanas y saeteras del castillo hacia los asaltantes, muchos de los cuales fueron atravesados por ellas y otros salieron disparados como flechas pero en dirección contraria hasta alcanzar una distancia de respeto.

El condestable, que era un hombre soberbio, se resistía a ser burlado por las gentes de un castillo de nada. Se le ocurrió enviar un cartel de desafío al alcaide conminándole a salir para ventilar en campo libre las diferencias que existían entre ambos.

El alcaide, que no era un memo, contestó al condestable que lo esperara sentado. En cualquier caso, respondió el moro también orgulloso, ya se verían las caras en Castilla, a donde irían a atacar con las fuerzas moras el día menos pensado.

Don Álvaro salió de allí por el Genil abajo con la lanza entre las piernas e hizo desahogar su cabreo talando las huertas de Loja y quemando cuanto pudo. Luego se dirigió a Antequera buscando tierra amiga a la vista de lo poco lucida de su expedición. Quería dar un descanso a sus hombres para volver a la carga por tierras de Málaga pero los soldados se le insubordinaron y a pesar de que mató a unos cuantos para dar un escarmiento, el hombre se puso algo malucho y se marchó para Córdoba, que Don Juan ya estaba allí y había pensado acometer la empresa de conquista personalmente.

Tomó el rey en su mano las riendas de la empresa que no había culminado el condestable. Un día convocó a su consejo y con ellos a Don Pedro Venegas, *el Tornadizo*, para diseñar la campaña que tenía como objetivo la conquista de Granada.

Reduán Venegas había venido a pedir al rey su ayuda para destronar al *Izquierdo* y encumbrar a Abenalmao como rey. Si los ejércitos de Don Juan atacaban Granada, —le decía— los partidarios de Abenalmao estarían de su lado.

Fijaos qué cosa tan fuerte y a qué estaban jugando los Venegas. Corrían el riesgo cierto de ser borrados del mapa si los cristianos conseguían su objetivo y sin embargo tanto era el odio que profesaban a los Abencerrajes que preferían ese futuro incierto a convivir con ellos en el reino nazarí.

Un día se reunió todo el consejo de Castilla en el salón del trono del Palacio Real de Córdoba. Entre los asistentes destacaba un personaje singular que ocupaba un lugar de honor. Su atuendo, vestidos y maneras eran de un caballero musulmán de los principales de Granada. Sin embargo hablaba un correctísimo castellano, no precisaba de la traducción de ningún truchimán y se entendía perfectamente con los cristianos.

Cuando estuvieron todos reunidos entró Don Juan y ocupó su estrado. Mandó que todos ocuparan sus asientos y dio inicio la sesión.

El rey expuso el objetivo por el que se había convocado el Consejo del Reino. Deseaba conocer la opinión de todos acerca de la manera y el modo de atacar el reino de Granada. Le interesaban especialmente dos testimonios. Los de aquellos que acababan de llegar en la expedición mandada por Don Álvaro de Luna y la de Don Pedro Venegas, un hombre notable entre los moros, que les podría aconsejar con más conocimiento de causa que cualquier otro y que le prometía su ayuda desde dentro de

Granada. Una vez hecha por el rey esta introducción dio la palabra a sus consejeros.

Un caballero joven, de vestidos relucientes y con la ilusión marcada en su rostro tomó la palabra el primero para decir lo siguiente:

> *—Montemos en nuestros caballos y que nuestra caballería recorra las campiñas sembradas por los infieles de hortalizas y árboles frutales. Hagamos que todo desaparezca a sangre y fuego. Cuando estén desesperados y hambrientos ya veréis como los orgullosos guerreros de Granada nos pedirán misericordia.*

Los más veteranos ni escucharon la propuesta del fogoso castellano. Les pareció tan poco meditada que no valía la pena tomarla en consideración.

Entonces pidió la palabra uno de los asistentes, más mayor, más curtido en batallas y conocedor del terreno por haber hecho la campaña con Don Álvaro de Luna. Nada más levantarse se hizo un respetuoso silencio y dijo:

> *—No se puede salir así como así. Es necesario preparar muy bien la campaña. Hay que preparar trenes, baterías de grandes y pequeños cañones así como máquinas de guerra para asaltar las fortalezas que nos vamos a encontrar en Granada y sus contornos. Y luego hay que elegir. Sugiero que es preferible dirigirse a Málaga y cercarla para engrandecer la corona de Castilla con la primera y mejor ciudad marítima del reino enemigo. Málaga es un asilo de piratas y un puerto por donde los reinos musulmanes de África surten de soldados y máquinas de guerra a sus hermanos granadinos. Ese sería un paso previo y necesario para acometer a continuación la conquista de la ciudad de Granada.*

Sin embargo la mayoría de los caballeros preferían volver a la Vega de Granada, fijar el real muy cerca de la Puerta de Elvira y esperar a que *el Izquierdo* saliera con su caballería a celebrar el desafío a que había sido emplazado.

Don Pedro Venegas, el caballero de vestimenta mora y modales cristianos, había estado atentísimo a la discusión y a las propuestas de los nobles. Y discurrió con la rapidez de un rayo. Él quería ante todo que los cristianos borraran del mapa al *Izquierdo* y a partir de ahí tenía claras sus preferencias. No le interesaba una campaña alocada como proponía el primer joven. Eso dañaba sus intereses porque acabaría con la derrota de los cristianos. ¿Una campaña contra Málaga? ¿Qué ganaban sus partidarios con eso? Supongamos que tenían éxito y conquistaban Málaga. *El Izquierdo* continuaría como rey sin demasiados problemas. Le interesaba la propuesta de los caballeros de Calatrava. Era necesario inclinar la decisión del rey por un ataque

a Granada. Por eso cuando le invitó el rey a intervenir dijo que lo mejor era atacar Granada.

No fue necesario que mostrase especiales dotes de convicción porque se había ganado el respeto de todos. Muchos miembros de la asamblea eran parientes suyos, le conocían y tenían aprecio. Hablaría en nombre del pretendiente Abenalmao, de sus partidarios y de todo el pueblo de Granada y les invitaría a entrar en la vega. El pretendiente granadino y sus partidarios esperarían allí a los ejércitos del rey Don Juan. Al final dijo:

> *—Bastará el eco de vuestras trompetas para derribar el frágil trono de la usurpación.*

El rey era un hombre templado pero muy listo. Él también tenía sus segundas intenciones. Pensaba que iba a ser muy difícil acabar en aquella campaña con los musulmanes de Granada. Por eso era necesario mantener las divisiones entre los moros. Y para ello había que apoyar al *Tornadizo* y a su cuñado Abenalmao. Además en su interior soñaba con Granada. Le habían contado tantas cosas de la ciudad que deseaba ardientemente adueñarse de ella. O al menos tenerla cerca, contemplar su Vega, la sierra siempre nevada, sus murallas, sus palacios, sus torres. Había que ir, mirarla y si era posible conquistarla. Eso era más difícil, lo sabía, pero lo iba a intentar.

Su decisión estaba tomada. Una gran expedición cristiana mandada por el rey Don Juan se dirigiría a la Vega. Eran los primeros días de junio de 1431.

El primero que salió de Córdoba para Granada fue Don Pedro Venegas. Era urgente que comunicara a su cuñado Abenalmao las nuevas, felices para ellos y desventuradas para los Abencerrajes y *el Izquierdo*. Era urgente que conocieran que los cristianos salían de Córdoba camino de Granada. ¡Lo había conseguido! Los castellanos les apoyaban contra sus enemigos de dentro de la ciudad. Todos sus partidarios debían salir de allí sigilosamente, sin armar ruido. Corrían un serio peligro si se descubrían sus manejos en la corte castellana. Como él había prometido en el Consejo de Córdoba, debían incorporarse a los ejércitos cristianos apenas entraran en la Vega.

A continuación salió el ejército de Córdoba. Por el camino se incorporó a la expedición Don Álvaro de Luna con sus caballeros, bastantes obispos y muchos aventureros. Eran una verdadera muchedumbre. Setenta mil hombres de a pie y diez mil de a caballo. Cerca de Alcaudete acamparon para tomar un descanso y organizar las marchas que harían en los días sucesivos.

Días después se inició la marcha hacia Granada. El espectáculo que ofrecía el ejército era digno de ser contemplado. En primer lugar se puso en marcha una

columna volante al mando del conde de Haro Don Pedro Fernández de Velasco. Esta unidad se dirigió a los alrededores de Montefrío donde quemaron mieses, cortijos y bosques. Era como la tarjeta de visita de los cristianos.

El conde de Medellín Don Pedro Ponce de León con algunas compañías de peones y caballeros se quedó en Alcalá la Real. Tenía como misión escoltar los convoyes de provisiones que desde Córdoba se dirigieran al real castellano. Además se encargarían de mantener franco el camino de vuelta.

El adelantado Don Diego de Rivera y el comendador mayor de Calatrava Don Juan Ramírez de Guzmán con mil coraceros exploraban el camino que debía seguir el grueso del ejército y al mismo tiempo aseguraban su paso.

A continuación iba todo el ejército cuya vanguardia mandaba el condestable Don Álvaro de Luna. Descendieron por la sierra de Parapanda, pasaron muy cerca de Moclín y buscaron para asentar el real un lugar cercano a Maracena.

Entretanto había llegado a Granada la infausta noticia. Amenazaba la Vega un ejército como nunca antes se había podido imaginar. Lo mandaba el propio rey. Los espías les seguían cuando salieron de Córdoba, pasaron por Alcalá la Real, Alcaudete y conforme se acercaban se extendía entre los granadinos el miedo y la determinación. Se decía que la familia del *Pequeño*, los que apoyaban a Abenalmao con Redúan Venegas al frente, se habían pasado al bando enemigo. Esas noticias se fueron extendiendo en la ciudad, de allí a otros pueblos y ciudades y en unos días llegó a los confines del reino. Poco a poco la ciudad se fue llenando de gentes que venían a defenderla. Los días pasaban y Granada estaba atestada de hombres dispuestos a pelear. Unos llegaron desde la Serranía de Ronda, otros de las tierras altas de Baza, otros venían de la agreste Alpujarra. Ya no cabían en los cuarteles y era necesario alojarlos en casas o en las mismas calles. Unos eran caballeros de la guerra venidos de distintas regiones del reino, armados como el mejor cristiano y otros eran simples campesinos armados de chuzos pero con la ferocidad pintada en el rostro.

Desde Granada se podía escuchar el sonido de las trompetas. Nadie pudo evitar asomarse a las torres y los adarves. Se frotaban los ojos incrédulos y luego volvían a sus casas mientras el frío cuchillo del miedo bajaba por su espina dorsal. Las damas se asomaban a los ajimeces del harem y observaban las divisas de los cristianos, las banderas y plumeros de los campeones meciéndose al viento y sentían curiosidad, miedo, emoción y a veces desesperanza. Granada estaba asomada a los muros, a los cerros cercanos o a las azoteas para contemplar al más formidable ejército que jamás se viera.

De vez en cuando retumbaban en las montañas las explosiones de la artillería que estaba al mando del Juan de Silva y del conde de Cifuentes. Se les encomendó la misión de derribar la torre de Pinos Puente para asegurar la retaguardia y lo consiguieron con muchas dificultades.

Luego se movió el real hacia las faldas de la Sierra de Elvira. Colocaron la tienda de Don Juan en una ladera bajo la sombra de una higuera, desde la que se podía ver la ciudad y su entorno. Se fueron estableciendo las líneas del campamento. Cuando estuvo todo más o menos organizado mandó el rey que vinieran a su presencia Don Pedro Venegas y su cuñado Abenalmao. Enseguida se reunieron en la tienda para celebrar un consejo con Don Álvaro de Luna y otros notables castellanos.

Venegas y su cuñado fueron esa noche cautos y mucho menos optimistas en cuanto al buen éxito de la campaña que en la reunión de Córdoba. Les iba la vida en ello porque si los granadinos derrotaban a los castellanos ellos serían los primeros en ser pasados a cuchillo. En Granada había muchos combatientes. Más de cuantos pudieron imaginar cuando se inició todo esto. Por tanto la conquista no sería coser y cantar.

Don Álvaro tomó nota de estas informaciones y mandó que se construyeran trincheras para resguardar los pabellones del rey, que se redoblaran las guardias en el campamento y que se observase una férrea disciplina en todos los combatientes. Porque caía la tarde y se podían ver las salidas de los escuadrones moros, seguramente para intimidar a los castellanos. Así se hizo de noche sin que el rey pudiera tomar unos instantes de sosiego para contemplar el bellísimo espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Por fin podía ver el rey la ciudad soñada. Casi podía tocar Granada. Estaba nervioso, inquieto. Apenas pudo conciliar el sueño. En sus estancias se percibía el viento fresco de las noches de Granada. Escuchaba los grillos, podía intuir unas tenues luces y más allá resplandecía en la oscuridad una sierra que jamás pudo imaginar. Al fin cayó rendido por la emoción y por el sueño.

Era el día uno de julio de 1431. El sol comenzaba a asomarse por las cumbres. Enseguida, como si se tratara de un grandioso coliseo, iluminó la inmensa vega. Los soldados se levantaban perezosamente. El rey estaba despierto antes del amanecer. Se había asomado impaciente a las puertas de su estancia para ver bien Granada. Sus sentimientos nos lo va a contar el poeta:

Don Juan, rey de España,
cabalgando un día
desde una montaña
a Granada vía.
Díjole prendado:
Hermosa ciudad
mírame afanado
tras de tu beldad.

Mandó que se presentasen ante él Reduán Venegas y Abenalmao. Cuando los tuvo delante se entabló un diálogo que nos lo va a relatar el poeta. Habla un rey soñador, curioso, anhelante de conquistar la joya más preciosa y responde Abenalmao, perfecto conocedor de Granada porque ha vivido siempre en ella.

—¡Abenamar, Abenamar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma
la luna estaba crecida;
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira!
—No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida.
—Yo te agradezco, Abenamar,
aquesta tu cortesía.
¿Qué castillos son aquellos?
¡Altos son y relucían!
—El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita;
los otros los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba,
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra
otras tantas se perdía;
desque los tuvo labrados
el rey le quitó la vida
porque no labre otros tales
al rey del Andalucía.
El otro es Torres Bermejas,
castillo de gran valía;
el otro Generalife
huerta que par no tenía.
Allí hablara el rey Don Juan,
bien oiréis lo que decía:
—Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría;

daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
—Casada soy, rey Don Juan,
casada soy que no viuda;
el moro que a mí me tiene
muy grande bien me quería.
Hablara allí el rey Don Juan,
estas palabras decía:
—¡Échenme acá mis lombardas
doña Sancha y doña Elvira.
Tiraremos a lo alto,
lo bajo ello se daría!
El combate era tan fuerte
que grande temor ponía.

Mientras el rey seguía soñando en Granada los que le acompañaban divisaron a los lejos grandes polvaredas que se iban interponiendo hasta ocultar la vista de la ciudad. Los que tenían mejor oído avisaron a los demás del sonido de las trompetas y los atabales que poco a poco se iba haciendo más perceptible. Y divisaron cada vez más cercana una línea de banderolas y turbantes que se extendía por la llanura que había entre el real cristiano y Granada.

El Izquierdo salía a hacer frente a los ejércitos del rey Don Juan. Capitaneaba esa expedición un caudillo, al que los castellanos conocían como *el Cojo*.

El ejército castellano tenía un servicio de avanzada, ese día desempeñado por los caballeros de Calatrava. A ellos les tocó resistir el ataque del primer escuadrón nazarí. Eran tantos los moros y tan feroz su embestida que el maestre Don Luis de Guzmán tuvo que pedir auxilio al resto del ejército.

Los tres condes, el de Niebla, el de Ledesma y el de Castañeda, acudieron con dos mil caballos para socorrer a los de Calatrava. Sin embargo el empuje de los moros era tan terrible que auxiliados y auxiliadores estaban en un buen apuro.

Los dos bandos se encontraban en un lugar cercano a Peligros, al que llamaban los moros *Andar al Samal*, o *Andarasemel*. Se iba a librar una feroz batalla, la de la *Higueruela*, porque por allí debía haber una higuera del tres al cuarto.

El rey observaba desde sus estancias la pelea y pensó que era lo mejor no aceptar la batalla, favorecer la retirada de los que estaban peleando y dejar para el día siguiente el ataque definitivo. Mandó a Don Álvaro que se adelantara y favoreciera la retirada del maestre de Calatrava y la de los tres condes.

Eso hizo el condestable. Mandó que se adelantara el comendador de Calatrava Don Juan Ramírez para comunicar sus órdenes al maestre y a los tres condes. Debían

organizar la retirada que había ordenado el rey. El comendador salió para cumplir la orden y enseguida volvió con una noticia nefasta que vamos a contar.

El conde de Niebla y el de Ledesma habían conseguido rechazar a los moros, lo más difícil de hacer y acto seguido se habían enzarzado en una disputa sobre algo por el momento banal como eran los despojos de la pelea. Desde hacía mucho tiempo estaban a uñas y una pequeña cosa les hizo saltar, pero en el momento más inoportuno. Esta pelea se había extendido a los soldados y estaban a punto de acometerse.

El condestable estalló de ira. Picó espuelas, agarró las riendas del caballo con rabia, pasó entre las filas de los soldados y se plantó ante los dos malditos condes que estaban a punto de embestirse. Don Álvaro daba voces, se le salían los ojos de las órbitas y agitaba las manos en dirección a los dos desgraciados mientras decía:

> *—¿Quién había de esperar que unos caballeros capaces de gobernar un estado envileciesen a la flor de Castilla reunida para un combate glorioso y mancillaran para siempre la corona de su rey? El que en esta ocasión no sepa olvidar sus rencillas ni cumplir con los deberes que le imponen sus juramentos, es traidor a su rey e indigno de pertenecer a la orden de la caballería que habéis profesado.*

Los dos condes cambiaron de color. Las lanzas se les caían de las manos. Nunca antes les habían echado una filípica de ese calibre y menos delante de sus soldados. Les quedaba dentro el mismo rencor, el mismo odio mutuo pero la venganza podría esperar hasta que se encontraran en Castilla.

Los moros aprovecharon este alboroto para reorganizarse. Ya era imposible intentar replegarse como había ordenado el rey. No lo podían hacer ni el maestre de Calatrava ni los condes ni el mismo Don Álvaro. Si lo hacían aquello iba a parecer una auténtica derrota. No les quedaba otra opción que atacar.

El condestable volvió para comunicar al rey lo que había sucedido con los condes.

Don Juan estaba a la puerta de su tienda vestido para la batalla. Caminaba arriba y abajo impaciente mirando desde lejos el desenvolvimiento de la lucha y esperando las nuevas de Don Álvaro. Después de escucharle montó en su caballo acompañado por su estado mayor de nobles y capitanes, se adelantó y dio la señal de acometer al ejército capitaneado por *el Cojo*.

El ejército granadino era muy dispar. Había extraordinarios jinetes adiestrados magníficamente en justas y torneos así como en batallas anteriores. Sus tácticas de guerra eran perfectas. Vestían con gran elegancia, sus armas estaban relucientes y sus caballos se revolvían en un palmo.

Pero también peleaban tribus de moros mitad guerreros mitad campesinos, armados con lo que tuvieron a mano, unos de lanzas, otros de flechas y otras armas rudimentarias. Los alfaquíes los habían enardecido para esta batalla. Eran como un ejército de guerrilleros anárquicos que se extendían por todas partes, se escondían tras los árboles o en zanjas y desde sus escondites lanzaban a los cristianos arpones o lanzas o flechas untadas con venenos que solo ellos conocían.

Los ulemas habían lanzado sus proclamas en las mezquitas y aquí estaban, con los ojos inyectados de celo religioso, dispuestos a morir por el Islam.

La turba de estos voluntarios vestía humildemente, estaban sucios, sus armas eran de muy segunda calidad y sus modales distaban mucho de los de los caballeros nazaríes.

Estos aficionados de las artes de la guerra no aguantaron un envite a los experimentados soldados castellanos. En poco tiempo fueron barridos.

Otra cosa fue cuando se pusieron frente a frente los dos ejércitos. Entonces dio comienzo una batalla llena de hechos heroicos, de peligros y de cosas memorables. Los caballos chocaban como si ellos también entendieran del destino de la batalla. Los jinetes blandían sus lanzas contra sus enemigos hasta que el cansancio les hacía imposible sujetarlas. Los cadáveres cubrían los suelos de *Andarasemel*. Era imposible avanzar o atacar sin que los muertos estorbaran el caminar de los soldados. Y peleaban absolutamente todos excepto el Bachiller de Ciudad Real que escribía desde un montículo mientras contemplaba el discurrir de una lucha tremenda. Gracias a él conocemos cuanto ocurrió.

Nadie tomaba ventaja. Todos mataban, todos gritaban, todos morían. Parecía que aquella lucha no terminara nunca.

Don Álvaro iba y venía vigilando todo, animando a todos. En un momento percibió flaquear a algunos campeones y gritó hasta desgañitarse:

—*¡Santiago!*

Los adalides que le escucharon repitieron los gritos del condestable.

—*¡Santiago! ¡Santiago!*

Y como si ese grito fuera contagioso todos lo repetían sin cesar. Redoblaban sus esfuerzos y golpeaban con sus espadas con una fuerza increíble. Los cronistas árabes dicen que estos cristianos parecían golpear como si tuvieran en las manos martillos y estuvieran machacando yunques imaginarios.

Los granadinos no tuvieron la fuerza mental necesaria para reaccionar al empuje de los cristianos. Las fuerzas eran las mismas en uno y otro bando pero los nazaríes

parecían carecer de ellas. Se percibían en el lado moro los síntomas de una derrota. Intentaron replegarse con cierto orden pero les fue imposible resistir a la caballería cristiana. La retirada nazarí fue perdiendo la compostura hasta acabar en una desbandada.

Los cristianos persiguieron hasta la extenuación a los fugitivos. Unos corrían para cobijarse en las cumbres de la Sierra de Elvira, otros se perdieron por los campos cercanos y la mayor parte se dirigieron hacia las murallas de Granada. Fue un desastre, un correr hacia todas partes y un perseguir a los fugitivos con lanzas, espadas y demás armamento. Todos los castellanos participaron en la matanza, cebándose en los moros que huían sin norte ni destino.

Cuando caía la tarde los cristianos dejaron de matar. Estaban cansados de perseguir enemigos. Las manos se les caían de fatiga impotentes de continuar enarbolando las armas de aquella maldita guerra. Y miraron alrededor entre alegres e impresionados. Habían sido puestos fuera de combate cerca de treinta mil granadinos.

El rey castellano volvió a su palenque. Estaba cansado y necesitaba recibir las felicitaciones de sus nobles y soldados. Sus sirvientes hicieron tocar en su honor las chirimías mientras le aclamaban como gran vencedor de una batalla impresionante. Poco a poco la comitiva iba recobrando la solemnidad. Los capellanes del rey se acercaron para recibirle. Enseguida se formó una procesión solemne. Los clérigos y los obispos dejaron sus armas todavía ensangrentadas y se unieron a la solemne comitiva. Ahora enarbolaban las cruces en vez de las armas de guerra. El maestro de ceremonias del rey engoló su voz cansada de gritar maldiciones y entonó en un pésimo gregoriano la antífona de acción de gracias.

Te Deum laudamus.
Te Dominum confitemos.
Te aeternum patrem
omnis terra veneratur.

Don Juan se apeó del caballo, hincó las rodillas en tierra y besó la cruz que le acercaba su capellán. Luego se dirigió a su tienda para descansar de un día tan tremendo. Don Álvaro y sus compañeros llegaron más tarde con las espadas ensangrentadas. Y enseguida se volvieron a producir las luchas entre cristianos.

Así fue la batalla de la Higueruela. Los moros sufrieron una tremenda derrota que los cristianos no pudieron o no supieron aprovechar. Días después, increíblemente, se marcharon hacia Córdoba sin sacar partido a una victoria tan tajante y tan clara. Hubieran podido rematar a los moros, les hubiera sido fácil incluso entrar en Granada y no lo hicieron. ¿Por qué?

La situación en Castilla era terrible. La lucha entre conversos y cristianos viejos

era mucho más cruel que la que acababan de librar cerca de Peligros.

En Granada la sensación era de tragedia. Cuando se marchó el ejército cristiano las mujeres se fueron acercando al campo de batalla para reconocer a sus muertos y darles sepultura. Y lloraron amargamente la pérdida de sus padres, hermanos, hijos y maridos. La desolación que invadía a los granadinos era tremenda. Habían visto las espadas y las lanzas de sus enemigos hiriendo a los suyos sin poder hacer nada por evitarlo.

Por si esto fuera poco, aquel mismo día la tierra tembló, las entrañas de aquellas montañas estallaron en un fortísimo terremoto que hizo temblar todos los edificios, cuarteó algunas torres, también mezquitas y derribó un trozo de muro en la Alhambra. Esto les faltaba. Tenían la moral por los suelos. Parecía como si las entrañas de la tierra participaran de los sentimientos de los granadinos estallando en temblores increíbles.

Entre la primera correría que hizo Don Álvaro de Luna y esta segunda mandada por Don Juan habían destrozado los alrededores de Granada. Un auténtico desastre.

El Izquierdo hizo cuanto pudo para mitigar la desolación ocasionada por las dos expediciones. Repartió limosnas a los necesitados, recorrió los barrios animando a los afligidos, en fin, trató de aliviar una situación en la que parecía haberse aliado todo lo divino y lo humano para afligir a los granadinos.

Abenalmao, Reduán Venegas y sus seguidores se fueron para Córdoba acompañando al vencedor. Allí se les unieron bastantes de sus partidarios que no iban a poder soportar los vientos que correrían en Granada.

Don Juan, seguramente para consolar a Abenalmao por haberlo dejado literalmente tirado, le hizo proclamar rey de Granada. Un rey sin trono. Por eso y como mal menor dio órdenes a los capitanes de las fronteras para que apoyasen la causa de Abenalmao.

En Granada había para todos. Las facciones estaban radicalmente enfrentadas y los partidarios de Abenalmao y los Venegas eran muy fuertes. Algunos castillos comenzaron a declararse a favor del rebelde.

—Don Juan no se sentía bien por haber salido de Granada con las manos vacías. Es lógico por eso que encargara al adelantado que hiciera lo posible por dejar bien atadas las cosas con Abenalmao. Un día los dos, Abenalmao y el adelantado, se reunieron en Ardales para firmar un acuerdo entre el rey de Castilla y el pretendiente al trono de Granada. Se firmó una auténtica barbaridad para los intereses de los granadinos. Abenalmao rendiría vasallaje de por vida al rey de Castilla. Entregaría a Don Juan todos los cautivos cristianos que hubiese en el reino. Para esto le daba un mes desde que tomara posesión del trono. Estaba terminantemente prohibido que ningún castellano se convirtiera a la religión musulmana. Debería pagar cada año veinte mil dinares o doblas de oro baladíes. Las llevaría obligatoriamente a donde

estuviera el rey de Castilla. Serviría al rey con mil quinientos caballos. Acudiría a las cortes que convocara.

El adelantado recibió el vasallaje del pretendiente nazarí. Prometió defenderle en caso de peligro. Estaría la frontera abierta al comercio mutuo. Y poco más.

La mitad del reino de Granada se sublevó. Seguramente no sabían que les habían vendido por un plato de lentejas. Pues entre las intrigas de los Venegas y los estímulos del adelantado la mitad del reino se puso de parte de Abenalmao. Poco a poco en todas las fronteras del reino se iba aclamando al pretendiente como rey legítimo de Granada.

Los Abencerrajes salieron de Granada hacia Loja para proteger la ciudad y mantenerla fiel al *Izquierdo*. En el espíritu de estos fieros guerreros estaba hundir de una vez, no a los cristianos sino a la facción contraria liderada por Abenalmao y los Venegas. Les acusaban de haber abierto las puertas de Granada a los pérfidos cristianos. Y hubieran acabado con ellos. Nada más llegar a Loja la expedición de los Abencerrajes cargó brutalmente contra los partidarios de Abenalmao y acabaron peor que regular.

Cuando los Venegas estaban a punto de ser masacrados sonaron lejanas las trompetas del adelantado y de los caballeros de Calatrava mandados por su maestre. La cosa cambió de signo y los que acabaron mal fueron los Abencerrajes. Los que pudieron salir del trance corrieron para Granada y pusieron en conocimiento de Muhammad todo lo ocurrido. Las cosas en verdad pintaban mal para *el Izquierdo*.

Abenalmao tuvo el camino llano hasta el trono de la Alhambra. Ya todo fue coser y cantar. Faltaba que se sublevaran los vecinos del Albaycín, cosa que ocurrió. El último empujón se lo dieron al *Izquierdo* unos comisionados de los comerciantes que Granada que le dieron el consejo de alejarse de la ciudad por un tiempo.

Muhammad vio razonables los consejos de los comerciantes. Escogió unas cuantas acémilas, las cargó de tesoros y acompañado de varias favoritas de su harem, también de sus dos hijos, salió en silencio de Granada y se dirigió primero a Almería y desde allí a Málaga, donde no parecía haber cuajado demasiado la revuelta de los Venegas. Eran los primeros días de enero de 1432.

CAPÍTULO XXIII

ABENALMAO, DECIMOSEXTO REY NAZARÍ.

Yusuf IV, Ibn al-Mawul, decimosexto rey de Granada.

La ciudad estaba demasiado afligida por los sucesos pasados como para recibirle con los festejos acostumbrados. Había muchos granadinos contemplando su entrada por la Puerta de Elvira, pero sin demasiadas muestras de entusiasmo. De todas maneras la Alhambra le estaba esperando.

Yusuf entró en Granada con unos seiscientos partidarios que se le habían unido en su exilio. También le acompañaba el adelantado de Andalucía Don Diego Gómez de Rivera como sus tropas castellanas. Era el uno de enero de 1432 cuando tomó posesión de su trono en la Sala de Comares.

Su primera determinación fue escribir una carta a Don Juan II para notificarle su ascensión al trono. Días después ratificó con el adelantado el tratado de vasallaje que firmara en Ardales el 16 de septiembre anterior.

Las cláusulas de ese tratado eran leoninas. Cuando los ulemas y alfaquíes se enteraron de lo que había pactado pusieron el grito en el cielo. Cuando supieron que estaba prohibida la conversión al Islam de los cristianos se pusieron las manos en la cabeza. Esto no lo podían aceptar porque atentaba contra una idea básica en la religión musulmana como era la conversión de los infieles. La obligación de liberar a los cautivos cristianos que había en las mazmorras del reino, eso les dolió doblemente. En su bolsillo porque confiaban obtener de la liberación unos saneados dividendos y en su moral porque no pocos moros estaban en mazmorras cristianas y confiaban canjearlos sin un coste adicional. Eso y el elevado tributo que debían pagar a los castellanos, todo junto hizo que nuestro Abenalmao perdiera en Granada el crédito que se hubiera podido ganar. Las gentes, al mes de la toma de posesión, ya añoraban al viejo Izquierdo que se había marchado a Málaga.

A este le acompañaba su sobrino *el Cojo*, de quien hablaremos más adelante. En Vélez-Málaga los recibieron extraordinariamente bien. Los notables y alfaquíes, que en Vélez eran multitud, salieron a recibirle como a un mesías. Conocían los tratados que había firmado su oponente y le esperaron como a un salvador. Lo instalaron en la alcazaba, donde por primera vez vio probable recuperar el trono si actuaba con prudencia.

Desde Vélez se trasladó a Málaga donde tuvo idéntico recibimiento. Así que ya tenemos al *Izquierdo* de nuevo controlando una buena parte del reino mientras Abenalmao se debatía con sus melancolías en Granada. De su parte estaban Málaga, Ronda, Gibraltar, por supuesto Almería y otros lugares de la Costa. El resto era del llamado usurpador.

Desde Málaga *el Izquierdo* comenzó a organizar su vuelta al trono. Lo primero que hizo fue escribir a su amigo el sultán de Túnez pidiéndole que intercediera ante el rey castellano para que fuera neutral en los asuntos de Granada.

Abenalmao no era un personaje de fuertes convicciones. Más bien era apocado y hasta depresivo. Pero tonto no era. Le bastó comprobar que había un gran descontento en Granada y al *Izquierdo* ganando adeptos en Málaga para entender que le estaban moviendo la silla. ¿Qué medidas podría tomar para consolidar su posición? Él era apocado pero contaba con hombres audaces, así que la decisión podría ser arriesgada. Después de muchos parlamentos y de sopesar todas las posibilidades decidieron organizar una expedición contra su enemigo en las tierras de Málaga.

Dicho y hecho. El ocho de febrero escribió una carta al maestre de Calatrava Don Luis de Guzmán. Contaba con él como aliado en su empresa.

El Izquierdo supo enseguida que su oponente estaba organizando una expedición contra él y decidió adelantarse. En un abrir y cerrar de ojos las fuerzas del *Izquierdo* estaban a un tiro de piedra de Granada, donde se enfrentaron a las fuerzas de Abenalmao, todavía poco preparadas para el combate.

Murieron muchos de uno y otro bando. Pero ya se sabe cuánto puede la moral y la iniciativa. Aunque los muertos de ambos bandos eran más o menos los mismos, los primeros que cantaron victoria fueron los del *Izquierdo*.

Las puertas de Granada se abrieron para *el Izquierdo*. Los granadinos le insistieron en que entrara en la ciudad y eso hizo. Solo que se instaló en la vieja alcazaba zirí, en el Albaycín, porque su oponente seguía ocupando los palacios nazaríes. Desde allí comenzó a gobernar en el reino al que volvía por tercera vez.

Su primera medida fue escoger a un grupo de soldados para asediar la Alhambra desde los jardines del Generalife. Por ahí entraron en los palacios y tomaron la fortaleza.

Abenalmao se vio perdido. Se le ocurrió esconderse en una alacena construida en uno de los muros de la fortaleza. Allí permaneció durante varios días hasta que lo localizaron y fue asesinado. Era finales de abril de 1432. Había soñado con ser rey de Granada y lo consiguió pero duró muy poco en el trono. Algo menos de tres meses.

Muhammad IX, *el Izquierdo*, rey de Granada por tercera vez.

Este rey era incombustible. Recuperaba el trono que había perdido dos veces. Ahora, con más experiencia, trataría de no cometer los errores de las veces anteriores y que tan caros había pagado. Su política sería conciliadora. En vez de desahogar sus deseos de venganza intentaría ganarse a los que le habían hecho daño.

Se apoyaría en sus leales Abencerrajes. Tendría mucho cuidado en elegir un visir templado para aplicar las políticas que había diseñado. Y lo encontró. Abdilvar, el caballero más listo y prudente de la tribu de los Abencerrajes obtuvo el cargo, puesto clave en la gobernación en esta etapa que deseaba fuera de conciliación y de paz.

Abdilvar tomó conciencia de que las cosas deberían ser de otra manera. Nada de venganzas. Era necesario gobernar con el diálogo y la paz. Con mano tendida.

Era de esperar que nuestro rey, a pesar de sus propósitos de diálogo, cortara la cabeza a los tres hijos de Abenalmao para acabar de una vez con sus enemigos naturales. Se llamaban Aben Celim y Ahmed los dos chicos y la chica Esquivila. Pues los tres estaban ya encomendando su alma a Alá y preparándose para entrar en el Paraíso porque lo esperable era que les cortaran la cabeza de un tajo. *El Izquierdo* estaba en este reinado más templado pero no tanto como para perdonar a los tres hijos de su mortal enemigo. Pues menos mal que Abdilvar aplacó al soberano, le hizo entender que las gentes no iban a ver bien venganzas ni derramamientos de sangre. *El Izquierdo* fue dócil a los consejos de su visir y dejó a los príncipes vivir en paz, lo que no era poco y encima con sus posesiones y sus honores. A uno, Aben Celim, lo confirmó en el título de infante de Almería. Ahmed quedó como señor de Marchena y de la Alpujarra. La chica, Esquivila, quedó en posesión del pueblo de Deifontes con sus fuentes, palacios y por si esto fuera poco era dueña de varias tiendas en el Zacatín. Los pobres respiraron tranquilos.

El gesto se extendió por Granada y provocó una reacción en cadena. Ya todos buscaban la reconciliación entre hermanos. El único que no encontró perdón fue Reduán Venegas a quien muchos consideraban el ser más malvado, muñidor y enredador del mundo. Le hacían responsable de todas las maldades del reinado de Abenalmao. Se convirtió en el hombre malo del momento, en el único justiciable, en el chivo expiatorio de todo lo acontecido.

Reduán era un hombre valiente, osado en sus planteamientos, astuto en sus maquinaciones y muy listo. Ahora le buscaban para desahogar en él todos los deseos de venganza y las inquinas de tiempos pasados. Pero, amigo mío, aplicó su inteligencia esta vez a sobrevivir sí le era posible. Todos los diablos juntos estaban desatados buscándole en los lugares más impensados y se escapó dejándoles con tres palmos de narices. Una noche se despidió de su bellísima esposa Cetimeriem, de sus hijos Abul Cacim y Reduán, tomó armas, caballos y salió hacia los puertos de la frontera con el reino de Jaén. Cuando llegó a tierra de cristianos respiró profundamente. A lo lejos intuía la frustración de las cimitarras que pretendían cortarle en pedazos. Atrás quedaban muchas cosas. Quedaba su esposa, sus hijos, quedaba Granada, quedaba todo lo que había abrazado cuando era niño como religión, lengua, cultura, ropas, costumbres. *El Tornadizo* dejaba atrás una saga que dará que hablar más adelante. Ahora le tocaba cambiar de nuevo. Eran los vaivenes de la fortuna. Sentía una profunda tristeza por haber tenido que dejar a los suyos pero al fin, lo que tenía delante era también suyo. Recuperó las viejas ropas de su niñez, también el idioma de sus padres, volvió a abrazar la religión en que le educaron pero no pudo recuperar la alegría de vivir. En tierras de Jaén estaba solo y sentía una

melancolía infinita.

Una mañana lo encontraron muerto, seguramente a causa de una enfermedad llamada melancolía.

Parecería que con la muerte de Reduán Venegas y de Abenalmao quisiera devolver a Granada un soplo de paz. Falta hacía. El reino no podía ser una jaula de grillos como lo había sido desde la pérdida de Antequera. Salía un rayo de luz.

Abdilvar era el alma de esa nueva esperanza en el interior del reino y en las fronteras exteriores. Porque tuvo el acierto de negociar con Castilla una tregua de dos años y también suerte porque si la tregua solicitada no hubiera convenido a Don Juan, pues nada de nada. Pero las cosas en Castilla estaban revueltas con los problemas de lindos y conversos y gracias a eso hubo paz. ¡Qué alivio y qué sosiego interior y exterior!

Siempre los tiempos de paz lo son también de prosperidad. Granada, después de años de luchas y turbulencias recobró la alegría, la serenidad, el sosiego necesario para volver al trabajo. Los artesanos volvieron a sus talleres, los campesinos cultivaban la tierra, los comerciantes vendían sus mercancías en el zoco o en la Alcaicería. Otros, los que comerciaban al por mayor, iban y venían, atravesaban las fronteras para vender sus mercancías en tierras de cristianos. Todos obtenían beneficios. Y como las contribuciones para las guerras eran menores, la gente vivía mejor y el tesoro de Granada iba aumentando en cantidad y en calidad.

Hablaba de los tesoros de Granada y ahora me acuerdo que no os he contado un secreto que tengo muy bien guardado. Voy a dejar por un momento mis relatos para contaros algo importante. Contened la respiración y pensad conmigo. ¿Dónde están escondidos los tesoros del reino? ¿Qué son esos tesoros? ¿Oro? ¿Piedras preciosas? ¿Monedas? ¿En qué cantidad?

¡Guardadme el secreto, por favor! Os voy a contar lo que se puede contar. El resto me lo guardo para mí y no lo revelaré jamás.

Vamos a hacer una cosa. Os voy a llevar a ver los tesoros infinitos que se guardan en un lugar muy escondido de Granada. Pero antes os vendaré los ojos, me aseguraré de que no podréis ver y caminaréis conmigo por los intrincados pasadizos y laberintos de los palacios nazaríes hasta penetrar en la cámara secreta donde se esconden para que podáis contemplarlos conmigo, emocionaros como yo me emocioné la primera vez que los vi.

¿Que cómo me he enterado de la existencia de tales tesoros? Os cuento. Una mañana de invierno me encontraba en la Biblioteca Nacional, en la sección de *Raros*, investigando los libros viejos y casi inéditos de la historia de los judíos de España. Concretamente estudiaba dos libros escritos en latín, el uno titulado *Fortalitium fidei contra iudeos, sarracenos aliosque fidei inimicos* y el otro *Scruptinium scripturarum*. Ambos están escritos por judíos convertidos al cristianismo que subieron muy alto en

la escala social de los reinos cristianos. En sus folios roñosos encontré una referencia a un viejo manuscrito de un alfaquí llamado El Makkari en que se describían cosas de Granada y sus tesoros.

No os voy a decir dónde encontré el manuscrito del viejo alfaquí. La copia la guardo en un seguro escondite o quizá en mi fantasía, quién sabe, el caso es que sé dónde están y voy a pediros una cosa. Por favor, venid conmigo. Confiad en mí. Vais a vivir una experiencia única. Vais a ver los tesoros más fabulosos del mundo. Os voy a poner vendas en los ojos. Ya están bien colocadas pero voy a comprobar que surten su efecto. ¿Veis? ¿No veis? ¡No! Ya estoy seguro de que no me vais a desvelar el secreto.

Os agarro del brazo con decisión. Caminamos por suelos empedrados y ligeramente inclinados hacia abajo. Os da en la cara un fresquito de primavera. Podéis oler a rosas, a celindas, a madreselvas que os imagináis enroscadas en los arriates. Se palpa el perfume único de Granada. Se escucha el rumor del agua corriendo suave por los regatos. El agua canta y es música en esta tierra.

Seguimos andando. El camino se hace cada vez más cuesta abajo. Nos detenemos ante una puerta pesada que nos impide continuar. Me estáis escuchando pronunciar un sortilegio pero no alcanzáis a entender absolutamente nada porque hablo árabe aljamiado. Son para vosotros palabras misteriosas, ininteligibles que aprendí del viejo alfaquí. Luego os dais cuenta de que estoy sacando de una bolsa de cuero un pesado manojo de llaves que suenan roncas y viejas. Doy dos, tres, hasta cuatro vueltas a imaginarias cerraduras y me escucháis empujar una pesada puerta que chirría mientras se abre a impulsos de mis brazos temblorosos.

Un asqueroso haz de telarañas os cruza la cara. Mientras las quitáis agitando una mano, con la otra os agarráis a mí y percibís que vuelvo a cerrar la puerta, que echo las cerraduras detrás de nosotros y que nos adentramos cuesta abajo por un pasadizo húmedo y seguramente tétrico. Giramos a la izquierda, luego a la derecha, recorremos un intrincado laberinto y por fin nos detenemos en un rellano.

Voy a quitaros la venda de los ojos. La estancia está débilmente iluminada con la luz de una antorcha que cuelga de las paredes de piedra. Poco a poco vuestros ojos y los míos se van acostumbrando a la oscuridad y nos damos cuenta del lugar en que estamos.

Esto es una inmensa torre. La estancia es tétrica. Sentimos escalofrío. Miramos hacia arriba y descubrimos que es una especie de bóveda circular que se apoya en enormes pilares. Es tan alta que no se puede ver el techo. Los muros son de piedra negruzca. A trozos las paredes cambian su color hasta dar la impresión de ser rojas. El suelo también parece rojo como si algún mago hubiera hecho que brotara sangre del pavimento.

Miramos un poco hacia abajo y descubrimos un enorme arsenal de material de

guerra.

Veo que os frotáis ojos incrédulos, pensando que todo aquello fuera un sueño, pero no lo es. Mirad bien. Abajo hay miles de lanzas de ébano con puntas de hierro afilado. Están atadas en grandes haces y apoyadas en las paredes de la torre. Al lado estáis viendo, también atadas en haces, grandes hachas de combate. También hay haces de partesanas que son esas enormes lanzas que tienen en sus extremos filos cortantes con formas de media luna. Al lado hay mazas y porras, armas de la infantería del reino. Más allá se ven montones de escudos de cuero marroquí, las llamadas adargas hechas en cuero repujado. Al lado, también en grandes montones, hay cotas de malla ligeras pero resistentes a las flechas o espadas enemigas. También hay montones de broqueles o escudos pequeños de madera durísima, más manejables pero igualmente impenetrables por las armas enemigas. Más allá hay lórigas y otras diversas armas de guerra.

Cuando parecíais estar mareados de ver tantas armas bajamos por una estrechísima escalera de caracol a la planta baja de aquella misteriosa torre. Para asombro vuestro la veis llena de arneses adamascados unos de hierro y otros dorados. Hay petrales, corazas con adornos cúficos, sobrevestas, armaduras completas desde el acicate hasta el crestón del casco o capacete. Todas están bruñidas, dispuestas para la guerra o para los desfiles en la plaza de Bibarrambla.

Luego pasamos al piso de arriba donde hay millares de gumías afiladísimas y brillantes, en otro lado puñales y más allá espadas, unas castellanas y otras musulmanas. Un poco más allá están los instrumentos musicales que se usan en los desfiles y en las batallas. Hay trompetas, timbales y otros instrumentos. Al lado se ven miles de flechas con plumas de diversos colores, arcos con forma de media luna, alfanjes de Damasco de forma curvilínea, cimitarras y elementos arrojadizos.

Repartidas por los adarves y los torreones están las grandes piezas de artillería como las lombardas, las culebrinas, los tiros de pólvora. A su lado los molinillos y los utensilios para fabricar la pólvora en los campos de batalla.

¿No os dije que íbamos a ver el tesoro real nazarí? Venid conmigo. Descendemos una escalera de caracol desgastada por pisadas de cortesanos y guerreros. Tenemos que ir separando de nuestras caras las telas de araña que el tiempo y la oscuridad han ido acumulando en este lugar misterioso. Estamos en el piso de abajo. Nos dirigimos a un rincón y allí, disimulada debajo de sacos de paja vemos una puerta de hierro provista de cerrojos y cerraduras de tamaño descomunal. Vuelvo a sacar de mi bolsa una llave más brillante y elaborada que las anteriores, abro cerraduras y cerrojos y enseguida se percibe que estamos entrando en el corazón de la torre que parecería ser maciza pero que nos lleva de nuevo a otra escalera de caracol muy estrecha. Apenas se intuye la luz que nos llega a través de lejanas saeteras. Llegamos al fondo de la escalera. Con toda seguridad estamos muy por debajo del nivel del suelo en el

exterior de la torre. Volvemos a encontramos con puertas de hierro que yo puedo abrir gracias a que conozco el manejo de los resortes secretos que han puesto en ellas los ingeniosos constructores de esta estancia maravillosa. Y por fin, cuando todas las puertas se han abierto, os miro para ver la impresión de vuestra cara.

Estamos en una estancia de unos ocho pies cuadrados, de techo y bóveda muy bajos y a la que el tiempo ha envejecido. En el pavimento resquebrajado y sucio hay una trampa de hierro y a través de ella accedemos a otra escalera de caracol que nos lleva directamente al lugar donde están guardados los tesoros.

Percibo en vuestro semblante una admiración sin límites. Estáis boquiabiertos por la emoción de encontraros en un lugar tan extraño y rodeados de riquezas que no pensabais contemplar jamás.

Ante vosotros hay centenares de ánforas, de talegas, arcones, cofres llenos hasta arriba de monedas de oro y de plata. Al lado estáis viendo armarios y estanterías llenas de bolsas de seda repletas de oro en polvo, de barras de plata, de diamantes, rubíes, esmeraldas, turquesas, ágatas y cuantas piedras preciosas da la naturaleza. La claridad que nos llega desde la saetera se refleja en estas piedras preciosas dando a las estanterías una imagen irreal.

Todo está muy bien ordenado en estantes, arcones, talegas, ánforas y bolsas de seda. Hay joyas que jamás pudieron soñar las reinas más ricas de la tierra. Cantidad de alhajas, diademas de diamantes y otras perlas, coronas de rubíes y esmeraldas, manecillas de ébano y oro adornadas con la esmeralda cabalística del rey Salomón, collares de gruesas y blanquísimas perlas, broches de rubíes y diamantes, cruces de oro y piedras preciosas robadas a los cristianos, brazaletes, sortijas, ceñidores de oro y diamantes, racimos de coral rojo, rosarios de diamantes y coral, collares de azabache, gargantillas de perlas, pulseras de mil maneras y adornos, alfileres de plata labrada por habilísimos artesanos, cascabeles de oro y muchos otros adornos.

Otra parte del tesoro real son los tejidos preciosos fabricados en los telares del Albaycín, en las fábricas de tapices de la Alcazaba y en las tenerías del río Darro. Son telas de seda bordadas en oro y piedras preciosas, alfombras de vivos y variados colores tejidas en seda y lana, esterillas de cáñamo y pita y otros tejidos hechos por los artesanos mejores del mundo que se han reunido en Granada.

En un lugar apartado las ropas y el mobiliario real. Allí están todas las vestiduras de los reyes, cafetanes preciosos, alfombras tejidas con adornos de oro y de plata, túnicas impresionantes, trajes de lino bordados y engarzados en piedras preciosas, sobretodos de varios colores, aljubas que resplandecen por las piedras preciosas que las adornan, alfombras persas y de la Anatolia, mantos de color púrpura, capas, bufandas bordadas, borceguíes, almohadones, paños de diversas formas y colores, marlotas, bonetes forrados, garzotas adornadas con plumas de exóticas aves, capellares rojos y cantidad de ropajes y adornos reales imposibles de describir.

En otro lugar de la estancia están las armas del rey de Granada. Otra admiración por su riqueza, variedad y vistosidad. Destacan los cascos adornados con orlas doradas y con perlas de distinta clase, especialmente rubíes y esmeraldas. Hay espadas que son una obra de arte con empuñaduras de oro, con inscripciones cúficas y un brillante enorme en el pomo. Hay gumías, arreos para los caballos del rey, corseletes, petrales, alfanjes, espuelas de oro, monturas de cuero con incrustaciones de oro y multitud de armas temibles para las guerras y vistosas para lucirlas en desfiles reales.

Os veo un poco mareados de contemplar alucinados todos estos objetos y seguramente por el agobio y la emoción que transmite esta torre encantada. Pero seguid. No lo habéis visto todo. Allí podéis ver ornamentos, cálices y copones producto de los saqueos que hicieron los granadinos en tierras de cristianos. Hay pebeteros dispuestos a recibir aromas y esencias de lejanos países de Oriente. Más allá instrumentos musicales, dulzainas, leilas y bandolinas. Al otro lado lámparas riquísimas, unas con incrustaciones de nácar, otras de ágata, espejos para las esposas del sultán, algunos de mano con mango de oro y el cerco engastado en perlas. Pergaminos para cédulas y cartas del rey, plumas para escribir de distintas formas y colores.

En una estancia aparte hay una mesa con los pies de oro y el tablero de ágata. Sobre ella y sobre otras que están a su lado vemos colocada la vajilla real de cristal tallado y labrado con piedras preciosas. Ricos jarrones de porcelana, lámparas de alabastro, búcaros de formas caprichosas y hechos con metales preciosos, pebeteros elegantes que forman extrañas figuras de flores que se enroscan en troncos de palmera, relojes de arena, largos tubos cilíndricos por donde los astrólogos perciben los movimientos de los astros, brújulas hechas de metales preciosos útiles para la navegación, instrumentos de cirugía, unos para batir las cataratas y otros para extraer los cálculos de la orina.

Es imposible describir lo que ahora estáis contemplando. Os veo aturdidos. No queréis dar crédito a lo que ven vuestros ojos. Seguramente la emoción os oprime el pecho por las maravillas que estáis viendo. ¿Estáis soñando despiertos?

Mirad bien y recordadlo todo. No es posible encontrar en el mundo maravillas como las que están ante vosotros.

¿Estáis dormidos o despiertos? Es mejor que penséis que todo ha sido un sueño. Así, solo así el secreto del tesoro de los reyes de la Alhambra que he estudiado en el viejísimo manuscrito de un alfaquí permanecerá en un lugar escondido, de acceso imposible, guardado para siempre en las entrañas de una enorme torre de los palacios nazaríes.

Voy a tocar suavemente vuestra frente con mi dedo índice. Acaricio delicadamente vuestra piel mientras se os van cerrando los ojos. Ya estáis

completamente dormidos. No recordáis nada. ¡No recordéis nada! Ha sido un sueño. Solamente un sueño. Os haré despertar en una escalera del Generalife donde el agua acaricia mansamente vuestras manos. Otra vez un sueño que al par es realidad porque en Granada no sabes si lo que estás viendo ha ocurrido realmente o ha sido una deliciosa fantasía.

Olvidadlo todo y volvamos a las guerras de una frontera que en unos años dejará de serlo. Los musulmanes dentro de pocos años van a desaparecer de Granada. Pero la torre que guarda en sus entrañas los tesoros del reino permanecerá cerrada, encantada por el viejo alfaquí. Cuando la Alhambra esté sola, en las noches increíbles de esta tierra misteriosa, su fantasma se paseará por los palacios, caminará al lado de los estanques y vigilará que el tesoro continúe escondido hasta el fin de los tiempos. ¡Despertad! ¡Despertad!

Es el año 1434. Han terminado las treguas que el visir Abdilvar firmó con los reyes de Castilla. Los caudillos moros y cristianos preparan sus armas, montan sus caballos, cargan sus piezas de artillería y se dirigen a las fronteras del reino. Vuelve la guerra.

El primero en atacar fue el adelantado de Andalucía Don Diego Gómez de Rivera. Convocó a sus gentes de Sevilla y entró a sangre y fuego por la parte de Álora.

Era un espectáculo contemplar a una expedición tan vistosa y tan bien pertrechada. Sus caballeros eran los más valientes y también los de apariencia más orgullosa de todos los castellanos. Mandaba un destacamento de soldados de a pie que metían miedo a sus enemigos por la fiereza de sus rostros y por las armas que portaban, unos espadas, otros enormes mazas, otros venablos y otros lanzas de ébano con puntas de hierro.

Recorrieron las tierras llanas de Morón, Osuna, pasaron a Antequera y descendieron por unos desfiladeros hacia el río Guadalhorce donde se asienta el pueblo de Álora.

El adelantado no llevaba consigo las piezas de artillería que hubiera necesitado para rendir la fortaleza. Era imposible traerlas hasta aquí por unos caminos de cabras que discurren por cortadas y barrancos. Por eso su táctica fue asediar la fortaleza y provocar al gobernador para que aceptase salir a luchar a campo abierto.

El gobernador de Álora vio el cerco a que le sometían los hombres del adelantado pero rehusó salir a luchar cómo y dónde interesaba a su enemigo. No disponía de caballería suficiente, tampoco de soldados de a pie para enfrentarse a los que le asediaban y solo disponía de una buena pero escasa compañía de soldados que manejaban a las mil maravillas el arco y las flechas, muchas de ellas envenenadas.

El adelantado rodeó el castillo, disparó contra sus muros las piezas de artillería que había podido traer hasta aquí pero comprendió que le iba a ser muy difícil asaltar

la fortaleza.

Tras varios días de asedio una mañana se asomó el gobernador moro a la explanada del castillo y vio avanzar a los cristianos hasta colocarse a la distancia de un tiro de ballesta. Entonces contempló asombrado como un guerrero vestido con casco y coraza, portando una gran rodela en su brazo izquierdo y en su mano derecha una lanza adornada con una banderola avanzaba hacia el castillo sin miedo a las flechas de sus arqueros. Así continuó galopando hasta los mismos muros del castillo de Álora. Entonces se quitó la babera y comenzó a dar grandes voces pidiendo a los moros que se rindieran bajo pena de gravísimos daños para todos sus moradores.

El alcaide de Álora estallaba de rabia pero tuvo un instante de lucidez, arrancó una ballesta de las manos del soldado que tenía más cercano, eligió la mejor flecha que pudo encontrar, se asomó a la almena y disparó al caballero cristiano con una rabia inmensa.

El cristiano cesó repentinamente sus voces y las mezcló con un grito de dolor. Luego calló por completo mientras se retorcía luchando por impedir que se le escapara la vida por la herida que le había inferido el caudillo moro. La flecha le había atravesado el cuello. Se le cayó la lanza de las manos, después se inclinó a un lado y rodó muerto ante los muros del castillo de Álora.

Los soldados del adelantado corrieron a socorrerle pero todo fue inútil. Había muerto el más bravo soldado de Castilla, el adelantado de Andalucía.

Los suyos llevaron su cuerpo para enterrarlo en Sevilla mientras que todos le lloraban desconsoladamente y los poetas hacían sus romances, muchos de ellos bellísimos como éste que os voy a copiar:

Álora, la bien cercada,
tú que estás en par del río,
cercote el Adelantado
una mañana en domingo
de peones y hombres de armas
el campo bien guarnecido.
Con la gran artillería
hecho te habían un portillo.
Viérades moros e moras
subir huyendo al castillo.
Las moras llevan la ropa
los moros harina y trigo
y las moras de quince años
llevaban el oro fino
y los moricos pequeños

llevan la pasa y el higo.
Por encima del adarve
su pendón llevan tendido.
Allá detrás de una almena
quedado se había un morico
con una ballesta armada
y en ella puesto un cuadrillo.
En altas voces diciendo
que del real le han oído.
—¡Tregua, tregua, Adelantado
por tuyo se da el castillo!
Alza la visera arriba
por ver el que tal le dijo.
Asestárale a la frente,
salido le ha al colidrillo.
Sacóle Pablo de rienda
y de mano Jacobillo,
Estos dos que había criado
en su casa desde chicos.
Lleváronle a los maestros
por ver si será guarido.
A las primeras palabras
el testamento les dijo.

El segundo en atacar fue Don Rodrigo Manrique Castilla, comendador de Santiago. Su objetivo Huéscar, un pueblo precioso de la provincia de Granada.

Digamos algo de este caballero y también alguna cosa sobre el pueblo de Huéscar y sus contornos para comprender mejor los hechos que se van a suceder.

Don Rodrigo Manrique fue un hombre extraordinario. Era hijo de un noble llamado Don Pedro Manrique comendador de León y desde su niñez fue educado en la virtud y en la pelea. Fue un hombre leal, valiente…, pero se puede decir muy poco de él sin referirnos al poema que compuso su hijo a la muerte de su padre.

Conviene decir que Don Rodrigo era la antítesis de Don Álvaro de Luna a quien todos en Castilla consideraban un arribista y un traidor. Fue el primero que le despreció públicamente y en declararle la guerra a muerte. En los dos vemos reflejarse el talento frente a la intriga y la lealtad frente a la ambición. Os lo va a decir el poeta:

Pues aquel grand condestable

maestre, que conoscimos
tan privado,
no cumple que del se fable
sino solo que lo vimos
degollado.

Sin embargo el comendador Don Rodrigo era un caballero:

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso,
de la gente,
el maestre Don Rodrigo
Manrique, tan famoso y
tan valiente.
Sus grandes fechos y claros
no cumple que los alabe
pues los vieron,
ni los quiero facer caros,
pues el mundo todo sabe
cuales fueron.

Don Jorge Manrique no quiere hablar demasiado de su padre porque sus acciones hablan por él. Sin embargo no puede por menos que dejar en sus versos unos rasgos de la personalidad de quien le dio el ser.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!

En contraposición a Don Álvaro de Luna, Don Rodrigo era un hombre que pensaba en el más allá, que atesoraba virtudes tanto religiosas como castrenses y habrá recibido el premio a estas virtudes porque

El vivir que es perdurable,
no se gana con estados
mundanales,

ni con vida deleitable
en que moran los pecados
infernales.
Mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros.
Los caballeros famosos,
con trabajos y aflicciones
contra moros.

Don Rodrigo Manrique iba a realizar una extraordinaria gesta de armas contra moros nada menos que en Huéscar. Será este el primer paso que dé hasta ser uno de los nobles más preclaros de Castilla.

¿Cómo era Huéscar y su comarca? ¿Cómo sus gentes?

Huéscar era y es uno de los pueblos más ricos de Granada. Situado en las laderas de la Sierra de la Sagra gozaba de una situación estratégica muy importante. Era frontera entre los reinos de Granada y Castilla. Además estaba lo suficientemente aislado como para no temer ataques exteriores.

Las gentes de Huéscar eran muy trabajadoras aumentando así las riquezas naturales de unas comarcas de ricas tierras y abundante en agua para regarlas.

Los pastos de los campos de Huéscar eran y son excelentes. Sus rebaños de ovejas daban una magnífica carne y una lana finísima que se pagaba en Granada a precios muy altos por su contrastada calidad. Eran ideales para tejer unas alfombras que desgraciadamente se han perdido en nuestra tierra.

La ciudad estaba fortificada con una muralla cuajada de torreones y un alcázar en el centro que le daba apariencia de ser inexpugnable.

En la sierra cercana y sus alrededores vivían gentes la mar de belicosas, valientes, que podían subsistir con poco y eran capaces de defender su pueblo con uñas y dientes porque la tierra los había endurecido. Estaban muy bien adiestrados en el manejo de armas ligeras como las flechas, las hondas y otras.

Nunca imaginaron ser atacados o conquistados. Probablemente por eso escogió esta plaza Don Rodrigo Manrique, necesitado como estaba de reafirmar su valentía llevando a cabo una hazaña no imaginada.

Era el día once de noviembre del año 1434. Esa mañana, o mejor, cuando aún era noche cerrada y no había comenzado a aparecer la aurora por las cumbres de las sierras, unos guerreros que parecían estar mudos y que se movían en la oscuridad como si fueran felinos, lanzaron una escala a la muralla y treparon por la cuerda arriba aguantando la emoción de sus corazones para que no los delataran. Eran en total cinco valientes. Uno era el alcaide de Segura y se llamaba Álvaro, otro era el

escudero Pedro Teruel y los otros Pedro Sánchez, Pedro Beas y Lope de Frías. Casi habían conseguido coronar el muro cuando fueron descubiertos.

En lo alto de la torre del homenaje había un vigía moro que en uno de sus cansinos paseos le pareció ver algo extraño, frotó incrédulo sus ojos y se dio cuenta de que algo terrible estaba ocurriendo. Sintió angustia, luego emoción mezclada con terror, tanto que se sentía incapaz de gritar con toda la fuerza de sus pulmones porque las voces se ahogaban en su garganta. No parecía gritar como persona sino como una fiera a la que el miedo hubiera hecho enmudecer.

Algunos vecinos escucharon al vigía y saltaron de la cama como movidos por un resorte. Sin vestir siquiera empuñaron sus armas y salieron a la calle dispuestos a acabar con el asaltante. Otros siguieron en la cama, seguramente pensando que aquella mezcla de gritos y aullidos podría ser la llamada del muecín a la oración del alba. Un instante después fueron sus familiares los que los despertaron advirtiéndoles de aquellos gritos que anunciaban la guerra en el pueblo.

Enseguida se confirmaron las peores noticias. Estaban siendo atacados por un grupo de guerreros cristianos. Empuñaban unas tremendas espadas castellanas y en sus pechos lucían las odiadas cruces rojas que tanto daño hicieran a sus hermanos en otros lugares.

Las gentes gritaban llamando a luchar a todos los convecinos que eran capaces de hacerlo. Sus llamamientos transmitían noticias cada vez más alarmantes sobre el peligro que se les había presentado aquella madrugada. Ahí los tenían pegando a sus murallas. Bastaba mirarlos para comprender que venían a tomar cautivos a los que pudieran ser aprovechables y a matar a los que no les fueran útiles o les ofrecieran resistencia. Ahí los tenían enarbolando banderas, unas con cruces rojas, otras con leones pintados o con castillos o con diversas enseñas todas ellas de terribles recuerdos. Ahí los tenían, pegados a sus murallas, formando grandes columnas de soldados de a pie, otros a caballo, estrechando el cerco mientras los clarines y timbales parecían truenos que aumentaban la angustia en las gentes de Huéscar. Allí estaba con su ejército el gran comendador de Santiago Don Rodrigo Manrique. Le acompañaban las gentes de su casa y un buen número de aventureros que se apuntaban a cualquier pelea porque habían hecho de esto su medio de subsistencia.

Don Rodrigo era un valiente caballero, ya curtido en otras empresas contra moros pero que ahora necesitaba una hazaña importante para hacerse más grande que su antagonista Don Álvaro de Luna. Y esa hazaña iba a ser la conquista del duro, levantisco, rico y tremendo pueblo de Huéscar.

Las mujeres guiaban a los viejos y a los niños para esconderse en el alcázar. Los hombres empuñaban sus armas y corrían hasta colocarse en los lugares donde mejor pudieran ejercer la defensa de su tierra.

Hacía siglos que ningún cristiano empuñando una espada había pisado Huéscar y

a fe que ahora tampoco lo iban a conseguir. Pero ahí los tenían. Habían subido por las escalas que lanzaran los adalides y ya había algunos hombres peleando por las calles.

Pero pagaron cara su osadía. El primero en caer despedazado por los alfanjes moros fue un aventurero siciliano llamado Pedro Sánchez. Luego cayeron dos escuderos de Don Rodrigo, luego otro más. Habían caído estos y llegaban más. Caballeros de Úbeda, de Baeza, de otros lugares, ahí estaban. Los del pueblo repartían mandobles a diestro y siniestro con una fuerza tremenda y unos rodaban heridos por espadas, otros por gumías y otros por flechas.

Entonces el alcaide de Yeste tuvo una idea desgraciada para los moros. Mientras que sus camaradas luchaban en feroz batalla corrió por calles estrechas en dirección a las puertas del pueblo para abrirlas si es que podía y franquear el paso a los cristianos.

También fue descubierto y se convirtió en el centro de la batalla. Unos peleaban como leones para abrir las puertas a los cristianos y otros, con idéntica fiereza y tesón, trataban de evitar que eso sucediera. Pero el alcaide seguía y seguía. A pesar de estar herido agitaba su espada y daba voces a sus compañeros animándolos a derribar las puertas para que pudieran entrar los que estaban en el exterior.

La lucha era tremenda. No había líneas de combate ni orden ni concierto. Solo matar y matar. Imposible avanzar un paso sin dejar sangre por las calles.

Poco a poco los moros se fueron metiendo en sus casas y parapetados así seguían peleando y matando a los invasores. Pero la intención de estos no era la de generalizar la pelea en las casas sino hacer que se metieran los moros en el alcázar y luego tendrían tiempo de plantear la forma de atacarles.

El propio de Don Rodrigo se puso al frente de sus hombres y después de tremendos esfuerzos y grandes sacrificios en vidas castellanas consiguió que todos o casi todos los moros se metieran en el alcázar.

Caía la tarde de aquel día tan tremendo y la pelea no remitía hasta que poco a poco consiguieron que los moros retrocedieran.

Era ya de noche y entonces de desató una orgía de sangre y rapiña. Los soldados cristianos estaban ciegos y sordos a llamamientos sensatos o a sentimientos de piedad y nobleza. Entraban en los hogares vacíos y arrasaban con todo. Comidas, joyas, telas, todo cuento pudiera excitar su codicia era requisado y el sobrante tirado por los suelos. El pueblo se estaba convirtiendo en un muladar.

Los moros aprovechaban la oscuridad de la noche para bajar del castillo y cortar las cabezas de bastantes de esos desgraciados soldados cristianos. Sus bocas hambrientas se cerraban con un rictus de dolor antes de exhalar el último suspiro y eso era la única sensación tranquilizadora que experimentaban las gentes de Huéscar.

A todo esto, apenas apareció por el pueblo el primer soldado cristiano, los moros enviaron mensajeros a los alcaides de los pueblos vecinos para que acudieran a defenderlos y defenderse porque el peligro venía para todos. Y se recibió el primer

socorro. El alcaide de Baza se llamaba El Cabzani, era un hombre eficacísimo y no perdió el tiempo. Al amanecer del día 12 de noviembre ya estaba ante los muros de Huéscar con mil peones y quinientos caballeros.

Los soldados moros que estaban refugiados en el alcázar y los cristianos de Don Rodrigo que campaban por sus respetos cometiendo mil tropelías avistaron enseguida a los que venían a implicarse en una lucha hasta ahora desigual. Al ir acercándose los de Baza se escuchaba el batir de sus tambores y las marchas guerreras que hacían sonar sus instrumentos de viento. Y esos tambores llevaban el miedo a los cristianos y la alegría a las gentes de Huéscar. Ahora la angustia cambiaba de bando así como la esperanza, que volvía a renacer entre los moros. El Cabzani cercó a los que estaban cercando a sus vecinos. Se establecieron tres líneas. Dentro del Alcázar estaban refugiados los habitantes de Huéscar y ahora habían cambiado el semblante. Tenían la sensación de que sus cazadores estaban a punto de ser cazados. En el pueblo estaban los hombres de Don Rodrigo a los que sus caras de triunfo se habían convertido en otras de inmensa preocupación. Estaban cercados por los moros baztetanos mandados por el eficaz Cabzani que enseguida pasó a la acción. Porque como conocían perfectamente el terreno hizo señales a los del alcázar para que atacaran a los cristianos, momento que ellos aprovecharían para escalar los muros del pueblo y penetrar en él.

Y allí se armó una buena. Los cristianos ya miraban delante y detrás. Los del alcázar atacaban la puerta por donde se habían metido los cristianos para facilitar que a su vez entraran los de Baza. Don Rodrigo estaba en un buen lío y encima le habían herido en un brazo. Pero así y todo, como era un magnífico estratega, un fenomenal animador de sus tropas y un valiente, consiguió rechazar a los de Baza y a los del Castillo al menos por el momento. Los del Cabzani se alejaron y se prepararon para dar el asalto final.

Los hombres de Don Rodrigo verdaderamente estaban en un aprieto. Cercaban a los de Huéscar y eran cercados a su vez por los de Baza. Acabarían muy mal si no conseguían recibir auxilios de los cristianos de las fronteras. Y se habían metido muy dentro en el reino de Granada. No les quedaba más opción que pedir ayudas exteriores.

La noche siguiente, cuando todo era oscuridad y silencio, dos soldados de Don Rodrigo se dejaron caer de los muros y salieron conteniendo la respiración hasta que estuvieron en campo abierto donde tomaron unos caballos y salieron como una exhalación en busca del adelantado de Cazorla. Corrieron por caminos conocidos y por campo abierto sin descanso hasta que se presentaron ante el adelantado, que recibió con enorme preocupación las noticias que le traían los hombres del comendador.

La frontera se estremeció con las noticias que llegaban de Huéscar. Don Rodrigo

estaba cercado y a punto de ser aniquilado en un pueblo precioso del reino de Granada.

La frontera hervía. Por todas partes sonaban músicas de movilización mientras banderas y pendones se desplegaban en los castillos y en los pueblos. Los familiares de los que habían acompañado a Don Rodrigo se estremecían de inquietud y animaban una movilización general para ayudar a los suyos. Y enseguida comenzaron a llegar a Huéscar ayudas, al principio escasas pero que aumentaban conforme pasaban las horas.

Era el día 14 de noviembre. Dentro del pueblo estaba Don Rodrigo con un puñado de nobles y soldados. Los moros del Cabzani preparaban una batalla que quería ser decisiva antes de que se recibieran más ayudas cristianas. Y se inició una durísima lucha que duró toda la mañana y que dejó por los campos muchos muertos.

Cuando la lucha apenas se decantaba del lado moro una tremenda noticia se extendió por los escuadrones de los baztetanos. Se aproximaba un formidable contingente de tropas cristianas. Ya les veían a lo lejos. Sus cascos, sus corazas y sus espadas brillaban bajo el sol entre nubes de polvo. Eran muchos. Más que sitiadores y situados juntos. Aquello cambiaba de cariz. Las caras de los hombres de Don Rodrigo cambiaban conforme veían el formidable escuadrón que les venía a ayudar. Las caras de los moros de Huéscar y de Baza también cambiaban. Estaban perdidos. Irremisiblemente perdidos. ¿Para qué tanta lucha? ¿Para qué tanta muerte?

Los cristianos se hicieron dueños del campo aún antes de que les llegaran las ayudas que se acercaban al galope de sus caballos. Los habitantes de Huéscar estaban asomados a las almenas y les invadía una tristeza enorme. Si miraban a un lado veían huir hacia Baza a los hombres del Cabzani. Si miraban a otro veían acercarse un tremendo ejército. Y delante de ellos, ya dueño del pueblo estaba Don Rodrigo Manrique.

Los moros de Huéscar bajaron sus cabezas con una tristeza infinita y se entregaron al comendador esperando la muerte o como mal menor el cautiverio.

Don Rodrigo era el generoso vencedor que cantara su hijo. Estaba ante muchos nobles que saldrían admirados de la benignidad de tan noble caballero. Los habitantes de Huéscar experimentarían la bondad de un hombre excepcional. Lo primero que hizo fue dar libertad a los que se le entregaron. A continuación impidió el pillaje de sus soldados y mandó que todas las damas de Huéscar mantuvieran sus vestidos, sus enseres y sus joyas. Luego colocó en la almena del castillo la bandera de su casa y por fin salió a saludar a los que vinieron a socorrerle. Era como lo retrató su hijo Don Jorge Manrique:

¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!

¡Qué razón!
¡Qué benigno a los subjetos,
y a los bravos y dañosos
un león!
No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó grandes riquezas
ni vajillas.
Mas fizo guerra a los moros
ganando sus fortalezas
y sus villas.

Era el 14 de noviembre de 1434 cuando Don Rodrigo Manrique conquistó el pueblo de Huéscar. Nada más terminar la conquista pidió papel, pluma y tinta para notificar tan buena nueva al rey Don Juan que se puso contento al conocer la formidable conquista. Le concedió aquello por lo que había luchado que era la consideración de ser el caballero más noble e importante del reino.

La tercera embestida contra la frontera la hizo el maestre de Alcántara Don Gutierre de Sotomayor con sus freires por la parte de Archidona y Ovili.

De nuevo digamos una palabra, no sobre Archidona de la que hemos hablado, sino de Ovili. Una palabra esta vez con más desenfado que otras veces.

Ovili es un pueblo precioso que está situado justo en las riberas más limpias del río Guadalhorce porque se riega con sus aguas apenas en su nacimiento. Está situado en un valle precioso. No mantengamos por más tiempo la intriga y digamos que hoy se llama Villanueva del Rosario y está justo al lado de la autovía que nos lleva desde Málaga hasta Granada. Subimos el puerto de las Pedrizas, luego tomamos dirección a Granada y cuando la cuesta abajo nos deja ver el horizonte contemplamos un valle de singular belleza. Entre las montañas y el cauce del río le vemos verde por sus árboles y blanco por la cal de sus casas, precioso, como que hubiera salido de la fantasía de algún poeta.

Hemos ido muchas veces a Villanueva del Rosario. Hemos pasado allí tardes y noches muy buenas. Hemos comido perdices de su sierra y cerezas increíblemente ricas de las orillas del río. Hemos hablado y hablado con amigos hasta que el fresco de la noche nos avisaba de que era hora de regresar.

En el pueblo hay gentes sabias con las que hemos estado muchas veces. Uno de ellos se llama Manuel, es una mezcla de campesino y tratante con el que da gusto hablar y que cada poco trae a María Jesús como regalo unas magdalenas de esas que ya no se fabrican, artesanales y jugosas como no he probado otras. El otro día le pregunté:

—Manuel, ¿sabe la gente en el pueblo que en tiempos de los moros se llamaba Ovili?

Nuestro hombre movió la cabeza, elevó su dedo índice a la altura de la gorra, entornó los ojos en señal de que iba a decir algo importante y me respondió:

—¡Sí! En el pueblo se sabe que antes se llamaba Ovili. Antiguamente había un castillo en un sitio que le dicen «la Cuesta del Peo» y por allí dicen que estaba el pueblo en los tiempos de los moros.

¡Ea! Ya sabemos algunas cosas importantes. Una que Villanueva del Rosario es un pueblo antiquísimo que en tiempos se llamó Ovili. Otra que si escarbamos en el lugar conocido como la *Cuesta del Peo* vamos a encontrar las ruinas de un viejo castillo en cuyos muros se han escrito leyendas, ha sido centro de peleas y seguramente existan en él moros encantados por viejos hechizos.

El rey había encomendado defender la frontera de los ataques del alcaide de Archidona a una guarnición con base en Écija al mando del maestre de Alcántara Don Gutierre de Sotomayor. Los freires vieron la ocasión para ganar gloria militar y botín económico, que lo había y mucho en los pueblos y castillos musulmanes. Con más rapidez de la que aconseja la prudencia mandaron exploradores para reconocer el terreno. Estos espías fueron demasiado rápidos e informaron a Don Gutierre que los castillos de Archidona y de Ovili estaban sin defensas, por lo que serían presa fácil de sus ataques.

Había que repetir la hazaña del joven Manrique así que sin pensárselo mucho salieron camino de la Peña de los Enamorados para desde allí conquistar los dos castillos.

Pues se adentraron por los barrancos donde nace el Guadalhorce, se metieron por lugares intrincados buscando pelea y la encontraron. Los moros de Archidona y de Ovili estaban avisados desde que supieron lo que le había ocurrido a sus hermanos de Huéscar, les siguieron hasta esos lugares de difícil salida y entre piedras lanzadas desde arriba, flechas y matacanes acabaron con quince comendadores de la orden de Alcántara, con todos los capitanes de Écija y su comarca, con bastantes caballeros de Extremadura que habían acudido en busca de gloria y botín.

Don Gutierre consiguió esconderse entre la maleza y cuando pasó la quema, con la ayuda de un converso que conocía el terreno, salió hacia Écija verdaderamente malparado. Trajo a la conquista de Archidona y de Ovili unos mil soldados entre hombres de a pie y caballeros y se salvaron apenas cien. El peor desastre de la orden de Alcántara y una seria advertencia para los alocados cristianos.

Don Juan se llevó un disgusto tremendo y dio órdenes de que se anduvieran con

más prudencia.

La situación en Granada era de extrema dificultad porque las amenazas al reino nazarí provenían de estos ataques de los cristianos y además los propios pueblos y ciudades del reino iniciaron un movimiento de sumisión y acatamiento a la autoridad castellana en vista de que *el Izquierdo* no podía darles la seguridad que demandaban.

Muchos pueblos fronterizos comprendieron que tarde o temprano iban a ser conquistados por lo que se decidieron a dar ellos mismos el primer paso, negociar su entrega y obtener así condiciones más favorables que si se las impusieran las tropas conquistadoras.

Cundía el desaliento en el reino. Muchos nobles prefirieron marcharse a Túnez buscando mejores vientos. Mientras, continuaban los hechos de armas alguno de los cuales fue importante y lo protagonizó un grandísimo soldado y poeta. Hablo del marqués de Santillana y su conquista del pueblo de Huelma. Unas palabras, en primer lugar sobre el personaje y su poesía.

Tengo en mis manos un libro muy viejo titulado *Historia de la Literatura española*. Su autor fue Guillermo Diaz-Plaja, está editado en el año 1949 y es en el que estudié literatura cuando era niño y desde entonces recuerdo, porque lo aprendí de memoria para una clase, que:

> *Don Íñigo López de Mendoza, señor de Buitrago y de Hita y primer marqués de Santillana, nació en Carrión de los Condes.*

En ese libro aprendí que tuvo una gran biblioteca, que compuso poemas, sonetos y serranillas, unas de influencia italiana y otras al estilo provenzal, que se destacó en la guerra contra los moros en Granada y entonces ya intuía yo que le gustaban bastante las señoras. Todos los poemas que le leí eran tiernamente amorosos y algunas veces hasta eróticos, siempre considerando la época en que los escribió.

Tanto me impresionó su poesía que al visitar Carrión me acordaba de él y no digamos al hacer, con nuestro coche, claro, la vía del Calatraveño.

Este iba por esos caminos de Dios, veía a una chavala y perdía el *dominustecum*. Mirad lo que escribe:

Moça tan fermosa
no vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.
Faciendo la vía
del Galatraveño
a Sancta María

vencido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.

O si no escuchad otra:

Moçuela de Bores
allá do la Lama
púsome en amores.

O sea que nuestro marqués tenía un amor en cada puerto, era un tío caliente y siempre estaba con la escopeta montada. Sus posibles reparos morales los atemperaba con razones que ahora provocan ternura. Mirad lo que dice:

Sólo por augmentación
de humanidat
ve contra virginidat
con discrepçión;
que la tal deleytaçión
fiço caer
del altísimo saber
a Salomón.

¡Claro! Salomón sucumbió a los encantos de una señora que era nada más y nada menos que la reina de Saba. ¿Cómo no iba a caer en las mismas redes Don Íñigo López de Mendoza, señor de Buitrago y de Hita y primer marqués de Santillana ante la primera serrana que se encontrara en la frontera?

Bueno, pues a un personaje así de vitalista, así de buen poeta y de sabio, solo le faltaba acometer una empresa de conquista contra los moros para ser un tío lo que se dice completo. Y puso sus ojos en Huelma porque ya antes había intentado su conquista el primer duque de Alba sin resultado.

Don Íñigo reunió a todos los caballeros de Jaén, preparó bien la expedición dotándola de artillería y artilugios suficientes para atacar las murallas y cercó el pueblo. Una vez hecho esto apuntó sus lombardas contra los muros y aplicó los arietes a las torres.

Las fronteras no estaban completamente cerradas. Los moros conocían sobradamente el modo de vida de los cristianos, había amores entre moras y

cristianos y cuando las cosas se ponían feas les faltaba un pelo para entregarse sin mucha pelea. Bastantes mozos cristianos debían pasar las fronteras para encontrar amores en tierra de moros y eso une más de lo que parece. Recordemos el viejo romance anónimo que canta esas excursiones:

Tres morillas me enamoran
en Jaén:
Aixa, Fátima y Merién.

Así las cosas, con ese intercambio tan vital y con las lombardas del marqués disparando sus truenos contra las torres de Huelma, los moros decidieron que era mejor rendirse y después de pensárselo un poco se decidieron a hacerlo.

Dejemos por ahora las luchas de frontera y volvamos para intentar conocer cómo andaban las cosas en Granada.

Estaba comprobado que los granadinos no podían poner freno a aquel proceso de conquistas cristianas. *El Izquierdo* se sentía incapaz de hacer algo en ese sentido. Pero se libraron de ulteriores ataques gracias a que en Castilla las luchas intestinas eran tremendas y eso imposibilitaba a los cristianos continuar por ahí.

A pesar de ello fue el Izquierdo el que propuso a Castilla firmar un tratado de paz y como interesaba a las dos partes fue firmado en Jaén el 11 de abril de 1439.

El Izquierdo sabía que la tregua dependía exclusivamente de la situación interior en Castilla. Él no podría parar a los cristianos. ¿En quién se podría apoyar? ¿Podría obtener ayuda de sus hermanos africanos? La única posibilidad era alargar las treguas lo más posible y nada más.

Y en estas estaban cuando estalló otra revuelta. La mecha no fue la situación exterior o la falta de horizontes que tenía el reino a causa de los cristianos. Fue otra bien distinta pero con toda seguridad estuvo abonada por la situación de inseguridad, por la falta de futuro que ya todo el mundo veía en Granada.

Corría el año 1445. *El Izquierdo* tenía una hermana a la que quería mucho y se llamaba Fátima. Y esta hermana tenía dos hijos, uno se llamaba Ismail, vivía en Granada y el otro Yusuf que se tuvo que marchar a Almería. Era este un personaje ambicioso y dos gallos no podían cantar en el mismo corral. El rey vio venir sus ambiciones pero era listo y por eso prefirió mandarle a Almería y hacerle alcaide de su alcazaba en vez de hacer lo que le hubiera apetecido que era cortarle la cabeza. Pensó que las aguas tranquilas de Almería le aplacarían seguramente.

El otro sobrino se llamaba Ismail. Este *pasaba* de ambiciones y dedicaba sus energías a las artes amatorias en las que era un consumado maestro. Y ocasionalmente se había enamorado de una chavala de extraordinaria hermosura.

Los amores de los moros granadinos eran ciegos, así que día y noche nuestro

Ismail soñaba con casarse con ella. Cuando ya, hablamos figuradamente, había hasta repartido las invitaciones de boda, preparado los festejos, el banquete, etcétera, algún cortesano amigo le dio una noticia que lo partió por la mitad. El rey le prohibía el casamiento con su chavala porque había decidido casarla con un caballero amigo suyo.

¡Por menos se armaban guerras en Granada! Ismail echaba espuma por la boca contra su tío y seguido por bastantes amigos montó en su caballo, tomaron las armas por si acaso y salieron de incógnito por la Puerta de Elvira hacia la frontera.

Yusuf, que estaba en Almería, se enteró de la faena que le habían hecho a su hermano y de cómo estaban los ánimos en Granada. Y como este era el ambicioso de la familia vino a Granada, se reunió con los descontentos, pagó a unos, ofreció dinero y sublevó a la parroquia contra *el Izquierdo*. El pueblo estaba deseando sumarse a cualquier sublevación, defendiera lo que defendiera.

El siguiente paso de Yusuf fue subir a la Alhambra con sus partidarios, sorprender en sus aposentos al *Izquierdo* y obligarle a abdicar en su humilde persona. Cuando abdicó el tío, el sobrino le mandó prender y se proclamó rey. Ya lo tenemos. Otro derrocamiento.

CAPÍTULO XXIV

YUSUF V, EL COJO, REY NÚMERO DIECISIETE. ISMAIL III, REY NÚMERO DIECIOCHO.

Era el mes de junio de 1445 cuando *el Cojo* subió al trono de la Alhambra. El nuevo rey era nieto de Yusuf II y biznieto de Muhammad V

Dicen los libros que tanto en Castilla como en Granada le llamaban *el Cojo* porque lo era.

Naturalmente se produjo una nueva vuelta de tortilla. Los partidarios del visir Abdilvar y los Abencerrajes fueron cesados, sintieron que no eran buenos tiempos para ellos y se fueron a refugiar a Montefrío.

Frente al nuevo rey se situó un grupo de presión formidable. Por una parte estaban los Abencerrajes en Montefrío. De otro lado estaba *el Izquierdo* con sus partidarios que eran conscientes de que habían perdido las simpatías del pueblo. Estaban convencidos de que no era el momento de presentar la candidatura al rey depuesto porque les iban a cortar la cabeza. El pueblo estaba harto de ellos. Pero estas dos fuerzas tenían en común el odio al nuevo monarca y los deseos de quitárselo de en medio lo más pronto posible. ¿Qué se les ocurrió hacer? Pues buscarse un pretendiente alternativo y lo encontraron. Claro que lo encontraron. Tenían a Ismail, que se había tenido que ir de Granada para buscar refugio en la corte castellana, donde Juan II mantenía a un grupo de refugiados granadinos con el propósito de alentar divisiones en el reino.

Ismail estaba deseando ser llamado por los granadinos y Juan II también estaba deseando enviarlo para meter cizaña, así que nada más recibir la indicación se puso en camino hacia Granada haciendo parada en Cambil.

La sola presencia en Cambil del pretendiente provocó bastantes reacciones en el reino. La semilla de la división estaba tan extendida que bastaba el más leve indicio para que se dividieran los nobles buscando enfrentamientos y peleas.

Yusuf enseguida se dio cuenta del peligro que corría y tomó algunas medidas, como cambiar de visir y poner otro más adecuado. Y en parte consiguió su propósito porque se apaciguaron un poco los ánimos y perdieron fuerza los deseos de sublevación.

En vista de ello el que se fastidió fue Ismail que estaba esperando acontecimientos. Cuando vio que no tenía el camino franco hacia Granada se dio la media vuelta y se dirigió a Castilla.

Y de nuevo Yusuf cargó contra los disidentes. Detuvo a unos cuantos cadíes que se pusieron de parte de Ismail, los encarceló y confiscó sus bienes.

Los del *Izquierdo* intentaban reconquistar el poder y como no lo veían fácil

decidieron llamar de nuevo a Ismail y con la ayuda del alcaide de Guadix se organizó de nuevo la revuelta que acabó echando del trono a Yusuf, dejándolo libre para que lo ocupara un nuevo rey. Tampoco fue duradero este reinado. Desde junio de 1445 hasta febrero de 1446.

Ismail III, rey número dieciocho en Granada.

Su situación era bastante inestable. Tenía asomándose por las ventanas a dos sultanes derrocados, tío y sobrino, los dos con aspiraciones al trono y deseando quitarlo para ponerse ellos.

Yusuf se había establecido en Almería con sus seguidores y con su ministro Ibn Allaq. En realidad reinaban allí como señores absolutos. Muhammad IX estaba en Salobreña. Demasiado cerca de Granada. Contaba con los Abencerrajes. Porque resulta que los que habían llamado a Ismail que estaba en Castilla, lo hicieron con la clara intención de reponer a Muhammad IX apenas pudieran. Yusuf y Muhammad se habían conjurado en echar a Ismail lo más pronto posible.

¿Quién lo mantenía entonces? Curiosamente Castilla, a quien rendía vasallaje. Gracias a los castellanos se mantuvo en el trono. Cada vez que asomaba por las fronteras *el Cojo* para atacar a Ismail intervenía Juan II para ayudarle. Pero Castilla estaba hecha unos zorros, con más enfrentamientos y discordias civiles que Granada, que ya es decir.

Yusuf V, *el Cojo* vio en estas discordias civiles castellanas la brecha por dónde meter una buena cuña a su favor. Buscó y obtuvo la ayuda de Castilla pero no la de Juan II sino la de los nobles castellanos de la facción contraria.

Ahora sí que la hizo buena. Yusuf V, apoyado por nobles castellanos sublevados, por un lado y por otro Ismail, a quien ayudaba Juan II. Y a río revuelto, veremos si no acababa pescando *el Izquierdo*. Más mal que bien se iba manteniendo hasta que en agosto de ese año *el Cojo* fue asesinado en Almería por su ministro Ibn Allaq por un quítame allá esas pajas. Así se las gastaban y esto precipitó las cosas.

El fuerte era *el Izquierdo*, más listo, más experimentado y apoyado por los Abencerrajes. Eso lo comprendió Ismail que se marchó a Castilla donde seguramente estaría su cabeza más segura que en las agitadas aguas de Granada.

Así, un nuevo cambio. El 11 de septiembre de 1447, vuelve a reinar en Granada un viejo conocido.

Muhammad IX, *el Izquierdo*, en su cuarto reinado.

De alguna manera se arreglaban un poco las cosas. La situación era tan precaria, con tres pretendientes, que la desaparición por muerte de uno y la huida a Castilla de otro dejaba el camino franco al Izquierdo, que al fin y al cabo era un hombre experimentado, algo mayor pero, bien visto, era una apuesta segura. Y tuvo una suerte fenomenal. Era viejo pero esto dice un viejo cronista árabe:

Dios le otorgó a al-Galib bi-Llah la dicha de contar con el príncipe victorioso Abu ‘Abd Alláh Muhammad

Quiere decir este párrafo que *el Izquierdo* contó en este cuarto reinado con el príncipe Muhammad que fue para él un regalo de Dios porque era valiente, le dio muchas victorias y fue su mano derecha. Este Muhammad, mano derecha del *Izquierdo*, era hijo de Muhammad VIII el Pequeño y nieto de Yusuf III, que a su vez era tío del *Izquierdo*. Será más adelante rey. Debía ser como su padre de talla corta porque la historia le conoce como *el Chiquito*. *El Izquierdo* no tuvo ningún hijo varón y este Chiquito reunía una serie de buenas condiciones para sucederle. Por lo pronto le apoyaban los partidarios del asesinado *Pequeño*. Encima *el Izquierdo* lo casó con una de sus hijas. Además lo puso al frente del ejército. Estuvo siempre al lado del *Izquierdo* aunque en muchos momentos llegó a suplantar al rey.

El Izquierdo y su mano derecha tuvieron una gran suerte. Las disputas internas en Castilla estaban en su punto más álgido. No parece que se hayan dado en la historia de España unos enfrentamientos tan tremendos como los que se produjeron en tiempos de Juan II y de su hijo Don Enrique *el Impotente*.

Jaén, Baeza, Andújar, Martos, Linares, Úbeda, etc., las plazas que debían ser punta de lanza contra los granadinos estaban sumidas en una terrible anarquía. El infante Don Enrique se había unido al rey de Navarra, al infante de Aragón, y quiso poner de su parte a todas estas ciudades de los alrededores de Jaén, precisamente porque allí estaban emplazadas las mejores tropas castellanas.

Y ¿qué pasó? Pues que se dividieron miserablemente. Unas se pusieron de parte de Don Juan y otras del lado de Don Enrique. La consecuencia fue que por la frontera regía la ley de la selva. Cada uno iba por su lado. Cada uno peleaba por su facción.

Y los granadinos se ocuparon de apoyar a los distintos bandos fomentando estos enfrentamientos y buscando su propio beneficio. En consecuencia los granadinos, mandados por *el Chiquito*, inician una serie de batallas o algaradas contra los castellanos que no se limitaban a arrasar campos y aldeas sino que además les proporcionaba un rico botín de oro y esclavos cristianos.

En Granada se tocaron tambores de guerra. En los torreones de las murallas del Albaycín y de la Alhambra tremolaron pendones que inmediatamente imitaron los castillos, las ciudades y las villas del reino. Todo el mundo corrió a empuñar su cimitarra y su lanza. Los alfaquíes lanzaban sus soflamas en las mezquitas, recitaban suras del Corán y anunciaban que era la hora de tomarse cumplida venganza para restaurar el viejo esplendor del Islam en al-Andalus.

En los salones del Palacio de Comares se reunían nerviosos los santones y los consejeros del rey para aportar sus ideas en estos momentos tan cruciales. Junto a ellos se sentaban los almogávares, exploradores de las fronteras y al lado los más

afamados adalides para dar información acerca de la situación real de las tropas cristianas. Y discutían acaloradamente. Un viejo alfaquí se levantó y dijo:

> *—No perdamos el tiempo en discutir. Es necesario que nuestra caballería ataque por distintos puntos de la frontera para llevar la muerte y la desolación al corazón del territorio enemigo. Hay que reducir sus ciudades a cenizas si no se humillan ante nuestras banderas.*

Todos aceptaron como buena la idea del viejo alfaquí. Inmediatamente se aprestaron a engrosar el ejército y se realizaron una serie de ataques contra los cristianos.

Al verse atacado por los granadinos y con las manos atadas por los enfrentamientos internos, fue Don Juan II el que envió a un propio, Don Pedro de Aguilar, a que negociara una tregua de tres años con el rey *Izquierdo*. Naturalmente que éste, al verse en superioridad de condiciones, no aceptó la propuesta y continuó sus ataques, muchas veces con la colaboración de nobles castellanos enfrentados a su rey.

Era el mes de febrero del año 1448 y los granadinos contaban con la ayuda, nada menos que de Don Rodrigo Manrique. Esto era tremendo para los intereses de los cristianos.

Los granadinos, bajo la dirección política del *Izquierdo* y la mano militar de *el Chiquito*, aprovecharon estupendamente esta superioridad para recuperar una serie de castillos y pueblos que habían perdido anteriormente. Toda la frontera se estremeció por los ataques. Durante estos años los castellanos sufrieron derrota tras derrota, perdieron tierras, ganados y tuvieron bastantes pérdidas en la actual provincia de Málaga.

Una de las victorias más célebres del *Chiquito* fue la de Río Verde, en las cercanías de Marbella. Vamos a hablar algo sobre esta batalla.

Era la primavera del año 1448. Andaban por la costa malagueña una serie de expedicionarios cristianos de la Baja Andalucía para defender sus fronteras y quién sabe si también para darse por aquí una vuelta como hacen ahora. Mandaba esta expedición el alcaide de Jimena de la Frontera Don Juan de Saavedra y le acompañaban tropas de Jerez, Vejer, Alcalá de los Gazules y Medina Sidonia.

En Granada se supo que vendría este ejército y salió para repeler la agresión un puñado de soldados mandados por los visires Abu Isaac al-Barr y Abu l-Qasim al-Sarray.

El 14 de marzo de 1448 se encontraron frente a frente en el Río Verde, cerca de Marbella y los granadinos literalmente destrozaron a los castellanos. Fue una derrota sin paliativos. Los soldados que no murieron fueron hechos prisioneros. Los nazaríes

victoriosos volvieron a sus cuarteles con ciento cincuenta soldados cristianos prisioneros, entre los cuales estaba el mismísimo Saavedra.

El impacto de esta victoria fue tremendo en Granada y también en Castilla. Tanto que los poetas inmortalizaron el hecho con este célebre romance:

Río verde, río verde,
tinto vas en sangre viva.
Entre ti y Sierra Bermeja
murió gran caballería.
Murieron duques y condes
señores de gran valía.
Allí muriera Urdiales
hombre de valor y estima.
Huyendo va Sayavedra
por una ladera arriba.
Tras del yva un renegado
que muy bien lo conocía.
Con algazara muy grande
desta manera dezía:
—«Date, date, Sayavedra,
que muy bien te conocía.
Bien te vide jugar cañas
en la plaça de Sevilla,
y bien conocí tus padres
y a tu mujer Doña Elvira.
Siete años fui tu captivo
y me diste mala vida.
Agora lo serás mío
o me has de costar la vida».
Sayavedra que lo oyera
como un ladrón revolvía.
Tirole el moro un quadrillo
y por alto hizo vía.
Sayavedra con su espada
duramente le hería.
Cayó muerto el renegado
de aquella grande herida.
Cercaron a Sayavedra
más de mil moros que avía.

Hiciéronle mil pedaços
con saña que del tenían.
Don Alonso en este tiempo
muy gran batalla hacía.
El caballo le habían muerto,
por muralla le tenía
y arrimado a un gran peñón
con valor se defendía.
Muchos moros tiene muertos,
mas muy poco le valía
porque sobre él cargan muchos
y le dan grandes heridas,
tantas que allí cayó muerto
entre la gente enemiga.
También el conde de Ureña
mal herido en demasía,
se sale de la batalla
llevado por una guía
que sabía bien la senda
que de la sierra salía.
Muchos moros deja muertos
por su grande valentía.
También algunos se escapan
que al buen conde le seguían.
Don Alonso quedó muerto
recobrando nueva vida
con una fama inmortal
de su esfuerço y su valía.

El rey castellano a la vista de este fracaso militar y de su precaria situación, tomó de nuevo la iniciativa para firmar una tregua con *el Izquierdo*. El 5 de abril de 1448 encargó a Pedro de Aguilar que visitara al granadino con esta propuesta. Sin embargo el nazarí se veía más fuerte que su adversario y rechazó firmar ningún acuerdo.

El Izquierdo estaba libre de pactos, no tenía las manos atadas y encima se sentía más fuerte que los cristianos. Era el momento de tomarse una revancha serena, de quitarse de encima los complejos de inferioridad y los miedos que durante tantos años habían atenazado a los musulmanes de este lado de la frontera.

En diciembre de 1448 se reanudaron las campañas victoriosas al mando de *el Chiquito*. Los cristianos sentían lo que era ser derrotados, veían su sangre derramada

esta vez por las fronteras de Murcia.

Las tropas granadinas ya no encontraban resistencia. En la primavera del año 1449 iniciaron un ataque general por todas las fronteras del reino. No se trataba solo de destruir las fuentes de riqueza de los castellanos y de obtener un cuantioso botín en oro, ganados y esclavos. Eso también. Ahora se estaba ventilando una contra reconquista en la que los soldados del reino nazarí volvían a pasear sus triunfos por la calle de Elvira.

El resto de las zonas fronterizas también probaron de la misma medicina. Los soldados del *Chiquito* llegaron hasta Utrera, las vegas de Antequera, arrasaron los arrabales de Jaén, de Baena, capturando gran cantidad de botín.

Por si esto fuera poco Don Rodrigo Manrique se puso de la parte de los nazaríes, en contra de sus hermanos cristianos que le habían dado la espalda. Los castellanos que no eran leales a su persona sufrieron feroces ataques y grandes pérdidas. Don Rodrigo preparó su caballería granadina y atacó Montiel, las tierras de comendador de Castilla y de vuelta a Granada saqueó a todo el que no era partidario suyo.

Pero las dichas no duran siempre. La euforia que reinaba entre los nazaríes se iba a acabar. Y se acabó por culpa de las intrigas cortesanas.

El rey destronado Ismail III se marchó a Castilla. Allí estaba Don Juan II sufriendo lo suyo por culpa de la alianza contra natura entre algunos de sus nobles con el rey de Granada. Seguramente se mordía las uñas de rabia al ver que Don Rodrigo Manrique estaba en la orilla contraria haciéndole todo el daño que podía. Y a pesar de que no fuera lo que se dice un lince, no tuvo que esforzarse demasiado en encontrar la manera de responder a sus adversarios con las mismas armas con que lo atacaban. En Castilla tenía a Ismail. Bastaría con apoyarle para meter en Granada la misma cuña que él tenía en su reino.

Don Juan proveyó de armas, dinero y acompañantes a Ismail y este se buscó un lugar donde poder instalarse con cierta seguridad y donde liderar a los descontentos con *el Izquierdo*. Y encontró un lugar precioso por su belleza, con unas vistas inmensas, como que fuera un nido de águilas desde el que se divisa el mar por el sur, tierras agrestes por todas partes y que está guardado por murallas, unas naturales y otras hechas por el hombre. Un lugar rico en pasas, en higos secos, en vino dulce malagueño, un lugar inmenso llamado Comares.

Ismail volvió de Castilla y se instaló en Comares para desde allí iniciar la conquista del trono perdido y de paso debilitar a su enemigo *el Izquierdo*.

Era el mes de marzo de 1450. Con la vuelta de Ismail se encendió en la nación granadina el fuego de la guerra civil.

El Izquierdo intentó pactar la paz o al menos una tregua con Castilla. Don Juan, que hacía a todo, firmó esa paz y al mismo tiempo continuaba ayudando a Ismail para que fastidiara todo lo posible a su rival *el Izquierdo*.

El intruso, al que los cronistas musulmanes llamaban simplemente el *arráez*, inició desde Comares su conquista del reino. Era un buen lugar. Nadie se atrevería a atacarle en su refugio, eso por un lado y por otro Málaga era sede de los descontentos con *el Izquierdo*. Comenzó atacando y conquistando diversos lugares de la costa y el 2 de abril de 1450 se apoderó de la Alcazaba de Málaga y allí mismo fue proclamado rey de Granada.

Al mes siguiente, en mayo de 1450, ya había firmado Don Juan una tregua de cinco años con Ismail.

La reacción de los granadinos fue formidable. Ismail se presentaba ante ellos como un firme vasallo de los castellanos y eso representaba un peligro tremendo. ¿En qué manos se iban a poner? ¿Les gobernaría Ismail o el rey de Castilla? Pese al enorme poder de los castellanos, a pesar de su ayuda al llamado arráez, hicieron una piña alrededor del *Izquierdo*, que no perdió el poder en ningún momento.

Y una vez asegurado en el trono con el apoyo del pueblo, inició una contraofensiva. Pero enseguida, a finales de mayo del mismo año un ejército al mando del *Chiquito* salió de Granada en dirección de Vélez Málaga. La resistencia fue nula y el castillo veleño se entregó a los granadinos.

El día 5 de junio de 1450 ese ejército mandado por *el Izquierdo* y por *el Chiquito*, se dirigió por las costas hacia Málaga y se instalaron en las huertas. El 15 de junio la conquistaron mientras Ismail se refugiaba en la Alcazaba y Gibralfaro.

El Chiquito en un par de días tomó las atarazanas, en vista de lo cual Ismail pensó que la única salida que tenía era intentar un buen acuerdo.

El sábado día 28 de junio *el Izquierdo* subió a la Alcazaba rodeado de todos sus servidores para recibir la sumisión de los malagueños y de los habitantes de la Garbía.

Ismail vivió un par de días más. Estos se las gastaban así. Era normal que ocurriera. El día 30 de junio de 1450 Muhammad cortó la cabeza a su oponente Ismail. Subid a la Alcazaba e imaginad la escena. Seguramente en una de esas torres desde las que se contempla un mar plácido e inmenso, agarraría *el Izquierdo* la cimitarra con su mano decente y la dejaría caer con todas su fuerzas, ya pocas, sobre el cuello de Ismail. ¡Buen lugar para morir! En la Alcazaba, mirando al mar, el mejor reflejo de la eternidad.

El Izquierdo mantuvo en todo momento las riendas del poder con pulso firme y con prudencia. A partir de la intentona de Ismail podría decirse que no tenían el empuje de antes. Las campañas de los granadinos comienzan a tener resultados nefastos para ellos en el año 1452. Su primera derrota la sufrieron en la frontera de Sevilla. La segunda y más catastrófica de todas tuvo lugar en marzo de 1452 y es la llamada por los cristianos batalla de los Alporchones y por los cronistas musulmanes la batalla de Lorca. Hablaremos de ese hecho de armas que fue sonado en Granada.

Había en Granada un caudillo joven pero famoso en peleas y en lances de amores. Se llamaba Abdilvar. Era un tío valiente, guapo, buen soldado, hijo del caudillo Abencerraje llamado Abdilvar, de quien hemos hablado anteriormente.

Aunque era Abencerraje siempre permaneció en Granada porque en un día de torneo en la plaza de Bibarrambla había visto a una mora de las que según cuentan las viejas leyendas árabes miraban de tal manera que volvían loco al más pintado, que para el caso era nuestro héroe. Abdilvar, al sentirse seguido por la mirada de aquella extraordinaria beldad, había hecho con su caballo giros, botes y toda clase de cabriolas mientras sus ojos remiraban a la joven con deleite y admiración. Fue un flechazo de amor en plena plaza de Bibarrambla. Naturalmente que se quedó en Granada esperando convencer a su amada de que él era su hombre y nada mejor para ello que hacerse notar en alguna campaña importante.

Como era persona de gran valor y no le resultaba estar mano sobre mano, pensó que era el momento de hacer la guerra a los cristianos para traerse algo de dinero, que nunca viene mal. Un día fue a visitar al rey y le dijo:

> —*Señor, cuánto me alegraría si me dierais permiso para hacer una entrada en tierra de cristianos. Si vuestra Alteza me da permiso atacaría el campo de Lorca, Murcia y Cartagena que es tierra de grandes haciendas y ganados.*

El rey entendió enseguida que éste era capaz de eso y de más pero que convenía hacerle algunas advertencias por prudencia. Le dijo a Aldilvar:

> —*Yo sé que eres un hombre valeroso y que es lo normal concederte esa licencia porque se la he concedido a otros menos valientes que tú. Pero para ir a esos lugares temo darte el permiso porque estos murcianos son bravos y pelean como energúmenos. No sea que te ocurra algo malo.*

Abdilvar le contestó:

> —*No tema vuestra Alteza. Voy a llevar conmigo a unos alcaides que me van a ayudar a entrar en Murcia.*
>
> —*Pues si ese es tu parecer* —dijo el rey— *sigue tu voluntad que yo te doy mi licencia para esa campaña.*

Abdilvar le besó las manos y se marchó a su casa que estaba en la Cuesta de Gomeres e inmediatamente mandó que tocaran añafiles y trompetas de guerra para que todo el que quisiera se alistara en su ejército.

La gente en Granada estaba deseando escuchar esos añafiles. Si las cosas se daban bien podrían volver con un buen botín en dinero y en especie. Por otra parte muchísimos no sabían hacer otra cosa que pelear y si los mandaba el joven Abencerraje el éxito estaba asegurado.

Un rato después de que sonaran los añafiles y las trompetas de Abdilvar se juntó en la Cuesta de Gomeres un gran cantidad de gente, toda bien armada preguntando en qué dirección habrían de salir.

Abdilvar se alegró mucho, se subió en un taburete para que todos le escucharan, alzó su potente voz y les dijo:

> *—Sabed, mis buenos amigos, que vamos a hacer una entrada por el reino de Murcia de donde, si nos ayuda Alá, volveremos ricos. Por tanto os animo a que sigáis mis banderas.*

Todos contestaron que estaban encantados de seguirle. Y sin preparar mucho el petate ni despedirse de nadie tomaron el camino de Guadix. Os cuento eso otra vez, ahora en verso:

Allá en Granada la rica
instrumentos oy tocar
en la calle los Gomeles
a la puerta de Abdilvar.
El cual es moro valiente
y muy fuerte capitán.
Manda juntar muchos moros
muy diestros en pelear
porque en el camino de Lorca
se determina de entrar.

La estructura de su ejército era excelente. Le acompañaban una serie de alcaides de la tribu de los Alabeses. Sigamos con el romance.

Con él salen tres alcaides,
aquí los quiero nombrar:
Almoradí de Guadix.
Este es de sangre real.
Abenacid es el otro
y es de Baça natural.
Y de Vera es Alabez

de esfuerzo muy singular
y en cualquier guerra su gente
bien la sabe caudillar.

Se juntaron en Vera y allí se les unió otra tropa compuesta por los alcaides de los pueblos cercanos, tales como Mojácar, Sorbas etc. Seiscientos hombres de a caballo y mil quinientos de a pie. Cuando estuvieron juntos pusieron rumbo a las tierras de Lorca, luego pasaron por el Mar Menor hasta Cartagena, desde allí al Pinatar haciendo todo lo que podían, que era destruir fuentes de riqueza, rapiñar cuantas cosas les podrían venir bien y traerse cuantos esclavos pudieran, que eso era una magnífica inversión. Ya vendrían los suyos a pagar su rescate. Repito lo dicho pero en palabras del viejo romance:

Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán.
El campo de Cartagena
acuerdan de saquear.
Alabez, por ser valiente,
lo hacen su general;
Otros doze alcaides moros
con ellos juntados se han,
que aquí no digo sus nombres
por quitar prolixidad.

Bien. Pasemos a la acción:

Ya se partían los moros,
ya comiençan de marchar
por la fuente de Pulpé
por ser secreto lugar
y por el puerto los peynes
por orilla de la Mar.
En el campo Cartagena
con furor fueron a entrar.
Cautivan muchos cristianos
que era cosa despantar.
Todo lo corren los moros
sin nada de les quedar
el rincón de San Ginés

y con ello el Pinatar.

Los tenemos ya de vuelta y bien cargados de botín. Están en el Puntarrón de la Sierra de Aguaderas. Ahora tocaba volver. Pero ¿por dónde? El camino hacia Granada es largo y hay que tomar sus precauciones. ¿O no? Volvamos al poeta:

Quando tuvieron gran presa
hacia Vera buelto se han
y en llegando al Puntaron
consejo tomado han
si passarían por Lorca
o si yrían por la mar.

Los más prudentes pensaban que era mejor volver por el mar y los más lanzados que eso era una cobardía. Parecería que temieran a los cristianos de Murcia, de Aledo y de Lorca. Y, claro, se salieron con la suya los que más voces daban que eran los más valientes.

Alabez, como es valiente,
por Lorca quiere passar
por tenerla muy en poco
y por hacerle pessar
y ansí con toda su gente
comentaron de marchar.

Era un ejército considerable pero venían de vuelta a casa y ya se sabe que no es lo mismo *ir a los toros que volver de los toros*. Pues a la vuelta los cristianos los esperaban en los alrededores de Lorca, pero un ejército grande que se había ido concentrando para acechar a los desprevenidos granadinos. Eran muchos y estaban decididos a todo. El corregidor de Murcia Don Diego de Ribera, el alcaide de Lorca Don Alonso Fajardo, Alonso de Lisón, caballero de Santiago y castellano del castillo de Aledo y muchísimos más.

Lorca y Murcia lo supieron
luego los van a buscar
y el comendador de Aledo
que Lisón suelen llamar.

Los moros caminaban de prisa. Volvían a casa contentos y cuando se acercaron a Lorca cautivaron a un caballero llamado Quiñonero

Junto de los Alporchones
allí los van alcançar
los moros yvan pujantes
no dexavan de marchar.
Cautivaron un Christiano
caballero principal
qual llamaban Quiñonero
que es de Lorca natural.

Evidentemente iniciaron un interrogatorio en toda regla del cautivo Quiñonero que a las primeras insinuaciones de las de entonces iba a cantar lo que supiera:

Alabes que vio la gente
comiença de preguntar
—Quiñonero, Quiñonero,
digasme ahora la verdad.
Pues eres buen caballero
no me la quieras negar.
¿Qué pendones son aquellos
que están en el olivar?
Quiñonero le responde,
tal respuesta le fue a dar:
—Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia que no más
y el comendador de Aledo
de valor muy singular
que de la francesa sangre
es su prosapia real.

El asunto se ponía feo para los moros porque estos venían bien armados.

Los caballos traían gordos
ganosos de pelear.
Allí respondió Alabez
lleno de rabia y pessar:
—Pues por gordos que los traygan

la rambla no passarán
y si ellos la rambla passan
¡Alá y qué mala señal!

Ya estaban flaqueando. Parece decir que si pasan los cristianos la rambla que Alá nos coja confesaos.

Era el día 17 de marzo del año 1452 cuando los hombres de Abdilvar cayeron en la trampa que les tendieron los cristianos y fueron literalmente masacrados.

Estando en estas razones
allegara el mariscal
y el buen alcaide de Lorca
con esfuerço muy sin par.
A los primeros esfuerços
la rambla passado han
y aunque los moros son muchos
allí lo pasan muy mal.
Mas el valiente Alabez
hace gran plaça y lugar
tantos mata de cristianos
que dolor es de mirar.

Murieron muchos cristianos pero la matanza de verdad fue del lado granadino. Murieron muchos de los principales caudillos de Granada. Catorce alcaides de los pueblos más importantes, los de Almería, Purchena, Vera, los Vélez, Baza, etc. Un auténtico desastre.

Los Cristianos son valientes
nada les pueden ganar.
Tantos matan de los moros
que era cosa de espantar.

¿Qué ocurrió con el valiente, el enamoradizo Abencerraje Abdilvar? ¿Y el gran Alabez?

Por la sierra de Aguaderas
huyendo sale Abdilvar
con trescientos de a caballo
que no pudo más sacar.

Faxardo prendió a Alabez
con esfuerço singular.
Quitaron la cabalgada
que en riqueza no ay su par.

Tanto recolectar botín y prometer riquezas en la cuesta de Gomeres para luego esto.

Abdilvar llegó a Granada
y el rey le mandó matar.

Este es el fin de la batalla de los Alporchones y del bravo de Abdilvar. Los efectos colaterales de esta acción los podemos imaginar. Los cristianos volvieron a Lorca hechos polvo pero más contentos que la mar por el resultado de la batalla que habían ganado contra todo pronóstico. La entrada triunfal de los vencedores se recuerda todavía. Su desfile por las calles de la ciudad fue memorable. Las ropas estaban hechas añicos, sus lanzas rotas, sus armaduras abolladas pero en el rostro reflejaban una satisfacción enorme. Además, como llevaban el botín capturado a los moros, pues alegría doble. Arrastraban equipajes, caballos, armas de los moros y así desfilaban por el pueblo al son de las trompetas y escuchando el repique de todas las campanas de la ciudad.

Por el contrario, en Granada hubo un sentimiento de luto y desesperación. Cuando despidieron a la expedición mandada por Abdilvar todo fue alegría, júbilo y gritos de ánimo. Sin embargo, cuando llegaron los primeros cien soldados derrotados sin sus banderas ni sus armas y con sus ropas rasgadas todo fue llanto y amargura. Las familias intentaban obtener noticias sobre los parientes que partieron hacia Murcia y estallaban en llantos al conocer el triste final de los suyos.

El rey saltaba, daba voces, se revolvía en los salones de la Alhambra. Cuando Abdilvar se presentó ante él escuchó un torrente de reproches y enseguida su sentencia de muerte. El rey alzó la voz y con tono solemne le dijo:

—*Ya que no has muerto en la pelea como los valientes, vas a morir como un cobarde en la prisión.*

Los verdugos que estaban esperando este dictamen se apoderaron del joven, le condujeron a una mazmorra y allí mismo le cortaron la cabeza poniendo así término a los sufrimientos del joven Abencerraje. Sigamos.

El Izquierdo, a la vista de cómo se ponían las cosas, decidió negociar una tregua que firmaron en Granada el 16 de agosto de 1452. Poco después, probablemente en

julio de 1453, moría este gran rey, en su cama, por supuesto. Había reinado nada menos que cuatro veces y entre todas cerca de veinticinco años. El segundo en duración de la dinastía después de Muhammad V. Tuvo la enorme suerte de morir de viejo a pesar de los peligros y de cómo se las gastaban nuestros nazaríes. Y fue un gran rey que supo llevar bastante bien las cosas en medio de unos líos tremendos.

Dejó tres hijas, una de ellas casada con *el Chiquito* como hemos dicho. Hijos ninguno. Ya tuvo un ayudante que sería su sucesor. Es el rey siguiente.

CAPÍTULO XXV

EL CHIQUITO, UN REY EFÍMERO, NÚMERO DIECINUEVE. SA'D, REY NÚMERO VEINTE.

Muhammad X, el Chiquito, decimonoveno rey de Granada.

Este rey duró bastante poco. En esta primera etapa solo para renovar los tratados con Castilla. Su situación era inestable porque la mayoría de los granadinos preferían a Sa'd, nieto de Yusuf II. Esto dice Alonso de Palencia en su Crónica de Enrique IV:

> *Cuando murió Muhammad, llamado el Zurdo, la vieja nobleza empezó a influir otra vez en las mentes de los hombres y una lucha intestina trajo una guerra ruinosa al pueblo de Granada.*

Y esto dice el rey Don Juan II en una carta que escribe al concejo de Alcalá la Real agradeciéndoles las noticias que le enviaron

> … *sobre la muerte del rey Izquierdo de Granada y la entronización de su sobrino, fijo del rey Pequeño. El moro que vos traxo las cartas vos di-yo que, segund la buena voluntad que los mas de los dichos moros tienen con el infante Çediça que se espera que aia grand movimiento entre ellos.*

Todo indicaba que habría pronto un cambio. Menos mal que se produjo pacíficamente. *El Chiquito* no opuso resistencia, probablemente porque vio inútil ofrecerla. Las cosas cambiaban en Granada a velocidad de vértigo. *El Chiquito* había abdicado.

Por tanto Sa'd, apodado *Ciriza*, vigésimo rey nazarí. ¿Quién era este rey? ¿Qué títulos ostentaba para acceder al trono?

Le llamaban unos Zad, otros Çad y de apellido unos Ariza y otros Ciriza. Sobre su ascendencia solo decir que estaba emparentado con toda la dinastía nazarí. Era nieto de Yusuf II, bisnieto de Muhammad V, sobrino y primo hermano de todos los demás.

Su descendencia es memorable. Tuvo tres hijos que conozcamos y que fueron nada menos que Abu l-Hassán, que sería su sucesor, el famoso Muley Hacem que debió nacer hacia 1436. Hijo suyo fue Muhammad al-Zagal, *el Valiente*, que también sería sultán y otro, Yusuf, que murió con diecisiete años en una epidemia de peste.

Cuando accedió al trono debía tener cincuenta y cinco años. Problemas dinásticos tuvo también. Tantos que duró en el trono nada más que unos meses. Por razones que no he podido descifrar, a final del año 1454, o quizá sobre enero de 1455, fue

expulsado de Granada. Va a recuperar lo perdido el anterior rey. Así, de nuevo tenemos a Muhammad X, *el Chiquito*, en su segundo reinado.

Alrededor del veinte de enero de 1455 se celebran los actos de proclamación del rey Muhammad X. Y de nuevo volvemos la vista atrás. Porque estaban las cosas tan complicadas que un rey que ocupara el trono de la Alhambra inmediatamente se ponía a mirar al lugar por donde se había ido el destronado.

Sa’d salió expulsado de Granada y se marchó a un pueblo precioso de Málaga. Otro rincón, otro nido de águilas, otro lugar delicioso llamado Casarabonela. Desde allí hizo dos cosas que no son nuevas entre los sultanes destronados. Sa’d miró a Castilla donde acababa de morir Don Juan II y ocupaba el trono Enrique IV, *el Impotente*. Se trataba de hacerse vasallo del castellano a cambio de su ayuda para recuperar el trono. Como gesto de confianza y en prueba de que actuaba de buena fe, Sa’d envió a su hijo Muley Hacem a la corte castellana.

El Chiquito se enteró inmediatamente de los manejos de sus oponentes y decidió contraatacar militarmente.

Era el 5 de marzo de 1455 cuando Enrique IV da instrucciones a sus adelantados de las fronteras de apoyar con sus soldados a Sa’d. Ya sabía que *el Chiquito* había empuñado las armas y se trataba ahora de organizar expediciones por la Vega.

Hacia el día 15 de marzo el rey castellano salió para Granada en apoyo de su vasallo nazarí. Pero como este rey era un impresentable, pues en lugar de hacer la guerra hizo el ridículo ante propios y extraños.

Dice un cronista que *en el alma de Enrique IV se amortiguó el fuego que había animado a toda la raza de San Fernando*. Era frívolo, cobarde y poco querido. A su padre lo tuvo amargado por ver a lo que se dedicaba en la vida, que es a la cacería y las juergas con hombres y mujeres, porque hay que decirlo, este hacía a pelo y a lana.

Sus expediciones en los alrededores de Granada fueron el hazmerreír de moros y cristianos. Se dio su vuelta por Íllora, luego pasó a Moclín sin hacer más daño que el de las pisadas de sus caballos, luego se fue para Málaga con el mismo resultado militar, es decir, con ninguno.

El Chiquito seguía queriendo anular los intentos de Sa’d por recuperar el trono con escaso resultado. Porque aproximadamente en agosto de 1455 sabemos que *el Chiquito* abandona Granada y trata de refugiarse en algún lugar de la Alpujarra. De nuevo hay un cambio en la Alhambra. Sa’d reina por segunda vez.

Era un hombre viejo pero contaba con aliados en Castilla y con dos hijos jóvenes, audaces y valientes, Muley Hacem y el Zagal.

Era el mes de agosto de 1455 cuando inicia Sa’d su segundo reinado. Si por él fuera quizá hubiera sido esta una etapa corta y probablemente anodina. Peso sus hijos hicieron que los años que duró este reinado sean de todo menos aburridos. En algunos aspectos fueron terribles. Vamos a ello.

El Chiquito se marchó para buscar refugio en la Alpujarra y con toda seguridad lo encontró. Pero ya se sabe la querencia que tenían estos reyes por volver a ocupar el trono. Desde la bellísima y agreste Alpujarra añoraba su ciudad, la vida en fin que siempre había disfrutado. Además se le echaría el invierno encima y es duro escuchar el viento soplar en Cañas, por ejemplo, cuando baja desde las cumbres de la Sierra hasta las costas de Motril y Salobreña. Duro y aburrido porque a ver qué dirección se toma cuando uno quiere divertirse y está entre barrancos, con cumbres tremendas a las espaldas y lejos de todo lo civilizado.

Pues a nuestro Chiquito no se le ocurrió otra cosa que atravesar como pudo Sierra Nevada, seguramente por Lanjarón, por el precioso Valle de Lecrín, luego por Nigüelas, Dúrcal y ya se asomaba a los altos del Suspiro del Moro, que entonces no lo llamaban así todavía, cuando se dio de narices con un destacamento de caballería granadina al mando de Muley Hacem y de su hermano el Zagal. Se habían enterado de la vuelta de su oponente y le estaban esperando para darle un recibimiento de los de entonces.

El pobre *Chiquito*, cuando los vio acercarse supo enseguida lo que le esperaba y que ejecutaron inmediatamente. Muley Hacem y el Zagal no tuvieron empacho en atarlo de pies a cabeza así como a sus acompañantes. El pobre se puso muy triste porque como estos siempre viajaban con las esposas y los hijos pequeños, le habían hecho prisionero a él y a dos de sus más jóvenes descendientes. Y no necesitó preguntar a sus captores. Sabía que los matarían a él y a sus hijos para así acabar de raíz con eventuales aspiraciones dinásticas.

¡Ojo! Una de esas esposas del *Chiquito* era Aida la Horra, hija de *el Izquierdo*. Tomemos nota. Pues los condujeron a Granada, subieron las cuestas hacia los palacios nazaríes y no esperaron a que viniera Sa'd a contemplar el espectáculo. Buscaron un lugar único, una sala que da al Patio de los Leones y allí los hijos de Sa'd lo degollaron con sus propias manos.

Los dos hijos del ajusticiado contemplaron aterrorizados el asesinato de su padre e inmediatamente les tocó el turno a ellos. Todavía tenían la angustia metida en el cuerpo cuando se les acercó por detrás un esbirro, les metió en la boca una toalla mojada, les tapó la nariz y murieron ahogados.

Acto seguido nuestro Muley Hacem, para rematar la faena, dispuso casarse con la esposa de su asesinado *el Chiquito*. Así, en adelante, Aida la Horra será esposa legítima del asesino de su primer esposo. ¡Tremendo!

Los dos hermanos, hijos de Sa'd, acabaron de una vez con la crisis dinástica en el reino. Por ahora, claro. Algo es algo. La mano férrea de Muley Hacem y del Zagal se había impuesto a los devaneos de los aspirantes a destronar a su padre. Y desde luego pudieron vivir cerca de siete años de cierta tranquilidad en la Alhambra en lo que a luchas dinásticas se refiere.

Conviene ir trazando el perfil humano de Muley Hacem. Hablaremos de él ampliamente. No olvidemos que los granadinos le hemos dedicado un mausoleo único, seguramente el más grande y más bello que ningún rey tuvo jamás en la historia. El monte más alto de la Península Ibérica, el más bello, tiene el nombre de este gran rey. Muley Hacem fue grande, imponente como el pico que lleva su nombre pero como hemos comprobado no fue templado, ni pacífico, ni bondadoso. Le veremos más veces matar a sus enemigos con sus propias manos. Desde luego el tío tenía tripas por estrenar. ¿Quién tiene redaños de casarse con la esposa del que acaba de asesinar? ¿Qué cuerpo se le quedó a la pobre Aida? A la vista de lo que decimos no nos van a extrañar los manejos que veremos en el futuro a esta señora contra Muley Hacem.

¿Cuántos reyes de Granada murieron violentamente? Se perdió la cuenta.

El peso de las campañas guerreras en este reinado lo llevó Muley Hacem. A él se le deben también grandes obras de enorme utilidad para la agricultura en el reino.

Estos pensaban en todo. La vega es riquísima en tierras y cosechas pero ocurría que los castellanos entraban continuamente en ella talando, arrasando, incendiando, destruyendo. Evidentemente que a la vista de estas continuas incursiones ya nadie sembraba en la Vega. A Muley Hacem se le ocurrió preparar para su explotación agrícola las tierras del cerro del Sol, por donde estaba el palacio de los Alixares. Hasta allí no llegarían los bárbaros castellanos. Hizo perforar una especie de galería subterránea y conducir las aguas del Darro que van por la acequia conocida como de la Alhambra. Hizo un pozo y luego subía el agua con norias. Así consiguió que aquellas tierras antes poco fértiles dieran de comer a los granadinos.

Miremos ahora la frontera con Castilla. Este fue un reinado entretenido. Muley Hacem era un joven dotado para la guerra. Montaba muy bien a caballo y cuando se vestía con casco y coraza admiraba a propios y extraños.

Este era valiente y no Don Enrique, un cobarde, desgraciado e impotente en el más amplio sentido de la expresión. Ocurre que tener como oponente a un cobarde hace más valiente al que ya lo es. Y eso le ocurrió a Muley Hacem. Él y sus amigos se burlaban del rey castellano. Y si podían devolver a los cristianos golpes como los que tantas veces les habían propinado, tanto mejor.

Estamos en el año 1456. El año anterior se había firmado una tregua con Castilla que estaba vigente. Sa'd se había declarado vasallo de Enrique IV. Deberían gozar de paz exterior. Eso era lo acordado y así debía de ser pero era imposible contener a los señores de la frontera en uno y otro bando. Un simple incidente y se volvió a organizar la marimorena. Un señor nazarí tuvo la ocurrencia de atacar el castillo de Solera.

La respuesta del otro lado no se hizo esperar. El conde de Cabra organizó la contraofensiva y enseguida *el Impotente*, que más que guerrear lo que le gustaba era

andorrear, decidió darse una vuelta por nuestra costa malagueña. Se vino por Málaga, a ocupar Estepona, Fuengirola y todo lo que encartara.

Digamos algo acerca de Málaga y sus contornos en el siglo XV. Para ello contamos con cronistas como Alonso de Palencia nacido hacia 1432, Jerónimo Münzer, que visitó nuestra tierra en 1494, Pulgar y Bernáldez, ambos cronistas de los Reyes Católicos, Andrea Navagero, embajador de Venecia ante Carlos V, que visitó Granada y Málaga en 1526. Luis de Mármol, un granadino del siglo XVI cuyas descripciones son bellísimas. También la *Crónica de Don Pedro Niño*, referente a hechos del año 1403, la de Jerónimo Zurita, la descripción que hace de nuestra tierra la *Historia del Gran Tamerlán e itinerario y enarración de la embajada que Rui González de Calvijo… en el año 1403* y tantas otras crónicas de esos siglos.

Entre los escritores y sabios musulmanes, más antiguos que los cristianos, contamos con el geógrafo Idrisi, el también geógrafo Ibn Haucal del siglo X, el gran al-Jatib, Almaccari, que describe Málaga como nadie, Ibn Alwardí, Ibn Battouta el viajero tangerino, etc. Resumamos la descripción de Málaga en el año 1403 hecha por el alférez de Don Pedro Niño, conde de Buelna.

> *Es esta una ciudad de unas vistas muy hermosas. Está bien asentada y es llana. Por una parte llega el mar hasta ella y el mar está muy pegada a la ciudad. Hay solamente alguna arena entre el mar y la ciudad, como veinte o treinta pasos.*
>
> *Por el poniente está la Atarazana. El mar llega hasta ella y aún la rodea un poco. Tierra adentro la ciudad se empina en una ladera. Tiene dos alcázares o castillos cercanos el uno del otro.*
>
> *Cuando íbamos con nuestras galeras costeando cerca de Málaga ocurrió un hecho maravilloso, nunca antes conocido. Estaba la mar en calma y estaríamos como a dos millas de Málaga. Era mediados del mes de mayo, el cielo estaba muy claro y el sol a sudeste. Entonces, sin venir a cuento, se levantó una niebla muy espesa y oscura que venía hacia nosotros desde la ciudad. Y vino sobre las galeras de manera que no se veía de una a otra aunque estaban muy cerca entre sí.*
>
> *Algunos marineros dijeron que habían visto una niebla igual anteriormente y que eran hechicerías de los moros, en las que eran expertos y que habían hecho venir la niebla para destruir nuestras galeras. Decían que era necesario que los marineros desataran las velas para evitar que se estrellaran contra las rocas. También insistieron en que todos hicieran la señal de la cruz y rezaran a Dios para que los librara de aquella maldad de los moros. Si lo hacían así se disiparía la niebla.*
>
> *Y así fue. Súbitamente se deshizo y apareció tiempo claro y los*

marineros volvieron a empuñar los remos. Luego vino otra niebla como la primera e hicieron sus oraciones y se volvió a disipar. Aquello duró como media hora.

Llegaron las galeras ante Málaga con las armas dispuestas en cubierta en manos de los soldados por si era necesario defenderse o atacar pero no vieron enemigos por parte alguna. Solamente cantidad de moros y moras que se acercaban a ver las galeras. Luego se acercó a ellos una zambra que ocupaban unos moros honrados para averiguar quién les visitaba y qué intención tenían los tripulantes que se acercaban a sus costas. Se inclinaron ante el capitán y le dijeron que les estaban esperando para celebrar el convite ritual de la hospitalidad llamado adiafa. Le rogaron encarecidamente que no hiciera daño en el puerto, a lo que accedió el capitán.

Entonces salieron de Málaga unos quinientos caballeros montados en preciosos caballos preparados con arreos de guerra y comenzaron a hacer desfiles y cabriolas de manera maravillosa. El capitán quedó encantado con lo que había visto.

Los cristianos fueron invitados al convite de la hospitalidad. Trajeron muchas zambras adornadas con paños de seda y oro así como con muchos atabales y otros instrumentos musicales.

Los cristianos que quisieron entraron en la ciudad y fueron a la casa de los Genoveses, luego a contemplar la preciosa judería y a continuación a las Atarazanas.

Enrique IV atacó Málaga y tomó Fuengirola. ¿Cómo era Fuengirola entonces? Volvamos a los viejos cronistas, esta vez musulmanes. Pongamos en castellano legible a Battouta y a Ibn Jallican.

Al oeste de Málaga se encuentra sobre la marina el castillo, la rábita y la alquería de Fuengirola. Por tanto, junto al castillo estaba el pueblo apiñado alrededor de la ermita de un motabito, místico sufí que empleaba su día en rezar y leer las suras del Corán.

Fuengirola se llamaba Sohail y estaba al pie del monte del mismo nombre. Tenía un término muy grande con muchas haciendas de campo.

El nombre de Sohail le viene de la estrella del mismo nombre, la latina Canopus, visible en el hemisferio sur y por rara maravilla también desde el castillo y el monte que le dio su nombre.

Los cronistas árabes dicen que es un castillo más fuerte que ningún otro de al-Andalus, mejor incluso que los de la India o la China. Era

conocido por su fama en todas las comarcas de África.

Fuengirola era un pueblo reconocido por todos, próspero y pujante. Sus campos daban frutos extraordinarios, granos como la cebada, higos riquísimos y llamaba la atención por la cantidad y calidad de los peces que se podían pescar en el río.

Las gentes de Fuengirola eran muy amantes de leer el Corán, piadosos y buenos musulmanes.

Tenía el gran inconveniente de que sus costas eran blanco de continuas incursiones marítimas de las flotas cristianas. Solían invadir los campos, lo que hacían inseguras sus costas.

La táctica de Enrique IV en los años 1455 al 1458 fue muy sencilla. En lugar de optar por expediciones de alcance atacaba lugares puntuales, hacía estragos, capturaba botín para enriquecerse él y sus soldados y luego negociaba períodos de paz cada vez más cortos por los que los nazaríes le pagaban cantidades cada vez más grandes. Esto producía en Granada desasosiego, arruinaba el tesoro real e indignaba a nobles y pueblo llano porque así no podían vivir. No se generaba riqueza y la poca que obtenían era requisada por el rey para pagar impuestos con que obtener tratados de paz cada vez más efímeros.

Sa’d vio tan mal las cosas por esa necesidad apremiante de fondos que se deshizo de partes importantes del patrimonio real. Vendió terrenos en la vega, fincas en el Marquesado del Cenete y tiendas en la Alcaicería.

Esto era tremendo para la estabilidad del reino. Enrique IV hacía campaña tras campaña, vendía treguas que cada vez eran más breves a cambio de entrega de cautivos y de pago de ingentes tributos, dos cosas que desestabilizaban la economía y la vida en Granada. De ahí a la revuelta había solamente un paso.

Esta vez fueron los Abencerrajes, los más perjudicados por estas sacas de dinero.

Era habitual que patrullaran por la Vega escuadrones de Abencerrajes en defensa del territorio y de sus fronteras. Era habitual también que el rey tuviera su propia guardia haciendo ronda alrededor de las murallas de sus palacios. Pues un día estos escuadrones de Abencerrajes que rondaban la Vega se presentaron delante de los palacios de Sa’d agitando sus banderas. Mostraban así su indignación por como andaban las cosas y amenazaban bastante a las claras al propio monarca por no dar soluciones a los problemas que tenían ante sí.

Esta postura desafiante de los Abencerrajes se fue contagiando a otros caballeros cortesanos y después al pueblo de Granada. Las cosas tomaban tintes de auténtica y peligrosa revuelta. Estos eran valientes y verdaderamente audaces.

Enseguida se organizó la facción contraria. Gentes partidarias del rey y de sus hijos se unieron a los guardias del palacio para contrarrestar lo que tomaba un cariz

cada vez más feo. El mismo rey se asomaba de vez en cuando a los ajimeces de su alcázar y comprobaba cómo sus defensores debían huir ante el empuje de los revoltosos y algunas veces caer acuchillados ante las mismas puertas de su palacio.

Sa'd y sus hijos debían hacer algo inmediatamente si no querían terminar como *el Chiquito*. Y se pusieron a pensar.

A algún alfaquí se le ocurrió que lo adecuado sería promulgar un decreto mandando bajo pena de muerte que todos los granadinos capaces de empuñar las armas salieran en defensa de su rey. Y eso se hizo. ¿Qué más da un decreto más que menos? Se firmó en papel color escarlata en la sala del Palacio de Comares y salieron por la ciudad pregoneros que en calles, plazas, zocos y mercados gritaban las amenazas del decreto recién firmado.

Evidentemente nadie hizo el menor caso al mandato real. Es más, puso de peor humor al pueblo porque la violencia del decreto provocaba más violencia entre las gentes.

Parecía que los días de Sa'd y sus hijos tocaban a su fin. Los barrios todos, empezando por el Albaycín, se ponían de parte de los Abencerrajes. Los nobles que estaban del lado del rey tuvieron que encerrarse en la Alhambra, única manera de escapar de las iras de los Abencerrajes y del pueblo.

Entonces se reunió en uno de los salones apartados de la residencia real una especie de consejo de guerra. Los reunidos eran el rey Sa'd y sus hijos Muley Hacem y el Zagal. Se reclinaron nerviosos en sus divanes. Se les notaba agitados, furiosos. El rey parecía resignarse a su destino. El Zagal era un muchacho joven, apenas un adolescente y miraba con los ojos muy abiertos a su padre y a su hermano mayor. La voz cantante la llevaba Muley Hacem. Se diría que él era el rey de Granada y los demás aceptaban sus decisiones. El Príncipe agitaba las manos mientras su ojos brillaban reflejando odio. No estuvieron mucho rato. Habían tomado una decisión.

Muley Hacem salió de la estancia dando órdenes a sus más fieles servidores mientras su padre y su hermano quedaban apartados. El príncipe heredero se inclinaba ante ellos y parecía darles instrucciones persuasivas, templadas, hasta cariñosas. Sus emisarios debían ir en busca de los caudillos Abencerrajes y transmitirles que el rey había tomado la decisión de abdicar. Les invitaba a subir al palacio para ser testigos de la ceremonia.

Cuando los mensajeros traspasaron las pesadas puertas Muley Hacem volvió a dar órdenes, esta vez enérgicas, amenazantes. En sus manos blandía una pesada cimitarra y sus ojos parecían gumias que escudriñaban las intenciones de los que le rodeaban para adivinar algún gesto desleal. Caminaba arriba y abajo por la estancia, ordenaba nervioso, rápido, colocaba a sus hombres en lugares estratégicos y cuando todo estuvo dispuesto se sentó a esperar a sus invitados.

Los Abencerrajes estaban esperando esta decisión del rey. ¿Qué solución le

quedaba al viejo sultán sino abdicar y abandonar el reino? Estaban todos contra él. Era lo esperado.

Algunos solos, bastantes en grupos fueron subiendo las cuestas, traspasando las puertas del palacio hasta que se presentaron ante los tres componentes de la familia real que les esperaban risueños en el pórtico del alcázar. Ponían cara complaciente para implorar la benevolencia de los Abencerrajes cuando abandonaran el trono.

Sa'd y Muley Hacem les condujeron amablemente al Patio de los Leones. Una vez allí les indicaron con cortesía que apartaran una pesada cortina y se dirigieran a una sala contigua. Haciendo una leve inclinación indicaban con su mano derecha a los invitados la dirección a seguir. Agarraban con sus manos la pesada cortina y pasaban confiados a una estancia de las más bellas del palacio, esperando que allí se desarrollaría la ceremonia de abdicación de Sa'd. Les esperaba una de las matanzas más crueles y legendarias que se recuerdan en la historia. Los esclavos negros de Sa'd, armados hasta los dientes les rodeaban en tropel, los iban amarrando de pies y manos, les tendían sobre las imponentes losas de mármol y les metían toallas en la boca para que no gritaran. Luego los arrastraban uno a uno hasta la taza de mármol que hay en medio de la sala y allí les injuriaban, les aplicaban los más refinados tormentos y por fin los degollaban uno a uno sin dejarles siquiera proferir maldiciones a sus pérfidos ejecutores. La sangre de los Abencerrajes salpicaba techos, paredes, manchaba las vestiduras de los esclavos negros, se extendía por las dos grandes losas que forman el pavimento de aquella maravillosa sala y al final corría mansamente por la taza de mármol hasta mezclarse con el agua que corre por los regatos de todos los rincones de la Alhambra.

Sa'd, Muley Hacem y el Zagal contemplaron complacidos aquella horrible matanza hasta que expiró el último Abencerraje.

Tremenda matanza, legendaria, terrible. Como la de los Omeyas en Damasco, como la del Foso en Toledo y como todas ellas pasará su factura. Hasta los viejos romances castellanos reprocharán a Muley Hacem este hecho tan cruel.

El espectáculo de la que se llamará en adelante Sala de los Abencerrajes dejó inmóvil al pueblo de Granada. Hirió a todos. Los mejores soldados del reino, los más valientes, los más jóvenes habían caído vilmente asesinados en el salón más bonito del palacio nazarí. ¿Quién iba a defenderles en delante de sus enemigos los cristianos?

Murieron los principales caudillos Abencerrajes pero no todos. Algunos, con Ali Atar a la cabeza, se refugiaron donde pudieron, unos en Málaga y otros corrieron a Castilla pidiendo ayuda al *Impotente*. E inmediatamente buscaron en Castilla un príncipe de sangre real, encontraron a Ismail, le pidieron la venia a Enrique IV y le proclamaron rey de Granada. Al poco tiempo llegó a Málaga el aspirante a sultán acompañado por doscientos caballeros castellanos.

Pero no adelantemos acontecimientos. Quedamos en que Muley Hacem era un joven y valeroso soldado, la mano derecha de su padre ya anciano. Evidentemente un personaje así, que había hecho cosas tremendas en el interior, debía salir a hacer sus campañas a las fronteras del reino. Vamos a contar una de esas expediciones.

Un día, allá por el mes de agosto de 1456, Muley Hacem preparó su ejército compuesto por veinte mil soldados de a pie y dos mil de a caballo, la juventud del reino, que salió de Granada feliz por haber encontrado un caudillo decente, un hombre valiente y más despierto que sus predecesores.

La táctica de la guerra era entonces y es ahora un juego de estrategias, de engaños, de apariencias para que el enemigo no te encuentre y tú puedas sorprenderle. En eso era experto nuestro joven caudillo.

Muley Hacem se dirigió con su ejército a Baeza pero dejó escondido el grueso de sus tropas en un lugar cercano, presentándose a la vista del pueblo con cuatrocientos lanceros nada más.

El caudillo mayor de Jaén Don Juan Manrique se enteró enseguida de la osadía del nazarí e hizo dos cosas. Lo primero fue sacar doscientos lanceros para parar a Muley Hacem. Lo segundo que hizo este hombre fue convocar a los hidalgos de los lugares cercanos para que le ayudaran a repeler al agresor.

Enseguida encontró acompañantes. Ya sabéis que estos estaban listos al primer llamamiento porque su tarea en la vida era guerrear, dar batidas a los moros, arrancarles cuanto más botín mejor y poco más. Esta vez salió un personaje de lujo. Nada más y nada menos que el obispo de Jaén, Don Gonzalo de Zúñiga, personaje digno de una novela de las buenas.

Este obispo era hijo de noble familia, había estado casado, quedó viudo y desde ese estado lo animaron para que asumiera la mitra, el báculo y el anillo de la Sede Apostólica de Jaén. Pues entre que el hombre no se había criado en la templanza, entre que fue cocinero, digo guerrero, antes que fraile y entre que entonces los obispos eran, nunca mejor dicho, de armas tomar, dicen viejos romances que

El obispo de Jaén
suele decir misa armado.

Y otro romance dice así:

¡Ay mi Dios! Qué bien parece
el obispo Don Gonzalo
armado de todas armas
hasta los pies del caballo.

El obispo de Jaén decía misa con su espada al cinto por tres razones. La una porque siempre había vivido con la espada al cinto. La razón número dos para que todo el mundo viera que era un tío bragado y la tercera razón por si las moscas.

Ahí los tenemos, el conde, el obispo, más nobles, más frailes y más gente de armas saliendo hacia Baeza para enfrentarse al astuto de Muley Hacem, que había tenido la fea ocurrencia de atacar la preciosa ciudad baezana. Escuchad el viejo romance:

Ya repican en Andújar
y en La Guardia dan rebato,
ya se salen de Jaén
cuatrocientos hijosdalgos
y por capitán se llevan
al obispo Don Gonzalo,
armado de todas piezas
en un caballo alazano.

Los cristianos alzaban sus viseras con orgullo pensando que aquello era pan comido. Pero fueron prudentes. Mandaron que unos cuantos adalides salieran a explorar el campo para no encontrarse con alguna desagradable sorpresa.

Muley Hacem escondió al grueso de su ejército, con lo que los adalides fueron engañados miserablemente e informaron a conde y obispo que tenían enfrente una expedición de poca monta, fácil de destrozar por los hombres de Castilla y más si les mandaba el obispo.

A la vista de la fenomenal noticia los de Jaén se frotaron las manos, se ajustaron los arreos, agarraron las armas, montaron sus caballos y salieron a escape hacia donde estaban los moros, prometiéndose *el oro y el moro*.

Pero, amigo mío, al llegar a un lugar llamado la Hoya de la Estoveda se toparon con el grueso de los hombres de Muley Hacem que venían a su encuentro con las peores ideas del mundo. Eso sí que no lo esperaban. El obispo y el conde miraron a un lado, miraron a otro, vieron que sus hombres corrían de los moros como alma que lleva el diablo pero ellos, nobles de honor, no pudieron por menos que aceptar la batalla que les presentaban los granadinos. O quizá vieron que no les quedaba más remedio que hacer como que peleaban. La disyuntiva era volver a Jaén sin mitra, sin espada y sin cabeza. Seguramente por eso se defendieron como pudieron hasta que vieron el mejor momento para rendirse.

Seguro que conociendo al personaje lo imaginable sería que el hijo de Sa’d les cortara allí mismo el cuello. Pero él también tenía su orgullo. Eso es lo que le pedía el cuerpo pero se perdería el gustazo de destrozar con sus propias manos a aquellos

mequetrefes con tal de darse el postín de pasear por las calles de Granada a unos personajes de ese calibre. Organizaría una buena comitiva. Sus soldados victoriosos desfilarían por la calle Elvira, después marcharía una buena caterva de cautivos cristianos, a la cabeza de los cuales irían nada menos que el obispo y el conde. ¡Qué gustazo!

Consta que el rey de Granada pidió por el rescate del conde sesenta mil doblas, pero al contado. La condesa, que se llamaba Doña Mencía, rebuscó donde pudo y más mal que bien consiguió liberar a su marido. Por el obispo pidieron más dinero todavía. Don Gonzalo preparó su dinero, que Muley Hacem empleó en mejorar las murallas del Albaycín, pero no salió vivo de Granada. No se sabe si hubo entonces alguna epidemia o si murió del berrinche. El caso es que murió cautivo de Muley Hacem. Alguna lápida queda en la iglesia de San Gregorio Bético que conmemora a este singular personaje.

¿Contamos más hechos de armas, guerras de moros y cristianos? Hay para escoger.

Ahí va otra, esta vez referida a un personaje cristiano extraordinario llamado Don Rodrigo Ponce de León Núñez del Prado.

Estamos en el año 1462, en Marchena, provincia de Sevilla. Don Rodrigo tenía diecinueve años y los viejos adalides aseguraban que llegaría muy alto en la historia de los soldados de España. Hijo de Don Juan, el conde de Arcos, era un chico alto, muy fuerte, pelirrojo, guapo de cara aunque estuviese pintado de viruelas.

No le interesaba la música excepto las marchas militares. De fiestas ni os cuento. Sus aficiones eran el ejército y poco más. Su educación fue espartana. Le enseñaron a ser leal, prudente, justo, servidor de sus ideas, amante de su patria y dispuesto a sacrificarse por ella. Entraba cada día a la sala de armas de su familia y se probaba las pesadas armaduras que habían pertenecido a sus abuelos, empuñaba los más pesados lanzones, escogía la rodela que mejor le acompañaba y luego montaba a caballo para ejercitarse en la plaza de Marchena.

Le gustaba ser galante con las mujeres, sin embargo era discreto y muy respetuoso con ellas. Como ocurría entonces con frecuencia, se enamoró perdidamente de una chica llamada Beatriz, hija del señor de Torrijos y lo casaron con otra Beatriz, hija del marqués de Villena. Esto es un auténtico disparate para las mentes actuales pero ellos lo aceptaban sin rechistar y encima no les iba del todo mal. Ni se divorciaban siquiera.

Ante todo era un militar preparado física y mentalmente desde muy niño para luchar contra los moros. A su hermano Pedro lo habían matado los moros en unas escaramuzas y eso lo llevaba Don Rodrigo en el alma. Deseaba ardientemente salir a combatir a los infieles para vengar en el campo de batalla la muerte de su hermano y enseguida se vio acompañado por un centenar de jinetes, con los que hacía

excursiones cada vez más alejadas de Marchena, a ver si divisaban algún escuadrón agareno con quien medir sus larguísimas lanzas.

Uno de esos días salieron en dirección a Osuna y al llegar allí se encontraron con su alcaide, que se llamaba Luis de Pernia, fortificando el pueblo porque venía a atacarlos un contingente de lanceros granadinos.

Don Rodrigo vio llegado el momento que tanto soñó y se dispuso a hacerles frente, a pesar de las reconvenciones del alcaide de Osuna que lo consideraba un imberbe y por tanto demasiado inexperto para pelear. Reunió a sus cien lanceros, los unió a los hombres del alcaide de Osuna, a los del comendador de Cazalla y juntos se marcharon al cerro llamado del Madroño, donde había una torre de atalaya.

Mandaba a los moros Muley Hacem, que reconoció la cantidad de sus oponentes y el hombre se frotaba las manos pensando que iba a reeditar la hazaña en la que tomó prisionero al obispo de Jaén.

Nuestro caudillo musulmán sin embargo se llevó una sorpresa de las gordas. El destacamento cristiano formó en orden de batalla, se desplegaron dos alas, una mandada por Luis de Pernia y otra por Don Rodrigo pero que acometían con una fuerza tremenda. Parecía que algún demonio les había dado la fuerza para que corrieran como energúmenos al encuentro de los granadinos.

Las primeras líneas moras huyeron de los que les embestían y el resto de las líneas granadinas se deshicieron ante aquella tremenda acometida.

Don Rodrigo, que vivía su primera experiencia en batallas contra moros, se debió atar las correas menos de lo debido y se le escapaba la adarga de las manos. Desmontó para ponerlas de nuevo en su sitio cuando se vio acometido por un puñado de moros que se habían escondido entre los jarales. Empuñaron sus hondas, sus cimitarras y decidieron acabar allí mismo con aquel joven pelirrojo y pintado de viruelas al que habían visto pelear como un jabato.

Don Rodrigo dejó la adarga, la lanza y el caballo, agarró su espada y se enfrentó a los moros. Se llevó la primera cuchillada en el brazo izquierdo, cosa entonces gravísima por las condiciones en que vivían nuestros antepasados. Sin embargo el valiente pelirrojo le soltó un mandoble a su agresor que le mandó para allá con Alá. Entonces empezó a lanzar piedras con su honda contra los que estaban lejos y a zumbar con la espada a los cercanos. Así los contuvo, mató a unos cuantos y pudo valerse hasta que llegaron sus compañeros, le ayudaron y juntos mataron a cuantos se les opusieron y tomaron cautivos a los que menos resistencia ofrecían. En total los cristianos perdieron menos de doscientos soldados entre infantes y caballeros. Los moros muchos más.

Una gran victoria de Don Rodrigo Ponce de León Núñez del Prado, al que afortunadamente los físicos pudieron curar de sus heridas cerca de la laguna de Fuente Piedra. Menos mal. Será el mejor caudillo cristiano en las peleas que se

avecinan.

Vamos dejando el perfil de personajes que más adelante han de llevar a cabo hazañas dignas de ser contadas. Sigamos con la historia.

Tras la matanza de los Abencerrajes se había organizado una facción opuesta a Sa’d y en Málaga proclamaron rey a uno de tantos pretendientes llamado Ismail. Esto provocó una verdadera situación de guerra civil en Granada. Las fuerzas se empleaban en matarse entre ellos mientras que las fronteras exteriores quedaban indefensas.

El condestable Miguel Lucas de Iranzo, desde Jaén atacó distintas plazas musulmanas como Cambil, Arenas, Guadix, etc. La respuesta nazarí era prácticamente nula. Se mantenía luchando Ali Atar y pocos más. Hablaremos de este caudillo.

Por parte cristiana era momento de marcarse objetivos de alcance a la vista de la situación interior de los granadinos. ¿Hacia dónde apuntar? ¿Tal vez a Archidona?

Archidona era una ciudad muy antigua, fenicia y romana, engrandecida por los musulmanes, una de las fronteras más importantes del reino y más desde la pérdida de Antequera. Era como una atalaya en su inmensa vega, en la que se almacenaban víveres para la defensa de un lugar de gran importancia estratégica.

Su alcaide se llamaba Ibrahim, un hombre a quien la vida había hecho duro como una roca. Él fue uno de los protagonistas de una historia que ha impregnado nuestra vida convertida en leyenda. Contemos la romántica y trágica historia de la Peña de los Enamorados para después decir algo sobre la conquista de Archidona y el personaje que lideró esta hazaña de los cristianos.

Ibrahim, de joven, fue un hombre jovial, blando, sencillo y hasta cariñoso. Algo le hizo cambiar radicalmente hasta convertirlo en un amargado que solamente pensaba en vengarse, matar, destruir.

Tenía una hija preciosa llamada Tagzona, a la que crió con todos los cuidados que dan los padres bondadosos. Cuando se hizo adolescente se enamoró de un joven de Granada llamado Hamet Alhaizar. Sin embargo a Ibrahim se le ocurrió casarla a su gusto. El alcaide de Alhama era viejo pero rico y amigo de Ibrahim. Un día en que el de Alhama vino a visitarlo conoció a la bella Tagzona y se la pidió a su padre como esposa.

La decisión de Ibrahim era inapelable, así que marcharía para Alhama a entrar en el harem de su viejo alcaide. Lo esperable era que la chica fuera sumisa y acatara sin rechistar los designios de su padre. Tagzona se adelantó a su tiempo y dijo que no. Maquinaría la chica lo suyo, se buscaría la complicidad de amigas y esclavas, el caso es que salió con sus amigas por los alrededores de Archidona para dar un paseo, se paró en una fuente a la que llaman la fuente de Antequera y allí esperó a su mozo.

Hamet, que venía montado en un precioso caballo enjaezado con tejidos de

terciopelo bordados en oro, agarró a la chica de un brazo, la colocó delante, picó espuelas y salió en dirección a Antequera, buen refugio para ellos por ser plaza cristiana.

Desde una a otra ciudad hay unos quince kilómetros en línea recta. Archidona está situada en lo alto de un monte que domina una inmensa vega. A unos diez kilómetros hay una montaña que divide la vega de una y otra ciudad y que da paso franco a Antequera, que se recuesta en una montaña y domina unas llanuras inmensas.

Ibrahim se enteró de que Tagzona se había ido con el novio y montó el número consiguiente. Agarró su cimitarra, montó su caballo, preguntó qué dirección habían tomado los fugados, alguien le dijo que iban hacia Antequera y bajó como una exhalación buscando a los desvergonzados fugitivos.

Nuestros dos amantes habían tomado la delantera. Diez o doce kilómetros hicieron montados en su caballo y pararon en una garganta, al pie de una peña tremenda. El caballo de Hamet estaba rendido por el durísimo galope, ellos se veían ya libres y les apetecía hacerse algunas carantoñas. Ataron el caballo a una retama e hicieron como tantos novios de otra época: apartarse un poquito de la vera del camino, subir pero no mucho a la montaña cercana y mirarse a los ojos, por lo menos.

Pero, amigo mío, Ibrahim era bravo. Salió de Archidona en busca de los fugados, pasó por la misma garganta y se encontró al caballo de Hamet revolcándose en la hierba de aquel lugar delicioso. Paró en seco, levantó la vista a la montaña y vio a los dos amantes divirtiéndose ladera arriba.

El fiero Ibrahim subió la montaña persiguiendo a los dos chicos y ellos con el miedo metido en el cuerpo subían más y más huyendo del enfurecido padre.

En tierra de cristianos lo ritual hubiera sido que alguno de los acompañantes del padre ultrajado, quizá su mejor amigo, le hubiera agarrado de una manga, le hubiera dado un par de achuchones y le hubiera hecho volver a Archidona en espera de que el mulláh de turno les echara las bendiciones, por supuesto que en ausencia del padre y en presencia del amigo componedor.

Estos chicos no tuvieron esa suerte. Subían la montaña y cada vez veían más cerca a Ibrahim que les perseguía cimitarra en mano, dispuesto a que hubiera sangre para lavar su honor. Los chicos llegaron a la cumbre de la montaña. Veían desde lo alto una puesta de sol impresionante y ante sí había un tajo inmenso que les impedía continuar su huida. La angustia se agarraba a sus jóvenes gargantas. No tenían salida. O morir destrozados por la cimitarra de Ibrahim o morir despeñados por un cortado tremendo pero con las manos entrelazadas, abrazados hasta la muerte.

Y eso hicieron. Ni siquiera gritaron. Solamente musitar palabras de amor que el viento se llevaba hacia todos los puntos cardinales de aquel lugar impresionante. Así murieron los amantes de Archidona. Otro mito como los amantes de Teruel, como

Romeo y Julieta, solo que, como en casos anteriores, algún escritor nos dejó su historia de amor escrita en versos latinos con un título que reza así: *De cupe duorum amantium Antiquarium sita*.

Pero la leyenda la mantiene el pueblo contando la historia de Hamet y Tagzona generación tras generación. Y además igual que hizo con Muley Hacem, les dedicó a partir de entonces un monumento único.

Aquel lugar se llamará en adelante *la Peña de los Enamorados*. Porque Ibrahim regresó a Archidona hecho trizas, sus compañeros de armas también y la juventud del pueblo se fue corriendo para dar sepultura a los dos amantes a los pies de la Peña que llevará su nombre.

Sigamos para contar ahora la conquista por los cristianos de Archidona, que por ahí empezamos.

A partir de entonces Ibrahim fue un ser despiadado. No pensaba más que en matar, destruir, atemorizar la frontera. Como que quisiera aliviar su conciencia haciendo que todos pasaran por el trance que él había provocado y sufrido. Su obsesión era arrasar a quien encontrara, fueran pastores o viajeros o soldados. Y el terror, el miedo a este personaje se extendió por todos los reinos de Andalucía, desde Sevilla a Jaén pasando por Córdoba y aún por los lugares más remotos.

Las gentes de la frontera pidieron ayuda a Don Enrique pero el rey estaba entretenido con Diego Arias y demás fauna de ese género. No les hizo ni caso. Entonces recurrieron a los caballeros de la Orden de Calatrava a ver si por ahí les venía algún alivio a sus males y aquí encontramos a otro personaje muy importante, el maestre de Calatrava y capitán general de la frontera Don Pedro Girón.

Era Don Pedro un hombre de los más ricos de Castilla, de los más valientes y probablemente el más poderoso. Se podría decir que mandaba más que el rey. Cuando se unía con su hermano el marqués de Villena no había quien se le opusiera ni en política ni con las armas. Soñó incluso con ser rey. En estos días pidió la mano de Isabel, una niña de unos once años, hermana de Don Enrique, que todos sabían que sería su heredera porque el rey era impotente, como era público y notorio.

Nuestro Don Pedro, para hacer méritos a ver si le daban la mano de Isabel preparó un ejército, llamó a amigos y partidarios y se puso en marcha para acabar con el maldito Ibrahim, alcaide de Archidona.

Era el mes de julio de 1462 cuando se reunieron en torno al maestre cantidad de nobles, de caballeros e infantes. Caminaban hacia Archidona armados de los pies a la cabeza con todas las corazas, petrales, almetes y demás arreos de hombres y caballos. Iban en formación cerrada, tanto que parecían estatuas. Así se presentaron en la vega de Archidona con la sana intención de barrer del mapa a Ibrahim.

Cercaron el pueblo y el castillo, trataron de impedir cualquier aprovisionamiento del exterior pero el alcaide era valiente, las gentes de Archidona le seguían a muerte y

no había manera de que se tomara aquella fortaleza.

El maestre sabía que si no remataba la faena iba a quedar fatal así que volvió a mandar emisarios a Osuna para preparar armamento con que batir aquellas murallas.

Enseguida se pusieron manos a la obra fabricando artillería de grueso calibre, trabucos, mantas de las que llevó el infante Don Fernando a la toma de Antequera, molinillos para fabricar pólvora, cureñas para transportar la artillería y todos los artilugios necesarios para derribar las defensas de Archidona.

Por fin se puso en marcha un contingente de bestias, carros y carretas para transportar la artillería que demandó el maestre y así consiguieron conquistar esta plaza tan importante en la defensa del reino de Granada.

Cuentan las viejas leyendas que Ibrahim, al verse perdido, montó en su potro berberisco y le obligó a lanzarse por un tajo, muriendo caballo y caballero debajo de una enorme cortada de riscos igual que su hija Tagzona.

En Granada, al llegar las noticias de la tremenda suerte que corrieron los de Archidona, se produjo un auténtico motín contra Sa’d. Eso faltaba. No solamente se había ganado la enemistad de las familias de Granada sino que también había dado lugar a la pérdida de una plaza importantísima para la defensa del reino. Menos mal que tenían al infante Ismail que podría asumir las más altas funciones del estado. Encima contaba con el apoyo incondicional de los poderosos Abencerrajes. De los que quedaron vivos, claro.

Efectivamente Ismail vino a Málaga, siempre foco de descontentos en el reino y allí se instaló, controlando en la práctica la región occidental del territorio. El pretendiente contaba con vientos favorables. En el interior se daba un descontento tremendo con Sa’d. En las fronteras andaba el condestable Iranzo que llegaba fácilmente en sus incursiones a la Vega de Granada. El poder de Ismail iba creciendo al par que decrecía la influencia de Sa’d.

Un día, seguramente de septiembre de 1462, Sa’d abandonó Granada y se marchó a Íllora. Ese día Ismail tomó posesión del trono que tanto había deseado.

Ismail IV, rey número veintiuno de Granada.

Va a durar este rey apenas unos meses. Quizá tres o cuatro. Porque su misma ascensión al trono fue efímera en verdad.

¿Quién le apoyaba? Don Enrique y eso era suficiente para que los nobles castellanos se le pusieran en contra. Tenían un rey a quien no respetaban y carecía de autoridad para quitarles aquello que tanto les gustaba. Estaban encandilados con las empresas guerreras contra los moros. Además de gustarles, estas algaradas les proporcionaban fama y riquezas en forma de botín de guerra. Por otra parte Granada estaba más débil y dividida que nunca. Por tanto unas semanas después de su ascensión al trono, sobre el 11 de octubre de 1462, ya tenía al maestre de Calatrava y al condestable Iranzo atacando en las afueras de Granada. Llegaron hasta el mismo

Alcázar de Genil esperando a ver si se atrevían a salir a pelear contra ellos.

Ismail protestaba diciendo que tenía firmados tratados con Don Enrique, que había accedido al trono gracias a su ayuda y que era una villanía atacarle de esa manera. El maestre y el condestable no hacían caso a las protestas del monarca y continuaban sus talas mientras que les quedaran fuerzas y ganas de hacerlo.

Pero la división interna en Granada era muy fuerte. Los oponentes de Ismail lo eran también. Hacia diciembre de 1462 o enero de 1463 Ismail y sus partidarios fueron expulsados de Granada. Sa'd recuperaba el trono perdido e iniciaba su tercer reinado. Vuelta a empezar.

Sa'd otra vez, la tercera, rey de Granada. Su oponente Ismail se marcha a Íllora acompañado de un buen puñado de Abencerrajes. Allí mantendría mientras pudiera su beligerancia contra Sa'd y su familia.

La situación en Granada era cada vez más precaria. Menos mal que en Castilla andaban peor todavía. Enrique IV era incapaz de gobernar una monarquía que estaba desquiciada.

Sa'd en realidad no gobernaba. Mandaba Muley Hacem. El rey era un anciano incapaz de enfrentarse a los problemas del reino. El concepto de la lealtad que tenían nuestros nazaríes era muy escaso. Aquello parecía un gallinero. Ahora aparecen unos cuantos Abencerrajes incitando a Muley Hacem, nada menos que a derrocar a su padre. Y ¿qué creéis que hizo? ¿Era de esperar que se mantuviera fiel a su padre?

Muley Hacem hizo caso a unos cuantos Abencerrajes, expulsó a su padre del trono y le obligó a refugiarse en Málaga. Este derrocamiento fue el colmo de la desfachatez. Nunca hasta ahora se había visto algo semejante. Pero las veremos más gordas. Seguramente los planes de Muley Hacem para derrocar a su padre venían fraguándose desde tiempo atrás. Era un hombre frío, calculador. Probablemente por eso, antes de desterrar a su padre, se quitó de en medio a los que podrían estorbarle. Su hermano el Zagal antes de esta fecha tuvo que huir a Castilla acompañado por ochenta caballeros granadinos. Por fin mandaba en Granada.

CAPÍTULO XXVI

ABÜ L-HASAN ALI, CONOCIDO COMO MULEY HACEM, REY NÚMERO VEINTIDÓS DE GRANADA.

El mes de septiembre de 1464 accedió al trono Muley Hacem a costa de su padre, al que mandó a Málaga bastante desairado. El hijo lo echó de mala manera. Muley Hacem ya era talludito. Tenía veintiocho años. Y esto era el colmo. Hasta ahora no habíamos visto a un hijo destronando a su padre y enviándolo a un destierro, dorado si se quiere pero destierro al fin. Muley Hacem empezó a ejercer el mando. Nombró visir a Abu Cacim Venegas, el hijo de Reduán Venegas y de su esposa Cettimeriem. Él se dedicó a vivir.

Cuentan los viejos cronistas que en estos momentos de su vida nuestro rey se dedicó a la buena vida. Se marchó a los Alixares con una preciosa cautiva cristiana llamada Isabel de Solís, abandonó a su primera esposa Aixa la Horra y a vivir que son dos días.

Digamos algo acerca de las relaciones de Muley Hacem con su primera esposa. Dicen que era fea, casta y bastante arisca con su esposo. Lo de fea no lo pongamos en duda. Lo de casta a ver qué remedio. Basta imaginar que te casas con la señora de uno a quien acabas de matar. Cuando se acostara con Muley Hacem le daría algo. Casta a la fuerza. Así las cosas un buen día se asomó nuestro rey por un aljimez, divisó a una chavala preciosa que estaba prisionera en la Torre de la Cautiva y se enamoró perdidamente de ella. Como este era un vitalista y hacía a todo, pues se fue con ella a una preciosa casa palacio que tenían algo alejada para pasárselo bien. Aixa no lo podía ver ni en pintura. Sus hijos tampoco pero Muley Hacem estaba a lo que estaba y punto.

Por cierto que lo de Aixa es una incorrección. Aixa es patronímico de reina o sultana. Aixa la Horra quería decir Reina Casta. Se llamaba Fátima pero la vamos a seguir llamando Aixa.

Decíamos que se fue con Zorayda a una preciosa casa palacio para darse buena vida. Vamos a hacer una vez más dos paréntesis porque hay que contar cómo eran las casas en Granada, eso lo primero. Y cómo era la vida sexual de nuestros paisanos, eso lo segundo.

Las casas eran simplemente un acompañamiento del jardín. Se entraba por una especie de bosque donde las plantas daban la bienvenida al visitante. Desde allí se iba a un huerto. Detrás del huerto estaba el zaguán que conduce a un patio que a su vez es un jardín. Te asomabas a un ventanal y detrás había otro jardín. Luego, al fondo hay un muro blanco, en el muro una puerta que da a otro jardín. Si miramos a todas partes podemos encontrar pequeños patios que son a su vez jardines.

La planta y distribución de las casas es casi siempre la misma. El centro lo ocupa un patio rodeado de galerías abiertas. En medio hay una alberca, árboles, pequeños regatos de agua que van a todas partes y a estas galerías dan todas las habitaciones. Cada habitación tiene en el centro una fuente y cenadores formados por arcos y columnas. Estos cenadores están aislados por cortinas y así se convierten en dormitorios. Las habitaciones son luminosas. Reciben la luz de un pórtico y de ventanales que están cerca del techo. Tienen una especie de estrado o diván con pequeños colchones, cojines, mantas y almohadones que son el realidad cómodas camas. Está adornada con cortinas y tapices de las más variadas telas y tejidos.

Las casas colman de sobra las necesidades de nuestros musulmanes. Tienen muchos espejos, tapices, alfombras, divanes, braseros e incensarios. Las cocinas eran transportables de una habitación a otra. Tenían sus mesitas, tacas y alacenas en todas partes. Los cojines servían de cama y de asiento.

El mobiliario era de lo más sencillo. Divanes, cojines, veladores pequeños, tapices, cortinas y espejos. Por supuesto que muchísimas macetas, alacenas y vasares.

Hay algunos que dicen que el inodoro y el bidet son un invento francés. Son unos ignorantes. Cuando nuestros vecinos del norte se limpiaban el trasero con un pedrusco, los granadinos tenían en sus casas retretes con agua corriente y al lado una especie de taza, el bidet, para lavarse después del debido desahogo.

Una palabras acerca de la vida sexual de nuestros nazaríes. La pregunta es ¿cómo hacían el amor nuestros antepasados musulmanes?

Vamos a leer trozos de un viejo manuscrito árabe. Son los consejos que da un médico y alfaquí llamado Muhammad el Nafran a su visir para que disfrute cuanto pueda y no le ocurra nada malo en el empeño. Vayamos al texto. Dice el Nafran:

> *Conviene que sepas, ¡oh Visir!, Dios tenga misericordia de ti, que los males producidos por el coito son numerosos. Voy a enumerarte algunos, que es esencial que conozcas a fin de que puedas preservarte de ellos.*

No nos equivoquemos. No son consejos moralizantes de los años cincuenta, del infierno y de que vienen por ese asunto males sin cuento. No va por ahí. Sigamos leyendo.

> *En primer lugar debo decirte que el coito consumado de pie arruina las articulaciones de las rodillas y acarrea temblores nerviosos y que el coito practicado de lado predispone a la ciática, de la cual es principal asiento la articulación del muslo.*

A ver si tenemos que concluir que nuestros musulmanes o eran tontos de capirote

o eran de los que aquí te pillo aquí te mato. Porque esas cosas no se hacen de pie salvo casos de máxima urgencia y desde luego de lado es incomodísimo. ¿Ciática? Poco es para lo que se merecen. Sigamos con la exégesis del texto de Nafran.

> *No cohabites tampoco en ayunas, ni inmediatamente antes de la comida pues te sobrevendrán dolores en los huesos, perderás el vigor y se te debilitará la vista.*

Otra chorrada de nuestros antepasados. Si vivieran ahora se quedaban todos ciegos. Éstos se acostaban al oscurecer y a las primeras luces del alba estaban en pie sin más juegos ni preámbulos. Ahora se aprovechan las mañanas de los domingos para ese menester y nadie se queda ciego.

> *Si cohabitas colocando a la mujer sobre tu pecho estarás expuesto a enfermedades de la columna vertebral y del corazón. Y si en semejante posición penetra en el canal de tu uretra una cantidad por mínima que sea de las secreciones de la vulva de la mujer, puede sobrevenirte una uretritis aguda.*

Estos tíos lo hacían raro. ¡Mira que las posturitas que se buscaban!

> *Es preciso que sepas que el que cohabita con una mujer más joven que él, toma de ella nuevo vigor. Si ella tiene la misma edad que él no le proporcionará ninguna ventaja. Si la mujer tiene más años que él, tomará en su propio beneficio la fuerza que de él recibe.*

Normal que les gustaran las jóvenes pero para decir eso no hay que inventarse milongas. Sigamos con la exégesis.

> *El que quiera verse libre de la necesidad del coito que acuda al alcanfor. Un miktal de él macerado con agua vuelve al que lo bebe insensible a las necesidades de la cópula. Hay muchas mujeres que emplean este remedio contra sus rivales.*

Tampoco inventaran estos la pólvora. Suena al bromuro que daban antiguamente a nuestros soldaditos en la mili. Sigamos.

> *Cuando estés con una mujer, cohabita con ella varias veces si tienes*

ganas de hacerlo pero guárdate de llegar a la saciedad.

¡Qué barbaridad! Estos tíos no tenían hartura. ¡Hazlo varias veces pero no llegues a la saciedad! ¡Qué disparate! Estos eran Supermán.

La contemplación del interior de la vulva es un placer del que debes huir porque determina ceguera. No olvides que Hacen Ben Tachak, Sultán de Damasco, acostumbraba a contemplar el interior de la vulva de sus mujeres y no tardó en quedarse ciego.

Es la mar de raro que les produjera placer contemplar el interior de la vulva de sus mujeres. Que se quedaran ciegos no me extraña.

Desde luego concluyamos que nuestros nazaríes necesitaban los consejos de alguna sexóloga de esas que ahora tanto salen en televisión. Convendría aconsejarles que se quieran, que se den besitos, caricias y luego lo que sea menester. Seguro que ahora, en el paraíso de las huríes, no se ponen a mirar bobadas.

De lo expuesto debemos sacar más conclusiones. La principal es que nuestros antepasados musulmanes nos han admirado por su ciencia y su paciencia pero nos han decepcionado en cuanto a sus habilidades amatorias.

Sigamos con la historia de nuestro Muley Hacem, que vive a partir de entonces una época bastante buena. Los granadinos se dedicaron a trabajar en la agricultura, en la industria, en el comercio y el reino prosperó considerablemente. Las caravanas de mercaderes iban y venían, las naves atracaban en Málaga y zarpaban cargadas de cereales, seda, azúcar, etc. Y esto era bienestar para el pueblo.

En Castilla hubo verdaderos desaguisados por culpa de Enrique IV y que duraron hasta su muerte. Memorables fueron los líos en Jaén, donde el Condestable Iranzo y el obispo Alonso de Acuña tenían todo atado y bien atado a favor del soberano. El maestre de Calatrava estaba en la facción opuesta y quiso acabar con ellos pero el obispo agarró la lanza y se las tuvo tiesas con el maestre. Encima el condestable estaba por los conversos y acabaron con él en la catedral. Lo destrozaron como si fuera un facineroso.

Enrique IV tuvo el antojo de venir a Antequera y aquí lo torearon de mala manera. Como era un veleta, pues Fernando de Narváez, el gobernador, temía que le quitara el chollo para dárselo al paniaguado suyo, Don Alonso de Aguilar. Y ¿qué hizo nuestro Narváez? Pues impedir la entrada en Antequera al acompañamiento. El rey entró solo y se les ocurrió llevarlo a la iglesia donde estaba enterrado su padre, apagar las luces, simular que salía su padre de ultratumba diciendo al *Impotente* que no se le ocurriera quitar la alcaidía a su hijo Fernando y algunas perrerías por el estilo, que el rey se tragó, dejando el cargo donde estaba por si las moscas.

En los primeros meses del año 1474 se inicia el reinado de Isabel en Castilla. En 1479, cinco años después, Fernando hereda el reino de Aragón. Las dos coronas quedarán desde entonces unidas para siempre. Hay que considerar a Isabel y Fernando como a los más grandes estadistas de finales de la Edad Media y principio del Renacimiento. Sus reinos estaban en la más completa anarquía y contaban con una gran oposición interior y exterior. Empezando por la Beltraneja, siguiendo por el arzobispo de Toledo y el rey Don Alonso de Portugal, la verdad es que Isabel y Fernando tuvieron que vérselas con auténticos *miuras*.

Enrique IV muere en Madrid el 12 de diciembre de 1474. Isabel estaba en Segovia. Tenía veinticuatro años. Fernando estaba en Aragón. Rodrigo de Ulloa vino desde Madrid a Segovia para anunciar a Isabel la muerte de su hermano.

> *La princesa doña Isabel se cubrió de luto, e fiço los llantos que convenía hazer por el rey su hermano e fuese a la iglesia de san Miguel e allí fueron los pendones del rey Don Enrrique e los de la mesma cibdad, baxos e cubiertos de luto.*

En Segovia se celebraron los funerales por el rey. Allí mismo levantaron un gran estrado y proclamaron reina de Castilla y León a doña Isabel.

Pacificado el reino Isabel y Fernando deciden emprender la conquista de Granada. Era la gran asignatura pendiente, el gran objetivo de su reinado. Era necesario ajustar unas cuentas pendientes desde hacía ocho siglos. Además era un asunto que podríamos llamar internacional. El mundo cristiano se sentía en peligro. Los musulmanes amenazaban todos los frentes. Habían conquistado nada menos que Constantinopla hacía unos años. Tenían una mano en el Bósforo y otra en Gibraltar. Dominaban el Mediterráneo que estaba plagado de corsarios. Se podría esperar un nuevo ataque, como el de Constantinopla, en cualquier lugar. La suerte de Granada era fundamental para la civilización cristiana.

Granada presentaba un aspecto de gran urbe islámica. La medina, sus arrabales, sus barrios interiores, sus callejas irregulares sombreadas por aljimeces, las viviendas, las mezquitas, especialmente la mezquita mayor rodeada de alhóndigas y tiendas que conformaban la vida artesana y comercial, los mercadillos a las puertas de la muralla, las huertas, los cármenes que hacían un puente entre lo urbano y lo rural compuesto por la inmensa, bellísima y fértil vega de donde obtenían su alimento y su riqueza muchos de los habitantes de la ciudad.

Dos palabras acerca de la geografía urbana de Granada entonces. ¿Cómo era la ciudad en el siglo XV? ¿Cómo sus barrios, sus calles, sus murallas, sus comercios, su fisonomía urbana?

Granada en el siglo XV era un conjunto de dos ciudades, Medina al-Hamra’ y

Medina Garnata. Dos alcazabas, Alcazaba Cadima y Alcazaba Gidid y una serie de barrios.

La Medina al-Hamra’ es la fortaleza palatina conocida como la Alhambra. Era una ciudad en sí misma rodeada de murallas y torreones. Tenía sus mezquitas, allí estaba la Mezquita Real, contaba con escuelas, talleres, mercados, silos, cuarteles, caballerizas, palacios, mansiones suntuosas, lugar donde vivía el rey, la corte, los altos funcionarios y la servidumbre. Las murallas que la rodeaban tenían sus puertas de acceso, muchas de ellas legendarias.

La Medina Garnata era el centro de la ciudad y se situaba donde ahora está la iglesia del Sagrario, la Capilla Real, la Alcaicería, etc. Contaba con una suntuosa mezquita, la Mezquita Grande, *Jima el Kebir*. Al lado de ella estaba la Universidad, la Madraza de Yusuf, la Alcaicería que era un conjunto de tiendas todas ellas con su taller, el Zacatín, nombre que quiere decir calle de los *Ropavejeros*, tenía baños, el Baño de Abúlaci, allí estaba la Alhóndiga de los Genoveses y más o menos por donde está el edificio antiguo de la Caja General de Ahorros de Granada, por la Plaza de Villamena, se situaba el barrio de los ricos. Allí estaba, entre otras, la casa de Reduán y Cettimeriem Venegas. La Medina Garnata estaba rodeada de murallas, puertas y puentes.

Las murallas iban desde la propia Alhambra, bajaban por el Barranco del Abogado, luego la Puerta de Oriente, la Puerta de los Alfareros, el Castillo y Puerta de los Penitentes llamado entonces y ahora Bib-Ateibin, subía al lado del río, dejaba fuera de la muralla Bibarrambla y la Alhóndiga de Zaida, continuaba por la actual Plaza de la Trinidad, por la Puerta llamada del Corro, la del Molino de Harina llamada Bib-Riha, luego seguía hacia la Puerta del Palenque, la Puerta de Elvira y subía paralela a la actual Cuesta de la Alhacaba, torcía a la derecha por la Puerta de la Monaita, pasaba por debajo de la Plaza de Badis y a la altura de la mezquita de los morabitos o ermitaños, la actual iglesia de San José, salía un muro doble hacia el río. Era la coracha de Granada, parecida a la de Málaga, con idéntico objetivo de unir dos fortalezas pero que desgraciadamente se ha perdido.

Dentro de las murallas de la Medina había muchos más monumentos tales como puentes, mezquitas, baños, etc., pero a resaltar que el actual Corral del Carbón era una especie de fonda, parecida hasta en la arquitectura a los caravansaray turcos. Frente a esa fonda estaba el llamado *Puente Nuevo*.

Hemos hablado de dos Alcazabas. Eran en realidad la parte más antigua de la ciudad.

La Alcazaba Cadima fue el núcleo primitivo de las edificaciones de los primeros reyes ziríes. Estaba toda entera fortificada y situada aproximadamente por la actual Plaza de San Nicolás. A un lado de la muralla, hacia el sur, estaba la Medina Garnata y al nordeste daba al barrio del Albaycín. Sus puertas eran la de Castro, la de la

Señoría, la del Alcón, la Puerta de los Estandartes o Bib Albonud, etc. Dentro de esta Alcazaba estaba la llamada Casa Blanca, la mezquita de la Coracha, había baños, etc.

La Alcazaba Gidid en cierto modo abrazaba la anterior excepto por el norte que limitaba con el barrio del Albaycín. Sus murallas subían paralelas a la Cuesta de la Alhacaba desde la Puerta de la Monaita hacia arriba. Luego torcían hacia el sur dejando en el interior el Palacio de Badis o Casa de la Lona, también la Casa de la Sultana habitada en tiempos por Aixa la Horra y también la Casa de Boabdil. Por tanto era lugar donde se asentaba la corte paralela cuando los líos de Muley Hacem contra Boabdil que hablaremos más adelante. Paralelo al río Darro, por donde está la actual Calle de San Juan de los Reyes, estaba el barrio de Aljeriz o del *Deleite*.

Las Puertas de la Alcazaba Gidid eran la de la Monaita o las Banderolas, la del Asad o del León junto a la Casa de la Lona, la de los Estereros cercana a la actual Plaza Nueva y la de Estandartes o Bib-Albonud.

Como lugares reseñables en esta alcazaba hay que destacar el Bañuelo que se puede visitar hoy en la orilla del Darro, dos hospitales, uno junto al Bañuelo y otro cercano a la Puerta de Bib-Albonud. Y como mezquitas la de la Coracha, la de los Ermitaños antes mentada, la iglesia de San José, la de los Penitentes, etc.

Hablemos de los barrios. El Albaycín en primer lugar. Sigamos sus murallas. Partía de la Puerta de Elvira, subía paralela a la Cuesta de la Alhacaba, pasaba por la Puerta de la Monaita hasta la Puerta de la Señoría o Bib-Cieda. Luego, a la altura de la actual Plaza Larga giraba levemente a la derecha hasta la Puerta de Castro, la Puerta del Halcón y bajaba paralela a la actual Cuesta del Chapiz hasta el río donde estaba la Puerta de Guadix Baja que daba al Puente de los Labradores o Cántara-Albarracín. Luego subía hasta la Puerta de Guadix Alta, a la izquierda hasta la Puerta del Campo de los Almendros, la Puerta de los Halconeros y bajaba hasta un poco más arriba de la actual iglesia de San Ildefonso.

Dentro del barrio, como monumentos reseñables, está la mezquita Mayor o *Jima Alaadama* en la actual iglesia del Salvador. También, más o menos por donde sale el Camino del Monte, estaba la Casa Blanca o Dar Albaida.

El segundo barrio más notable es el de los judíos o Garnatha Alyahud. Ocupaba los lugares más privilegiados de la ciudad, los más soleados y con mejores vistas. El actual Campo del Príncipe, la Antequeruela, etc. También tenía murallas que en parte compartía con la Alhambra y con la Medina de Granada. Las puertas principales eran las de la Loma, la del Ocaso, la de los Alfareros y la del Barranco. Dentro del barrio estaba la sinagoga principal de los judíos.

Fuera de la ciudad estaba, como dije, el Generalife, la Casa de la Novia, el Alcázar del Genil, el Cuarto Real de Santo Domingo y un sinfín de palacios y casas de recreo que eran una delicia en la ciudad y sus alrededores.

Hablemos de otras ciudades del reino. Málaga era la capital económica y

comercial del reino. Su gran puerto, cosa excepcional en la época, disponía en el siglo XV de un gran muelle de piedra, lo que probaba su importancia comercial.

Emplazada en un llano a las orillas del Guadalhorce y flanqueada por el Guadalmedina, tenía dos arrabales, una alcazaba, una gran fortaleza próxima, Gibralfaro, a la que estaba unida la ciudad por un camino fortificado, llamado antes y ahora la Coracha.

La tercera provincia del reino de Granada tomaba su nombre de la antigua ciudad de Pechina (Bayanna), que fue grande en los siglos X y XI, pero que en el siglo XIII deja su importancia y su capitalidad a Almería.

Su importancia portuaria y mercantil fue modesta. El territorio de la kura de Almería era llamado Andalucía de las estepas por sus desiertos y su extrema aridez. En las pequeñas zonas verdes y escondidas de estos desiertos se asentaban pueblos como Vera, los dos Vélez, Purchena, y luego una parte pequeña de la Alpujarra, Berja, Dalías, Márjena, Andarax y una parte poco poblada del litoral mediterráneo.

El reino nazarí, en el siglo XV, tenía una extensión de 30.000 kilómetros cuadrados y su población total de unos 300.000 habitantes.

Ciudades como Guadix, Baza, Loja, Alhama, Ronda y Vélez Málaga rondaban los 10.000 habitantes. Antequera, Marbella, Coín, Vélez Blanco y Vera tenían cerca de 5.000 habitantes. La población rural era muy numerosa, por ejemplo, en la Alpujarra, donde vivían unos 50.000 habitantes. Muchísimos más, en proporción al total del reino, que actualmente. Judíos había unos 5.000. La minoría italiana, genovesa sobre todo, dedicada al comercio, era fuerte y dinámica.

Los granadinos ricos vivían en las grandes ciudades, ocupando buenas viviendas en los barrios periféricos, en los cortijos o en las almunias de la Vega y del entorno de Granada, Málaga y Almería.

Los artesanos, una parte muy importante de la población, vivían en calles o barrios especiales de las ciudades según su oficio.

Los agricultores, vivían en el campo y practicaban, muy bien por cierto, la horticultura y la arboricultura.

Luego, en las sierras y en las fronteras, vivían y cuidaban sus ganados los pastores.

Para que fuera posible la supervivencia los habitantes del reino tuvieron que aumentar las fuentes de riqueza. En cuanto a los cultivos, los cereales más cultivados eran el trigo y la cebada. En épocas de escasez de cereales propios importaban mijo. En el cultivo de hortalizas los granadinos eran maestros consumados.

La caña de azúcar se cultivaba en Motril, Salobreña y Almuñécar y era molturada en los trapiches. Se exportaba en su mayor parte. Se daban los frutos secos, como la pasa, el higo y la almendra. También se cultivaba el azafrán en la zona de Baza.

Toda la vertiente mediterránea de las sierras, Albondón, Montes de Málaga,

Cómpeta, etc., estaba cubierta de viñedos, lo que ofrecía un bello espectáculo a los viajeros que llegaban a los puertos.

La ganadería, tanto bovina como ovina, fue muy importante. Ronda tuvo fama por su lana, tan fina como la conquense según dirían luego los castellanos que repoblaron la serranía. Sin embargo el número de cabras era superior al de ovejas. En todas las zonas serranas se criaba el ganado. En verano pastaban en las montañas alpujarreñas, en las sierras de Tejeda y otras. En verano bajaban a los campos de Dalías, a los de Bentomiz y Vélez. Es posible que en Granada existiera déficit ganadero, sin embargo nunca faltaron cueros, lana, cera y miel en abundancia.

La pesca era una ayuda para la economía del reino, sobre todo en lugares de litoral, desde Almería hasta Estepona, Marbella o Bezmiliana que disponían de almadrabas. Málaga tuvo una importante industria de envasado de anchoas, que no desapareció después de la conquista.

La seda fue el producto que más se exportó de cuantos ofrecía el reino. En las sierras los campesinos cuidaban las moreras, criaban los gusanos y almacenaban los capullos. Casi todos los alpujarreños se ayudaban económicamente con esta industria y la tenían como segunda fuente de ingresos. La seda era hilada en el campo pero el tejido y posterior venta para el mercado exterior se realizaba en las tres grandes ciudades: Granada, Málaga y Almería, donde existía una verdadera organización y control. Esta organización fue heredada por los castellanos, aunque la industria en sí quedó en manos de la población morisca. Fueron famosos los tisúes de Nerja, las piezas de Jubiles, decorados con los más diversos motivos.

Con menos importancia económica que la seda, la cochinilla se crió al este del reino, para el tintoreo y la exportación.

En Málaga alcanzó una importancia muy grande la cerámica dorada y vidriada, especialmente en la segunda mitad del siglo XIV Se fabricaban unos preciosos platos azules o dorados, decorados con motivos de personas o animales. Estos motivos y estas técnicas pasaron desde el reino nazarí hasta Valencia, donde se encargaron de resucitar la tradición malagueña. Los valencianos hicieron una petición a los malagueños para que les enviaran algunos maestros en

> *uno de los grandes tratos que en Málaga en tiempos de los moros avía y que era de las ollerías e vedriado que en ellas se facía.*

Se sabe que Génova y Granada hacen un acuerdo mercantil en el año 1279. Se pactan ¡reducciones aduaneras! También existió comercio importante con Cataluña. De hecho había consulados de Génova y de Cataluña, tanto en Málaga como en Almería. Los italianos tuvieron una gran penetración mercantil en el sur de España, en la parte musulmana y en la parte cristiana. Se contaba con muy buenos productos

y con excelentes puertos. Los mercaderes genoveses establecen en el puerto de Málaga una base de todas sus operaciones. De las exportaciones a la Liguria destacan la seda, el azúcar y los frutos secos. La seda granadina era llamada *spagnola*. Las cosechas enteras de uvas e higos secos eran compradas en su integridad por los italianos que las exportaban luego a Brujas y Southampton. La familia de los Spínola tenía el monopolio casi total de estos productos desde finales del siglo XIV

Hacia la segunda mitad del siglo XV el reino nazarí va perdiendo su protagonismo comercial. Las potencias cristianas van instalando mercaderes que operan desde el mismo territorio granadino y controlan las exportaciones, las importaciones, se apoderan de los cultivos de la seda y de la producción de cerámicas y tejidos. Con ello los granadinos pierden el control de sus fuentes de riqueza y se inicia su declive comercial y económico, paralelo al declive político.

Los granadinos tenían una fe común, la islámica y una lengua común, la árabe. Estos fueron los elementos más integradores de su identidad cultural.

Vestían a la morisca con influjos cristianos. Montaban a caballo a la jineta, con algunas costumbres granadinas que pasarían luego a Castilla, como las costumbres castellanas pasarían a Granada.

Y en la frontera entre los reinos musulmanes y cristianos, había una vida diferente a la del resto, desde los puntos de vista cultural, económico y militar.

Existían unos alcaldes o jueces de frontera que dirimían las diferencias entre los dos bandos. Eran territorios de venta y explotación comercial de cautivos. Se compraba y se vendía de todo. Se canjeaba también de todo, incluso cautivos o mercancías, valiéndose de unos mediadores reconocidos por ambos bandos y que se llamaban alfaqueques. Estos personajes ejercían como redentores titulados y se ganaban un dinero con ello.

Pero la función primordial de la gente de frontera era guerrear.

El ejército granadino estaba muy bien organizado y era permanente. El rey tenía una guardia imperial compuesta por granadinos y africanos. Los granadinos vestían telas finas de lana, seda y algodón en varios colores. Los africanos se ponían un albornoz o capa africana de lienzo blanco. Casi ninguno usaba turbante, que estaba reservado a magistrados, ulemas y médicos. Los soldados se cubrían con morriones y celedas.

El armamento de los africanos era coraza y lóriga con escudos y otras protecciones. Disponían de lanzas muy largas, cimitarra y venablo. Los andaluces disponían de corazas más ligeras que las de los africanos, adargas y lanzas. Todos eran elegantísimos, con una perfecta armonía en los colores de sus aljubas y los adornos de sus lanzas. Los caballos iban a la guerra adornados con arreos de cuero repujado y bordados de seda.

Volvamos a los movimientos políticos y militares. Una vez pacificados

interiormente los reinos castellanos los monarcas se fijan el objetivo de la conquista como la tarea más importante que deben realizar. En primer lugar Fernando pidió al rey de Granada los impuestos que le debía. Y mirad lo que pasó:

> *Envió el rey Don Fernando enbaxada a Granada a demandar las parias al rey moro Muley Bulhacén, que eran devidas. El rey de Granada estaba en aquel tienpo rico e muy poderoso e respondió que los que las davan eran ya muertos e los que las recibían tanbién; que él allí estava para las non dar, salvo defenderlas en el canpo con su cavallería e su gente. El rey Don Fernando mandó facer muchos tiros de pólvora e gruesas lonbardas e pertrechos. E dende a pocos días mandó a pregonar guerra contra los moros en toda la frontera, desde Lorca a Tarifa.*
>
> (BERNALDEZ)

Se va a iniciar una guerra que estuvo perfectamente planificada y ejecutada. Tuvo un programa, unos medios y una estrategia. Fue la primera guerra moderna. Desde luego es la primera en que actúa y se forja el ejército español.

En el año 1478 un enviado de Isabel y Fernando había llegado a Granada para exigir el pago de los tributos atrasados. Desde 1438 regía un contrato de vasallaje por el que los nazaríes reconocían la superioridad de los reyes de Castilla y se comprometían a pagarles anualmente veinte mil doblas de oro a cambio de paz en las fronteras. Y se pagó hasta que los problemas de Castilla dieron un respiro a los granadinos.

Cuando Isabel y Fernando se sintieron fuertes pensaron que era el momento de exigir lo pactado. Para ello prepararon una embajada presidida por un hombre de los más ilustres del reino. Se llamaba Don Juan de Vera y llegó a Granada vestido con las insignias de la Orden de Santiago de la que era comendador. Llevaba una magnífica armadura y tenía porte arrogante y aires de superioridad. Era un hombre fiel a la corona. Le acompañaba una comitiva pequeña en número pero escogida. Iban con él perfectos conocedores de las armas defensivas y ofensivas, con los ojos bien abiertos para referir en Castilla cuanto pudieran observar.

Su entrada por las puertas de la ciudad fue solemne. Marchaban entre las muchedumbres orgullosos, displicentes. Los moros miraban cómo iba desfilando esta comitiva por la puerta de Elvira camino de la Alhambra.

Muley Hacem odiaba a los reyes castellanos y aborrecía esa obligación de pagarles tributos. Los enviados podrían esperarse de él cualquier cosa.

Al entrar en la Alhambra sintió el embajador un escalofrío tremendo. Las espuelas de los cristianos golpeaban el pavimento de mármol como si pretendieran

herirlo. Don Juan iba altivo, marcial, insensible, pero al par sentía herido su orgullo de castellano al contemplar aquellas incomparables estancias y al leer en el pórtico de la sala donde iba a ser recibido, en unos caracteres colosales, esta leyenda:

> *El Sultán que labró este alcázar, cuantas veces salió al reír la aurora, cayó sobre los enemigos, y a la tarde fue señor de sus vidas y les impuso la cadena del cautiverio y con ella los condujo a labrar este alcázar.*

El embajador y su comitiva se acercaron al sultán que estaba en el Salón de Embajadores. Hizo las reverencias oportunas mientras miraba el porte de Muley Hacem que estaba sentado sobre preciosos cojines. Se hizo silencio y el rey mandó al embajador que expusiera el mensaje de sus reyes.

Don Juan pudo exponer la razón de su embajada. Él hablaba en castellano y un trajumán traducía al árabe. Recordó los antiguos pactos entre Castilla y Granada, miró fijamente al granadino para recordarle sus incumplimientos y por fin transmitió la exigencia del pago de las cantidades actuales y atrasadas.

Muley Hacem escuchó a Don Juan, al principio sin inmutarse, como que estuviera ausente, distraído mirando los bellísimos artesonados de aquella incomparable sala. Cuando escuchó la exigencia de los castellanos que sonaba a amenaza se levantó como movido por un resorte, miró con fiereza a Don Juan y le contestó con desprecio:

> *—Decid a vuestros soberanos que los reyes de Granada que pagaban tributo a la corona de Castilla murieron. Nuestra casa de moneda ahora no se ocupa de su acuñación. En su lugar fabrica hojas de cimitarras y puntas de lanzas.*

Don Juan escuchó estas palabras estupefacto pero sereno. Comprendió enseguida que se preparaba una guerra de incalculables consecuencias.

Muley Hacem al despedirle le obsequió con una cimitarra que era una auténtica joya. La empuñadura era de ágata y otras piedras preciosas guarnecidas de oro y la hoja era del más puro acero de Damasco. El noble castellano, al recibir el regalo, masculló unas frases de agradecimiento y velada amenaza.

> *—Su Majestad me ha regalado un arma afilada. Confío en que tenga la oportunidad para demostrarle que yo sé cómo debo usar su real presente.*

Se retiró del Salón de Embajadores con gesto grave. Era un consumado diplomático y sabía conservar la compostura.

La estancia de Don Juan en Granada fue breve pero pudo anotar la magnífica situación de que gozaba Muley Hacem. Las torres y murallas de Granada estaban recién restauradas. Por las aberturas y los adarves asomaban grandes cañones. Los depósitos de armas estaban repletos. Los soldados se veían por doquier mandados por orgullosos capitanes. Se observaban escuadrones de caballería listos para socorrer cualquier rincón del reino.

Caminaban por las calles observando y envidiando cuanto contemplaban. Don Juan marchaba lentamente por la Vega hacia la frontera. Sus ojos examinaban y envidiaban todo. Si levantaba la cabeza desde cualquier lugar podía contemplar un torreón de defensa, un castillo, un pueblo o una ciudad amurallada. Se llevaron a Castilla la impresión de que la guerra por Granada iba a ser durísima.

Don Juan regresó a la corte a dar cuenta al rey de su misión. Fernando le escuchó atentamente, le premió con largueza y esperó. De buena gana hubiera dado una respuesta inmediata a Muley Hacem para bajarle los humos. Sin embargo estaba muy liado con los asuntos internos de Castilla y Aragón. Estaba loco por apoderarse de la ciudad maravillosa que tanto soñaban los castellanos. Sin embargo se limitó a decir:

—Arrancaré uno a uno los granos de esta granada.

Muley Hacem tenía claro que su enemigo era Fernando y que más pronto que tarde tendría una guerra con los temibles castellanos. Decidió prepararse concienzudamente. Había reunido grandes riquezas. Las defensas de las fortalezas y castillos fueron puestas a punto. Había hecho venir de África tropas de las más preparadas. Había firmado pactos con todos los reyes africanos. Nada le iba a faltar. Por otra parte los súbditos de Muley Hacem eran valientes. Amaban su tierra y la iban a defender hasta la última gota de su sangre. Y estaban bien adiestrados. Sabían combatir a pie y eran habilísimos jinetes. Estaban acostumbrados a soportar las fatigas y las penalidades de la guerra. Al primer llamamiento de su rey iban a acudir en defensa de su patria.

Muley Hacem se vio fuerte. Él estaba preparado y su enemigo andaba en luchas contra los portugueses o los nobles castellanos. Lo decía el poeta castellano:

Los varones militantes
condes, duques y marqueses
solos fébridos arneses
más agros visten en veces
que los pobres mendigantes;
ca por procurar honores
y haciendas

inmensas tienen contiendas
y temores.

Muley Hacem era un hombre extraño. A veces se sumía en el silencio como que estuviera ausente, ensimismado, triste. Otras veces se mostraba audaz, temerario, extrovertido, como que quisiera comerse el mundo sin pararse a valorar las consecuencias de su acción. ¿Era un epiléptico y de ahí esas reacciones y contrarreacciones, unas durísimas, otras de dejación y abandono?

No se lo pensó dos veces y tomó una decisión tremenda. ¡Iba a dar un golpe de mano! ¡El que da primero da dos veces! Los cristianos habían descuidado la defensa de muchas fortalezas. Muley Hacem estudió detenidamente el terreno. Él iba a decidir cuándo y dónde atacar. Le informaron que Zahara de la Sierra era una fortaleza situada entre Ronda y Medina Sidonia. Su alcaide no se ocupaba con el interés debido de sus obligaciones y tenía una guarnición muy pequeña.

Zahara y su castillo estaban encaramados en una tremenda roca. ¡Ni los pájaros podrían subir hasta allí! Las viviendas del pueblo eran cuevas excavadas en las piedras. Tenía una sola puerta defendida por grandes torres. El único camino de acceso era una especie de escalera tallada en las rocas.

Era la noche del veinticinco de diciembre de 1481 cuando Muley Hacem atacó Zahara. Los habitantes del pueblo estaban dormidos. La tempestad de viento nieve y frío que azotaba el pueblo era de las gordas. Hacía tres días que no se veía el sol. Los centinelas estaban metidos en las cuevas al calor de buenas lumbres, sin posibilidad de escuchar otra cosa que el viento azotando los farallones.

Cuando se inició el ataque, a media noche, se mezclaban los gritos de los moros matando y apresando lugareños con los gritos de angustia de las mujeres y los hombres del pueblo. Se veían perdidos.

—*¡El moro, el moro!* —gritaban con terror y desesperanza.

Muley Hacem había salido de Granada. En plena tempestad había atravesado caminos y sierras. Todo el trayecto lo hizo de noche para que su ejército no fuera detectado por espías enemigos. Al llegar a Zahara lanzaron escalas y subieron sin ser descubiertos.

El demonio había llegado al pueblo, —pensaban con angustia defensores y lugareños—. Pronto los atacantes se adueñaron de todo. Y cuando algún hombre o mujer se asomaba con un farol a la puerta de su casa encontraba una cimitarra que le mataba sin piedad. Se escuchaban los gritos de horror y el viento en medio de aquella orgía de sangre.

En muy poco tiempo terminó la lucha. Los que no habían muerto estaban

refugiados en lo más hondo de sus cuevas. Otros se entregaron al enemigo brazos en alto. El vendaval continuaba. Los soldados moros, después de haber encerrado a los prisioneros, se dedicaron a rebuscar más riquezas, más botín. Al amanecer se pudo ver lo que quedaba de una comunidad próspera y feliz. Todos los habitantes de Zahara que habían sobrevivido estaban apiñados, atados, desnudos, muertos de frío y de miedo.

Muley Hacem no escuchó lamentos ni gemidos. Ordenó que fueran conducidos como cautivos a Granada. En el pueblo dejó una guarnición en estado de alerta.

Volvió a Granada seguido de su ejército y de la muchedumbre de cautivos. Iban enarbolando los pendones y estandartes conquistados en Zahara. Detrás de los soldados entraron los cautivos, despojos humanos, hombres, mujeres y niños que arrastraban su tristeza infinita ante las atónitas miradas de los nobles y el pueblo de Granada.

El recibimiento que se dio al ejército y al rey por esta victoria fue dispar. El pueblo llano sentía gran dolor e indignación al ver la escena que ofrecían los cautivos de Zahara. Las madres granadinas estrechaban a sus hijos contra el pecho, compasivas con las madres de Zahara que habían perdido a los suyos. Sentían compasión de los pobres cautivos y despreciaban la ferocidad e inútil crueldad de su rey. Los nobles organizaron desfiles, justas y otras fiestas para adular al vencedor.

Muley Hacem dio una recepción en la Alhambra para celebrar su victoria. Los nobles y los alfaquíes acudieron para adular al monarca. Sin embargo en medio de aquella multitud resonó una voz fuerte que conmovió a todos y enojó profundamente al rey. Decía así:

> *—Ay de Granada, ay ay. ¡La hora de tu desolación se aproxima! ¡Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas! ¡Mi corazón me dice que el fin de nuestro imperio está cercano!*

Al escucharse este grito se produjo en la concurrencia una conmoción enorme. Como que algo hubiera sacudido a los presentes, todos se retiraron un poco y dejaron al hombre solo en medio del salón.

Era un anciano de rostro severo, de aspecto ajado y ropas raídas. Sólo conservaba vivos los ojos y enérgico el mentón. El santón que tenían delante dedicaba su vida a rezar y ayunar en una cueva de los alrededores de Granada para alcanzar la pureza de los santos. Hasta los aduladores cortesanos hicieron un profundo silencio al oír las palabras del santón que se había quedado solo, desafiante, plantado ante el rey. Muley Hacem permanecía inmóvil, mirando con desprecio al anciano. Muchos pensaban que el viejo estaba delirando. El anciano dio media vuelta y abandonó el salón. Luego bajó las cuestas camino de Granada. Como un poseso recorrió todas las calles y

plazas gritando y gesticulando. En cada esquina dejaba sus gritos y sus denuncias:

> *—¡Se ha quebrantado la paz y comenzó una guerra de exterminio! ¡Ay de ti, Granada! ¡Tu caída está próxima y en tus palacios no habitará sino la desolación! ¡Tus defensores caerán bajo el golpe de la espada y tus niños y tus doncellas yacerán en cautiverio! ¡No olvides que Zahara no es sino una imagen de lo que tú serás!*

Los granadinos sintieron miedo ante aquellas profecías que intuían verdaderas. Las fiestas que se organizaron para celebrar la victoria de Zahara se ahogaron en las gargantas del pueblo. Todos se escondieron en sus casas como en épocas de duelo. Murmuraban en las plazas contra un rey cruel que les iba a llevar a una guerra tremenda.

Muley Hacem seguía en la Alhambra orgulloso y desafiante.

Fernando, al enterarse de la toma de Zahara, sintió una indignación tremenda. Nunca hubiera esperado que el granadino le tomara la delantera en un ataque en verdad psicológico. Sus ansias de revancha fueron más fuertes que nunca. Ya llegaría su turno, su hora. Y llegó con la toma de Alhama.

El marqués de Cádiz Rodrigo Ponce de León y el asistente de Sevilla Diego de Merlo andaban buscando el lugar donde devolver a Muley Hacem la afrenta de Zahara. Y encontraron Alhama. La toma de Alhama es el principio del fin de la reconquista.

> *El famoso y muy esforzado cavallero Don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, conde de Arcos, señor de la villa de Marchena, con gente del Andalucía, ha tomado a los moros Alhama e fue desta manera:*
>
> *(BERNALDEZ)*

En el ejército que mandaba Don Rodrigo había un hombre valiente, con aficiones de montañero y dotes de espía. Se llamaba Ortega de Prados y era capitán de escaladores del marqués de Cádiz, especialista en organizar asaltos a las fortalezas enemigas.

Ortega había sido informado por algunos espías. Le debieron contar que en Alhama había una guarnición algo relajada y apta para una buena excursión de saqueo y castigo. Puso manos a la obra. Quiso comprobar la situación por sí mismo. Observó a los centinelas de los muros y los tajos para conocer qué sitios estaban bien y cuáles mal guardados, cuáles eran más fáciles de escalar y cuáles no. Y se convenció de la posibilidad de atacarla y tomarla.

Ortega de Prados se dirige a su señor para comunicarle sus pesquisas y exponerle

sus planes. Consigue verle y cuenta a Don Rodrigo sus impresiones y sus convencimientos. El marqués le escucha, le hace mil preguntas y cuando se convence de la viabilidad del proyecto hace llegar sus propuestas al rey.

Fernando confiaba ciegamente en Don Rodrigo. Era el mejor general de su ejército. Tenía entonces el marqués de Cádiz treinta y nueve años. Era de mediana estatura, barba rojiza, musculoso, fuerte, capaz de soportar penalidades y esfuerzos. De temperamento templado, galante pero no mujeriego, valiente, generoso con los suyos pero violento y terrible con sus enemigos. Tenía muchas posesiones en Andalucía y Castilla, lo que le daba la posibilidad de reclutar ejércitos numerosos y bien preparados.

El rey escuchó la propuesta del marqués, le hizo las preguntas convenientes, debió convencerse de lo que le proponía y encargó a Don Rodrigo su ejecución. Estaba seguro de que gran parte del éxito estaría en el sigilo. Por tanto hizo ver a Rodrigo la necesidad de que el plan se mantuviera en el mayor de los secretos, base fundamental del buen éxito de la empresa. De la valía del marqués estaba completamente convencido.

Rodrigo comenzó escogiendo muy bien a sus hombres. Le acompañaban Diego de Merlo, asistente de Sevilla con su gente, Juan de Robles, corregidor de Jerez con los suyos, Pedro Enríquez, adelantado de Andalucía con los alcaides de su tierra y de la frontera. A todos avisó menos al duque de Medina Sidonia con quien se llevaba fatal. Estaba seguro de que esta enemistad llevaría al de Medina Sidonia a entorpecer su plan con tal de que no triunfara su rival.

Consiguió reunir dos mil quinientos hombres de a caballo y tres mil de a pie. No muchos pero bien equipados. Pues nadie sabía qué objetivo tenían. Sólo el marqués, Diego de Merlo y el Adelantado sabían el destino de la expedición que de noche sale de Marchena hacia Antequera. En el río Yeguas dejan la impedimenta y el miércoles por la noche continúan la marcha. Acamparon en la dehesa del Cantaril, término de Archidona, treparon por las sierras entre Alfarnate, y Loja y por fin se acercan a Alhama. La tropa conoce su objetivo cuando ya están cercando la ciudad.

El marqués arenga a sus hombres incitándoles a vengar los sucesos de Zahara e ilusionándoles con el presumible botín que obtendrían.

Ya allí el marqués preparó una fuerza especial compuesta por escuderos de los más fuertes, valientes y preparados, dispuestos a luchar y a morir. Eran cerca de treinta y guiados por Ortega de Prados, dos horas antes del amanecer echaron las escalas a muros de la fortaleza, justo por donde Ortega sabía que estarían menos protegidos.

Su escalada fue sigilosa y rápida. Primero subió Ortega, luego otros y otros que de certeras cuchilladas mataron al centinela que acababa de descubrirles, al alcaide moro de la fortaleza y a los soldados de guardia que estaban durmiendo. Los treinta

hombres que seguían a Ortega llegaron a los baluartes y tomaron las fortalezas.

El marqués estaba abajo esperando la señal de los de arriba. Cuando supo del éxito de la avanzadilla hizo tocar las trompetas y dio orden de ataque.

Los cristianos que habían entrado en Alhama lucharon denodadamente contra los moros. De entre los de la avanzadilla murieron los alcaides de Arcos y Carmona. El marqués intentó que el grueso del ejército penetrara en la fortaleza. Sus hombres perforaron el muro, escalaron los tajos y entraron en la ciudad.

Ya dentro, por las calles, casa por casa, lucharon contra los moros que se les opusieron con gran ferocidad. Pero cayeron los defensores. Según sus propios cronistas todos los varones de Alhama murieron. Decían que con tanto baño de aguas termales se habían vuelto blandengues e inútiles para el manejo de las armas. Los niños, las mujeres y los ancianos huyeron por las huertas y se escondieron en las minas de agua de los alrededores. Murieron ochocientos varones. Se tomaron cautivos a tres mil personas entre niños, jóvenes y mujeres. Alhama entonces contaba con seiscientas familias.

Era el 1 de marzo de 1482. Así se tomó Alhama, la más bonita, la más rica, la mejor guardada ciudad del reino de Granada. El marqués y su ejército obtuvieron un enorme botín. Se apoderaron de gran cantidad de oro, plata, joyas, seda, tafetán, trigo, aceite, miel…, liberaron a los cristianos cautivos que encontraron. Tomada la ciudad estuvo allí el ejército descansando el viernes, sábado, domingo y lunes.

En Granada la consternación fue tremenda. Llegó un grupo de jinetes dando la terrible noticia y todo el mundo quedó de piedra. Muley Hacem estuvo un rato como ausente, luego estalló en un arrebato de ira mientras que muchos valientes tomaban aquella misma noche las lanzas, montaban sus caballos y salían alocados, fuera de sí, para echar a los cristianos de Alhama. Entretanto por las calles de Granada las gentes daban voces, se lamentaban diciendo:

> *Alhama ha caído. Nuestros hermanos están, unos vencidos y otros muertos. Las mujeres y los niños que se habían refugiado en las mezquitas han sido degollados. Todo está lleno de cadáveres y cubierto de sangre de nuestros hermanos.*

Muley Hacem no se podía esperar un golpe tan tremendo como este. Enseguida recordó al santón que vaticinó males sin cuento cuando se conquistó Zahara. Muley Hacem estaba desesperado. Todos le señalaban con el dedo. Escuchad al viejo poeta.

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira

hasta la de Vivarambla.
Cartas le fueron venidas
que su Alhama era ganada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Apeóse de una mula
y en un caballo cabalga;
por el Zacatín arriba,
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añafiles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
apriesa toquen al arma,
porque lo oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el son oyeron
que el sangriento Marte llama
uno a uno y dos
a dos juntado se ha gran campaña.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí fabló un moro viejo,
de esta manera fablara:
«¿Para qué nos llamas,
rey, para qué es esta llamada?»
«Para que sepais, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.»
«¡Ay de mi Alhama!»

El rey consiguió reunir cinco mil quinientos caballeros y ochenta mil hombres de a pie para reconquistar Alhama. Pronto llegaron al pie de sus tajos. Iban llenos de rabia, de dolor. Los ejércitos del marqués se hicieron fuertes en el interior. Defendieron muy bravamente cada uno de los puntos de sus murallas. Murieron muchos moros y bastantes cristianos sin que les fuera posible doblegar las defensas

de los castellanos. Y consiguieron hacer bastante daño pero nada les devolvió Alhama.

Fernando conoció la situación y volvió de Castilla reunió un gran ejército con todas las fuerzas disponibles en Andalucía y fue a Alhama. Los sitiados celebraron esta llegada. Se adornó la villa, el rey la visitó y Alhama ya siempre fue del rey Don Fernando.

Muley Hacem quedó hundido, desconsolado. Paseaba triste, vencido, cuando

Así fabló un alfaquí
de barba crecida y cana:
«Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara.
Mataste los bencerrajes
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tu y el reino,
y que se acabe Granada.»
«¡Ay de mi Alhama!»

Así se tomó Alhama, la primera, la más bonita ciudad conquistada del reino de Granada.

Hablemos ahora de Muley Hacem, Boabdil, Aixa la Horra y Zorayda.

Muley Hacem había destronado a su padre y era rey de Granada. Los primeros años de su reinado habían sido en general buenos. En Granada había prosperidad, seguramente la última de que gozó el reino. Era un hombre apuesto, gentil, altivo y romántico. De aspecto franco, quizá demasiado fogoso, era un soñador, con muchos pájaros en la cabeza, tenía sueños de grandeza e imaginaba reconquistas a costa de los cristianos.

Dijimos que se había casado con Aixa. Esta mujer era más bien fea, de aspecto varonil y con fuerza para cualquier cosa. Nada la detenía.

Con Aixa la Horra tuvo Muley Hacem dos hijos. Uno se llamaba Abu Abdalá, al que enseguida los granadinos pusieron el mote de Boabdil. El otro se llamó Muley Abul Haxig.

Nada más nacer Boabdil, siguiendo la inveterada y nefasta costumbre árabe en vez de llevar al pobre chico al pediatra, que es lo que tenían que haber hecho, le llevaron al astrólogo de guardia ese día en la corte, al que no se le ocurrió más que

soltar, en presencia de Muley Hacem y de Aixa la Horra, el siguiente sermón:

> *—¡Alá achbar! ¡Dios es grande! Él solamente controla el destino de los imperios. Está escrito que este príncipe ocupará el trono de Granada, pero también que durante su reinado se consumará la pérdida del reino.*

Naturalmente el padre aborreció al chico. Incluso, de acuerdo con la vieja y actual costumbre de los granadinos, le puso un mote adecuado al caso. El padre comenzó a llamarle *el Zogoybi*, que en castellano quiere decir *el Desgraciad*o. Con un padre así ya me diréis qué camino iba a tomar el pobre Boabdil.

Muley Hacem, con estos antecedentes, con Aixa la Horra enfrente, con un hijo ya señalado de por vida dedicó parte de su existencia a luchar, a soñar en conquistas imposibles y en el aspecto amatorio a recorrer todos los divanes de su harem.

Contamos que se cruzó en su camino una chavala jovencita que estaba como un bombón. Nada más verla la rebautizó, que de eso no se privaban. Isabel de Solís pasó a llamarse Zorayda.

Al tomar el mando del harem nuestra Zorayda tomó el mando de muchas cosas. Cuando estuvo segura de tener en el bolsillo a Muley Hacem se dedicó a arreglar la corte y especialmente a alejar de posibles veleidades de sucesión a los hijos de su esposo y colocar a los suyos en posición ventajosa para, en el futuro, ser reyes de Granada.

El pobre Boabdil estaba metido en un avispero. Por un lado tenía un padre iracundo, de mal encare con él desde lo del astrólogo y con el seso sorbido por una madrastra guapa, muñidora y liante. De otro lado una madre fea con ganas, de portes masculinos y a quien nadie le había dicho en su vida por ahí te pudras.

Además, de una parte, la de Boabdil, los Abencerrajes. De parte de Muley Hacem, los Venegas, familias de lo más granado y belicoso de la nobleza granadina.

Con Muley Hacem estaba Zorayda, su hermano el Zagal, los hijos de cristiano y mora Abu Cacim y Reduán Venegas, Cid Hiaya, pariente de ellos y Abu Celim, caudillo de Almería. Le apoyaban en general los Venegas y los Alnayares.

Boabdil contaba con su madre Aixa, con Aben Comixa, los Abencerrajes en general y con mucha más simpatía popular. El pueblo cambiaba bastante pero era más de Boabdil que de su padre. El apodo de *el Chico* no es porque fuera más bien poca cosa sino por ser un chaval. Tenía dieciocho años.

El enfrentamiento estaba cantado. Zorayda, ya con el camino libre, había hecho que cortaran el cuello en el Patio de los Leones a otros hijos de Muley Hacem. A Boabdil no se atrevió a finiquitarlo de esa manera porque sabía que tenía bastantes apoyos entre los nobles granadinos, especialmente Abencerrajes. Se limitó a encerrarlo y atarlo con cadenas junto a su madre en la Torre de Comares.

Muley Hacem acabó por no estar conforme con encerrarles. Quería que pasaran por el Patio de los Leones a ver al de la cimitarra. Y como no tenían muchos miramientos para satisfacer sus inclinaciones debió pensar que mejor quitarse de en medio a Boabdil. Así conseguiría dos objetivos: eliminar a un hijo a quien puso el mote de *Desgraciado* y que le dejara tranquilo Zorayda. Una noche, ya relajados, dijo a su joven esposa:

> *—La espada del verdugo probará la falsedad de esos mentirosos horóscopos y silenciará la ambición de Boabdil, como lo ha hecho con la insolencia de sus otros hermanos.*

Aixa debía tener espías en todas partes, especialmente entre las mujeres del harén, que ya se sabe que están al cabo de la calle de todo. Cuando se olió el percal preparó una especie de cuerda larga por la que Boabdil, que era algo flaco, se deslizara desde las torres por el barranco al río Darro. Cuando llegó abajo le dieron un caballo y salió para Guadix donde tenía partidarios.

Muley Hacem, Zorayda y el verdugo de la cimitarra se quedaron con dos palmos de narices y naturalmente jurando en hebreo.

Y, volvemos al tema, cuando Muley Hacem perdió Alhama fue recibido en Granada fatal. Las gentes le despreciaban. A la vista de ello se recluyó en el palacio de los Alixares. Intentaba consolarse con Zorayda, cosa que el pueblo entendía muy mal.

Pues un día en que estaba Muley Hacem en su palacio de los Alixares consolándose con Zorayda escuchó el jaleo que se había organizado en Granada. Un buen alboroto que llegaba nítido a los Alixares y que Muley Hacem interpretó perfectamente. Los granadinos se habían sublevado contra él y las banderas de Boabdil ondeaban por el Albaycín.

Muley Hacem intentó enviar a sus hombres a defender sus derechos. Los del Albaycín, partidarios de su hijo bajaron por la otra cuesta y se generalizó una lucha de gumías, palos, hoces y demás armamento. El pueblo llano con Boabdil y los nobles con su padre. Ganó el pueblo, que los soldados profesionales, cuando vieron al pueblo claramente inclinado de parte del hijo, decidieron que ese era el partido más decente.

Los nobles aprovecharon la circunstancia y llamaron a Boabdil, le entregaron la Alhambra y mandaron a Muley Hacem a Málaga.

Él pensó que pronto iba a reconquistar el reino, pero nada de nada. Los nobles estaban cansados de él. Ya le seguiremos más adelante la pista.

CAPÍTULO XXVII

BOABDIL, REY NÚMERO VEINTITRÉS.

Boabdil en realidad de llamaba Muley Muhammad ben Abul Hassan Abu ‘Abd Alláh, que en castellano quiere decir El Rey Muhammad hijo de Abul Hassan y siervo de Dios. Pero eso era para el pasaporte. La verdad es que tuvo motes en cantidad. Él se puso uno honorífico, al-Galib bi-Llah, por el que no le conocía absolutamente nadie. Su padre le puso *el Zogoybi*, mote fastidiado como se ha contado. Lo de Boabdil seguramente es una degeneración de Abu Abdalla-Baudeli-Boabdil. La gente en Granada le llamaba Boabdil *el Chico* no porque fuera pequeño, que era más bien alto, sino porque era un crío, 19 años, cuando le hicieron rey por primera vez.

Su padre tenía toda la pinta de ser un epiléptico. No lo quería ver a cuenta de lo del astrólogo y demás enfrentamientos que os conté. Su madre era también un personaje extraño. Fea, mandona y por supuesto decidida a usar a su hijo contra su marido todo lo que pudiera ser. Encima eran primos. Con esto y la vida tan ajetreada que llevó, cualquier escritor calenturiento os montaría el número de que tenía tal o cual enfermedad heredada, tal o cual componente psicótico. No lo hacemos, en primer lugar, porque nos parece pasarse hacer ahora el diagnóstico clínico a un personaje de hace quinientos años. En segundo y definitivo lugar porque todos tenemos un tornillo flojo y no vamos a castigar al pobre hombre más de lo que le castigó la vida.

Se vio envuelto en más líos de los que podía soportar, eso seguro. ¿No fue muy valiente? Probablemente. Pero ¿hubiera resuelto algo con una personalidad más fuerte? Imaginémosle con su madre chinchando cada minuto, con su padre amenazando con cortarle la cabeza, con bandos y banderas por todas partes y con Isabel y Fernando enfrente. ¡Busquemos un valiente que lidie esta corrida! Demasiado hizo.

De parte cristiana fue un exitazo la conquista de Alhama. Sonó por todas partes. ¡Pues había que seguir! Fernando no había hecho nada en Alhama y pensó que podría tomar Loja.

Se conocía en Castilla y lo conocían Fernando e Isabel que algunos alfaquíes y santones de Granada habían pasado a África y estaban recorriendo las ciudades de Marruecos para reclutar gentes ofreciéndoles recompensas humanas y divinas. Se puso el rey a la cabeza de los suyos, esta vez quería dar más solemnidad a la campaña que la toma de Alhama, y se aplicó a la tarea de cercar y rendir Loja.

Pero Loja era más dura de pelar. Se trataba de un enclave militar de primer orden. Estaba asentada en una vaguada, casi un desfiladero por donde pasa el Genil

escapándose de la Vega. Las calles de Loja eran tortuosas y estrechas pero sus alrededores eran y son deliciosos. Río Frío, el Plines, el Manzanil y otros riachuelos regaban sus vegas y sus campos. Su castillo se había construido sobre una roca en tiempos del califato. La mandaba un viejo guerrero llamado Aliatar, un humilde especiero que vendía baratijas por las calles de Loja y que a base de coraje llegó a ser el general más resolutivo de Granada. Era un gran guerrero, muy fuerte a pesar de sus años y muy astuto. Sus tropas eran muy disciplinadas y obedecían ciegamente a su caudillo. Además era el padre de la esposa de nuestro Boabdil que ya era mocito y estaba casado con Moraima, una hija de este viejo temible, implacable enemigo de los cristianos.

Durante años había sido el terror de los cristianos en la frontera. Le temían en Lucena hasta el punto de que a su campiña la llamaban la Huerta de Aliatar.

Tal temple tenía Aliatar que aunque recaudaba cantidades ingentes de dinero por impuestos, voluntarios y a la fuerza, no guardaba para sí ni una dobla ni una joya. Su hija Moraima se casó con Boabdil en una boda, por supuesto, de tronío. Pues la novia tuvo que pedir prestadas las joyas para lucirlas un día tan señalado porque su padre ni le había regalado, ni tenía una vulgar ajorca para su chavala.

Aliatar despreciaba a los caballeros cristianos a quienes veía ridículos con aquellas armaduras, plumas y ropajes. Decía a los suyos:

—Con la ayuda de Alá yo daré caza a esos emperifollados caballeros.

Los cristianos estaban inaugurando en la práctica un nuevo caudillaje con Fernando que disponía de un ejército de cinco mil hombres de a caballo y ocho mil de a pie.

Loja no era fácil de conquistar. Las montañas que la rodean hacían difícil la empresa y el Genil la convertía en más difícil todavía. Ambas cosas impedían la eficacia de su intento. Y había muchos moros y muy valientes. Aliatar, al ver venir a los castellanos, reunió tres mil soldados en un periquete. Los rodeó, los atacó, los engañó hasta el punto de que consiguió matar nada menos que al maestre de Calatrava. Le envió una descarga de arpones envenenados, le penetraron un par de ellos por la escotadura del brazo y allí perdió el maestre todo lo que tenía que perder.

A punto estuvo Fernando de sufrir un serio percance. El marqués de Cádiz se puso en su lugar cuando los moros amenazaban nada menos que con matar al monarca. Faltó un pelo para que Aliatar se apoderase del rey. El viejo alcaide moro maldecía a sus capitanes por haber tenido tan cerca su objetivo y no haber rematado la faena. Fernando decidió levantar el cerco, qué remedio y retirarse en dirección a Archidona. Aliatar le persiguió hasta donde quiso lleno de rabia y satisfacción. Los tuvo a su merced.

Muchos grandes de España salieron malparados de esta campaña. El maestre de Calatrava, primo del marqués de Cádiz, del de Villena y de Alonso de Aguilar, murió allí. El condestable Pedro de Velasco recibió en la cara unas cuantas cuchilladas. El duque de Medina-Celi quedó desmontado y pisoteado por su caballo. El conde de Tendilla recibió también lanzazos, cuchilladas y a punto estuvo de acompañar al maestre de Calatrava.

La reina al conocer el percance se encerró en su alcoba para digerir el mal trago. Le habían matado a un chaval de veintiséis años a quien ella quería mucho, Rodrigo Girón, que había luchado por ella contra los portugueses.

Fernando aprendió que debería preparar más y mejor su ejército. Debió pensárselo dos veces antes de atacar a Aliatar en Loja. Era necesario contar con mejor artillería, lombardas y piedras labradas para lanzarlas contra el enemigo y mucha madera para abastecer su ejército. Más adelante se tomaría Loja.

La estrategia por parte mora era también complicada. Las luchas intestinas eran a muerte. A Muley Hacem le dejamos camino de Málaga, donde se refugió con sus partidarios. Como no era cosa de jubilarse decidió hacer la guerra a los cristianos por su cuenta, con lo que pretendía dos cosas: golpearlos cuanto pudiera y hacer méritos ante los nobles granadinos a ver si de nuevo mandaban a Boabdil a algún sitio lejano y él recuperaba su trono. Y decidió atacar por el Campo de Gibraltar, Algeciras, Gibraltar, Castellar, Medina Sidonia, etc.

Sacó de Málaga un ejército de seis mil hombres de a pie y mil quinientos de a caballo que salieron hacia Fuengirola, Marbella, la Garbía. Sus comandos no tardaron en volver cargados de botín y diez mil cabezas de ganado que pacían más o menos descuidadas por aquellos preciosos lugares.

Los cristianos comenzaron a organizarse después de la sorpresa. Pedro de Vera era alcaide de Gibraltar, era valiente pero tenía tan pocos efectivos que se quedó en la Roca viendo cómo los moros corrían por aquellos andurriales hasta que apareció por allí Carlos de Valera con su escuadra. Pues fue un alivio para los cristianos. Muley Hacem enviaba sus lanceros al mando de los alcaides de Casares o Marbella y encontraban oposición más organizada. Entre Pedro de Vera y los marines que iban embarcados la guerra ya tomaba otro color para los cristianos.

Muley Hacem volvió a Málaga con un montón de ganado, bastantes riquezas y su fama algo repuesta. Si había salido mal en Granada, ahora en Málaga establecería su fuerza y sus derechos al trono que le había quitado su hijo Boabdil *el Desgraciado*.

Por parte cristiana las cosas estaban mejorando. Fernando organiza a sus hombres, les adjudica territorios a fin de que cada uno responda de sus zonas.

Habían tomado Alhama, volvieron con dinero y honores. ¿Y si intentaban algo más? E intentan tomar la Axarquía.

Es el mes de marzo de 1483. El ejército del marqués de Cádiz estaba contento con

la toma de Alhama. El botín conseguido fue tremendo. Muchos soldados se habían hecho ricos allí. Volvieron a sus casas con oro, joyas, sedas y con la moral por las nubes.

A los castellanos les tentaba la codicia. Sin estudiarlo bien, sin un Ortega de Prados que les dijera cómo era el terreno y sus defensas, deciden atacar la Axarquía para acumular más botín y de paso acercarse a Málaga. Ocurre que contaban con una información bastante mala. De todas maneras en marzo de 1483 deciden entrar por Antequera. El ejército lo componen gentes del maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas, el marqués de Cádiz, Don Alonso de Aguilar, Juan de Vera, el adelantado de Andalucía, el asistente de Sevilla, el conde de Cifuentes y Juan de Robles, corregidor y alcaide de Jerez. Se reúnen en Antequera en total unos tres mil hombres de a caballo.

Tanta gente y tan importante y no tenían las ideas claras sobre qué hacer o qué batalla dar. El marqués había dicho que era mejor reconquistar Zahara y hacer una incursión en la Serranía de Ronda. El maestre decía que no, que era mejor destruir la Axarquía y desde allí dar vista a Málaga. Les fallaba la información y el espionaje. El maestre tenía sus espías, moros conversos, que le decían que la Axarquía era tierra llana y fácil. El marqués tenía un converso llamado Luis Amar que le aseguraba que meterse en esos barrancos era muy peligroso. Había muchos precipicios, bosques que nadie conocía excepto los pastores y leñadores, riscos que servían de abrigo a los bandoleros y de los que poco o nada iban a sacar.

Al fin hicieron caso al maestre, dejaron la impedimenta más pesada en Antequera e intentaron hacer su incursión a la Axarquía. Había que verlos sacando pecho en su desfile antequerano.

Los primeros iban los grandes hombres de Castilla. El marqués de Cádiz, por ejemplo, llevaba consigo a sus hermanos, todos muy peripuestos, con sus uniformes y su armamento reluciente y nuevo. Luego los capitanes, los soldados, detrás las mulas cargadas de provisiones para sólo unos cuantos días, ya que estaban seguros de encontrar en la Axarquía abundancia de todo. Luego todos los demás. Y por fin, los últimos, un puñado de personajes a quienes en Málaga llamamos *matatías*, judíos en su mayoría, vestidos de manera informal, con aspecto de usureros y con las alforjas bien llenas de dinero para comprar a los soldados a precio de saldo lo que consiguieran robar de las casas y palacios moros, que sabían abundantes y ya los veían en sus bolsillos.

El jueves veinte de marzo comenzaron a entrar por unos parajes intransitables, a correr y quemar casas, a robar y a matar a los que encontraban, hasta que los moros dijeron aquí estoy yo. Antes de que entrasen en la Axarquía habían sido vigilados y tuvieron tiempo de sacar sus bienes, dejaron desiertos los pueblos, con lo que los asaltantes avanzaron hacia el interior quemando casas vacías y robando lo poco que

habían dejado.

Al pasar por Moclinejo comenzaron a recibir de todo. Se les vino encima lo que no esperaban. Los moros, resguardados en el castillo y en las cumbres, lanzaban piedras, venablos, saetas que hacían un daño terrible a los cristianos de abajo. Gritaban, los peñascos zumbaban por los barrancos y los cristianos chillaban de dolor y de miedo.

Los cristianos se habían metido en barrancos y ramblas de las que no podían salir. La sierra era intransitable y la noche oscura. Muchos, en vez de huir en busca de terrenos abiertos, se metían aún más en la boca de lobo.

Se habla a menudo de las victorias cristianas sobre los moros. Pocas veces se cuentan los descalabros de las armas castellanas y menos en la conquista del reino de Granada. Ahora a los moros los mandaba el Zagal. Muley Hacem en Málaga se frotaba las manos de gusto. Quería salir a combatir pero era viejo y achacoso. El Zagal y los Venegas, Abu Cacim y Reduán, le disuadieron. Le querían preservar para postularle como candidato al trono granadino una vez conseguidos sus objetivos.

El Zagal con una división se fue por la costa hacia Vélez para evitar que los cristianos huyeran por ahí o recibieran ayudas desde el mar. Reduán con sus ballesteros y con multitud de paisanos se fue por la Cuesta de la Reina a atacarles en las montañas. Abu Cacim se apostó por Moclinejo y Cútar.

Los cristianos debieron meterse por los barrancos de Mondrón, Alfarnate, Alfarnatejo, Periana, Cútar pensando que tenían fácil por ahí la retirada. No contaban con el terreno y el arrojo de los moros que conocían palmo a palmo los tajos y los barrancos. Todavía hoy se conoce uno de los lugares de este hecho como La Cuesta de la Matanza. Desesperados y sin salida escucharon un grito del maestre de Santiago que les decía:

> *—Muramos haciendo camino con el corazón pues no lo podemos hacer con las armas; subamos esta sierra como hombres y no estemos abarrancados esperando la muerte y viendo asesinar a nuestra gente como vil rebaño.*

El maestre picó espuelas y arremetió contra los que tenía más cerca. Pero muchos de los suyos caían a su alrededor. Por fin consiguió, con un caballo prestado, salir de la Axarquía. El marqués de Cádiz, Don Alonso de Aguilar, etc., en los alrededores de Cútar cayeron en la emboscada del Zagal. Y los hermanos del marqués, Diego, Lope y Beltrán Ponce de León, los tres murieron ensartados por lanzas malagueñas.

El marqués se vio perdido. De noche y a tientas pudo apenas salir por caminos difíciles guiado por el morisco Luis Amar. Alonso de Aguilar y Pedro Enríquez no pudieron salir en toda la noche y estuvieron escondidos escuchando cómo gritaban

los moros o les pasaban muy cerca cargados con armaduras cristianas, caballos y abundante botín.

Al amanecer se marcharon los moros y por fin pudieron asomar sus cabezas del escondite, buscar salidas y huir como ratas. El conde de Cifuentes cayó prisionero de Reduán Venegas. Se vio perdido y decidió que mejor era entregarse que morir.

Los moros malagueños gritaban orgullosos por su enorme victoria. Los cristianos gritaban pero llenos de tristeza por los muertos que dejaban en aquellas sierras. Al fin pudieron, a duras penas, salir de allí unos pocos.

La táctica mora fue de guerra de guerrillas. Eran perfectos conocedores del terreno y tenía intactas sus fuerzas y su moral. Los cristianos cayeron víctimas de su desconocimiento y de su desmedida ambición, mezclada con un punto de candidez.

¡Qué descalabro! Dejaron atrás muchos cautivos. La lista de los muertos y prisioneros es grande en cantidad y calidad. Ochocientos muertos y mil prisioneros, de los cuales cuatrocientos eran de alta alcurnia. Condes, comendadores, maestres, alcaides y hasta canónigos, que uno de Sevilla intentó hacer su agosto en el mes de marzo en la Axarquía y acabó malamente.

A los prisioneros de postín tanto el Zagal como Reduán Venegas los trataron con bastante consideración. Les encerraron en Gibralfaro hasta ver qué conseguían de rescate. Los simples soldados fueron metidos en mazmorras y luego vendidos como esclavos.

En Málaga hubo fiesta cuando entraron sus soldados con un botín tan tremendo. La victoria se la apuntaron Muley Hacem, el Zagal y los Venegas, Abu Cacim y Reduán. En Castilla por el contrario todo fueron llantos, luto, tristeza. Isabel y Fernando tuvieron duelo al conocer la derrota y las pérdidas tan terribles.

El marqués salvó la piel de milagro pero perdió hermanos, capitanes, perdió sus banderas y sus enseñas y llegó a Antequera solo y hecho una piltrafa. Hubo soldados que aparecieron desperdigados por Alhama o Archidona. Rodrigo Ponce de León entró en Antequera humillado. Los que daban por segura una victoria hicieron un silencio de esos que se cortan con un cuchillo al verle entrar derrotado.

Los *matatías* que seguían al ejército cristiano fueron los primeros en caer prisioneros de los malagueños. Les robaron hasta la última perra y fueron vendidos como esclavos en los mercados de los arrabales de Málaga.

Muley Hacem y el Zagal sacaban pecho. Toda la gloría era suya. Mientras, Boabdil estaba en la Alhambra mirando las puestas de sol. El asunto se le estaba poniendo feo al rey Chico. ¡Había que hacer algo! Le tocaba mover ficha no fuera que los granadinos pensaran que su rey era un cobarde. Había que demostrar que él también ganaba batallas a los cristianos. Decidió atacar. Se les puso a los granadinos salir por Loja a hacer correrías por las tierras de cristianos.

Boabdil sacó nueve mil soldados de a píe y setecientos de a caballo para atacar

Lucena y Aguilar. El día de la partida se preparó a conciencia. Deseaba dar solemnidad al evento y salió de Granada:

> *El rey moro montaba a la gineta en un caballo rucio o blanco ricamente enjaezado, armado de fuerte coraza forrada de terciopelo carmesí, con clavazón dorada, capacete granado, espada guarnecida de plata, puñal damasquino, marlota de terciopelo y lanza fuerte.*

Y se despidió de Moraima que no paraba de llorar al verle así vestido y preparado para la guerra. Se debía preguntar sí no acabaría todo en un buen lío. Desde el precioso Mirador de la Sultana de la Alhambra le despidió llorando. Aixa, que estaba en todo, le echó un rapapolvos de mucho cuidado. Mirad lo que dijo a su nuera:

> *—¿Por qué lloras, hija de Aliatar? Esas lágrimas son impropias de la esposa de un rey, al que rodean más peligros entre los muros del palacio que bajo el techo de una tienda de campaña. Las batallas dan a los reyes la seguridad en el trono.*

La chica se calló, qué remedio y dejó ir a su marido bendito de Dios. El ejército salió de la Alhambra y tomó las cuestas hacía la ciudad que pasó como en un desfile, despacio, sin parar y dejándose ver por los granadinos que le aclamaban.

Al salir por Puerta de Elvira a poco se descalabra el rey. Las aclamaciones del gentío le espantaron el caballo, se chocó contra el quicio de una de aquellas tremendas puertas, se trastabilló, rompió su lanza y tuvieron que ayudarle para no romperse la crisma. Los astrólogos, que por todas partes andaban a ver lo que caía, le dijeron que eso era un mal augurio, pero Boabdil siguió su camino impávido.

Cuando pasaba por el barranco del Beiro se le cruzó una zorra. Como es natural sus hombres dispararon mil flechas al bichejo que les hizo un corte de mangas y siguió su camino tan campante. Y todo el mundo le decía que cómo se le ocurría ir a hacer una guerra después de cruzarse con una zorra. Pues Boabdil siguió adelante y…, así le fue.

En Loja le esperaba su suegro, el terrible y viejísimo Aliatar que a pesar de tener muchos años tomó sus armas, montó su caballo y acompañó a su yerno por el terreno que tan bien conocía de mil correrías anteriores.

Aquí el asunto fue al revés. Unos pocos cristianos mandados por el conde de Cabra y el joven alcaide de los Donceles les derrotaron. Los cogieron entre el barranco y el Genil y les mataron cinco mil hombres. Boabdil, ¡vaya desastre!, cayó preso. Y allí murió el gran Aliatar, el viejo alcaide de Loja, el moro que más ha encandilado a los cristianos. Al pobre le partieron el casco en dos de un espadazo,

con cabeza dentro, claro. Así cayó al río y terminó su ajetreada vida por no querer rendirse ante un cristiano, que esa palabra no estaba en su diccionario.

Cidi Caled, sobrino del alfaquí mayor del Albaycín, trajo a Granada las nuevas de la terrible derrota. Por supuesto que confusas. Había salido de estampida y no le dio tiempo de comprobar la realidad del desastre. Contó realidades mezcladas con fantasías.

La conmoción de los granadinos fue muy grande. Al principio se dijo que Boabdil había muerto. Los granadinos hicieron el duelo propio, dijeron a gritos que habían perdido un rey valeroso, bueno y llamaron a Muley Hacem que estaba en Málaga para que tomara las riendas del poder. Cuando se enteraron que Boabdil estaba cautivo de los castellanos dejaron de alabarle, recordaron los presagios del astrólogo y decidieron que mejor estaba en Baena y Porcuna.

Los lamentos de Aixa la Horra fueron duros. Los lamentos de Moraima fueron más tiernos, lastimeros, terribles. Había perdido a su padre y a su marido. Muley Hacem recuperó el trono de Granada. Era abril de 1484. Pero antes de que él llegase Aixa decidió poner barranco por medio. Reunió su familia, incluida Moraima, recogió los tesoros de Boabdil y se refugió con un puñado de nobles adictos en el Albaycín, donde hizo una especie de corte paralela en un palacio precioso al que se conoce como Casa de la Señora.

Muley Hacem había aprendido de infortunios pasados. De buena gana hubiera enviado al de la cimitarra a por Aixa, Moraima y toda la parentela pero recordó que había muchos partidarios de Boabdil. Les dejó vivir en paz en el Albaycín, por el momento.

Y se dio el espectáculo de dos cortes, ahora más enfrentadas que nunca.

¿Qué fue de Boabdil en su cautiverio?

Al ser hecho prisionero disimuló su personalidad diciendo que era rico para que sus captores, de Lucena por cierto, no le cortaran el cuello. Abrigaron la esperanza de obtener buen rescate. Luego, un moro que pasaba por allí le conoció, gritó de emoción al ver prisionero a su rey y efectivamente, a los cristianos se les abrieron los ojos y decidieron que lo mejor era tratarle a cuerpo de rey.

El conde de Cabra le encerró en su castillo de Baena y dio el parte a Isabel y Fernando que se pusieron muy contentos. Ordenaron se le diera un trato de monarca y comenzaron a deliberar con tranquilidad qué hacer con su distinguido prisionero. Ya se sabe que los reyes primero consultan a todo el mundo para acabar haciendo lo que les apetece. ¡Pues eso! Decidieron esperar y ver.

El primero que movió ficha fue el impetuoso Muley Hacem. Envió una embajada a los Reyes Católicos ofreciéndoles magníficas condiciones por su rescate. Les propuso, entre otras cosas, canjearlo por el conde de Cifuentes, prisionero de la Axarquía, más dinero, más otros notables cautivos. Lo que pasa es que al padre se le

vio el plumero cuando decía en la embajada que le daba igual que le entregaran a su hijo vivo que muerto. ¡Pensaba de todas maneras finiquitarlo!

Aixa ya sabía que su hijo estaba en Baena y se dedicó a ofrecer el oro y otro moro, el hijo de Boabdil, como rehén para que le devolvieran a su hijo.

Fernando convocó en Córdoba un consejo de obispos, nobles y gentes por el estilo para decidir un asunto tan importante. A esas convocatorias no solía faltar ni uno. El día fijado se vistieron sus mejores galas y con solemnidad se encaminaron a la sala de consejo.

Abierta la sesión tomó la palabra Don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, que opinó que debía mantenerse en prisión a Boabdil y más temprano que tarde terminar con él o al menos expulsarle de España. El marqués de Cádiz afirmó que era mejor dejarle volver para que se mantuviera la bicefalia en Granada. El Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza pronunció unas sensatas y piadosas palabras que reproduzco literalmente:

> *—Nadie querría en su sano juicio suministrar al moro los hombres, el dinero y las demás cosas necesarias para suscitar la guerra civil en Granada; en cambio, con esta solución se obtendrían grandes beneficios para el servicio de Dios, ya que estaríamos asegurados por Su infalible palabra de que «un reino dividido contra sí mismo no puede subsistir».*

Fernando escuchó a todos y como ocurre normalmente preguntó a su esposa para hacer lo que esta le aconsejara. Isabel decidió que se le enviara de vuelta a Granada. Su decisión la argumentaba diciendo que si los padres de Boabdil habían sido vasallos de los reyes castellanos, pudiera Boabdil también serlo. Seguro que le importaba poco el comportamiento de los padres de Boabdil. Le dejó ir para meter cizaña en Granada.

Antes de partir le hizo firmar un convenio que le rebajaba al máximo, le convertía en vasallo y le hacía prometer fidelidad sin límites, buena cara sin límites y sumisión sin límites a Isabel y Fernando. Además debió dejar como rehén a su hijo, un joven que fue tratado a cuerpo de rey pero que era retenido por si su padre se sobrepasaba.

Seguramente triste por dejar a su hijo partió el rey Chico para Granada. En la frontera le esperaban enviados por Aixa algunos de sus más fieles seguidores que se encargaron de pintarle el futuro más bien negro que le esperaba.

Boabdil salió para Granada. Recorrió el camino lo más de prisa que pudo. Ansiaba abrazar a Moraima y quería ver su pendón tremolando en los torreones de la puerta de Monaita. Aún era de noche cuando llegó al pie de las murallas del Albaycín, entró como pudo, abrazó emocionado a su esposa Moraima y se topó con su madre que no le dejó respirar. Le dijo que dejara de llorar y se preparara para un

buen lío.

La llegada de Boabdil a Granada fue tremenda. Muley Hacem se había dedicado a ponerlo mal por toda la ciudad. El viejo rey estaba hecho un basilisco y mascullando su venganza. Muley Hacem preparó a sus nobles y sus soldados para atacar el Albaycín, sacar a Boabdil y dar buena cuenta de él.

Aixa entretanto había levantado a los albaicineros para que salieran en defensa del rey Chico. Zorayda, la bella esposa de Muley Hacem, enterada de que Boabdil estaba en Granada y oliéndose lo que iba a venir, sintió miedo. Con voz trémula se dirigía a sus hijos Cad y Nazar diciéndoles:

> —*Qué importa que vuestro padre se llame rey de Granada si su trono ha de estar asentado sobre montones de cadáveres. Ojalá abandonase las inquietudes del trono que fluctúa como nave en mar alborotado y se decidiese a pasar tranquilo los últimos años de su vejez en algún paraje solitario, asilo de la paz y de la inocencia.*

Y tal y como preveía la pobre Zorayda se organizó una tremenda. El enfrentamiento entre partidarios de padre e hijo fue tal que todas las calles y plazas de Granada fueron un campo de batalla. La plaza de Bibarrambla, el Albaycín, todos los barrios estaban llenos de gentes que luchaban y mataban. El pueblo contra los nobles y los soldados, los Abencerrajes, los Venegas, los Zegríes, los Mazas, los Almoradíes, los Gazules, los Gomeres, todos luchaban contra todos y contra el pueblo. Los sables y las cimitarras se batían contra las hoces, los pinchos o las gumías. La muerte asoló aquél día Granada. Los cadáveres se apilaban en los arroyos dejando regueros de sangre. Abu Cacim Venegas salió de su palacio situado por la actual calle Cárcel Baja, se puso al frente de su guardia africana y obligó a los partidarios de Boabdil a retirarse. Muchos moros estaban muriendo en esta estúpida guerra civil.

Alfaquíes, ancianos y labradores intervinieron para poner algo de paz. Boabdil con su madre, su esposa y su corte se irían a Almería a reinar más tranquilos. Muley Hacem se quedaba con Granada, Málaga y Ronda donde iba a organizar su defensa. Tenemos dos reyes. ¿Hay quien dé más?

CAPÍTULO XXVIII

AÑOS 1483 Y 1484. EXPEDICIONES A TIERRAS DE MÁLAGA.

Seguimos en 1483. Batalla de Lopera.

Muley Hacem ya era sin discusión el rey de Granada. Es verdad que los alfaquíes no estaban muy a partir un piñón con él. Unas veces le rechazaban por su comportamiento cruel y otras le echaban en cara que su hijo se hubiera vendido a los reyes castellanos.

Muley Hacem no era timorato ni tímido como Boabdil. Era agresivo, valiente, decidido, imprudente muchas veces. No era la clase de persona que se queda esperando a ver qué pasa. Necesitaba tomar la iniciativa. Fernando estaba ausente de Andalucía. El momento era favorable. En su cabeza bullía la idea de atacar. Pensaba y pensaba. ¡Si contara con un caudillo de la talla del viejo Aliatar! ¡Qué pena que hubiera muerto! Daba más y más vueltas a su cabeza buscando soluciones. Sus ansias de venganza, apenas le dejaban reflexionar con frialdad. Hasta que al fin…

¡Si! ¡Ya lo había encontrado! El viejo y astuto alcaide de Málaga, el canoso Bexir, su amigo y compañero de armas. Quizá no era tan listo como Aliatar pero era valiente. Él sería su caudillo en esta empresa. Las gentes de Málaga tenían la moral por los cielos después de la batalla de la Axarquía. Los malagueños se atribuían los méritos de aquella victoria. Muchos de ellos llevaban las armaduras castellanas y desfilaban por las calles de Málaga con los caballos de los cristianos, exhibiéndolos como sus trofeos de guerra.

Los malagueños despreciaban a los cristianos. Estaban deseando acabar con ellos. Muley Hacem ordenó a Bexir que se preparara para una expedición que arrasaría a los cristianos. Lo pensó bien. Las mejores fuerzas moras estaban en Ronda. Sus habitantes eran orgullosos guerreros. Y sus mazmorras estaban repletas de cristianos.

Bexir ordenó a sus alcaides que se reunieran con él en Ronda, de donde era caudillo el terrible Hamet el Zegrí, que mandaba además un regimiento de soldados africanos de la tribu de los Gomeres que vivían por y para la guerra y estaban siempre armados y preparados para cualquier batalla. Desde niños habían sido entrenados en la vida frugal, dura del desierto y eran grandes jinetes. Luchaban como los Númidas, sus antepasados, con tácticas de guerrillero, atacando, retrocediendo, apareciendo de nuevo, matando, huyendo, sin dar jamás descanso a sus enemigos.

Cuando aquellos hombres conocieron la intención de Bexir y Muley Hacem se alegraron profundamente. La petición fue magníficamente acogida por el Zegrí y por los alcaides de la comarca que llegaron a Ronda dispuestos a todo. Se reunieron cuatro mil infantes y mil quinientos de a caballo. Su objetivo era asaltar, arrasar las campiñas de Sevilla.

Ronda a partir de entonces comenzó a ver por sus calles soldados impacientes, a oír sonidos de trompetas, timbales y relinchos de caballos que deseaban correr a sus anchas por las campiñas.

Era el día 17 de septiembre de 1483. Aquel ejército salió de Ronda lleno de optimismo. En sus uniformes aún lucían viejos despojos cristianos de la batalla de la Axarquía. Pensaban que iba a ser una correría fácil y obtendrían un gran botín.

El ejército salió sin que los cristianos sospecharan de sus intenciones. El Zegrí les guiaba. Él conocía los pasos secretos que les llevarían desde la Serranía hasta la campiña sevillana. Querían caer sobre los cristianos por sorpresa, como un rayo que no se espera.

Pero siempre había espías que merodeaban por doquier. Conocedores de que cualquier noticia sería muy bien pagada estaban ojo avizor mirándolo todo. Eran los almogávares, guerrilleros de oficio que medraban por todas partes y caían sobre sus presas como aves de rapiña. Cuando divisaron a los hombres del Zegrí les siguieron hasta estar seguros de la identidad de los estandartes, de los caudillos que les mandaban y sobre todo qué dirección tomaban. Ya seguros de los ejércitos que estaban siguiendo, de cuál era su dirección y sus intenciones, se dispersaron para ir cada uno a un lugar diferente a vender su información. Ellos también pasaron desfiladeros, barrancos, caminos y unos alertaron a Luis Puerto Carrero que mandaba Écija, otros alertaron al pueblo de Utrera, otros al marqués de Cádiz que estaba en su villa de Los Palacios.

Puerto Carrero enseguida dio aviso a los alcaides de las fortalezas vecinas y salió él mismo a hacer frente al ataque aún sabiendo que lo iba a tener muy difícil.

El marqués de Cádiz supo que le iban a atacar los mismos moros malagueños que le derrotaron en la Axarquía. Él no había olvidado cómo le humillaron entonces. No se lo pensó dos veces, reclutó a todos los hombres que pudo y salió para buscar su venganza.

Bexir entretanto seguía su camino sin darse cuenta de que había sido descubierto, seguido y estaba siendo esperado. Pasados los desfiladeros llegaron a la llanura donde los Gomeres otras veces habían atacado a los cristianos. Dividió a sus hombres en tres cuerpos de ejército para defenderse por si era atacado, envió a los mejor armados a saquear la campiña de Utrera, que eran los Gomeres, mandados por Hamet el Zegrí y dejó a otros en la reserva en previsión de ayudar los flancos más débiles.

El Zegrí y sus Gomeres llegaron hasta los alrededores de Utrera. Se dispersaron por las llanuras corriendo, atacando, recogiendo el ganado que pensaban llevar a Ronda. Y en la campiña de Utrera les salió al encuentro un batallón de caballería cristiana.

Los moros estaban divididos en grupos pequeños y el Zegrí estaba lejos en ese momento. Los cristianos eran inferiores en número pero cayeron sobre los moros por

sorpresa. El Zegrí mandó retirar a sus hombres a una colina para allí reagruparse y atacar de nuevo. Pero en la colina estaban los hombres de Puerto Carrero esperándoles y atacándoles por todos los flancos. Los moros estaban sorprendidos y desorientados. Consiguieron a duras penas repeler ataques puntuales. Los cristianos invocaban a Santiago y a toda la corte celestial. Puerto Carrero consiguió derribar de su caballo a Bexir y hacerle prisionero. A la vista de ello los moros retrocedieron en desbandada.

Los cristianos consiguieron una gran victoria aquel día. Muchas banderas castellanas que estaban en poder de los moros desde la Axarquía pasaron a poder de sus antiguos dueños. Mataron a seiscientos. Y cautivos, además del viejo Bexir, cayeron en poder de los cristianos los alcaides de Álora, Marbella, Comares y Coín. El Zegrí escapó ayudado por un elche que conocía el terreno.

La campaña fue un desastre. La caballería fue prácticamente aniquilada. El reino de Granada quedó tocado de ala. Y vengada la derrota de la Axarquía. Los mismos caballos que habían pasado a mano musulmana entonces, ahora pasaban a mano cristiana.

Isabel y Fernando habían reunido en Córdoba a su ejército. Deliberaron, establecieron sus objetivos y pasaron a la acción. Decidieron conquistar primero la Serranía de Ronda para luego caer sobre Málaga.

Organizaron sus ejércitos, los dotaron de buena artillería y de capacidad de mover esas grandes y pesadas piezas y decidieron atacar en primer lugar Álora para luego seguir adelante por el Valle del Guadalhorce.

De nuevo aparece el concepto de organización del ejército castellano. La conquista de Granada necesitaba un ejército bien estructurado y nuestros reyes lo tuvieron.

En primer lugar tenían su inteligencia militar o espionaje. Pues bien, en la corte de Granada estaba Herrando de Zafra que era un vecino de Granada, amigo íntimo de Boabdil, que comunicaba al instante novedades, acontecimientos así como capacidades militares de los granadinos.

Los Reyes Católicos contaban con ayuda exterior. Alemania les dio su magnífica artillería. Inglaterra sus campeones y los pontoneros ante la evidente necesidad de hacer llegar las grandes piezas de artillería a los lugares de disparo.

Era tarea de la Reina Isabel todo lo referente a la fábrica de municiones, pólvora, acopio de madera, recluta del ejército y seguridad en la frontera para que hubiera comunicaciones seguras.

La economía, intendencia, etc., estaba en manos de judíos afines a los reyes. Me refiero a Abraham Senior e Isaac Abarvanel. Ellos hacían de cajeros del reino pagando todo y recaudando impuestos o disponiendo del tesoro real.

La Armada tuvo su parte. Tenía su base en Vizcaya y en general en el País Vasco.

Pues bien, hay un Edicto dado en Vitoria el 3 de diciembre de 1483 por el que se ordena que la Armada de Vizcaya pase al Mediterráneo. Sus misiones serán el transporte de material de guerra y evitar que lleguen al reino de Granada ayudas exteriores.

Es una de las primeras guerras en que la artillería será arma determinante. Los moros disponían de muchos castillos y plazas fuertes magníficamente amurallados. Para conquistar esas plazas era imprescindible contar con armamento capaz de destruir esos enormes muros. Por eso se adquiere artillería de grueso calibre y se usa en gran escala. Eran las lombardas. Algunas disparaban munición de veinte pulgadas. Luego había robadoquines, cerbatanas, pasavolantes y búsanos. Vienen maestros artilleros de Alemania y Francia. Posteriormente se hace cargo del mando supremo de la artillería Francisco Ramírez de Madrid, que será armado caballero en el cerco de Málaga.

Importantísimo era organizar el transporte de los ejércitos por la tremenda orografía del reino. Se llegó a disponer de dos mil carruajes tirados por bueyes para transportar las grandes piezas de artillería. Era necesario disponer de ejércitos de gastadores, que eran los encargados de hacer los caminos para que fuera posible el tránsito de estos carruajes.

Existía la Sanidad Militar. Disponían de hospitales de campaña provistos de lo que entonces estaba al alcance de físicos y médicos.

El culmen de la organización del ejército se da en Santa Fe, que fue un cuartel amurallado.

Este ejército ya tenía de todo lo que necesitaba para lograr sus objetivos. Llevar hasta las inmediaciones de Álora los víveres, las grandes lombardas y demás impedimenta militar era una proeza dado el terreno a recorrer y sus vías de acceso. Debía ponerse en movimiento un ejército paralelo de gastadores que con pico y pala iban abriendo caminos, ensanchando desfiladeros y allanando montañas. Una vez en su objetivo aquella artillería era imparable y fácilmente batía los muros y los torreones.

La población de Álora, al verse atacada por aquellas monstruosas piezas pidió a sus alcaides que negociaran una rendición honrosa. En junio de 1484 el rey toma Álora, la dota de una guarnición suficiente, reconstruye sus defensas y vuelve a Castilla.

Su decisión es muy firme. Hay que dar fin a la conquista de España ya. Dedica el invierno a preparar un gran ejército para que sus campañas sean eficaces.

Entretanto los reyes de Granada iban llevando su enfrentamiento hasta límites extremos. Boabdil desde su vuelta permanecía en Almería dedicado a atraerse los alcaides cercanos para dar el golpe definitivo a su padre.

Muley Hacem estaba hecho un carcamal, ciego y casi siempre en la cama. Su

capacidad de intimidar era nula. Su antorcha la enarbolaba el Zagal que apoyado por los Venegas y los Alnayares deseaba acabar con su sobrino y coronarse como único rey de Granada.

El Zagal se buscó a un alfaquí en Almería que le abriera las puertas de la Alcazaba para mandar con Alá a Boabdil, convenientemente pasaportado por el de la cimitarra.

Dicho y hecho. Salió de Granada acompañado por el de la cimitarra y se presentó de noche en el palacio de Boabdil en Almería.

Pero las paredes oyen. Los oídos de Aixa la Horra eran agudos y ubicuos. La ex-sultana se enteró y puso a Boabdil en conocimiento del complot de su tío. El rey Chico tomó un caballo y salió al galope tendido camino de Pechina, buscando aires más saludables.

El Zagal entró en Almería. El traidor de turno le abrió la puerta de la ciudad y un montón de partidarios suyos le aclamaron como a su salvador.

Y el tío, con el odio en los ojos, su gumía en la mano y al lado del de la cimitarra, recorrió arriba y abajo el palacio buscando en vano al sobrino. Sí encontró a su cuñada Aixa la Horra que dijo de todo a el Zagal.

El Zagal amenazó a Aixa, mató al hermano de Boabdil que se le cruzó en el camino, mató a unos cuantos Abencerrajes y se dio la vuelta a Granada fastidiado por haber dejado vivos a sobrino y cuñada.

Emerge la ambición del Zagal que olvida la situación interna tan precaria y se dedica a luchar por sus intereses. Mata al hermano de Boabdil para así quitar de en medio a posibles pretendientes y quedarse solo cuando acabe con su sobrino Boabdil y su hermano Muley Hacem. Al que, por cierto, le dio un tremendo soponcio cuando se enteró de que su hermano había matado a su hijo.

Boabdil no sabía qué camino tomar y se dirigió a Córdoba pidiendo árnica a los monarcas cristianos que le recibieron con los brazos abiertos. No tenían ganas de proteger a Boabdil, pero les interesaba hacerlo. ¡Menuda cuña iban a meter en la corte granadina!

Volvamos al tema de la artillería, el arma que marcaba la diferencia entre los ejércitos moros y los cristianos.

Desde finales del siglo XI el arma decisiva era la caballería. El hombre y su caballo, cada vez mejor protegidos por armaduras, constituían una formidable máquina de guerra. En los primeros tiempos los caballeros iban protegidos por una cota de malla, que era un enlazado de anillos de hierro que les daban protección y una cierta movilidad. Y su arma fundamental era una lanza. Tiempo después se producen innovaciones, tanto en tácticas de lucha como en mejoras de la armadura. El combate lanza en ristre, aprovechando el potencial que se sacaba del estribo, fue una auténtica innovación. En cuanto al armamento van desapareciendo las cotas de malla para dar

paso a lamas metálicas que daban menos flexibilidad al atacante que la cota de malla y más protección.

Los adornos fueron infinitos. Desde la cimera emplumada, un vistoso gorro con plumas que daba prestancia a los atacantes, hasta coderas, guanteletes y demás protecciones para el caballero y su caballo. La caballería y el caballero estaban cada vez más presentes en la vida cotidiana, desde lo lúdico a lo ceremonial. Evidentemente era cara. Equipar un caballo costaba cada vez más, la armadura del caballero otro tanto y no se puede olvidar el mantenimiento de los caballos, más si se tiene en cuenta que cualquier caballero debía contar como mínimo con cinco animales para prevenir accidentes, etc.

La infantería era más antigua y más ligero el equipamiento de los hombres. Algunas veces no disponían de cota de malla ni de cualquier otra protección. Eran arqueros, ballesteros, honderos o simplemente luchaban con sus espadas.

Sin embargo el arma que impone la superioridad en el siglo XIV y XV es la artillería.

Es sabido que la pólvora es un invento chino, donde era conocida en el siglo XI. Dos siglos más tarde aparece en Europa y las primeras armas que usan la pólvora son de pequeño calibre, los arcabuces y las culebrinas. Para ver en nuestros campos de batalla piezas de artillería hay que esperar al siglo XIV en que aparecen las lombardas, hermanas mayores de arcabuces y culebrinas.

La lombarda era una pieza enorme, de 3.50 metros de largo. Su armazón era de madera y de lo más parecido a un antiguo cepillo de carpintero. Tenía una parte que hacía de soporte y asiento, de madera bien agarrada con herrajes y tornillos. En la parte trasera y en la delantera tenía unos anclajes agujereados que permitieran hacer subir o bajar la inclinación y el punto de mira del cañón propiamente dicho, que era de metal y se asentaba sobre otro gran tronco de madera. El cañón se ataba con grandes cuerdas a este segundo madero y podría inclinarse o elevarse según conviniera al disparo.

Las municiones de estas piezas eran grandes bolas de hierro o plomo. Posteriormente, para abaratar el coste de la munición, se usaron bolas de piedra. En la conquista de Málaga Fernando manda que se le traigan estas municiones desde Algeciras y Tarifa. Otras veces estas municiones era fabricadas in situ con alquitrán, pez, pólvora, cáñamo y aceite, lo que formaba un revuelto explosivo que causaba pavor en los atacados.

Las lombardas eran temibles. En el año 1480 se dispararon 3.500 balas de lombarda en el sitio de Rodas, lo que causó verdaderos estragos en los sitiados. Fernando naturalmente conoció de la existencia de esta arma y encargó una colección de ellas a las que bautizó con el nombre de *Hermanas Jimenas*.

Otro problema era transportar estas grandes piezas. Se prepararon carretas a

propósito donde se pudieran cargar y transportar. Para mover una lombarda hacían falta una carreta tirada por veinticuatro caballos. Eran necesarios otros veinte para tirar de las carretas que llevaban la munición. Total cincuenta caballos.

Este trasiego de grandes piezas obligó a que se prepararan caminos para ellas. No olvidemos que los transportes se hacían en mula o caballo y los caminos eran los adecuados para este transporte. Las grandes lombardas con sus carretas exigieron abrir caminos y allanar cerros. Sigamos.

En la primavera de 1485 sale de Córdoba un impresionante ejército. Van a hacer guerra a los moros. Lo manda Fernando. Isabel se quedó en Córdoba con su hija. Acompañan al rey los grandes nobles castellanos. Ninguno se podía perder semejante ocasión de conseguir privanza ante Don Fernando.

Era un gran ejército. Los cronistas afirman que fue de los más numerosos de la conquista. Iban doce o trece mil hombres de a caballo y más de ochenta mil de a pie. Además contaba con abundante artillería, mil quinientas carretas cargadas con lombardas y otras piezas menores, cantidad de carros de bueyes, hombres de todos los oficios para abastecer y mantener ese ejército, intendencia, cuerpo de Ingenieros para allanar caminos y hacer puentes, herreros, etc. Su partida de Córdoba fue espectacular.

Primero se dirigen a Montefrío con la intención de despistar a los moros. Luego van hacia Benamejí, ya conquistado el año anterior pero donde los mudéjares se habían sublevado. Fernando en estos casos era implacable. Un pueblo que una vez conquistado se intenta volver contra los castellanos constituye una indisciplina que podría acarrear gravísimas consecuencias. Había demasiados mudéjares en el reino como para no tomar medidas drásticas. El pueblo fue tomado, incendiado y sus vecinos fueron acuchillados o ahorcados. Los niños y las mujeres fueron vendidos como esclavos.

Una vez resuelta esta operación de limpieza toman el camino de Écija y se dirigen al Valle del Guadalhorce donde se dividen en tres partes, unos van a cercar Cártama y Benamaquís, otros a Coín y un tercer grupo estaba preparado para ayudar donde hiciera falta. Esta disposición fue fundamental porque el Zegrí reunió a sus Gomeres y a otros guerreros de la Serranía para acudir en ayuda de los atacados.

Una mañana el caudillo moro entró en Monda y se enteró de que los muros de Coín estaban a punto de caer y que los cristianos estaban preparando el asalto. El bravo guerrero saltó sobre su caballo, empuñó su cimitarra y salió hacia Coín. Sus Gomeres y otros muchos soldados salieron tras él. Llegados al cerco atacaron a los castellanos.

El rey pensó que era la hora de asaltar la fortaleza. Los cristianos entraron y se encontraron con los Gomeres lanzándoles piedras, flechas, lanzas y todo lo que a mano tenían. Hamet el Zegrí y los suyos acuchillaron a toda una compañía castellana.

Pero la artillería era inflexible y marcaba la superioridad. Sus primeros disparos hundieron las murallas y los moros se rindieron.

El Zegrí salió de Coín por entre las filas castellanas seguido de sus Gomeres.

Una vez conquistados los tres lugares el rey hizo cargar toda la artillería y tomó el camino de Málaga. Los moros les seguían con sus miradas y estaban asomados a los riscos, espiando la dirección que tomaba un ejército tan enorme y suponen que tiene intención de atacar Málaga. Hacia allí envían todos los hombres y los efectivos disponibles.

Fernando deja que aparezca clara su intención de conquistar Málaga aunque ya tiene una información importante. El marqués de Cádiz había recibido una carta de su espía en la zona que le dice que Ronda está sin defensas. Hamet el Zegrí y sus Gomeres han salido hacia Málaga. Fernando da una orden. ¡El objetivo es Ronda!

El marqués de Cádiz, Don Pedro Enríquez adelantado de Andalucía, Don Hurtado de Mendoza con las gentes del cardenal de Toledo, salen de noche con tres mil hombres de a caballo y ocho mil peones y llegan a las puertas de Ronda cuando está amaneciendo. En una maniobra rápida ponen cerco a la ciudad. El resto del ejército sigue los pasos de esa avanzadilla. Los moros quedan fortificando Málaga. El rey toma la dirección de Álora, luego hacia Antequera y desde allí a Ronda.

Ronda era una de las joyas del reino de Granada. La población era preciosa. Sus casas, sus barrios y sus alcázares la hacían bellísima. Cuentan las viejas historias que los alcázares rondeños fueron edificados por el rey de Sevilla, rival de los ziríes de Granada. Tenía este rey dos pasiones: el amor y la guerra. Su alcázar rondeño lo pobló de bellísimas esclavas con las que hacer el amor. La guerra la hacía en la Serranía atacando desde allí a los granadinos y malagueños.

Cuenta otra leyenda que otro rey moro apodado *el Tuerto*, se enamoró de una bella cristiana y pasó con ella en Ronda el resto de su vida.

Sin murallas ni defensas ya era una ciudad inexpugnable. A un lado la rodea el abismo del Tajo, un profundo barranco cortado a pico por el que corren las aguas del río Guadalevín. Su alcázar, tres muros y los torreones que coronaban las murallas estaban asentados sobre las peñas y los tajos. En el fondo del río discurren las fuentes de las que se surtía el pueblo. Desde abajo los esclavos subían las aguas para el abastecimiento de los habitantes de la ciudad. Sus pies desnudos habían gastado la piedra. Ronda era inexpugnable por este lado, Por otra parte de la ciudad hay dos arrabales, uno alto y otro bajo.

Las tierras eran duras pero fértiles y ricas en pastos para los ganados.

Los moros de Ronda eran duros como las rocas de las montañas, vigorosos, indómitos y ágiles. Desde niños estaban entrenados en las artes de la guerra, montando caballos magníficos, mientras disparaban flechas o lanzaban venablos.

El líder de Ronda, al que todos seguían, era Hamet el Zegrí. En esta ciudad se

presentaron los ejércitos cristianos.

Fernando dispuso sus ejércitos para que nada se le pudiera escapar. Ni los tajos ni las llanuras quedaron libres. Estableció dos reales. El real donde estaba el rey lo colocaron hacia el sur.

Las tiendas del rey se colocaron en el mismo centro de los ejércitos sitiadores. Fernando desde su tienda lo dominaba todo. Alrededor suyo las tiendas de todos los grandes castellanos. Un poco más allá, en el otro real se encontraba la artillería, las grandes lombardas y otras piezas menores que desde el primer momento dispararon a los muros. Un poco más acá, entre la artillería y el real, estaban las carretas, junto a las que pacían los bueyes de tiro y carga. Por el poniente, bajando desde la ciudad hasta el río, los soldados del maestre de Alcántara vigilaban los caminos y los vericuetos de bajada hacia los barrancos. Había que evitar cualquier salida o entrada de la ciudad, cualquier abastecimiento externo.

La reina se encargaba de enviar recuas de acémilas cargadas de alimentos que llegaban todos los días desde todas partes de Andalucía. Colocaban las provisiones en dos grandes montones, uno de cebada y otro de harina.

Al ver el cerco los moros se mostraron más inquietos que eficaces. Las gentes de la serranía, unos entraron en Ronda para ayudar, otros lo intentaron sin conseguirlo. Los que no pudieron entrar se colocaron en las sierras para atacar a los que iban y venían. Hacían fuegos en las montañas, bajaban, gritaban, lanzaban flechas e intentaban hacer la vida imposible a los sitiadores.

Los castellanos trabajaban día y noche para fortificar sus estancias pero su trabajo no era fácil a causa de los continuos hostigamientos de los moros.

Dentro de Ronda existía un problema. No contaban con su jefe Hamet el Zegrí que estaba defendiendo Málaga así que recurrieron a Abrahem Alhaquin, alguacil mayor.

Los castellanos comenzaron a disparar la artillería pesada, las lombardas de grueso calibre, derribando algunas almenas, la parte más alta de tres torres y un trozo de muro que cercaba los arrabales. Desde todas partes del real salían disparos hacia los muros. Al poco cayo un trozo de muro, luego un adarve, con pérdidas de vidas de los sitiados.

Los cristianos cobraron bríos. Era el momento de intentar un asalto a los arrabales.

En vista de ello las gentes del conde de Benavente y del maestre de Alcántara decidieron atacar. Salieron en descubierta para conquistar un montículo coronado por un gran peñasco. Lucharon con gran esfuerzo y al fin conquistaron la cumbre desde la que se defendían los moros y ahora iba servir a los cristianos. Desde otros lugares intentaron llegar hasta la muralla que guardaba los arrabales.

Fernando estaba continuamente de acá para allá, revisando, ordenando, dando

ánimos, empujando. Cuando vio a los hombres del condestable en lo alto de la torre les dio ánimos, envió hombres que les ayudaran y al fin conquistaron aquella parte de la muralla.

Un capitán llamado Alonso Fajardo puso una escala en el muro, subió él primero, luego sus escuderos e iniciaron una pelea encarnizada contra los defensores. Alonso coloco su bandera en lo alto de los muros por la parte que daba a los tejados de una mezquita. Los moros contraatacaron y le arrebataron la bandera. Él continuó peleando en el tejado. Todos, incluido el rey, le contemplaban con auténtica admiración. Al fin consiguieron ganar aquella posición y hacer retroceder a los moros hasta el interior de la ciudad.

Los sitiados abandonaron los arrabales y se refugiaron en la ciudad.

Fernando no perdía el tiempo. Conquistado el arrabal ordenó que se acercara la artillería a la ciudad para tenerla al alcance de sus lombardas. Todo el mundo se puso a trabajar. No era tarea sencilla mover aquellas enormes piezas por Ronda. Pero había muchos hombres y estaban organizadas las brigadas de gastadores que rompían rocas y allanaban caminos hasta situar la artillería en posiciones de tiro. Una vez asentadas las piezas Fernando ordenó reanudar los disparos contra el alcázar y la ciudad.

Habría que ver a aquellos artilleros preparando sus municiones. Hilo de cáñamo, pez, aceite, pólvora y amasaban aquellas terribles bolas que iban a explotar en Ronda.

También hicieron bolas de hierro, grandes y pequeñas. Preparaban un molde, fundían el hierro y lo preparaban para ser disparado.

Las lombardas disparaban al muro de la ciudad y al alcázar, derribaban las almenas, las torres y los adarves. Las piezas de pequeño calibre, los cuartazgos y los ingenios, disparaban hacia objetivos de menor importancia. Los pobres moros apenas se podían escuchar entre sí a causa de inmenso ruido de los disparos de la artillería.

Una de las piezas arrojó una pella de fuego dentro de la ciudad. Los moros la vieron venir por los aires como si fuera un monstruo de hierro y fuego. Cayó dentro de una casa que rápidamente comenzó a arder. Los muebles de los pobres rondeños se mezclaron con el cáñamo, la pez y la pólvora causando heridos, confusión y desánimo.

Hasta ese momento los cercados habían conseguido mantener una cierta moral de victoria y aquel artefacto les afectó bastante. Les hizo comprender que algo superior a sus fuerzas luchaba contra ellos. Miraban a su alrededor y por todas partes veían o heridos o muertos. Ardían las casas, se hundían las torres y no sabían qué decisión tomar. Ni podían defender los muros ni caminar por las calles.

Las mujeres habían vivido siempre tranquilas en su pueblo. No estaban habituadas a estos sufrimientos. Los niños deambulaban pálidos y aterrorizados a causa del fuego y del ruido de los disparos de las lombardas. La ciudad entera era un llanto, un grito. O lloraban por sus muertos o lloraban a causa de sus heridas o por ver

su ciudad destruida. Esos gritos y esos llantos llegaron al ánimo de los caudillos y los capitanes rondeños.

Los cristianos comprobaron el desánimo de los sitiados y tomaron nuevos bríos. Tenían perfectamente diseñada la estrategia. Unos se situaban en las entradas a la ciudad para evitar que los sitiados recibieran refuerzos desde la serranía, otros alimentaban las piezas de artillería para que el fuego no cesara ni un instante.

Los moros tenían un camino secreto que descendía en grandes escalones desde lo alto de la ciudad. Eran nada menos que ciento treinta trancos de bajada que daban acceso a tres grandes pozos de los que subían el agua que necesitaban para su abastecimiento. Era su mina más preciada.

Cuando conoció esto el marqués de Cádiz mandó hacer un agujero en las paredes del barranco, descubrió la escalera y colocó allí a su gente para impedir el abastecimiento. Así hasta diez días de pelea tremenda. Los moros no tenían ánimos ni fuerzas para defenderse. El estampido de los cañones, el humo y la pólvora les dejaba entrever un futuro de cautiverio o de muerte.

El ejército cristiano comenzó a atacar. Por los agujeros del muro que habían abierto las lombardas entraron en Ronda. Encontraron muy poca resistencia. Colocaron su artillería al pie de la alcazaba y dispararon al corazón de la ciudad sitiada.

Cuando los moros vieron que habían caído las torres de su alcazaba y que los muros estaban abiertos por los disparos de las lombardas, cuando vieron cómo el alquitrán les caía encima por todas partes, pidieron entregarse. El alguacil mayor con sus ancianos hicieron señal de que deseaban parlamentar.

El rey mandó cesar el combate. Conocía perfectamente que continuar la pelea contra aquellos terribles rondeños era un riesgo importante para los castellanos. Fernando les dejaba libres con la condición de que abandonaran la ciudad. Ningún moro debía continuar viviendo en ella.

Terrible decisión y benévola al par. Les dejaba vivir libres pero habían de abandonar Ronda, sus tierras, su casa, su sol. Podían ir donde quisieran. Podrían continuar con su religión y sus costumbres viviendo como mudéjares el tiempo que pudieran resistirlo.

Los moros salieron afligidos y llenos de temor, rogando al monarca y dándose a partido.

Fernando no deseaba hacer más sangre que la necesaria. Les exigió otra condición. Le entregarían a los cristianos cautivos que tuvieran en Ronda.

Se abrieron las puertas de las mazmorras. De los agujeros negros y fétidos, apenas se iban aflojando los grilletes que les mantenían cautivos, empezaron a salir fantasmas barbudos, tristes, hambrientos cuatrocientos cristianos, muchos de ellos nobles de los derrotados en la Axarquía vieron aquel día la luz brillante, hiriente,

deliciosa de la Serranía de Ronda. Mantenían en los pies los hierros de su cautiverio y salieron a besar a Fernando.

Los vencedores lloraban al verlos con sus barbas por la cintura, desnudos, desarrapados, hambrientos. Entre los cautivos había un sobrino del marqués de Cádiz, hijos de alcaides y de otros grandes hombres. La alegría fue enorme.

Era jueves. El domingo siguiente, de Pentecostés, día veintidós de mayo, entregaron la ciudad al rey, que les dio quince días de plazo para salir de Ronda hacia donde quisieran. Cumplido ese plazo salieron unos hacia Alcalá del Río u otros lugares de Andalucía con sus bestias, sus bienes y su tristeza, expoliados por los cristianos, arrojados de su ciudad tan noble y tan bonita.

Las mezquitas se convierten en iglesias. La mezquita mayor a partir de aquél día pasó a ser la iglesia de la Encarnación. Otra mezquita pasó a ser iglesia de Espíritu Santo en conmemoración del día de la toma. La ciudad fue repoblada por cristianos. Gentes de Sevilla, de Córdoba vinieron a vivir a Ronda. Ocuparon las casas, los palacios moros que ya fueron suyos para siempre. Los de las serranías se escondían en las peñas y se daban tiempo a una conversión de conveniencia para adaptarse a los nuevos tiempos.

El viernes siguiente sale de Ronda otra comitiva más alegre. Los cuatrocientos diecisiete cristianos, ya libres de su cautiverio y sus cadenas, salen hacia Córdoba. Van a besar la mano de Isabel. Fernando les ha dado de comer, les ha suministrado animales de carga que les transporten. Y así, tristes y alegres llegan a Córdoba donde son recibidos por una gran procesión de gentes, al frente de las cuales están la reina y la infanta. Después de besar las manos de la soberana van a la iglesia. Isabel les da de comer, les agasaja y les da dinero para que cada uno vaya a su tierra, donde seguramente les esperan sus familiares que desconfiaban volver a verles con vida.

Prácticamente toda la Serranía, el Valle del Guadalhorce y la Costa Occidental caen en poder de los ejércitos cristianos.

Una vez conquistada Ronda el Rey pone los ojos en Marbella. Había que ir a la ribera del Mediterráneo desde las sierras rondeñas. Era necesario hacerlo para cerrar las salidas a Málaga. Así harían imposible que recibieran ayudas desde África.

Olvidemos los tiempos actuales e imaginemos a los moros de una pequeña y bellísima ciudad, de clima más que apacible, tranquila y muy lejana a cualquier lugar habitado. ¿Quién podría llegar hasta Marbella? ¿Quién iba a atravesar las cadenas montañosas para ocuparse de ellos? Ya conocían el cerco de Ronda. Pero desde Ronda hasta Marbella había un camino imposible de transitar por los grandes ejércitos. Solamente cabras u hombres caminando a pie podrían aventurarse a hacer el camino desde una a otra ciudad. Debieron ser bastante escépticos acerca de la probabilidad de que unos ejércitos tan tremendos como los que habían tomado Ronda pudieran desplazarse hasta Marbella.

Apenas se tomó el acuerdo de tomar Marbella Fernando escribió una carta a los marbellíes conminándoles a la rendición.

Fernando les escribe exigiendo su rendición y ellos le contestan.

Parece deducirse por la carta que intentaban salir del atolladero lo mejor posible. No contestan a Fernando afirmativamente a su petición de entregar la ciudad. Contestaban que eran suyos, le enviaban emisarios con frases de sumisión a ver si Fernando tomaba el camino del norte y les dejaba en paz.

Fernando entendió el mensaje. No cayo en la trampa que le tendieron los marbellíes. Inmediatamente les envió otra carta agradeciéndoles su buena voluntad pero volviendo a sus exigencias. Debían abandonar la ciudad. Ese era su deseo y esa había sido su petición. A cambio les prometía que no les iba a pasar nada ni a ellos ni a sus bienes. Una vez que entregaran Marbella, les decía Fernando, si deseaban irse a otros lugares cercanos, él les iba a proteger. No les pasaría nada, excepto que iban a perder sus casas, su tierra, su incomparable Marbella.

El rey estas cosas las discutía con su Consejo. Si el ejército marchaba hacia Córdoba sin acometer esta operación de desalojo ellos, a pesar de sus buenas palabras, iban a continuar igual que hasta entonces. Sabían perfectamente los consejeros del rey que una carta no mueve nunca voluntades ni provoca desalojos, así que decidieron mover todo el ejército desde Ronda hasta Marbella.

El camino era tremendo, los cerros, los riscos tan altos y escabrosos que apenas pueden ser recorridos a pie. Encima habían decidido que toda la artillería se desplazase desde Ronda hasta Marbella. Temían que si así no se hacía no iban a tomar la ciudad.

Una vez tomada la decisión el rey trasladó su real hasta Zahara de la Sierra y luego a Arcos de la Frontera.

Los caminos eran escabrosos. Caminaban por laderas, tajos, barrancos enormes. Debían hacer caminos para que pasaran las grandes carretas tiradas por bueyes que portaban las piezas de artillería. Era necesario que un ejército de obreros armados con picos, barras de hierro y azadones talaran árboles, rompieran rocas y abrieran los caminos para ese ejército. Para descansar en el camino mandó Fernando que se detuvieran en Arcos.

Los moros tenían en cada cerro espías que transmitían con luces y hogueras los movimientos de los castellanos. Antes de que los ejércitos llegaran a Arcos los marbellíes conocían que venían a por ellos.

De nuevo recurren a una carta que refleja los sentimientos de unos pobres moros llenos de miedo y que por nada del mundo deseaban perder sus tierras, pero que lo prefieren antes de perder la vida. Imaginemos a los amanuenses escribiendo la carta, rodeados de expertos en lengua arábiga y rodeados también de alguaciles, caballeros y demás cortejo que les dictan las alabanzas y las invocaciones religiosas de piedad y

de paraíso perdido y encontrado por los misericordiosos. Dan a Fernando lecciones de virtudes teologales, cardinales y de teología del premio y el castigo.

La lectura detenida de este texto nos enseña varias cosas. Los moros de Marbella se veían perdidos. Intentaban pedir al rey que les dejase vivir en sus casas pero ni ellos mismos lo creían probable. Sabían que lo habían perdido todo. Su ciudad la iban a abandonar para siempre y querían, si podían, continuar con vida. Sus excusas, como decir que algunos Gomeres y otros principales estaban en Granada o en Málaga, en la propia carta se rebaten. No hay salida posible. Comprendieron que la mejor salida era África, donde iban a dejar de sufrir persecución. Y se nota la clara intención del escribano y de sus inspiradores, pidiendo para sí favores especiales. Los demás quizá ni sabían leer para pedirles cuenta de cómo no solicitaban un trato igual para todos.

El rey recibió a los enviados de Marbella en Arcos de la Frontera, leyó la carta, evaluó la situación y decidió ir en persona a tomar la ciudad.

El ejército estaba muy cansado y era dificilísimo trasladar a Marbella las piezas de artillería. Cuando comprobaron que la postura de los marbellíes no era de oposición mandó a la artillería para los llanos de Antequera y él, con el resto del ejército, partió hacia Marbella. Les dijo que tomaran provisiones para quince días.

Fernando comenzó su recorrido por la Garbía, la Costa del Sol malagueña. Aún sin artillería Fernando llevaba un ejército imponente. Pasó las montañas, enfiló las bajadas hacia el mar y dio vista a la ciudad. Su entrada en Marbella debió ser solemne, intimidante, triunfante para los cristianos y muy triste para los moros. Imaginemos cómo abrirían las puertas de su ciudad, cómo asomaban a sus ventanas con cara de miedo.

Los cristianos miraban altaneros los tejados, las ventanas, los adarves, las torres, los muros. No fue necesaria ninguna otra proclama ni gesto de amenaza. Nada más entrar el ejército castellano los moros marbellíes comenzaron a abandonar su ciudad. Iniciaron una tristísima procesión silenciosa, saliendo de sus casas y sus calles. Unos, en bajeles, dijeron adiós para siempre a su España. Otros iban a esconderse en pueblos, alquerías o almunias de las sierras circundantes. Los palacios, las mezquitas, las casas, las plazas, las fuentes se fueron quedando solas. La ciudad quedó vacía, fantasmal. Pulgar dice que quedó libre. No. No es libre una ciudad vacía. Es un fantasma y un remedo de ciudad. Es tristeza, añoranza, zozobra, miedo. Marbella quedó sin nadie, sola y vacía.

¿Es posible imaginar a Marbella sola y vacía, sin gentes, ni bullicio, ni risas, ni miradas de amor? Mil veces he estado en Marbella. Imposible imaginarla sola. Seguramente en ese tiempo Marbella dejó de existir.

Fernando contempló la salida de todos sus habitantes. Cuando estuvo seguro de que no quedaba dentro ninguno mandó que fuera repoblada con parte de los mismos soldados de su ejército. Ordenó que dejaran armas, utensilios, herramientas para que

Marbella comenzara a renacer. Sería diferente su color, sus sonidos, sus calles, pero una nueva Marbella inicia su existencia aquél día.

Al mando de la ciudad quedó como gobernador y alcalde Don Pedro de Villandrando, conde de Ribadeo.

Sin perder tiempo el ejército toma el camino de la costa hacia *un lugar que se llama la Fuengirola, donde puso sus reales*.

La gente estaba muy cansada no sólo de pelear sino de hacer caminos, subir y bajar montañas cargados con alimentos y municiones. Ahora se habían quedado sin alimentos. Fernando había ordenado que tomaran provisiones para quince días y ya estaban más que agotadas. Los moros huían llevándose consigo cuanto les hubiera servido de alimento o provisión. Los hombres y los caballos no tenían para comer más que palmitos y otras cosas banales que encontraran por los caminos. Los auxilios que enviaron por mar no habían llegado a causa de los vientos contrarios del Estrecho. La gente, sufriendo lo indecible, siguió caminando por la orilla del mar. Arriba en las montañas quedaban ciudades y pueblos irreductibles, bien parapetados en sus defensas y con las fuerzas intactas. Las gentes de Mijas, por ejemplo, les hacían el paripé de una rendición meramente formal y sin embargo continuaban luchando contra los castellanos.

En realidad les quedaron sin conquistar dos fortalezas, plazas colocadas encima de riscos, Mijas y Las Osunillas, que no se tomaron hasta que cayó definitivamente Málaga.

Los moros conocían la situación de debilidad de los castellanos. Les veían hambrientos. Les dejaron pasar para atacarles en la retaguardia.

El maestre de Alcántara y el comendador mayor de León tomaron posiciones para defender la retaguardia. Tenían miedo de ser aniquilados ahora, después de haber conseguido ganar unas cuantas batallas. Cada poco debían entablar batalla contra los moros que les atacaban desde atrás como en una guerra de guerrillas. Al fin consiguieron hacer que los moros retrocediesen para refugiarse en Las Osunillas y Mijas.

Pasaron por Benalmádena y en Churriana se tomaron un respiro.

Los moros de Málaga entretanto miraban y miraban el ejército cristiano. Conocían los sucesos de Ronda y Marbella. Ellos también debían optar o por entregar la ciudad o ser destruidos por los cristianos. ¿Vendrían ahora a cercarles a ellos también? El miedo y la zozobra se instaló en los malagueños.

El Rey se asesoró por su Consejo. ¡Estaban tan cerca de Málaga! Podría ser la ocasión de cercarla. Por otra parte conocían el cansancio de sus hombres después de haber caminado por aquellos lugares tan infernales. Carecían de alimentos, municiones y no era fácil proveerse de ellos en Churriana. Los caballos enflaquecían a ojos vista. Si iban cargados les era imposible caminar. Se les debía tirar con fuerza

del ronzal hasta casi arrastrarles. Otros caballos debían ser abandonados en el campo ya que era imposible moverles, de flacos que estaban. ¡Dejaron Málaga! Será otra vez. ¿Quizá el año que viene? El ejército tomó por el Valle del Guadalhorce el camino de Álora. Al día siguiente, ya por senderos abiertos en campañas anteriores salieron hacia los prados de Antequera.

Isabel estaba en todo. Conocía las carencias del ejército y había enviado hasta las vegas de Antequera grandes recuas de animales y carretas cargadas de provisiones. Por fin pudieron saciar su hambre y descansar en lugar llano. Pudieron también reunirse con la artillería. Ya estaba el ejército completo. ¡Menos mal! Volvieron a Córdoba. Había mucho que hacer a fin de completar, sin prisa pero sin pausa, su objetivo de conquista.

Pensemos ahora en Granada. Los granadinos se enfrentan a Muley Hacem y le obligan a que abdique en su hermano el Zagal, que vuelve a Granada para convertirse en el rey número veinticuatro de la dinastía nazarí.

La toma de Ronda y la expedición del ejército cristiano por la costa malagueña había indignado al pueblo. En Granada, un día sí y otro también se organizaban luchas fratricidas que iban a acabar con una facción, o con las dos, desterradas del reino.

El pueblo otra vez estaba contra Muley Hacem. Apenas conocieron la toma de Ronda comenzaron a hablar, a reunirse en las plazas, a quejarse, a maldecir a sus reyes, a quienes consideraban responsables directos de sus desdichas. Y de ahí a organizar un motín había sólo un paso que ellos daban sin mucho empacho.

El murmullo había degenerado en manifestación tumultuaria. Los gritos incitando a las turbas a subir a la Alhambra se empezaban a oír en la plaza de Bibarrambla. Un viejo alfaquí, sabio en estudios del Corán y a quien respetaban los granadinos, se abrió paso entre la multitud, se colocó en sitio visible y a voz en grito dijo:

> —*¿Qué locura es esta que os lleva por el camino del mal? La sangre esclarecida de Granada se derrama en la lucha de dos personajes que ni pueden ni saben defender el reino. Muley está ciego, es muy viejo, vive apesadumbrado y es incapaz de salir al frente de sus ejércitos que en otro tiempo vencieron a los cristianos desde las orillas del Guadalquivir a las del Tajo. Y ¿qué podéis esperar de Boabdil, apóstata impío, vendido a los reyes de Castilla y nacido bajo un horóscopo infeliz? Acábese vuestra locura y elegid a un hombre ilustre, nieto de cien reyes para que gobierne con prudencia y venza a los cristianos con la fuerza de un héroe. Os hablo de Abdalá, os hablo del Zagal, del walí de Málaga, del que venció a los cristianos en la Axarquía, del terror de los enemigos cristianos.*

Las masas, al ver los argumentos y la facha del alfaquí quedaron convencidas y gritaron:

—¡Viva el Zagal! ¡Sea nuestro señor y caudillo!

A Muley le hicieron un favor. Ya dijimos que Zorayda estaba intentando convencerle de que se fueran a vivir tranquilos al campo. Así que por el lado familiar la decisión estaba tomada. Y esto arreglado Muley Hacem reunió su consejo que dio el visto bueno a que abdicara en favor de su hermano y se decidió enviar un correo a Málaga para dar la noticia al Zagal que se puso en camino acompañado de Reduán Venegas y de trescientos hombres de su entera confianza.

La ruta entonces era: Málaga-Vélez-Boquete de Zafarraya y de ahí, por el Temple, hacia Granada. Emprendieron el camino. Pasado el Boquete, unos batidores del Zagal descubrieron a ciento cincuenta hombres de la Orden de Calatrava con guarnición en Alhama que estaban tumbados en una sombra al fresco descansando después de una fructífera correría mientras los ganados pacían tranquilamente. El lugar donde estaban se llamará en adelante el Llano de la Matanza y no va a ser necesario explicar por qué.

El Zagal los vio, los rodeó, los atacó y cuando quisieron enterarse ya habían recibido cuchilladas hasta estar muertos casi todos, menos once que dejó de muestra. Llegaron a Granada con los once cautivos, las armas, los caballos de muertos y cautivos y con las vacas, ovejas y demás animales que los de Calatrava habían recolectado y que fueron incautadas. Por supuesto que el Zagal envió un correo para anunciar a los granadinos que ya estaba llegando y que le acompañaban los cautivos cristianos que acababa de capturar.

Los granadinos se reunieron en las calles comentando la noticia con orgullo y admiración.

La entrada del Zagal en Granada fue digna de verse. Le abrieron la puerta de Elvira donde el pueblo estaba agolpado. Abrían la comitiva los once caballeros de Calatrava cautivos. Después iban los caballos apresados con sus arneses y las armas de los jinetes muertos. Luego los trescientos moros del Zagal montados, orgullosos, adornados sus arneses con las cabezas de los muertos en el Llano de la Matanza. Luego el Zagal con sus nobles. Después las piaras de vacas, ovejas y mulos que los de Calatrava había requisado a los moros y los moros habían requisado a los de Calatrava.

El Zagal continuó hacia la Alhambra. Muley Hacem estaba deseando verle llegar para marcharse a vivir la vida tranquila. Ya había preparado las literas para Zorayda, sus hijos Cad y Nazar y unos cuantos mulos cargados con sus ahorros para la vejez. Decidió irse a vivir a Íllora. Al poco tiempo se dio cuenta de que Íllora estaba

demasiado cerca de la frontera y no era lugar muy tranquilo para un jubilado, por lo que marchó a Almuñécar. Poco después se trasladó a Mondújar donde había mandado construir una preciosa fortaleza y un magnífico palacio. Pensaba el viejo rey que los aires del Valle de Lecrín le sentarían mejor que la humedad de Almuñécar. Pero ya nada le podía devolver la juventud ni el vigor ni la ilusión por vivir. Al poco tiempo murió Muley Hacem. Se fue el viejo rey, el fiero Muley Hacem, un rey tremendo, orgulloso, cruel, pero en el fondo triste. Nadie le vino a llorar en su lecho de muerte. Su hijo Boabdil se alegró. Su hermano el Zagal ya pasó de él, le olvidó. Sólo Zorayda y sus dos hijos le acompañaron a su tumba. Que, según la vieja tradición, está lejana, cercana y señalada en Granada.

Cuenta una vieja leyenda que cuando se vio morir, pidió que le sepultaran en un lugar lejano, inhóspito quizás, donde nadie pudiera ver su tumba ni él fuera molestado por ningún ser humano. Aborrecía a los hombres y pensaba que su alma no reposaría tranquila si estaba cerca de seres o de cadáveres humanos.

Zorayda y sus hijos buscaron ese lugar alejado, nunca pisado por hombres. Y mirando a lo más alto descubrieron una cumbre enorme, de pico achatado, muy alta, la más alta de la montaña de Sol y de Aire y oculta casi por la más cercana y puntiaguda del Veleta. Pensaron que allí estaría lejos y cerca. Nadie estaría junto a sus huesos pero su espíritu estaría cercano a su vieja ciudad. Y hacia allá se encaminaron cargando en una mula el cadáver del rey. Son horas y horas de fatiga, de esfuerzo si se hacen con la ilusión del montañero por llegar a lo más alto, por divisar desde allí la lejana África y el mar que parece una explanada entre dos montañas. Se puede ver desde allí salir el sol en mañanas gélidas, apareciendo debajo de la tierra porque el mar le hace trasparentar su existencia. Parece mitológico y que Apolo saliera de su casa de oro, en su carro de oro, con sus caballos piafando, como canta Ovidio en sus Metamorfosis.

Una macabra, triste, lúgubre procesión saldría de Mondújar. Zorayda, sus hijos Cad y Nazar, unos mulos y tal vez algún criado tomarían el camino de los Neveros, pasarían por el Dornajo, luego los Peñones de San Francisco, luego el collado del Veleta, bajarían por los tajos a la laguna de Aguas Verdes, luego los crestones y la laguna de Río Seco, luego bajarían a la laguna de la Caldera y por fin, una, tal vez dos horas de empinada subida, agotadora, más, más arriba. Y en la cumbre, entre unos tajos terribles que miran hacia la puesta del sol por donde venían sus enemigos, y una loma pelada, inhóspita, larga y fría, allí en la cumbre, con enorme sensación de tristeza, en una de las cuevas que aún hoy existen, enterrarían al viejo rey, al gran Muley Hacem. Y como al llegar arriba siempre se tiene sensación de victoria, el viejo rey venció al destino, a la montaña, dejándole para siempre su nombre. Aquel pico, el mejor, el más alto de al-Andalus, se llamaría para siempre «Mulhacén». Será su orgullo y su mausoleo después de muerto.

CAPÍTULO XXIX

AÑO 1485 Y CAMPAÑA DE 1486.

Fernando era un buen conocedor de la geografía del reino granadino y sabía que Moclín es un paso natural para entrar en la Vega de Granada. En su estrategia estaba cortar esos pasos. Decide enviar por delante al conde de Cabra y a Martín Alonso de Montemayor para que establezcan el cerco. Pero hay veces, como en Alhama, en que se toma de improviso a los sitiados. Otras veces están preparados para recibir el ataque. Y dio la casualidad de que los granadinos acababan de proclamar rey al Zagal que estaba en Moclín cuando se recibió la visita de los castellanos. El conde de Cabra supo que el Zagal estaba en el castillo pero decidió seguir adelante con su plan.

Subir a Moclín era y es complicado. El conde puso a los suyos en fila india para poner el cerco. Y salieron los moros, que eran bastantes. No había amanecido todavía cuando comenzó una batalla tremenda. Unos, los moros, preparados, parapetados y arriba. Otros, los cristianos, subiendo como podían las empinadas cuestas.

El conde empezó a luchar en retirada. Los de a caballo atropellaban a los de a pie que huían. Cayeron muchísimos, entre otros un hermano del conde llamado Gonzalo. Se salvaron los de a caballo pero murieron más de setecientos hombres.

Fernando estaba en Alcalá la Real esperando para a rematar la faena. Lo pensó bien y se decidió a tomar otro pueblo de características similares.

Decíamos que Boabdil estaba en Córdoba. Allí conoció la muerte de su padre. Aixa, su madre, no estaba quieta ni un momento. Escribía a Boabdil cartas pidiéndole que buscara la forma de recuperar el trono. Y la ex-sultana pagaba a instigadores que propagaban por Granada opiniones y bulos contra el Zagal. Ahora decían que había hecho envenenar a Muley Hacem, que aunque el pobre murió de viejo, la sultana intentaba rentabilizar al difunto.

Todo esto reanimó a los partidarios de Boabdil. Sabían que el sobrino era más contemporizador y temían que el Zagal organizara algún zafarrancho que les metiera en guerras contra los cristianos que sabían perdidas. Se estaba calentando el ambiente precursor de matanzas cuando apareció el consabido alfaquí para templar los ánimos. Propuso que los dos reyes compartieran el trono. Un rey viviría en la Alhambra y el otro en el Albaycín. ¿No había palacios reales en uno y otro lugar?

A Boabdil le pareció una trato excelente. Estaba en Córdoba y viviría en Granada. Y sería monarca de medio reino.

Boabdil escribió una carta a Fernando diciéndole que estaba muy contento. Que medio reino le había reconocido como rey. Era para alegrarse, ¿no?

A Fernando le sentó ese trato fatal. Le dijo de todo al pobre rey Chico. ¿Cómo que ahora se iba unir al Zagal? ¡Eso era un peligro para Castilla! Era un complot

contra la corona. Le hacía responsable de lo que pudiera pasar por su culpa.

Los Reyes Católicos alimentaban la discordia en Granada. Era una garantía del buen éxito de su empresa. Al fin cada cual estaba en su sitio. Boabdil, con los suyos, medio aliado de su tío el Zagal. Isabel y Fernando ya tenían las manos libres para atacar el corazón del reino de Granada. Pronto se va a demostrar.

Los ejércitos castellanos habían dado un giro enorme. Poco a poco van a vivir una época espléndida. La caballería española estaba comenzando a admirar al mundo. Los nobles ahora rivalizaban por mostrar su fuerza, su elegancia, su figura, la cantidad y calidad de sus armamentos. Cada poco entraban y salían de Córdoba los caballeros españoles, representantes de las más ilustres casas. Las trompetas, el ondear de los pendones, el porte de los caballeros tan elegantemente ataviados, se dejaban ver y oír cada día en la ciudad califal, punto de encuentro y cuartel general de los ejércitos castellanos.

Los campamentos de los nobles eran un derroche de lujo y refinamiento. Las tiendas estaban adornadas con las mayores riquezas de las casas de cada uno. Vajillas de oro y plata servían las mesas en aquellos auténticos palacios.

Las noches cordobesas se llenaban de cabalgatas de nobles escoltados por hombres con antorchas que hacían relucir las armaduras, los plumajes y los vestidos de seda. Era un verdadero espectáculo.

Esta guerra era una nueva cruzada. Muchos nobles extranjeros venían a luchar contra los moros y a compartir los honores con los castellanos. Había un contingente de franceses, uno de cuyos hombres más distinguidos era Gastón de León, senescal de Toulouse. Era un cuerpo de ejército excelente. Sus ropas estaban ricamente adornadas. Se cubrían con vistosos penachos de plumas. Estos franceses eran los más brillantes en desfiles y festejos cortesanos. Y bastante mujeriegos. Los españoles también lo eran pero de una manera más solemne y apasionada.

Había un contingente inglés al mando de sir Edward Woodville, lord Scales y conde de Rivers. Era hermano de la esposa de Enrique VII. El año anterior había medido sus armas en la batalla de Bosworth, donde Ricardo III fue vencido por Enrique Tudor. Al terminarse esa batalla Inglaterra quedó en paz y sin una mísera guerra que llevarse a la boca. Nuestro lord decidió trasladarse a Castilla con un puñado de sus hombres para aquí matar el gusanillo y emplear su tiempo en lo que más le divertía.

Se ocupó de reclutar y preparar un cuerpo de ejército vistoso y típico, que vino con él a nuestra tierra. Traía cien arqueros, hombres muy bien adiestrados en el manejo de ballestas y flechas. Estos eran, digamos, los técnicos. También le acompañaban unos doscientos labradores, armados con picos y azadones. Se trajo, además, un buen puñado de leñadores de esos musculosos y dispuestos a partir lo que hiciera falta.

Hemos descrito el ambiente del ejército que se había dado cita en Córdoba para esta expedición. Creo que se puede decir que el lujo, la suntuosidad, el refinamiento incluso, se veían por todas partes. Fernando llegó a estar preocupado y a reprochar a sus hombres las maneras cuasi afeminadas que contemplaba por doquier.

¿Por qué y para qué este ejército tan extraordinario? ¿Cuál era su objetivo?

Un día de mayo de 1486 salió Fernando de Córdoba con ese gran ejército. Llevaba a los grandes de Castilla como capitanes. El duque del Infantado, los caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara, divisiones de vizcaínos, gallegos, asturianos, el Cardenal de España con sus hombres, etc.

Su ejército no era tan numeroso como el que sacó el año anterior para la toma de Ronda pero para esta ocasión llevaba invitados de excepción. Esta era una guerra contra infieles. Todos los de este lado querían poner su granito de arena. Incluso el pintoresco y eficaz lord Rivers. Eran en total cuarenta mil infantes y doce mil caballeros muy bien armados con lanzas, ballestas, arcabuces, etc. Además iban seis mil zapadores provistos de pico, pala y barra de hierro para preparar los caminos por los que pasara el ejército. Y las lombardas al mando de alemanes.

Era una maravilla verlos salir de Córdoba a marcha lenta y sus pendones al viento. Atravesaron muy despacio el Guadalquivir por el viejo puente. El relincho de los caballos alegraba las aguas del río en el que se reflejaba todo el esplendor de aquellos ilusionados combatientes.

Acamparon justo debajo de la Peña de los Enamorados. Establecieron los cuarteles en grupos un poco separados, rodeando las tiendas de los capitanes y los nobles. Sobre la tienda principal ondeaba la bandera de su líder y capitán.

En un lugar separado colocó su real el conde inglés. Era una estancia preciosa adornada con armas antiguas, con sedas y banderas de su patria. Los arqueros y leñadores rodeaban la estancia, que estaba coronada por la bandera de Inglaterra.

Se escuchaban diferentes lenguas: francés, alemán, inglés y en las distintas lenguas, dialectos y acentos de nuestra España. Cada grupo entonaba sus cánticos guerreros, acompañado con músicas autóctonas.

En un montículo, dominando y controlando todo el campamento estaba la tienda y el pabellón real, alrededor del que había un bullicio enorme. Fernando no quería que se escapara un detalle. Lo controlaba todo, lo coordinaba todo. Esta vez tomaría venganza de la afrenta que le causaron los lojeños. Allí, bajo la Peña de los Enamorados, reunió su Consejo. Se esperaban una resistencia tenaz. Suponían que Boabdil saldría de Granada a ayudar a los lojeños. Le conocían bien para suponerlo. Establecerían el sitio por dos partes de manera simultánea. Loja está asentada entre dos montes. Ambos eran el objetivo de los cristianos.

El marqués de Cádiz escogió el lugar más peligroso. Estaba ansioso por vengar la muerte de su amigo el maestre de Calatrava.

El conde inglés dio un paso adelante para solicitar un lugar en el combate pero el rey prefirió que los castellanos que fueron humillados en Loja se tomaran la revancha. Unos se situarían en la colina que está hacia Alhama, otros cortarían las vías de comunicación con Granada, otros se pusieron en las márgenes del Genil.

A todo esto Boabdil estaba más inseguro que nunca. ¿Debía defender Loja? ¿Oponerse a su aliado el rey Fernando? Loja era una de las principales ciudades de la parte que le habían encomendado y estaba siendo atacada. ¿Qué hacer?

Sus reflexiones las interrumpieron una comisión de alfaquíes y de soldados albaicineros para decirle que debía defender Loja. Eran sus amigos y le aconsejaban que saliera a combatir. Un santón iba por las calles incitando a los granadinos contra el rey Chico.

Boabdil no lo escuchó dos veces. No le quedaba otra salida que ir a la guerra por Loja. Era un indeciso pero no le faltaba valor y coraje. Pidió su armadura, su caballo y se puso al frente de sus hombres. Eran quinientos jinetes y cuatro mil infantes y salió para Loja cuando los cristianos acababan de completar el cerco.

La presencia de Boabdil dio ánimo a los lojeños. Un hijo de Aliatar se puso al frente de ellos para atacar a los castellanos. Los moros de Loja salieron para intentar que no pudieran los cristianos establecer su cerco.

El conde de Cabra estaba atascado con su caballería en las vegas cercanas al río. Desde allí escuchó el griterío de los moros y pudo ver a Boabdil con su reluciente y magnífica armadura, montando un precioso caballo.

Pronto se llenaron los campos de heridos y muertos de ambos bandos. Boabdil en primera fila luchaba con gran ferocidad, guiaba y animaba a los suyos. Tanto se expuso que recibió dos heridas de las que los Abencerrajes le curaron lo mejor que pudieron.

El Zegrí vino también desde Málaga a defender a los lojeños y tomó el mando. Sus soldados eran temibles y manejaban las cimitarras con gran destreza. Los del marqués de Cádiz se debieron apiñar para organizar la defensa. Cuando aparecieron las banderas de Fernando los moros debieron replegarse.

Fernando mandó construir puentes para vadear el río y organizó el cerco. Allí conoció los apuros de Boabdil y el peligro que existía de que el Zagal acudiera. El rey mandó mejorar todas las trincheras y redoblar las guardias.

El Zegrí, al darse cuenta de los movimientos del real castellano, salió a atacar los pabellones del rey. Todos los grandes capitanes se dispusieron a defenderle.

Entonces ocurrió algo inesperado. El conde inglés pidió a Fernando autorización para hacer la guerra a su manera. Aquél espectáculo de lucha contra el infiel le había fascinado y quería ser protagonista. Observó atentamente las maneras mora y cristiana de luchar. Le parecían demasiado alocadas aquellas carreras. Iban demasiado desordenados y mezclados moros y cristianos. Sintió que debía salir y dar

una lección a aquellos meridionales.

Desmontó de su caballo. Iba vestido simplemente con morrión, espaldar y peto. Al cinto colgaba la espada y su mano agarraba un hacha tremenda. Le seguía su cuadrilla de arqueros. Luego los leñadores, que iban vestidos y armados como su jefe, blandiendo sus hachas. El conde arengó a sus tropas conforme a la costumbre inglesa. Lanzaron sus vivas y se abalanzaron sobre sus enemigos. El conde se plantó delante de los moros, comenzó a dar hachazos a diestro y siniestro, a unos mataba a otros derribaba con unas fuerzas tremendas y un valor también a prueba de conde inglés. Los vizcaínos y los montañeses se pusieron a chupar rueda del inglés.

Los castellanos y vizcaínos se quedaron admirados del valor de aquellos soldados ingleses. Seguramente eran los *Yeomanry*, el famoso cuerpo militar inglés fundado en 1485 por Enrique VII y que aún existe.

El Zegrí quiso dar un escarmiento al inglés pero fue herido y tuvo que abandonar. Los cristianos, castellanos, ingleses y vizcaínos, entraron así en los arrabales de Loja. El rey estuvo allí hasta que tomaron el arrabal, pusieron el real e instalaron la artillería.

Recién puesto el sitio, antes de ordenar el ataque, Fernando quiere revisar sus efectivos.

Prácticamente las fuerzas están intactas. Al conde inglés algún moro le había arreado una pedrada y había perdido un diente. Tres o cuatro de los hombres del conde habían muerto. ¡Poca cosa!

Fernando mandó disparar las lombardas. Y un gran lienzo de los muros de Loja cayó pesadamente al suelo. Los moros intentaban reparar las brechas pero nuevos disparos de lombardas les enterraban en las mismas ruinas de lo que pretendían reconstruir. Lanzaban proyectiles de artillería y las grandes bombas incendiarias que usaron en el sitio de Ronda. Las bolas de pez, pólvora, aceite, cáñamo y fuego, dinamita pura, volaban por los aires hasta caer en las casas provocando destrucción, incendio y un miedo inmenso. Aquella lucha continuó durante dos noches y un día más.

Cuando vieron este desastre los moros decidieron rendirse. Pidieron a Fernando que les dejara irse donde quisieran. El rey se lo concedió y mandó al marqués de Cádiz que a los que quisieran irse a Granada les diera escolta para evitar que fueran robados por el camino. Naturalmente Loja había de quedarse vacía de moros. Todos abandonaron su tierra, que fue repoblada de cristianos de acuerdo con la forma de actuar que siempre tuvieron en la conquista.

Fernando no se tomó venganza por la postura de Boabdil. El rey era práctico, le prefería a cualquier otro como rey de Granada y por ahora…, pelillos a la mar. Le mandó firmar y firmar tratados humillantes y le envió a Vélez Blanco a que médicos castellanos le curaran.

Era el día 28 de mayo de 1486. Isabel seguía desde Córdoba todas las vicisitudes de sus ejércitos y esta vez se llevó una alegría enorme. Supo de las hazañas de lord Rivers y decidió mostrarse con él especialmente atenta. Le regaló doce caballos de pura raza española, una magnífica tienda de campaña, ropas lujosas de estilo español y algunas joyas. Los dientes no se los pudo reponer. El inglés se lo tomó con buen humor.

Pero había que seguir adelante, hacia Íllora que era una ciudad fortificada encaramada sobre una roca. Su castillo era una especie de atalaya de control y vigía. El alcaide era uno de los valientes caudillos del reino. Cuando supo que era objetivo de los ejércitos cristianos se ocupó de preparar la defensa. Mandó a Granada a ancianos, mujeres, niños y enfermos, preparó trincheras, comunicó las casas para que pudieran pasar fácilmente sus soldados y abrió troneras en las murallas para que los cañones, ballestas y arcabuces pudieran colocarse en posición de disparo.

Por delante había enviado Fernando al duque del Infantado y al conde de Cabra para cercar la ciudad. El domingo, día 4 de junio de 1486 cercan Íllora. El lunes entraron en el arrabal, esta vez con menos lucha que en Loja. Enseguida llegó el rey, asentó el real, instaló la artillería y dio orden disparar a discreción.

Ocho grandes lombardas dispararon sobre el corazón mismo del castillo, que no estaba preparado para soportar un fuego de ese calibre y vio cómo sus torres y sus muros caían estrepitosamente. Los moros decidieron no esperar mucho más. El mismo jueves pidieron rendirse. El rey les dio la posibilidad de irse a Granada con sus bienes.

Había en Íllora una guarnición de ochocientos moros de los que doscientos eran negros. También había cincuenta mujeres soldado de las cuales treinta luchaban a caballo.

El mismo viernes salieron los sitiados camino de Granada. Iban escoltados por tres mil hombres del duque del Infantado que les dejaron en Pinos Puente. Íllora quedó vacía de moros, repoblada y lista para ser plaza útil a los cristianos.

Después de dos victorias se imponía el desfile. ¡Viene Isabel a pasar revista a sus soldados!

El mismo viernes en que los moros salieron de Íllora el marqués de Cádiz y el adelantado de Andalucía visten de gala a sus tropas y salen del real para esperar a Isabel. La reina estaba en Córdoba y desde allí seguía las campañas de su marido. Deseaba compartir con él las victorias. Quería conocer las nuevas tierras conquistadas. Este era un buen momento. Sale pues en busca de su marido y de su ejército.

La comitiva de Isabel la componían cuarenta cabalgaduras en las que había hasta diez mujeres, con su escolta de hombres de a caballo, de a pie y seguida por las acémilas de carga necesarias para llevar todo el equipaje. Hace mucho calor. La

comitiva marcha alegre y sudorosa, con paso rápido, protegiéndose del sol con vistosas sombrillas.

El marqués y el adelantado van a esperarla a la Peña de los Enamorados para protegerla en una tierra recién conquistada. Isabel, que estimaba mucho al marqués, le saludó muy complacida y juntos tomaron el camino de Loja. La reina se detuvo a conocer la ciudad, consolar los heridos y ayudar a los necesitados. Luego continuó hacia Moclín.

El camino no era muy largo, dos días quizás. El tiempo suficiente para que los del real prepararan un momento tan emocionante. Apenas las mulas de la reina se dejaron ver entre los olivares se colocaron todos en sus puestos, orgullosos de ver a su soberana.

El recibimiento fue espléndido. El primero en saludarla fue el duque del Infantado que recibe a Isabel a legua y media del real. Después venía el pendón de Sevilla. Luego el prior de San Juan. Estas tres comitivas se colocaron en posición de entablar batalla, todos vestidos de gala, a la mano izquierda del camino que había de hacer la reina.

Isabel hizo una reverencia al pendón de Sevilla y mandó que se colocara a su derecha. Toda la gente del real corrió al encuentro de la soberana.

Por fin aparece Fernando rodeado por todos los grandes de Castilla. Al llegar cerca de la reina ambos se hicieron tres reverencias, la reina se destocó y quedó con el rostro cubierto por una cofia. El rey la abrazó y la besó en el rostro. Luego el rey se acercó a la infanta, la abrazó, la santiguó y la besó en la boca. Todos estallaron en gritos de bienvenida, alegría y admiración.

Isabel montaba una mula castaña aparejada con una silla de andas guarnecida de plata dorada cubierta con un paño carmesí. Las riendas y las cabezadas eran de raso y de seda, con letras de oro entretalladas y con orlas bordadas de oro. Y en las ancas del animal relucía un faldón de terciopelo carmesí.

Isabel traía un vestido de terciopelo, debajo una falda de brocado y un manto de terciopelo rojo guarnecido morisco y un sombrero negro guarnecido de brocado en el vuelo y la copa.

La infanta venía en otra mula castaña, con arreos guarnecidos de plata y orlas bordadas de oro. Ella llevaba un vestido de brocado negro bordado con los mismos motivos que el de la reina.

Fernando vestía un jubón rojo de pelo con un quijote amarillo de seda. Tenía puesto un sayo de brocado y una coraza también de brocado. Ceñía una espada morisca labrada en su empuñadura de oro y pedrería. Montaba un caballo castaño.

Todos los grandes castellanos vestían sus mejores galas. Cada uno llevaba el uniforme correspondiente a su grandeza y se adornaba con los distintivos y las medallas de sus casas. Detrás del rey apareció el conde inglés. Deseaba él también

recibir a Isabel y a la infanta con la pompa y maneras de la corte británica. Esperó a que todos hicieran su recibimiento para hacer desfilar a los suyos. Y se inició el desfile del destacamento inglés de lord Rivers, el conde de la Escalas.

Sus armas y su armadura eran blancas. Montaba un caballo castaño que estaba adornado con paramentos de seda azul que barrían el suelo y que estaban bordados con estrellas de oro, con forro morado. Las orlas eran anchas como una mano, de raso y seda blanca. Él vestía a estilo francés, con ropas de brocado negro raso, un sombrero francés adornado de plumas y una extraña y pomposa cimera que fue la admiración de todos. En el brazo izquierdo agarraba un escudo pequeño, en cuyo interior tenía una cazoleta por la que pasar su mano. El escudo tenía bandas doradas. Tras el conde iban cinco caballos montados por pajes ricamente vestidos. Detrás la gente del conde vestidos con todas sus galas.

El conde hizo una reverencia a la reina, luego a la infanta, en señal de bienvenida. A continuación mandó inclinar su caballo ante Fernando. Y hecho esto inició una serie de evoluciones que emocionaron a todos incluida la reina. De alguna manera quiso responder al obsequio de Isabel tras la toma de Loja. Isabel quedó muy satisfecha por el recibimiento hispano-inglés. Acto seguido la reina y su hija fueron a las tiendas reales para descansar.

Tras el desfile el conde inglés desaparece y no volvemos a encontrar ninguna referencia a su persona hasta la defensa de Alhendín, donde sufrió un buen contratiempo. Parece que aquí acabó regular y luego se marchó en busca de otra guerra con cuatrocientos de los suyos. Murió en 1488 en la batalla de Albano defendiendo al duque de Bretaña.

Había que seguir la conquista. Cerca de Íllora estaban Moclín, Montefrío, Colomera y el año anterior el conde de Cabra había sufrido una severa derrota en Moclín.

La situación geográfica de Moclín y su belleza natural merecen una descripción más detallada. Desde siempre ha sido un castillo inexpugnable, construido entre barrancos y con muros que se identifican con el paisaje en tajos infinitos.

Fernando ahora disponía de un ejército en toda regla, moderno y con bastante buena organización militar. En Íllora estaba la artillería y contaban con la información necesaria para tomar Moclín. No les iba a pasar lo que el año anterior.

Mandó por delante a su Cuerpo de Ingenieros. Había que hacer caminos por donde subiera la artillería hasta posiciones de fuego. Sólo entonces subieron las lombardas, hizo que se instalaran cerca de los muros y mandó disparar sus piezas a los lugares que consideraba estratégicos. Prepararon sus bolas de hierro y fuego, con pez, pólvora, cáñamo, aceite y miedo. Uno de los primeros disparos impactó en el lugar donde los moros guardaban la pólvora, provocando una gran explosión que destrozó parte de los muros. Los moros decidieron entregarse al marqués de Cádiz

pidiéndole intercediera por ellos ante Fernando. El rey les concedió poderse ir donde quisieran con sus bienes.

Isabel estableció su real en Moclín ya vacío de moros y Fernando dividió a su ejército en tres partes. Unos fueron a cercar Montefrío, otra parte se quedó en Moclín guardando el real y la otra parte salió a dañar las cosechas y la moral de los granadinos.

Cuando volvían a Moclín supieron que los de Montefrío se habían rendido. Entonces Fernando mandó que Moclín quedara con guarnición y envió el real con toda la artillería hacia Montefrío donde estuvo cuatro o cinco días. Se tomó la fortaleza y se concedió a los moros que pudieran salir con lo suyo.

Fernando a continuación envió emisarios a los moros de Colomera pidiéndoles que tomaron la decisión de entregarse sin oponer resistencia.

Así se tomaron Loja, Íllora, Moclín, Montefrío y Colomera.

Isabel y Fernando estaban muy satisfechos de la campaña que tocaba a su fin. Y no era una cualquiera. Quizá esta fue una de las que más moral dio a los castellanos porque reparaba afrentas anteriores. Quedaba verano y el tiempo podría permitir algunas otras operaciones pero la prudencia aconsejaba dejar ahí por este año la conquista. Ahora había que dejar bien guarnecidas las plazas conquistadas y volver a Córdoba.

Volvamos a Granada. Boabdil seguía siendo hostigado por el Zagal. Vamos a ver nuevas revueltas en Granada. La rendición de Loja sentó fatal a los granadinos y mucho peor saber que Boabdil había prometido enfrentarse a su tío para favorecer a los cristianos. El odio a Boabdil se propagaba en Granada y llegó a oídos de su tío.

El Zagal no necesitó mucho para organizar una matanza de los partidarios de su sobrino. Enfiló a los de Boabdil y mató a los que pudo, encarceló a los que le pareció, confiscó los bienes de todos. Granada, una vez más, se dividió en dos bandos. Los de Boabdil perseguidos y acosados corrieron en busca de su rey que estaba reponiéndose de sus heridas en Vélez Blanco al cuidado de médicos castellanos.

El Zagal organizó una expedición punitiva contra su sobrino, esta vez sin dar la cara. Le enviaba en apariencia unos embajadores para parlamentar. Sin embargo los embajadores no tenían intención de hablar una palabra con el rey Chico. Llevaban venenos escondidos para verterlos en la primera copa que encontraran a mano en las estancias de Boabdil.

El sobrino se enteró de que venían a por él, detectó a los envenenadores y sus venenos y se puso hecho un basilisco contra el Zagal. Los partidarios de Boabdil estaban bastante encendidos de rabia. Los Abencerrajes les animaban a pasar a la acción y dejarse de amenazas. Había que tomar la iniciativa ahora o no la recuperarían nunca.

Boabdil necesitaba que lo calentaran un poco. Era templado y contemporizador

pero cuando se veía empujado acometía las empresas más difíciles. Se rodeó de un grupo de partidarios y emprendió el camino desde Vélez Blanco hasta Granada. Un día y dos noches estuvieron galopando. Por fin se acercaron a las murallas. Disfrazados y con aspecto de viajeros cansados golpearon la puerta de Fajalauza.

Los de dentro salieron a ver quién llamaba a esas horas. Los vigías, a la luz de las antorchas, le reconocieron y le facilitaron la entrada en el Albaycín.

Boabdil y los suyos recorrieron las calles estrechas llamando a las puertas de los que sabían les podrían ayudar. Buscaban a los más influyentes y les pedían que se levantaran de la cama y tomaran las armas.

El rey Chico siempre estuvo apoyado por los albaicineros. Cada vez que había una revuelta los Abencerrajes se unían a los del Albaycín a favor de Boabdil. Esta vez no iba a ser menos. Despertaron y se reunieron en las plazas aclamando a su rey y dándose ánimos para enfrentarse a los del Zagal.

Al amanecer ya sabía el Zagal que su sobrino se había apoderado del Albaycín. Lleno de rabia mandó hacer sonar el añafil de guerra. Al poco, en lo alto de las torres de la Alhambra ondeaban las viejas banderas de Muley Hacem, ahora enseñas del Zagal. Los granadinos se despertaron para empuñar las armas, enfrentarse a los albaicineros partidarios del rey Chico y pelear hasta la muerte.

Los regimientos de negros, la guardia africana, todos partidarios del Zagal, acudieron a los palacios para organizar la lucha. Los Zegríes y otros muchos guerreros granadinos se pusieron de su parte. Al poco por la Cuesta de Gomeres bajaba un ejército con los negros, los Zegríes y los caballeros del Zagal. Desde la otra colina, por las estrechas callejas del Albaycín, bajaban los Abencerrajes, arropados por el pueblo. Iban armados rudimentariamente pero su odio al Zagal era infinito. Y abajo, en la explanada de la actual Plaza Nueva, se produjo un choque violentísimo. Las esquinas de las callejas les servían de trincheras que pronto se abandonaron para iniciar la pelea cuerpo a cuerpo. De una y otra parte se peleaba con inusitada violencia y hasta con saña. Al poco rato los muertos yacían por los suelos impidiendo a los supervivientes maniobrar con cierta soltura. Alguien propuso salir a luchar en la vega para evitar estorbos y tener un espacio más adecuado para la muerte.

Los dos bandos salieron a los campos. Durante toda la tarde se peleó sin descanso. Al atardecer sus brazos eran más pesados pero sus instintos eran más crueles. Habían menguado las fuerzas y el odio había aumentado en intensidad. Ya de noche se retiraron para tomar un respiro. Y al amanecer de nuevo se reanudó la lucha.

A los dos días de lucha se había decantado el bando vencedor. El Zagal contaba con auténticos guerreros. Boabdil con pueblo armado y no profesional. Los Gomeres, los negros y los guerreros de la Alhambra iban decantando la lucha a favor del Zagal. Las gentes del Albaycín poco a poco iban perdiendo la batalla. Los albaicineros eran comerciantes de sedas, tejedores, tintoreros. Sus negocios se estaban arruinando con

estas guerras. Sus familias les gritaban animándoles a una paz que les permitiera continuar viviendo en el Albaycín. Boabdil vio cómo los suyos iban cambiando. Ya no luchaban como antes. Le miraban de reojo buscando el momento y la forma de acabar con aquel enfrentamiento. El rey Chico lo detectó y tomó una determinación. Llamaría en su ayuda a los castellanos.

El comandante castellano de la frontera era Don Fadrique de Toledo. Si Boabdil quería evitar ser entregado a los del Zagal no tenía más solución que buscar ese amparo. Don Fadrique recibió el mensaje de Boabdil y se puso muy contento. Tenía instrucciones de Isabel y Fernando de fomentar el enfrentamiento entre los dos así que organizó un cuerpo de ejército para socorrer a Boabdil. Un poco después pudo verse avanzar por la Vega un ejército cristiano en dirección a Granada.

Aben Comixa, hombre de confianza de Boabdil, se adelantó para dar la bienvenida a los cristianos. En las mismas puertas de la ciudad estuvo a punto de iniciarse otra batalla. De una parte, Boabdil, con los suyos, pretendían recibir a los hombres de Don Fadrique. Al lado, lanzando miradas amenazantes, alineados y preparados para entrar en batalla los hombres del Zagal. Don Fadrique se escondió entre los olivares. Boabdil mandó a Aben Comixa que sus hombres salieran a atacar a los del Zagal que peleó sin convencimiento contra los de Aben Comixa. Sin embargo había comprendido la maniobra del castellano. Mandó tocar sus trompetas y retirarse a Granada. Don Fadrique y los suyos hicieron lo mismo. Buscaron una distancia de respeto, dejaron las murallas de Granada y se fueron al río Cubillas.

El Zagal no durmió en toda la noche. Juraba en hebreo, maldecía a su sobrino y a los Abencerrajes, pedía consejo. ¿Qué hacer? Alguien le recomendó actuar con maldad con su sobrino. Estaba desesperado. Lo iba a intentar.

A la mañana siguiente los castellanos acampados en el Cubillas recibieron una gran sorpresa. Un caballero árabe con una vistosa escolta se acercaba al campamento cristiano. Desde lejos con sus trompetas anunció que era un emisario del Zagal.

Don Fadrique recibió al moro en su tienda. El enviado del Zagal deseaba que Don Fadrique comisionara a algún noble para que establecieran contactos a fin de…, la verdad es que el Zagal no deseaba más que cargarse a su sobrino. Evidentemente que esto no salió de la boca del emisario pero por ahí iban sus deseos. Deseaba poder charlar con algún enviado de los cristianos e intentar hacerles sus aliados contra Boabdil.

A Don Fadrique le iba la marcha. ¿Qué podía perder con enviar a alguno de sus hombres a la Alhambra a parlamentar? Haría que algún buen conocedor de los moros marchara a Granada sin muchos poderes para establecer nada en concreto, pero que tuviera los ojos bien abiertos para informar de cómo iban las cosas por allí.

Lo encontró pronto. El comendador Juan de Vera ya había estado en Granada. En respuesta a la demanda del Zagal entró por segunda vez en la Alhambra como

enviado de los castellanos. Ahora iba a charlar con el Zagal largamente. Uno y otro estaban atentos para ver qué sacaban de la conversación. Y no sacaron nada. El Zagal le invitó a una cena y luego le preparó uno de los salones de la Alhambra para dormir.

Juan de Vera ya no se admiraba con las torres, los miradores o las defensas de la Alhambra. Esta vez debió empinar el codo más de la cuenta o se le subieron los perfumes a la cabeza, el caso es que se enzarzó con un alfaquí, primero en una discusión teológica, que acabó, en vez de con argumentos caritativos o teologales, con las cimitarras y las espadas volando por los salones del fabuloso palacio. Y por supuesto salió de Granada por una puerta falsa, escondido y asustado, que alfaquíes los había a montones dispuestos a mandarle con Alá o con el Padre Eterno.

El Zagal, seguramente despechado, quiso atacar a los cristianos. Menos mal que siempre hay gente sensata. El rey granadino afortunadamente hizo caso a alguno de sus capitanes que le paró en sus ímpetus guerreros.

Lo que no hubo quien parara es la lucha entre tío y sobrino. Los campos de batalla eran o la Almorava, actual calle de San Juan de Dios o la puerta de Bib-Almazdáa, la actual Plaza de la Trinidad. La anarquía reinó en Granada durante meses. Los saqueos se producían alternativamente en uno y otro barrios según saquearan los partidarios del tío o del sobrino. Los cadáveres se podían encontrar en cualquier lugar de Granada. Los castellanos, sabiendo cómo estaba el patio, decidieron que mejor era retirarse y pasar el invierno preparando una nueva campaña.

CAPÍTULO XXX

CAMPAÑA DE 1487. MÁLAGA.

La conquista del litoral malagueño con sus grandes ciudades y puertos era vital para España y para lo que llamamos la civilización cristiana. Estaba en juego algo más que la conquista de un par de ciudades por los reyes castellanos.

Los turcos hacía muy pocos años que habían conquistado Constantinopla y extendían sus dominios por lo que fue el Imperio de Oriente. Sus naves recorrían las aguas del Mediterráneo. Bayaceto atacaba Estiria, Carintia en Austria y acosaba a Maximiliano. Su escuadra hacía incursiones en Sicilia que entonces pertenecía a la Corona de España. Bayaceto pensaba en Granada. Se disponía a firmar una alianza con el sultán del Cairo, su mortal enemigo, con el único objetivo de ayudar a los musulmanes andaluces. Estas noticias llenaban de consternación a los españoles y excitaban un espíritu de cruzada.

Isabel y Fernando sabían que en esta expedición se jugaba una baza vital para su reinado y para toda una civilización. No se trataba de dejar o no dejar vivir en España a una colonia más o menos numerosa de personas de otra religión, lengua o civilización. No se trataba de la unidad de España. Se trataba de una lucha entre dos mundos y uno iba a barrer del mapa al otro en este lado del Mediterráneo.

La reconquista estaba en peligro si les dejaban una ciudad, Málaga, que les sirviera de cabeza de puente en un hipotético desembarco. De ahí la importancia de esta campaña.

En Málaga residía lo más duro de la oposición musulmana a los cristianos. Desde la venida de Muley Hacem, Málaga va a ser lugar de residencia habitual de sus seguidores. El Zagal, los Venegas, el viejo Bexir, Hamet el Zegrí, entre otros, daban cobijo a la más feroz oposición musulmana a los castellanos.

Málaga era un puerto muy importante para el intercambio comercial entre los judíos y los musulmanes andaluces con sus correligionarios de Siria o Egipto. Siempre se llamó a Málaga la mano y la boca de Granada. A través de Málaga llegaba dinero, armas, caballos y hombres de tribus africanas que atemorizaban a los habitantes de al-Andalus.

Cuando Isabel y Fernando convocan a los nobles del reino para la conquista de Málaga los encontraron motivados, llenos de fervor patriótico. Pronto se reunió la flor de los guerreros de España. Muy poco tiempo después de su llamada Córdoba estaba llena de caudillos con ansias de lucha y de victoria. El sábado siete de abril de 1487 salió de Córdoba el ejército.

Ya se conocían cuáles eran los puntos débiles de sus enemigos. Este ejército estaba preparado. Querían conquistar la Axarquía y Málaga. Por fin Málaga, el

bastión del Zagal, el principal puerto del reino, el camino hacia África.

Los reyes hicieron su llamada a todos los nobles castellanos y no faltó ni uno. Los que no vinieron en persona se ocuparon de que en su lugar vinieran las gentes más capacitadas de sus casas. Prepararon un ejército de veinte mil hombres de a caballo y cincuenta mil peones. Y la artillería, el arma que les daba superioridad indiscutible sobre los moros y que iba mandada por Francisco Ramírez de Madrid. Todos los cronistas resaltan que quizá el peonaje era menos numeroso que en la campaña de Ronda. Sin embargo la caballería y la artillería eran invencibles.

Fernando escuchaba a todos sus capitanes, que eran de diferente parecer a la hora de establecer sus estrategias. Unos pensaban que era mejor atacar Vélez y dejar Málaga aislada. Otros opinaban que mejor atacar Málaga en primer lugar. Y cada uno daba sus razones. Después de escuchar a todos decidió atacar primero Vélez Málaga para después ir sobre Málaga.

En primer lugar puso en movimiento la artillería que tenía su cuartel en Écija. Debía ir escoltada. Esta división avanzaría por los valles. Así encontrarían en los caminos pastos para los bueyes que arrastraban las grandes carretas.

Después salió el resto del ejército al mando del rey hacia el río Yeguas donde esperaron hasta celebrar la festividad del Jueves Santo. El Viernes Santo llegaron hasta Archidona. El lunes de Pascua dieron vista a Vélez Málaga. Las lluvias de aquellos días habían hecho intransitables los difíciles caminos.

La descripción detallada del orden de marcha de los ejércitos es preciosa. En este tema, como en todo lo referente a la guerra, es más minucioso Pulgar. Desde luego iban perfectamente ordenados camino de su objetivo.

Delante irían el maestre de Santiago con el marqués de Cádiz, Don Alonso de Aguilar, y otros. El rey mandaba personalmente el segundo cuerpo de ejército, acompañado del conde de Cifuentes, Don Fadrique de Toledo y otros. Detrás de ellos caminaban todos los animales, bueyes, mulas, etc. Delante marchaba el alcaide de los Donceles con dos mil hombres, carpinteros, herreros, picapedreros, que deberían allanar los caminos, abrirlos en las rocas para facilitar el paso a un ejército tan enorme por unos lugares tan difíciles. Eran los gastadores. Cuando los caminos se iban haciendo intransitables la dotación de ellos fue aumentando. Así hasta hacer el cerco de Vélez Málaga.

Vélez es un pueblo bellísimo. Cuentan algunas leyendas que su castillo lo edificó un príncipe árabe amigo de Almanzor para refugiarse con su amada y gozar allí de la luz y la belleza de un lugar único.

Las aguas del mar se ven cercanas a la caída de unas colinas verdes, pobladas de árboles frutales, viñas, naranjos y olivos. Es tierra de luz, de paz y de clima suavísimo. Jamás un ejército invasor había tenido delante un lugar tan maravilloso.

Vélez estaba bien defendida por los castillos circundantes. Comares, en la misma

cumbre de un monte perece un mirador desde donde se podrían dominar los valles para prevenir cualquier peligro. Cómpeta a un lado y Bentomiz en el camino hacia Granada servían de defensa antes de llegar a Vélez. Benamargosa, Canillas y otros lugares fortalecían la defensa de la ciudad.

La primera señal de alarma les vino a los veleños del mar. La armada castellana mandada por Arriarán, el conde de Trevento, Antonio Bernal y Díaz de Mena, llegó a las costas para proveer al ejército de armas, víveres y evitar que a los cercados les llegaran los auxilios africanos. Cuatro galeras armadas daban escolta a un grupo de carabelas que venían cargadas de pertrechos para el ejército.

Apenas se dieron cuenta de que la expedición iba contra ellos los moros salieron de Vélez, se instalaron en Bentomiz y en las sierras, de las que bajarían si era necesario. Esperaban la llegada de este ejército invasor y le temían.

Fernando toma la iniciativa adoptando una decisión muy agresiva. Da orden de asentar el campamento entre la ciudad y las sierras, el lugar más peligroso por ser el flanco más débil. Colocarse ahí era evitar que los cercados recibieran la ayuda más probable del exterior. Pero era lo más peligroso por la posibilidad de ser atacado por detrás y por delante. Sin embargo el rey arriesga.

Fernando salió para indicar la manera de defender la montaña. Iba acompañado de unos pocos caballeros. Comprobó la conveniencia de que estuviera ese lado bien defendido y mandó que se establecieran allí sus hombres con armas para defender el campamento.

Los moros, desde Vélez y desde los montes, contemplaban la evolución del ejército, su cerco a los arrabales y a Fernando caminando arriba y abajo. Llenos de rabia y confiados en sus fuerzas salieron al par de Vélez y de las montañas para atacar al rey. El monarca estaba armado con una coraza y portaba únicamente una espada. Al ver a sus hombres comprometidos arremetió contra los moros. Es la única vez que Fernando en persona empuña la espada para defenderse. Muchos cristianos retrocedían al empuje de los moros que bajaban matando con una fuerza tremenda. Sus ojos incrédulos contemplaron al rey mal armado arremetiendo contra los moros.

Este enfrentamiento se supo en todo el ejército. Todos, desde el marqués de Cádiz, el conde de Cabra, el adelantado, todos salieron a auxiliar a Fernando. Los moros atacaron con mucha bravura, tanta que pusieron en serios apuros a Fernando. Le llegaron a matar a un palafrenero y el rey ensartó con su lanza al moro agresor.

Una vez recobrado el cerro se colocaron las tropas tal y como Fernando lo ordenó en el primer momento. A la mañana siguiente se comenzaron a atacar los arrabales. De una parte y de otra se luchaba sin desmayo, sin miramiento, sin descanso. Nadie pensaba más que en matar. Seis horas duró la pelea sin conseguir doblegar a los moros. Al fin las fuerzas combinadas del duque de Nájera y el conde de Benavente conquistaron los arrabales de Vélez y metieron a los moros en la ciudad. Fernando

era maestro en los asedios y esta vez tenía las fuerzas intactas. En el arrabal quedaron ochocientos cadáveres de moros.

Era imprescindible que los caminos desde Córdoba hasta Vélez fueran seguros para que los aprovisionamientos pudieran llegar sin peligro. Era tarea de Isabel conseguir miles de mulas de carga que hicieran el camino desde Córdoba para aportar al ejército todo lo imprescindible para realizar bien su misión. En cada trecho de camino se crearon destacamentos militares de defensa de estos arrieros. Estaban demasiado cerca los castillos de la Axarquía, especialmente Comares, desde los que fácilmente podrían salir moros atacantes de los expedicionarios castellanos. Las montañas son tan escarpadas que los moros podrían salir, atacar y volver a sus bases. Lo sabían por la amarga experiencia del desastre que sufrieron aquí y había que evitarlo.

En la toma de Vélez Málaga y de Málaga, con el diseño internacional y marítimo que antes hemos apuntado, era necesaria la ayuda de la Marina que ya estaba desplegada en las costas.

Mientras, Granada, ¡los líos de los reyes de Granada!

Cuando los cristianos asediaron Vélez Málaga había en Granada dos reyes. Uno, El Zagal, residía y reinaba en la Alhambra y y otro, Boabdil que andaba recluido en su palacio del Albaycín. El Zagal era más malagueño, más duro y más preparado a la defensa. Boabdil…, ya se sabe cuál era su perfil humano.

En octubre de 1486 el rey Chico había tomado el Albaycín y la sangre de sus oponentes se había derramado por las cuestas empinadas del precioso barrio. Ahora los nobles granadinos encomendaron a El Zagal que defendiera Vélez o al menos lo intentara.

Continuamente llegaban correos a Granada anunciando la difícil situación de los veleños. Los mejores guerreros musulmanes, aquellos que habían derrotado a los cristianos en la Axarquía, estaban reunidos en el castillo de Comares esperando consignas, un liderazgo para atacar. Estos mensajes llenaban de pena a los granadinos que no podían contemplar mano sobre mano el desenlace de la campaña. El Zagal sabía que si Vélez sucumbía Málaga tendría que rendirse. Y si dejaba Granada para ayudar a los veleños quedaría la ciudad en poder de Boabdil.

Los viejos alfaquíes fueron a verle para pedirle una conciliación. El Zagal hizo a Boabdil esa propuesta y la respuesta del rey Chico fue intentar ensartarle con su cimitarra.

El Zagal era terco. Dejaba su espalda indefensa, sin embargo salió a atacar a los cristianos. Si los vencía vencería también a Boabdil. Salió de Granada.

Entretanto los montañeses de la Axarquía no paraban de hacer daño a los cristianos. Unas veces atacaban sus convoyes y otras se atrevían incluso a atacar el campamento.

Pronto apareció el ejército granadino por el Boquete de Zafarraya y descendió hacia Vélez con la intención de hacerse fuerte en el castillo de Bentomiz, cerca de Periana y del actual Puente de Don Manuel, pero ya los moros del castillo se habían entregado a los castellanos. Un contratiempo serio para los granadinos.

El Zagal destacó una gran fuerza al mando de Reduán Venegas para atacar al gran convoy que transportaba los cañones y que estaba pasando por los desfiladeros. Pero Fernando era previsor y había enviado refuerzos para defender sus cañones. El Zagal, apenas vio salir las tropas mandó llamar a Reduán Venegas.

En vista de esto decidió poner en práctica una estratagema audaz y peligrosa. En sus ejércitos había un antiguo cristiano convertido a la religión musulmana. Un tornadizo que dicen las crónicas. Le enviaría a Vélez con una carta y una contraseña para urdir una audaz maniobra. Una noche atacarían a los cristianos desde los dos frentes. Los de Vélez saldrán del cerco, los del Zagal desde las montañas intentarían tomarles por la espalda, entre dos fuegos. Los de Comares, Bentomiz, Cómpeta, los de los campos, todos. La contraseña será encender una hoguera.

El Zagal cuando se hizo de noche apuntó con su mano hacia abajo y manifestó a todos sus proyectos y su deseo. Sus hombres le aclamaron esperando la señal. El tornadizo se vistió de cristiano e intentó entrar en Vélez. Hablaba castellano y pasaría inadvertido entre los ejércitos que sitiaban la ciudad y entregaría el mensaje con la contraseña.

Pero los centinelas de Fernando apresaron al renegado y consiguieron interceptar sus cartas que no llegaron a manos de los cercados veleños y advirtieron oportunamente a los ejércitos cristianos.

El tornadizo fue ahorcado y Fernando se aprovechó de la estratagema de su enemigo. Se quedó esperando el movimiento que había anunciado en su mensaje el Zagal. Efectivamente, a la hora señalada los moros bajaron del monte por una ladera esperando la señal y la salida de los cercados. La sorpresa que se llevaron fue mayúscula. Desde abajo recibieron un feroz ataque de la caballería y la artillería ligera cristiana. La avanzadilla mora no se esperaba ese recibimiento y emprendió la huida montaña arriba en cuya cima estaba el grueso del ejército del Zagal, en buen lugar para atacar pero la avanzadilla mora huía hacia arriba.

El marqués atacó y los moros al verse sorprendidos tiraron sus armas y retrocedieron, lo que provocó que el ejército del Zagal saliera huyendo hacia Granada. El pánico les había vencido. El ejército moro estaba desperdigado por las montañas.

Un nuevo fracaso. Una nueva decepción. Los nobles granadinos dieron un nuevo vuelco al mando de sus reyes.

La vuelta del Zagal fue deprimente. Pernoctó en Almuñécar y siguió hacia Granada pero las gentes de los pueblos al verle gritaban ¡Viva Boabdil! En Alhendín

le esperaron algunos amigos que le aconsejaron no entrar en Granada.

Al Zagal los cristianos lo enviaron a reinar a Baza, Guadix y la Alpujarra, apoyado por los Venegas y los Alnayares. Boabdil es de nuevo rey de Granada.

Volvamos a Vélez. Los de Vélez estaban bastante confiados en sus muros y en sus defensas. La artillería pesada de los cristianos venía todavía de camino por hoyas y barrancos. Los moros estimaban imposible que esas tremendas y pesadísimas piezas de artillería consiguieran llegar hasta las murallas de su fortaleza. Pero diez días después vieron asomar por los puertos la gran artillería castellana. Todos aquellos caminos imposibles se veían ahora llenos de carretas de bueyes cargadas de lombardas, robadoquines, pólvora y municiones. Su asombro fue enorme. El ejército cristiano había hecho una gesta difícil de imaginar.

Los moros, desalentados y desmayados, entregaron la ciudad y la fortaleza de Vélez a Fernando, que les permitió marcharse con sus cosas, unos a Granada, otros pudieron quedarse y vivir como mudéjares en Castilla y otros decidieron embarcarse y pasar el mar. Desde luego Vélez quedó vacía de moros. Como Ronda, como Marbella, como todas las ciudades conquistadas, Vélez también, durante unos días permaneció silenciosa, vacía, sola.

Fernando repobló la ciudad y la convirtió en un baluarte castellano. Para ello mandó que la mezquita mayor se consagrara como iglesia bajo la advocación de Santa María de la Encarnación. También ordenó que se entronizara la Cruz. Era día tres de mayo de 1487, día de la Cruz. Luego fortaleció muros, preparó una guarnición adecuada, repobló de castellanos el pueblo y pensó en la comarca.

Tras Vélez se entregaron los castillos y pueblos de su comarca: Nerja, Torrox, Abentomiz, Canillas… Y por supuesto que se libertaron los cristianos cautivos de Vélez. Nada menos que ciento ocho hombres y mujeres que estaban atados con cadenas en las mazmorras del castillo veleño. Como hizo Fernando en Ronda, envió los cautivos ya libres para que fuera Isabel la que les recibiera, les diera la libertad y algo de dinero para rehacer sus vidas.

Ahora tocaba el turno a Málaga. Málaga era una maravilla de ciudad. Su belleza, su riqueza, sus baluartes la hacían digna rival de Granada. Sus dos grandes castillos, la Alcazaba y Gibralfaro estaban enlazados por subterráneos y por murallas que servían de defensa de la ciudad y de faro para los navegantes.

La ciudad estaba rodeada por una formidable muralla salpicada de torreones, entre los cuales sobresalían los seis que cercaban el barrio de los Genoveses. Las olas llegaban hasta las atarazanas, también defendidas por formidables torres.

En Málaga existían dos grandes barrios. Uno, cercano al mar, estaba habitado por los más ricos, en residencias con jardines colgantes. El otro, más hacia tierra adentro, estaba más densamente poblado por gentes de menos nivel económico. Este barrio estaba rodeado por murallas y torreones.

Todo el campo estaba repleto de casas fuertes que servían de defensa a los campesinos y lugar de placer de los hombres ricos de la ciudad. En las inmediaciones de las murallas había árboles frutales, bosques y sembrados de hortalizas.

El clima siempre primaveral y las riquezas obtenidas con su comercio, inclinaban a los malagueños a la paz.

¿Habéis visto qué bonita? Mirad cómo bate el mar en las puertas de las atarazanas. ¿Dónde está el precioso, imponente castillo de los Genoveses, las torres, las murallas? Bajo el aparcamiento de la Plaza de la Marina hay escondida mucha historia de nuestra Málaga. ¿Dónde la Torre Gorda, albarrana, alta, muy ancha que sale de la muralla como un espolón que apunta hacia el mar?

Su rey, el Zagal, estaba confinado en la Alpujarra almeriense. Pero una ciudad grande, con buenas murallas y torreones, era el lugar idóneo para servir de refugio a los últimos fanáticos del reino de Granada. Sus capitanes y líderes eran hombres de gran fuerza.

Hamet el Zegrí, vencido en Lopera, en Loja y en Ronda por los castellanos, se había encerrado en Gibralfaro con quince mil negros africanos. No le había sido difícil rehacer su división de Gomeres con tropas de refresco procedentes de África. Una guarnición enorme.

Además había una muchedumbre de renegados y proscritos huidos de Castilla.

La Inquisición había comenzado a actuar en Sevilla quemando herejes, que buscaron refugio en Málaga, todavía musulmana. Estos no querían el más mínimo trato con los cristianos. Luego veremos qué se hizo de ellos.

Se puede decir que los Gomeres, los conversos y los renegados se habían adueñado de Málaga en contra del parecer de los comerciantes y el pueblo llano. Éstos no deseaban verse envueltos en una guerra de ese calibre y hubieran preferido una honrosa entrega.

Los africanos y otra parte del pueblo, los más fanáticos, preferían morir peleando y esperando auxilios desde la otra orilla del Mediterráneo. En el fondo los malagueños sabían que mientras mandara el Zegrí iban a luchar hasta la muerte porque ese era el deseo de este hombre.

Cuando llegaron a Málaga las noticias del cerco y caída de Vélez se organizó un buen lío. Hamet, sus Gomeres y los renegados iban a luchar hasta morir. Si no la más numerosa, sí eran la facción con más poder de la ciudad. Por otra parte los comerciantes y el pueblo sencillo tenían otro líder llamado Alí Dordux, un comerciante emparentado con la casa real de Granada. Este hombre era querido y respetado por todos los malagueños por ser muy rico, bastante cordial y cercano al pueblo. Cargaba continuamente naves con productos industriales y de agricultura que vendía en todos los puertos del Mediterráneo. Tenía crédito ilimitado en los grandes centros comerciales de Italia y Oriente. Siempre estaba dispuesto a ayudar, colaborar,

socorrer al necesitado.

Alí Dordux se puso al frente de los comerciantes y trató de enfrentarse al momento con su mentalidad práctica y negociadora.

Fernando no había perdido el tiempo. Inició sus intentos de negociar y evitar una guerra. Estando en el cerco de Vélez se habían hecho los primeros contactos. Juan de Robles, corregidor de Jerez, había sido hecho prisionero en la Axarquía por Aben Comixa, el alcaide de Málaga, que por cierto ya había recibido la visita de Alí Dordux. Aben Comixa, convencido por los comerciantes malagueños y por los castellanos, comprendió cuáles eran los signos de los tiempos y dejó en Málaga a su hermano como alcaide interino mientras iba a Vélez a negociar las condiciones de la rendición. Fernando era en estos casos muy generoso. Tenía claro que mejor era una mala negociación que una buena victoria militar. Así que negoció con gran magnanimidad. Llegó a ofrecer que, después de la rendición, daría títulos de nobleza castellana a Aben Comixa, dinero y qué sé yo cuántas cosas más. Las negociaciones fueron largas y de ellas esperaba Fernando una rápida rendición de Málaga pero el tiempo le diría que no iba a resultar tan fácil esta conquista porque el Zegrí lo impidió. Cuando recibió en Gibralfaro a los comerciantes encabezados por Dordux les lanzó una filípica, cortó la cabeza al hermano de Aben Comixa, se hizo con todo el poder en la ciudad y unificó en sus manos el mando de Alcazaba y Gibralfaro.

Este intento de sedición fortalece aún más a los partidarios del Zegrí que hacen acopio de municiones y movilizan a los campesinos para convertirlos en soldados reservistas.

Segundo intento. Entre los moros que estaban en Vélez en el momento de la conquista había un notable malagueño llamado Mohamed Mequer. El hombre tenía su casa, su mujer y sus hijos en Málaga y debió ir a Vélez a hacer algún asunto importante, encontrándose con el asedio y se vio él mismo asediado.

En Vélez, ¡qué pequeño es el mundo! un criado del marqués de Cádiz llamado Juan Díaz, vio a Mohamed Mequer y le reconoció. Resulta que, efectivamente, se conocían de otras batallas, otros cautiverios a la inversa y Juan Díaz estaba bastante agradecido a Mequer porque le había ayudado en momentos difíciles.

Los hombres del marqués estaban bien aleccionados en menesteres de inteligencia. Juan Díaz se dio cuenta de que quizá pudiera utilizar al moro en la conquista de Málaga como quinta columna. Se lo comunicó al marqués que intentó aleccionarlo, prometerle lo más grande, ponerlo de su parte, servirse de él como mensajero para facilitar una conquista sin guerra y una entrega sin disparar una lombarda.

Fernando dio al marqués carta blanca y disponibilidad económica para conseguir su objetivo. Y todo dispuesto armaron caballero a Mohamed Mequer, le dieron caballo, corazas castellanas, lanza y adarga. Acompañado por otro moro socio suyo y

por Juan Díaz, que el hombre a causa de su anterior peripecia parloteaba como podía la algarabía, salieron para Málaga con la misión de intentar su entrega por las buenas. Los colmaron de promesas de alcarrias y cortijos, doblas de oro y dignidades si conseguían sus objetivos. Llevaban una carta de Fernando para el Zegrí ofreciéndole la villa de Coín y una cantidad de doblas si entregaba la ciudad. A sus lugartenientes Ibrahim Zenete y Hasan de la Cruz le prometían dos alquerías, a elegir, para sus Gomeres también había promesas. Nadie se iba a ir de vacío.

El Zegrí les recibió en el castillo, habló con Juan Díaz cordialmente ponderando cuánto apreciaba al marqués de Cádiz y le recordó algunos lances de Loja pero cuando apareció en la conversación la palabra entrega sacó a relucir su orgullo y con altanería les contestó que en absoluto aceptaba la rendición.

Salieron los mensajeros castellanos e inmediatamente se cerraron todas las puertas de la ciudad y se iniciaron los preparativos para su defensa. Entendió Fernando que el pueblo llano quería entregarse pero sus mandos no estaban por la labor.

Se hacía necesario mover el real desde Vélez hasta Málaga e iniciar el asalto de la ciudad.

Fernando tenía claro que cualquier negociación no debía interrumpir sus planes de conquista. No perdió demasiado tiempo con Mohamed Mequer y el alcaide Aben Comixa. Levantó el real de Vélez, embarcó la artillería en sus galeras para que las llevasen hasta Málaga y él se dirigió a Bezmiliana en cuyo castillo hizo noche.

Desde Bezmiliana hizo un tercer y último intento por convencer al Zegrí.

Fernando envió a su mejor hombre, Hernando del Pulgar, para dialogar con el caudillo de los malagueños. Hernando consiguió entrar en la ciudad, atravesar las turbas de gentes que le insultaban y entrevistarse con el Zegrí.

A Pulgar le costó trabajo volver a su real. El Zegrí le recibió pero con desprecio y riéndose de sus amenazas le mostró las defensas de Málaga, su ejército, su artillería, sus vituallas y le dijo que todo aquello se había preparado para luchar y morir, no para entregarse. A todo esto el pueblo quería matar al mensajero de Fernando. Entre el Zegrí y algunos alfaquíes le protegieron, le sacaron de las murallas y le pusieron en el camino de encontrarse con su ejército. Nada más recibir a Hernando mandó el rey que el ejército y la escuadra se pusiera en marcha camino de Málaga.

Los moros estaban esperando este asedio y también tenían sus planes. Habían analizado la situación. Los enemigos no podrían pasar por la playa. Eso les iba a exponer al fuego desde las murallas. Los cristianos, al llegar a la Caleta, rodearían por el Cerro de San Cristóbal e irían a aposentarse donde hoy está Capuchinos y la Victoria. Es imposible conquistar Málaga sin dominar el Castillo de Gibralfaro.

El Zegrí mandó defender el Cerro con tres divisiones. Destruyó los arrabales y colocó a sus hombres entre el Cerro, Gibralfaro y el mar. Estaba en lo cierto. Basta

con conocer Málaga un poco para ver la importancia estratégica de este Cerro. Los cristianos tomaron una primera decisión. Atacar y conquistar el Cerro de San Cristóbal.

La vanguardia cristiana tomó la iniciativa del cerco y la delantera al grueso del ejército. Estaba mandada por el maestre de Santiago que enseguida vio la maniobra del Zegrí y mandó una compañía de gallegos a atacarles en la ladera del cerro. El maestre se quedó en la Caleta y otros hombres se dirigieron a conquistar la cima del Cerro de San Cristóbal.

El ataque castellano fue feroz y más feroz aún la defensa mora. Al envite de los africanos del Zegrí los cristianos tuvieron que retirarse cuesta abajo, más corriendo que andando. Menos mal que recibieron refuerzos para evitar una desbandada.

De nuevo volvieron a pelear en la cima del Cerro y en las laderas. La lucha fue terrible, encarnizada, cuerpo a cuerpo. El resto del ejército vio la batalla de su vanguardia, los escuchó incluso durante seis largas y terribles horas. Cada paso que ganaban los castellanos les costaba sangre. Los moros morían matando. No pensaban en defenderse sino en matar. Las flechas y las piedras volaban por todas partes. El estampido de los arcabuces y las espingardas se escuchaba en Málaga y en el lugar donde estaba el grueso del ejército cristiano. Pero eran las gumías y los puñales los que más daño hacían a los dos bandos.

Al fin una nueva oleada de hombres de a pie tomó la cumbre del Cerro y doblegó a los moros que tuvieron que encerrarse en Gibralfaro. Cuando caía la noche el grueso del ejército cristiano llegó hasta los altos de lo que hoy es la Victoria. Las naves se presentaron ante las murallas por el mar. El crepúsculo daba luz para el avance cristiano y el cerco que poco a poco se iba cerrando. Cuando se hizo completamente de noche el ejército castellano no pudo descansar porque temía lo peor. Estuvieron en vela, más alerta e inquietos que nunca. Había sido un día durísimo.

A las claras del día siguiente comenzó a formalizarse el cerco propiamente dicho. Dos mil quinientos jinetes y catorce mil hombres de a pie tomaron posiciones en los cerros cercanos a Gibralfaro. El rey se colocó por donde hoy está la Victoria. Y el resto del ejército se ponía en marcha. Compañías enteras relevaban a los centinelas que habían velado en aquella noche tan larga. Se colocaron las tiendas, se buscaron pozos y fuentes para tener asegurada el agua, se cavaron zulos donde esconder y preservar la pólvora, se descargaron las piezas de artillería de carretas, barcos y mulos. La actividad era febril. Se construyeron empalizadas, muros y fosos, se almacenaron alimentos y se hizo efectivo un cerco durísimo que iba a durar mucho tiempo.

Las cinco mejores lombardas, al mando de Francisco Ramírez de Madrid, fueron sacadas de los barcos en que habían hecho el viaje desde Vélez y se establecieron en

el Cerro de San Cristóbal, frente a Gibralfaro. El marqués de Cádiz puso sus tropas debajo de Gibralfaro, a la orilla del mar, en la Caleta, el lugar más difícil y arriesgado por su proximidad a Gibralfaro. Se extendía hacia el mar por la ladera de Monte Sancha hasta el Cerro de San Cristóbal. Los duques de Medina Sidonia y de Alburquerque se colocaron frente a la Puerta de Granada, donde hoy está la plaza de la Merced. El conde de Cifuentes con una división se estableció donde está la actual ermita del Calvario. El conde de Feria y el duque de Nájera con dos divisiones posicionaron sus tropas en lo que hoy es la Victoria. Los hombres del conde de Benavente y de Alonso Fernández de Córdoba se aposentaron en el Guadalmedina. En el Arroyo de los Ángeles y en el actual convento de la Trinidad se situó Don Fadrique de Toledo. Don Diego Hurtado de Mendoza tomó la Zamarrilla. Por el actual convento de Santo Domingo se situaron los caballeros de Santiago y Alcántara. Los de Calatrava llegaron hasta el mar. El cerco se había completado.

Málaga también por mar estaba cercada por la armada castellana. Era completamente necesario. Naves de Fez, de Túnez y de Trípoli habrían aprovechado cualquier oportunidad para traer a Málaga armas, soldados y abastecimiento. Por mar llegó también mucha artillería y ayuda de otros reyes cristianos. El heredero de la corona de Austria envió dos galeras cargadas de piezas de artillería que desembarcaron para colaborar en el cerco.

Gran cantidad de galeras, naos y carabelas se arremolinaban por la bahía disparando de vez en cuando su artillería para amedrentar a los sitiados y evitar que les entraran provisiones y auxilios externos.

Una multitud de obreros se aplicó al trabajo. Herreros, fundidores, picapedreros, aserradores, carpinteros, albañiles se ocupaban de servir a todo el ejército y en especial a las piezas de artillería. Otros guardaban la pólvora o servían las carretas. La tierra y el mar hervían en un trasiego de hombres, caballos, artillería y barcos de guerra que buscaban la rendición de la perla del Mediterráneo.

Establecido el cerco Fernando envió al Zegrí su ultimátum. Les daba unos días para rendirse. De lo contrario las pagarían. Saldrían cautivos de Málaga. Y Fernando cumplía sus amenazas. Pero ni el Zegrí ni Ibrahim Zenete estaban dispuestos a capitular.

A la vista de esta negativa Fernando mandó colocar la artillería ligera e ir disparando robadoquines y disparos medianos. Era Málaga tan bonita que por nada del mundo Fernando quería hacer daño a la ciudad.

Los moros no estaban quietos. Ellos también tenían lombardas y artilleros para dispararlas desde las murallas y evitar que los castellanos trabajaran en las trincheras.

Desde la Puerta de Granada salía un muro de defensa que pasaba por la actual plaza de la Merced, el Molinillo, la Goleta y llegaba hasta Puerta Nueva. Era un segundo muro, detrás del cual, en época de paz se guardaban los ganados. En este

momento pasaron a usarlo como elemento de defensa. En los primeros días del cerco se convocaban allí los comandos del Zegrí para atacar a los cristianos.

El conde de Cifuentes recibe el encargo del rey de evitar esas salidas. Y nada mejor que apoderarse de una de las torres. Prepara concienzudamente las *Siete Hermanas Jimenas*, las mejores lombardas del ejército y hace que disparen a un trozo de la muralla para derribarla y aislar la torre que se pretendía tomar.

La torre se quedó sin almenas y la metralla barría toda la plataforma. Entonces los hombres del conde provistos de escalas iniciaron la subida a la torre. Acudieron a la defensa muchos moros de la ciudad que se metieron dentro y destruyeron las escalas que pretendían tender el conde y los suyos. Y defendían tan bravamente la posición que los hombres del conde debieron retirarse.

El rey tuvo noticias del fracaso de aquella intentona y al día siguiente mandó que el comendador de Calatrava y el duque de Nájera trataran de conquistar nuevamente el torreón. Y lucharon palmo a palmo entre las ruinas y los peñascos con una ferocidad terrible. Ya entrada la noche los cristianos consiguieron que sus banderas tremolaran en lo alto de los adarves.

A la mañana siguiente los cristianos estaban dentro de la torre. Entonces los hombres del Zegrí apuntaron a ella sus lombardas, derribaron las almenas que daban al arrabal y comenzaron a ametrallarles. Los cristianos descendieron para refugiarse en la bóveda. Nada más entrar en la bóveda escucharon un tremendo estampido. Todo saltó por los aires. Piedras, armas y cadáveres estaban tirados en medio de un terrible desorden y conmoción. Cuando la gran nube de humo se fue disipando los cristianos supervivientes pudieron ver que los moros habían hecho saltar la pólvora que tenían almacenada.

Los moros continuaban atacando a los cristianos que aturdidos, llenos de sangre y pólvora siguieron defendiendo con enorme valor aunque sin fuerzas aquél montón de cascotes y ruinas.

Muy pronto vinieron más compañías cristianas que continuaron la lucha. Provistos de escalas saltaron el muro y penetraron en el arrabal. Allí continuaron luchando hasta que los moros debieron dejar en manos cristianas el arrabal y encerrarse dentro de Málaga.

Al mismo tiempo, en la Zamarrilla, Don Diego Hurtado de Luna rompía el muro del arrabal y penetraba en él. Algunos de los hombres de Don Diego se perdieron en sus calles y recibieron lo que no esperaban. Desde azoteas, torres y minaretes les atacaron y casi acaban con ellos. Sólo algunos consiguieron volver a reunirse con su capitán.

Y esto era todos los días. Los cristianos atacaban a los sitiados y los moros salían de la ciudad y del arrabal para atacar a los sitiadores. Luego, a lanzadas y con disparos de arcabuz eran repelidos de nuevo al interior de Málaga. A todo esto,

alguna que otra vez, naves pequeñas musulmanas, en la oscuridad de las noches, conseguían llevar algunos auxilios a los sitiados.

Los cristianos comenzaron a cansarse de un sitio tan duro y tan cruento. Estaban sufriendo muchas penalidades y dejando en las calles a muchos soldados muertos. Comenzaron a dudar del éxito de aquella empresa.

Un día comienza a extenderse una noticia que aterroriza a los sitiadores: la epidemia de peste que años anteriores había padecido casi todo el sur de España estaba azotando los pueblos cercanos a Málaga.

Entre los soldados cunde el desánimo. Si ya costaba resistir a los moros, la posibilidad de caer enfermos de peste causaba verdaderos estragos.

Un rumor se va extendiendo por el campamento. Fernando, por indicación de la reina, va a levantar el cerco y volver a sus cuarteles de Córdoba. Al conocer esto algunos hombres desertaron. Otros se pasaron a Málaga esperando que el Zegrí les recompensaría su información. Otros plantean a sus capitanes la conveniencia de volver. ¿Qué hacen en Málaga? ¿Esperar la peste y la muerte?

Los moros iban tomando nuevos bríos. Quizá conocían los miedos y las dudas de los cristianos. Los rumores estaban dañando la moral y las fuerzas de los cristianos. Era claro que había que tomar decisiones tajantes. O Fernando decidía levantar el cerco y volver a Córdoba o daba un golpe de efecto que levantara la moral de sus tropas. Decidió esto último.

Fernando pide a Isabel que se incorpore al cerco. Al fin ella era la reina de Castilla. Ninguna otra persona hubiera podido dar fuerzas a los que estaban desfallecidos. Ninguna otra persona podría demostrar con su sola presencia la determinación de los Reyes Católicos de tomar Málaga a costa de cualquier sacrificio. Isabel acude a la llamada de su esposo. La llegada de la reina al real de Málaga fue algo emocionante. Todos los hombres importantes salieron a recibirla. El sonido de los clarines se mezclaba con el redoble de los atabales y los aplausos de los soldados. Venía rodeada de sus damas de honor, sus pajes, sus escuderos. Le acompaña también su confesor, un menudo fraile jerónimo descendiente de judíos, cultísimo, llamado fray Hernando de Talavera. Era obispo de Ávila y luego fue primer arzobispo de la Granada conquistada.

Con la llegada de la reina todo cambia en el cerco. Con ella vienen el duque de Medina Sidonia con hombres de refresco y con veinte mil doblas de oro que habían reunido y que ponen a disposición de los reyes. Los aragoneses y los catalanes enviaron al conde de Concentaina con una nave de combate. El marqués de Denia viene con otra nave y cuatrocientos hombres, se reciben municiones de Sicilia, Portugal y Algeciras. El real castellano ya parece otro. El rey manda ir aproximando las trincheras a la ciudad para estrechar lo más posible el cerco.

El Zegrí no cedía ni un palmo. Animaba a todos dándoles seguridad de victoria.

Luego armó a toda la población civil para que ayudase en la defensa a sus Gomeres. Estaba convencido de que las lluvias iban a hacer imposible la vida a los castellanos. Los sitiados no daban muestras de desfallecer. Más bien al revés, deciden atacar. Porque sabían que el tiempo jugaba en su contra y un sitio prolongado debilitaba sus reservas de alimentos, armas y municiones. Cada día que pasara iban a ser más débiles. Sólo si entablaban batalla prontamente tendrían algunas posibilidades de éxito. Por eso habían de ser rígidos y evitar sediciones. El Zegrí prohibió pronunciar la palabra rendición o sometimiento o diálogo con los castellanos. Y algunos comerciantes que intentaron levantar la voz fueron llevados a la plaza y acuchillados en público por los Gomeres. Los malagueños de a pie estaban entre la espada del Zegrí y las balas de los castellanos.

Por parte cristiana el asedio debía continuar. Un cerco que deparaba continuamente hechos curiosos, como vamos a contar. Un farol del marqués de Cádiz ante Isabel que a poco no cuesta un disgusto.

El marqués de Cádiz era el número uno de los generales castellanos. Valiente y también galante había decidido organizar una fiesta en honor de la reina que tenía ganas de pasar revista y conocer a sus hombres y sobre todo quería ver Málaga desde el incomparable balcón de Monte Sancha.

Una de esas preciosas tardes malagueñas, en un lugar cercano a Gibralfaro el marqués preparó todo para hacer una fiesta y una merienda en honor de Isabel, que vino encantada con su corte. Quería el marqués que la reina estuviera bien y pudiera contemplar Málaga, el mar y las tropas castellanas que rodeaban la ciudad. El marqués preparó una tienda adornada con preciosos tapices y esperó a la soberana.

Isabel quedó maravillada. Miraba al mar infinito que se perdía en los acantilados del Peñón del Cuervo, hacia Almería. Hacia Gibraltar la bahía reflejaba el sol de la tarde. En Málaga podía ver el real y los asentamientos de sus ejércitos rodeando la ciudad. En todas partes brillaban las armas castellanas y se intuía en la lejanía el trasiego de los ejércitos. Entre las baterías cristianas pudo contemplar los sacos de harina que habían colocado bien visibles para que los sitiados sintieran que había abundancia en el real mientras ellos sufrían escasez de alimentos.

En la Málaga mora Isabel veía sus callejas, sus mezquitas, sus huertos repletos de palmeras y otras plantas bellísimas.

En el mar contemplaba las galeras, naves más pequeñas que desplegaban sus velas y hacían moverse acompasados sus remos.

De vez en cuando escuchaba el estampido de las lombardas y veía las humaredas que desprendían las murallas al romperse por los cañonazos cristianos.

Después de hacer que la reina contemplara el maravilloso espectáculo mandó que se sirviera un refrigerio para Isabel y todo su acompañamiento. Luego el marqués ordenó que disparara la artillería. Quería que Isabel comprobara la actuación de las

lombardas y los estragos que ocasionaban en el enemigo. Ya se sabe que un estampido a tiempo solía generar admiración en las señoras.

Decía que dispararon las lombardas para hacer algo de daño a los moros. Pero enfrente estaba el Zegrí, un moro valiente, astuto y también bastante galante. ¿Qué se le ocurrió hacer? Esto no iba a quedar así como así. El Zegrí no disparó ninguna pieza hacia donde estaba Isabel con sus dueñas. Un moro es ante todo un caballero y no iba a disparar hacia donde estaban las señoras. Pero dio al marqués su medicina. Les veía a lo lejos presumiendo ante la reina. Iban a ver. Mandó que en lo alto de la Torre del Homenaje del Castillo de Gibralfaro ondeara el estandarte del marqués de Cádiz, el que le había arrebatado en el desastre de la Axarquía. A sus Gomeres los vistió con los cascos y corazas cristianos requisados entonces y los asomó a las almenas, en lugar bien visible.

Al ver su estandarte en manos enemigas ante Isabel deseó que lo tragara la tierra. Esto humilló al marqués profundamente. La fiesta terminó rápidamente. Isabel, sus dueñas y su corte dejaron la tienda del marqués y se encaminaron al real.

Pues el marqués, bastante irritado, nada más despedir a Isabel, comenzó a mover sus lombardas de un lado para otro, a dispararlas, a hacer algún portillo en las murallas, no demasiada cosa, a trasegar piezas y soldados con más cabreo y cansancio para los suyos que efectividad. Así, cabreado y trajinando a sus hombres de un sitio para otro estuvo dos días. Al caer la noche del segundo día los suyos estaban muy cansados después de dos días sin parar quietos. Cayeron rendidos de cansancio.

El Zegrí vio que era un buen momento para continuar recetando su escarmiento al de Cádiz e inició el segundo acto de su venganza. Mandó que mil hombres mandados por su lugarteniente Ibrahim Zenete salieran en descubierta y los hombres del marqués tomados por sorpresa comenzaron a huir de aquella avalancha que se les venía ladera abajo. Apoco no acaban con el marqués que tuvo que salir a luchar él en persona y gritar a los suyos que volvieran a la pelea.

Ibrahim Zenete luchaba con armas largas y cortas, puñales, gumías y espadas. Tenía la obsesión de arrebatar otra vez al marqués su estandarte. ¡Anda que si lo consigue!

Los cansados defensores volvieron de nuevo al combate y gracias a los refuerzos que les llegaron, a los ánimos y la espada personal del marqués, vencieron a los moros que se metieron de nuevo en Gibralfaro. Mataron a cuatrocientos, así que la acometida laderas abajo fue nefasta para los atacantes. Murieron también treinta cristianos y cayó herido un hermano del marqués llamado Diego Ponce de León.

En esta batalla se distinguió Ortega de Prados, el espía y capitán de escaladores del marqués que vimos actuar en Alhama. El marqués se libró por los pelos.

Fernando a veces recibía consejos en el sentido de que había que atacar la ciudad con todas las fuerzas disponibles. Otros, entre ellos Isabel, aconsejaban ser sagaces,

dar golpes de mano que no entrañaran mucho peligro y esperar que el hambre diera el golpe de gracia a los sitiados. Adoptaron la segunda opción. Pero no era fácil. Hablemos de otra batalla debajo de las murallas.

Alguien tuvo la feliz idea de hacer cuatro túneles que partiendo de distintos lugares del real cristiano se adentraran en el interior de Málaga. El objetivo era que, una vez perforados los túneles, a una señal determinada saldrían los soldados cristianos que entrarían en la ciudad y atacarían para que todo aquello acabara de una vez.

La genial idea fue aceptada enseguida. Obreros provistos de pico y pala comenzaron a picar, sacar tierra, adentrarse en túneles oscuros que pasarían debajo de las murallas y conseguirían llegar bajo tierra a la Málaga mora. Así estuvieron bastantes días.

Pero las noches de Málaga invitaban e invitan a estar en la calle contemplando las estrellas y tomando el fresco. Y pasó lo que tenía que pasar. Algún moro espabilado de buen oído puso el idem contra el suelo y enseguida se entendió que se estaba moviendo la tierra bajo los pies de los malagueños.

Los golpes los escuchó también el Zegrí que como es natural se olió la estratagema y decidió explorar más ampliamente el asunto. Mandó a unos disfrazados de morabitos que pasaran al lado. Vieron a los del pico y se descubrió el pastel. De vuelta a Málaga tomaron las medidas apropiadas para que a los cristianos les saliera el asunto torcido. Otra cuadrilla de picadores, esta vez mora, se aplicó a hacer una zanja que cortara de raíz los túneles cristianos, evitando que consumaran su propósito.

Pica que te pica y al poco dan en un hueco, abren el agujero un poquito más y se topan cara a cara con los zapadores de Don Fadrique de Toledo. De inmediato se inició una pelea a muerte entre unos y otros. Soldados, picadores, zapadores moros y cristianos se enzarzaron en una lucha feroz, con todo lo que tenían a la mano. Sus armas eran los puñales, gumías, picos, palas, puños. Sólo que el campo de batalla era exiguo. Un túnel que se hundía, que atrapaba sus brazos y menguaba la fuerza a sus puñaladas. La pelea fue tremenda. Porque un campo de batalla debe ser abierto, con espacio para retiradas estratégicas que parezcan una vuelta para tomar aire. Aquí no tenían espacio ni para extender los brazos. La estratagema de los cristianos quedó en muchos muertos por ambas partes y nada más.

El hambre se iba apoderando de los sitiados. Los alimentos se terminaban. Pensaban en matar asnos, caballos o perros para alimentarse. Las luchas por adueñarse de lo poco que quedaba estaban en la mente de todos. Terminó con más mal que bien la batalla de los túneles pero la precaria situación de los malagueños se acrecentaba cada día.

De alguna manera cobra dimensión internacional el conflicto. Los intentos de

penetrar en el cerco por parte de fuerzas exteriores fueron varias. Por mar fueron escasos estos intentos dada la lejanía de cualquier puerto musulmán y la defensa que hacia la flota castellana. De todas maneras algo si que intentaron.

Cuando los cristianos estaban enfrascados en la construcción de los túneles de que antes hablé una pequeña escuadra de barcos tunecinos tuvo la valentía de atacar a algunas carabelas cristianas. Hicieron daño en los barcos castellanos, en los propios reales y costó muchas muertes vencerles.

Por tierra los intentos fueron más serios. Uno de ellos fue bastante peligroso.

En Málaga pensaban en el Zagal que ahora estaba confinado en Almería, Baza y Guadix. Quién sabe si podría organizar una expedición en auxilio de los sitiados malagueños. Y el Zagal no les iba a defraudar. Mandó a sus alfaquíes que predicaran por los campos de Guadix una cruzada para salvar a los malagueños. Al poco tiempo ya disponía de un mediano ejército de hombres de a pie y a caballo que emprendió el camino de Málaga.

Pocos días después de salir este ejército volvió a Guadix completamente destrozado. Boabdil les había atacado cuando y donde menos lo esperaban. El odio que se profesaban tío y sobrino era tan grande que el rey Chico prefería cualquier cosa antes de que triunfara su tío. Recibió de Fernando una palabra agradeciéndole los servicios prestados pero nada más. En el fondo despreció su comportamiento.

Decíamos que existieron intentos de penetrar en el cerco. El más serio para los castellanos partió de Guadix que era el foco del integrismo granadino.

Resulta que un moro de origen tunecino llamado Ibrahim al Guerví se había instalado como morabito en alguna cueva de las muchas que abundan por esta vieja ciudad.

El Guerví era un tipo con aspecto de iluminado, ropas sucias y mirada de loco de atar. No solamente recitaba suras por las cuevas sino que iba por las plazas lanzando sermones, angustiando a concurrentes, anunciando la inminente ruina de Málaga.

La gente de Guadix tenía a este hombre por santo y estaba muy asustada. Una noche rezaron más de la cuenta, vieron luces celestiales, escucharon músicas celestiales y olieron perfumes de huríes, preludio de una aparición del Profeta que les pidió dejaran la cueva y entregaran su vida por Málaga.

Al día siguiente se reunió el Guerví con un puñado de enfervorizados seguidores. Uno de ellos a quien los cristianos apodaban Moro Santo se erigió en su lugarteniente. Y reunieron cuatrocientos hombres, casi todos viejos Gomeres, que con más valor que medios emprendieron por veredas apartadas el camino de Málaga.

Una madrugada apareció por los lugares que defendía el marqués de Cádiz un puñado de moros que venían por la costa con intención de entrar en Málaga. Venían a pie y traían armas para ayudar a los sitiados. Dispersos para evitar ser sorprendidos, se acercaron a donde estaban las tropas castellanas. Los centinelas no debían estar

muy atentos porque los consiguieron descubrir pero ya tarde y tomaron prisioneros a la mitad de ellos. La otra mitad consiguió entrar en la ciudad.

El marqués salió a pasar revista a sus cautivos cuando uno de ellos, el Guerví, se adelantó y le dijo:

> *—Señor, llevadme a la presencia del rey. Yo le diré cómo podrá fácilmente tomar Málaga.*

El marqués no estaba muy por la labor de hacerle caso pero algunos de los suyos le animaron a presentarle ante Fernando. Al fin se convenció, le dieron al moro su chilaba y su alfanje y lo llevaron para la entrevista con el rey.

El Guerví era en realidad un kamikaze que venía con unas intenciones tremendas. Quería matar al rey, inmolar su vida y pasar a la historia como el salvador de Málaga. Le llevaron los adalides del marqués a las tiendas reales y le mantuvieron a la espera porque en esos momentos estaba el rey durmiendo la siesta. Isabel, como hace toda mujer decente cuando su marido está durmiendo la siesta, estaba apartada, sin hacer demasiado ruido y por supuesto se libró muy mucho de ir a ver al Guerví aunque tenía unas ganas tremendas de echárselo a la cara. Al moro le dejaron en la antesala donde pudo ver a Don Álvaro de Portugal entreteniendo la espera jugando una partidita de damas con la marquesa de Moya, amiga de la reina.

El Guerví no entendía muy bien el castellano ni era un cortesano, vio una pareja que se divertía y a quienes sus criados hacían reverencias y pensó que eran Fernando e Isabel. Entonces sacó el alfanje y la emprendió a sablazos con Don Álvaro y la marquesa.

Don Álvaro salió del lance con la cara partida y la cabeza para el arrastre. La marquesa se libró por los pelos o mejor dicho por las faldas, que con tanto ropaje como se usaba entonces el moro se perdió en telas y su alfanje no agarró carne. Entre un soldado asturiano y el adalid del marqués lo sacaron fuera y lo destrozaron a cuchilladas.

Isabel y Fernando al oír el alboroto salieron y se encontraron con el pastel. Hubieran preferido que el moro no muriera tan rápido para sacarle alguna información pero ya, a lo hecho pecho, mandaron que arrojaran sus pedazos por los postigos de la muralla para que los sitiados vieran cómo acababan los que mal querían a Fernando e Isabel. Los sitiados decidieron responder al envío con otro envío semejante. Sacaron de sus mazmorras a un gallego que habían tomado prisionero en el sitio de Vélez, le descuartizaron y devolvieron el regalo por otro postigo a las filas cristianas.

En Málaga hicieron al Guerví un funeral muy sentido en el que se destacó el lugarteniente del muerto en la expedición accitana. El Moro Santo agarró con una

mano una cimitarra y en la otra una bandera blanca y comenzó a agitar a las turbas.

La hazaña del Guerví inspiró leyendas incluso castellanas. Hay algún bajorrelieve en la catedral de Toledo que alude a la hazaña de este morabito fanático recriado en Guadix.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Los sitiados padecían cada vez más privaciones pero sus fuerzas permanecían intactas.

El real cristiano era un continuo trasiego. No paraban de hacer escalas, grúas y artilugios para mejorar sus sistemas de tomar las murallas. De vez en cuando se disparaba alguna bomba al interior para minar las fuerzas de los moros. Bastantes veces pensaban atacar la ciudad pero desechaban la idea. Sabían que en caso de ataque moriría mucha gente y conocían que el asunto no era fácil con una ciudad bien amurallada y con soldados en el interior dispuestos a todo. El penúltimo intento es de Francisco Ramírez de Madrid y fue una batalla sobre el puente del Guadalmedina.

Francisco Ramírez era el general de la artillería castellana. Y recibió orden de destruir dos torres que eran claves en la defensa de Málaga. Existía un puente sobre el Guadalmedina con cuatro arcos muy antiguos y en la parte más cercana a Málaga tenía dos grandes torres de piedra que eran una maravilla arquitectónica.

El general castellano colocó las lombardas para cumplir la orden de Fernando. Y comenzó a disparar cañonazos para barrer el puente y las torres. Pero eran duras de pelar. Las balas de hierro rebotaban en las torres de granito y argamasa. Y los moros respondían a los ataques cristianos con una furia terrible. A duras penas consiguieron volar una torre pero los moros se metieron en otra y contestaron al fuego cristiano. Al fin, entre balas, muertes y sudores consiguieron los castellanos hacer una barricada en medio del puente para poder contestar con alguna solvencia al fuego enemigo.

La lucha se generalizó. Desde debajo de cualquier piedra se disparaba en uno y otro sentido. Murieron muchos hombres moros y cristianos. El propio Francisco Ramírez recibió una herida en la cabeza. A pesar de ello se rehizo y continuó hasta conquistar la otra torre y colocar en ella el estandarte de Santiago.

Fernando acudió al lugar de la lucha, alabó a Francisco Ramírez y allí mismo le armó caballero y le colmó de distinciones.

Otra se organizó en los torreones que defendían la Puerta de Granada. Los ganaron los cristianos después de feroces batallas pero tuvieron que abandonarlos porque los moros les atacaban con fuego cruzado. Luego los volvieron a atacar. Se entabló una lucha sin trincheras, cuerpo a cuerpo en la que cayeron muchos malagueños. También murieron muchos cristianos. El final fue un desastre. Ni los cristianos consiguieron ocupar los torreones ni los moros pudieron retomarlos. La pelea fue tan feroz que se había destruido todo. Los torreones ya no existían.

Pensaron atacar el día de Santiago pero después de un consejo se decidió no hacerlo y esperar a que faltaran en Málaga las armas y los alimentos.

Los sitiadores estaban magníficamente abastecidos. Y los moros sabían que ahí estaba su debilidad. Hacía ya muchos meses que estaban sitiados, su alimento y municiones se acabaron y deseaban entablar combate. Su organización en cuanto a moral de tropa estaba dirigida por el moro fanático de Guadix, el Moro Santo, un alfaquí ultramontano que se dedicaba a arengar a los sitiados diciéndoles que Mahoma le había asegurado en sueños que vencerían. Y si alguno le replicaba que no tenían ya qué comer ni con qué disparar les asomaba a algún mirador, les enseñaba los sacos de harina que estaban amontonados en el lado castellano y les decía que en un par de días aquello iba a ser para los malagueños.

Pero la escasez y el hambre hacían estragos. Familias enteras salían de Málaga y se ofrecían como esclavos a los cristianos. Los Gomeres entraban en las casas para buscar víveres y lo arrasaban todo. El Zegrí les había colocado en una disyuntiva. O morir ante los cristianos o bajo las cimitarras de sus Gomeres.

Los sitiados estaban en las últimas. Un grupo de vecinos decide ir a Gibralfaro para entrevistarse con El Zegrí.

El valiente defensor de Málaga sabía que no tenía ninguna posibilidad de victoria. Nada podía esperar del exterior. Boabdil era enemigo suyo. Los reyes africanos no paraban de hacer la pelota a Fernando. ¿Qué se podía esperar?

Los malagueños intentan buscar algo de cordura y se reúnen en casa de Alí Dordux. Allí, tras mucho hablar, se decide visitar de nuevo al Zegrí. La embajada la presiden dos notables comerciantes, Alí Dordux y Amer ben Amer. Quieren por lo menos que El Zegrí amoneste a sus Gomeres y prohíba los saqueos a que sometían a la población.

Dordux y Amer, acompañados de un alfaquí llamado Abraén Alhariz a quien respetaba el Zegrí, subieron a Gibralfaro, pasaron por los rastrillos y los puestos de guardia y llegaron a un torreón oscuro donde estaba su gobernador.

Comenzó a hablar el alfaquí y fue al grano. No pueden seguir así. Fernando siempre ha sido compasivo con los vencidos que se le entregaban por las buenas. Málaga está exhausta, sus hombres y mujeres no pueden más. Los ancianos y los niños mueren de hambre. Hay que rendirse.

El Zegrí sabe que la situación es desesperada pero la palabra rendición no está en su vocabulario. Él vio con sus propios ojos cómo acabaron los moros de Loja. Esta proclama de los notables ni la escuchó. No piensa en rendirse. Les dice que va a hacer un último intento. Que estén preparados. Cuando desaparezca una bandera que ondea en la torre más alta de Gibralfaro todos deben empuñar las armas y luchar, morir por Málaga.

El Moro Santo estaba predicando guerras y dichas de Mahoma a los luchadores de la fe. Había que aprovechar esa inercia y reclutar un grupo para dar un último y desesperado golpe de mano.

El Zegrí coloca al frente de esta última descubierta a su lugarteniente Ibrahim Zenete. Iba a iniciar su última batalla. Consiguieron reunir mil moros que se armaron con los restos de anteriores batallas. Y una madrugada, guiados por los consejos del Moro Santo, el Zegrí recogió la bandera de Gibralfaro y dispuso a sus hombres para emprender la última batalla. Al frente marchaba el santón con la bandera, dando gritos a las tropas y a los malagueños que atónitos contemplaban aquella comitiva. Mujeres, niños, ancianos se asomaban a las azoteas asustados y expectantes ante una acometida que sabían sería la última. Cuando vieron la división de Ibrahim Zenete atacando a los hombres del maestre de Santiago les dio un vuelco el corazón. Intentaban romper el cerco por la desembocadura del Guadalmedina que les parecía el flanco más vulnerable.

Los hombres del maestre no esperaban una cosa así y estaban durmiendo. Los moros consiguieron hacer daño entre los cristianos. Zenete llegó armado con su lanza a una tienda de las más ricas del campamento buscando caballeros con los que enfrentarse y encontró a unos cuantos muchachos, casi niños, que le miraban boquiabiertos y asustados. Un moro así, señalándoles con la lanza debió causarles pánico. Ibrahim, en vez de atacarles, les dio un golpe con la lanza en el trasero y les dijo:

—*¡Andad, rapaces, con vuestras madres!*

Los moros que le acompañaban no salían de su asombro y le preguntaron por qué no los había matado, a lo que Ibrahim contestó:

—*Non vide barbas.*

Pero, claro, salieron los maestres y demás caballeros, la emprendieron a lanzadas con los del Zenete y mataron más de doscientos moros. El Moro Santo agitaba la bandera y gritaba como un poseso que no tuvieran miedo porque seguro ganarían. Al poco recibió una pedrada en la sien que le dejó en el sitio.

Destruidos en sus fuerzas y en su moral entraron en Málaga con el desánimo y el miedo metido en el cuerpo. Habían muerto muchos Gomeres y los que quedaban debieron escuchar las imprecaciones de las viudas y familiares de los difuntos. La sinrazón y la testarudez era culpable de aquel desastre.

A partir de ese momento los malagueños perdieron toda esperanza. No tenían qué comer y algunos salían al campo cristiano a mendigar, lo que daba a Fernando perfecta información de la situación de los sitiados.

Ya los ruegos y las peticiones vienen en sentido contrario. Han visto que les es imposible resistir. Su objetivo de vencer a los cristianos lo ven imposible. Ahora van

a rogar al rey castellano que se tenga con los sitiados la misma piedad que ha tenido con los que se le han entregado por las buenas.

Fernando no les olvida su tardanza en entregarse y la cantidad de tiempo, dinero y vidas humanas que se hubieran ahorrado si al principio le hubieran entregado la ciudad. Es tarde para andar pidiendo árnica. Ahora va a ser durísimo con ellos.

Pasó julio y algunos días de agosto. Los disparos de las lombardas ya eran constantes. Los malagueños no cesaban de pedir al Zegrí que consiguiera de Fernando una rendición honrosa. Pero el Zegrí era tremendo. Se le había metido entre ceja y ceja un plan suicida. Afirmaba que había que matar a las mujeres, los niños y los viejos y después deberían salir todos a campo abierto a luchar y a morir. Pero cuando veía la situación de aquellas pobres gentes comprendía que ni siquiera eso era ya posible.

Ya veis que Málaga estaba dirigida por ultras. El Moro Santo, fanático hasta la médula y unos militares, el Zenete y el Zegrí, de durísimas convicciones y nulas intenciones de rendirse. El pueblo deseaba que acabara el suplicio cuanto antes.

Al fin obtienen una cosa muy importante. Hamet el Zegrí va a hacerse fuerte en su castillo de Gibralfaro y a dejar la ciudad a su suerte.

En ese momento vuelve a hacer su aparición Alí Dordux que se reunió con los alcaides de la alcazaba y del castillo de los Genoveses. Poco tuvo que hablar con ellos ya que estaban en las últimas. De alguna manera tomó el mando y decidió poner fin a todo aquello suplicando a Fernando que les concediera una salida.

El Zegrí estaba en Gibralfaro, escondido, cabizbajo y solo. Los suyos, casi todos, habían muerto. Sólo él permanecía irreductible y solo.

El Dordux mandó mensajeros para pedir al rey que tomara las fortalezas pero que los dejase vivir como mudéjares en tierra de cristianos conservando su religión, sus bienes y sus costumbres.

Los mensajeros salieron de Málaga por la zona mandada por el comendador mayor de León Don Gutierre de Cárdenas, que les llevó ante Fernando. El rey escuchó a los mensajeros y se cogió un mosqueo tremendo. Les mandó volver a la ciudad y les dijo que nada de privilegios. No quisieron entregarse en su tiempo y ahora él los iba a sacar de Málaga vivos o muertos.

A la vista de esta negativa lo intentan de nuevo. Esta vez el Dordux envía sus mensajeros a encontrarse con el marqués de Cádiz. Quién sabe si Don Rodrigo sería mejor valedor de sus peticiones que el comendador. Salen por tanto por la parte de Gibralfaro. Pero el marqués ya no quiere líos. A estas alturas de la película esto no tiene solución. Les dice que vuelvan al comendador ya que él había sido el primer interlocutor. Los moros se volvieron a Málaga más derrotados que nunca.

A la vista de ello se reúne de nuevo el Dordux con la comunidad y deciden que sea el Dordux en persona el que vaya a ver a Fernando, a suplicarle que tenga piedad

con los malagueños. Se quieren entregar y a cambio piden salvar sus vidas.

Sale el Dordux por la zona del comendador que le recibe y le presenta ante Fernando. El rey ni lo escuchó. El Dordux volvió a Málaga por donde había venido.

Cuando Fernando intuyó que estaban los emisarios en sus casas y que habían llevado su mensaje mandó disparar toda la artillería, las piezas grandes y pequeñas. Naturalmente hicieron mucho daño en la ciudad, en sus defensas, en las casas y en la moral de los sitiados. Los malagueños no soportaban más aquella tortura. Ya lloraban hombres, mujeres y niños. No tenían qué comer. Mataban los animales domésticos, los caballos, asnos, perros y gatos para poder satisfacer sus necesidades más vitales. Se reunieron de nuevo y decidieron enviar una carta a Fernando entregándose sin condiciones.

La carta era inteligente. La situación de los malagueños era delicadísima. Se habían dejado llevar por el Moro Santo, el Zenete y el Zegrí, habían luchado contra los reyes castellanos, habían provocado muertes y un gasto tremendo, lo que había enojado al rey. No habían escuchado las embajadas de rendición y ahora envían una carta que ciertamente es de rendición y humildad pero que presiona a Fernando en su dignidad, en su religiosidad y le pone delante cómo otros antepasados suyos que han sido generosos. Pero Fernando es inflexible. No solamente les deniega cualquier posibilidad de mantener vida o hacienda sino que les amenaza. Les viene a decir que si esperáis más os puede caer otra peor.

Cuando conoció El Zegrí la actitud de Fernando juró morir antes de entregarse. El Dordux se hizo con la situación y dirigió la toma de Málaga por los castellanos.

El comendador de León recibió de Isabel y Fernando el encargo de tomar posesión de la ciudad. Le acompaña Pedro de Toledo, capellán y limosnero regio, un converso de corazón judío que fue el primer obispo de la Málaga cristiana.

Decía que era el 18 de agosto de 1487. El comendador de León va acompañado de Don Pedro de Toledo y de una fuerte escolta que protege la cruz de oro de la Iglesia Primada de Toledo. También llevan en guión real, la bandera de la Cruzada y el estandarte de las Hermandades. Así entran en Málaga.

Al llegar la comitiva a la Alcazaba les espera el Dordux que les abre las puertas y juntos suben a la Torre del Homenaje donde hacen tremolar las banderas y los estandartes cristianos. Pedro de Toledo clavó en el adarve la cruz toledana.

Los ejércitos castellanos, todas las estancias del rey, la armada en la bahía, estaban esperando ver en la torre del Homenaje de la Alcazaba malagueña tremolar los pendones y la cruz toledana. Las galeras, las goletas y las carabelas hicieron disparar cañonazos de saludo mientras caracoleaban en un mar sereno y limpio. Las trompetas y los atabales de los ejércitos se mezclaban con vítores y con cañonazos de lombardas. Las campanas del real repicaban sin cesar.

Los clérigos entonaron un *Te Deum*. Isabel, las infantas, sus dueñas y sus

sirvientes besaron el suelo y dieron gracias a Dios, a la Virgen y a Santiago.

Fernando no gastó mucho tiempo en celebraciones. Inmediatamente tomó dos medidas. En cada fortificación colocó un capitán que la guardara y la pusiera en disposición de servir al ejército castellano. Mandó que se pregonara por las calles de Málaga que nadie saliera de su casa. Después organizó la liberación de los cautivos cristianos por donde hoy está la Plaza de la Merced.

Frente a la puerta de Granada mandó que se instalara una gran tienda y un altar. Al lado un estrado real. Allí se sentaron los Reyes Católicos acompañados de toda su corte para esperar la liberación de los cristianos cautivos que acababan de salir de las mazmorras.

El clero inició una procesión portando las cruces y los pendones. Detrás aparecieron seiscientos fantasmas, hombres y mujeres, ancianos y niños, unos todavía con grilletes en los pies, otros ya libres de estos hierros, todos famélicos, tísicos, desarrapados, comidos de sarna y de piojos. Pero en sus ojos brillaba una luz nueva que era como una aparición. Aquella procesión, aquél recibimiento, no era un sueño, era realidad. A ambos lados de la calle había filas de curiosos que no deseaban perderse este espectáculo. Cuando llegaron a la tienda real todos cayeron de rodillas ante Isabel y Fernando, los monarcas que les habían quitado los hierros de los pies y les habían sacado de unas mazmorras de las que nunca pensaron salir con vida. Todos querían besar los pies de los reyes. Daban gritos que apenas se oían alabando a Isabel, a Fernando y a Dios que les había sacado de una oscuridad y les había permitido contemplar una luz que ellos sabían que era única, inmensa, dichosa. Todos pudieron contemplar la luz de Málaga.

Isabel se ocupó de atender a aquellos desgraciados. Hizo que arrancaran las cadenas de los que aún las tenían, les dirigió palabras de cariño, les dio alimentos, agua, les dio vida, de nuevo la vida.

Aún Isabel y Fernando no habían entrado en Málaga. Se habían quedado extramuros. Era la hora de limpiar las calles de sangre, cadáveres y suciedad. Luego hicieron que desapareciera la mezquita mayor. Había que consagrarla como iglesia.

La ceremonia fue solemnísima. Don Pedro González de Mendoza, cardenal de España, los obispos de Badajoz, Ávila y León, uno de los cuales era fray Hernando de Talavera, confesor de Isabel, junto a otros muchos clérigos seculares y regulares oficiaron la solemne liturgia. La mezquita quedó consagrada como iglesia dedicada a Santa María de la Encarnación.

Es día 19 de agosto de 1487. Se inicia una solemnísima procesión. Abre el cortejo Don Pedro de Toledo. Lleva la cruz de oro que ya había estado en la Torre del Homenaje. Le siguen en dos filas los hombres ricos, capitanes y caballeros. Van vestidos con todas sus galas y portan sus armas y las enseñas que habían conquistado a los moros. Detrás van los frailes de las distintas órdenes religiosas y el clero secular.

Después la imagen de la Virgen que luce las alhajas de la reina. Después marcha Don Fernando vestido de gran gala. Por último camina Isabel, descalza, en posición de humilde plegaria. Tras ella y cerrando la comitiva iban los cautivos recién liberados llevando a hombros sus cadenas.

La procesión entra por la Puerta de Granada, recorre las calles de la ciudad y penetra en la mezquita mayor, recién convertida en iglesia. En el altar mayor está la imagen de la Virgen. A continuación se celebró una brillante ceremonia religiosa. La misa era de la Encarnación y la celebró el cardenal asistido por obispos y clérigos. La capilla regia que acompañaba a todas partes a los monarcas cantó la misa solemne. Al final todos juntos, frailes, curas, caballeros y soldados entonaron entre lágrimas un Te Deum de acción de gracias por haberles permitido terminar con vida una hazaña tan tremenda.

Concluida la ceremonia religiosa Isabel y Fernando salieron de Málaga hacia su campamento. El ejército les escoltaba. Málaga era parte de España.

¿Y los moros? Mientras se celebraban las fiestas de la toma de Málaga, ¿dónde estaban y qué hacían los moros?

Los pobres estaban encerrados en sus casas temiéndose lo peor. Cada momento miraban a sus puertas esperando que los soldados entraran para saquearles y degollarles. Los sonidos de las campanas, las músicas y los gritos de aclamación les sonaban a cuerno quemado. Iban a perder su patria, sus bienes y su futuro se presentaba muy negro. Los que desde el principio deseaban que se entregara la ciudad sin lucha ahora se maldecían por no haberse rebelado contra la otra facción. Los que habían preferido aquella resistencia ahora se arrepentían de no haber muerto luchando.

El Zegrí estaba encerrado en Gibralfaro. Sus hombres estaban tan hundidos como él y desde luego sin un bocado de pan, sin armas y sin fuerza para empuñarlas.

Los cristianos tenían rodeado Gibralfaro. Los moros veían con horror cómo ondeaban las banderas castellanas en la torre del Homenaje de la Alcazaba. Estaban seguros de ser tratados con generosidad por los vencedores castellanos. Pensaban que un caudillo que había defendido con tanta entrega y generosidad su ciudad seria respetado por los vencedores.

Enviaron mensajeros para decir que ellos también se rendían y que esperaban un trato digno y generoso. Se equivocaron de medio a medio.

La respuesta de los castellanos fue que no habría con ellos ninguna consideración. Debían entregarse como los demás malagueños y recibirían un trato igual al de los demás vencidos.

El hijo del Dordux tomó posesión de Gibralfaro en nombre de Fernando y Hamet el Zegrí fue encadenado y encerrado en las mazmorras del castillo. La voz se corrió por el real cristiano de que el Zegrí estaba cautivo en Gibralfaro.

Los vencedores querían ver a un caudillo tan fuerte, ahora derrotado pero solamente unos cuantos consiguieron verle en la cárcel. Penetraron en ella con cierta aprensión. Iban a hablar con Hamet el Zegrí, el más terrible de los caudillos moros. Cuando le tuvieron enfrente le examinaron detenidamente. Mostraba un gesto duro y altivo. No olvidaba ni aún con los grilletes puestos que había sido el caudillo de quince mil hombres de los mejor armados, aguerridos y disciplinados de España. Pero su rostro mostraba una tristeza infinita. Su patria estaba vencida y le esperaba un final cruel. Pero por encima de todo ni en este momento perdía la dignidad.

Uno de los generales cristianos le preguntó por qué no había entregado Málaga al primer requerimiento de Fernando. Le hizo ver cuántos sufrimientos se hubieran ahorrados en ambos bandos. El Zegrí contestó:

> —*Yo acepté el gobierno de Málaga y juré defender el honor de los que confiaron en mí. Me ha faltado ayuda de dentro y de fuera. Si la hubiera recibido habría muerto peleando.*

Fernando no tuvo con él consideración. Le condenó a cadena perpetua, que debería cumplir en el penal de Carmona, para donde le mandó atado a unos grilletes que ya en la vida podría quitarse.

Y ¿qué iba a ser de los moros malagueños? ¿Qué suerte les esperaba a los vencidos? Bueno, lo primero es que estaban muertos de hambre. Los pobres suplicaron a Fernando que les diese algo de comer que le pagarían por ello.

A Fernando se le abrieron los ojos. Comprobó que tenían dinero y por ahí vendría su castigo. Fernando se lo tomó con calma porque quería dar un escarmiento sonado para que el asunto no se repitiera. Quedaba todavía mucho por conquistar y debía saberse en el reino cómo se las gastaba con los contumaces y rebeldes.

Por fin llega el dictamen real que tenía fecha cuatro de septiembre. Hasta entonces estuvieron encerrados en sus casas y temblando los miles de moros malagueños. Después de tomar consejo de sus hombres de confianza y puesto que los malagueños tenían dinero, decidió que era mejor hacerles creer que podrían pagar su libertad. Los pobres no esperaban que al fin y a la postre perderían su dinero, sus tierras y su libertad.

Mandó pregonar por Málaga que todo el mundo es cautivo de los Reyes Católicos. Se podría remediar el asunto, para lo cual cada uno debía dar por su liberación a razón de treinta doblas por cabeza. En señal podrían entregar todo el oro, plata, joyas, ropas o cualquier riqueza que tuvieran. El resto, les dejaba un plazo de ocho meses para buscarlo por donde pudieran. Pero el pago era mancomunado. Todos estaban obligados al pago de la suma general de todos, a treinta doblas por cabeza. No valía decir que yo he encontrado el dinero y el resto que se las busque. ¡Todo

junto por todos! Por supuesto, si pasado un tiempo no habían pagado la totalidad del rescate, todos iban a ser hechos esclavos de los reyes castellanos y de sus ejércitos. Para eso estaba el contador Mayor de Castilla, para llevar las cuentas de esas cosas. En ese momento era Gutierre de Cárdenas que se aplicó a la tarea de contar y dar cuenta de lo que habían dispuesto sus reyes y apuntar todo, moro a moro, dobla a dobla, para que nada faltase.

Contadores y diputados se sentaron en sus mesas y los llamaron por barrios para contar casas, barrios, joyas, dineros y haciendas. Los pobres moros, uno a uno, pasaban ante los contadores, escribían cuántos eran en su casa, cómo se llamaba cada uno, hacían una relación de sus bienes y posesiones, hacían un liote con sus cosas, se sellaba y se escribía en el envoltorio quién era su dueño. De manera que Fernando, con un golpe de mano, se hizo con todos los tesoros de Málaga. Y les mandó al corral de los animales mientras los cabezas de familia salían para preparar donde pudieran el resto del rescate.

Los cabezas de familia salieron de Málaga a la desesperada, unos hacia Sevilla, otros a Jerez, Granada, África, Écija, Córdoba, otros donde pudieron para buscar el rescate que, por supuesto, no pudieron encontrar.

Pasaron los meses de plazo y no encontraron con qué pagar. Por supuesto que volvieron todos tristísimos y cabizbajos. Les quedaba una última esperanza. Dirían a Fernando que le habían entregado todo lo que tenían, absolutamente todo. Él tendría piedad de ellos y les dejaría libres.

Vueltos a Málaga, comunicaron sus carencias al rey que no les tuvo la más mínima consideración. Quedaron todos cautivos de los reyes castellanos.

Existía en Málaga, en los sótanos de la Alcazaba, un corral para encerrar los animales. En ese corral habían los moros encerrado a los cristianos cuando lo de la Axarquía en el año 1483. Pues en ese corral encerraron a los moros malagueños.

Por tanto otra vez fueron contados como ovejas y ya cautivos salieron vendidos unos a Sevilla, otros a Córdoba, todos hacia su cautiverio.

Málaga tenía tres mil vecinos. Entre doce y quince mil moros malagueños que fueron entregados como cautivos a los grandes hombres castellanos. A unos, los más importantes, cien moros, a otros cincuenta. Todos fueron regalados, vendidos, entregados, esclavos de un nuevo orden. Dejaban sus casas, sus bienes, su sol, su luz y salían esclavos, vendidos, vencidos. Una terrible procesión de tristeza y de llanto. Hacia Castilla sale todo un pueblo que va desterrado y vencido. Una limpieza étnica, un exterminio.

Pulgar, cronista oficial de los Reyes Católicos, nos refiere qué decían nuestros paisanos malagueños cuando iban camino del destierro. Es un texto tristísimo. Esto decían:

—¡Oh Málaga, çibdat nonbrada e muy fermosa, cómo te desanparan tus naturales! ¡Púdolos tu tierra criar en la vida, e no los pudo cobijar en la muerte! ¿Do está la fortaleza de tus castillos? ¿Do está la hermosura de tus torres? ¡No pudo la grandeza de tus muros defender sus moradores, porque tienen ayrado su Criador! ¿Qué farán tus viejos y tus matronas? ¿Qué farán las doncellas, criadas en señorío delicado, cuando se vieren en dura servidunbre? Contempla cómo tus una vez felices familias son disgregadas hoy para no volver a reunirse jamás: ¿Podrán por ventura los cristianos tus enemigos arrancar los niños de los bracos de sus madres, apartar los fijos de sus padres, los maridos de sus mugeres, sin que derramen lágrimas? Unos y otros se lamentarán solos en tierras ajenas, ante la burla y el escarnio de los extranjeros. ¡Oh Málaga, ciudad de nuestro nacimiento! ¿Quién podrá contemplar tu desolación sin derramar amargas lágrimas?

(PULGAR)

Cada uno iba ya repartido de antemano. ¡Cien moros malagueños fueron enviados como regalo al Sumo Pontífice! Inocencio VIII lo era entonces. Pensaron Isabel y Fernando tener un detalle curioso con el hombre. Un regalito de cien moros malagueños que estaban seguros agradecería el Vicario de Cristo en la tierra. Pero al tratarse de quien se trataba había que enviar a los mejores. ¡Los Gomeres del Zegrí!

Pues dicho y hecho. Tal como lo pensaron lo hicieron. Prepararon sus carretas de largo recorrido, amarraron convenientemente los cien Gomeres a las carretas y tomaron la Vía Aurelia hasta Roma. Inocencio no dijo al verlos: —¡Qué barbaridad! — ni nada de eso. Quedó encantado y agradecido con el detalle. Los sacó en procesión por Roma y los hizo convertir a la fuerza. Es la historia.

¿Y los judíos malagueños? ¿Había judíos en la Málaga musulmana? ¿Qué fue de ellos?

Con los sitiados se habían encerrado en el castillo de Gibralfaro y eran una masa heterogénea de gran cantidad de conversos huidos de Córdoba cuando las persecuciones de 1391, en total unos quinientos judíos y otros moriscos, resto de su populosa aljama. Se les vino encima lo que no esperaban. A los judíos apóstatas del cristianismo así como a los convertidos a la religión musulmana, es decir a los conversos, los mandaron acañaverear sin oír sus lamentos y disculpas.

¿Qué era esto de acañaverear a la gente? Buscaron un espacio abierto, algo así como un estadio deportivo a fin de que existiera un terreno libre en el centro, otro para correr los caballos y un lugar adecuado para que autoridades y curiosos contemplaran el evento. En el centro, en un poste, ataron desnudos a los desdichados.

Una vez inmovilizados los soldados tomaban en las manos haces de cañas con las puntas afiladas, montaban sus caballos e iniciaban carreras hacia los reos. Ya cerca de ellos les lanzaban sus cañas puntiagudas, que se clavaban las más de las veces en los cuerpos ateridos y temblorosos de los judíos. Así una y otra vez, una y otra carrera, una y otra caña clavándose en las carnes de los pobres judíos hasta que alguna caña o algún infarto paraba en seco su corazón para que no sintieran más miedo, más sufrimiento.

Imaginemos por un momento los ojos de los judíos clavándose en los soldados que corren hacia ellos. ¿Pedirían piedad? ¿Sentirían piedad los curas, los obispos, el cardenal de España, los Reyes Católicos?

A los judíos moriscos, los que desde siempre habían habitado en Málaga y a los recién llegados de Córdoba, se los dejaron al cuidado de Abrahan Senior e Isaac Abarbanel, los jefes de la intendencia y la economía de los ejércitos castellanos, además de teólogos y biblistas renombrados. Y ¿qué diréis que hicieron con ellos, estos dos judíos administradores de haciendas y teólogos? Pues que pudo en ellos la administración de sus propias haciendas más que la teología. Quitaron a los pobres judíos malagueños todas sus joyas y dinero y los encerraron en un barco en el puerto:

> *… en el barco llamado el Bodegón del Rubio. La mayor parte eran mujeres… Don Abrahan se ayudó para el rescate con las alhajas, joyas, doblas e monedas que los judíos tenían, lo cual deslustraba algún tanto su acción generosa y humanitaria.*
>
> *(BERNÁLDEZ)*

Es la triste historia de la condición humana. Nuestros dos judíos adquirieron prestigio y fama en la conquista de Málaga. Y también dinero de sus correligionarios judíos.

Alí Dordux sacó también bastante partido de sus mediaciones. Le nombraron alcaide de todos los mudéjares de la provincia. Le dieron treinta casas, mezquita y horno. Siempre acaba bien quien acierta a ponerse a tiempo de parte de los vencedores. Luego murió en su casa de Antequera. Su hijo se bautizó y adoptó nuevos nombre y apellido. Se llamaba el hombre Mohamed Dordux y pasó a llamarse Fernando de Málaga.

Ibrahim Zenete también consiguió salir con bien del asunto. Los castellanos se acordaron de lo caballeroso que fue cuando la batalla de los mozalbetes. Le dejaron vivir como mudéjar, en libertad.

Hecho esto Fernando hizo reponer las murallas y construir lo derribado. Luego preparó la repoblación de la ciudad por castellanos. Puso guardias, alcaides

cristianos, dio la jefatura de la ciudad y su provincia a Don García Manrique. Abasteció el real de armas, alimentos y municiones. También dejó clérigos de varias órdenes religiosas, hospital con médicos y cirujanos. Por fin dejó Málaga y marchó hacia su Cuartel General en Córdoba. Había que preparar la campaña del año siguiente.

Así se conquistó Málaga. Una gesta épica, criticable, tremenda. Un enfrentamiento terrible entre dos mundos, dos razas, dos religiones que acaba con el aniquilamiento de una y el triunfo de la otra. Un trozo de nuestra historia. Los hechos han sucedido en lugares muy cercanos a nosotros, a nuestro lado.

Y así quedó el reino nazarí tras la toma de Málaga. Los cristianos llegaban hasta Granada por la Vega, dominaban Loja, Alhama, Vélez y Málaga con la Axarquía y la Serranía de Ronda. Boabdil apenas mandaba en lo que alcanzaba a ver desde la Alhambra. El Zagal mandaba en Guadix, Almería, la Alpujarra hasta Almuñécar.

Los granadinos bajo Boabdil vivían más o menos en paz. Realmente era un vasallo de los reyes castellanos, sin embargo, en lo más profundo de su ser, lo despreciaban. Para ellos era un apóstata y un renegado.

CAPÍTULO XXXI

CAMPAÑAS DE 1488 Y 1489. BAZA, GUADIX Y ALMERÍA.

La campaña de 1488 se resolvió en bien poco. Los hombres estaban cansados y la economía debía andar bastante regular. En años anteriores se habían conseguido objetivos importantísimos. Fernando pensó que lo mejor era tener un año con poca actividad militar a fin de reponer fuerzas y recuperar sus ejércitos.

Tenían asuntos pendientes, como recobrar la plaza de Plasencia. El año desde el punto de vista meteorológico fue bastante accidentado. De todas maneras como en años anteriores, en la primavera sale el ejército con intención de hacer su campaña por Vera y Almería. Es el mes de mayo de 1488. Esta vez su cuartel general no es Córdoba sino Murcia y allí reúne a su gente. Pero el ejército es pequeño comparado con el de años anteriores. Cuatro mil hombres de a caballo y catorce mil de a pie. Isabel, el cardenal de España y el maestre de Santiago se quedan en Murcia.

Fernando emprende su expedición con intención de debilitar por este lado el reino de Granada. El otro flanco había sido conquistado. Por allí, salvo imprevistos, nada hay que temer. Ahora toca a las tierras altas de Almería.

Desde Murcia pasó el ejército por Lorca y se dirigió a Vera. Ese va a ser el objetivo de la expedición. Vera, Huércal, Cuevas, Mojácar, Palomares, Villaricos, las tierras áridas y preciosas del levante almeriense.

Fernando envía por delante al marqués de Cádiz con un importante destacamento militar. Su misión es amedrentar y requerir a los moros de Vera que les entreguen la ciudad sin dar lugar a batallas como la de Málaga. El marqués se presentó ante la ciudad, se entrevistó con los principales y les requirió que se entregaran.

Las noticias de la conquista de Málaga y el fin de nuestros paisanos habían corrido de boca en boca por todo el reino nazarí, incluida la ciudad de Vera. Los requeridos no dieron lugar a la segunda advertencia. Vera se entrego a los Reyes Católicos sin que Fernando hubiera divisado sus arrabales. Cuando llego el rey se encontró el trabajo hecho. Tranquilamente se encargo de dar los toques necesarios para rematar la conquista, cambiar los mandos de la ciudad y pare usted de contar. Al mando se quedo Garci Lasso de la Vega.

Por supuesto que cumplió con las promesas que hizo el marqués en su nombre y estos no acabaron como los malagueños. Eso si, abandonaron su ciudad que, como todas, se quedo sola y vacía. Los moros pudieron irse donde quisieron, pudieron quedarse con su religión como mudéjares…, no pudieron quedarse en sus casas ni en sus tierras. Vera, Cuevas de Almanzora, Huércal, Overa, Vélez Blanco, Vélez Rubio, Orce, Galera y muchos otros pueblos, lugares e lugarejos aprovecharon la inercia y pasaron a ser conquistados por los Reyes Católicos y agregados a la España que

estaba naciendo.

Fernando intentó tomar entonces Almería con la misma facilidad que Vera pero allí estaba el Zagal y prefirió darse la vuelta. No estaban preparados para un asedio como el de Málaga. Intentó la misma operación en Baza y ocurrió como en Almería. Habría tiempo. Decidió volver a Murcia.

Así terminaron las expediciones militares del año 1488. Bien poca cosa en comparación con el año anterior porque os he insinuado que las arcas reales estaban regular con tanta campaña y tantas lombardas. Ya sabemos que a Fernando no le temblaba el pulso a la hora de decidir. Sus formas de reponer la tesorería real no se basaban en hacer encargos de ingeniería financiera, contención del déficit ni otras minucias por el estilo. Solucionaba los problemas todos, económicos incluidos, a las bravas.

Demos un ejemplo. En este año murió el maestre de Calatrava Don García de Padilla. Ya se sabe que los maestres eran dueños de sus maestrazgos y vivían de ellos ya que les proporcionaban buenas rentas. Don Fernando, al verse escaso de fondos, resolvió quedarse con el maestrazgo y con sus rentas.

El golpe de efecto fue muy grande. Los herederos del maestre y muchos nobles castellanos debieron protestar bastante. Había sido una expropiación en toda regla. Fernando pidió al Papa una Bula que le facultase para tal expropiación y otras en el futuro. Una Bula papal era cosa solemne, importante y confería indiscutible legitimidad en los cielos y en la tierra. El Romano Pontífice les concedió la dicha Bula. Y todo quedó así legitimado por los siglos de los siglos. Las rentas de este maestrazgo y las de todos los que pareciera bien a Isabel y Fernando pasaban a los monarcas para siempre.

Se habían repuesto fuerzas después de un año casi sabático. Es necesario dar las últimas batallas para conseguir la definitiva expulsión de los musulmanes del reino de Granada. Han meditado sus estrategias. Por la parte occidental sus dominios están en las mismas puertas de Granada. Suyas son Loja, Alhama, Moclín, Íllora, Montefrío, Colomera con los pueblos y lugares de sus respectivas comarcas. El flanco menos castigado por los cristianos es el oriental. Hay que atacar por ahí. El objetivo es Baza. Para ello trasladan su corte desde Córdoba a Jaén.

Una vez instalados allí hacen un llamamiento a todos los nobles castellanos. Les piden que se haga un esfuerzo más. Hay que preparar de nuevo un gran ejército. Hay que salir una vez más en una expedición de conquista.

La dificultad de esta empresa estaba en los abastecimientos. Baza era una ciudad demasiado lejana de cualquier plaza cristiana. Los moros de Guadix y de los pueblos cercanos podrían impedir que llegaran a su destino las recuas de abastecimiento.

La primera medida que adoptó Fernando fue mandar a Don Alonso Enríquez, corregidor de Úbeda y Baeza, que protegiese los caminos. Se pusieron destacamentos

en Sotogordo, Quesada, Benzalema y ordenaron que gentes de a caballo y a pie patrullaran los caminos. Los moros tenían en cada montaña un torreón de vigilancia. Conocían el terreno y asaltaban los convoyes al menor descuido.

Era finales del mes de mayo. Un poco tarde para las fechas habituales de salida. La reina y la corte se quedan en Jaén. El rey sale hacia Baza. Acamparon en Quesada. Llovía demasiado y era muy penosa una marcha así. Cada poco había que tomar un respiro. Era necesario abrir las vías militares borradas por el desuso para habilitar el paso a las grandes carretas. Fernando envió por delante una brigada de mil obreros que armados con picos, azadones y barras de hierro, deberían allanar los caminos y hacerlos practicables.

Terminada esta tarea dirigió el ejército hacia su objetivo. Era el día primero de junio de 1489 cuando llegaron a las huertas que rodean la antiquísima ciudad de Baza.

Nada de improvisaciones. Primero hacen un estudio del terreno y comprueban la dificultad de asentar el real en las huertas que rodean la ciudad. Los accidentes del terreno dificultaban un cerco convencional como el que se había hecho en Málaga.

Y Baza era la metrópoli de los dominios del Zagal. Su fiel aliada desde siempre. El Zagal había ordenado que se almacenasen víveres, hizo dentro de la ciudad un gran depósito de armas y municiones y dio orden de que todos acudieran a pelear.

Los alcaides de los pueblos cercanos acudieron a la llamada. Vinieron de Tabernas, Purchena, de la Alpujarra. Vinieron muchos jóvenes granadinos que estaban asqueados de Boabdil, de quien no comprendían su pasividad.

El Zagal estaba en un dilema. Si tomaba el mando de Baza dejaba Guadix y temía que Boabdil aprovechara su ausencia para arrebatársela. Dio el mando de Baza a su pariente Cid Hiaya. Este caudillo estaba casado con Cetti Meriem Venegas, hija de aquellos legendarios Reduán Venegas y Cetti Meriem y descendía de los Alnayares, enemigos de Boabdil. Cid Hiaya disponía un ejército muy bueno. De Almería se trajo diez mil combatientes. Tenía otros diez mil hombres mandados por los mejores y más veteranos generales de Granada. Todos estaban deseando combatir, dar una última y quizá definitiva batalla a Fernando.

Baza es una antigua ciudad situada en un valle. Sus alrededores están surcados por riachuelos y ramblas. Estaba muy bien protegida por murallas que unían el viejo castillo con una fortificación que defendía el centro de la ciudad. Los arrabales estaban cercados con muros más endebles. Y los alrededores eran preciosos. Las huertas estaban plantadas de hortalizas, árboles frutales y cantidad de flores que adornaban las casas de recreo de los bastetanos. En las huertas había muchos torreones. Los alrededores de Baza eran un entramado de casas, fortines, tapias, sembrados y acequias, un auténtico laberinto muy útil para la defensa de la ciudad.

Los moros, apenas supieron que les venía el ejército castellano, segaron las

mieses y destruyeron los frutos de las huertas para que no aprovecharan a los invasores.

Fernando instaló sus ejércitos fuera de las huertas y como hacía siempre envió a los bastetanos su mensaje habitual pidiendo la rendición a cambio de un buen trato. Cid Hiaya contestó que mandaba Baza para defenderla y no para entregarla.

El rey colocó las baterías en los sitios más apropiados. El maestre de Santiago entró por la huertas en formación cerrada estudiando el terreno. Apenas entraron escucharon un estruendo muy fuerte y vieron salir de la ciudad a los musulmanes. Cid Hiaya parapetó a sus hombres en los torreones y comenzó a disparar.

La batalla fue encarnizada y terrible. Ni unos ni otros podían mantener la disciplina ni el orden en la lucha. Se atacaban y se mataban sin orden ni concierto. Cada casa, cada árbol, cada acequia, cada torre era un lugar de defensa y ataque. Ninguna posición era conservada por uno u otro bando. Luchaban, mataban, huían, volvían a luchar en las huertas de Baza.

El rey estaba desorientado. No tenía claro el resultado de aquella lucha. Los habitantes de Baza estaban igualmente inseguros, sin saber quién ganaba y quién perdía en aquella lucha sin cuartel. Asomados a sus murallas veían a sus hombres ir, volver, luchar, morir. Así hasta que se hizo de noche. Al amanecer del día siguiente las huertas estaban llenas de despojos, sangre, cadáveres y restos de la batalla. Las flores de las huertas estaban mezcladas con las banderas rotas y con la sangre de los soldados.

Fernando comprendió que era imposible avanzar. A la vista de cómo iban las cosas mandó discreta retirada en espera de refuerzos. Prefería tener paciencia antes de exponer sus hombres a una sangría que no deseaba.

Cid Hiaya cuando vio que se retiraban salió con su caballería y fue difícil contenerle. En este momento los cristianos tuvieron sus dudas. Iba a ser largo y costoso el cerco de Baza. ¿Qué hacer? Fernando convocó su consejo para conocer el parecer de sus hombres. ¿Continuaban el cerco? ¿Volvían todos a Jaén?

El marqués de Cádiz se inclinaba por levantar el cerco y volver. No contaban con muchos recursos, el ejército no tenía víveres suficientes, las fuentes de aprovisionamiento estaban lejos y los moros mostraban una determinación formidable.

El comendador de León opinaba lo contrario. Había que continuar el cerco y tomar Baza a toda costa. Si volvían se perdería prestigio y el Zagal iba a fortalecerse.

Isabel terció en la polémica. Ella estaba en Jaén y desde allí hizo prevalecer su opinión. No era reina de unos hombres a quienes faltaran arrestos. Si era verdad que el ejército no contaba con suficientes efectivos ella convocaría a los nobles castellanos para que acudieran con armas, hombres y municiones. Si como sostenía el marqués de Cádiz el ejército no contaba con víveres y tenía difícil el abastecimiento,

ella lo iba a arreglar. La corte estaba en Jaén. Allí estaba también el enlace con las ciudades de Castilla. Tendría más fuerzas y más hombres.

Isabel decidió organizar una comunicación diaria entre Jaén y Baza. Los caminos entre una y otra ciudad debían estar controlados para evitar que alguna maniobra audaz intentara cortar a los ejércitos su comunicación con el resto de España. Los arrieros que hacían el transporte habitualmente no deseaban verse como blanco de los ataques moros. Se negaban a trabajar en esas condiciones.

Fernando puso guarniciones por los caminos con cuarteles y destacamentos desde Baza hasta Quesada. Isabel arrendó mulas y pronto se organizó una columna de miles de arrieros que con sus animales cargados a tope con todo género de mercancías hacían el camino de ida y vuelta desde Jaén hasta Baza. Nada menos que catorce mil acémilas alquiló Isabel para este puente de aprovisionamiento. Cada arriero controlaba doscientos animales. Nadie podía descansar. Y una hilera inacabable de burros, de mulos unía Jaén con Baza por los caminos más inverosímiles, con heladas, con lluvias, con calor. Muchos murieron pero su objetivo por fin se cumplió. El ejército estaría perfectamente aprovisionado.

Al principio no había manera de cercar la ciudad. A la vista de ello Fernando ordenó que cuadrillas de hombres con azadón, pico y pala allanaran las tierras, rebajaran las acequias y cerraduras para adecentar los lugares donde asentar el real. Detrás de ellos irían los albañiles que construirían casas y castillos. Deseaba hacer una serie de fortificaciones alrededor de la ciudad. Se pusieron manos a la obra.

Claro que los moros estaban muy pendientes de cualquier movimiento de los castellanos y nada más observar las maniobras de los constructores se dispusieron a impedir sus tareas. Cuando vieron a los de los azadones cavando en sus huertas se olieron el percal y decidieron salir a atacarles para que dejaran su tarea. Salieron a campo abierto, mataron a muchos de los que estaban trabajando.

Fernando mandó que salieran de nuevo los trabajadores pero escondidos entre los matorrales apostó a sus mejores hombres de armas. Cuando los moros intentaron repetir la matanza de trabajadores les salieron desde donde menos se esperaban, les persiguieron hasta las puertas de la ciudad dejando muertos a más de trescientos.

Las torres y los castillos iban rodeando Baza. Materiales no les faltaban. No tenían más que acercarse a Caniles o a otros pueblos que estaban despoblados y tomar cuanta madera o telas necesitaran.

Los castellanos iban haciendo su real, unos con casas de piedra y teja, otros con casas de paja. El cerco de Baza iba a ser duradero. El rey hizo para sí un palacio. Desde él podía mirar bien la ciudad. Otro tanto hicieron los grandes de Castilla. El maestre de Santiago y otros hicieron sus casas de piedra. El marqués de Cádiz la hizo de paja.

Existía una fuente que daba agua a gran parte de la ciudad. Pues Fernando dio

orden de evitar que los moros llegaran a esa fuente. Después de no pocas luchas y muchas muertes los cristianos se apoderaron de un lugar tan vital para la ciudad.

Para la civilización occidental esta era una guerra con repercusiones internacionales. Lo que estaba pasando en Granada podría considerarse una respuesta a la toma de Constantinopla por los turcos hacía apenas cuarenta años. En la península de la otra orilla del Mediterráneo los musulmanes habían vencido. Habían conquistado la mejor ciudad cristiana. La iglesia de Santa Sofía, estaba cautiva, sin campanas, sin sacerdotes, sin salmodias. Sus pueblos habían cambiado de nombre. La media luna había reemplazado la cruz. La impresión del mundo cristiano debió ser enorme.

En Granada estaba dándose la respuesta a aquella hazaña. Las mezquitas se convertían en iglesias y el rezo de los salmos sustituía a las aleyas y las suras. Y una ciudad de ensueño se intuía en la lejanía. Granada, la ciudad de palacios nunca vistos estaba siendo soñada por poetas, por reyes, por soldados. Y el mundo cristiano se preguntaba si todo eso sería verdad. Todos querían verlo para creerlo.

Los turcos quisieron estar presentes en Baza. En el mes de julio, estando el rey en el cerco, le vinieron a visitar dos frailes franciscanos, uno español y otro italiano. Uno se llamaba fray Antonio Millán, era el prior del convento de los franciscanos en Jerusalén, tenía voz tonante y facha de fraile gordinflón. Montaba un caballo precioso aireando el hábito por los caminos para que quedara bien claro a los viandantes que era un hombre importante. El otro era italiano, algo más tímido, pasaba desapercibido, montaba un burro sudado y dejaba a fray Antonio llevarla voz cantante. Venían de Palestina. Los había enviado el sultán de Turquía que estaba al corriente de cómo les iba a los musulmanes en España. Quería que transmitiesen al papa su disgusto por el trato que estaban recibiendo los musulmanes. Para los reyes traían un mensaje categórico. Debían abandonar sus planes de conquista en el reino nazarí. Y les amenazaba. Si ellos perseguían a los musulmanes granadinos el Gran Turco iba a perseguir a los cristianos de Palestina y de Tierra Santa. Demolería sus conventos y reduciría a cenizas la iglesia del Santo Sepulcro.

Fernando los escuchó con evidente preocupación, se informó sobre la situación de la Iglesia Católica en Palestina y les dio una respuesta. Él no los quería expulsar de Granada. Solamente pretendía que dejaran de agredir a los cristianos. Ellos habían entrado en España con ayuda de un godo traidor. Trataban ahora de conseguir que fueran sumisos, que se comportaran como los demás españoles. Los frailes deberían transmitir al Gran Turco que en España eran libres de practicar su religión y de vivir su vida e iban a continuar siéndolo.

Fernando estaba convencido de que los cristianos de Tierra Santa eran unos pocos y los impuestos que cobraba el sultán bastante sustanciosos como para que cumpliera sus amenazas. Desde luego la embajada no consiguió su objetivo.

Como colofón a esta embajada les prometió que daría orden a sus hombres en Sicilia, entonces posesión castellana, de ayudar con dinero y barcos al Gran Turco en su lucha contra el sultán de Egipto, su acérrimo enemigo.

Evidentemente no dijo la verdad a los enviados de Bayaceto. Fernando era listo y sagaz. No tenía la más mínima intención de dejar que los moros siguieran en Granada practicando su religión y le importaba poco lo que hubiera hecho Don Rodrigo.

Como segunda intención de su viaje venían los frailes a pedirle dinero para mantener la Iglesia de Jerusalén y el Santo Sepulcro. Fernando les envía a Jaén a visitar a Isabel. Ambos les dieron dinero y todo el apoyo necesario. La Iglesia estaba en dificultad por aquellas tierras y triunfante en éstas. El apoyo económico y moral de los Reyes Católicos era vital para los perseguidos orientales.

Pasaba el tiempo, se acercaba el otoño, época en que las expediciones debían volver a sus cuarteles y los bastetanos no se rendían. A la vista de ello el rey mandó recabar pertrechos para pasar en Baza el invierno. Y esto no entraba en la cabeza de los sitiados con el frío que hace por esas tierras. ¿Iban a aguantar los cristianos el frío que hace en unas estepas como las del nordeste de Granada?

Pues sí. Los castellanos iban a aguantar, sólo que fue un invierno mejor de lo esperado.

Cid Hiaya también valoraba el cansancio de sus paisanos. Había muchas bajas causadas por la guerra y por enfermedades que iban minando la moral de los sitiados. Cid Hiaya no era leal al Zagal y menos a Boabdil. Se sentía casta aparte y durante el cerco se le pasaron demasiadas cosas por la cabeza. No estaba dispuesto a morir por unos reyes a los que no reconocía. Salió al frente de sus hombres y los alineó a la vista de los cristianos, pero enarbolando una bandera que indicaba deseaban parlamentar.

Fernando pensó que iban a hablarle de las condiciones en que estarían dispuestos a rendirse. Enseguida se mostró dispuesto a parlamentar. Envió como representante suyo a Juan de Almaraz, que antes había sido cautivo de Cid Hiaya.

Este los recibió, les invitó a cenas moriscas y quedaron encantados de su hospitalidad. Sólo que en lugar de proponerles una rendición honrosa mostró a los enviados los depósitos de víveres y municiones, aparentemente repletos de existencias. Quería impresionar a Fernando y darle a entender que poco o nada tendría que hacer ante una ciudad tan bien aprovisionada. El moro despidió a los cristianos pero antes les entregó de regalo un magnífico caballo andaluz enjaezado con arreos recubiertos de oro y con una esmeralda en el lomo del tamaño de una nuez.

Fernando se sintió ofendido con el regalo y molesto con la ostentación de Cid Hiaya. Devolvió el regalo y sacó la conclusión de que estaban peor de lo que decían. Su ostentación era una clara señal de que carecían de muchas cosas.

En septiembre llovió solamente lo necesario, con lo que el real pudo mantenerse en perfecto estado. Igual en octubre. En noviembre sol, mucho sol, como si fuera verano.

Poco después Isabel decidió venir a Baza para estar con sus ejércitos. Empleó una jornada completa hasta Úbeda. Al día siguiente hizo noche en Quesada. Era el cinco de noviembre cuando Isabel llegó al real de Baza. Se le hizo el recibimiento que era habitual en otros casos. Todos cambiaron de cara. La venida de Isabel era buena señal. Venía con su corte, sus músicas, sus dueñas, sus doncellas y también la segura esperanza de un buen final que ya se intuía cercano.

Los moros desde sus murallas miraban boquiabiertos. ¡Venía Isabel en invierno! Desde las torres y las almenas de la ciudad sitiada escuchaban las músicas de dulzainas, atabales y trompetas italianas. Les parecía una aparición, sonidos de una música de otro mundo. Otros aires soplaban en Baza.

El mismo día de la llegada de la reina escribió Fernando una carta a Cid Hiaya conminándole a la rendición. Está llena de amenazas veladas y explícitas, así como de promesas de un futuro mejor si se rinden.

Tres días después ocurrió un hecho memorable. Isabel deseaba conocer a sus hombres, saludarles, examinar su armamento, verles en sus lugares de peligro. Ya la vimos en Málaga visitando las estancias del marqués de Cádiz.

Y una mañana radiante se dispuso todo para que se cumplieran sus deseos. Los hombres estaban en sus campamentos con las armas en la mano, colocados en posición de revista, con sus trajes de gala y las banderas desplegadas. Las bandas de música lanzaban al aire sus ritmos marciales. Los capitanes daban gritos de mando y los soldados vivas a la reina castellana. Ella recorría a caballo las filas de sus combatientes, examinaba todos los acuartelamientos interesándose por los peligros que corrían, por sus luchas, sus sufrimientos y sus victorias. Ahora iba hacia las colinas que desde occidente dominan la ciudad. Era la parcela del marqués de Cádiz. Se detuvo a saludar a su amigo el marqués. Después mostró su deseo de visitar la parte norte, desde donde mejor podría ver la ciudad.

El marqués se dio cuenta de que la reina iba a pasar por un lugar en parte batido por los cañones de Cid Hiaya. Podría haber peligro para la soberana. Don Rodrigo conocía a Cid Hiaya y sabía que jamás atacaría a una mujer y menos a la reina. Le envió un mensajero pidiéndole suspendiera las hostilidades mientras pasaba Isabel. Estaba seguro de su caballerosidad.

La reina comenzó a pasar por la zona sensible. Iba solemne, montada en un imponente caballo, seguida por sus caballeros y sus damas. Delante y detrás le daba escolta una simbólica partida de hombres de a caballo.

Algunos moros alpujarreños al verla quisieron atacar a la comitiva. ¡Era una gran ocasión! Cid Hiaya se opuso y reprochó a los alpujarreños sus intenciones. Un

caballero musulmán no hace eso.

Isabel estaba en una explanada sobre la ciudad y desde allí se puso a contemplar Baza. Era una ciudad preciosa. Las azoteas, las murallas, las defensas. En lo alto de las mezquitas y en los adarves de las murallas estaban subidos los moros que contemplaban la real comitiva. De repente se abrieron las puertas de la ciudad y comenzaron a salir en perfecta formación columnas de moros armados hasta los dientes. Sus armas estaban resplandecientes, limpísimas. Sus banderas iban desplegadas y las bandas de música acompañaban el desfilar de la infantería y la caballería bastetana. Abría la marcha Cid Hiaya acompañado de sus ayudantes. Iban montados en magníficos caballos y perfectamente armados. Se diría que iban a dar una última batalla. Algunos cristianos pensaron que iba ocurrir algo terrible en presencia de Isabel y Fernando.

Los musulmanes se alinearon ante Isabel. Cid Hiaya dio una imponente voz de mando, sonó una trompeta y sus hombres comenzaron a desfilar marcialmente ante la reina. Luego se ejercitaron en la explanada simulando una escaramuza guerrera sin muerte y sin sangre. Hecho esto se retiraron. A continuación salió la caballería. Sobre la tierra húmeda de aquella explanada hicieron toda clase de evoluciones.

El rey, los grandes de España, los capitanes y soldados cristianos estaban emocionados, con un nudo en sus resecas gargantas. Isabel permaneció seria, con aire marcial, montada en su caballo, silenciosa hasta que terminó el desfile y la exhibición. Luego dio las gracias a Cid Hiaya y se retiró.

Los españoles lanzaban suspiros de alivio y volvieron a sus reales sudorosos pero felices. ¡Habían contemplado algo único!

¿Por qué hizo aquello Cid Hiaya? ¿Qué pretendía?

Desde luego a partir de aquel momento todo iba a cambiar en el sitio de Baza porque algo importante había cambiado en el bravo mestizo Cid Hiaya. Tenía sangre mora y cristiana y el corazón dividido. Algo le dijo que si hasta ahora había prevalecido en él su sentimiento moro ahora saldría a flote lo cristiano. Desde luego no era un hombre leal a los nazaríes. Desde aquel instante ya no hubo más muertes. Se instaló una atmósfera de confianza y Baza fue un remanso de paz. Comenzaron a negociar. ¿Qué sacaban si seguían resistiendo? Sólo rindiéndose podrían mantener la esperanza.

Pasaron sólo unos días de la llegada de Isabel cuando los moros decidieron pedir a Fernando una honrosa rendición. Habían comprendido que la determinación de los castellanos era firmísima y decidieron rendirse.

Isabel estaba encantada con Cid Hiaya. No le disimulaba su aprecio desde el día del desfile sorpresa. El príncipe mestizo sentía un profundo respeto por la reina. La idea de buscar una rendición honrosa se impuso en la mente de todos.

Pero el Zagal estaba en Guadix. Cid Hiaya tenía claro que había que poner fin a

todo aquello. De acuerdo con los notables bastetanos preparó enviados que le visitarían en su palacio.

Un emisario llamado Mohamed *el Viejo* salió de Baza para encontrarse con él. Los castellanos le abrieron paso. El granadino estaba triste y enfermo. Sufría de fiebres cuartanas y le recibió en su cama. Le rodeaban los ancianos de su consejo y los alfaquíes. Mohamed *el Viejo* les habló de la situación en Baza y les expuso la opinión de los sitiados.

El Zagal estaba esperando una cosa así. También él veía que no existía más que un camino. Sin embargo pidió la opinión de su consejo. En su misma habitación se iban expresando los ancianos y alfaquíes. Ya no hablaban con rabia sino con resignación y tristeza. La mayoría se inclinó porque pidieran a Fernando unas condiciones favorables y rendirse. El Zagal estaba hundido. Su salud era precaria y sus fuerzas escasas. Triste y abatido envió a Cid Hiaya a través de Mohamed *el Viejo* un mensaje que decía:

> *—No es mi voluntad que sufráis más trabajos ni desdichas. No os expongáis a nuevos peligros. Habéis sufrido y padecido mucho. Habéis ejecutado hazañas memorables. Cid Hiaya, haz lo que creas conveniente para la salvación de todos.*
>
> *(Palencia)*

Cid Hiaya estaba deseando escuchar una cosa así. Él tenía medio corazón cristiano, estaba deslumbrado con Isabel, todo le empujaba a pasarse al otro bando. Negoció y capituló. El cuatro de diciembre de mil cuatrocientos ochenta y nueve se entregó Baza. Las condiciones de la entrega y lo que obtuvieron de Fernando no está escrito en ningún tratado. Se sabe que los moros que quisieran podrían salir de Baza. Muchos salieron pero se establecieron en los arrabales. ¿Dónde podrían ya ir? ¿Qué les quedaba? En los arrabales, en chozas, asustados, quedaron escondidos los hombres, ricos y pobres, de la ciudad de Baza ya castellana.

El primer acto tras la rendición fue la liberación de los cristianos cautivos. De las mazmorras de Baza salieron exhaustos, sucios, enfermos, quinientos diez cautivos cristianos. Ya serían libres en adelante.

Una vez tomada Baza la ciudad que quedó vacía, sola y triste. Luego, como en un rito ya repetido en otras ciudades, se cambian los mandos, se instalan en la ciudad gentes castellanas, se reparan torres y almenas, se la dota de guarnición con soldados preparados para cualquier eventualidad.

Poco después, en el mismo real, en presencia de Isabel y Fernando se bautizó Cid Hiaya. En adelante iba a llamarse Don Pedro de Granada. Él y sus hijos serían con el

paso del tiempo grandes de España y lucharían contra sus antiguos correligionarios con la fe y la fuerza de los conversos. Ya los veremos más adelante. Tras Cid Hiaya vinieron los demás nobles musulmanes. Se pusieron en cola ante los Reyes Católicos para entregarles sus pueblos, para convertirse a cambio de fuertes sumas de dinero.

Mohamed *el Viejo* fue el primero de estos conversos. Luego se presentaron los alcaides de Tabernas, Serón y todos los pueblos de la Sierra de los Filabres. Llegaban ante Isabel y Fernando, les entregaban sus pueblos y recibían a cambio dinero a montones y unas cartas dándoles toda clase de garantías. Podrían permanecer excepcionalmente como dueños de sus tierras.

El Zagal continuaba en Guadix abatido y enfermo. Un día estaba sumido en sus tristezas cuando vio entrar en su habitación a Cid Hiaya. Ya era cristiano aunque el Zagal lo ignoraba. Isabel y Fernando le habían pedido que intentara convencer al viejo rey para entregarles lo que le quedaba del reino.

Cid Hiaya comenzó a hablarle con cariño e intentando convencerle. El reino nazarí —le decía— estaba en total decadencia. Nada ni nadie iba a sostenerlo ante los castellanos. Los reyes se habían portado con él magníficamente.

El Zagal estaba profundamente triste. El había sido un monarca amante de sus tierras y de sus gentes. Ahora nada podía hacer. Al fin se echó en brazos de su primo y con tristeza exclamó:

> —*¡Cúmplase la voluntad de Alá! ¡Cuanto él quiere se hace y se cumple! Si Alá no hubiera decretado la caída del reino de Granada, esta mano y esta espada la hubieran mantenido.*

El Zagal envió un hombre de su confianza que concertara su rendición a los reyes castellanos.

Isabel y Fernando se sintieron muy satisfechos con la mediación de Cid Hiaya. La rendición se formalizaría en Almería después de la entrega de la ciudad. Concedieron al Zagal su amistad. Le otorgaron que pudiera seguir conservando el título de rey y le dieron como señorío los valles de Lecrín y Andarax con sus aldeas y posesiones, además de cuatro millones de maravedíes al año.

Había que ir a Almería. Era la tercera ciudad del reino y el Zagal la iba a entregar formalmente. También se iba a rubricar la capitulación del propio rey. Era por tanto una visita protocolaria puesto que su posesión estaba asegurada.

Ya todos juntos salen hacia Almería. Es el día diecisiete de diciembre. Fernando va delante. Isabel, su hija y la corte van una jornada detrás para evitar sorpresas. Cid Hiaya se ha incorporado al ejército castellano integrado en una división del conde de Tendilla. De camino van tomando fortalezas y poniendo guarniciones cristianas en ellas. Es el veintidós de diciembre cuando llegan a Almería. En las afueras sale a

recibirlos el Zagal.

El Zagal era un hombre alto, de cuerpo proporcionado, ni grueso ni flaco, de semblante blanco, casi pálido, lo que resaltaba su expresión de melancolía. Su mirada era grave y sus ademanes pausados. Su porte era digno de un rey. Iba modestamente vestido con un sayo de lana oscura y una sencilla chilaba. En la cabeza llevaba un turbante blanquísimo. Venía acompañado de los notables de Almería. Cid Hiaya y Reduán Venegas cabalgaban a su lado. Cuando divisó a lo lejos al monarca castellano bajó de su caballo y caminó un rato a pie en señal de sometimiento. Al llegar al lado de Fernando le besó el pie y la mano. El rey castellano continuó montado, hizo ademán de acercarse al valiente rey moro, le abrazó y le mandó montar y cabalgar a su lado hasta encontrarse con los moros notables y la avanzadilla del ejército castellano.

Ya juntos caminan hacia Almería, unos orgullosos, alegres, victoriosos y otros tristes, cabizbajos, con gestos que delataban claramente que les invadía una profunda nostalgia. Así entran en Almería.

Al llegar a la tienda del rey se apearon y entraron el Zagal y Fernando seguidos de sus respectivos séquitos. Se había preparado un banquete regio lleno de simbolismo. Ellos dos comían solos, sentados en sillas doradas instaladas bajo doseles preciosos. El conde de Tendilla servía a Fernando los manjares en platos de oro y el conde de Cifuentes servía el vino en copas igualmente de oro. El Zagal era servido por Don Álvaro de Bazán y Garcilaso en platos y vasos de la misma vajilla. Terminado el almuerzo volvió el Zagal a Almería para preparar su entrega.

Al día siguiente miércoles el Zagal entregó a Fernando la ciudad de Almería, su alcazaba y todas sus fortalezas aún ocupadas por los musulmanes.

El día veinticuatro de diciembre llegó Isabel a Almería con su hija y su corte. Allí celebraron la Navidad.

El Zagal decidió que era el momento de entregar a Isabel y Fernando los restos de sus dominios en el reino de Granada. Dominaba aún Almuñécar y otros pueblos y fortalezas de su comarca. Era mejor terminar de una vez entregando a los monarcas castellanos lo que aún le quedaba.

Y hecho esto procede una celebración. Habían llegado al extremo del reino. Habían tomado Almería. Todos estaban muy contentos. Los ejércitos habían hecho desde Baza marcha militar. Isabel y Fernando no hubieran imaginado nada mejor. Decidieron organizar una fiestecita. ¿Qué se podría organizar para celebrar el evento? Alguien tuvo una feliz idea. ¡Una montería en Almería! ¿Quién lo hubiera imaginado?

Vamos a copiar al cronista. Qué bonito, qué naturaleza existía, cómo estaba de poblada nuestra tierra de animales y árboles, hasta en las puertas de la mismísima Almería.

E fueron el rey e la reina e la infanta, e el rey moro e la reina su muger. E el monte era ay cerca, orilla de la mar, e mataron cuatro puercos monteses, en que ovieron mucho plazer. E acaesció, que estava en el monte un lobo, e salió a lo raso; e como se vido aquexado de la gente, metiose en la mar huyendo a nado; e como aquello vido un moço de la villa de Utrera, llamado Alonso Donaire, desnudóse e echóse a nado en la mar en pos del lobo, en presencia de todos, e toda la cavallería no miraba otra cosa; e siguiólo tanto fasta que con las ondas no parescía el lobo ni el moço, e todos pensaban que eran ahogados. E dende a poco dieron buelta, el lobo delante e el moço detrás del, acarreándolo facia donde la gente estava; e llegando cerca de tierra, el rey Don Fernando entró con su cavallo en la mar fasta que le dava el agua en la cincha, e mató el lobo a lanzadas. E el moço salió e fuesse por otra parte.

(BERNALDEZ)

Es admirable hasta dónde llegaba el bosque, los animales, la naturaleza en la hoy superpoblada y seca ciudad de Almería.

Y desde Almería a Guadix que ya era de Castilla pero igual que Almería iba a tener una entrega formal por parte del Zagal. Fernando e Isabel salen de Almería el martes veintinueve de diciembre camino de Guadix, duermen en Fiñana y al día siguiente acompañados del Zagal llegan a Guadix donde los alcaides entregan a Fernando la ciudad y su alcazaba. El rey procedió al cambio de los mandos musulmanes por otros cristianos. Los moros iban a poder permanecer mudéjares en los campos y en los arrabales cercanos a Guadix. No podrían vivir en las fortalezas ni en las ciudades, solo en los campos.

El Zagal se quedó dueño de Andarax, una villa de trescientos vecinos, de sus alcarrias y de su comarca pero como vasallo de los reyes castellanos. Ya no era nada ante los castellanos. No contaba con Boabdil, no contaba con auxilios africanos, estaba solo el más valiente nazarí, escondido en la Alpujarra, gozando del precioso clima de Laujar y su comarca, del nacimiento de su río, de sus viñas, su sol y su agua.

El sábado dos de enero de 1490 salen los ejércitos para Jaén. Vuelven victoriosos. Han conseguido todos sus objetivos aunque sea a costa de muchas vidas humanas. La campaña de este año les ha costado veinte mil muertos, unos a causa de la guerra, otros por enfermedades o en los caminos. Pero continúan extendiendo los dominios de Castilla sobre tierras musulmanas. Están cerrando el cerco a Granada. Sus corazones están henchidos de satisfacción y de orgullo.

El día doce de enero de 1490 vuelven a Sevilla los pendones que llevaban el conde de Cifuentes y el asistente en la campaña. Habían salido el quince de mayo de

1489 y volvían ahora. Mucho, demasiado tiempo. Más que nunca.

Un año más terminaban una campaña tremenda porque el esfuerzo económico y social de esta guerra era bestial. No solamente hay que hablar de la guerra en sí. ¿Y el dinero que costaba una campaña tan larga y difícil? Los impuestos que debían soportar los cristianos eran confiscatorios. Cada veinte días debían pagar por un concepto o por otro unas veces los pueblos, otras los conventos o los monasterios o las hermandades. O recurrían a los dineros confiscados a los no creyentes, judíos o musulmanes.

Las gentes murmuraban porque aquello era confiscatorio. No podían soportarlo más. Pero más duro era soportar el dominio musulmán en España.

CAPÍTULO XXXII

CAMPAÑA DE 1490.

Boabdil estaba en el Salón del Trono de la Alhambra cuando su visir Yusef Aben Comixa se le acercó para anunciarle la rendición del Zagal a los reyes cristianos. El visir conocía el odio que sentía Boabdil hacia su tío y fue detallando con no disimulada maldad todos los sucesos de Baza, Guadix y Almería.

El rey Chico estaba pletórico de gozo. Nunca había deseado algo con tanta fuerza como la derrota y la humillación del Zagal. ¡Le había echado en cara tantas veces su alianza con los reyes castellanos y ahora él mordía el polvo de la humillación! ¡Era necesario celebrarlo!

Yusef Aben Comixa era astuto. Desde luego más consciente y responsable que Boabdil. Miró a su rey con sumisión, ladeó la cabeza en señal de advertencia y le dijo:

> —*La tempestad ha cesado en uno de los lados de los cielos pero puede comenzar de nuevo en el otro. Un mar agitado está bajo nuestros pies y nos hallamos rodeados por peñascos y arenas movedizas. Permita mi señor diferir estas fiestas públicas hasta haya vuelto la calma.*

Boabdil no hizo caso a su visir y mandó que ondearan las banderas en la Torre de la Vela. Acto seguido pidió que enjaezaran su caballo y salió con una gran comitiva por la Cuesta de Gomeres. Pensaba que al llegar a la ciudad los granadinos le iban a recibir con vítores y aclamaciones. En la Plaza de Bibarrambla observó a la gente visiblemente disgustada. Acababan de conocer la rendición del Zagal y la pérdida de las grandes ciudades orientales. En los ojos de los granadinos se podía vislumbrar el desastre de su reino. Pensaban, unos en silencio y otros a voz en grito, que el viejo rey Muley Hacem había sido un gran patriota y había luchado por su país hasta el último día. Boabdil había visto a su tío caer humillado y en vez de ayudarle se había alegrado de su derrota.

Boabdil debió escuchar voces llamándole traidor y renegado. El rey Chico regresó a la Alhambra y se recluyó en sus aposentos rumiando su alegría por la caída del Zagal y la tristeza por verse solo.

Fernando no tardó en enviarle sus peticiones de rendición. La primera gestión siempre había de ser entre amistosa y amenazadora. El conde de Tendilla salió hacia Granada con un mensaje del rey para la nobleza granadina. Estaba estipulado entre Fernando y Boabdil que cuando se entregaran Almería, Guadix y Baza, Granada se entregaría.

¿Por qué dirigía el mensaje a la nobleza? Porque los castellanos sabían que el rey Chico pintaba poco. Vivía encerrado en su palacio, sin autoridad para decidir. Le era imposible cumplir su promesa de rendición aunque hubiera querido.

A estas alturas, ¿quién vivía, quién mandaba en Granada?

De una parte hombres de guerra en su mayoría huidos desde los lugares conquistados, otros venidos de África para luchar y morir por su civilización y su religión. Renegados cristianos convertidos al Islam y gentes que estaban dispuestos a morir antes que caer en manos de los cristianos. Nobles musulmanes de sentimiento y religión con gran ascendiente en el pueblo, que por nada del mundo hubieran querido dejar su ciudad. Comerciantes instalados en la Alcaicería o el Zacatín, unos dedicados a la seda u otro tipo de comercio y que no deseaban una guerra que sabían iba a ser de exterminio. Por tanto un conglomerado humano explosivo. La situación de Málaga y su fin les repicaba constantemente en los oídos.

Boabdil recibió al conde pero como era de esperar se dedicó a dar excusas. Envió a Sevilla a su amigo el visir Aben Comixa para decir a los reyes que él ya no controlaba la situación en Granada y que iba a intentar convencer a los granadinos de la rendición.

Fernando envió nuevo mensaje con un ultimátum. Boabdil había roto sus pactos. El rey le retiraba su amistad. Y esta vez los granadinos se dieron por enterados, conocieron cómo Boabdil había negociado con los reyes castellanos y a punto estuvieron de quitarle de enmedio. No les quedaba otra alternativa que verse como los rendidos de Guadix, Baza y Almería o como los derrotados de Málaga. Debían escoger.

Los aventureros de Granada, los renegados y los advenedizos estaban dispuestos a morir antes de entregarse. Encima contaban con el apoyo de unos cuantos santones que les lanzaban soflamas y sermones apocalípticos.

Los comerciantes suspiraban por una paz digna que les permitiera vivir más o menos como hasta ahora.

Los nobles musulmanes, con más pájaros en la cabeza y sueños de grandeza que realismo, querían conservar a toda costa esta tierra de sus mayores.

Se organizó en Granada una fenomenal algarabía. Unos gritaban contra Boabdil llamándole traidor, cobarde y otras lindezas. Los comerciantes estaban asustados en sus tiendas, escondiendo donde podían sus tesoros, esperando el momento y la forma de salir del atolladero. Los nobles querían poner paz y reafirmar su autoridad. Sentían la obligación de preparar una guerra que era inminente.

Entre los caballeros musulmanes de Granada había uno que se llamaba Muza ben Abul Gazan. Era la antítesis de Boabdil. Fuerte, de familia real, orgulloso, diestro en el manejo de las armas, de buena presencia y don de gentes. En las reuniones de la nobleza granadina se quejaba de la forma de ser de Boabdil. Sus palabras eran de

ánimo, siempre pidiendo a los nobles que se conservara en ellos el viejo espíritu de sus antepasados. Una raza que había luchado tanto, que había edificado maravillas debía dejar de ser sumisa, cobarde y traidora.

Muza organizaba reuniones de adiestramiento militar a fin de mantener en alto los ánimos. Y al poco se convirtió en ídolo de los jóvenes y esperanza de los viejos de nuestra Granada. El viejo espíritu guerrero iba a renacer. Se organizaron correrías llamando a guerra santa por los alrededores. Se arrebataron a los pastores sus ganados para prever un cerco que estaba a las puertas. Desde luego la respuesta oficial al ultimátum de los Reyes Católicos es bastante gráfica. Les contestan que antes morirían que abandonar Granada.

Fernando tenía ya su respuesta preparada. El lunes diez de mayo Isabel, Fernando y la princesa recién casada parten de Sevilla hacia Granada. Isabel, la princesa y su corte se quedaron en Moclín. Fernando con su ejército, en el que de nuevo estaban los más grandes nobles castellanos, iniciaron su proyectada expedición de castigo en la Vega de Granada. Eran unos cinco mil de a caballo y veinte mil peones que descendieron por las sierras de Parapanda con el afán de desgastar las fuerzas y las provisiones de los granadinos. Durante diez o doce días estuvieron haciendo daño a los campos granadinos. Todo lo talaban. Las cosechas de trigo, las viñas, las huertas con sus hortalizas y hasta los grandes sembrados de habas se perdieron, quién sabe si arrasadas por el ejército o comidas por los asaltantes castellanos.

Los moros partidarios del Zagal que habían sido traicionados por Boabdil se tomaron su revancha. El rey Chico ahora tenía enfrente a los de la facción contraria. Cid Hiaya, ya cristiano, acudió a la tala como un cristiano más a vapulear a los granadinos. El Zagal, también vasallo de los reyes castellanos, acudió a la expedición de castigo con doscientos hombres de a caballo. Estaba cansado de su sobrino Boabdil y aprovechó esta ocasión para tomarse su venganza.

La ocasión era tan solemne que allí, en la misma Vega de Granada, Don Fernando armó caballero a su hijo el príncipe Juan. Doce años debía tener el chico cuando le organizaron este sarao. Fueron sus testigos los duques de Cádiz y de Medina Sidonia, enemigos irreconciliables entre sí pero los primeros en festejos cortesanos.

Además de esta ceremonia algunos hechos notables se produjeron como la toma de la torre de Roma, la actual Romilla, que realmente fue una hazaña de los moros de Baza en favor de los cristianos.

Cerca de Granada hay una pequeña aldea que se llama Romilla. Al lado hay una torre antiquísima que debía ser un puesto de defensa para prevenir los ataques a Granada.

Los moros baztetanos, recientes aliados de los cristianos, urdieron una estratagema que les dio un magnífico resultado. Reunieron unos cuantos correligionarios, tomaron unas reses y a dos cristianos a quienes maniataron como

que fueran cautivos y se dirigieron a paso ligero hacia la torre. Ya cerca comenzaron a gritar a los soldados en un perfecto árabe pidiendo les abrieran para ocultarse ya que venían, decían, perseguidos por los cristianos. Los moros abrieron la puerta a los que creían amigos que nada más dentro sacaron las cimitarras y acabaron con los pobres defensores de la torre de Roma. Se la entregaron a Fernando que se puso contentísimo con el favor que le hizo Cid Hiaya y dejó en libertad a los defensores de la torre como señal de magnanimidad.

El castillo de Alhendín también se declaró por los castellanos. Sus defensores entendieron que los tiempos cambiaban, entregaron el castillo y entraron a formar parte de la corona castellana. Fernando lo dejó equipado, colocó un capitán con doscientos hombres y hecho esto volvió a Moclín y se dirigió a Córdoba dejando como capitán general de la frontera al marqués de Villena Don Diego Pacheco.

Boabdil al conocer que el ejército castellano se había retirado pensó en contraatacar. Se habían ido los cristianos. Era hora de que tomaran la iniciativa. Eso estaban esperando los granadinos. La idea era de Muza, el mando natural de toda la caballería granadina. No tardaron mucho en organizar su ejército. Como primera providencia deciden cercar la preciosa villa de Alhendín.

Los cristianos que tan fácilmente se habían apoderado del pueblo, ante aquella avalancha de enardecidos atacantes se vieron en serias dificultades. Y eso que la guarnición que defendía el castillo era buena y hasta internacional Los cristianos estaban parapetados en su castillo. Los arqueros ingleses de lord Rivers estaban en primera linea de defensa repeliendo los ataques de los granadinos. Rápidamente comprendieron que si no les llegaba una ayuda del marqués de Villena estarían en serios apuros. Pero el de Villena estaba en Guadix reprimiendo revueltas de mudéjares y tenían bastantes problemas con eso. Cuando llegaron los refuerzos a Alhendín ya habían sido pasados a cuchillo los arqueros ingleses que defendían la barbacana. El resto de los defensores quisieron entregarse pero fueron allí mismo ejecutados. Lord Rivers se libró de esta por los pelos.

Con la toma de Alhendín se elevó la moral de los de Boabdil. Pensaban que era posible repeler los ataques y lo proclamaban a voces por las calles de Granada. Cantidad de voluntarios se les presentaron para luchar. La Vega entera, los mudéjares granadinos se levantaron en todas partes. Incluso los que se habían entregado en Guadix se volvieron la chaqueta. Iba a ser posible que los cristianos huyeran ante el empuje moro.

Los de Boabdil invadieron las tierras de la Alpujarra almeriense donde el Zagal ejercía su débil soberanía. Consiguieron un botín enorme.

El fuego estaba encendido. En Guadix los hombres de Boabdil tomaron las armas y ejecutaron sus venganzas degollando cristianos. Pero Guadix era mucho atrevimiento. El marqués de Villena informado por algunos de los partidarios de

Boabdil reunió un ejército de dos mil de a caballo y bastante gente de a pie y se dirigió a Guadix. Una vez allí pidió a los moros que salieran bajo pretexto de unas maniobras de nada. Los moros accedieron de mala gana a la pretensión del marqués, salieron a los arrabales y cuando estuvieron fuera cerró las puertas y les impidió entrar de nuevo. Ya sin defensas los accitanos debieron vagar por los caseríos y el arrabal. En Guadix estaba conjurado el peligro.

La iniciativa de Boabdil y el contraataque musulmán por el momento había sido un éxito. Sus partidarios hacían que corriese de boca en boca que los tiempos habían cambiado y que había esperanza de recuperar el antiguo esplendor nazarí.

Los más valientes caudillos, alcaides y capitanes se reunieron en la Alhambra. Había que continuar la ofensiva. Era el momento. Unos enardecían a los más débiles, otros exponían sus ideas sobre cómo continuar la ofensiva, otros insistían en ser eficaces. Unos querían dirigirse a la Malahá, donde se había trasladado desde Íllora Gonzalo de Córdoba. El Muleh y Aben Zaide decían que esa era una idea descabellada. Era imposible sorprender a un capitán tan previsor como Gonzalo. Y sobre todo ¿por qué exponerse a un peligro tan grande para conquistar una aldea tan pequeña?

Entonces levantó la voz Muhammad *el Abencerraje*, que pidió el apoyo de todos para Boabdil y sugirió atacar Almuñécar.

Boabdil entendió que era la mejor determinación. Su ejército estaba con la moral muy alta. Tomó la decisión de salir hacia la bella ciudad costera. Pero antes, para despistar a los cristianos, hizo que una columna de caballería saliera en dirección a la frontera de Jaén para simular un ataque por aquel flanco.

Un gran ejército al mando de Boabdil salió hacia Almuñécar. Una casualidad hizo que el primer objetivo se cambiara y el ejército atacara Salobreña. Al llegar a Restabal encontraron una partida de moros que conducían a varios cautivos cristianos. Boabdil quiso informarse de las defensas de su objetivo. Los moros le informan que una patrulla cristiana les había sorprendido junto a Salobreña y que la guarnición estaba sin víveres.

Boabdil decidió cambiar sus planes. Se dirigió a Salobreña, le puso cerco y ordenó disparar sus primeras andanadas de artillería. Con la ayuda de los mudéjares del lugar se apoderó de los arrabales y puso cerco al castillo.

La noticia se extendió por toda la frontera. Los capitanes cristianos corrieron a las armas. Los más cercanos fueron los primeros en reaccionar. Don Francisco Enríquez, gobernador de Vélez y Don Íñigo, hijo de Garci Manrique, gobernador de Málaga fueron los primeros en prepararse para defender la plaza sitiada.

Entretanto la situación en Salobreña era muy delicada. Todas las vegas de los alrededores estaban ocupadas por una multitud de moros que atacaban a los cristianos del castillo e impedían cualquier ayuda del exterior. Y en el interior los sitiados

debían padecer mil calamidades.

Las ayudas exteriores se iban organizando poco a poco. Los gobernadores de Vélez y de Málaga que estaban en Almuñécar consiguieron acercarse a la isleta y enviarles ayuda.

Hernán Pérez del Pulgar era el más valiente e impetuoso de los capitanes del de Tendilla. Nada más acercarse al campo de batalla pidió permiso al conde para organizar una especie de operación de comando en defensa de los sitiados. Tomó setenta hombres, fletó un barco y salió de Vélez en dirección a Salobreña. Una vez a la vista del pueblo tomó una decisión: desembarcaría en la isla con la intención de tomar esta como base de operaciones.

Pero las fuerzas de Boabdil eran muy superiores y luchaban con todas sus energías.

Pulgar estaba ya en la isleta pensando y sufriendo. Reconocía el terreno, estudiaba cómo eran las defensas enemigas y en qué momentos serían más vulnerables. Por fin tomó una decisión. Eran más vulnerables al amanecer. Y apenas rayando el alba, cuando los batallones de Boabdil sentían la modorra y la pereza de las primeras luces del día, antes del cambio de las guardias, Pulgar saltó con sus setenta soldados de la isleta en dirección al castillo y las murallas del pueblo. En la isleta quedaron sus defensores. Los castellanos del pueblo abrieron un postigo por el que penetraron Pulgar y sus hombres.

Un momento después, cuando comprobaron la maniobra, los caudillos de Boabdil gritaban llenos de furor y despecho.

Bejir era el alférez del Pendón real de Granada y uno de sus mejores soldados. Desde la muralla amenazaba a Pulgar menospreciándole y advirtiéndole de lo inútiles que eran sus hazañas. Sabía que no tenían qué comer, no disponían de agua, ni de armas y les quedaba poco que hacer dentro de Salobreña. Pulgar le contestó con sorna que disponían de víveres suficientes como para resistir.

Boabdil se enfureció hasta límites insospechados. Él y sus capitanes comprendieron que esta petulancia de Pulgar iba a serles fatal. Seguramente actuaba así porque estaba seguro de sus fuerzas. Por eso los granadinos organizaron un ataque frontal contra los de Salobreña con la consigna de matar a todo el que se les pusiera por delante.

Pulgar lo tenía todo calculado. Sus fuerzas eran escasas pero sabía que si atacaban desde el castillo y desde la isleta al par podrían hacer mucho daño a los de Boabdil al tenerlos bajo dos fuegos. Los adarves de las murallas, las puertas del castillo y la ciudad cobijaban a famélicos y desesperados luchadores que se combinaban perfectamente con los mejores hombres castellanos que habían acompañado a Pulgar.

Si rechazaban a un batallón de moros otro tomaba su lugar. Boabdil estaba seguro de conseguir la victoria. Sin embargo en uno de los asaltos, cuando intentaban escalar

la muralla, perdió la vida uno de sus mejores generales, Mohamed Lentín, alcaide de Cambil. Esta muerte hizo desanimar a los moros.

Al poco conoció Boabdil que se acercaban a toda marcha los condes de Tendilla y Cifuentes. El contador mayor de Castilla Rodrigo de Ulloa ya estaba en Almuñécar camino de Salobreña. Fernando había tomado posiciones con su ejército en el Valle de Lecrín para cortar el camino hacia Granada de los moros. Íñigo Manrique saltó de sus naves a tierra y atacó a los moros por la retaguardia.

Boabdil se sintió profundamente desanimado. Le iban a atacar por todas partes si no tomaba una determinación rápida. Levantó su ejército del cerco y por los altos de Sierra Nevada, para eludir a los ejércitos de Fernando que estaban en el Valle de Lecrín, se dirigió a Granada lleno de tristeza y pesimismo. Se le estaban cerrando todas las puertas. Era el hombre más desgraciado del mundo. Iba a perder Granada. Esta contraofensiva también había fracasado.

Adra se había declarado por los Reyes Católicos. Sus habitantes habían seguido los pasos de Cid Hiaya y eran vasallos de los reyes castellanos. Poco después muchos moros se habían rebelado contra sus nuevos dueños. Tan cerca de África no era difícil conseguir comunicación con los berberiscos del otro lado del mar. Seguramente la rebeldía tenía una pizca de esperanza de desembarcos africanos en sus costas para darles las fuerzas de que carecían. Esos desembarcos podrían ser peligrosísimos para los intereses cristianos dada la cercanía de las montañas, donde podrían esconderse y sentirse protegidos por sus moradores, casi todos mudéjares.

Cid Hiaya y su hijo decidieron poner en Adra el mismo remedio y usar la misma táctica que en la torre de Romilla, esta vez en versión marinera. Organizaron una estratagema que os voy a contar.

Un día los rebeldes de Adra divisaron en la lejanía seis naves musulmanas adornadas con banderas y gallardetes africanos. No podía ser verdad lo que veían sus ojos. Unos a otros se llamaban para comprobar que aquello era cierto. Poco a poco la incredulidad daba paso a una gran satisfacción. Ante ellos estaba la prueba de que los sultanes de Tremecén o de Fez habían organizado una expedición en auxilio de sus hermanos andaluces. Un acontecimiento importante estaba a punto de ocurrir en las costas. Había que recibir a los soldados que venían a librarlos de los malditos cristianos. Las playas de Adra se llenaron de gentes que daban gritos de bienvenida y que ganaban en intensidad conforme las naves se acercaban a tierra.

La galera capitana lanzó su ancla a una distancia prudencial de la playa. Enseguida comenzó el desembarco de un contingente militar musulmán, mandado por un capitán que se hacía notar entre sus hombres. Los habitantes de Adra seguían dando gritos de bienvenida pero sus voces se ahogaron en sus gargantas al comprobar cómo aquellos musulmanes desenfundaban sus espadas y comenzaban a ejecutar una matanza tremenda entre las gentes de Adra.

El pueblo comenzó a gritar y a preparar una difícil defensa. El alcaide de Adra se encerró en su alcazaba con intención de organizarse lo mejor posible. La escuadra se aproximó y comenzó a bombardear el castillo. Entretanto por tierra apareció un ejército que tomó a los de Adra entre dos fuegos. El alcaide comprendió que nada podría hacer y se rindió a los castellanos.

Los que desembarcaron por mar estaban mandados por Alonso Granada Venegas, hijo de Cid Hiaya, que antes se llamaba Alí Ben Omar. Las tropas de tierra estaban mandadas por el mismo Cid Hiaya, que ahora se llamaba Don Pedro de Granada. Don Alonso se apoderó del estandarte de los rebeldes. Fernando le dio permiso para ponerlo en su escudo y aún hoy aparece por doquier en el Generalife y en Granada.

Fernando sabía que las cosas estaban complicadas en Guadix. No se fiaba del Zagal ni de los moros recién convertidos. Se decidió a organizar otra correría para pacificar lo ya conquistado y atemorizar a los que se sintieran con ánimos de revancha. Reunió en Córdoba mil hombres de a caballo y veinte mil de a pie y el 20 de agosto de 1490 los lanzó sobre los alrededores de Granada. Desde la Vega pasó a Guadix y confirmó la expulsión que había hecho el marqués de Villena. Las casas del pueblo y las tierras las repartió a los castellanos. Su discurso a los moros accitanos no tiene desperdicio. Les dice que estaba enterado de su traición y les pone en la disyuntiva de delatar a los instigadores de la revuelta o irse todos de sus tierras. Evidentemente se fueron porque todos estaban en la conjura de reconquistar para los moros lo que Fernando había reconquistado para los cristianos.

> *E el rey los enbió seguros a cada uno con lo suyo donde quiso ir; e assí deliberó el rey del todo la cibdad de Guadix de manos de los enemigos de nuestra santa fee cathólica, en cabo de setecientos e setenta años que avía que la poseían e tenían, desde el tienpo del rey Don Rodrigo, que ge la ganaron e tomaron a los cristianos; e esto fue misterio de Nuestro Señor, que no quiso consentir que tan noble cibdad quedasse mudéjar en poder de moros más tienpo de lo pasado. E el rey fizo vendezir todas las mezquitas en iglesias en toda la cibdad, donde fizo luego dezir misas e oras; e dió vezindad e pobló la dicha cibdad de Guadix de cristianos, donde Jesucristo fue e es adorado como en los días antiguos, antes que fuesse de moros, o por ventura mejor.*
>
> *(BERNALDEZ)*

Tremenda, sobrecogedora esta narración del cronista. Después de setecientos setenta años los moros salen de Guadix expulsados, llorando por su ciudad. Guadix también se quedó sola como Málaga, como Marbella o Ronda. Luego Fernando se

reunió con el Zagal. Su situación era compleja. Se había quedado en Andarax en una concesión de Fernando para obtener Guadix y Baza. Sin embargo solo los conversos tenían asegurado el futuro en nuestras tierras. El caudillo de Baza Cid Hiaya, converso él y su familia, pronto se adaptaron a la nueva vida. Los mudéjares del Zagal tenían mucho más complicada la subsistencia. Se pusieron contra él y comprendió que ya no tenía sitio en su tierra. El Zagal dejó las tierras granadinas y se marchó para África donde acabó sus días, como Motamid el gran rey sevillano. Ya siempre añoraría su Granada. Iba a morir desterrado como el gran sevillano.

Fernando, acabada su tarea, salió para Córdoba. Los moros que quedaban, desde las atalayas que salpican aún el camino, estarían espiando temerosos de que se detuviera un ejército tan poderoso y exterminador.

Hemos hablado de Pulgar. Su fama aún hoy corre de boca en boca. Se le compara a los grandes adalides medievales. Todo el mundo conoce que su hazaña del puñal y el cartelito con la inscripción AVE MARÍA es una de las más nombradas de la conquista de Granada. Se canta aún en los púlpitos y en los cuarteles. Vamos a explicarlo.

Es el diecisiete de diciembre de 1490. Pulgar residía en Alhama. Era un hombre valeroso y listo por lo que era necesario allí. Y de allí salía para sus correrías. En Alhama se pasaba sus días de descanso y de asueto.

Nuestro héroe, en un día de esos de libranza militar, estaba en la plaza del pueblo con un grupo de hidalgos amigos tomando el sol de invierno en una recacha, contando sus batallas y escuchando las ajenas. Cada uno contaba sus aventuras. Emplear el tiempo libre en contar batallitas era lo propio de un hidalgo castellano decente. Uno contó una cosa que a todos pareció una barbaridad.

> —*Yo he luchado contra muchos jinetes granadinos a las mismas puertas de Granada.*

Otro iba más lejos.

> —*Pues yo he clavado una daga en las mismas puertas de la ciudad.*

Por supuesto que ninguno de los contertulios creía una palabra de lo que contaban los otros. Pulgar, que solía hablar el último, comenzó a señalar a quince de lo más valientes.

> —*¡Tú, tú, tú y tú! ¿estáis dispuestos a seguirme? Voy a entrar en Granada a pegarle fuego.*

Los quince señalados le miraron con cara de incredulidad y le preguntaron:

—¿Tú has bebido?

Ya sabemos lo que ocurre con esas bravuconadas en la plaza de los pueblos. Empiezan a decir que si tú no tienes pantalones de acompañarme, que si eres un calzonazos, el caso es que Pulgar, acompañado de sus quince compañeros, salía de Alhama al amanecer del día siguiente con la euforia y la decisión reflejada en sus gritos y en sus ademanes. Una vieja, al ver la facha de los expedicionarios, se asomó a una ventana y se dio cuenta de que iban a hacer alguna insensatez. Al verles así, tan decididos, gritó a los acompañantes de Pulgar:

—¿Con Pulgar is…? ¡La cabeza llevais pegada con alfileres!

Nuestros amigos caminaron hasta la Malahá y allí buscaron una sombra para pasar el día, más o menos ocultos. Más de uno pensaría que Pulgar iba a volverse en cualquier momento. Sin embargo al caer la tarde mandó recoger un par de haces de retama para incendiar Granada y así salieron para nuestra ciudad. Era ya casi de noche. Sin ser vistos ni oídos continuaron su caminar y se acercaron a la muralla de Granada por la parte de Bibataubín. Luego marcharon por el cauce del Darro y llegaron hasta el Puente de Paja, por la actual Puerta Real.

Seis de los locos estos se quedaron allí agazapados y con el corazón latiendo a mil por hora. Pulgar, seguido por los restantes y guiado por un criado suyo, antiguo moro granadino a quien había bautizado con el nombre de Pedro Pulgar, avanzó por el cauce del río, la actual Calle Reyes Católicos, saltó por unas acequias de desagüe, cruzó en silencio las calles oscuras y llegó a la puerta de la gran mezquita. Se arrodilló en sus puertas, desenrolló un pergamino que tenía pintado el símbolo del AVE MARÍA y lo clavó con su puñal en las chapas de la puerta. Acto seguido se dirigió a la cercana Alcaicería para incendiarla con la leña que había recogido. Pero el encargado de llevar la tea, un tal Tristán de Montemayor se había dejado los arreos de quemar en la puerta de la mezquita.

Contrariados con el olvidadizo Montemayor le pidieron que hiciera fuego como habían convenido. Estamos hablando del año 1490, no había cerillas ni cócteles molotov ni un mal encendedor de butano, así que sacaron eslabón y pedernal que aplicaron a un trozo de cuerda cualquiera. Tarea ardua y peligrosa en plena noche de invierno en la Alcaicería granadina. ¡Por cualquier calle apareció una ronda de moros!

Nuestro olvidadizo Tristán agarró su espada, se lió a mandobles con los asustados moros, mató a algunos pero el alboroto obviamente fue notable. Nuestros amigos, con

Pulgar a la cabeza, afortunadamente no quemaron Granada. Salieron por píes Darro abajo, saltaron por donde pudieron las murallas y llegaron a Alhama con una hazaña mas que contar en sus ratos de recacha al sol de invierno en la plaza del pueblo.

Obviamente contaron a los cuatro vientos lo del cartelito de AVE MARIA y el asunto pasó a ser un acto de fervor mariano de quien afortunadamente había olvidado la yesca y el eslabón y no pudo quemar Granada.

El rey colmó de distinciones a nuestros hombres. A Pulgar le concedió tener asiento de honor en el coro de la catedral granadina. Está enterrado en el lugar que existe entre las dos puertas, del Sagrario y la Capilla Real actual.

CAPÍTULO XXXIII

AÑO 1491. ATAQUE DEFINITIVO A GRANADA.

El día once de abril de 1491 sale de Sevilla la última y definitiva expedición para la conquista de Granada. Gran parte del reino nazarí estaba ya en poder de los reyes cristianos. Les quedaba por conquistar parte de la Vega, los lugares más inaccesibles como el Valle de Lecrín y la Alpujarra y por supuesto la ciudad.

Granada ya no contaba con sus defensas. Sus castillos eran cristianos. Era una cabeza sin cuerpo y sin brazos. Sin embargo aún iba a dar guerra. Le quedaban jinetes capaces de luchar y morir por su civilización.

Decíamos que el once de abril de 1491 sale de Sevilla un gran ejército. Nada menos que cuarenta mil infantes y diez mil de a caballo. Viene también la artillería. Vienen Fernando, Isabel, el Príncipe Don Juan, la Infantas doña María y doña Catalina. Están todos los grandes y nobles castellanos encabezados por el marqués de Cádiz, el maestre de Santiago, el marqués de Villena, los condes de Cabra, Tendilla, Cifuentes y Ureña, Don Alonso de Aguilar y muchos otros.

El primer día llegaron hasta Carmona, el siguiente hasta Córdoba y desde allí a Alcalá la Real donde quedó Isabel con sus hijos. El miércoles veinte de abril salió Fernando de Alcalá y dividió el ejército en dos partes. Unos pasaron por Loja y otros por Íllora. Ambos se reunieron después en Pinos Puente. Fue un paseo militar.

Entretanto se produce una importante reunión en la Alhambra. Boabdil celebró un consejo para preparar la resistencia. Una mañana de primavera van subiendo las cuestas los alcaides y alfaquíes más notables del reino. Mientras caminan hacia el salón donde se verán con el monarca se van comunicando las nuevas sobre las posiciones de los castellanos. Unos transmiten pesimismo, otros quieren comunicar su esperanza, todos saben que la reunión es decisiva. Enseguida hace su entrada Boabdil. En su semblante se ve valentía que emerge de un profundo pesar. Cuando se ha hecho silencio entre los asistentes les dirige estas palabras:

> *—Vosotros sois el amparo del reino. Vosotros los que vengareis, con la ayuda de Alá, las injurias hechas a nuestra religión, las muertes de nuestros amigos y parientes y los ultrajes de nuestras hijas y esposas. Disponed lo que convenga en esta guerra. De vosotros depende la salud común y la seguridad de la patria y nuestra libertad.*

A continuación dio la palabra al wacir Abu Cacim Abdel Muleh que expuso cuál era la situación de la ciudad y sus posibilidades de defensa. Les dijo cómo andaban las provisiones y cómo estaban los almacenes en cuanto a alimentos, armas y

municiones. El wacir les dio detalle de todo. Incluso hizo una estimación de cómo estaban los almacenes de las casas particulares por si fuese necesaria una requisa general. Luego les informó sobre las posibilidades de reclutar a los hombres en edad de manejar las armas, cuya relación detallada poseía. Sin embargo, conocedor de la cantidad de motines que habían organizado los granadinos contra sus reyes, sintió un gran desánimo y dijo:

> *—Mucha es la gente. Pero ¿qué hemos de esperar de unas turbas licenciosas que amenazan enfurecidas durante la paz y huyen y se esconden en los momentos de peligro?*

Allí también estaba Muza Abul Gazan que al escuchar estas palabras dijo:

> *—No hay que desconfiar si se dirigen nuestras fuerzas con inteligencia y valor. Tenemos batallones de a pie. Tenemos bravos escuadrones acostumbrados a feroces combates. Tenemos veinte mil jóvenes cuya inexperiencia en el manejo de las armas se suple con la fuerza que inflama sus corazones. ¡Aún la patria tiene defensores!*

Las últimas palabras de Muza fueron casi un grito que encendió los ánimos y levantó la moral de todos los asistentes, incluido Boabdil. ¡Había que pasar a la acción! El visir quedó encargado de preparar las armas y de los alistamientos. A Muza se le encargó el mando de la caballería, la dirección de las escaramuzas y la defensa de las puertas de Granada. Le ayudarían en esta tarea Naim Radúam y Mohamed Aben Zayde. Las murallas quedaban al cuidado de Abdel Kerim el Zegrí. Los alcaides de la Alcazaba y las Torres Bermejas quedarían al mando de ellas. Mohamed Zair Ben Atar mandaría una división de caballería ligera, dedicada a hostigar al enemigo, sorprender sus convoyes y distraerle con rápidos movimientos.

¿Y la puertas de Granada? Los puntos más sensibles de la defensa estaban teniendo un tratamiento especial. Grandes cerrojos y enormes palancas cerraban las puertas de la ciudad. Muza dijo que esos cerrojos y palancas eran señal de cobardía. Los mejores cerrojos, palancas y murallas, dijo, eran los pechos de los orgullosos musulmanes. Mandó que se abriesen de par en par. Ya colocaría él retenes de soldados veteranos para guardarlas. Además, un escuadrón de tres mil jinetes estaría siempre con las armas y las cabalgaduras preparadas para lanzarse a pelear en cualquier lugar y momento en que fuera necesario.

Otra conclusión de la reunión en la Alhambra fue encargar a Muza que se mantuviera una disciplina férrea para tener a raya a cobardes y díscolos.

Al salir los reunidos respiraban aliviados. ¡Lucharían hasta morir!

Pero los oídos de Fernando eran grandes. Los moros renegados hicieron llegar al cristiano todos los pormenores de esta importante reunión. Conoció de la determinación de los granadinos en defensa de su tierra. Y como era de esperar tomó sus medidas.

Atacar Granada frontalmente le podía costar mucha sangre y dinero. Todas las ayudas que los granadinos pudieran esperar estaban cortadas. Por todas partes estaban cercados excepto por el Valle de Lecrín y la Alpujarra.

El Valle era rico en toda clase de provisiones. Y la Alpujarra, además de ser un lugar mítico e inexpugnable, estaba muy poblada. Ningún ejército cristiano había penetrado en esa agreste tierra. La Alpujarra era un lugar temible. Se podrían reclutar allí treinta mil hombres para defender a los granadinos.

Fernando tomó la decisión de atacar el Valle y la Alpujarra para asfixiar Granada. El marqués de Villena y el duque de Escalona fueron los encargados de esta operación. Tomaron tres mil hombres de a caballo, diez mil de a pie y penetraron en el Valle.

Fernando estaba muy preocupado por los posibles refuerzos que pudieran venir de la Alpujarra. Abandonó su real en la Vega y se acercó a la entrada del Valle para evitar que el marqués fuese atacado por la espalda. Al llegar a Padul se encontró con el marqués que venia de vuelta con un grupo de cautivos y ganados conquistados en el Valle.

Fernando después de escuchar al de Villena y felicitarle por su hazaña decidió seguir adelante hasta la misma Alpujarra. Sólo que al salir el ejército del Padul se dio de cara con los hombres de Mohamed Zahir Ben Atar, el que encontramos en la célebre reunión de la Alhambra. De acuerdo con lo que se le encomendó entonces debería entorpecer las acciones de los ejércitos cristianos. Y como la información les funcionaba muy bien conocía que tenían intención de atacar la Alpujarra. Ben Atar organizó su réplica para entorpecer estos intentos.

Fernando dispuso que los condes de Tendilla y Cabra le plantasen cara. La batalla fue encarnizada. Los castellanos avanzaron cargando contra los moros, se entabló una lucha dura y larga en la que murieron bastantes de uno y otro bando. Por fin Zahir Ben Atar decidió retirarse a defender Beznar, Tablate y Lanjarón, apostándose en los desfiladeros y barrancos del río. En efecto, cuando un grupo de jinetes y de hombres de a pie venia en descubierta matando a los moros del Valle fue atacado por un pelotón de paisanos que, conocedores del terreno, se habían apostado en los desfiladeros.

Fernando ordenó seguir hasta la Alpujarra. Y eso hicieron sus hombres. Pero ¡no conocían el terreno que estaban pisando! Se dieron de narices con el barranco de Tablate y con un puente estrechísimo que salvaba el barranco y que aún hoy nos hace mirar con recelo hacia abajo. El miedo les hizo cambiar de idea.

Los moros alpujarreños habían reunido un gran ejército que les estaba esperando en Lanjarón y que les iba a dar su medicina. Fernando debió recordar el desastre de la Axarquía y mandó que sus ejércitos volvieran al Padul. A todo esto su ejército seguía siendo molestado en su retirada por los hombres de Zahir. Él era un hombre prudente. No se exponía a peligros innecesarios. Decidió volver a las tierras abiertas de la Vega. Buscaría un buen lugar para instalarse y hacer que sus ejércitos estuvieran seguros frente a ataques exteriores. Buscó con detenimiento y lo encontró. El Pago del Gozco sería primero el campamento y luego una ciudad que la reina llamó Santa Fe.

Había que dar cobijo a un ejército de cincuenta mil hombres de los que diez mil era caballería, a veinte mil animales entre caballos de monta, mulos, bueyes y otros. Allí iba a instalarse la nobleza española y los embajadores extranjeros. Al frente del campamento, Fernando, Isabel, sus hijos e hijas. Pero por encima de todo aquello era un campamento militar y como tal procuró Fernando que se estableciese. Debían sus hombres estar bien defendidos de las posibles acometidas de los granadinos.

Los moros se dieron cuenta de que las intenciones de los castellanos eran más firmes que nunca. Al contemplar cómo construían aquellos muros sintieron una mezcla de rabia y desprecio. Rabia porque pensaban que habría que atacarles con todas las fuerzas de que eran capaces. Sentían un odio infinito hacia aquellos invasores. Y desprecio…, escuchad lo que decía un historiador árabe al ver los fosos que rodeaban Santa Fe:

> *Los cristianos cercaron sus reales de fosos y cavas como valladar que les protegiese, mostrando así más resolución para no levantar el campo que valor para defenderle.*

Ya estaban fortificados los reales. Se habían colocado las tiendas de los caballeros. Las barracas de los soldados se habían establecido en hileras. Ahora debía venir Isabel. La reina partió de Alcalá la Real acompañada de sus hijos, servidores y acompañamiento. Fue recibida por todos los grandes de España. Siempre era así. La llegada de Isabel era signo de determinación. Sus ejércitos, con esta venida, entendían que la victoria era segura. Seguramente habrían de sufrir aún bastante pero ganarían Granada.

¿Dónde aposentar a la soberana? Esto era, al fin de cuentas, un campamento en medio de la Vega. El más eficaz de los generales de Fernando era el marqués duque de Cádiz, que le ofreció su tienda.

Fernando, Isabel, sus hijos e hijas, todos los grandes vivían en Santa Fe. Aquello comenzó a ser como una feria. Los caballeros y las damas de la corte caminaban por el real, cabalgaban arriba y abajo para ver a lo lejos la ciudad que anhelaban conquistar. Porque Granada era como un paraíso soñado por los castellanos. Habían

oído hablar de sus jardines, sus palacios, sus patios, sus mezquitas, sus montañas. Todos los viajeros que habían conseguido entrar en la ciudad volvían contando encantos y sueños. Otros, aunque sólo la hubieran visto desde lejos, volvían cantando sus maravillas. Los guerreros, los caballeros, los cortesanos, los poetas, y por supuesto los reyes sueñan y añoran Granada. No puede extrañar que el gran músico y poeta del momento, Juan de la Encina, cuando se tomó Granada, cantara exultante un villancico que dice:

Levanta, Pascual, levanta,
aballemos a Granada
que se suena que es tomada.

Isabel tuvo el deseo de ver Granada como le ocurrió en Málaga y en Baza. Le organizaron una excursión a La Zubia. Isabel debía ser una mujer inquieta. Le gustaba ver todo. Isabel conocía los romances de Abenamar y los relatos del rey Juan, de Álvaro de Luna y de tantos viajeros que traían noticias de una ciudad de ensueño que se llamaba Granada. Ella, recordadlo, antes de la conquista, había contemplado Málaga desde el impagable mirador de Monte Sancha. Luego había querido ver desde una explanada la ciudad de Baza aquél día memorable en que Cid Hiaya hizo desfilar a sus soldados ante ella. Ahora deseaba ver Granada. Todos fueron a acompañarla. Desde el marqués de Cádiz hasta el último. Cabalgaba la reina acompañada del rey, de sus hijos, sus damas y hasta el embajador francés que andaba por Santa Fe no quiso perderse la ocasión de ver Granada. Se dirigieron hacia la preciosa aldea de la Zubia.

Todos los hombres del rey estaban escoltando esta visita. Y se organizaron bien. Unos se situaron en la falda de la montaña, otros frente a las murallas de Granada dando perfecta escolta a la soberana.

La familia real se aposentó en una casa de las más bonitas del pueblo y se pusieron a contemplar desde una ventana las vistas maravillosas de Granada. Les hubiera gustado tener a su lado a otro Abenamar que les explicara los encantos de la ciudad en otro romance. Las damas contemplaban las torres de la Alhambra semiocultas por los árboles. Pensaban que dentro de poco los reyes iban a tomar posesión de aquella maravilla.

Estaban contemplando la ciudad cuando oyeron el estruendo de los tambores y los atabales de guerra de los granadinos. Al poco pudieron ver avanzar hacia ellos un ejército moro con banderas desplegadas y a paso ligero.

Los moros conocían los movimientos del ejército castellano. Les habían visto salir del campamento, sabían que iba toda la corte y se aprestaba a darles una lección. Se trataba de una división completa. Iban algunos batallones de a pie armados con

arcabuces y ballestas, una compañía de artillería con dos cañones y un escuadrón de caballería.

Las damas de Isabel comenzaron a hacer lo normal de estos casos que era asustarse. Ella debió darse cuenta de que había metido la pata como en Monte Sancha. Había comprometido a sus hombres. Envió a decir al marqués de Cádiz que se evitara la pelea. No deseaba que por un capricho suyo se derramara sangre.

El marqués y los demás nobles, en principio, obedecieron a la reina. Se organizaron para hacer frente a los granadinos pero con intención únicamente de defenderse. Toda la mañana estuvieron soportando impávidos las provocaciones e insultos de los musulmanes. Pero viendo que no conseguían sacar a los castellanos de sus defensas colocaron sus dos piezas de artillería y comenzaron a disparar.

El marqués de Villena decidió enviar lanceros a acallar las piezas de artillería. Sin embargo le respondieron con fuerzas superiores, con lo que los lanceros castellanos debieron volver a sus líneas.

Era medio día. Un día de esos de calor seco granadino. Y los castellanos no supieron contenerse por más tiempo. La reina les había mandado no atacar pero aquello era demasiado. Tuvieron tiempo para pensárselo y se organizaron bien. El marqués de Cádiz con mil doscientos lanceros atacó por el centro. El conde de Tendilla atacó por la derecha. El conde de Cabra, Don Alonso de Aguilar y Don Alonso Montemayor por la izquierda. Era una embestida muy pensada. Los castellanos arrollaron la infantería mora y apresaron las dos piezas de artillería. La batalla se generalizó y poco a poco arrollaron y mataron a bastantes moros que salieron huyendo hasta Granada en cuyas puertas paró el ímpetu de los castellanos. Mataron en poco rato más de setecientos moros. Entre heridos y prisioneros se contaron más de dos mil. Los castellanos acabaron haciendo una carnicería en sus enemigos.

Entretanto Isabel, Fernando, sus hijos y sus dueñas estaban más asustados que otra cosa en la casa del célebre laurel. Se dedicaron a rezar y a mandar que las damas rezaran al Dios de los ejércitos. Como no disponían de teléfonos móviles que les informaran sobre los acontecimientos hubieron de contentarse con ver desde lejos la polvareda. Sabían que se luchaba pero ignoraban si iban a acabar en un guiso con laurel y todo o se iban a colocar en la cabeza los laureles de victoria. Parece que Isabel rezaba y rezaba. Esta vez, como les acompañaba el embajador francés, implicó en el rezo a su pariente lejano San Luis, rey de Francia. Como el asunto funcionó razonablemente bien Isabel mandó que se edificara una iglesia en honor de San Luis.

Cuando se acabó la batalla y vieron venir a sus ejércitos victoriosos dieron un respiro enorme. Salieron de la casa y de la sombra del laurel para recibir al duque que se acercaba a darles el parte de guerra. El marqués dijo:

—Señora, de Dios e de la buena ventura de vuestra alteza se cometió este desbarato.

Isabel y Fernando dieron un suspiro y contestaron con modestia:

—Duque, antes avemos sido servidos de vuestra buena dicha por lo vos ansí ayer cometido.

Isabel, ya tranquila y sin moros en la costa, decidió echar un último vistazo a Granada y volver a su campamento de Santa Fe.

Pero el día no acabó aquí. Muchos moros volvieron a Granada. Muchos cristianos volvieron a Santa Fe pero no todos. El conde de Ureña, Don Alonso de Aguilar, su hermano Gonzalo de Córdoba y el comendador de Calatrava con cincuenta aventureros se quedaron escondidos en los alrededores de Armilla. Sospechaban que los moros volverían al campo de batalla a reconocer el terreno y enterrar a sus muertos. Albergaban las aviesas intenciones de matar a los que viniesen a dar piadoso entierro a sus muertos y mandarles de paso al mismo lugar. Pero no contaban con que un moro estaba subido a un árbol, seguro que temblando de miedo y descubrió las intenciones del Gran Capitán. Obviamente comentó con sus paisanos las intenciones de los castellanos, dónde estaban escondidos y sus propósitos. Y cuando era oscuro como la boca de un lobo los cristianos se vieron cercados y atacados por todas partes, sin ver el terreno que pisaban ni la salida de aquél atolladero. Los moros estaban enfurecidos con el desenlace de la batalla de la mañana y deseaban vengarse. Los cristianos comenzaron a huir sin saber por dónde, a meterse en hazas encharcadas de agua de riego y a recibir cuchilladas sin saber de dónde les venían.

El Gran Capitán se encontró sin caballo, hundido en el barro de las acequias, cubierto de él hasta las cejas, amenazado y cargado con su armadura que le pesaba lo indecible. Se vio en las últimas. Menos mal que apareció Íñigo de Mendoza, deudo de su hermano, que al verle le prestó su caballo y le dijo:

—Tomadle, señor, ca de pie non vos podréis salvar, lo que yo sí. Y si muero acordaos de mi mujer y de mis hijas.

Gonzalo tomó la palabra al pobre Íñigo, montó en el caballo prestado y salió corriendo a más correr de allí. Claro que antes de alejarse mucho pudo escuchar cómo los moros mataban a lanzadas al que le había salvado la vida. Volvieron por fin a Santa Fe más asustados de lo que hubieran vuelto en su momento y supongo yo que el pobre Don Íñigo desde el cielo vería cómo el Gran Capitán cuidaba de los suyos.

Los granadinos a partir de entonces ya cerraban las puertas de la ciudad con

barras y cerrojos. Y salían menos a dar paseos por la Vega.

Granada, 8 de julio de 1491. Fernando estaba empeñado en que supieran los granadinos de su total determinación de tomar Granada. Hasta ahora sus incursiones por la Vega se habían limitado a zonas algo apartadas de Granada. Los caseríos cercanos, donde aún entonces pasaban una parte del verano los nobles granadinos, estaban intactos. Fernando decidió atacar cerca de los muros de la ciudad.

Boabdil también tenía una información perfecta de lo que ocurría en el campamento cristiano. Un mudéjar que tenía acceso al campamento conoció las intenciones de Fernando y corrió a Granada a informar al rey. El rey Chico decidió personalmente enfrentarse a los cristianos en esta incursión. A primera hora de la mañana lavó y perfumó su cuerpo como solían hacer los buenos musulmanes antes de una batalla. Vistió su arnés en la antesala de Comares y se despidió de su madre que le dio su bendición. Luego besó a su esposa, su hijo y su hermana. Y entre los sollozos de las mujeres y el murmullo de sus cortesanos montó su caballo y salió de la Alhambra.

Los cristianos habían entrado por Albolote y avanzaban por Aynadamar. Boabdil ordenó atacar a los cristianos parapetándose entre los olivares. Él mismo atacó con valentía. Pero su infantería estaba sin moral y sin fuerzas después de las derrotas anteriores. Sus caballeros igualmente estaban sin fe en el triunfo. La infantería se retiró hacia Nivar y Víznar. La caballería reservó los pocos arrestos que le quedaban para huir hacia Granada. El mismo Boabdil estuvo a punto de morir o caer prisionero. Se libró gracias a su caballo que le llevó al galope tendido hasta alcanzar la Puerta de Elvira, desde donde subió, una vez más, triste, derrotado, a la Alhambra.

Santa Fe se iba convirtiendo entretanto en una ciudad populosa. Y todo el mundo estaba maravillado al ver el orden, la abundancia y el buen hacer en el abastecimiento del campamento, confiado todo a la eficacísima cooperación de dos insignes hebreos. Los convoyes iban y venían en los plazos señalados y los precios se mantenían inalterables, como si estuvieran en las alcanas de Córdoba, Burgos o Toledo.

Es el mes de julio de 1491. Hablemos de dos accidentes. En primer lugar del incendio del campamento.

Es jueves día catorce. Ya ha caído la noche y todo el mundo se va retirando a sus aposentos. Poco a poco se apagan los grandes hachones que alumbran las calles rectilíneas del campamento. Un rato después también se van apagando las velas que dan luz a los lechos y los camastros.

Isabel ha terminado de rezar sus oraciones y se ha acostado. Hace calor. Una vela que debe mantenerse encendida toda la noche no la deja dormir. La reina da vueltas en su cama buscando la mejor postura para descansar y no lo consigue. La vela la ilumina y no la deja conciliar el sueño. Entonces llama a una doncella que acude con prontitud aunque está también medio dormida. Le pide que coloque la vela en un

lugar que no ilumine directamente su cara. La doncella coloca la vela un poco más lejos, ya cercana a los grandes cortinajes de seda de la tienda real. La reina cae rendida por el sueño. La doncella debió colocar la vela cerca de las cortinas de seda que se movían con la brisa de la noche. Una llama, al principio pequeña y enseguida enorme, prendió en la tienda de Isabel. Con inusitada rapidez se prendieron las tiendas cercanas.

Isabel despertó asustadísima. Tomó un pequeño cofre donde guardaba sus papeles secretos y corrió a la cercana tienda de su marido. Fernando, a medio vestir, tomó su lanza, su adarga, sus corazas, montó a caballo y dio órdenes para que prepararan las mulas donde montar a su esposa y sus hijos. Quería alejarlos del campamento inmediatamente. Estaba seguro de que el incendio era una treta de los moros que atacarían en cualquier momento. Había que prepararse para una refriega.

El viento iba haciendo general el fuego. La confusión era tremenda. Las trompetas y los redobles de tambor se mezclaban con los gritos de los soldados queriendo apagar el fuego. Las damas corrían de un lado a otro medio desnudas. Los soldados se alineaban y los jefes daban órdenes a su tropa. El marqués de Cádiz tomó tres mil hombres de a caballo y se adelantó por el camino de Granada.

Los moros al ver el fuego en el campamento y todo iluminado pensaron que era alguna estratagema de los cristianos que de un momento a otro iban a atacar Granada.

Poco a poco se serenaron los ánimos al ver que el asunto terminaba en un fuego tremendo, pero nada de ataques. Los caballeros iban recogiendo sus enseres bastante chamuscados. Muchos perdieron joyas y piezas de valor, entre ellos Juan de Coloma que estaba ayudando a Colón en su tarea de convencer a Isabel para el descubrimiento de un nuevo mundo.

A la mañana siguiente, para que los moros tuvieran claro que no había pasado nada, un ejército cristiano caminó hacia Granada en son de provocación. Así dejaron sentado que el asunto había sido un puro incidente.

Ese mismo mes de julio tuvo la familia real una gran desgracia. El yerno de los reyes, casi recién casado, corriendo en su caballo cayó al suelo y murió. La infanta vino a Santa Fe con sus padres para compartir con ellos estos ratos tan amargos.

¡Castigo de Dios! que dirían los judíos tras la expulsión. Evidentemente fue una tremenda desgracia. Isaac Cardoso, un judío descendiente de los expulsados por los Reyes Católicos escribió un libro titulado *Excelencias de los Hebreos*. Describe minuciosamente la muerte de Don Alonso y dice que fue un castigo por la maldad de Fernando e Isabel.

Se acercaba el invierno. ¿Dejarían los cristianos el campamento del Gozco? Los Reyes Católicos tomaron una decisión única. Construirían una ciudad para asediar otra ciudad. La destrucción por el fuego del campamento inclinó a Fernando a edificar casas en vez de tiendas, una ciudad en el lugar del campamento quemado.

Con una rapidez prodigiosa se fundó una ciudad cercada de fosos. Tendría cuatro puertas y una plaza de armas. Los grandes castellanos se pusieron manos a la obra. En ochenta días quedó edificada una ciudad de cuatrocientos pasos de larga y trescientos doce de ancha. En cada cuartel relucía el nombre de su fundador. El ejército pedía que esa nueva ciudad se llamara Isabela. Ella decidió que se llamara Santa Fe.

Agosto, septiembre y octubre de 1491 fueron meses tremendos para los sitiados. Faltaba comida y autoridad. El hambre campaba por Granada y las turbas se habían apoderado de las calles. No les quedaba más posibilidad que robar a los ricos para poder comer y quejarse de una monarquía que les había colocado en una situación tan lamentable.

Boabdil convocó en la Alhambra una reunión con los capitanes, los alcaides de las fortalezas, los comerciantes y los principales de Granada. A esa reunión concurrieron todos. El rey Chico les pidió que se sometiera a discusión cómo salir con bien de aquél atolladero.

El alcaide Abul Cacim el Muleh tomó la palabra. El tono de su voz era de abatimiento y su retrato de la situación bastante negro. No veía otra solución que entregarse a los cristianos para evitar males mayores. Sus afirmaciones eran enseguida apoyadas por los alfaquíes y los ancianos que tenían claro que no existía otra salida. Todos los reunidos decidieron que fuera el mismo Abul Cacim el que acudiera a Santa Fe a proponer soluciones pacíficas a los castellanos.

Boabdil quedó un rato en silencio. Se notaba en su rostro dolor e indecisión. Por fin accedió a los deseos de los congregados. Al día siguiente se presentó en Santa Fe Abul Cacim. Los reyes le recibieron enseguida colmándole de atenciones y él les fue enumerando los deseos de la asamblea a la que representaba. Deseaban entregarse y entregar la ciudad pero conservando sus bienes, su religión y sus costumbres.

Isabel y Fernando acordaron que representantes suyos, de Boabdil y de la asamblea de notables negociaran la rendición.

Así se hizo. Poco después se iniciaron las conversaciones. Representaban a los reyes por parte cristiana Gonzalo de Córdoba y el secretario Hernando de Zafra. Por parte granadina negociaban el propio Abul Cacim y Aben Comixa. Para asegurar la buena fe de los granadinos entregó Boabdil como rehén a su propio hijo y a otros jóvenes que fueron llevados por los cristianos a Moclín.

Las dos comisiones se reunieron en secreto en algún lugar cerca de Churriana. No querían ser descubiertos y cuando se encontraban era de noche y escondidos. Un espía moro que se llamaba Hamet Holeilas les servía de enlace. Se discutió mucho por ambas partes. Al fin se llegó a la redacción de un documento aceptable.

La parte musulmana entregaba la ciudad, sus torres y sus fortalezas. Esta estipulación luego se cumpliría escrupulosamente.

La parte cristiana se comprometía a lo siguiente:

Los musulmanes conservarían sus bienes y haciendas. Tendrían libertad de comercio sin pagar más impuestos que los establecidos por la ley musulmana. Se respetarían los ritos musulmanes, se respetarían las mezquitas y seguirían entonando su oración los muecines desde los minaretes. Seguirían conservando sus cultos y sus rentas sin que nadie pudiera alterar estos menesteres. Los cristianos no podrían entrar en las mezquitas sin permiso de los alfaquíes. La justicia entre moros se impartiría por jueces musulmanes. Si habría de impartirse justicia entre moro y cristiano se haría con jueces de ambas jurisdicciones. Los alfaquíes seguirían enseñando en las escuelas públicas el Corán y percibiendo sus limosnas sin que los cristianos pudieran interferir esta actividad. Se respetarían los matrimonios mixtos y las conversiones sinceras a la fe musulmana. Los judíos de Granada y la Alpujarra tendrían los mismos derechos que los musulmanes. Se entregarían recíprocamente los cautivos. Se respetarían las acequias de aguas limpias sin que nadie pudiera lavarse en ellas ni arrojar inmundicias.

Pues los cristianos no cumplieron absolutamente ninguna de sus estipulaciones. Todo fue simplemente ignorado. ¿Hipocresía? ¡Seguro! Se trataba de tomar Granada y se firmaba cualquier cosa con tal de conseguirlo. Por lo demás el objetivo estaba claro. Se trataba de unificar España en lo político y para ello era imprescindible la unión racial y religiosa.

A Boabdil, su esposa Moraima y sus hijos, para Aixa y sus hermanos les concedieron huertas, molinos, baños, y todo lo que pudieran desear. Les dieron las comarcas de Berja, Dalías, Laujar, Andarax, Ugíjar, Órgiva, toda la Alpujarra.

Abul Cacim fue con los documentos a Santa Fe donde se firmaron por Isabel y Fernando. Luego Fernando de Zafra partió para Granada a fin de que el documento fuera firmado por Boabdil y su Consejo.

El Consejo de Boabdil, su Mexuar, se reunió enseguida. Los asistentes sintieron una profunda tristeza. A pesar de las promesas y las estipulaciones tenían claro su fin. Algunos lloraban, otros sentían una rabia infinita. Muza se dirigió a los asistentes diciendo:

> *—Señores: Dejad, dejad para los niños y las damas ese llanto inútil. Seamos hombres y tengamos corazón para derramar sangre y no lágrimas. Hagamos un esfuerzo desesperado y ofrezcamos nuestros pechos a las lanzas enemigas y hallemos honrosa muerte en el campo de batalla. Seguidme. Yo estoy dispuesto a acaudillaros. Ejecutemos una proeza que haga famosos nuestros nombres mientras dure el mundo y por la cual nos cuente la posteridad en el número glorioso de los que murieron por defender su patria y no en el de los que conservaron su vida*

para presenciar su entrega.

Cuando Muza terminó su parlamento todos se quedaron silenciosos y cabizbajos. Unos momentos después Boabdil exclamó:

—Cúmplase la voluntad de Dios. El ánimo y las fuerzas faltaron en la ciudad y en el reino para resistir a nuestros enemigos. El cielo decretó la ruina de la patria bajo el desgraciado horóscopo de mi nacimiento.

Todos los asistentes se dispusieron a dar su aprobación a la firma del documento que les presentaba Abul Cacim. Entonces Muza se levantó de nuevo para increpar a la asamblea diciendo:

—Hacéis muy bien en oír con paciencia y con serenidad esas condiciones mezquinas y bajar el cuello al duro y perpetuo yugo de una vil servidumbre. Si blasonáis de nobles no os queda más recurso que el de los pechos nobles y es la muerte. ¿Pensáis que los cristianos serán fieles a lo que os prometen y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como feroz enemigo? ¡Os engañáis! Nos amenazan tormentos y afrentas, robos, ultrajes, opresión, intolerancia y hogueras. Os lo repito, corramos a morir defendiendo nuestra libertad. La madre tierra recibirá lo que produjo y al que falte sepultura que le esconda no le faltará cielo que le cubra.

Todos quedaron de nuevo en silencio. Muza comprendió que nadie le seguía. Estaba solo en su determinación heroica. Entonces salió de la sala del Consejo con gestos de ira, tomó sus armas, su caballo y salió por la puerta de Elvira no se sabe hacia dónde.

En Santa Fe Isabel, Fernando y sus hombres estaban impacientes. Fernando de Zafra debía volver a traerles la firma de Boabdil en el documento pactado y no había señales de él. ¿Existiría algún problema? No era difícil imaginar alguna revuelta en la Alhambra contra Boabdil. Inquietos enviaron a Gonzalo de Córdoba para buscar y tal vez ayudar al secretario de los reyes a quien intuían en dificultades.

Gonzalo de Córdoba salió para Granada. Al amanecer llegó a la Alhambra. Cuando se anunció su presencia fue de inmediato recibido en la sala del Consejo. Allí encontró a Boabdil acompañado de los alfaquíes, del alcaide Abul Cacim y allí estaba también Fernando de Zafra. El Mexuar había concluido sus deliberaciones. Los documentos de capitulaciones estaban firmados y ratificados. No les quedaba más que volver con ellos a Santa Fe.

Gonzalo y Fernando llegaron a presencia de los reyes, alegres por el encargo cumplido y preocupados por las escenas de indecisión y discordia que habían presenciado en la Alhambra. Podría esperarse cualquier cosa del pueblo y la nobleza granadina, incluso una rebelión contra Boabdil.

Las noticias de las capitulaciones se extendieron por Granada. El pueblo se excitaba por momentos, inquieto, amargado e intranquilo. Los rumores y los presagios corrían por las calles y las plazas de nuestra ciudad. En ese momento apareció un santón ermitaño instigando al pueblo y predicando guerra santa contra Boabdil y su trato con los reyes castellanos. Los buenos musulmanes, decía, deben luchar y defender su patria. En un santiamén se alistó un ejército de veinte mil granadinos que se armaron como pudieron y que estaban deseando luchar y morir.

Al día siguiente desapareció el tumulto. Seguramente algunos espías del rey Chico acabaron con el santón y sus propuestas.

A todo esto los reyes encontraban en la corte granadina dos formidables aliados. Abul Cacim y Aben Comixa informaban puntualmente a Fernando de todos los incidentes que se producían en la Alhambra.

El mes de diciembre fue de espera pero los granadinos se iban poco a poco haciendo a la idea de que la entrega era irremediable. Y la sensación de disgusto se extendía por la ciudad. Boabdil temía que antes de cumplirse el plazo se iban a producir revueltas en Granada. En vista de ello escribió una carta a Fernando e Isabel pidiéndoles se adelantara el día de la entrega de la ciudad. Con la carta les envió dos regalos: un magnífico caballo y una cimitarra preciosa. Aben Comixa llevó la carta y los regalos. La fecha sería el 2 de enero de 1492. No el 6 como antes se había convenido. Estudiaron el ceremonial de la entrega. Aixa la Horra fue en ello puntillosa hasta el extremo exigiendo honores de rey para su hijo.

> *E el rey e la reina, vista la carta e enbaxada del rey Babdili, adereçaron de ir a tomar el Alhanbra; e partieron del real, lunes, dos días de henero, con grand hueste, muy ordenadas sus batallas: E llegando a cerca del Alhanbra, salió el rey moro Muley Babadili, aconpañado de muchos cavalleros moros, con las llaves en las manos, encima de un cavallo. E quísose apear a besar la mano del rey, e el rey no ge lo consentió descavalgar del cavallo ni le quiso dar la mano. E el rey moro le besó en el braco e le dio las llaves e dixo: —Tomá, señor las llaves de tu cibdad, que yo e los que estamos dentro somos tuyos. E el rey Don Fernando recebió las llaves e diólas a la reina, e la reina las dio al príncipe, e el príncipe las dio al conde de Tendilla, el cual, con el duque de Escalona, marqués de Villena, e con otros muchos cavalleros, con tres mil de a cavallo e dos mil espingarderos enbió entrar en el Alhanbra e se*

apoderar de ella. E fueron e entraron e la tomaron, e se apoderaron de lo alto e baxo della, e mostraron en la mayor altura della e más alta torre, primeramente el estandarte de Jesucristo, que fue la Santa Cruz, que el rey traía sienpre en la santa conquista consigo. E el rey e la reina e el príncipe e toda la hueste se umillaron a la Santa Cruz, e dieron muchas gracias e loores a Nuestro Señor, e los arçobispos e clerezía dixeron TE DEUM LAUDAMUS.

(BERNALDEZ)

El día 8 de enero de 1492 Alonso de Palencia escribe una carta en latín a Juan Ruiz de Medina, obispo de Astorga contándole los pormenores de la entrega de Granada. Resumamos su contenido.

El 1 de enero por la tarde Boabdil recibe en la Alhambra a un grupo de soldados cristianos que vienen con la intención de tomar los lugares estratégicos de Granada y de la Alhambra. Tomaron 500 rehenes para garantizarse la buena voluntad de los granadinos. Después de mediodía sale de Santa Fe la real comitiva para tomar Granada. Van los Reyes, el Príncipe Juan, la Infanta Doña Juana, el Cardenal de España, el maestre de Santiago, numerosos prelados y el clero. Van escoltados por lo mejor de la caballería y del ejército castellano.

Boabdil salió al encuentro de los Reyes. Iba rodeado por cincuenta jinetes. Su rostro reflejaba súplica, arrepentimiento, pesar. Se dirigió a besar la mano de Fernando que iba delante. Fernando impidió aquella humillación del vencido. Por medio de intérpretes Fernando y Boabdil hablaron durante unos momentos. Luego el rey Chico se dirigió a Isabel con los mismos sentimientos de humildad y arrepentimiento, que fueron correspondidos por la reina con palabras corteses. A continuación se acercó a las murallas de Granada el obispo de Ávila, futuro arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera. Portaba e estandarte con la Santa Cruz. Subió a la parte más alta de la Alhambra, seguramente a la Torre de la Vela y mostró la Cruz para que todos la vieran.

Cuando apareció este signo divino, el Rey y la Reina se postraron en tierra, y la familia real y toda la gente empezó a dar gracias a Dios por tan gran beneficio. Como es propio de la naturaleza humana, redoblaron aún sus oraciones, con una gran alegría mezclada con lágrimas. El clero comenzó a cantar el Te Deum Laudamus.

Una vez terminado el canto de los himnos, en otra parte de la fortaleza se alzó también la bandera del bienaventurado apóstol Santiago, patrón de castellanos y leoneses. El conde de Tendilla quedó encargado

de la custodia y defensa de esta fortaleza. A los ilustrísimos cónyuges les pareció mejor volver al campamento y permanecer allí hasta que entregaran las armas los granadinos y se fortaleciera la guarnición de soldados cristianos. Así sería más segura la solemne entrada triunfal de SS. MM.

(Palencia)

El 2 de Enero de 1492 se entrega a los reyes la última ciudad de España que quedaba en manos de los musulmanes.

Todo se ha escrito sobre Granada. Se destruyo la judería entera, se convirtieron las sinagogas y las mezquitas en iglesias y las casas las repoblaron con cristianos. Los moros que se quedaron como mudéjares o conversos iban pronto a comprobar lo difícil de su situación. Granada ya es otra.

¿Cómo acabaron Boabdil y el Zagal?

El Zagal estuvo en Laujar durante unos seis meses ejerciendo como rey en un pequeño territorio de la Alpujarra. No era un hombre capaz de estar inactivo así que organizó sus correrías por la Alpujarra soñando con recuperar el reino de Granada. Cuando comprendió que sus deseos no tenían visos de realidad fue a Guadix donde pidió a Fernando autorización para marcharse a África. Fernando le entregó cinco millones de maravedís y le facilitó el transporte hasta las costas africanas. Allí pensaba encontrar un sitio tranquilo donde terminar sus días descansando.

Se estableció en Fez donde reinaba el califa Benimerín que se enteró que el Zagal venía con divisas de Castilla. Como andaba mal de dinero y tenía peores intenciones, robó a nuestro pobre Zagal hasta el último maravedí, le encerró en un calabozo y no contento con esto le quemó los ojos.

El Zagal ya era un viejo pordiosero, ciego y lleno de harapos. Mendigando continuó su vida de pueblo en pueblo hasta que llegó a Vélez de la Gomera. Allí le conoció el emir de la ciudad que le dio de comer, le vistió y le confortó. Vivió muchos años. Hasta su muerte llevó sobre sus sucias ropas un cartel que decía:

Este es el rey desventurado de los andaluces.

¿Y Boabdil? Boabdil estuvo algún tiempo en Santa Fe y posteriormente se fue a Laujar donde tenían un palacio.

Al salir de Granada sintió la nostalgia y la tristeza de abandonar su ciudad. Llorando suspiró al verla por última vez desde una colina llamada del Suspiro del Moro. Le acompañaban Aixa, Moraima, su hijo y su hermana. Con ellos iba el visir Aben Comixa y muchos parientes, amigos y criados. Cerca de Laujar debía tener su

palacio de recreo. Se adaptó pronto a su nueva situación y vivía feliz, inconsciente, rico, regalando dinero y cazando con galgos y halcones por los campos de la Alpujarra almeriense.

Pero en su comitiva ya tenía un traidor. Aben Comixa, el antiguo visir granadino, tenía el encargo de Fernando de Zafra de informarle sobre las andanzas del rey Chico. Fernando de Zafra informaba a los monarcas de todos sus movimientos. Estuvieran con Colón o con problemas en Cataluña, en Francia o en Navarra seguían todos los movimientos del último rey de Granada. Entre Zafra y Aben Comixa se las arreglaron para expulsarle. En marzo de 1493 inician intrigas y movimientos de auténtica traición. Aben Comixa, sin poderes de nadie, vende todo lo que tenía Boabdil en España. En octubre salen en tristísima comitiva hacia África Boabdil y los suyos.

A diferencia del Zagal, Boabdil vivió mucho tiempo. Murió en 1526 luchando por defender al rey africano su anfitrión.

Casi todos los moros principales de Granada se convirtieron y llegaron a ser magnates castellanos. Cid Hiaya, también Aben Comixa se convirtieron y hasta la guapa segunda mujer de Muley Hacem, Zorayda, acabó cristiana y entroncada con la nobleza contra la que tanto luchó.

¡Tantos reyes de Granada, de Málaga, de nuestra tierra! Miles de historias, unas tiernas y otras desgarradoras, tremendas. Obras inmensas. Y recuerdos que ya quedarán para siempre en nosotros.

CRONOLOGÍA DE REYES NAZARÍES Y SUS CONTEMPORÁNEOS CRISTIANOS

NAZARIES	CASTILLA	ARAGON
Muhammad I (1232-1273)	**Fernado III el Santo** (1217-1252)	**Jaime I** (1213-1276)
Muhammad II (1273-1302)	**Alfonso X el Sabio** (1252-1284)	**Pedro III el Grande** (1276-1285)
Muhammad III (1302-1309)	**Sancho IV el Bravo** (1284-1292)	**Alfonso III el Liberal** (1285-1291)
Nazar (1309-1314)	**Fernando IV el Emplazado** (1295-1312)	**Jaime II el Justo** (1291-1327)
Ismail I (1314-1325)	**Alfonso XI el Justiciero** (1312-1350)	**Alfonso IV el Benigno** (1327-1336)
Muhammad IV (1325-1333)		
Yusuf I (1333-1334)	**Pedro I el Cruel** (1350-1369)	**Pedro IV el Ceremonioso** (1336-1387)
Muhhamad V 1ª vez (1354-1359)		
Ismail (1359-1360)		
Muhammad VI el Bermejo (1360-1362)		
Muhhamad V 2ª vez (1362-1391)	**Enrique II Tratámara** (1369-1379)	**Jaime I de Aragón** (1387-1395)
Yusuf II (1391-1392)	**Juan I** (1379-1390)	**Martín I el Humano** (1395-1410)

Muhammad VII (1392-1408)	**Enrique III el Doliente** (1390-1406)	**Fernando de Antequera** (1412-1416)
Yusuf III (1408-1417)	**Juan II** (1406-1454)	**Alfonso V el Magnánimo** (1416-1458)
Muhammad VIII, el Pequeño (1417-1419)		
Muhammad IX, el Izquierdo (1419-1427)		
Muhammad VIII 2ª vez (1427-1430)		
Muhammad IX 2ª vez (1430-1431)		
Yusuf IV Abenalmao (1432)		
Muhammad IX 3ª vez (1432-1445)		
Muhammad X el Cojo (1445-1446)		
Ismail III (1446-1447)		
Muhammad IX el Izquierdo 4ª vez (1447-1453)		
Muhammad XI el Chiquito (1453-1454)		
Sa’ad Ciriza (1454-1455)	**Enrique IV el Impotente** (1454-1474)	**Juan II** (1458-1479)
Muhammad XI el Chiquito 2ª vez (1455)		

Sa’ad Ciriza 2ª vez (1455-1462)		
Ismail IV (1462-1463)		
Sa’ad Ciriza 3ª vez (1463-1464)		
Abul-l Hassan Muley Hacem (1464-1482)	**Isabel la Católica** (1474-1504)	**Fernando el Católico** (1479-1516)
Muhammad XII Boabdil (1482-1483)		
Abul-l Hassan Muley Hacem 2ª vez (1483)		
Muhammad XIII el Zagal (1483-1486)		
Muhammad XII Boabdil 2ª vez (1486-1492)		

BIBLIOGRAFÍA

‘ABD ALLAH IBN BULUGGIN IBN BADIS. *Exposición de los sucesos acaecidos en el reino de los Banü Ziri de Ganada, escrita en el destierro por su último rey*. (Título original del libro.) La publicación reciente tiene este título: *El siglo XI en 1ª persona. Las memorias de ‘ABD ALLÁH, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090)*. Traducidas por E. Lévi Provençal y Emilio García Gómez. Alianza tres. Madrid 1995.

A. ARJONA CASTRO. *Andalucía musulmana. Estructura político-administrativa*. 2ª ed. Aumentada. Publicaciones de la Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1982.

ALONSO DE PALENCIA. *La guerra de Granada, escrita en latín por Alonso de Palencia*. Traducción castellana por D. A. Paz y Mella. Tipografía de la Revista de Archivos. Madrid, 1909. Edición facsímil editada por la Universidad de Granada, Colección Archivum. Granada, 1998.

ALONSO DE PALENCIA. *Crónica de Enrique IV*. Biblioteca de Autores Españoles. Ediciones Atlas. Madrid 1973.

ANDRÉS BERNÁLDEZ, cura de Los Palacios. *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Edición y Estudio por Manuel Gómez Moreno y Juan de M. Carriazo. Real Academia de la Historia. Patronato Marcelino Menéndez Pelayo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Biblioteca Reyes Católicos. Madrid 1962.

ANTONIO GALLEGO Y BURÍN. *Granada. Guía Artística e Histórica de la Ciudad*. Editorial Comares. Granada, 1996.

AVERROES. *Obra Médica*. Traducción de María Concepción Vázquez de Benito. Universidades de Córdoba, Málaga, Sevilla y Fundación El Monte. Servicio de Publicaciones Universidad de Málaga. Málaga, 1998.

CRISTÓBAL TORRES DELGADO. *El reino nazarí de Granada (1482-1492) ¿Muerte y resurrección?*. Ediciones Albaída. Granada, 1990.

DAVID GONZALO MAESO. *La medicina y los médicos hispano judíos en la Edad Media*. En la revista *Actualidad Medica De Granada*. Granada, octubre de 1946.

DIEGO MATEO ZAPATA. *Verdadera apología en defensa de la medicina*

racional, philosophica… Publicado en Madrid, año 1691. Biblioteca Nacional, R. 35359.

DIEGO MATEO ZAPATA. *Crisis médica sobre el antimonio y carta responsoria a la Sociedad Médica de Sevilla*. Publicado en Madrid, en 1701. Biblioteca Nacional, 3-18456.

DIOSCÓRIDES. *Plantas y remedios medicinales. De Materia Medica*. Dos tomos. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid 1957.

E. LEVÍ PROVENÇAL. *Historia de España. Ramón Menéndez Pidal. IV España Musulmana (711-1030) La conquista. EL emirato. El Califato*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid 1996

E. LEVÍ PROVENÇAL. *Historia de España. Ramón Menéndez Pidal. V España Musulmana (711-1031). Instituciones. Sociedad. Cultura*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid 1996.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ. *Poemas árabes en los muros y fuentes de la Alhambra. Editados y traducidos en verso, con introducción y notas por Emilio García Gómez*. Publicaciones del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid. Segunda Edición. Madrid, 1996,

EMILIO GARCÍA GÓMEZ. *Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra*. Discurso leído el 3 de febrero de 1943 en su recepción como Académico de la Historia. Imprenta de la Viuda de Estaníslao Maestre. Madrid, 1943.

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA. *Inscripciones árabes de Granada*. Edición facsímil con estudio preliminar de María Jesús Rubiera. Ediciones de la Universidad de Granada, colección Archivum. Granada, 2.000

F. GUILLÉN ROBLES. *Historia de Málaga y su provincia*. Imprenta de Rubio y Cano. Málaga 1874. Editada por Editorial Arguval. Málaga, 1991.

FERNANDO DEL PULGAR. *Crónica de los Reyes Católicos*. Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo. Espasa Calpe. Madrid 1943.

FIDEL FERNÁNDEZ MARTÍNEZ. *Boabdil*. Editorial Tánger 1939.

FIDEL FERNÁNDEZ MARTÍNEZ. *La Alhambra*. Editorial Juventud. Barcelona 1941.

FIDEL FERNÁNDEZ MARTÍNEZ. *La medicina árabe en España*. Edición facsímil. Estudio preliminar por Francisco Fernández Rubio o otros. Sierra Nevada 95. Granada 1995.

FRANCISCO HENRÍQUEZ DE JORQUERA. *Anales de Granada. Descripción del*

Reino y Ciudad de Granada. Crónica de la Reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1558 a 1646. Edición preparada según el manuscrito original por Antonio Marín Ocete. Universidad de Granada. Colección Archivum. Granada 1987.

FRANCISCO JAVIER SIMONET. *Historia de los mozárabes de España*. Cuatro tomos. Ediciones Turner. Madrid, 1983.

FRANCISCO JAVIER SIMONET. *Tres leyendas árabes*. Ediciones Polifemo. Madrid, 2.001.

FRANCISCO JAVIER SIMONET. *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los naseritas sacada de autores árabes y seguida del texto inédito de Muhammad Ebn Aljathib*. Facsímil de la edición de Madrid de 1860, enriquecida con ocho grabados de David Roberts. Ediciones Atlas. Madrid, 1982.

GINÉS PÉREZ DE HITA. *Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes. Primera parte de las guerras civiles de Granada*. Edición facsímil de Paula Blanchard-Demouge. Estudio preliminar e índices de Pedro Correal. Editorial Universidad de Granada. Colección Archivum. Granada, 1999.

GINÉS PÉREZ DE HITA. *La guerra de los moriscos. Segunda parte de las guerras civiles de Granada.* Edición facsímil de Paula Blanchard-Demouge. Estudio preliminar e índices Joaquín Gil Sanjuán. Editorial Universidad de Granada. Colección Archivum. Granada, 1998.

GÓMEZ PEREIRA. *Antoniana Margarita…* Reproducción facsimilar de la edición de 1749. Estudio preliminar y versión al español por José Luis Barreiro. Universidade de Santiago de Compostela. Fundación Gustavo Bueno. Santiago de Compostela. 2.000

H. GROSS. *La famille juive des Hamon. Contribution a l'histoire des Juifs en Turquie*. Revue des Estudes Juives, LVI (1908), pp. 126; LVII (1909), pp. 57-78, 159.

IBN AL-JATIB. *Historia de los Reyes de la Alhambra. El resplandor de la luna llena*. Traducción e introducción de José Mª Casciaro Ramírez. Biblioteca Chronica nova de Estudios históricos. Universidad de Granada. Granada, 1998.

IBN BASSÂL. *Libro de la agricultura*. Editado, traducido y anotado por José María Millás Vallicrosa y Mohamed Azimán. Instituto Muley el-Hassán. Tetuán, 1955.

IBN BATUTA. *A través del Islam*. Introducción, traducción y notas de Serafín Fanjul y Federico Rabos. Alianza Editorial. Madrid, 1993.

IBN HAZM DE CÓRDOBA. *El Collar de la paloma*. Versión de Emilio García Gómez. Alianza Editorial. Madrid 1983. *Al-andalus. Las artes islámicas en España*. Edición al cuidado de Jerrilynn D. Dodds. The Metropolitan Museum of Art. Ediciones El Viso. Madrid, 1992.

INDRO MONTANELLI. *Historia de la Edad Media*. Plaza y Janés, S. A. Editores. Barcelona, 1966.

JERONIMO MÜNZER. *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*. Ediciones Polifemo. Madrid, 1991.

JOSÉ ANTONIO CONDE. *Historia de la dominación de los árabes en España. Sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*. Imprenta de D. Juan Olivares, Editor. Calle de Escudellers, n. 53. Barcelona, 1844.

JOSÉ MARÍA JOVER ZAMORA. *Historia de España Menéndez Pidal. VIII El reino nazarí de Granada (1232-1492. Política, Instituciones, Espacio y Economía*. Espasa-Calpe. Madrid 2.000.

JOSÉ MARÍA JOVER ZAMORA. *Historia de España Menéndez Pidal. VIII El reino nazarí de Granada (1232-1492) Sociedad, Vida y Cultura*. Espasa-Calpe. Madrid 2.000.

JOSÉ PUIG MONTADA. *Averroes, juez, médico y filósofo andalusí*. Junta de Andalucía. Sevilla, 1998.

JOSÉ Y MANUEL OLIVER HURTADO. *Granada y sus monumentos árabes*. Málaga 1875.

JUAN CASTILLA BRAZALES Y OTROS. *En busca de la Granada andalusí*. Editorial Comares. Granada, 2.002.

JULIÁN MARÍAS. *Historia de la Filosofía*. Revista de Occidente. Madrid, 1981

JULIO CARO BAROJA. *Los moriscos del reino de Granada*. Ediciones Istmo. Madrid, 2.000.

LEOPOLDO DE EGUILAZ YÁNGUAS. *El hadits de la princesa Zorayda, del emir Abul Hasan y del caballero Aceja. Relación romancesca del siglo XV ó principios del XVI en que se declara el origen de las pinturas de la Alhambra*. Imprenta de la Viuda e hijos de P. V. Sabatell. Calle Mesones, 52. Granada, 1892.

LUDWIG HARTLING, S. I. *Historia de la Iglesia*. Editorial Herder. Barcelona,

1961.

LUIS DE MÁRMOL CARVAJAL. *Rebelión y castigo de los moriscos*. Editorial Arguval. Málaga, 1991.

LUIS S. GRANJEL. *Historia de la Medicina*. Universidad de Salamanca. Seminario de Historia de la Medicina Española. Salamanca, 1969

LUIS SECO DE LUCENA PAREDES. *Muhammad lX, sultán de Granada*. Prólogo de Darío Cabanelas. Edición preparada por Concepción Castillo. Patronato de la Alhambra y Generalife. Granada, 1978.

LUIS SECO DE LUCENA PAREDES. *La Granada nazarí del siglo XV*. Patronato de la Alhambra y Generalife. Granada, 1975.

LUIS SECO DE LUCENA PAREDES. *El libro de la Alhambra. Historia de los sultanes de Granada*. Editorial Everest. Madrid, 1983.

LUIS SECO DE LUCENA. *La Ciudad de Granada, descripción y guía*. Dos cuadernos. Imprenta de El Defensor. Granada, 1884.

LUIS SECO DE LUCENA. *Plano árabe de Granada*. Edición facsímil con estudio preliminar de Antonio Orihuela Uzal. Universidad de Granada. Colección Archivum. Granada, 2.002

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ Y OTROS. *Historia General de España y América*. Editorial Rialp. Madrid 1981. Tomo V.

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ Y OTROS. o. c. Editorial Rialp. Madrid 1981. Tomo III.

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ Y MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ. *Historia de España. Ramón Menéndez Pidal. XVII. La España de los Reyes Católicos*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid 1983.

M. MUCHAUD. *Historia de las Cruzadas*. Séptima edición traducida por G. Amado Lanosa. Librería Española. Madrid y Barcelona, 1855.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. *Historia de los heterodoxos españoles*. 2 tomos. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1967.

MARÍA DEL CARMEN JIMÉNEZ MATA. *La Granada Islámica. Contribución a su estudio geográfico-político-administrativo a través de la toponimia*. Biblioteca Crónica Nova de Estudios Históricos. Universidad de Granada. Granada, 1990.

MARIANO MARTÍN GARCÍA Y OTROS. *Inventario de arquitectura militar de la*

provincia de Granada. (Siglos VIII al XVIII) Diputación de Granada. 1999.

MARTÍN LINGS. *Muhammad. Su vida basada en las fuentes más antiguas*. Libros Hisperion. Madrid 1989.

MIGUEL VEGA MARTÍN Y SALVADOR PEÑA MARTÍ. *Del hallazgo de dirhames emirales en Domingo Pérez (Iznalloz, Granada)*. En *Al-qantara*, Revista de Estudios Árabes. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Filología, Vol. XXIII. Madrid, 2.002.

MIGUEL GARRIDO ATENCIA. *Antigüallas granadinas. Las Fiestas del Corpus*. Universidad de Granada. Servicio de Publicaciones. Colección ARCHIVUM. Granada, 1990.

MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA. *Historia de Granada, comprendiendo la de sus cuatro provincias, Almería, Jaén, Granada y Málaga, desde remotos tiempos hasta nuestros días*. Cuatro tomos. Imprenta y Librería de Sanz. Calle Montereria n° 3. Granada 1843. Edición facsímil de Colección Archívum. Universidad de Granada. Servicio de Publicaciones. Granada. 1984.

R. ARIÉ. *L'Espagne Musulmane au temps des Nasrides (1232-1492)*. Eds. E. Boccard, París, 1973.

REINHART P. DOZY. *Historia de los musulmanes de España*. Cuatro tomos. Ediciones Turner. Madrid, 1988.

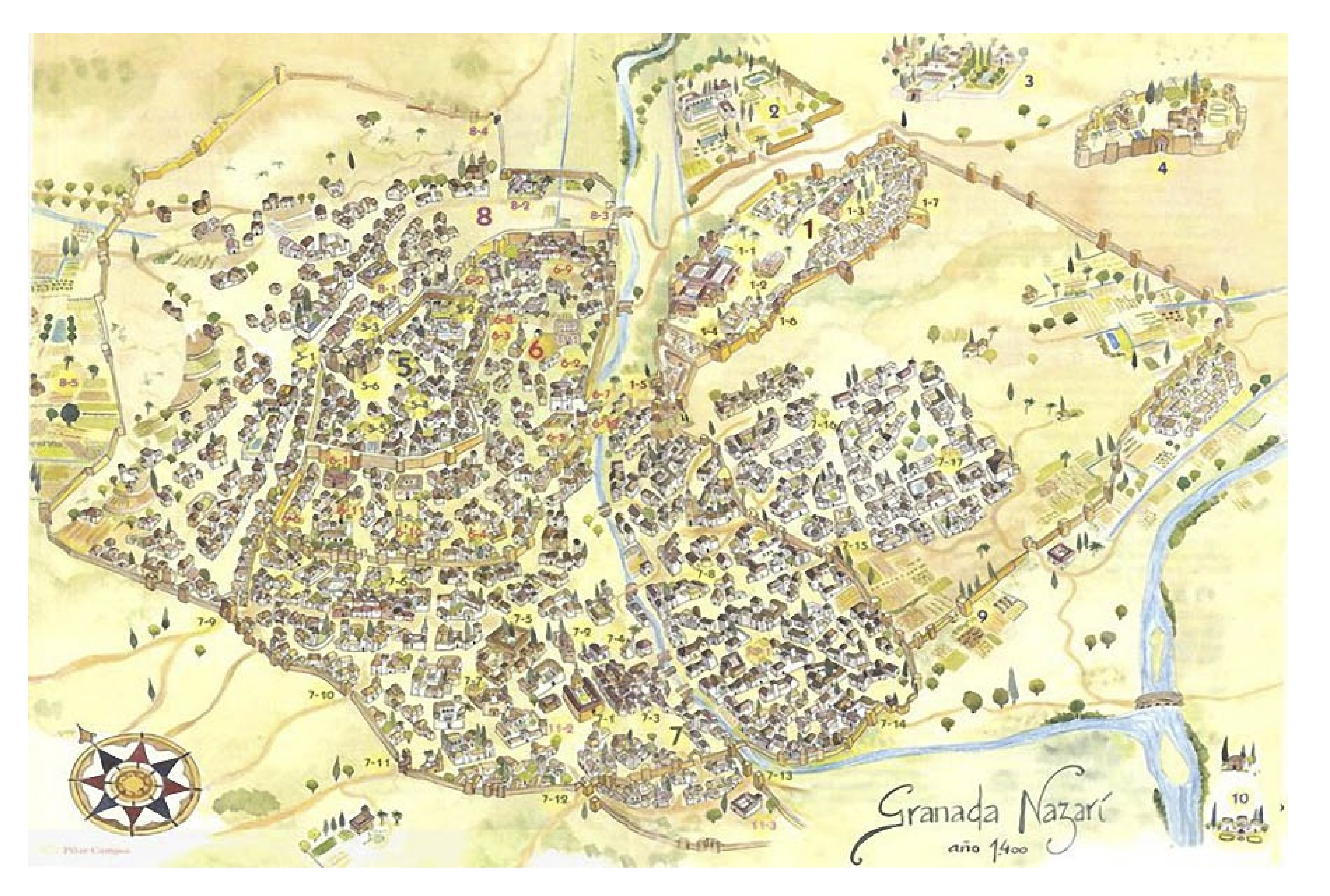
TORANDRAE. *Mahoma*. Alianza Editorial. Madrid 1994. *El Corán*. Edición preparada por Julio Cortés. Editorial Herder. Barcelona, 2.000.

W. HOENERBACH. *El historiador Ibn al-Jatib: pueblo, gobierno y estado*. En Andalucía Islámica, I (1980), 43-63.

WASHINGTON IRVING. *Crónica de la conquista de Granada* (Según el manuscrito de fray Antonio Agápida.) Biblioteca de escritores y temas granadinos. Miguel Sánchez, Editor. Granada 1987.

Plano de la Granada musulmana,
basado y documentado en la
bibliografía citada en el libro.

Especialmente en
«Granada y sus monumentos árabes»,
de José y Manuel Oliver Hurtado
(Málaga, 1875)


Granada Nazarí
año 1400

1 LA ALHAMBRA Y SU ENTORNO.

CAPÍTULOS VII, VIII, IX, X, XI, XIII, Y XVII.

1.1. Palacios reales.
1.2. Mezquita Real
1.3. Casas de nobles. Viviendas de soldados y sirvientes. Caballerizas.
1.4. Puerta de la Alhambra. Acceso a la Alcazaba.
1.5. Entrada primitiva a la Alhambra, a través de la Coracha (*dos muros que la comunicaban con el Puente del Cadí y con la Alcazaba Gidid*).
1.6. Puerta de la Ley.
1.7. Puerta de los Pozos.

2 GENERALIFE.

CAPÍTULO VIII

3 CASA DE LA NOVIA.

CAPÍTULO XXI.

4 PALACIO DE LOS ALIXARES.

Capítulos XXI y XXVI.

5 ALCAZABA CADIMA.

Capítulos II, III, IV, V.

5-1. Actual Puerta de las Pesas, que comunica la Plaza Larga con la de las Minas.
5.2. Puerta de los Estandartes.
5.3. Puerta del Alcón.
5.4. Primitivas edificaciones ziríes.
5.5. Barrio de los Vencedores.
5.6. Castillo de la Granada o Hiznarroman.

6 ALCAZABA GIDID.

Capítulos III, IV, V, VI, VIII, XXVI, XXVII.

6-1. Palacios de reyes ziríes, convertidos ocasionalmente en corte paralela en época nazarí.
6.2. Maristanes u hospitales musulmanes.
6.3. Mezquita de los Penitentes.
6.4. Mezquita de los Ermitaños.
6-5. Bañuelo.
6.6. Puerta de la Monaita.
6.7. Puerta del Cadí o del Alcaide.
6.8. Puerta de los Estandartes.
6.9. Barrio del Aljeriz.
6.10. Barrio de los Ermitaños.
6.11. Barrio de Badis.
6.12. La Coracha.

7 MEDINA GRANADA.

CAPÍTULOS III, IV, XIII, XX, XXVI Y SIGUIENTES.

7.1. Gran Mezquita.
7.2. La Madraza.
7.3. Alcaicería y centro comercial.
7.4. Zacatín.
7.5. Casa de la familia Venegas.
7.6. Barrio del Zenete.
7.7. Barrio de Abdul Aasi.
7.8. Barrio de los Moros.
7.9. Puerta de Elvira.
7.10. Puerta del Molino.
7.11. Puerta del Corro.
7.12. Puerta de la Rambla.
7.13. Puerta de los Penitentes.
7.14. Castillo de los Penitentes.
7.15. Puerta de los Alfareros.
7.16. Barrio de los Judíos.
7.17. Antequeruela.

8 BARRIO DEL ALBAYCIN.

CAPÍTULOS VI, VII.

8.1. Mezquita Mayor.
8.2. Casa Blanca.
8.3. Puerta de Guadix Baja.
8.4. Puerta de Guadix Alta.
8.5. Huerta y Barrio de Aynadamar.

9 DAR NONSARA O CUARTO REAL DE SANTO DOMINGO.

10 ALCÁZAR DEL GENIL.

CAPÍTULO XI.

11 ALHÓNDIGAS:

11.1. Alhóndiga Nueva, actualmente conocida como El Corral del Carbón.
11.2. Alhóndiga de los Genoveses.
11.3. Alhóndiga de la Rambla.

LA GRANADA MUSULMANA.

Hemos intentado hacer un plano de la Granada musulmana que nos ayude en la lectura del libro. Tenemos en cuenta que estamos hablando de una ciudad viva y que evoluciona muchísimo desde el año 1013, que comienza prácticamente nuestra historia, hasta 1492. Entre los años 711 hasta 1013 no hubo reyes en Granada y la capital de la provincia fue Elvira. Según los distintos autores, como el célebre geógrafo Edrisi, del siglo XI y especialmente si hacenos caso a las Memorias de ‘Abd Allá, el último rey zirí, durante esos años Granada era un asentamiento poblado mayoritariamente por judíos y lo que hoy es la Alhambra era un conjunto de fortificaciones bastante poco estructuradas. La ciudad *se cuaja* como tal a partir del momento en que los habitantes de Elvira piden ayuda a los beréberes, abandonan Elvira y comienzan la construcción en la Alcazaba Cadima. A partir de ese momento se inician las edificaciones que aparecen dibujadas en el plano. Desde entonces hasta 1492 la ciudad en su conjunto evolucionó notablemente en sus fortificaciones, sus barrios y sus monumentos.

El libro intenta entrar en esa evolución, ver crecer y formarse la ciudad partiendo de las gentes que la habitaron, sus luchas, sus trabajos y sus ilusiones.

El plano más antiguo que conocemos es el de Ambrosio Vico, del año 1610. Fue Maestro Mayor de la catedral de Granada. El grabado es obra de un artista flamenco. Muy interesante y bastante desconocido es el de los hermanos Oliver Hurtado, del año 1875, cuyo libro se cita en la bibliografía y que consideramos una obra maestra. El plano y el libro de los hermanos Oliver es al par un tratado de geografía urbana, un manual de historia y una guía para el que quiera conocer la Granada musulmana. Desgraciadamente es difícil de leer. También hay que mencionar el de Seco Lucena, probablemente el más conocido pero que, en nuestra opinión, sigue a los autores citados anteriormente.

Digamos algo sobre los lugares donde se desarrollaba la vida de nuestros antepasados.

LA ALHAMBRA

Es imprescindible decir que lo que se conoce como Alhambra es un conjunto dividido en tres partes.

La primera era la parte de defensa, conocida como Alcazaba o *Alhizam*. Los árabes la llamaron *Cazaba Alhamra* y los primeros grabados, por ejemplo, el de Jorge Hoefnagle, del siglo XVI, la llamaron *Castillo Mayor*.

La segunda parte es el propio Alcázar, residencia de los reyes granadinos. Es la llamada *Casa Real de la Alhambra*.

La tercera parte se la llamó *Medina Alhamra*. Estaba separada de las anteriores aunque estuviera protegida por el recinto general y sus murallas. En ella vivían

sirvientes, caballeros, había tiendas y mezquitas, como una auténtica ciudad palatina.

LAS ALHÓNDIGAS.

Las Alhóndigas eran lugares de almacenaje de granos y al mismo tiempo servían de refugio y posada de comerciantes. Se habla ampliamente en el libro de la actividad comercial del reino y las alhóndigas fueron una infraestructura necesaria para ello.

LAS TIENDAS.

Destacar la Alcaicería. Es un conjunto de tiendas y talleres muy antiguos que se reparten en muchas callejuelas estrechas y rectilíneas. El acceso se realizaba por puertas que se cerraban habitualmente por las noches. Fue el mercado de los ricos. Se vendían, entre otras cosas, sedas fabricadas, tejidas y tintadas en el reino.

La Calle del Zacatín era también muy antigua aunque de menos postín que la Alcaicería. Su nombre quiere decir *Calle de los Ropavejeros*.

El principal núcleo de comercios estaba en los alrededores de la Gran Mezquita, donde existían multitud de tiendas que se abigarraban en todas partes. Era bastante usual que allí mismo se fabricara la mercancía a vender.

Granada era una ciudad de tiendas. Las había en todos los barrios, especialmente en las plazuelas y cerca de las puertas de la ciudad.

Estaban también los zocos, generalmente fuera de los muros de la ciudad y junto a sus puertas. Uno de los más famosos se llamaba Zoco del Jueves y estaba junto a la Puerta del Corro, por donde hoy está la Plaza de la Trinidad.

LOS BARRIOS.

Fueron núcleos urbanos, dentro de la ciudad o extramuros.

Las calles eran sinuosas y estrechas, tanto que, en muchas de ellas, no podían pasar hombres montados a caballo. Se cerraban con puertas para evitar el acceso de personas no deseadas, especialmente de noche. Solían estar rodeando la casa de algún noble. Era bastante común que estuvieran habitados preferentemente por personas del mismo oficio o al menos de la misma condición social.

Todos los barrios tenían mezquita, baños y hornos.

El barrio de los judíos puede ser el núcleo primitivo de la ciudad. Por los datos que hemos consultado de geógrafos musulmanes, en el siglo VIII, en los alrededores de lo que hoy es la Alhambra, había un barrio habitado casi exclusivamente por judíos. Evolucionó mucho en extensión según fueran las cosas para los israelitas. En épocas de esplendor fue la comunidad más importante de la ciudad. Luego, a causa de las persecuciones que explicamos en el libro, pierde importancia, luego la recupera, así hasta la expulsión de 1492.

El barrio del Zenete es también de los más antiguos. A principios de la dinastía zirí fue un arrabal extramuros de la Alcazaba Cadima, habitado por unos moros

africanos llamados Beni Zenetas, que Habus, Badis y ‘Abd Allá querían tener muy cerca para que les sirvieran de guardia personal.

Sobre el barrio del Aljeriz o Halxeriz se habla ampliamente en el libro como uno de los más agradables de la ciudad.

Sobre las huertas de Aynadamar, cercanas a la llamada Fuente de las Lágrimas, recordar que fue el lugar donde vivieron los sevillanos que debieron abandonar su ciudad tras la conquista de Fernando III. Igualmente ocurre con la Antequeruela, otro barrio privilegiado a donde se fueron a vivir los que debieron abandonar Antequera tras la conquista por los cristianos. Granada fue lugar de destino de muchos otros musulmanes que prefirieron abandonar sus tierras y vivir libres antes de permanecer como mudéjares en sus lugares de nacimiento.

En cuanto al barrio de la Coracha y la existencia en Granada de una Coracha con las mismas funciones que la de Málaga, decir que estamos completamente convencidos de ello. Lo hemos leído en distintos autores y desde luego es obvio que los ziríes sintieron la necesidad de comunicar la Alcazaba Gidid con las fortificaciones de lo que entonces era la Alhambra a través del Puente del Cadí, por cierto, obra del rey Badis. Las dos murallas que lucen esbeltas y bellísimas entre la Alcazaba y Gibralfaro, en Málaga, ya no existen en Granada. Pero existieron con el mismo objetivo que las de Málaga, que fue unir las dos fortificaciones emblemáticas de la ciudad.

FRANCISCO BUENO GARCÍA. Nació en Pedro Martínez (Granada). Estudió Teología en Granada y Roma.

Está especializado en historia del al-Andalus y en la difícil convivencia de las tres culturas, la judía, la musulmana y la cristiana en la España medieval. Autor de varios libros sobre esta temática como *Los Reyes de la Alhambra. Entre la historia y la leyenda* (2004), *Los judíos de Sefarad. Del paraíso a la añoranza* (2006), *Los Califas de Córdoba* (2009), *Los Mozárabes* (2013).